



DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.



8 Véridique Hist. de la Conquête de la Nouvelle Espagne
par le capitaine Bern. Diaz del Castillo,
traduite et annotée par José-Maria de Heredia
4 vol. in-12. Par. 1898-87.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

Coleccion dirigida é ilustrada

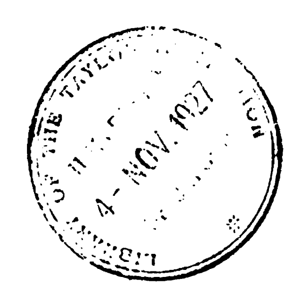
POR DON ENRIQUE DE VEDIA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1862


4 - NOV. 1927

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO.

Una observacion muy notable ocurre siempre al tratar de los conquistadores de América. A primera vista cualquiera creeria que los hombres que acometian la empresa, aventurada en aquellos tiempos, de arrostrar los peligros de una larga navegacion por mares tormentosos y desconocidos, habian nacido en sus orillas y estaban familiarizados con este terrible elemento desde su primera infancia; y sin embargo, los hechos desmienten esta conjetura fundada, y no hay mas que echar la vista sobre los nombres mas distinguidos para convencerse de la verdad. Hernan Cortés y Pizarro eran de Medellin, en Extremadura; Vasco Nuñez, de Jerez de los Caballeros, en la misma provincia; Diego Velazquez, primer gobernador de la isla de Cuba, de Cuéllar, en Castilla la Vieja; Rodrigo de Orgoños, de Toro, y son infinitos los naturales de ambas Castillas que tomaron una parte activa en aquellos hechos memorables.

Uno de ellos fué nuestro Bernal Díaz, que nació en Medina del Campo, sin que sepamos la fecha exacta de este suceso ni la menor particularidad de su niñez; bien es verdad que nada tiene de extraño este silencio respecto á un individuo que, nacido sin duda de padres pobres, emprendió la carrera militar en la humilde situacion de soldado. Pasó á América el año de 1514 en compañía de Pedrárias Dávila, á quien el Gobierno acababa de conceder la gobernacion del Darien; desde allí, después de los sucesos ocurridos en aquel país, se trasladó á la isla de Cuba, que gobernaba á la sazon Diego Velazquez. La situacion de aventurero en que se hallaba Bernal Díaz le obligó á tomar parte en cuantas empresas se ofrecian; así es que al emprenderse la expedicion del descubrimiento de Yucatan se alistó bajo las banderas de Francisco Fernandez de Córdoba, y se embarcó con él, haciéndose á la vela el dia 8 de febrero de 1517; pasó luego á la Florida con Juan Ponce, y dió vuelta á Cuba con los pocos que se salvaron de aquella empresa desgraciada. Nuevamente se embarcó en la expedicion de Grijalva el 5 de abril de 1518; y vuelto á Cuba, salió por tercera vez con la expedicion mandada por Hernan Cortés, embarcándose en la nave de Pedro de Albarado. Hizo en aquella conquista cuanto era de esperar de un buen soldado; y terminada que fué en todas sus partes, recibió, en recompensa de sus servicios, una encomienda en Goatemala, donde se estableció, siendo uno de los primeros pobladores de la ciudad de Santiago de los Caballeros, en la que ocupó el cargo de regidor.—El mérito y servicios militares de Bernal Díaz fueron muy distinguidos, como que Hernan Cortés le recomendó especialmente al Emperador en carta escrita en Méjico el año de 1540; la misma honra mereció después del virey don Antonio de Mendoza; y por último, habiendo él mismo presentado unas probanzas en el consejo de Indias, el Emperador se sirvió recomendarlo por real cédula expresa y expedida en su favor.

A pesar de estos honores, el nombre de Bernal Díaz hubiera quedado oscurecido entre los de tantos valerosos soldados como tomaron parte en la conquista; pero, habiendo publicado Gómara

en 1552 su *Crónica de la conquista de la Nueva-España*, Bernal Díaz, que vivia tranquilo en su encomienda de Chamula, no pudo ver sin enojo que aquel escritor trataba de engrandecer á Hernan Cortés á costa de todos sus compañeros, atribuyéndole exclusivamente la gloria de la conquista; de manera que la indignacion le hizo autor. Desde entonces comenzó sin duda á renovar la memoria y recuerdos de aquellos hechos, y por los años de 1568 se puso á escribir su *Verdadera historia de la conquista de Nueva-España*, dedicándose muy particularmente á corregir los errores é inexactitudes de Gómara y demostrar la parte activa que muchos soldados tuvieron en la destruccion del imperio mejicano, auxiliando á su general siempre con el brazo, y muchas veces con el consejo. Debia ser entonces Bernal Díaz hombre de edad bastante avanzada, pues él mismo asegura que cuando escribia su libro, de quinientos y cincuenta compañeros que habian sido en la guerra de Méjico, solo quedaban vivos cinco; tambien refiere muchas particularidades relativas á su persona, como la pendencia que el año de 1523 tuvo en Cimatan con el escribano Diego de Godoy, en la que se acuchillaron y salieron ambos heridos; y finalmente, cuenta que estuvo por su persona en ciento y diez y nueve batallas ó combates, y que viviendo ya anciano y quieto en su casa, era tal la costumbre que habia contraido en las fatigas del sitio de Méjico, que dormia siempre vestido y con sus armas á la cabecera de la cama, para hallarse dispuesto en cualquiera coyuntura.

Esta obra, digna de atencion, permaneció largos años inédita, hasta que el año de 1632 la sacó de la biblioteca del consejero y erudito don Lorenzo Ramirez de Prado el padre fray Alonso Remon, de la órden de la Merced, y la publicó en Madrid en la imprenta Real, en un tomo en folio. Hay en este punto la particularidad de que las ediciones de Madrid de 1632 son dos: una con portada grabada y en malísimo papel, y otra sin aquel requisito, pero mas ceñida y ajustada la impresion; el contenido es el mismo, y solamente hay en la primera un capítulo adicional, que nada tiene que ver con la conquista de Méjico, y está consagrado á referir la famosa inundacion de la antigua Goatemala por el volcan de agua que estalló sobre la ciudad el año de 1541, en la que perecieron muchísimas personas, y entre ellas doña Beatriz de la Cueva, mujer del célebre conquistador y adelantado Pedro de Albarado, que, rodeada de sus doncellas en una habitacion de su casa, fué arrebatada por la corriente con toda su familia.

Aquí darian punto las escasas noticias que tenemos de Bernal Díaz si la casualidad no nos hubiese proporcionado un documento que expresa quiénes fueron sus padres, y da ciertas noticias poco conocidas acerca de su obra, la cual casi puede asegurarse no poseemos en su verdadero estado y conforme él la escribió. Por los años 1689 escribia don Francisco de Fuentes y Guzman Jimenez de Urrea en la ciudad de Goatemala la historia de aquella provincia, de la cual tenemos á la vista la primera parte, comprendida en dos tomos en 8.°, manuscritos; y unos breves extractos de ella dan á conocer las cualidades del autor, sus relaciones de parentesco con nuestro Bernal Díaz, y algunas particularidades de este conquistador y de su libro. Dice así en el capítulo primero, que sirve de introduccion: «Habiéndome aplicado en mi juvenil edad á leer, no solo con curiosidad, sino con aficion, veneracion y cariño el original borrador del heróico y valeroso capitan Bernal Díaz del Castillo, mi revisabuelo, cuya ancianidad manuscripta conservamos sus descendientes con aprecio de memoria estimable, y llegado á esta ciudad de Goatemala por el año de 1675 el libro impreso que sacó á luz el reverendo padre maestro fray Alonso Remon, del sagrado militar órden de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos, hallo que lo impreso no conviene en muchas partes con el venerable amanuense suyo, porque en unas partes tiene de mas y en otras de menos de lo que escribió el autor, mi revisabuelo, como lo reconocí adulterado en los capítulos ciento sesenta y cuatro y ciento setenta y uno, y así en otras partes del progreso de la historia, en que no solo se oscurece el crédito y fidelidad de mi Castillo, sino que se defraudan muchos verdaderos méritos de grandes héroes, á quien están llamando el premio y el laurel de la fama á inaccesibles glorias; y añadiendo á esta verdad la de que há veinte y seis años que estoy sirviendo á mi rey y á mi patria en el oficio de regidor perpetuo de esta muy noble y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Goatemala, etc., etc.» Y mas adelante, contrayéndose á una equivocacion material cometida en la impresion, donde se omitieron varias circunstancias personales de Castillo, y hablando en general de la inexactitud de muchos autores que trataron de las cosas de Indias, prosigue diciendo: «A que se agrega el que en lo que escriben Gómara, Illescas y el obispo Paulo Jovio, como lo propone y asienta mi Castillo en el preámbulo preparatorio al lector, se apartan de lo cierto y seguro de las noticias,

como lo hace el reverendo obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, escribiendo con sangre. Y ahora nuevamente defráudase del primer capítulo de lo impreso en lo que parece del borrador original, que empieza en el amanuense diciendo: —BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, vecino y regidor de la muy noble ciudad de Santiago de Goatemala, uno de los descubridores de la Nueva-España y sus provincias, y cabo después en lo de Honduras y Higueras, que en esta tierra así se nombra; natural de la muy noble é insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fué della, que por otro nombre llamaban el Galan, y de doña María Díez Rejon, que hayan santa gloria, etc.—Y comienza el capítulo primero de lo impreso sacado á luz por el padre maestro fray Alonso Remon, diciendo:—En el año de 1514 salí de Castilla, etc.» Nuevamente y en el capítulo segundo enmienda otro error del ejemplar impreso, explicándose en estos términos: «No consta de todo el capítulo ciento sesenta y dos del original borrador de mi CASTILLO que el rey Sequechul al tiempo de morir se redujese á nuestra santa fe católica, ni que recibiese el bautismo, ni menos que se le diesen por el Adelantado tres dias de término para instruirse en los misterios de nuestra sagrada fe, ni que se le conmutase la pena en que se le diese garrote y no fuese quemado; porque de la pronunciacion de la sentencia á la ejecucion della no hubo intermision de tiempo, y lo quemaron luego á la hora de dicha sentencia jurídica; y se opone á esta verdad del original lo que se dice en el capítulo ciento sesenta y cuatro, folio 172 de lo impreso, á diligencia del reverendo padre maestro fray Alonso Remon, del órden de la Merced, en que tambien hallo adulterado el sentir de mi verdadero autor y progenitor, añadiéndole en esta parte lo que no se halla en el borrador de su letra y autorizado con su propia firma, comprobada con las que se hallaron suyas en los libros de cabildo, y con otras que hay en nuestro poder; ni menos conviene lo impreso con el traslado en limpio que se sacó después de enviado un primero á España para la primera impresion por remitirlo duplicado; que no habiendo ido, lo conservan los hijos de doña María Castillo, mis deudos, autorizado con la firma de don Ambrosio Díaz del Castillo, su nieto, dean que fué de la santa iglesia catedral primitiva de Goatemala. Y en lo que refieren de la cristiandad de este rey al tiempo de su muerte, es añadidura en lo impreso; verificándose tambien haberle distraido y usurpado sus dos primeros capítulos, dividiéndolo desde el tercero en adelante con tan poco órden y cautela que antes viene á haber de mas de lo manuscrito á lo impreso hasta el capítulo ciento sesenta y dos; habiendo ser de menos, ó haberse arreglado con el mismo órden de lo que se halla de numeracion de capítulos en sus amanuenses.»

De los extractos mencionados resulta: 1.° que BERNAL DÍAZ era de familia noble y distinguida, pues su padre ocupaba el puesto de regidor en una poblacion tan importante entonces como Medina del Campo; 2.° que sus fatigas y hechos de guerra le proporcionaron una situacion distinguida y decorosa, porque, como conquistador y dueño de encomiendas de indios, ejerció el cargo de regidor perpetuo en la ciudad de Goatemala; y 3.° que poseemos su obra de una manera defectuosa, constando, como consta, que ni se imprimió por el original ni por copia debidamente autorizada, sino por una que poseyó el consejero Ramirez de Prado, de la cual se valió el padre Remon para hacer la impresion, pues fué el que en un principio corrió con ella; y muerto sin concluirla, la terminó, segun lo indica don Nicolás Antonio, el padre fray Gabriel Adarzo de Santander, después obispo de Otranto, en el reino de Nápoles.

Hasta aquí llega cuanto hemos podido indagar acerca de la persona de este singular escritor y valiente soldado, sin que podamos fijar tampoco la época precisa de su fallecimiento, que debió ocurrir á los pocos años de terminado su libro, pues le escribió de edad muy avanzada; réstanos solamente dar noticias de las ediciones de él, y hacer algunas breves observaciones sobre su estilo y forma.

Dijimos anteriormente que las dos impresiones de Madrid de 1632 (si es que son dos ó una misma con diferente portada) son las primeras; la publicacion de la célebre *Historia de la conquista de Méjico*, de don Antonio de Solís, si bien mas ajustada á la elegancia y buen decir que á la estricta verdad de los hechos, porque, segun la opinion comun, tiene mas de panegírico que de historia, oscureció los trabajos de los padres de la historia americana en la parte relativa á la conquista de la Nueva-España, y por esto no volvió á repetirse la impresion de BERNAL DÍAZ hasta que á principios de este siglo la reprodujo don Benito Cano en sus prensas, Madrid, cuatro volúmenes en 12.° menor; pero con considerables supresiones y bastante mutilada; á esto se reducen los ejemplares de una obra tan notable como digna de consulta para el estudio de los

hechos de los españoles en el Nuevo-Mundo. Ignoramos si posteriormente y en nuestros mismos tiempos se ha vuelto á imprimir en la antigua América española, aunque tenemos entendido que ha alcanzado este honor, tributado por nuestros hermanos del otro lado del Atlántico á Gómara, Cieza y Zárate. Al aleman la ha traducido P. J. de Rehfues-Bonn-Marcus, 1838, cuatro volúmenes 8.°

Respecto al estilo de Bernal Díaz, aunque poco culto y pulido, respira la ruda franqueza de un soldado; Robertson calificó su mérito con las siguientes palabras: «Contiene (dice, hablando de este libro) una narracion confusa y llena de pormenores de todas las operaciones de Cortés, en el estilo rudo y vulgar propio de un hombre sin letras ni instruccion; pero, como refiere los hechos que presenció y en que tuvo tanta parte, su narracion lleva todo el sello de la autenticidad, y respira tal naturalidad y gracia, cuenta pormenores tan interesantes y demuestra un amor propio y vanidad tan graciosos, aunque disimulables en un soldado que, segun nos dice, asistió á ciento diez y nueve batallas, que su libro es uno de los mas singulares que se pueden encontrar en lengua alguna.» Nada añadirémos nosotros al testimonio de un escritor tan ilustre y juez tan competente en la materia, y únicamente nos tomarémos la libertad de indicar á nuestros lectores que la relacion de la batalla de Tabasco, la de la prision de Montezuma en la estancia de los españoles, y otros trozos que seria fácil mencionar, son los que caracterizan perfectamente á Bernal Díaz como escritor de historia, y los que manifiestan su candor, naturalidad y sencillez.

FRANCISCO DE JEREZ.

Nada hubiéramos sabido de este escritor á no haberse puesto al fin de su *Relacion* las curiosas quintillas que el erudito consejero don Andrés Gonzalez Barcia calificó justamente de malas, pero con poco acierto de inoportunas; el tono laudatorio que en ellas se nota hace presumir con bastante fundamento que no son del mismo Jerez, cuya modestia resalta en su obra, donde apenas habla de sí, ocupando, como sabemos que ocupaba, el importante puesto de secretario del marqués don Francisco Pizarro. Pero, dejando para después la difícil cuestion de escudriñar quién pudo ser el autor de aquella composicion poética, veamos de decir en pocas palabras las noticias biográficas de Jerez que se deducen de su contexto.

Segun él, nació Francisco de Jerez en la ciudad de Sevilla el año de 1504, y fué hijo de Pedro de Jerez, ciudadano honrado; se embarcó á la edad de quince años (1519) para las Indias, donde pasó veinte, los primeros diez y nueve con pobreza y necesidad, pero el último con mas fortuna, pues en uno de aquellos lances tan comunes en tiempo de la conquista le cupo, sirviendo en la guerra, un botin ó repartimiento que ascendió á ciento y diez arrobas de buena plata; las cuales, dice, ganó peleando, trabajando y comiendo y bebiendo mal, y aun expresa que trajo este caudal á su patria en nueve cajas. Consta tambien de dichos versos que fué soldado valiente, que dió siempre buena cuenta de su persona, que recibió una herida en una pierna, y que, aunque no ejerció cargo alguno en la milicia, fué distinguido por su bizarría y buen comportamiento. Retirado de la vida militar, el autor de los versos le alaba de varon de vida honesta y de virtuoso y caritativo, pues en la época en que los escribia llevaba ya dados de limosna mil y quinientos ducados, sin contar con muchos socorros y auxilios que á escondidas repartia.

Si es lícito conjeturar algo sobre la persona que con tanto entusiasmo alababa á Jerez, diriamos que, segun una frase de las últimas quintillas, en que el autor dice «tener obligacion de escrebir las hazañas de los españoles en partes propias ó extranjeras», debió escribir estos versos el ilustre capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, que ocupaba entonces el cargo de cronista del Emperador para las cosas de Indias. Su larga residencia en aquellas regiones ocasionaria sin duda alguna mucho conocimiento y buena amistad con Jerez, y hallándose en Sevilla cuando nuestro autor imprimió su *Relacion*, querria darle un testimonio de su afecto y voluntad, acompañando á la obra el elogio de su amigo. Mas difícil es explicar las razones que hubo para que en la reimpresion del Jerez, hecha á los trece años de publicarse por la vez primera, se suprimiese toda la

parte de la composicion relativa á la persona de nuestro autor, dejándola mutilada y casi ininteligible. ¿Quién dispuso esta alteracion, pasando en claro cuanto redundaba en honra y crédito de JEREZ? ¿Fué el mismo Oviedo, si acaso corrió personalmente con la reimpresion de su obra y de la de su amigo? ¿Riñó con él y se vengó de este modo, dando rienda suelta á su carácter desabrido y versátil? ¿Fué solo disposicion que tomó por sí el impresor de Salamanca que hizo esta segunda impresion? Cuestiones son esas que no nos atrevemos mas que á indicar, porque es muy aventurado resolverlas, como de tiempos tan lejanos, y sin los precisos datos para ello. De todos modos, es de presumir que para entonces habia muerto ya JEREZ, de quien no hay mas noticias que las dichas, y que fué tratado rigurosamente y conforme á aquel proverbio castellano que dice: «A muertos y á idos no hay amigos.»

La obra de JEREZ se imprimió por la vez primera en Sevilla, 1534, folio gótico, por Bartolomé Perez, y la segunda en Salamanca, 1547, por Juan de Junta, unida á la primera parte de la *Historia general de las Indias*, del capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, folio gótico. Juan Bautista Ramusio la tradujo al italiano, y la insertó en su *Coleccion de viajes*, y por último la reprodujo Barcia en su Coleccion, tomo III, Madrid, 1740; últimamente ha sido traducida al aleman por Felipe Külb, Ausburgo, Cotta, 1843. Es de advertir, tratándose de FRANCISCO DE JEREZ y su libro, que en el mismo año, y tambien en Sevilla, salió á luz al mismo tiempo otra relacion anónima de los mismos sucesos con un título casi idéntico: *La Conquista del Perú, llamada la Nueva-Castilla; la cual tierra por divina voluntad fué maravillosamente conquistada*, etc.; Sevilla, 1534, por Bartolomé Perez, ocho hojas, folio gótico. No sabemos de mas ejemplar de este curioso libro (si puede dársele este nombre) que el que existia en la rica y escogida biblioteca del muy honorable Tomás Grenville, que á su fallecimiento la legó al Museo Británico; no hemos logrado ver dicho ejemplar, pero, segun las noticias que hemos adquirido, hay fundamentos bastantes para presumir que la relacion de que hablamos puede ser tambien de FRANCISCO DE JEREZ, que sin duda adelantó, para satisfacer la ansiedad y anhelo público, aquel breve rasguño de los importantes sucesos del Perú, sin perjuicio de dar mas adelante cuenta de ellos con mayor extension, como lo hizo en la *Relacion* que reproducimos aquí, y que tiene cuarenta y cinco fojas impresas en el ejemplar príncipe de 1534. Con lo que terminamos nuestras indagaciones respecto á FRANCISCO DE JEREZ.

PEDRO CIEZA DE LEON.

Ignórase si PEDRO DE CIEZA nació en Sevilla, pero puede decirse que, si no por naturaleza, fué hijo de ella por residencia y vecindad. Tampoco sabemos nada de su familia y padres, y solo por el apunte que puso al fin de la primera parte de su obra, diciendo que la concluyó en Lima el año de 1550, á la edad de treinta y dos años, se viene en conocimiento de que nació por los de 1518. A la tierna edad de trece, segun don Nicolás Antonio, y en 1531, pasó á las Indias, donde residió mas de diez y siete seguidos, sirviendo en la carrera militar y distinguiéndose por sus buenas dotes. Fruto de tan larga peregrinacion y de sus estudios en aquellas regiones fué una extensa obra, cuya primera parte dió á luz en Sevilla el año de 1553; lo cual indica, al parecer, que para entonces habia vuelto nuestro autor á su patria. Es el título de su libro: *Primera parte de la Crónica del Pirú*, que trata de la demarcacion de sus provincias, la descripcion dellas, las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los indios, con otras cosas extrañas dignas de saberse; Sevilla, 1553, por Martin de Montesdoca. Segun la larga explicacion que de su plan hace en el proemio, la obra debia constar de cuatro partes, con mas dos libros suplementarios, abrazando en este inmenso espacio la historia natural, civil y política del Perú, sus antigüedades, los sucesos de la dinastía de los incas, la conquista de los españoles, y finalmente las guerras civiles de los Almagros y Pizarros, hasta la completa pacificacion de la tierra por la maña y sagacidad del célebre licenciado Pedro de la Gasca. Por desgracia para las letras solo gozamos la parte primera, que es la impresa, habiéndose extraviado y perdido cuanto en su continuacion escribió CIEZA, que no sabemos si llegó á concluir su trabajo: cosa difícil de creer, sabiendo con seguridad

que falleció á la temprana edad de cuarenta y dos años, y á pocos de haberse restituido á la metrópoli. Se ve por su propio testimonio y declaracion que comenzó á escribir lo impreso el año de 1541 en la ciudad de Cartagena, de la gobernacion de Popayan, y que lo acabó en la ciudad de los Reyes en 1550, cuando tenia treinta y dos años.

Tal cual dejó esta obra, y á pesar de haber quedado incompleta, es uno de los libros mas notables, curiosos y dignos de estudio de cuantos se publicaron sobre el Nuevo-Mundo. Antes de que abriesen el camino los trabajos del anticuario, las descripciones y pinturas del viajero, y los pormenores, medidas y reconocimientos del explorador científico, supo el vasto talento de Pedro de Cieza presentar un cuadro de la geografía y topografía del inmenso imperio de los incas, describiéndole con exactitud, expresando la distancia entre las diferentes poblaciones, así de indios como de españoles, enumerando las que existian en aquella costa floreciente y en el interior, haciendo un bosquejo de sus valles y llanuras, así como de las cordilleras gigantescas que corren paralelamente al Pacífico y forman uno de los rasgos mas notables de la fisonomía física del globo; sin olvidarse de referir particulares interesantísimos de la poblacion indígena y presentar una descripcion de sus trajes, costumbres, antigüedades y monumentos, mezclando á esto algunas noticias de su historia primitiva y del estado social en que se hallaban; de manera que el conjunto del todo es la viva pintura del Perú, bajo el aspecto físico y moral, en el período mas curioso para el observador, es decir, en la época de transicion y cuando, desmoronándose el edificio social construido por Mango y sus descendientes, pasaban aquellos pueblos al dominio de la influencia europea. Es ciertamente de sentir no parezca la relacion que Cieza debió escribir de las guerras civiles, pues acompañó al presidente Gasca en toda la expedicion contra los Pizarros, y hubiera consignado pormenores mas circunstanciados aun que los que poseemos. Del resto de su obra no tenemos, como arriba dijimos, noticia alguna, y solo se dice que en Madrid se vieron hace algunos años en manuscrito las partes segunda y tercera, ignorándose adónde fueron á parar. Monsieur Rich, en su *Catálogo de manuscritos relativos á América*, pone bajo el número 90 el siguiente: *Tercer libro de las Guerras civiles del Perú*, el cual se llama la guerra de Quito, hecho por Pedro de Cieza de Leon, coronista de las Indias; cuatrocientas veinte y cuatro hojas en folio. Perteneció, segun nuestras noticias, este manuscrito á la exquisita coleccion que reunió la diligencia de don Antonio de Uguina, la cual pasó después de su fallecimiento á manos de monsieur Ternaux-Compans, de Paris, y después á las de monsieur Lennox, de Nueva-York, que la adquirió en precio de seiscientas libras esterlinas el año de 1849. Este es el único apunte que nos ha sido dable adquirir respecto á la parte inédita de la obra de Cieza.

La primera impresion de la primera parte es de Sevilla, 1553, por Martin de Montesdoca, folio gótico; hay otras dos ediciones en 12.°, una de Ambéres, 1555, de Nucio, otra del mismo año y lugar, de Juan Bellero, y una traduccion italiana de Agustin Cravaliz, que la imprimió en Roma el año de 1555 en casa de Valerio Dorigli, 8.°; y sin embargo, puede afirmarse que es uno de nuestros libros de Indias mas difíciles de encontrar y mas notables por su mérito: razones ambas que nos han movido á darle un lugar en esta Coleccion. Ya indicamos antes, y terminarémos este artículo repitiéndolo, que Cieza falleció en Sevilla el año de 1560 y á los cuarenta y dos de su edad: así lo afirma el Padre Alonso Chacon, de la órden de santo Domingo, en sus adiciones y notas á la *Biblioteca universal*, de las cuales hace mencion don Nicolás Antonio en la suya.

AGUSTIN DE ZARATE.

Contador de mercedes del Emperador, empleo equivalente á uno de los principales de nuestra hacienda en el dia. Ninguna noticia tenemos de su familia ni patria, y solo se sabe que pasó á la América Meridional á ejercer su cargo cuando las turbulencias del Perú tenian trastornado el órden público, y las cajas reales experimentaban un abandono que reclamaba imperiosamente reparo y remedio. Aun cuando no tuviésemos otro dato, la importancia y gravedad de esta comision, y mas en aquella coyuntura, bastarian para apreciar la inteligencia, el seso y la prudencia de Zá-

RATE. Llegó á su destino en compañía del virey Blasco Nuñez Vela, y cabalmente cuando asomaba la rebelion de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal y demás partidarios suyos; y hay que formar una alta idea de su capacidad y talentos, si se considera que al mismo tiempo que desempeñaba las funciones propias de su cargo, observaba curiosamente los sucesos, y los encomendaba al papel con la veracidad y la templanza propias de un filósofo. Corria en ello no pequeño riesgo, pues él mismo asegura que á no proceder con el mayor recato y reserva, le pudiera haber costado hasta la vida el saberse se ocupaba en escribir los acontecimientos de aquella region; porque, sospechoso de ello el Francisco de Carvajal, amenazó con su venganza al que tuviese la temeridad de contar sus hazañas, mas dignas de perpetuo silencio y olvido que de recuerdo; y cualquiera que conozca medianamente la historia de aquel tiempo sabe que Carvajal era hombre de cumplir lo que ofrecia.

Tuvo pues ZÁRATE oculto su trabajo hasta que, restituido á Europa, y terminados mucho antes los sucesos del Perú con castigo de los sublevados, publicó su libro en Ambéres el año de 1555 en un tomo en 12.° dedicándolo al Emperador, que en premio de sus buenos servicios le encargó el gobierno de la hacienda en Flándes. Verdaderamente era digno ZÁRATE de recompensa, porque habiendo pasado al Perú en compañía del Virey, en medio de conocer y deplorar los desaciertos de este funcionario, que tantas desventuras causaron, siguió á su fallecimiento el partido de la Audiencia, permaneciendo fiel al pendon real.

No podemos decir cuánto tiempo permaneció ZÁRATE en Flándes, ni en qué época se restituyó á España; pero hay datos que manifiestan continuó sus servicios, pues por real cédula de 14 de marzo de 1560, fecha en Toledo, se le dió comision para averiguar cómo estaba lo tocante á los diezmos de la mar, que estaban á cargo de la real hacienda desde el fallecimiento del condestable don Pedro Fernandez de Velasco, que antes los habia cobrado; la cédula está extendida en los términos mas lisonjeros para ZÁRATE, pues dice que « acordado que debiamos enviar una persona de recaudo y confianza á se informar de lo que en esto pasa y se debe hacer y proveer; por ende, acatando la suficiencia y fidelidad de vos, AGUSTIN DE ZÁRATE, nuestro contador de mercedes, y contando con que, como lo habeis hecho por lo pasado, entenderéis en lo sobredicho con la diligencia y cuidado que conviene, nuestra merced y voluntad es de os nombrar, como por la presente os nombramos para ello, etc. » Con la misma fecha se le dió instruccion expresa para el desempeño de su comision, en la que se explica qué es lo que debia hacer para poner en claro el asunto de los diezmos de la mar, que eran unos arbitrios que se cobraban en las cuatro villas de la costa de Santander, Laredo, Castrourdiales y San Vicente de la Barquera, y en las cuatro aduanas de Vitoria, Orduña, Valmaseda y Salvatierra. Hasta este punto llegan las noticias de ZÁRATE, y se ignoran su destino posterior y la época de su fallecimiento.

Viniendo á tratar de su obra, no vacilamos en decir que, después de ser uno de los monumentos históricos mas bellos (quizá el primero) de nuestra lengua, es una autoridad respetable en alto grado respecto á los sucesos de que trata. El autor, además de ocupar un cargo importante, intervino activamente en muchos de ellos, siguiendo el partido real después de muerto el Virey, y pasando en una ocasion como comisionado de los oidores á hablar con Gonzalo Pizarro, que se acercó á Lima, y requerirle licenciase sus tropas y se retirase á sus haciendas. Ejecutó el historiador su comision con poco gusto, segun lo indica él mismo, pues no dejaba de ofrecer bastante peligro, y cumplido este deber espinoso, parece se le pierde de vista y no suena en primer término; lo cual indica que se redujo á desempeñar las funciones privativas de su empleo y á escribir su obra. Estas circunstancias que acabamos de enumerar, y el buen juicio y claro entendimiento de ZÁRATE, son las que le hacen tan distinguido como historiador; en un principio solo trató de escribir lo ocurrido hasta la llegada del virey Blasco Nuñez Vela al Perú; pero, conociendo que la materia quedaria así oscura, dilató su plan, y comenzando por el descubrimiento y conquista de la tierra, siguió los sucesos hasta su pacificacion por Gasca; en la primera parte tomó por guias á los escritores anteriores y á muchas personas que presenciaron la conquista; en la segunda sus propias observaciones y noticias. Alcedo, en su *Biblioteca americana*, manuscrita, trata á ZÁRATE de historiador de gran mérito, pero de poca exactitud; esta crítica no nos parece justa: conócese sí que pertenecia al partido real, pero, sin embargo, habla sin ira ni encono, refiere los acontecimientos con imparcialidad y lisura, y sazona la narracion con profundas reflexiones y comentarios, que muchas veces dan luz á pasajes oscuros de aquel tiempo. Receloso de los inconvenientes que ofrece siempre la historia contemporánea, trató de conservarla inédita hasta

despues de su fallecimiento; pero el Emperador, á quien la habia presentado manuscrita, quedó tan satisfecho de ella, que ZÁRATE, no pudiendo resistir á tan poderosa recomendacion, la dió á luz en Ambéres, 1555, 12.° Reimprimióse en Sevilla por A. Escribano, 1577, folio; después por Barcia, 1740, y mereció luego la honra de pasar á las principales lenguas de la Europa. T. Nicholas la tradujo al inglés, Lóndres, 1581, 4.°; se publicó en holandés, Amsterdam, Cornelis Claesz, 1596, 4.°, y en francés, Paris, 1706, dos tomos 12.°

VERDADERA HISTORIA

DE LOS

SUCESOS DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA,

POR EL CAPITAN BERNAL DIAZ DEL CASTILLO,

UNO DE SUS CONQUISTADORES.

CAPITULO PRIMERO.

En qué tiempo salí de Castilla, y lo que me acaeció.

En el año de 1514 salí de Castilla en compañía del gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazon le dieron la gobernacion de Tierra-Firme; y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados, y demás desto, todos los mas adolecimos, y se nos hacian unas malas llagas en las piernas; y tambien en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazon estaba por capitan y habia conquistado aquella provincia, que se decia Vasco Nuñez de Balboa; hombre rico, con quien Pedro Arias de Avila casó en aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa; y después que la hubo desposado, segun pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le queria alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia le mandó degollar. Y después vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre capitanes y soldados, y alcanzamos á saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decia Diego Velazquez, natural de Cuéllar; acordamós ciertos hidalgos y soldados, personas de calidad de los que habiamos venido con el Pedro Arías de Avila, de demandalle licencia para nos ir á la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad, porque no tenia necesidad de tantos soldados como los que trujo de Castilla, para hacer guerra, porque no habia qué conquistar; que todo estaba de paz, porque el Vasco Nuñez de Balboa, yerno del Pedro Arias de Avila, habia conquistado, y la tierra de suyo es muy corta y de poca gente. Y desque tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío y con buen tiempo; llegamos á la isla de Cuba, y fuimos á besar las manos al gobernador della, y nos mostró mucho amor, y prometió que nos daria indios de los primeros que vacasen; y como se habian pasado ya tres años, ansí en lo que estuvimos en Tierra-Firme como en lo que estuvimos en la isla de Cuba aguardando á que nos depositase algunos indios, como nos habia prometido, y no habiamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habiamos venido de Tierra-Firme y de otros que en la isla de Cuba no tenian indios, y concertamos con un hidalgo que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, que era hombre rico y tenia pueblos de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitan, y á nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo gobernador Diego Velazquez, fiado, con condicion que, primero que nos le diese, nos habiamos de obligar todos los soldados, que con aquellos tres navíos habiamos de ir á unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes, y que habiamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que pedia el Diego Velazquez no era justo, le respondimos que lo que decia no lo mandaba Dios ni el Rey, que hiciésemos á los libres esclavos. Y desque vió nuestro intento, dijo que era bueno el propósito que llevábamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo; y entonces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viaje. Y desque nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazon no habia en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos, y buscamos tres pilotos, que el mas principal dellos y el que regia nuestra armada se llamaba Anton de Alaminos, natural de Pálos, y el otro piloto se decia Camacho, de Triana, y el otro Juan Alvarez, el Manquillo de Huelva; y asimismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables y maromas y anclas, y pipas

de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto á nuestra costa y mision. Y después que nos hubimos juntado los soldados, que fueron ciento y diez, nos fuimos á un puerto que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenian poblada, que se decia San Cristóbal, que desde á dos años la pasaron adonde agora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un clérigo que estaba en la misma villa de San Cristóbal, que se decia Alonso Gonzalez, que con buenas palabras y prometimientos que le hicimos se fué con nosotros; y demás desto elegimos por veedor, en nombre de su majestad, á un soldado que se decia Bernardino Iniguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topásemos tierras que tuviesen oro ó perlas ó plata, hubiese persona suficiente que guardase el real quinto. Y después de todo concertado y oido misa, encomendándonos á Dios nuestro Señor y á la Vírgen santa María, su bendita Madre, nuestra Señora, comenzamos nuestro viaje de la manera que adelante diré.

CAPITULO II.

Del descubrimiento de Yucatan y de un rencuentro de guerra que tuvimos con los naturales.

En 8 dias del mes de febrero del año de 1517 años salimos de la Habana, y nos hicimos á la vela en el puerto de Jaruco, que ansí se llama entre los indios, y es la banda del norte, y en doce dias doblamos la de San Anton, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos á nuestra ventura hácia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos dias con sus noches, y fué tal, que estuvimos para nos perder; y desque abonanzó, yendo por otra navegacion, pasado veinte y un dias que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra, de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello; la cual tierra jamás se habia descubierto, ni habia noticia della hasta entonces; y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaria de la costa obra de dos leguas, y viendo que era gran poblacion y no habiamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran-Cairo. Y acordamos que con el un navío de menos porte se acercasen lo que mas pudiesen á la costa, á ver qué tierra era, y á ver si habia fondo para que pudiésemos anclar junto á la costa; y una mañana, que fueron 4 de marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de indios naturales de aquella poblacion, y venian á remo y vela. Son canoas hechas á manera de artesas, son grandes, de maderos gruesos y cavadas por dedentro y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas dellas en que caben en pié cuarenta y cincuenta indios. Quiero volver á mi materia. Llegados los indios con las cinco canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos y capeándoles con las capas para que nos viniesen á hablar, porque no teniamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la de Yucatan y mejicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, á los cuales dimos de comer cazabe y tocino, y á cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando un buen rato los navíos; y el mas principal dellos, que era cacique, dijo por señas que se queria tornar á embarcar en sus canoas y volver á su pueblo, y que otro dia volverian y traerian mas canoas en que saltásemos en tierra; y venian estos indios vestidos con unas jaquetas de algodon y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman mastates, y tuvímoslos por hombres mas de razon que á los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas defuera, excepto las mujeres, que traian hasta que les llegaban á los muslos unas ropas de algodon que llaman naguas. Volvamos á nuestro cuento: que otro dia por la mañana volvió el mismo cacique á los navíos, y trujo doce canoas grandes con muchos indios remeros, y dijo por señas al Capitan, con muestras de paz, que fuésemos á su pueblo y que nos darian comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas doce canoas podiamos saltar en tierra. Y cuando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdome que decia: *Con escotoch, con escotoch;* y quiere decir, andad acá á mis casas; y por esta causa pusimos desde entonces por nombre á aquella tierra Punta de Cotoche, y así está en las cartas de marear. Pues viendo nuestro capitan y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacia el Cacique para que fuésemos á su pueblo, tomó consejo con nosotros, y fué acordado que sacásemos nuestros bateles de los navíos, y en el navío de los mas pequeños y en las doce canoas saliésemos á tierra todos juntos de una vez, porque vimos la costa llena de indios que habian venido de aquella poblacion, y salimos todos en la primera barcada. Y cuando el Cacique nos vido en tierra y que no íbamos á su pueblo, dijo otra vez al Capitan por señas que fuésemos á sus casas; y tantas muestras de paz hacia, que tomando el Capitan nuestro parecer para si iriamos ó no, acordóse por todos los mas soldados que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar y con buen concierto fuésemos. Llevamos quince ballestas y diez escopetas (que así se llamaban, escopetas y espingardas, en aquel tiempo), y comenzamos á caminar por un camino por donde el Cacique iba por guia, con otros muchos indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos comenzó á dar voces y apellidar el Cacique para que saliesen á nosotros escuadrones de gente de guerra, que tenian en celada para nos matar; y á las voces que dió el Cacique, los escuadrones vinieron con gran furia, y comenzaron á nos flechar de arte, que á la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados, y traian armas de algodon, y lanzas y rodelas, arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas vinieron á se juntar con nosotros pié con pié, y con las lanzas á manteniente nos hacian mucho mal. Mas luego les hicimos huir, como conocieron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas y es-



copetas el daño que les hacian; por manera que quedaron muertos quince dellos. Un poco mas adelante donde nos dieron aquella refriega que dicho tengo, estaba una placeta y tres casas de cal y canto, que eran adoratorios, donde tenian muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios y otros como de mujeres, altos de cuerpo, y otros de otras malas figuras; de manera que al parecer estaban haciendo sodomías unos bultos de indios con otros; y dentro en las casas tenian unas arquillas hechizas de madera, y en ellas otros ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes y tres diademas, y otras piecezuelas á manera de pescados y otras á manera de ánades, de oro bajo. Y después que lo hubimos visto, así el oro como las casas de cal y canto, estábamos muy contentos porque habiamos descubierto tal tierra, porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió dende ahí á diez y seis años. En aquel instante que estábamos batallando con los indios, como dicho tengo, el clérigo Gonzalez iba con nosotros, y con dos indios de Cuba se cargó de las arquillas y el oro y los ídolos, y lo llevó al navío; y en aquella escaramuza prendimos dos indios, que después se bautizaron y volvieron cristianos, y se llamó el uno Melchor y el otro Julian, y entrambos eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel rebato acordamos de nos volver á embarcar, y seguir las costas adelante descubriendo hácia donde se pone el sol; y después de curados los heridos, comenzamos á dar velas.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de Campeche.

Como acordamos de ir la costa adelante hácia el poniente, descubriendo puntas y bajos y ancones y arracifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Anton de Alaminos, íbamos con gran tiento, de dia navegando y de noche al reparo y parando; y en quince dias que fuimos desta manera, vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande, y habia cerca dél gran ensenada y bahía; creimos que habia rio ó arroyo donde pudiésemos tomar agua, porque teniamos gran falta della; acabábase la de las pipas y vasijas que traiamos, que no venian bien reparadas; que, como nuestra armada era de hombres pobres, no teniamos dinero cuanto convenia para comprar buenas pipas; faltó el agua, hubimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fué un domingo de Lázaro, y á esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro nombre propio de indios se dice Campeche; pues para salir todos de una barcada, acordamos de ir en el navío mas chico y en los tres bateles, bien apercebidos de nuestras armas, no nos acaeciese como en la Punta de Cotoche. Porque en aquellos ancones y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dejamos los navíos ancleados mas de una legua de tierra, y fuimos á desembarcar cerca del pueblo, que estaba allí un buen paso de buena agua, donde los naturales de aquella poblacion bebian y se servian dél, porque en aquellas tierras, segun hemos visto, no hay rios; y sacamos las pipas para las henchir de agua y volvernos á los navíos. Ya que estaban llenas y nos queriamos embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta indios con buenas mantas de algodon, y de paz, y á lo que parecia debian ser caciques, y nos decian por señas que qué buscábamos, y les dimos á entender que tomar agua é irnos luego á los navíos, y señalaron con la mano que si veniamos de hácia donde sale el sol, y decian *Castilan*, *Castilan*, y no mirábamos bien en la plática de *Castilan*, *Castilan*. Y después destas pláticas que dicho tengo, nos dijeron por señas que fuésemos con ellos á su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iriamos. Acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso, y lleváronnos á unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y estaban muy bien labradas de cal y canto, y tenian figurados en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras y otras pinturas de ídolos, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre muy fresca; y á otra parte de los ídolos tenian unas señales como á manera de cruces, pintadas de otros bultos de indios; de todo lo cual nos admiramos, como cosa nunca vista ni oida. Segun pareció, en aquella sazon habian sacrificado á sus ídolos ciertos indios para que les diesen vitoria contra nosotros, y andaban muchos indios é indias riéndose y al parecer muy de paz, como que nos venian á ver; y como se juntaban tantos, temimos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche; y estando desta manera vinieron otros muchos indios, que traian muy ruines mantas, cargados de carrizos secos, y los pusieron en un llano, y tras estos vinieron dos escuadrones de indios flecheros con lanzas y rodelas, y hondas y piedras, y con sus armas de algodon, y puestos en concierto en cada escuadron su capitan, los cuales se apartaron en poco trecho de nosotros; y luego en aquel instante salieron de otra casa, que era su adoratorio, diez indios, que traian las ropas de mantas de algodon largas y blancas, y los cabellos muy grandes, llenos de sangre y muy revueltos los unos con los otros, que no se les pueden esparcir ni peinar si no se cortan; los cuales eran sacerdotes de los ídolos, que en la Nueva-España comunmente se llaman papas; otra vez digo que en la Nueva-España se llaman papas, y así los nombraré de aquí adelante; y aquellos papas nos trujeron zahumerios, como á manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzaron á zahumar, y por señas nos dicen que nos vamos de sus tierras antes que á aquella leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de arder, sino que nos darán guerra y nos matarán. Y luego mandaron poner fuego á los carrizos y comenzó de arder, y se fueron los papas callando sin mas nos hablar, y los que estaban apercebidos en los escuadrones empezaron á silbar y á tañer sus bocinas y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de lo de la Punta de Cotoche aun no teniamos sanas las heridas, y se habian muerto dos soldados, que echamos al mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos á la costa; y así, comenzamos á caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol que está en la mar, y los bateles y el navío pequeño fueron por la costa tierra á tierra con las pipas de agua, y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos habiamos desembarcado, por el gran número de indios

que ya se habian juntado, porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darian guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos, y embarcados en una bahía como portezuelo que allí estaba, comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volvió un norte, que es travesía en aquella costa, el cual duró cuatro dias con sus noches, que estuvimos para dar al través: tan recio temporal hacia, que nos hizo anclear la costa por no ir al través; que se nos quebraron dos cables, y iba garrando á tierra el navío. ¡Oh en qué trabajo nos vimos! Que si se quebrara el cable, íbamos á la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudaron con otras maromas viejas y guindaletas. Pues ya reposado el tiempo, seguimos nuestra costa adelante, llegándonos á tierra cuanto podiamos para tornar á tomar agua, que (como he dicho) las pipas que traiamos vinieron muy abiertas y asimismo no habia regla en ello; como íbamos costeando, creiamos que do quiera que saltásemos en tierra la tomariamos de jagueyes y pozos que cavariamos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navíos un pueblo, y antes de obra de una legua dél hacia una ensenada, que parecia que habria rio ó arroyo: acordamos de surgir junto á él; y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar y quedan en seco los navíos, por temor dello surgimos mas de una legua de tierra en el navío menor y en todos los bateles; fué acordado que saltásemos en aquella ensenada, sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas y ballestas y escopetas. Salimos en tierra poco mas de mediodía, y habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo Potonchan, é henchimos nuestras pipas de agua; mas no las pudimos llevar ni meter en los bateles, con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros; y quedarse ha aquí, y adelante diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO IV.

Cómo desembarcamos en una bahía donde habia maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos dieron.

Y estando en las estancias y maizales por mí ya dichas, tomando nuestra agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan (que así se dice), con sus armas de algodon que les daba á la rodilla, y con arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas hechas á manera de montantes de á dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto enalmagrados; y venian callando, y se vienen derechos á nosotros, como que nos venian á ver de paz, y por señas nos dijeron que si veniamos de donde sale el sol, y las palabras formales segun nos hubieron dicho los de Lázaro, *Castilan, Castilan*, y respondimos por señas que de donde sale el sol veniamos. Y entonces paramos en las mieses y en pensar qué podia ser aquella plática, porque los de San Lázaro nos dijeron lo mismo; mas nunca entendimos al fin que lo decian. Seria cuando esto pasó y los indios se juntaban, á la hora de las Ave-Marías, y fuéronse á unas caserías, y nosotros pusimos velas y escuchas y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oimos venir, con el gran ruido y estruendo que traian por el camino, muchos indios de otras sus estancias y del pueblo, y todos de guerra, y desque aquello sentimos, bien entendido teniamos que no se juntaban para hacernos ningun bien, y entramos en acuerdo con el Capitan qué es lo que hariamos; y unos soldados daban por consejo que nos fuésemos luego á embarcar; y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno y otros dicen otro, hubo parecer que si nos fuéramos á embarcar, que como eran muchos indios, darian en nosotros y habria mucho riesgo de nuestras vidas; y otros éramos de acuerdo que diésemos en ellos esa noche; que, como dice el refran, quien acomete, vence; y por otra parte veiamos que para cada uno de nosotros habia trescientos indios. Y estando en estos conciertos amaneció, y dijimos unos soldados á otros que tuviésemos confianza en Dios, y corazones muy fuertes para pelear, y después de nos encomendar á Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vidas. Ya que era de dia claro vimos venir por la costa muchos mas escuadrones guerreros con sus banderas tendidas, y penachos y atambores, y con arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y se juntaron con los primeros que habian venido la noche antes; y luego, hechos sus escuadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas y varas, y piedras con sus hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pié con pié, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traian á mal andar, puesto que les dábamos buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando; y ya que se apartaban algo de nosotros, desque sentian las grandes estocadas y cuchilladas que les dábamos, no era léjos, y esto fué para mejor flechar y tirar al terrero á su salvo; y cuando estábamos en esta batalla, y los indios se apellidaban, decian en su lengua *al Calachoni, al Calachoni*, que quiere decir que matasen al Capitan; y le dieron doce flechazos, y á mí me dieron tres, y uno de los que me dieron, bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó á lo hueco, y á otros de nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y á dos llevaron vivos, que se decia el uno Alonso Bote y el otro era un portugués viejo. Pues viendo nuestro capitan que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos escuadrones, y venian mas de refresco del pueblo, y les traian de comer y beber y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaznates, y nos habia muerto ya sobre cincuenta soldados; y viendo que no teniamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos á los bateles que teniamos en la costa, que fué buen socorro, y hechos todos nosotros un escuadron, rompimos por ellos; pues oir la grita y silbos y vocería y priesa que nos daban de flecha y á mantiniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que, como nos acogimos de golpe á los bateles y éramos muchos, íbanse á fondo, y como mejor pudimos, asidos á los bordes, medio nadando entre dos aguas, llegamos al navío de menos

porte, que estaba cerca, que ya venia á gran priesa á nos socorrer, y al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y entraron en la mar con las lanchas y daban á mantiniente á nuestros soldados, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros, con los dos que llevaron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que murieron de las heridas y de la gran sed que pasaron. Estuvimos peleando en aquellas batallas poco mas de media hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusieron por nombre los pilotos y marineros *Bahía de mala Pelea*. Y desque nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias á Dios; y cuando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldecian al piloto Anton Alamínos y á su descubrimiento y viaje, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino isla; donde los dejaré ahora, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO V.

Cómo acordamos de nos volver á la isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos hasta llegar al puerto de la Habana.

Desque nos vimos embarcados en los navíos de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias á Dios, y después de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de cuantos allí nos hallamos que no tuviesen á dos y á tres y á cuatro heridas, y el Capitan con doce flechazos; solo un soldado quedó sin herir), acordamos de nos volver á la isla de Cuba; y como estaban tambien heridos todos los mas de los marineros que saltaron en tierra con nosotros, que se hallaron en las peleas, no teníamos quien marchase las velas, y acordamos que dejásemos el un navío, el de menos porte, en la mar, puesto fuego, después de sacadas dél las velas y anclas y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte; pues otro mayor daño teniamos, que fué la gran falta de agua; porque las pipas y vasijas que teniamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos dieron y priesa de nos acoger á los bateles no se pudieron llevar, que allí se quedaron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teniamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no habia. ¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos en que nosotros nos vimos. Por manera que con todo esto íbamos navegando muy allegados á tierra, para hallarnos en paraje de algun rio ó bahía para tomar agua, y al cabo de tres dias vimos uno como ancon, que parecia rio ó estero, que creimos tener agua dulce, y saltaron en tierra quince marineros de los que habian quedado en los navíos, y tres soldados que estaban mas sin peligro de los flechazos, y llevaron azadones y tres barriles para traer agua; y el estero era salado, é hicieron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero; por manera que, mala como era, trujeron las vasijas llenas, y no habia hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y á dos soldados que la bebieron dañó los cuerpos y las bocas. Habia en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso por nombre *el estero de los Lagartos*, y así está en las cartas del marear. Dejemos esta plática, y diré que entre tanto que fueron los bateles por el agua se levantó un viento nordeste tan deshecho, que ibamos garrando á tierra con los navíos; y como en aquella costa es travesía y reina siempre norte y nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cable; y como lo vieron los marineros que habian ido á tierra por el agua, vinieron muy mas que de paso con los bateles, y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navíos seguros dos dias y dos noches; y luego alzamos anclas y dimos vela, siguiendo nuestro viaje para nos volver á la isla de Cuba. Parece ser el piloto Alamínos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos que desde aquel paraje donde estábamos atravesásemos á la Florida, porque hallaban por sus cartas y grados y alturas que estaria de allí obra de setenta leguas, y que después, puestos en la Florida, dijeron que era mejor viaje é mas cercana navegacion para ir á la Habana que no la derrota por donde habiamos primero venido á descubrir; y así fué como el piloto dijo; porque, segun yo entendí, habia venido con Juan Ponce de Leon á descubrir la Florida habia diez ó doce años ya pasados. Volvamos á nuestra materia: que atravesando aquel golfo, en cuatro dias que navegamos vimos la tierra de la misma Florida; y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPITULO VI.

Cómo desembarcaron en la bahía de la Florida veinte soldados, y con nosotros el piloto Alamínos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos dieron los naturales de aquella tierra, y lo que mas pasó hasta volver á la Habana.

Llegados á la Florida acordamos que saliesen en tierra veinte soldados de los que teniamos mas sanos de las heridas: yo fuí con ellos y tambien el piloto Anton de Alamínos, y sacamos las vasijas que habia, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas; y como el Capitan estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios que en todo caso le trujésemos agua dulce, que se secaba y moria de sed; porque el agua que habia era muy salada y no se podia beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos á tierra, cerca de un estero que entraba en la mar, el piloto reconoció la costa, y dijo que habia diez ó doce años que habia estado en aquel paraje, cuando vino con Juan Ponce de Leon á descubrir aquellas tierras, y allí le habian dado guerra los indios de aquella tierra, y que les habian muerto muchos soldados, y que á esta causa estuviésemos muy sobre aviso apercebidos, porque vinieron én aquel tiempo que dicho tiene muy de repente los indios cuando le desbarataron; y luego pusimos por espías dos soldados en una playa que se hacia muy ancha, é hicimos pozos muy

hondos donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazon era menguante la marea; y quiso Dios que topásemos muy buena agua, y con el alegría, y por hartarnos della y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queriamos venir á embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habiamos puesto en la playa dando muchas voces diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero;» y el soldado dando voces, é venia corriendo, y los indios llegaron casi á la par con el soldado contra nosotros, y traian arcos muy grandes y buenas flechas y lanzas, y unas á manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se vinieron derechos á nos flechar, é hirieron luego seis de nuestros compañeros, y á mí me dieron un flechazo en el brazo derecho de poca herida; y dímosles tanta priesa de estocadas y cuchilladas y con las escopetas y ballestas, que nos dejan á nosotros los que estábamos tomando agua de los pozos, y van á la mar y estero á ayudar á sus compañeros los que venian en las canoas donde estaba nuestro batel con los marineros, que tambien andaban peleando pié con pié con los indios de las canoas, y aun les tenian ya tomado el batel y le llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habian herido á cuatro marineros, y al piloto Alamínos le dieron una mala herida en la garganta; y arremetimos á ellos, el agua mas que á la cinta, y á estocadas les hicimos soltar el batel, y quedaron tendidos y muertos en la costa y en el agua veinte y dos dellos, y tres prendimos, que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Después desta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela qué se hizo su compañero Berrio (que así se llamaba); dijo que lo vió apartar con una hacha en las manos para cortar un palmito, y que fué hácia el estero por donde habian venido los indios de guerra, y que oyó voces de español, y que por aquellas voces vino de presto á dar mandado á la mar, y que entonces le debieran de matar; el cual soldado solamente él habia quedado sin ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí á fenecer; y luego fuimos en busca de nuestro soldado por el rastro que habian traido aquellos indios que nos dieron guerra, y hallámos una palma que habia comenzado á cortar, y cerca della mucha huella en el suelo, mas que en otras partes; por donde tuvimos por cierto que le llevaron vivo, porque no habia rastro de sangre, y anduvimos buscándole á una parte y á otra mas de una hora, y dimos voces, y sin mas saber de él nos volvimos á embarcar en el batel y llevamos á los navíos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados, como si entonces les diéramos las vidas; y un soldado se arrojó desde el navío en el batel con la gran sed que tenia, tomó una botija á pechos, y bebió tanta agua, que della se hinchó y murió. Pues ya embarcados con nuestra agua y metidos nuestros bateles en los navíos, dimos vela para la Habana, y pasamos aquel dia y la noche, que hizo buen tiempo, junto de unas isletas que llaman los Mártires, que son unos bajos que así los llaman, *los bajos de los Mártires*. Ibamos en cuatro brazas lo mas hondo, y tocó la nao capitana entre unas como isletas é hizo mucha agua; que con dar todos los soldados que íbamos á la bomba no podiamos estancar, é íbamos con temor no nos anegásemos. Acuérdome que traiamos allí con nosotros á unos marineros levantiscos, y les deciamos: «Hermanos, ayudad á sacar la bomba, pues veis que estamos muy mal heridos y cansados de la noche y el dia, porque nos vamos á fondo;» y respondian los levantiscos: «Facételo vos, pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed y trabajos y heridos, como vosótros;» por manera que les haciamos dar á la bomba aunque no querian, y malos y heridos como íbamos, mareábamos las velas y dábamos á la bomba, hasta que nuestro Señor Jesucristo nos llevó á Puerto de Carenas, donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo Puerto de Carenas se solia llamar, y no Habana; y cuando nos vimos en tierra dimos muchas gracias á Dios, y luego se tomó el agua de la capitana un buzano portugués que estaba en otro navío en aquel puerto, y escribimos á Diego Velazquez, gobernador de aquella isla, muy en posta, haciéndole saber que habiamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodon y cubiertas sus vergüenzas, y tenian oro y labranzas de maizales; y desde la Habana se fué nuestro capitan Francisco Hernandez por tierra á la villa de Santispíritus, que así se dice, donde tenia su encomienda de indios; y como iba mal herido, murió dende allí á diez dias que habia llegado á su casa; y todos los demás soldados nos desparecimos, y nos fuimos unos por una parte y otros por otra de la isla adelante; y en la Habana se murieron tres soldados de las heridas, y los navíos fueron á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador, y desque hubieron desembarcado los dos indios que hubimos en la Punta de Cotoche, que ya he dicho que se decian Melchorillo y Julianillo, y en el arquilla con las diademas y ánades y pescadillos, y con los ídolos de oro, que aunque era bajo y poca cosa, sublimábanlo de arte, que en todas las islas de Santo Domingo y en Cuba y aun en Castilla llegó la fama dello, y decian que otras tierras en el mundo no se habian descubierto mejores, ni casas de cal y canto; y como vió los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decian que eran del tiempo de los gentiles; otros decian que eran de los indios que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalen, y que habian aportado con los navíos rotos en que les echaron en aquella tierra; y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velazquez á aquellos indios, que si habia minas de oro en su tierra; y á todos les respondian que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la isla de Cuba, y decian que habia mucho en su tierra, y no le decian verdad, porque claro está que en la Punta de Cotoche ni en todo Yucatan no es donde hay minas de oro; y asimismo les mostraban los indios los montones que hacen de tierra, donde ponen y siembran las plantas de cuyas raíces hacen el pan cazabe, y llámanse en la isla de Cuba yuca, y los indios decian que las había en su tierra, y decian *Tale*, por la tierra, que así se

llama la en que las plantában; de manera que yuca con tale quiere decir Yucatan. Decian los españoles que estaban hablando con el Diego Velazquez y con los indios: «Señor, estos indios dicen que su tierra se llama Yucatan;» y así se quedó con este nombre, que en propria lengua no se dice así. Por manera que todos los soldados que fuimos á aquel viaje á descubrir gastamos los bienes que teniamos, y heridos y pobres volvimos á Cuba, y aun lo tuvimos á buena dicha haber vuelto, y no quedar muertos con los demás mis compañeros; y cada soldado tiró por su parte, y el Capitan (como tengo dicho) luego murió, y estuvimos muchos dias en curarnos las heridas, y por nuestra cuenta hallamos que se murieron al pié de sesenta soldados, y esta ganancia trujimos de aquella entrada y descubrimiento. Y Diego Velazquez escribió á Castilla á los señores que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que él lo habia descubierto, y gastado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decia don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como presidente de Indias, y lo escribió á su majestad á Flándes, dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo mencion de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaecieron á mí y á tres soldados.

CAPITULO VII.

De los trabajos que tuve hasta llegar á una villa que se dice la Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir á la villa de la Trinidad, ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decia Pedro de Avila, que iba asimismo á aquel viaje en una canoa por la mar por la banda del sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodon, que iba á vender á la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes, cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa á costa; y el concierto que hicimos con Pedro de Avila fué que daríamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por la costa adelante, á veces remando y á ratos á la vela, ya que habiamos navegado once dias en paraje de un pueblo de indios de paz que se dice Camarreon, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros; y el Pedro de Avila y unos indios de la Habana y unos remeros muy buenos que traiamos hubimos de dar al través entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa; por manera que se nos quebró la canoa y el Avila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar, nos apercebimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de entre aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no habia camino por la costa, sino malos pasos y ceborucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas que pasan las plantas de los piés, y sin tener qué comer. Pues como las olas que reventaban de aquellos grandes ceborucos nos embestian, y con el gran viento que hacia llevábamos hechas grietas en las partes ocultas que corria sangre dellas, aunque nos habiamos puesto delante muchas hojas de árboles y otras yerbas que buscamos para nos tapar. Pues como por aquella costa no podiamos caminar por causa que se nos hincaban por las plantas de los piés aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que habia en el monte cortamos cortezas de árboles, que pusimos por suelas, atadas á los piés con unas que parecen cuerdas delgadas, que llaman bejucos, que nacen entre los árboles; que espadas no sacamos ninguna, y atamos los piés y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos á una playa de arena, y de ahí á dos dias que caminamos llegamos á un pueblo de indios que se decia Yaguarama, el cual era en aquella sazon del padre fray Bartolomé de las Casas, que era clérigo presbítero, y después le conocí fraile dominico, y llegó á ser obispo de Echiapa; y los indios de aquel pueblo nos dieron de comer. Y otro dia fuimos hasta otro pueblo que se decia Chipiona, que era de un Alonso de Avila é de un Sandoval (no digo del capitan Sandoval el de la Nueva-España), y des le allí á la Trinidad; y un amigo mio, que se decia Antonio de Medina, me remedió de vestidos, segun que en la villa se usaban, y así hicieron á mis compañeros otros vecinos de aquella villa; y desde allí con mi pobreza y trabajos me fuí á Santiago de Cuba, adonde estaba el gobernador Diego Velazquez, el cual andaba dando mucha priesa en enviar otra armada; y cuando le fuí á besar las manos, que éramos algo deudos, él se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno de las heridas, para volver á Yucatan. E yo riyendo le respondí que quién le puso nombre Yucatan; que allí no le llaman así. E dijo: «Melchorejo, el que trujistes, lo dice.» E yo dije: «Mejor nombre seria la tierra donde nos mataron la mitad de los soldados que fuimos, y todos los demás salimos heridos.» E dijo: «Bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es á los que suelen descubrir tierras nuevas y ganar honra, é su majestad os lo gratificará, é yo así se lo escribiré; é ahora, hijo, id otra vez en la armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra.» Y diré lo que pasé.

CAPITULO VIII.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió otra armada á la tierra que descubrimos.

En el año de 1518 años, viendo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, la buena relacion de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatan, ordenó enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navíos; los dos fueron los que hubimos comprado los soldados que fuimos en compañía del capitan Francisco Hernandez de Córdoba á descubrir á Yucatan (segun mas largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos

navíos compró el Diego Velazquez de sus dineros. Y en aquella sazon que ordenaba el armada, se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residia el Velazquez, Juan de Grijalva y Pedro de Albarado y Francisco de Montejo é Alonso de Avila, que habian ido con negocios al Gobernador; porque todos tenian encomiendas de indios en las mismas islas; y como eran personas valerosas, concertóse con ellos que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velazquez, viniese por capitan general, é que Pedro de Albarado viniese por capitan de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Avila de otro; por manera que cada uno destos capitanes procuró de poner bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos; y el Diego Velazquez puso ballestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y mas los navíos. Y como habia fama destas tierras que eran muy ricas y habia en ellas casas de cal y canto, y el indio Melchorejo decia por señas que habia oro, tenian mucha codicia los vecinos y soldados que no tenian indios en la isla, de ir á esta tierra; por manera que de presto nos juntamos ducientos y cuarenta compañeros, y tambien pusimos cada soldado, de la hacienda que teniamos, para matalotaje y armas y cosas que convenian; y en este viaje volví y con estos capitanes otra vez, y parece ser la instruccion que para ello dió el gobernador Diego Velazquez fué, segun entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenia poblar que poblasen, ó si no, que se volviesen á Cuba. E vino por veedor de la armada uno que se decia Peñalosa, natural de Segovia, é trujimos un clérigo que se decia Juan Diaz, y los tres pilotos que antes habiamos traido cuando el primero viaje, que ya he dicho sus nombres y de dónde eran, Anton de Alamínos, de Pálos, y Camacho, de Triana, y Juan Alvarez, el Manquillo, de Huelva; y el Alamínos venia por piloto mayor, y otro piloto que entonces vino no me acuerdo el nombre. Pues antes que mas pase adelante, porque nombraré algunas veces á estos hidalgos que he dicho que venian por capitanes, y parecerá cosa descomedida nombrallos secamente, Pedro de Albarado, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, y no decilles sus ditados é blasones, sepan que el Pedro de Albarado fué un hidalgo muy valeroso, que después que se hubo ganado la Nueva-España fué gobernador y adelantado de las provincias de Guatimala, Honduras y Chiapa, é comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fué gobernador y adelantado de Yucatan; hasta que su majestad les hizo aquestas mercedes y tuvieron señoríos no les nombraré sino sus nombres, y no adelantados; y volvamos á nuestra plática: que fueron los cuatro navíos por la parte y banda del norte á un puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana vieja, que en aquella sazon no estaba poblada donde ahora está, y en aquel puerto ó cerca dél tenian todos los mas vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyeron nuestros navíos lo que faltaba, y nos juntamos así capitanes como soldados para dar vela y hacer nuestro viaje. Y antes que mas pase adelante, aunque vaya fuera de órden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de Matanzas, y esto traigo aquí á la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponelle aquel nombre, y es por esto que diré. Antes que aquella isla de Cuba estuviese de paz dió al través por la costa del norte un navío que habia ido desde la isla de Santo Domingo á buscar indios, que llamaban los lucayos, á unas islas que están entre Cuba y la canal de Bahama, que se llaman las islas de los Lucayos, y con mal tiempo dió al través en aquella costa, cerca del rio y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venian en el navío sobre treinta personas españoles y dos mujeres; y para pasallos aquel rio vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos, como que los venian á ver de paz, y les dijeron que les querian pasar en canoas y llevallos á sus pueblos para dalles de comer. E ya que iban con ellos, en medio del rio les trastornaron las canoas y los mataron; que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, la cual llevó un cacique de los mas principales que hicieron aquella traicion, y los tres españoles repartieron entre los demás caciques. Y á esta causa se puso á este puerto nombre de puerto de Matanzas; y conocí á la mujer que he dicho, que después de ganada la isla de Cuba se le quité al cacique en cuyo poder estaba, y la vi casada en la villa de la Trinidad con un vecino della, que se decia Pedro Sanchez Farfan; y tambien conocí á los tres españoles, que se decia el uno Gonzalo Mejía, hombre anciano, natural de Jerez, y el otro se decia Juan de Santistéban, y era natural de Madrigal, y el otro se decia Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelva, y le habia ya casado el cacique con quien solia estar, con una su hija, é ya tenia horadadas las orejas y las narices como los indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos; volvamos á nuestra relacion. E ya que estábamos recogidos, así capitanes como soldados, y dadas las instrucciones que los pilotos habian de llevar y las señas de los faroles, y después de haber oido misa con gran devocion, en 5 dias del mes de abril de 1518 años dimos vela, y en diez dias doblamos la punta de Guaniguanico, que los pilotos llaman de San Anton, y en otros ocho dias que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, dia de Santa Cruz, porque descayeron los navíos con las corrientes mas bajo que cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, y bajamos la isla por la banda del sur; vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero y bien limpio de arracifes, y saltamos en tierra con el capitan Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fueron huyendo desque vieron venir los navíos á la vela, porque jamás habian visto tal, y los soldados que salimos á tierra no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas mieses de maizales se hallaron dos viejos que no podian andar y los trujimos al Capitan, y con Julianillo y Melchorejo, los que trajimos de la Punta de Cotoche, que entendian muy bien á los indios, y les habló; porque su tierra dellos y aquella isla de Cozumel no hay de travesía en la mar sino obra de cuatro leguas, y así hablan una misma lengua; y el Capitan halagó aquellos viejos y les dió cuentezuelas verdes, y les envió á llamar al calachioni de aquel pueblo, que así se dicen los ca-

ciques de aquella tierra, y fueron y nunca volvieron; y estándoles aguardando, vino una india moza, de buen parecer, é comenzó á hablar la lengua de la isla de Jamáica, y dijo que todos los indios é indias de aquella isla y pueblo se habian ido á los montes, de miedo; y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos, y la preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que habia dos años que dió al través con una canoa grande en que iban á pescar diez indios de Jamáica á unas isletas, y que las corrientes la echaron en aquella tierra, y mataron á su marido y á todos los demás indios jamaicanos sus compañeros, y los sacrificaron á los ídolos; y desque la entendió el Capitan, como vió que aquella india seria buena mensajera, envióla á llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos dias para que volviese; porque los indios Melchorejo y Julianillo, que llevamos de la Punta de Cotoche, tuvimos temor que, apartados de nosotros, se huirian á su tierra, y por esta causa no los enviamos á llamar con ellos; y la india volvió otro dia, y dijo que ningun indio ni india queria venir, por mas palabras que les decia. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz, porque cuatro ó cinco dias antes de Santa Cruz le vimos; habia en él buenos colmenares de miel y muchos boniatos y batatas y manadas de puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo; habia en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era mayor, y los otros dos eran mas chicos, que estaba cada uno en una punta de la isla; terná de bojo como obra de dos leguas. Pues como el capitan Juan de Grijalva vió que era perder tiempo estar mas allí aguardando, mandó que nos embarcásemos luego, y la india de Jamáica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viaje.

CAPITULO IX.

De cómo venimos á desembarcar á Champoton.

Pues vuelto á embarcar, é yendo por las derrotas pasadas (cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba), en ocho dias llegamos en el paraje del pueblo de Champoton, que fué donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, ancleamos los navíos una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos, junto á las casas del pueblo, é los indios naturales dél y otros sus comarcanos se juntaron todos, como la otra vez cuando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados y todos los mas nos hirieron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; y á esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados á su usanza, que son: arcos, flechas, lanzas, rodelas, macanas y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodon, y trompetillas y atambores, y los mas dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco; y puestos en concierto, esperaron en la costa, para en llegando que llegásemos dar en nosotros; y como teniamos experiencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos falconetes, é íbamos apercebidos de ballestas y escopetas; y llegados á tierra, nos comenzaron á flechar y con las lanzas dar á mantiniente; y tal rociada nos dieron antes que llegásemos á tierra, que hirieron la mitad de nosotros, y desque hubimos saltado de los bateles les hicimos perder la furia á buenas estocadas y cuchilladas; porque, aunque nos flechaban á terrero, todos llevábamos armas de algodon; y todavía se sostuvieron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados, y les hicimos retraer á unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron á Juan de Quiteria y á otros dos soldados, y al capitan Juan de Grijalva le dieron tres flechazos y aun le quebraron con un cobaco dos dientes (que hay muchos en aquella costa), é hirieron sobre sesenta de los nuestros. Y desque vimos que todos los contrarios se habian huido, nos fuimos al pueblo, y se curaron los heridos y enterramos los muertos, y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habian retraido en las ciénagas, que ya se habian desgarrado; por manera que todos tenian alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres indios, y el uno dellos parecia principal. Mandóles el Capitan que fuesen á llamar al cacique de aquel pueblo, y les dió cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, para que viniesen de paz; y asimismo á aquellos tres prisioneros se les hicieron muchos halagos y se les dieron cuentas porque fuesen sin miedo; y fueron y nunca volvieron, é creimos que el indio Julianillo é Melchorejo no les hubieran de decir lo que les fué mandado, sino al revés. Estuvimos en aquel pueblo cuatro dias. Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquella escaramuza, que habia allí unos prados algo pedregosos, é habia langostas que cuando peleabamos saltaban y venian volando y nos daban en la cara, y como eran tantos flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, que parecian eran langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venia nos heria, y otras veces creiamos que era flecha, y eran langostas que venian volando: fué harto estorbo.

CAPITULO X.

Cómo seguimos nuestro viaje y entramos en Boca de Términos, que entonces le pusimos este nombre.

Yendo por nuestra navegacion adelante, llegamos á una boca, como de rio, muy grande y ancha, y no era rio como pensamos, sino muy buen puerto, é porque está entre unas tierras é otras, é parecia como estrecho: tan gran boca tenia, que decia el piloto Anton de Alamínos que era isla y partian términos con la tierra, y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas de marear; y allí saltó el capitan Juan de Grijalva en tierra, con todos los mas capitanes por mí nombrados, y muchos soldados estuvimos tres dias hondando la boca de aquella entrada, y mirando bien arriba y abajo del ancon donde creiamos que iba é venia á parar, y hallamos no ser isla sino ancon, y era muy buen puerto; y hallamos unos adoratorios de cal y canto y muchos ídolos de barro y de palo, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mujeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados, é creimos que por allí cerca habria

alguna poblacion, é con el buen puerto, que seria bueno para poblar; lo cual no fué así, que estaba muy despoblado; porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores que de pasada entraban en aquel puerto con canoas y allí sacrificaban, y habia mucha caza de venados y conejos: matamos diez venados con una lebrela, y muchos conejos. Y luego, desque todo fué visto é sondado, nos tornamos á embarcar, y se nos quedó allí la lebrela, y cuando volvimos con Cortés la tornamos á hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llaman los marineros á esto Puerto de Términos. E vueltos á embarcar, navegamos costa á costa junto á tierra, hasta que llegamos al rio de Tabasco, que por descubrille el Juan de Grijalva, se nombra agora el rio de Grijalva.

CAPITULO XI.

Cómo llegamos al rio de Tabasco, que llaman de Grijalva, y lo que allá nos acaeció.

Navegando costa á costa la via del poniente de dia, porque de noche no osábamos por temor de bajos é arracifes, á cabo de tres dias vimos una boca de rio muy ancha, y llegamos muy á tierra con los navíos, y parecía buen puerto; y como fuimos mas cerca de la boca, vimos reventar los bajos antes de entrar en el rio, y allí sacamos los bateles, y con la sonda en la mano hallamos que no podian entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte: fué acordado que anclease fuera en la mar, y con los otros dos navíos que demandaban menos agua, que con ellos é con los bateles fuésemos todos los soldados rio arriba, porque vimos muchos indios estar en canoas en las riberas, y tenian arcos y flechas y todas sus armas, segun y de la manera de Champoton; por donde entendimos que habia por allí algun pueblo grande, y tambien porque viniendo, como veniamos, navegando costa á costa, habíamos visto echadas nasas en la mar, con que pescaban, y aun á dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traiamos á jorro de la capitana. Aqueste rio se llama de Tabasco porque el cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oimos el rumor de cortar de madera, de que hacian grandes mamparos é fuerzas, y aderezarse para nos dar guerra, porque habian sabido de lo que pasó en Potonchan y tenian la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentimos, desembarcamos de una punta de aquella tierra donde habia unos palmares, que era del pueblo media legua; y desque nos vieron allí, vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traian arcos y flechas y armas de algodon, rodelas y lanzas y sus atambores y penachos, y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estábamos para tirarles con los tiros y con las escopetas y ballestas, y quiso nuestro Señor que acordamos de los llamar, é con Julianico y Melchorejo, los de la Punta de Cotoche, que sabian muy bien aquella lengua; y dijo á los principales que no hubiesen miedo, que les queriamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí é á sus casas, é que les queriemos dar de lo que traiamos. E como entendieron la plática, vinieron obra de cuatro canoas, y en ellas hasta treinta indios, y luego se les mostraron sartalejos de cuentas verdes y espejuelos y diamantes azules, y desque los vieron parecia que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchihuites, que ellos tienen en mucho. Entonces el Capitan les dijo con las lenguas Julianillo ó Melchorejo, que veniamos de léjas tierras y éramos vasallos de un grande emperador que se dice don Cárlos, el cual tiene por vasallos á muchos grandes señores y calachionies, y que ellos le deben tener por señor y les irá muy bien en ello, é que á trueco de aquellas cuentas nos dén comida de gallinas. Y nos respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa, que son como sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otra vez que papas les llaman en la Nueva-España, y dijeron que harian el bastimento que deciamos é trocarian de sus cosas á las nuestras; y en lo demás, que señor tienen, é que agora veniamos, é sin conocerlos, é ya les queriamos dar señor, é que mirásemos no les diésemos guerra como en Potonchan, porque tenian aparejados dos jiquipiles de gentes de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros: cada jiquipil son ocho mil hombres; é dijeron que bien sabian que pocos dias habia que habiamos muerto y herido sobre mas de ducientos hombres en Potonchan, é que ellos no son hombres de tan pocas fuerzas como los otros, é que por eso habian venido á hablar, por saber nuestra voluntad; é aquello que les deciamos, que se lo irian á decir á los caciques de muchos pueblos, que están juntos para tratar paces é guerra. Y luego el Capitan les abrazó en señal de paz, y les dió unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, é que si no venian, que por fuerza habiamos de ir á su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos hablaron con los caciques y papas, que tambien tienen voto entre ellos, y dijeron que eran buenas las paces y traer bastimento, é que entre todos ellos y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar y hacer amistades; no les acaezca como á los de Potonchan. Y lo que yo vi y entendí después acá, en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba paces, y en aquella punta de los palmares, donde estábamos, vinieron sobre treinta indios é trujeron pescados asados y gallinas é fruta y pan de maíz, é unos braseros con ascuas y con zahumerios, y nos zahumaron á todos, y luego pusieron en el suelo unas esteras, que acá llaman petates, y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron ciertas ánades como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valia docientos pesos; y mas trujeron unas mantas é camisetas de las que ellos usan, é dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar; que adelante, hácia donde se pone el sol, hay mucho; y decian Culba, Culba, Méjico, Méjico; y nosotros no sabiamos qué cosa era Culba, ni aun Méjico tampoco. Puesto que

no valia mucho aquel presente que trujeron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenian oro, y desque lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante, y el Capitan les dió las gracias por ello é cuentas verdes; y fué acordado de irnos luego á embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navíos por temor del norte, que es travesía, y tambien por acercarnos hácia donde decian que habia oro.

CAPITULO XII.

Cómo vimos el pueblo del Aguayaluco, que pusimos por nombre La-Rambla.

Vueltos á embarcar, siguiendo la costa adelante, desde á dos dias vimos un pueblo junto á tierra, que se dice el Aguayaluco, y andaban muchos indios de aquel pueblo por la costa con unas rodelas hechas de conchas de tortugas, que relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro bajo, y los indios que las traian iban haciendo grandes movimientos por el arenal y costa adelante, y pusimos á este pueblo por nombre La-Rambla, y así está en las cartas del marear. E yendo mas adelante costeando, vimos una ensenada, donde se quedó el rio de Fenole, que á la vuelta que volvimos entramos en él, y le pusimos nombre rio de San Antonio, y así está en las cartas del mar. E yendo mas adelante navegando, vimos adonde quedaba el paraje del gran rio de Guacayualco, y quisiéramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario; é luego se parecieron las grandes sierras nevadas, que en todo el año están cargadas de nieve, y tambien vimos otras sierras que están mas junto al mar, que se llaman agora de San Martin, y pusímoslas por nombre San Martin, porque el primero que las vió fué un soldado que se llamaba San Martin, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el capitan Pedro de Albarado se adelantó con su navío, y entró en un rio que en Indias se llama Papalohuna, y entonces pusimos por nombre rio de Albarado, porque lo descubrió el mesmo Albarado. Allí le dieron pescado unos indios pescadores, que eran naturales de un pueblo que se dice Tlacotalpa; estuvímosle aguardando en el paraje del rio donde entró con todos tres navíos, hasta que salió dél, y á causa de haber entrado en el rio sin licencia del General, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase del armada, porque no le aviniese algun contraste en parte donde no le pudiésemos ayudar. E luego navegamos con todos cuatro navíos en conserva, hasta que llegamos en paraje de otro rio, que le pusimos por nombre rio de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas y llamándonos. Lo cual diré adelante cómo pasó.

CAPITULO XIII.

Cómo llegamos á un rio que pusimos por nombre rio de Banderas, é rescatamos catorce mil pesos.

Ya habrán oido decir en España y en toda la mas parte della y de la cristiandad, cómo Méjico es tan gran ciudad, y poblada en el agua como Venecia; y habia en ella un gran señor que era rey de muchas provincias y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que cuatro veces nuestra Castilla; el cual señor se decia Montezuma, é como era tan poderoso, queria señorear y saber hasta lo que no podia ni le era posible, é tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaesció en la batalla de Cotoche y en la de Champoton, y agora deste viaje la batalla del mismo Champoton, y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á trueque del rescate que traiamos, é todo se lo habian llevado pintado en unos paños que hacen de nequien, que es como de lino; y como supo que íbamos costa á costa hácia sus provincias, mandó á sus gobernadores que si por allí aportásemos que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecian á sus chalchihuites; y tambien lo mandó para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas é qué era nuestro intento. Y lo mas cierto era, segun entendimos, que dicen que sus antepasados les habian dicho que habian de venir gentes de hácia donde sale el sol, que los habian de señorear. Agora sea por lo uno ó por lo otro, estaban en posta á vela indios del grande Montezuma en aquel rio que dicho tengo, con lanzas largas y en cada lanza una bandera, enarbolándola y llamándonos que fuésemos allí donde estaban. Y desque vimos de los navíos cosas tan nuevas, para saber qué podia ser fué acordado por el General, con todos los demás soldados y capitanes, que echamos dos bateles en el agua é que saltásemos en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros, é que si viésemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciésemos saber, ó otra cualquier cosa que fuese. Y en aquella sazon quiso Dios que hacia bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer; y como llegamos en tierra hallamos tres caciques, que el uno dellos era gobernador de Montezuma é con muchos indios de propio, y tenian muchas gallinas de la tierra y pan de maíz de lo que ellos suelen comer, é frutas que eran piñas y zapotes, que en otras partes llaman niameyes; y estaban debajo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez que en estas partes se llaman petates, y allí nos mandaron asentar, y todo por señas, porque Julianillo, el de la Punta de Cotoche, no entendia aquella lengua; y luego trujeron braseros de barro con ascuas, y nos zahumaron con uno como resina que huele á incienso. Y luego el capitan Montejo lo hizo saber al General, y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel paraje con todos los navíos, y saltó en tierra con todos los capitanes y soldados. Y desque aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y conocieron que era el capitan general de todos, á su usanza le hicieron grande acatamiento y le zahumaron, y él les dió las gracias por ello y les hizo muchas caricias, y les mandó dar diamantes y cuentas verdes, y por señas les dijo que trujesen oro á trocar á nuestros rescates. Lo cual luego el Gobernador mandó á sus indios, y que todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas que tenian

á rescatar; y en seis dias que estuvimos allí trujeron mas de quince mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de muchas hechuras; y aquesto debe ser lo que dicen los coronistas Francisco Lopez de Gómora y Gonzalo Hernandez de Oviedo en sus corónicas, que dicen que dieron los de Tabasco; y como se lo dijeron por relacion, así lo escriben como si fuese verdad; porque vista cosa es que en la provincia del rio de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dejemos esto y pasemos adelante, y es que tomamos posesion en aquella tierra por su majestad, y en su nombre real el gobernador de Cuba Diego Velazquez. Y después desto hecho, habló el General á los indios que allí estaban, diciendo que se queria embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual, después que entendió nuestra lengua, se volvió cristiano y se llamó Francisco, y después de ganado Méjico, le vi casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vió el General que no traian mas oro á rescatar, é habia seis dias que estábamos allí y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenia la arena blanca, y estaria, al parecer, obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre isla Blanca, y así está en las cartas del marear. Y no muy léjos desta isleta Blanca vimos otra isla, mayor, al parecer, que las demás, y estaria de tierra obra de legua y media, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el General que surgiésemos. Echados los bateles en el agua, fué el capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos, y pusimos por nombre á esta isleta isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos indios que traian á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Banderas, y segun después supimos, mandó el gran Montezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traian, al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el capitan Juan de Grijalva mandó que los navíos alzasen las anclas y pusiesen velas, y fuésemos adelante á surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra, y esta isla es donde agora está el puerto. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPITULO XIV.

Cómo llegamos al puerto de San Juan de Culúa.

Desembarcados en unos arenales, hicimos chozas encima de los mastos y medaños de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que habia muchos, y con bateles sondearon el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarian seguros los navíos del norte y habia buen fondo; y hecho esto, fuimos á la isleta con el General treinta soldados bien apercibidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorio donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí cuatro indios con mantas prietas y muy largas con capillas, como traen los dominicos ó canónigos, ó querian parecer á ellos, y aquellos eran sacerdotes de aquel ídolo, y tenian sacrificados de aquel dia dos muchachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos á aquel maldito ídolo, y los sacerdotes, que ya he dicho que se dicen papas, nos venian á zahumar con lo que sahumaban aquel su ídolo, y en aquella sazon que llegamos le estaban zahumando con uno que huele á incienso, y no consentimos que tal zahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima y mancilla de aquellos dos muchachos é verlos recien muertos é ver tan grandísima crueldad. Y el General preguntó al indio Francisco, que traiamos del rio de Banderas, que parecia algo entendido, que por qué hacian aquello, y esto le decia medio por señas, porque entonces no teniamos lengua ninguna, como ya otras veces he dicho. Y respondió que los de Culúa lo mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decia: Olúa, Olúa. Y como nuestro capitan estaba presente y se llamaba Juan, y asimismo era dia de San Juan, pusimos por nombre á aquella isleta San Juan de Ulúa, y este puerto es agora muy nombrado, y están hechos en él grandes reparos para los navíos, y allí vienen á desembarcar las mercaderías para Méjico é Nueva-España. Volvamos á nuestro cuento: que como estábamos en aquellos arenales, vinieron luego indios de pueblos allí comarcanos á trocar su oro en joyezuelas á nuestros rescates; mas eran tan pocos y de tan poco valor, que no haciamos cuenta dello; y estuvimos siete dias de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos no nos podiamos valer, y viendo que el tiempo se nos pasaba, y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme, y que habia grandes pueblos, y el pan de cazabe muy mohoso é sucio de las fatulas, y amargaba, y los que allí veniamos no éramos bastantes para poblar, cuanto mas que faltaban diez de nuestros soldados, que se habian muerto de las heridas, y estaban otros cuatro dolientes; é viendo todo esto, fué acordado que lo enviásemos á hacer saber al gobernador Diego Velazquez para que nos enviase socorro; porque el Juan de Grijalva muy gran voluntad tenia de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró un grande ánimo de un muy valeroso capitan, y no como lo escribe el coronista Gómora. Pues para hacer esta embajada acordamos que fuese el capitan Pedro de Albarado en un navío que se decia San Sebastian, porque hacia agua, aunque no mucha, porque en la isla de Cuba se diese carena y pudiesen en él traer socorro é bastimento. Y tambien se concertó que llevase todo el oro que se habia rescatado y ropa de mantas, y los dolientes; y los capitanes escribieron al Diego Velazquez cada uno lo que le pareció, y luego se hizo á la vela é iba la vuelta de la isla de Cuba, adonde los dejaré agora, así al Pedro de Albarado como al

Grijalva, y diré cómo el Diego Velazquez habia enviado en nuestra busca.

CAPITULO XV.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca.

Después que salimos con el capitan Juan de Grijalva de la isla de Cuba para hacer nuestro viaje, siempre Diego Velazquez estaba triste y pensativo no nos hubiese acaecido algun desastre, y deseaba saber de nosotros, y á esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca con siete soldados, y por capitan dellos á un Cristóbal de Olí, persona de valía, muy esforzado, y le mandó que siguiese la derrota de Francisco Hernandez de Córdoba hasta toparse con nosotros. Y segun parece, el Cristóbal de Olí, yendo en nuestra busca, estando surto cerca de tierra, le dió un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, el piloto que traian mandó cortar los cables, é perdió las ancias, é volvióse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, adonde estaba el Diego Velazquez, y cuando vió que no tenia nuevas de nosotros, si triste estaba antes que enviase al Cristóbal de Olí, muy mas pensativo estuvo después. Y en esta sazon llegó el capitan Pedro de Albarado con el oro y ropa y dolientes, y con entera relacion de lo que habíamos descubierto. Y cuando el Gobernador vió que estaba en joyas, parecia mucho mas de lo que era, y estaban allí con el Diego Velazquez muchos vecinos de aquella isla, que venian á negocios. Y cuando los oficiales del Rey tomaron el real quinto que venia á su majestad estaban espantados de cuán ricas tierras habíamos descubierto; y como el Pedro de Alvarado se lo sabia muy bien praticar, dice que no hacia el Diego Velazquez sino abrazallo, y en ocho dias tener gran regocijo y jugar cañas; y si mucha fama tenian de antes de ricas tierras, agora con este oro se sublimó en todas las islas y en Castilla, como adelante diré; y dejaré al Diego Velazquez haciendo fiestas, y volveré á nuestros navíos, que estábamos en San Juan de Ulúa.

CAPITULO XVI.

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tusta y de Tuspa.

Después que de nosotros se partió el capitan Pedro de Albarado para ir á la isla de Cuba, acordó nuestro general con los demás capitanes y pilotos que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos; é yendo por nuestra navegacion, vimos las sierras de Tusta, y mas adelante de ahí á otros dos dias vimos otras sierras muy altas, que agora se llaman las sierras de Tuspa; por manera que unas sierras se dicen Tusta porque están cabe un pueblo que se dice así, y las otras sierras se dicen Tuspa porque se nombra el pueblo junto adonde aquellas están, Tuspa; é caminando mas adelante vimos muchas poblaciones, y estarian la tierra adentro dos ó tres leguas, y esto es ya en la provincia de Pánuco; é yendo por nuestra navegacion, llegamos á un rio grande, que le pusimos por nombre rio de Canoas, é allí enfrente de la boca dél surgimos; y estando surtos todos tres navíos, y estando algo descuidados, vinieron por el rio diez y seis canoas muy grandes llenas de indios de guerra, con arcos y flechas y lanzas, y vanse derechos al navío mas pequeño, del cual era capitan Alonso de Avila, y estaba mas llegado á tierra, y dándole una rociada de flechas, que hirieron á dos soldados, echaron mano al navío como que lo querian llevar, y aun cortaron una amarra; y puesto que el capitan y los soldados peleaban bien, y trastornaron tres canoas, nosotros con gran presteza les ayudamos con nuestros batéles y escopetas y ballestas, y herimos mas de la tercia parte de aquellas gentes; por manera que volvieron con la mala ventura por donde habian venido; y luego alzamos áncoras é dimos vela, é seguimos costa á costa hasta que llegamos á una punta muy grande; y era tan mala de doblar, y las corrientes muchas, que no podiamos ir adelante; y el piloto Anton de Alamínos dijo al General que no era bien navegar mas aquella derrota, é para ello se dieron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer, y fué acordado que diésemos la vuelta á la isla de Cuba, lo uno porque ya entraba el invierno é no habia bastimentos, é un navío hacia mucha agua, y los capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decia que queria poblar, y el Francisco Montejo é Alonso de Avila decian que no se podian sustentar por causa de los muchos guerreros que en la tierra habia; é tambien todos nosotros los soldados estábamos hartos é muy trabajados de andar por la mar. Así que dimos vuelta á todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos dias llegamos en el paraje del gran rio de Guacacualco, é no pudimos estar por ser el tiempo contrario, y muy abrazados con la tierra entramos en el rio de Tonala, que se puso nombre entonces San Anton, é allí se dió carena al un navío que hacia mucha agua, puesto que tocó tres veces al estar en la barra, que es muy baja; y estando aderezando nuestro navío vinieron muchos indios del puerto de Tonala, que estaba una legua de allí, é trujeron pan de maíz y pescado é fruta, y con buena voluntad nos lo dieron; y el Capitan les hizo muchos halagos é les mandó dar cuentas verdes y diamantes, é les dijo por señas que trujesen oro á rescatar, é que les dariamos de nuestro rescate; é traian joyas de oro bajo, é se les daban cuentas por ello. Y desque lo supieron los de Guacacualco é de otros pueblos comarcanos que rescatábamos, tambien vinieron ellos con sus piecezuelas, é llevaron cuentas verdes, que aquellos tenian en mucho. Pues demás de aqueste rescate, traian comunmente todos los indios de aquella provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza é á manera de armes, con unos cabos de palo muy pintados, y nosotros creimos que eran de oro bajo, é comenzamos á rescatar dellas; digo que en tres dias se hubieron mas de seiscientas dellas, y estábamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro bajo, é los indios mucho mas con las cuentas; mas todo salió vano, que las hachas eran de cobre é las cuentas un poco de nada. E un marinero habia rescatado secretamente siete hachas y estaba muy alegre con ellas, y parece ser que otro marinero lo dijo al Capitan, é mandóle que las diese; y porque rogamos por él, se las dejó, creyendo que eran de oro. Tambien me acuerdo que un soldado que se decia Bartolomé Pardo fué á una casa de ídolos, que ya he

dicho que se decia cues, que es como quien dice casa de sus dioses, que estaba en un cerro alto, y en aquella casa halló muchos ídolos, é copal, que es como incienso, que es con que zahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban é retajaban, é unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas é collares, é dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolos del sacrificio trujo al Capitan. Y no faltó quien le vió é lo dijo al Grijalva, y se lo queria tomar; é rogámosle que se lo dejase; y como era de buena condicion, que sacado el quinto de su majestad, que lo demás fuese para el pobre soldado; y no valia ochenta pesos. Tambien quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto á otras casas de ídolos, y fué desta manera: que como habia muchos mosquitos en aquel rio, fuíme á dormir á una casa alta de ídolos, é allí junto á aquella casa sembré siete ú ocho pepitas de naranjas que habia traido de Cuba, é nacieron muy bien; porque parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen hormigas, é las regaban é limpiaban desque vieron que eran plantas diferentes de las suyas. He traido aquí esto á la memoria para que se sepa que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva-España, porque despues de ganado Méjico é pacíficos los pueblos sujetos de Guacacualco, túvose por la mejor provincia, por causa de estar en la mejor conmodacion de toda la Nueva-España, así por las minas, que las habia, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro y de pastos para ganados; á este efecto se pobló de los mas principales conquistadores de Méjico, é yo fuí uno, é fuí por mis naranjos y traspúselos, é salieron muy buenos. Bien sé que dirán que no hace al propósito de mi relacion estos cuentos viejos, y dejallos he; é diré cómo quedaron todos los indios de aquellas provincias muy contentos, é luego nos embarcamos y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco dias, unas veces con buen tiempo y otras veces con contrario, llegamos á Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador Diego Velazquez, y él nos hizo buen recibimiento; y desque vió el oro que traiamos, que seria cuatro mil pesos, é con el que trujo primero el capitan Pedro de Albarado seria por todo unos veinte mil pesos, unos decian mas é otros decian menos, é los oficiales de su majestad sacaron el real quinto; é tambien trujeron las seiscientas hachas que parecian de oro, é cuando las trujeron para quintar estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allí hubo bien que reir y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velazquez con todo esto estaba muy contento, puesto que parecia estar mal con el pariente Grijalva; é no tenia razon, sino que el Alfonso de Avila era mal acondicionado, y decia que el Grijalva era para poco, é no faltó el capitan Montejo, que le ayudó de mal. Y cuando esto pasó, ya habia otras pláticas para enviar otra armada, é á quién elegirian por capitan.

CAPITULO XVII.

Cómo Diego Velazquez envió á Castilla á su procurador.

Y aunque les parezca á los lectores que va fuera de nuestra relacion esto que yo traigo aquí á la memoria antes que entre en lo del capitan Hernando Cortés, conviene que se diga por las causas que adelante se verán, é tambien porque en un tiempo acaecen dos ó tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, la que mas viene al propósito. Y el caso es que, como ya he dicho, cuando llegó el capitan Pedro de Albarado á Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velazquez temió que primero que él hiciese relacion á su majestad, que algun caballero privado en corte tenia relacion dello y le hurtaba la bendicion, á esta causa envió el Diego Velazquez á un su capellan, que se decia Benito Martinez, hombre que entendia muy bien de negocios, á Castilla con probanzas, é cartas para don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, é se nombraba arzobispo de Rosano, y para el licenciado Luis Zapata é para el secretario Lope Conchillos, que en aquella sazon entendian en las cosas de las Indias, y Diego Velazquez era muy servidor del Obispo y de los demás oidores, y como tal les dió pueblos de indios en la isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, é á esta causa hacia mucho por el Diego Velazquez, especialmente el obispo de Búrgos, é no dió ningun pueblo de indios á su majestad, porque en aquella sazon estaba en Flándes; y demás de les haber dado los indios que dicho tengo, nuevamente envió á estos oidores muchas joyas de oro de lo que habiamos enviado con el capitan Albarado, que eran veinte mil pesos, segun dicho tengo, é no se haria otra cosa en el real consejo de Indias sino lo que aquellos señores mandaban; é lo que enviaba á negociar el Diego Velazquez era que le diesen licencia para rescatar é conquistar é poblar en todo lo que habia descubierto y en lo que mas descubriese, y decia en sus relaciones é cartas que habia gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el capellan Benito Martinez fué á Castilla y negoció todo lo que pidió, é aun mas cumplidamente; que trujo provision para el Diego Velazquez para ser adelantado de la isla de Cuba. Pues ya negociado lo aquí por mí dicho, no dieron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra armada. Quedarse ha aquí, así los despachos del Diego Velazquez como la armada de Cortés, é diré cómo estando escribiendo esta relacion vi una corónica del coronista Francisco Lopez de Gómora, y habla en lo de las conquistas de la Nueva-España é Méjico, é lo que sobre ello me parece declarar, adonde hubiere contradicion sobre lo que dice el Gómora, lo diré segun y de la manera que pasó en las conquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

CAPITULO XVIII.

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco Lopez de Gómora, mal informado, en su historia.

Estando escribiendo esta relacion, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco Lopez de Gómora, que habla de las conquistas de Méjico y Nueva-España, y cuando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables; y estando tan perplejo como digo, torné á leer y á mirar las razones y pláticas que el Gómora en sus libros

escribió, é vi que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relacion, y va muy contrario de lo que fué é pasó en la Nueva-España; y cuando entró á decir de las grandes ciudades, y tantos números que dice que habia de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dice que haciamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teniamos de defendernos que no nos matasen ó llevasen de vencida; que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos; que juro amen que cada dia estábamos rogando á Dios y á nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo á nuestro cuento, Atalarico, muy bravísimo rey, é Atila, muy soberbio guerrero, en los campos catalanes no hicieron tantas muestras de hombres como dice que haciamos. Tambien dice que derrotamos y abrasamos muchas ciudades y templos, que son sus cues, donde tienen sus ídolos, y en aquello le parece á Gómora que aplace mucho á los oyentes que leen su historia, y no quiso ver ni entender cuando lo escribia que los verdaderos conquistadores y curiosos letores que saben lo que pasó, claramente le dirán que en su historia en todo lo que escribe se engañó, y si en las demás historias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva-España, tambien irá todo errado; y es lo bueno que ensalza á unos capitanes y abaja á otros; y los que no se hallaron en las conquistas dice que fueron capitanes, y que un Pedro Dircio fué por capitan cuando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusieron nombre Almería; porque el que fué por capitan en aquella entrada fué un Juan de Escalante, que murió en el desbarate con otros siete soldados; é dice que un Juan Velazquez de Leon fué á poblar á Guacualco; mas la verdad es así: que un Gonzalo de Sandoval, natural de Avila, lo fué á poblar. Tambien dice cómo Cortés mandó quemar un indio que se decia Quezal-Popoca, capitan de Montezuma, sobre la poblacion que se quemó. El Gómora no acierta tambien lo que dice de la entrada que fuimos á un pueblo é fortaleza: Anga Panga escríbelo, mas no como pasó. Y de cuando en los arenales alzamos á Cortés por capitan general y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues en la toma de un pueblo que se dice Chamula, en la provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habiamos venido; antes fué público, porque claramente por consejo de todos los demás soldados mandó dar con ellos al través á ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar que en ellos estaba, á velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen capitan, le deshace é disminuye. Pues en lo de Francisco Fernandez de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatan, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice que vino él primero con cuatro navíos de lo de Pánuco antes que viniese con la armada postrera; en lo cual no acierta, como en lo demás. Pues en todo lo que escribe de cuando vino el capitan Narvaez y de cómo le desbaratamos, escribe segun é como las relaciones. Pues en las batallas de Taxcala hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy léjos de lo que pasó. Pues las guerras de Méjico de cuando nos desbarataron y echaron de la ciudad, é nos mataron é sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados; digo otra vez sobre ochocientos y sesenta soldados, porque de mil trecientos que entramos al socorro de Pedro de Albarado, é ibamos en aquel socorro los de Narvaez é los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho, no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, é todos heridos, y dícelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos á conquistar la gran ciudad de Méjico é la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron é hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va á bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es gran lástima; y puesto que él lleve buen estilo, habia de ver que para que diese fe á lo demás que dice, que en esto se habia de esmerar. Dejemos esta plática, é volveré á mi materia; que después de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gómora, que por ser tan léjos de lo que pasó es en perjuicio de tantos, torno á proseguir en mi relacion é historia; porque dicen sabios varones que la buena política y agraciado componer es decir verdad en lo que escribieren, y la mera verdad resiste á mi rudeza; y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante se verán, para que salga á luz y se vean las conquistas de la Nueva-España claramente y como se han de ver, y su majestad sea servido conocer los grandes é notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos á estas tierras con el venturoso y buen capitan Hernando Cortés, nos pusimos á tan grandes peligros y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del Nuevo-Mundo, puesto que su majestad, como cristianísimo rey y señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar; y dejaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir.

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay, así haré yo en caminar á la verdad de lo que pasó la historia del coronista Gómora, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, seria mas la costa en coger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relacion pueden los coronistas sublimar é dar loas cuantas quisieren, así al capitan Cortés como á los fuertes conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños ni porfías, que ayer pasó á manera de decir, sino vean toda la Nueva-España qué cosa es, y lo que sobre ello escriben. Dirémos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, é no estarémos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribieron de oidas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada, y quiero dejar de mas hablar en esta materia; y aunque habia bien que decir della é lo que sé, sospecho del coronista que le dieron falsas relaciones cuando hacia aquella

historia; porque toda la honra y prez della la dió solo al marqués don Hernando Cortés, é no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados; y bien se parece en todo lo que el Gómora escribe en su historia serle muy aficionado, pues á su hijo, el marqués que agora es, le eligió su corónica é obra, é la dejó de elegir á nuestro rey y señor; y no solamente el Francisco Lopez de Gómora escribió tantos borrones é cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño á muchos escritores é coronistas que después del Gómora han escrito en las cosas de la Nueva-España, como es el doctor Illescas y Pablo Iovio, que se van por sus mismas palabras y escriben ni mas ni menos que el Gómora. Por manera que lo que sobre esta materia escribieron es porque les ha hecho errar el Gómora.

CAPITULO XIX.

Cómo venimos otra vez con otra armada á las tierras nuevamente descubiertas, y por capitan de la armada Hernando Cortés, que después fué marqués del Valle y tuvo otros ditados, y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese capitan.

En 15 dias del mes de noviembre de 1518 años, vuelto el capitan Juan de Grijalva de descubrir las tierras nuevas (como dicho habemos), el gobernador Diego Velazquez ordenaba de enviar otra armada muy mayor que las de antes, y para ello tenia ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los cuatro dellos eran en los que volvimos cuando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar, y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocino, porque en aquella sazon no habia en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, y este bastimento no era para mas de hasta llegar á la Habana, porque allí habiamos de hacer todo el matalotaje, como se hizo. Y dejemos de hablar en esto, y volvamos á decir las diferencias que se hubo en elegir capitan para aquel viaje. Habia muchos debates y contrariedades, porque ciertos caballeros decian que viniese un capitan muy de calidad, que se decia Vasco Porcallo, pariente cercano del conde de Feria, y temióse el Diego Velazquez que se alzaria con la armada, porque era atrevido; otros decian que viniese un Agustin Bermudez ó un Antonio Velazquez Borrego ó un Bernardino Velazquez, parientes del gobernador Diego Velazquez; y todos los mas soldados que allí nos hallamos deciamos que volviese él Juan de Grijalva, pues era buen capitan y no habia falta en su persona y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velazquez, que se decian Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, y un Amador de Larez, contador de su majestad, hicieron secretamente compañía con un buen hidalgo, que se decia Hernando Cortés, natural de Medellin, el cual fué hijo de Martin Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, é ambos hijosdalgo, aunque pobres; é así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro é Altamirano: fué de los buenos linajes de Extremadura, é tenia indios de encomienda en aquella isla, é poco tiempo habia que se habia casado por amores con una señora que se decia doña Catalina Suarez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Suarez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Avila, y de María de Mercaida, vizcaína y hermana de Juan Suarez Pacheco, y este, después que se ganó la Nueva-España, fué vecino y encomendado en Méjico; y sobre este casamiento de Cortés le sucedieron muchas pesadumbres y prisiones; porque Diego Velazquez favoreció las partes della, como mas largo contarán otros; y así pasaré adelante y diré acerca de la compañía, y fué desta manera: que concertaron estos dos grandes privados del Diego Velazquez que le hiciesen dar á Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirian entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese á Cortés; porque secretamente el Diego Velazquez enviaba á rescatar, y no á poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con el Diego Velazquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho á Cortés, que es persona en quien cabe aquel cargo, y para capitan muy esforzado, y que le seria muy fiel, pues era su ahijado, porque fué su padrino cuando Cortés se veló con doña Catalina Suarez Pacheco; por manera que le persuadieron é ello y luego se eligió por capitan general; y el Andrés de Duero, como era secretario del Gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refran, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso bastantes, y se las trujo firmadas. Ya publicada su eleccion, á unas personas les placia y á otras les pesaba. Y un domingo, yendo á misa el Diego Velazquez, como era gobernador, íbanle acompañando las mas nobles personas y vecinos que habia en aquella villa, y llevaba á Hernando Cortés á su lado derecho por le honrar; é iba delante del Diego Velazquez un truhan que se decia Cervántes el Loco, haciendo gestos y chocarrerías: «A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitan has elegido? Que es de Medellin de Extremadura, capitan de gran ventura. Mas temo, Diego, no se te alce con el armada; que le juzgo por muy gran varon en sus cosas.» Y decia otras locuras, que todas iban inclinadas á malicia. Y porque lo iba diciendo de aquella manera le dió de pescozazos el Andrés de Duero, que iba allí junto con Cortés, y le dijo: «Calla, borracho, loco, no seas mas bellaco; que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de tí;» y todavía el loco iba diciendo: «Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitan Cortés. E juro á tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés á aquellas ricas tierras.» Túvose por cierto que dieron los Velazquez parientes del Gobernador ciertos pesos de oro á aquel chocarrero porque dijese aquellas malicias, so color de gracias. Y todo salió verdad como lo dijo. Dicen que los locos muchas veces aciertan en lo que hablan; y fué elegido Hernando Cortés, por la gracia de Dios, para ensalzar nuestra santa fe y servir á su majestad, como adelante se dirá.

CAPITULO XX.

De las cosas que hizo y entendió el capitan Hernando Cortés después que fué elegido por capitan, como dicho es.

Pues como ya fué elegido Hernando Cortés por general de la armada que dicho tengo, comenzó á buscar todo género de armas, así escopetas como pólvora y ballestas, é todos cuantos pertrechos de guerra pudo haber y buscar, todas cuantas maneras de rescate, y tambien otras cosas pertenecientes para aquel viaje. E demás desto, se comenzó de pulir é abellidar en su persona mucho mas que de antes, é se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que le parecia muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no tenia de qué, porque en aquella sazon estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenia buenos indios de encomienda y le daban buena renta de las minas de oro; mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recien casado. Era apacible en su persona y bienquisto y de buena conversacion, y habia sido dos veces alcalde en la villa de Santiago de Boroco, adonde era vecino, porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra. Y como ciertos mercaderes amigos suyos, que se decian Jaime Tria ó Jerónimo Tria y un Pedro de Jerez, le vieron con capitanía y prosperado, le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron otras mercaderías sobre la renta de sus indios, y luego hizo hacer unas lazadas de oro, que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de nuestro rey y señor, con un letrero en latin, que decia: «Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella vencerémos;» y luego mandó dar pregones y tocar sus atambores y trompetas en nombre de su majestad, y en su real nombre por Diego Velazquez, para que cualesquier personas que quisiesen ir en su compañía á las tierras nuevamente descubiertas á las conquistar y doblar, les darian sus partes del oro, plata y joyas que se hubiese, y encomiendas de indios después de pacificada, y que para ello tenia el Diego Velazquez de su majestad. E puesto que se pregonó aquesto de la licencia del Rey nuestro señor, aun no habia venido con ella de Castilla el capellan Benito Martinez, que fué el que Diego Velazquez hubo despachado á Castilla para que le trujese, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y tambien Cortés escribió á todas las villas á sus amigos que se aparejasen para ir con él á aquel viaje, unos vendian sus haciendas para buscar armas y caballos, otros comenzaban á hacer cazabe y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas y se apercebian de lo que habian menester lo mejor que podian. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con el armada, mas de trecientos soldados; y de la casa del mismo Diego Velazquez vinieron los mas principales que tenia en su servicio, que era un Diego de Ordás, su mayordomo mayor, y á este el mismo Velazquez lo envió para que mirase y entendiese no hubiese alguna mala trama en la armada; que siempre se temió de Cortés, aunque lo disimulaba; y vino un Francisco de Morla y un Escobar y un Heredia, y Juan Ruano y Pedro Escudero, y un Martin Ramos de Lares, vizcaíno, y otros muchos que eran amigos y paniaguados del Diego Velazquez. E yo me pongo á la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria, y no á otros, porque en su tiempo y sazon los nombraré á todos los que se me acordare. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su armada, y en todo se daba mucha priesa, como ya la malicia y envidia reinaba siempre en aquellos deudos del Diego Velazquez, estaban afrentados cómo no se fiaba el pariente dellos, y dió aquel cargo y capitanía á Cortés, sabiendo que le habia tenido por su grande enemigo pocos dias habia sobre el casamiento de la mujer de Cortés, que se decia Catalina Suarez la Marcaida (como dicho tengo); y á esta causa andaban mormurando del pariente Diego de Velazquez y aun de Cortés, y por todas las vias que podian le revolvian con el Diego Velazquez para que en todas maneras le revocasen el poder; de lo cual tenia dello aviso el Cortés, y á esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el Gobernador y siempre mostrándose muy gran su servidor. El decia que le habia de hacer muy ilustre señor é rico en poco tiempo. Y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre á Cortés que se diese priesa en embarcar, porque ya tenian trastrocado al Diego Velazquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velazquez. Y desque aquello vió Cortés, mandó á su mujer doña Catalina Suarez la Marcaida que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego á embarcar á los navíos. E ya tenia mandado apregonar é apregonado, é apercebidos á los maestres y pilotos y á todos los soldados, que para tal dia y noche no quedase ninguno en tierra. Y desque aquello tuvo mandado y los vió todos embarcados, se fué á despedir del Diego Velazquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andrés de Duero y el contador Amador de Lares, y todos los mas nobles vecinos de aquella villa; y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al Gobernador y del Gobernador á Cortés, se despidió dél; y otro dia muy de mañana, después de haber oido misa, nos fuimos á los navíos, y el mismo Diego Velazquez le tornó á acompañar, y otros muchos hidalgos, hasta acercarnos á la vela, y con próspero tiempo en pocos dias llegamos á la villa de la Trinidad; y tomado puerto y saltados en tierra, lo que allí le avino á Cortés adelante se dirá. Aquí en esta relacion verán lo que á Cortés le acaeció y las contrariedades que tuvo hasta elegir por capitan y todo lo demás ya por mí dicho; y sobre ello miren lo que dice Gómora en su historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro, y cómo á Andrés de Duero, siendo secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader, y al Diego de Ordás, que vino ahora con Cortés, dijo que habia venido con Grijalva. Dejemos al Gómora y á su mala relacion, y digamos cómo desembarcamos con Cortés en la villa de la Trinidad.

CAPITULO XXI.

De lo que Cortés hizo desque llegó á la villa de la Trinidad, y de los caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que mas le avino.

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supieron, luego fueron á recebir á Cortés y á todos nosotros los que veniamos en su compañía, y á darnos el parabien venido á su villa, y llevaron á Cortés á aposentar entre los vecinos, porque habia en aquella villa poblados muy buenos hidalgos; y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada y dar pregones, como se habia hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopetas que habia, y comprar otras cosas necesarias y aun bastimentos; y de aquesta villa salieron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos, que fué el capitan Pedro de Albarado y Gonzalo de Albarado y Jorge de Albarado y Gonzalo y Gomez é Juan de Albarado el viejo, que era bastardo; el capitan Pedro de Albarado es el por muy muchas veces nombrado; é tambien salió de aquesta villa Alonso de Avila, natural de Avila, capitan que fué cuando lo de Grijalva, é salió Juan de Escalante é Pedro Sanchez Farfan, natural de Sevilla, y Gonzalo Mejía, que fué tesorero en lo de Méjico, é un Baena y Juanes de Fuenterrabía, y Cristóbal de Olí, que fué forzado, que fué maestre de campo en la toma de la ciudad de Méjico y en todas las guerras de la Nueva-España, é Ortiz el músico, é un Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, é un Diego de Pineda ó Pinedo, y un Alonso Rodriguez, que tenia unas minas ricas de oro, y un Bartolomé García y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés á la villa de Santispíritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber á todos los vecinos cómo iba á aquel viaje á servir á su majestad, y con palabras sabrosas é ofrecimientos para atraer á sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decian Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, y Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor é gobernador que fué ocho meses, y capitan que después fué en la Nueva-España, y á Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador Velazquez, y Rodrigo Rangel y Gonzalo Lopez de Jimena y su hermano Juan Lopez, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aquella villa; y declárolo así porque habia en nuestra armada otros dos Juan Sedeños; y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, vinieron á la villa de la Trinidad, donde Cortés estaba; y como lo supo que venian, los salió á recebir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía, y se dispararon muchos tiros de artillería y les mostró mucho amor, y ellos le tenian grande acato. Digamos ahora cómo todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenian en sus estancias, donde hacian el pan cazabe, y manadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el mas bastimento que podia. Pues estando desta manera recogiendo soldados y comprando caballos, que en aquella sazon é tiempo no los habia, sino muy pocos y caros; y como aquel hidalgo por mí ya nombrado, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, no tenia caballo ni aun de qué comprallo, Cortés le compró una yegua rucia y dió por ella unas lazadas de oro que traia en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo); y en aquel instante vino un navío de la Habana á aquel puerto de la Trinidad, que traia un Juan Sedeño, vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabe y tocinos, que iba á vender á unas minas de oro cerca de Santiago de Cuba; y como saltó en tierra el Juan Sedeño, fué á besar las manos á Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navío y tocinos y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros. Ya teniamos once navíos, y todo se nos hacia prósperamente, gracias á Dios por ello; y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velazquez cartas y mandamientos para que detengan la armada á Cortés, lo cual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII.

Cómo el gobernador Diego Velazquez envió dos criados suyos en posta á la villa de la Trinidad con poderes y mandamientos para revocar á Cortés el poder de ser capitan y tomalle la armada; y lo que pasó diré adelante.

Quiero volver algo atrás de nuestra plática para decir que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos de la manera que he dicho, dijeron á Diego Velazquez tales palabras contra Cortés, que le hicieron volver la hoja; porque le acusaban que ya iba alzado y que salió del puerto como á cencerros tapados, y que le habian oido decir que aunque pesase al Diego Velazquez habia de ser capitan, y que por este efeto habia embarcado todos sus soldados en los navíos de noche, para si le quitasen la capitanía por fuerza hacerse á la vela, y que le habian engañado al Velazquez su secretario Andrés de Duero y el contador Amador de Lares, y que por tratos que habia entre ellos y entre Cortés, que le habian hecho dar aquella capitanía. E quien mas metió la mano en ello para convocar al Diego Velazquez que le revocase luego el poder eran sus parientes Velazquez, y un viejo que se decia Juan Millan, que le llamaban el Astrólogo; otros decian que tenia ramos de locura é que era atronado, y este viejo decia muchas veces al Diego Velazquez, : «Mira, Señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso, os ha de echar á perder si no lo remediais presto.» A estas palabras y otras muchas que le decian dió oidos á ellas, y con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de la Trinidad, que se decia Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo Gobernador; en las cuales provisiones mandaba que en todo caso le detuviesen el armada á Cortés, porque ya no era capitan, y le habian revocado poder y dado á Vasco Porcallo. Y tambien traian cartas para Diego de Ordás y para Francisco de Morla y para todos los amigos y parientes del Diego Velazquez, para que en todo caso le quitasen la armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordás y á todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le pare-

ció á Cortés que serian en favorecer las provisiones del gobernador Diego Velazquez, y tales palabras y ofertas les dijo, que los trujo á su servicio; y aun el mismo Diego de Ordás habló é convocó luego á Francisco Verdugo, que era alcalde mayor, que no hablasen en el negocio, sino que lo disimulasen; y púsole por delante que basta allí no habia visto ninguna novedad en Cortés, antes se mostraba muy servidor del Gobernador; é ya que en algo se quisiesen poner por el Velazquez para quitalle la armada en aquel tiempo, que Cortés tenia muchos hidalgos por amigos, y enemigos del Diego Velazquez porque no les habia dado buenos indios; y demás de los hidalgos sus amigos, tenia grande copia de soldados y estaba muy pujante, y que seria meter cizaña en la villa, é que por ventura los soldados le darian sacomano é le robarian é harian otro peor desconcierto; y así, se quedó sin hacer bullicio; y el un mozo de espuelas de los que traian las cartas y recaudos se fué con nosotros, el cual se decia Pedro Laso, y con el otro mensujero escribió Cortés muy mansa y amorosamente al Diego Velazquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir á Dios y á su majestad, y á él en su real nombre; y que le suplicaba que no oyese mas á aquellos señores sus deudos los Velazquez, ni por un viejo loco, como era Juan Millan, se mudase. Y tambien escribió á todos sus amigos, en especial al Duero y al Contador, sus compañeros; y después de haber escrito, mandó entender á todos los soldados en aderezar armas, y á los herreros que estaban en aquella villa, que siempre hiciesen casquillos, y á los ballesteros que desbastasen almacen para que tuviesen muchas saetas, y tambien atrujo y convocó á los herreros que se fuesen con nosotros, y así lo hicieron; y estuvimos en aquella villa doce dias, donde lo dejaré, y diré cómo nos embarcamos para ir á la Habana. Tambien quiero que vean los que esto leyeren la diferencia que hay de la relacion de Francisco Gómora cuando dice que envió á mandar Diego Velazquez á Ordás que convidase á comer á Cortés en un navío y lo llevase preso á Santiago. Y pone otras cosas en su Corónica, que por no me alargar lo dejo de decir, y al parecer de los curiosos letores si lleva mejor camino lo que se vió por vista de ojos ó lo que dice el Gómora, que no lo vió. Volvamos á nuestra materia.

CAPITULO XXIII.

Cómo el capitan Hernando Cortés se embarcó con todos los demás caballeros y soldados para ir por la banda del sur al puerto de la Habana, y envió otro navío por la banda del norte al mismo puerto, y lo que mas le acaeció.

Después que Cortés vió que en la villa de la Trinidad no teniamos en qué entender, apercibió á todos los caballeros y soldados que allí se habian juntado para ir en su compañía, que embarcasen juntamente con él en los navíos que estaban en el puerto de la banda del sur, y los que por tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Habana con Pedro de Albarado, para que fuese recogiendo mas soldados, que estaban en unas estancias que era camino de la misma Habana; porque el Pedro de Albarado era muy apacible, y tenia gracia en hacer gente de guerra. Yo fuí en su compañía por tierra, y mas de otros cincuenta soldados. Dejemos esto, y diré que tambien mandó Cortés á un hidalgo que se decia Juan de Escalante, muy su amigo, que se fuese en un navío por la banda del norte. Y tambien mandó que todos los caballos fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no vieron á la Capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fueron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Albarado á la villa de la Habana; y el navío en que venia Juan de Escalante por la banda del norte tambien habia llegado, y todos los caballos que iban por tierra; y Cortés no vino, ni sabian dar razon dél ni dónde quedaba, y pasáronse cinco dias, y no habia nuevas ningunas de su navío, y teniamos sospecha no se hubiese perdido en los Jardines, que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos bajos, que son diez ó doce leguas de la Habana; y fué acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de menos porte en busca de Cortés; y en aderezar los navíos y en debates, vaya Fulano, vaya Zutano, ó Pedro ó Sancho, se pasaron otros dos dias y Cortés no venia; y habia entre nosotros bandos y medio chirinolas sobre quién seria capitan hasta saber de Cortés; y quien mas en ello metió la mano fué Diego de Ordás, como mayordomo mayor del Velazquez, á quien enviaba para entender solamente en lo de la armada, no se le alzase con ella. Dejemós esto, y volvamos á Cortés, que como venia en el navío de mayor porte (como antes tengo dicho), en el paraje de la isla de Pinos ó cerca de los Jardines hay muchos bajos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío, é no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar, porque allí cerca habia tierra, donde lo descargaron; y desque vieron que el navío estuvo en floto y podia nadar, le metieron en mas hondo, y tornaron á cargar lo que habian descargado en tierra, y dió vela; y fué su viaje hasta el puerto de la Habana; y cuando llegó, todos los mas de los caballeros y soldados que le aguardábamos nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendian ser capitanes; y cesaron las chirinolas. Y después que le aposentamos en la casa de Pedro Barba, que era tiniente de aquella villa por el Diego Velazquez, mandó sacar sus estandartes, y ponellos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones segun y de la manera de los pasados, y de allí de la Habana vino un hidalgo que se decia Francisco de Montejo, y este es el por mí muchas veces nombrado, que, después de ganado Méjico fué adelantado y gobernador de Yucatan y Honduras; y vino Diego de Soto el de Toro, que fué mayordomo de Cortés en lo de Méjico; y vino un Angulo, Garci Caro y Sebastian Rodriguez, y un Pacheco, y un Fulano Gutierrez, y un Rójas (no digo Rójas el Rico), y un mancebo que se decia Santa Clara, y dos hermanos que se decian los Martinez del Fregenal, y un Juan de Najara (no lo digo por el sordo, el del juego de la pelota de Méjico), y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Cor-

tés los vió todos aquellos hidalgos y soldados juntos se holgó en grande manera, y luego envió un navío á la punta de Guaniguanico, á un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacian cazabe y tenian muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velazquez; y envió por capitan del navío al Diego de Ordás, como mayordomo mayor de las haciendas del Velazquez, y envióle por tenelle apartado de sí; porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor cuando hubo las contiendas sobre quién seria capitan cuando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navío, y por no tener contraste en su persona le envió; y le mandó que después que tuviese cargado el navío de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico hasta que se juntase con otro navío que habia de ir por la banda del norte, y que irian ambos en conserva hasta lo de Cozumel, ó le avisaria con indios en canoas lo que habia de hacer. Volvamos á decir del Francisco de Montejo y de todos aquellos vecinos de la Habana, que metieron mucho matalotaje de cazabe y tocinos, que otra cosa no habia; y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce y ciertos falconetes, y dió cargo dellos á un artillero que se decia Mesa y á un levantisco que se decia Arbenga y á un Juan Catalan, para que los limpiasen y probasen y para que las pelotas y polvora todo lo tuviesen muy á punto; é dióles vino y vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero á uno que se decia Bartolomé de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas y cuerdas, y nueces y almacen, é que tirasen á terrero, é que mirasen á cuántos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana habia mucho algodon, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo; y allí en la Habana comenzó Cortés á poner casa y á tratarse como señor, y el primer maestresala que tuvo fué un Guzman, que luego se murió ó mataron indios; no digo por el mayordomo Cristóbal de Guzman, que fué de Cortés, que prendió Gutemuz cuando la guerra de Méjico. Y tambien tuvo Cortés por camarero á un Rodrigo Ranguel, y por mayordomo á un Juan de Cáceres, que fué, después de ganado Méjico, hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercebir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos: hicieron pesebrera, y metieron mucho maíz y yerba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasaron.

El capitan Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Albarado y Hernando Lopez de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos á la Nueva-España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua, ó se la tomó por fuerza.

Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velazquez de Leon, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Olí, un caballo castaño escuro, harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazan tostado: no fué para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño escuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo: no fué bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corria poco.

Gonzalo Dominguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño escuro muy bueno y grande corredor.

Pedro Gonzalez de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corria muy bien.

Moron, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos, y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno.

Lares, el muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.

Ortiz el músico, y un Bartolomé García, que solia tener minas de oro, un muy buen caballo escuro que decian el Arriero: este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el mas rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo un navío suyo, y la yegua y un negro, é cazabe é tocinos; porque en aquella sazon no se podia hallar caballos ni negros sino era á peso de oro, y á esta causa no pasaron mas caballos, porque no los habia. Y dejallos hé aquí, y diré lo que allá nos avino, ya que estamos á punto para nos embarcar.

CAPITULO XXIV.

Cómo Diego Velazquez envió á un su criado que se decia Gaspar de Garnica, con mandamientos y provisiones para que en todo caso se prendiese á Cortés y se le tomase el armada, y lo que sobre ello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas desta relacion vuelvan muy atrás á se relatar, para que se entienda bien lo que se escribe; y esto digo que parece ser que, como el Diego Velazquez vió y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente é cuñado, que estaba en la villa de la Trinidad, no quiso apremiar á Cortés que dejase el armada, antes le favoreció, juntamente con Diego de Ordás, para que saliese, dice que estaba tan enojado el Diego Velazquez, que hacia bramuras, y decia al secretario Andrés de Duero y al contador Amador de Lares que ellos le habian engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado, y acordó de enviar á un criado con cartas y mandamientos para la Habana á su teniente, que se decia Pedro Barba, y escribió á todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordás y á Juan Velazquez de Leon, que eran sus deudos é amigos, rogándoles muy afectuosamente que en bueno ni en malo no dejasen pasar aquella armada, y que luego prendiesen á Cortés, y se lo envia-

sen preso é á buen recaudo á Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica (que así se decia el que envió con las cartas y mandamientos á la Habana), se supo lo que traia, y con este mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velazquez, y fué desta manera: que parece ser que un fraile de la Merced que se daba por servidor de Velazquez, que estaba en su compañía del mismo Gobernador, escribia á otro fraile de su órden, que se decia fray Bartolomé de Olmedo, que iba con Cortés, y en aquella carta del fraile le avisaban á Cortés sus dos compañeros Andrés de Duero y el Contador de lo que pasaba: volvamos á nuestro cuento. Pues como al Ordás lo habia enviado Cortés á lo de los bastimentos con el navío (como dicho tengo), no tenia Cortés contraditor sino á Juan Velazquez de Leon; luego que le habló lo trujo á su mandado, y especialmente que el Juan Velazquez no estaba bien con el pariente, porque no le habia dado buenos indios. Pues á todos los mas que habia escrito el Diego Velazquez, ninguno le acudia á su propósito; antes todos á una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor; y demás desto, aquellos hidalgos Albarados, y el Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, y Cristóbal de Olí, y Juan de Escalante, é Andrés de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron en la Habana entonces; y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba al Diego Velazquez, que no osó prender á Cortés porque estaba muy pujante de soldados, é que hubo temor no metiese á sacomano la villa y la robase, y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo. E que, á lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, é que no se atrevió á hacer otra cosa. Y Cortés le escribió al Velazquez con palabras tan buenas y de ofrecimientos, que los sabia muy bien decir, é que otro dia se haria á la vela, y que le seria muy servidor.

CAPITULO XXV.

Cómo Cortés se hizo á la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino.

No hicimos alarde hasta la villa de Cozumel, mas de mandar Cortés que los caballos se embarcasen; y mandó Cortés á Pedro de Albarado que fuese por la banda del norte en un buen navío que se decia San Sebastian, y mandó al piloto que llevaba el navío que le aguardase en la punta de San Anton, para que allí se juntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensajero á Diego de Ordás, que habia ido por el bastimento, que aguardase que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del norte; y en 10 dias del mes de febrero, año de 1519, después de haber oido misa, nos hicimos á la vela con nueve navíos por la banda del sur con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos de la banda del norte (como he dicho), que fueron once con el en que fué Pedro de Albarado con sesenta soldados, é yo fui en su compañía, y el piloto que llevábamos, que se decia Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fué mandado por Cortés, y siguió su derrota, y llegamos dos dias antes que Cortés á Cozumel, y surgimos en el puerto, ya por mí otras veces dicho cuando lo de Grijalva; y Cortés aun no habia llegado con su flota, por causa que un navío en que venia por capitan Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navíos que venian con Cortés, y vinieron todos en conserva. Volvamos á Pedro de Albarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habian ido huyendo; y mandó que luego fuésemos á otro pueblo que estaba de allí una legua, y tambien se amontaron é huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda, y dejaron gallinas é otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Albarado que tomasen hasta cuarenta dellas, y tambien en una casa de adoratorios de ídolos tenian unos paramentos de mantas viejas, é unas arquillas donde estaban unas como diademas é ídolos, cuentas é pinjantillos de oro bajo, é tambien se les tomó dos indios é una india, y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Estando en esto llegó Cortés con todos los navíos, y después de aposentado, la primera cosa que se hizo fué mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar, como le fué mandado. Y desque vió el pueblo sin gente, y supo cómo Pedro de Albarado habia ido al otro pueblo, é que les habia tomado gallinas é paramentos y otras cosillas de poco valor, de los ídolos y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo dello y de cómo no aguardó el piloto; y reprendióle gravemente al Pedro de Albarado, y le dijo que no se habian de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando á los naturales su hacienda; y luego mandó traer á los dos indios y la india que habiamos tomado, y con Melchorejo, que llevábamos de la Punta de Cotoche, que entendia bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo su compañero se habia muerto, que fuesen á llamar los caciques é indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro é paramentos y todo lo demás, é por las gallinas, que ya se habian comido, les mandó dar cuentas é cascabeles, é mas dió á cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron á llamar el señor de aquel pueblo, é otro dia vino el Cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado; é mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés á mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia que do quiera que ponia la mano se le hacia bien especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPITULO XXVI.

Cómo Cortés mandó hacer alarde de todo su ejército, y de lo que mas nos avino.

De allí á tres dias que estábamos en Cozumel mandó Cortés hacer alarde para ver qué tantos soldados llevaba, é halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestres y pilotos é marineros, que serian

ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas, las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantin, que traia á cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, é tiros de bronce é cuatro falconetes, é mucha pólvora é pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda bien, no hace al caso de la relacion; y hecho el alarde, mandó á Mesa el artillero, que así se llamaba, é á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga é á un catalan, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio é aderezado, é los tiros y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por capitan de la artillería á un Francisco de Orozco, que habia sido buen soldado en Italia; asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decian Juan Benitez y Pedro de Guzman el Ballestero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, y que siempre tuviesen cepillo é ingijuela, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas y de lo demás; porque Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponia gran diligencia, me mandó llamar á mí é á un vizcaino que se llamaba Martin Ramos, é nos preguntó que qué sentiamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decian *Castilan*, *Castilan*, segun lo he dicho en el capítulo que dello habla; y nosotros se lo tornamos á contar segun y de la manera que lo habiamos visto é oido, é dijo que ha pensado en ello muchas veces, é que por ventura estarian algunos españoles en aquellas tierras, é dijo: «Paréceme que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel si sabian alguna nueva dellos;» é con Melchorejo, el de la Punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, é sabia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, é todos á una dijeron que habian conocido ciertos españoles, é daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban, y los tenian por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel habia indios mercaderes que les hablaron pocos dias habia; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E dijoles Cortés que luego les fuesen á llamar con carta, que en su lengua llaman *amales*, é dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les darian mas cuentas; y el Cacique dijo á Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dejasen venir; y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas, y luego mandó apercebir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantin, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitan dellos á Diego de Ordás; y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche, aguardando ocho dias con el navío mayor; y entre tanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra; y escrita la carta, decia en ella: «Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y »os pido por merced que luego os vengais aquí en »Cozumel, que para ello envio un navío con soldados, »si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos »indios con quien estáis, y lleva el navío de plazo ocho »dias para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de »mí sereis bien mirados y aprovechados. Yo quedo »aquí en esta isla con quinientos soldados y once na»víos; en ellos voy, mediante Dios, la via de un pueblo »que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.» Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decia Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desque las hubo leido, y recebido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó á su amo el Cacique para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondió: «Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitan cuando hay guerras: íos vos con Dios; que yo tengo labrada la cara é horadadas las orejas; ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traeis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra;» é asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: «Mira con qué viene este esclavo á llamar á mi marido: íos vos, y no cureis de mas pláticas;» y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer é hijos lo habia, que la llevase consigo si no los queria dejar; y por mas que le dijo é amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Pálos. Y desque el Jerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde habia estado el navío aguardándole, y desque llegó no le halló; que ya se habia ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, é aun uno mas que llevó de plazo el Ordás para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel, sin llevar recaudo á lo que habia venido; y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solia vivir. Y dejaré esto, é diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras so-



berbias al Ordás que habia creido que otro mejor recaudo trajera que no venirse así sin los españoles ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció que unos marineros que se decian los Peñates, naturales de Gibraleon, habian hurtado á un soldado que se decia Berrio ciertos tocinos, y no se los querian dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto; los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, é á todos siete los mandó luego azotar; que no aprovecharon ruegos de ningun capitan. Donde lo dejaré, así esto de los marineros como esto del Aguilar, é nos irémos sin él nuestro viaje hasta su tiempo y sazon. Y diré cómo venian muchos indios en romería á aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la Punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatan; porque, segun pareció, habia allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos ídolos tenian por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar, y una mañana estaba lleno el patio donde estaban los ídolos, de muchos indios é indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos á mirar en ello con atencion, y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva-España) é comenzó á predicalles un rato, é Cortés y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermon; é Cortés preguntó á Melchorejo, que entendia muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decia aquel indio viejo; é supo que les predicaba cosas malas; é luego mandó llamar al Cacique é á todos los principales é al mesmo papa, é como mejor se pudo dárselo á entender con aquella nuestra lengua, y les dijo que si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos é les harian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus almas; y se les dió á entender otras cosas santas é buenas, é que pusiesen una imágen de nuestra Señora que les dió é una cruz, y que siempre serian ayudados é tendrian buenas sementeras, é se salvarian sus ánimas, y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe, bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, é que no se atrevian ellos de hacer otra cosa, é que se los quitásemos nosotros, y que veriamos cuánto mal nos iba dello, porque nos iriamos á perder en la mar; é luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos á rodar unas gradas abajo, é así se hizo; y luego mandó traer mucha cal, que habia harta en aquel pueblo, é indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la imágen de nuestra Señora; é mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez é Alvaro Lopez, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban; la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, é dijo misa el padre que se decia Juan Diaz, y el papa é Cacique y todos los indios estaban mirando con atencion. Llaman en esta India de Cozumel á los caciques calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejallos he aquí, y pasaré adelante, é diré cómo nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo Cortés repartió los navíos y señaló capitanes para ir en ellos, y asimismo se dió la instruccion de lo que habian de hacer á los pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés, que llevaba la capitana; Pedro de Albarado y sus hermanos, un buen navío que se decia San Sebastian; Alonso Hernandez Puertocarrero, otro; Francisco de Montejo, otro buen navío; Cristóbal de Olí, otro; Diego de Ordás, otro; Juan Velazquez de Leon, otro; Juan de Escalante, otro; Francisco de Morla, otro; otro de Escobar, el paje, y el mas pequeño, como bergantin, Ginés Nortes; y en cada navío su piloto, y el piloto mayor Anton de Alamínos, y las instrucciones por donde se habian de regir é lo que habian de hacer, y de noche las señales de los faroles; y Cortés se despidió de los caciques é papas, y les encomendó aquella imágen de nuestra Señora, é á la cruz que la reverenciasen é tuviesen limpio y enramado, y verian cuánto provecho dello les venia; é dijéronle que así lo harian, é trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron; y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de marzo de 1519 años, dimos velas, é con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; é aquel mismo dia á hora de las diez dan desde una nao grandes voces, é capean é tiran un tiro para que todos los navíos que veniamos en conserva lo oyesen; y como Cortés lo oyó é vió se puso luego en el bordo de la capitana, é vido ir arribando el navío en que venia Juan de Escalante, que se volvia hácia Cozumel; é dijo Cortés á otras naos que venian allí cerca: «¿Qué es aquello, qué es aquello?» Y un soldado que se decia Zaragoza le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era adonde iba el cazabe. Y Cortés dijo: «Plegue á Dios, no tengamos algun desman.» Y mandó al piloto Alamínos que hiciese señas á todos los navíos que arribasen á Cozumel. Ese mismo dia volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la imagen de nuestra Señora y la cruz muy limpio é puesto incienso, y dello nos alegramos; é luego vino el Cacique y papas á hablar á Cortés, y le preguntaron que á qué volviamos; é dijo que porque hacia agua un navío, que lo queria adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen á los bateles á sacar el pan cazabe, y así lo hicieron; y estuvimos en adobar el navío cuatro dias. Y dejemos de mas hablar en ello, é diré cómo lo supo el español que estaba en poder de indios, que se decia Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPITULO XXIX.

Cómo el español que estaba en poder de indios, que se llamaba Jerónimo de Aguilar, supo cómo habiamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera y dió gracias á

Dios, y mucha priesa en su venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa; y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla puerces de la tierra) que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la Punta de Cotoche; é mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros dos soldados que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, é luego fueron; y desque los indios que venian en la canoa, que traia alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y se querian tornar á embarcar é hacer á lo largo con la canoa; é Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia, como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni mas menos era que indio), luego envió á decir á Cortés con un español que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa; y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: «Dios y santa María y Sevilla;» é luego le fué á abrazar el Tapia; é otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha prisa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos; y luego se vino el Tapia con el español donde estaba Cortés; é antes que llegasen donde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia qué es del español, aunque iba allí junto con él, porque le tenian por indio propio, porque de suyo era moreno é tresquilado á manera de indio esclavo, é traia un remo al hombro é una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, é una manta vieja muy ruin é un braguero peor, con que cubria sus vergüenzas, é traia atado en la manta un bulto, que eran horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, tambien picó como los demás soldados y preguntó al Tapia que qué era del español. Y el español como lo entendió se puso en cuclillas, como hacen los indios, é dijo: «Yo soy.» Y luego le mandó dar de vestir camisa é jubon, é zaragüelles, é caperuza, é alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida é cómo se llamaba y cuándo vino á aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decia Jerónimo de Aguilar y que era natural de Écija, y que tenia órdenes de Evangelio; que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, é dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros é dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba ó á Jamáica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis de aquella comarca los repartieron entre sí, y que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habian muerto de dolencia; é las mujeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se murieron, porque las hacian moler, y que á él que le tenian para sacrificar, é una noche se huyó y se fué á aquel cacique, con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habian quedado de todos sino él é un Gonzalo Guerrero, é dijo que le fué á llamar é no quiso venir. Y desque Cortés le oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo que, mediante Dios, que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra é pueblos, y el Aguilar dijo que, como le tenian por esclavo, que no sabia sino traer leña é agua y cavar en los maíces; que no habia salido sino hasta cuatro leguas que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar é cayó malo dello, y que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, é dijo que estaba casado y tenia tres hijos, y que tenia labrada la cara é horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, natural de Pálos, y que los indios le tienen por esforzado; y que habia poco mas de un año que cuando vinieron á la Punta de Cotoche una capitanía con tres navíos (parece ser que fueron cuando venimos los de Francisco Hernandez de Córdoba), que él fué inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí por capitan, juntamente con un cacique de un gran pueblo, según ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdoba. E cuando Cortés lo oyó dijo: «En verdad que le querria haber á las manos, porque jamás será bueno dejársele.» E diré cómo los caciques de Cozumel cuando vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar los aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa imágen de nuestra Señora y á la cruz, que conocieran que por ello les vendria mucho bien; é los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor á Cortés, para que si viniesen á aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados é no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió; y después de despedidos con muchos halagos é ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómora; é no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPITULO XXX.

Cómo nos tornamos á embarcar y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que nos avino en el viaje.

En 4 dias del mes de marzo de 1519 años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos segun y de la manera que habiamos venido antes que arribásemos á Cozumel, é con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Yendo navegando con buen tiempo, revuelve un tiempo, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; y quiso Dios que á media noche aflojó, y desque amaneció luego se vol-

vieron á juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon; é íbamos nuestro viaje sin saber dél hasta mediodia, de lo cual llevábamos pena, creyendo fuese perdido en unos bajos, y desque se pasaba el dia é no parecia, dijo Cortés al piloto Alamínos que no era bien ir mas adelante sin saber dél, y el piloto hizo señas á todos los navíos que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, donde no podia salir por ser el tiempo contrario; é como vió que no venia, dijo el piloto á Cortés: «Señor, tengo por cierto que se metió en uno como puerto ó bahía que queda atrás, y que el viento no le deja salir, porque el piloto que llevaba es el que vino con Francisco Hernandez de Córdoba é volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, é sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á buscarle con toda la armada, y en aquella bahía donde habia dicho el piloto lo hallamos anclado, de que todos hubimos placer; y estuvimos allí un dia, y echamos dos bateles en el agua, é saltó en tierra el piloto é un capitan que se decia Francisco de Lugo; é habia por allí unas estancias donde habia maizales é hacian sal, y tenian cuatros cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, é todas las mas de mujeres, y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra la Punta de las Mujeres. Acuérdome que decia el Aguilar que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que le trujo su amo, é cayó malo de traer la carga; y que tambien estaba no muy léjos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, y que todos tenian oro, aunque era poco, y que si queria, que él guiaria, y que fuésemos allá; é Cortés le dijo riendo que no venia para tan pocas cosas, sino para servir á Dios é al Rey. E luego mandó Cortés á un capitan que se decia Escobar que fuese en el navío de que era capitan, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, é mirase muy bien qué tierra era, é si era buen puerto para poblar, é si habia mucha caza, como le habian informado; y esto que le mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos no nos detener en entrar en él; y que después de visto, que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiese una carta é la pusiese donde la viésemos de una parte y de otra del puerto para que conociésemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la armada barloventeando después que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió é fué á Puerto de Términos (que así se llama), é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebrela que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda é lucia; é dijo el Escobar que cuando la lebrela vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola é haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el armada, é parece ser, con viento sur que le dió, no pudo esperar al reparo y metióse mucho en la mar. Volvamos á nuestra armada, que quedábamos en la Punta de las Mujeres, que otro dia de mañana salimos con buen tiempo terral y llegamos en Boca de Términos, y no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel y con diez ballesteros le fuesen á buscar en la Boca de Términos ó á ver si habia señal ó carta; y luego se halló árboles cortados é una carta que en ella decia cómo era muy buen puerto y buena tierra y de mucha caza, é lo de la lebrela; é dijo el piloto Alamínos á Cortés que fuésemos nuestra derròta, porque con el viento sur se debia haber metido en la mar, y que no podria ir muy léjos, porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desman, mandó meter velas, y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el paraje de Potonchan, y Cortés mandó al piloto que surgiésemos en aquella ensenada; y el piloto respondió que era mal puerto, porque habian de estar los navíos surtos mas de dos leguas léjos de tierra, que mengua mucho la mar; porque tenia pensamiento Cortés de dalles una buena mano por el desbarate de lo de Francisco Hernandez de Córdoba é Grijalva, y muchos de los soldados que nos habiamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase dentro, é no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El piloto Alamínos con otros pilotos porfiaron que si allí entrábamos que en ocho dias no podríamos salir, por el tiempo contrario, y que ahora llevábamos buen viento y que en dos dias llegariamos á Tabasco; é así, pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva; é lo que allí nos acaeció y las guerras que nos dieron diré adelante.

CAPITULO XXXI.

Cómo llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de lo que mas con ellos pasamos.

En 12 dias del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco; y como sabiamos ya de cuando lo de Grijalva que en aquel puerto é rio no podian entrar navíos de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los pequeños é los bateles fuimos todos los soldados á desembarcar á la Punta de los Palmares (como cuando con Grijalva), que estaba del pueblo de Tabasco otra media legua, y andaban por el rio, en la ribera, entre unos manglares todo lleno de indios guerreros; de lo cual nos maravillamos los que habiamos venido con Grijalva; y demás desto, estaban juntos en el pueblo mas de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra, porque en aquella sazon aquel pueblo era de mucho trato y estaban sujetos á él otros grandes pueblos, y todos los tenian apercebidos con todo género de armas segun las usaban. Y la causa dello fué porque los de Potonchan é los de Lázaro y otros pueblos comarcanos los tuvieron por cobardes, y se lo dieron en rostro, por causa que dieron á Grijalva las joyas de oro que antes he dicho en el capítulo que dello habla, y que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran mas pueblos y tenian mas guerreros que no ellos; y esto les decian por afrentarlos, y que en sus pueblos nos habian dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habian dicho se determi-

naron de tomar armas; y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera dijo á Aguilar, la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dijese á unos indios que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veniamos á hacer ningun mal, sino á decilles que les queremos dar de lo que traemos, como á hermanos; y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaria dello, y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; é mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos si entrábamos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos, de cercas é albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dejasen tomar agua é comprar de comer á trueco de nuestro rescate, é tambien decir á los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro Señor; y todavía ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante; si no, que nos matarian. Y cuando aquello vió Cortés mandó apercebir los bateles é navíos menores, é mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros; y teníamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é ciénegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que se iban; é visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando órden en cómo y de qué manera habiamos de ir en los bateles; é otro dia por la mañana, después de haber oido misa y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Avila, que era capitan, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo; y que de que oyese los tiros, él por una parte é nosotros por otra diésemos en el pueblo; é Cortés y todos los mas soldados é capitanes fuimos en los bateles y navíos de menos porte por el rio arriba; y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habiamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa habia sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles é atabalejos; é como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no soltásemos tiros ni escopetas ni ballestas; é como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del Rey, que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, é por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra, é tomar agua y hablalles cosas de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese ó otros cualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, é no á la nuestra; y ellos todavía haciendo muchos fieros y que no saltásemos en tierra; si no que nos matarian. Luego comenzaron muy valientemente á nos flechar é hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadrones apechugasen con nosotros, é como esforzados hombres vinieron é nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron é hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes mas arriba; y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénago, no podiamos tan presto salir della; é cargaron sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas á manteniente y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, é tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargata en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pié salió á tierra. Estuvimos en aquella sazon en grande aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros; é luego con gran osadía, nombrando al señor Santiago é arremetiendo á ellos, les hicimos retraer, y aunque no muy léjos, por causa de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, é tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, é allí tornaron á reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente, con grande esfuerzo y dando voces é silbos, diciendo: «Ala, lala, al calachoni, al calachoni;» que en su lengua quiere decir que matasen á nuestro capitan. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los Palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por causa de unas ciénegas y esteros que pasó; y su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo cuanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos mas en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo; é allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fué desta manera, que desenvainada su espada, dió tres cuchilladas, en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, é dijo que si habia alguna persona que se lo contradijese que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrazada; y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesion en nombre de su majestad, y que nosotros seriamos en ayudalle si alguna persona otra cosa dijere; é por ante un escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion, la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdome que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron á catorce soldados, é á mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios en el agua y en tierra donde desembarcamos; é allí dormimos aquella noche

con grandes velas y escuchas. Y déjallo he, por contar lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXII.

Cómo mandó Cortés á todos los capitanes que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos aceció.

Otro dia de mañana mandó Cortés á Pedro de Albarado que saliese por capitan con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la Punta de Cotoche; y cuando le fueron á llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, segun parecia, el dia antes en las Puntas de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenia de Castilla, y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese á los indios sus naturales algunas cosas que no trujesen provecho. Dejémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento: que asimismo mandó Cortés que fuese otro capitan que se decia Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al real; y yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanes y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas y rodelas, y atambores y penachos, y se vienen derechos á la capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comienzan á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caian sobre ellos, y con espadas de navajas de dos manos; y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar de sí; y cuando aquesto vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al real, é habia enviado adelante un indio de Cuba muy gran corredor é suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; é todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando é otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, é con gran peligro, é volvamos al capitan Pedro de Albarado, que pareció ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, é quiso Dios nuestro Señor encaminallo que volviese por otro camino hácia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces é silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra, y con mucha presteza é con gran concierto acudió á las voces é tiros, é halló al capitan Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, é cinco indios muertos; y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios á los nuestros hasta el real; é asimismo nos habian acometido y venido á dar guerra otras capitanías de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos dellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados, que llegaban con sus gentes obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Albarado le hirieron tres, y cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas; y en aquellas escaramuzas matamos quince indios y se prendieron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar, nuestra lengua, les preguntaba que por qué eran locos é salian á dar guerra. Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar á los caciques porque viniesen de paz; é aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traiamos con nosotros de la Punta de Cotoche, se fué á ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque éramos muy pocos; de manera que traiamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel indio que enviamos por mensajero fué, y nunca volvió con la respuesta; y de los otros dos indios que estaban presos supo Aguilar, la lengua, por muy cierto, que para otro dia estaban juntos cuantos caciques habia en aquella provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejallos he aquí, é diré lo que sobre ello hicimos.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Cortés mandó que para otro dia nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, y que escopetas y ballesteros é todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestras armas, é aunque estuviésemos heridos; y cuando hubieron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuvieron sueltos. Una cosa aceció en aquella sazon á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus piés si no los llevaban á cuestas: no supimos de qué; decian que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercibió á los caballeros que habian de ir los mejores jinetes, y caballos que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se les pasasen por los rostros; y señaló trece de á caballo, á Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, é Alonso Hernandez Puertocarrero, é Juan de Escalante,

é Francisco de Montejo; é á Alonso de Avila le dieron un caballo que era de Ortiz el músico y de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete; é Juan Velazquez de Leon, é Francisco de Morla, y Lares el buen jinete (nómbrole así porque habia otro buen jinete y otro Lares), é Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo; Moron el del Bayamo y Pedro Gonzalez el de Trujillo; todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitan, é mandó á Mesa el artillero que tuviese á punto su artillería, é mandó á Diego de Ordás que fuese por capitan de todos nosotros, porque no era hombre de á caballo, é tambien fué por capitan de los ballesteros é artilleros. Y otro dia muy de mañana, que fué dia de Nuestra Señora de Marzo, después de haber oido misa, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entonces era Antonio de Villarroel, marido que fué de una señora que se decía Isabel de Ojeda, que desde allí á tres años se mudó el nombre en Villareal y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito: que fuimos por unas habanas grandes, donde habian dado guerra á Francisco de Lugo y á Pedro de Albarado, y llamábase aquella habana é pueblo Cintia, sujeta al mesmo Tabasco, una legua del aposento donde salimos; é nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por causa de unas ciénegas que no podian pasar los caballos; é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de escuadrones de indios guerreros que nos venian ya á buscar á los aposentos, é fué donde los encontramos junto al mesmo pueblo de Cintia en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenian deseo de nos dar guerra y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejallo he aquí, é diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, é bien terrible, como adelante verán.

CAPITULO XXXIV.

Cómo nos dieron guerra todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera é concierto que íbamos, y cómo hallamos todas las capitanías y escuadrones de contrarios que nos iban á buscar, é traian todos grandes penachos, é atambores é trompetillas, é las caras enalmagradas é blancas é prietas, é con grandes arcos y flechas, é lanzas é rodelas, y espadas como montantes de á dos manos, é mucha honda é piedra, é varas tostadas, é cada uno sus armas colchadas de algodon; é así como llegaron á nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las habanas cubrian, se vienen como perros rabiosos é nos cercan por todas partes, é tiran tanta de flecha é vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron mas de setenta de los nuestros, é con las lanzas pié con pié nos hacian mucho daño, é un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oido, el cual se llamaba Saldaña; é no hacian sino flechar y herir en los nuestros; é nosotros con los tiros y escopetas, é ballestas é grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear; y como conocieron las estocadas y el mal que les haciamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á su salvo, puesto que Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban léjos, y daba en ellos á su placer, y con todos los males y heridas que les haciamos, no los podiamos apartar. Yo dije al capitan Diego de Ordás: «Paréceme que debemos cerrar y apechugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvian algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas, y tanta piedra como granizo.» Respondió el Ordás que no era buen acuerdo, porque habia para cada uno de nosotros trecientos indios, y que no nos podiamos sostener con tanta multitud, é así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos á ellos, como se lo habia dicho el Ordás, por dalles mal año de estocadas; y bien lo sintieron, y se pasaron luego de la parte de una ciénega; y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venia, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temiamos que por ventura no le hubiese acaecido algun desastre. Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos é gritos, y echaban tierra y pajas en alto porque no viésemos el daño que les haciamos, é tañian entonces trompetas é trompetillas, silbos y voces, y decian *Ala lala*. Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, é como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto de los de á caballo, como venian por las espaldas; y como el campo era llano é los caballeros buenos jinetes, é algunos de los caballos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano, é alanceando á su placer, como convenia en aquel tiempo; pues los que estábamos peleando, como los vimos, dimos tanta priesa en ellos, los de á caballo por una parte é nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo é caballero era todo un cuerpo, como jamás habian visto caballos hasta entonces; iban aquellas habanas é campos llenos dellos, y se acogieron á unos montes que allí habia. Y después que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no habia podido venir mas presto por causa de una ciénega, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que á nosotros llegasen, y traia heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y después de apeados debajo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos habia dado aquella vitoria tan cumplida; y como era dia de Nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser dia de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva-España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no habia, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de los muertos, que abrimos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos que habia por el campo, y eran mas de ochocientos, é todos los mas de estocadas; y otros de los tiros y escopetas y ballestas, é muchos estaban medio muertos



y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo habia buen recaudo dellos muertos é otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, é no habiamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas é por el oido, y quemamos las heridas á los demás é á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco Lopez de Gómora que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla habia para cada uno de nosotros tantos indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómora fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía habia sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria ú de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria; y si fuera así como lo dice el Gómora, harto malos cristianos fuéramos, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacia, y reverenciar cada dia aquella iglesia; y pluguiera á Dios que así fuera como el coronista dice, y hasta que leí su Corónica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó. Y dejémoslo aquí, é diré lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXV.

Cómo envió Cortés á llamar á todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco indios, é los dos dellos capitanes; con los cuales estuvo Aguilar, la lengua, á pláticas, é conoció en lo que le dijeron que serian hombres para enviar por mensajeros; é díjole al capitan Cortés que les soltasen, y que fuesen á hablar á los caciques de aquel pueblo é otros cualesquier; y á aquellos dos indios mensajeros se les dió cuentas verdes é diamantes azules, y les dijo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos y que no hubiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenian la culpa, y que llamasen á todos los caciques de todos los pueblos, que les queriamos hablar, y se les amonestó otras muchas cosas bien mansamente para atraellos de paz; y fueron de buena voluntad, é hablaron con los principales é caciques, y les dijeron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oida nuestra embajada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenian, y todos tiznadas las caras é las mantas y bragueros que traian muy ruines, y con ellos enviaron gallinas y pescado asado é pan de maíz; y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad, é Aguilar, la lengua, les dijo medio enojado que cómo venian de aquella manera puestas las caras; que mas venian de guerra que para tratar paces, y que luego fuesen á los caciques y les dijesen que si querian paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules en señal de paz y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro dia vinieron treinta indios principales é con buenas mantas, y trujeron gallinas y pescado, é fruta y pan de maíz, y demandaron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal ó los comiesen tigres ó leones; la cual licencia les dió luego, y ellos se dieron priesa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos, segun su usanza; y segun Cortés supo dellos, dijeron que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos; é dijeron que no se podian tener con nosotros en palabras ni paces, porque otro dia habian de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos, é concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía: «¿Sabeis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra é asimismo las bombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro dia en el navío, é atalla han aquí adonde yo estoy, é traigan el caballo de Ortiz el músico, que es muy rijoso, y tomará olor de la yegua; é cuando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte que desque vengan los caciques que han de venir, no los oigan relinchar ni los vean hasta que estén delante de mí y estemos hablando;» é así se hizo, segun y de la manera que lo mandó; que trujeron la yegua y el caballo, é tomó olor della en el aposento de Cortés; y demás desto, mandó que cebasen un tiro, el mayor de los que teniamos, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era mediodía, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas á la usanza dellos; saludaron á Cortés y á todos nosotros, y traian de sus inciensos, zahumándonos á cuantos allí estábamos, y demandaron perdon de lo pasado, y que de allí adelante serian buenos. Cortés les respondió con Aguilar, nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habian visto cuántas veces los habian requerido con la paz, y que ellos tenian la culpa, y que agora eran merecedores que á ellos é á cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos; y porque

somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió á estas partes, el cual se dice el emperador don Cárlos, que manda que á los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos é favorezcamos; y que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos, é si no, que soltará de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepustle*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego á la bombarda que estaba cebada, é dió tan buen trueno y recio como era menester; iba la pelota zumbando por los montes, que, como en aquel instante era mediodía é hacia calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oir; y como no habian visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo, y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño; y en aquel instante trujeron el caballo que habia tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como á la yegua la habian tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo, y relinchaba y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los indios y al aposento donde habia tomado olor de la yegua; é los caciques creyeron que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo y le tomó del freno, é dijo á Aguilar que hiciese creer á los indios que allí estaban que habia mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno; y luego dijo á dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí léjos, que no lo tornasen á ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman tamenes, que traian la comida de gallinas y pescado asado y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás ó no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dijeron que otro dia vendrian todos, é traerian un presente é hablarian en otras cosas; y así, se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora hasta otro dia.

CAPITULO XXXVI.

Cómo vinieron todos los caciques é calachonis del rio de Grijalva y trajeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro dia de mañana, que fué á los postreros del mes de marzo de 1519 años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo y otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, é trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos, y orejeras, é cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotorras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valia, y trajeron mantas de las que ellos traian é hacian, que son muy bastas; porque ya habrán oido decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poco valor; y no fué nada este presente en comparacion de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trujeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dijo que por aquello que traian se lo tenia en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, mujeres é hijos, y que dentro de dos dias le queria ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, é con sus hijos é mujeres en dos dias se pobló. Y á lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos é sacrificios, respondieron que así lo harian; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos é adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imágen muy devota de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imágen reverenciábamos porque así está en el cielo y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parece muy bien aquella gran *Tecleciguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *tecleciguatas*. Y dijo Cortés que sí daria, y les mandó hacer un buen altar bien labrado; el cual luego le hicieron. Y otro dia de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez é Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta; y después de haber mandado todo esto, dijo á los caciques qué fué la causa que nos dieron guerra tres veces, requiriéndoles con la paz. Y respondieron que ya habian demandado perdon dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no le tuviesen por cobarde, porque se lo reñian y deshonraban, porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitan con cuatro navíos; y segun pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y tambien dijo que el indio que traiamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de dia y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen, é dijeron que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabian dél aunque le han buscado, é supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte traian oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hácia donde se pone el sol, y decian *Culchúa* y *Méjico*, y como no sabiamos qué cosa era Méjico ni Culchúa, dejábamoslo pasar por alto; y allí traiamos otra lengua que se decia Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendia poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Culchúa, que es la mejicana; y medio por señas dijo á Cortés que *Culchúa* era muy adelante, y nombraba *Méjico*, *Méjico*, y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro dia, que se puso en el altar la santa imágen de nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre á aquel pueblo Santa María de la Vitoria, é así se

llama agora la villa de Tabasco; y el mesmo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creian, que eran malos y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, que los traian engañados, é adorasen á nuestro Señor Jesucristo; é luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica é hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecia en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traida; é de las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, é no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva-España. Y Cortés las repartió á cada capitan la suya, é á esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida é desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellin; y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, é della hubo un hijo, que se dijo don Martin Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco dias, así porque se curaban las heridas como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó; y demás desto, porque Cortés siempre atraia con buenas palabras á los caciques, y les dijo cómo el Emperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes señores, y que es bien que ellos le dén la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros como otra cualquiera cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro grande emperador. Estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva-España dieron la obediencia á su majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro dia, que era domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar que hicimos, con sus hijos y mujeres, para que adorasen la santa imágen de nuestra Señora y la cruz; y asimismo les mandó que viniesen seis indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintia, adonde Dios nuestro Señor fué servido de darnos aquella vitoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba, é hiciéronla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza, que suele reverdecer, está siempre la cruz señalada. Hecho esto mandó que aparejasen todas las canoas que tenian, para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo dia nos queríamos hacer á la vela, porque en aquella sazon vinieron dos pilotos á decir á Cortés que estaban en gran riesgo los navíos por amor del norte, que es travesía. Y otro dia muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas sus mujeres é hijos, y estaban ya en el patio donde teniamos la iglesia y cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion; y desque los caciques vimos juntos, Cortés y todos los capitanes á una con gran devocion anduvimos una muy devota procesion, y el padre de la Merced y Juan Diaz el clérigo revestidos, y se dijo misa, y adoramos y besamos la santa cruz, y los caciques é indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta segun el tiempo, vinieron los principales é trajeron á Cortés diez gallinas y pescado asado é otras legumbres, é nos despedimos dellos, y siempre Cortés encomendándoles la santa imágen de nuestra Señora y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é la iglesia y enramado, y que las reverenciasen, é hallarian salud y buenas sementeras; y después que era ya tarde nos embarcamos, y á otro dia lúnes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viaje navegamos é fuimos la via do San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos á tierra; é yendo navegando con buen tiempo, deciamos á Cortés los soldados que veniamos con Grijalva, como sabiamos aquella derrota: «Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice *Aguayaluco*.» Y luego llegamos al paraje de *Tonala*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos; mas adelante le mostramos el gran rio de *Guazacualco*, é vió las muy altas sierras nevadas, é luego las sierras de San Martin; y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar, é tiene una señal arriba como á manera de silla; é mas adelante le mostramos el rio de Albarado, que es adonde entró Pedro de Albarado cuando lo de Grijalva; y luego vimos el rio de Banderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mil pesos, y luego le mostramos la isla Blanca, y tambien le dijimos adonde quedaba la isla Verde; y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulúa juéves de la Cena después de mediodía. Acuérdome que llegó un caballero que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, é dijo á Cortés: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra:

Cata Francia, Montesinos
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero,
Do van á dar á la mar.

Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabéos bien gobernar.» Luego Cortés bien entendió á qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: «Dénos Dios ventura en armas como al paladin Roldan; que en lo demás, teniendo á vuestra merced y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender.» Y dejémoslo, y no pasemos de aquí: esto es lo que pasó; y Cortés entró en el rio de Albarado, como dice Gómora.

CAPITULO XXXVII.

Cómo doña Marina era cacica é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traida á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran Méjico y mejicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenia otros pueblos sujetos á él, obra de ocho leguas de la villa de Guacaluco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro

cacique mancebo y hobieron un hijo, y segun pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordaron entre el padre y la madre de dalle el cargo después de sus dias, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña á unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se habia muerto, y en aquella sazon murió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por manera que los de Xicalango la dieron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés, y conocí á su madre y á su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido; y después de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro; y esto sélo muy bien, porque en el año de 1523, después de ganado Méjico y otras provincias, y se habia alzado Cristóbal de Olí en las Higueras, fué Cortés allá y pasó por Guacacualco, fuímos con él á aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva-España, Tlascala y Méjico fué tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, á esta causa la traia siempre Cortés consigo, y en aquella sazon y viaje se casó con ella un hidalgo que se decia Juan Jaramillo, en un pueblo que se decia Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decia Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el coronista Gómora; y la doña Marina tenia mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España. Y estando Cortés en la villa de Guacacualco, envió á llamar á todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Dias habia que me habia dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabia el capitan Cortés, y Aguilar, la lengua; por manera que vino la madre y su hija y el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecia mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban; y como así los vido llorar la doña Marina, los consoló, y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que se hacian, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa y que se volviesen á su pueblo, y que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias habia en la Nueva-España, no lo seria; que en mas tenia servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay; y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y se lo juró amen. Y esto me parece que quiere remediar á lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto á Josef, que vinieron á su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relacion que dieron al Gómora, y tambien dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo á nuestra materia, doña Marina sabia la lengua de Guacacualco, que es la propia de Méjico, y sabia la de Tabasco, como Jerónimo de Aguilar, sabia la de Yucatan y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano á Cortés; fué gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podiamos entender la lengua de Nueva-España y Méjico. Donde lo dejaré, é volveré á decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo llegamos con todos los navíos á San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos.

En Juéves Santo de la Cena del Señor de 1519 años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa; y como el piloto Alamínos lo sabia muy bien desde cuando venimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes á las canoas grandes llaman piraguas), y en ellas vinieron muchos indios mejicanos, y como vieron los estandartes y navío grande, conocieron que allí habian de ir á hablar al Capitan, y fuéronse derechos al navío, y entran dentro y preguntan quién era el Tlatoan, que en su lengua dicen el señor. Y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabia muy bien la lengua, se lo mostró. Y los indios hicieron mucho acato á Cortés á su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, é que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba á saber qué hombres éramos é qué buscábamos, é que si algo hubiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerian recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenia en merced; y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules, y cuando hubieron bebido, les dijo que veniamos para vellos y contratar, y que no se les haria enojo ninguno, é que hubiesen por buena nuestra llegada á aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos á su tierra; y otro dia, que fué Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos montones de arena, que no habia tierra llana, sino todos arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decia Mesa, y hicimos un altar, adonde se dijo luego misa, é hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes, y entre tres soldados acarreábamos madera é hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros; y en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro dia sábado, víspera de Pascua, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decia Pitalpitoque, que después le llamamos Ovandillo, y trujeron hachas y adobaron las chozas del capitan Cortés y los ranchos que mas cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma é hacia muy gran calor, y trujeron gallinas y pan de maíz y ciruelas, que era tiempo dellas, y parécemo

que entonces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron á Cortés, é dijeron que otro dia habia de venir un gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro dia, pascua santa de Resurreccion, vino el gobernador que habian dicho, que se decia Tendile, hombre de negocios, é trujo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traia detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres, y á estos que los traian mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés á su usanza, y después á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas que fuesen bien venidos, y los abrazó, y les mandó que esperasen y que luego les hablaria, y entre tanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Diaz, y estuvieron á la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traian en su compañía; y oido misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros y los dos indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar y con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Cárlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes señores, y que por su mandado veniamos á aquestas tierras, porque há muchos años que tienen noticia dellas y del gran señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo y decille muchas cosas en su real nombre, y cuando las sepa é haya entendido se holgará dello, y para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad, y queria saber dónde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: «Aun agora has llegado y ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere;» y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodon y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas que ya no me acuerdo, como há muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas y otras cosas de Castilla; y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen á contratar con nosotros, porque él traia muchas cuentas á trocar á oro, y le dijeron que así lo mandarian. Y segun después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlatalteteclo, y de otros pueblos que nuevamente tenian sojuzgados; y luego Cortés mandó traer una silla de caderas con entalladuras muy pintadas y unas piedras margajitas que tienen dentro en sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenian almizcle porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcido y una gorra de carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado á san Jorge, que estaba á caballo con una lanza y parecia que mataba á un dragon; y dijo á Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma para cuando le vaya á ver y hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquellas piedras y todo lo demás le mandó dar el Rey nuestro señor, en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que mande señalar para qué dia y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor, que se holgara de conocer á nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traia consigo grandes pintores, que los hay tales en Méjico, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas é caballos, y á doña Marina é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros é pelotas, é todo el ejército que traiamos, é lo llevó á su señor. Y luego mandó Cortés á nuestros artilleros que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora para que hiciesen gran trueno cuando las soltasen, y mandó á Pedro de Albarado que él y todos los de á caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles; y tambien Cortés cabalgó y dijo: «Si en estos medaños de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pié atollamos en la arena: salgamos á la playa desque sea menguante, y correrémos de dos en dos;» é al Pedro de Albarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo. Todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores, y para que viesen salir los tiros dijo Cortés que les queria tornar á hablar con otros muchos principales, y ponen fuego á las bombardas, y en aquella sazon hacia calma; iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandaron pintar á sus pintores para que Montezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenia un casco medio dorado, y vióle Tendile, que era mas entremetido indio que el otro, y dijo que parecia á unos que ellos tienen que les habian dejado sus antepasados del linaje donde venian, el cual tenian puesta en la cabeza á sus dioses Huichilóbos, que es su ídolo de la guerra, y que su señor Montezuma se holgará de lo ver, y luego se lo dieron; y les dijo Cortés que porque queria saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los rios, que le envien aquel casco lleno de granos para enviarlo á nuestro gran emperador. Y después de todo esto, el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél, y dijo el Tendile que él volveria con la respuesta con toda brevedad; é ido, alcanzamos á saber que, después de ser indios de grandes negocios, fué el mas suelto peon que su amo Montezuma tenia; el cual fué en posta y dió relacion de todo á su señor, y le mostró el dibujo que llevaba pintado y el presente que le envió Cortés; y cuando el gran Montezuma le vió quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desque vió el casco y el que tenia su Huichilóbos, tuvo por cierto que éramos del linaje

de los que les habian dicho sus antepasados que vendrian á señorear aquesta tierra. Aquí es donde dice el coronista Gómora muchas cosas que no le dieron buena relacion. Dejallos hé aquí, y diré lo que mas nos acaesció.

CAPITULO XXXIX.

Cómo fué Tendile á hablar á su señor Montezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real.

Desque se fué Tendile con el presente que el capitan Cortés le dió para su señor Montezuma, é habia quedado en nuestro real el otro gobernador que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trajeron indios para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas, fruta y pescado, y de aquella proveian á Cortés y á los capitanes que comian con él (que á nosotros los soldados, si no lo mariscábamos ó íbamos á pescar, no lo teniamos); y en aquella sazon vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traian algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquello nos sustentábamos, porque comunmente todos los soldados traiamos rescate, como teniamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas, y en esto pasaron seis ó siete dias; y estando en esto vino el Tendile una mañana con mas de cien indios cargados, y venia con ellos un gran cacique mejicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecia al capitan Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma; porque, segun dijeron, cuando á Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decia Quintalbor se le parecia á lo propio á Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venia con Tendile; y como parecia á Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá. Volvamos á su venida y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitan estaba, y fué que besó la tierra con la mano, y con braseros que traian de barro, y en ellos de su incienso le zahumaron, y á todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos; y Cortés les mostró mucho amor y asentólos cabe sí; é aquel principal que venia con aquel presente traia cargo juntamente de hablar con el Tendile (ya he dicho que se decia Quintalbor); y después de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traian encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodon encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia, á lo que después dijeron que le habian pesado, sobre veinte mil pesos de oro, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores, y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que habia buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos. Mas trajo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos, y todo esto de oro muy fino y de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo, pues venados de oro sacados de vaciadizo; é fueron tantas cosas, que, como há ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo; y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodon tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantos no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y después de haberlo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor y el Tendile á Cortés que reciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envia, é que lo reparta con los teules que consigo trae; y Cortés con alegría los recibió; y dijeron á Cortés aquellos embajadores que le querian hablar lo que su señor Montezuma le envia á decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos, porque sabia lo de Tabasco; y que deseara mucho ver á nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan léjas tierras como venimos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas, é que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; é cuanto á las vistas, que no curasen dellas, que no habia para qué; poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada gobernador dos camisas de holanda y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador á Méjico á decir á su señor el gran Montezuma que, pues habiamos pasado tantas mares y veniamos de tan léjas tierras solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo receberia de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver y hacer lo que mandare. Y los embajadores dijeron que irian y se lo dirian; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros á Montezuma de la pobreza que traiamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos mas cercanos. Dejallo hé aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL.

Cómo Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensajeros para Méjico, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por capitan dellos á Francisco de Montejo, y le man-

dó que siguiese el viaje que habiamos llevado con Juan de Grijalva, porque el mismo Montejo habia venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque bien via que en aquellos arenales no nos podiamos valer de mosquitos y estar tan léjos de poblaciones; y mandó al piloto Alamínos y Juan Alvarez el Manquillo, fuesen por pilotos, porque sabian aquella derrota, y que diez dias navegase costa á costa todo lo que pudiesen; y fueron de la manera que les fué dicho é mandado, y llegaron al paraje del rio Grande, que es cerca de Panuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitan Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar, por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulúa, sin mas pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habian visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuistlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecia al piloto Alamínos que podrian estar seguros los navíos del norte; púsosele un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecia á otro puerto que hay en España que tenia aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez ó doce dias. Y volveré á decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, aflojó de tal manera, que nunca mas trujo cosa ninguna; y teniamos entonces gran falta de mantenimientos, porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fátulas, y si no íbamos á mariscar no comiamos, y los indios que solian traer oro y gallinas á rescatar, ya no venian tantos como al principio, y estos que acudian, muy recatados y medrosos; y estábamos aguardando á los indios mensajeros que fueron á Méjico por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de zahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y cuatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique, que se decia Quintalbor, no volvió mas, porque habia adolecido en el camino; y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente y que se holgó con él, é que en cuanto á la vista, que no le hablen mas sobre ello, y que aquellas ricas piedras de chalchuites que las envia para el gran Emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenia, y que ya no cure de enviar mas mensajeros á Méjico. Y Cortés les dió las gracias con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó á Cortés que tan claramente le decian que no podriamos ver al Montezuma, y dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querriamos estar envueltos con él.» Dejemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazon era hora del Ave-María, y en el real teniamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teniamos puesta en un medaño de arena, el mas alto, y delante de aquella cruz deciamos la oracion de la Ave-María; y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que á qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: «Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe;» y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor; y después de déclarado cómo somos cristianos é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe que se convenian decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos; que huyen de donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasion el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el en que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero dia y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél; y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendian bien, y respondian cómo ellos lo dirian á su señor Montezuma; y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran emperador fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imágen de nuestra Señora, que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejaré, y traeré á la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traimos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre, y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, aunque lo veia, y se lo decian muchos criados y amigos de Diego Velazquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo á Cortés que para qué lo consentia, y que no lo envió Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro, y que era bien mandar pregonar que no rescatasen mas de ahí adelante, sino fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo

manifestasen para sacar el real quinto, é que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de tesorero. Cortés á todo dijo que era bien lo que decian, y que la tal persona nombrasen ellos; y señalaron á un Gonzalo Mejía. Y después desto hecho, les dijo Cortés, no de buen semblante: «Mirá, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sustentar, y por ésta causa habiamos de disimular, porque todos comiesen; cuanto mas que es una miseria cuanto rescatan, que, mediante Dios, mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés; ya está pregonado que no rescaten mas oro, como habeis querido; verémos de qué comerémos.» Aquí es donde dice el coronista Gómora que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro; y no le informaron bien, que desde lo de Grijalva en el rio de Banderas lo sabia muy claramente; y demás desto, cuando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veian rescatar. Pues que, ¡gente mejicana para no entendello! Y dejemos esto pues dice que por informacion lo sabe; y digamos cómo una mañana no amaneció indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solian traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos Pitalpitoque, que sin hablar palabra se fueron huyendo; y la causa fué, segun después alcanzamos á saber, que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardase mas pláticas de Cortés ni de los que con él estábamos; porque parece ser cómo el Montezuma era muy devoto de sus ídolos, que se decian Tezcatepuca y Huichilobos; el uno decian que era dios de la guerra, y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos para que le diesen respuesta de lo que habia de hacer de nosotros, porque ya el Montezuma tenia pensamiento que si no nos tornábamos á ir en los navíos, de nos haber todos á las manos para que hiciésemos generacion, y tambien para tener que sacrificar; segun después supimos, la respuesta que le dieron sus ídolos fué que no curase de oir á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir que tuviese cruz y la imágen de nuestra Señora, que no la trujesen á su ciudad; y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creimos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy mas á punto apercebidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real, los dejamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencia á su usanza, y por señas nos dijeron que los llevásemos al real; y yo dije á mi compañero que se quedase en el puesto, é yo iria con ellos, que en aquella sazon no me pesaban los piés como agora, que soy viejo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron grande acato y le dijeron: «Lopelucio, lopelucio;» que quiere decir en la lengua totonaque, señor y gran señor; y traian unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro y piedras, y muy diferente traje y habla que traian á lo de los mejicanos que solian allí estar en los ranchos con nosotros, que envió el gran Montezuma; y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron; dijo la doña Marina en la lengua mejicana que si habia allí entre ellos naeyauatos, que son intérpretes de la lengua mejicana; y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendian y hablarian; y dijeron luego en la lengua mejicana que somos bien venidos, é que su señor les enviaba á saber quién éramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados, porque parece ser ya sabian lo de Tabasco y lo de Potonchan; y mas dijeron, que ya hobieran venido á vernos, si no fuera por temor de los de Culúa, que debian estar allí con nosotros; y Culúa entiéndese por mejicanos, que es como si dijésemos cordobeses ó villanos; é que supieron que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras; y de plática en plática supo Cortés cómo tenia Montezuma enemigos y contrarios, de lo cual se holgó; y con dádivas y halagos que les hizo, despidió aquellos cinco mensajeros, y les dijo que dijesen á su señor que él los iria á ver muy presto. A aquellos indios llamábamos desde ahí adelante los lopelucios. Y dejallos he agora, y pasemos adelante y digamos que en aquellos arenales donde estábamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podiamos dormir dellos, y no habia bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fátulas, y algunos soldados de los que solian tener indios en la isla de Cuba suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés así vido la cosa y voluntades, mandó que nos fuésemos al pueblo que habia visto el Montejo y el piloto Alamínos que estaba en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos estarian al abrigo del peñol por mí nombrado. Y como se ponia por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dijeron á Cortés que para qué queria hacer aquel viaje sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante, porque ya se habian muerto en el real de heridas de lo de Tabasco y de dolencias y hambre sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia que otro; y que seria mejor que nos volviésemos á Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el sol de oro y la luna de plata y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entonces que no nos podiamos quejar de la fortuna, é que diésemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba; y que en cuanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer; y que seria bien saber lo que habia en la tierra, y que entre tanto del maíz que tenian los indios y pueblos cercanos comeriamos, ó mal nos andarian las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho; que ya habia corrillos dellos y plática en el real sobre la vuelta de Cuba. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas avino.

CAPITULO XLII.

Cómo alzamos á Hernando Cortés por capitan general y justicia mayor hasta que su majestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho que en el real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulúa nos volviésemos á la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenia pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero y con Pedro de Albarado, y sus cuatro hermanos, Jorge, Gonzalo, Gomez y Juan, todos Albarados, y con Cristóbal de Olí, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo é otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitan. El Francisco de Montejo bien lo entendió, y estábase á la mira; y una noche á mas de media noche vinieron á mi choza el Alonso Hernandez Puertocarrero y el Juan Escalante y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: «Ah señor Bernal Díez del Castillo, salí acá con vuestras armas á rondar, acompañarémos á Cortés, que anda rondando;» y cuando estuve apartado de la choza me dijeron: «Mirad, Señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte del Diego Velazquez;» y lo que platicaron fué: «¿Paréceos, Señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traido engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedarémos todos perdidos, y tomarse ha el oro el Diego Velazquez, como la otra vez? Mirá, Señor, que habeis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habeis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo, Señor, saber, porque no pase esto adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad hacello saber en Castilla á nuestro rey y señor. Y tenga, Señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitan de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro rey y señor.» Yo respondí que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiésemos á Cortés por general y justicia mayor hasta que su majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron á Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitan; porque Diego Velazquez no se lo ternia á bien; y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenia bastimentos ni gente ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placia, que no iria contra las instrucciones y memorias que traia del señor Diego Velazquez; y mandó luego pregonar que para otro dia todos nos embarcásemos, cada uno en el navío que habia venido; y los que habiamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venia á poblar é que viene á rescatar, y que le requeriamos de parte de Dios nuestro Señor y de su majestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de su majestad; y se le dijeron muchas cosas bien dichas sobre el caso, diciendo que los naturales no nos dejarian desembarcar otra vez como ahora, y que en estar poblada aquesta tierra siempre acudirian de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder con publicar que tenia provisiones de su majestad para poblar, siendo al contrario; é que nosotros queriamos poblar, é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refran: «Tú me lo ruegas é yo me lo quiero;» y fue con condicion que le hiciésemos justicia mayor y capitan general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar é poblar una villa, que se nombró la villa rica de la Veracruz, porque llegamos juéves de la Cena, y desembarcamos en viérnes santo de la Cruz, é rica por aquel caballero que dije en el capítulo, que se llegó á Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas: y que se supiese bien gobernar, é quiso decir que se quedase por capitan general; el cual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvamos á nuestra relacion: que fundada la villa, hicimos alcalde y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernandez Puertocarrero, Francisco de Montejo, y á este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde; y los regidores dejallos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitan para las entradas á Pedro de Albarado, y maestre de campo á Cristóbal de Olí, alguacil mayor á Juan de Escalante, y tesorero Gonzalo Mejía, y contador á Alonso de Avila, y alférez á Hulano Corral, porque el Villareal, que habia sido alférez, no sé qué enojo habia hecho á Cortés sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo; y alguacil del real á Ochoa, vizcaíno, y á un Alonso Romero. Dirán ahora cómo no nombro en esta relacion al capitan Gonzalo de Sandoval, siendo un capitan tan nombrado, que después de Cortés, fué la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el Emperador nuestro señor. A esto digo que, como era mancebo entonces, no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos capitanes; que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teniamos en tanta estima como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relacion; y diré cómo el coronista Gómora dice que por relacion sabe lo que escribe; y esto que aquí digo, pasó así; y en todo lo demás que escribe no le dieron buena

cuenta de lo que dice. E otra cosa veo, que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por mas buena retórica que en el escribir ponga. Y dejallo he, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por capitan elegido Cortés, y nos volviésemos á la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII.

Cómo la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habiamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desque la parcialidad de Diego Velazquez vieron que de hecho habiamos elegido á Cortés por capitan general y justicia mayor, y nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitan á Pedro de Albarado, y alguacil mayor y maestre de campo y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos, que comenzaron á armar bandos é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contra los que le elegimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venian, y que no le dió tales poderes el Diego Velazquez, sino para rescatar, y harto teniamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen mas y viniésemos á las armas; y entonces avisó Cortés secretamente á Juan de Escalante que le hiciésemos parecer las instrucciones que traia del Diego Velazquez; por lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dió á un escribano del Rey que las leyese, y decia en ellas: «Desque hubiéredes rescatado lo mas que pudiéredes, os volveréis;» y venian firmadas del Diego Velazquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba; y esto fue á causa que su majestad supiese en España cómo todo lo que haciamos era en su real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad; y fué harto buen acuerdo segun en Castilla nos trataba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, que asi se llamaba; lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querian estar debajo de su mandado, sino volverse luego á la isla de Cuba; y Cortés les respondió que él no deternia á ninguno por fuerza, é á cualquiera que le viniese á pedir licencia se la daria de buena voluntad, aunque se quedase solo; y con esto los asosegó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Escobar, que llamábamos el Paje porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero y á otros amigos del Diego Velazquez; y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querian obedecer, y Cortés con nuestro favor determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Paje, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo; y por los demás mirábamos no hubiese algun ruido, y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pasaré adelante, y diré cómo fué Pedro de Albarado á entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el coronista Gómora en su Historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su Historia verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dijera lo que pasaba; mas todo es mentiras.

CAPITULO XLIV.

Cómo fue ordenado de enviar á Pedro de Albarado la tierra adentro á buscar maíz y bastimentos, y lo que mas pasó.

Ya que habiamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Albarado la tierra adentro á unos pueblos que teniamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era y para traer maíz é algun bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad; y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese mas ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar mas la cosa; y desta manera fué el Albarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo que se decia Costastlan, que era de lengua de Culúa; y este nombre de Culúa es en aquella tierra como si dijesen los romanos hallados; así es toda la lengua de la parcialidad de Méjico y de Montezuma; y á este fin en toda aquesta tierra cuando dijere Culúa son vasallos y sujetos á Méjico, y así se ha de entender. Y llegado Pedro de Albarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo dia, y halló sacrificados en unos cues hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados á los ídolos; y tambien hallaron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal con que los abrian por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Albarado que habian hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dijeron otros indios que los habian llevado para comer; de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Albarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel dia de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así, hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres; y volvióse al real sin mas daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel; y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el coronista Gómora que fué Cortés la tierra adentro con cuatrocientos soldados; no le informaron bien, que el primero que fué es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos á nuestra plática: que como Cortés en todo ponia gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habiamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos, los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los

sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Y á todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos se fuesen al peñol y puerto que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua dél; é yendo costa á costa, acuérdome que se mató un gran pescado que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un rio donde está poblada ahora la Veracruz, y venia algo hondo, y con unas canoas quebradas lo pasamos, yo á nado y en balsas, y de aquella parte del rio estaban unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decia Cempoal, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros á Cortés, que les llamamos lopelucios en el real, y hallamos las casas de ídolos y sacrificadores, y sangre derramada y enciensos con que zahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos y muchos libros de su papel cosidos á dobleces, como á manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos, porque se habian ya huido; que, como no habian visto hombres como nosotros ni caballos, tuvieron temor, y allí aquella noche no hubo qué cenar; caminamos la tierra adentro hácia el poniente, y dejamos la costa, y no sabiamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Albarado con su yegua alazana tras un venado y le dió una lanzada, y herido, se metió por un monte, que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habiamos dormido, y venian de hablar á su cacique, y traian gallinas y pan de maíz, y dijeron á Cortés con nuestras lenguas que su señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba que fuésemos á su pueblo, que estaba de allí, á lo que señalaron, andadura de un dia, porque es un sol; y Cortés les dió las gracias y los halagó, y caminamos adelante y dormimos en otro pueblo pequeño, que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oir de tantos indios é indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasaré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenian; y diré cómo nos dieron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Senipoal el camino para ir al Quiahuistlan, que ya he dicho que estaba en una sierra, y pasaré adelante, y diré cómo entramos en Cempoal.

CAPITULO XLV.

Cómo entramos en Cempoal, que en aquella sazon era muy buena poblacion, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habiamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los caciques de Cempoal cómo ibamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien; y para ello envió Cortés los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen; y mandó Cortés poner en órden los tiros y escopetas y ballesteros, y siempre corredores del campo descubriendo, y los de á caballo y todos los demás muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo; é ya que estábamos cerca dél, salieron veinte indios principales á nos recebir de parte del Cacique, y trujeron unas piñas rojas de la tierra, muy olorosas, y las dieron á Cortés y á los de á caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podia venir á nos recebir; y Cortés les dió las gracias, y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habiamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un verjel, y tan poblado de hombres y mujeres las calles llenas que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habiamos descubierto; y nuestros corredores del campo, que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos dias, segun pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés cómo tenian las paredes de plata. Y doña Marina é Aguilar dijeron que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reir de su plata é frenesí, que siempre después le deciamos que todo lo blanco le parecia plata. Dejemos de la burla, y digamos cómo llegamos á los aposentos, y el cacique gordo nos salió á recebir junto al patio, que porque era muy gordo así le nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés y le zahumó, que así lo tenian de costumbre, y Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabiamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que habia muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maíz; y como veniamos hambrientos, y no habiamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre á aquel pueblo Villaviciosa, y otros le nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningun soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza. Y cuando el cacique gordo supo que habiamos comido, le envió á decir á Cortés que le queria ir á ver, é vino con buena copia de indios principales, y todos traian grandes bocetes de oro é ricas mantas; y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar; y luego mandó el cacique gordo que trujesen un presente que tenia aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho, sino de poco valor, y le dijo á Cortés: «Lopelucio, lopelucio, recibe esto de buena voluntad;» é que si mas tuviera, que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron señor y gran señor, cuando dicen lopelucio, etc. Y Cortés le dijo con doña Marina é Aguilar que él se lo pagaria en buenas obras, é que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haria por ellos; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador don Cárlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para deshacer agravios y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen mas ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gor-

do, dando suspiros, se quejó reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y los tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades, tierras, é vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podian entender en ello, les dijo que él haria de manera que fuesen desagraviados; y porque él iba á ver sus acales (que en lengua de indios así llaman á los navíos), é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiahuistlan, que desque allí esté de asiento se verán mas de espacio; y el cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cempoal, y tenia aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas y caminan con ellas cinco leguas; y desque vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traiamos á cuestas nuestras mochilas los que no traian indios de Cuba, porque no pasaron en la armada sino cinco ó seis, y no tantos como dice el Gómora. Y doña Marina é Aguilar nos dijeron, que en aquestas tierras, que cuando están de paz sin demandar quien lleve la carga, los caciques son obligados de dar de aquellos tamemes; y desde allí adelante, donde quiera que íbamos demandábamos indios para las cargas. Y despedido Cortés del cacique gordo, otro dia caminamos nuestro camino, y fuimos á dormir á un pueblezuelo cerca de Quiahuistlan, y estaba despoblado, y los de Cempoal trujeron de cenar. Aquí es donde dice el coronista Gómora que estuvo Cortés muchos dias en Cempoal, é que se concertó la rebelion é liga contra Montezuma: no le informaron bien; porque, como he dicho, otro dia por la mañana salimos de allí, y donde se concertó la rebelion y por qué causa adelante lo diré. E quédese así, é digamos cómo entramos en Quiahuistlan.

CAPITULO XLVI.

Cómo entramos en Quiahuistlan, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogieron de paz.

Otro dia, á hora de las diez, llegamos en el pueblo fuerte, que se decia Quiahuistlan, que está entre grandes peñascos y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia era mala de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante, y todos subiamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontecia, hacer lo que éramos obligados. Entonces Alonso de Avila llevó cargo de capitan; é como era soberbio é de mala condicion, porque un soldado que se decia Hernando Alonso de Villanueva no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo que le mancó; y después se llamó Hernando Alonso de Villanueva el Manquillo. Dirán que siempre salgo de órden al mejor tiempo por contar cosas viejas. Dejémoslo, y digamos qué hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habian ido huyendo de miedo aquel propio dia; é cuando nos vieron subir á sus casas, y estando en lo mas de la fortaleza en una plaza junto adonde tenian los cues é casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de brasas, y en ellos de sus inciensos, y vinieron donde Cortés estaba y le zahumaron, y á los soldados que cerca dellos estábamos, y con grandes reverencias le dicen que les perdonen porque no le han salido á recebir, y que fuésemos bien venidos é que reposemos, é que de miedo se habian huido é ausentado hasta ver qué cosas éramos, porque tenian miedo de nosotros y de los caballos, é que aquella noche les mandarian poblar todo el pueblo; y Cortés les mostró mucho amor, y les dijo muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, como siempre lo teniamos de costumbre á do quiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro gran emperador don Cárlos, y les dió unas cuentas verdes é otras cosillas de Castilla; y ellos trujeron luego gallinas y pan de maíz. Y estando en estas pláticas, vinieron luego á decir á Cortés que venia el cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas á cuestas de muchos indios principales; y desque llegó el Cacique habló con Cortés, juntamente con el cacique y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes, y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos mancilla; y demás de contar por qué via é modo los habia sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres é hijas si eran hermosas, y las forzaban; y que otro tanto hacian en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos; y Cortés los consolaba con nuestras lenguas cuanto podia, é que los favoreceria en todo cuanto pudiese, y quitaria aquellos robos y agravios, y que para eso les envió á estas partes el Emperador nuestro señor, é que no tuviesen pena ninguna, que presto verian lo que sobre ello haciamos; y con estas palabras recibieron algun contento, mas no se les aseguraba el corazon con el gran temor que tenian á los mejicanos. Y estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo á decir á todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés, cómo venian cinco mejicanos que eran los recaudadores de Montezuma, é como los vieron se les perdió la color y temblaban de miedo, y dejan solo á Cortés y los salen á recibir, y de presto les enraman una sala y les guisan de comer y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben; y cuando entraron en el pueblo los cinco indios vinieron por donde estábamos, porque allí estaban las casas del Cacique y nuestros aposentos; y pasaron con tanta contenencia y presuncion, que sin hablar á Cortés ni á ninguno de nosotros se fueron é pasaron delante; y traian ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entonces bragueros se ponian), y el cabello lucio é alzado, como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traian otros indios como criados, y cada uno un bordon con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua totonaque; y hasta que los llevaron á aposentar y les die-

ron de comer muy altamente no les dejaron de acompañar. Y después que hubieron comido mandaron llamar al cacique gordo é á los demás principales, y les dijeron muchas amenazas y les riñeron que por qué nos habian hospedado en sus pueblos, y les dijeron que qué tenian ahora que hablar y ver con nosotros. E que su señor Montezuma no era servido de aquello, porque sin su licencia y mandado no nos habian de recoger en su pueblo ni dar joyas de oro. Y sobre ello al cacique gordo y á los demás principales les dijeron muchas amenazas, é que luego les diesen veinte indios é indias para aplacar á sus dioses por el mal oficio que habia hecho. Y estando en esto, viéndole Cortés, preguntó á doña Marina é Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, de qué estaban alborotados los caciques desque vinieron aquellos indios, é quién eran. E doña Marina, que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba; é luego Cortés mandó llamar al cacique gordo y á todos los mas principales, y les dijo que quién eran aquellos indios, que les hacian tanta fiesta. Y dijeron que los recaudadores del gran Montezuma, é que vienen á ver por qué causa nos recibian en el pueblo sin licencia de su señor, y que les demandan ahora veinte indios é indias para sacrificar á sus dioses Huichilóbos porque les dé vitoria contra nosotros, porque han dicho que dice Montezuma que os quiere tomar para que seais sus esclavos; y Cortés les consoló é que no hubiesen miedo, que él estaba allí con todos nosotros y que los castigaria. Y pasemos adelante á otro capítulo, y diré muy por extenso lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO XLVII.

Cómo Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma, y mandó que dende allí adelante no obedeciesen ni diesen tributo, y la rebelion que entonces se ordenó contra Montezuma.

Como Cortés entendió lo que los caciques le decian, les dijo que ya les habia dicho otras veces que el Rey nuestro señor le mandó que viniese á castigar los malhechores é que no consintiese sacrificios ni robos; y pues aquellos recaudadores venian con aquella demanda, les mandó que luego los aprisionasen é los tuviesen presos hasta que su señor Montezuma supiese la causa cómo vienen á robar y llevar por esclavos sus hijos y mujeres, é hacer otras fuerzas. E cuando los caciques lo oyeron estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados, y temian y no osaban hacello; y todavía Cortés les convocó para que luego los echasen en prisiones, y así lo hicieron, y de tal manera, que en unas varas largas y con collares (segun entre ellos se usa) los pusieron de arte que no se les podian ir; é uno dellos porque no se dejaba atar le dieron de palos; y demás desto, mandó Cortés á todos los caciques que no les diesen mas tributo, ni obediencia á Montezuma, é que así lo publicasen en todos los pueblos aliados y amigos. E que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se lo hiciesen saber, que él enviaria por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella provincia, porque luego envió mensajeros el cacique gordo haciéndoselo saber, y tambien lo publicaron los principales que habian traido en su compañía aquellos recaudadores, que como los vieron presos, luego se descargaron y fueron cada uno á su pueblo á dar mandado y á contar lo acaecido. E viendo cosas tan maravillosas é de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que así llaman á sus ídolos en que adoraban; é á esta causa desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, ó dioses ó demonios; y cuando dijere en esta relacion teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos á decir de los prisioneros, que los querian sacrificar por consejo de todos los caciques, porque no se les fuese alguno dellos á dar mandado á Méjico; y como Cortés lo entendió, les mandó que no los matasen, que él los queria guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen; é á media noche mandó llamar Cortés á los mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dijo: «Mirad que solteis dos dellos, los mas diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los indios destos pueblos;» que se los llevasen á su aposento; y así lo hicieron, y después que los tuvo delante les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocia; y respondieron que los caciques de Cempoal y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendieron; y Cortés respondió que él no sabia nada y que le pesa dello; y les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos, y que se fuesen luego á decir á su señor Montezuma cómo éramos todos sus grandes amigos y servidores; y porque no pasasen mas mal les quitó las prisiones, y que riñó con los caciques que los tenian presos, y que todo lo que hubieren menester para su servicio que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar y guardar, y que vayan muy presto, no los tornen á prender y los maten; y los dos prisioneros respondieron que se lo tenian en merced, y que habian miedo que los tornarian á las manos, porque por fuerza habian de pasar por sus tierras; y luego mandó Cortés á seis hombres de la mar que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí, hasta sacallos á tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los caciques de aquel pueblo y el cacique gordo hallaron menos los dos prisioneros, querian muy de hecho sacrificar los otros que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, é hizo del enojado porque se habian huido los otros dos; y mandó traer una cadena del navío y echólos en ella, y luego los mandó llevar á los navíos, é dijo que él los queria guardar, pues tan mal cobro pusieron de los demás; y cuando los hubieron llevado les mandó quitar las cadenas, é con buenas palabras les dijo que presto les enviaria á Méjico. Dejémoslo así, que luego que esto fué hecho todos los caciques de Cempoal y de aquel pueblo é de otros que se habian allí juntado de la lengua totonaque, dijeron á Cortés que qué harian, pues que Montezuma sabria la prision de sus recaudadores, que ciertamente vendrian sobre ellos los poderes de Méjico del gran Montezuma, y que no podrian escapar de ser muertos y destruidos. Y dijo Cortés con semblante muy

alegre, que él y sus hermanos que allí estábamos los defenderiamos, y matariamos á quien enojar los quisiese. Entonces prometieron todos aquellos pueblos y caciques á una que serian con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarian todos sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados. Y aquí dieron la obediencia á su majestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron á decir á los mas pueblos de aquella provincia; é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dejemos esto, y diré cómo acordamos de nos bajar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello dieron al coronista Gómora.

CAPITULO XLVIII.

Cómo acordamos de poblar la villa rica de la Veracruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas y cerca del puerto del Nombre-Feo, donde estaban anclados nuestros navíos, y lo que allí se hizo.

Después que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar é de fundar la villa rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y traza de iglesia y plaza y atarazanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa, é hicimos una fortaleza, y desde entonces los cimientos; y en acaballa de tener alta para enmaderar; y hechas troneras y cubos y barbacanas, dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestas y piedra é ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, y á la continua entendimos en ello y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua y en las escaleras, en hacer ladrillos y tejas y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon, porque teniamos herreros; y desta manera trabajábamos en ello á la contina desde el mayor basta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas, é casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en Méjico cómo le habian preso sus recaudadores é que le habian quitado la obediencia, y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques; mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenia ya mandado á un su gran ejército de guerreros que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebelaron y que no quedase ninguno dellos á vida; é para contra nosotros aparejaba de venir con gran ejército y pujanza de capitanes; y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, segun he dicho en el capítulo pasado, y cuando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió á Méjico, y las palabras de ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira é acordó de enviar á saber de nosotros qué voluntad teniamos, y para ello envió dos mancebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traian á cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, é á dar las gracias á Cortés porque les soltó á sus criados; y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion é que no le diesen tributo é quitalle la obediencia; é que ahora, teniendo respeto á que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habian dicho que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes, y porque estábamos en casa de los traidores, no les envió luego á destruir; mas que el tiempo andando no se alabaran de aquellas traiciones. Y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa que él y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores; y luego los mandó traer de los navíos, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó; y tambien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dijo cómo su gobernador Pitalpitoque se fué una noche del real sin le hablar, y que no fué bien hecho, y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaria el señor Montezuma que hiciese tal villanía, é que por aquella causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estábamos, é que hemos recibido dellos honra; é que le pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido; y que en cuanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos señores, que en aquellos dias que allí hemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor, y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y cuando allá estemos se dará órden en todo lo que mandare. Y después de aquestas pláticas y otras muchas que pasaron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y á los cuatro viejos que los traian á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes, y se les hizo honra; y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Albarado, que tenia una muy buena yegua alazana que era muy revuelta, y otros caballeros, de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos y muy contentos de Cortés y de todos nosotros se fueron á su Méjico. En aquella sazon se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le dieron otro que se decia el Arriero, que era castaño escuro, que fué de Ortiz el músico y un Bartolomé García el minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en el armada. Dejemos de hablar en esto, y diré que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solian estar de antes muy temerosos de los mejicanos, creyendo que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes ejércitos de guerreros, y cuando vieron á aquellos parientes del gran Montezuma que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados, y decian unos caciques á otros que ciertamente éramos teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de antes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuvieron

en mucho mas. Y quedarse ha aquí, y diré lo que hizo el cacique gordo y otros sus amigos.

CAPITULO XLIX.

Cómo vino el cacique gordo y otros principales á quejarse delante de Cortés cómo en un pueblo fuerte, que se decia Cingapacinga, estaban guarniciones de mejicanos y les hacian mucho daño, y lo que sobre ello se hizo.

Después de despedidos los mensajeros mejicanos, vino el cacique gordo con otros muchos principales nuestros amigos, á decir á Cortés que luego vaya á un pueblo que se decia Cingapacinga, que estaria de Cempoal dos dias de andadura, que serian ocho ó nueve leguas, porque decian que estaban en él juntos muchos indios de guerra de los culúas, que se entiende por los mejicanos, y que les venian á destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos y les hacian otros malos tratamientos; y Cortés lo creyó, segun se lo decian tan afectuadamente; y viendo aquellas quejas y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaria, y mataria á los culúas ó á otros indios que los quisiesen enojar; é á esta causa no sabia qué decir, salvo echallos de allí, y estuvo pensando en ello, y dijo riendo á ciertos compañeros que estábamos acompañándole: «Sabeis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma, nos tienen por dioses ó por cosas como sus ídolos. He pensado que, para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza de sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo;» que era vizcaíno, y tenia mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara media acuchillada, é un ojo tuerto, é cojo de una pierna, escopetero; el cual le mandó llamar, y le dijo: «Id con estos caciques hasta el rio, que estaba de allí un cuarto de legua; é cuando allá llegáredes, haced que os parais á beber é lavar las manos, é tirá un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré á llamar; que esto hago porque crean que somos dioses, ó de aquel nombre y reputacion que nos tienen puesto; y como vos sois mal agestado, crean que sois ídolo;» y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, porque era hombre que habia sido soldado en Italia; y luego envió Cortés á llamar al cacique gordo é á todos los demás principales que estaban aguardando el ayuda y socorro, y les dijo: «Allá envio con vosotros este mi hermano, para que mate y eche todos los culúas de ese pueblo, y me traiga presos á los que no se quisieren ir.» Y los caciques estaban elevados desque lo oyeron, y no sabian si lo creer ó no, é miraban á Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decia; y luego el viejo Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta, é iba tirando tiros al aire por los montes porque lo oyesen é viesen los indios, y los caciques enviaron á dar mandado á los otros pueblos cómo llevan á un teule para matar á los mejicanos que estaban en Cingapacinga; y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenia Cortés. Y cuando entendió que habia llegado el Heredia al rio que le habia dicho, mandó de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia, les tornó á decir Cortés á los caciques que por la buena voluntad que les tenia que el propio Cortés en persona con algunos de sus hermanos queria ir á hacelles aquel socorro y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le trujesen cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro dia por la mañana; y habiamos de partir aquel mismo dia con cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, que estaban apercebidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez dijeron que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese; que ellos á Cuba se querian volver; y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO L.

Cómo ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez, viendo que de hecho queriamos poblar y comenzamos á pacificar pueblos, dijeron que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á la isla de Cuba.

Ya me habrán oido decir en el capítulo antes deste que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, y tenian puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez; é yendo los cuadrilleros á apercebirlos que saliesen luego con sus armas y caballos los que los tenian, respondieron soberbiamente que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habian perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les habia prometido en Larenal que cualquiera persona que se quisiese ir que les daria licencia y navío y matalotaje; y á esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver á Cuba; y como Cortés lo supo, los envió á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados, y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de indios y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo habia prometido; y Cortés les respondió mansamente que era verdad que se la prometió, mas que no harian lo que debian en dejar la bandera de su capitan desamparada; y luego les mandó que sin detenimiento ninguno se fuesen á embarcar, y les señaló navío, y les mandó dar cazabe y una botija de aceite y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados, que se decia Hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delbayamo, tenia un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros é alcaldes y regidores de nuestra Villa-Rica á requerir á Cortés que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que la persona que tal licencia pidiese, por hombre

que merecia pena de muerte, conforme á las leyes de la órden militar, pues quieren dejar á su capitan y bandera desamparada en la guerra é peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho; y Cortés hizo como que les queria dar la licencia, mas á la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué maneado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y cómo á la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres que se querian volver á Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenian aparejado para salir con nosotros dos mil indios de guerra en cuatro capitanías; y el primero dia caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro dia á poco mas de vísperas llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuvieron noticia cómo íbamos; é ya que comenzábamos á subir por la fortaleza y casas, que estaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz á nosotros ocho indios principales y papas, y dicen á Cortés llorando que por qué los quiere matar y destruir no habiendo hecho por qué, pues teniamos fama que á todos haciamos bien y desagraviábamos á los que estaban robados, y habiamos prendido á los recaudadores de Montezuma; y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas que habian tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venian á matar y robar; y que es verdad que mejicanos solian estar en guarnicion en aquel pueblo, y que pocos dias habia se habian ido á sus tierras cuando supieron que habiamos preso á otros recaudadores; y que le ruegan que no pasemos adelante la armada y les favorezcan; y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitan Pedro de Albarado y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, y á todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos á los indios de Cempoal que no pasasen mas adelante; y así lo hicimos, y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo cual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los capitanes que traian á cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego les trujesen los indios é indias y mantas y gallinas que habian robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo; y que porque le habian mentido y venian á sacrificar y robar á sus vecinos con nuestro favor eran dignos de muerte, y que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, no nos envió á estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades, y que abriesen bien los ojos no les aconteciese otra como aquella, porque no habia de quedar hombre dellos á vida; y luego los caciques y capitanes de Cempoal trujéron á Cortés todo lo que habian robado, así indios como indias y gallinas, y se les entregó á los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso les tornó á mandar que se saliesen á dormir al campo, y así lo hicieron. Y desque los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron que tan justificados éramos, y las palabras amorosas que les decia Cortes con nuestras lenguas, y tambien las cosas tocantes á nuestra santa fe, como lo teniamos de costumbre, y que dejasen el sacrificio y de se robar unos á otros, y las suciedades de sodomías, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buenas, tomáronnos tan buena voluntad, que luego fueron á llamar á otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia á su majestad; y allí luego dieron muchas quejas de Montezuma, como las pasadas que habian dado los de Cempoal cuando estábamos en el pueblo de Quiahuistlan; y otro dia por la mañana Cortés mandó llamar á los capitanes y caciques de Cempoal, que estaban en el campo aguardando para ver lo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés por lo que habian hecho en haberle mentido; y venidos delante, hizo amistades entre ellos y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos; y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga, y estábamos descansando, porque hacia recio sol y veniamos muy cansados con las armas á cuestas; y un soldado que se decia Fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés, que lo acertó á ver, hubo tanto enojo de lo que delante dél hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga á la garganta, y le tenian ahorcando si Pedro de Albarado, que se halló junto de Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí á la memoria para que vean los curiosos letores cuán ejemplarmente procedia Cortés, y lo que esto importa en esta ocasion. Después murió este soldado en una guerra en la provincia de Guatimala sobre un peñol. Volvamos á nuestra relacion: que, como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaba el cacique gordo, con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que, aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés les habia dicho, que veniamos á desagraviar y quitar tiranías, conformaban con lo que pasó en aquella entrada, y tuviéronnos en mucho mas que de antes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron acompañando hasta los aposentos de su pueblo; y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temian de Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos; y dijeron á Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas é parientas para hacer generacion; y que para que mas fijas sean las amistades trujeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron á Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del mismo cacique gordo, y otra dieron á Alonso Hernandez Puertocarre-

ro, y era hija de otro gran cacique que se decia Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas á todas ocho con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas á su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas cercillos de oro, y venian acompañadas de otras indias para se servir dellas; y cuando el cacique gordo las presentó, dijo á Cortés: «*Tecle* (que quiere decir en su lengua señor), estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y esta, que es mi sobrina, es para tí, que es señora de pueblos y vasallos.» Cortés las recibió con alegre semblante y les dijo que se lo tenian en merced; mas para tomallas, como dice que seamos hermanos, que hay necesidad que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no les sacrifiquen; y que como él no vea aquellas cosas malísimas en el suelo y que no sacrifiquen, que luego terná con nosotros muy mas fija la hermandad; y que aquellas mujeres que se volverán cristianas primero que las recibamos, y que tambien habian de ser limpios de sodomías, porque tenian muchachos vestidos en hábito de mujeres que andaban á ganar en aquel maldito oficio; y cada dia sacrificaban delante de nosotros tres ó cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecian á sus ídolos y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y brazos y muslos, y los comian como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo creido que lo vendian por menudo en los tiangues, que son mercados; y que como estas maldades se quiten y que no lo usen, que no solamente les serémos amigos, mas que les hará que sean señores de otras provincias; y todos los caciques, papas y principales respondieron que no les estaba bien de dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud y buenas sementeras y todo lo que habian menester; y que en cuanto á lo de las sodomías, que pornán resistencia en ello para que no se use mas; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada y habiamos visto tantas crueldades y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir; y entonces nos habló Cortés sobre ello y nos trujo á la memoria unas santas y buenas dotrinas, y que ¿cómo podiamos hacer ninguna cosa buena si no volviamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacian á los ídolos? Y que estuviésemos muy apercebidos para pelear si nos lo viniesen á defender que no se los derrocásemos, y que, aunque nos costase las vidas, en aquel dia habia de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos muy á punto con nuestras armas, como lo teníamos de costumbre para pelear, les dijo Cortés á los caciques que los habian de derrocar; y cuando aquello vieron, luego mandó el cacique gordo á otros sus capitanes que se apercibiesen muchos guerreros en defensa de sus ídolos; y cuando vió que queriamos subir en un alto cu, que es su adoratorio, que estaba alto y habia muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas habia, vimos al cacique gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dijeron á Cortés que por qué les queriamos destruir. Y que si les haciamos deshonor á sus dioses ó se los quitamos, que todos ellos pereceriau, y aun nosotros con ellos; y Cortés les respondió muy enojado que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á aquellas malas figuras, porque no les traigan mas engañados, y que á esta causa los veniamos á quitar de allí, é que luego á la hora los quitasen ellos; si no, que luego los echarian á rodar por las gradas abajo; y les dijo que no los terniamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo y no le querian creer; y porque habian visto que habian venido sus capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos y que se lo pagarán con quitalles las vidas; y como vieron á Cortés que les decia aquellas amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se lo sabia muy bien dar á entender y aun los amenazaba con los poderes de Montezuma, que cada dia los aguardaba, por temor desto dijeron que ellos que no eran dignos de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queriamos derrocar, que no era con su consentimiento, que se los derrocásemos y hiciésemos lo que quisiésemos; y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y venian rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes y de malas semejanzas; y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decian que les perdonasen y que no era mas en su mano ni tenian culpa, sino estos teules que les derruecan, é que por temor de los mejicanos no nos daban guerra; y cuando aquello pasó, comenzaban las capitanías de los indios guerreros, que he dicho que venian á nos dar guerra, á querer flechar; y cuando aquello vimos, echamos mano al cacique gordo y á seis papas y á otros principales, y les dijo Cortés que si hacian algun descomedimiento de guerra que habian de morir todos ellos; y luego el cacique gordo mandó á sus gentes que se fuesen delante de nosotros y que no hiciesen guerra; y como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo; y esta de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva-España, y fué de harto provecho; y no como dice el coronista Gómora, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga; y miren los curiosos que esto leyeren cuánto va del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su Corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPITULO LII.

Cómo Cortés mandó hacer un altar y se puso una imágen de nuestra Señora y una cruz, y se dijo misa y se bautizaron las ocho indias.

Como ya callaban los caciques y papas y todos los mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que derrocamos, hechos pedazos, que los llevasen adonde no pareciesen mas y los quemasen; y luego salieron de un aposento ocho papas que tenian cargo dellos, y toman sus ídolos y los llevan á la misma casa donde salieron é los quemaron. El hábito que traian aquellos papas eran unas mantas prietas, á manera de sábana, y lobas largas hasta los piés, y unos como capillos que querian parecer á los que traen los canónigos, y otros capillos traian mas chicos como los que traen los dominicos, y

los traian muy largos hasta la cinta, y aun algunos hasta los piés, llenos de sangre pegada y muy enredados, que no se podian esparcir, y las orejas hechas pedazos, sacrificadas dellas, y hedian como azufre, y tenian otro muy mal olor como de carne muerta; y segun decian, é alcanzamos á saber, aquellos papas eran hijos de principales y no tenian mujeres, mas tenian el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos dias; y lo que yo les veia comer eran unos meollos ó pepitas de algodon cuando los desmontonan, salvo si ellos no comian otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos á los papas y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que ahora los teniamos como hermanos, y que les favoreceria en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus mejicanos, porque ya envió á mandar que no les diesen guerra ni les llevasen tributo; y que pues en aquellos sus altos cues no habian de tener mas ídolos, que él les quiere dejar una gran Señora, que es madre de nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, para que ellos tambien la tengan por Señora y abogada; y sobre ello, y otras cosas de pláticas que pasaron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para segun el tiempo, que no habia mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, tan bien dichas como ahora los religiosos se lo dan á entender; de manera que lo oian de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que habia en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque habia mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos cues y que lo aderezasen muy bien, y luego otro dia se encaló y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que habia en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido á la contina; y para que tuviesen cargo dello, apercibió á cuatro papas que se trasquilasen el cabello, que lo traian largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traian, y que siempre anduviesen limpios y que sirviesen aquella santa imágen de nuestra Señora, en barrer y enramar; y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado cojo é viejo, que se decia Juan de Torres de Córdoba, que estuviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada dia así como lo mandaba á los papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teniamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado; y otro dia de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entonces se dió órden como con el incienso de la tierra se incensase á la santa imágen de nuestra Señora y á la santa cruz, y tambien se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre estuviesen ardiendo en el altar, porque hasta entonces no se sabian aprovechar de la cera; y á la misa estuvieron los mas principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habian juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver cristianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tios, y se les dió á entender que nó habian de sacrificar mas ni adorar ídolos, salvo que habian de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y se bautizaron, y se llamó á la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquella dieron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; á la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; esta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y después desto hecho, nos despedimos de todos los caciques y principales, y dende adelante siempre les tuvieron muy buena voluntad, especialmente cuando vieron que recibió Cortés sus hijas y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaria, nos fuimos á nuestra Villa-Rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobre ello hayan escrito el Gómora ni los demás coronistas.

CAPITULO LIII.

Cómo llegamos á nuestra villa rica de la Veracruz, y lo que allí pasó.

Después que hubimos hecho aquella jornada y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imágen de nuestra Señora y la santa cruz, y le puso por ermitaño el viejo soldado y todo lo por mí referido, fuimos á la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la isla de Cuba un navío, y por capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido; y pusímosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galan y pulido, y decian que habia sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de Riosecó; y vino entonces Luis Marin, capitan que fué en lo de Méjico, persona que valió mucho, y vinieron diez soldados; y traia el Saucedo un caballo y Luis Marin una yegua, y nuevas de Cuba, que le habian llegado al Diego Velazquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velazquez se regocijaron mucho, y mas de que supieron que le trujeron provision para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza, que todavía se entendia en ella, dijimos á Cortés todos los mas soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que habia ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura, é que antes que nos metiésemos en camino que enviásemos á besar los piés á su majestad y á dalle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la isla de Cuba; y tambien se puso en plática que enviásemos á su majestad el oro que se habia habido, así rescatado como los presentes que nos envió Montezuma; y respondió Cortés que era muy bien acordado y que ya lo habia puesto él en plática con ciertos

caballeros; y porque en lo del oro por ventura habria algunos soldados que querrian sus partes, y si se partiese que seria poco lo que se podria enviar, por està causa dió cargo á Diego de Ordás y á Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviese sospecha que demandarian las partes del oro, y les decian estas palabras: «Señores, ya veis que queremos hacer un presente á su majestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras habia de ser mucho mas; parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna dello, sino que servimos á su majestad con ello porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte no se le negará; el que no la quisiere haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí;» y desta manera todos lo firmaron á una. Y hecho esto, luego se nombraron para procuradores que fuesen á Castilla á Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pesos por tenelle de su parte. Y se mandó apercebir el mejor navío de toda la flota, y con dos pilotos, que fué uno Anton de Alaminos, que sabia cómo habian de desembarcar por la canal de Bahama, porque él fué el primero que navegó por aquella canal; y tambien apercibimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotaje. Y esto apercebido, acordamos de escribir y hacer saber á su majestad todo lo acaecido, y Cortés escribió por sí, segun él nos dijo, con recta relacion; mas no vimos su carta; y el Cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos á Cortés por general; y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo firmado en ella; y demás destas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relacion; y lo que se contenia en la carta que escribimos es lo siguiente.

CAPITULO LIV.

De la relacion y carta que escribimos á su majestad con nuestros procuradores Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, la cual carta iba firmada de algunos capitanes y soldados.

Después de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados á tan gran majestad del Emperador nuestro señor, que fué así: «Siempre sacra, católica, cesárea, real majestad;» y poner otras cosas que se convenian decir en la relacion y cuenta de nuestra vida y viaje, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve. Cómo salimos de la isla de Cuba con Hernando Cortés, los pregones que se dieron, cómo veníamos á poblar, y que Diego Velazquez secretamente enviaba á rescatar, y no á poblar; cómo Cortés se queria volver con cierto oro rescatado, conforme á las instrucciones que de Diego Velazquez traia, de las cuales hicimos presentacion; cómo hicimos á Cortés que poblase y le nombramos por capitan general y justicia mayor hasta que otra cosa su majestad fuese servido mandar; cómo le prometimos el quinto de lo que se hubiese, después de sacado su real quinto; cómo llegamos á Cozumel y por qué ventura se hubo Jerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche, y de la manera que decia que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los indios por estar casado y tener hijos y estar ya hecho indio; cómo llegamos á Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batallas que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo á do quiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejasen sus ídolos, y se les declara las cosas tocantes á nuestra santa fe; cómo dieron la obediencia á su real majestad y fueron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes; cómo hicieron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india de mucho ser, que sabe la lengua de Méjico, que es la que se usa en toda la tierra, y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan de Ulúa, y de las pláticas de los embajadores del gran Montezuma, y quién era el gran Montezuma y lo que se decia de sus grandezas y del presente que trujeron, y cómo fuimos á Cempoal, que es un pueblo grande, y desde allí á otro pueblo que se dice Quiahuistlan, que estaba en fortaleza, y cómo se hizo la liga y confederacion con nosotros y quitaron la obediencia á Montezuma en aquel pueblo, demás de treinta pueblos que todos le dieron la obediencia y están en su real patrimonio, y la ida de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza, y que agora estamos de camino para ir la tierra adentro hasta vernos con el Montezuma; cómo aquella tierra es muy grande y de muchas ciudades y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay muchas diversidades de lenguas y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y matan en sacrificios muchos hombres é niños y mujeres, y comen carne humana y usan otras torpedades; cómo el primer descubridor fué un Francisco Hernandez de Córdoba, y luego cómo vino Juan de Grijalva, é que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el sol de oro y la luna de plata y un casco de oro en granos como se coge en las minas, y muchas diversidades y géneros de piezas de oro hechas de muchas maneras, mantas de algodon muy labradas de plumas y primas; otras muchas de oro, que fueron mosqueadores, rodelas y otras cosas que ya no se me acuerda, como há ya tantos años que pasó; tambien enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal, que tenian á engordar en unas jaulas de madera para después de gordos sacrificallos y comérselos. Y después de hecha esta relacion ó otras cosas, dimos cuenta y relacion cómo quedábamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados á muy gran peligro entre tanta multitud de pueblos y gentes belicosas y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su real corona; y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernacion destas tierras ni de ningunos oficios reales á persona ninguna, porque son tales, ricas y de grandes pueblos y ciudades, que convienen para un infante ó gran señor; y tenemos pensamiento que, como don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda á todas las Indias, que lo dará á algun su deudo ó amigo, especialmente á un Diego

Velazquez que está por gobernador en la isla de Cuba; y la causa es por que se le dará la gobernacion ó otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios que le sacan oro de las minas; de lo cual habia primeramente de dar los mejores pueblos á su real corona, y no le dejó ningunos, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes; y que, como en todo somos sus muy leales servidores, y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo, y que estamos determinados que hasta que sea servido de nuestros procuradores que allá enviamos besen sus reales piés y ver nuestras cartas, y nosotros veamos su real firma, que entonces, los pechos por tierra, para obedecer sus reales mandos; y que si el obispo de Búrgos por su mandado nos envia á cualquiera persona á gobernar ó á ser capitan, que primero que le obedezcamos se lo harémos saber á su real persona á do quiera que estuviere y lo fuere servido de mandar, que le obedecerémos como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados; y demás destas relaciones, le suplicamos que entre tanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernacion á Hernando Cortés, y dimos tantos loores dél y que es tan gran servidor suyo, hasta ponello en las nubes. Y después de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenia, y cada capítulo por sí, y declaramos cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor, y no del arte que va aquí en esta relacion; y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, é fueron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrásemos; y como vió la relacion tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer y dijo que nos lo tenia en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo; empero no quisiera que dijéramos en ella ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quién fueron los primeros descubridores; porque, segun entendimos, no hacia en su carta relacion de Francisco Hernandez de Córdoba ni del Grijalva, sino á él solo se atribuia el descubrimiento y la honra é honor de todo; y dijo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relacion dello á su majestad; y no faltó quien le dijo que á nuestro rey y señor no se le ha de dejar de decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas y dadas á nuestros procuradores, les encomendamos mucho que por via ninguna entrasen en la Habana ni fuesen á una estancia que tenia allí el Francisco de Montejo, que se decia el Marien, que era puerto para navíos, porque no alcanzase á saber el Diego Velazquez lo que pasaba; y no lo hicieron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo á punto para se ir á embarcar, dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, y encomendándoles al Espíritu Santo que les guiase, en 26 dias del mes de julio de 1519 años partieron de San Juan de Ulúa, y con buen tiempo llegaron á la Habana; y el Francisco de Montejo con grandes importunaciones convocó é atrajo al piloto Alamínos guiase á su estancia, diciendo que iba á tomar bastimento de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso. Fué á surgir á su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo, y no hizo cuenta dél; y la noche que allí llegaron, desde la nao echaron un marinero en tierra con cartas é avisos para el Diego Velazquez; y supimos que el Montejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fué el marinero por la isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mí dicho, hasta que el Diego Velazquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto que enviábamos procuradores con embajadas y presentes á nuestro rey, y lo que sobre ello se hizo.

Como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo las nuevas, así por las cartas que le enviaron secretas y dijeron que fueron del Montejo, como lo que dijo el marinero que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se habia echado á nado para le llevar las cartas; y cuando entendió del gran presente de oro que enviábamos á su majestad y supo quién eran los embajadores, temió y decia palabras muy lastimosas é maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y del contador Amador de Lares, y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería y soldados que pudo haber y con dos capitanes que fueron en ellos, que se decian Gabriel de Rójas, y el otro capitan se decia Hulano de Guzman, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le trujesen presa la nao en que iban nuestros procuradores y todo el oro que llevaban; y de presto, así como lo mandó, llegaron en ciertos dias á la canal de Bahama, y preguntaban los de los navíos á barcos que andaban por la mar de acarreto que si habian visto ir una nao de mucho porte, y todos daban noticia della y que ya seria desembocada por la canal de Bahama, porque siempre tuvieron buen tiempo; y después de andar barloventeando con aquellos dos navíos entre la canal y la Habana, y no hallaron recado de lo que venian á buscar, se volvieron á Santiago de Cuba; y si tristo estaba el Diego Velazquez antes que enviase los navíos, muy mas se congojó cuando los vió volver de aquel arte; y luego le aconsejaron sus amigos que se enviase á quejar á España al obispo de Búrgos, que estaba por presidente de Indias, que hacia mucho por él; y tambien envió á dar sus quejas á la isla de Santo Domingo á la audiencia real que en ella residia y á los frailes jerónimos que estaban por gobernadores en ella, que se decian fray Luis de Figueroa y fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino de Manzanedo; los cuales religiosos solian estar y residir en el monasterio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo; y envian en posta un navío á la Respinola y danles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzaron á saber en la real audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que le dieron los frailes fué que á Cortés y los que con él andábamos en las guerras no se nos podia poner culpa, pues sobre todas cosas acudiamos á nuestro rey y señor, y le enviábamos tan gran presente, que otro como él no se habia visto de mu-

chos tiempos pasados en nuestra España; y esto dijeron porque en aquel tiempo y sazon no habia Perú ni memoria dél; y tambien le enviaron á decir que antes éramos dignos de que su majestad nos hiciese muchas mercedes. Entonces le enviaron al Diego Velazquez á Cuba á un licenciado que se decia Zuazo, para que le tomase residencia, ó á lo menos habia pocos meses que habia llegado á la isla de Cuba; y como aquella respuesta le trujeron al Diego Velazquez, se congojó mucho mas; y como de antes era muy gordo, se paró flaco en aquellos dias; y luego con gran diligencia mandó buscar todos los navíos que pudo haber en la isla y apercebir soldados y capitanes, y procuró enviar una recia armada para prender á Cortés y á todos nosotros; y tanta diligencia puso, que él mismo en persona andaba de villa en villa y en unas estancias y en otras, y escribia á todas las partes de la isla donde él no podia ir á rogar á sus amigos fuesen á aquella jornada; por manera que en obra de once meses ó un año allegó diez y ocho velas grandes y pequeñas y sobre mil y trecientos soldados entre capitanes y marineros; porque, como le vian del arte que he dicho, andar tan apasionado y corrido, todos los mas principales vecinos de Cuba, así los parientes como los que tenian indios, se aparejaron para le servir, y tambien envió por capitan general de toda la armada á un hidalgo que se decia Pánfilo de Narvaez, hombre alto de cuerpo y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda, y era natural de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una dueña que se llamaba María de Valenzuela, ya viuda, y tenia buenos pueblos de indios y era muy rico. Dónde lo dejaré agora haciendo y aderezando su armada, y volveré á decir de nuestros procuradores y su buen viaje; y porque en una sazon acontecian tres y cuatro cosas, no puedo seguir la relacion y materia de lo que voy hablando por dejar de decir lo que mas viene al propósito, y á esta causa no me culpen porque salgo y me aparto de la órden por decir lo que mas adelante pasa.

CAPITULO LVI.

Cómo nuestros procuradores con buen tiempo desembocaron la canal de Bahama y en pocos dias llegaron á Castilla, y lo que en la corte les sucedió.

Ya he dicho que partieron nuestros procuradores del puerto de San Juan de Ulúa en 6 del mes de julio de 1519 años, y con buen viaje llegaron á la Habana, y luego desembocaron la canal, é dice que aquella fué la primera vez que por allí navegaron, y en poco tiempo llegaron á las islas de la Tercera, y desde allí á Sevilla, y fueron en posta á la corte, que estaba en Valladolid, y por presidente del real consejo de Indias don Juan Rodriguez de Fonseca, que era obispo de Búrgos, y se nombraba arzobispo de Rosano y mandaba toda la corte, porque el Emperador nuestro señor estaba en Flándes y era mancebo; y como nuestros procuradores le fueron á besar las manos al Presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y dalle nuestras cartas y relaciones y á presentar todo el oro y joyas, le suplicaron que luego hiciese mensajero á su majestad y le enviasen aquel presente y cartas, y que ellos mismos irian con ello á besar sus reales piés; y en vez de agasajarlos, les mostró poco amor y los favoreció muy poco, y aun les dijo palabras secas y ásperas. Nuestros embajadores dijeron que mirase su señoría los grandes servicios que Cortés y sus compañeros haciamos á su majestad, y que le suplicaban otra vez que todas aquellas joyas de oro, cartas y relaciones las enviase luego á su majestad para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irian con él. Y les tornó á responder muy soberbiamente, y aun les mandó que no tuviesen ellos cargo dello, que él le escribiria lo que pasaba, y no lo que le decian, pues se habian levantado contra el Diego Velazquez; y pasaron otras muchas palabras agrias; y en esta sazon llegó á la corte el Benito Martin, capellan de Diego Velazquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros, de que el Obispo se airó mucho mas contra nosotros; y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero, como era caballero primo del conde de Medellin, y porque el Montejo no osaba desagradar al Presidente, decia al Obispo que le suplicaba muy ahincadamente que sin pasion fuesen oidos y que no dijese las palabras que decia, y que luego enviase aquellos recaudos así como los traian á su majestad, y que éramos servidores de la real corona, y que eran dignos de mercedes, y no de ser por palabras afrentados. Cuando aquello oyó el Obispo le mandó echar preso, y porque le informaron que habia sacado de Medellin tres años habia una mujer que se decia María Rodriguez y la llevó á las Indias. Por manera que todos nuestros servicios y los presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho; y acordaron nuestros embajadores de callar hasta su tiempo é lugar. Y el Obispo escribió á su majestad á Flándes en favor de su privado é amigo Diego Velazquez, y muy malas palabras contra Hernando Cortés y contra todos nosotros; mas no hizo relacion de ninguna manera de las cartas que le enviábamos, salvo que se habia alzado Hernando Cortés al Diego Velazquez, y otras cosas que dijo. Volvamos á decir del Alonso Hernandez Puertocarrero y del Francisco de Montejo, y aun de Martin Cortés, padre del mismo Cortés, y de un licenciado Nuñez, relator del real consejo de su majestad y cercano pariente del Cortés, qué hacian por él: acordaron de enviar mensajeros á Flándes con otras cartas como las que dieron al obispo de Búrgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los procuradores, y escribieron á su majestad todo lo que pasaba é la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del Obispo y descubriendo sus tratos que tenia con el Diego Velazquez; y aun otros caballeros les favorecieron, que no estaban muy bien con el don Juan Rodriguez de Fonseca; porque, segun decian, era malquisto por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenia; y cómo nuestros grandes servicios eran por Dios nuestro Señor y por su majestad, y siempre poníamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su majestad lo alcanzó á saber muy claramente; y como lo vió y entendió, fué tanto el contentamiento que mostró, y los duques, marqueses y condes y otros caballeros que estaban en su real corte, que en otra cosa no hablaban por algunos dias sino de Cortés y de todos nos-

otros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos; y así por esto como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el obispo de Búrgos, desque vió su majestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al Obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, é se quedó con gran parte dellas. Todo lo cual alcanzó á saber el mismo Obispo, que se lo escribieron desde Flándes, de lo cual recibió muy grande enojo; y si de antes que fuesen nuestras cartas ante su majestad el Obispo decia muchos males de Cortés y de todos nosotros, de allí adelante á boca llena nos llamaba traidores; mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí á dos años fué recusado y aun quedó corrido y afrentado, y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga á coyuntura; y escribió su majestad que presto vendria á Castilla y entenderia en lo que nos conviniese, é nos haria mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí así, y nuestros procuradores aguardando la venida de su majestad. Y antes que mas pase adelante quiero decir, por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos, y aun tienen razon de lo saber, que ¿cómo puedo yo escribir en esta relacion lo que no vi, pues estaba en aquella sazon en las conquistas de la Nueva-España cuando los procuradores dieron las cartas, recaudos y presente de oro que llevaban para su majestad, y tuvieron aquellas contiendas con el obispo de Búrgos? A esto digo que nuestros procuradores nos escribian á los verdaderos conquistadores lo que pasaba, así lo del obispo de Búrgos como lo que su majestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra en capítulos, y de qué manera pasaba; y Cortés nos enviaba otras cartas que recebia de nuestros procuradores, á las villas donde viviamos en aquella sazon, para que viésemos cuán bien negociábamos con su majestad y qué grande contrario teniamos en el obispo de Búrgos. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban aquellos caballeros que dicho tengo. Dejemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO LVII.

Cómo después que partieron nuestros embajadores para su majestad con todo el oro y cartas y relaciones de lo que en el real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer.

Desde á cuatro dias que partieron nuestros procuradores para ir ante el Emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades é pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velazquez, que se decian Pedro Escudero y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbría, piloto, y Bernaldino de Coria, vecino que fué después de Chiapa, padre de un Hulano Centeno, y un clérigo que se decia Juan Díaz, y ciertos hombres de la mar que se decian Peñates, naturales de Gibraleon, estaban mal con Cortés, los unos porque no les dió licencia para se volver á Cuba, como se la habian prometido, y otros porque no les dió parte del oro que enviamos á Castilla; los Peñates porque les azotó en Cozumel, como ya otra vez tengo dicho, cuando hurtaron los tocinos á un soldado que se decia Barrio; acordaron todos de tomar un navío de poco porte é irse con él á Cuba á dar mandado al Diego Velazquez, para avisalle cómo en la Habana podian tomar en la estancia de Francisco Montejo á nuestros procuradores con el oro y recaudos; que, segun pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro real fueron aconsejados que fuesen á aquella estancia que he dicho, y aun escribieron para que el Diego Velazquez tuviese tiempo de habellos á las manos. Por manera que las personas que he dicho ya tenian metido matalotaje, que era pan cazabe, aceite, pescado y agua, y otras pobrezas de lo que podian haber; é ya que se iban á embarcar, y era á mas de media noche, el uno dellos, que era el Bernaldino de Coria, parece ser se arrepintió de se volver á Cuba, y lo fué á hacer saber á Cortés. E como lo supo, é de qué manera y cuántos é por qué causas se querian ir, y quiénes fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja y timon del navío, y los mandó echar presos y les tomó sus confesiones, y confesaron la verdad, y condenaron á otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitia otra cosa; y por sentencia que dió, mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de misa tambien lo castigara, mas metióle algo temor. Acuérdome que cuando Cortés firmó aquella sentencia dijo con grandes suspiros y sentimientos: «¡Oh, quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!» Y pareceme que aqueste dicho es muy comun entre los jueces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomaron de aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen emperador; y así como se hubo ejecutado la sentencia, se fué Cortés luego á mata-caballo á Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó que luego fuésemos tras él ducientos soldados y todos los de á caballo; y acuérdome que Pedro de Albarado, que habia tres dias que le habia enviado Cortés con otros ducientos soldados por los pueblos de la sierra porque tuviesen qué comer, porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese á Cempoal para que allí diéramos órden de nuestro viaje á Méjico. Por manera que el Pedro de Albarado no se halló presente cuando se hizo la justicia que dicho tengo. Y cuando nos vimos juntos en Cempoal, la órden que se dió en todo diré adelante.

CAPITULO LVIII.

Cómo acordamos de ir á Méjico, y antes que partiésemos dar con todos los navíos al través, y lo que mas pasó; y esto de dar con los navíos al través fué por consejo é acuerdo de todos nosotros los que éramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos que no dejase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos

la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados; y demás desto, que teniamos mucha ayuda de los maestres, pilotos y marineros, que serian al pié de cien personas, y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear que no estando en el puerto; y segun vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó á un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor y gran amigo de Cortés, y enemigo de Diego Velazquez porque en la isla de Cuba no le dió buenos indios, que luego fuese á la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas y lo que dentro tenian de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen mas de los bateles; é que los pilotos é maestres viejos y marineros que no eran buenos para ir á la guerra, que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre habia pescado, aunque no mucho; y el Juan de Escalante lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, y luego se vino á Cempoal con una capitanía de hombres de la mar, que fueron los que sacaron de los navíos, y salieron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar á todos los caciques de la serranía de los pueblos nuestros confederados, y rebelados al gran Montezuma, y les dijo cómo habian de servir á los que quedaban en la Villa-Rica, é acabar de hacer la iglesia, fortaleza y casas; y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante, y les dijo: «Este es mi hermano;» y que lo que les mandase que lo hiciesen; é que si hubiesen menester favor é ayuda contra algunos indios mejicanos, que á él ocurriesen, que él iria en persona á les ayudar. Y todos los caciques se ofrecieron de buena voluntad de hacer lo que les mandase; é acuérdome que luego le zahumaron al Juan de Escalante con sus inciensos, aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para cualquier cargo y amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por capitan, para si algo enviase Diego Velazquez, que hubiese resistencia. Dejallo he aquí, y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el coronista Gómora que mandó Cortés barrenar los navíos, y tambien dice el mismo que Cortés no osaba publicar á los soldados que queria ir á Méjico en busca del gran Montezuma. Pues ¿de qué condicion somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho é guerras? Tambien dice el mismo Gómora que Pedro de Ircio quedó por capitan en la Veracruz; no le informaron bien. Digo que Juan de Escalante fué el que quedó por capitan y alguacil mayor de la Nueva-España, que aun al Pedro de Ircio no le habian dado cargo ninguno, ni aun de cuadrillero, ni era para ello, ni es justo dar á nadie lo que no tuvo, ni quitarlo á quien lo tuvo.

CAPITULO LIX.

De un razonamiento que Cortés nos hizo después de haber dado con los navíos al través, y cómo aprestamos nuestra ida para Méjico.

Después de haber dado con los navíos al través á ojos vistas, y no como lo dice el coronista Gómora, una mañana, después de haber oido misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosas de la guerra, dijo que nos pedia por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: «Que ya habiamos entendido la jornada á que íbamos, y mediante nuestro Señor Jesucristo habiamos de vencer todas las batallas y rencuentros, y que habiamos de estar tan prestos para ello como convenia; porque en cualquier parte que fuésemos desbaratados (lo cual Dios no permitiese) no podriamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teniamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teniamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heróicos de los romanos.» Y todos á una le respondimos que hariamos lo que ordenase; que echada estaba la suerte de la buena ó mala ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicon, pues eran todos nuestros servicios para servir á Dios y á su majestad. Y después deste razonamiento, que fué muy bueno, cierto, con otras palabras mas melosas y elocuencia que yo aquí las digo, luego mandó llamar al cacique gordo, y le tornó á traer á la memoria que tuviese muy reverenciada y limpia la iglesia y cruz; é demás desto le dijo que él se queria partir luego para Méjico á mandar á Montezuma que no robe ni sacrifique; é que ha menester ducientos indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas á cuestas é andan con ellas cinco leguas; y tambien les demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros. Estando desta manera para partir, vino de la Villa-Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ya le habia mandado otra vez Cortés que fuese á la villa para que le enviase otros soldados, y lo que en la carta decia el Escalante era que andaba un navío por la costa, y que le habia hecho ahumadas y otras grandes señas, y habia puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó á caballo con una capa de grana colorada porque lo viesen los del navío; y que le pareció á él que bien vieron las señas, banderas, caballo y capa, y no quisieron venir al puerto; y que luego envió españoles á ver en qué paraje iba, y le trujeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto, cerca de una boca de un rio; y que se lo hace saber para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta, mandó luego á Pedro de Albarado que tuviese cargo de todo el ejército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él á Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varon muy esforzado, como siempre lo fué. Este fué el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun sobre que le dió entonces aquel cargo, que fué el primero, y se lo dejó de dar á Alonso de Avila, tuvieron ciertas cosquillas el Alonso de Avila y el Sandoval. Volvamos á nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó

con cuatro de á caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los mas sueltos, porque Cortés nos nombró los que habiamos de ir con él; y aquella noche llegamos á la Villa-Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPITULO LX.

Cómo Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío huyeron, y lo que sobre ello pasó.

Así como llegamos á la Villa-Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante á hablar á Cortés, y le dijo que seria bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y se fuese, y que reposase el Cortés, que él iria con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podia reposar; que cabra coja no tenga siesta, que él queria ir en persona con los soldados que consigo traia; y antes que bocado comiésemos comenzamos á caminar la costa adelante, y topamos en el camino á cuatro españoles que venian á tomar posesion en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamáica, los cuales enviaba un capitan que estaba poblando de pocos dias habia en el rio de Pánuco, que se llamaba Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo; y los cuatro españoles que tomamos se decian Guillen de la Loa, este venia por escribano; y los testigos que traia para tomar la posesion se decian Andrés Nuñez, y era carpintero de ribera, y el otro se decia maestre Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y como Cortés hubo bien entendido cómo venian á tomar posesion en nombre de Francisco de Garay, é supo que quedaba en Jamáica y enviaba capitanes, preguntóles Cortés que por qué título ó por qué via venian aquellos capitanes. Respondieron los cuatro hombres que en el año de 1518, como habia fama en todas las islas de las tierras que descubrimos cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba y Juan de Grijalva, y llevamos á Cuba los veinte mil pesos de oro á Diego Velazquez, que entonces tuvo relacion el Garay del piloto Anton de Alamínos y de otro piloto que habiamos traido con nosotros, que podia pedir á su majestad desde el rio de San Pedro y San Pablo por la banda del norte todo lo que descubriese; y como el Garay tenia en la corte quien le favoreciese con el favor que esperaba, envió un mayordomo suyo que se decia Torralva, á lo negociar, y trujo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el rio de San Pedro y San Pablo y todo lo que descubriese; y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta ducientos y setenta soldados con bastimentos y caballos, con el capitan por mí nombrado, que se decia Alonso Alvarez Pineda ó Pinedo, y que estaba poblando en un rio que se dice Pánuco, obra de setenta leguas de allí; y que ellos hicieron lo que su capitan les mandó, y que no tienen culpa. Y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas les halagó, y les dijo que si podriamos tomar aquel navío; y el Guillen de la Loa, que era el mas principal de los cuatro hombres, dijo que capearian y harian lo que pudiesen; y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir; porque, segun dijeron aquellos hombres, su capitan les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenian noticia que estábamos en aquella tierra; y cuando vimos que no venia el batel, bien entendimos que desde el navío nos habian visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverian con el batel á aquella tierra; é rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos para que se los vistiesen otros cuatro hombres de los nuestros, y así lo hicieron; y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habiamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío que de hecho nos volvimos, y quedábamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro, y estuvimos con Cortés en el monte escondidos hasta mas de media noche que hiciese escuro para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos, que no pareciamos otros, sino los cuatro soldados de los nuestros; y como amaneció comenzaron á capear los cuatro soldados, y luego vinieron en el batel seis marineros, y los dos saltaron en tierra con unas dos botijas de agua; y entonces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás marineros, y no quisieron saltar en tierra; y los cuatro de los nuestros que tenian vestidas las ropas de los otros de Garay hacian que estaban lavando las manos y escondiendo las caras, y deciau los del batel: «Veníos á embarcar; ¿qué haceis? ¿por qué no venís?» Y entonces respondió uno de los nuestros: «Saltad en tierra y veréis aquí un poco.» Y como desconocieron la voz, se volvieron con su batel, y por mas que los llamaron, no quisieron responder; y queriamos les tirar con las escopetas y ballestas, y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mandado á su capitan; por manera que se hubieron de aquel navío seis soldados, los cuatro hubimos primero, y dos marineros que saltaron en tierra; y así, volvimos á Villa-Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna; y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el coronista Gómora, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse, que primero que viniese envió tres capitanes con navíos; los cuales diré adelante en qué tiempo vinieron é qué se hizo dellos, y tambien en el tiempo que vino Garay; y pasemos adelante, é dirémos cómo acordamos de ir á Méjico.

CAPITULO LXI.

Cómo ordenamos de ir á la ciudad de Méjico, y por consejo del Cacique fuimos por Tlascala, y de lo que nos acaeció así de reencuentros de guerra como de otras cosas.

Después de bien considerada la partida para Méjico, tomamos consejo sobre el camino que habiamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal que el mejor y mas conveniente era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mejicanos, é ya tenian aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y mas nos dieron ducientos tamemes para llevar el artillería; que para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos qué llevar, porque nuestras armas, así lanzas co-

mo escopetas y ballestas y rodelas, y todo otro género dellas, con ellas dormiamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y como he dicho siempre, muy apercebidos para pelear; y partimos de Cempoal demediado el mes de agosto de 1519 años, y siempre con muy buena órden, y los corredores del campo y ciertos soldados muy sueltos delante; y la primera jornada fuimos á un pueblo que se dice Jalapa, y desde allí á Socochima, y estaba muy fuerte y mala entrada, y en él habia muchas parras de uvas de la tierra; y en estos pueblos se les dijo con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Cárlos, é que nos envió para quitar que no haya mas sacrificios de hombres ni se robasen unos á otros, y se les declaró muchas cosas que se les convenia decir; y como eran amigos de Cempoal y no tributaban á Montezuma, hallábamos en ellos muy buena voluntad y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una cruz, y se les declaró lo que significaba é que la tuviesen en mucha reverencia; y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto, y llegamos á otro pueblo que se dice Texutla, y tambien hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demás; y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado, donde hacia muy gran frio y granizo aquella noche, donde tuvimos falta de comida, y venia un viento de la sierra nevada, que estaba á un lado, que nos hacia temblar de frio; porque, como habiamos venido de la isla de Cuba y de la Villa-Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fria, y no teniamos con qué nos abrigar sino con nuestras armas, sentiamos las heladas, como no éramos acostumbrados al frio; y desde allí pasamos á otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen cues, y tenian grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos que estaban en aquellos adoratorios; y tampoco tuvimos qué comer, y hacia recio frio; y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decia Cocotlan, y enviamos dos indios de Cempoal á decille al Cacique cómo íbamos, que tuviesen por bien nuestra llegada á sus casas; y era sujeto este pueblo á Méjico, y siempre caminábamos muy apercebidos y con gran concierto, porque viamos que ya era otra manera de tierra; y cuando vimos blanquear muchas azuteas, y las casas del Cacique y los cues y adoratorios, que eran muy altos y encalados, parecian muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, y pusímosle nombre Castilblanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecia á la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora; y como supieron en aquel pueblo por mí nombrado, por los mensajeros que enviábamos, cómo ibamos, salió el Cacique á recebirnos con otros principales junto á sus casas; el cual cacique se llamaba Olintecle, y nos llevaron á unos aposentos y nos dieron de comer poca cosa y de mala voluntad; y después que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su señor Montezuma; y dijo de sus grandes poderes de guerreros que tenia en todas las provincias sujetas, sin otros muchos ejércitos que tenia en las fronteras y provincias comarcanas; y luego dijo de la gran fortaleza de Méjico y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa á otra no se podia pasar sino por puentes que tenian hechas y en canoas; y las casas todas de azuteas, y en cada azutea si querian poner mamparos eran fortalezas; y que para entrar dentro en la ciudad que habia tres calzadas, y en cada calzada cuatro ó cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte á otra; y en cada una de aquellas aberturas habia una puente, y con alzar cualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en Méjico; y luego dijo del mucho oro y plata y piedras chalchiuis y riquezas que tenia Montezuma, su señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas de cuán gran señor era, que Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oir; y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura, y aunque nos parecia cosa imposible, segun lo señalaba y decia el Olintecle. Y verdaderamente era Méjico muy mas fuerte y tenia mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decia; porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo; y dijo que era tan gran señor Montezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento cuando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia; y Cortés le dijo con nuestras lenguas: «Pues hágoos saber que nosotros venimos de léjas tierras por mandado de nuestro rey y señor, que es el emperador don Cárlos, de quien son vasallos muchos y grandes señores, y envia á mandar á ese vuestro gran Montezuma que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos ni tome ningunas tierras, y para que dé la obediencia á nuestro rey y señor; y ahora lo digo asimismo á vos, Olintecle, y á todos los mas caciques que aquí estáis, que dejeis vuestros sacrificios y no comais carnes de vuestros prójimos, ni hagais sodomías ni las cosas feas que soleis hacer, porque así lo manda nuestro Señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar á los cielos;» y se les declaró otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y ellos á todo callaban. Y dijo Cortés á los soldados que allí nos hallamos: «Paréceme, señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, que se ponga una cruz.» Y respondió el padre fray Bartolomé de Olmedo: «Paréceme, Señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejalles cruz en su poder, porque son algo desvergonzados y sin temor; y como son vasallos de Montezuma, no la quemen ó hagan alguna cosa mala; y esto que se les dijo basta hasta que tengan mas conocimiento de nuestra santa fe;» y así, se quedó sin poner la cruz. Dejemos esto y de las santas amonestaciones que les haciamos, y digamos que como llevábamos un lebrel de muy gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo á los amigos que traiamos de Cempoal que si era tigre ó leon, ó cosa con que mataban los indios; y respondieron: «Tráenle para que cuando alguno los enoja los mate.» Y tambien les preguntaron

que aquellas bombardas que traiamos, qué haciamos con ellas; y respondieron que con unas piedras que metiamos dentro dellas matábamos á quien queríamos; y que los caballos corrian como venados, y alcanzábamos con ellos á quien les mandábamos. Y dijo el Olintecle y los demás principales: «Luego desa manera teules deben de ser.» Ya he dicho otras veces que á los ídolos ó sus dioses ó cosas malas llamaban teules. Y respondieron nuestros amigos: «Pues ¡cómo! ¿ahora lo veis? Mirad que no hagais cosa con que los enojeis, que luego sabrán, que saben lo que teneis en el pensamiento; porque estos teules son los que prendieron á los recaudadores del vuestro gran Montezuma, y mandaron que no les diesen mas tributo en todas las sierras ni en nuestro pueblo de Cempoal; y estos son los que nos derrocaron de nuestros templos nuestros teules, y pusieron los suyos, y han vencido los de Tabasco y Cingapacinga. Y demás desto, ya habréis visto cómo el gran Montezuma, aunque tiene tantos poderes, los envia oro y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo y veo que no les dais nada; andad presto y traeldes algun presente.» Por manera que traiamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego trujeron cuatro pinjantes y tres collares y unas lagartijas, aunque era de oro todo muy bajo; y mas trujeron cuatro indias, que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad y con grandes ofrecimientos. Acuérdome que tenian en una plaza, adonde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres papas que, segun entendimos, tenian cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar mas después que entramos mas la tierra adentro; y en todos los pueblos estaban de aquella manera, é tambien en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decian nuestros amigos estaban muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenian puestos por señales unos mojones; y sobre ello se preguntó al cacique Olintecle que cuál era mejor camino y mas llano para ir á Méjico; y dijo que por un pueblo muy grande que se decia Choulula; y los de Cempoal dijeron á Cortés: «Señor, no vais por Choulula, que son muy traidores y tiene allí siempre Montezuma sus guarniciones de guerra;» y que fuésemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de mejicanos; y así, acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo; y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los dieron; y otro dia de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á un pueblezuelo que era de los de Xalacingo, y de allí enviamos por mensajeros dos indios de los principales de Cempoal, de los indios que solian decir muchos bienes y loas de los tlascaltecas y que eran sus amigos, y les enviamos una carta, puesto que sabiamos que no lo entenderian, y tambien un chapeo de los vedijudos colorados de Flándes, que entonces se usaban; y lo que se hizo dirémos adelante.

CAPITULO LXII.

Cómo se determinó que fuésemos por Tlascala, y les enviábamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron á los mensajeros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino, los corredores del campo siempre delante y muy apercebidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenia, y los de á caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teniamos de costumbre. Dejemos esto; no sé para qué gasto mas palabras sobre ello, sino que estábamos tan apercebidos, así de dia como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas y rodelas y lanzas puesto todo muy á mano; y con aquesta órden llegamos á un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos dieron un collar de oro y unas mantas y dos indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal á Tlascala con una carta y con un chapeo vedejudo de Flándes, colorado, que se usaban entonces; y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrian leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerian que era de mensajería, y lo que les enviamos á decir con los mensajeros cómo íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les íbamos á hacer enojo, sino tenellos por amigos; y esto fué porque en aquel pueblezuelo nos certificaron que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque, segun pareció, ya tenian noticia cómo íbamos y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zocotlan y de otros pueblos por donde habiamos pasado, y todos solian dar tributo á Montezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos, porque les tenian por enemigos; y como otras veces los mejicanos con mañas y cautelas les entraban en la tierra y se la saqueaban, así creyeron querian hacer ora; por manera que luego como llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta y el chapeo, y comenzaron á decir su embajada, los mandaron prender sin ser mas oidos, y estuvimos aguardando respuesta aquel dia y otro; y como no venian, después de haber hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que convenian decir acerca de nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos de nuestro rey y señor, que nos envió á estas partes para quitar que no sacrifiquen y no maten hombres ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dijo otras muchas cosas que en los mas pueblos por donde pasábamos les soliamos decir, y después de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte indios de guerra que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos á Dios, partimos otro dia para Tlascala; é yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensajeros que tenian presos que parece ser, como andaban revueltos

en la guerra los indios que los tenian á cargo y guarda, se descuidaron, y de hecho, como eran amigos, los soltaron de las prisiones; y vinieron tan medrosos de lo que habian visto é oido, que no lo acertaban á decir; porque, segun dijeron, cuando estaban presos los amenazaban y decian: «Ahora hemos de matar á esos que llamais teules y comer sus carnes, y verémos si son tan esforzados como publicais, y tambien comerémos vuestras carnes, pues venis con traiciones y con embustes de aquel traidor de Montezuma;» y por mas que les decian los mensajeros, que éramos contra los mejicanos, que á todos los tlascaltecas los teniamos por hermanos, no aprovechaban nada sus razones; y cuando Cortés y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y cómo estaban de guerra, puesto que nos dió bien que pensar en ello, dijimos todos: «Pues que así es, adelante en buen hora;» encomendándonos á Dios, y nuestra bandera tendida, que llevaba el alférez Corral; porque ciertamente nos certificaron los indios del pueblezuelo donde dormimos, que habian de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala; y asimismo nos lo dijeron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando cómo habian de entrar y salir los de á caballo á media rienda y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres porque se ayudasen; é que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas, y que si acaesciese que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen y debajo del brazo se ayudasen, y poniendo espuelas con la furia del caballo, se la tornarian á sacar ó llevarian al indio arrastrando. Dirán ahora que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo, y digo que decia Cortés: «Mirá, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos; y que, como acaece muchas veces que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello como de otras cosas que convienen en lo militar; que ya bien he entendido que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente;» y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto y de otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar; y detuvímonos á mirar en ella, y preguntó Cortés á los indios de Zocotlan que á qué fin tenian aquella fuerza de aquella manera; y dijeron que, como entre su señor Montezuma y los de Tlascala tenian guerras á la contina, que los tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habian hecho tan fuerte, porque ya aquella es su tierra; y reparamos un rato, y nos dió bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dijo: «Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa cruz, que con ella vencerémos.» Y todos á una le respondimos que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera; y así, comenzamos á caminar con el concierto que he dicho, y no muy lejos vieron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta indios que estaban por espías, y tenian espadas de dos manos, rodelas, lanzas y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan mas que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenian sus divisas y penachos; y como nuestros corredores del campo los vieron, volvieron á dar mandado. Y Cortés mandó á los mismos de á caballo que corriesen tras ellos y que procurasen tomar algunos sin heridas; y luego envió otros cinco de á caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen; y con todo nuestro ejército dimos priesa y el paso largo, y con gran concierto, porque los amigos que teniamos nos dijeron que ciertamente traian gran copia de guerreros en celadas; y desque los treinta indios que estaban por espías vieron que los de á caballo iban hácia ellos y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar, hasta que los alcanzaron y quisieron tomar á algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hirieron los caballos; y cuando los nuestros vieron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuraron de hacer lo que eran obligados, y mataron cinco dellos; y estando en esto, viene muy de presto y con gran furia un escuadron de tlascaltecas, que estaba en celada, de mas de tres mil dellos, y comenzaron á flechar en todos los nuestros de á caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega; y en este instante llegamos con nuestra artillería, escopetas y ballestas, y poco á poco comenzaron á volver las espaldas, puesto que se detuvieron buen rato peleando con buen concierto; y en aquel rencuentro hirieron á cuatro de los nuestros, y paréceme que desde allí á pocos dias murió el uno de las heridas; y como era tarde, se fueron los tlascaltecas recogiendo, y no los seguimos; y quedaron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos; y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano y habia muchas casas de labranzas de maíz y magiales, que es de lo que hacen el vino; y dormimos cabe un arroyo, y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos; que aceite no lo habia; y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crian, puesto que estaban todas las casas despobladas, y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvian á sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento; y estuvimos toda la noche muy á punto con escuchas y buenas rondas y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfrenados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO LXIII.

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los tlascaltecas, y de lo que mas pasó.

Otro dia, después de habernos encomendado á Dios, partimos de allí, muy concertados todos nuestros escuadrones, y los de á caballo muy avisados de cómo habian de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartasen unos de

otros; é yendo así como dicho tengo, viénense á encontrar con nosotros dos escuadrones, que habria seis mil, con grandes gritas, atambores y trompetas, y flechando y tirando varas, y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó que estuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habiamos tomado el dia antes les enviamos á decir y á requerir que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos; y dijo á uno de nuestros soldados, que se decia Diego de Godoy, que era escribano de su majestad, mirase lo que pasaba, y diese testimonio dello si se hubiese menester, porque en algun tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeriamos con la paz; y como les hablaron los tres prisioneros que les enviábamos, mostráronse muy mas recios, y nos daban tanta guerra, que no les podiamos sufrir. Entonces dijo Cortés: «Santiago y á ellos;» y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres capitanes. Ibanse retrayendo hácia unos arcabuezos, donde estaban en celada sobre mas de cuarenta mil guerreros con su capitan general, que se decia Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como habia allí unas quebradas, no nos podiamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas; y como nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matábamos muchos; mas no osábamos deshacer nuestro escuadron, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes ó capitanes, luego era herido y corria gran peligro. Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podiamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter á ellos si no era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen; y si arremetiamos como dicho tengo, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros, que nos resistian; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que á puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorria y nos guardaba. Y andando en estas priesas entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos y de mayores fuerzas para tomar á manos á algun caballo, y lo pusieron por obra, y arremetieron, y echan mano á una muy buena yegua y bien revuelta, de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba muy buen jinete, que se decia Pedro de Moron; y como entró rompiendo con otros tres de á caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos á otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes y le hirieron malamente, y entonces dieron una cuchillada á la yegua, que le cortaron el pescuezo redondo, y allí quedó muerta; y si de presto no socorrieran los dos compañeros de á caballo al Pedro de Moron, tambien le acabaran de matar, pues quizá podiamos con todo nuestro escuadron ayudalle. Digo otra vez que por temor que nos desbaratasen ó acabasen de desbaratar, no podiamos ir ni á una parte ni á otra; que harto teniamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estábamos muy en peligro; y todavía acudiamos á la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Moron y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto; y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedase allí la silla; y allí en aquel socorro hirieron diez de los nuestros; y tengo en mí que matamos entonces cuatro capitanes, porque andábamos juntos pié con pié, y con las espadas les haciamos mucho daño; porque como aquello pasó se comenzaron á retirar y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tlascala; y después supimos que habian ofrecido á sus ídolos las herraduras y el chapeo de Flándes vedijudo, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazon estaba herido el Sedeño de tres heridas del dia antes, por esta causa se la dió al Moron, que era muy buen jinete, y murió el Moron entonces de allí á dos dias de las heridas, porque no me acuerdo verle mas. Volvamos á nuestra batalla: que, como habia bien una hora que estábamos en las rencillas peleando, y los tiros les debrian de hacer mucho mal; porque, como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habian de llevar copia dellos; pues los de á caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodelas y lanzas, todos á una peleábamos como valientes soldados por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados; porque ciertamente las teniamos en grande peligro, cual nunca estuvieron; y á lo que después supimos, en aquella batalla les matamos muchos indios, y entre ellos ocho capitanes muy principales, hijos de los viejos caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor; á esta causa se trujeron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello; y no los seguimos porque no nos podiamos tener en los piés, de cansados; allí nos quedamos en aquel poblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenian hechas otras casas debajo de tierra como cuevas, en que vivian muchos indios; y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo ó Tehuacacingo, y fué dada en 2 dias del mes de setiembre de 1519 años; y desque nos vimos con vitoria, dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retrujimos luego á unos cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros soldados, que fueron quince, y murió uno de las heridas; y tambien se curaron cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teniamos muchas gallinas y perrillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de escuchas y rondas y los corredores del campo, y descansamos hasta otro dia por la mañana. En aquesta batalla tomamos y prendimos quince indios y los dos principales; y una cosa tenian los tlascaltecas en esta batalla y en todas las demás, que en hiriéndoles cualquiera indio, luego lo llevaban, y no podiamos ver los muertos.

CAPITULO LXIV.

Cómo tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caserías que se dicen Teoacingo ó Teuacingo, y lo que allí hicimos.

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas y estaban muchos soldados y caballos heridos, y teníamos necesidad de adobar las ballestas y alistar almacen de saetas, estuvimos un dia sin hacer cosa que de contar sea; y otro dia por la mañana dijo Cortés que seria bueno ir á correr el campo con los de á caballo que estaban buenos para ello, porque no pensasen los tlascaltecas que dejábamos de guerrear por la batalla pasada, y porque viesen que siempre los habíamos de seguir; y el dia pasado, como he dicho, habíamos estado sin salirlos á buscar, é que era mejor irles nosotros á acometer que ellos á nosotros, porque no sintiesen nuestra flaqueza y porque aquel campo es muy llano y muy poblado. Por manera que con siete de á caballo y pocos ballesteros y escopeteros, y obra de docientos soldados y con nuestros amigos, salimos y dejamos en el real buen recaudo, segun nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos prendimos hasta veinte indios é indias sin hacelles ningun mal; y los amigos, como son crueles, quemaron muchas casas y trujeron bien de comer gallinas y perrillos; y luego nos volvimos al real, que era cerca, y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dió primero de comer, y doña Marina y Aguilar los halagaron y dieron cuentas, y les dijeron que no fuesen mas locos, e que viniesen de paz, que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos: y entonces tambien soltamos los dos prisioneros primeros, que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesen á decir á los caciques mayores, que estaban en el pueblo cabecera de todos los mas pueblos de aquella provincia, que no les veníamos á hacer mal ni enojo, sino para pasar por su tierra é ir á Méjico á hablar á Montezuma; y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, que estaba de allí obra de dos leguas, en unos pueblos y casas que me parece que se llamaban Tecuacinpacingo; y como les dieron la carta y dijeron nuestra embajada, la respuesta que les dió su capitan Xicotenga el mozo fué que fuésemos á su pueblo, adonde está su padre; que allá harían las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro dia de mañana veríamos su respuesta; y cuando Cortés y todos nosotros oimos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas é encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y á aquellos mensajeros halagó Cortés con blandas palabras, porque les pareció que habian perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornalles á enviar por mensajeros sobre la paz. Entonces se informó muy por extenso cómo y de qué manera estaba el capitan Xicotenga, y qué poderes tenia consigo, y les dijeron que tenia muy mas gente que la otra vez cuando nos dió guerra, porque traia cinco capitanes consigo, y que cada capitanía traia diez mil guerreros. Fué desta manera que lo contaba, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no habia del viejo padre del mismo capitan sino diez mil, y de la parte de otro gran cacique que se decia Masse-Escaci, otros diez mil, y de otro gran principal que se decia Chichimeca Tecle, otros tantos, y de otro gran cacique señor de Topeyanco, que se decia Tecapaneca, otros diez mil, é de otro cacique que se decia Guaxobcin, otros diez mil; por manera que eran á la cuenta cincuenta mil, y que habian de sacar su bandera y seña, que era un ave blanca, tendidas las alas como que queria volar, que parece como avestruz, y cada capitan con su divisa y librea; porque cada cacique así las tenia diferenciadas. Digamos ahora como en nuestra Castilla tienen los duques y condes; y todo esto que aquí he dicho tuvímoslo por muy cierto, porque ciertos indios de los que tuvimos presos, que soltamos aquel dia, lo decian muy claramente, aunque no eran creidos. Y cuando aquello vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los mas nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Juan Diaz, que toda la noche estuvieron en oir de penitencia y encomendándonos á Dios que nos librase no fuésemos vencidos; y desta manera pasamos hasta otro dia; y la batalla que nos dieron, aquí lo diré.

CAPITULO LXV.

De la gran batalla que hubimos con el poder de tlascaltecas, y quiso Dios nuestro Señor darnos vitoria, y lo que mas pasó.

Otro dia de mañana, que fueron 5 de setiembre de 1519 años, pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo é ayudasen lo que pudiesen, y apercebidos los ballesteros que con gran concierto gastasen el almacen, unos armando y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela que la estocada ó cuchillada que diésemos, que pasasen las entrañas, porque no se osasen juntar tanto como la otra vez, y el artillería bien apercebida iba; y como ya tenian aviso los de á caballo que se ayudasen unos á otros, y las lanzas terciadas, sin pararse á alancear sino por las caras y ojos, entrando y saliendo á media rienda, y que ningun soldado saliese del escuadron, y con nuestra bandera tendida, y cuatro compañeros guardando al alférez Corral. Así salimos de nuestro real, y no habiamos andado medio cuarto de legua, cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus divisas, y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí habia bien que escribir y ponello en relacion lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos; porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podia comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo, y en medio dellos cuatrocientos hombres; así era: todos los campos llenos dellos, y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes; y supimos de cierto que esta vez venian con pensamiento que no habian de dejar ninguno de nosotros á vida, que no habia de ser sacrificado á sus ídolos. Volvamos á nuestra batalla: pues como comenzaron á romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parva de varas, todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma

y las entrañas, adonde no hay defensa, y los de espada y rodela, y de otras mayores que espadas, como montantes y lanzas, ¡qué priesa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos! Puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y ballestas, que les haciamos harto daño, y á los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas, que les haciamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada; y los de á caballo estaban tan diestros y hacíanlo tan varonilmente, que, después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza. Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadron, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos á cerrar; tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, sino que á puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar; con que volvimos á ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho mal; y demás desto, no se sabian capitanear, porque no podian allegar todos los capitanes con sus gentes; y á lo que supímos, desde la otra batalla pasada habian tenido pendencias y rencillas entre el capitan Xicotenga con otro capitan hijo de Chichimeclatecle, sobre que decia el un capitan al otro que no lo habia hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimeclatecle respondió que muy mejor que él, y se lo haria conocer de su persona á la suya de Xicotenga; por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó á la capitanía de Guaxolcingo que no pelease. Y demás destó, desde la batalla pasada temian los caballos y tiros y espadas y ballestas y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar; y como el Xicotenga no era obedecido de dos capitanes, y nosotros les haciamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes; las cuales encubrian, porque, como eran muchos, en hiriéndolos á cualquiera de los suyos, luego le apañaban y le llevaban á cuestas; y así en esta batalla como en la pasada no podiamos ver ningun muerto; y como ya peleaban de mala gana, y sintieron que las capitanías de los dos capitanes por mí nombrados no les acudian, comenzaron á aflojar; porque, segun pareció, en aquella batalla matamos un capitan muy principal, que de los otros no los cuento; y comenzaron á retruerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podian ya tener de cansados; y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron mas de sesenta, y tambien hirieron á todos los caballos; á mí me dieron dos heridas, la una en la cabeza, de pedrada, y otra en un muslo, de un flechazo; mas no eran para dejar de pelear y velar y ayudar á nuestros soldados; y asimismo lo hacian todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habiamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera pocos quedaron que estuviesen sin heridas; y luego nos fuimos á nuestro real muy contentos y dando muchas gracias á Dios, y enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenian hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos decian; y derrocamos mucha tierra encima de la casa porque no oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos con el unto del indio que otras veces he dicho. ¡Oh que mal refrigerio teniamos, que aun aceite para curar heridas ni sal no habia! Otra falta teniamos, y grande, que era ropa para nos abrigar; que venia un viento tan frio de la sierra nevada, que nos hacía tiritar (aunque mostrábamos buen ánimo siempre), porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormímos con mas sosiego que la pasada, puesto que teniamos mucho recaudo de corredores y espías, velas y rondas. Y dejallo hé aquí, é diré lo que otro dia hicimos en esta batalla, y prendimos tres indios principales.

CAPITULO LXVI.

Cómo otro dia enviamos mensajeros á los caciques de Tlascala, rogándoles con la paz, y lo que sobre ello hicieron.

Después de pasada la batalla por mí contada, que prendimos en ella los tres indios principales, envióles luego nuestro capitan Cortés, y con los dos que estaban en nuestro real, que habian ido otras veces por mensajeros, les mandó que dijesen á los caciques de Tlascala que les rogábamos que vengan luego de paz y que nos dén pasada por su tierra para ir á Méjico, como otras veces les hemos enviado á decir, é que si ahora no vienen, que les matarémos todas sus gentes; y porque los queremos mucho y tener por hermanos, no les quisiéramos enojar si ellos no hubiesen dado causa á ello, y se les dijo muchos halagos para atraerlos á nuestra amistad; y aquellos mensajeros fueron de buena gana luego á la cabecera de Tlascala, y dijeron su embajada á todos los caciques por mí ya nombrados; los cuales hallaron juntos con otros muchos viejos y papas, y estaban muy tristes, así del mal suceso de la guerra como de la muerte de los capitanes parientes ó hijos suyos que en las batallas murieron, y dice que no les quisieron escuchar de buena gana; y lo que sobre ello acordaron, fué que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas, y otros que echaban suertes, que llaman tacalnagual, que son como hechiceros, y dijeron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes qué gente éramos, y si podriamos ser vencidos dándonos guerra de dia y de noche á la contina, y tambien para saber si éramos teules, así como lo decian los de Cempoal; que ya he dicho otras veces que son cosas malas, como demonios; é qué cosas comiamos, é que mirasen todo esto con mucha diligencia; y después que se juntaron los adivinos y hechiceros y muchos papas, y hechas sus adivinanzas y echadas sus suertes y todo lo que solian hacer, parece ser dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y de carne, y que comiamos gallinas y perros y pan y fruta cuando lo teniamos, y que no comiamos carnes de indios ni corazones de los que matábamos; porque, segun pareció, los indios amigos que traiamos de Cempoal les hicieron encreyente que éramos teules é que comiamos corazones

de indios, é que las bombardas echaban rayos como caen del cielo, é que el lebrel, que era tigre ó leon, y que los caballos eran para lancear á los indios cuando los queriamos matar; y les dijeron otras muchas niñerías. E volvamos á los papas: y lo peor de todo que les dijeron sus papas é adivinos fué que de dia no podiamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochecia se nos quitaban las fuerzas; y mas les dijeron los hechiceros, que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teniamos de dia hasta que se ponia el sol, y desque anochecia no teniamos fuerzas ningunas. Y cuando aquello oyeron los caciques, y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron á decir á su capitan general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes á nos dar guerra. El cual, como lo supo, juntó obra de diez mil indios, los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro real, y por tres partes nos comenzó á dar una mano de flechas y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas y montantes por otra parte; por manera que de repente tuvieron por cierto que llevarian algunos de nosotros para sacrificar; y mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venian, nos hallaron muy apercebidos; porque, como sintieron su gran ruido que traian á mata-caballo, vinieron nuestros corredores del campo y las espías á dar el arma, y como estábamos tan acostumbrados á dormir calzados y las armas vestidas y los caballos ensillados y enfrenados, y todo género de armas muy á punto, les resistimos con las escopetas y ballestas y á estocadas; de presto vuelven las espaldas, y como era el campo llano y hacia luna, los de á caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos muertos y heridos hasta veinte dellos; por manera que se vuelven con gran pérdida y muy arrepentidos de la venida de noche. Y aun oí decir que, como no les sucedió bien lo que los papas y las suertes y hechiceros les dijeron, que sacrificaron á dos dellos. Aquella noche mataron un indio de nuestros amigos de Cempoal, é hirieron dos soldados y un caballo, y allí prendimos cuatro dellos; y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias á Dios, y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, así como lo teniamos de costumbre; y desque amaneció, y nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguia, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados, que se habian muerto en las batallas y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce, y asimismo nuestro capitan Cortés tambien tenia calenturas, y aun el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas, que siempre traiamos á cuestas, y otras malas venturas de frios y falta de sal, que no la comiamos ni la hallábamos; y demás desto, dábanos qué pensar qué fin habriamos en aquestas guerras, é ya que allí se acabasen, qué seria de nosotros, adónde habiamos de ir; porque entrar en Méjico teniámoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas, y deciamos que cuando aquellos de Tlascala nos habian puesto en aquel punto, y nos hicieron creer nuestros amigos los de Cempoal que estaban de paz, que cuando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma, que ¿qué podriamos hacer? Y demás desto, no sabiamos de los que quedaron poblados en la Villa-Rica, ni ellos de nosotros; y como entre todos nosotros habia caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decia ni hacia sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el coronista Gómora diga: «Hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá;» dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, segun lo cuenta el Gómora en su Historia, no podia acudir á todas partes; bastaba que dijera que lo hacia como buen capitan, como siempre lo fué; y esto digo, porque después de las grandes mercedes que nuestro Señor nos hacia en todos nuestros hechos y en las vitorias pasadas y en todo lo demás, parece ser que á los soldados nos daba gracia y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dejemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho á nuestra historia, y digamos cómo todos á una esforzábamos á Cortés, y le dijimos que curase de su persona, que allí estábamos, y que con el ayuda de Dios, que pues habiamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algun buen fin era nuestro Señor servido de guardarnos; y que luego soltase los prisioneros y que los enviase á los caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz é se les perdonará todo lo hecho y la muerte de la yegua. Dejemos esto, y digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer; y á los mensajeros que ahora enviábamos les habló la doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos dias, les irémos á matar y destruir sus tierras, é irémos á buscarlos á su ciudad; y con estas resueltas palabras fueron á la cabecera donde estaba Xicotenga el viejo. Dejemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el coronista Gómora no escribe en su Historia ni hace mencion si nos mataban ó estábamos heridos, ni pasábamos trabajos ni adoleciamos, sino todo lo que escribe es como si lo halláramos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su Historia! Y á todos los conquistadores nos ha dado qué pensar en lo que ha escrito, no siendo así; y debia de pensar que cuando viésemos su Historia habiamos de decir la verdad. Olvidemos al coronista Gómora, y digamos cómo nuestros mensajeros fueron á la cabecera de Tlascala con nuestro mensaje; y paréceme que llevaron una carta, que aunque sabiamos que no la habian de entender, sino porque se tenia por cosa de mandamiento, y con ella una saeta; y hallaron á los dos caciques mayores que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondieron adelante lo diré.

CAPITULO LXVII.

Cómo tornamos á enviar mensajeros á los caciques de Tlascala para qué vengan de paz, y lo que sobre ello hicieron y acordaron.

Como llegaron á Tlascala los mensajeros que enviamos á tratar de las paces, y les hallaron que estaban en consulta los dos mas principales caciques, que se decian Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, padre del capitan general, que tambien se decia Xicotenga el mozo, otras muchas veces por mí nombrado, como les oyeron su embajada, estuvieron suspensos un rato que no hablaron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros, y luego enviaron á llamar á todos los mas caciques y capitanes que habia en sus poblaciones, y á los de una provincia que están junto con ellos, que se dice Guaxocingo, que eran sus amigos y confederados, y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Masse-Escaci y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fué desta manera, segun después supimos, aunque no las palabras formales: «Hermanos y amigos nuestros, ya habeis visto cuántas veces estos teules que están en el campo esperando guerras nos han enviado mensajeros á demandar paz, y dicen que nos vienen á ayudar y tener en lugar de hermanos; y asimismo habeis visto cuántas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal y luego los sueltan; bien veis cómo les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de dia como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes é hijos y parientes y capitanes; ahora de nuevo vuelven á demandar paz, y los de Cempoal, que traen en su compañía, dicen que son contrarios de Montezuma y sus mejicanos, y que les han mandado que no le dén tributo los pueblos de las sierras Totonaque ni los de Cempoal; pues bien se os acordará que los mejicanos nos dan guerra cada año, de mas de cien años á esta parte, y bien veis que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir á buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodon, que pocas mantas dello traemos; pues si salen ó han salido algunos de los nuestros á buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de mejicanos y sus confederados nos los matan ó hacen esclavos; ya nuestros tacalnaguas y adivinos y papas nos han dicho lo que sienten de sus personas destos teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino teules, de una manera y de otra les hagamos buena compañía, y luego vayan cuatro nuestros principales y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generacion tengamos parientes, pues segun dicen los embajadores que nos envian á tratar las paces, que traen mujeres entre ellos.» Y como oyeron este razonamiento, á todos los caciques les pareció bien, y dijeron que era cosa acertada, y que luego vayan á entender en las paces, y que se le envie á hacer saber á su capitan Xicotenga y á los demás capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar mas guerras, y les digan que ya tenemos hechas paces; y enviaron luego mensajeros sobre ello; y el capitan Xicotenga el mozo no los quiso escuchar á los cuatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces; y dijo que ya habia muerto muchos teules y la yegua, y que él queria dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar; la cual respuesta, desque la oyó su padre Xicotenga el viejo y Masse-Escaci y los demás caciques, se enojaron de manera, que luego enviaron á mandar á los capitanes y á todo su ejército que no fuesen con el Xicotenga á nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase si no fuese para hacer paces, y tampoco lo quiso obedecer; y cuando vieron la desobediencia de su capitan, luego enviaron los cuatro principales, que otra vez les habian mandado que viniesen á nuestro real y trujesen bastimento y para tratarlas paces en nombre de toda Tlascala y Guaxocingo; y los cuatro viejos por temor de Xicotenga el mozo no vinieron en aquella sazon; y porque en un instante acaecen dos y tres cosas, así en nuestro real como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que mas viene al propósito, dejaré de hablar de los cuatro indios principales que enviaron á tratar las paces, que aun no venian por temor de Xicotenga: en este tiempo fuimos con Cortés á un pueblo junto á nuestro real, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO LXVIII.

Cómo acordamos de ir á un pueblo que estaba cerca de nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como habia dos dias que estábamos sin hacer cosa que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejamos á Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro real, que le habiamos enviado á llamar de paz y no venia, que fuésemos una noche y diésemos sobre él, no para hacelles mal, digo matalles ni herilles ni traelles presos, mas de traer comida y atemorizalles ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian; y llámase este pueblo Zumpacingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos allí donde teniamos nuestro real, que se dice Tecodcungapacingo, que todo alrededor estaba muy poblado de casas é pueblos; por manera que una noche al cuarto de la modorra madrugamos para ir á aquel pueblo con seis de á caballo de los mejores, y con los mas sanos soldados y con diez ballesteros y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro capitan, puesto que tenia calenturas ó tercianas; dejamos el mejor recaudo que pudimos en el real. Antes que amaneciese con dos horas caminamos, y hacia un viento tan frio aquella mañana, que venia de la sierra nevada, que nos hacia temblar é tiritar, y bien lo sintieron los caballos que llevábamos, porque dos dellos se atorozonaron y estaban temblando; de lo cual nos pesó en gran manera, temiendo no muriesen; y Cortés mandó que se volviesen al real los caballeros dueños cuyos eran, á curar dellos; y como estaba cerca el pueblo, llegamos á él antes que fuese de dia; y como nos sintieron los naturales dél, fuéronse huyendo de sus casas, dando voces

mos á otros que se guardasen de los teules, que les íbamos á matar; que no se aguardaban padres á hijos; y como los vimos, hicimos alto en un patio hasta que fuera de dia, que no se les hizo daño ninguno; y como unos papas que estaban en unos cues, los mayores del pueblo y otros viejos principales vieron que estábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen á Cortés y le dicen que les perdonen porque no han ido á nuestro real de paz ni llevar de comer cuando los enviamos á llamar, y la causa ha sido que el capitan Xicotenga, que está de allí muy cerca, se lo ha enviado á decir que no lo dén; y porque de aquel pueblo y otros muchos le bastecen su real, é que tiene consigo todos los hombres de guerra y de toda la tierra de Tlascala; y Cortés les dijo con nuestras lenguas, doña Marina y Aguilar, que siempre iban con nosotros á cualquiera entrada que íbamos, y aunque fuese de noche, que no hubiesen miedo, y que luego fuesen á decir á sus caciques á la cabecera que vengan de paz, porque la guerra es mala para ellos; y envió á aquestos papas, porque de los otros mensajeros que habiamos enviado aun no teniamos respuesta ninguna sobre que enviaban á tratar las paces los caciques de Tlascala con los cuatro principales, que aun no habian venido; é aquellos papas de aquel pueblo buscaron de presto mas de cuarenta gallinas é gallos, y dos indias para moler tortillas, y las trujeron, y Cortés se lo agradeció, y mandó luego le llevasen veinte indios de aquel pueblo á nuestro real, y sin temor ninguno fueron con el bastimento, y se estuvieron en el real hasta la tarde, y se les dió contezuelas, con que volvieron muy contentos á sus casas é á todas aquellas caserías. Nuestros vecinos decian que éramos buenos, que no les enojábamos, y aquellos viejos y papas avisaron dello al capitan Xicotenga cómo habian dado la comida y las indias, y riñó mucho con ellos, y fueron luego á la cabecera á hacello saber á los caciques viejos; y como supieron que no les haciamos mal ninguno, y aunque pudiéramos matalles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviábamos á demandar paces, se holgaron y les mandaron que cada dia nos trujesen todo lo que hubiésemos menester, y tornaron otra vez á mandar á los cuatro principales, que otras veces les encargaron las paces, que luego en aquel instante fuesen á nuestro real y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban; y así, nos volvimos luego á nuestro real con el bastimento é indias y muy contentos; é quedarse há aquí, y diré lo que pasó en el real entre tanto que habiamos ido á aquel pueblo.

CAPITULO LXIX.

Cómo despues que volvimos con Cortés de Cimpacingo, hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió á ellas.

Vueltos de Cimpacingo, que así se dice, con bastimentos y muy contentos en dejallos de paz, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada dia estábamos en aquella guerra, y cuando llegamos avivaron mas las pláticas; y los que mas en ello hablaban é insistian, eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios; y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento de Cortés, y uno dellos, que habló por todos, que tenia buena expresiva, y aun tenia bien en la memoria lo que habia de proponer, dijo como á manera de aconsejarle á Cortés, que mirase cuál andábamos malamente heridos y flacos y corridos, y los grandes trabajos que teniamos, así de noche con velas y con espías, y rondas y corredores del campo, como de dia é de noche peleando; y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa-Rica que dejamos poblados; é que pues Dios nos habia dado vitoria en las batallas y rencuentros que desde que venimos en aquella provincia habiamos habido, y con su gran misericordia nos sustenía, que no le debiamos tentar tantas veces; é que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos habia metido en parte que no se esperaba; si no, que un dia ó otro habiamos de ser sacrificados á los ídolos; lo cual plega Dios tal no permita; é que seria bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estaríamos hasta que hiciésemos un navío que fuese á dar mandado á Diego Velazquez y á otras partes é islas para que nos enviasen socorro é ayudas, é que ahora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, ó que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello ni de cosa ninguna, por consejo de quien no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través; y que plegue á Dios que él y los que tal consejo le dieron no se arrepientan dello; y que ya no podiamos sufrir la carga, cuanto mas muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias; porque á las bestias que han hecho sus jornadas las quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de dia y de noche siempre andamos cargados de armas y calzados; y mas le dijeron, que mirase en todas las historias, así de romanos como las de Alejandro ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atrevieron á dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte y de la de todos nosotros. E que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviésemos á la Villa-Rica, pues estaba de paz la tierra; y que no se lo habian dicho hasta entonces porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teniamos cada dia por delante y en los lados; y pues ya no tornaban de nuevo, los cuales creian que volverian, y pues Xicotenga con su gran poder no nos ha venido á buscar aquellos tres dias pasados, que debe estar allegando gente, y que no debiamos aguardar otra como las pasadas; y le dijeron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decian algo como soberbios, puesto que iba á manera de consejo, les respondió muy mansamente, y dijo que bien conocido tenia muchas cosas de las que habian dicho, é que á lo que ha visto y tiene creido, que en el universo no hubiese otros españoles mas fuertes ni que con tanto ánimo hayan peleado ni pasado tan excesivos trabajos como nosotros; é que andar con las armas á cuestas á la continua, y velas,

rondas y fríos, que si así no lo hubiéramos hecho ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos y otros mayores habiamos de tomar; é dijo: «¿Para qué es, señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro Señor es servido ayudarnos? E que cuando se me acuerda vernos cercados de tantas capitanías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes y andar tan junto de nosotros, ahora me pone grima, especial cuando nos mataron la yegua de una cuchillada, cuán perdidos y desbaratados estábamos, y entonces conocí vuestro muy grandísimo ánimo mas que nunca; y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenia en él que así habia de ser de allí adelante, pues en todos estos peligros no me conoceríades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes.» Y tuvo razon de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. «He querido, señores, traeros esto á la memoria, que pues nuestro Señor fué servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desque entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la santa doctrina lo mejor que podemos, y les procuramos deshacer sus ídolos. Y pues que ya viamos que el capitan Xicotenga ni sus capitanías no parecian, y que de miedo no debian de osar volver, porque les debiéramos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podria juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenia confianza en Dios y en su abogado señor san Pedro, que era fenecida la guerra de aquella provincia; y ahora, como habeis visto, traen de comer los de Cimpacingo y quedan de paz, y estos nuestros vecinos que están por aquí poblados en sus casas; y que en cuanto dar con los navíos al través, fué muy bien aconsejado, y que si no llamó á alguno dellos al consejo, como á otros caballeros, fué por lo que sintió en el arenal, que no lo quisiera ahora traer á la memoria; y que el acuerdo y consejo que ahora le dan y el que entonces le dieron es todo de una manera y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el real que serán muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas á Dios, y seguillas en su santo servicio será mejor. Y á lo que, señores, decis, que jamás capitanes romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias que desto harán memoria, mucho mas que de los antepasados; pues, como he dicho, todas nuestras cosas en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don Cárlos, y aun debajo de su recta justicia y cristiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro Señor, y nos sosterná que vamos de bien en mejor. Así que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos atrás de paz, las piedras se levantarian contra nosotros; y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarian por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y á lo que decis de estar entre los amigos totonaques, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir á Mejico se levantarian contra nosotros, y la causa dello seria que, como les quitamos que no diesen tributo á Montezuma, enviaria sus poderes mejicanos contra ellos para que los tornasen á tributar y sobre ello dalles guerra, y aun les mandaria que nos la dén á nosotros; y ellos, por no ser destruidos, porque les temen en gran manera, lo pornian por la obra; así que, donde pensábamos tener amigos, serian enemigos; pues desque lo supiese el gran Montezuma que nos habiamos vuelto, ¿qué diria? En qué ternia nuestras palabras ni lo que le enviamos á decir? Que todo era cosa de burla ó juego de niños. Así que, señores, mal allá y peor acullá, mas vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano y todo bien poblado, y este nuestro real bien bastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias á Dios no falta de comer, si tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarecernos del frio. Y á lo que decis, señores, que se han muerto desde que salimos de la isla de Cuba cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, fríos, dolencias y trabajos, é que somos pocos, é todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos; porque vista cosa es que las guerras gastan hombres y caballos, y que unas veces comemos bien, y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere; por tanto os pido, señores, por merced, que pues sois caballeros y personas que antes habíades de esforzar á quien viésedes mostrar flaqueza, que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba y lo que allá dejais, y procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados; que después de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos.» Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volvieron aquellos soldados á repetir en la plática, y dijeron que todo lo que decia estaba bien dicho; mas que cuando salimos de la villa que dejábamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir á Méjico, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad y tanta multitud de guerreros, y que aquellos tlascaltecas decian que los de Cempoal eran pacíficos, y no habia fama dellos, como de los de Méjico; y habemos estado tan á riesgo nuestras vidas, que si otro dia nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podiamos tener de cansados, ya que no nos diesen mas guerras; que la ida de Méjico les parecia muy terrible cosa, y que mirase lo que decía y ordenaba. Y Cortés respondió, medio enojado, que valia mas morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados; y demás desto que Cortés les dijo, todos los mas soldados que le fuimos en alzar capitan y dimos consejo sobre dar al través con los navíos, dijimos en alta voz que no curase de corrillos ni de oir semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga, y así cesaron todas las pláticas; verdad es que murmuraban de Cortés é le maldecian, y aun de nosotros, que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos trujeron, y decian otras cosas no bien dichas; mas en tales tiempos se disimulaban. En fin, todos obedecieron muy bien. Y dejaré de hablar en esto, y diré cómo los caciques viejos de la cabecera de Tlascala enviaron otra vez mensajeros de nuevo á su capitan general Xicotenga, que en todo caso no nos dé

guerra, y que vaya de paz luego á nos ver y llevar de comer, porque así está ordenado por todos los caciques y principales de aquella tierra y de Guaxocingo; y tambien enviaron á mandar á los capitanes que tenia en su compañía que si no fuese para tratar paces, que en cosa ninguna le obedeciesen; y esto le tornaron á enviar á decir tres veces, porque sabian cierto que no les queria obedecer, y tenia determinado el Xicotenga que una noche habia de dar otra vez en nuestro real, porque para ello tenia juntos veinte mil hombres; y como era soberbio y muy porfiado, así ahora como las otras veces no quiso obedecer. Y lo que sobre ello hizo diré adelante.

CAPITULO LXX.

Cómo el capitan Xicotenga tenia apercebidos veinte mil hombres guerreros escogidos, para dar en nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, y todos los mas caciques de la cabecera de Tlascala enviaron cuatro veces á decir á su capitan que no nos diese guerra, sino que nos fuese á hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro real, y mandaron á los demás capitanes que con él estaban que no le siguiesen si no fuese para acompañarle si nos iba á ver de paz; como el Xicotenga era de mala condicion, porfiado y soberbio, acordó de nos enviar cuarenta indios con comida de gallinas, pan y fruta, y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagayos, y los indios que lo traian al parecer creimos que venian de paz; y llegados á nuestro real, zahumaron á Cortés, y sin hacer acato, como suelen entre ellos, dijeron: «Esto os envia el capitan Xicotenga, que comais si sois teules, como dicen los de Cempoal; é si quereis sacrificios, tomá esas cuatro mujeres que sacrifiqueis, y podeis comer de sus carnes y corazones; y porque no sabemos de qué manera lo haceis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros; y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta; y si sois teules mansos, aquí os traemos copal (que ya he dicho que es como incienso) y plumas de papagayos; haced vuestro sacrificio con ello.» Y Cortés respondió con nuestras lenguas que ya les habia enviado á decir que quieren paz y que no venia á dar guerra, y les venian á rogar y manifestar de parte de nuestro Señor Jesucristo, que es él en quien creemos y adoramos, y el emperador don Cárlos (cuyos vasallos somos), que no maten ni sacrifiquen á ninguna persona, como lo suelen hacer; y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no teules, sino cristianos, y que no tenemos costumbre de matar á ningunos; que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos dieron guerra de dia y de noche habia en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen se lo agradece, y que no sean mas locos de lo que han sido, y vengan de paz. Y parece ser aquellos indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espías para mirar nuestras chozas y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro real habia, y ranchos y caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza; y estuvieron aquel dia y la noche, y se iban unos con mensajes á su Xicotenga y venian otros; y los amigos que traíamos de Cempoal miraron y cayeron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de dia ni de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías, y tomaron dellos mas sospecha porque cuando fuimos á lo del pueblezuelo Cimpacingo, dijeron dos viejos de aquel pueblo á los de Cempoal, que estaba apercibido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entonces tuviéronlo por burla y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto no se lo habian dicho á Cortés; y súpolo luego doña Marina, y ella lo dijo á Cortés; y para saber la verdad mandó Cortés apartar dos de los tlascaltecas que parecian mas hombres de bien, y confesaron que eran espías de Xicotenga, y todo á la fin que venian; y Cortés les mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni mas ni menos confesaron que eran espías; y tomáronse otros dos ni mas ni menos, y mas dijeron, que estaba su capitan Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus capitanías en nosotros; y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el real para que estuviésemos muy alerta, creyendo que habia de venir, como lo tenian concertado; y luego mandó prender hasta diez y siete indios de aquellas espías, y dellos se le cortaron las manos y á otros los dedos pulgares, y los enviamos á su capitan Xicotenga, y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, é digan que venga cuando quisiere, de dia ó de noche; que allí le aguardaríamos dos dias, y que si dentro de los dos dias no viniese, que lo iríamos á buscar á su real; y que ya hubiéramos ido á les dar guerra y matalles, sino porque los queremos mucho, y que no sean mas locos, y vengan de paz; y como fueron aquellos indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que ya Xicotenga queria salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenian concertado; y como vió ir á sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaecido, y desde entonces perdió el brio y soberbia; y demás desto, ya se le habia ido del real una capitanía con toda su gente, con quien habia tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. Dejemos esto aquí, é pasemos adelante.

CAITULO LXXI.

Cómo vinieron á nuestro real los cuatro principales que habian enviado á tratar paces, y el razonamiento que hicieron, y lo que mas pasó.

Estando en nuestro real sin saber que habian de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, y estábamos entendiendo en aderezar armas y en hacer saetas, y cada uno en lo que habia menester para en cosas de la guerra; en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á gran priesa, y dijo que por el camino principal de Tlascala vienen muchos indios é indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen hácia nuestro real, é que el otro su compañero de á caballo, corredor del campo, está atalayando para ver á qué parte van; y estando en esto llegó el otro sú

compañero de á caballo, y dijo que muy cerca de allí venian derechos donde estábamos, y que de rato en rato hacian paradillas; y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fué, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas; y luego, de todas aquellas gentes que venian con las cargas se adelantaron cuatro principales que traian cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los caciques viejos; y haciendo señas de paz, que era bajar la cabeza, se vinieron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo y besaron la tierra, y hicieron tres reverencias y quemaron sus copales, y dijeron que todos los caciques de Tlascala y vasallos y aliados, y amigos y confederados suyos, se vienen á meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules que consigo estaban, y que los perdone porque no han salido de paz y por la guerra que nos han dado, porque creyeron y tuvieron por cierto que éramos amigos de Montezuma y sus mejicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venian con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos; y que con engaño y traiciones les querian entrar en su tierra, como lo tenian de costumbre, para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creian á los mensajeros que les enviábamos; y demás desto dijeron que los primeros indios que nos salieron á dar guerra así como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los chontales estomíes, que son gentes como monteses y sin razon; y que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos á manos y llevarnos presos á sus señores y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traian, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de allí á dos dias vendrá el capitan Xicotenga con otros caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlascala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubieron acabado su razonamiento bajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra; y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad é hizo del enojado, é dijo que, puesto que habia causas para no los oir ni tener amistad con ellos, porque desde que entramos por su tierra les enviamos á demandar paces y les envió á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de Méjico, é no lo quisieron creer y querian matar nuestros embajadores, y no contentos con aquello, nos dieron guerra tres veces, y de noche, y que tenian espias y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos; y no quise, y que los que murieron me pesa por ello, que ellos dieron causa á ello, y que tenian determinado de ir adonde están los caciques viejos á dalles guerra; que pues ahora vienen de paz de parte de aquella provincia, que él los recibe en nombre de nuestro rey y señor, y les agradece el bastimento que traen; y les mandó que luego fuesen á sus señores á les decir vengan ó envien á tratar las paces con mas certificacion; y si no vienen, que iriamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules para que diesen á los caciques en señal de paz; y se les amonestó que cuando viniesen á nuestro real fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos; y luego se fueron aquellos cuatro principales mensajeros, y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real las indias que traian para hacer pan, y gallinas y todo servicio, y veinte indios que les traigan agua y leña, y desde allí adelante los traian muy bien de comer; y cuando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias á Dios por ello, y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habria dellas, cual se puede colegir; y en los capítulos pasados dice el coronista Gómora que Cortés se subió en unas peñas, y que vió al pueblo de Cimpacingo; digo que estaba junto á nuestro real, que harto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por informacion. Digo que capitan nunca fué tan obedecido en el mundo, segun adelante lo verán; que tal por pensamiento no pasó á ningun soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fué cuando lo de los arenales, y las palabras que le decian en el capítulo pasado era por via de aconsejarle y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitan, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos; y quien viere su Historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII.

Cómo vinieron á nuestro real embajadores de Montezuma, gran señor de Méjico, y del presente que trajeron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fué servido darnos vitoria de aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fué á oidos del gran Montezuma á la gran ciudad de Méjico, y si antes nos tenian por teules, que son como sus ídolos, de allí adelante nos tenian en muy mayor reputacion y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra cómo, siendo nosotros tan pocos y los tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera que Montezuma, gran señor de Méjico, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlascala y á nuestro real para darnos el bien venido, y á decir que se habia holgado mucho de nuestra gran vitoria que hubimos contra tantos escuadrones de guerreros, y envió un presente, obra de mil pesos de oro, en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodon, y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia á Cor-

tés y á todos los teules sus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaba, y que viese cuánto queria de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro, plata y joyas y ropa, con tal que no fuésemos á Méjico; y esto que no lo hacia porque no fuésemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaria de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podria remediar tan bien como querria. Cortés le respondió y dijo que le tenia en merced la voluntad que mostraba y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su majestad el tributo que decia; y luego rogó á los mensajeros que no se fuesen hasta ir á la cabecera de Tlascala, y que allí los despacharia, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra; y no les quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del dia antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro real pasó.

CAPITULO LXXIII.

Cómo vino Xicotenga, capitan general de Tlascala, á entender en las paces, y lo que dijo, y lo que nos avino.

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, como dicho habemos, y queria reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro dia antes, viénenle á decir que venia el capitan Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traia consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y llegado al aposento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí; y dijo el Xicotenga que él venia de parte de su padre y de Masse-Escaci, y de todos los caciques y república de Tlascala, á rogarle que los admitiese á nuestra amistad; y que venia á dar la obediencia á nuestro rey y señor, y á demandar perdon por haber tomado armas y habernos dado guerra; y que si lo hicieron, que fué por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veniamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y roballes y saquealles, que así creyeron que lo queria hacer ahora; y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear; y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro ni plata, ni piedras ricas ni ropa de algodon, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscallo; y que si sus antepasados tenian algun oro ó piedras de valor, que al Montezuma se le habian dado cuando algunas veces hacian paces ó treguas porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen qué dar, que los perdone, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad; y dió muchas quejas de Montezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra, puesto que se habian defendido muy bien; y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, aunque se habian juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles; y que como conocieron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran señor emperador don Cárlos, porque tienen por cierto que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mujeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mejicanos; y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenia larga y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad; y Cortés les dió las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró, y dijo que él los recibia por tales vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros; y luego dijo el Xicotenga que nos rogaba fuésemos á su ciudad, porque estaban todos los caciques viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo; y Cortés le respondió que él iria presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensajeros, que él será allá; y tornó Cortés á decir algo mas áspero y con gravedad de las guerras que nos habian dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber emienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga y todos los principales que con él venian, respondieron á una que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes; y pasaron otras pláticas de Cortés á Xicotenga y de todos los mas principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y los mas caciques, y les mandó que dijesen que iria presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que he dicho estaban presentes los embajadores mejicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les habia de venir bien ninguno. Y desque se hubo despedido el Xicotenga, dijeron á Cortés los embajadores de Montezuma, medio riendo, que si creia algo de aquellos ofrecimientos é paces que habian hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla y que no los creyesen; que eran palabras muy de traidores y engañosas; que lo hacian para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar á su salvo darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos habian venido con todos sus poderes á matar, y como no pudieron, y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decian; é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se le da que dén guerra de dia que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad; que en tanto tenia lo uno co-

mo lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinacion, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis dias, porque querian enviar dos de sus compañeros á su señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis dias con respuesta; y Cortés se lo prometió, lo uno porque, como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso dellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces, porque eran tales, que habia que pensar en ellas; y como en aquella sazon vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra villa rica de la Veracruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitan de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron; en las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro señor Jesucristo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las vitorias y rencuentros desde que entramos en la provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello; y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habian dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento, y asimismo trujesen hostias de las que habiamos traido de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habian acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto; y en aquellos dias en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los indios de Cimpacingo y á los de las casas que estaban junto de nuestro real que encalasen un cu y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los caciques de Tlascala, que como vieron que no íbamos á su pueblo, ellos venian á nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada dia traian el bastimento que tenian en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad; y como estábamos aguardando á los mejicanos los seis dias, como les prometió, con palabras blandas les detenia; y luego, cumplido el plazo que habian dicho, vinieron de Méjico seis principales, hombres de mucha estima, y trujeron un rico presente, que envió el gran Montezuma, que fueron mas de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y ducientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores, y dijeron á Cortés cuando lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlascala á su pueblo ni se confiase dellos, que lo querian llevar allá para roballe oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodon no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos y nos envia aquel oro y joyas y mantas, lo procurarán de robar muy mejor; y Cortés recibió con alegria aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced y que él lo pagaria al señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavía quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlascala á decir á Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés y á todos nosotros para llevarnos á su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó á los embajadores mejicanos que aguardasen tres dias por los despachos para su señor, porque tenia al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada é paces que ahora tratan; y ellos dijeron que aguardarian. Y lo que los caciques viejos dijeron á Cortés se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Cómo vinieron á nuestro real los caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés y á todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los caciques viejos de toda Tlascala vieron que no íbamos á su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en hamacas é á cuestas, y otros á pié, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decian Masse-Escaci, Xicotenga el viejo é ciego, é Guaxolecima, Chichimeclatecle, Tecapaneca, de Topeyanco; los cuales llegaron á nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron á Cortés y á todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y díjole: «Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creimos que érades de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recebir á los caminos con muchos bastimentos, sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teniades vuestros acales (que son navíos); y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos caciques es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad, y allí os darémos de lo que tuviéremos, é os servirémos con nuestras personas y hacienda; y mirá, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te habrán dicho esos mejicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas; que en todo son falsos, y tenemos entendido que por causa dellos no has querido ir á nuestra ciudad.» Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo que bien sabia, desde muchos años antes que á estas sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, y que los mejicanos que allí estaban aguardaban respuestas para su señor Montezuma; é á lo que decian que fuésemos luego á su ciudad, y por el

bastimento que siempre traian é otros cumplimientos, que se lo agradecia mucho y lo pagaria en buenas obras; é que ya se hubiera ido si tuviera quien nos llevase los tepuzques, que son las bombardas; y como oyeron aquella palabra sintieron tanto placer, que en los rostros se conoceria, y dijeron: «Pues cómo, ¿por esto has estado, y no lo has dicho?» Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro dia muy de mañana comenzamos á marchar camino de la cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos y escopetas y ballesteros, y todos los demás, segun lo teniamos de costumbre; y habia rogado Cortés á los mensajeros de Montezuma que se fuesen con nosotros para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharia, y que en su aposento estarian porque no recibiesen ningun deshonor; porque, segun dijeron, temíanse de los tlascaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir cómo en tódos los pueblos por donde pasamos, ó en otros donde tenian noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche; y así, le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, así desta provincia como de la ciudad de Méjico, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venian embajadores ó pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mejicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitan de marina, y para mas breve le llamaron Malinche; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no habia para qué, porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche; y tambien quiero decir que, como entramos en tierra de Tlascala hasta que fuimos á su ciudad se pasaron veinte y cuatro dias, y entramos en ella á 23 de setiembre de 1519 años; y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO LXXV.

Cómo fuimos á la ciudad de Tlascala, y lo que los caciques viejos hicieron de un presente que nos dieron, y cómo trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba á ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recebir y para tener los aposentos muy enramados; é ya que llegábamos á un cuarto de legua de la ciudad, sálennos á recebir los mismos caciques que se habian adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tlascala habia cuatro parcialidades, sin las de Tecapaneca, señor de Tepoyanco, que eran cinco; y tambien vinieron de todos los lugares sus sugetos, y traian sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas y de buenas labores y pinturas, porque algodon no lo alcanzaban; y luego vinieron los papas de toda la provincia, que habia muchos por los grandes adoratorios que tenian, que ya he dicho que entre ellos se llama cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican; y traian aquellos papas braseros con brasas, y con sus inciensos zahumando á todos nosotros, y traian vestidos algunos dellos ropas muy largas á manera de sobrepellices, y eran blancas, y traian capillas en ellos, como que querian parecer á las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden desparcir si no se cortan, y llenos de sangre que les salian de las orejas, que en aquel dia se habian sacrificado; y abajaban las cabezas como á manera de humildad cuando nos vieron, y traian las uñas de los dedos de las manos muy largas; é oímos decir que aquellos papas tenian por religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegaron muchos principales acompañándole; y como entramos en lo poblado no cabian por las calles y azuteas, de tantos indios é indias que nos salian á ver con rostros muy alegres, y trujeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dieron á Cortés y á los demás soldados que les parecian capitanes, especial á los de á caballo; y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, y le meten en los aposentos, y allí tenian aparejado para cada uno de nosotros á su usanza unas camillas de esteras y mantas de nequen; y tambien se aposentaron los amigos que traiamos de Cempoal y de Cocotlan cerca de nosotros; y mandó Cortés que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento; y puesto que estábamos en tierra que viamos claramente que estaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, segun teniamos de costumbre; y parece ser que nuestro capitan, á quien cabia el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo á Cortés: «Parece, Señor, que están muy de paz, y no habemos menester tanta guarda ni estar tan recatados como solemos.» «Mirá, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir á encontrar con nosotros; que muchos capitanes por se confiar y descuidar fueron desbaratados, especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta.» Dejemos de hablar de tantos cumplimientos é órden como teniamos en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir cómo Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, que eran grándes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: «Malinche, ó tú nos tienes por enemigos ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros á tí; y esto te decimos porque vemos que así os velais y venis por los caminos apercebidos como cuando veniais á encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo haces por

las traiciones y maldades que los mejicanos te han dicho en secreto para que estés mal con nosotros: mira no los creas; que ya aquí estás y te darémos todo lo que quisieres, hasta nuestras personas y hijos, y morirémos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres y fuere tu voluntad.» Y Cortés y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decian; y Cortés les respondió con doña Marina que así lo tiene creido, é que no ha menester rehenes, sino ver sus muy buenas voluntades; y que en cuanto á venir apercebidos, que siempre lo teniamos de costumbre y que no lo tuviesen á mal; y por todos los ofrecimientos se lo tenia en merced y se lo pagaria el tiempo andando. Y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas y pan de maíz y tunas, y otras cosas de legumbres que habia en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente, que en veinte dias que allí estuvimos todo lo hubo sobrado; y entramos en esta ciudad á 23 dias del mes de setiembre de 1519 años; é quedaráse aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques, y de un presente que trujeron los caciques viejos.

Otro dia de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teniamos vino é hostias; la cual misa dijo el clérigo Juan Diaz, porque el padre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Masse-Escaci el viejo y Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le solíamos acompañar, y tambien los dos caciques viejos y nuestras lenguas, y díjole el Xicotenga que le querian traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo que cuando quisiesen; y luego tendieron unas esteras, y una manta encima, y trujeron seis ó siete pecezuelos de oro y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de nequen, que toda era muy pobre que no valia veinte pesos; y cuando lo daban, dijeron aquellos caciques riendo: «Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recebirás con buena voluntad; ya te hemos enviado á decir que somos pobres, é que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa dello es que esos traidores y malos de los mejicanos y Montezuma, que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuando soliamos tener paces y treguas, que les demandábamos porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te serémos;» y entonces tambien trujeron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dijo que en mas tenia aquello por ser de su mano y con la voluntad que se lo daban, que si le trujeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor; y parece ser tenian concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las mas hermosas que tenian, que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: «Malinche, porque mas claramente conozcais el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagais generacion, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, é quiérola para vos; y asimismo Masse-Escaci y todos los mas caciques dijeron que traerian sus hijas y que las recibiésemos por mujeres, y dijeron otros muchos ofrecimientos, y en todo el dia no se quitaban, así el Masse-Escaci como el Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego, de viejo, el Xicotenga, con la mano atentaba á Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro, y se la traia por todo el cuerpo; y Cortés les respondió á lo de las mujeres, que él y todos nosotros se lo teniamos en merced, y que en buenas obras se lo pagariamos el tiempo andando; y estaba allí presente el padre de la Merced, y Cortés le dijo: «Señor padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento á estos caciques para que dejen sus ídolos y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandarémos, por causa del gran temor que tienen á los mejicanos;» y el fraile dijo: «Señor, bien es; pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entonces habrá materia para ello, y dirá vuesamerced que no las quiere recebir hasta que prometan de no sacrificar: si aprovechare, bien; si no, harémos lo que somos obligados;» y así quedó para otro dia, y lo que se hizo se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII.

Cómo trujeron las hijas á presentar á Cortés y á todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo.

Otro dia vinieron los mismos caciques viejos, y trujeron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traian para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques, y dijo Xicotenga á Cortés: «Malinche, esta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella; tomadla para vos;» la cual le dió por la mano, y las demás que las diese á los capitanes; y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró dijo que él las recibia y tomaba por suyas, y que ahora al presente que las tuviesen en su poder sus padres; y preguntaron los mismos caciques que por qué causa no las tomábamos ahora; y Cortés respondió: «Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que me envió el Rey nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten mas hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es en un solo Dios verdadero;» y se les dijo otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe; y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertas en ello, que se les daba á entender muy bien; y se les mostró una imágen de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les dió á entender cómo aquella imágen es figura como la de nuestra Señora, que se dice Santa María, que está en los altos cielos, y es la Madre de nuestro Señor, que es aquel niño Jesus que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu Santo, quedando vírgen antes del parto y en el parto y después del parto; y

aquesta gran Señora ruega por nosotros á su Hijo precioso, que es nuestro Dios y Señor; y les dijo otras muchas cosas que se convenian decir sobre nuestra santa fe, y si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas, para tenellas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos, y crean y adoren en nuestro Señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irian; porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les harán prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas á los cielos á gozar de la gloria perdurable; y que si hacen los sacrificios que suelen hacer á aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarán á los infiernos, donde para siempre jamás arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les habia dicho otras cosas acerca de que dejasen los ídolos, en esta plática no se les dijo mas, y lo que respondieron á todo es, que dijeron: «Malinche, ya te hemos entendido antes de ahora; y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran Señora, que son muy buenos; mas mira: ahora venistes á estas nuestras tierras y casas; el tiempo andando entenderémos muy mas claramente vuestras cosas, y verémos cómo son, y harémos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? E ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos mozos y niños desta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente que los papas han ya hablado con nuestros teules, y le respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes soliamos hacer; si no, que á toda esta provincia destruirian con hambres, pestilencias y guerra;» así que, dijeron y dieron por respuesta que no curásemos mas de les hablar en aquella cosa, porque no los habian de dejar de sacrificar aunque los matasen. Y desque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced, que era entendido é teólogo: «Señor, no cure vuesamerced de mas les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe; ¿qué aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego á otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos;» y tambien le hablaron á Cortés tres caballeros, que fueron Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, y dijeron á Cortés: «Muy bien dice el Padre, y vuesamerced con lo que ha hecho cumple, y no se toque mas á estos caciques sobre el caso;» y así se hizo. Lo que les mandamos con ruegos fué, que luego desembarazasen un cu que estaba allí cerca y era nuevamente hecho, é quitasen unos ídolos, y lo encalasen y limpiasen para poner en él una cruz y la imágen de nuestra Señora; lo cual luego lo hicieron, y en él se dijo misa y se bautizaron aquellas cacicas, y se puso nombre á la hija del Xicotenga doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dió á Pedro de Albarado, y dijo á Xicotenga que aquel á quien la daba era su hermano y su capitan, y que lo hubiese por bien, porque seria dél muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello; y la hija ó sobrina de Masse-Escaci se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa; y paréceme que la dió á Juan Velazquez de Leon, y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval y á Alonso de Avila; y después desto hecho se les declaró á qué fin se pusieron dos cruces, é que era porque tienen temor dellas sus ídolos, y que á do quiera que estábamos de asiento ó dormiamos se ponen en los caminos; é á todo esto estaban muy atentos. Antes que mas pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se la dió á Pedro de Albarado, que así como se la dieron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba y le daban presentes y la tenian por su señora, y della hubo el Pedro de Albarado, siendo soltero, un hijo que se dijo don Pedro, é una hija que se dice doña Leonor, mujer que ahora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, é ha habido en ella cuatro ó cinco hijos muy buenos caballeros, y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala, y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascala, que era como rey. Dejemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de Méjico, y lo que sobre ello dijeron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Cortés preguntó á Masse-Escaci é á Xicotenga por las cosas de Méjico, y lo que en la relacion dijeron.

Luego Cortés apartó aquellos caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de Méjico; y Xicotenga, como era mas avisado y gran señor, tomó la mano á hablar, y de cuando en cuando lo ayudaba Masse-Escaci, que tambien era gran señor, y dijeron que tenia Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando queria tomar un gran pueblo ó hacer un asalto en una provincia, que ponia en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenia bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen de mas de cien años; y Cortés le dijo: «Pues con tanto guerrero como decís que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?» Y respondieron que, puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que tambien de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venian tan encubiertos, que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabian, que se apercebian con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendian é ofendian; é que, como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio estaban muy mal con los mejicanos, y traian dellos por fuerza á la

guerra, no pelean de buena voluntad; antes de los mismos tenian avisos, y que á esta causa les defendian sus tierras lo mejor que podian, y que donde mas mal les habia venido á la contina es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un dia, que se dice Cholula, que son grandes traidores, y que allí metia Montezuma secretamente sus capitanías; y como estaban cerca de noche, hacian salto y mas dijo Masse-Escaci, que tenia Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributan oro y plata, y plumas, y piedras y ropa de mantas y algodon, é indios é indias para sacrificar, y otros para servir; y que es tan gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas y piedras chalchihuites, que ha robado y tomado por fuerza á quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder; y luego contaron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mujeres que tenia, y como casaba algunas dellas, de todo daban relacion; y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera que es la laguna, y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y cómo entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y cómo en alzando cualquiera dellas se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad; y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de casa en casa sino es por unas puentes levadizas que tienen hechas, ó en canoas, y todas las casas son de azuteas, y en las azuteas tienen hechos como á maneras de mamparos, y pueden pelear desde encima dellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edificios, y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles; y luego contaron de la manera de las armas, que eran varas de á dos gajos, que tiraban con tiraderas que pasan cualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte que cortan mas que navajas, y rodelas y armas de algodon, y muchos honderos con piedras rollizas é otras lanzas muy largas y espadas de á dos manos de navajas, y trujeron pintados en unos paños grandes de nequen las batallas que con ellos habian habido y la manera del pelear; y como nuestro capitan y todos nosotros estábamos ya informados de todo lo que decian aquellos caciques, estorbó la plática y metiólos en otra mas honda, y fué que cómo ellos habian venido á poblar á aquella tierra, é de qué partes vinieron, que tan diferentes y enemigos eran de los mejicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras; y dijeron que les habian dicho sus antecesores que en los tiempos pasados que habia allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras, que los mataron peleando con ellos, y otros que quedaban se murieron; é para que viésemos qué tamaños é altos cuerpos tenian, trujeron un hueso ó zancarron de uno dellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarron era desde la rodilla hasta la cadera: yo me medí con él, y tenia tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y trujeron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra; y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra; y nuestro capitan Cortés nos dijo que seria bien enviar aquel gran hueso á Castilla para que lo viese su majestad, y así lo enviamos con los primeros procuradores que fueron; tambien dijeron aquellos mismos caciques, que sabian de aquellos sus antecesores que les habia dicho un su ídolo en quien ellos tenian mucho devocion, que vendrian hombres de las partes de hácia donde sale el sol y de léjas tierras á les sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y cuando trataron las paces se les acordó desto que les habia dicho su ídolo, que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes que les defiendan de los mejicanos; y cuando acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados, y deciamos si por ventura dicen verdad; y luego nuestro capitan Cortés les replicó, y dijo que ciertamente veniamos de hácia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el Rey nuestro señor á tenellos por hermanos, porque tienen noticia dellos, y que plegue á Dios nos dé gracia para que por nuestras manos é intercesion se salven; y dijimos todos: «Amen.» Hartos estarán ya los caballeros que esto leyeren de oir razonamientos y pláticas de nosotros á los de Tlascala, y ellos á nosotros; queria acabar, y por fuerza me he de detener en otras cosas que con ellos pasamos; y es que el volcan que está cabe Guaxocingo echaba en aquella sazon que estábamos en Tlascala mucho fuego, mas que otras veces solia echar; de lo cual nuestro capitan Cortés y todos nosotros, como no habiamos visto tal, nos admiramos dello; y un capitan de los nuestros, que se decia Diego de Ordás, tomóle codicia de ir á ver qué cosa era, y demandó licencia á nuestro general para subir en él; la cual licencia le dió, y aun de hecho se lo mandó; y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo, y los principales que consigo llevaba poníanle temor con decille que cuando estuviese á medio camino de Popocatepeque, que así se llamaba aquel volcan, no podria sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras y ceniza que dél sale, é que ellos no se atreverian á subir mas de hasta donde tienen unos cues de ídolos, que llaman los teules de Popocatepeque; y todavía el Diego de Ordás con sus dos compañeros fué su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su compañía se le quedaron en lo bajo; después el Ordás y los dos soldados vieron al subir que comenzó el volcan de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcan, y estuvieron quedos sin dar mas paso adelante hasta de allí á una hora, que sintieron que habia pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y subieron hasta la boca, que muy

redonda y ancha, y que habia en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parecia la gran ciudad de Méjico y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados; y está este volcan de Méjico obra de doce ó trece leguas; y después de bien visto, muy gozoso el Ordás, y admirado de haber visto á Méjico y sus ciudades, volvió á Tlascala con sus compañeros, y los indios de Guaxocingo y los de Tlascala se lo tuvieron á mucho atrevimiento, y cuando lo contaban al capitan Cortés y á todos nosotros, como en aquella sazon no habiamos visto ni oido, como ahora, que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscos, nos admirábamos entonces dello; y cuando fué Diego de Ordás á Castilla lo demandó por armas á su majestad, é así las tiene ahora un su sobrino Ordás que vive en la Puebla; y después acá desque estamos en esta tierra no le habemos visto echar tanto fuego ni con tanto ruido como al principio, y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de 1539 que echó muy grandes llamas y piedras y ceniza. Dejemos de contar del volcan, que ahora, que sabemos qué cosa es y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua y los de Guatemala, se podian haber callado los de Guaxocingo sin poner en relacion, y diré cómo hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes, y llenas de indios é indias que tenian dentro encarcelados é á cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir á cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas; y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos, lo primero que mandaba nuestro capitan era quebralles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros, y comunmente en todas estas tierras las tenian; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlascala, y se lo riñó bien enojado, y prometieron desde allí adelante que no matarian ni comerian de aquella manera mas indios. Dije yo que qué aprovechaban aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacian las mismas crueldades. Y dejémoslo así, y digamos cómo ordenamos de ir á Méjico.

CAPITULO LXXIX.

Cómo acordó nuestro capitan Hernando Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos á Méjico, y lo qué sobre ello pasó.

Viendo nuestro capitan que habia diez y siete dias que estábamos holgando en Tlascala, y oiamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados de quien sentia que le tenian buena voluntad, para ir adelante, y fué acordado que con brevedad fuese nuestra partida; y sobre este camino hubo en el real muchas pláticas de desconformidad, porque decian unos soldados que era cosa muy temerosa irnos á meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decian de los grandes poderes del Montezuma. Cortés respondió que ya no podiamos hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido fué ver al Montezuma, é que por demás eran ya otros consejos; y viendo que tan resueltamente lo decia, y sintieron los del contrario parecer que tan determinadamente se acordaba, y que muchos de los soldados ayudábamos á Cortés de buena voluntad con decir «Adelante en buen hora», no hubo mas contradicion; y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenian en Cuba haciendas; que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas á Dios, que las crió, y los cuerpos á heridas y trabajos hasta morir en servicio de nuestro Señor y de su majestad. Pues viendo Xicotenga y Masse-Escaci, señores de Tlascala, que de hecho queriamos ir á Méjico, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole que no curase de ir aquel camino, y que no se fiase poco ni mucho de Montezuma ni de ningun mejicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesías, ni aun de cuantos presentes le ha enviado ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de atraidorados; que en una hora se lo tornarian á tomar cuanto le habian dado, y que de noche y de dia se guardase muy bien dellos, porque tienen bien entendido que cuando mas descuidados estuviésemos nos darian guerra, y que cuando peleáremos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas, al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé consejo, y le dieron otros muchos avisos; y nuestro capitan les dijo que se lo agradecia el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dió al viejo Xicotenga y al Masse-Escaci y todos los mas caciques, y les dió mucha parte de la ropa fina de mantas que habia presentado Montezuma, y les dijo que seria bueno tratar paces entre ellos y los mejicanos para que tuviesen amistad, y trujesen sal y algodon y otras mercadurías; y el Xicotenga respondió que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los mejicanos, que so color de las paces les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen; é que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban á rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes; y estando platicando sobre el camino que habiamos de llevar para Méjico, porque los embajadores de Montezuma que estaban con nosotros, que iban por guías, decian que el mejor camino y mas llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiriamos servicios, y á todos nosotros nos pareció bien que fuésemos á aquella ciudad; y los caciques de Tlascala, como entendieron que queriamos ir por donde nos encaminaban los mejicanos, se entristecieron, y tornaron á decir que en todo caso fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Montezuma sus tratos dobles encubiertos; y por mas que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro capitan, con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula; lo uno, porque decian todos que era grande poblacion y muy bien torreada, y

de altos y grandes cues, y en buen llano asentada, y verdaderamente de léjos parecia en aquella sazon á nuestra gran Valladolid de Castilla la Vieja; y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos y tan á la mano á nuestros amigos los de Tlascala, y con intencion de estarnos allí hasta ver de qué manera podriamos ir á Méjico sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de mejicanos; si Dios nuestro Señor primeramente no ponia su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba y nos daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y despues de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula; y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros á les decir que cómo, estando tan cerca de nosotros, no nos enviaban á visitar y hacer aquel acato que son obligados á mensajeros, como somos, de tan gran rey y señor como es el que nos envió á notificar su salvacion; y que los ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad á nos ver, y dar la obediencia á nuestro rey y señor; si no, que los ternia por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenia envialles á decir sobre este caso, vinieron á hacer saber á Cortés cómo el gran Montezuma enviaba cuatro embajadores con presentes de oro, porque jamás, á lo que habiamos visto, envió mensaje sin presentes de oro, y lo tenia por afrenta enviar mensajeros si no enviaba con ellos dádivas; y lo que dijeron aquellos mensajeros diré adelante.

CAPITULO LXXX.

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales, hombres de mucha cuenta, con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á nuestro capitan.

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tlascala sobre nuestra partida y en las cosas de la guerra, viniéronle á decir que llegaron á aquel pueblo cuatro embajadores de Montezuma, todos principales, y traian presentes; y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, hiciéronle grande acato, y á todos los soldados que allí nos hallamos; y presentado su presente de ricas joyas de oro y de muchos géneros de hechuras, que valian bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante; y luego dijeron aquellos embajadores por parte de su señor Montezuma que se maravillaba mucho estar tantos dias entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando mas descuidados estuviésemos, de dia y de noche nos matarian por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego á su ciudad y que nos daria de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros mereciamos y él deseaba; y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaria proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacia Montezuma por sacarnos de Tlascala, porque supo que habiamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habian dado sus hijas á Malinche; porque bien tuvieron entendido que no les podia venir bien ninguna de nuestras confederaciones; y á esta causa nos cebaba con oro y presentes para que fuésemos á sus tierras, á lo menos porque saliésemos de Tlascala. Volvamos á decir de los embajadores, que los conocieron bien los de Tlascala, y dijeron á nuestro capitan que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba á tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias á los embajadores, con grandes caricias y señales de amor que les mostró, y les dió por respuesta que él iria muy presto á ver al señor Montezuma, y les rogó que estuviesen algunos dias allí con nosotros, que en aquella sazon acordó Cortés que fuesen dos de nuestros capitanes, personas señaladas, á ver y hablar al gran Montezuma, é ver la gran ciudad de Méjico y sus grandes fuerzas y fortalezas, é iban ya camino Pedro de Alberado y Bernardino Vazquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habian traido el presente, y otros embajadores del gran Montezuma de los que solian estar con nosotros fueron en su compañía; y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido y con calenturas, y harto tenia que curarme, no me acuerdo bien hasta dónde allegaron; mas de que supimos que Cortés habia enviado así á la ventura á aquellos caballeros, y se lo tuvimos á mal consejo y le retrujimos, y le dijimos que cómo enviaba á Méjico no mas de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen á llamar que no pasasen mas adelante; y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernardino Vazquez de Tapia ya habia adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron; y los embajadores con quien iban dieron relacion dello á su Montezuma, y les preguntó que qué manera de rostros y proporcion de cuerpos llevaban los dos teules que iban á Méjico, y si eran capitanes; y parece ser que les dijeron que el Pedro de Albarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en su persona, y que parecia como al sol y que era capitan; y demás desto, se lo llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara, y desde entonces le pusieron nombre el Tonacio, que quiere decir el sol, hijo del sol, y así le llamaron de allí adelante; y el Bernardino Vazquez de Tapia dijeron que era hombre robusto y de muy buena disposicion, que tambien era capitan; y al Montezuma le pesó porque se habian vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razon de comparallos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron á su señor Montezuma; porque el Pedro de Albarado era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, y así en el rostro como en el hablar en todo era agraciado, que parecia que estaba riendo, y el Bernardino Vazquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenia buena presencia; y desque volvieron á nuestro real, nos holgamos con ellos, y les deciamos que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejemos esta materia, pues no hace mucho á nuestra relacion, y diré de los mensajeros que Cortés envió á Cholula, y la respuesta que enviaron.

CAPITULO LXXXI.

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía á desculparse por no haber venido á Tlascala, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo envió nuestro capitan mensajeros á Cholula para que nos viniesen á ver á Tlascala; é los caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecióles que seria bien enviar cuatro indios de poca valía á desculpar é á decir que por estar malos no venian, y no trujeron bastimento ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta; y cuando vinieron aquellos mensajeros estaban presentes los caciques de Tlascala, é dijeron á nuestro capitan que para hacer burla dél y de todos nosotros enviaban los de Cholula aquelles indios, que eran macegales é de poca calidad. Por manera que Cortés les tornó á enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal á decir que viniesen dentro de tres dias hombres principales, pues estaban cuatro leguas de allí, é que si no venian, que los ternia por rebeldes; y que cuando vengan, que les quiere decir cosas que les convienen para salvacion de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenellos por amigos y hermanos, como son los de Tlascala, sus vecinos; y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso los procurariamos de descomplacer ni enojarles. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron que no habian de venir á Tlascala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos y de su señor Montezuma muchos males, y que vamos á su ciudad y salgamos de los términos de Tlascala; y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos á decir. Y viendo nuestro capitan que la excusa que decian era muy justa, acordamos de ir allá; y como los caciques de Tlascala vieron que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron á Cortés: «Pues que así quieres creer á los mejicanos, y no á nosotros, que somos tus amigos, ya te hemos dicho muchas veces que te guardes de los de Cholula y del poder de Méjico; y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, te tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía;» y Cortés les dió muchas gracias por ello, é consultó con todos nosotros que no seria bueno que llevásemos tantos guerreros á tierra que habiamos de procurar amistades, é que seria bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII.

Cómo fuimos á la ciudad de Cholula, y del gran recebimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos á marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, é íbamos con el mayor concierto que podiamos; porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas ó guerras nos apercebiamos muy mejor, é aquel dia fuimos á dormir á un rio que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente de piedra, é allí nos hicieron unas chozas é ranchos; y esa noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, á darnos el parabien venidos á sus tierras, y trujeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, é dijeron que en la mañana vendrian todos los caciques y papas á nos recebir é á que les perdonasen porque no habian salido luego; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar que se lo agradecia, así por el bastimento que traian como por la buena voluntad que mostraban; é allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos á caminar hácia la ciudad; é yendo por nuestro camino, ya cerca de la poblacion nos salieron á recebir los caciques y papas y otros muchos indios, é todos los mas traian vestidas unas ropas de algodon de hechura de marlotas, como las traian los indios capotecas; y esto digo á quien las ha visto y ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usan; é venian muy de paz y de buena voluntad, y los papas traian braseros con incienso, con que zahumaron á nuestro capitan é á los soldados que cerca dél nos hallamos. E parece ser aquellos papas y principales, como vieron los indios tlascaltecas que con nosotros venian, dijéronselo á doña Marina que se lo dijese á Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad; y como nuestro capitan lo entendió, mandó á los capitanes y soldados y el fardaje que reparásemos; y como nos vió juntos é que no caminaba ninguno, dijo: «Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula que demos un tiento con buenas palabras á estos caciques é papas, é veamos qué es su voluntad; porque vienen murmurando destos nuestros amigos de Tlascala, y tienen mucha razon en lo que dicen; é con buenas palabras les quiero dar á entender la causa porque veniamos á su ciudad. Y porque ya, señores, habeis entendido lo que nos han dicho los tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien dén la obediencia á su majestad, y esto me parece que conviene;» y luego mandó á doña Marina que llamase á los caciques y papas allí donde estaba á caballo, é todos nosotros juntos con Cortés; y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: «Malinche, perdonadnos porque no fuimos á Tlascala á te ver y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Masse-Escaci y Xicotenga é toda Tlascala, é porque han dicho muchos males de nosotros é del gran Montezuma, nuestro señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor de venir con armas á nuestra ciudad;» y que le piden por merced que les mande volver á sus tierras, ó á lo menos que se queden en el campo, é que no entren de aquella manera en su ciudad, é que nosotros que vamos mucho en buena hora. E como el capitan vió la razon que tenia, mandó luego á Pedro de Albarado é al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen á los tlascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas, é que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijesen la causa por que se mandaba, porque todos aquellos caciques y papas se temen dellos; é que cuan-

do hubiéremos de pasar de Cholula para Méjico que les enviaria á llamar, é que no lo hayan por enojo; y como los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecia que estaban mas sosegados, y les comenzó Cortés á hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando á muchos grandes príncipes y caciques, y que nos envió á estas tierras á les notificar y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpedades; é que por ser el camino por allí para Méjico, adonde vamos á hablar al gran Montezuma, y por no haber otro mas cercano, venimos por su ciudad, y tambien para tenellos por hermanos; é que pues otros grandes caciques han dado la obediencia á su majestad, que será bien que ellos la dén, como los demás. E respondieron que aun no habemos entrado en su tierra é ya les mandamos dejar sus teules, que así llaman á sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia á ese vuestro rey que decis, les place; y así, la dieron de palabra, y no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos á marchar para la ciudad, y era tanta la gente que nos salia á ver, que las calles é azuteas estaban llenas; é no me maravillo dello, porque no habian visto hombres como nosotros, ni caballos, y nos llevaron á aposentar á unas grandes salas, en que estuvimos todos é nuestros amigos los de Cempoal y los tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel dia é otro muy bien é abastadamente. E quedarse há aquí, y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO LXXXIII.

Cómo tenian concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recebido tan solenemente como habemos dicho, é ciertamente de buena voluntad, sino que, segun después pareció, envió á mandar Montezuma á sus embajadores que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula que con un escuadron de veinte mil hombres que envió Montezuma, que estuviesen apercebidos para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de dia nos acapillasen, é los que pudiesen llevar atados de nosotros á Méjico, que se los llevasen; é con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entonces les envió, é un atambor de oro; é á los papas de aquella ciudad que habian de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios á sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió estaban en unos ranchos é arcabuezos obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos á punto con sus armas, hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos é albarradas para que no pudiesen correr los caballos, y aun tenian unas casas llenas de varas largas y colleras de cueros, é cordeles con que nos habian de atar é llevarnos á Méjico. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés; é dejémoslo ahora, é volvamos á decir que, así como nos aposentaron como dicho hemos, é nos dieron muy bien de comer los dias primeros, é puesto que los viamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy apercebidos, por la buena costumbre que en ello teniamos, é al tercero dia ni nos daban de comer ni parecia cacique ni papa; é si algunos indios nos venian á ver, estaban apartados, que no llegaban á nosotros, é riéndose como cosa de burla; é como aquello vió nuestro capitan, dijo á doña Marina é Aguilar, nuestras lenguas, que dijese á los embajadores del gran Montezuma que allí estaban, que mandasen á los caciques traer de comer; é lo que traian era agua y leña, y unos viejos que lo traian decian que no tenian maíz, é que en aquel dia vinieron otros embajadores del Montezuma, é se juntaron con los que estaban con nosotros, é dijeron muy desvergonzadamente é sin hacer acato que su señor les enviaba á decir que no fuésemos á su ciudad, porque no tenia qué darnos de comer, é que luego se querian volver á Méjico con la respuesta; é como aquello vió Cortés, le pareció mal su plática, é con palabras blandas dijo á los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma, tener tantos acuerdos, é que les rogaba que no se fuesen, porque otro dia se querian partir para velle é hacer lo que mandase, y aun me parece que les dió unos sartalejos de cuentas; y los embajadores dijeron que sí aguardarian; y hecho esto, nuestro capitan nos mandó juntar, y nos dijo: «Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos;» é luego envió á llamar al Cacique é principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, é que enviase algunos principales; é respondió que estaba malo é que no podia venir él ni ellos; y como aquello vió nuestro capitan, mandó que de un gran cu que estaba junto de nuestros aposentos le trujésemos dos papas con buenas razones, porque habia muchos en él; trujimos dos dellos sin hacer deshonor, y Cortés les mandó dar á cada uno un chalchihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, é les dijo con palabras amorosas, que por qué causa el Cacique y principales é todos los mas papas están amedrentados, que los ha enviado á llamar y no habian querido venir; parece ser que el uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos, y tenia cargo é mando en todos los mas cues de aquella ciudad, que debia de ser á manera de obispo entre ellos, y le tenian gran acato; é dijo que los que son papas que no temian temor de nosotros; que si el cacique y principales no han querido venir, que él iria á les llamar, y que como él les hable, que tiene creido que no harán otra cosa y que vernán; é luego Cortés dijo que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen; é fué aquel papa é llamó al Cacique é principales, é luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, que por qué habian miedo é por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro dia por la mañana nos queriamos partir para Méjico á ver é hablar al señor Montezuma, é que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje é tepuzques, que son las bombardas; é tambien, que luego traigan comida; y el Cacique estaba tan cortado, que no acertaba á hablar, y dijo que la comida que la buscarian; mas que su señor Montezuma les ha enviado á mandar que no la diesen, ni



queria que pasásemos de allí adelante; y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron á Cortés que habian hallado junto adonde estábamos aposentados hechos hoyos en las calles é cubiertos con madera é tierra, que no mirando mucho en ello no se podria ver, é que quitaron la tierra de encima de un hoyo, que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, é que las azuteas que las tienen llenas de piedras é mamparos de adobes; y que ciertamente estaban de buen arte, porque tambien hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle; y en aquel instante vinieron ocho indios tlascaltecas de los que dejamos en el campo, que no entraron en Cholula, y dijeron á Cortés: «Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado á su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco dellos son niños, porque les dé vitoria contra vosotros; é tambien habemos visto que sacan todo el fardaje é mujeres é niños.» Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen á sus capitanes los tlascaltecas, que estuviesen muy aparejados si los enviásemos á llamar, y tornó á hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaria por ello; que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester; é dijéronle que sí darian así los hombres de guerra como los del fardaje; é demandaron licencia para irse luego á los apercebir, y muy contentos se fueron, porque creyeron que con los guerreros que habian de dar é con las capitanías de Montezuma que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos ó presos no podriamos escapar, por causa que no podrian correr los caballos; y por ciertos mamparos y albarradas, que dieron luego por aviso á los que estaban en guarnicion que hiciesen á manera de callejon que no pudiésemos pasar, y les avisaron que otro dia habiamos de partir, é que estuviesen muy á punto todos, porque ellos darian dos mil hombres de guerra; é como fuésemos descuidados, que allí harian su presa los unos y los otros, é nos podian atar; é que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habian hecho sacrificios á sus ídolos de guerra y les han prometido la vitoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que seria cierto; é volvamos á nuestro capitan, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pasaba; y dijo á doña Marina que llevase mas chalchihuis á los dos papas que habia hablado primero, pues no tenia miedo, é con palabras amorosas les dijese que les queria tornar á hablar Malinche, é que los trujese consigo; y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabia muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella; y Cortés les dijo que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos é principales, que no habian de mentir; é que lo que dijesen, que no seria descubierto por via ninguna, pues que otro dia nos habiamos de partir, é que les daria mucha ropa; é dijeron que la verdad es, que su señor Montezuma supo que íbamos á aquella ciudad, é que cada dia estaba en muchos acuerdos, é que no determinaba bien la cosa; é que unas veces les enviaba á mandar que si allí fuésemos que nos hiciesen mucha honra é nos encaminasen á su ciudad, é otras veces les enviaba á decir que ya no era su voluntad que fuésemos á Méjico; é que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Huichilóbos, en quien ellos tienen gran devocion, que allí en Cholula los matasen, ó llevasen atados á Méjico. E que habia enviado el dia antes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro desta ciudad é la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas, é que ya tienen aviso que os habeis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, é cómo tenian ya hechos conciertos que habian de quedar veinte de nosotros para sacrificar á los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto, Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no lo dijesen, porque si lo descubrian, que á la vuelta que volviésemos de Méjico los matarian; é que se querian ir muy de mañana, é que hiciesen venir todos los caciques para hablalles, como dicho les tiene; y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habiamos de hacer, porque tenia muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decian que seria bien torcer el camino é irnos para Guaxocingo, otros decian que procurásemos haber paz por cualquiera via que pudiésemos, y que nos volviésemos á Tlascala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarian otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é habia hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque mas la sentirian en sus casas que no en el campo, y que luego aperciblésemos á los tlascaltecas que se hallasen en ello. Y á todos pareció bien este postrer acuerdo, y fué desta manera: que ya que les habia dicho Cortés que nos habiamos de partir para otro dia, que hiciésemos que liábamos nuestro hato, que era harto poco, y que unos grandes patios que habia donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos, y les dijésemos que los malos de los cholultecas han querido hacer una traicion, y echar la culpa della á su señor Montezuma, é á ellos mismos como sus embajadores; lo cual no creiamos que tal mandase hacer, y que les rogábamos que se estuviesen en el aposento de nuestro capitan, é no tuviesen mas plática con los de aquella ciudad, porque no nos dén que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros á Méjico por guias; y respondieron que ellos ni su señor Montezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen; y aunque no quisieron, les pusimos guardas porque no se fuesen sin licencia y porque no supiese Montezuma que nosotros sabiamos que él era quien lo habia mandado hacer; é aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teniamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitanías,

así de mejicanos como de cholultecas, aquella noche habian de dar sobre nosotros; y una india vieja, mujer de un cacique, como sabia el concierto y trama que tenian ordenado, vino secretamente á doña Marina, nuestra lengua, y como la vió moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella á su casa si queria escapar la vida, porque ciertamente aquella noche ó otro dia nos habian de matar á todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad y los mejicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros á vida, ó nos llevasen atados á Méjico; y porque sabe esto, y por mancilla que tenia de la doña Marina, se lo venia á decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella á su casa, y que allí la casaria con un su hijo, hermano de otro mozo que traia la vieja, que la acompañaba. E como lo entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: «¡Oh madre, qué mucho tengo que agradeceros eso que me decis! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardeis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos irémos; que ahora ya veis que estos teules están velando, y sentirnos han;» y la vieja creyó lo que la decia, y quedóse con ella platicando, y le preguntó que de qué manera nos habian de matar, é cómo é cuándo se hizo el concierto; y la vieja se lo dijo ni mas ni menos que lo habian dicho los dos papas; é respondió la doña Marina: «Pues ¿cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos á saber?» Dijo que su marido se lo habia dicho, que es capitan de una parcialidad de aquella ciudad, y como tal capitan está ahora con la gente de guerra que tiene á cargo, dando órden para que se junten en las barrancas con los escuadrones del gran Montezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarian; y que esto del concierto que lo sabia tres dias habia, porque de Méjico enviaron á su marido un atambor dorado, é á otras tres capitanías tambien les envió ricas mantas y joyas de oro, porque nos llevasen á todos á su señor Montezuma; y la doña Marina, como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: «¡Oh cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo con quien me quereis casar es persona principal! Mucho hemos estado hablando; no querria que nos sintiesen: por eso, madre, aguardad aquí, comenzaré á traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto; é vos é vuestro hijo, mi hermano, lo guardaréis, y luego nos podrémos ir;» y la vieja todo se lo creia, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo; y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitan Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india; la cual luego la mandó traer ante él, y la tornó á preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni mas ni menos que los papas, y le pusieron guardas porque no se fuese; y cuando amaneció era cosa de ver la priesa que traian los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito é redes; é trujeron mas indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado; é por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy á punto para lo que se habia de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos á la puerta del gran patio para no dejar salir á ningun indio de los que estaban con armas, y nuestro capitan tambien estaba á caballo, acompañado de muchos soldados para su guarda; y cuando vió que tan de mañana habian venido los caciques y papas y gente de guerra, dijo: «¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor;» y preguntó por los dos papas que habian descubierto el secreto, y le dijeron que estaban á la puerta del patio con otros caciques que querian entrar, y mandó Cortés á Aguilar, nuestra lengua, que les dijesen que se fuesen á sus casas, é que ahora no tenian necesidad dellos; y esto fué por causa que, pues nos hicieron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen; é como Cortés estaba á caballo, é doña Marina junto á él, comenzó á decir á los caciques é papas que, sin hacelles enojo ninguno, á qué causa nos querian matar la noche pasada. E que si les hemos hecho ó dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, mas de amonestalles las cosas que á todos los mas pueblos por donde hemos venido les decimos, que no sean malos ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos ni coman las carnes de sus prójimos; que no sean sométicos é que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes á nuestra santa fe, y esto sin apremialles en cosa ninguna; é á qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias como colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran cu, é por qué han hecho de tres dias acá albarradas en las calles é hoyos é pertrechos en las azuteas, é por qué han sacado de su ciudad sus hijos é mujeres y hacienda; é que bien se ha parecido su mala voluntad y las traiciones, que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burla traian agua y leña, y decian que no habia maíz; y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habíamos de ir por aquel camino á Méjico, para hacer la traicion que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra que esta noche se ha juntado con ellos; que pues en pago de que los venian á tener por hermanos é decilles lo que Dios nuestro Señor y el Rey manda, nos querian matar é comer nuestras carnes, que ya tenian aparejadas las ollas con sal é ají é tomates; que si esto querian hacer, que fuera mejor nos dieran guerra como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hicieron sus vecinos los tlascaltecas; é que sabe por muy cierto lo que tenian concertado en aquella ciudad y aun prometido á su ídolo abogado de la guerra, y que le habian de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches antes ya pasadas que le sacrificaron siete indios porque les diese vitoria, la cual les prometió; é como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros; y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por la obra, han de caer sobre ellos; y esta razon se lo decia doña Marina, y se lo daban muy bien á entender; y como lo oyeron los papas y ca-

ciques y capitanes, dijeron que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los embajadores de Montezuma lo ordenaron por mandado de su señor. Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes reales que no queden sin castigo, é que por su delito que han de morir; é luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teniamos apercebida para aquel efecto, y se les dió una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos; y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los tlascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles, donde los cholultecas tenian otras capitanías defendiéndolas porque no les entrásemos, y de presto fueron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podiamos detener; y otro dia vinieron otras capitanías de las poblaciones de Tlascala, y les hacian grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula; y como aquello vimos, así Cortés como los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos á los tlascaltecas que no hiciesen mas mal; y Cortés mandó á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí que le trujesen todas las capitanías de Tlascala para les hablar, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente y se estuviesen en el campo, y así lo hicieron, que no quedó con nosotros sino los de Cempoal; y en aqueste instante vinieron ciertos caciques y papas cholultecas que eran de otros barrios, que no se hallaron en las traiciones, segun ellos decian (que, como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí), y rogaron á Cortés y á todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenian ordenadas, pues los traidores habian pagado con las vidas; y luego vinieron los dos papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del capitan que queria ser suegra de doña Marina (como ya he dicho otra vez), y todos rogaron á Cortés fuesen perdonados. Y Cortés cuando se lo decian mostró tener grande enojo, y mandó llamar á los embajadores de Montezuma que estaban detenidos en nuestra compañía, y dijo que, puesto que toda aquella ciudad merecia ser asolada y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto á su señor Montezuma, cuyos vasallos son, los perdona, é que de allí adelante que sean buenos, é no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los caciques de Tlascala que estaban en el campo, é les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habian cautivado, que bastaban los males que habian hecho. Y puesto que se les hacia de mal de volvello, é decian que de muchos mas daños eran merecedores por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido, por mandallo Cortés volvieron muchas personas; mas ellos quedaron desta vez ricos, así de oro é mantas, é algodon y sal é esclavos. Y demás desto, Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que á lo que después vi é entendí, jamás quebraron las amistades; é mas les mandó á todos los papas é caciques cholultecas que poblasen su ciudad é que hiciesen tiangues é mercados, é que no hubiesen temor, que no se les haria enojo ninguno; y respondieron que dentro en cinco dias harian poblar toda la ciudad, porque en aquella sazon todos los mas vecinos estaban amontados, é dijeron que temian que Cortés les nombrase cacique, porque el que solia mandar fué uno de losque murieron en el patio. E luego preguntó que á quién le venia el cacicazgo, é dijeron que á un su hermano; al cual luego le señaló por gobernador, hasta que otra cosa fuese mandada. Y demás desto, desque vió la ciudad poblada y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los papas y capitanes con los demás principales de aquella ciudad, y se les dió á entender muy claramente todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que dejasen de adorar ídolos, y no sacrificasen ni comiesen carne humana, ni se robasen unos á otros, ni usasen las torpedades que solian usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos y no dicen verdad, é que tuviesen memoria que cinco dias habia de las mentiras que les prometieron que les darian vitoria cuando sacrificaron las siete personas, é cómo todo cuanto dicen á los papas é á ellos es todo malo, é que les rogaba que luego los derrocasen é hiciesen pedazos, é si ellos no querian, que nosotros los quitariamos, é que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una cruz. Lo de la cruz luego lo hicieron, y respondieron que quitarian los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entonces dijo el padre de la Merced á Cortés que era por demás á los principios quitalles sus ídolos, hasta que vayan entendiendo mas las cosas, y ver en qué paraba nuestra entrada en Méjico, y el tiempo nos diria lo que habiamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les habia hecho, y ponelles la cruz. Dejaré de hablar desto, y diré cómo aquella ciudad está asentada en un llano y en parte é sitio donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlascala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo é otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro; y es tierra de maíz é otras legumbres, é de mucho ají, y toda llena de maijales, que es de lo que hacen el vino, é hacen en ella muy buena loza de barro colorado é prieto é blanco, de diversas pinturas, é se bastece della Méjico y todas las provincias comarcanas, digamos ahora como en Castilla lo de Talavera ó Palencia. Tenia aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran cues é adoratorios donde estaban sus ídolos, especial el cu mayor era de mas altor que el de Méjico, puesto que era muy suntuoso y alto el cu mejicano, y tenia otros cien patios para el servicio de los cues; y segun entendimos, habia allí un ídolo muy grande, el nombre dél no me acuerdo, mas entre ellos tenian gran devocion y venian de muchas partes á le sacrificar, en tener como á manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenian. Acuérdome que cuando en aquella ciudad entramos, que cuando vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid. Dejemos de hablar desta ciudad y todo lo acaecido en ella, y digamos cómo los escuadrones que habia enviado el gran Montezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenian hechos mamparos y callejones para que no

pudiesen correr los caballos, como lo tenian concertado, como ya otra vez he dicho; é como supieron lo acaecido, se vuelven mas que de paso para Méjico, y dan relacion á su Montezuma segun y de la manera que todo pasó; y por presto que fueron, ya teniamos la nueva de dos principales que con nosotros estaban, que fueron en posta; y supimos muy de cierto que cuando lo supo Montezuma que sintió gran dolor y enojo, é que luego sacrificó ciertos indios á su ídolo Huichilóbos, que le tenian por dios de la guerra, porque les dijese en qué habia de parar nuestra ida á Méjico, ó si nos dejaria entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos dias, juntamente con diez papas los mas principales, y hubo respuesta de aquellos ídolos que tenian por dioses, y fué que le aconsejaron que nos enviase mensajeros á disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos deje entrar en Méjico, y que estando dentro, con quitarnos la comida é agua, ó alzar cualquiera de las puentes, nos mataria, y que en un dia, si nos daba guerra, no quedaria uno de nosotros á vida, y que allí podria hacer sus sacrificios, así al Huichilóbos, que les dió esta respuesta, como á Tezcatecupa, que tenian por dios del infierno, é se hartarian de nuestros muslos y piernas y brazos, y de las tripas y el cuerpo y todo lo demás hartarian las culebras y serpientes é tigres que tenian en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dejemos de hablar de lo que Montezuma sintió de lo sobredicho, y digamos cómo esta cosa ó castigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva-España. Y si de antes teniamos fama de esforzados, y habian sabido de las guerras de Potonchan y Tabasco y de Cingapacinga y lo de Tlascala, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses ó cosas malas, desde allí adelante nos tenian por adivinos, y decian que no se nos podria encubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos letores de oir esta relacion de Cholula, é ya quisiera habella acabado de escribir. Y no puedo dejar de traer aquí á la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos; las cuales tenian llenas de indios y muchachos á cebo, para sacrificar y comer sus carnes; las cuales redes quebramos, y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó á los capitanes y papas de aquella ciudad que no tuviesen mas indios de aquella manera ni comiesen carne humana, y así lo prometieron. Mas ¿qué aprovechaban aquellos prometimientos, que no lo cumplian? Pasemos ya adelante, y digamos que aquestas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas; porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo. Y tambien quiero decir que unos buenos religiosos franciscos, que fueron los primeros frailes que su majestad envió á esta Nueva-España despues de ganado Méjico, segun adelante diré, fueron á Cholula para saber y pesquisar é inquirir cómo y de qué manera pasó aquel castigo, é por qué causa, é la pesquisa que hicieron fué con los mismos papas é viejos de aquella ciudad; y después de bien sabido dellos mismos, hallaron ser ni mas ni menos que en esta mi relacion escribo; y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, segun los escuadrones y capitanías tenian de guerreros mejicanos y de los naturales de Cholula, é albarradas é pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva-España no se ganara tan presto ni se atreviera á venir otra armada, é ya que viniera, fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos; y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oido decir á un fraile francisco de buena vida, que se decia fray Toribi. Montelmea, que si se pudiera excusar aquel castigo, y ellos no dieran causa á que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo, que fué bueno para que todos los indios de todas las provincias de la Nueva-España viesen y conociesen que aquellos ídolos y los demás son malos y mentirosos, y que viendo que lo que les habia prometido salió al revés, que perdiesen la devocion que antes tenian con ellos, y que desde allí en adelante no le sacrificaban ni venian en romería de otras partes, como solian; y desde entonces no curaron mas dél, y le quitaron del alto cu donde estaba, y lo escondieron é quebraron, que no pareció mas, y en su lugar habian puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que mas adelante hicimos.

CAPITULO LXXXIV.

De ciertas pláticas é mensajeros que enviamos al gran Montezuma.

Como habian ya pasado catorce dias que estábamos en Cholula, y no teniamos en qué entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada, é hacian mercados, é habiamos hecho amistades entre ellos y los de Tlascala, é les teniamos puesto una cruz é amonestádoles las cosas tocantes á nuestra santa fe, y viamos que el gran Montezuma enviaba á nuestro real espías encubiertamente á saber é inquirir qué era nuestra voluntad, é si habiamos de pasar adelante para ir á su ciudad, porque todo lo alcanzaba á saber muy enteramente por dos embajadores que estaban en nuestra compañía; acordó nuestro capitan de entrar en consejo con ciertos capitanes é algunos soldados que sabia que le tenian buena voluntad, y porque, demás de ser muy esforzados, eran de buen consejo; porque ninguna cosa hacia sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fué acordado que blanda y amorosamente enviásemos á decir al gran Montezuma que para cumplir con lo que nuestro rey y señor nos envió á estas partes, hemos pasado muchos mares é remotas tierras, solamente para le ver é decille cosas que le serian muy provechosas cuando las haya entendido; que viniendo que veniamos camino de su ciudad, porque sus embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos; é que dos dias, los primeros que en ella entramos, nos recibieron muy bien, é para otro dia tenian ordenada una traicion, con pensamiento de matarnos; y porque somos hombres que tenemos tal calidad, que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traicion ni maldad que contra nosotros quieran hacer, que luego no la sepamos; é que por esta causa castigamos á algu-

nes de los que querian ponerlo por obra. E que porque supo que eran sus sujetos, teniendo respeto á su persona y á nuestra gran amistad, dejó de matar y asolar todos los que fueron en pensar en la traicion; y lo peor de todo es, que dijeron los papas é caciques que por consejo é mandado dél y de sus embajadores lo querian hacer; lo cual nunca creimos, que tan gran señor como él es tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo; y tenemos colegido de su persona que, ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusiesen de darnos guerra, que seria en el campo; mas en tanto teníamos que pelease en campo como en poblado, que de dia que de noche, porque los matariamos á quien tal pensase hacer. Mas como lo tiene por grande amigo y le desea ver y hablar, luego nos partimos para su ciudad á dalle cuenta muy por entero de lo que el Rey nuestro señor nos mandó. Y como el Montezuma oyó esta embajada, y entendió que por lo de Cholula no le poniamos culpa, oimos decir que tornó á entrar con sus papas en ayunos é sacrificios que hicieron á sus ídolos, para que se tornase á retificar que si nos dejaria entrar en su ciudad ó no, y si se lo tornaba á mandar, como le habia dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó á dar fué como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataria á su voluntad. Y mas le aconsejaron sus capitanes y papas, que si ponia estorbo en la entrada, que le hariamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo, como teniamos, por amigos á los tlascaltecas y todos los totonaques de la sierra, é otros pueblos que habian tomado nuestra amistad, y por excusar estos males, que mejor y mas sano consejo es el que les ha dado su Huichilóbos. Dejemos de mas decir de lo que Montezuma tenia acordado, é diré lo que sobre ello hizo, y cómo acordamos de ir camino de Méjico, y estando de partida llegaron mensajeros de Montezuma con un presente, y lo que envió á decir.

CAPITULO LXXXV.

Cómo el gran Montezuma envió un presente de oro, y lo que envió á decir, y cómo acordamos ir camino de Méjico, y lo que mas acaeció.

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilóbos é papas é capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad, é que allí nos matarian á su salvo. Y después que oyó las palabras que le enviamos á decir acerca de nuestra amistad, é tambien otras razones bravosas, cómo somos hombres que no se nos encubre traicion que contra nosotros se trate, que no lo sepamos, y que en lo de la guerra, que eso se nos da que sea en el campo ó en poblado, que de noche ó de dia, ó de otra cualquier manera; é como habia entendido las guerras de Tlascala, é habia sabido lo de Potonchan é Tabasco é Cingapacinga, é agora lo de Cholula, estaba asombrado y aun temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdria, á lo que juzgaban, sobre dos mil pesos, y tambien envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primas labores; é cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato, como entre ellos se usa, dijeron: «Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envia este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene é á todos vuestros hermanos, é que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, é quisiera que los castigaras mas en sus personas, que son malos y mentirosos, é que las maldades que ellos querian hacer, le echaban á él la culpa é á sus embajadores; é que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo, é qué vamos á su ciudad cuando quisiéremos, que puesto que él nos quiere hacer mucha honra, como á personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, é porque no tiene que nos dar de comer, que á la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podia hacer tan cumplidamente; mas que él procurará de hacernos toda la mas honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habiamos de pasar, que él ha mandado que nos dén lo que hubiéremos menester;» é dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, é abrazó á los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos, é todos nuestros capitanes é soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, é mandarnos que vamos á su ciudad, porque de dia en dia lo estábamos deseando todos los mas soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos, é habiamos venido dos veces á descubrir primero que Cortés. Dejemos esto, y digamos cómo el capitan les dió buena respuesta y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente, para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta á su señor, y les avisaron que ya íbamos camino. Y después que aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tlascala, que se decian Xicotenga el viejo é ciego, y Masse-Escaci, los cuales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, é enviaron á decir á Cortés que ya le habian dicho muchas veces que mirase lo que hacia, é se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde habia tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros; porque un dia ó otro nos darian guerra, é temian que no podriamos salir con las vidas; é que por la buena voluntad que nos tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres con capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no era justo entrar en Méjico con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente habia menester mil hombres para llevar los tepuzques é fardaje é para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro, que llevábamos; y luego despacharon los mil indios muy apercebidos; é ya que estábamos muy á punto para caminar, vinieron á Cortés los caciques é todos los mas principales guerreros de Cempoal que andaban en nuestra compañía, y nos sirvieron muy bien y lealmente, é dijeron que se querian volver á Cempoal, y que no pasarian de Cholula adelante para ir á Méjico, porque cierto temian que si allá iban, que habian de

morir ellos y nosotros, é que el gran Montezuma los mandaria matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitalle la obediencia é en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores cuando hubo la rebelion ya por mí otra vez escrita en esta relacion. Y como Cortés les vió que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con doña Marina é Aguilar que no hubiesen temor ninguno de que recibirian mal ni daño, é que, pues iban en nuestra compañía, que ¿quién habia de ser osado á los enojar á ellos ni á nosotros? E que les rogaba que mudasen su voluntad é que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haria ricos; é por mas que se lo rogó Cortés, é doña Marina se lo decia muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querian volver; é como aquello vió Cortés, dijo: «Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza á esos indios que tan bien nos han servido;» y mandó traer muchas cargas de mantas ricas, é se las repartió entre todos, é tambien envió al cacique gordo, nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran cacique, y escribió al tiniente Juan de Escalante, que dejábamos por capitan, y era en aquella sazon alguacil mayor, todo lo que nos habia acaecido, y cómo ya íbamos camino de Méjico, é que mirase muy bien por todos los vecinos, é se velase, que siempre estuviese de dia é de noche con gran cuidado; que acabase de hacer la fortaleza, é que á los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra mejicanos, y no les hiciese agravio, ni ningun soldado de los que con él estaban; y escritas estas cartas, y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir de nuestro camino muy apercebidos.

CAPITULO LXXXVI.

Cómo comenzamos á caminar para la ciudad de Méjico, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió á decir.

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teniamos de costumbre, los corredores del campo á caballo descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algun paso malo ó embarazo hubiese se ayudasen los unos á los otros, é nuestros tiros muy á punto, é escopetas é ballesteros, é los de á caballo de tres en tres para que se ayudasen, é todos los mas soldados en gran concierto. No sé yo para qué lo traigo tanto á la memoria, sino que en las cosas de la guerra por fuerza hemos de hacer relacion dello, para que se vea cuál andábamos la barba sobre el hombro. E así caminando, llegamos aquel dia á unos ranchos que están en una como sierrezuela, que es poblacion de Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula; y allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, é eran amigos é confederados de los de Tlascala, y tambien vinieron otros pueblezuelos que están poblados á las haldas del volcan, que confinan con ellos, y trujeron todos mucho bastimento y un presente de joyas de oro de poca valía, y dijeron á Cortés que recibiese aquello, y no mirase á lo poco que era, sino á la voluntad con que se lo daban; y le aconsejaron què no fuese á Méjico, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que corriamos mucho peligro; é que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que habia dos caminos muy anchos, y que el uno iba á un pueblo que se dice Chalco, y el otro Talmalanco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos á Méjico, y que el un camino estaba muy barrido y limpio para que vamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos y grandes pinos porque no puedan ir caballos ni pudiésemos pasar adelante; y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenian limpio, creyendo que habiamos de ir por él, que tenian cortado un pedazo de la sierra, y habia allí mamparos é albarradas, é que han estado en el paso ciertos escuadrones de mejicanos para nos matar, é que nos aconsejaban que no fuésemos per el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, é que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen. E pues que iban con nosotros los tlascaltecas, que todos quitarian los árboles, é que aquel camino salia á Talmalanco; é Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dijo que les agradecia el aviso que le daban, y con el ayuda de Dios que no dejará de seguir su camino, é que irá por donde le aconsejaban. E luego otro dia bien de mañana comenzamos á caminar, é ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni más ni menos que los de Guaxocingo dijeron; y allí reparamos un poco y aun nos dió que pensar en lo de los escuadrones mejicanos, y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. Y Cortés mandó llamar á los embajadores del gran Montezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Y respondieron que porque vamos por el limpio, que sale á una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen recibimiento, que es de su señor Montezuma; y que el otro camino, que le pusieron aquellos árboles y le cegaron porque no fuésemos por él, que hay malos pasos é se rodea algo para ir á Méjico, que sale á otro pueblo que no es tan grande como Chalco; entonces dijo Cortés que queria ir por el que estaba embarazado, é comenzamos á subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes y gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy están algunos dellos fuera del camino; y subiendo á lo mas alto, comenzó á nevar y se cuajó de nieve la tierra, é caminamos la sierra abajo, y fuimos á dormir á unas caserías que eran como á manera de aposentos ó mesones, donde posaban indios mercaderes, é tuvimos bien de cenar, é con gran frio pusimos nuestras velas y rondas é escuchas y aun corredores del campo; é otro dia comenzamos á caminar, é á hora de misas mayores llegamos á un pueblo que ya he dicho que se dice Talmalanco, y nos recibieron bien, é de comer no faltó; é como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, é se juntaron con los de Talmalanco, é á Mecameca é Acingo, donde están las canoas, que es puerto dellos, é otros

pueblezuelos que ya no se me acuerda el nombre dellos; y todos juntos trujeron un presente de oro y dos cargas de mantas é ocho indias, que valdria el oro sobre ciento y cincuenta pesos, é dijeron: «Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos;» y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció que en todo lo que hubiesen menester los ayudaria; y cuando los vió juntos, dijo al padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes á nuestra santa fe é dejasen sus ídolos; y se les dijo todo lo que soliamos decir en los mas pueblos por donde habiamos venido; é á todo respondieron que bien dicho estaba é que lo verian adelante. Tambien se les dió á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veniamos á deshacer agravios é robos, é que para ello nos envió á estas partes; é como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los embajadores mejicanos, dieron tantas quejas de Montezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenian, é las mujeres é hijas si eran hermosas las forzaban delante dellos y de sus maridos, y se las tomaban, é que les hacian trabajar como si fueran esclavos, que les hacian llevar en canoas é por tierra madera de pinos, é piedra é leña é maíz, é otros muchos servicios de sembrar maizales, é les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, é otras muchas quejas, que como há ya muchos años que pasó, no me acuerdo; é Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabia muy bien decir con doña Marina, é que ahora al presente no puede entender en hacelles justicia, é que se sufriesen, que él les quitaria aquel dominio; é secretamente les mandó que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlascala á ver el camino barrido que nos hubieron dicho los de Guaxocingo que no fuésemos por él, para que viesen qué albarradas é mamparos tenian, y si estaban allí algunos escuadrones de guerra; y los caciques respondieron: «Malinche, no hay necesidad de irlo á ver, porque todo está ahora muy llano é aderezado. E has de saber que habrá seis dias que estaban á un mal paso, que tenian cortada la sierra porque no pudiésedes pasar, con mucha gente de guerra del gran Montezuma; y hemos sabido que su Huichilóbos, que es el dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar, é cuando hayais entrado en Méjico, que allí os mataran; por tanto, lo que nos parece es, que os esteis aquí con nosotros, y os darémos de lo que tuviéremos; é no vais á Méjico, que sabemos cierto que, segun es fuerte y de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas;» y Cortés les dijo con buen semblante que no tenian los mejicanos ni otras ningunas naciones poder para nos matar, salvo nuestro Señor Dios, en quien creemos. E que porque vean que al mismo Montezuma y á todos los caciques y papas les vamos á dar á entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos queriamos partir, é que le diesen veinte hombres principales que vayan en nuestra compañía, é que haria mucho por ellos, é les haria justicia cuando haya entrado en Méjico, para que Montezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas que han dicho que les hacen; y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas y nos trujeron los veinte indios; é ya que estábamos para partir, vinieron mensajeros del gran Montezuma, y lo que dijeron diré adelante.

CAPITULO LXXXVII.

Cómo el gran Montezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á Cortés, y lo que les respondió.

Ya que estábamos de partida para ir nuestro camino á Méjico, vinieron ante Cortés cuatro principales mejicanos que envió Montezuma, y trujeron un presente de oro y mantas; y después de hecho su acato, como lo tenian de costumbre, dijeron: «Malinche, este presente te envia nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habeis pasado en venir de tan léjas tierras á le ver, y que ya te ha enviado á decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalchihuis en tributo para vuestro emperador y para vos y los demás teules que traeis, y que no vengas á Méjico. Ahora nuevamente te pide por merced que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde veniste; que él te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para tí te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; porque ir á Méjico, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dejar entrar.» Y demás desto, que no tenia camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos; y dijo otras muchas razones y inconvenientes para que no pasásemos de allí; é Cortés con mucho amor abrazó á los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valia; é á lo que yo vi y entendí, jamás dejó de enviar Montezuma oro, poco ó mucho, cuando nos enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. Y volviendo á nuestra relacion, Cortés les respondió que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno y otras envia á mandar al contrario. Y que en cuanto á lo que dice que dará el oro para nuestro señor el Emperador y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envia, que en buenas obras se lo pagará, el tiempo andando; y que si le parecerá bien que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda. Que si el señor Montezuma hubiese enviado mensajeros y embajadores á algun gran señor, como él es, é ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba se volviesen sin le hablar y decille á lo que iban, cuando volviesen ante su presencia con aquel recaudo, ¿qué merced les haria, sino tenellos por cobardes y de poca calidad? Que así haria el Emperador nuestro señor con nosotros; y que de una manera ó otra que habiamos de entrar en su ciudad, y desde allí adelante que no le enviase mas excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver y hablar y dar razon de todo el recaudo á que hemos venido, y ha de ser á su sola persona; y cuando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad,

que nos volverémos por donde venimos. E cuanto á lo que dice, que no tiene comida sino muy poco, é que no nos podrémos sustentar, que somos hombres que con poca cosa que comemos nos pasamos, é que ya vamos á su ciudad, que haya por bien nuestra ida. Y luego en despachando los mensajeros, comenzamos á caminar para Méjico; y como nos habian dicho y avisado los de Guaxocingo y los de Chalco que Montezuma habia tenido pláticas con sus ídolos y papas que si nos dejaria entrar en Méjico ó si nos daria guerra, y todos sus papas le respondieron que decia su Huichilóbos que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, segun dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla; y como somos hombres y temiamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello; y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podiamos entrar, y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesucristo fué servido guardarnos de los peligros pasados, que tambien nos guardaria del poder de Méjico; y fuimos á dormir á un pueblo que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme, donde está una sierrezuela, y agora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto, y volvamos al gran Montezuma, que como llegaron sus mensajeros é oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar á su sobrino, que se decia Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto á dar el bien venido á Cortés y á todos nosotros; y como siempre teniamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores á avisar que venia por el camino muy gran copia de mejicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queriamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era; y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen á Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga; y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos habiamos visto traer, porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro que en ellas traia hechas de oro, y traian las andas á cuestas ocho principales, y todos decian que eran señores de pueblos; é ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron á salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde habia de pasar; y desque llegaron ante nuestro capitan, le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: «Malinche, aquí venimos yo y estos señores á te servir, hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que por esto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene.» Y cuando nuestro capitan y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traian aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Montezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias á él y á todos los mas principales, y le dió tres piedras que se llaman margajitas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversas colores, é á los demás principales se les dió diamantes azules, y les dijo que se lo tenia en merced, é ¿cuándo pagaria al señor Montezuma las mercedes que cada dia nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos; é como habian venido aquellos caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo y de otros muchos pueblos que están en aquella comarca, que salian á vernos, todos los caminos estaban llenos dellos; y otro dia por la mañana llegamos á la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba á Méjico, nos quedamos admirados, y deciamos que parecia á las casas de encantamento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decian que si aquello que veian si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oidas ni vistas y aun soñadas, como vimos. Pues desque llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron á recebir, que fué el señor del pueblo, que se decia Coadlauaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma; y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios é cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodon. Después de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardin, que fué cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrian entrar en el verjel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que habia harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no habia Perú ni memoria dél. Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pié. Pasemos adelante, y diré cómo trujeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes á

nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el Emperador; é porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazon era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; agora en esta sazon está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua esté agora sembrado de maizales y muy perdido. Dejémoslo aquí, y diré del solenísimo recebimiento que nos hizo Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

CAPITULO LXXXVIII.

Del gran é solene recebimiento que nos hizo el gran Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

Luego otro dia de mañana partimos de Iztapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha á la ciudad de Méjico, que me parece que no se tuerce poco ni mucho; é puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabian, unos que entraban en Méjico y otros que salian, que nos venian á ver, que no nos podiamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres y cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no era cosa de maravillar, porque jamás habian visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabiamos qué nos decir, ó si era verdad lo que por delante parecia, que por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, é víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho á trecho, y por delante estaba la gran ciudad de Méjico, y nosotros aun no llegábamos á cuatrocientos cincuenta soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas é avisos que nos dieron los de Guaxocingo é Tlascala y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado para que nos guardásemos de entrar en Méjico, que nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos letores esto que escribo, si habia bien que ponderar en ello; ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla que iba á Cuyoacan, que es otra ciudad adonde estaban unas como torres, que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos caciques á los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma delante á recebirnos; y así como llegaban delante de Cortés decian en sus lenguas que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la mesma mano. Así que, estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantaron el Cacamacan, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyoacan á encontrarse con el gran Montezuma, que venia cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenian vasallos; é ya que llegábamos cerca de Méjico, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíanle del brazo aquellos grandes caciques debajo de un palio muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello; y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado, segun su usanza, y traia calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas; é los cuatro señores que le traian del brazo venian con rica manera de vestidos á su usanza, que parece ser se los tenian aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traian los vestidos con que nos fueron á recebir; y venian, sin aquellos grandes señores, otros grandes caciques, que traian el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venian delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde habia de pisar, y le ponian mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban á la cara, sino los ojos bajos é con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que le llevaban del brazo. E como Cortés vió y entendió é le dijeron que venia el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Montezuma, á una se hicieron grandes acatos; el Montezuma le dió el bien venido, é nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado. E paréceme que el Cortés con la lengua doña Marina, que iba junto á Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso é se la dió á Cortés; y entonces sacó Cortés un collar que traia muy á mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro muchas colores é diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase, porque lo tenian por menosprecio; y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba agora su corazon en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenia en gran merced la venida de su persona á le recebir y las mercedes que le hace á la contina. E entonces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos; y el Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlauaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió á la ciudad, y tambien se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habian venido á acompañar; é cuando se volvian con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos, los ojos puestos en tierra, sin miralle y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañaban; y así, tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de Méjico sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres y mucha-

chos que estaban en las calles é azuteas y en canoas en aquellas acequias que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora, que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó; y considerada la cosa y gran merced que nuestro Señor Jesucristo nos hizo y fué servido de darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad; é me haber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doyle muchas gracias por ello, que á tal tiempo me ha traido para podello escribir, é aunque no tan cumplidamente como convenia y se requiere; y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos á nuestra entrada en Méjico, que nos llevaron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros, que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se decia Axayaca, adonde en aquella sazon tenia el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello; y asimismo nos llevaron á aposentar á aquella casa por causa que como nos llamaban teules, é por tales nos tenian, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenia. Sea de una manera ú de otra, allí nos llevaron, donde tenia hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitan, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos toldillos encima, que no se da mas cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios muy lucidos y encalados y barridos y enramados; y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma á nuestro capitan, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala donde habia de posar, que la tenia muy ricamente aderezada para segun su usanza, y tenia aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa; y el mismo Montezuma se lo echó al cuello á nuestro capitan Cortés, que tuvieron bien que admirar sus capitanes del gran favor que le dió; y cuando se lo hubo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas; é dijo Montezuma: «Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos, descansad;» y luego se fué á sus palacios, que no estaban léjos; y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicada la órden que en todo habiamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de á caballo como todos nuestros soldados; y nos tenian aparejada una muy suntuosa comida á su uso é costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan, Méjico, á 8 dias del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo de 1519 años. Gracias á nuestro Señor Jesucristo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que habia que decir, perdóneme, que no lo sé decir mejor por agora hasta su tiempo. E dejemos de mas pláticas, é volvamos á nuestra relacion de lo que mas nos avino; lo cual diré adelante.

CAPITULO LXXXIX.

Cómo el gran Montezuma vino á nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, é la plática que tuvo con nuestro capitan.

Como el gran Montezuma hubo comido, y supo que nuestro capitan y todos nosotros asimismo habia buen rato que habiamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa; é como á Cortés le dijeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recebir, y el Montezuma le tomó por la mano, é trajeron unos como asentaderos hechos á su usanza é muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro; y el Montezuma dijo á nuestro capitan que se sentase, é se asentaron entrambos, cada uno en el suyo, y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, é dijo que en gran manera se holgaba de tenér en su casa y reino unos caballeros tan esfórzados, como era el capitan Cortés y todos nosotros, é que habia dos años que tuvo noticia de otro capitan que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le trujeron nuevas de otro capitan que vino con cuatro navíos, é que siempre lo deseó ver, é que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habian dicho, que vendrian hombres de hácia donde sale el sol á señorear aquestas tierras, y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tlascaltecas, porque todas las batallas se las trujeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas, que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recebidas de cada dia, é que ciertamente veniamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Cárlos, que tiene sujetos á sí muchos y grandes príncipes, é que teniendo noticia dél y de cuán gran señor es, nos envió á estas partes á le ver é á rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador é todos nosotros, é que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos, é que adelante le declarará mas cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos á un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les habia dicho á sus embajadores Tendile é Pitalpitoque é Quintalvor cuando estábamos en los arenales. E acabado este parlamento, tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitan, é asimismo á cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó á Cortés que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran emperador, é dijo que sí, que eramos hermanos en el amor y amistad, é personas muy principales é criados de nuestro gran rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimientos entre Montezuma y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser

pesado, cesaron los razonamientos; y habia mandado el Montezuma á sus mayordomos que á nuestro modo y usanza estuviésemos proveidos, que es maíz, é piedras é indias para hacer pan, é gallinas y fruta, y mucha yerba para los caballos; y el gran Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitan y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy léjos de los aposentos, hasta entender mas lo que conviniese. E quedarse há aquí, é diré lo que adelante pasó.

CAPITULO XC.

Cómo luego otro dia fué nuestro capitan á ver al gran Montezuma, y de ciertas pláticas que tuvieron.

Otro dia acordó Cortés de ir á los palacios de Montezuma, é primero envió á saber qué hacia, y supiese cómo íbamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fué Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, é á Gonzalo de Sandoval, y tambien fuimos cinco soldados; y como el Montezuma lo supo, salió á nos recebir á la mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban donde el Montezuma estaba, si no era á negocios importantes; y con gran acato que hizo á Cortés, y Cortés á él, le tomaron por las manos, é adonde estaba su estrado le hizo sentar á la mano derecha; y asimismo nos mandó sentar á todos nosotros en asientos que allí mandó traer; é Cortés le comenzó á hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar; é dijo que ahora, que habia venido á ver y hablar á un tan gran señor como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje é mando que nuestro gran rey y señor le mandó; é lo que mas le viene á decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tendile é Pitalpitoque é Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro en el arenal, cómo les dijimos que éramos cristianos é adoramos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasion por nos salvar; y le dijimos, cuando nos preguntaron que por qué adorábamos aquella cruz, que la adorábamos por otra que era señal donde nuestro Señor fué crucificado por nuestra salvacion, é que aquesta muerte y pasion que permitió que así fuese por salvar por ella todo el linaje humano, que estaba perdido; y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero dia y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y tierra y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad; y que en él creemos y adoramos, y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos; é que mirasen cuán malos son y de poca valía, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verian. E lo que agora le pide por merced es, que esté atento á las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dijo muy bien dado á entender de la creacion del mundo, é cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se decian Adan y Eva; cómo tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdicion de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oido lo remedie, y no adoren aquellos ídolos ni les sacrifiquen mas indios ni indias; y pues todos somos hermanos, no consientan sodomías ni robos; y mas le dijo, que el tiempo andando enviaria nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo dén á entender; porque al presente no veniamos á mas de se lo notificar; é así, se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Montezuma queria responder, cesó Cortés la plática. E díjonos Cortés á todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque;» y el Montezuma respondió: «Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos antes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dijistes en el arenal, y eso de la cruz y todas las cosas que en los pueblos por donde habeis venido habeis predicado, no os hemos respondido á cosa ninguna dellas porque desde ab-inicio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos, é así deben ser los vuestros, é no cureis mas al presente de nos hablar dellos; y en esto de la creacion del mundo, así lo tenemos nosotros creido muchos tiempos pasados; é á esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que verian de adonde sale el sol, é á ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere; porque, como dicho tengo otra vez, bien há dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros venistes, y decian que eran criados dese vuestro gran rey. Querria saber si sois todos unos;» é Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro emperador, é que aquellos vinieron á ver el camino é mares é puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como veniamos; y decíalo el Montezuma por lo de Francisco Fernandez de Córdoba é Grijalva, cuando venimos á descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus reinos é ciudades, para les honrar; é pues que sus dioses le habian cumplido sus buenos deseos, é ya estábamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos y tuviésemos descanso; que allí seriamos servidos, é que si algunas veces nos enviaba á decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenian temor, que les decian que echábamos rayos ó relampagos, é con los caballos matábamos muchos indios, é que éramos teules bravos, é otras cosas de niñerías. E que agora, que ha visto nuestras personas, é que somos de hueso y de carne y de mucha razon, é sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en mas estima que le habian dicho, é que nos daria de lo que tuviese. E Cortés é todos nosotros respondimos que se lo teniamos en grande merced tan sobrada voluntad; y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad

habeis tomado, que yo que soy como dios ó teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro é plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creíades y lo teníades por burla; lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran rey, sí soy, y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que tambien lo teneis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió tambien riendo, y dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas é sin verdad de los que quieren mal, é que bien ha conocido que en estas partes otro señor mas magnífico no le espera ver, é que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro emperador. E estando en estas pláticas mandó secretamente Montezuma á un gran cacique, sobrino suyo, de los que estaban en su compañía, que mandase á sus mayordomos que trujesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar á Cortés diez cargas de ropa fina; lo cuál repartió, el oro y mantas entre Cortés y los cuatro capitanes, é á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas. Valia todo el oro que entonces dió sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande é valeroso señor; y porque pasaba la hora mas de mediodía, y por no le ser mas importuno, le dijo Cortés: «El señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que vuestra majestad coma;» y el Montezuma dijo que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced; é así, nos despedimos con grandes cortesías dél y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante dél pasásemos; é así lo haciamos. E dejémoslo aquí, é pasemos adelante.

CAPITULO XCI.

De la manera é persona del gran Montezuma, y de cuán gran señor era.

Seria el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traia los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas y bien puestas é ralas, y el rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde; tenia muchas mujeres por amigas, é hijas de señores, puesto que tenia dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaban á saber sino alguno de los que le servian; era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponia cada un dia, no se las ponia sino desde á cuatro dias. Tenia sobre ducientos principales de su guarda en otras salas junto á la suya, y estos no para que hablasen todos con él, sino cual ó cual; y cuando le iban á hablar se habian de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habian de ser limpias, y habian de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no miralle á la cara, y con tres reverencias que le hacian primero que á él llegasen, é le decian en ellas: «Señor, mi señor, gran señor;» y cuando le daban relacion á lo que iban, con pocas palabras los despachaba; sin levantar el rostro al despedirse dél, sino la cara é ojos bajos en tierra hácia donde estaba, é no vueltas las espaldas hasta que salian de la sala. E otra cosa vi, que cuando otros grandes señores venian de léjas tierras á pleitos ó negocios, cuando llegaban á los aposentos del gran Montezuma habíanse de descalzar é venir con pobres mantas, y no habian de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio; que entrar de rota batida teníanlo por descaro; en el comer le tenian sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos á su modo y usanza; teníanlos puestos en braseros de barro, chicos debajo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma habia de comer guisaban mas de trecientos platos, sin mas de mil para la gente de guarda; y cuando habia de comer, salíase el Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál guisado era mejor é de qué aves é cosas estaba guisado, y de lo que le decian, de aquello habia de comer, é cuando salia á lo ver eran pocas veces; é como por pasatiempo, oí decir que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenia tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana y de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves é cosas de las que se crian en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto; y así, no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desque nuestro capitan le reprendió el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos á la manera que tenia en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera: que si hacia frio teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles que no hacian humo, el olor de las cortezas de que hacian aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diesen mas calor de lo que él queria, ponian delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico é blando, é la mesa tambien baja, hecha de la misma manera de los asentaderos, é allí le ponian sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como á manera de aguamaniles hondos, que llaman sicales, y le ponian debajo para recoger el agua otros á manera de platos, y le daban sus toallas, é otras dos mujeres le traian el pan de tortillas; é ya que comenzaba á comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer; y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte,



y allí se le ponian á sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad, en pié, con quien el Montezuma de cuando en cuando platicaba é preguntaba cosas, y por mucho favor daba á cada uno destos viejos un plato de lo que él comia; é decian que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, é consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comian en pié y con mucho acato, y todo sin miralle á la cara. Servíase con barro de Cholola, uno colorado y otro prieto. Mientras que comia, ni por pensamiento habian de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Montezuma. Traíanle frutas de todas cuantas habia en la tierra, mas no comia sino muy poca, y de cuando en cuando traian unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decian era para tener acceso con mujeres; y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi, que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia; y las mujeres le servian al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros; otros indios que debian de ser truhanes, que le decian gracias, é otros que le cantaban y bailaban, porque el Montezuma era muy aficionado á placeres y cantares. é á aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao; y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban á dar agua á manos, y con mucho acato que le hacian; é hablaba Montezuma á aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenian, y se despedian dél con gran acato que le tenian, y él se quedaba reposando; y cuando el gran Montezuma habia comido, luego comian todos los de su guarda é otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo: pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, é panaderas é cacaguoteras era gran costa la que tenia. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, é despensas y botillería, y de los que tenian cargo de las casas adonde tenian el maíz, digo que habia tanto que escribir, cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto é abasto que en todo habia. Y mas digo, que se me habia olvidado, que es bien de tornallo á recitar, y es, que le servian al Montezuma estando á la mesa cuando comia, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas; hacian tortillas amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y tambien le traian otra manera de pan que son como bollos largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es á manera de unas obleas. Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro traian liquidámbar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habian cantado y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormia. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos á nuestra relacion. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique que le pusimos por nombre Tapia, y tenia cuenta de todas las rentas que le traian al Montezuma, con sus libros hechos de su papel, que se dice amatl, y tenia destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relacion, y digamos cómo tenia Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas con oro y pedrería, como eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras á manera de espadas de á dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, é otras lanzas mas largas que no las nuestras, con una braza de cuchillas, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque dén con ellas en un broquel ó rodela no saltan, é cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenian muy buenos arcos y flechas, y varas de á dos gajos, y otras de á uno con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas á mano, y unos como paveses, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no pelean porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, los dejan caer, é quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. Tambien tenian muchas armas de algodon colchadas y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchos colores á manera de divisas é invenciones, y tenian otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, tambien muy labrados de pluma por defuera, y tenian otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir. Y sus oficiales, que siempre labraban y entendian en ello, y mayordomos que tenian cargo de las casas de armas. Dejemos esto, y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas mas chicas, é otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversas colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas es el cuerpo dellas á manera de las picazas que hay en nuestra España; llámanse en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; estos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenia tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma y otros mayores que les querian parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era convenible, y tornaban á pelechar; y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar tenian cargo de les echar sus huevos ciertos indios é indias que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos y darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa habia un estanque grande de agua dulce, y tenia en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipíris á otras como ellas. Y tambien en aquel estanque habia otras raleas

de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto, y vamos á otra gran casa donde tenian muchos ídolos, y decian que eran sus dioses bravos, y con ellos muchos géneros de animales, de tigres y leones de dos maneras; unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros y otras alimañas chicas; y todas estas carniceras se las mantenian con carne, y las mas dellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban, y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera que ya me habrán oido decir: que cuando sacrificaban á algun triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bullendo le sacaban el corazon y sangre, y lo presentaban á sus ídolos, en cuyo nombre hacian aquel sacrificio; y luego les cortaban los muslos y brazos y la cabeza, y aquello comian en fiestas y banquetes; y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del indio sacrificado no llegaban á él para le comer, sino dábanlo á aquellos bravos animales; pues mas tenian en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles; estas son las peores víboras que hay de todas, y teníanlas en cunas, tinajas y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenian sus huevos y criaban sus viboreznos, y les daban á comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solian criar. Y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de Méjico y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados é de los de Narvaez, que de los muertos mantuvieron muchos dias á aquellas fuertes alimañas y culebras, segun diré en su tiempo y sazon; y aquestas culebras y bestias tenian ofrecidas á aquellos sus ídolos bravos para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacian cuando bramaban los tigres y leones y aullaban los adives y zorros y silbaban las sierpes; era grima oirlo, y parecia infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenia de cada género de oficio que entre ellos se usaba; y comencemos por los lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello; y destos tenia tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de Méjico; pues labrar piedras finas y chalchihuis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante á los grandes oficiales de asentar de pluma y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, ternémos consideracion en lo que entonces labraban; que tres indios hay en la ciudad de Méjico, tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Márcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo é afamado Apéles, y de Miguel Angel ó Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante, y vamos á las indias de tejederas y labranderas, que le hacian tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas; y de donde mas cotidianamente le traian, era de unos pueblos y provincia que está en la costa del norte de cabe la Vera-Cruz, que la decian Costacan, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando veniamos con Cortés; y en su casa del mismo Montezuma todas las hijas de señores que tenia por amigas, siempre tejian cosas muy primas, é otras muchas hijas de mejicanos vecinos, que estaban como á manera de recogimiento, que querian parecer monjas, tambien tejian, y todo de pluma. Estas monjas tenian sus casas cerca del gran cu del Huichilóbos, y por devocion suya y de otro ídolo de mujer, que decian que era su abogada para casamientos, las metian sus padres en aquella religion hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bailadores que tenia el gran Montezuma, y danzadores é otros que traen un palo con los piés, y de otros que vuelan cuando bailan por alto, y de otros que parecen como matachines, y estos eran para dalle placer. Digo que tenia un barrio destos que no entendian en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenia de canteros é albañiles, carpinteros, que todos entendian en las obras de sus casas. Tambien digo que tenia tantos cuantos queria. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de muchos géneros que dellos tenia, y el concierto y pasaderos dellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, cómo viene una agua por un cabo y va por otro, é de los baños que dentro tenia, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban; y qué de yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenia, era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños como paseaderos y otros retretes y apartamientos, como cenaderos, y tambien adonde bailaban é cantaban; é habia tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder. E así por el consiguiente tenia maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy harto de escribir sobre esta materia, y mas lo estarán los letores, lo dejaré de decir, y diré cómo fué nuestro capitan Cortés con muchos de nuestros capitanes y soldados á ver el Tatelulco, que es la gran plaza de Méjico, y subimos en el alto cu, donde estaban sus ídolos Tezcatepuca, y su Huichilóbos; y esta fué la primera vez que nuestro capitan salió á ver la ciudad de Méjico, y lo que en ello pasó.

CAPITULO XCII.

Cómo nuestro capitan salió á ver la ciudad de Méjico y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilóbos, y lo que mas pasó.

Como habia ya cuatro dias que estábamos en Méjico, y no salia el capitan ni ninguno de nosotros de los aposentos, exceptos á las casas y huertas, nos dijo Cortés que seria bien ir á la plaza Mayor á ver el gran adoratorio de su Huichilóbos, y que queria envialle á decir al gran Montezuma que lo tuviese por bien; y para ello envió por mensajero á Jerónimo de Aguilar y á doña Marina, é con ellos á un pajecillo de nuestro capitan, que entendia ya algo de la lengua, que se decia Orteguilla; y el Montezuma, como lo supo, envió á decir que fuésemos mucho en buen hora, y por otra parte temió no lo fuésemos á hacer algun deshonor á sus

dolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, porque tenia por gran deshonor de sus ídolos ir hasta su casa é adoratorio de aquella manera, y no ir á pié, y llevábanle de brazo grandes principales, é iban delante del Montezuma señores de vasallos, y llevaban dos bastones como cetros alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma; y cuando iba en las andas llevaba una varita, la media de oro y media de palo, levantada como vara de justicia; y así se fué y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó á zahumar y hacer otras ceremonias al Huichilóbos. Dejemos al Montezuma, que ya habia ido adelante, como dicho tengo, y volvamos á Cortés y á nuestros capitanes y soldados, como siempre teniamos por costumbre de noche y de dia estar armados, y así nos via estar el Montezuma, y cuando lo íbamos á ver no lo teniamos por cosa nueva. Digo esto porque á caballo nuestro capitan, con todos los mas que tenian caballos y la mas parte de nuestros soldados, muy apercebidos fuimos al Tatelulco, é iban muchos caciques que el Montezuma envió para que nos acompañasen; y cuando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habiamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella habia y del gran concierto y regimiento que en todo tenian; y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenian situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos y esclavas; digo que traian tantos á vender á aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, é traíanlos atados en unas varas largas, con collares á los pescuezos porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendian ropa mas basta, é algodon, é otras cosas de hilo torcido, y cacaguateros que vendian cacao; y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puesto que por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se facen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza; y los que vendian mantas de nequen y sogas, y cotaras, que son los zapatos que calzan, y hacen de nequen y de las raíces del mismo árbol muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías que sacan del mismo árbol; todo estaba á una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras alimañas, é tejones é gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas é mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendian frisoles y chia y otras legumbres é yerbas, á otra parte. Vamos á los que vendian gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas desto arte, á su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendian cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado, tambien á su parte; puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y tambien los que vendian miel y melcochas y otras golosinas que hacian, como nuegados. Pues los que vendian madera, tablas, cunas viejas é tajos é bancos, todo por sí. Vamos á los que vendian leña, acote é otras cosas desta manera. ¿Qué quieren mas que diga? Que hablando con acato, tambien vendian canoas llenas de hienda de hombres, que tenian en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer ó para curtir cueros, que sin ella decian que no se hacian buenos. Bien tengo entendido que algunos se reirán desto; pues digo que es así; y mas digo, que tenian por costumbre que en todos los caminos que tenian hechos de cañas ó paja ó yerbas porque no los viesen los que pasasen por ellos, y allí se metian si tenian ganas de purgar los vientres porque no se les perdiese aquella suciedad. ¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendian en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosa deste arte vendian por sí; é vendian mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza; é habia muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenian allí sus casas, donde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidádoseme habia la sal y los que hacian navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendian unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes dello, que tienen un sabor á manera de queso; y vendian hachas de laton y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querria haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendian, porque eran tantas y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver é inquirir era necesario mas espacio; que, como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, que en un dia no se podia ver todo; y fuimos al gran cu, é ya que íbamos cerca do sus grandes patios, é antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que segun dijeron, era que tenian á vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, é así blancos porque se pareciese el oro por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos tenian entre ellos su cuenta qué tantas mantas ó qué jiquipiles de cacao valia, ó qué esclavos, ó otra cualquier cosa á que lo trocaban; é así, dejamos la gran plaza sin mas la ver, y llegamos á los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu, y tenia antes de llegar á él un gran circúito de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de cal y canto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no habia de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y cuando llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Mon-

tezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen á nuestro capitan Cortés, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban á tomar de los brazos para le ayudar á subir, creyendo que se cansaria, como ayudaban á subir á su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen á él; y como subimos á lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenian un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras adonde ponian los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto como de dragon é otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel dia. E así como llegamos, salió el gran Montezuma de un adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron á Cortés é á todos nosotros le dijo: «Cansado estaréis, señor Malinche, de subir á este nuestro gran templo.» Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna; y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las mas ciudades que habia dentro en el agua, é otros muchos pueblos en tierra alrededor de la misma laguna; y que si no habia visto bien su gran plaza, que desde allí la podria ver muy mejor; y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, que es la de Iztapalapa, que fué por la que entramos cuatro dias habia; y la de Tacuba, que fué por donde después de ahí á ocho meses salímos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlauaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante dirémos; y la de Tepeaquilla; y viamos el agua dulce que venia de Chapultepeque, de que se proveia la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenian hechas de trecho á trecho, por donde entraba y salia el agua de la laguna de una parte á otra; é viamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venian con bastimentos é otras que venian con cargas é mercaderías; y viamos que cada casa de aquella gran ciudad y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa á casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenian hechas de madera ó en canoas; y viamos en aquellas ciudades cues é adoratorios á manera de torres é fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiracion, y las casas de azuteas, y en las calzadas otras torrecillas é adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habiamos visto, tornamos á ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente, no la habian visto. Dejemos esto, y volvamos á nuestro capitan, que dijo á fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló: «Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento á Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia; y el padre dijo que seria bien si aprovechase, mas que le parecia que no era cosa convenible hablar en tal tiempo, que no via al Montezuma de arte que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dijo al Montezuma, con doña Marina, la lengua: «Muy gran señor es vuestra majestad, y de mucho mas es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced es, que pues estamos aquí en este vuestro templo, que nos mostreis vuestros dioses y teules.» Y Montezuma dijo que primero hablaria con sus grandes papas; y luego que con ellos hubo hablado, dijo que entrásemos en una torrecilla é apartamiento á manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo, é en cada altar estaban dos bultos como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero que estaba á la mano derecha decian que era el de Huichilóbos, su dios de la guerra, y tenia la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes é espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería é oro y perlas é aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como de raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido al cuerpo unas á manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenia un arco y en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decian era su paje, le tenia una lanza no larga y una rodela muy rica de oro é pedrería, é tenia puestos al cuello el Huichilóbos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro y dellos de plata con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel dia sacrificados, é se quemaban, y con el humo y copal le habian hecho aquel sacrificio; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedia muy malamente. Luego vimos á la otra parte de la mano izquierda estar el otro gran bulto del altor del Huichilóbos, y tenia un rostro como de oso y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas segun y de la manera del otro su Huichilóbos; porque, segun decian, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenia cargo de las ánimas de los mejicanos, y tenia ceñidas al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes, y tenia en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor; y allí le tenian presentado cinco corazones de aquel dia sacrificados; y en lo mas alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad dél enmantado. Este decian que la mitad dél estaba lleno de todas las semillas que habia en toda la tierra, y decian que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre dél, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no viamos la hora de salirnos afuera, y allí tenian un tambor muy grande en demasía, que cuando le tañian el sonido dél era tan triste

y de tal manera, como dicen instrumento de los infiernos, y mas de dos leguas de allí se oia; y decian que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes; é en aquella placeta tenian tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habian quemado, con que zahumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenian tanto, que los doy á la maldicion; y como todo hedia á carnicería, no viamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista; y nuestro capitan dijo á Montezuma con nuestra lengua, como medio riendo: «Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor é sabio varon como vuestra majestad es, no haya coligido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra majestad lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayais por bien que en lo alto desta torre pongamos una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Huichilóbos y Tezcatepuca, harémos un apartado donde pongamos una imágen de nuestra Señora; la cual imágen ya el Montezuma la habia visto; y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados.» Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: «Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera que habias de decir, no te mostrara mis dioses; aquestos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud y aguas y buenas sementeras, é temporales y vitorias, y cuanto queremos, é tenémoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor;» y como aquello le oyó nuestro capitan, y tan alterado, no le replicó mas en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que vuestra majestad y nosotros nos vamos;» y el Montezuma respondió que era bien, é que porque él tenia que rezar é hacer ciertos sacrificios en recompensa del gratlatlacol, que quiere decir pecado que habia hecho en dejarnos subir en su gran cu é ser causa de que nos dejase ver sus dioses, é del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que antes que se fuese que lo habia de rezar é adorar. Y Cortés le dijo: «Pues que así es, perdone, Señor;» é luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce, é algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas ó humores, les dolieron los muslos de bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio, y diré lo que me parece del circúito y manera que tenia; y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenia otro pensamiento de entender en lo que traiamos entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitan Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos á nuestra materia. Paréceme que el circúito del gran cu seria de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, é allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto cu hasta lo mas alto dél van cinco concavidades á manera de barbacanas y descubiertas sin mamparos; y porque hay muchos cues pintados en reposteros de conquistadores, é en uno que yo tengo, que cualquiera dellos al que los ha visto, podrá colegir la manera que tenian por defuera; mas lo que yo vi y entendí, é dello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habian ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro é plata y aljófar é piedras ricas, é que le habian bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habian tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que habia en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias é riquezas y muchos frutos. Dirán ahora algunos letores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar á saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata é piedras de chalchihuis ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habiamos de hacer la iglesia de nuestro patron é guiador señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrian los cimientos para hacerlos mas fijos, hallaron mucho oro y plata y chalchihuis, y perlas é aljófar y otras piedras. Y asimismo á un vecino de Méjico que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo; y los oficiales de la hacienda de su majestad demandábanlo por de su majestad, que le venia de derecho, y sobre ello hubo pleito, é no se me acuerda lo que pasó, mas de que se informaron de los caciques y principales de Méjico y de Guatemuz, que entonces era vivo, é dijeron que es verdad que todos los vecinos de Méjico de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas é todo lo demás, é que así lo tenian por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, é por esta causa se quedó para la obra de la santa iglesia de señor Santiago. Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilóbos, adonde está ahora señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solia llamar. Ya he dicho que tenian dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, é que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y seria de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla que tambien era casa de ídolos, ó puro infierno, porque ténia á la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos, con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. E asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto á la puerta, y tenian un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo é costras de sangre; y tenian muchas ollas grandes y cántaros é tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, que comian los papas, porque tambien tenian cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado della, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy léjos una gran alberca de agua que se henchia y vaciaba, que le venia por su caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepeque. Yo siempre la llamaba á aquella casa el infierno. Pasemos adelante del

patio y vamos á otro cu, donde era enterramiento de grandes señores mejicanos, que tambien tenian otros ídolos, y todo lleno de sangre é humo, y tenia otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras é zancarrones puestos con gran concierto, que se podian ver, mas no se podian contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros; é allí habia otros ídolos, y en cada casa ó cu y adoratorio que he dicho, estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas como de dominicos, que tambien tiraban un poco á las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho, que no se podia desparcir ni desenredar; y todos los mas sacrificados las orejas, é en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que habia otros cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenian otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas; é aquellos decian que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme mas en contar de ídolos, sino solamente diré que en torno de aquel gran patio habia muchas casas, é no altas, é eran adonde estaban y residian los papas é otros indios que tenian cargo de los ídolos; y tambien tenian otra muy mayor alberca ó estanque de agua y muy limpia á una parte del gran cu, y era dedicada para solamente el servicio de Huichilóbos é Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venian de Chalpultepeque; é allí cerca estaban otros grandes aposentos á manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mejicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y á aquellas sacrificaban y hacian fiestas porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar deste gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo Méjico, porque habia tantos y muy suntuosos, que entre cuatro ó cinco barrios tenian un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos, é yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante, y diré que en Cholula el gran adoratorio que en él tenian era de mayor altor que no el de Méjico, porque tenia ciento y veinte gradas, y segun dicen, el ídolo de Cholula teníanle por bueno, é iban á él en romería de todas partes de la Nueva-España á ganar perdones, y á esta causa le hicieron tan suntuoso cu, mas era de otra hechura que el mejicano, é asimismo los patios muy grandes é con dos cercas. Tambien digo que el cu de la ciudad del Tezcuco era muy alto, de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos, y hechos de otra manera que los demás. Y una cosa de reir es, que tenian en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia ó ciudad no aprovechaban á los otros; é así, tenian infinitos ídolos y á todos sacrificaban. Y después que nuestro capitan y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos á nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarse há aquí, y diré lo que mas hicimos.

CAPITULO XCIII.

Cómo hicimos nuestra iglesia y altar en nuestro aposento, y una cruz fuera del aposento, y lo que mas pasamos, y hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Montezuma, y cómo se acordó prender al Montezuma.

Como nuestro capitan Cortés y el padre de la Merced vieron que Montezuma no tenia voluntad que en el cu de su Huichilóbos pusiésemos la cruz ni hiciésemos la iglesia; y porque desde que entramos en la ciudad de Méjico, cuando se decia misa haciamos un altar sobre mesas y tornábamos á quitarlo, acordóse que demandásemos á los mayordomos del gran Montezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia; y los mayordomos dijeron que se lo harian saber al Montezuma, y nuestro capitan envió á decírselo con doña Marina y Aguilar, y con Orteguilla, su paje, que entendia ya algo la lengua, y luego dió licencia y mandó dar todo recaudo, é en tres dias teniamos nuestra iglesia hecha, y la santa cruz puesta delante de los aposentos, é allí se decia misa cada dia, hasta que se acabó el vino; que, como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlascala, dieron priesa al vino que teniamos para misas, y desde que se acabó, cada dia estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar é imágenes, lo uno por lo que éramos obligados á cristianos y buena costumbre, y lo otro porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen á ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañiamos á la Ave-María. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad, é todo lo trascendemos é queremos saber, cuando miramos adónde mejor y en mas convenible parte habiamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decia Alonso Yañez, vió en una pared una como señal que habia sido puerta, que estaba cerrada y muy bien encalada é bruñida; y como habia fama é teniamos relacion que en aquel aposento tenia Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaria en aquella sala, que estaba de pocos dias cerrada y encalada; y el Yañez le dijo á Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, que eran capitanes, y aun deudos mios; el Alonso Yañez se allegaba á su compañía, como criado de aquellos capitanes, y se lo dijeron á Cortés, y secretamente se abrió la puerta, y cuando fué abierta, Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas de oro é planchas, y tejuelos muchos, y piedras de chalchihuis y otras muy grandes riquezas; quedaron elevados, y no supieron qué decir de tantas riquezas; y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente; y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas; é acordóse por todos nuestros capitanes é soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego á poner sus piedras y cerrase y encalase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello;

porque no lo alcanzase á saber Montezuma, hasta ver otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza, y digamos que, como teniamos tan esforzados capitanes y soldados, y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro Señor Jesucristo ponia su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teniamos por cierto, apartaron á Cortés cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se fiaba é comunicaba, é yo era uno dellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos, y la fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puentes y calzadas, y las palabras y avisos que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que habia aconsejado el Huichilóbos á Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad, é que allí nos matarian; y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora á otra la mudaria, y cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida ó el agua, ó alzar cualquiera puente, que no nos podriamos valer; é que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, é ¿qué podriamos nosotros hacer para ofendellos ó para defendernos? Porque todas las casas tienen en el agua; pues socorro de nuestros amigos los de Tlascala ¿por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le deciamos, que luego sin mas dilacion prendiésemos al Montezuma si queriamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro dia, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habiamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comiamos, que todo se nos hacia rejalgar en el cuerpo, é que ni de noche ni de dia no dormiamos ni reposábamos, con aqueste pensamiento; é que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le deciamos sintiesen, que serian como bestias, que no tenian sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte al ojo. Y como esto oyó Cortés, dijo: «No creais, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado; que bien me lo habréis sentido; mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento como prender á tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? Qué manera ó arte se puede tener en querello poner por efeto, que no apellide sus guerreros y luego nos acometan?» Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás é Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado, que con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alterare ó diere voces, que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo prenderán y lo pondrán por la obra; y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor y el mas á propósito es prendelle, que no aguardar que nos diesen guerra; y que si la comenzaba, ¿qué remedio podriamos tener? Tambien le dijeron ciertos soldados que nos parecia que los mayordomos de Montezuma que servian en darnos bastimentos se desvergonzaban y no lo traian cumplidamente, como los primeros dias; y tambien dos indios tlascaltecas, nuestros amigos, dijeron secretamente á Jerónimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parecia bien la voluntad de los mejicanos de dos dias atrás. Por manera que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos ó no, y qué manera terniamos; y á nuestro capitan bien se le encajó este postrer consejo, y dejábamoslo para otro dia, que en todo caso lo habiamos de prender, y aun toda la noche estuvimos con el padre de la Merced rogando á Dios que lo encaminase para su santo servicio. Después destas pláticas, otro dia por la mañana vinieron dos indios de Tlascala muy secretamente con unas cartas de la Villa-Rica, y lo que se contenia en ello decia que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mejicanos; y tambien le mataron el caballo y á nuestros indios totonaques, que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su sujeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, y que no saben qué se hacer; y que como de antes los tenian por teules, que ahora, que han visto aquel desbarate, les hacen fieros, así los totonaques como los mejicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oimos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aquesto fué el primer desbarate que tuvimos en la Nueva-España; miren los curiosos letores la adversa fortuna cómo vuelve rodando; ¡quien nos vió entrar en aquella ciudad con tan solemne recibimiento y triunfantes, y nos teniamos en posesion de ricos con lo que Montezuma nos daba cada dia, así al capitan como á nosotros; y haber visto la casa por mí nombrada llena de oro, y nos tenian por teules, que son ídolos, ú que todas las batallas venciamos; é ahora habernos venido tan grande desman, que no nos tuviesen en aquella reputacion que de antes, sino por hombres que podiamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros! En fin de mas razones, fué acordado que aquel mismo dia de una manera y de otra se prendiese á Montezuma ó morir todos sobre ello. Y porque para que vean los letores de la manera que fué esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y á seis soldados, y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar antes de la prision de Montezuma, por no dejallo atrás, porque es menester dallo bien á entender.

CAPITULO XCIV.

Cómo fué la batalla que dieron los capitanes mejicanos á Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y el caballo y á otros seis soldados, y muchos amigos indios totonaques que tambien allí murieron.

Y es desta manera: que ya me habrán oido decir en el capítulo que dello habla, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quiahuistlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocacion de nuestro capitan, que los atrajo á ello, quitó que no diesen tributo á Montezuma, y se le rebelaron y fueron mas de treinta pueblos; y esto fué cuando le prendimos sus

recaudadores, segun otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla; y cuando partimos de Cempoal para venir á Méjico quedó en la Villa-Rica por capitan y alguacil mayor de la Nueva-España un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser y amigo de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester les favoreciese; y parece ser que, como el gran Montezuma tenia muchas guarniciones y capitanes de gente de guerra en todas las provincias, que siempre estaban junto á la raya dellos; porque una tenia en lo de Soconusco por guarda de Guatimala y Chiapa, y otra tenia en lo de Guazacualco, y otra capitanía en lo de Mechoacan, y otra á la raya de Pánuco, entre Tuzapan y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del norte; y como aquella guarnicion que tenia cerca de Tuzapan pareció ser demandaron tributo de indios é indias y bastimentos para sus gentes á ciertos pueblos que estaban allí cerca y confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servian á Juan Escalante y á los vecinos que quedaron en la Villa-Rica y entendian en hacer la fortaleza; y como les demandaban los mejicanos el tributo y servicio, dijeron que no se le querian dar, porque Malinche les mandó que no lo diesen, y que el gran Montezuma lo ha tenido por bien; y los capitanes mejicanos respondieron que si no lo daban, que los vendrian á destruir sus pueblos y llevallos cautivos, y que su señor Montezuma se lo habia mandado de poco tiempo acá. Y como aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitan Juan de Escalante, é quejáronse reciamente que los mejicanos les venian á robar y destruir sus tierras; y como el Escalante lo entendió, envió mensajeros á los mismos mejicanos para que no hiciesen enojo ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Montezuma lo habia á bien, que somos todos grandes amigos; si no, que irá contra ellos y les dará guerra. A los mejicanos no se les dió nada por aquella respuesta ni fieros, y respondieron que en el campo los hallaria; y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodelas, y asimismo apercibió los soldados mas sueltos y sanos que tenia; porque ya he dicho otra vez que todos los mas vecinos que quedaban en la Villa-Rica estaban dolientes y eran hombres de la mar; y con dos tiros y un poco de pólvora, y tres ballestas y dos escopetas, y cuarenta soldados y sobre dos mil indios totonaques, fué adonde estaban las guarniciones de los mejicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los totonaques, y en el campo se encontraron al cuarto del alba; y como los mejicanos eran mas doblados que nuestros amigos los totonaques, é como siempre estaban atemorizados dellos de las guerras pasadas, á la primera refriega de flechas y varas y piedras y gritas huyeron, y dejaron al Juan de Escalante peleando con los mejicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo que llaman Almería, y le puso fuego y le quemó las casas. Allí reposó un poco, porque estaba mal herido, y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo que se decia Arguello, que era natural de Leon y tenia la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante y otros seis soldados, y mataron el caballo, y se volvió á la Villa-Rica, y dende á tres dias murió él y los soldados; y desta manera pasó lo que decimos de la Almería, y no como lo cuenta el coronista Gómora, que dice en su Historia que iba Pedro de Ircio á poblar á Pánuco con ciertos soldados; y para bien velar no teniamos recaudo, cuanto mas enviar á poblar á Pánuco; y dice que iba por capitan el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era capitan ni aun cuadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en Méjico. Tambien dice el mismo coronista otras muchas cosas sobre la prision del Montezuma: habia de mirar que cuando lo escribia en su Historia que habia de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo, que le dirian cuando lo leyesen: «Esto pasa desta suerte.» Y dejallo he aquí, y volvamos á nuestra materia, y diré cómo los capitanes mejicanos, después de dalle la batalla que dicho tengo al Juan de Escalante, se lo hicieron saber al Montezuma, y aun le llevaron presentada la cabeza del Arguello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban; y supimos que el Montezuma cuando se lo mostraron, como era robusto y grande, y tenia grandes barbas y crespas, hubo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen á ningun cu de Méjico, sino en otros ídolos de otros pueblos; y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron á tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tequeciguata de Castilla venia delante dellos, y que aquella señora ponia á los mejicanos temor, y decia palabras á sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora que era santa María y la que le habiamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en Méjico, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello; y pluguiese á Dios que así fuese. Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creido, é así es verdad, que la misericordia divina y nuestra Señora la vírgen María siempre era con nosotros; por lo cual le doy muchas gracias. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la prision del gran Montezuma.

CAPITULO XCV.

De la prision de Montezuma, y lo que sobre ello se hizo.

E como teniamos acordado el dia antes de prender al Montezuma, toda la noche estuvimos en oracion con el padre de la Merced rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio, y otro dia de mañana fué acordado de la manera que habia de ser. Llevé consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo y Alonso de Avila,

y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy á punto y los caballos ensillados y enfrenados; y en lo de las armas no habia necesidad de ponello yo aquí por memoria, porque siempre de dia y de noche estábamos armados y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazon era nuestro calzado; y cuando soliamos ir á hablar al Montezuma siempre nos veia armados de aquella manera; y esto digo porque, puesto que Cortés con los cinco capitanes iban con todas sus armas para le prender, el Montezuma no lo tendria por cosa nueva ni se alteraria dello. Ya puestos á punto todos, envióle nuestro capitan á hacelle saber cómo iba á su palacio, porque así lo tenia por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto; y el Montezuma bien entendió poco mas ó menos que iba enojado por lo de Almería, y no lo tenia en una castaña, y mandó que fuese mucho en buen hora; y como entró Cortés, después de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: «Señor Montezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso príncipe y haberos dado por nuestro amigo, mandar á vuestros capitanes que teniades en la costa cerca de Tuzapan que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro rey y señor, y de mandalles indios é indias para sacrificar y matar un español hermano mio y un caballo;» no le quiso decir del capitan ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron á la Villa-Rica, porque el Montezuma no lo alcanzó á saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron la guerra; y mas le dijo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, mandé á mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y vuestra majestad, por el contrario, no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen; helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero; y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado, y tienen pláticas secretas que nos quereis mandar matar; por estas causas no querria comenzar guerra ni destruir aquesta ciudad; conviene que para excusarlo todo, que luego callando y sin hacer ningun alboroto os vais con nosotros á nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa; y que si alboroto ó voces daba, que luego seréis muerto de aquestos mis capitanes, que no los traigo para otro efeto. Y cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó, que tomasen armas contra nosotros, y que enviaria luego á llamar sus capitanes, y sabria la verdad y los castigaria; y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilóbos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave ó de peso para que se cumpliese, é luego se cumplia; y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, é que no era su voluntad salir; y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le respondia muy mejores y que no habia de salir de sus casas; por manera que estuvieron mas de media hora en estas pláticas; y como Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes vieron que se detenia con él, y no veian la hora de habello sacado de sus casas y tenelle preso, hablaron á Cortés algo alterados, y dijeron: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevemos preso ó le darémos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis; porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos. Y como el Juan Velazquez lo decia con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió á nuestros capitanes como enojados, preguntó á doña Marina que qué decian con aquellas palabras altas; y como la doña Marina era muy entendida, le dijo: «Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois; y de otra manera, aquí quedaréis muerto; y en su aposento se sabrá la verdad;» y entonces el Montezuma dijo á Cortés: «Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas; tomaldas en rehenes, y á mí no me hagais esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?» Tornó á decir Cortés que su persona habia de ir con ellos, y no habia de ser otra cosa. Y en fin de muchas mas razones que pasaron, dijo que él iria de buena voluntad; y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedian por merced que no hubiese enojo, y que dijese á sus capitanes y á los de su guarda que iba de su voluntad, porque habia tenido plática de su ídolo Huichilóbos y de los papas que le servian que convenia para su salud y guardar su vida estar con nosotros; y luego le trujeron sus ricas andas en que solia salir, con todos sus capitanes que le acompañaron, y fué á nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas y todos cuantos servicios y placeres le podiamos hacer, así Cortés como todos nosotros; tantos le haciamos, y no se le echó prisiones ningunas; y luego le vinieron á ver todos los mayores principales mejicanos y sus sobrinos, é hablar con él y á saber la causa de su prision y si mandaba que nos diesen guerra; y el Montezuma les respondia que él holgaba de estar algunos dias allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza; y cuando él algo quisiese, que se lo diria, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilóbos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello; y desta manera que he dicho fué la prision del gran Montezuma; y allí donde estaba tenia su servicio y mujeres y baños en que se bañaba, y siempre á la contina estaban en su compañía veinte grandes señores y consejeros y capitanes, y se hizo á estar preso sin mostrar pasion en ello; y allí venian con pleitos embajadores de léjas tierras y le traian sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome que cuando venian ante él grandes caciques de otras tierras sobre términos y pueblos ó otras cosas de aquel arte, que por muy gran señor que fuese se quitaba las mantas ricas, y se ponia otras de nequen y de poca valía, y descalzo habia de venir; y cuando llegaba á los aposentos no entraba de-

recho, sino por un lado dellos, y cuando parecian delante del gran Montezuma, los ojos bajos en tierra; y antes que á él llegasen le hacian tres reverencias y le decian: «Señor, mi señor, gran señor;» y entonces le traian pintado é dibujado el pleito ó negocio sobre que venian, en unos paños ó mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas le señalaban la causa del pleito; y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos, grandes caciques, y cuando bien habian entendido el pleito aquellos jueces, le decian al Montezuma la justicia que tenian, y con pocas palabras los despachaba y mandaba quien habia de llevar las tierras ó pueblos; y sin mas replicar en ello, se salian los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salian hasta la sala, y cuando se veian fuera de su presencia del Montezuma se ponian otras mantas ricas y se paseaban por Méjico. Y dejaré de decir al presente desta prision, y digamos cómo los mensajeros que envió el Montezuma con su señal y sello á llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, los trujeron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé; mas que se los envió á Cortés para que hiciese justicia dellos; y tomada su confesion sin estar el Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, é que su señor se lo habia mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y si algunos teules fuesen en su defensa, que tambien les diesen guerra ó matasen. E vista esta confesion por Cortés, enviósela á decir al Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro capitan lo envió á decir que él así lo creia; que puesto que merecia castigo, conforme á lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar á otros sin culpa ó con culpa que muera por ello; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaria el Cortés por su persona que vérsela pasar al Montezuma; y con todo esto que le envió á decir estaba temeroso; y sin mas gastar razones, Cortés sentenció á aquellos capitanes á muerte é que fuesen quemados delante de los palacios del Montezuma, é así se ejecutó luego la sentencia; y porque no hubiese algun impedimento, entre tanto que se quemaban mandó echar unos grillos al mismo Montezuma; y cuando se los echaron él hacia bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho mas; y después de quemados, fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenia por hermano, sino en mucho mas, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podia, el tiempo andando le haria que fuese señor de mas tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedecian; y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello; y decíaselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecia se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenia en merced, porque bien entendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que ahora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes le vienen cada dia á decir que será bien darnos guerra y sacallo de prision, que cuando lo vean fuera que le atraerán á ello, é que no queria ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar á otro señor; y que él les quitaba de aquellos pensamientos con decilles que su dios Huichilóbos se lo ha enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo mas cierto, Cortés habia dicho á Aguilar, la lengua, que le dijese de secreto que aunque Malinche le manda salir de la prision, que los capitanes nuestros é soldados no querriamos. Y como aquello le oyó, el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: «No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo;» y luego el Montezuma demandó á Cortés un paje español que le servia, que sabia ya la lengua, que se decia Orteguilla, y fué harto provechoso así para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje inquiria y sabia muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y nosotros de lo que decian sus capitanes; y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo queria mucho el Montezuma. Dejemos de hablar cómo ya estaba el Montezuma contento con los grandes halagos y servicios y conversaciones que con todos nosotros tenia, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos; y digamos los nombres de aquellos capitanes de Montezuma que se quemaron por justicia, que se decia el principal Quetzalpopoca, y los otros se decian el uno Coatl y el otro Quiabuitle y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva-España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villa-Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren tan grandes hechos: que entonces hicimos dar con los navíos al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen; lo otro tener tanta osadía de osar prender al gran Montezuma, que era rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces, ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegábamos á ellos, en una tan fuerte ciudad como Méjico, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre mas de mil y quinientas leguas, y prender á un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante dél? Porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré cómo Cortés despachó luego otro capitan que estuviese en la Villa-Rica como estaba el Juan Escalante que mataron.

CAPITULO XCVI.

Cómo nuestro Cortés envió á la Villa-Rica por teniente y capitan á un hidalgo que se decia Alonso de Grado, en lugar del alguacil mayor Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se le dió á Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fué alguacil mayor; y lo que después pasó diré adelante.

Después de hecha justicia de Quetzalpopoca y sus capitanes, é sosegado el gran Montezuma, acordó de enviar nuestro capitan á la Villa-Rica por teniente della á un soldado que se decia Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico é gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitan Cortés porque no fuésemos á Méjico y nos volviésemos á la Villa-Rica, cuando hubo en lo de Tlascala ciertos corrillos, ya por mí dichos en el capítulo que dello habla; y el Alonso de Grado era el que lo mullia y hablaba; y si como era hombre de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto; esto digo porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conocia su condicion, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decia, le dijo: «Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que iréis ahora á la Villa-Rica, como lo deseábades, y entenderéis en la fortaleza; y mirad no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten;» y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamos y sintiésemos á qué fin lo decia; porque sabia dél que aunque se lo mandara con pena no fuera. Pues dadas las provisiones é instrucciones de lo que habia de hacer, el Alonso de Grado le suplicó á Cortés que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor, como la tenia el Juan de Escalante que mataron los indios, y le dijo que ya la habia dado á Gonzalo de Sandoval, y que para él no le faltaria, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, y que se fuese con Dios; y le encargó que mirase por los vecinos é los honrase, y á los indios amigos no se les hiciese ningun agravio ni se les tomase cosa por fuerza, y que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les habia enviado á decir y mandar que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro y anclas que sacaron de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese priesa á la fortaleza que se acabase de enmaderar y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó á la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir dellos como gran señor, é á los pueblos que estaban de paz, que fueron mas de treinta, los enviaba á demandar joyas de oro é indias hermosas; y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar; y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocaba á sus amigos é á los que no lo eran para que si viniese á aquella tierra Diego Velazquez de Cuba ó cualquier su capitan, de dalle la tierra é hacerse con él; todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas á Cortés á Méjico; y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado á Alonso de Grado conociéndole sus malas entrañas é condicion dañada; y como Cortés tenia siempre en el pensamiento que Diego Velazquez, gobernador de Cuba, por una parte ó por otra habia de alcanzar á saber cómo habiamos enviado á nuestros procuradores á su majestad, é que no le acudiriamos á cosa ninguna, é que por ventura enviaria armada y capitanes contra nosotros, parecióle que seria bien poner hombre de quien fiar el puerto é la villa, y envió á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía á Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el coronista Gómora que iba á poblar á Pánuco; y entonces el Pedro de Ircio fué á la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como habia sido mozo de espuelas en la casa del conde de Ureña y de don Pedro Giron, siempre contaba lo que les habia acontecido; y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitan; y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir decia el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprendia harto Gonzalo de Sandoval, que le castigaran por ellas en muchos tribunales. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos á Gonzalo de Sandoval, que llegó á la Villa-Rica, y luego envió preso á Méjico con indios que lo guardasen á Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés; y todos los vecinos querian mucho á Gonzalo de Sandoval, porque á los que halló que estaban enfermos los proveyó de comida lo mejor que podia y les mostró mucho amor, y á los pueblos de paz tenia en mucha justicia y los favorecia en todo lo que se les ofrecia, y en la fortaleza comenzó á enmaderar y tejar, y hacia todas las cosas como conviene hacer todo lo que los buenos capitanes son obligados; y fué harto provechoso á Cortés y á todos nosotros, como adelante verán en su tiempo é sazon. Dejemos á Sandoval en la Villa-Rica, y volvamos á Alonso de Grado, que llegó preso á Méjico, y queria ir á hablar á Cortés, y no le consintió que pareciese delante dél, antes le mandó echar preso en un cepo de madera que entonces hicieron nuevamente. Acuérdome que olia la madera de aquel cepo como á sabor de ajos y cebollas, y estuvo preso dos dias. Y como el Alonso de Grado era muy plático y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos á Cortés que le seria muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante vi que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme á su condicion; y aun el tiempo andando le dió la contaduría que solia tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila á la isla de Santo Domingo por procurador, segun adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí á la memoria cómo cuando Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa-Rica por teniente y capitan y alguacil mayor, le mandó que así como llegase le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles y herramientas, y mucho hierro de lo de los navíos que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro, que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias y pez y estopa y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en

la laguna de Méjico; lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, segun y de la manera que lo mandó.

CAPITULO XCVII.

Cómo estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejábamos y regocijábamos, y aun se le dió licencia para ir á sus cues.

Como nuestro capitan en todo era muy diligente, y vió que el Montezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada dia, después de haber rezado, que entonces no teníamos vino para decir misa, de irle á tener palacio, é iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, y preguntaban al Montezuma con mucha cortesía, y que mirase lo que mandaba, que todo se haria, y que no tuviese congoja de su prision; y le respondia que antes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, ó su Huichilóbos lo permitia; y de plática en plática le dieron á entender por medio del fraile mas por extenso las cosas de nuestra santa fe y el gran poder del Emperador nuestro señor; y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenian hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo léjos á unos tejuelos que tambien eran de oro, é á cinco rayas ganaban ó perdian ciertas piezas é joyas ricas que ponian. Acuérdome que tanteaba á Cortés Pedro de Albarado, é al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Albarado siempre tanteaba una raya de mas de las que habia Cortés, y el Montezuma, como lo vió, decia con gracia y risa que no queria que le tantease á Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Albarado; porque hacia mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentia, que echaba siempre una raya de mas; y Cortés y todos nosotros los soldados que aquella sazon haciamos guarda no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Montezuma. Dirán agora que por qué nos reimos de aquella palabra. E porque el Pedro de Albarado, puesto que era de gentil cuerpo y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condicion, por esto nos reimos tanto. E volvamos al juego: y si ganaba Cortés, daba las joyas á aquellos sus sobrinos y privados del Montezuma que le servian; y si ganaba Montezuma, nos lo repartia á los soldados que le haciamos guarda; y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada dia de darnos presentes de oro y ropa, así á nosotros como al capitan de la guarda, que entonces era Juan Velazquez de Leon, y en todo se mostraba Juan Velazquez grande amigo é servidor de Montezuma. Tambien me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decia Fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabia el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacia cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma; é como era un rey destas tierras y tan valeroso, túvolo á mala crianza y desacato, que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona; y preguntó á su paje Orteguilla que quién era aquel mal criado é sucio, é dijo que era hombre que solia andar en la mar é que no sabe de policía é buena crianza, y tambien le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no, y le decia á la contina muchas cosas que el Montezuma deseaba saber. Y volvamos á nuestro soldado Trujillo, que desque fué de dia Montezuma lo mandó llamar, y le dijo que por qué era de aquella condicion, que sin tener miramiento á su persona, no tenia aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese; y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos: y al Trujillo no se le dió nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daria otra cosa; y el Montezuma lo hizo saber á Juan Velazquez, capitan de la guarda, y mandó luego el capitan quitar á Trujillo que no velase mas, y con palabras ásperas le respondieron. Tambien acaeció que otro soldado que se decia Pedro Lopez, gran ballestero, y era hombre que no se le entendia mucho, y era bien dispuesto y velaba al Montezuma, y sobre sí era hora de tomar el cuarto uno tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: «Oh pesia tal con este perro, que por velalle á la continua estoy muy malo del estómago, para me morir;» y el Montezuma oyó aquella palabra y pesóle en el alma, y cuando vino Cortés á tenelle palacio lo alcanzó á saber, y tomó tanto enojo de ello, que al Pedro Lopez, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados á quien cabia la vela, con mucho silencio y crianza estaban velando, puesto que no habia menester mandarlo á mí ni á otros soldados de nosotros que le velábamos, sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habiamos de tener; y él bien conocia á todos, y sabia nuestros nombres y aun calidades; y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó pasaba delante dél con muy grande acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le habia dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le habia hablado al Orteguilla que le queria demandar á Montezuma que me hiciese merced de una india hermosa; y como lo supo el Montezuma, me mandó llamar y me dijo: «Bernal Díez del Castillo, hanme dicho que teneis motolínea de oro y ropa; yo os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y tambien os darán oro y mantas.» Yo le respondí con mucho acato que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios nuestro Señor le prosperase; y parece ser preguntó al paje que qué habia respondido, y le declaró la respuesta; y díjole el Montezuma: «De noble condicion me parece Bernal Díez;» porque á todos nos sabia los nombres, como tengo dicho; é me mandó dar tres tejuelos de oro é dos cargas de mantas. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo por la mañana, cuando hacia

sus oraciones y sacrificios á los ídolos, almorzaba poca cosa, é no era carne, sino ají, y estaba ocupado una hora en oir pleitos de muchas partes, de caciques que á él venian de léjas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, de la manera que entraban á negociar y el acato que le tenian, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces; y porque está ya referido, no lo tornó á referir; y entonces alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenia por amigas, casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y aun dellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora dellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca; y así se pasaba la vida, unas veces riendo y otras veces pensando en su prision. Quiero aquí decir, puesto que no vaya á propósito de nuestra relacion, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que cómo, porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Montezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos, y que los indios tuviesen noticia dello. A esto digo que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma le haciamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traiamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, que á todos nos hacia mucha honra; que, demás de ser rey desta Nueva-España, su persona y condicion lo merecia. Y demás de todo esto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prision y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franqueza lo hicieran. Y como viamos que tenia á la contina consigo muchos señores que le acompañaban, y venian de léjas tierras otros muchos mas señores, y el gran palacio que le hacian y el gran número de gente que á la contina daba de comer y beber, ni mas ni menos que cuando estaba sin prision; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo de cuando lo supo que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo; y fué bien empleado en él. Pasemos adelante y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa-Rica indios cargados con las cadenas de hierro gruesas que Cortés habia mandado hacer á los herreros. Tambien trujeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo; y así como fué traido se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dejallo hé aquí, y diré lo que sobre ello pasó.

CAPITULO XCVIII.

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sosten é veleros para andar en la laguna, y cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le diese licencia para ir á hacer oracion á sus templos, y lo que Cortés le dijo, y cómo le dió licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fué á decir y á hacer saber al Montezuma, que queria hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna; que mandase á sus carpinteros que fuesen á cortar la madera, y que irian con ellos nuestros maestros de hacer navíos, que se decian Martin Lopez y un Alonso Nuñez; y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, de presto fué traida y dado el galivo della; y como habia muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafeteados y breados, y puestas sus jarcias y velas á su tamaño y medida, y una tolda á cada uno; y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los galivos, porque el Martin Lopez era muy extremado maestro, y este fué el que hizo los trece bergantines para ayudar á ganar á Méjico, como adelante diré, é fué un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, é diré cómo el Montezuma dijo á Cortés que queria salir é ir á sus templos á hacer sacrificios é cumplir sus devociones, así para lo que á sus dioses era obligado como para que lo conozcan sus capitanes é principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada dia le vienen á decir le quieren soltar y darnos guerra, y que él les da por respuesta que él se huelga de estar con nosotros; porque crean que es como se lo han dicho, porque así se lo mandó su dios Huichilóbos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto á la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si habia algun descomedimiento, ó mandaba á sus capitanes ó papas que le soltasen ó nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes é soldados para que luego le matasen á estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, y que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares é la imágen de nuestra Señora, ante quien podria hacer oracion sin ir á su templo. Y el Montezuma dijo que no sacrificaria ánima ninguna, é fué en sus muy ricas andas acompañado de grandes caciques con gran pompa, como solia, y llevaba delante sus insignias, que era como vara ó baston, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen á los visoreyes desta Nueva-España; é con él iban para guardalle cuatro de nuestros capitanes, que se decian Juan Velazquez de Leon y Pedro de Alburado é Alonso de Avila y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados, é tambien iban con nosotros el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, para le retraer el sacrificio si le hiciese de hombres; é yendo como íbamos al cu de Huichilóbos, ya que llegábamos cerca del maldito templo mandó que le sacasen de las andas, é fué arrimado á hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona todos los principales habian de llevar los ojos puestos en el suelo y no le miraban á la cara; y llegado á las gradas del adoratorio, estaban muchos papas aguardando para le ayudar á subir de los brazos, é ya le tenian sacrificados desde la noche anterior cuatro indios; y por mas que nuestro capitan le decia, y se lo retraia el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que habia de matar hombres y muchachos para sacrificar; y no podiamos en aquella sazon hacer otra cosa sino disimular con él porque estaba muy revuelto Méjico y otras grandes ciudades con los

sobrinos de Montezuma, como adelante diré; y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos; y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Montezuma dijo que queria ir á caza, y fué en los bergantines hasta un peñol donde habia muchos venados y caza; que no entraba en el alcázar persona ninguna, con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales é imperiales, y apercebidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo á Cortés que queria ir á caza en la laguna á un peñol que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montear por muy principales que fuesen, so pena de muerte; y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le habia dicho cuando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iria, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean; y el Montezuma se holgó de ir en el bergantin mas velero, y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantin fué lleno de caciques y un hijo de Montezuma, y apercebió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de Leon, que era capitan de la guarda, y á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí fuesen con él, y Alonso de Avila con ducientos soldados, que llevasen gran advertençia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Montezuma; y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que habia, con nuestros artilleros, que se decian Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus principales; y como en aquella sazon hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma y decia que eran gran maestría la de las velas y remos todo junto; y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de Méjico mandó Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que, como le viamos tan franco y bueno, le teniamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condicion que él tenia de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España y de otras provincias le hacian, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, aunque fuese volando, que luego no le era traido; y esto dígolo porque un dia estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilan en unas salas como corredores por una codorniz; que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenia allí para criar el indio mayordomo que tenia cargo de barrer los aposentos; y como el gavilan se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decia Francisco de Acevedo el Pulido, que fué maestresala del almirante de Castilla: «¡Oh qué lindo gavilan, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene!» Y respondimos los demás soldados que era muy bueno, y que habia en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería; y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó á su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió que deciamos aquellos capitanes que el gavilan que entró á cazar era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel que le mostrarian á venirá la mano, y que en el campo le echarian á cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataria. Entonces dijo el Montezuma: «Pues yo mandaré agora que tomen aquel mismo gavilan, y verémos si le amansan y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced; y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trujesen el mismo gavilan; y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave-María vienen con el mismo gavilan, y le dieron á Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo; y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba mas que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y helo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traian tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el aire hacia tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenia convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos caciques y á toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de Méjico; lo cual diré adelante.

CAPITULO C.

Cómo los sobrinos del grande Montezuma andaban convocando y trayendo á sí las voluntades de otros señores para venir á Méjico y sacar de la prision al gran Montezuma y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, que después de Méjico era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que habia muchos dias que estaba preso su tio Montezuma, y que en todo lo que nosotros podiamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber que habiamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Azayaca, y que no habiamos tomado cosa ninguna dello; y antes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los señores de Tezcuco, sus vasallos, é al señor de Cuyoacan, que era su primo, y sobrino del Montezuma, é al señor de Tacuba é al señor de Iztapalapa, é á otro ca

cique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decian que le venia de derecho el reino y señorío de Méjico, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios; pues andando concertando con ellos y con otros señores mejicanos que para tal dia viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban á él el señorío de Méjico, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de Méjico, ó no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió que á él le venia el cacicazgo y él habia de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no queria venir, que sin él ni su gente haria la guerra. Por manera que ya tenia el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenia concertado que para tal dia viniesen sobre Méjico, é con los señores que dentro estaban de su parte les darian lugar á la entrada; é andando en estos tratos, lo supo muy bien Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin queria; y para mejor lo saber envió Montezuma á llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba convocando á todos con palabras é dádivas para que le ayudasen á darnos guerra y soltar al tio. Y como Montezuma era cuerdo y no queria ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo á Cortés segun y de la manera que pasaba, el cual alboroto sabia muy bien nuestro capitan y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mejicana é iriamos sobre Tezcuco, y que le prenderiamos ó destruiriamos aquella ciudad é sus comarcas. E al Montezuma no le cuadró este consejo; por manera que Cortés le envió á decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer que le acudirian en la guerra, envió á decir á Cortés que ya habia entendido sus palabras de halagos, que no las queria mas oir, sino cuando le viese venir, que entonces le hablaria lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir que mirase que no hiciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona y le quitaria la vida por ello; y respondió que ni conocia á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio. Como envió aquella respuesta, nuestro capitan rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcuco tenia grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en Méjico con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposicion, que estaba huido del propio hermano porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcuco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco que prendiesen al Cacamatzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viniese, que le echase mano y le tuviesen en su poder hasta que estuviese mas sosegado; y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad é reino. Y el Montezuma dijo que le enviaria luego á llamar; mas que sentia dél que no querria venir, y que si no viniese, que se ternia concierto con sus capitanes y parientes que le prendan; y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: «Señor Montezuma, bien podeis creer que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está; que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuérades con toda vuestra caballería á vuestros palacios; y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes que os fueron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque vuestra majestad dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad é quitaros el mando;» y el Montezuma dijo que se lo tenia en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés ó via que lo decia, no por soltalle, sino probar su voluntad; y tambien Orteguilla, su paje, se lo habia dicho á Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiese, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria. Dijo el Montezuma á Cortés que muy bien estaba preso hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego queria enviar mensajeros á Cacamatzin rogándole que viniese ante él, que le queria hablar en amistades entre él y nosotros; y le envió á decir que de su prision que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya á sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto; y que esto que lo sabe muchos dias há de los papas que están en servicio de los ídolos; y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los capitanes de Tezcuco, cómo enviaba á llamar á su sobrino para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin; y sus principales entraron en consejo sobre lo que harian, y el Cacamatzin comenzó á bravear y que nos habia de matar dentro de cuatro dias, é que al tio, que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacelle algun bien, y que cuanto oro le han traido de sus tributos nos daba; y que le habiamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teniamos preso, é que ya le andábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huichilóbos, é que queria-

mos poner los nuestros; é que porque esto no viniese mas mal, y para castigar tales cosas é injurias, que les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los mismos capitanes del Montezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos á una nos diesen guerra; y allí les prometió el Cacamatzin que si quedaba con el señorío de Méjico que les habia de hacer grandes señores, y tambien les dió muchas joyas de oro y les dijo que ya tenia concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tacuba y otros deudos, que le ayudarian, é que en Méjico tenia de su parte otras personas principales, que le darian entrada é ayuda á cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los mas en sus piraguas y canoas chicas por la laguna, podrian entrar, sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tio estaba preso; y que no tuviesen miedo de nosotros, pues saben que pocos dias habian pasado que en lo de Almería los mesmos capitanes de su tio habian muerto muchos teules y un caballo, lo cual bien vieron la cabeza de un teule é el cuerpo del caballo; é que en una hora nos despacharian, é con nuestros cuerpos harian buenas fiestas y hartazgas. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen que se miraban unos capitanes á otros para que hablasen los que solian hablar primero en cosas de guerra, é que cuatro ó cinco de aquellos capitanes le dijeron que ¿cómo habian de ir sin licencia de su gran señor Montezuma y dar guerra en su propia casa y ciudad? Y que se lo envien primero á hacer saber, é que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, é que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser que el Cacamatzin se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres dellos; y como habia allí en el consejo y junta que tenian otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarian hasta morir, é acordó de enviar á decir á su tio el gran Montezuma que habia de tener empacho envialle á decir que venga á tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho, teniéndole preso; é que no es posible sino que nosotros éramos hechiceros y con hechizos le teniamos quitado su gran corazon y fuerza, é que nuestros dioses y la gran mujer de Castilla que les dijimos que era nuestra abogada nos da aquel gran poder para hacer lo que haciamos; é en esto que dijo á la postre no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba. Y volvamos á nuestra plática, que en lo que se resumió, fué enviar á decir que él venia á pesar nuestro y de su tio á nos hablar y matar; y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió á llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dió su sello, y aun les dió ciertas joyas de oro, y les mandó que luego fuesen á Tezcuco y que mostrasen secretamente aquel su sello á ciertos capitanes y parientes que estaban muy mal con el Cacamatzin por ser muy soberbio, é que tuviesen tal órden y manera, que á él y á los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trujesen delante. Y como fueron aquellos capitanes, y en Tezcuco entendieron lo que el Montezuma mandaba, y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y tambien trujeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto á la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen á Méjico, y cuando hubo desembarcado le meten en sus ricas andas, como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma; y parece ser estuvo hablando con su tio, y desvergonzósele mas de lo que antes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor; lo cual alcanzó á saber mas por entero de los demás prisioneros que le trujeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy mas lo estuvo entonces. Y luego se lo envió á nuestro capitan para que lo echase preso, y á los demás prisioneros mandó soltar; é luego Cortés fué á los palacios é al aposento de Montezuma y le dió las gracias por tan gran merced; y se dió órden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Montezuma, que tambien era su sobrino, hermano del Cacamatzin, que ya he dicho que por su temor estaba allí retraido al favor del tio porque no le matase, que era tambien heredero muy propincuo del reino de Tezcucó; y para lo hacer solenemente y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que viniesen ante él los mas principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa, le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Cárlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyoacan y el señor de Iztapalapa y el de Tacuba, vieron é oyeron las prisiones del Cacamatzin, y supieron que el gran Montezuma habia sabido que ellos entraban en la conjuracion para quitalle su reino y dárselo á Cacamatzin, temieron, y no le venian á ver ni á hacer palacio como solian; é con acuerdo de Cortés, que le convocó é atrajo al Montezuma para que los mandase prender, en ocho dias todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitan y todos nosotros. Miren los curiosos letores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada dia y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorria; é aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen corte; é miren qué gran señor era, que estando preso así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado é aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes é el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, estaban teniéndole palacio, é en todo lo que podian le daban mucho placer, y burlaban no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés ni ningun capitan hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar; y en esto era tan bien mirado, que todos le queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le viamos hacer. Y volviendo á nuestra plática, unas veces le daban á entender las cosas tocantes á nuestra santa fe, y se lo decia el fraile con el paje Orteguilla, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazon, pues las escuchaba con atencion

mejor que al principio. Tambien le daban á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y cómo le daban vasallaje muchos grandes señores que le obedecian, y de léjas tierras; y decíanle otras muchas cosas que él se holgaba de les oir, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloque; y él, como no era nada escaso, nos daba cada dia cual joyas de oro ó mantas. Y dejaré de hablar en elló, y pasaré adelante.

CAPITULO CI.

Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia á su majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron.

Como el capitan Cortes vió que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo á Montezuma que dos veces le habia enviado á decir antes que entrásemos en Méjico que queria dar tributo á su majestad, y que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro rey y señor, é que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le dén la obediencia, porque ansí se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que dén las parias é tributo. Y el Montezuma dijo que juntaria sus vasallos é hablaria sobre ello; y en diez dias se juntaron todos los mas caciques de aquella comarca, y no vino aquel cacique pariente muy cercano del Montezuma, que ya hemos dicho que decian que era muy esforzado, y en la presencia y cuerpo y miembros se le parecia. Bien era algo atronado, y en aquella sazon estaba en un pueblo suyo que se decia Tula; y á este cacique, segun decian, le venia el reino de Méjico después del Montezuma; y como le llamaron, envió á decir que no queria venir ni dar tributo; que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la cual respuesta hubo enojo Montezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen; como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejallo hé aquí, y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que habia enviado á llamar, que después que les habia hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabian por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, é así lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habian de venir gentes que habian de señorear estas tierras, y que se habia de acabar en aquella sazon el señorío y reino de los mejicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros; é que se lo han preguntado á su Huichilóbos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren respondelles como suele; y lo que mas les da á entender el Huichilóbos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello dé ahora por respuesta, é que no le pregunten mas; así, que bien da á entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son; y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando verémos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo, así harémos. Lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que mas nos convenga; y porque ahora soy importunado de Malinche á ello, ninguno lo rehuse; é mirá que en diez y ocho años que há que soy vuestro señor, siempre me habeis sido sido muy leales, é yo os he enriquecido, é ensanchado vuestras tierras, é os he dado mandos é hacienda; é si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilóbos me lo ha mandado. Y desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harian lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Montezuma muchas mas; y luego envió á decir con un principal que para otro dia darian la obediencia y vasallaje á su majestad. Después Montezuma tornó á hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante, é nuestros capitanes y muchos soldados, y Pedro Fernandez, secretario de Cortés; é dieron la obediencia á su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queríamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teniamos. Y dejallo hé aquí, y diré que siempre Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, que era bien entendido, estaban en los palacios de Montezuma por alegralle, atrayéndole á que dejase sus ídolos; y pasaré adelante.

CAPITULO CII.

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas de oro, y de qué calidad eran, y asimismo en qué rios estaban, y qué puertos para navíos desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Guacazualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés é otros capitanes con el gran Montezuma, teniéndole en palacio, entre otras pláticas que le decia con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar é Orteguilla, le preguntó que á qué parte eran las minas é en qué rios, é cómo y de qué manera cogian el oro que le traian en granos, porque queria enviar á vello dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, y que donde mas oro se solia traer que era de una provincia que se dice Zacatula, que es á la banda del sur, que está de aquella ciudad andadura de diez ó doce dias, y que lo cogian con unas jícaras, en que lavan la tierra, é que allí quedan unos granos menudos después de lavado; é que ahora al presente se lo traen de otra provincia que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del norte, é que lo cogen de dos rios; é que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los chinatecas y capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daría principales que vayan con ellos; y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó un piloto que se decia Gonzalo de Umbria, con otros dos soldados mineros, á lo de Zacatula.

Aqueste Gonzalo de Umbria era al que Cortés mandó cortar los piés cuando ahorcó á Pedro Escuderos é á Juan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar mas en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbria, y se les dió de plazo para ir é volver cuarenta dias. E por la banda del norte despachó para ver las minas á un capitan que se decia Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no habia fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra; é con cuatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros cuarenta dias para ir é volver, porque habia desde Méjico obra de ochenta leguas, é con cuatro principales mejicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos á decir cómo le dió el gran Montezuma á nuestro capitan en un paño de nequen pintados y señalados muy al natural todos los rios é ancones que habia en la costa del norte Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco; é como ya sabiamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando veniamos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para hondar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decia Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitan que él queria ir á ver aquel rio y qué tierras habia y qué manera de gente era, y que le diese hombres é indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y tenello en su compañía, y por no le descomplacer le dió licencia para que fuese; y el Montezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señorío, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que hacia, y que si algo le aconteciese no le cargasen ni culpasen á él; y que antes de llegar á aquella provincia toparia con sus guarniciones de gente de guerra, que tenia en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; é así, partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco Lopez de Gómora que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ircio habia ido á poblar á Pánuco; é porque ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, é vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitan envió á ver las minas é á hondar el puerto é rio de Guazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de Méjico á dar razon de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbria y sus compañeros, y trajeron obra de trecientos pesos en granos, que sacaron delante de los indios de un pueblo que se dice Cacatula, que, segun contaba el Umbria, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogian el oro, y era de dos rios; y dijeron que si fuesen buenos mineros y la lavasen como en la isla de Santo Domingo ó como en isla de Cuba, que serian ricas minas; y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas, que valdria ducientos pesos, é á darse é ofrecerse por servidores de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que habia buenas minas; é á los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbria que no muy léjos de Méjico habia grandes poblaciones y otra provincia que se decia Matalcingo; y á lo que sentimos y vimos, el Umbria y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados; que á este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo dél por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los piés. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitan Diego de Ordás, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de Méjico; y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, é que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacian, y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos; y el Ordás, con los principales mejicanos que llevaba, reprendió á los capitanes de Montezuma que tenian cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si mas robaban, que se lo haria saber á su señor Montezuma, y que enviaria por ellos y los castigaria, como hizo á Quetzalpopoca y sus compañeros porque habian robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor; é luego fué camino de Guazacualco, y no llevó mas de un principal mejicano; y cuando el cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus principales á le recebir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia y todos tenian relacion y noticia de nuestras personas, de cuando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y volvamos ahora á decir que, como los caciques de Guazacualco entendieron á lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mesmo cacique Tochel, y con él otros muchos principales hondaron la boca del rio, é hallaron tres brazas largas, sin la de caida, en lo mas bajo; y entrados en el rio un poco arriba, podian nadar grandes navíos, é mientras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo que en aquella sazon estaba poblado de indios pueden estar carracas; y como el Ordás lo hubo ahondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron de Montezuma y de su guarnicion de gente de guerra, y que habia poco tiempo que tuvieron una ba-

talla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia á los mejicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en dia, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mejicanos; y el Ordás les dió muchas gracias por la honra que habia recebido, y les dió ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efecto, y se volvió á Méjico, y fué alegremente recebido de Cortés y de todos nosotros; y decia que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto á pique para las islas de Cuba y de Santo Domingo y de Jamaica, excepto que era léjos de Méjico y habia grandes ciénagas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de Méjico. Dejemos al Ordás, y digamos del capitan Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque á buscar oro y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y trujeron sobre mil pesos de granos de oro sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fué á los rios con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traian, y que fueron en las sierras mas arriba á otra provincia que se dice los chinantecas, y como llegaron á su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mejicano no les entrase en su tierra; si no, que los matarian, y que los teules que vayan mucho en buen hora; y así, fueron, y se quedaron los mejicanos, que no pasaron adelante; y cuando los caciques de Chinanta entendieron á lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron á unos rios, donde cogieron el demás oro que venia por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento; y tambien trujo el capitan Pizarro dos caciques de aquella tierra, que vinieron á ofrecerse por vasallos de su majestad y tener nuestra amistad, y aun trujeron un presente de oro; y todos aquellos caciques a una decian mucho mal de los mejicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias por los robos que les hacian, que no podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro y á los principales que traia, y tomó el presente que le dieron, y porque há muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que les ayudaria y seria su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos principales mejicanos que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática: que preguntó Cortés por los demás soldados que habia llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos y Heredia el viejo y Escalona el mozo y Cervántes el chocarrero; y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que habia de algodon, y que desde allí fuesen catando todos los rios y viesen qué minas habia. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo á bien á su pariente haber salido de su mandado, y supimos que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves é cacaguatales; y luego envió otro soldado que se decia Alonso Luis á llamar los demás que habia dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento; y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase á todos los caciques que tributasen á su majestad, pues comunmente sabian que tenian oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el capitan Diego de Ordás y los soldados por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro y relacion que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordás y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen á su majestad, y que al mismo, como gran señor, tambien tributase é diese de sus tesoros; y respondió que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habian habido de sus antepasados; y de presto despachó principales á las partes donde habia minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino del tamaño y gordor de otros que le solian tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traian sino joyezuelas de poca valía. Tambien envió á la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le queria obedecer, que estaba de Méjico obra de doce leguas; y la respuesta que trujeron los mensajeros fué, que decia que no queria dar oro ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era señor de Méjico y le venia el señorío como al mismo Montezuma que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello y con buenos capitanes para que se lo trujesen preso; y venido á su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenia ramos de locura, porque era como atronado; todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma que se lo diese, que él lo queria guardar; porque, segun le dijeron, le habia mandado matar el Montezuma; y traido ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma cuando lo supo dijo que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos á decir que en obra de veinte dias vinieron todos los principales que Montezuma habia enviado á cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió á llamar á Cortés y á nuestros capitanes y ciertos soldados que conocia que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, ó otras como ellas: «Hágoos saber, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que á vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad, así por se-

ñor y tan gran señor, como por haber enviado de tan léjes tierras á saber de mí; y lo que mas me pone en el pensamiento es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, segun nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan á entender por las respuestas que dellos tenemos; tomá ese oro que se ha recogido, y por ser tan de priesa no se trae mas; y lo que yo tengo aparejado para el Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo vistes é mirastes todo, y la tornastes á cerrar como antes estaba; y cuando se lo enviáredes, decilde en vuestros anales y cartas: «Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma;» y tambien yo os daré unas piedras muy ricas, que le envieis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar á otras personas, sino para ese vuestro gran emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. Tambien le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros y bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de vellas; y tambien yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el mas oro y joyas que tenia os he dado en veces. Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teniamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiriamos á su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para vello y quitallo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres dias, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma, de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro; y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata é otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas, y tejuelos de oro y el oro en grano de las minas; y se comenzó á fundir con los plateros indios que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, é se hicieron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma habia dicho que daria, que fué cosa de admiracion ver tanto oro y las riquezas de otras joyas que trujo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos caciques mucha cantidad de oro; pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenian de piedras y perlas, y las pinturas de pluma é de pajaritos llenos de aljófar, é otras aves, todo era de gran valor. Dejamos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí á la memoria; digamos agora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro que mandó hacer Cortés, y los oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de su majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fué las armas reales como de un real y del tamaño de un toston de á cuatro, y esto sin las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer; pues para pesar todas estas barras de oro y plata y las joyas que quedaron por deshacer no teniamos pesas de marcos ni balanza, y pareció á Cortés y á los mismos oficiales de la hacienda de su majestad que seria bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza mas ó menos en cada peso que pesaba y de cuanto pesó. Y dijeron los oficiales del Rey que habia en el oro, así en lo que estaba hecho arrobas como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, mas de seiscientos mil pesos, sin la plata é otras muchas joyas que se dejaron de avaluar; y algunos soldados decian que habia mas. Y como ya no habia que hacer en ello sino sacar el real quinto y dar á cada capitan y soldado nuestras partes, é á los que quedaban en el puerto de la Villa-Rica tambien las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese mas oro é hubiese buenas pesas y razon y cuenta de á cómo salian; y todos los mas soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habiamos visto que cuando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones que he dicho mucho mas oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos, y para otro dia habian de dar las partes. E diré cómo lo repartieron, é todo lo mas se quedó con ello el capitan Cortés é otras personas, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CV.

Cómo se repartió el oro que hubimos, así de lo que dió el gran Montezuma como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello aceció á un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen á él otro quinto como á su majestad, pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitan general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo que habia hecho cierta costa en la isla de Cuba que gastó en el armada, que lo sacasen de monton; y demás desto, que se apartase del mismo monte la costa que habia hecho Diego Velazquez en los navíos que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ellos; y tras esto, para los procuradores que fueron á Castilla. Y demás desto, para los que quedaron en la Villa-Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el padre de la Merced y el clérigo Juan Díaz y los capitanes y los que traian caballos, dobles partes, escopeteros y ballesteros por el consiguiente, é otras sacaliñas; de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recebir; y con todo

se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podiamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos, y daban voces por lo demás; y Cortés secretamente daba á unos y á otros por via que les hacia merced por contentallos, y con buenas palabras que les decia sufrian. Pues vamos á las partes que daban á los de la Villa-Rica, que se lo mandó llevar á Tlascala para que allí se lo guardase; y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazon muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenia un gran pueblo dellos, media legua de Méjico, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habian henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo, con unos naipes que hacian de cuero de atambores, tan buenos é tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que á un soldado que se decia Fulano de Cárdenas le acaeció. Parece ser que aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del condado; el pobre tenia en su tierra mujer é hijos, y como á muchos nos acaece, debria de estar pobre, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos; é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas é tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veia cada dia tan pensativo y malo, íbale á ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: «¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¿Yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió y para los navíos de Diego Velazquez y para otras muchas trancanillas, y que muera mi mujer é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueren los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que habiamos habido en aquel tiempo?» Y respondióle aquel su amigo: «Pues ¿qué oro teniades vos para les enviar?» Y el Cárdenas dijo: «Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabia, con ello se sostuviera mi mujer é hijos, y aun les sobraba; mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos á su majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martin Cortés sobre seis mil pesos é lo que escondió; y yo y otros pobres que estamos de noche y de dia batallando, como habeis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala é lo de Cingapacinga é Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada dia la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad, é que se alce con todo el oro é que lleve quinto como rey.» E dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habiamos de dejar sacar, ni tener tantos reyes, sino solamente á su majestad. Y replicó su compañero y dijo: «Pues ¿esos cuidados os matan, y agora veis que todo lo que traen los caciques y Montezuma se consume en él, uno en papo y otro en saco é otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan? Por eso dejáos desos pensamientos, y rogad á Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas;» y así, cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó á saber Cortés; y como le decian que habia muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habian hurtado del monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenia era para nosotros; que él no queria quinto, sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo que se lo daria; y aquel oro que habiamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seriamos señores dellas, y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer. Y demás desto, á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traian los mayordomos de Montezuma que lo repartiesen entre todos los soldados como á su persona; y demás desto, llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le prometió que con los primeros navíos le enviaria á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trecientos pesos, y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré cuando venga á coyuntura lo que al Cárdenas acaeció cuando fué á Castilla, y cómo le fué muy contrario á Cortés en los negocios que tuvo ante su majestad.

CAPITULO CVI.

Cómo hubieron palabras Juan Velazquez de Leon y el tesorero Gregorio Mejía sobre el oro que faltaba de los montones antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comunmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos mas tienen mas quieren, aconteció que, como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velazquez de Leon en aquel tiempo hacía labrar á los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejía, que era tesorero, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente de las que habia dado el Montezuma; y el Juan Velazquez de Leon, que era muy privado de Cortés, dijo que no le queria dar ninguna cosa, y que no lo habia tomado de lo que estaba allegado ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las habia dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió que bastaba lo que Cortés habia escondido y tomado á los compañeros, y todavía como tesorero demandaba mucho oro, que se habia pagado el real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron y vinieron á echar mano á las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos á dos acabaran allí sus vidas, porque eran personas de mucho ser y valientes por las armas; y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los

mandó echar presos cada uno en una cadena gruesa, y parece ser, segun muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velazquez de Leon, como era mucho su amigo, que estuviese preso dos dias en la misma cadena, y que sacarian de la prision al Gonzalo Mejía, como á tesorero; y esto lo hacia Cortés porque viésemos todos los capitanes y soldados que hacia justicia, que con ser el Juan Velazquez uña y carne del mismo capitan, le tenia preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo á Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitan Cortés, pues era tesorero é estaba á su cargo; porque es larga relacion, lo dejaré de decir, y diré que, como el Juan Velazquez de Leon estaba preso en una sala cerca del Montezuma y su aposento, en una cadena gorda, y como el Juan Velazquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacia gran sonido, que lo oia el Montezuma, preguntó al paje Orteguilla que á quién tenia preso Cortés en las cadenas, y el paje le dijo que era á Juan Velazquez, el que solia tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazon no lo era, sino Cristóbal de Olí; y preguntó que por qué causa, y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo dia fué Cortés á tener palacio al Montezuma, y después de las cortesías acostumbradas y de las palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Montezuma á Cortés que por qué tenia preso á Juan Velazquez, siendo buen capitan y muy esforzado; porque el Montezuma, como he dicho otras veces, bien conocia á todos nosotros y aun nuestras calidades; y Cortés le dijo medio riendo que porque era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los caciques, y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso; y el Montezuma respondió que le pedia por merced que le soltase, y que él enviaria á buscar mas oro y le daria de lo suyo; y Cortés hacia como que se le hacia de mal el soltallo, y dijo que sí haria por complacer al Montezuma; y paréceme que lo sentenció en que fuese desterrado del real y fuese á un pueblo que se decia Cholula, con mensajero del Montezuma, á demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía y al Juan Velazquez, é vi que dentro de seis dias volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velazquez vino con mas oro. He traido esto aquí á la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejarémoslo aquí.

CAPITULO CVII.

Cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le queria dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servian y honraban como hija de tal señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agradar y servir á Montezuma y tenerle palacio; y un dia le dijo el Montezuma: «Mirá, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caseis con ella y la tengais por vuestra legítima mujer;» y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacia; mas que era casado y tenia mujer, é que entre nosotros no podemos tener mas de una mujer, y que él la tenia en aquel agrado que hija de tan gran señor merece, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores; y Montezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad; é de un dia en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios y de matar en ellos indios, y Cortés se lo retraia, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes qué hariamos en aquel caso, porque no se atrevia á poner remedio en ello por no revolver la ciudad é á los papas que estaban en el Huichilóbos; y el consejo que sobre ello se dió por nuestros capitanes é soldados, que hiciese que queria ir á derrocar los ídolos del alto cu de Huichilóbos, y si viésemos que se ponian en defendello ó que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu, é poner un Crucifijo é una imágen de nuestra Señora; y como esto se acordó, fué Cortés á los palacios adonde estaba preso Montezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, é dijo al Montezuma: «Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra majestad que no sacrifiqueis mas ánimas á estos vuestros dioses, que os traen engañados, y no lo quereis hacer; hágoos, Señor, saber que todos mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondrémos á nuestra Señora santa María y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán á los quitar, y no querria que matasen algun papa.» Y cuando el Montezuma oyó aquellas palabras y vió ir á los capitanes algo alterados, dijo: «¡Oh Malinche, y cómo nos quereis echar á perder toda esta ciudad! Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los papas y veré su respuesta.» Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademan que queria hablar muy en secreto al Montezuma solo con el fraile de la Merced, é que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañía, á los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir; y como se salieron de la sala, dijo al Montezuma que porque no se hiciese alboroto, ni los papas lo tuviesen á mal derrocalle sus ídolos, que él trataria con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciésemos un altar para poner la imágen de nuestra Señora é una cruz, é que el tiempo andando verian cuán buenos y provechosos son para sus ánimas y para dalles la salud y buenas sementeras y prosperidades; y el Montezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dijo que él lo trataria con los papas. Y en fin de muchas palabras que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la imágen de nuestra Señora y una cruz, y con mucha devocion, y todos

dando gracias á Dios, dijeron misa cantada el padre de la Merced, y ayudaba á la misa el clérigo Juan Díaz y muchos de los nuestros soldados; y allí mandó poner nuestro capitan á un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma que mandase á los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar incienso y poner candelas de cera ardiendo de noche y de dia, y enramallo y poner flores. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.

CAPITULO CVIII.

Cómo el gran Montezuma dijo á nuestro capitan Cortés que se saliese de Méjico con todos los soldados, porque se querian levantar todos los caciques y papas y darnos guerra hasta matarnos, porque así estaba acordado y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre á la contina nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos si nuestro Señor Dios no lo remediára, y fué que, como habiamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imágen de nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio y misa, parece ser que los Huichilóbos y el Tezcatepuca hablaron con los papas, y les dijeron que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, é que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, é que ellos no estarian allí si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener otra, é que se lo dijesen á Montezuma y á todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra y nos matasen; y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solian tener para honrallos lo habiamos deshecho y hecho ladrillos, é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teniamos presos á cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraellos á darnos guerra; y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar para que le queria hablar en cosas que iba mucho en ellas; y vino el paje Orteguilla, y dijo que estaba muy alterado y triste Montezuma, é que aquella noche é parte del dia habian estado con él muchos papas y capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender; y cuando Cortés lo oyó, fué de presto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo á Cristóbal de Olí, que era capitan de la guardia, é á otros cuatro capitanes, é á doña Marina é á Jerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: «¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas é á mí é á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos é os hagamos ir por la mar adelante; lo que he colegido dello y me parece, es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mirá que os va las vidas.» Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron; y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban; y Cortés le dijo que él se lo tenia en merced el aviso; que al presente de dos cosas le pesaban: no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que trujo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador; y que le pide por merced que tenga por bien que hasta que se hagan tres navíos en el arenal que detenga á los papas y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella si la quisieren dar. E mas dijo, que porque vea Montezuma quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus capitanes que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navíos á cortar la madera cerca del arenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de antes, como Cortés le dijo que habia de ir con nosotros ante el Emperador, y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entre tanto que él mandaria á los papas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad, é que á sus ídolos Huichilóbos que mandaria aplacasen con sacrificios, é que no seria con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Montezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando cuándo habian de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar á Martin Lopez y Andrés Nuñez, y con los indios carpinteros que le dió el gran Montezuma; y después de platicado el porte de que se podrian labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer é poner á punto, pues que en la Villa-Rica habia todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia y estopa, y calafates y brea; y así, fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa-Rica, y con toda la cuenta y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo á Martin Lopez sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gómora en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remítome á lo que ellos dijeron, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martin Lopez que de hecho y apriesa los labraba; y así, los dejó en astillero tres navíos. Dejémoslos labrándolos, y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo que de una hora á otra nos habian de dar guerra en nuestras caborias de Tlascala; é doña Marina así lo decia al capitan, y el Orteguilla, el paje del Montezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy á punto, y buenas guardas al Montezuma. Digo, de nosotros estar á punto no habia necesidad de decillo tantas veces, porque de dia y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antiparas, y con ello dormiamos. Y dirán ahora dónde dormiamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera, y el que tenia un toldillo, ponelle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy á punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el dia; y todos tan prestos, que en tocando el arma, como si estuviéremos puestos é aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostum-

brado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que despues de conquistada la Nueva-España tenia por costumbre de me acostar vestido y sin cama, é que dormia mejor que en colchones duermo; é ahora cuando voy á los pueblos de mi encomienda no llevo cama, é si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete ni paño ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenia; y esto he dicho porque sepan de qué arte andamos los verdaderos conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados á las armas y velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relacion, y digamos cómo nuestro Señor Jesucristo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la isla de Cuba Diego Velazquez dió mucha priesa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante á la Nueva-España un capitan que se decia Pánfilo de Narvaez.

CAPITULO CIX.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, dió muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitan general á Pánfilo de Narvaez, y cómo vino en su compañía el licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, oidor de la real audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo.

Volvamos ahora á decir algo atrás de nuestra relacion, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo que habiamos enviado nuestros procuradores á su majestad con todo el oro que habiamos habido, é el sol y la luna y muchas diversidades de joyas, y oro en granos sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, que no le acudiamos con cosa ninguna; y asimismo supo cómo don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, que así se nombraba, é en aquella sazon era presidente de Indias y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su majestad estaba en Flándes, y habia tratado muy mal el obispo á nuestros procuradores; y dicen que le envió el Obispo desde Castilla en aquella sazon muchos favores al Diego Velazquez, é avisó é mandó para que nos enviase á prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello; el Diego Velazquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos y con mil y cuatrocientos soldados, en que traian sobre veinte tiros y mucha pólvora y todo género de aparejos, de piedras y pelotas, y dos artilleros, que el capitan de la artillería se decia Rodrigo Martin, y traia ochenta de á caballo y noventa ballesteros y setenta escopeteros; y el mismo Diego Velazquez por su persona, aunque era bien gordo y pesado, andaba en Cuba de villa en villa y de pueblo en pueblo proveyendo la armada y atrayendo los vecinos que tenian indios, y á parientes y amigos, que viniesen con Pánfilo de Narvaez para que le llevasen preso á Cortés y á todos nosotros sus capitanes y soldados, ó á lo menos no quedásemos algunos con las vidas; y andaba tan encendido de enojo y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana mas de sesenta leguas. Y andando desta manera, antes que saliese su armada pareció ser alcanzarlo á saber la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores; el cual aviso y relacion dellos les envió desde Cuba el licenciado Zuazo, que habia venido á aquella isla á tomar residencia al mismo Diego Velazquez. Pues como lo supieron en la real audiencia, y tenian memorias de nuestros muy buenos y nobles servicios que haciamos á Dios y á su majestad, y habiamos enviado nuestros procuradores con grandes presentes á nuestro rey y señor, y que el Diego Velazquez no tenia razon ni justicia para venir con armada á tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo mandase; y que si venia con la armada era gran estorbo para nuestra conquista, acordaron de enviar á un licenciado que se decia Lúcas Vazquez de Aillon, que era oidor de la misma real audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velazquez y no la dejase pasar, y que sobre ello pusiese grandes penas; é vino á Cuba el mismo oidor, y hizo sus diligencias y protestaciones, como le era mandado por la real audiencia, para que no saliese con su intencion el Velazquez; y por mas penas y requirimientos que le hizo é puso, no aprovechó cosa ninguna; porque, como el Diego Velazquez era tan favorecido del obispo de Búrgos, y habia gastado cuanto tenia en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos aquellos requirimientos que hicieron en una castañeta, antes se mostró mas bravoso. Y desque aquello vió el oidor, víznose con el mesmo Narvaez para poner paces y dar buenos conciertos entre Cortés y el Narvaez. Otros soldados dijeron que venia con intencion de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su majestad, como oidor; y desta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante y diré lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CX.

Cómo Pánfilo de Narvaez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Veracruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pánfilo de Narvaez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos, por la mar, parece ser junto á las sierras de San Martin, que así se llaman, tuvo un viento de norte, y en aquella costa es traviesa, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dió al través; venian en él por capitan un hidalgo que se decia Cristóbal de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente, y con toda la mas flota vino á San Juan de Ulúa; y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la isla de Cuba, grande se puede llamar, tuvieron noticia della los soldados que habia enviado Cortés á buscar las minas, y viénense á los navíos del Narvaez los tres dellos, que se decian Cervántes el chocarrero, y Escalana, y otro que se decia Alonso Hernandez Carretero; y cuando se vieron dentro en los navíos y con el Narvaez, dice que alzaban las manos á Dios, que los libró del poder de Cor-

tés y de salir de la gran ciudad de Méjico, donde cada dia esperaban la muerte; y como caminan con el Narvaez y les mandaba dar de beber demasiado, estábanse diciendo los unos á los otros delante del mismo general: «Mirá si es mejor estar aquí bebiendo buen vino que no cautivo en poder de Cortés, que nos traia de noche y de dia tan avasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un dia á otro la muerte al ojo;» y aun decia el Cervántes, como era truhan, so color de gracias: «Oh Narvaez, Narvaez, qué bienaventurado que eres é á qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados mas de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabia del oro de parte, é no quieren recebir lo que les da. Por manera que aquellos soldados que se nos huyeron eran ruines y soeces, y decian al Narvaez mucho mas de lo que queria saber. Y tambien le dieron por aviso que ocho leguas de allí estaba poblada una villa que se dice la villa rica de la Veracruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados, todos viejos y dolientes, y que si enviase á ellos gente de guarda, luego se darian, y le decian otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas, y digamos cómo luego lo alcanzó á saber el gran Montezuma cómo estaban allí surtos los navíos, y con muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida y oro y plata, y que de los pueblos mas cercanos les proveyesen de bastimento; y el Narvaez envió á decir al Montezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés, y de todos nosotros que éramos unas gentes malas, ladrones, que veníamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor, y que como tuvo noticia el Rey nuestro señor que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que haciamos, y teniamos preso al Montezuma, para estorbar tantos daños, que le mandó al Narvaez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballeros para que le suelten de las prisiones, y que á Cortés y á todos nosotros, como malos, nos prendiesen ó matasen, y en las mismas naos nos enviasen á Castilla, y que cuando allá llegásemos nos mandaria matar; y le envió á decir otros muchos desatinos; y eran los intérpretes para dárselos á entender á los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabian la lengua. Y demás destas pláticas, le envió el Narvaez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Montezuma lo supo, tuvo gran contento con aquellas nuevas; porque, como le decian que tenia tantos navíos é caballos é tiros y escopetas y ballesteros, y eran mil y trecientos soldados, y dende arriba creyó que nos perderia. Y demás desto, como sus principales vieron á nuestros tres soldados (que traidores bellacos se pueden llamar) con el Narvaez y veian que decian mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narvaez le envió á decir; y toda la armada se la llevaron pintada en dos paños al natural. Entonces el Montezuma le envió mucho mas oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer, é ya habia tres dias que lo sabia el Montezuma, y Cortés no sabia cosa ninguna. E un dia yéndole á ver nuestro capitan y á tenelle palacio, después de las cortesías que entre ellos se tenian, pareció al capitan Cortés que estaba el Montezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo qué tal se sentia, y el Montezuma respondió que mejor estaba; y tambien, como el Montezuma le vió ir á visitar en un dia dos veces, temió que Cortés sabia de los navíos, y por ganar por la mano y que no le tuviese por sospechoso le dijo: «Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto donde desembarcastes han venido diez y ocho navíos y mucha gente y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veníades á dar nuevas dello; así que no habréis menester hacer navío; y porque no me lo decíades, por una parte tenia enojo de vos de tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais á Castilla é no haya mas palabras.» Y cuando Cortés oyó lo de los navíos y vió la pintura del paño se holgó en gran manera, y dijo: «Gracias á Dios, que al mejor tiempo provee.» Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podíamos estar quedos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros; é Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el gobernador Velazquez contra él y contra todos nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentia della con todos nosotros, capitanes y soldados, y con grandes dádivas y ofrecimientos que nos haria ricos á todos nos atraia para que tuviésemos con él, y no sabia quién venia por capitan; y estábamos muy alegres con las nuevas y con el mas oro que nos habia dado Cortés por via de mercedes, como que lo daba de su hacienda, y no de lo que nos cabia de parte, y viendo el gran socorro é ayuda que nuestro Señor Jesucristo nos enviaba. E quedarse ha aquí, é diré lo que pasó en el real de Narvaez.

CAPITULO CXI.

Cómo Pánfilo de Narvaez envió con cinco personas de su armada á requerir á Gonzalo de Sandoval, que estaba por capitan en la Villa-Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados por mí nombrados, que se le pasaron al Narvaez y le daban aviso de todas las cosas que Cortés y todos nosotros habiamos hecho desde que entramos en la Nueva España, y le avisaron que el capitan Gonzalo de Sandoval estaba ocho ó nueve leguas de allí en una villa que estaba poblada, que se decia la villa rica de la Veracruz, é que tenia consigo sesenta vecinos, y todos los mas viejos y dolientes, acordó de enviar á la villa á un clérigo que se decia Guevara, que tenia buena expresiva, é á otro hombre de mucha cuenta que se decia Amaya, pariente del Diego Velazquez, y á un escribano que se decia Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo; los cuales envió que notificasen á Gonzalo de Sandoval que luego se diesen al Narvaez, y para ello dijeron que traian unos traslados de las provisiones, é dicen que ya el Gonzalo de Sandoval sabia de los navíos por nuevas de indios, y de la mucha gente que en ellos venia; y como era muy varon en sus cosas, siempre estaba muy apercebido él, y sus soldados armados; y sospechando que aquella armada era de Diego Ve-

lazquez, y que enviaria á aquella villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar mas desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego á un pueblo de indios que se dice Papalote, é quedó con los sanos; y el Sandoval siempre tenia buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habian de venir á la villa; y estaba convocando el Sandoval y atrayendo á sus soldados que si viniese Diego Velazquez ó otra persona, que no le diesen la villa; y todos los soldados dicen que le respondieron conforme á su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la villa donde estaban, seis españoles é indios de Cuba; y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió á recebir, y habia mandado que ningun soldado saliese de sus casas ni les hablasen. Y como el clérigo y los demás que traia en su compañía no topaba á ningun vecino español con quien hablar, sino eran indios que hacian la obra de la fortaleza; y como entraron en la villa, fuéronse á la iglesia á hacer oracion, y luego se fueron á la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la villa; é el clérigo, después del norabuena estéis, que así diz que dijo, y el Sandoval le respondió que en tal hora buena viniese; dicen que el clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento, diciendo que el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, habia gastado muchos dineros en la armada, é que Cortés é todos los demás que habia traido en su compañía le habian sido traidores, y que les venia á notificar que luego fuesen á dar la obediencia al señor Pánfilo de Narvaez, que venia por capitan general del Diego Velazquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos que el padre Guevara dijo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oia, y le dijo: «Señor padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velazquez ni ese vuestro capitan; y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza. Andad con Dios á Méjico, que allá está Cortés, que es capitan general y justicia mayor de esta Nueva-España, y os responderá; aquí no teneis mas que hablar.» Entonces el clérigo muy bravoso dijo á su escribano que con él venia, que se decia Vergara, que luego sacase las provisiones que traia en el seno y las notificase al Sandoval y á los vecinos que con él estaban; y dijo Sandoval al escribano que no leyese ningunos papeles, que no sabia si eran provisiones ó otras escrituras; y de plática en plática, ya el escribano comenzaba á sacar del seno las escrituras que traia, y el Sandoval le dijo: «Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leais ningunos papeles aquí, sino id á Méjico; yo os prometo que si tal leyéredes, que yo os haga dar cien azotes, porque ni sabemos si sois escribano del Rey ó no; amostrad el título dello, y si le traeis, leeldo; y tampoco sabemos si son originales de las provisiones ó traslados ó otros papeles.» Y el clérigo, que era muy soberbio, dijo muy enojado: «¿Qué haceis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas.» Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentia como ruin clérigo, y luego mandó á sus soldados que los llevasen presos á Méjico; y no lo hubo bien dicho, cuando en jamaquillas de redes, como ánimas pecadoras los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestas, y en cuatro dias dan con ellos cerca de Méjico, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban; é iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos grandes que les traian de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento ó sueño; y el Sandoval envió con ellos por alguacil, hasta que llegase á Méjico, á Pedro de Solís, el yerno que fué de Orduña, que ahora llaman Solís de Atras-de-la-puerta. Y así como los envió presos, escribió muy en posta á Cortés quién era el capitan de la armada y todo lo acaecido; y como Cortés lo supo que venian presos y llegaban cerca de Méjico, envióles gran banquete, é cabalgaduras para los tres mas principales, y mandó que luego los soltasen de la prision, y les escribió que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, é que quisiera que les hiciera mucha honra; y como llegaron á Méjico los salió á recebir, y los metió en la ciudad muy honradamente; y como el clérigo y los demás sus compañeros vieron á Méjico ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teniamos, é otras muchas ciudades en el agua de la laguna, é todos nuestros capitanes é soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y á cabo de dos dias que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó á enviar á su Narvaez con bastimento que les dió para el camino; que donde venian muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores. Y así como llegaron á Cempoal á dar relacion á su capitan, comenzaron á convocar todo el real de Narvaez que se pasasen con nosotros. Y dejallo hé aquí, y diré cómo Cortés escribió al Narvaez, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXII.

Cómo Cortés, después de bien informado de quién era capitan, y quién y cuántos venian en la armada, y de los pertrechos de guerra que traia, y de los tres nuestros falsos soldados que á Narvaez se pasaron, escribió al capitan é á otros sus amigos, especialmente á Andrés de Duero, secretario del Diego Velazquez; y tambien supo cómo Montezuma enviaba oro y ropa al Narvaez, y las palabras que le envió á decir el Narvaez al Montezuma, y de cómo venia en aquella armada el licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, oidor de la audiencia real de Santo Domingo, é la instruccion que traian.

Como Cortés en todo tenia cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio, y como muchas veces he dicho antes de ahora, tenia tan acertados y buenos capitanes y soldados, que, demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos, acordóse por todos que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narvaez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas caricias y ofrecimientos que todos á una le hiciésemos, y que hariamos todo lo que su merced mandase; y que le pediamos por merced que no alborotase la tierra, ni los indios viesen entre nosotros disensiones; y esto deste ofrecimiento fué por causa que, como éramos los de Cortés pocos solda-

dos en comparacion de los que el Narvaez traia, porque nos tuviese buena voluntad y para ver lo que sucedia; y nos ofrecimos por sus servidores, y tambien debajo destas buenas palabras no dejamos de buscar amigos entre los capitanes de Narvaez; porque el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron á Cortés que Narvaez no venia bienquisto con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas; y Cortés les escribió que se habia holgado en gran manera él y todos nosotros sus compañeros con su llegada á aquel puerto; y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no dé causa á que el Montezuma, que está preso, se suelte y la ciudad se levante, porque será para perderse él y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene; y esto, que lo dice porque el Montezuma está muy alterado y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le ha enviado á decir; é que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varon como él es no habian de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo, sino que el Cervántes el chocarrero y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirian. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haria lo que mandase. Y tambien escribió Cortés al secretario Andrés de Duero y al oidor Lúcas Vazquez de Aillon, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos; y después que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al oidor cadenas y tejuelos, y rogó al padre de la Merced que luego tras la carta fuese al real de Narvaez; y le dió otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allá á sus amigos. Y así como llegó la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios antes que llegase el padre Guevara, que fué el que Narvaez nos envió, andábala mostrando el Narvaez á sus capitanes, haciendo burla della y aun de nosotros; y un capitan de los que traia el Narvaez, que venia por veedor, que se decia Salvatierra, dicen que hacia bramuras desque la oyó, y decia al Narvaez, reprendiéndole, que para qué leia la carta de un traidor como Cortés é los que con él estaban, é que luego fuese contra nosotros, é que no quedase ninguno á vida; y juró que las orejas de Cortés que las habia de asar, y comer la una dellas; y decia otras liviandades. Por manera que no quiso responder á la carta ni nos tenia en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros á su real, y hablan al Narvaez que Cortés era muy buen caballero é gran servidor del Rey, y le dice del gran poder de Méjico, y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron, é que entendieron que Cortés que le será servidor y haria cuanto mandase; é que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el señor Narvaez á qué parte quiere ir de toda la Nueva-España con la gente que trae, que allí vaya, é que deje al Cortés en otras provincias; pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. E como esto oyó el Narvaez, dicen que se enojó de tal manera con el padre Guevara y con el Amaya, que no los queria después mas ver ni escuchar; y desque los del real de Narvaez los vieron ir tan ricos al padre Guevara y al escribano Vergara é á los demás, y les decian secretamente á todos los de Narvaez tanto bien de Cortés é de todos nosotros, é que habian visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narvaez deseaban estar ya en nuestro real; y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo, al real de Narvaez con los tejuelos que Cortés les dió y con cartas secretas, y fué á besar las manos al Narvaez, é á decille cómo Cortés hará todo lo que mandare, é que tenga paz y amor; é como el Narvaez era cabezudo y venia muy pujante, no lo quiso oir; antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores; é porque el fraile respondia que antes éramos muy leales servidores del Rey, le trató mal de palabra; y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro á quien Cortés le mandó, y convocaba y atraia á sí los mas principales del real de Narvaez. Y dejallo hé aquí, y diré lo que al oidor Lúcas Velazquez de Aillon y al Narvaez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXIII.

Cómo hubieron palabras el capitan Pánfilo de Narvaez y el oidor Lúcas Vazquez de Aillon, y el Narvaez le mandó prender y le envió en un navío preso á Cuba ó á Castilla, y lo que sobre ello avino.

Parece ser que, como el oidor Lúcas Vazquez de Aillon venia á favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque así se lo habia mandado la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, como sabian los muchos y buenos y leales servicios que haciamos á Dios primeramente y á nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos á Castilla con nuestros procuradores; é demás de lo que la audiencia real le mandó, como el oidor vió las cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de antes decia que aquella armada que enviaba era injusta, y contra toda justicia que contra tan buenos servidores del Rey como éramos era mal hecho venir, de allí adelante lo decia muy clara y abiertamente; y decia tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narvaez no se hablaba de otra cosa. Y demás desto, como veian y conocian en el Narvaez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Montezuma les enviaba todo se lo guardaba, y no daba cosa dello á ningun capitan ni soldado; antes decia, con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda, á su mayordomo: «Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria;» é como aquello conocian dél, é oian lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos, de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narvaez que el oidor entendia en ello, é poner zizaña. Y demás desto, cuando Montezuma les enviaba bastimento, que repartia el despensero ó mayordomo de Narvaez, no tenia cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razon, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el real; y tambien porque el consejo que daban al Narvaez el Salvatierra, que dicho tengo que venia por veedor, y Juan Bono, vizcaino, y un Gamarra, y sobre todo, los grandes favores que tenia de Castilla de don Juan Rodri-

guez de Fonseca, obispo de Búrgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narvaez, que prendió al oidor del Rey, á él y á su escribano y ciertos criados, y le hizo embarcar en un navío, y los envió presos á Castilla ó á la isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo que se decia Fulano de Oblanco y era letrado, decia al Narvaez que Cortés era muy servidor del Rey, y todos nosotros los que estábamos en su compañía éramos dignos de muchas mercedes, y que parecia mal llamarnos traidores, y que era mucho mas mal prender á un oidor de su majestad; y por esto que le dijo, le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro dias. Tambien mandó echar presos á otros dos soldados de los que traia en su navío, que sabia que hablaban bien de Cortés, y entre ellos fué un Sancho de Barahona, vecino que fué de Guatimala. Tornemos á decir del oidor que llevaban preso á Castilla, que con palabras buenas é con temores que puso al capitan del navío y al maestre y al piloto que le llevaban á cargo, les dijo que, llegados á Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su majestad les mandaria ahorcar; y como aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo y le llevarian á Santo Domingo; y así, mudaron la derrota que Narvaez les habia mandado que fuesen; y llegado á la isla de Santo Domingo y desembarcado, como la audiencia real que allí residia y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores oyeron al licenciado Lúcas Vazquez, y vieron tan grande desacato é atrevimiento, sintiéronlo mucho, y con tanto enojo, que luego lo escribieron á Castilla al real consejo de su majestad; y como el obispo de Búrgos era presidente y lo mandaba todo, y su majestad no habia venido de Flándes, no hubo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor; antes el don Juan Rodriguez de Fonseca diz que se holgó mucho, creyendo que el Narvaez nos habia ya prendido y desbaratado; y cuando su majestad estaba en Flándes, y oyeron á nuestros procuradores, y lo que el Diego Velazquez y el Narvaez habian hecho en enviar la armada sin su real licencia, y haber prendido á su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que después le pusieron á Cortés y á todos nosotros, como adelante diré, por mas que decian que tenian licencia del obispo de Búrgos, que era presidente, para hacer el armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados, parientes y amigos del oidor Lúcas Vazquez, vieron que el Narvaez le habia preso, temieron no les acaeciese lo que hizo con el letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traia sobre los ojos y estaba mal con ellos, acordaron de se ir desde los arenales huyendo á la villa donde estaba el capitan Sandoval con los dolientes; y cuando llegaron á le besar las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mí dicho, y cómo queria enviar el Narvaez á aquella villa soldados á prenderle. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXIV.

Cómo Narvaez con todo su ejército se vino á un pueblo que se dice Cempoal, o lo que en el concierto se hizo, é lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de Méjico, é cómo acordamos de ir sobre Narvaez.

Pues como Narvaez hubo preso al oidor de la audiencia real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaje é pertrechos de guerra á asentar su real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazon era muy poblado; é la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas é ropa labrada é joyas de oro, é tambien le tomó las indias que nos habian dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres é hermanos, porque eran hijas de señores, é para ir á la guerra muy delicadas. Y el cacique gordo dijo muchas veces al Narvaez que no le tomase cosa ninguna de las que Cortés dejó en su poder, así el oro como mantas é indias, porque estaria muy enojado, y le vernia á matar de Méjico, así al Narvaez como al mismo cacique porque se las dejaba tomar. E mas, se le quejó el mismo cacique de los robos que le hacian sus soldados en aquel pueblo, é le dijo que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban á Cortés, con sus gentes, que no les tomaban cosa ninguna, é que era muy bueno él é sus soldados los teules, porque teules nos llamaban; é como aquellas palabras le oia el Narvaez, hacia burla dél, é un Salvatierra que venia por veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que mas bravezas é fieros hacia, dijo á Narvaez é otros capitanes sus amigos: «¿No habeis visto qué miedo que tienen todos estos caciques desta nonada de Cortesillo?» Tengan atencion los curiosos letores cuán bueno fuera no decir mal de lo bueno; porque juro amen que cuando dimos sobre el Narvaez, uno de los mas cobardes é para menos fué el Salvatierra, como adelante diré; é no porque no tenia buen cuerpo é membrudo, mas era mal engalibado, mas no de lengua, y decian que era natural de tierra de Búrgos. Dejemos de hablar del Salvatierra, é diré cómo el Narvaez envió á requerir á nuestro capitan é á todos nosotros con unas provisiones que decian que eran traslados de los originales que traia para ser capitan por el Diego Velazquez; las cuales enviaba para que nos las notificase escribano, que se decia Alonso de Mata, el cual después, el tiempo andando, fué vecino de la Puebla, que era ballestero; é enviaba con el Mata á otras tres personas de calidad. E dejallo he aquí, así al Narvaez como á su escribano, é volveré á Cortés, que como cada dia tenia cartas é avisos, así de los del real de Narvaez como del capitan Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa-Rica, é le hizo saber que tenia consigo cinco soldados, personas muy principales é amigos del licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que es el que envió preso Narvaez á Castilla ó á la isla de Cuba; é la causa que daban porque se vinieron del Real de Narvaez fué, que pues el Narvaez no tuvo respeto á un oidor del Rey, que menos se lo ternia á ellos, que eran sus deudos; de los cuales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el real de Narvaez é la voluntad que tenia, porque decia que muy de hecho habia de venir en nuestra busca á Méjico para nos prender. Pa-

semos adelante, y diré que Cortés tomó luego consejo con nuestros capitanes é todos nosotros los que sabia que le habiamos de ser muy servidores, é solia llamar á consejo para en casos de calidad, como estos; é por todos fué acordado que brevemente, sin mas aguardar cartas ni otras razones, fuésemos sobre el Narvaez, é que Pedro de Albarado quedase en Méjico en guarda del Montezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposicion para ir á aquella jornada; é tambien para que quedasen allí las personas sospechosas que sentiamos que serian amigos del Diego Velazquez é de Narvaez; é en aquella sazon, é antes que el Narvaez viniese, habia enviado Cortés á Tlascala por mucho maíz, porque habia mala sementera en tierra de Méjico por falta de aguas; porque teniamos muchos naborias é amigos del mismo Tlascala, habiamoslo menester para ellos; é trujeron el maíz que he dicho, é muchas gallinas é otros bastimentos, los cuales enviamos al Pedro de Albarado, é aun le hicimos unas defensas á manera de mamparos é fortaleza con arte ó falconete, é cuatro tiros gruesos é toda la pólvora que teniamos, é diez ballesteros é catorce escopeteros é siete caballos, puesto que sabiamos que los caballos no se podrian aprovechar dellos en el patio donde estaban los aposentos; é quedaron por todos los soldados contados, de á caballo y escopeteros é ballesteros, ochenta é tres. Y como el gran Montezuma vió é entendió que queriamos ir sobre el Narvaez, é como Cortés le iba á ver cada dia é á tenelle palacio, jamás quiso decir ni dar á entender cómo el Montezuma ayudaba al Narvaez é le enviaba oro é mantas é bastimentos. Y de una plática en otra, le preguntó el Montezuma á Cortés que dónde queria ir, é para qué habia hecho ahora de nuevo aquellos pertrechos é fortaleza, é que cómo andábamos todos alborotados; é lo que Cortés le respondió é en qué se resumió la plática diré adelante.

CAPITULO CXV.

Cómo el gran Montezuma preguntó á Cortés que cómo queria ir sobre el Narvaez, siendo los que traia doblados mas que nosotros, y que le pesaria mucho si nos viniese algun mal.

Como estaba platicando Cortés con el gran Montezuma, como lo tenian de costumbre, dijo el Montezuma á Cortés: «Señor Malinche, á todos vuestros capitanes é compañeros os veo andar desasosegados, é tambien he visto que no me visitais sino de cuando en cuando, é Orteguilla el paje me dice que quereis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, é que quereis dejar aquí en mi guarda al Tonatio; hacedme merced que me lo declareis, para que si yo en algo os pudiere servir é ayudar, lo haré de muy buena voluntad. E tambien, señor Malinche, no querria que os viniese algun desman, porque vos teneis muy pocos teules, y esos que vienen son cinco veces mas; é ellos dicen que son cristianos como vosotros é vasallos de ese vuestro emperador, é tienen imágenes y ponen cruz, é les dicen misa, é dicen é publican que sois gentes que venistes huyendo de Castilla de vuestro rey y señor, é que os vienen á prender ó á matar; en verdad que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que haceis.» Y Cortés le respondió con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido á dar relacion dello, es como le quiere mucho y por no le dar pesar con nuestra partida, é que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto que el Montezuma le tiene voluntad. E que cuanto á lo que dice, que todos somos vasallos de nuestro gran emperador, que es verdad, é de ser cristianos como nosotros, que sí son; é á lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey y señor, que no es así, sino que nuestro rey nos envió para velle y hablalle todo lo que en su real nombre le ha dicho é platicado; é á lo que dice que trae muchos soldados é noventa caballos é muchos tiros é pólvora, é que nosotros somos pocos, é que nos vienen á matar é prender, nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos é adoramos, é nuestra Señora santa María, su bendita Madre, nos dará fuerzas, y mas que no á ellos, pues que son malos é vienen de aquella manera. E que como nuestro emperador tiene muchos reinos é señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas é otras mucho mas, é que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, é nos nombran por sobrenombre castellanos; é que el capitan que está ahora en Cempoal y la gente que trae que es de otra provincia que llaman Vizcaya, é que tienen la habla muy revesada, como á manera de decir como los otomís tierra de Méjico; é que él verá cuál se los traeriamos presos; é que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveriamos con vitoria. E lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban á Pedro de Albarado, con ochenta soldados; que después que salgamos de aquella ciudad no haya algun alboroto, ni consienta á sus capitanes é papas hagan cosas que sean mal hechas, porque después que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores; é que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen; é allí le abrazó Cortés dos veces al Montezuma, é asimismo el Montezuma á Cortés; é doña Marina, como era muy avisada, se lo decia de arte que ponia tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció que haria todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió que enviaria en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, é Cortés le dió gracias por ello, porque bien entendió que no los habia de enviar; é le dijo que no habia menester su ayuda, sino era la de Dios nuestro Señor, que es la ayuda verdadera, é la de sus compañeros que con él íbamos; é tambien le encargó que mirase que la imágen de nuestra Señora é la cruz que siempre lo tuviesen muy enramado, é limpia la iglesia, é quemasen candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de dia, é que no consintiesen á los papas que hiciesen otra cosa; porque en aquesto conoceria muy mejor su buena voluntad é amistad verdadera. E después de tornados otra vez á se abrazar, le dijo Cortés que le perdonase, que no podia estar mas en plática con él, por entender en la partida; é luego habló á Pedro de Albarado é á todos los soldados que con él quedaban, é les encargó que guardasen al Montezuma con mucho cuidado no se soltase, é que obedeciesen al Pedro de Albarado; y prometióles que, me-

diante Dios, que á todos les habia de hacer ricos; é allí quedó con ellos el clérigo Juan Díaz, que no fué con nosotros, é otros soldados sospechosos, que aquí no declaro por sus nombres; é allí nos abrazamos los unos á los otros, é sin llevar indias ni servicio, sino á la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés á Tlascala á rogar á nuestros amigos Xicotenga y Masse-Escaci é á todos los mas caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra; y enviaron á decir que si fueran para pelear con indios como ellos, que sí hicieran, é aun muchos mas de los que les demandaban, é que para contra teules como nosotros, é contra bombardas é caballos, que les perdonen, que no los quieren dar; é proveyeron de veinte cargas de gallinas; é luego Cortés escribió en posta á Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampaniquita é Mitalaguita, que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla; é que mirase muy bien el Sandoval que Narvaez no le prendiese, ni hubiese á las manos á él ni á ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho, con mucho concierto para pelear si topásemos gente de guerra de Narvaez ó al mismo Narvaez, y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podian ir á caballo, para saber é inquirir de indios de la gente de Narvaez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir á un Alonso de Mata, el que decian que era escribano, que venia á notificar los papeles ó traslados de las provisiones, segun dije atrás en el capítulo que dello habla, é á los cuatro españoles que con él venian por testigos, y luego vinieron los dos nuestros soldados de á caballo á dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata é con los cuatro testigos; y en este instante nos dimos priesa en andar y alargamos el paso, y cuando llegaron cerca de nosotros hicieron gran reverencia á Cortés y á todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo á lo que venian. Y como el Alonso de Mata queria notificar los despachos que traia, Cortés le dijo que si era escribano del Rey, y dijo que sí; y mandóle que luego exhibiese el título, é que si le traia, que leyese los recados, é que haria lo que viese que era servicio de Dios é de su majestad; y si no le traia, que no leyese aquellos papeles; é que tambien habia de ver los originales de su majestad. Por manera que el Mata, medio cortado é medroso, porque no era escribano de su majestad, y los que con él venian no sabian qué le decir; y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen reparamos allí; y les dijo Cortés que íbamos á unos pueblos cerca del real del señor Narvaez, que se decian Tampanequita, y que allí podia enviar á notificar lo que su capitan mandase; y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala del Narvaez, é apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron á su Narvaez diciendo bien de Cortés y de todos nosotros; y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello, y aquellos que venian á notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal maravillarse de nosotros; y muchos habia en el real de Narvaez, personas principales, que querian venir á tratar paces con Cortés y su capitan Narvaez, como á todos nos veian ir ricos. Por manera que llegamos á Panguaniquita, é otro dia llegó el capitan Sandoval con los soldados que tenia, que serian hasta sesenta; porque los demás viejos y dolientes los dejó en unos pueblos de indios nuestros amigos, que se decian Papalote, para que allí les diesen de comer; y tambien vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se habian venido huyendo del real de Narvaez, y venian á besar las manos á Cortés; á los cuales con mucha alegría recibió muy bien; y allí estuvo contando el Sandoval á Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara y con el Vergara y con los demás, y cómo los mandó llevar presos á Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y tambien dijo cómo desde la Villa-Rica envió dos soldados como indios, puestas mantillas ó mantas, y eran como indios propios, al real de Narvaez; é como eran morenos, dijo Sandoval que no parecian sino propios indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas á vender, que en aquella sazon era tiempo dellas, cuando estaba Narvaez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal; é que fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto á un riachuelo que está cerca de los ranchos, para su caballo, é fueron é cogieron unas carguillas dello, y esto era á hora del Ave-María cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cuclillas como indios hasta que anocheció, y tenian ojo y sentido en lo que decian ciertos soldados de Narvaez que vinieron á tener palacio é compañía al Salvatierra, y después les decia el Salvatierra: «¡Oh, á qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos serémos ricos; pues los capitanes y soldados que consigo trae, no será menos sino que tengan mucho oro!» Y decian por ahí otras palabras. Y desque fué bien escuro vienen los dos nuestros soldados que estaban hechos como indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenia el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo manco cabe el riachuelo, y tambien se lo trujeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes; porque por donde él venia con sus compañeros no podian pasar caballos, porque era tierra muy fragosa y de grandes sierras, y que vino por allí por no topar con gente del Narvaez; y cuando Cortés supo que era el un caballo de Salvatierra se holgó en gran manera, é dijo: «Ahora braveará mas cuando lo halle

menos.» Volvamos á decir del Salvatierra, que cuando amaneció é no halló á los dos indios que le trujeron á vender las ciruelas, ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narvaez que decia cosas que los hacia reir; porque luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que les llevaron los caballos; y desde allí adelante se velaban. Volvamos á nuestra materia: y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando cómo y de qué manera dariamos en el real de Navaez; é lo que se concertó antes que fuésemos sobre el Narvaez diré adelante.

CAPITULO CXVI.

Cómo acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que tornásemos á enviar al real de Narvaez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvaez, é que se mostrase favorable á su parte mas que no á la de Cortés, é que secretamente convocase al artillero que se decia Rodrigo Martin é á otro artillero que se decia Usagre, é que hablase con Andrés de Duero para que viniese á verse con Cortés; é que otra carta que escribiésemos al Narvaez que mirase que se la diese en sus manos, é lo que en tal caso convenia, é que tuviese mucha advertencia; y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos é cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez, que decian en ella así, ó otras palabras formales como estas que diré, después de puesto su acato con gran cortesía: que nos habiamos holgado de su venida, é creiamos que con su generosa persona hariamos gran servicio á Dios nuestro Señor y á su majestad; é que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del Rey; é ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió á decir á Montezuma; é que le envió Cortés á pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, ó fuese adelante, é que nosotros iriamos á otras tierras é hariamos lo que á buenos servidores de su majestad somos obligados; é que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envie los originales para ver y entender si vienen con la real firma y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla; é que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del Rey nuestro señor que dentro en tres dias envie á notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, é que cumplirémos como mandado del Rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido á aquel pueblo de Panguenezquita, por estar mas cerca de su real; é que si no trae las provisiones y se quisiere volver á Cuba, que se vuelva y no alborote mas la tierra, con protestacion que si otra cosa hace, que irémos contra él á le prender y enviallo preso á nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene á dar guerra é desasosegar todas las ciudades; é que todos los males é muertes y fuegos y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea á su cargo, y no al nuestro; y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningun escribano de su majestad írselo á notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado á la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitan general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crimen *laesae majestatis* lo que ha tentado, é que hace á Dios testigo de lo que ahora dice; y tambien le enviamos á decir que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de señores que nos habian dado sus padres, y mandase á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Y después de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes y algunos soldados, iba allí mi firma; y entonces se fué con el mismo padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decia Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenia cargo del artillería de Narvaez; y llegados nuestro religioso y el Usagre á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, diré lo que dice que pasó.

CAPITULO CXVII.

Cómo el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de nuestra Señora de la Merced, fué á Cempoal, adonde estaba el Narvaez é todos sus capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dió la carta.

Como el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, llegó al real de Narvaez, sin mas gastar yo palabras en tornallo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Mino, que así se llamaba, é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer, fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano; y asimismo el padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro real con Cortés; y demás desto, ya el fraile habia ido á ver y hablar al Narvaez y hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, é aconsejaban al Narvaez que luego le prendiese, é así lo querian hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenian por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez tambien era de tierra de Valladolid ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado é preeminente, el Andrés de Duero fué al Narvaez y le dijo que le habian dicho que queria prender al padre fray Bartolomé de Olmedo, mensajero y embajador de Cortés; que mirase que ya que hubiese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prendelle, pues que claramente se ha visto cuánta honra é dádivas da Cortés á todos los suyos del Narvaez que hallaban; é que fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él después que allí ha venido, é lo que siente dél es que desea que él y otros caballeros del real de Cortés

le vengan á recebir, é que todos fuesen amigos; é que mire cuánto bien dice Cortés á los mensajeros que envia; que no le sale por la boca á él ni á cuantos están con él, sino el señor capitan Narvaez, é que seria poquedad prender á un religioso; é que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene á ver; que convide á fray Bartolomé de Olmedo á comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras, y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narvaez. Y luego desque esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narvaez, y secretamente habló al padre lo que habia pasado; y luego el Narvaez envió á llamar á fray Bartolomé de Olmedo, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto, y el Narvaez se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: «Bien entendido tengo que vuestra merced me queria mandar prender; pues hágole saber, Señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querrian ya ver en las manos de vuestra merced; y ansí, creo que vendrémos todos; y para mas le atraer á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvaríos, firmada de los soldados, que me dieron que diese á vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora, que vine á pláticas, que en un rio la quise echar por las necedades que en ella trae; y esto hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar.» Y el Narvaez dijo que se la diese, y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo que la dejó en su posada é que iria por ella; é ansí, se despidió para ir por la carta; y entre tanto vino al aposento de Narvaez el bravoso Salvatierra; y de presto el padre fray Bartolomé de Olmedo llamó á Duero que fuese luego en casa del Narvaez para ver dalle la carta, que bien sabia ya el Duero della, y aun otros capitanes de Narvaez que se habian mostrado por Cortés; porque el fraile consigo la traia, sino porque tuviesen juntos muchos de los de aquel real y le oyesen. E luego como vino el padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dió al mismo Narvaez, y dijo: «No se maraville vuestra merced con ella, que ya Cortés anda desvariando; y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae.» Dejémonos de razones de fray Bartolomé, que las tenia muy buenas, y digamos que le dijeron á Narvaez los soldados y capitanes que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacian bramuras el Narvaez y el Salvatierra, y los demás se reian, como haciendo burla della; y entonces dijo el Andrés de Duero: «Ahora yo no sé cómo sea esto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán á vuestra merced, y ¡escribir ahora estos desvaríos!» Y luego de buena tinta tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustin Bermudez, que era capitan é alguacil mayor del real de Narvaez, é dijo: «Ciertamente, tambien he sabido del padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés vernia á verse con vuestra merced para que se diese con sus soldados; y será bien que envie á su real, pues no está muy léjos, al señor veedor Salvatierra é al señor Andrés de Duero, é yo iré con ellos;» y esto dijo adrede por ver qué diria el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto é que no iria á ver un traidor; y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo: «Señor veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le ternéis preso antes de muchos dias.» Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narvaez con el mismo Duero y con tres capitanes que tuviesen modo con el Cortés cómo se viesen en unas estancias é casas de indios que estaban entre el real de Narvaez y el nuestro, é que allí se darian conciertos donde habiamos de ir con Cortés á poblar y partir términos, y en las vistas le prenderia; y para ello tenia ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos; lo cual luego supo fray Bartolomé del Narvaez é del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo. Dejemos al fraile en el real de Narvaez, que ya se habia hecho muy amigo y pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Búrgos, y comia con él cada dia. E digamos de Andrés de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir á nuestro real y llevar consigo á Bartolomé de Usagre, nuestro soldado, porque el Narvaez no alcanzase á saber dél lo que pasaba; y diré lo que en nuestro real hicimos.

CAPITULO CXVIII.

Cómo en nuestro real hicimos alarde de los soldados que éramos, y cómo trajeron ducientas y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés habia mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chichinatecas, y nos imponiamos cómo habiamos de jugar dellas para derrocar la gente de á caballo que tenia Narvaez, y otras cosas que en el real pasaron.

Volvamos á decir algo atrás de lo dicho, y lo que mas pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traia Narvaez, luego despachó un soldado que habia estado en Italia, bien diestro de todas armas, y mas de jugar una pica, y le envió á una provincia que se dice los chichinatecas, junto adonde estaban nuestros soldados los que fueron á buscar minas; porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mejicanos é pocos dias habia que tomaron nuestra amistad, é usaban por armas muy grandes lanzas, mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazas de pedernal é navajas; y envióles á rogar que luego le trajesen ú do quiera que estuviesen trecientas dellas, é que les quitasen las navajas, é que pues tenian mucho cobre, que les hiciesen á cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera cómo habian de ser los hierros; y como llegó, de presto buscaron las lanzas é hicieron los hierros; porque en toda la provincia á aquella sazon habia cuatro ó cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, é hicieron los hierros muy mas perfectamente que se los enviamos á mandar; y tambien mandó á nuestro soldado, que se decia Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, é que para el dia de pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que ansí se decia, ó que preguntase en qué parte estábamos, é que todos dos mil hombres trajesen lanzas; por manera que el soldado se los demandó, é los caciques dijeron que ellos vernian con la gente de guerra; y el

soldado se vino luego con obra de ducientos indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decía Barrientos; y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrian, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó que habia de venir de la manera que está dicho á nuestro real; porque seria de andadura diez ó doce leguas de lo uno á lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y así, se daba órden y nos imponia el soldado é nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habiamos de haber con los de á caballo, é ya teniamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados y capitanes de nuestro ejército, y hallamos ducientos y seis, contados atambor é pífaro, sin el fraile, y con cinco de á caballo y dos artilleros y pocos ballesteros y menos escopeteros; y á lo que tuvimos ojo, para pelear con Narvaez eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán; y dejemos de platicar mas en el alarde y lanzas, y diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narvaez á nuestro real, é trujo consigo á nuestro soldado Usagre y dos indios naborías de Cuba, y lo que dijeron y concertaron Cortés y Duero, segun después alcanzamos á saber.

CAPITULO CXIX.

Cómo vino Andrés de Duero á nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborías del Duero, y quién era el Duero y á lo que venia, y lo que tuvimos por cierto y lo que se concertó.

Y es desta manera, que tengo de volver muy atrás á recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos mas adelante destos que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del Rey, que se decia Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velazquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velazquez que le hiciesen á Cortés capitan general para venir en aquella armada, y que partiria con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés; y como el Andrés de Duero vió en aquel instante á Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venia á poner paces y á favorecer á Narvaez, y en lo que entendió era á demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido; y como Cortés era sagaz y manso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que tambien le daria mando en toda la armada, ni mas ni menos que su propia persona, y que, después de conquistada la Nueva-España, le daria otros tantos pueblos como á él, con tal que tuviese concierto con Agustin Bermudez, que era alguacil mayor del real de Narvaez, y con otros caballeros que aquí no nombro, que estaban convocados para que en todo caso fuesen en desviar al Narvaez para que no saliese con la vida é con honra y le desbaratase; y como á Narvaez tuviese muerto ó preso, y deshecha su armada, que ellos quedarian por señores y partirian el oro y pueblos de la Nueva-España; y para mas le atraer y convocar á lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos indios de Cuba; y segun pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo habia prometido el Agustin Bermudez por firmas y cartas; y tambien envió Cortés al Bermudez y á un clérigo que se decia Juan de Leon, y al clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaez, y otros sus amigos, muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenia, para que en todo le ayudasen; y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia que llegó hasta otro dia después de comer, que era dia de pascua de Espíritu Santo, y comió con Cortés y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fué á caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: «¿Qué manda vuestra merced? Que me quiero ir;» y respondióle: «Que vaya con Dios, y mire, señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado; si no, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que antes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en vuestro real, y al primero que le eche lanza será á vuestra merced si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado.» Y el Duero se rió, y dijo: «No faltaré en cosa que sea contrario de servir á vuestra merced;» y luego se fué, y llegado á su real, diz que dijo al Narvaez que Cortés y todos los que estábamos con él sentia estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narvaez. Dejemos de hablar deso del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar á un nuestro capitan que se dice Juan Velazquez de Leon, persona de mucha cuenta y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba Diego Velazquez; y á lo que siempre tuvimos creido, tambien le tenia Cortés convocado y atraido á sí con grandes dádivas y ofrecimientos que le daria mando en la Nueva-España y le haria su igual; porque el Juan Velazquez siempre se mostró muy gran servidor y verdadero amigo, como adelante verán. Y cuando hubo venido delante de Cortés y hecho su acato, le dijo: «¿Qué manda vuestra merced?» Y Cortés, como hablaba algunas veces muy meloso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: «A lo que, señor Juan Velazquez, le hice llamar es, que me dijo Andrés de Duero que dice Narvaez, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narvaez; y á esta causa he acordado que por mi vida, si bien me quiere, que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro), y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí á quien yo le dijere; y su fanfarrona de oro, que pesa mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa mas que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narvaez; y en viniendo que se venga, luego irán allá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velazquez.» Y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas que no las llevaria consigo, salvo lo que le diese para dar á quien mandase; porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, mas que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber. «Así lo tengo yo creido, dijo Cortés, y con esta confianza, Señor, le envio; mas si no lleva todo su oro

y joyas, como le mando, no quiero que vaya allá.» Y el Juan Velazquez respondió: «Hágase lo que vuestra merced mandare;» y no quiso llevar las joyas, y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía á un mozo de espuelas de Cortés para que le sirviese, que se decia Juan del Rio. Y dejemos desta partida de Juan Velazquez, que dijeron que lo envió Cortés por descuidar á Narvaez, y volvamos á decir lo que en nuestro real pasó: que dende á dos horas que se partió el Juan Velazquez, mandó Cortés tocar el atambor á Canillas, que ansí se llamaba nuestro atambor, y á Benito de Veguer, nuestro pífaro, que tocase su tamborino, y mandó á Gonzalo de Sandoval, que era capitan y alguacil mayor, que llamase á todos los soldados, y comenzásemos á marchar luego á paso largo camino de Cempoal; é yendo por nuestro camino se mataron dos puercos de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados que era señal de vitoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teniamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas; y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos á hora de mediodía á un rio, adonde está ahora poblada la villa rica de la Veracruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla; porqué en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de indios y arboledas; y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí, como dicho tengo, porque traiamos nuestras armas y picas. Y dejemos ahora de mas caminar, y digamos lo que al Juan Velazquez de Leon le avino con Narvaez y con un su capitan que tambien se decia Diego Velazquez, sobrino del Velazquez, gobernador de Cuba.

CAPITULO CXX.

Cómo llegó Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas que se decia Juan del Rio al real de Narvaez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho cómo envió Cortés al Juan Velazquez de Leon y al mozo de espuelas para que le acompañase á Cempoal, y á ver lo que Narvaez queria, que tanto deseo tenia de tenello en su compañía; por manera que ansí como partieron de nuestro real se dió tanta prisa en el camino, y fué amanecer á Cempoal, y se fué á apear el Juan Velazquez en casa del cacique gordo, porque el Juan del Rio no tenia caballo, y desde allí se van á pié á la posada de Narvaez. Pues como los indios de Cempoal le conocieron, holgaron de le ver y hablar, y decian á voces á unos soldados de Narvaez que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquel era Juan Velazquez de Leon, capitan de Malinche; y ansí como lo oyeron los soldados, fueron corriendo á demandar albricias á Narvaez cómo habia venido Juan Velazquez de Leon, y antes que el Juan Velazquez llegase á la posado del Narvaez, que ya le iba á le hablar, como de repente supo el Narvaez su venida, le salió á recebir á la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velazquez y el Narvaez, y se hicieron muy grandes acatos, y el Narvaez abrazó al Juan Velazquez, y le mandó sentar en una silla, que luego trajeron sillas cerca de sí, y le dijo que porqué no se fué á apear á su posada; y mandó á sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, si le llevaba, porque en su casa y caballeriza y posada estaria; y Juan Velazquez dijo que luego se queria volver, que no venia sino á besalle las manos, y á todos los caballeros de su real, y para ver si podia dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dicen que el Narvaez apartó al Juan Velazquez, y le comenzó á decir airado cómo que tales palabras le habia de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó á su primo Diego Velazquez con la armada. Y el Juan Velazquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su majestad, y que ocurrir á nuestro rey y señor, como envió é ocurrió, no se le ha de atribuir á traicion, y que le suplica que delante dél no se diga tal palabra. Y entonces el Narvaez le comenzó á hacer grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierte con los de Cortés que se le dén y vengan luego á se meter en su obediencia, prometiéndole con juramento que seria en todo su real el mas preeminente capitan, y en el mando segunda persona; y el Juan Velazquez respondió que mayor traicion haria él en dejar al capitan que tiene jurado en la guerra y desampararllo, conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España es en servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; que no dejará de acudir á Cortés, como acudia á nuestro rey y señor, y que le suplica que no hable mas en ello. En aquella sazon habian venido á ver á Juan Velazquez todos los mas principales capitanes del real de Narvaez, y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velazquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro y la barba muy bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y parecíale muy bien, como bravoso y buen capitan. Dejemos deste buen parecer de Juan Velazquez y cómo le estaban mirando todos los capitanes de Narvaez, y aun nuestro padre fray Bartolomé de Olmedo tambien le vino á ver y en secreto hablar, y ansimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermudez, y parece ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narvaez, que se decian Gamarra y un Juan Yuste, y un Juan Bono de Quejo, vizcaino, y Salvatierra el bravoso, aconsejaron al Narvaez que luego prendiese al Juan Velazquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés; é ya que habia mandado el Narvaez secretamente á sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, súpolo Agustin Bermudez y el Andrés de Duero, y el padre fray Bartolomé de Olmedo y un clérigo que se decia Juan de Leon, y otras personas que se habian dado por amigos de Cortés, y dicen al Narvaez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velazquez de Leon, que ¿qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velazquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés á todos los que de su real han ido, que les sale á recebir y á todos les da oro y joyas, y vienen cargados como abejas á las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que á Andrés de Duero y al clérigo Guevara, y Amaya y á Vergara el escribano, y á Alonso de Mata y otros que

han idoá su real, bien los pudiera prender y no lo hizo; antes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne á hablar al Juan Velazquez con mucha cortesía, y le convide á comer para otro dia; por manera que al Narvaez le pareció bien el consejo, y luego le tornó á hablar con palabras muy amorosas para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro dia á comer; y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que pudiese en aquel caso; mas que tenia á Cortés por muy porfiado y cabezudo en aquel negocio, y que seria mejor que partiesen las provincias, y que escogiese la tierra que mas su merced quisiese; y esto decia el Juan Velazquez por le amansar; y entre aquellas pláticas llegóse al oido de Narvaez el padre fray Bartolomé de Olmedo, y le dijo, como su privado y consejero que ya le habia hecho: «Mande vuestra merced hacer alarde de toda su artillería y caballos y escopeteros y ballesteros y soldados, para que lo vea el Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas Juan del Rio, para que Cortés tema vuestro poder é gente, y se venga á vuestra merced aunque le pese;» y esto lo dijo fray Bartolomé de Olmedo como por via de su muy gran servidor y amigo, y por hacelle que trabajasen todos los de á caballo y soldados en su real. Por manera que por el dicho de nuestro fraile hizo hacer alarde delante el Juan Velazquez de Leon y el Juan del Rio, estando presente nuestro religioso; y cuando fué acabado de hacer dijo el Juan Velazquez al Narvaez: «Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se lo acreciente.» Entonces dijo el Narvaez: «Ahí verá vuestra merced que si quisiera haber ido contra Cortés le hubiera traido preso, y á cuantos estáis con él.» Entonces respondió el Juan Velazquez y dijo: «Téngale vuestra merced por tal, y á los soldados que con él estamos, que sabrémos muy bien defender nuestras personas;» y ansí cesaron las pláticas; y otro dia llevóle convidado á comer al Juan Velazquez, como dicho tengo, y comia con el Narvaez un sobrino del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que tambien era su capitan; y estando comiendo, tratóse plática de cómo Cortés no se daba al Narvaez, y de la carta y requirimientos que le enviamos, y de unas palabras en otras, desmandóse el sobrino de Diego Velazquez, que tambien se decia Diego Velazquez como el tio, y dijo que Cortés y todos los que con él estábamos éramos traidores, pues no se venian á someter al Narvaez; y el Juan Velazquez cuando lo oyó se levantó en pié de la silla en que estaba, y con mucho acato dijo: «Señor capitan Narvaez, ya he suplicado á vuestra merced que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son mal dichas, decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido á su majestad;» y el Diego Velazquez respondió que eran bien dichas, y pues volvia por un traidor, que traidor debia de ser y otro tal como él, y que no era de los Velazquez buenos; y el Juan Velazquez, echando mano á su espada, dijo que mentia, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velazquez, mejores que no él ni su tio, y que se lo haria conocer si el señor capitan Narvaez les daba licencia; y como habia allí muchos capitanes, ansí de los de Narvaez y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba á dar el Juan Velazquez una estocada; y aconsejaron al Narvaez que luego le mandase salir de su real, ansí á él como al padre fray Bartolomé de Olmedo é á Juan del Rio; porque á lo que sentian, no hacian provecho ninguno, y luego sin mas dilacion les mandaron que se fuesen; y ellos, que no veian la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dicen que el Juan Velazquez yendo á caballo en su buena yegua y su cota puesta, que siempre andaba con ella y con su capacete y gran cadena de oro, se fué á despedir del Narvaez, y estaba allí con el Narvaez el mancebo Diego Velazquez, el de la brega, y dijo al Narvaez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» Y respondió el Narvaez, muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiera venido; y dijo el mancebo Diego Velazquez palabras de amenaza é injuriosas á Juan Velazquez, y le respondió á ellas el Juan Velazquez de Leon que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo; y echándose mano á la barba, le dijo: «Para estas, que yo vea antes de muchos dias si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar;» y como venian con el Juan Velazquez seis ó siete de los del real de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban á despedir, dicen que trabaron dél como enojados, y le dijeron: «Váyase ya y no cure de mas hablar;» y así, se despidieron, y á buen andar de sus caballos se van para nuestro real, porque luego le avisaron á Juan Velazquez que el Narvaez los queria prender y apercebia muchos de á caballo que fuesen tras ellos; é viniendo su camino, nos encontraron al rio que dicho tengo, que está ahora cabe la Veracruz; y estando que estábamos en el rio por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucho calor y muy recia; porque, como caminábamos con todas nuestras armas á cuestas y cada uno con una pica, estábamos cansados; y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á dar mandado á Cortés que vian venir buen rato de allí dos ó tres personas de á caballo, y luego presumimos que serian nuestros embajadores Juan Velazquez de Leon y fray Bartolomé de Olmedo y Juan del Rio; y como llegaron adonde estábamos, ¡qué regocijos y alegrías tuvimos todos! Y Cortés ¡cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Juan Velazquez y á fray Bartolomé de Olmedo! Y tenia razon, porque le fueron muy servidores; y allí contó el Juan Velazquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho que les acaeció con Narvaez, y cómo envió secretamente á dar las cadenas y tejuelos de oro á las personas que Cortés mandó. Pues oir de nuestro fraile, como era muy regocijado, sabíalo muy bien representar, cómo se hizo muy servidor del Narvaez, y que por hacer burla dél le aconsejó que hiciese el alarde y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dió la carta; pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra adelante de Búrgos, y de los fieros que le decia el Salvatierra que habia de hacer y acontecer en prendiendo á Cortés y á todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y el

de otro capitan; y todos nosotros nos holgamos de lo oir, como si fuéramos á bodas y regocijo, y sabiamos que otro dia habiamos de estar en batalla; y que habiamos de vencer ó morir en ella, siendo como hermanos, ducientos y sesenta y seis soldados, y los de Narvaez cinco veces mas que nosotros. Volvamos á nuestra relacion, y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos á dormir á un riachuelo, adonde estaba en aquella sazon una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y dejallo he aquí, y diré lo que se hizo en el real de Narvaez después que vinieron el Juan Velazquez y el fraile y Juan del Rio, y luego volveré á contar lo que hicimos en nuestro real, porque en un instante acontecen dos ó tres cosas, y por fuerza he de dejar las unas por contar lo que mas viene á propósito desta relacion.

CAPITULO CXXI.

De lo que se hizo en el real de Narvaez después que de allí salieron nuestros embajadores.

Pareció ser que como se vinieron el Juan Velazquez y el fraile é Juan del Rio, dijeron al Narvaez sus capitanes que en su real sentian que Cortés habia enviado muchas joyas de oro, y que tenia de su parte amigos en el mismo real, y que seria bien estar muy apercebido y avisar á todos sus soldados que estuviesen con sus armas y caballos prestos; y demás desto, el cacique gordo, otras veces por mí nombrado, temia mucho á Cortés, porque habia consentido que Narvaez tomase las mantas y oro é indias que le tomó; y siempre espiaba sobre nosotros en qué parte dormiamos, por qué camino veniamos, porque así se lo habia mandado por fuerza el Narvaez; y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, le dijo al Narvaez el cacique gordo: «¿Qué haceis, que estáis muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catáredes será aquí y os matará;» y aunque hacian burla de aquellas palabras que el cacique gordo les dijo, no dejaron de se apercebir, y la primer cosa que hicieron fué pregonar guerra contra nosotros á fuego y sangre y á toda ropa franca; lo cual supimos de un soldado que llamaban el Galleguillo, que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez, ó le envió el Andrés de Duero, y dió aviso á Cortés de lo del pregon y de otras cosas que convino saber. Volvamos á Narvaez, que luego mandó sacar toda su artillería y los de á caballo, escopeteros y ballesteros y soldados á un campo, obra de un cuarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto ó preso; y como llovió mucho aquel dia, estaban ya los de Narvaez hartos de estar aguardándonos al agua; y como no estaban acostumbrados á aguas ni trabajos, y no nos tenian en nada sus capitanes, le aconsejaron que se volviesen á los aposentos, y que era afrenta estar allí, como estaban, aguardando á dos ó tres, y es que decian que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos, y que estuviesen toda la noche cuarenta de á caballo esperando en el camino por do habiamos de venir á Cempoal, y que tuviese al paso del rio, que era por donde habiamos de pasar, sus espías, que fuesen buenos hombres de á caballo y peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos de Narvaez anduviesen toda la noche veinte de á caballo; y este concierto que le dieron fué por hacelle volver á los aposentos; y mas le decian sus capitanes: «Pues ¿cómo, Señor! ¿Por tal tiene á Cortés, que se ha de atrever con unos gatos que tiene á venir á este real, por el dicho deste indio gordo? No lo crea vuestra merced, sino que echa aquellas algaradas y muestras de venir porque vuestra merced venga á buen concierto con él;» por manera que así como dicho tengo se volvió Narvaez á su real, y después de vuelto, públicamente prometió que quien matase á Cortés ó á Gonzalo de Sandoval que le daria dos mil pesos; y luego puso espías al rio á un Gonzalo Carrasco, que vive ahora en la Puebla, y al otro que se decia Fulano Hurtado; el nombre y apellido y señal secreta que dió cuando batallasen contra nosotros en su real habia de ser Santa María, Santa María; y demás deste concierto que tenian hecho, mandó Narvaez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros como ballesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del veedor Salvatierra, y Gamarra, y del Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenia Narvaez en su real, y volveré á decir la órden que se dió en el nuestro.

CAPITULO CXXII.

Del concierto y órden que se dió en nuestro real para ir contra Narvaez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y habia allí unos buenos prados, después de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro capitan Cortés á caballo nos envió á llamar, así á capitanes como á todos los soldados, y de que nos vió juntos dijo que nos pedia por merced que callásemos; y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas cierto otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir; en que nos trajo á la memoria desde que salimos de la isla de Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazon, y nos dijo: «Bien saben vuestras mercedes que Diego Velazquez, gobernador de Cuba, me eligió por capitan general, no porque entre vuestras mercedes no habia muchos caballeros que eran merecedores dello; y saben que creistes que veniamos á poblar, y así se publicaba y pregonó; y segun han visto, enviaba á rescatar; y saben lo que pasamos sobre que me queria volver á la isla de Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del cargo que me dió, conforme á su instruccion; pues vuestras mercedes me mandastes y requeristes que poblásemos esta tierra en nombre de su majestad, como, gracias á nuestro Señor, la tenemos poblada, y fué cosa cuerda; y demás desto, me hicistes vuestro capitan general y justicia mayor della, hasta que su majestad otra cosa sea servido mandar. Como ya he dicho, entre algunos de vuestras mercedes hubo algunas pláticas de tornar á Cuba, que no lo quiero

mas declarar, pues á manera de decir, ayer pasó, y fué muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho á Dios y á su majestad gran servicio, que esto claro está; ya saben lo que prometimos en nuestras cartas á su majestad, después de le haber dado cuenta y relacion de todos nuestros hechos, que punto no quedó, é que aquesta tierra es de la manera que hemos visto y conocido della, que es cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos y muy rica de oro y minas, y tiene cerca otras provincias; y cómo enviamos á suplicar á su majestad que no la diese en gobernacion ni de otra cualquiera manera á persona ninguna; y porque creiamos y teniamos por cierto que el obispo de Búrgos don Juan Rodriguez de Fonseca, que era en aquella sazon presidente de Indias y tenia mucho mando, que la demandaria á su majestad para el Diego Velazquez ó algun pariente ó amigo del Obispo, porque esta tierra es tal y tan buena para dar á un infante ó gran señor, que teniamos determinado de no dalle á persona ninguna hasta que su majestad oyese á nuestros procuradores, y nosotros viésemos su real firma, é vista, que con lo que fuere servido mandar los pechos por tierra; y con las cartas ya sabian que enviamos y servimos á su majestad con todo el oro y plata, joyas é todo cuanto teniamos habido;» y mas dijo: «Bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado á punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido. Pues no hay que traellas á la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos y aguas y vientos y algunas veces hambres, y siempre traer las armas á cuestas y dormir por los suelos, así nevando como lloviendo, que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de mas de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todos vuestras mercedes como estáis entrapajados y mancos de heridas que aun están por sanar; pues que les queria traer á la memoria los trabajos que trajimos por la mar y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de Almería y lo de Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras y caminos nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlascala en qué punto nos pusieron y cuáles nos traian; pues la de Cholula ya tenian puestas las ollas para comer nuestros cuerpos; pues á la subida de los puertos no se les habia olvidado los poderes que tenia Montezuma para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de pinos y árboles cortados; pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de Méjico, cuántas veces teniamos la muerte al ojo, ¿quién los podrá ponderar? Pues vean los que han venido de vuestras mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernandez de Córdoba y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres y sedes, heridas y muertes de muchos soldados que en descubrir aquestas tierras pasastes, y todo lo que en aquellos dos viajes habeis gastado de vuestras haciendas;» y dijo que no queria contar otras muchas cosas que tenia por decir por menudo, y no habria tiempo para acaballo de platicar, porque era tarde y venia la noche; y mas dijo: «Digamos ahora, señores: Pánfilo de Narvaez viene contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos haber á las manos, y no habian desembarcado, y nos llamaban de traidores y malos; y envió á decir al gran Montezuma, no palabras de sabio capitan, sino de alborotador; y demás desto, tuvo atrevimiento de prender á un oidor de su majestad, que por solo este delito es digno de ser castigado. Ya habrán oido cómo han pregonado en su real guerra contra nosotros á ropa franca, como si fuéramos moros.» Y luego, después de haber dicho esto Cortés, comenzó á sublimar nuestras personas y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas,» y que entonces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que ahora hemos de pelear con todo vigor por vida y honra, pues nos vienen á prender y echar de nuestras casas y robar nuestras haciendas; y demás desto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro rey y señor, salvo favores del obispo de Búrgos, nuestro contrario; y si por ventura caemos debajo de sus manos de Narvaez (lo cual Dios no permita), todos nuestros servicios, que hemos hecho á Dios primeramente y á su majestad, tornarán en deservicios, y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto y robado y destruido la tierra, donde ellos son los robadores y alborotadores y deservidores de nuestro rey y señor; dirán que le han servido; y pues vemos por los ojos todo lo que he dicho, y como buenos caballeros somos obligados á volver por la honra de su majestad y por las nuestras, y por nuestras casas y haciendas; y con esta intencion salí de Méjico, teniendo confianza en Dios y de nosotros; que todo lo ponia en las manos de Dios primeramente, y después en las nuestras; que veamos lo que nos parece.» Entonces respondimos, y tambien juntamente con nosotros Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo y otros capitanes, que tuviese por cierto que, mediante Dios, habiamos de vencer ó morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos, porque si alguna cosa hacia fea, le dariamos de estocadas. Entonces, como vió nuestras voluntades, se holgó mucho, y dijo que con aquella confianza venia; y allí hizo muchas ofertas y prometimientos que seriamos todos muy ricos y valerosos. Hecho esto, tornó á decir que nos pedia por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia y saber para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía; y que porque tenia conocido de nuestros grandes esfuerzos que por ganar honra cada uno de nosotros se queria adelantar de los primeros á encontrár con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanza y capitanías; y para que la primera cosa que hiciésemos fuese tomalles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian asestados delante de sus aposentos de Narvaez, mandó que fuese por capitan suyo de Cortés uno que se decia Pizarro, que ya he dicho otras veces que en aquella sazon no habia fama de Perú ni Pizarros, que no era descubierto; y era el Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron á mí; y mandó que, después de tomada el artillería, acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez, que estaba en un muy alto cu; y para prender á Narvaez señaló por capitan á Gonzalo de Sandoval con otros sesenta compañeros; y como era alguacil mayor, le dió un mandamiento que decia así: «Gonzalo de Sandoval,

alguacil mayor desta Nueva-España por su majestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, matalde, que así conviene al servicio de Dios y de su majestad, y le prendió á un oidor. Dado en este real;» y la firma, Hernando Cortés, y refrendado de su secretario Pedro Hernandez. Y después de dado el mandamiento, prometió que al primer soldado que le echase la mano le daria tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil; y dijo que aquello que prometia que era para guantes, que bien viamos la riqueza que habia entre nuestras manos; y luego nombró á Juan Velazquez de Leon para que prendiese á Diego Velazquez, con quien habia tenido la brega, y le dió otros sesenta soldados. Narvaez estaba en su fortaleza é altos cues, y el mismo Cortés por sobresaliente con otros veinte soldados para acudir adonde mas necesidad hubiese, y donde él tenia el pensamiento de asistir era para prender á Narvaez y á Salvatierra; pues ya dadas las copias á los capitanes, como dicho tengo, dijo: «Bien sé que los de Narvaez son por cuatro veces mas que nosotros; mas ellos no son acostumbrados á las armas, y como están la mayor parte dellos mal con su capitan, y muchos dolientes, les tomarémos de sobresalto; tengo pensamiento que Dios nos dará vitoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque mas bienes les harémos nosotros que no su Narvaez; así, señores, pues nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos é vigorosos brazos, no tengo mas que os pedir por merced ni traer á la memoria sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás; y mas vale morir por buenos que vivir afrentados;» y porque en aquella sazon llovia y era tarde no dijo mas. Una cosa he pensado después acá, que jamás nos dijo tengo tal concierto en el real hecho, ni Fulano ni Zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna destas, sino que peleásemos como varones; y esto de no decirnos que tenia amigos en el real de Narvaez fué de muy cuerdo capitan, que por aquel efeto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino, después de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos desto, y digamos cómo cada uno de los capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados, poniéndose esfuerzo unos á otros. Pues mi capitan Pizarro, con quien habiamos de tomar la artillería, que era la cosa de mas peligro, y habiamos de ser los primeros que habiamos de romper hasta los tiros, tambien decia con mucho esfuerzo cómo habiamos de entrar y calar nuestras picas hasta tener la artillería en nuestro poder, y cuando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó á nuestros artilleros, que se decian Mesa y el siciliano Aruega, que con las pelotas que estuviesen por descargar se diese guerra á los del aposento de Salvatierra. Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto ó capacete ó casco ó babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habiamos ganado; y luego secretamente nos nombraron el apellido que habiamos de tener estando batallando, que era Espíritu Santo, Espíritu Santo; que esto se suele hacer secreto en las guerras porque se conozcan y apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros; y los de Narvaez tenian su apellido y voz Santa María, Santa María. Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del capitan Sandoval, me dijo aquella noche que me pedia por merced que cuando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida, siempre me hablase con él y le siguiese; é yo le prometí, é así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar y pensar en lo que teniamos por delante, pues para cenar no teniamos cosa ninguna; y luego fueron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas á mí y á otros dos soldados, y no tardó mucho, cuando viene un corredor del campo á me preguntar que si he sentido algo, é yo dije que no; y luego vino un cuadrillero, y dijo que el Galleguillo que habia venido del real de Narvaez no parecia, y que era espía echada del Narvaez; é que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoal, é oimos tocar nuestro pífaro y atambor, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos á marchar, y al Galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo; que, como llovió y el pobre no era acostumbrado á estar al agua ni frios, metióse allí á dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífaro ni atambor, que luego mandó Cortés que no tocasen, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al rio, donde estaban las espías de Narvaez, que ya he dicho que se decian Gonzalo Carrasco é Hurtado, y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fué dando voces al real de Narvaez y diciendo: «Al arma, al arma, que viene Cortés.» Acuérdome que cuando pasábamos aquel rio, como llovia, venia un poco hondo, y las piedras resbalaban algo, y como llevábamos á cuestas las picas y armas, nos hacia mucho estorbo; y tambien me acuerdo cuando se prendió á Carrasco decia á Cortés á grandes voces: «Mira, señor Cortés, no vayas allá; que juro á tal que está Narvaez esperándoos en el campo con todo su ejército;» y Cortés le dió en guarda á su secretario Pedro Hernandez; y como vimos que el Hurtado fué á dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces y mandando dar al arma, y el Narvaez llamando sus capitanes, y nosotros calando nuestras picas y cerrando con su artillería, todo fué uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino á cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, é una dellas mató á tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos nuestros capitanes, tocando al arma nuestro pífaro y atambor; y como habia muchos de los de Narvaez á caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis ó siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería no osábamos desampararla, porque el Narvaez desde su aposento nos tiraba saetas y escopetas; y en aquel instante llegó el capitan Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponia el Narvaez y le tiraban saetas y escopetas y con partesanas y lanzas, todavía las subió él y sus soldados; y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería que no habia quien nos la defendiese, se la dimos á nuestros artilleros por mí nombra-

dos, y fuimos muchos de nosotros y el capitan Pizarro á ayudar al Sandoval, que les hacian los de Narvaez venir seis ó siete gradas abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó á las subir, y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes; y cuando no me cato oimos voces del Narvaez, que decia: «Santa María, valéme; que muerto me han y quebrado un ojo;» y cuando aquello oimos, luego dimos voces: «Vitoria, vitoria por los del nombre del Espíritu Santo; que muerto es Narvaez;» y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martin Lopez, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego á las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narvaez rodando las gradas abajo; entonces prendimos á Narvaez, y el primero que le echó mano fué un Pero Sanchez Farfan, é yo se lo dí al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él estaban todavía dando voces y apellidando: «Viva el Rey, viva el Rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria; que muerto es Narvaez.» Dejemos este combate, é vamos á Cortés y á los demás capitanes que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes del Narvaez que aun no se habian dado, porque estaban en muy altos cues, y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros y con nuestras voces, é muerte del Narvaez, como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narvaez se vengan luego á someter debajo de la bandera de su majestad, y de Cortés en su real nombre, so pena de muerte; y aun con todo esto no se daban los de Diego Velazquez el mozo ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos cues y no los podian entrar; hasta que Gonzalo de Sandoval fué con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entramos, y se prendieron así al Salvatierra como los que con él estaban, y al Diego Velazquez el mozo; y luego Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narvaez á ponelle mas en cobro, puesto que le habiamos echado dos pares de grillos, y cuando Cortés y el Juan Velazquez y el Ordás tuvieron presos á Salvatierra y al Diego Velazquez el mozo y á Gamarra y á Juan Yuste y á Juan Bono, vizcaino, y á otras personas principales, vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teniamos á Narvaez, y con el calor que hacia grande, y como estaba cargado con las armas é andaba de una parte á otra apellidando á nuestros soldados y haciendo dar pregones, venia muy sudando y cansado, y tal, que no le alcanzaba un huelgo á otro, é dijo á Sandoval dos veces, que no lo acertaba á decir del trabajo que traia, é dijo: «¿Qué es de Narvaez? Qué es de Narvaez?» E dijo Sandoval: «Aquí está, aquí está, é á muy buen recaudo;» y tornó Cortés á decir muy sin huelgo: «Mirá, hijo Sandoval, que no os quiteis dél vos y vuestros compañeros, no se os suelte mientras yo voy á entender en otras cosas; é mirad estos capitanes que con él teneis presos que en todo haya recausto;» y luego se fué, y mandó dar otros pregones que, so pena de muerte, que todos los de Narvaez luego en aquel punto se vengan á someter debajo de la bandera de su majestad, y en su real nombre de Hernando Cortés, su capitan general y justicia mayor, é que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen á nuestros alguaciles; y todo esto era de noche, que no amanecia, y aun llovia de rato en rato, y entonces salia la luna, que cuando allí llegamos hacia muy escuro y llovia, y tambien la escuridad ayudó; que, como hacia tan escuro, habia muchos cocayos (así los llaman en Cuba), que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyeron que eran muchas de las escopetas. Dejemos esto, y pasemos adelante: que, como el Narvaez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia á Sandoval para que un cirujano que traia en su armada, que se decia maestre Juan, le curase el ojo á él y otros capitanes que estaban heridos, y se la dió, y estándole curando llegó allí cerca Cortés disimulado, que no le conociesen, á le ver curar; dijéronle al Narvaez que estaba allí Cortés, y como se lo dijeron, dijo el Narvaez: «Señor capitan Cortés, tené en mucho esta vitoria que de mí habeis habido y en tener presa mi persona;» y Cortés le respondió que daba muchas gracias á Dios, que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenia, que fueron parte para ello. E que una de las menores cosas que en la Nueva-España ha hecho es prendelle y desbaratalle; y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender á un oidor de su majestad. Y cuando hubo dicho esto se fué de allí, que no le habló mas, y mandó á Sandoval que le pusiese buenas guardas, y que él no se quitase dél con personas de recaudo; ya le teniamos echado dos pares de grillos y le llevábamos á un aposento, y puestos soldados que le habiamos de guardar, y á mí me señaló Sandoval por uno dellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él á ninguno de los de Narvaez hasta que amaneciese, que Cortés le pusiese mas en cobro. Dejemos desto, y digamos cómo Narvaez habia enviado cuarenta de á caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso del rio cuando viniésemos á su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo; tuvimos temor no nos viniesen á acometer para nos quitar sus capitanes é al mismo Narvaez que teniamos presos, y estábamos muy apercebidos; y acordó Cortés de les enviar á pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrecimientos que á todos prometió; y para los traer envió á Cristóbal de Olí, que era nuestro maestre de campo, é á Diego de Ordás, y fueron en unos caballos que tomaron de los de Narvaez, que de todos los nuestros no trajimos ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto á Cempoal; que no trajimos sino picas, espadas y rodelas y puñales; y fueron al campo con un soldado de los de Narvaez, que les mostró el rastro por donde habian ido, y se toparon con ellos; y en fin, tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dijeron por parte de Cortés, y antes que llegasen á nuestro real ya era de dia claro; y sin decir cosa ninguna Cortés ni ninguno de nosotros á los atabaleros que el Narvaez traia, comenzaron á tocar los atabales y á tañer sus pífaros y tamboros, y decian: «Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados;» á un negro que se decia Guidela, que fué muy gracioso truhan, que traia el Narvaez, daba voces que decia: «Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña;» y

por mas que les deciamos que callasen y no tañesen sus atabales, no querian, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco, que se decia Tapia; y en este instante vino Cristóbal de Olí y Diego de Ordás, y trajeron á los de á caballo que dicho tengo, y entre ellos venia Andrés de Duero y Agustin Bermudez y muchos amigos de nuestro capitan; y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver qué alegre estaba; y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno á su posada. Digamos ahora de los muertos y heridos que hubo aquella noche. Murió el alférez de Narvaez, que se decia Fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla; murió otro capitan de Narvaez que se decia Rójas, natural de Castilla la Vieja; murieron otros dos de Narvaez; murió uno de los tres soldados que se le habian pasado, que habian sido de los nuestros, que llamábamos Alonso García el carretero, y heridos de los de Narvaez hubo muchos; y tambien murieron de los nuestros otros cuatro, y hubo mas heridos, y el cacique gordo tambien salió herido; porque, como supo que veniamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narvaez, y allí le hirieron, y luego Cortés le mandó curar muy bien y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervántes el loco y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narvaez que habian sido de los nuestros, tampoco libraron bien, que Escalona salió bien herido, y el Cervántes bien apaleado, é ya he dicho que murió el Carretero. Vamos á los del aposento de Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para menos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma y cuando deciamos: «Vitoria, vitoria; que muerto es Narvaez.» Dicen que luego dijo que estaba muy malo del estómago, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y bravear; y de los de su compañía tambien hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velazquez y otros capitanes que estaban con él, que tambien hubo heridos, y nuestro capitan Juan Velazquez de Leon prendió al Diego Velazquez, aquel con quien tuvo las bregas estando comiendo con el Narvaez, y le llevó á su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos agora lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXIII.

Cómo después de desbaratado Narvaez segun y de la manera que he dicho, vinieron los indios de Chinanta que Cortés habia enviado á llamar, y de otras cosas que pasaron.

Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que Cortés envió á decir á los pueblos de Chinanta, donde trajeron las lanzas é picas, que viniesen dos mil indios dellos con sus lanzas, que son mucho mas largas que no las nuestras, para nos ayudar, é vinieron aquel mismo dia y algo tarde, después de preso Narvaez, y venian por capitanes los caciques de los mismos pueblos é uno de nuestros soldados, que se decia Barrientos, que habia quedado en Chinanta para aquel efecto; y entraron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos; y como traian las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, segun ya otra vez he dicho, y traia cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, y dando gritos y silbos decian: «Viva el Rey, viva el Rey, y Hernando Cortés en su real nombre;» y entraron bravosos, que era cosa de notar, y serian mil y quinientos, que parecian, de la manera y concierto que venian, que eran tres mil; y cuando los de Narvaez los vieron se admiraron, é dicen que dijeron unos á otros que si aquella gente les tomara en medio ó entraran con nosotros, qué tal que les pararan; y Cortés habló á los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndole su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volviesen á sus pueblos, y que por el camino no hiciesen daño á otros pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, y diré lo que mas Cortés hizo.

CAPITULO CXXIV.

Como Cortés envió al puerto al capitan Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados que habian sido maestres de hacer navíos, para que luego trajese allí á Cempoal todos los maestres y pilotos de los navíos y flota de Narvaez, y que les sacasen las velas y timones é agujas, porque no fuesen á dar mandado á la isla de Cuba á Diego Velazquez de lo acaecido, y cómo puso almirante de la mar.

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narvaez, é presos él y sus capitanes, é á todos los demás tomado sus armas, mandó Cortés al capitan Francisco de Lugo que fuese al puerto donde estaba la flota de Narvaez, que eran diez y ocho navíos, y mandase venir allí á Cempoal á todos los pilotos y maestres de los navíos, y que les sacasen velas y timones é agujas, porque no fuesen á dar mandado á Cuba á Diego Velazquez; é que si no le quisiesen obedecer, que les echase presos; y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habian sido hombres de la mar, para que le ayudasen; y tambien mandó Cortés que luego le enviasen á un Sancho de Barahona, que le tenia preso el Narvaez con otros soldados. Este Barahona fué vecino de Guatimala, hombre rico; y acuérdome que cuando llegó ante Cortés, que venia muy doliente y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos á los maestres y pilotos, que luego vinieron á besar las manos al capitan Cortés, á los cuales tomó juramento que no saldrian de su mandado, é que le obedecerian en todo lo que les mandase; y luego les puso por almirante y capitan de la mar á un Pedro Caballero, que habia sido maestre de un navío de los de Narvaez; persona de quien Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dió primero buenos tejuelos de oro; y á este mandó que no dejase ir de aquel puerto ningun navío á parte ninguna, y mandó á todos los maestres y pilotos y marineros que todos le obedeciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velazquez mas navíos (porque tuvo aviso Cortés que estaban dos navíos para venir),

que tuviese modo que á los capitanes que en él viniesen les echase presos, y les sacase el timon é velas y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase. Lo cual así lo hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Y dejemos ya los navíos y el puerto seguro, y digamos lo que se concertó en nuestro real é los de Narvaez, y es que luego se dió orden que fuesen á conquistar y poblar á Juan Velazquez de Leon á lo de Pánuco, y para ello Cortés le señaló ciento y veinte soldados, los ciento habian de ser de los de Narvaez, y los veinte de los nuestros entremetidos, porque tenian mas experiencia en la guerra; y tambien habia de llevar dos navíos para que desde el rio de Pánuco fuesen á descubrir la costa adelante; y tambien á Diego de Ordás dió otra capitanía de otros ciento y veinte soldados para ir á poblar á lo de Guacacualco, y los ciento habian de ser de los de Narvaez y los veinte de los nuestros, segun y de la manera que á Juan Velazquez de Leon; y habia de llevar otros dos navíos para desde el rio de Guacacualco enviar á la isla de Jamáica por ganados de yeguas y becerros, puercos y ovejas, y gallinas de Castilla y cabras, para multiplicar la tierra, porque la provincia de Guacacualco era buena para ello. Pues para ir aquellos capitanes con sus soldados y llevar todas sus armas, Cortés se las mandó dar, y soltar todos los prisioneros capitanes de Narvaez, y el Salvatierra, que decia que estaba malo del estómago. Pues para dalles todas las armas, algunos de nuestros soldados les teniamos ya tomado caballos y espadas y otras cosas, y mandó Cortés que luego se las volviésemos, y sobre no dárselas hubo ciertas pláticas enojosas, y fueron, que dijimos los soldados que las teniamos muy claramente, que no se las queriamos dar, pues que en el real de Narvaez pregonaron guerra contra nosotros á ropa franca, y con aquella intencion venian á nos prender y tomar lo que teniamos, é que siendo nosotros tan grandes servidores de su majestad, nos llamaban traidores, é que no se las queriamos dar; y Cortés todavía porfiaba á que se las diésemos, é como era capitan general, húbose de hacer lo que mandó, que yo les dí un caballo que tenia ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron tambien otros caballos y armas; y como Alonso de Avila era capitan y persona que osaba decir á Cortés cosas que convenian, é juntamente con él el padre fray Bartolomé de Olmedo, hablaron aparte á Cortés, y le dijeron que parecia que queria remedar á Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados habia hecho alguna gran hazaña, que mas procuraba de honrar y hacer mercedes á los que vencia que no á sus capitanes y soldados, que eran los que lo vencian; y esto, que lo decian porque lo han visto en aquellos dias que allí estábamos después de preso Narvaez, que todas las joyas de oro que le presentaban los indios de aquellas comarcas y bastimentos daba á los capitanes de Narvaez, é como si no nos conociera, ansí nos obligaba; y que no era bien hecho, sino muy grande ingratitud, habiéndole puesto en el estado en que estaba. A esto respondió Cortés que todo cuanto tenia, ansí persona como bienes, era para nosotros, é que al presente no podia mas sino con dádivas y palabras y ofrecimientos honrar á los de Narvaez; porque, como son muchos, y nosotros pocos, no se levanten contra él y contra nosotros, y le matasen. A esto respondió el Alonso de Avila, y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido y paren en Castilla soldados; y el Alonso de Avila dijo con palabras muy soberbias y sin acato que así era verdad, que soldados y capitanes é gobernadores, é que aquello mereciamos que dijese. Y como en aquella sazon estaba la cosa de arte que Cortés no podia hacer otra cosa sino callar, y con dádivas y ofertas le atrajo á sí; y como conoció dél ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor que por ventura un dia ó otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló; y dende allí adelante siempre le enviaba á negocios de importancia, como fué á la isla de Santo Domingo, y después á España cuando enviamos la recámara y tesoro del gran Montezuma, que robó Juan Florin, gran cosario francés; lo cual diré en su tiempo y lugar. Y volvamos ahora al Narvaez y á un negro que traia lleno de viruelas, que harto negro fué en la Nueva-España, que fué causa que se pegase é hinchese toda la tierra dellas, de lo cual hubo gran mortandad; que, segun decian los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocian, lavábanse muchas veces, y á esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera que negra la ventura de Narvaez, y mas prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos. Dejemos ahora todo esto, y digamos cómo los vecinos de la Villa-Rica que habian quedado poblados, que no fueron á Méjico, demandaron á Cortés las partes del oro que les cabia, y dijeron á Cortés que, puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto y villa, que tambien servian allí á Dios y al Rey como los que fuimos á Méjico, pues entendian en guardar la tierra y hacer la fortaleza, y algunos dellos se hallaron en lo de Almería, que aun no tenian sanas las heridas, y que todos los mas se hallaron en la prision de Narvaez, y que les diesen sus partes; y viendo Cortés que era muy justo lo que decian, dijo que fuesen dos hombres principales vecinos de aquella villa con poder de todos, y que lo tenia apartado, y que se lo darian; y paréceme que les dijo que en Tlascala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien; é así, luego despacharon de aquella villa dos vecinos por el oro y sus partes, y el principal se decia Juan de Alcántara el viejo. Y dejemos de platicar en ello, y después dirémos lo que sucedió al Alcántara y al otro; y digámos cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que á grandes bonanzas y placeres siguen las tristezas; y es que en este instante vienen nuevas que Méjico estaba alzado, y que Pedro de Albarado está cercado en su fortaleza y aposento, y que le ponian fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y que estaban otros muchos heridos; y enviaba á demandar socorros con mucha instancia y priesa; y esta nueva trujeron dos tlascaltecas sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tlascaltecas que envió el Pedro de Albarado, en que decia lo mismo. Y cuando aquella tan mala nueva oimos, sabe Dios cuánto nos pesó, y á grandes jornadas comenzamos á caminar para Méjico, y quedó

preso en la Villa-Rica el Narvaez y el Salvatierra, y por teniente y capitan paréceme que quedó Rodrigo Rangre, que tuviese cargo de guardar al Narvaez y de recoger muchos de los de Narvaez que estaban enfermos. Y tambien en este instante, ya que queriamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Albarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Albarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Albarado, é que mató é irió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Albarado; y Cortés les respondió á los mensajeros algo desabrido, é que él iria á Méjico y pornia remedio en todo; y así, fueron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y dicen la sintió por muy mala y hubo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Albarado, en que le envió á decir que mirase que el Montezuma no se soltase, é que íbamos á grandes jornadas; y le hizo saber de la vitoria que habiamos habido contra Narvaez; lo cual ya sabia el gran Montezuma. Y dejallo hé aquí, y diré lo que mas adelante pasó.

CAPITULO CXXV.

Cómo fuimos grandes jornadas, así Cortés con todos sus capitanes como todos los de Narvaez, excepto Pánfilo de Narvaez y Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva referida cómo Pedro de Albarado estaba cercado y Méjico rebelado, cesaron las capitanías que habian de ir á poblar á Pánuco y á Guacacualco, que habian dado á Juan Velazquez de Leon y á Diego de Ordás, que no fué ninguno dellos, que todos fueron con nosotros; y Cortés habló á los de Narvaez, que sintió que no irian con nosotros de buena voluntad á hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo de Narvaez, ofreciéndoles de hacerlos ricos y dalles cargos; y pues venian á buscar la vida, y estaban en tierra donde podrian hacer servicio á Dios y á su majestad, y enriquecer, que ahora les venia lance; y tantas palabras les dijo, que todos á una se le ofrecieron que irian con nosotros; y si supieran las fuerzas de Méjico, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos á muy grandes jornadas hasta llegar á Tlascala, donde supimos que hasta que Montezuma y sus capitanes habian sabido cómo habiamos desbaratado á Narvaez, no dejaron de darle guerra á Pedro de Albarado, y le habian ya muerto siete soldados y le quemaron los aposentos; y cuando supieron nuestra vitoria cesaron de dalle guerra; mas dijeron que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo cual nunca se lo habia mandado dar Montezuma; y esta nueva trujeron indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil y trecientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros; con los cuales le pareció á Cortés que llevaba gente para poder entrar muy á su salvo en Méjico; y demás desto, en Tlascala nos dieron los caciques dos mil hombres, indios de guerra; y luego fuimos á grandes jornadas hasta Tezcuco, que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella ni pareció ningun señor, sino todo muy remontado y de mal arte; y llegamos á Méjico dia de señor San Juan de junio de 1520 años, y no parecian por las calles caciques ni capitanes ni indios conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos á los aposentos que soliamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar á Cortés y dalle el bien venido, y de la vitoria con Narvaez; y Cortés, como venia vitorioso, no le quiso oir, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde soliamos estar antes que saliésemos de Méjico para ir á lo de Narvaez, y los de Narvaez en otros aposentos, é ya habiamos visto é hablado con el Pedro de Albarado y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los mejicanos les daban y trabajo en que les tenian puesto, y nosotros les dábamos relacion de la vitoria contra Narvaez. Y dejaré esto, y diré cómo Cortés procuró saber qué fue la causa de se levantar Méjico, porque bien entendido teniamos que á Montezuma le pesó dello, que si le pluguiera ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Albarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra; y lo que contaba el Pedro de Albarado á Cortés sobre el caso era, que por libertar los mejicanos al Montezuma, é porque su Huichilóbos se lo mandó porque pusimos en su casa la imágen de nuestra Señora la Vírgen santa María y la cruz. Y mas dijo, que habian llegado muchos indios á quitar la santa imágen del altar donde la pusimos, y que no pudieron quitalla, y que los indios lo tuvieron á gran milagro, y que se lo dijeron al Montezuma, é que les mandó que la dejasen en el mismo lugar y altar, y que no curasen de hacer otra cosa; y así, la dejaron. Y mas dijo el Pedro de Albarado, que por lo que el Narvaez les habia enviado á decir al Montezuma, que le venia á soltar de las prisiones y á prendernos, y no salió verdad; y como Cortés habia dicho al Montezuma que en teniendo navíos nos habiamos de ir á embarcar y salir de toda la tierra, é que no nos íbamos, é que todo eran palabras, é que ahora habian visto venir muchos mas teules, antes que todos los de Narvaez y los nuestros tornásemos á entrar en Méjico, que seria bien matar al Pedro de Albarado y á sus soldados, y soltar al gran Montezuma, y después no quedar á vida ninguno de los nuestros é de los de Narvaez, cuanto mas que tuvieron por cierto que nos venciera el Narvaez. Estas pláticas y descargo dió el Pedro de Albarado á Cortés, y le tornó á decir Cortés que á qué causa les fué á dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas y bailes y sacrificios que hacian á su Huichilóbos y á Tezcatepuca; y el Pedro de Albarado dijo que luego le habian de venir á dar guerra, segun el concierto tenian entre ellos hecho, y todo lo demás que lo supo de un papa y de dos prin-

cipales y de otros mejicanos; y Cortés le dijo: «Pues hanme dicho que os demandaron licencia para hacer el areito bailes;» é dijo que así era verdad, é que fué por tomalles descuidados; é que porque temiesen y no viniesen á dalle guerra, que por esto se adelantó á dar en ellos; y como aquello Cortés le oyó, le dijo, muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino y poca verdad; é que pluguiera á Dios que el Montezuma se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídolos; y así le dejó, que no le habló mas en ello. Tambien dijo el mismo Pedro de Albarado que cuando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner á un tiro que estaba cebado fuego, con una pelota y muchos perdigones, é que como venian muchos escuadrones de indios á le quemar los aposentos, que salió á pelear con ellos, á que mandó poner fuego al tiro, é que no salió, y que hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos indios sobre él, é que venia retrayéndose á la fuerza y aposento, é que entonces sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones y mató muchos indios; y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran á todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Albarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas solo el Pedro de Albarado lo contaba; y es, que no tenia agua para beber, y cavaron en el patio, é hicieron un pozo y sacaron agua dulce, siendo todo salado tambien. Todo fué muchos bienes que nuestro Señor Dios nos hacia. E á esto del agua digo yo que en Méjico estaba una fuente que muchas veces y todas las mas manaba agua algo dulce; que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Albarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron; sino que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, é que con aquellos males que les hizo tuviesen harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen á dar guerra; y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció. Y tambien supimos de mucha verdad que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar, é que cuando combatian al Pedro de Albarado, que el Montezuma les mandaba á los suyos que no lo hiciesen, y que le respondian que ya no era cosa de sufrir tenelle preso, y estando bailando irles á matar, como fueron; y que le habian de sacar de allí y matar á todos los teules que le defendian. Estas cosas y otras sé decir que lo oí á personas de fe y que se hallaron con el Pedro de Albarado cuando aquello pasó. Y dejallo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es desta manera.

CAPITULO CXXVI.

Cómo nos dieron guerra en Méjico, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vió que en Tezcuco no nos habian hecho ningun recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos principales con quien hablar, y lo vió todo rematado y de mal arte, y venido á Méjico lo mismo; y vió que no hacian tianguez, sino todo levantado, é oyó al Pedro de Albarado de la manera y desconcierto con que les fué á dar guerra; y parece ser habia dicho Cortés en el camino á los capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenia, é que por los pueblos é caminos le saldrian á recibir y hacer fiestas, y que en Méjico mandaba tan absolutamente, así al gran Montezuma como á todos sus capitanes, é que le darian presentes de oro como solian; y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traia, y muy triste y mohino; y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales á rogar á nuestro Cortés que le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió fué: «Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar;» y entonces, como aquello le oyeron á Cortés nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon y Cristóbal de Olí y Alonso de Avila y Francisco de Lugo, dijeron: «Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrian comido, é mire que hasta las hijas le han dado. Y como esto oyó Cortes, se indignó mas de las palabras que le dijeron, como parecian de reprension, é dijo: «¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro que se hacia con Narvaez secretamente, é ahora veis que aun de comer no nos dá?» Y dijeron nuestros capitanes: «Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo.» Y como Cortés tenia allí en Méjico tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narvaez, no se le daba nada por cosa ninguna, é hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó á hablar á los principales que dijesen á su señor Montezuma que luego mandase hacer tianguez y mercados; si no, que hará é qué acontecerá; y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun tambien la reprension que nuestros capitanes dieron á Cortés sobre ello; porque bien los conocian, que habian sido los que solian tener en guarda á su señor, y sabian que eran grandes servidores de su Montezuma; y segun y de la manera que lo entendieron, se lo dijeron al Montezuma, y de enojo, ó porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado á gran priesa muy mal herido; que venia de un pueblo que está junto á Méjico, que se dice Tacuba, y traia unas indias que eran de Cortés, é la una hija del Montezuma, que parece ser las dejó á guardar allí al señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo señor, cuando fuimos á lo de Narvaez. Y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venia lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traia y le dieron dos heridas, é que si no se les soltara, que le tenian ya asido para le meter en una canoa y llevalle á sacrificar, y habian deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho; porque bien entendido teniamos los que soliamos batallar con indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos;

y aunque mas soldados trujésemos ahora, que habiamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante, y digamos que luego mandó á un capitan que se decia Diego de Ordás, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos, los mas ballesteros y escopeteros y algunos de á caballo, é que mirase qué era aquello que decia el soldado que habia venido herido y trajo las nuevas; é que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase; y como fué el Diego de Ordás de la manera que le fué mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado á media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mejicanos de guerra y otros muchos que estaban en las azuteas, y les dieron tan grandes combates, que le mataron á las primeras arremetidas ocho soldados, y á todos los mas hirieron, y al mismo Diego de Ordás le dieron tres heridas. Por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco á poco al aposento; y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decia Lezcano, que con un montante habia hecho cosas de muy esforzado varon; y en aquel instante si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordás, muchos mas vinieron á nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tanto sobre nosotros, que el Diego de Ordás, que se venia retrayendo, no podia llegar á los aposentos por la mucha guerra que les daban, unos por detrás y otros por delante y otros desde las azuteas. Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear; que, aunque les matábamos y heriamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian; con todo esto, cerraban sus escuadrones y no perdian punto de su buen pelear, ni les podiamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas y ballestas, y el mal que les haciamos de estocadas, tuvo lugar el Ordás de entrar en el aposento; que hasta entonces, aunque queria, no podia pasar, y con sus soldados bien heridos y veinte y tres menos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de nos dar guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos y otros vituperios. Y aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, á lo que después hicieron. Y es, que tuvieron tanto atrevimiento, que, unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podiamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra y atajar otras salas por donde venia el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de nos quemar vivos; y duraron estos combates todo el dia y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones, y tiraban varas y piedras y flechas á bulto y piedra perdida, que entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas dellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habian hecho y en apercebirnos para otro dia, en esto se pasó. Pues desque amaneció, acordó nuestro capitan que con todos los nuestros y los de Narvaez saliésemos á pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas y ballestas, y procurásemos de los vencer, á lo menos que sintiesen mas nuestras fuerzas y esfuerzo mejor que el dia pasado. Y digo que si nosotros teniamos hecho aquel concierto, que los mejicanos tenian concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenian tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieren allí diez mil Hétores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar; porque sabello ahora yo aquí decir cómo pasó, y vimos este teson en el pelear, digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetiamos; que tan enteros y con mas vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle, y hacian que se retraian, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros, creyendo que no volveriamos con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacian mucho mal. Pues para pasar á quemalles las casas, ya he dicho en el capítulo que dello habla, que de casa á casa tenian una puente de madera levadiza, alzábanla, y no podiamos pasar sino por agua muy honda. Pues desde las azuteas, los cantos y piedras y varas no lo podiamos sufrir. Por manera que nos maltrataban y herian muchos de los nuestros, é no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente; porque unos tres ó cuatro soldados que se habian hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se habian hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron; y porque decian otras muchas cosas y causas que daban á ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré cómo con harto trabajo nos retrujimos á nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros con grandes gritos é silbos, y trompetillas y atambores, llamándonos de bellacos y para poco, que no sabiamos atendelles todo el dia en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel dia mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos; y lo que pasó de la noche fué en concertar para que de ahí á dos dias saliésemos todos los soldados cuantos sanos habia en todo el real, y con cuatro ingenios á manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres; y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros, y tambien iban escopeteros y ballesteros, y junto con ellos habiamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros y los tiros, y todos los demás de á caballo hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel dia que entendiamos en la obra y fortalecer muchos portillos que nos tenian hechos, no salimos á pelear aquel dia; no sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes; y entre

tanto que los adobábamos y fortaleciamos, como dicho tengo, otros muchos escuadrones procuraron entrarnos los aposentos á escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podian retraer. Pues lo que decian, que en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros, y que habian de sacrificar á sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrian para hacer hartazgas y fiestas; y que los cuerpos echarian á los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados, que se harten dellos; é que á aquel efecto há dos dias que mandaron que no les diesen de comer; y que el oro que teniamos, que habriamos mal gozo dél y de todas las mantas; y á los de Tlascala que con nosotros estaban les decian que les meterian en jaulas á engordar, y que poco á poco harian sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decian que les diésemos su gran señor Montezuma, y decian otras cosas; y de noche asimismo siempre silbos y voces, y rociadas de vara y piedra y flecha; y cuando amaneció, después de nos encomendar á Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece á mí que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester, las llaman buros y mantas; y con los tiros y escopetas y ballestas delante, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas; é como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habian peleado los doce dias pasados, muy mas fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban este dia; y todavía derminamos que, aunque á todos costase la vida, de ir con nuestras torres é ingenios hasta el gran cu del Huichilóbos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos dieron, ni diré cómo á los caballos los herian ni nos aprovechábamos dellos; porque, aunque arremetian á los escuadrones para rompellos, tirábanles tanta flecha y vara y piedra, que no se podian valer, por bien armados que estaban; y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mejicanos á su salvo en las acequias y laguna, donde tenian hechos otros reparos para los de á caballo; y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos; así que no aprovechaba cosa ninguna dellos. Pues apartarnos á quemar ni á deshacer ninguna casa, era por demás; porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza; pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás desto, en algunas casas que les poniamos fuego tardaba una casa á se quemar todo un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra, lo uno por estar apartadas la una de otra, el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas; así que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello. Por manera que fuimos al gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él mas de cuatro mil mejicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban, con grandes lanzas y piedra y vara, y se ponen en defensa, y nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres ni los tiros ni ballestas ni escopetas, ni los de á caballo; porque, aunque querian arremeter los caballos, habia unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban á los caballos los piés y manos; y eran tan lisas, que caian; é como desde las gradas del alto cu nos defendian el paso, é á un lado é otro teniamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez ó quince dellos, é á estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podiamos subir al alto cu, y con gran concierto tornamos á porfiar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é mas de cuarenta soldados muertos. E quiso nuestro Señor que llegamos adonde soliamos tener la imágen de nuestra Señora, y no la hallamos; que pareció, segun supimos, que el gran Montezuma tenia ó devocion en ella ó miedo, y la mandó guardar; y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los papas que estaban en este gran cu y sobre tres ó cuatro mil indios, todos principales, y que nos bajábamos, cuál nos hacian venir rodando seis gradas y aun diez abajo, y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los petriles y concavidades del gran cu, tirándonos tantas varas y flechas, que así á unos escuadrones como á los otros no podiamos hacer cara ni sustentarnos; acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas, que quien nos vió, aunque aquí mas claro lo diga, yo no lo sé significar; pues aun no digo lo que hicieron los escuadrones mejicanos, que estaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamos fuera, y la gran porfía y teson que ponian de les entrar á quemallos. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen á buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los mejicanos y tlascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu; y tiénenlo por cosa muy heróica, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dello hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo en los petriles y concavidades, y otros muchos indios abajo en el suelo y patios llenos, y en los lados otros muchos, y deshechas nuestras torres, cómo fué posible subille. Dejemos de hablar dello, y digamos cómo con gran trabajo tornamos á los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles; y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del dia dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara. Dejemos de su gran teson y porfía que siempre á la continua tenian de estar sobre nosotros, como he dicho; é digamos que aquella noche se nos fué en curar heridos y enterrar los muer-

tos, y en aderezar para salir otro dia á pelear, y en poner fuerzas y mamparos á las paredes que habian derrocado é á otros portillos que habian hecho, y tomar consejo cómo y de qué manera podriamos pelear sin que recibiésemos tantos daños ni muertes; y en todo lo que platicamos no hallábamos remedio ninguno. Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba; y estaban embelesados y sin sentido. Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de Méjico; y desque amaneció vienen muchos mas escuadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos; y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, mucho mas espesas y con mayores alaridos y silbos vinieron este dia; y otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas, aunque les hacian harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azutea, y les dijesen que cesasen las guerras y que nos queriamos ir de su ciudad; y cuando al gran Montezuma se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: «¿Qué quiere de mí ya Malinche? Que yo no deseo vivir ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traido.» Y no quiso venir; y aun dicen que dijo que ya no le querian ver ni oir á él ni á sus falsas palabras ni promesas y mentiras; y fué el padre de la Merced y Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y díjoles el Montezuma: «Yo tengo creido que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habeis de morir en esta ciudad.» Y volvamos á decir de los grandes combates que nos daban, que Montezuma se puso á un petril de una azutea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó á hablar á los suyos con palabras muy amorosas, que dejasen la guerra, que nos iriamos de Méjico; y muchos principales mejicanos y capitanes bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas, y cuatro dellos se allegaron en parte que Montezuma les podia hablar, y ellos á él, y llorando le dijeron: «¡Oh señor, é nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes! Hacémosos saber que ya hemos levantado á un vuestro primo por señor;» y allí le nombró cómo se llamaba, que se decia Coadlauaca, señor de Iztapalapa, que no fué Guatemuz, el cual desde á dos meses fué señor. Y mas dijeron, que la guerra que la habian de acabar, y que tenian prometido á sus ídolos de no lo dejar hasta que todos nosotros muriésemos; y que rogaban cada dia á su Huichilóbos y á Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder, é como saliese como deseaban, que no lo dejarian de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase. Y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazon tiran tanta piedra y vara, que los nuestros le arrodelaban; y como vieron que entre tanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento del rodelar, y le dieron tres pedradas é un flechazo, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban que se curase y comiese, y le decian sobre ello buenas palabras, no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados; é hombres hubo entre nosotros, de los que le conociamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era; y decian que habia diez y siete años que reinaba, y que fué el mejor rey que en Méjico habia habido, y que por su persona habia vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

CAPITULO CXXVII.

Desque fué muerto el gran Montezuma, acordó Cortés de hacello saber á sus capitanes y principales que nos daban guerra, y lo que mas sobre ello pasó.

Pues como vimos á Montezuma que se habia muerto, ya he dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al fraile de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese cristiano; y el fraile le dijo que creyese que de aquellas heridas moriria, á que él respondia que él debia de mandar que le pusiesen alguna cosa. En fin de mas razones, mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron por señor, que se decia Coadlauaca, y á sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo á todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecia de heredar, ó á otros sus hijos; é que al que habian alzado por señor que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de Méjico; que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teniamos respeto, y que por su causa no les destruiamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas, y les hariamos mucho mal; y porque le viesen cómo era muerto el Montezuma, mandó á seis mejicanos muy principales y los mas papas que teniamos presos que lo sacasen á cuestas y lo entregasen á los capitanes mejicanos, y les dijesen lo que Montezuma mandó al tiempo que se queria morir, que aquellos que llevaron á cuestas se hallaron presentes á su muerte; y dijeron al Coadlauaca toda la verdad, cómo ellos propios le mataron de tres pedradas y un flechazo; y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oimos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decian: «Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviais á pedir, salid acá, y concertarémos cómo y de qué manera han de ser;» y decian tantas palabras sobre ello, y de otras

cosas que ya no se me acuerda, y las dejaré aquí de decir, y que ya tènian elegido buen rey, y que no era de corazon tan flaco, que le pedais engañar con palabras falsas, como fué al buen Montezuma; y del enterramiento, que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir; y con estas pláticas muy grandes gritas y silbos, y rociadas de piedra, vara y flecha, y otros muchos escuadrones todavía procurando de poner fuego á muchas partes de nuestros aposentos; y como aquello vió Cortés y todos nosotros, acordamos que para otro dia saliésemos del real, y diésemos guerra por otra parte, adonde habia muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hácia la calzada, y que todos los de á caballo rompiesen con los escuadrones y los alanceasen ó echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos; y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaria la guerra y se trataria alguna manera de paz para salir libres sin mas muertes y daños. Y puesto que otro dia lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fué nonada para el gran daño y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos dieron; y no pudimos ganalles ninguna puente, porque todas estaban medio quebradas, y cargaron muchos mejicanos sobre nosotros, y tenian puestas albarradas y mamparos en parte adonde conocian que podian alcanzar los caballos. Por manera que, si muchos trabajos teniamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dejallo he aquí, y volvamos á decir cómo acordamos de salir de Méjico. En esta entrada y salida que hicimos con los de á caballo, que era un juéves, acuérdome que iba allí Sandoval y Lares el buen jinete, y Gonzalo Dominguez, Juan Velazquez de Leon y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de á caballo de los nuestros y de los de Narvaez; asimismo iban otros buenos jinetes; mas estaban espantados y temerosos los de Narvaez, como no se habian hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo acordamos de nos ir huyendo de Méjico, y lo que sobre ello se hizo.

Como vimos que cada dia iban menguando nuestras fuerzas, y las de los mejicanos crecian, y viamos muchos de los nuestros muertos, y todos los mas heridos, é que aunque peleábamos muy como varones, no los podiamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de dia y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces que les enviamos á demandar no las quisieron acetar; en fin, viamos nuestras muertes á los ojos, y las puentes que estaban alzadas; y fué acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen mas descuidados; y para mas les descuidar, aquella tarde les enviamos á decir con un papa de los que estaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí á ocho dias, y que les dariamos todo el oro; y esto por descuidarlos y salirnos aquella noche. Y demás desto, estaba con nosotros un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y habia estado en Roma, y decian que era nigromántico, otros decian que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello habia dicho cuatro dias habia que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venia no saliamos de Méjico, y si mas aguardábamos, que ningun soldado podria salir con la vida; y aun habia dicho otras veces que Cortés habia de tener muchos trabajos y habia de ser desposeido de su ser y honra, y que después habia de volver á ser gran señor y de mucha renta; y decia otras muchas cosas deste arte. Dejemos al Botello, que después tornaré hablar en él, y diré cómo se dió luego órden que se hiciese de maderos y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenian quebradas; y para ponella y llevalla, y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y los de á caballo y todo nuestro ejército, señalaron y mandaron á cuatrocientos indios tlascaltecas y ciento y cincuenta soldados; y para llevar el artillería señalaron ducientos y cincuenta indios tlascaltecas y cincuenta soldados; y para que fuesen en la delantera peleando señalaron á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Acebedo el pulido, y á Francisco de Lugo y á Diego de Ordás é Andrés de Tapia; y todos estos capitanes, y otros ocho ó nueve de los de Narvaez, que aquí no nombro, y con ellos, para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos; y para que fuesen entre medias del fardaje y naborias y prisioneros, y acudiesen á la parte que mas conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés y á Alonso de Avila, y á Cristóbal de Olí é á Bernardino Vazquez de Tapia, y á otros capitanes de los nuestros, que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados; y para la retaguarda señalaron á Juan Velazquez de Leon y á Pedro de Albarado, con otros muchos de á caballo y mas de cien soldados, y todos los mas de los de Narvaez; y para que llevasen á cargo los prisioneros y á doña Marina y á doña Luisa señalaron trecientos tlascaltecas y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro y llevallo y repartillo, mandó Cortés á su camarero, que se decia Cristóbal de Guzman, y á otros sus criados, que todo el oro y plata y joyas lo sacasen de su aposento á la sala con muchos indios de Tlascala; y mandó á los oficiales del Rey, que era en aquel tiempo Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro todo el oro de su majestad, y para que lo llevasen les dió siete caballos heridos y cojos y una yegua, y muchos indios tlascaltecas, que, segun dijeron, fueron mas de ochenta, y cargaron dello lo que mas pudieron llevar, que estaba hecho todo lo mas dello en barras muy anchas y grandes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho mas oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó su secretario, que se decia Pedro Hernandez, y á otros escribanos del Rey, y dijo: «Dadme por testimonio que no

puedo mas hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar ni poner cobro mas de lo puesto; los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros;» y desque aquello oyeron, muchos soldados de los de Narvaez y aun algunos de los nuestros cargaron dello. Yo digo que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida; porque la teniamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba cuatro chalchihuis, que son piedras muy preciadas entre los indios, que presto me eché entre los pechos entre las armas; y aun entonces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalchihuies que quedaban, para que la guardase su mayordomo; y aun los cuatro chalchihuies que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos, me los demandara Cortés; los cuales me fueron muy buenos para curar mis heridas y comer del valor dellos. Volvamos á nuestro cuento: que desque supimos el concierto que Cortés habia hecho de la manera que habiamos de salir y llevar la madera para las puentes, y como hacia algo escuro, que habia neblina é lloviznaba, y era antes de media noche, comenzaron á traer la madera é puente, y ponella en el lugar que habia de estar, y á caminar el fardaje y artillería y muchos de á caballo, y los indios tlascaltecas con el oro; y después que se puso en la puente, y pasaron todos así como venian, y pasó Sandoval é muchos de á caballo, tambien pasó Cortés con sus compañeros de á caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas y gritas y silbos de los mejicanos, y decian en su lengua; «Taltelulco, Taltelulco, salí presto con vuestras canoas, que se van los teules; atajaldos en las puentes;» y cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas, que no nos podiamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habian pasado. Y estando desta manera, carga tanta multitud de mejicanos á quitar la puente y á herir y matar á los nuestros, que no se daban á manos unos á otros; y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovia, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caida y quitada; y carga tanto guerrero mejicano para acaballa de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos, no se pudo mas aprovechar della. Por manera que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran, que no podian nadar, y mataban muchos dellos y de los indios tlascaltecas é indias naborias, y fardaje y petacas y artillería; y de los muchos que se ahogaban, ellos y los caballos, y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban y metian en las canoas, que era muy gran lástima de lo ver y oir, pues la grita y lloros y lástimas que decian demandando socorro: «Ayudadme, que me ahogo;» otros, «Socorredme, que me matan;» otros demandando ayuda á nuestra Señora santa María y á señor Santiago; otros demandaban ayuda para subir á la puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asidos á muertos y á petacas para subir arriba, adonde estaba la puente; y algunos que habian subido, y pensaban que estaban libres de aquel peligro, habia en las calzadas grandes escuadrones guerreros que los apañaban é amorrinaban con unas macanas, y otros que les flechaban y alanceaban. Pues quizá habia algun concierto en la salida, como lo habiamos concertado, maldito aquel; porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos á otros; y no lo erraron, porque los de á caballo no podian pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetian á los escuadrones mejicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna y de la otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habian hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas; y si arremetia alguno de á caballo y mataba algun indio, luego le mataban el caballo; y así, no se atrevian á correr por la calzada. Pues vista cosa es que no podian pelear en el agua y puestos; sin escopetas ni ballestas y de noche, ¿qué podiamos hacer sino lo que haciamos? Que era que arremetiésemos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venian á echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas; porque si aguardáramos los unos á los otros, no saliéramos ninguno con la vida, y si fuera de dia, peor fuera; y aun los que escapamos fué que nuestro Señor Dios fué servido darnos esfuerzo para ello; y para quien no lo vió aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las canoas que de los nuestros arrebataban y llevaban á sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés y algunos de Narvaez por nuestra calzada adelante, de cuando en cuando salian escuadrones mejicanos á nos echar manos. Acuérdome que nos decian: «¡Oh, oh, oh luilones!» que quiere decir: Oh putos, ¿aun aquí quedais vivos, que no os han muerto los tiacanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante; é yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habian llegado Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olí y Francisco de Salcedo el pulido, y Gonzalo Dominguez, y Lares, y otros muchos de á caballo, y soldados de los que pasaron adelante antes que desamparasen la puente, segun y de la manera que dicho tengo; é ya que llegábamos cerca oiamos voces que daba Cristóbal de Olí y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla, y decian á Cortés, que iba adelante de todos: «Aguardad, señor capitan; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás; tornémoslos á amparar y recoger; porque vienen algunos soldados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen ningunos.» Y la respuesta que dió Cortés, que los que habiamos salido de las calzadas era milagro; que si á las puentes volviesen, pocos escaparian con las vidas, ellos y los caballos; y todavia volvió el mismo Cortés y Cristóbal de Olí, y Alonso de Avila y Gonzalo de Sandoval, y Fran-

cisco de Morla y Gonzalo Dominguez, con otros seis ó siete de á caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fueron mucho trecho, porque luego encontraron con Pedro de Albarado bien herido, con una lanza en la mano, á pié, que la yegua alazana ya se la habian muerto, y traia consigo siete soldados, los tres de los nuestros y los cuatro de Narvaez, tambien muy heridos, y ocho tlascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas; y entre tanto volvió Cortés por la calzada con los capitanes y soldados que dicho tengo, reparamos en los patios junto á Tacuba, y ya habian venido de Méjico, como está cerca, dando voces, y á dar mandado á Tacuba y á Escapuzalco y á Teneyuca para que nos saliesen al encuentro. Por manera que nos comenzaron á tirar vara y piedra y flecha, y con sus lanzas grandes, engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomaron en este desbarate; y haciamos algunas arremetidas, en que nos defendiamos dellos y les ofendiamos. Volvamos á Pedro de Albarado, que, como Cortés y los demás capitanes y soldados le encontraron de aquella manera que he dicho, y como supieron que no venian mas soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos; porque el Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon, con otros mas de á caballo y mas de cien soldados, habian quedado en la retaguarda; y preguntando Cortés por los demás, dijo que todos quedaban muertos, y con ellos el capitan Juan Velazquez de Leon y todos los mas de á caballo que traia, así de los nuestros como de los de Narvaez, y mas de ciento y cincuenta soldados que traia; y dijo el Pedro que después que les mataron los caballos y la yegua, que se juntaron para se amparar obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos y petacas y caballos que se ahogaron, pasaron la primera puente; en esto no se me acuerda bien si dijo que pasó sobre los muertos, y entonces no miramos lo que sobre ello dijo á Cortés, sino que allí en aquella puente le mataron á Juan Velazquez y mas de docientos compañeros que traia, que no les pudieron valer. Y asimismo á esta otra puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas; y decia que todas las puentes y calzadas estaban llenas de guerreros. Dejemos esto, y diré que en la triste puente que dicen ahora que fué el salto del Albarado, yo digo que en aquel tiempo ningun soldado se paró á vello, si saltaba poco ó mucho, que harto teniamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los mejicanos que contra nosotros habia; porque en aquella coyuntura no lo podiamos ver ni tener sentido en salto, si saltaba ó pasaba poco ó mucho; y así seria cuando el Pedro de Albarado llegó á la puente, como él dijo á Cortés, que habia pasado asido á petacas y caballos y cuerpos muertos, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda, y no pudiera allegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella; y demás desto, la abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era. Tambien digo que no la podia saltar ni sobre la lanza ni de otra manera; porque después desde cerca de un año que volvimos á poner cerco á Méjico y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mejicanos, y tenian allí hechos reamparos y albarradas, que se llama ahora la puente del salto de Albarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase. Dejemos este salto, y digamos que, como vieron nuestros capitanes que no acudian mas soldados, y el Pedro de Albarado dijo que todo quedaba lleno de guerreros, y que ya que algunos quedasen rezagados, que en las puentes los matarian, volvamos á decir desto del salto de Albarado: digo que para qué porfian algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó el Pedro de Albarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar en ninguna manera; y para que claro se vea, hoy dia está la puente; y la manera del altor del agua que solia venir y que tan alta estaba la puente, y el agua muy honda, que no podia llegar al suelo con la lanza. Y porque los lectores sepan que en Méjico hubo un soldado que se decia Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, demás de otras cosas que dijo de Pedro de Albarado, que habia dejado morir á su compañero Juan Velazquez de Leon con mas de docientos soldados y los de á caballo que les dejamos en la retaguarda, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refran: «Saltó, y escapó la vida.» Volvamos á nuestra materia: é porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba no nos acabásemos del todo de perder, é porque habian venido muchos mejicanos y los de Tacuba y Escapuzalco y Teneyuca y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos enviaron mensajeros desde Méjico para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacian mucho daño, y mataron tres soldados que ya estaban heridos, acordamos lo mas presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales, y con seis ó siete tlascaltecas que sabian ó atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho nos guiaban con mucho concierto hasta que saliésemos á unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto á un cu é adoratorio y como fortaleza, adonde reparamos; que quiero tornar á decir que, seguidos que íbamos de los mejicanos, y de las flechas y varas y piedras con sus hondas nos tiraban; y cómo nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar; y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez ó cada rato que nos apretaban y herian y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar á decir de los escuadrones que nos seguian, y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto á la memoria, y digamos cómo nos defendiamos en aquel cu y fortaleza, nos albergamos, y se curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos. Pues de comer no lo habia, y en aquel cu y adoratorio, después de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se dice Nuestra Señora de los Remedios, muy devota, é van ahora allí en romeria y á tener novenas muchos

vecinos y señoras de Méjico. Dejemos esto, y volvamos á decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas; y como se habian resfriado y estaban hinchadas, dolian. Pues mas de llorar fué los caballos y esforzados soldados que faltaban; ¿qué es de Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo y Francisco de Morla, y un Lares el buen jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés? ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora, ¿qué es de muchos tlascaltecas que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban? Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió. Volvamos á decir cómo quedaron muertos, así los hijos de Montezuma como los prisioneros que traiamos, y el Cacamatzin y otros reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teniamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego, é hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabiamos la voluntad que habiamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala. Y demás desto, aquella noche, siempre cercados de mejicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de nos salir de allí á media noche, y con los tlascaltecas, nuestras guias, por delante con muy gran concierto; llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podian andar y estaban muy malos á ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de á caballo sanos delante, y á un lado y á otro repartidos; y por este arte todos nosotros los que mas sanos estábamos haciendo rostro y cara á los mejicanos, y los tlascaltecas que estaban heridos iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadron, y los demás que estaban sanos hacian cara juntamente con nosotros; porque los mejicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, diciendo: «Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros á vida;» y no entendiamos á qué fin lo decian, segun adelante verán. Olvidado me he de escribir el contento que recebimos de ver viva á nuestra doña Marina y á doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlascaltecas hermanos de la doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las mas naborias que nos habian dado en Tlascala y en Méjico: allí quedaron en las puentes con los demás. Y volvamos á decir cómo llegamos aquel dia á un pueblo grande que se dice Gualquitan, el cual pueblo fué de Alonso de Avila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo soportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los mejicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban á cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara y flecha, que mataron á dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y tambien un caballo, é hirieron á muchos de los nuestros; y tambien nosotros á estocadas les matamos algunos dellos, y los de á caballo á lanzadas les mataban, aunque pocos; y así, dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron. Y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el concierto que de antes, y aun mejor, y siempre la mitad de los de á caballo adelante; y poco mas de una legua, en un llano, ya que creimos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de á caballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos; y cuando lo oimos, bien que tuvimos temor, é grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir; y allí reparamos un poco, y se dió órden cómo habian de entrar y salir los de á caballo á media rienda, y que no se parasen á lancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados, las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera que si Dios fuese servido, que escapásemos con las vidas; y después de nos encomendar á Dios y á santa María muy de corazon, é invocando el nombre del señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban á cercar, de cinco en cinco de á caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de á caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban á su placer, entrando y saliendo á media rienda; y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teniamos caballos, parece ser que á todos se nos ponia esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teniamos mas heridas, no curábamos de los apretar, por no nos parar á ello, que no habia lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos á les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, que tomó otro caballo de los de Narvaez, porque su yegua se la habian muerto, como dicho tengo; y Gonzalo de Sandoval, cuál andaban de una parte á otra rompiendo escuadrones, aunque bien heridos; y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados; porque todos traian grandes penachos con oro y ricas armas y divisas. Pues oir cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia: «Ea, señores, que hoy es el dia que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldrémos de aquí vivos; para algun buen fin nos guarda Dios.» Y tornaré á decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herian. Y dejemos esto, y volvamos á Cortés y Cristóbal de Olí y Sandoval, y Pedro de Albarado y Gonzalo Dominguez, y otros muchos que aquí no nombro; y todos los soldados poniamos grande ánimo para pelear; y esto, nuestro Señor Jesucristo y nuestra Señora la Vírgen santa María nos lo ponia, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba; y así lo certificó

un capitan de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla; y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes por mí nombrados en parte donde andaba el capitan general de los mejicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería; y como lo vió Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos mejicanos, que todos traian grandes penachos de oro, dijo á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y á Cristóbal de Olí y á los demás capitanes: «Ea, señores, rompamos con ellos.» Y encomendándose á Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Olí, y Sandoval y Alonso de Avila y otros caballeros, y Cortés dió un encuentro con el caballo al capitan mejicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadron, que eran muchos indios; y quien siguió al capitan que traia la bandera, que aun no habia caido del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar y le quitó el rico penacho que traia, y se le dió á Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera y hizo perder el brio, le daba el plumaje; mas dende á ciertos años su majestad se le dió por armas al Salamanca, y así las tienen en sus reposteros sus descendientes. Volvamos á nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fué servido que, muerto aquel capitan que traia la bandera mejicana y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de á caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues á nosotros no nos dolian las heridas ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la vitoria matando é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de á caballo de seguir la vitoria, todos dimos muchas gracias á Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente; porque no se habia visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de Méjico y de Tezcuco y Salcocan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. Pues qué armas tan ricas que traian, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los mas capitanes y personas principales, y allí junto donde fué esta reñida y nombrada y temerosa batalla para en estas partes (así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas), habia cerca un pueblo que se dice Obtumba; la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los mejicanos y tlascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mejicanos hubimos hasta que ganamos á Méjico. Y tengan atencion los curiosos lectores que esto leyeren, que quiero traer aquí á la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Albarado en Méjico fuimos por todos sobre mas de mil y trecientos soldados, con los de á caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, y mas de dos mil tlascaltecas, y metimos mucha artillería; y fué nuestra entrada en Méjico dia de señor San Juan de junio de 1520 años, y fué nuestra salida huyendo á 10 del mes de julio del año siguiente, y fué esta nombrada batalla de Obtumba á 14 del mes de julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos mataron, así en Méjico, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Obtumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y á cinco mujeres de Castilla; y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narvaez, y mataron sobre mil y ducientos tlascaltecas. Tambien quiero decir cómo en aquella sazon mataron á un Juan de Alcántara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa-Rica, que venian por las partes del oro que les cabia; de lo cual tengo hecha relacion en el capítulo que dello trata. Por manera que tambien perdieron las vidas y aun el oro; y si miramos en ello, todos comunmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narvaez murieron muchos mas que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podian salir ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos cómo íbamos muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, y comiendo y caminando hacia Tlascala; que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen á juntar escuadrones mejicanos, que aun todavía nos daban grita en partes que no podíamos ser señores dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara y flecha, hasta que fuimos á otras caserías y pueblo chico; porque estaba todo poblado de mejicanos, y allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con mas reposo; y aunque siempre teniamos escuadrones de mejicanos que nos seguian, mas ya no se osaban llegar; y aquellos que venian era como quien decia: «Allá iréis fuera de nuestra tierra.» Y desde aquella poblacion y casa donde dormimos se parecian las sierrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos, nos alegramos como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabiamos cierto que nos habian de ser leales ó qué voluntad ternian, ó qué habia acontecido á los que estaban poblados en la Villa-Rica, si eran muertos ó vivos. Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teniamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos con las vidas; por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez á disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en Méjico cuatrecientos y cincuenta soldados; y que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa; y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras, como nosotros; y mas dijo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permi-

ta, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos, y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y reamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tlascaltecas que allí partian términos entre los mejicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habiamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los tlascaltecas, que se dice Gualiopar, donde nos recibieron y nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un dia reposando, curando nuestras heridas, y ansimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masse-Escaci y principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle y los de Guaxocingo; y como llegaron á aquel pueblo donde estábamos, fueron á abrazar á Cortés y á todos nuestros capitanes y soldados; y llorando algunos dellos, especial el Masse-Escaci y Xicotenga, y Chichimeclatecle y Tecapaneca, dijeron á Cortés: «¡Oh Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto; ya os lo habiamos dicho muchas veces, que no os fiásedes de gente mejicana, porque de un dia á otro os habian de dar guerra; no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros y daros de comer; en vuestras casas estáis, descansad, é irémos luego á nuestro pueblo y os aposentarémos; y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes; é yo digo que si de antes os teniamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas. Bien sé que lloran muchas mujeres é indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes á tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Obtumba, que cuatro dias habia que lo supe que os esperaban para os matar. Yo queria ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos y los andaba juntando.» Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos que se lo teniamos en merced, y Cortés les dió á todos los principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teniamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenian por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos, en especial el Masse-Escaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte de Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlascala con todos los caciques, y á Cortés aposentaron en las casas de Masse-Escaci, y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Albarado, y allí nos curamos y tornamos á convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CXXIX.

Cómo fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos.

Pues como habia un dia que estábamos en el pueblezuelo de Gualiopar, y los caciques de Tlascala por mí nombrados nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyuntura; después que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentaron, como dicho tengo, parece ser que Cortés preguntó por el oro que habian traido allí, que eran cuarenta mil pesos; el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa-Rica; y dijo Masse-Escaci y Xicotenga el viejo y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de Méjico cuando nos desbarataron, que habian venido de la Villa-Rica un Juan de Alcántara y otros dos vecinos, é que lo llevaron todo porque traian cartas de Cortés para que se lo diesen; la cual carta mostró el soldado, que habia dejado en poder del Masse-Escaci cuando le dieron el oro; y preguntando cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los dias, cuando nos daban guerra los mejicanos, luego entendimos cómo en el camino habian muerto y tornado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello; y tambien estábamos con pena por no saber de los de la Villa-Rica, no hubiesen corrido algun desman; y luego por la posta escribió con tres tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en Méjico nos habiamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relacion de cuántos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alertos y se velasen; y que si hubiese algunos soldados sanos se los enviasen, y que guardasen muy bien al Narvaez y al Salvatierra; y si hubiese pólvora ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de Méjico; y tambien escribió al capitan que quedó por guarda y capitan de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navío á Cuba ni Narvaez se soltase; y que si viese que dos navíos de los de Narvaez, que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros con todas las armas que tuviesen; y por la posta fueron y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habian tenido guerras; que un Juan de Alcántara y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en Méjico nos dieron, porque el cacique gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ansimismo escribió el almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero, y dijeron que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navío estaba bueno, y que al otro daria al través y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas; y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa-Rica, que fueron cuatro hombres con tres de

la mar, que todos fueron siete, y venia por capitan dellos un soldado que se decia Lencero, cuya fué la venta que agora dicen de Lencero. Y cuando llegaron á Tlascala, como venian dolientes y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo y burlar dellos deciamos: «El socorro del Lencero; que venian siete soldados, y los cinco llenos de bubas y los dos hinchados, con grandes barrigas.» Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascala nos aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el cual habia sido capitan de toda Tlascala cuando nos dieron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso que, como se supo en aquella su ciudad que salimos huyendo de Méjico y que nos habian muerto mucha copia de soldados, ansí de los nuestros como de los indios tlascaltecas que habian ido de Tlascala en nuestra compañía, y que veniamos á nos socorrer é amparar en aquella provincia, el Xicotenga el mozo andaba convocando á todos sus parientes y amigos, y á otros que sentia que eran de su parcialidad, y les decia que en una noche, ó de dia, cuando mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haria amistades con el señor de Méjico, que en aquella sazon habian alzado por rey á uno que se decia Cuedlauaca; y que demás desto, que en las mantas y ropa que habiamos dejado en Tlascala á guardar y el oro que agora sacábamos de Méjico tendrian qué robar, y quedarian todos ricos con ello; lo cual alcanzó á saber el viejo Xicotenga, su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho; y que si lo alcanzase á saber Masse-Escaci y Chichimeclatecle, que por ventura le matarian, y al que en tal concierto fuese; y por mas que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decia, y todavía entendia en su mal propósito; y vino á oidos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo á Masse-Escaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cabildo; y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí á Xicotenga el mozo, y Masse-Escaci propuso un razonamiento delante de todos, y dijo que si se les acordaba ó habian oido decir de mas de cien años hasta entonces que en toda Tlascala habian estado tan prósperos y ricos como después que los teules vinieron á sus tierras, ni en todas sus provincias habian sido en tanto tenidos, y que tenian mucha ropa de algodon y oro, y comian sal, la que hasta allí no solian comer; y por do quiera que iban de sus tlascaltecas con los teules les hacian honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en Méjico muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habian de venir hombres que les habian de señorear; é que ¿á qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matarnos? Que era mal hecho, é que no podia dar ninguna disculpa de sus bellaquerías y maldades, que siempre tenia encerradas en su pecho; y agora que los veia venir de aquella manera desbaratados, que nos habia de ayudar para en estando sanos volver sobre los pueblos de Méjico, sus enemigos, queria hacer aquella traicion. Y á estas palabras que el Masse-Escaci y su padre Xicotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decia por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el Chichimeclatecle y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querian matar, y á los demás que habian sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraidos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar mas en ello. He traido esto aquí á la memoria para que vean do cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlascala, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habia mandado matar luego que supo sus tramas y traicion. Dejemos esto, y digamos cómo habia veinte y dos dias que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo, y acordó Cortés que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narvaez, que se venian á Méjico, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cachula; y como Cortés lo dijo á nuestros capitanes, y apercebian á los soldados de Narvaez para ir á la guerra, y como no eran tan acostumbrados á guerras y habian escapado de la rota de Méjico y puentes de lo de Obtumba, y no vian la hora de se volver á la isla de Cuba á sus indios é minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés; porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía; maldecian el oro que le habia dado á él y á los demás capitanes, que todo se habia perdido en las puentes, como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos; y acordaron de decir á Cortés que no querian ir á Tepeaca ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus casas; que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba; y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por mas pláticas y reprensiones que les dió, no querian; y como vieron los de Narvaez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma delante de un escribano del Rey para que luego se fuese á la Villa-Rica, poniéndole por delante que no teniamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacen; que estábamos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mejicanos nos tomarian todos los puertos y sierras y pasos, é que los navíos, si mas aguardaban, se comerian de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado y leido el requerimiento á Cortés, si muchas palabras decian en él, muy muchas mas contrariedades respondió; y demás desto, todos los mas de nosotros de los que habiamos pasado con Cortés le diji-

mos que mirase que no diese licencia á ninguno de los de Narvaez ni á otras personas para volver á Cuba, sino que procurásemos todos de servir á Dios é al Rey; é que esto era lo bueno, y no volverse á Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requeriendo que muchos de nosotros ayudábamos el intento de Cortés y que les estorbábamos sus grandes importunaciones que sobre ello le hablaban y requerian, con no mas de que deciamos que no es servicio de Dios ni de su majestad que dejen desamparado su capitan en las guerras, en fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros á las entradas que se ofreciesen; mas fué que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaria volver á su isla de Cuba; y no por aquesto dejaron de murmurar dél y de su conquista, que tan caro les habia costado en dejar sus casas y reposo y haberse venido á meter adonde no estaban seguros de las vidas; y mas decian, que si en otra guerra entrásemos con el poder de Méjico, que no se podria excusar tarde ó temprano de tenella, que creian é tenian por cierto que no nos podriamos sustentar contra ellos en las batallas, segun habian visto lo de Méjico y puentes, y en la nombrada de Obtumba; y mas decian, que nuestro Cortés por mandar y siempre ser señor, y nosotros los que con él pasábamos no tener que perder sino nuestras personas, asistiamos con él; y decian otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba por el tiempo en que lo decian; mas no tardaron muchos meses que no les dió licencia para que se volviesen á sus casas; lo cual diré en su tiempo y sazon. Y dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el coronista Gómora, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron; las cuales informaciones no son así como él lo escribe; y por no me detener en todos los capítulos á tornallos á recitar y traer á la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir; y ahora pareciéndome que en esto de este requerimiento que escribe que hicieron á Cortés no dice quién fueron los que le hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez, y en esto que escribe es por sublimar á Cortés y abatir á nosotros los que con él pasamos; y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómora con dádivas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteniamos á Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este coronista que le requeriamos. Tambien dice que decia Cortés en las respuestas del mismo requerimiento que para animarnos y esforzarnos que enviará á llamar á Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que el uno dellos dijo estaba poblando en lo de Pánuco con trecientos soldados, y el otro en lo de Guacacualco con otros soldados, y no es ansí; porque luego que fuimos sobre Méjico al socorro de Pedro de Albarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velazquez de Leon habia de ir á lo de Pánuco y el Diego de Ordás á lo de Guacacualco, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado que sobre ello tengo hecha relacion; porque estos dos capitanes fueron á Méjico con nosotros al socorro de Pedro de Albarado, y en aquella derrota el Juan Velazquez de Leon quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en Méjico, segun ya lo tengo escrito cómo y cuándo y de qué arte pasó. Por manera que el coronista Gómora, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara á decir lo que pasó, muy bien fuera. Tambien he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Obtumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés que todos fuéramos vencidos, y que él solo fué el que la venció en el dar, como dió el encuentro al que traia el estandarte y seña de Méjico. Ya he dicho, y lo torno agora á decir, que á Cortés toda la honra se le debe, como bueno y esforzado capitan; mas sobre todo hemos de dar gracias á Dios, que él fué servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba y sustentaba; y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y valientes soldados como tenia; é después de Dios, con nosotros le dábamos esfuerzo y rompiamos los escuadrones y le sustentábamos, para que con nuestra ayuda y de nuestros capitanes guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo; porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno á nombrar, que fueron Pedro de Albarado, Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marin, Francisco de Lugo y Gonzalo Dominguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos; porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, y no los habia, aunque nos costaran á mil pesos; y como el Gómora dice en su Historia que solo la persona de Cortés fué el que venció lo de Obtumba, ¿por qué no declaró los heróicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Ansí que, por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar á Cortés solo lo dijo, porque de nosotros no hace mencion; si no, pregúnteselo á aquel muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, cuántas veces se halló en ayudar á salvar la vida á Cortés, hasta que en las puentes cuando volvimos sobre Méjico perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidádoseme habia de otra vez que le salvó en lo de Suchimileco, que quedó mal herido el Olea; é para que bien se entienda esto que digo, uno fué Cristóbal de Olea y otro Cristóbal de Olí. Tambien lo que dice el coronista en lo del encuentro con el caballo que dió al capitan mejicano y le hizo abatir la bandera, ansí es verdad; mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que después de ganado Méjico fué alcalde mayor de Guacacualco, es el que le dió una lanzada y le mató y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dió el Salamanca á Cortés; y su majestad, el tiempo andando, lo dió por armas al Salamanca; y esto he traido aquí á la memoria, no por dejar de ensalzar y tenelle en mucha estima á nuestro capitan Cortés, y débesele todo honor y prez é honra de todas las batallas é vencimientos hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla á los muy nombrados capitanes, y como los romanos daban triunfos á Pompeyo y Julio César y á los Cipiones; mas

digno de loores es nuestro Cortés que no los romanos. Tambien dice el mismo Gómora que Cortés mandó matar secretamente á Xicotenga el mozo en Tlascala por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como antes he dicho. No pasa ansí como dice; que donde le mandó ahorcar fué en un pueblo junto á Tezcuco, como adelante diré sobre qué fué; y tambien dice este coronista que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone; y tambien dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que pone en su Historia, son mas millones de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su Historia á los oyentes no diciendo lo que pasó; miren los curiosos lectores cuánto va de su historia á esta mi relacion, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica ni ornato; que ya cosa vista es que es mas apacible que no esta tan grosera mia; mas suple la verdad la falta de plática y corta retórica. Dejemos ya de contar ni de traer á la memoria los borrones declarados, y cómo yo soy mas obligado á decir la verdad de todo lo que pasa que no á lisonjas; y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasion que el doctor Illéscas y Pablo Jobio se sigan por sus palabras. Volvamos á nuestra historia, y digamos cómo acordamos ir sobre Tepeaca; y lo que pasó en la entrada diré adelante.

CAPITULO CXXX.

Cómo fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos; y otras cosas que pasaron.

Como Cortés habia pedido á los caciques de Tlascala, ya otras veces por mí nombrados, cinco mil hombres de guerra para ir á correr y castigar los pueblos adonde habian muerto españoles, que era á Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, que estaria de Tlascala seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta cuatro mil indios; porque, si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucha mas gana tenian el Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, porque les habian venido á robar unas estancias y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta: porque, como los mejicanos nos echaron de Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlascala nos habiamos recogido, y tuvieron por cierto que en estando sanos que habiamos de venir con el poder de Tlascala á cortalles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlascala; á este efeto enviaron á todas las provincias adonde sentian que habiamos de ir muchos escuadrones mejicanos de guerreros que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnicion dellos. Lo cual supo el Masse-Escaci y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estábamos á punto, comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escaparon, no teniamos pólvora; y fuimos con diez y siete de á caballo y seis ballestas y cuatrocientos y veinte soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de Tlascala y el bastimento para un dia; porque las tierras adonde íbamos era muy poblado y bien abastecido de maíz y gallinas y perrillos de la tierra; y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante; y con muy buen concierto fuimos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el fardaje de las estancias y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos á su pueblo; é porque ninguna cosa hiciésemos sino por buena órden y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habiamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto los prendimos, é con cuatro de sus mujeres, cómo íbamos á su pueblo á saber é inquirir quién y cuántos se hallaron en la muerte de mas de diez y ocho españoles que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para Méjico; y tambien veniamos á saber á qué causa tenian agora nuevamente muchos escuadrones mejicanos, que con ellos habian ido á robar y saltear unas estancias de Tlascala, nuestros amigos; que les ruega que luego vengan de paz adonde estábamos para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los mejicanos; si no, que irémos contra ellos como rebeldes y matadores y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre y los daria por esclavos; y como fueron aquellos seis indios y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron á decir, mucho mas bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios y dos mejicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros que á ningunos mensajeros que nos enviaban haciamos ninguna demasía, sino antes dalles algunas cuentas para atraellos; y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mejicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de Méjico; y Cortés les mandó dar á cada mensajero una manta, y con ellos les tornó á requerir que viniesen á le ver y hablar y que no hubiesen miedo; é que pues ya los españoles que habian muerto no los podian dar vivos, que vengan ellos de paz y se les perdonará todos los muertos que mataron; y sobre ello se les escribió una carta; y aunque sabiamos que no la habian de entender, sino como vian papel de Castilla tenian por muy cierto que era cosa de mandamiento; y rogó á los dos mejicanos que venian con los de Tepeaca como mensajeros, que volviesen á traer la respuesta, y volvieron; y lo que dijeron era, que no pasásemos adelante y que no volviésemos por donde veniamos, sino que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de Méjico y sus puentes y la de Obtumba; y como aquello vió Cortés comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia á su majestad, se levantaron, y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros y sesenta caballos, y á los demás pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres; é hecho este auto, envióseles á hacer saber, amonestándolos y requirien-

do con la paz; y ellos tornaron á decir que si luego no nos volviamos, que saldrian á nos matar; y se apercibieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro dia tuvimos en un llano una buena batalla con los mejicanos y tepeaquenos; y como el campo era labranzas de maiz é maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los mejicanos, presto fueron desbaratados por los de á caballo, y los que no los teniamos no estábamos de espacio; pues ver á nuestros amigos de Tlascala tan animosos cómo peleaban con ellos y les siguieron el alcance; allí hubo muertes de los mejicanos y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, y hirieron dos caballos, el uno se murió, y tambien hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la vitoria, allegáronse muchas indias y muchachos que se tomaron por los campos y casas; que hombres no curábamos dellos, que los tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron que con el bravear que hacian los mejicanos que tenian en su pueblo y guarnicion eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que sin decilles cosa ninguna viniesen adonde estábamos; y los recebimos de paz y dieron la obediencia á su majestad, y echaron los mejicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa-Rica, en una buena comarca de buenos pueblos sujetos á Méjico, y habia mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombraron alcaldes y regidores, y se dió órden en cómo se corriese los rededores sujetos á Méjico, en especial los pueblos adonde habian muerto españoles; y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra. Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula y Tecemechalco y el pueblo de las Guayaguas, y otros pueblos que no se me acuerda el nombre; y en lo de Cachula fué adonde habian muerto en los aposentos quince españoles; y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de cuarenta dias tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazon habian alzado en Méjico otro señor por rey, porque el señor que nos echó de Méjico era fallecido de viruelas, y aquel señor que hicieron rey era un sobrino ó pariente muy cercano del gran Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india; y como este Guatemuz, señor de Méjico, supo cómo habiamos desbaratado los escuadrones mejicanos que estaban en Tepeaca, y que habian dado la obediencia á su majestad del emperador Cárlos V, y nos servian y daban de comer, y estábamos allí poblados; y temió que les correriamos lo de Guaxaca y otras provincias, y que á todos les atraeriamos á nuestra amistad, envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y sobre todo, mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras; y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo, hasta su tiempo y lugar; y diré cómo en aquel tiempo é instante vinieron de la Villa-Rica mensajeros cómo habia venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

CAPITULO CXXXI.

Cómo vino un navío de Cuba que enviaba Diego Velazquez, é venia en él por capitan Pedro Barba, y la manera que el almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar tenia para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca, castigando á los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su majestad; vinieron cartas de la Villa-Rica cómo habia venido un navío al puerto, y vino en él por capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés; y este Pedro Barba habia estado por teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traia trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navío que traia era muy chico; y traia cartas para Pánfilo de Narvaez, el capitan que Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España, en que le enviaba á decir el Diego Velazquez que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que ansí lo mandaba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes; porque el Diego Velazquez tenia por cierto que éramos desbaratados, ó á lo menos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío y echó anclas, luego le fué á visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decia Pedro Caballero ó Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros y armas encubiertas, y fué al navío de Pedro Barba; y después de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene vuestra merced, y quitar las gorras y abrazarse unos á otros, como se suele hacer, preguntó el Pedro Caballero por el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, qué tal queda, y responde el Pedro Barba que bueno; y el Pedro Barba y los demás que consigo traian preguntan por el señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés; y responden que muy bien, é que Cortés anda huyendo y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero é rico, y que la tierra es muy buena; y de plática en plática le dicen al Pedro Barba que allí junto estaba un pueblo, que desembarque é que se vayan á dormir y estar en él, que les traerán comida y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo; y tantas palabras les dicen, que en el batel y en otros que luego allí

venian de los otros navíos que estaban surtos les sacaron en tierra, y cuando los vieron fuera del navío, y tenian copia de marineros junto con el almirante Pedro Caballero, dijeron al Pedro Barba: «Sed preso por el señor capitan Cortés, mi señor;» y ansí los prendieron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío las velas y timon y agujas, y los enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca; por los cuales habiamos gran placer, con el socorro que venia en el mejor tiempo que podia ser; porque en aquellas entradas que he dicho que haciamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolescian del trabajo; porque, de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo y por la boca, como traiamos siempre las armas ácuestas y no parar noches ni dias; por manera que ya se habian muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince dias. Tambien quiero decir que con este Pedro Barba vino un Francisco Lopez, vecino y regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacia mucha honra al Pedro Barba, y le hizo capitan de ballesteros, y dió nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le queria enviar el Diego Velazquez con cabi y bastimentos; el cual vino dende á ocho dias, y venia en él por capitan un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y traia consigo ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo para cuerdas, é una yegua; y ni mas ni menos que habian prendido al Pedro Barba, ansí hicieron á este Rodrigo de Morejon, y luego fueron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia mucha honra y les daba cargos; y gracias á Dios, ya nos íbamos fortaleciendo con soldados y ballestas y dos ó tres caballos mas. Y dejallo he aquí, y volveré á decir lo que en Guacachula hacian los ejércitos mejicanos que estaban en frontera, y cómo los caciques de aquel pueblo vinieron secretamente á demandar favor á Cortés para echallos de allí.

CAPITULO CXXXII.

Cómo los de Guacachula vinieron á demandar favor á Cortés sobre que los ejércitos mejicanos los trataban mal y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, señor que nuevamente era alzado por rey de Méjico, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras; en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros á Guacachula, y otra á Ozucar, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habiamos de correr las tierras y pueblos sujetos á Méjico; y parece ser que, como envió tanta multitud de guerreros y como tenian nuevo señor, hacian muchos robos y fuerzas á los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas, que no les podian sufrir los de aquella provincia, porque decian que les robaban las mantas y maíz y gallinas y joyas de oro, y sobre todo, las hijas y mujeres si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos y padres y parientes. Como oyeron decir que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz y sosegados después que los mejicanos no estaban en él, y agora ansimesmo en lo de Tepeaca y Tecamachalco y Cochula, á esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen á Cortés que ènvie teules y caballos á quitar aquellos robos y agravios que les hacian los mejicanos, é que todos los de aquel pueblo y otros comarcanos nos ayudarian para que matásemos á los escuadrones mejicanos; y de que Cortés lo oyó, luego propuso que fuese por capitan Cristóbal de Olí con todos los mas de á caballo y ballesteros y con gran copia de tlascaltecas; porque con la ganancia que los de Tlascala habian llevado de Tepeaca, habian venido á nuestro real é villa muchos mas tlascaltecas; y nombró Cortés para ir con el Cristóbal de Olí á ciertos capitanes de los que habian venido con Narvaez; por manera que llevaba en su compañía sobre trecientos soldados y todos los mejores caballos que teniamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser que en el camino dijeron ciertos indios á los de Narvaez cómo estaban todos los campos y casas llenas de gente de guerra de mejicanos, mucho mas que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz, señor de Méjico; y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron á los de Narvaez; y como no tenian buena voluntad de ir á entradas ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y como habian escapado de la de Méjico y calzadas y puentes y la de Obtumba, no se querian ver en otra como lo pasado; y sobre ello dijeron los de Narvaez tantas cosas al Cristóbal de Olí, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas; y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle á entender que si el Cristóbal de Olí queria ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querian pasar adelante; de modo que, por muy esforzado que era el capitan que llevaban, aunque les decia que no era cosa volver, sino ir adelante, que buenos caballos llevaban y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los ternian en poco, é que en tierra llana era, y que no queria volver, sino ir adelante; y para ello, de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir que no se volviese, y que en otras entradas y guerras peligrosas se habian visto, é que, gracias á Dios, habian tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decian; sino por via de ruegos le trastornaron su seso, que volviesen y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso; y así, se volvió; y de que Cortés lo supo, se enojó, y envió á Cristóbal de Olí otros dos ballesteros, y le escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir á una cosa señalada como aquella; y de que el Cristóbal de Olí vió la carta, hacia bramuras de enojo, y dijo á los que tal le aconsejaron que por su causa habia caido en falta. Y luego, sin mas determinacion, les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al real por cobarde, que Cortés le castigaria en llegando; y como iba hecho un bravo leon de enojo con su gente camino de Guacachula, antes que llegasen con una legua, le salieron á decir los caciques de aquel pueblo de la manera y arte que estaban los de Culúa, y cómo habia de dar en ellos, y de qué manera habia de ser ayudado; y como lo hubieron entendido, apercebió

los de á caballo y ballesteros y soldados, y segun y de la manera que tenian en el concierto da en los de Culúa; y puesto que pelearon muy bien por un buen rato, y le hirieron ciertos soldados y mataron dos caballos y hirieron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los mejicanos; y dicen que nuestros tlascaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban y prendian muchos dellos, y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron muy grande estrago en los mejicanos, que presto procuraron retraerse é hacerse fuertes en otro gran pueblo que se dice Ozucar, donde estaban otras muy grandes guarniciones de mejicanos, y estaban en gran fortaleza, y quebraron una puente porque no pudiesen pasar caballos ni el Cristóbal de Olí; porque, como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo; que luego se fué á Ozucar con todos los que le pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el rio y dió en los escuadrones mejicanos, que de presto los venció, y allí le mataron dos caballos, y á él le dieron dos heridas, y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos dias; y como todos los mejicanos fueron desbaratados, luego vinieron los caciques y señores de aquel pueblo y de otros comarcanos á demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro rey y señor; y como todo fué pacífico, se fué con todos sus soldados á nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fuí en esta entrada, digo en esta relacion que dicen que pasó lo que he dicho; y nuestro Cortés le salió á recebir, y todos nosotros, y hubimos mucho placer, y reiamos de cómo le habian convocado á que se volviese, y el Cristóbal de Olí tambien reia, y decia que mucho mas cuidado tenian algunos de sus minas y de Cuba que no de las armas, y que juraba á Dios que no le acaeciese llevar consigo, si á otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venian de Narvaez, que querian mandar mas que no él. Dejemos de platicar mas desto, y digamos cómo el coronista Gómora dice en su Historia que por no entender bien el Cristóbal de Olí á los naguatatos é intérpretes se volvia del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros; y no fué ansí como dice, sino que los mas principales capitanes de los del Narvaez, como les decian otros indios que estaban grandes escuadrones de mejicanos juntos y mas que en lo de Méjico y Obtumba, y que con ellos estaba el señor de Méjico, que se decia Guatemuz, que entonces le habian alzado por rey, como habian escapado tan mal parados de lo de Méjico, tuvieron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Cristóbal de Olí que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante, esta es la verdad. Y tambien dice que fué el mismo Cortés á aquella guerra cuando el Cristóbal de Olí se volvia; no fué ansí, que el mismo Cristóbal de Olí, maestre de campo, es el que fué, como dicho tengo. Tambien dice dos veces que los que informaron á los de Narvaez cómo estaban los muchos millares de indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. Tambien digo que se engañó, porque claro está que para ir desde Tepeaca á Cachula no habian de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos agora en Medina del Campo, y para ir á Salamanca tomar el camino por Valladolid; no es mas lo uno en comparacion de lo otro. Y dejemos ya esta materia, y digamos lo que mas en aquel instante aconteció, é fué que vino un navío al puerto del peñol del Nombre-Feo, que se decia el Tal de Bernal, junto á la Villa-Rica, que venia de lo de Pánuco, que era de los que enviaba Garay, y venia en él por capitan uno que se decia Camargo, y lo que pasó adelante diré.

CAPITULO CXXXIII.

Cómo aportó al peñol y puerto que está junto á la Villa-Rica un navío de los de Francisco Garay, que habia enviado á poblar el rio de Pánuco, y lo que sobre ello mas pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relacion habrán oido, vinieron cartas á Cortés cómo habia aportado un navío de los que el Francisco de Garay habia enviado á poblar á Pánuco, é que venia por capitan uno que se decia Fulano Camargo, y traia sobre sesenta soldados, y todos dolientes y muy amarillos é hinchadas las barrigas, y que habian dicho que otro capitan que el Garay habia enviado á poblar á Pánuco, que se decia Fulano Alvarez Pinedo, que los indios del Pánuco lo habian muerto, y á todos los soldados y caballos que habia enviado á aquella provincia, y que los navíos se los habian quemado; y que este Camargo, viendo el mal suceso, se embarcó con los soldados que dicho tengo, y se vino á socorrer á aquel puerto, porque bien tenia noticia que estábamos poblados allí, y á causa que por sustentar las guerras con los indios no tenian qué comer, y venian muy flacos y amarillos é hinchados; y mas dijeron, que el capitan Camargo habia sido fraile dominico, é que habia hecho profesion; los cuales soldados, con su capitan, se fueron luego su poco á poco á la villa de la Frontera, porque no podian andar á pié de flacos; y cuando Cortés los vió tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teníamos que curar en ellos; al Camargo hizo mucha honra, y á todos los soldados, y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y tambien se murieron muchos soldados; y entonces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los panzaverdetes, porque traian las colores de muertos y las barrigas muy hinchadas; y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecian, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venian á la Villa-Rica del Garay, y puesto que se vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron á aquel puerto, agora sea un mes antes los unos que los otros; y esto digo porque vino luego un Miguel Díaz de Auz, aragonés, por capitan de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitan Fulano Alvarez Pinedo, que creia que estaba en Pánuco; y como llegó al puerto del Pánuco, y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vido que le habian muerto; porque al Miguel Díaz le dieron guerra, luego que llegó con un navío, los indios de aquella provincia, y por aquel efeto vino á aquel nuestro puerto y desembarcó sus soldados,

que eran mas de cincuenta, y mas siete caballos, y se fué luego para donde estábamos con Cortés; y este fué el mejor socorro y al mejor tiempo que le habiamos menester. Y para que bien sepan quién fué este Miguel Díaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien á su majestad en todo lo que se ofreció en las guerras y conquistas de la Nueva-España, y este fué el que trajo pleito, después de ganada la Nueva-España, con un cuñado de Cortés, que se decia Andrés de Barrios, natural de Sevilla, que llamábamos el danzador, sobre el pleito de la mitad de Mestitan, que se sentenció después con que le dén la parte de lo que rentare el pueblo, mas de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que habia muerto ciertos indios en aquel pueblo y en otros que habian tenido. Dejemos de hablar desto, y digamos que desde á pocos dias que Miguel Díaz de Auz habia venido á aquel puerto de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el rio de Pánuco, y venia en él por capitan un viejo que se decia Ramirez, é ya era hombre anciano, y á esta causa le llamamos Ramirez el viejo, porque habia en nuestro real dos Ramirez, y traia sobre cuarenta soldados y diez caballos é yeguas, y ballesteros y otras armas; y el Francisco de Garay no hacia sino echar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurria, y á nosotros era de gran ayuda; y todos estos de Garay que dicho tengo fueron á Tepeaca, adonde estábamos; y porque los soldados que traia Miguel Díaz de Auz venian muy recios y gordos, les pusimos por nombre los de los lomos recios; y los que traia el viejo Ramirez traian unas armas de algodon de tanto gordor, que no las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pusímosles por nombre los de las albardillas; y cuando fueron los capitanes que dicho tengo delante de Cortés les hizo mucha honra. Dejemos de contar de los socorros que teniamos de Garay, que fueron buenos, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á una entrada á unos pueblos que se dicen Xalacingo y Cacatami.

CAPITULO CXXXIV.

Cómo envió Cortés á Gonzalo de Sandoval á pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó ducientos soldados y veinte de á caballo y doce ballesteros, y para que supiese qué españoles mataron en ellos, y que mirase qué armas les habian tomado y qué tierra era, y les demandase el oro que robaron, y de lo que mas en ello pasó.

Como ya Cortés tenia copia de soldados y caballos y ballestas, é se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velazquez, y envió en ellos por capitanes á Pedro Barba y Rodrigo de Morejon de Lobera, y trajeron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua, y luego vinieron los tres navíos de los de Garay, que fué el primero capitan que vino, Camargo, y el segundo Miguel Díaz de Auz, y el postrero Ramirez el viejo, y traian, entre todos estos capitanes que he nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete caballos é yeguas, é las yeguas eran de juego y de carrera. Y Cortés tuvo noticia de que en unos pueblos que se dicen Cacatami y Xalacingo, é en otros sus comarcanos, habian muerto muchos soldados de los de Narvaez que venian camino de Méjico, é ansimesmo que en aquellos pueblos habian muerto y robado el oro á un Juan de Alcántara é á otros dos vecinos de la Villa-Rica, que era lo que les habia cabido de las partes á todos los vecinos que quedaban en la misma villa, segun mas largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata; y envió Cortés para hacer aquella entrada por capitan á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y muy esforzado y de buenos consejos, y llevó consigo ducientos soldados, todos los mas de los nuestros de Cortés, y veinte de á caballo é doce ballesteros y buena copia de tlascaltecas; y antes que llegase á aquellos pueblos supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenian consigo guarniciones de mejicanos, é que se habian muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habian entendido que por las muertes de los españoles que habian muerto, que luego habiamos de ser contra ellos para los castigar, como á los de Tepeaca y Cachula y Tecamachalco; y Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó á los de á caballo cómo y de qué manera habian de ir y romper; y primero que entrasen en su tierra les envió mensajeros á decilles que viniesen de paz y que diesen el oro y armas que habian robado, é que la muerte de los españoles se les perdonaria. Y á esto de les enviar mensajeros á decilles que viniesen de paz fueron tres ó cuatro veces, y la respuesta que les enviaban era, que allá iban; que como habian muerto é comido los teules que les demandaban, que ansí harian al capitan y á todos los que llevaba; por manera que no aprovechaban mensajes; y otra vez les tornó á enviar á decir que él les haria esclavos por traidores y salteadores de caminos, y que se aparejasen á defender; y fué Sandoval con sus compañeros y les entró por dos partes; que puesto que peleaban muy bien todos los mejicanos y los naturales de aquellos pueblos, sin mas referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fueron huyendo todos los mejicanos y caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance y se prendieron muchas gentes menudas; que de los indios no se curaban, por no tener qué guardar; y hallaron en unos cues de aquel pueblo muchos vestidos y armas y frenos de caballos y dos sillas, y otras muchas cosas de la jineta, que habian presentado á sus indios; y acordó Sandoval de estar allí tres dias, y vinieron los caciques de aquellos pueblos á pedir perdon y á dar la obediencia á su majestad Cesárea; y Sandoval les dijo que diesen el oro que habian robado á los españoles que mataron é que luego les perdonaria; y respondieron que el oro, que los mejicanos lo hubieron y que lo enviaron al señor de Méjico que entonces habian alzado por rey, y que no tenian ninguno; por manera que les mandó que en cuanto el perdon, que fuesen adonde estaba el Malinche, é que él les hablaria é perdonaria; y ansí, se volvió con una buena presa de mujeres y muchachos, que echaron el hierro por esclavos. Y Cortés se holgó mucho cuando le vió venir bueno y sano, puesto que traia cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos menos, y aun el

Sandoval traia un flechazo; é yo no fui en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas y echaba sangre por la boca; é gracias á Dios, estuve bueno porque me sangraron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los caciques de Xalacingo é Cacatami que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia á su majestad, y traian de comer á aquella villa adonde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra; y dende en adelante tenia Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva-España, lo uno de muy justificado y lo otro de muy esforzado, que á todos ponia temor, y muy mayor á Guatemuz, el señor y rey nuevamente alzado en Méjico; y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de léjas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecian muchos caciques, y sobre á quién le pertenecia el cacicazgo y ser señor y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por señor á quien le pertenecia. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado; porque en Ozúcar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el señor de aquel pueblo, y tenian un hijo que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el señorío, é otros decian que le pertenecia á otro señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumplieron su mandado; é ansí vinieron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleitos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia por derecho que les pertenecia. Y en aquella sazon tambien tuvo noticia Cortés que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y le pusimos por nombre Castilblanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre), habian muerto nueve españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz, y fué allá con treinta de á caballo y cien soldados, y ocho ballesteros y cinco escopeteros, y muchos tlascaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y después de hechos sus requerimientos y protestaciones, que vieron y les enviaron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco indios principales de Tepeaca, y si no venian que les daria guerra y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de mejicanos en su guarda y amparo, y respondieron que señor tenian, que era Guatemuz; que no habian menester ni venir ni ir á llamado de otro señor; que si allá fuesen, que en el camino les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas menos que las tenian en Méjico y puentes y calzadas, é que ya sabian á qué tanto llegaban nuestras valentías. Y cuando aquello oyó Sandoval, puesta muy en órden su gente cómo habia de polear, y los de á caballo y escopeteros y ballesteros, mandó á los tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio, porque no estorbasen á los caballos y porque no corriesen peligro, ó hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y cuando los hubiesen desbaratado, que prendiesen á los mejicanos y siguiesen el alcance; y luego comenzó á caminar hácia el pueblo, y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato, y con las ballestas y escopetas les hacian mucho mal; por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é albarradas con los caballos; y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hirieron cuatro soldados, como se vió fuera de mal paso é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra ni llano, que habia muchas piedras, da tras los escuadrones, rompiendo por ellos, que los llevó hasta el mismo pueblo, adonde estaba un gran patio, y allí tenian otra fuerza y unos cues, adonde se tornaron á hacer fuertes; y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete indios, porque estaban en malos pasos; y los tlascaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenian el cargo, especialmente como sus tierras no estaban léjos de aquel pueblo; allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos dias, y envió á llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca que iban en su compañía, y vinieron, y demandaron perdon de la muerte de los españoles, y Sandoval les dijo que si daban las ropas y hacienda que robaron de los que mataron, que se les perdonaria, y respondieron que todo lo habian quemado y que no tenian ninguna cosa, y que los que mataron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco teules enviaron vivos á Guatemuz, su señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer y basteceria la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó, y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fué á la villa, y fué bien recebido de Cortés y de todos los del real. Donde dejaré de hablar mas en ello, y digamos cómo se herraron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro real que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamechalco y en Castilblanco y en sus tierras, para que se herrasen con el hierro en nombre de su majestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera, de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entonces dónde ir á entrar, porque todos los pueblos de los rededores habian dado la obediencia á su majestad, acordó Cortés, con

los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habian habido, para sacar su quinto, después que se hubiese primero sacado el de su majestad, y para ello mandó dar pregones en el real é villa que todos los soldados llevásemos á una casa que estaba señalada para aquel efeto á herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel dia que se pregonó y otro; y todos ocurrimos con todas las indias, muchachas y muchachos que habiamos habido; que de hombres de edad no nos curábamos dellos, que eran malos de guardar, y no habiamos menester su servicio, teniendo á nuestros amigos los tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como esta, que queria decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demás desto, la noche antes, cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa, habian ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábannos las viejas y ruines; y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas indias; y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habian visto tal, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor y sacar dos quintos; y uno de los soldados que se lo dijeron fué un Juan Bono de Quejo; y mas dijo, que no estarian en tal tierra, y que lo harian saber en Castilla á su majestad y á los de su real consejo de Indias; y tambien dijo á Cortés otro soldado muy claramente que no bastó repartir el oro que se habia habido en Méjico de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decia que eran trecientos mil pesos los que se habian llegado, y que cuando salimos huyendo de Méjico mandó tomar por testimonio que quedaban mas de setecientos mil, y que agora el pobre soldado que habia echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habian dado enaguas y camisas, habian tomado y escondido las tales indias, y que cuando dieron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyeron que á cada soldado volverian sus piezas y que apreciarian qué tantos pesos valian, y que como las apreciasen pagasen el quinto á su majestad, y que no habria mas quinto para Cortés; y decian otras murmuraciones peores que estas; y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia (que aquesto tenia costumbre de jurar) que de allí adelante no seria ni se haria de aquella manera, sino que buenas ó malas indias, sacallas al almoneda, y la buena que se venderia por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no ternian que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron mas esclavos, mas después en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos, y es que ya he dicho en el capítulo que dello habla, cuando la triste noche que salimos de Méjico huyendo, cómo quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido, que no lo podian sacar, mas de lo que cargaron en la yegua y caballos y muchos tlascaltecas, y lo que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron dello; y como lo demás se quedaba perdido en poder de los mejicanos, Cortés dijo delante de un escribano del Rey que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se habia de perder; y muchos soldados de los de Narvaez cargaron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacallo perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traian, habian estado en gran riesgo de morir y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber que habia muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon, so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen, que se lo tomará todo; y muchos soldados de los que lo tenian no lo quisieron dar, y á alguno se lo tomó Cortés como prestado, y mas por fuerza que por grado; y como todos los mas capitanes tenian oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se calló lo del pregon, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de mas declarar, y digamos cómo todos los mas capitanes y personas principales de los que pasaron con Narvaez demandaron licencia á Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Cómo demandaron licencia á Cortés los capitanes y personas mas principales de los que Narvaez habia traido en su compañía para se volver á la isla de Cuba, y Cortés se la dió y se fueron. Y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla y para Santo Domingo y Jamáica, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como vieron los capitanes de Narvaez que ya teniamos socorros, así de los que vinieron de Cuba como los de Jamáica que habia enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que á Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos le suplicaron que les diese licencia para se volver á la isla de Cuba, pues se lo habia prometido, y luegó Cortés se la dió, y les prometió que si volvia á ganar la Nueva-España y ciudad de Méjico, que al Andrés de Duero, su compañero, que le daria mucho mas oro que le habia de antes dado; y así hizo otras ofertas á los demás capitanes, en especial á Agustin Bermudez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazon habia, que era maiz y perrillos salados y algunas gallinas, y un navío de los mejores, y escribió Cortés á su mujer Catalina Juarez la Marcáida y á Juan Nuñez, su cuñado, que en aquella sazon vivia en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habian acaecido, y cómo nos echaron de Méjico. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos, y fueron Andrés de Duero y Agustin Bermudez, y Juan Bono de Quejo y Bernardino de Quesada, y Francisco Velazquez el corcovado, pariente del Diego

Velazquez el gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que después se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Jimenez que vive en Guajaca, que fué por sus hijos, y el comendador Leon de Cervántes, que fué por sus hijas, que después de ganado Méjico las casó muy honradamente; y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellin, que estaba doliente; no digo Maldonado el que fué marido de doña María del Rincon, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado que se decia Alvaro Maldonado el fiero, que fué casado con una señora que se decia María Arias; y tambien se fué un Várgas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Várgas el galan; no digo el Várgas que fué suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala; y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas, piloto; aquel Cárdenas fué el que dijo á un su compañero qué ¿cómo podiamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva-España? Este fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su mujer é hijos. Y por excusar prolijidad de ponellos todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien sus nombres; y cuando Cortés les dió la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos; y respondió que por excusar escándalos é importunaciones, y que ya veiamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia mas estar solos que mal acompañados; y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Albarado; y en habiéndolos embarcado, le mandó que se volviese luego á la villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordás y á Alonso de Mendoza, natural de Medellin y de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar con su majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé á saber, salvo que á boca llena decia el obispo de Búrgos delante del Diego de Ordás que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él éramos malos y traidores, puesto que el Ordás sé cierto respondia muy bien por todos nosotros; y entonces le dieron al Ordás una encomienda de señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula; y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré cómo Cortés envió á Alonso de Avila, que era capitan y contador desta Nueva-España, y juntamente con él envió otro hidalgo que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios; y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo, á hacer relacion de todo lo acaecido á la real audiencia que en ella residia, y á los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habiamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narvaez, y cómo habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto españoles y se habian quitado de la obediencia que habian dado a nuestro rey y señor, y qué así se entendia hacer en todos lo mas pueblos que fueron de la liga y nombre de mejicanos; y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le haciamos, y que por su intercesion y de la real audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano; y tambien envió otro navío á la isla de Jamáica por caballos é yeguas, y el capitan que con él fué se decia Fulano de Solís, que después de ganado Méjico le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decia el bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que sin dineros cómo enviaba al Diego de Ordás á negocios á Castilla; pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros; y que asimismo envió á Alonso de Avila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la isla de Jamáica por caballos é yeguas. A esto digo que, como al salir de Méjico salimos huyendo la noche por mí muchas veces referida, que, como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un monton, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor, y los oficiales de su majestad que lo tenian en poder y cargo llevaron los fardos hechos. Y demás desto, cuando se cargaron de oro mas de ochenta indios tlascaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada; y como nosotros los pobres soldados que no teniamos mando, sino ser mandados, en aquella sazon procurábamos de salvar nuestras vidas, y después de curar nuestras heridas, á esta causa no mirábamos en el oro, si salieron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello; y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de algunos de los tlascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa-Rica, que tambien lo hubo y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona y á comprar caballos, y á la isla de Santo Domingo á la audiencia real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenian, aunque mas pregones habian dado. Dejemos esto, y digamos como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitan un Francisco de Orozco con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes; y con todos los mas de nuestro ejército fuimos á Tlascala, y se dió órden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre Méjico; porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines no la podiamos señorear ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas; y el que fué maestro de cortar la madera y dar el galibo y cuenta y razon cómo habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto, y los hizo, fué un Martin Lopez, que ciertamente, demás de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varon; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que

hasta enviar por otro maestro á Castilla se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora que cuando llegamos á Tlascala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Masse-Escaci, de la cual muerte nos pesó á todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados; y á sus hijos y parientes del Masse-Escaci Cortés y todos nosotros les haciamos mucha honra; y porque en Tlascala habia diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Masse-Escaci, porque así se lo habia mandado su padre antes que muriese; y aun dijo á sus hijos y parientes que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habiamos de señorear estas tierras, y les dió otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Masse-Escaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el viejo y de Chichimecatecle y de todos los demás caciques de Tlascala, que se ofrecieron de servir á Cortés, así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mejicanos, é Cortés los abrazó con mucho amor y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el viejo y á Chichimecatecle; y luego procuró que se volviese cristiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo queria ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazon se pudo hacer, en Tlascala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre don Lorenzo de Várgas. Volvamos á decir de nuestros bergantines, que el Martin Lopez se dió tanta priesa en cortar la madera, con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos dias la tenia ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar habia de ser, segun tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; y tambien le ayudaba otro buen soldado que se decia Andres Nuñez, é un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decia Ramirez el viejo; y luego despachó Cortés á la Villa-Rica por mucho hierro y clavazon de los navíos que dimos al través, y por áncoras y velas é jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que habia, y á un Hernando de Aguilar, que era medio herrero, que ayudaba á machacar; y porque en aquel tiempo habia en nuestro real tres hombres que se decian Aguilar, llamamos á este Hernando de Aguilar Maja-hierro; y envió por capitan á la Villa-Rica, por los aparejos que he dicho, para mandallo traer, á un Santa Cruz, burgalés, regidor que despues fué de Méjico, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea, y todo cuanto de antes habian sacado de los navíos, trujo con mas de mil indios, que todos los pueblos de aquellas provincias, enemigos de mejicanos, luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teniamos pez para brear, ni aun los indios lo sabian hacer, mandó Cortés á cuatro hombres de la mar, que sabian de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy á propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos, que conocian muy bien á Alonso de Avila, que cómo, siendo capitan y muy esforzado, y era contador de la Nueva-España, y siendo belicoso y de su inclinacion mas para guerra que no ir á solicitar negocios con los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, ¿por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado ó un Juan de Cáceres el rico, y otros que me nombraron? A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Avila porque sintió dél ser muy varon, y porque osaria responder por nosotros conforme á justicia; y tambien le envió por causa que, como el Alonso de Avila habia tenido diferencias con otros capitanes, y tenia gran atrevimiento de decir á Cortés cualquiera cosa que veia que convenia decille, y por excusar ruidos y por dar la capitanía que tenia á Andrés de Tapia, y la contaduría á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió. Volvamos á nuestra relacion: pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines, y se habian ido á Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narvaez, que los teniamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponian, que no seriamos bastantes para resistir el gran poder de mejicanos, cuando oian que deciamos que habiamos de ir á poner cerco sobre Méjico; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados á Tezcuco, é sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decian que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los bergantines, en Ayocingo, junto á Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco; y otros porfiaban que mejor seria en Tezcuco, por estar en parte y sitio y cerca de muchos pueblos; y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí hariamos entradas en las tierras comarcanas de Méjico; y puestos en aquella ciudad, tomariamos el mejor parecer como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas, que trujeron tres soldados, de cómo habia venido á la Villa-Rica un navío de Castilla y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora é hilo de ballestas, y otras armas; y venia por señor de la mercadería y navío un Juan de Búrgos, y por maestre un Francisco Medel, y venian trece soldados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho mas nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvora y todo lo mas que traia, y aun el mismo Juan de Búrgos y el Medel y todos los pasajeros que traia se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdome que entonces vino un Juan del Espinar, vecino que fué de Guatimala, persona que fué muy rico; y tambien vino un Sagredo, tio de una mujer que se decia la Sagreda, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellin; tambien vino un viz-

caíno que se decia Monjaraz, tio que decia ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer que después vino á Méjico, que se decia la Monjaraza, muy hermosa mujer. He traido aquí esto á la memoria por lo que adelante diré, y es que jamás fué el Monjaraz á guerra ninguna ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo; é ya que estaba muy bueno y sano é presumia de muy valiente soldado, cuando teniamos puesto cerco á Méjico dijo el Monjaraz que queria ir á ver cómo batallábamos con los mejicanos; porque no tenia á los mejicanos ni á otros indios por valientes; y fué, y se subió en un alto cu, como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo dia, y muchas personas dijeron, que le habian conocido en la isla de Santo Domingo, que fué permision divina que muriese aquella muerte, porque habia muerto á su mujer, muy honrada y buena y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacia maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos á la ciudad de Tezcuco, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vió tan buena prevencion, así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros, así capitanes como soldados, el gran deseo que teniamos de estar ya sobre la gran ciudad de Méjico, acordó de hablar á los caciques de Tlascala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España, después de Méjico; y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el viejo, que en aquella sazon se habia vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Várgas, como dicho tengo, dijo que le placia de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los queria llevar, y que iria por capitan dellos otro cacique muy esforzado é nuestro gran amigo que se decia Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias por ello; y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, así de soldados como de los demás, un dia después de la pascua de Navidad del año de 1520 años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre; fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habiamos menester de allí adelante; era tierra de mejicanos, é íbamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo á caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel dia un mal paso, y la sierra con árboles cortados, porque bien tuvieron noticia en Méjico y en Tezcuco cómo caminábamos hácia su ciudad, y aquel dia no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pié de la sierra, que serian tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frio, y con nuestras rondas y espías y velas y corredores del campo la pasamos; y cuando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra, por donde no podiamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos con una capisanía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo adonde se descubria la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver. Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de Méjico, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla; y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacian, así los de Tezcuco como los de los pueblos sujetos; é andando mas adelante, topamos con un buen escuadron de gente, guerreros de Méjico y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuezo donde estaba una puente como quebrada, de madera, algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oir la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacian otra cosa, y era en parte que no podian correr caballos, y nuestros amigos los tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podian roballes no les dejaban, puesto que Cortés les mandaba que si no diesen guerra, que no se la diesen; y los tlascaltecas decian que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos cómo fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de mejicanos guerreros que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso porque se prendieron cinco mejicanos en la puente primera que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones, y segun después supimos, no se atrevieron á darnos guerra ni á mas aguardar; porque, segun pareció, entre los mejicanos y los de Tezcuco tuvieron diferencias y bandos; y tambien, como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió, y como habian sabido cómo en lo de Guacachula é Ozucar, y en Tepeaca y Xalacingo y Castilblanco todas las guarniciones mejicanas habiamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo creian, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba; y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores



del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos á caminar hácia Tezcuco, que seria de allí de donde dormimos obra de dos leguas; é aun no habiamos andado media legua cuando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dijeron á Cortés que venian hasta diez indios, y que traian unas señas y veletas de oro, y que no traian armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces como habian dado el dia antes; antes, al parecer, todo estaba de paz; y Cortés y todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traian una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera y se humillaron, que es señal de paz; y cuando llegaron ante Cortés, estando doña Marina é Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, dijeron: «Malinche, Cocoivacin, nuestro señor y señor de Tezcuco, te envia á rogar que le quieras recebir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro; y que te pide por merced que mandes á todos los tlascaltecas é á tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester;» y mas dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mejicanos, que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, é abrazó á los mensajeros, en especial á tres dellos, que eran parientes del buen Montezuma, y los conociamos todos los mas soldados, que habian sido sus capitanes; y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz; y así lo hacian como se lo mandó; mas comida no se les defendia si era solamente maíz é frísoles, y aun gallinas y perrillos, que habia muchos en todas las casas, llenas dello; y entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido; porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trujeran bastimento; y con todo esto, recebió Cortés la bandera, que valia hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensajeros, y les dijo que no tenian por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su majestad; antes les favorecia y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decian, que les favoreceria contra los mejicanos, y que ya habia mandado á los tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habian visto, y que así lo cumplirian adelante; y que bien sabia que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles nuestros hermanos cuando salimos de Méjico, y sobre ducientos tlascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos que dellos hubieron; que ruega á su señor Cocoivacin é á todos los mas caciques y capitanes de Tezcuco que le dén el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenia remedio, que no se les pediria; y respondieron aquellos mensajeros que ellos lo dirian á su señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzaron en Méjico por señor después de muerto Montezuma, que se decia Coadlauaca, é hubo todo el despojo, y le llevaron á Méjico todos los mas teules, y que luego los sacrificaron á su Huichilóbos; y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía, y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decian Guautinchan ó Huachutan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos, y otro dia de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no viamos mujeres ni muchachos ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra, y fuímonos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar á nuestros capitanes y todos los mas soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí habia, y que estuviésemos muy apercebidos, porque no le parecia que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba, y mandó al Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda, y que mirásemos desde el alto cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecia toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas, dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando le fueron á llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que él fué el primero que se fué huyendo á Méjico, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche, que tuvimos grande recaudo de velas y rondas y espías, y otro dia muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales indios que habia en Tezcuco; porque, como es gran ciudad, habia otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenian debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés, informado dellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocoivacin, dijeron que por codicia de reinar habia muerto malamente á su hermano mayor, que se decia Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el señor de Méjico, que ya he dicho que se decia Coadlauaca, el cual fué el que nos dió la guerra cuando salimos huyendo después de muerto Montezuma; é que allí habia otros señores á quien venia el reino de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenia, que era un mancebo que luego en aquella sazon se volvió cristiano con mucha solenidad, y le bautizó el fraile de la Merced, y se llamó don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitan. E aqueste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decia su padre Nezabal Pintzintli; y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y rego-

cijos de todo Tezcuco, le alzaron por rey y señor natural, con todas las ceremonias que á los tales reyes solian hacer, é con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, é mandaba muy absolutamente y era obedecido; y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe y ponelle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos á Antonio de Villareal, marido que fué de una señora hermosa que se dijo Isabel de Ojeda; é á un bachiller que se decia Escobar puso por capitan de Tezcuco, para que viese y defendiese que no contratase con el don Fernando ningun mejicano; y á un buen soldado que se decia Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de aqueste cacique, y digamos cuán amado y obedecido fué de los suyos, y digamos cómo Cortés le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habiamos de sacar los bergantines á la laguna de que estuviesen acabados y puestos á punto para ir á la vela, y se le dió á entender al mismo don Hernando y á otros sus principales á qué fin y efeto se habian de hacer, y cómo y de qué manera habiamos de poner cerco á Méjico, y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaria mensajeros á otros pueblos comarcanos para que se diesen por vasallos de su majestad y tomasen nuestra amistad y voz contra Méjico. Y todo esto concertado, después de nos haber aposentado muy bien, y cada capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habiamos de acudir si hubiese rebato de mejicanos, porque estábamos á guarda la raya de su laguna, porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venian á ver si nos tomaban descuidados; y en aquella sazon vinieron de paz ciertos pueblos sujetos á Tezcuco, á demandar perdon y paz si en algo habian errado en las guerras pasadas, y habian sido en la muerte de los españoles; los cuales se decian Guatinchan; y Cortés les habló á todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir que no habia dia ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil indios, y la abrian y ensanchaban muy bien, que podian nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazon, como teniamos en nuestra compañía sobre siete mil tlascaltecas, y estaban deseosos de ganar honra y de guerrear contra mejicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teniamos, que fuésemos á entrar y dar una vista á un pueblo que se dice Iztapalapa, el cual pueblo fué por donde habiamos pasado cuando la primera vez venimos para Méjico, y el señor dél fué el que alzaron por rey en Méjico después de la muerte del gran Montezuma, que ya he dicho otras veces que se decia Coadlauaca; y de aqueste pueblo, segun supimos, recebiamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco y Talmalanco y Mecameca y Chimaloacan, que querian venir á tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban; y como habia ya doce dias que estábamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar sea, fuimos á aquella entrada de Iztapalapa.

CAPITULO CXXXVIII.

Cómo fuimos á Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía á Cristóbal de Olí y á Pedro de Albarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como habia doce dias que estábamos en Tezcuco, y teniamos los tlascaltecas, por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen qué comer, porque para tantos como eran no se lo podian dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no recibiesen pesadumbre dello; y tambien porque estaban deseosos de guerrear con mejicanos, y se vengar por los muchos tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habian muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por capitan general, y con Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí, y con trece de á caballo y veinte ballesteros y seis escopeteros y ducientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala y con otros veinte principales de Tezcuco que nos dió don Hernando, cacique mayor de Tezcuco, y estos sabiamos que eran sus primos y parientes del mismo cacique y enemigos de Guatemuz, que ya le habian alzado por rey en Méjico; fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra de cuatro leguas. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello trata, que estaban mas de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme; é yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre, como los mejicanos siempre tenian velas y guarniciones y guerreros contra nosotros, que sabian que íbamos á dar guerra á algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así lo hicieron saber á los de Iztapalapa para que se apercibiesen, y les enviaron sobre ocho mil mejicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como buenos guerreros, así los mejicanos que fueron en su ayuda como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tlascaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo; y esto fué sobre cosa pensada y con un ardid que entre ellos tenian acordado, que fuera harto dañoso para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo; y fué desta manera, que hicieron que huyeron, y se metieron en canoas en el agua y en las casas que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales; y como ya era noche escura, nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido ni muestra de guerra; y con el despojo que habiamos habido é la vitoria estábamos contentos; y estando de aquella manera, puesto que teniamos velas, espías y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, cuando no nos catamos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco no dieran voces y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados; porque soltaron dos acequias de agua y abrieron una calzada, con que de presto se hinchó todo de agua, y los tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos ni sabian nadar, quedaron muertos dos dellos; y nosotros, con gran riesgo de nues-

tras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato; y como estábamos de aquella manera y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche; y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa y los mejicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en Méjico sabian el concierto que tenian hecho de nos anegar con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra y en la laguna muchos batallones de guerreros, y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teniamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen; é mataron dos soldados y un caballo, é hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como tlascaltecas, y poco á poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos á Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y tambien como no ganamos mucha reputacion en la batalla postrera que nos dieron, porque no habia pólvora; mas todavía quedaron temerosos, y tuvieron bien en que entender en enterrar é quemar muertos y curar heridos y en reparar sus casas. Donde lo dejaré, y diré cómo vinieron de paz á Tezcuco otros pueblos, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXXIX.

Cómo vinieron tres pueblos comarcanos á Tezcuco á demandar paces y perdon de las guerras pasadas y muertes de españoles, y los descargos que daban sobre ello, y cómo fué Gonzalo de Sandoval á Chalco y Talmalanco en su socorro contra mejicanos, y lo que mas pasó.

Habiendo dos dias que estábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron á Cortés tres pueblos de paz á demandar perdon de las guerras pasadas y de muertes de españoles que mataron, y los descargos que daban era que el señor de Méjico que alzaron después de la muerte del gran Montezuma, el cual se decia Coadlauaca, que por su mandado salieron á dar guerra con los demás sus vasallos; y que si algunos teules mataron y prendieron y robaron, que el mismo Señor les mandó que así lo hiciesen; y los teules, que se los llevaron á Méjico para sacrificar, y tambien le llevaron el oro y caballos y ropa; y que ahora, que piden perdon por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen; y los pueblos que digo que en aquella sazon vinieron se decian Tepetezcuco y Obtumba: el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir que en este de Obtumba fué la nombrada batalla que nos dieron cuando salimos huyendo de Méjico, adonde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva-España contra nosotros, adonde creyeron que no escapáramos con las vidas, segun mas largo lo tengo escrito en los capítulos pasados que dello hablan; y como aquellos pueblos se hallaban culpados y habian visto que habiamos ido á lo de Iztapalapa, y no les fué muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua y esperaron dos batallas campales con muchos escuadrones mejicanos; en fin, por no se hallar en otras como las pasadas, vinieron á demandar paces antes que fuésemos á sus pueblos á castigarlos; y Cortés, viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa, les perdonó, puesto que les dió grandes reprensiones sobre ello, y se obligaron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra mejicanos y de ser vasallos de su majestad y de nos servir; y así lo hicieron. Dejemos de hablar destos pueblos, y digamos cómo vinieron luego en aquella sazon á demandar paces y nuestra amistad los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamábamos Venenzuela; y estos, segun pareció, jamás estuvieron bien con mejicanos, y los querian mal de corazon; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna, por tenellos por amigos, y con ellos creiamos que habian de convocar á sus comareanos que tambien estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos desta manera, vinieron á decir á Cortés cómo venian grandes escuadrones de mejicanos sobre los cuatro pueblos que primero habian venido á nuestra amistad, que se decian Gautinchan y Huaxutlan; de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre; y dijeron á Cortés que no osarian esperar en sus casas, é que se querian ir á los montes, ó venirse á Tezcuco, adonde estábamos; y tantas cosas le dijeron á Cortés para que les fuese á socorrer, que luego apercebió veinte de á caballo y ducientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli, que era maese de campo, y fuimos á los pueblos que vinieron á Cortés á dar tantas quejas como dicho tengo, que estarian de Tezcuco obra de dos leguas; y segun pareció, era verdad que los mejicanos los enviaban á amenazar que les habian de destruir y dalles guerra porque habian tomado nuestra amistad; mas sobre lo que mas los amenazaban y tenian contiendas, era por unas grandes labores de tierras de maizales que estaban ya para coger, cerca de la laguna, donde los de Tezcuco y aquellos pueblos bastecian nuestro real; y los mejicanos por tomalles el maíz, porque decian que era suyo, y aquella vega de los maizales tenian por costumbre aquellos cuatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los papas de los ídolos mejicanos; y sobre esto destos maizales se habian muerto los unos á los otros muchos indios; y como aquello entendió Cortés, después de les decir que no hubiesen miedo y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hubiesen de ir á coger el maíz, así para su mantenimiento como para abastecer nuestro real, que enviaria para ello un capitan con muchos de á caballo y soldados para en guarda de los que fuesen á traer el maíz; y con aquello que Cortés les dijo quedaron muy contentos, y nos volvimos á Tezcuco. Y dende en adelante, cuando habia necesidad en nuestro real de maíz, apercebiamos á los tamemes de todos aquellos pueblos, é con nuestros amigos los de Tlascala y con diez de á caballo y cien soldados, con algunos ballesteros y escopeteros, íbamos por el maíz; y esto digo porque yo fuí dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de mejicanos que habian venido en mas de mil canoas aguardándonos en los maizales, y como llevábamos amigos, puesto que los mejicanos

peleasen muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron uno de nuestros soldados é hirieron doce; y asimismo hirieron muchos tlascaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo otro dia tuvimos nueva como querian venir de paz los de Chalco y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones mejicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar á ello, y les hacian mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, y mas si eran hermosas, y delante de sus padres ó madres ó maridos tenian acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera y puesta á punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentiamos mucha pena dello todos los mas soldados; y demás desto, vienen del pueblo de Venenzuela, que se decia Mesquique, y de otros pueblos nuestros amigos á decir á Cortés que los mejicanos les daban guerra porque han tomado nuestra amistad; y támbien nuestros amigos los tlascaltecas, como tenian ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querian algunos dellos volverse á su tierra, no osaban, por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que le demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chalco para que viniesen á nuestra amistad, no podia dar recaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco habia menester estar siempre la barba sobre el hombro y muy alerta, lo que acordó fué, que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmalanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, con quince de á caballo y ducientos soldados, y con escopeteros y ballesteros y nuestros amigos los de Tlascala, é que procurase de romper y deshacer en todas maneras á las guarniciones mejicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado y pudiesen ir y venir á la Villa-Rica sin tener contradiccion de los guerreros mejicanos. Y luego como esto fué concertado, muy secretamente con indios de Tezcuco se lo hizo saber á los de Chalco para que estuviesen muy apercebidos, para dar de dia y de noche en las guarniciones de mejicanos; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercibieron muy bien; y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, parecióle que era bien dejar en la retaguarda cinco de á caballo y otros tantos ballesteros, con todos los mas tlascaltecas que iban cargados de los despojos que habian habido; y como los mejicanos siempre tenian puestas velas y espías, y sabian cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenian aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnicion, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los tlascaltecas con su bato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos. De manera que, aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos y los desbarató, y mató siete mejicanos, como estaba la laguna cerca, se le acogieron á las canoas en que habian venido, porque todas aquellas tierras están muy pobladas de los sujetos de Méjico; y cuando los hubo puesto en huida, é vió que los cinco de á caballo que habia dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dejó de decilles á los demás que dejó en su defensa que habian sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien le parecia que no sabian qué cosa era guerra; y luego puso en salvo todos los indios de Tlascala con su ropa, y tambien despachó unas cartas que envió Cortés á la Villa-Rica, en que en ellas envió á decir al capitan que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas y el pensamiento que tenia de poner cerco á Méjico, y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose; y que si habia algunos soldados que estuviesen en disposicion para tomar armas, que se los enviase á Tlascala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos mas seguros, porque corrian riesgo; y despachados los mensajeros, y los tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que habia de tener rebato de mejicanos; é yendo por su camino, cerca de Chalco vió venir muchos escuadrones mejicanos contra él, y en un campo llano, puesto que habia grandes labranzas de maizales y magueis, que es de donde sacan el vino que ellos beben, le dieron una buena refriega de vara y flecha, y piedras con hondas, y con lanzas largas para matar á los caballos. De manera que Sandoval cuando vido tanto guerrero contra sí, esforzando á los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas y con pocos amigos que le habian quedado los desbarató; y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos, mas tal priesa les dió, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habian hecho; y como lo supieron los de Chalco, que estaban cerca, le salieron á recebir al Sandoval al camino, y le hicieron mucha honra y fiesta; y en aquella derrota se prendieron ocho mejicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro dia dijo el Sandoval que se queria volver á Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querian ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que habia pocos dias que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que habia encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitan, y que por su mano fuesen señores de Chalco; y que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros; y luego se fué el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales y los ocho prisioneros mejica-

nos, y cuando Cortés supo su venida se alegró en gran manera; y después de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje y cómo venian aquellos señores de Chalco, se fué á su aposento; y los caciques se fueron luego ante Cortés, y después de le haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traian de ser vasallos de su majestad y segun y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo habia mandado, y para que por su mano les hiciese señores; y cuando hubieron dicho su razonamiento, le presentaron en joyas ricas obra de ducientos pesos de oro. Y como el capitan Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor y les abrazó, y dió por su mano el señorío de Chalco al hermano mayor, con mas de la mitad de los pueblos sus sujetos; y todo lo de Talmalanco y Chimaloacan dió al hermano menor, con Ayocingo y otros pueblos sujetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés á los principales viejos y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron que se querian volver á su tierra, y que en todo servirian á su majestad, y á nosotros en su real nombre, contra mejicanos, é que con aquella voluntad habian estado siempre, é que por causa de las guarniciones mejicanas que habian estado en su provincia no han venido antes de ahora á dar la obediencia; y tambien dieron nuevas á Cortés que dos españoles que habia enviado á aquella provincia por maíz antes que nos echasen de Méjico, que porque los culchúas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas, lo cual ya lo sabiamos dias habia, porque el uno dellos era el que se fué á Tlascala; y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos dias, porque habia de enviar un capitan por la madera y tablazon á Tlascala, y los llevaria en su compañía y les pornia en su tierra, porque los mejicanos no les saliesen al camino; y ellos fueron muy contentos y se lo agradecieron mucho. Y dejemos de hablar en esto, y diré cómo Cortés acordó de enviar á Méjico aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, á decir al señor que entonces habian alzado por rey, que se decia Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdicion ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaria la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaria cosa ninguna; y que las guerras, que á los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirian; y que bien sabiamos de las albarradas é pertrechos, almacenes de varas y flechas y lanzas y macanas é piedras rollizas, y todos los géneros de guerra que á la continua están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacello, y que para qué quiere que mueran todos los suyos y la ciudad se destruya; y que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda; é que tambien mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando, pues los tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales que les han hecho, y que dejen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer siempre mucha honra; y les dijo doña Marina é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso; y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados que se los trujesen á Méjico para sacrificar, y que cuando los enviasen á llamar, que luego viniesen con sus armas; y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en Méjico se hacian, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guatinchan ó Guaxutlan descalabrados de los mejicanos porque habian tomado nuestra amistad y por la contienda de los maizales que solian sembrar para los papas mejicanos en el tiempo que les servian, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como estaban cerca de la laguna de Méjico, cada semana les venian á dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos á Méjico; y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona y con cien soldados y veinte de á caballo y doce escopeteros y ballesteros; y tuvo buenas espías para cuando sintiesen venir los escuadrones mejicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los escuadrones mejicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro mejicanos y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco; y dende en adelante no vinieron mas los culchúas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera y tablazon de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo que le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los bergantines acabados y vernos ya en el cerco de Méjico, y no perder ningun tiempo en balde, mandó nuestro capitan Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo ducientos soldados y veinte escopeteros y ballesteros y quince de á caballo, y buena copia de tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos; é antes que partiesen hizo amistades entre los tlascaltecas y los de Chalco; porque, como los de Chalco solian ser del bando y confederados de los mejicanos, y cuando iban á la guerra los mejicanos sobre Tlascala llevaban en su compañía á los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenian mala voluntad y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y

tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narvaez y aun de los nuestros y muchos tlascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echáron de Méjico; y los soldados que mataron eran que venian de la Veracruz á Méjico cuando íbamos en el socorro de Pedro de Albarado; y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de Méjico, y porque en aquella sazon no se podia hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitan le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí á los dos mancebos señores della, y fué al Pueblo-Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías cómo iban sobre ellos, y desamparan el pueblo y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó cuatro porque hubo mancilla dellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, é prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó á los cuatro que prendió, y les dijo que cómo habian muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de Méjico los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino; y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mejicanos y de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron, y que los de Tezcuco los llevaron á su ciudad, y los repartieron con los mejicanos; y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa; y que aquello que hicieron, que fué en venganza del señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, que habian rociado con ella á sus ídolos; y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos; y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.» Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traido; de todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó; mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon, y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos y servirnos muy bien; y preguntados por el oro que robaron á los tlascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que otros habian tomado las cargas dello, y que los mejicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos y se lo dió á Malinche, que lo tenia preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tlascala, y junto á la cabecera del pueblo mayor, donde residian los caciques, topó con toda la madera y tablazon de los bergantines, que la traian á cuestas sobre ocho mil indios, y venian otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traian el bastimento; y venian por capitanes de todos los tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio muy principal y esforzado; y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepile y Teutical, y otros caciques y principales, y á todos los traia á cargo Martin Lopez, que era el maestro que cortó la madera y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros españoles que no me acuerdo sus nombres; y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hubo mucho placer por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos dias detenido, esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian, con el mismo concierto fueron dos dias caminando, hasta que entraron en tierra de mejicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martin Lopez, que lo traia todo á cargo, que seria bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venian, porque los tlascaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de Méjico y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos; y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitan delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenian por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que le hacian honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegaron á Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas, puestos en ordenanza, caminaron, y no quebraron el hilo en mas de

medio dia que iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala.» Y llegaron á Tezcuco, y Cortés y ciertos capitanes les salieron á recebir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo á Chichimecatecle y á todos los capitanes que traia; é las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente á los bergantines se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habian de labrar; y desde allí adelante tanta priesa se daban en hacêr trece bergantines el Martin Lopez, que fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decian Andrés Nuñez y un viejo que se decia Ramirez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernandez, aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba á machacar; todos sè dieron gran priesa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltó sino calafeteallos y ponelles los mástiles y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teniamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en Méjico hacian y concertaba Guatemuz; y era, que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á Méjico, y cómo les perdonaba el tributo y el trabajar, que de dia y de noche trabajaban de hacer casas y ahondar los pasos de las puentes y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia, y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los bergantinès á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Cómo nuestro capitan Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de Méjico obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos; y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Tezcuco sobre quince mil tlascaltecas con la madera de los bergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, antes les faltaban; y como el capitan de los tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decia Chichimecatecle, dijo á Cortés que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran emperador y batallar contra mejicanos, ansí por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, ansí en Méjico como en sus tierras; y que le pedia por merced que ordenase y mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos; y Cortés les dijo que les tenia en mucho su buen deseo, y que otro dia queria ir á un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que habia entrada para él por tierra; el cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces, y no quiso venir, y que les tornó á enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetezcuco y de Obtumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenian menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallariamos; é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarian, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen; y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada, y mandó á ducientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de á caballo, y llevó consigo á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí y muchos ballesteros y escopeteros, y á todos los tlascaltecas, y una capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los mas dellos principales; y dejó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval, para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habiamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan á la raya de Méjico, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mejicanos; y mandó al Sandoval y á Martin Lopez, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Después de haber oido misa salió con su ejército, é yendo su camino, no muy léjos de Saltocan encontró con unos grandes escuadrones de mejicanos, que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos; y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mejicanos, porque luego se acogieron á los montes y á partes que los de á caballo no los pudieron seguir; mas nuestros amigos los tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta; y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores de campo y velas y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de Méjico, habia enviado muchos escuadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros; y otro dia de mañana junto al pueblo comenzaron los mejicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hirieron á diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlascaltecas, y ningun

mal les podian hacer los de á caballo, porque no podian correr ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solian tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos dias le habian deshecho y le abrieron á mano, y la ahondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podian en ninguna manera entralles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban á los que andaban en canoas, traíanlas tan bien armadas de talabardones de madera, é demás de los talabardones, guardábanse bien; y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba cosa ninguna y no podian atinar al camino y calzada que de antes tenian en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mejicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, é que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras; y en este instante dos indios de los que allí venian con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, que estaban muy mal con los de Saltocan, dijeron á un nuestro soldado, que habia tres dias que vinieron, cómo abrian la calzada y la lavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy léjos adelante está por abrir é iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco, y no todos á la par, y el agua á vuelapié, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de Méjico y diesen en la rezaga; y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hirieron muchos; mas, como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante, hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo; y en fin de mas razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos mejicanos, y lo pagaron muy bien, é la burla que dellos hacian; donde hubieron mucha ropa de algodon y oro y otros despojos; y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mejicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van á Méjico; y los nuestros, de que los vieron despoblados, quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitan Cortés aguardándolos; y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlascaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos, y luego se fueron á dormir á unas caserías que serian una legua de Saltocan, y allí se curaron, y un soldado murió dende á pocos dias de un flechazo que le dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culchúas; y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Coluatitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones y otros muchos mejicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podian correr los caballos ni se les podia hacer ningun daño, porque estaban entre acequias; y desta manera llegaron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo dia y alzado el hato, y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas; y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayúca, y este pueblo solíamos llamar la primera vez que entramos en Méjico el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenian hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino, y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habian juntado en otro pueblo que estaba mas adelante; y desde allí fué á otro pueblo que se dice Escapuzalco, que seria del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y solíamosle llamar el pueblo de los Plateros; y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de Méjico desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática: que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde habia pasado, y los de Tacuba y de mejicanos, porque Méjico está muy cerca dél, y todos juntos comenzaron á dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitan de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro dia de mañana, si muchos mejicanos habian estado juntos, muchos mas se juntaron aquel dia, y con gran concierto venian á darnos guerra, de tal manera, que herian algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemalles muchas casas y metelles á sacomano; y como aquello supieron en Méjico, ordenaron de salir muchos mas escuadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertaron que cuando pelease con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia Méjico, y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraian de miedo; é ansí como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba vitoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mejicanos sintieron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado; porque á una puente donde habia llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer; é un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le

hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenian ya asido los mejicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado, que se escapó con su bandera; y en aquella refriega mataron cinco soldados, é hirieron muchos de los nuestros; y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió cómo los mejicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas, y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos á Pedro de Ircio, y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batalla y reencuentros con los mejicanos y sus aliados; y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que habia venido se volvió, y le daban grita los mejicanos, creyendo que volvia huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió; y les esperaban en partes que querian ganar honra con él y matalle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vió, les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entonces le mataron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguieron mas; é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media; y como lo supimos cómo habia allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recebir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcuco, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia mas de quince dias que no habiamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido; y después de le haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recado; y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia, que llegó á Tezcuco; y los tlascaltecas, como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandaron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fueron por parte que los mejicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y á cabo de cuatro dias que nuestro capitan reposaba y estaba dando priesa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte á demandar paces y darse por vasallos de su majestad; los cuales pueblos se llaman Tucapan y Mascalcingo é Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodon; y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedian por merced que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mejicanos mataron sus teules en lo de Almería, y era capitan dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian fueron en ayudar á los teules; y después que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habian sido con los mejicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, segun he dicho en el capítulo que dello habla, les mostró mucha voluntad y recebió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido ni se lo trajo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron á Cortés otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos á demandar favor contra mejicanos, y decian que les fuésemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes escuadrones, y les habian entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazon vinieron los de Chalco y Talmanalco, y dijeron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos; y tantas lástimas decian, que traian en un paño de manta de nequen pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas que siempre traiámos á cuestas, é de que á la contina íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habian muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó y dijo que iria presto á les ayudar, y que entre tanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo á los mejicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los mejicanos viesen que les mostraban cara y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenian tantos poderes los mejicanos para les dar guerra como solian, porque tenian muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, é les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto, que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcanos, nuestros amigos, para que les fuesen á ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendian; mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad; é con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron á sus amigos y los llamaron; y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el cam-

po á los mejicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien dieron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco: que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchúa; porque, como he dicho otra vez, por allí habian de ir é venir á la villa rica de la Veracruz é á Tlascala, y habiamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro dia de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo y ducientos soldados, y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tlascaltecas que habia en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habian ido á su tierra cargados de despojos, y tambien llevó una capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al capitan Luis Marin, que era su muy íntimo amigo; y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés é Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí con los demás soldados. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir cómo, estando escribiendo en esta relacion todo lo acaecido á Cortés, de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos que habian leido la Historia de Gómora, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenia escrito el coronista Gómora de la misma entrada que hizo Cortés; y la una era que dió Cortés vista á Méjico con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna; la otra era que cuando Cortés entró en la calzada de Méjico que tuvo pláticas con los señores y caciques mejicanos, y les dijo que les quitaria el bastimento y se moririan de hambre; y la otra fué que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que habia de ir á Saltocan, porque no le diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazon los bergantines no estaban acabados de hacer, é que ¿cómo podia llevar por tierra bergantines ni por la laguna los caballos ni tanta gente? Que es cosa de reir ver lo que escribe; y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado; y en aquella sazon no habiamos puesto cerco á Méjico, para vedalles los mantenimientos, ni tenian hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos dias adelante, cuando los teniamos en grande aprieto, pone ahora el Gómora; y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco, porque por allí era el camino, y no otro; y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heróicos hechos le daban aquellas relaciones; y esta es la verdadera; y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser ansí, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitan Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco después de haber oido misa, y fué á amanecer cerca de Chalco; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Cómo el capitan Gonzalo de Sandoval fué á Chalco é á Talmanalco con todo su ejército; y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Talmanalco vinieron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra; é tantas lástimas le dijeron, que mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese allá con ducientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala y otra capitanía de los de Tezcuco, y llevó al capitan Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oido misa, en 12 dias del mes de marzo de 1521 años, fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro dia llegó por la mañana á Talmanalco, y los caciques y capitanes le hicieron buen recebimiento y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hácia un gran pueblo que se dice Guaztepeque, porque hallaria juntos todos los poderes de Méjico en el mismo Guaztepeque ó en el camino antes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irian con él; y al Gonzalo de Sandoval parecióle que seria muy bien ir muy á punto; y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan, porque las espías que los de Chalco tenian puestas sobre los culchúas vinieron á avisar cómo estaban en el campo no muy léjos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que habia algunas quebradas é arcabuezos, adonde esperaban; y como el Sandoval era muy avisado y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen; y mandó á los soldados de á pié que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque, como le decian que eran muchos los enemigos (y ansí fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabian si tenian hoyos hechos ó algunas albarradas, queria tener sus soldados enteros, no le viniese algun desman; é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mejicanos dando gritas y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, segun lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos á encontrar con los nuestros; y cuando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la órden que habia dado, y dijo á los de á caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando á los suyos dijo: «Santiago, y á ellos;» y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mejicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos é hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque

los de á caballo, por ser los pasos muy agros, no podian correr, y se estuvieron sin ir tras ellos; á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados que con buen concierto les entrasen, los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen á los lados, y cuando viesen que les iban hiriendo y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que seria señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterian en tierra llana que habia allí cerca; y apercebió á los amigos que ellos ansimismo acudiesen con los españoles, y ansí se hizo como lo mandó; y en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron; y en fin de mas pláticas, les hicieron ir retrayendo, mas fué hácia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó cuatro; y uno de los nuestros de á caballo que iba en el alcance, que se decia Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo y tomóle debajo, y dende á pocos dias murió de aquella mala caida. He traido esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés habia traido en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo que se dice Guaztepeque, y antes de llegar á él le salen al encuentro sobre quince mil mejicanos, y le comenzaban á cercar y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba rompe los dos escuadrones con los de á caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hácia el pueblo para tornar á aguardar á unos mamparos que tenian hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera, que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber; y creyendo que no volverian mas á pelear aquel dia, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron á comer, que se habia habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de á caballo y otros dos soldados que habia puesto antes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo y los otros por espías, y vinieron diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos escuadrones de mejicanos;» y como siempre estaban acostumbrados á tener las armas muy á punto, de presto cabalgan y salen á una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla; y después que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal priesa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel dia no volvieron mas; y cuando el capitan Sandoval se vió libre desta refriega dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que habia en aquel pueblo, la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se habia visto en la Nueva-España; y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenia mas de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por que no vine en aquella sazon es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gaznate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto; y como yo no fuí en esta entrada, por eso digo en esta mi relacion: «Fueron y esto hicieron y tal les acaeció;» y no digo: «Hicimos ni hice ni vine ni en ello me hallé;» mas todo lo que escribo acerca dello pasó al pié de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece; y ansí, no se puede quitar ni alargar mas de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitan Gonzalo de Sandoval, que otro dia de mañana, viendo que no habia mas bullicio de guerreros mejicanos, envió á llamar á los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habian prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones, y los mensajeros que fueron á tratar las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mejicanos; y en aquel mismo dia tambien envió á decir á otro gran pueblo que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no querian guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culchúas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mejicanos que tienen en guarnicion que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabian que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mejicanos en guarnicion para les ir á Chalco á dar guerra cuando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí; y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como habia tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba; y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaez, le dijeron que se volviese á Tezcuco y qué no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman; y el capitan Luis Marin le aconsejó que no dejase de ir á aquella fuerza y hacer lo que pudiese; porque los caciques de Chalco decian que si desde allí se volvian sin deshacer el poder que estaba

junto en aquella fortaleza, que ansí como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco; y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados y fué allá; y luego como llegó á vista del pueblo, antes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzaron á tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno; y hecho esto, luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritos y tañian sus caracoles y atabales; y como el Sandoval ansí vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demás de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viniesen algunos socorros mejicanos á los de Acapistla entre tanto que combatian aquel pueblo; y como vió que los caciques de Chalco y sus capitanes y muchos de sus indios de guerra que allí estaban remolinando y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos y ver lo que decian, les dijo Sandoval: «¿Qué haceis ahí? ¿Por qué no les comenzais á combatir? Y entrá en ese pueblo y fortaleza; que aquí estamos, que os defenderémos;» y ellos respondieron que no se atrevian, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venia el Sandoval y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venian los de Chalco á les echar de allí. Por manera que se apercibe el Sandoval de arte que él y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros les comenzaron de entrar y subir; y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitan le descalabraron otra vez y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo, donde se les hizo mucho daño; y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlascaltecas, porque nuestros soldados, si no fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilladas á ningun indio, porque les parecia crueldad; y en lo que mas se empleaban era en buscar una buena india ó haber algun despojo; y lo que comunmente hacian era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los matasen. Dejemos de hablar desto, y digamos que aquellos guerreros mejicanos que allí estaban, por se defender se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo, y como habia muchos dellos heridos de los que se venian á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave-María. E aquí dice el coronista Gómora en su Historia que por venir el rio tinto en sangre los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo que habia fuentes de agua clara abajo en el mismo pueblo, que no tenian necesidad de otra agua. Volvamos á decir que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de indias. Digamos ahora cómo el señor de Méjico, que se decia Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento dello, y mas de que los de Chalco tenian tanto atrevimiento, siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos; y estando tan enojado, acordó que entre tanto que el Sandoval se volvia al real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros, que de presto juntó en la ciudad de Méjico con otros que estaban junto á la laguna, y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas, salen sobre veinte mil mejicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacelles todo el mal que pudiesen; y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcuco ni hablado á Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna demandando favor á Cortés, porque le dijeron que habian venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil mejicanos, y que fuesen presto á los socorrer; y cuando Cortés lo oyó, y Sandoval, que entonces en aquel instante llegaba á hablalle y á dalle cuenta de lo que habia hecho en la entrada donde venia, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval, de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recebian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion ni le oir le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traia, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recebió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, parció ser que los de Chalco, luego como lo supieron por sus espías que los mejicanos venian tan de repente sobre ellos, y cómo habia tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviaron á llamar á los de la provincia de Guaxocingo é Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche mesma, muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco, que serian por todos mas de veinte mil dellos, é ya les habian perdido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones, puesto que los mejicanos mataron y prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y túvose esta batalla entre los mejicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho mas que si los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval á Chalco, y vió que no tenia qué hacer ni de qué se temer, que ya no volverian otra vez los mejicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcuco y llevó los presos mejicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés; y Sandoval mostró grande enojo de nuestro capitan por lo pasado, y no le fué á ver ni hablar, puesto que Cortés le envió á decir que lo habia entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no se habia remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber desbaratado los mejicanos se volvia. Dejemos de hablar desta materia, porque luego tornaron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabia Cortés placer que hacer al Sandoval por tenelle contento, que no le hacia. Dejallo he aquí, y diré cómo acordamos de herrar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habian habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Cómo se herraron los esclavos en Tezcuco, y cómo vino nueva que habia venido al puerto de la Villa-Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron; y otras cosas que pasaron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habian habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen; y de que se hubo pregonado que se llevasen á herrar á una casa señalada, todos los mas soldados llevamos las piezas que habiamos habido, para echar el hierro de su majestad, que era una G, que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teniamos de antes concertado con Cortés, segun he dicho en el capítulo que dello habla, creyendo que se nos habia de volver después de pagado el real quinto, que las apreciasen cuánto podia valer cada pieza; y no fué ansí, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, segun otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otras partes para los capitanes; y en la noche antes cuando las tenian juntas nos desaparecieron las mejores indias. Pues como Cortés nos habia dicho y prometido que las buenas piezas se habian de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenian cargo dellas hacian lo que querian; por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondiamos y no las llevábamos á herrar, y deciamos que se habian huido; y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á herrar y las apreciaban en lo que valian y les echaban el hierro y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y deciamos que eran naborias que habian venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. Tambien quiero decir que como ya habia dos ó tres meses pasados que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocian á los soldados cuál era bueno é cuál malo, y trataba bien á las indias naborias que tenia ó cuál las trataba mal, y tenian fama de caballeros, y de otra manera cuando las vendian en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que las tales indias ó indios no les contentaban ó las habian tratado mal, de presto se les desaparecian que no las vian mas, y preguntar por ellas era por demás; y en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, ansí en lo de las almonedas y los quintos; y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debian, y aun muchos mas pesos de oro que después cobraron los oficiales del Rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazon vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que después de ganado Méjico trajo cuatro ó cinco hijas, que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vino un fraile de san Francisco que se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor san Pedro, y con ellas nos componian si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla; trajo entonces por comisario y quien tenia cargo de las bulas á Jerónimo Lopez, que después fué secretario en Méjico; vinieron un Antonio Carvajal, que ahora vive en Méjico, ya muy viejo, capitan que fué de un bergantin; y vino Jerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué, después de ganado Méjico, del Orduña, que ansimismo fué capitan de un bergantin, natural de Búrgos; y vino un Briones, natural de Salamanca; á este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos, desde á cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y tambien vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fué de Guatimala, que ahora vive en Valladolid; y trajeron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venia de Castilla, é vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos, y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien; mas paréceme que dijeron que el obispo de Burgos ya no tenia mano en el gobierno, que no estaba su majestad bien con él desque alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios, y cómo el Obispo escribia á Flándes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velazquez, y halló muy claramente su majestad ser verdad todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron á informar, y á esta causa no le oia cosa que dijese. Dejemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teniamos de estar ya puestos en el cerco de Méjico, y en aquella sazon volvieron los de Chalco á decir que los mejicanos venian sobre ellos, y que les enviasen socorro, y Cortés les envió á decir que él queria ir en persona á sus pueblos y tierras, y no se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que habia, y gente de Tezcuco; y fué en su compañía Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y ansimismo fué el tesorero Julian de Alderete, y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazon habia llegado á nuestro real; é yo fuí entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él; y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

CAPITULO CXLIV.

Cómo nuestro capitan Cortés fué á una entrada y se rodeó la laguna, y todas las ciudades y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada.

Como Cortés habia dicho á los de Chalco que les habia de ir á socorrer porque los mejicanos no viniesen y les diesen guerra, porque harto teniamos cada semana de ir y venir á les favorecer, mandó apercebir todos los soldados y ejército, que fueron trecientos soldados y treinta de á caballo, y veinte ballesteros y quince escopeteros, y el tesorero Julian de Alderete y Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y fué tambien el fraile fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos tlascaltecas y amigos de Tezcuco; y dejó en

guarda de Tezcuco y bergantines á Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de á caballo. Y una mañana, después de haber oido misa, que fué viérnes 5 dias del mes de abril de 1521 años, fuimos á dormir á Talmanalco, y allí nos recibieron muy bien; y el otro dia fuimos á Chalco, que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar á todos los caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, en que se les dió á entender cómo agora al presente íbamos á ver si podria traer de paz á algunos de los pueblos que estaban mas cerca de la laguna, y tambien para ver la tierra y sitio para poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y que por la laguna habian de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba á todos que para otro dia que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y cuando lo hubieron entendido, todos á una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harian; y otro dia fuimos á dormir á otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco, que se dice Chimaluacan, y allí vinieron mas de veinte mil amigos, ansí de Chalco y de Tezcuco y Guaxocingo, y los tlascaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, después que en la Nueva-España entré, nunca vi tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber, y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las habia de haber; y son á manera de decir como cuando en Italia salia un ejército de una parte á otra, y les seguian cuervos y milanos y otras aves de rapiña, que se mantenian de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla; ansí he juzgado que nos seguian tantos millares de indios. Dejemos esta plática, y volvamos á nuestra relacion: que en aquella sazon se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mejicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarcas, para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaloacan, después de haber oido misa, que fué bien de mañana; y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos sierrezuelas, que en ellas habia fortalezas y mamparos, donde habia muchos indios é indias recogidos é hechos fuertes; y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo; y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, segun luego pareció por la obra; y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras é varas y flechas, y hirieron tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, é dijo: «Parece que todos estos mejicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que no les acometemos;» y esto dijo por los que dejábamos atrás en las sierrezuelas; y luego mandó á unos de á caballo y á ciertos ballesteros que diesen una vuelta á una parte del peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena entrada para les poder combatir; y fueron, y dijeron que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no habia subida ninguna, que era toda peña tajada; y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo. El alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mejicanos, no viniesen á dar en nuestro fardaje ó en nosotros entre tanto que combatiamos aquella fuerza; y como comenzamos á subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa, como se venian despeñando y saltando, cómo no nos mataron á todos; y fué cosa inconsiderada y no de cuerdo capitan mandarnos subir; y luego á mis piés murió un soldado que se decia Fulano Martinez, valenciano, que habia sido maestresala de un señor de salva en Castilla, y este llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra; y todavía subiamos, y como venian las galgas rodando y despeñándose y dando saltos (que ansí llamábamos á las grandes piedras que venian despeñadas), luego mataron á otros dos soldados, que se decian Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, y á un Fulano Bravo; y todavía subiamos, y luego mataron á otro soldado muy esforzado que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los mas de nosotros, y todavía porfiar é ir adelante; é yo, como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral; é íbamos debajo de unas como socarreñas é concavidades que se hacian en el peñol de trecho á trecho, á ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subia de socarreña á socarreña, que fué muy gran ventura; y estaba el alférez Cristóbal del Corral mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenian muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre é la bandera rota, y me dijo: «Oh señor Bernal Díaz del Castillo, que no es cosa el pasar mas adelante, y mirá no os cojan algunas lanchas ó galgas; estése al reparo de aquesa concavidad;» porque ya no nos podiamos tener aun con las manos, cuanto mas podelles subir. En este tiempo vi que de la misma manera que Corral é yo habiamos subido de socarreña en socarreña venia Pedro Barba, que era capitan de ballesteros, con otros dos soldados; é yo le dije desde arriba: «Oh señor capitan, no suba mas adelante, que no se podrá tener con piés y manos, no vuelva rodando;» y cuando se lo dije, me respondió como muy esforzado, ó por dar aquella respuesta como gran señor, dijo que eso habia de decir, sino ir adelante; é yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí: «Pues veamos cómo sube donde yo estoy;» y todavía pasé bien arriba; y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron de lo alto, que tenian represadas para aquel efeto, que hirieron á Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron mas un paso de allí

donde estaban; y entonces el alférez Corral dió voces para que dijesen á Cortés de mano en mano que no se podia subir mas arriba, é que el retraer tambien era muy peligroso; y como Cortés lo entendió, porque allá bajo donde estaba en tierra llana le habian muerto tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés que todos los mas de los que habiamos subido arriba estábamos muertos ó bien heridos, porque donde él estaba no podia ver las vueltas que daba aquel peñol; y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer; y con buen concierto, de socarreña en socarreña bajamos abajo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos; y desque Cortés ansí nos vió, dió muchas gracias á Dios; y luego le dijeron lo que habiamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba y el alférez Corral estando platicando de la gran fuerza, é que fué maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, segun eran muchas; y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos todo esto, y digamos cómo estaban muchas capitanías de mejicanos aguardando en partes que no les podiamos ver ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar á los del peñol; y bien entendieron lo que fué, que no podriamos subilles en la fuerza, y que entre tanto que estábamos peleando tenian concertado que los del peñol por una parte y ellos por la otra darian en nosotros; y como lo tenian acordado, ansí vinieron á les ayudar á los del peñol; y cuando Cortés lo supo que venian mandó luego á los de á caballo y á todos nosotros que fuésemos á encontrar con ellos, y ansí se hizo; y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas que estaban entre otros serrejones; y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probábamos á subir, é viendo que allí no habia agua ni la habiamos bebido en todo el dia, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo que allí estaban no la tenian, sino lodo; que, como teniamos tantos enemigos, estaban sobre ellas y no las dejaban manar, y á esta causa mudamos nuestro real y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media poco mas ó menos, creyendo que hallariamos agua, y no la habia sino muy poca; y cerca de aquel peñol habia unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pié de la sierra y fuerza; y ansí que nosotros llegamos nos comenzaron á dar grita y tirar galgas y varas y flechas desde lo alto; y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuerte, segun después vimos; y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podiamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero; de manera que ansí en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputacion, antes los mejicanos y sus confederados tenian vitoria; é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro dia que desde otro peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida, aunque no buena; porque desde aquel alcanzarian las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte y podíanle combatir; y mandó Cortés á Francisco Verdugo y al tesorero Julian de Alderete que se aperciban de buenos ballesteros, y á Pedro Barba, que era capitan, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciésemos acometimiento que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo que les queriamos subir, y ansí los comenzamos á entrar; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron á muchos soldados; y demás desto, no les subiamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos y piés no podiamos; y entre tanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos y herian otros; de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; y quiso nuestro Señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol, en un llano que se hacia arriba, é habíase acogido á él de todas aquellas comarcas ansí hombres como mujeres y niños é gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querian paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hácia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra ni flecha; y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que bajasen cinco principales á entender en las paces; los cuales bajaron, y con grande acato dijeron á Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habian subido en aquellas fuerzas; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte por haber empezado la guerra; mas que pues han venido, que vayan luego al otro peñol é llamen los caciques é hombres principales que en él están, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará; y que vengan de paz, si no, que habiamos de ir sobre ellos y ponelles cerco hasta que se mueran de sed; porque bien sabiamos que no tenian agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca; y luego fueron á llamarlos ansí como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta; y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete sobre las guerras pasadas que habiamos habido antes que viniesen á la Nueva-España, y en la del peñol, y el gran poder de los mejicanos, y las grandes ciudades que habian visto después que vinieron de Castilla; y decian que si al Emperador nuestro señor le informara de la verdad el obispo de Búrgos, como le escribia al contrario, que nos enviaria á hacer grandes mercedes; que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recebido ningun rey en el mundo que el que nosotros le habiamos hecho en ganar tantas

ciudades, sin ser sabidor su majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó nuestro capitan Cortés al alférez Corral y á otros dos capitanes, que fueron Juan Jaramillo y á Pedro de Ircio, y á mí, que me hallé allí con ellos, que subiésemos al peñol y viésemos la fortaleza qué tal era, é que si estaban muchos indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é qué gente estaba recogida; é cuando esto nos mandó dijo: «Mirá, señores, que no les toméis ni un grano de maíz;» y segun yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos; y subidos al peñol por unos malos pasos, digo que era mas fuerte que el primero, porque era peña tajada; é ya que estábamos arriba, para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura no mas ancha que dos bocas de silo ó de horno; é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente, ansí de guerra como de muchas mujeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenian gota de agua que beber, y tenian todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos lios de mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz; é como yo ansí vi tantas cargas de ropa y supe que eran del tributo, comencé á cargar cuatro tlascaltecas mis naborias que llevé conmigo, y tambien eché á cuestas de otros cuatro indios de los que la guardaban otros cuatro fardos, y á cada uno eché una carga; é como Pedro de Ircio lo vió, dijo que no lo llevase, é yo porfiaba que sí; y como era capitan, hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diria á Cortés; y me dijo el Pedro de Ircio que bien habia visto que dijo Cortés que no les tomásemos un grano de maíz, é yo dije que ansí era verdad, que por esa palabra misma queria llevar de aquella ropa; por manera que no me dejó llevar cosa ninguna; y bajamos á dar cuenta á Cortés de lo que habiamos visto é á lo que nos envió; y dijo el Pedro de Ircio á Cortés, por me revolver con él, lo pasado, pensando que le contentaba mucho; después de le dar cuenta de lo que habia, dijo: «No se les tomó cosa ninguna; que ya habia cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa á ocho indios, é si no se lo estorbara yo, ya los traia cargados;» entonces dijo Cortés medio enojado: «Pues ¿por qué no lo trajo? Y tambien os habiades de quedar allá vos con la ropa é indios con los de arriba;» é dijo: «Mirá cómo no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y á Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traia destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido;» é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio dijo que queria tornar á subir á la fuerza; y entonces le dijo que ya no habia coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática, y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen, todos dieron la obediencia á su majestad; y como no habia agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y ansí lo torno á decir; que Cortés y el tesorero Alderete desque entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habian visto en Castilla. Y digamos cómo en aquella noche nos aposentamos todos en ella; y los caciques de aquel pueblo vinieron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los habia recebido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, segun mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y aquella noche reposamos allí, y á otro dia muy de mañana nos partimos para Cornabaca y hallamos unos escuadrones de guerreros mejicanos que de aquel pueblo habian salido, y los de á caballo les siguieron mas de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlan; y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos antes que sus espías que tenian sobre nosotros llegasen. Aquí se hubieron muy buenas indias é despojos, y no aguardaron ningunos mejicanos ni los naturales en el pueblo; y nuestro Cortés envió á llamar á los caciques por tres ó cuatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venian, que les quemaria el pueblo y los iriamos á buscar; y la respuesta fué que no querian venir; é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban, y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel dia pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia á su majestad; y otro dia fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadalbaca, y comunmente corrompimos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernabaca, y habia dentro en él mucha gente de guerra, ansí de mejicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas, de mas de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos; y tambien no habia entrada para caballos sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas; y desta manera estaban tan fuertes, que no los podiamos llegar, puesto que nos llegábamos á pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha é piedras con hondas; y estando desta manera, avisaron á Cortés que mas adelante, obra de media legua, habia entrada para los caballos, y luego fué allá con los de á caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava se podia pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro; porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta soldados y muchos tlascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los mejicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros; y cuando lo vieron, que lo tenian por cosa imposible, creyeron que éramos muchos mas; y en este instante allegaron Cristóbal de Olí é Pedro de Albarado y Andrés de Tapia, con otros de á caballo, que habian pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios; por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber; é dende á poco rato tambien lle-

gó Cortés con todos los demás de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, ansí de mantas muy grandes como de buenas indias, é allí mandó Cortés que estuviésemos aquel dia, y en una huerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas y corredores del campo que do quiera que estábamos, ó por los caminos llevábamos, es prolijidad recitallo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venian hasta veinte indios, y á lo que parecia en sus meneos y semblantes eran caciques y hombres principales que le traian mensajes ó á demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba le hicieron mucho acato y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el señor de Méjico les enviaba á mandar que, pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadron de mejicanos para que les ayudasen; é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara y dijo que somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Cárlos, que á los que le quisieren servir que á todos hace mercedes, y que á ellos en su real nombre los recibe de paz; y allí dieron la obediencia á su majestad; y acuérdome que dijeron aquellos caciques que en pago de no haber venido de paz hasta entonces permitieron nuestros dioses á los suyos que les hiciese castigo en sus personas y haciendas. Donde los dejaré agora; y digamos cómo otro dia de mañana caminamos para otra gran poblacion que se dice Suchimileco; y lo que pasamos en el camino y en la ciudad y reencuentros de guerra que nos dieron diré adelante, hasta que volvimos á Tezcuco, y lo que mas pasamos.

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco con muchas batallas y reencuentros que con los mejicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver á Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco, que es una gran ciudad, y en toda la mas della están fundadas las casas en el agua, de agua dulce, y estará de Méjico obra de dos leguas y media; pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas á cuestas y era ya tarde y hacia gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabiamos si habia agua adelante, y habiamos andado ciertas leguas, ni tampoco teniamos certinidad qué tanto estaba de allí un pozo que nos decian que habia en el camino; y como Cortés así vide todo nuestro ejército cansado, y los amigos tlascaltecas se desmayaron y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed, acordó Cortés de parar á la sombra de unos pinares, y mandó á seis de á caballo que fuesen adelante, camino de Suchimileco, é que viesen qué tanto de allí habia poblacion ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca, para ir á dormir á él; y cuando fueron los de á caballo, que era Cristóbal de Olí y un Valdenebro y Pedro Gonzalez de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés ni los de á caballo, y llevé tres naborias mios tlascaltecas, bien esforzados é sueltos indios, y fuí tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros mejicanos donde no me pudiese valer, é yo todavía porfiaba á ir con ellos; y el Cristóbal de Olí, como era yo su amigo, me dijo que fuese y que aparejase los puños á pelear con los indios y los piés á ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua; y pasando obra de media legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entonces los de á caballo que he dicho se apartaron para buscar agua en las casas, y la hallaron y se hartaron della, y uno de mis tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban á se apellidar y nos daban grita, y truje el cántaro lleno de agua con los tlascaltecas, y hallé á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su ejército; y como le dije que habia agua en unas estancias muy cerca de allí y que habia bebido y que traia agua en el cántaro, la cual traian los tlascaltecas muy escondida porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa á caminar, y llegamos á las estancias antes de se poner el sol, y por las casas hallaron agua, aunque no mucha, y con la sed que traian algunos soldados, comian unos como cardos, y á algunos se les dañaron las bocas y lenguas; y en este instante vinieron los de á caballo é dijeron que el pozo que estaba léjos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías y corredores del campo, é yo fuí uno de los que pusieron por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco ó que hizo mucho viento; y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimileco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra é otros en un paso de una puente que tenian quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenian hecho en ellas, é las lanzas que traian hechas como al modo de las espadas que hubieron cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros en lo de las puentes de Méjico, y otros muchos indios capitanes que todos traian espadas de las nuestras muy relucientes; pues flecheros y varas de á dos gajos, y piedra con hondas, y espadas de á dos manos como montantes, hachas de á dos manos de navajas. Digo que estaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podiamos entrar, que ni bastaban ballestas ni

escopetas ni grandes arremetidas que haciamos, y lo peor de todo era que ya venian otros escuadrones dellos por las espaldas dándonos guerra; y cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros á vuelapié, y allí hubo algunos de nuestros soldados que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas dello. Y volvamos á nuestra batalla: que al pasar de la puente hirieron á muchos de los nuestros é mataron dos soldados, y luego les llevamos á buenas cuchilladas por unas calles donde habia tierra firme adelante, y los de á caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes á tierra firme, adonde toparon sobre mas de diez mil indios, todos mejicanos, que venian de refresco para ayudar á los de aquel pueblo; y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas á los de á caballo, é hirieron á cuatro dellos; y Cortés, que se halló en aquella gran presa, y el caballo en que iba, que era muy bueno, castaño escuro, que le llamaban el Romo, ú de muy gordo u de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios mejicanos, como eran muchos, echaron mano á Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza le derrocaron; ahora sea por lo uno ó por lo otro, en aquel instante llegaron muchos mas guerreros mejicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés; y como aquello vieron unos tlascaltecas y un soldado muy esforzado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron, y á buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés á cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos allí todos los mas soldados que mas cerca dél nos hallamos; porque en aquella sazon, como en aquella ciudad habia en cada calle muchos escuadrones de guerreros y por fuerza habiamos de seguir las banderas, no podiamos estar todos juntos, sino pelear unos á unas partes y otros á otras, como nos fué mandado por Cortés; mas bien entendimos que donde andaba Cortés y los de á caballo que habia mucho que hacer, por las muchos gritas y voces y alaridos que oiamos. Y en fin de mas razones, puesto que habia adonde andábamos muchas guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habian juntado hasta quince de á caballo y estaban peleando con los enemigos junto á unas acequias, adonde se mamparaban y estaban albarradas; y como llegamos, les pusimos en huida, aunque no del todo volvian las espaldas; y porque el soldado Olea que acudió á nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos á Cortés que se volviese á unos mamparos y se curase el Cortés y el Olea; y así, volvimos, y no muy sin sobra de vara y piedra y flecha, que nos tiraban de muchas partes donde tenian mamparos y albarradas, creyendo los mejicanos que volviamos retrayéndonos, é nos seguian con gran furia; y en este instante viene Pedro de Albarado é Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí y todos los mas de á caballo que fueron con ellos á otras partes, el Olí corriendo sangre de la cara y el Pedro de Albarado herido, y el caballo y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habian peleado con tanto mejicano en el campo, que no se podian valer; y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo, parece ser Cortés los repartió que la mitad de á caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra; y así, fueron siguiendo tras unos escuadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con aceite é apretalles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas é caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mejicanos á un patio donde estábamos curando los heridos, é tírannos tanta vara y piedra, que hirieron de repente á muchos soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos dellos tendidos. Pues los de á caballo no tardaron en salilles al encuentro, que mataron muchos, puesto que entonces hirieron dos caballos é mataron un soldado; de aquella vez los echamos de aquel sitio é patio; y cuando Cortés vió que no habia mas contrarios, nos fuimos á reposar á otro grande patio, adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el cu mas alto, adonde tenian sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de Méjico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo; y vieron venir sobre dos mil canoas que venian de Méjico llenas de guerreros, y venian derechos adonde estábamos; porque, segun otro dia supimos, el señor de Méjico, que se decia Guatemuz, les enviaba para que aquella noche ó dia diesen en nosotros; y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros para que, unos por una parte y otros por otra, tuviesen manera que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. Tambien habia apercebido otros diez mil hombres para les enviar de refresco cuando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo otro dia de cinco capitanes mejicanos que en las batallas prendimos; y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesucristo; porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venian contra nosotros, y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido á los puertos y acequias por donde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche, ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, é á mí é á otros diez soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras é ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí, en unas acequias que era desembarcadero, llegasen canoas, que los resistiésemos é hiciésemos volver, é á otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de muchas canoas que venian á remo callado á desembarcar á aquel puesto donde estábamos, y á buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osaron desembarcar, y á uno de nuestros compañeros enviamos que fuese á dar aviso á Cortés; y estando en esto, volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros, y

nos comenzaron á tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos á resistir, y entonces descalabraron á dos de nuestros soldados; y como era de noche muy escuro, se fueron á ajuntar las canoas con sus capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fueron á desembarcar á otro puertezuelo ó acequias hondas; y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos mas de quince mil indios. Tambien quiero decir, y esto no por me jactanciar, que como nuestro compañero fué á dar aviso á Cortés cómo habian llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, segun dicho tengo, luego vino á hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de á caballo, y cuando llegó cerca sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sanchez, que era del Algarbe portugués, y dijimos: «¿Quién viene ahí? ¿No podeis hablar?» Y le tiramos tres ó cuatro pedradas; y como me conoció Cortés en la voz á mí y á mi compañero, dijo Cortés al tesorero Julian de Alderete y á fray Pedro Melgarejo y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que le acompañaban á rondar: «No es menester poner aquí mas recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasaron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar dellos esta vela, y aunque sea otra cosa de mayor afrenta;» y desque nos hablaron, dijo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos; se fueron á requerir á otros puestos, y cuando no me cato, sin mas nos hablar, oimos cómo traian á un soldado azotando por la vela, y era de los de Narvaez. Pues otra cosa quiero traer á la memoria, y es, que ya nuestros escopeteros no tenian pólvora ni los ballesteros saetas; que el dia antes se dieron tal priesa, que lo habian gastado; y aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traiamos en las entradas muchas cargas de almacen de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo para donde quiera que llegásemos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros, y Pedro Barba, que era su capitan, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés, que de cuando en cuando acudia. Dejemos esto, y digamos ya que fué de dia claro cuál nos vinieron á cercar todos los escuadrones mejicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban, rompimos por ellos y se mataron y hirieron tres de sus capitanes, sin otros muchos que luego otro dia se murieron; y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz habia enviado; y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega; que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que de antes habia enviado, y los capitanes mejicanos que con ellos venian traian espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar; y cuando los nuestros de á caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron; é á esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda; é como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los tlascaltecas, y arremetimos de manera, que rompimos y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pié con pié, y á buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura, y nos dejaron de aquella vez el campo. Dejemos esto, y tornarémos á decir que allí se prendieron otros principales, y se supo dellos que tenia Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos mas guerreros por tierra; y dijo á sus guerreros que cuando estuviésemos cansados, y heridos muchos y muertos de los reencuentros pasados, que estariamos descuidados con pensar que no enviaria mas escuadrones contra nosotros, é que con los muchos que entonces enviaria nos podria desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercebidos estábamos de antes, mucho mas lo estuvimos entonces, y fué acordado que para otro dia saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos mas batallas; y aquel dia se nos fué en curar heridos y en adobar armas y hacer saetas; y estando de aquella manera, pareció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenian unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodon, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzáronlo á saber los tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte ó paraje estaban las casas, y se las fueron á mostrar unos prisioneros de Suchimileco, y estaban en la laguna dulce y podian pasar á ellas por una calzada, puesto que habia dos ó tres puentes chicas en la calzada, que pasaban á ellas de unas acequias hondas á otras; y como nuestros soldados fueron á las casas y las hallaron llenas de ropa, y no habia guarda, cárganse ellos y muchos tlascaltecas de ropa y otras cosas de oro, y se vienen con ello al real; y como lo vieron otros soldados, van á las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de Méjico y dan sobre ellos é hirieron muchos soldados, y apañan á cuatro soldados vivos é los llevaron á Méjico, é los demás se escaparon de buena; y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la capitanía de Andrés de Monjaraz. Pues como le llevaron á Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó á saber cómo éramos muy pocos los que veniamos con Cortés y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viaje, tanto supo; y como fué bien informado, manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir que antes que volvamos á Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida; y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos.

Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó á enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitanías por tierra, y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimileco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro dias tuvimos con mejicanos, é no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, digo que cuando amaneció vinieron desta vez tantos culchúas mejicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos; y luego nos salimos de aquella ciudad á una gran plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solian hacer sus mercados; y allí, puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó á hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabiamos cierto que en los caminos é pasos malos nos estaban aguardando todo el poder de Méjico y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dijo que seria bien, é así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oimos, todos á una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos; y desque vió nuestra voluntad y respuesta, dijo que á la mano de Dios lo encomendaba; y luego se puso en concierto cómo habiamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos delante y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poniamos mas recaudo, porque siempre los mejicanos tenian por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenian pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y cuando los escuadrones mejicanos que habia enviado Guatemuz aquel dia vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimileco, creyeron que de miedo no los osábamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos y se vienen derechos á nosotros, é hirieron dos soldados, é dos murieron de ahí á ocho dias, é quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas, como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacoan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podiamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara y piedra y flecha; y como tenian cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados á Cuyoacoan á obra de las diez del dia, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca, de la gran ciudad de Méjico obra de dos leguas, porque Suchimileco y Cuyoacoan y Chohuilobusco é Iztapalapa y Coadlauaca y Mezquique, y otros tres ó cuatro pueblos que están poblados los mas dellos en el agua, que están á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras, y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimileco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos á decir que como llegamos á aquel gran pueblo ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de reposar aquel dia que llegamos é otro, porque se curasen los heridos y hacer saetas, porque bien entendido teniamos que habiamos de haber mas batallas antes de volver á nuestro real, que era Tezcuco; é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, con el mismo concierto que soliamos llevar, camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana hasta que se acogian á los esteros é acequias; é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una celada á los mejicanos que salian de aquellos esteros y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mejicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiéndoles; y cuando miró por sí estaba una gran capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos ó presos. Por manera que apañaron los mejicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron á Guatemuz é los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos cómo habiamos ya llegado á Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los mas de á caballo habian llegado, y tambien Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman, y luego fuimos con Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí é Andrés de Tapia en su busca, con otros de á caballo, hácia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Cortés, que se escaparon, é se decia el uno Monroy y el otro Tomás de Rijoles, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, é que Cortés y los demás se vienen poco á poco porque traen los caballos heridos; y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso; llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á Méjico á sacrificar, el uno Francisco Martin Vendobal, y este nombre de Vendobal se le puso por ser algo loco, y el otro se decia Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovia mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios; y Cortés con otros capitanes y el tesorero Alderete, que venia ya malo, y el fraile Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el gran cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de Méjico, que está muy cerca, y toda la laguna y las mas ciudades que están en el agua pobladas; y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban á pescar y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto hasta en aquella sazon; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de

Dios era quien nos sostenía; é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leido en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios á su rey como son los nuestros, é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harian relacion á su majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el fraile á Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos; y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu del ídolo Huichilóbos y el Tatelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzada por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traia, por los hombres que le mataron antes que en el alto cu subiese; y desde entonces dijeron un cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado,
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuidado,
La una mano en la mejilla,
Y la otra en el costado, etc.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decia el bachiller Alonso Perez, que después de ganada la Nueva-España fué fiscal é vecino en Méjico: «Señor capitan, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,
A Roma cómo se ardia.

Y Cortés le dijo que ya veia cuántas veces habia enviado á Méjico á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo porniamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si dariamos una vista á la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos; y como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de nuestro ejército heridos, acordándosenos que otra vez, poco mas habia de un mes, que Cortés les probó á entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba, y estuvo en gran peligro; porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino, por temor no tuviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los mejicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de Méjico, y con la llevada que entonces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros; y comenzamos á caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallámosle despoblado, y luego fuimos á Tenayuca, que era gran pueblo, que le solíamos llamar el pueblo de las Sierpes. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello habla, que tenian tres sierpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenian por sus ídolos, y tambien estaban despoblados; y desde allí fuimos á Guatitlan, y en todo este dia no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas á cuestas, que jamás las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecia á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros escuadrones mejicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podiamos hacer mal; y como hacia muy escuro y llovia, no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia grandes lodos en él, y hallámosla despoblada; y otro dia pasamos por otros pueblos y tambien estaban despoblados; y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supieron en Tezcuco cómo íbamos, salieron á recebir á Cortes, é vinieron muchos españoles que habian venido entonces de Castilla. Y tambien vino á recebirnos el capitan Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decia don Fernando; y se hizo á Cortés buen recebimiento, así de los nuestros como de los recien venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos; pues trujeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval á Tezcuco con todos sus soldados á poner en cobro su real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco; y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los mejicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenian ordenada una conjuracion ciertas personas de calidad, de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés y á Gonzalo de Sandoval é á Pedro de Albarado é Andrés de Tapia. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXLVI.

Cómo desque llegamos con Cortés á Tezcuco con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenian concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez, de matar á Cortés y á todos los que fuésemos en su defensa; y quien fué primero autor de aquella chirinola fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez, gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia; y cómo se herraron los esclavos y se apercibió todo el real y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que mas pasaron.

Ya he dicho, como veniamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decia Antonio de Villafaña, natural de Zamora ú de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez, los cuales no nombro sus nombres por su honor, que así como viniese Cortés de aquella entrada, que le matasen, y habia de ser desta manera: que, como en aquella sazon habia venido un navío de Castilla, que cuando

Cortés estuviese sentado á la mesa comiendo con sus capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenian hecho el concierto, que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castilla, y que dijesen que era de su padre Martin Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como á todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenian concertado, quiso nuestro Señor que dieron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenian le habian nombrado por uno de los capitanes generales después que hubiesen muerto á Cortés; y asimismo á otros soldados de los de Narvaez hacian alguacil mayor é alférez, y alcaldes y regidores, y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos; y este concierto estuvo encubierto dos dias después que llegamos á Tezcuco; y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello antes que mas fuego sobre aquel caso se encendiese; porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello; y como Cortés lo supo, después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Albarado é Francisco de Lugo, y á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval, é Andrés de Tapia é á mí, y á dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ircio, y á todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuracion, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con el Villafaña estaban comenzaron á huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos; y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo; y como lo hubo leido, y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafaña, y que no le habia visto ni leido, é luego hizo proceso contra él; y tomada la confesion, dijo la verdad, é con muchos testigos que habia de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olí, y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazon echaron presos á muchos por poner temores y hacer señal que queria hacer justicia de otros; y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló; y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitan un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de dia y de noche, y á nosotros de los que sentia que éramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios é indias que habiamos habido en aquellas entradas los llevasen á herrar dentro de dos dias á una casa que estaba señalada para ello; y por no gastar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habian hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metiamos á herrar, las hurtaban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias; y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas, que después teniamos por naborias. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro real se ordenó.

CAPITULO CXLVII.

Cómo Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacen de saetas é casquillos de cobre, y lo que en nuestro real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés y á Pedro de Albarado y al Sandoval y á los que fuésemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias y velas y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada bergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna muy ancha é hondable, envió á decir á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trujesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla; y luego mandó Cortés á Pedro Barba, que en aquella sazon era capitan de ballesteros, que los repartiese, así saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, é que les mandase que siempre desbastasen el almacen, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces que se dice cactle; y asimismo mandó al Pedro Barba que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda ó faltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero y viesen á

qué pasos allegaba la fuga de sus ballestas, y para ello se les dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas; porque en el navío que he dicho que vino pocos dias habia de Castilla, que era de Juan de Búrgos, trujo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas y otras muchas armas, y herraje y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas á punto, é que cada dia cabalgasen y corriesen y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar; y hecho esto, envió mensajeros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el viejo, que, como ya he dicho otras veces, era vuelto cristiano y se llamaba don Lorenzo de Várgas, y á su hijo Xicotenga el mozo, y á sus hermanos y al Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el dia de Corpus Christi habiamos de partir de aquella ciudad para ir sobre Méjico á ponelle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas; é ya lo sabian los tlascaltecas de sus mismos indios el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien apercibió á los de Chalco y Talmanalco y sus sujetos que se apercibiesen para cuando los enviásemos á llamar; y se les hizo saber como era para poner cerco á Méjico, y en qué tiempo habiamos de ir; y tambien se les dijo á don Hernando, señor de Tezcuco, y á sus principales y á todos sus sujetos, y á todos los mas pueblos nuestros amigos; y todos á una respondieron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar, é que vernian, y los de Tlascala vinieron pasada la pascua del Espíritu Santo. Hecho esto, se acordó de hacer alarde un dia de pascua; lo cual diré adelante el concierto que se dió.

CAPITULO CXLVIII.

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron.

Después que se dió la órden, así como antes he dicho, y se enviaron mansajeros y cartas á nuestros amigos los de Tlascala y á los de Chalco, y se dió aviso á los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de 1521 años, se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de á caballo y seiscientos y cincuenta soldados de espada y de rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros; y destos se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré: para cada bergantin doce ballesteros y escopeteros, estos no habian de remar; y demás desto, tambien se sacaron otros doce remeros para cada bergantin, á seis por banda, que son los doce que he dicho. Y demás desto, un capitan por cada bergantin. Por manera que sale á cada bergantin á veinte y cinco soldados con el capitan, é trece bergantines que eran, á veinte y cinco soldados, son ducientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les dieron, demás de los veinte y cinco soldados, fueron en todos los bergantines trecientos soldados por la cuenta que he dicho; y tambien les repartió los tiros de fruslera é halconetes que teniamos y la pólvora que les parecia que habian menester; y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesucristo ni de nuestra Señora su bendita Madre, ni de los santos apóstoles ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para os ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habiau adquirido en la guerra, ni plata ni chalchiuis.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir ni de dia ni de noche de nuestro real para ir á ningun pueblo de nuestros amigos ni á otra parte á traer de comer ni á otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas, y gorjal y papahigos y antiparas y rodela; que, como sabiamos, que era tanta la multitud de vara y piedra y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decia el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo ni armas por via ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado ni hombre de á caballo ni ballestero ni escopetero duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas ó estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquier tiempo que los mejicanos viniesen á nos dar guerra. Y demás desto, se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es al que se duerme en la vela ó se va del puesto que le ponen, pena de muerte; y se pregonó que ningun soldado vayá de un real á otro sin licencia de su capitan, so pena de muerte. Mas se pregonó, que el soldado que dejare su capitan en la guerra ó batalla é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que mas se entendió.

CAPITULO CXLIX.

Cómo Cortés buscó á los marineros que eran menester para remar en los bergantines, y se les señaló capitanes que habian de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron

Después de hecho el alarde ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traido en nuestros navíos que dimos al través con ellos cuando venimos con Cortés, é asimismo se conocian los marineros de los navíos de Narvaez y de los de Jamáica, y todos estaban puestos por memoria y los habian apercebido porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decian que no habian de remar; y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros y habian visto que iban á pescar, ó si eran de Pálos ó Moguer ú de Triana ú del Puerto ú de otro cualquier puerto ó parte donde hay marineros, les mandaba, so graves penas, que entrasen en los bergantines, y aunque mas hidalgos dijesen que eran, les hizo ir á remar; y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para

remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré; y desque Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros y escopeteros y pólvora y tiros é saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantin las banderas reales y otras banderas del nombre que se decia ser el bergantin, y otras cosas que convenian, nombró por capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré: á Garci-Holguin, Pedro Barba, Juan de Limpias, Carvajal el sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal, su compañero, que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco; é á un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenia una mujer hermosa; é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivia ahora en Guaxaca; é á un Colmenero, que era marinero, buen soldado; é á un Lerma é á Ginés Nortes é á Briones, natural de Salamanca; el otro capitan no me acuerdo su nombre; é á Miguel Diaz de Auz; é cuando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros é á los demás soldados que habian de remar, que obedeciesen á los capitanes que les ponia y no saliesen de su mandado, so graves penas; y les dió las instrucciones que cada capitan habia de hacer y en qué puesto habian de ir de las calzadas é con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venian los capitanes de Tlascala con gran copia de guerreros, y venia en ellos por capitan general Xicotenga el mozo, el que fué capitan cuando las guerras de Tlascala, y este fué el que nos trataba la traicion en Tlascala cuando salimos huyendo de Méjico, segun otras muchas veces lo he referido; é que traia en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Várgas, é que traia gran copia de tlascaltecas y de Guaxocingo, y otro capitan de cholultecas; y aunque eran pocos, porque, á lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mejicanos ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun cuando nos echaron de Méjico no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos esto, y volvamos á nuestra relacion: que como Cortés supo que venia Xicotenga y sus hermanos y otros capitanes, é vinieron un dia primero del plazo que les enviaron á decir que viniesen, salió á les recebir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco, con Pedro de Albarado y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato y les abrazó, y á todos los mas capitanes, y venian en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas; traian sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de á dos manos y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes é otras chicas é sus penachos, y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: «¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala!» Y tardaron en entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real habia; é después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haria ricos, se despidió dellos y les dijo que otro dia les diria lo que habian de hacer, é que ahora venian cansados, que reposasen; y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlascala que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decia Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de Méjico obra de noventa leguas; y lo que en ella se contenia era que habian muerto los mejicanos en el tiempo que nos echaron de Méjico á tres compañeros suyos cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitan Pizarro, que así se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si habia minas ricas de oro, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mejicanos. Esto pueblo fué donde trujeron las picas cuando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relacion otras particularidades que decia en la carta, se dejará de decir; y Cortés sobre ella le escribió en respuesta dándole relacion de la manera que íbamos de camino para poner cerco á Méjico, y que á todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mejicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habiamos de ir á poner cerco á Méjico, y quién fueron los capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y los capitanes que nombró para cada guarnicion, y los soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habiamos de asentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Albarado fuese por capitan de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Albarado, su hermano, y á Gutierre de Badajoz y á Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una capitanía como á otra; y que el Pedro de Albarado fuese capitan de los de á caballo y general de las tres capitanías, y le dió ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Albarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba; y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con que los mejicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados; y aun con todo esto, cada dia que bata-

llábamos habia muertos y heridos, segun adelante diré. Pasemos á otra capitanía.

Dió á Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, otros treinta de á caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, segun y de la manera que los dió á Pedro de Albarado; y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Olí fuese capitan general de las tres capitanías y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su real en la ciudad de Cuyoacoan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnicion de soldados hizo capitan á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinte y cuatro de á caballo y catorce escopeteros y ballesteros y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval habia de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo y que fuese general de todos, y que sentase su real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitan de los bergantines, estaba muy á punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trecientos soldados, con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí habiamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha y los otros desviados por otro camino; y esto es así, porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dejemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada capitan se le dió las instrucciones de lo que les era mandado; y como nos habiamos de partir para otro dia por la mañana, y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitanías de Tlascala hasta llegar á tierra de mejicanos. E yendo que iban los tlascaltecas descuidados con su capitan Chichimecatecle, é otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el mozo, que era el capitan general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se habia hecho ó adónde se habia quedado, alcanzaron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decian los tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el mozo vió ir los capitanes de Tlascala á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendria contraditores, porque no tenia temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaria, y nuestro amigo Masse-Escaci, que ya era muerto; é á quien temia era al Chichimecatecle. Y tambien dijeron que siempre conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico, porque le oian decir muchas veces que todos nosotros y ellos habian de morir en ella. Pues desque aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacérselo saber á Cortés; é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascala, amigos del Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dijesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico; y que pues toda Tlascala fueron y son muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daria oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no queria venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un alguacil, y con cuatro de á caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen; é dijo: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos;» y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Albarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés ó le dió buena respuesta ó secretamente mandó al alguacil é á los de á caballo que no le dejasen con la vida; y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcaron, y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlascaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel dia sin salir de Tezcuco; y otro dia, que fueron 13 de mayo de 1521 años, salimos entrambas capitanías juntas; porque así Cristóbal de Olí como Pedro de Albarado habiamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, que se dice Aculma; y pareció ser que el Cristóbal de Olí envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenia puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas; y cuando llegamos con Pedro de Albarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra capitanía contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y nó tanto, que todavía estábamos todos resabidos; y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro Melgarejo y al capitan Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestion y persuadiéndonos la paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí;

y otro dia fuimos caminando entrambas las capitanías juntas, y fuímonos á dormir á un gran pueblo que estaba despoblado, porque ya era tierra de mejicanos; y otro dia fuimos nuestro camino tambien á dormir á otro gran pueblo que se decia Guautitlan, que otras veces he nombrado, y tambien estaba sin gente; é otro dia pasamos por otros dos pueblos, que se decian Tenayuca y Escapuzalco, y tambien estaban despoblados; y asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trujeron de comer, y con buenas velas y escuchas y corredores del campo, como siempre teniamos para que no nos cogiesen desapercebidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de Méjico está junto á Tacuba; é ya que anochecia oimos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir á pelear con ellos; y tenian tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros, y aquellas palabras que nos decian eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo; y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro dia, que fué domingo, después de haber oido misa, que nos la dijo el padre Juan Díaz; y después de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos á quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveia la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños, topamos muchos guerreros, que nos esperaban en el camino; porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podriamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hirieron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguieron de manera, que mataron veinte y prendieron siete ó ocho dellos; y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entonces nunca fué á Méjico entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos á dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacer lo que pudiésemos para les ganar una puente; y llegados que fuimos á la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas é calzadas, que nos admirábamos dello; y tiraron tanta de vara y flecha y piedra con hondas, que en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados é murieron tres; y aunque nos hacian tanto daño, todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente, y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello, por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuvieron, digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no nos podiamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podiamos hacer á tan gran poderío que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como á terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les haciamos daño, sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetiamos á los escuadrones que peleaban en la misma calzada luego se echaban al agua, y habia tantos dellos, que no nos podiamos valer. Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herian los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetian tras los escuadrones, echábanse al agua, y tenian hechos unos mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habian hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de Méjico é salimos huyendo; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de un hora, y tanta priesa nos daban, que no nos podiamos sustentar contra ellos; y aun vimos que venia por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas, y conociendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, apercebimos que los amigos tlascaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear; y acordamos de con buen concierto retraernos y no pasar mas adelante. Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlascaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban! Y cómo se venian á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincheron de vara y flecha é piedra de las que nos tiraban, pues las que caian en el agua muchas mas serian; y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos y mas de cincuenta heridos; y aun con todo esto nos daban grita y decian vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los tlascaltecas les decian que saliesen á tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearian con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitalles el agua y darle vista á la laguna, aunque no ganamos honra con ellos; y aquella noche nos estuvimos en nuestro real y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas; y otro dia de mañana dijo el capitan Cristóbal de Olí que se queria ir á su puesto, que era á Cuyoacoan, que estaba de allí legua y media; é por mas que le rogó Pedro de Albarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitanías, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso; porque, como era el Cristóbal muy esforzado, y en la vista que el dia antes dimos á la laguna no nos sucedió bien, decia el Cristóbal de Olí que por culpa de Pedro de Albarado habiamos entrado inconsideradamente; por manera que jamás quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacoan, y nosotros nos quedamos en nuestro real; y no fué bien apartarse una capitanía de otra en aquella sazon, porque si los mejicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro ó cinco dias que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Cristóbal de Olí, corriéramos harto trabajo ó hiciera gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Cristóbal de

Olí en su real, sin osar dar mas vista ni entrar por las calzadas, y cada dia teniamos en tierra rebatos de muchos mejicanos que salian á tierra firme á pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningun daño. Y dejallo he aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro dias después de la fiesta de Corpus Christi, y se vino á Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos y sujetos de Tezcuco; y como llegó á la poblacion de Iztapalapa, luego les comenzó á dar guerra y á quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de mejicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros cuando peleaban en tierra; y después de acogidos á las canoas, les tiraban mucha vara y flecha y piedra, y herian algunos soldados. Y estando desta manera peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto á Iztapalapa en tierra firme hacian grandes ahumadas, y que les respondian con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de Méjico y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron á Cortés que ya habia salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí mas Cortés; y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fué combatir á un peñol que estaba en una isleta junto á Méjico, donde estaban recogidos muchos mejicanos, ansí de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habian ido á hacer fuertes; y salió á la laguna contra Cortés todo el número de canoas que habia en todo Méjico y en todos los pueblos que están poblados en el agua ó cerca della, que son Suchimileco, Cuyoacoan, Iztapalapa é Huichilobusco y Mexicalcingo, é otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y á esta causa aflojaron algo los que daban guerra en Iztapalapa á Sandoval; y como todos los mas de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podia hacer mal ninguno, puesto que á los principios mató muchos de los contrarios; y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podia venir con su gente á Cuyoacoan sino era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas á dos partes del agua le habian de guerrear, y él no habia de ser señor de poderse defender, y á esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran mas de cuatro mil canoas; y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus bergantines á lo largo y correr á la parte que quisiese, y mandó á sus capitanes que en ellos venian que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creian que de temor dellos lo hacian, y era verdad como lo pensaron, y entonces les daban mucha priesa los capitanes mejicanos, y mandaban á todas sus gentes que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron á recoger entre las casas que están en la laguna, en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines; por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo vitoria, gracias á Dios por todo, amen. Y como aquello fué hecho, se fué con los bergantines hácia Cuyoacoan, adonde estaba asentado el real de Cristóbal de Olí, y peleó con muchos escuadrones mejicanos que le esperaban en partes peligrosas, creyendo de tomarle los bergantines; y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y heria muchos indios; y tanta priesa tenian los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos; y luego despachó Cortés un bergantin muy ligero á Iztapalapa al real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenia, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos á Cortés, que siempre tenia rebatos de mejicanos, hasta que se juntó en el real de Cristóbal de Olí, y en dos dias que allí estuvo siempre le combatian muchos contrarios; y porque yo en aquella sazon estaba en lo de Tacuba con Pedro de Albarado, diré lo que hicimos en nuestro real; y es que, como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Albarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas; y desta manera estuvimos, unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada dia teniamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados; y tambien entendiamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir; y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de Méjico, á muchos guerreros á los ayudar y deshacer y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval, para tomalles dentro y que no tuviesen por donde salir; y envió por otra parte mucha mas gente de guerra; y como Cortés estaba con Cristóbal de Olí, é vieron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitanía de Cristóbal de Olí hácia Iztapalapa en busca de Sandoval;

é yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Olí por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mejicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines é le hallaron peleando con el escuadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea; y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada que va desde Méjico á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decia Busca-Ruido, y de lo demás que pasó.

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á Méjico, envió cuatro dellos á Pedro de Albarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olí, dejó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantin mas pequeño que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desque nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Albarado que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte, é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban; y ansí, teniamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartiá no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas é insignias de las armas que de los mejicanos se remudaban de rato en rato, pues á los bergantines cuál los paraban de las azuteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era mas que granizo, y no lo sé aquí decir ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venia tanta multitud dellas como granizo, é de presto cubrian la calzada; pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á ahondar, y ponian muy mejores defensas, y aun hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro dia cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos; porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros por el agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar tenian hechas muchas estacadas en el agua, encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada dia. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetian ó daban alcance á los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y á unos mamparos que tenian hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dalles que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en Méjico; y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos antes que se les hiciese á los contrarios daño; y demás desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazon un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos despartia curábamos nuestros heridos con aceite, é un soldado que se decia Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro Señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada dia nos hacia, y de presto sanaban; y ansí heridos y entrapajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y alféreces y compañeros de bandera, que saliamos llenos de heridas y las banderas rotas, y digo que cada dia habiamos menester un alférez, porque saliamos tales, que no podian tornar á entrar á pelear y llevar las banderas; pues con todo esto, por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos maldito aquel. Lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las habia, y después tunas, que en aquella sazon vino el tiempo dellas; y otro tanto como haciamos en nuestro real, hacian en el real donde estaba Cortés y en el de Sandoval, que jamás dia alguno faltaban capitanías de mejicanos, que siempre les iban á dar guerra, ya he dicho otras veces que desde que amanecia hasta la noche; porque para ello tenia Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que á cada calzada habian de acudir, y el Taltelulco é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas, para que en viendo una señal en el cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenian los capitanes mejicanos señalados y con gran concierto cómo y cuándo y á qué partes habian de acudir. Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra ór-

den y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que cuantas obras de agua ganábamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los mas estábamos heridos, lo tornaban á cegar los mejicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que las habiamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos, aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, é no eran para mas de cubrirnos del sereno é del sol; y dejamos en Tacuba las indias que nos hacian pan, y quedaron en su guarda todos los de á caballo y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos, no viniesen de los pueblos comarcanos á darnos en la rezaga en las calzadas mientras que estábamos peleando; y desque hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos que luego las casas ó barrios ó aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos, y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra; porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azuteas que tenian nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy mas seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada ó puente ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurábamos de la guardar de dia y de noche, y es desta manera que todas nuestras capitanías velábamos las noches juntas; y el concierto que para ello se dió fué, que tomaba la vela desde que anochecia hasta media noche la primera capitanía, y eran sobre cuarenta soldados, y desde media noche hasta dos horas antes que amaneciese tomaba la vela otra capitanía de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormiamos, y este cuarto es el de la modorra; y luego venian otros cuarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hasta el dia, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar; por manera que cuando amanecia nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches, cuando sentiamos mucho peligro, desde que anochecia hasta que amanecia todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mejicanos, por temor no nos rompiesen, porque teniamos aviso de unos capitanes mejicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pensamientos y puesto en plática con sus capitanes que procurasen en una noche ó de dia romper por nosotros en nuestra calzada, é que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas, donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval; y tambien tenia concertado que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba y Capuzalco y Tenayuca, que se juntasen, que para el dia que ellos quisiesen romper y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos á saber, apercebimos á los de á caballo, que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los tlascaltecas; y ansí como el Guatemuz lo tenia concertado lo puso por obra, que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al cuarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud; y cuando llegaban adonde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver; y puesto que herian algunos de nosotros, cómo los resistiamos, volvian muchos heridos, é otros muchos guerreros vinieron á dar en nuestro fardaje, é los de á caballo é tlascaltecas los desbarataron diferentes veces; porque, como era de noche, no aguardaban mucho; y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos, allí habiamos de estar; y aun esta miseria de tortillas é yerbas que habiamos de comer, ó tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche que no lo hiciesen, é otro dia se la tornábamos á ganar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los mejicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de tantas batallas como cada dia teniamos, y otro tanto en el real de Cortés y en el de Sandoval, y digamos que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque, ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua. Ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales, no sirviendo de mas de cuando peleábamos poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas y de los que peleaban de las azuteas; porque los mejicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua; porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maíz é gallinas y todo lo que querian; é para otro dia evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é todas las canoas que se les pudiesen quebrar ó traer á nuestros reales, que se las tomasen; y hecho este concierto, fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos bergantines, mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua; y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas dello; y como los mejicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los mejicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines, y

matar los que en ellos andaban, y es desta manera: que, como he dicho, cada noche y en las mañanas iban á buscar por la laguna sus canoas y las trastornaban con los bergantines, y prendian muchas dellas, acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros, y en parte que les parecia á los mejicanos que los bergantines habian de correr cuando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos, hechos estacadas, para que en ellos zabordasen; pues como iban las canoas por la laguna mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, é ya que llegaban á la celada salen todas las piraguas juntas y dan tras nuestros bergantines, é de presto hirieron á todos los soldados é remeros y capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra, por las estacadas que les tenian puestas; por manera que mataron al un capitan, que se decia Fulano de Portillo, gentil soldado que habia sido en Italia, é hirieron á Pedro Barba, que fué otro muy buen capitan, y desde á tres dias murió de las heridas; y tomaron el bergantin. Estos dos bergantines eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar; mas dende á pocos dias se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron; lo cual diré á su tiempo. Y dejemos agora de hablar dellos, y digamos cómo en el real de Cortés y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenian muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar y derrocar casas y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada dia lo cegaba, y enviaba á mandar á Pedro de Albarado que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes; y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos desto, y digamos, como los mejicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, é que las puentes y aberturas las cegábamos, acordaron de pelear de otra manera, y fué, que abrieron una puente y zanja muy ancha y honda, que cuando la pasábamos en partes no hallábamos pié, é tenian en ella hechos muchos hoyos, que no los podiamos ver dentro en el agua, é unos mamparos é albarradas, ansí de la una parte como de la otra de aquella abertura, é tenian hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen á socorrer cuando estuviésemos peleando sobre tomalles aquella fuerza; porque bien entendian que la primera cosa que habiamos de hacer era deshacerles el albarrada y pasar aquella abertura de agua para entralles en la ciudad; y ansimismo tenian aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros; y un domingo de mañana comenzaron á venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos, no nos desbaratasen; é ya en aquella sazon habia mandado Pedro de Albarado que la mitad de los de á caballo, que solian estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenian tanto riesgo como al principio, porque ya no habia azuteas, y todas las mas casas estaban derrocadas, y podian correr por algunas partes de las calzadas sin que de las canoas ni azuteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos á nuestro propósito, y es, que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habiamos derrocado, y el otro escuadron nos habia tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados; los de á caballo, con nuestros amigos los de Tlascala, rompieron por los escuadrones que nos habian tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacian que huian, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hicieron fuertes tambien la desampararon; y nosotros, creyendo que llevábamos vitoria, pasamos aquella agua á vuelapié, y por donde la pasamos no habia ningunos hoyos, é vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas y torres de adoratorios, y los contrarios hacian que todavía huian é se retraian, é no dejaban de tirar vara y piedra con hondas, y mucha flecha; y cuando no nos catamos, tenian encubiertos en partes que no los podiamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos dende las azuteas é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo, vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar; y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; y tenian aparejadas en el agua y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir á pasar por otra parte adonde he dicho que estaba muy mas honda el agua y tenian hechos muchos hoyos; y como venian contra nosotros tanta multitud de guerreros y nos veniamos retrayendo, pasábamos el agua á nado é á vuelapié, é caiamos todos los mas soldados en los hoyos, entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mejicanos cinco de nuestros soldados y los llevaron á Guatemuz, é hirieron á todos los mas, pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda no podian venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenian puestas, y con las canoas y azuteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros é hirieron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas: digo que fué maravilla cómo no nos mataron á todos en ellos; de mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas es-

tocadas que les dí, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis piés é sin huelgo ninguno; y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, é de la mucha sangre que me salió; é digo que cuando me tenian engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba á nuestro Señor Dios é á nuestra Señora su bendita Madre, y ponia la fuerza que he dicho, por donde me salvé; gracias á Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Albarado y los de á caballo, como tuvieron harto en romper los escuadrones que nos venian por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua ni albarradas, sino fué uno solo de á caballo que habia venido poco habia de Castilla, y allí le mataron á él y al caballo; y como vió el Pedro de Albarado que nos veniamos retrayendo, nos iba ya á socorrer con otros de á caballo, y si allá pasara, por fuerza habiamos de volver sobre los indios; y si volviera, no quedara ninguno dellos ni de los caballos ni de nosotros á vida, porque la cosa estaba de arte que cayeran en los hoyos, y habia tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenian largas, y dende las muchas azuteas que habia, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella vitoria que tenian los mejicanos, todo aquel dia, que era domingo, como dicho tengo, tornaron á venir á nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban ni nos podiamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche. Dejemos desto, y digamos, como Cortés lo supo, del gran enojo que tenia, escribió luego en un bergantin á Pedro de Albarado que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de á caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar mas adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura, y que tuviesen buen recaudo en el real. Pues como vimos que por nosotros habia acaecido aquel desman, desde allí adelante procurábamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fué con harto trabajo y heridas que sobre ella nos daban los contrarios, é muerte de seis soldados, en cuatro dias la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres capitanías, segun la órden que dicho tengo y quiero decir que entonces, como los mejicanos estaban junto á nosotros cuando velábamos, que tambien ellos tenian sus velas, y por cuartos se mudaban, y era desta manera: que hacian grande lumbre, que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde léjos no les podiamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podiamos ver los indios que velaban; mas bien sentiamos cuando se remudaban y cuando venian á atizar su leña; y muchas noches habia que, como llovia en aquella sazon mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban á encender, y sin hacer rumor ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silbos que daban. Tambien quiero decir que nuestros escopeteros y ballesteros, muchas veces cuando sentiamos que se venian á trocar las velas, les tiraban á bulto, é piedras y saetas perdidas, y no les haciamos mal, porque estaban en parte que, aunque de noche quisiéramos ir á ellos, no podiamos, con otra gran abertura de zanja bien honda que habian abierto á mano, é albarradas y mamparos que tenian; é tambien ellos nos tiraban á bulto mucha piedra é vara y flecha. Dejemos de hablar destas velas, é digamos cómo cada dia íbamos por nuestra calzada adelante, peleando con muy buen concierto, y les ganaron la abertura que he dicho donde velaban; y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada dia venian, y la vara, flecha y piedra que tiraban, que nos herian á todos, aunque íbamos con gran concierto y bien armados. Pues ya que se habia pasado todo el dia batallando, y se venia la tarde, y no era coyuntura para pasar mas adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenian ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen al tiempo del retraer nos desbaratarian, porque venian tan bravosos como tigres, y pié con pié se juntaron con nosotros; y como aquello conociamos dellos, la manera que teniamos para retraer era esta: que la primera cosa que haciamos era echar de la calzada á nuestros amigos los tlascaltecas; porque, como eran muchos, con nuestro favor querian llegar á pelear con los mejicanos, y como eran mañosos, que no deseaban otra cosa sino vernos embarazados con los amigos, y con grandes arremetidas que hacian por todas tres partes para nos poder tomar en medio ó atajar algunos de nosotros; y con los muchos tlascaltecas, que embarazaban, no podiamos pelear á todas partes, é por esta causa los echábamos fuera de la calzada, en parte que los poniamos en salvo; y cuando nos viamos que no teniamos embarazo dellos, nos retraiamos al real, no vueltas las espaldas, sino haciéndoles rostro, unos ballesteros y escopeteros soltando y otros armando; y nuestros cuatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azuteas y casas que estaban por derrocar; y aun con todo este concierto teniamos harto riesgo de nuestras personas hasta volvernos á los ranchos, y luego nos quemábamos con aceite nuestras heridas y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traian de Tacuba, é yerbas y tunas quien lo tenia; y luego íbamos á velar á la abertura del agua, como dicho tengo, y luego á otro dia por la mañana, sus, á pelear; porque no podiamos hacer otra cosa, porque por muy de mañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban á nuestro real y nos decian vituperios; y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por agora de contar de nuestro real, que es el de Pedro de Albarado, y volvamos al de Cortés, que siempre de noche y de dia le daban combates, y le mataban y herian muchos soldados, y era de la manera que á nosotros los del real de Tacuba; y siempre traia dos bergantines á dar caza de noche á las canoas que entraban en Méjico con bastimentos é agua; é parece ser que el un bergantin prendió á dos principales que venian en una de las muchas

canoas que venian con bastimento, y dellos supo Cortés que tenian en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas y otras tantas canoas para tomar á alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y aquellos dos principales que se prendieron, Cortés les halagó y dió mantas, y con muchos prometimientos que en ganando á Méjico les daria tierras, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar les preguntó que á qué parte estaban las piraguas; porque no se pusieron donde la otra vez; y ellos señalaron en el puesto y paraje que estaban, y aun avisaron que habian hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen y matasen á los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen á meter á unos carrizales apartados obra de un cuarto de legua, donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama; y fueron á remo callado, y estuvieron toda la noche aguardando, y otro dia de mañana mandó Cortés que fuese un bergantin como que iba á dar caza á las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos indios principales que se prendieron dentro del bergantin, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el bergantin fuese hácia allá; y ansimismo los mejicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas, como la otra vez, adonde estaba su celada, como que traian bastimento, para que se cebase el bergantin en ir tras ellas; por manera que ellas tenian un pensamiento y nosotros otro como el suyo de la misma manera; y como el bergantin que echó Cortés vió á las canoas que echaron los indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacian que se iban huyendo á tierra adonde estaba su celada de sus piraguas, y luego nuestro bergantin hizo semblante que no osaba llegar á tierra, y que se volvia retrayendo; y cuando las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvia, salen tras él con gran furia y remar todo lo que podian, y le iban siguiendo; y el bergantin se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole; y en aquel instante soltaron unas escopetas, que era la señal de cuando habian de salir nuestros bergantines; y cuando oyeron la señal, salen con grande ímpetu y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron y prendieron muchos guerreros, y tambien el bergantin que echaron para en celada, que iba ya á lo largo, vuelve á ayudar á sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas; y desde allí adelante no osaban los mejicanos echar mas celadas, ni se atrevian á meter bastimentos ni agua tan á ojos vistas como solian; y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora, como vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada dia teniamos vitoria, ansí por el agua como por tierra, y vieron venir á nuestra amistad muchos amigos, ansí los de Chalco como los de Tezcuco é Tlascala é otras poblaciones, y con todos les hacian mucho mal y daño en sus pueblos, y les cautivaban muchos indios é indias; parece ser se juntaron todos, é acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdon si en algo nos habian enojado, y dijeron que eran mandados, que no podian hacer otra cosa; y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera, y aun cuando lo supimos en nuestro real de Pedro de Albarado y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo á nuestra plática: Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado á los mejicanos; y los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco é Cuyoacan é Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce; y les dijo Cortés que no habiamos de alzar real hasta que los mejicanos viniesen de paz, ó por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir á Méjico, é que viniesen á hacer sus ranchos é trajesen comida, lo cual dijeron que ansí lo harian; é hicieron los ranchos de Cortés, y no traian comida, sino muy poca y de mala gana. Nuestros ranchos; donde estaba Pedro de Albarado nunca se hicieron, que ansí nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos á nuestra calzada y á los combates que cada dia dábamos á los mejicanos, y cómo les ibamos ganando muchas torres de ídolos y casas y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa á casa tenian hechas, y todo lo cegábamos con adobes y la madera de las casas que deshacíamos y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos; y aun con toda esta diligencia que poniamos, lo tornaban á hondar y ensanchar, y ponian mas albarradas, y porque entre todas tres nuestras capitanías teniamos por deshonra que unos batalláseinos é hiciésemos rostro á los escuadrones mejicanos, y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes; y por excusar diferencias sobre los que habiamos de batallar é cegar aberturas, mandó Pedro de Albarado que una capitanía tuviese cargo de cegar y entender en la obra un dia, y las dos capitanías batallasen é hiciesen rostro contra los enemigos, y esto habia de ser por rueda, un dia una y luego otro dia otra capitanía, hasta que por todas tres volviese la andana y rueda; y con esta órden no quedaba cosa que les ganábamos que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban; y ansí les íbamos entrando en su ciudad; mas al tiempo del retraer todas tres capitanías habiamos de pelear juntos, porque entonces era donde corriamos mucho peligro; y como otra vez he dicho, primero haciamos salir de las calzadas todos los tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro real, y volvamos al de Cortés y al de Gonzalo de Sandoval, que á la contina, ansí de dia como de noche, tenian sobre sí muchos contrarios por tierra y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podian apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente y obra muy honda, que era mala de ganar, en ella tenian los mejicanos muchos mamparos

y albarradas, que no se podian pasar sino á nado, é ya que se pusiesen á pasalla, estábanles aguardando muchos guerreros con flechas y piedras con honda, y vara y macanas y espadas de á dos manos, y lanzas como dalles, y engastadas las espadas que nos tomaron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra; y habia junto á las albarradas muchas azuteas, y dellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podian defender; y los herian muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podian ayudar, por las estacadas que tenian puestas, en que se embarazaban los bergantines; y sobre ganalles esta fuerza y puente y abertura pasaron los de Cortés mucho trabajo, y estuvieron muchas veces á punto de perderse, é le mataron cuatro soldados en el combate y le hirieron sobre treinta; y como era ya tarde cuando la acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de la cegar, y se volvieron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con mas de treinta soldados heridos y muchos tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente. Dejemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear á sus capitanes, haciendo apercebir todos sus poderes para que nos diesen guerra continuamente; y es que, como para otro dia era fiesta de señor San Juan de junio, que entonces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en Méjico, cuando el socorro del capitan Pedro de Albarado, y nos desbarataron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla, parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes, ansí por tierra como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decian se lo tenia mandado su Huichilóbos, y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas para que en ellas zabordasen; y vinieron con esta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el real y corriamos harto peligro, y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron á quince de los nuestros, y dos murieron de ahí á ocho dias de las heridas. Pues en el real de Cortés tambien les pusieron en grande aprieto é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente, y desta manera vinieron dos noches arreo; y tambien en aquellos reencuentros quedaron muchos mejicanos muertos y muchos heridos; y como Guatemuz y sus capitanes y papas vieron que no aprovechaba nada la guerra que dieron aquellas noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del alba y diesen en nuestro real, que se dice el de Tacuba; y vinieron tan bravosos, que nos cercaron por todas partes, y aun nos tenian medio desbaratados y atajados; y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos tornamos á hacer un cuerpo y nos mamparamos algo con los bergantines, y á buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pié con pié, los apartamos algo de nosotros, y los de á caballo no estaban holgando; pues los ballesteros y escopeteros hacian lo que podian, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones que ya nos tenian tomadas las espaldas; y en aquella batalla mataron á ocho de nuestros soldados, y aun á Pedro de Albarado le descalabraron, y si nuestros amigos los tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corriamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacia que luego los echásemos fuera de la calzada y se fuesen á Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos á nuestra batalla, que matamos muchos mejicanos, y se prendieron cuatro personas principales. Bien tengo entendido que los curiosos letores se hartarán ya de ver cada dia combates, y no se puede hacer menos, porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras y combates, y por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo é cuándo é de qué manera é arte pasaba; é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haciamos, porque me parece que seria gran prolijidad é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadís é de otros corros de caballeros; é porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas é rencuentros que cada dia é de noche teniamos, si posible fuere, lo diré lo mas breve que pueda, hasta el dia de señor San Hipólito, que, gracias á nuestro Señor Jesucristo, nos apoderamos desta tan gran ciudad y prendimos al rey della, que se decia Guatemuz, é á sus capitanes; puesto que antes que le prendiésemos tuvimos muy grandes desmanes, é casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el real de Cortés por descuido de sus capitanes, como adelante verán.

CAPITULO CLII.

Cómo desbarataron los indios mejicanos á Cortés, é le llevaron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, é le hirieron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vió que no se podian cegar todas las aberturas y puentes é zanjas de agua que ganábamos cada dia, porque de noche las tornaban á abrir los mejicanos y hacian mas fuertes albarradas que de antes tenian hechas, é que era gran trabajo pelear y cegar puentes y velar todos juntos, en demás como estábamos heridos, acordó de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenia en su real, que se decian Cristóbal de Olí y Francisco Verdugo y Andrés de Tapia, y el alférez Corral y Francisco de Lugo, y tambien nos escribió al real de Pedro de Albarado y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los capitanes y soldados; y el caso que propuso fué, que si nos parecia que fuésemos entrando de golpe en la ciudad hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de Méjico, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca; é que llegados que llegásemos, que seria bien asentar en él todos tres reales, que desde allí podiamos batallar por las calles de Méjico, y sin tener tantos trabajos é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decian que no era buen consejo ni

acuerdo meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando y derrocando y abrasando casas; y las causas mas evidentes que dimos los que éramos en este parecer fué, que si nos metiamos en el Taltelulco y dejábamos todas las calzadas y puentes sin guarda y desmamparadas, que como los mejicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarían á abrir las puentes y calzadas, y no seriamos señores dellas, é que con sus grandes poderes nos darian guerra de noche y de dia; é que, como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrian ayudar, y de aquella manera que Cortés decia, seriamos nosotros los cercados, y ellos ternian por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada cuando salimos huyendo de Méjico; y cuando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vió las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué, que para otro dia saliésemos de todos tres reales con toda la mayor pujanza, ansí los de á caballo como los ballesteros, escopeteros y soldados, é que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercebidos los tres reales y los tlascaltecas y de Tezcuco y los pueblos de la laguna que nuevamente habian dado la obediencia á su majestad, para que con todas sus canoas se viniesen á ayudar á todos nuestros bergantines. Una mañana, después de haber oido misa y nos encomendar á Dios, salimos de nuestro real con el capitan Pedro de Albarado, y tambien salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus capitanes, y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros, y Cortés por su parte llevaba vitoria, y asimismo Gonzalo de Sandoval por la suya, pues por nuestro real ya les habiamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque habia muy grandísimos poderes del Guatemuz, y la estaban guardando, y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los tlascaltecas salieron mas de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos á decir de Cortés y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta, que los mejicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera, porque tenian pensado entre sí lo que ahora á nuestro general Cortés le aconteció; y es que, como llevaba vitoria él y todos sus capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, é iban siguiendo á los contrarios, y puesto que hacian que huian, no dejaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacian algunas paradillas como que resistian á Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese tras ellos, y desque vieron que de hecho iba tras ellos siguiendo la vitoria, hacian que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y á las mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba vitorioso y en el alcance de los contrarios, por su descuido é porque nuestro Señor Jesucristo lo permitió, él y sus capitanes y soldados dejaron de cegar el abertura de agua que habian ganado; y como la calzadilla por donde iban con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno, como los mejicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efeto tenian apercebidos muchos escuadrones de guerreros mejicanos con esforzados capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno con las grandes estacadas que les tenian puestas en que zabordasen, vuelven sobre nuestro Cortés y contra todos sus soldados con tan grande furia de escuadrones y con tales alaridos y gritos, que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza con que vinieron á pelear, y acordaron todos los soldados con sus capitanías y banderas de se volver retrayendo con gran concierto; mas, como venian contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metieron en aquel mal paso se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia; y nuestro Cortés, desde que así los vió venir desbaratados, los esforzaba y decia: «Tened, tened, señores, tened recio; ¿qué es esto, que ansí habeis de volver las espaldas?» Y no les pudo detener ni resistir; y en aquel paso que dejaron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron é hirieron en una pierna y le llevaron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le mataron seis caballos é yeguas, y á Cortés ya le tenian muy engarrafado seis ó siete capitanes mejicanos, é quiso Dios nuestro Señor ponelle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Cristóbal de Olí; y desque allí le vió asido de tantos indios, peleó luego tan bravosamente, que mató á estocadas cuatro de aquellos capitanes que tenian engarrafado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado que se decia Lerma, y les hicieron que dejasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo á punto de muerte, y luego acudieron allí muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano á Cortés y le ayudan á salir de aquel peligro; y entonces tambien vino con mucha presteza su capitan de la guarda, que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomaron por los brazos y le ayudaron á salir del agua, y luego le trajeron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante tambien venia un su camarero ó mayordomo que se decia Cristóbal de Guzman, y le traia otro caballo; y desde las azuteas los guerreros mejicanos, que andaban muy bravos y vitoriosos, prendieron al Cristóbal de Guzman, é vivo le llevaron á Guatemuz; y todavía los mejicanos iban siguiendo á Cortés y á todos sus soldados hasta que llegaron á su real. Pues ya aquel desastre acaecido, le hallaron en salvo los españoles, los escuadrones mejicanos no dejaban de seguilles, dándoles caza y grita y diciéndoles vituperios y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos á nuestro ejército, que es el de Pedro de Albarado: como íbamos muy vitoriosos, y cuando no nos catamos vimos venir

contra nosotros tantos escuadrones de mejicanos, y con grandes gritas y hermosas divisas y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces habian cortado de los que habian tomado á Cortés, y venian corriendo sangre, y decian: «Ansí os matarémos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval y á los que consigo traian, y esas son sus cabezas; por eso conoceldas bien;» y diciéndonos estas palabras se venian á cerrar con nosotros hasta nos echar mano; que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas, ni ballesteros ni escopeteros, y no hacian sino dar en nosotros como á terrero; y con todo eso, no perdiamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos á nuestros amigos los tlascaltecas que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas corriendo sangre, y decian que habian muerto á Malinche y á Sandoval y á todos los teules que consigo traian, é que ansí habian de hacer á nosotros, ya los tlascaltecas temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad; y por esto digo que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos á decir, como nos íbamos retrayendo oimos tañer del cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél á toda la gran ciudad, tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oia dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos; entonces, segun después supimos, estaban ofreciendo diez corazones y mucha sangre á los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraiamos, y á la gran guerra que nos daban, ansí de la calzada como de las azuteas y lagunas con las canoas; y en aquel instante vienen mas escuadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metia en los oidos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y ansí es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos; y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez y otras muchas de poder de los mejicanos. Y volviendo á nuestra plática: allí los de á caballo hacian arremetidas; y con dos tiros gruesos que pusimos junto á nuestros ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteniamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios y nos venian hasta las casas, como cosa vencida, á echarnos vara y piedra; y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos; y quien bien ayudó aquel dia fué un hidalgo que se dice Pedro Moreno de Medrano, que vive agora en la Puebla, porque él fué el artillero, que los artilleros que soliamos tener se habian muerto, y dellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que, demás de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel dia fué de muy grandísima ayuda para nosotros; y estando que estábamos de aquella manera, bien angustiados y heridos, y no sabiamos de Cortés ni de Sandoval ni de sus ejércitos si les habian muerto ó desbaratado, como los mejicanos nos decian cuando nos arrojaron las cinco cabezas que tenian asidas por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y tambien á Sandoval é á todos los teules, que ansí nos habian de matar á nosotros aquel mesmo dia; y no podiamos saber dellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbarataron á Cortés era mas léjos; y á esta causa estábamos muy penosos, así heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mejicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel dia no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya habian tomado uno é muerto tres soldados y herido el capitan y todos los mas soldados que en ellos venian, y fué socorrido de otro bergantin, donde andaba por capitan Juan Jaramillo, y tambien tenian zalabordado en otra parte otro que no podia salir, de que era capitan Juan de Limpias Caravajal, que en aquella sazon ensordeció de coraje, que ahora vive en la Puebla; y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó á todos los soldados que en el bergantin remaban, que rompieron las estacadas, y salieron todos muy mal heridos, y salvó su bergantin: aquesto fué el primero que rompió estacadas. Volvamos á Cortés, que, como estaba él y toda su gente los mas muertos, y otros heridos, se iban todos los escuadrones mejicanos hasta su real á darle guerra, y aun le echaron delante de sus soldados, que resistian á los mejicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habian llevado vivos á Cortés, y les decian que eran del Tonatio, que es Pedro de Albarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, é que ya nos habian muerto á todos. Entonces dicen que desmayó Cortés mucho mas de lo que antes estaba él y los que consigo traia, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestre de campo Cristóbal de Olí y á sus capitanes que mirasen no les rompiesen los muchos mejicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hiciesen cuerpo, ansí heridos como sanos; y mandó á Andrés de Tapia que con tres de á caballo viniese á Tacuba por tierra, que es nuestro real, que mirase qué habia sido de nosotros, y que si no éramos desbaratados, que nos contase lo por él pasado, y que nos dijese que tuviésemos muy buen recaudo en el real, que todos juntos hiciésemos cuerpo, ansí de dia como de noche, en la vela; y esto que nos enviaba á mandar, ya lo teniamos todos por costumbre. Y el capitan Andrés de Tapia y los tres de á caballo que con él venian se dieron muy buena priesa, y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un paso los mejicanos; que ya habia puesto Guatemuz en los caminos muchos indios guerreros porque no supiésemos los unos de los otros los desmanes, y aun venia herido el Andrés de Tapia, y

traia en su compañía á Guillen de la Loa, y el otro se decia Valde-Nebro, y á un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados; y de que llegaron á nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de Méjico, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma, y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba á decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran los muertos, y decian que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar ahora en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval, y á sus capitanes y soldados, que andaban vitoriosos en la parte y calles de su conquista; y cuando los mejicanos hubieron desbaratado á Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval y su ejército y capitanes, de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados y le hirieron á todos los que traia, y á él le dieron tres heridas, la una en el muslo y la otra en la cabeza y la otra en un brazo; y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen que aquellas cabezas eran de Malinche y del Tonatio y de otros capitanes, y que ansí habian de hacer al Gonzalo de Sandoval y á los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates; y de que aquello vió el buen capitan Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, mas que de antes, é que no desmayasen, é que mirasen al retraer no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque es angosta; y lo primero que hizo fué mandar salir de la calzada á los amigos tlascaltecas, que tenia muchos, y porque no les estorbasen al retraer; y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros con mucho trabajo se retrajo á su estancia, y con toda su gente bien herida y aun desmayada, y dos soldados menos; y como se vió fuera de la calzada, puesto que estaban cercados de mejicanos, esforzó su gente y capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo, ansí de dia como de noche, é que guardasen el real no le desbaratasen; y como conocia del capitan Luis Marin que lo hacia bien, ansí herido y entrapajado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de á caballo, y por tierra fué muy por la posta al real de Cortés, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra y vara y flecha; porque, como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenia Guatemuz indios mejicanos guerreros para no dejar pasar de un real á otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran mas fácilmente; y cuando el Sandoval vido á Cortés, le dijo: «Oh señor capitan, y ¿qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desman?» Y Cortés le respondió, saltándosele las lágrimas de los ojos: «Oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, sino es el tesorero Julian de Alderete, á quien le encargué que cegase aquel mal paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado á guerras ni á ser mandado de capitanes;» y entonces respondió el mismo tesorero, que se halló junto á Cortés, que vino á ver y hablar al Sandoval y á saber de su ejército si eran muertos ó desbaratados, é dijo que el mismo Cortés tenia la culpa, y no él; y la causa que dió fué que, como Cortés iba con vitoria, por seguilla muy mejor decia: «Adelante, caballeros;» é que no les mandó cegar puentes ni pasos malos, é que si se lo mandara, que con su capitanía y con sus amigos lo hiciera;» y tambien culpaban mucho á Cortés en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas á los muchos amigos que llevaba; é porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de decir; é diré cómo en aquel instante llegaron dos bergantines de los que antes tenia Cortés en su compañía y calzada, que no sabian dellos después del desbarate, y segun pareció, habian estado detenidos, porque estuvieren zabordados en unas estacadas, y segun dijeron los capitanes, habian estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venian todos heridos, y dijeron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar rompieron las estacadas y se salvaron; de lo cual hubo mucho placer Cortés, porque hasta entonces, aunque no lo publicaba por no desmayar á los soldados, como no sabian dellos, les tenian por perdidos. Dejemos esto, y volvamos á Cortés, que luego encomendó á Sandoval mucho que fuese en posta á nuestro real, que se dice Tacuba, y mirase si éramos desbaratados ó de qué manera estábamos, é que si éramos vivos, que nos ayudase á poner resistencia en el real, no nos rompiesen; y dijo á Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenia que habia escuadrones de guerreros mejicanos en el camino, y le dijo que ya habia enviado á saber de nosotros á Andrés de Tapia con tres de á caballo, y temia no le hubiesen muerto en el camino; y cuando se lo dijo y se despidió fué á abrazar á Gonzalo de Sandoval, y le dijo: «Mirá, pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy heride y cojo; ruégoos pongais cobro en estos tres reales: bien sé que Pedro de Albarado y sus capitanes y soldados habrán batallado y hecho como caballeros, mas temo el gran poder destos perros, no les hayan desbaratado; pues de mí y de mi ejército ya veis de la manera que estoy;» y en posta vino el Sandoval y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó seria hora de vísperas, y porque, segun pareció é supimos, el desbarate de Cortés fué antes de misa mayor; y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mejicanos, que nos querian entrar en el real por unas casas que habiamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenian ya un bergantin zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habian muerto los dos, y los demás heridos; y como Sandoval nos vió á mí y á otros soldados en el agua metidos á mas de la cinta, ayudando al bergantin á echalle en lo hondo, y estaban sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras que habian tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas dándonos cuchilladas, y á mí me dieron un flechazo, y querian llegar con gran fuerza sus canoas, segun la fuerza ponian, y le tenian atadas muchas sogas para llevársele y metelle dentro de la ciudad; y como el Sandoval nos vió de aquella manera, dijo: «Oh hermanos, poned fuerza en que no lleven el bergantin;» y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en sal-

vo, puesto que, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos. En aquella sazon vinieron á la calzada muchas capitanías de mejicanos, y nos herian ansí á los de á caballo y á todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara; y entonces Pedro de Albarado le socorrió con otros de á caballo, y como venian tantos escuadrones, é yo y otros soldados les haciamos cara, Sandoval nos mandó que poco á poco nos retrajésemos porque no les matasen los caballos; é porque no nos retraiamos de presto como quisiera, dijo: «¿Quereis que por amor de vosotros me maten á mí y á todos aquestos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retrayais;» y entonces le tornaron á herir á él y á su caballo; y en aquella sazon echamos á los amigos fuera de la calzada, y poco á poco, haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros armando y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos á la par; y los de á caballo que hacian algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar; y por mas mejicanos que llevaban las pelotas, no les podian apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habian de llevar á sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde habia mucha agua é muy honda, y no nos podian alcanzar las piedras ni varas ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Albarado, contando cada uno lo que le habia acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilóbos y otros muchos atabalejos, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste; y miramos arriba al alto cu, donde los tañian, y vimos que llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y palos á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que dieron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenian arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que á muchos dellos les ponian plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian bailar delante del Huichilóbos, y cuando habian bailado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenian hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus ídolos que allí presentes tenian, y á los cuerpos dábanles con los piés por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacian borracheras, y se comian las carnes con chilmole; y desta manera sacrificaron á todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecian á sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas, echaban á los tigres y leones y sierpes y culebras que tenian en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, que atrás dello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real, y Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes. Miren los curiosos letores que esto leyeren, qué lástima terniamos dellos; y deciamos entre nosotros: «¡Oh gracias á Dios, que no me llevaron á mí hoy á sacrificar!» Y tambien tengan atencion que no estábamos léjos dellos y no les podiamos remediar, y antes rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacian aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podiamos valer de una manera ni de otra contra ellos, y nos decian: «Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces.» Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los tlascaltecas eran tan lastimosas y malas, que los hacian desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y brazos de nuestros soldados, y les decian: «Comé de las carnes destos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y deso que nos sobra bien os podeis hartar; y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas y cal y canto, y pintadas; por eso ayudad muy bien á estos teules, que á todos los veréis sacrificados.» Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que, como hubo aquella vitoria de Cortés, envió á todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y á sus parientes, piés y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron; y les envió á decir que éramos muertos mas de la mitad de nosotros é que presto nos acabarian, é que dejasen nuestra amistad y se viniesen á Méjico, y que si luego no lo dejaban, que les enviaria á destruir; y les envió á decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro real y nos dejasen, pues habiamos de ser presto muertos de su mano; y á la continua dándonos guerra, así de dia como de noche; y como velábamos todos los del real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado y los demás capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venian de noche grandes capitanías de guerreros, los resistiamos. Pues los de á caballo todo el dia y la noche estaba la mitad dellos en lo de Tacuba y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hicieron, que cuanto habiamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron á abrir, y hicieron albarradas muy mas fuertes que de antes. Pues los amigos de las ciudades de la laguna que nuevamente habian tomado nuestra amistad y nos vinieron á ayudar con las canoas, creyeron llevar lana y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas y mas de la mitad de las canoas que traian, y otros muchos volvieron heridos; y aun con todo esto, desde allí adelante no ayudaron á los mejicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse á la mira. Dejemos de hablar mas en contar lástimas, y volvamos á decir el recaudo y manera que teniamos, y cómo Sandoval y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia y los demás caballeros que habian venido á nuestro real, les pareció que era bien volverse á sus puestos y dar relacion á Cortés cómo y de qué manera estábamos; y se fueron en posta, y dijeron á

Cortés cómo Pedro de Albarado y todos sus soldados teniamos muy buen recaudo, así en el batallar como en el velar; y aun el Sandoval, como me tenia por amigo, dijo á Cortés cómo me halló á mí y á otros soldados batallando en el agua á mas de la cinta defendiendo un bergantin que estaba zabordado en unas estacadas, é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados y al capitan que dentro venia; é porque dijo de mi persona otras loas que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real, no quiero aquí recitallo; y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teniamos en nuestro real, con elló descansó su corazon, y desde allí adelante mandó á todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mejicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen; porque de batallar con ellos, no habia bien esclarecido el dia antes, cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y varas y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos; y como teniamos junto á nuestro real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro dias arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo; y esto de no salir á batallar y procurar de ganar las albarradas que habian tornado á abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas como de las armas, y sin comer cosa de sustancia; y como faltaban del dia antes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres reales, y siete caballos, porque recibiéramos algun alivio y para tomar maduro consejo de lo que habiamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejallo hé aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleábamos é se nos fueron todos los amigos á sus pueblos.

La manera que teniamos en todos tres reales de pelear es esta: que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados, tambien en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan y teniamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios, que nos venian á entrar en nuestro real y procuraban de nos desbaratar; y otro tanto hacian en el real de Cortés y en el de Sandoval, y esto no fué sino cinco dias, porque luego tomamos otra órden, lo cual diré adelante; y digamos cómo los mejicanos hacian cada dia grandes sacrificios y fiestas en el cu mayor de Tatelulco, y tañian su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenian cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos; y segun ellos decian, que en la mañana ó en aquella misma noche nos habian de matar. Parece ser que, como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian en creyente que á todos nosotros nos habian de matar, y á los tlascaltecas y á todos los demás que fuesen en nuestra ayuda; y como nuestros amigos lo oian, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dejemos destas pláticas, que eran de sus malos ídolos, y digamos cómo en la mañana venian muchas capitanías juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas; y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala que habiamos venido huyendo de nuestra tierra y de nuestro rey y señor; y esto decian por lo que Narvaez les habia enviado á decir, que veniamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo; y nos decian que de ahí á ocho dias no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche antes sus dioses; y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: «Mirá cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor;» y parece ser, como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los tlascaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habiamos derrocado, é que las habian de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilóbos se lo habia prometido; y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenian nos tomaban las espaldas, y aun nos tenian algunas veces atajados en las calzadas; y nuestro Señor Jesucristo nos sustentaba cada dia, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les haciamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlascala y de Cholula y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco, acordaron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés ni Pedro de Albarado ni Sandoval, se fueron todos los mas; que no quedó en el real de Cortés sino este Suchel, que después que se bautizó se llamó don Cárlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre; y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serian hasta cuarenta; y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo con obra de cincuenta hombres; y en nuestro real quedaron dos hijos de nuestro amigo don Lorenzo de Várgas, y el esforzado de Chichimecatecle con obra de ochenta tlascaltecas, parientes y vasallos; y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recebimos pena; y Cortés y Sandoval y cada uno en su real preguntaban á los amigos que les quedaban que por qué se habian ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decian que, como vian que los mejicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prome-

tian que nos habian de matar á nosotros y á ellos, que creian que debia de ser verdad, y del miedo se iban; y que lo que le daba mas crédito á ello era vernos á todos heridos y nos habian muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y ducientos, y que temieron no matasen á todos; y tambien porque Xicotenga el mozo, que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas que á todos nos habian de matar, é que no habia de quedar ninguno de nosotros á vista, y por esta causa se fueron. E puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos mejicanos les decian que era mentira y por desmayarlos; y tantas palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó á estar con él, y otro tanto dijimos al Chichimecatecle y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazon decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dijo don Cárlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: «Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Albarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos; y aqueste consejo le habiamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar tanto tiempo, sino entralles luego la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros tambien le habiamos dicho, y sus capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazon los mejicanos estaban vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo, y por esta causa envió dos; y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habian hecho en la laguna para que zabordasen; y es desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujesen tomaban de algo atrás, y si hacia algun viento, á todas velas, y con los remos muy mejor; y así, eran señores de la laguna y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad; y los mejicanos, como aquello vieron, se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos á nuestras batallas; y es que, aunque no teniamos amigos, comenzamos á cegar y á tapar la gran abertura que he dicho otras veces que estaba junto á nuestro real; con la primera capitanía que venia la rueda de acarrear adobes y madera y cegar lo poniamos muy por la obra y con grandes trabajos, y las otras dos capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces que así lo teniamos concertado, y habia de andar por rueda; y en cuatro dias que todos trabajamos en ella la teniamos cegada y allanada; y otro tanto hacia Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas, por tenello seguro al retraer; y Sandoval ni mas ni menos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros, sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes escuadrones que á la continua nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pié con pié con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones, venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano; y como, después de Dios, nuestro buen pelear nos habia de valer, teniamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas y arremetidas de los de á caballo, que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines, que no temian ya las estacadas, les haciamos estar á raya, y poco á poco les fuimos entrando; y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraiamos, ya he dicho otras veces que habia de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos; y si de antes lo procuraban, en estos dias, con la vitoria que habian alcanzado, lo ponian muy por la obra; y digo que por tres partes nos tenian tomados en medio en este dia; mas quiso nuestro Señor Dios que, puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios; y como no teniamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos á nuestro real bien heridos, donde nos curamos con aceite y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los mejicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañian su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy léjos, y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo le tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos; y cuando les sacrificaban, entonces hablaba su Huichilóbos con ellos y les prometia vitoria é que habiamos de ser muertos á sus manos antes de ocho dias, é que nos diesen buenas guerras aunque en ellas muriesen muchos; y desta manera les traian engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir que cuando otro dia

amanecia ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podia juntar, y como teniamos cegada la abertura y calzada y puentes, ni sé ellos cómo la ponian en seco, tenian atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos y tirar vara y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les haciamos apartar, porque Pedro Moreno Medrano, que tenia cargo dellos, les hacia mucho daño; y quiero decir que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habian de tirar, y ellos y los mejicanos tiraban aquellos tiros y no nos hacian mal; y tambien batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas; y esto sabíamoslo por Sandoval y los bergantines que iban de nuestro real al de Cortés y del de Cortés al nuestro y al de Sandoval, y siempre nos escribia de la manera que habiamos de batallar y todo lo que habiamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de á caballo en Tacuba guardando el fardaje y las indias que nos hacian pan, y que parásemos mientes no rompiesen por nosotros una noche, porque unos prisioneros que en el real de Cortés se prendieron le dijeron que Guatemuz decia muchas veces que diesen en nuestro real de noche, pues no habia tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabian que se nos habian ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poniamos gran diligencia en velar. Dejemos esto, y digamos que cada dia teniamos muy recios rebatos, y no dejábamos de les ir ganando albarradas y puentes y aberturas de agua; y como nuestros bergantines osaban ir por do quiera de la laguna y no temian á las estacadas, ayudábannos muy bien. Y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su real á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenia un sabor como de queso, y traian en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés y de Gonzalo de Sandoval, que cada dia iban conquistando y ganando albarradas y puentes; y en aquestos trances y batallas se habian pasado, cuando en el desbarate de Cortés, doce ó trece dias; y como este Suchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcuco, vió que volviamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mejicanos decian, que dentro de diez dias nos habian de matar, porque así se lo habia prometido su Huichilóbos, envió á decir á su hermano don Hernando que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos dias que él se lo envió á decir mas de dos mil hombres. Acuérdome que vinieron con ellos Pedro Sanchez Farfan y Antonio de Villarroel, marido que fué de la Ojeda, porque aquestos dos soldados habia dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era capitan y el Antonio Villarroel era ayo de don Fernando; y cuando Cortés vido tan buen socorro se holgó mucho y les dijo palabras halagüeñas, y asimismo en aquella sazon volvieron muchos tlascaltecas con sus capitanes, y venia por capitan dellos un cacique de Topeyanco que se decia Tecapanaca, y tambien vinieron otros muchos indios de Guaxocingo y pocos de Cholula; y como Cortés supo que habian vuelto, mandó que todos fuesen á su real para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen mejicanos; y cuando parecieron delante, Cortés les hizo un parlamento con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que bien habian creido y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recebido, y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mejicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos á sus tierras y se vengasen de sus enemigos; que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada dia les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos mas desembarazados sin ellos para pelear, é que ya les habian dicho y amonestado otras veces que el que nos da vitoria y en todo nos ayuda es nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos; y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desmamparallos, é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es de perdonar; é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albarradas; é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mejicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle y á los dos mancebos Xicotengas y á este Suchel hermano de don Hernando, y les prometió que les daria tierras y vasallos mas de los que tenian, teniéndoles en mucho á los que quedaron en nuestro real; y asimismo habló muy bien á Tecapaneca, señor de Topeyanco, y á los caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su real. Dejemos desto, y volvamos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teniamos y nos daban, y porque siempre de dia y de noche no haciamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herian á muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba; y quiero decir, como en aquellos dias llovia en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque, como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y mas cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los letores les parecerá prolijidad recitallas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres dias siempre batallábamos á la continua; mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traeria tanto á la memoria en esta relacion. Volvamos á nuestro cuento: y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval tambien por su parte, y Pedro de Albarado por la nuestra, llegamos adonde tenian la fuente, que ya he dicho otra vez que bebian agua salobre; la cual quebramos y deshicimos

porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos mejicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habiamos ganado andaban ya, porque ya estaba llano y sin agua y podian correr muy gentilmente. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo Cortés envió á Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Cómo Cortés envió á Guatemuz á rogalle que tengamos paz.

Después que Cortés vió que íbamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas y albarradas y derrocando casas, como teniamos presos tres principales personas que eran capitanes de Méjico, les mandó que fuesen á hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros; y los principales dijeron que no osaban ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron, y lo que les mandó que dijesen al Guatemuz es, que porque lo quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad no se acabe de destruír, y por excusar la gran matanza que cada dia haciamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y les hará muchas mercedes; é que tenga consideracion que se lo ha enviado á decir tres ó cuatro veces, é que él por ser mancebo ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos ó papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir, sino darnos guerra; é pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada dia nuevamente vienen mas contra ellos, que se compadezca de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. Tambien les envió á decir que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabia, é que tambien agua no la tenian; y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron á Cortés una carta, y esta no porque la entendian, sino porque sabian claramente que cuando enviábamos alguna mensajería ó cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó; y el Guatemuz desque lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasion de que fuesen atrevidos aquellos capitanes de illes con tales embajadas; mas, como el Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre, y de buena disposicion y rostro alegre, y aun la color tenia algo mas que tiraba á blanco que á matiz de indios, que era de obra de veinte y tres años y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tio; y segun después alcanzamos á saber, tenia voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus capitanes y principales y papas de los ídolos, y les dijo que tenia voluntad de no tener guerra con Malinche ni todos nosotros; y la plática que sobre ello les puso fué, que ya habian probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenian vencidos, que entonces volviamos muy mas reciamente sobre ellos; y que al presente sabia los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habian venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habian rompido sus estacadas, y que los caballos corrian á rienda suelta por las calles de su ciudad; y les puso por delante otras muchas desventuras que tenian sobre los mantenimientos y agua; que les rogaba y mandaba que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los papas tambien dijesen el suyo y lo que á sus dioses Huichilóbos y Tezcatepuca les han oido hablar, y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció, le dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tio, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacoan y Tacuba y de Tulatcingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalando las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras; que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán.» Y los papas en aquel tiempo le dijeron que sus dioses les habian prometido vitoria tres noches arreo cuando les sacrificaban; y entonces el Guatemuz, medio enojado, les dijo: «Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no, yo le mataré;» y allí todos prometieron de pelear noches y dias y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado, tuvieron trato con los de Suchimileco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenian agua, aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés y de todos nosotros, que estuvimos dos dias sin entralles en su ciudad esperando la respuesta, y cuando no nos catamos, vienen tantos escuadrones de guerreros mejicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venian á encontrar con nosotros, que en todo su se-

so creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del real de Pedro de Albarado, que en lo de Cortés y Sandoval tambien dijeron que les habian llegado á sus reales, que no les podian defender, aunque mas les mataban y herian; y cuando peleaban tocaban la corneta de Guatemuz, y entonces habiamos de tener órden que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces que entonces se metian por las espadas y lanzas para nos echar mano; é como ya estábamos acostumbrados á los rencuentros, puesto que cada dia herian y mataban de nosotros, teniamos con ellos pié con pié, y desta manera pelearon seis ó siete dias arreo, y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decian: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres;» y diciendo esto, se vienen á nosotros como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estábamos peleando, y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo con grandes capitanías y escuadrones dellos, y echábamos á los amigos fuera de la calzada, porque ya habian venido muchos mas que de antes, y nos volviamos á nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada alto á pelear, porque no nos daban mas espacio; y desta manera estuvimos muchos dias; y estando desta manera tuvimos otro combate, y es que se juntaban de tres provincias, que se dicen Matalacingo y Malinalco, y otros pueblos que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de Méjico, para venir sobre nosotros, y mientras estuviésemos batallando con los mejicanos darnos en las espaldas y en nuestros reales, y que entonces saldrian los poderes mejicanos, y los unos por una parte y los otros por otra, tenian pensamientos de nos desbaratar; y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval contra las provincias que venian á ayudar á Guatemuz.

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás á decir desde que á Cortés desbarataron y se llevaron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron después, que bien se contaron. Y tambien he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habian desollado, y piés y manos de nuestros soldados que habian sacrificado, á muchos pueblos y á Matalacingo y Malinalco, y les envió á hacer saber que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á ayudar, é que darian guerra en nuestros reales de dia y de noche, y que por fuerza habiamos de pelear con ellos por defenderse; é que cuando estuviésemos peleando, saldrian ellos de Méjico y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y tenian que sacrificar muchos de nosotros á sus ídolos, y harian hartazga con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto; y demás desto, en Matalacingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusieron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de Méjico y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros, y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron á dar guerra y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron á se lo hacer saber á Cortés para que les enviase ayuda y socorro; y como lo supo, de presto mandó á Andrés de Tapia, y con veinte de á caballo y cien soldados y muchos amigos les socorrió muy bien y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al real; de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento; y después desto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernabaca á demandar socorro, que los mismos de Matalacingo, de Malinalco y otras provincias venian sobre ellos, é que enviase socorro; y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo y ochenta soldados, los mas sanos que habia en todos tres reales, y muchos amigos; y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estábamos heridos muy malamente y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer á su real, y trajo dos principales de Matalacingo consigo, y los dejó mas de paz que de guerra; y fué muy provechosa aquella entrada que hizo, lo uno por evitar que á muchos amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenian ya ayuda ni favor de aquellas provincias; y tambien cuando con ellos estábamos peleando nos decian que nos habian de matar con ayuda de Matalacingo y de otras provincias, é que sus dioses se lo habian prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de cómo Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz é que le perdonaria todo lo pasado; y le envió á decir que el Rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra ni entrado batallando; y que mire que ya no tienen bastimentos ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo, é que de los socorros que esperaba de Matalacingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces les envió, é digan cómo les ha ido en su venida; y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos indios de Matalacingo, y le dijeron lo que habia pasado; y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de Méjico. De-

jemos á los mensajeros, que luego salieron, y los mejicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que les heriamos y matábamos muchos dellos, paréceme que deseaban morir peleando, y entonces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decian: «Tenitoz rey Castilla, Tenitoz Ajaca;» que quiere decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? Qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubrian el suelo y calzada. Dejemos esto, que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentiamos que, puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solian, ni abrian zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenian muy cierta, que al tiempo que nos retraiamos nos venian siguiendo hasta nos echar mano; y tambien se nos habia acabado ya la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante habia venido á la Villa-Rica un navío que era de una armada de un licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se perdió y desbarató en las islas de la Florida, y el navío aportó á aquel puerto, como dicho tengo, y venian en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas; y el teniente que estaba en la Villa-Rica, que se decia Rodrigo Rangel, que tenia en guarda á Narvaez, envió luego á Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos á nuestra conquista, por abreviar: que mandó y acordó Cortés con todos los demás capitanes y soldados que les entrásemos todo cuanto pudiésemos hasta llegalles al Tatelulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos cues y adoratorios; y Cortés por su parte y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra, les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenian otros adoratorios. En aquellos cues estaban unas vigas, y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados que habian muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenian los cabellos y barbas muy crecidas, mas que cuando eran vivos, y no lo habia yo creido si no le viera desde tres dias, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, é yo conocia tres soldados mis compañeros; y cuando las vimos de aquella manera se nos saltaron las lágrimas de los ojos; y en aquella sazon se quedaron allí donde estaban, mas desde á doce dias se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenian ofrecidas á otros ídolos, y las enterramos en una iglesia que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos desto, y digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Albarado y llegamos al Tatelulco, y habia tantos mejicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenian tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimós tomar; y cómo podian ya correr caballos, puesto que les hirieron á los mas; mas nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mejicanos; y como habia tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres capitanías á batallar con ellos; y á la una capitanía, que era de un Gutierre de Badajoz, mandó Pedro de Albarado que subiese en el alto cu de Huichilóbos, y peleó muy bien con los contrarios y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios, que le hacian venir las gradas abajo; y luego Pedro de Albarado nos mandó que le fuésemos á socorrer y dejásemos el combate en que estábamos; é yendo que íbamos, nos siguieron los escuadrones con quien peleábamos, y todavía les subiamos sus gradas arriba. Aquí habia bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron á herir á todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego á los ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podiamos valer de tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron en aquella sazon desde sus barrios y calles en sus partes léjos del alto cu, y las llamaradas en que el cu mayor ardia, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él; mas no podian, porque habia un cuarto de legua de la una parte á la otra, y tenian muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra, y no podian entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas dende á cuatro dias se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, é podiamos ir desde un real á otro por las calles y casas derrocadas y puentes y albarradas deshechas y aberturas de agua todo ciego; y en este instante se iban retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivia ya estaban por el suelo; y con todo esto, no dejaban cada dia de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes; é viendo esto Cortés, que se pasaban muchos dias, y no venian de paz ni tal pensamiento tenian, acordó con todos nuestros capitanes que les echásemos celadas; y fué desta manera: que de todos tres reales se juntaron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocia Cortés, y envió á llamar de todos tres reales mil tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habian sido de un señor de Méjico, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de á caballo que le quedaban, y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solia; y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entonces estaban peleando con los escuadrones de mejicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y como Cortés vió que habia gran número de contrarios, hizo que se retraia y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo; y le iban siguiendo al principio poco á poco, y cuando vieron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que habia pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que era señal de cuándo habiamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos y nuestros amigos los tlascaltecas, é hicieron gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no

nos seguian al tiempo del retraer; y tambien en el real de Pedro de Albarado les echó una celada, mas no tan buena como esta; y en aquel dia no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Albarado por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos desto, y digamos cómo estábamos ya en el Tatelulco, y Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitanías á estar en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el real á batallar con los mejicanos; y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos mas en la ciudad ni les derrocásemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces; y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco envió Cortés á Guatemuz rogándole que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia que su persona seria muy acatada y hourada dél, y que mandaria á Méjico y á todas sus tierras y ciudades como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas y gallinas y cerezas y tunas y caza, é que no tenian otra cosa; y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron fué, que dijese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres dias se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias tenian tiempo de aderezar puentes y abrir calzadas y adobar piedra y vara y flecha y hacer albarradas; y envió Guatemuz cuatro mejicanos principales con aquella respuesta; é creiamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco como de antes; y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vernia para cuando estaba acordado; y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes y la destruicion de todo el linaje noble de los mejicanos, é que dijese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placeria á sus dioses, que les darian vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habia prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de mejicanos con sus divisas, y dan á Cortés tanta guerra, que no se podia valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar; y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y mataron dos caballos y hirieron otros mas; é ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron; y como esto vido Cortés, mandó que luego les tornásemos á dar guerra y les entrásemos en su ciudad á la parte donde se habian recogido; y cómo vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés que queria hablar con él desde una gran abertura de agua, y habia de ser Cortés de la una parte y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro dia de mañana; y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales, los cuales dijeron que su señor Guatemuz no osaba venir por temor que cuando estuviese hablando le tirarian escopetas y ballestas y le matarian; y entonces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazon dos principales de los que hablaban con Cortés sacaron de un fardalejo que traian tortillas é una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortes los viese y entendiese que no tenian hambre; y desde allí le envió á decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada y que presto les entraria en todas sus casas, y veria si tenia maíz, cuanto mas gallinas; y desta manera se estuvieron otros cuatro ó cinco dias que no les dábamos guerra; y en este instante se salian de noche muchos pobres indios que no tenian qué comer, y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre; y cuando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad para venir de paz, y no venian; y en el real de Cortés estaba un soldado que decia él mismo que él habia estado en Italia en compañía del Gran Capitan, y se halló en la chirinola de Garayana y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco, con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad adonde el Guatemuz se habia retraido, que las haria que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trajeron piedra, cal y madera de la manera que él la demandó, y carpinteros y clavazon, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, é hicieron dos hondas de recias sogas, y trujeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco segun y de la manera que el soldado dió la órden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto y luego cayó allí donde estaba armado; y desque aquello vió Cortés hubo mucho enojo del soldado que le dió la órden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creido tenia que no era para en la guerra ni para en cosa de afrenta, y no era mas de hablar, que se habia hallado de la manera que he dicho; y segun el mismo soldado decia, que se decia Fulano de Sotelo, natural de Sevilla, y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitan general y entrase en el rincon de la ciudad adonde se habia retraido Guatemuz, el cual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los capitanes de los bergantines; y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó.

CAPITULO CLVI.

Cómo se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vido que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no queria paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincon de la ciudad adonde estaban retraidos el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en Méjico habia, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocase las casas y muchas barbacanas que habian hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo entraba Sandoval con los bergantines, y les fueron acompañando Pedro de Albarado y Luis Marin, y Francisco de Lugo y otros soldados; y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, cuando se vió cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto salvarse en ellas y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos; y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincon tenia, y á sus capitanes, que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenian metida su hacienda de oro y joyas y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes y principales; y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, é que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender; y como un Garci-Holguin, que era capitan de un bergantin, amigo de Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte què le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el Garci-Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél y de los toldos é piragua, y aderezo dél y de la canoa, le conoció el Holguin y supo que era el grande señor de Méjico, y dijo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: «No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.» Y como el Holguin le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato, á él, á su mujer y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin; y en aquella sazon el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que Garci-Holguin habia prendido al Guatemuz, y que le llevaba á Cortés; y como el Sandoval lo supo, mandó á los remeros que llevaba en su bergantin que remasen á la mayor priesa que pudiesen, y cuando alcanzó á Holguin le dijo que le diese el prisionero, y el Holguin no se lo quiso dar, porque dijo que él lo habia prendido, y no el Sandoval; y el Sandoval dijo que así era verdad, y que él era general de los bergantines, y que el Holguin venia debajo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantin muy ligero, mas que los otros; é mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval, como á su general, le habia de dar el prisionero; y el Holguin todavía porfiaba que no queria; y en aquel instante fué otro bergantin á gran priesa á Cortés á demandalle albricias, que, como dicho tengo, estaba muy cerca, en el Tatelulco, mirando desde el cu mayor cómo entraba el Sandoval; y entonces le contaron la diferencia que traia Sandoval con el Holguin sobre tomalle el prisionero; y cuando Cortés lo supo, luego despachó al capitan Luis Marin y á Francisco de Lugo para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguin, sin mas debatir, é que trajese al Guatemuz y á la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaria cúyo era el prisionero y á quién se habia de dar la honra dello; y entre tanto que le fueron á llamar, hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés; y cuando se vió delante dél le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes; y entonces el Guatemuz dijo á Cortés: «Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él.» Y esto cuando se lo decia lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traia; y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber vuelto y defendido su ciudad se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que antes se lo ha de tener á bien que á mal; é que lo que Cortés quisiera, fué que, cuando iban de vencida, que porque no hubiera mas destruicion ni muerte en sus mejicanos, que vinieran de paz y de su voluntad; é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazon y de sus capitanes, é que

mandará á Méjico y á sus provincias como de antes lo solian hacer; y Guatemuz y sus capitanes dijeron que se lo tenian en merced; y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes, que le habian dicho que venian con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió y dijo que habia rogado á Gonzalo de Sandoval y á Garci-Holguin que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba; y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que habia lo mejor que pudo en aquella sazon; y luego, porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia y á los principales que con él estaban; y luego mandó á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí que cada uno se fuese á sus estancias y reales, y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y Sandoval dejó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió á Tepeaquilla, que era su puesto y real. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, á hora de vísperas, dia de señor San Hipólito, año de 1521, gracias á nuestro Señor Jesucristo y á nuestra Señora la Vírgen santa María, su bendita Madre, amen. Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañian cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres dias que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de dia daban tantos gritos y voces é silbos, unos escuadrones mejicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habian de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habian de guerrear con los bergantines y con nosotros en los puentes, y otros apercibiendo á los que habian de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas, que de contínuo no dejaban de se tocar; y desta manera, de noche y de dia no dejábamos de tener gran ruido, y tal, que no nos oiamos los unos á los otros; y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos desto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos, y decian que su mujer era sobrina de Montezuma, su tio, muy hermosa mujer y moza. Y antes que mas pasemos adelante, digamos en qué paró el pleito del Sandoval y del Garci-Holguin sobre la prision de Guatemuz; y es, que Cortés le dijo que los romanos tuvieron otra contienda de la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y esto fué cuando Sila trajo preso á Yugurta, que estaba con su suegro el rey Ibócos; y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heróicos, parció ser que Sila metió en su triunfo á Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le habia de meter Sila, sino él; é ya que le metia, que habia de declarar que el Mario le dió aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se le dió el rey Ibócos; pues que el Mario era capitan general y debajo de su mano y bandera militaban, y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenia mucho favor; y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decia Arpino, y advenedizo, puesto que habia sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre Mario y el Sila, y nunca se determinó á quién se habia de dar la honra de la prision de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haria relacion dello á su majestad, y á quien fuese servido de hacer merced se le daria por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinacion; y desde á dos años vino mandado por su majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos reyes, que fueron Montezuma, gran señor de Méjico; Cacamatzin, señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran señor que decian que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decian que de derecho le venia el reino y señorío de Méjico, que era señor de Matalacingo y de otras provincias; y á este Guatemuz, sobre que fué este pleito. Dejemos desto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se habia retraido Guatemuz; y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leido la destruicion de Jerusalen; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Méjico que allí se habian acogido, todos los mas murieron; que, como he dicho, así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto, que no habia hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron á sus reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos desto, y pasemos adelante, y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados é hubieron buen despojo, á causa que podian ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentian que habria oro, ropa y otras riquezas, y tambien lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los indios mejicanos cuando les ganábamos algun barrio y casa; y tambien porque, so color que iban á dar caza á las canoas que metian bastimentos y agua, si

topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre ellos, otomites, que estaban comarcanos, les despojaban de loque llevaban. Quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra firme no podiamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y heridas de vara y piedra, á causa que cuando íbamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habian salido y sacado toda la hacienda que tenian, y no podiamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes; y á esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habian de andar en los bergantines, que fueron mejor librados que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los capitanes mejicanos, y aun el Guatemuz, dijeron á Cortés, cuando les demanda el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habian robado mucha parte dello. Dejemos de hablar mas en esto hasta mas adelante, y digamos que, como habia tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de Méjico á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver; y después que la hubieron desembarazado, envió Cortés á ver la ciudad, y estaban, como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podian salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raices de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. Tambien quiero decir que no comian las carnes de sus mejicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecas y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta. Dejemos de hablar en esto, y pasemos adelante: que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos á nuestras pláticas: que después que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, después de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa-Rica, y tenia puercos que le trujeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron, y tambien porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que, después de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habian de ser de oro, de las partes que les habian de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas, salieron á danzar las damas que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir, y fueron las damas pocas, que no habia otras en todos los reales ni en la Nueva-España; é dejo de nombrarlas por sus nombres é de referir cómo otro dia hubo sátira; porque quiero decir que, como hubo cosas tan malas en el convite y en los bailes, el buen fraile fray Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, é le dijo á Sandoval lo mal que le parecia, é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante; é el Sandoval tan presto le dijo á Cortés lo que fray Bartolomé murmuraba é gruñia, y el Cortés, que era discreto, le mandó llamar é le dijo: «Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion, y que diga misa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios, y que no hurten ni riñan pendencias, ó que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien.» E fray Bartolomé se lo agradeció á Cortés; que no sabia lo que habia dicho Albarado, y pensaba que salia del buen Cortés, su amigo; y el fraile hizo una procesion, en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de nuestra Señora; y otro dia predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Albarado, é dimos gracias á Dios por la vitoria. Y dejemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas sino algo atrás, sin propósito; y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Várgas, que se solia llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de Méjico, y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco don Hernando, que se decia Suchel, que después se llamó don Cárlos; este hizo cosas de muy esforzado y valiente varon; y otro capitan natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, tambien hacia maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daria tierras y vasallos y les haria grandes señores, y les despidió; y como estaban ricos de ropa de algodon y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres á sus tierras, y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fies-

tas. Agora, que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios, que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que después que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos, y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazon presumia de buen soldado y era tenido en esta reputacion, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazon yo hacia delante de mis capitanes; y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos que dicho tengo, temia yo que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa desde entonces temí desta cruel muerte; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponia por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor; y tambien quiero decir qué cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos rencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazon y esfuerzo y ánimo en mi persona agora á la postre mas arraigado que nunca; porque, si bien lo sé contar y traer á la memoria, desde que vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la Punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito cuando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba. Dejemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos á Narvaez me señalaron para que les fuésemos á tomar la artillería, que eran diez y ocno tiros que tenian cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los mejicanos nos echaron de Méjico, ó por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus rededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los mejicanos cuando estábamos en Tezcuco sobre coger las mielpas de maíz, y en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortaleza que ganó Cortés, y en lo de Suchimileco, é otros muchos rencuentros; y entré con Pedro de Albarado con los primeros á poner cerco á Méjico, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Albarado; y después desto, cuando desbarataron por la misma nuestra parte y llevaron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas ya por mí memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros; ya he dicho que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo; porque, como he dicho, sentía yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon y temia la muerte; y todas aquestas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, verán en mi relacion en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tuvo Cortés y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas; pues aun no han sido nada los trabajos y peligros y rencuentros de muerte que de mí persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga á coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mejicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo lleváronlos, y no digo matáronlos, y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus ídolos, y aun primero les hacian bailar delante de Huichilóbos, que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa por que he dicho los llevaron. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado Méjico.

CAPITULO CLVII.

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar antes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de Méjico; é que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de Méjico de todas aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las

enterrasen, para que quedasen limpias y sin que hubiese hedor ninguno en toda aquella ciudad; y que todas las calzadas y puentes que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas; y luego les señaló Cortés en qué parte habian de poblar, y la parte que habian de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejémonos agora destos mandados y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron á nuestro capitan Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habiamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales; que le pedian por merced que se las hiciese volver; y Cortés les respondió que serian muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenian, y puso alguna dificultad en ello; pero que las buscasen y trajesen ante él, é que veria si eran cristianas ó si querian volver á casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaria dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, é un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diese si las indias se querian volver de buena voluntad con ellos; y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y las mas dellas no quisieron ir con sus padres ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondian, y otras decian que no querian volver á idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera, no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen. Dejemos desto, y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en que estuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ellas, y parésceme que fué á Pedro de Albarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decia de la Pedrada. Digamos de otra materia: cómo se recogió todo el oro y plata y joyas que se hubieron en Méjico, é fué muy poco, segun pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro dias antes que se prendiese; ó que demás desto, que lo habian robado los tlascaltecas y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra; y demás desto, que los que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales del Rey decian y publicaban que Guatemuz lo tenia escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello él todo para sí; y por estas causas acordaron de dar tormento á Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado; y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habian hecho pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decian que no habia mas de lo que los oficiales del Rey tenian en su poder, y eran hasta trecientos y ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habian fundido y hecho barras; y de allí se sacó el real quinto, é otro quinto para Cortés; y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vieron tan poco oro, y al tesorero Julian de Alderete le decian algunos dellos que tenian sospecha que por quedarse Cortés con el oro no queria que prendiesen al Guatemuz ni le diesen tormento; y porque no le achacasen algo á Cortés, y no lo podia excusar, consintió que le diesen tormento á Guatemuz, como al señor de Tacuba; y lo que confesaron fué, que cuatro dias antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, ansí el oro como los tiros y escopetas y ballestas, y otras muchas cosas de guerra que de nosotros tenian de cuando nos echaron de Méjico y cuando desbarataron agora á la postre á Cortés; y fueron adonde Guatemuz habia señalado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna; y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz á las casas donde solia vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz; y el señor de Tacuba dijo que él tenia en unas casas suyas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá é que diria dónde estaba soterrado y lo daria; y fué Pedro de Albarado y seis soldados con él, é yo fuí en su compañía; y cuando llegamos dijo que por morirse en el camino habia dicho aquello, é que le matasen, que no tenia oro ni joyas ningunas; y ansí, nos volvimos sin ello, y ansí se quedó, que no hubimos mas oro que fundir; verdad es que la recámara del Montezuma, que después poseyó el Guatemuz, no se habia llegado á muchas joyas y piezas de oro, que todo ello tomó para que con ello sirviésemos á su majestad; y porque habia muchas joyas de diversas hechuras y primas labores, y si me parase á escribir cada cosa y hechura dello por sí, seria y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relacion; mas dijeron allí muchas personas, é yo digo de verdad, que valia dos veces mas que la que habia sacado para repartir el real quinto de su majestad; todo lo cual enviamos al Emperador nuestro señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la isla de Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual diré adelante cómo y dónde, en qué manera y cuándo fueron. Y dejemos de hablar dello, y volvamos á decir que en la laguna, donde decia Guatemuz que habia echado el oro, entré yo y otros soldados á zabullidas, y siempre sacábamos pecezuelos de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julian de Alderete; y ellos mismos fueron con nosotros adonde lo habiamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa ó cien pesos de sartalejos de cuentas y ánades y perrillos y pinjantes y collarejos y otras cosas de nonada, que ansí se puede decir, segun habia la fama en la laguna del oro que de antes habia echado. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos de ver el poco oro que parecia y las partecillas que dello nos daban; y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, y Alonso de Avila, que entonces habia vuelto de la isla de Santo Domingo de cuando le enviaron por procurador, y Pedro de Albarado y otros caballeros y capitanes dijeron á Cortés que, pues que habia poco oro, que las

partes que habian de caber á todos que las diesen y repartiesen á los que quedaron mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos, y á otros que se habian quemado con la pólvora, y á otros que estaban dolientes de dolor de costado; que á aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos seria bien dárselo, é que todos los demás que estábamos sanos lo habriamos por bien; y si esto le dijeron á Cortés, fué sobre cosa pensada, creyendo que nos daria mas que las partes que nos venian, porque habia mucha sospecha que lo tenian escondido todo; y lo que respondió fué, que veria las partes que cabian, é que visto, en todo pondria remedio; y como todos los capitanes y soldados queriamos ver lo que nos cabia de parte, dábamos priesa para que se echase la cuenta y se declarase á qué tantos pesos saliamos; y después que lo hubieron tanteado, dijeron que cabian los de á caballo á cien pesos, y á los ballesteros y escopeteros y rodeleros que no se me acuerda bien; y de que aquellas partes nos señalaron, ningun soldado lo quiso tomar; y entonces murmuramos de Cortés y del tesorero Alderete, y el tesorero por descargarse decia que no podia haber mas, porque Cortés sacaba otro quinto del monton, como el de su majestad, para él, y se pagaba de muchas costas de los caballos que se habian muerto, y tambien dejaban de meter en el monton otras muchas piezas que habiamos de enviar á su majestad; y que riñésemos con Cortés, y no con él; y como en todos tres reales habia soldados que habian sido amigos y paniaguados del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, de los que habian pasado con Narvaez, que no estaban bien con Cortés, como vieron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisieron recibir lo que los daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podia escribir con carbon y con otras tintas, amanecian cada mañana escritos motes, unos en prosa y otros en versos, algo maliciosos, á manera como mase-pasquines é libelos; y unos decian que el sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, é que si algunas veces salen mas de la inclinacion para que fueron criados mas de sus medidas, que vuelven á su ser, y que ansí habia de ser la ambicion de Cortés en el mandar; y otros decian que mas conquistados nos traia que la misma conquista que dimos á Méjico, y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva-España, sino conquistados de Hernando Cortés; y otros decian que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino tomar parte de quinto como rey, sin otros aprovechamientos que tenia; y otros decian: «¡Oh, qué triste está el alma mia hasta que la parte vea!» Otros decian que Diego Velazquez gastó su hacienda é descubrió toda la costa hasta Pánuco, y la vino Cortés á gozar; y decian otras cosas como estas, y aun decian palabras que no son para decir en esta relacion. Y como Cortés salia cada mañana y lo leia, y como estaban unas chanzonetas en prosa y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia cada mote y copla á lo que iba inclinada y á la fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas á loas de sus heróicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velazquez y Grijalva y Narvaez, respondia tambien por buenos consonantes y muy á propósito en todo lo que escribia; y de cada dia iban mas desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios.» Y amanecia mas adelante: «Y aun de sabios y verdades.» Y aun bien supo Cortés quién lo escribia, y fué un Fulano Tirado, amigo de Diego Velazquez, yerno que fué de Ramirez el viejo, que vivia en la Puebla, y un Villalóbos, que fué á Castilla, y otro que se decia Mansilla, y otros que ayudaban de buena para Cortés á los puntos que le tiraban; y de tal manera andaba la cosa, que fray Bartolomé de Olmedo le dijo á Cortés que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. Fué buen consejo, y mandó Cortés que no se atreviese ninguno á poner letreros ni perques de malicias; que castigaria á los desvergonzados que escribiesen con graves penas, y á fe que aprovechó. Dejemos desto, y digamos que, como habia muchas deudas entre nosotros, que debiamos de ballestas á cuarenta y á cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos, y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras las cosas que habiamos comprado; pues un cirujano que se llamaba maestre Juan, que curaba algunas malas heridas y se igualaba por la cura á excesivos precios, y tambien un médico que se decia Murcia, que era boticario y barbero, tambien curaba; y otras treinta trampas y zarrabusterías que debiamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban; y el remedio que Cortés dió fué, que puso dos personas de buena conciencia, que sabian de mercaderías, que apreciasen qué podian valer las mercaderías y cosas de las que habiamos tomado fiado, y que lo apreciasen; llamábanse los apreciadores el uno Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decia Fulano de Llerena; y se mandó que todo aquello que aquellos apreciadores dijesen que valia cada cosa de las que nos habian vendido, y las curas que nos habian hecho los cirujanos, que pasasen por ello; é que si no teniamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa tambien se hizo: que todo el oro que se fundió echaron tres quilates mas de lo que tenia de ley, porque ayudasen á las pagas, y tambien porque en aquel tiempo habian venido mercaderes y navíos á la Villa-Rica, y creyendo que en echarle los tres quilates mas, que ayudasen á la tierra y á los conquistadores; y no nos ayudó en cosa ninguna, antes fué en nuestro perjuicio; porque los mercaderes, porque aquellos tres quilates saliesen á la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías y cosas que vendian cinco quilates, y ansí anduvo el oro de tres quilates tepuzque, que quiere decir en la lengua de indios cobre; y ansi agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes y de merecimiento el señor don Fulano de tal nombre, Juan ó Martin ó Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos á Fulano de tal nombre tepuzque. Volvamos á nuestra plática: que viendo que no era justo que

el oro anduviese de aquella manera, se envió á hacer saber á su majestad para que se quitase y no anduviese en la Nueva-España; y su majestad fué servido de mandar que no anduviese mas, é que todo lo que se le hubiese de pagar en almojarifazgo y penas de cámara que se le pagase de aquel oro malo hasta que se acabase y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo á Castilla. Y quiero decir que en aquella sazon que esto pasó ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas y salir fuera de mi relacion. Volvamos á ella, y diré que, como Cortés vió que muchos soldados se le desvergonzaban y le pedian mas partes, y le decian que se lo tomaba todo para sí, y le pedian prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio y de enviar á poblar á todas las provincias que le pareció que convenia que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese á poblar á Tutepeque, é que castigase unas guarniciones mejicanas que mataron cuando salimos de Méjico sesenta personas, y entre ellas seis mujeres de Castilla que allí habian quedado de los de Narvaez; é que poblase á Medellin, é que pasase á Guacacualco é que poblase aquel puerto, y tambien mandó que fuese á conquistar la provincia de Pánuco; y á Rodrigo Rangel que se estuviese en la Villa-Rica, y en su compañía Pedro de Ircio; y á Juan Velazquez Chico mandó que fuese á Colima, y á un Villa-Fuerte á Zacatula, y Cristobal de Olí que fuese á Mechoacan; ya en este tiempo se habia casado Cristóbal de Olí con una señora portuguesa, que se decia doña Filipa de Araujo; y envió á Francisco de Horozco á poblar á Guaxaca, porque en aquellos dias que habiamos ganado á Méjico, como lo supieron en todas estas provincias que he nombrado que Méjico estaba destruida, no lo podian creer los caciques y señores dellas, como estaban léjos, y enviaban principales á dar á Cortés el parabien de las vitorias, y á darse y ofrecerse por vasallos de su majestad, y á ver cosa tan temida como dellos fué Méjico si era verdad que estaba por el suelo; y todos traian grandes presentes de oro, que daban á Cortés, y aun traian consigo á sus hijos pequeños, y les mostraban á Méjico, y como solemos decir: «Aquí fué Troya;» y se lo declaraban. Dejemos desto, y digamos una plática que es bien que se declare; porque me dicen muchos curiosos letores que ¿qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España y la grande y fuerte ciudad de Méjico, por qué no nos quedamos en ella á poblar y no nos veniamos á otras provincias? Tienen razon de lo preguntar; quiero decir la causa por qué, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de qué partes le traian el oro, y dónde habia minas y cacao y ropa de mantas; y de aquellas partes que veiamos en los libros que traian los tributos del oro para el gran Montezuma, queriamos ir allá, en especial viendo que salia de Méjico un capitan principal y amigo de Cortés, como era Sandoval; y tambien como viamos que en todos los pueblos de la redonda de Méjico no tenian minas de oro ni algodon ni cacao, sino mucho maíz y maqueyales, de donde sacaban el vino, y á esta causa la teniamos por tierra pobre, y nos fuimos á otras provincias á poblar, y en todas fuimos muy engañados. Acuérdome que fuí á hablar á Cortés que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dijo: «En mi conciencia, hermano Bernal Díaz del Castillo, que vivis engañado; que yo quisiera que quedárades aquí conmigo; mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, é yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere; mas bien sé que os arrepentiréis por me dejar.» Volvamos á decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey, por las esclavas que habiamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria qué tantos de á caballo ni ballesteros ni escopeteros ni soldados, ni en cuántos dias de tal mes despachó Cortés á los capitanes para que fuesen á poblar las provincias por mí arriba dichas, porque seria larga relacion; basta que digo pocos dias después de ganado Méjico é preso Guatemuz, é de ahí á otros dos meses envió á otro capitan á otras provincias. Dejemos ahora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa-Rica, con dos navíos, un Cristóbal de Tapia, veedor de las fundaciones que se hacian en Santo Domingo, y otros decian que era alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traia provisiones y cartas misivas de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, é se nombraba arzobispo de Rosano, para que le diésemos la gobernacion de la Nueva-España al Tapia; é lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII.

Cómo llegó al puerto de la Villa-Rica un Cristóbal de Tapia, que venia para ser gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los capitanes y soldados por mí ya dichos á pacificar y poblar provincias, en aquella sazon vino un Cristóbal de Tapia, veedor de la isla de Santo Domingo, con provisiones de su majestad, guiadas y encaminadas por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, porque ansí se llamaba, para que le admitiesen á la gobernacion de la Nueva-España; y demás de las provisiones, traia muchas cartas misivas del mismo obispo para Cortés y para otros muchos conquistadores y capitanes de los que habian venido con Narvaez, para que favoreciesen al Cristóbal de Tapia; y demás de las cartas que traia cerradas y selladas del Obispo, traia otras en blanco para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traia grandes prometimientos que nos haria muchas mercedes si dábamos la gobernacion al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decia que su majestad nos enviaria á castigar. Dejemos desto; que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Veracruz delante de Gonzalo de Albarado, hermano de Pedro de Albarado, que estaba en aquella sazon por teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel, que solia estar allí por alcalde mayor, no sé qué desatinos habia hecho cuando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo; y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Albarado las obedeció y puso sobre su cabeza como provi-

siones y mandó de su rey y señor; é que en cuanto al cumplimiento, que se juntarian los alcaldes y regidores de aquella villa é que platicarian y verian cómo y de qué manera eran ganadas y habidas aquellas provisiones, é que todos juntos las obedecian, porque él solo era una persona, y tambien porque querian ver si su majestad era sabidor que tales provisiones se enviasen; y esta respuesta no le cuadró bien al Tapia, y aconsejáronle que se fuese luego á Méjico, adonde estaban Cortés con todos los mas capitanes y soldados, y que allá las obedecerian; y demás de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió á Cortés de la manera que venia por gobernador; y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vió las ofertas y ofrecimientos del obispo de Búrgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y mas halagüeñas y blandosamente y amorosas y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta; y luego Cortés rogó y mandó á ciertos de nuestros capitanes que se fuesen á ver con el Tapia, los cuales fueron Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval y Diego de Soto el de Toro y un Valdenebro y el capitan Andrés de Tapia, á los cuales envió á llamar por la posta que dejasen de poblar por entonces las provincias en que estaban, é que fuesen á la Villa-Rica, donde estaba el Cristóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un fraile que se decia fray Pedro Melgarejo de Urraca. Ya que el Tapia iba camino de Méjico á se ver con Cortés, encontró con nuestros capitanes y con el fraile por mí nombrados, y con palabras y ofrecimientos que le hicieron, volvió del camino para un pueblo que se decia Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verian cómo y de qué manera lo mandaba su majestad, y si venia en ellas su real firma ó era sabidor dello, é que los pechos por tierra las obedecerian en nombre de Hernando Cortés y de toda la Nueva-España, porque traian poder para ello; y el Tapia les tornó á notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos capitanes á una las obedecieron y pusieron sobre sus cabezas como provisiones de nuestro rey y señor, é que en cuanto al cumplimiento, que suplicaban dellas para ante el Emperador nuestro señor; y dijeron que no era sabidor dellas ni de cosa ninguna, é que el Cristóbal de Tapia no era suficiente para ser gobernador, é que el obispo de Búrgos era contra todos los conquistadores que serviamos á su majestad, y andaba ordenando aquellas cosas sin dar verdadera relacion á su majestad, y por favorecer al Diego Velazquez, y al Tapia por casar con uno dellos á una doña Fulana de Fonseca, sobrina del mismo obispo; y luego que el Tapia vió que no aprovechaban palabras ni provisiones ni cartas de ofertas ni otros cumplimientos, adoleció de enojo; y aquellos nuestros capitanes le escribian á Cortés todo lo que pasaba, y le avisaron que enviase tejuelos de oro y barras, é que con ellos amansaria la furia del Tapia; lo cual el oro vino por la posta, y le compraron unos negros y tres caballos y el un navío, y se volvió á embarcar en el otro navío y se fué á la isla de Santo Domingo, de donde habia salido; é cuando allá llegó, la audiencia real que en ella residia y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores notaron muy bien su vuelta de aquella manera, y se enojaron con él porque antes que saliese de la isla para ir á la Nueva-España le habian mandado expresamente que en aquella sazon no curase de venir, porque seria causa de quebrar el hilo y conquistas de Méjico, y no les quiso obedecer; antes, con favor del obispo de Búrgos don Juan Rodriguez de Fonseca, se resolvió; que no osaban hacer otra cosa los oidores sino lo que el obispo de Búrgos mandaba, porque era presidente de Indias, porque su majestad estaba en aquella sazon en Flándes, que no habia venido á Castilla. Dejemos esto del Tapia, y digamos cómo luego envió Cortés á Pedro de Albarado á poblar á Tustepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tutepeque, adonde fué Gonzalo de Sandoval, y otro es Tustepeque, adonde en esta sazon va Pedro de Albarado; y esto declaro porque no me culpen que digo que dos capitanes fueron á poblar una provincia de un nombre, y son dos provincias; y tambien habia enviado á poblar el rio de Pánuco, porque Cortés tuvo noticia que un Francisco de Garay hacia grande armada para venirla á poblar; porque, segun pareció, se lo habia dado su majestad al Garay por gobernacion y conquista, segun mas largamente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados cuando hablaba de todos los navíos que envió adelante Garay, que desbarataron los indios de la misma provincia de Pánuco; é hízolo Cortés porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dejemos desto, y digamos cómo Cortés envió otra vez á Rodrigo Rangel por teniente de Villa-Rica, y quitó al Gonzalo de Albarado, y le mandó que luego le enviase á Pánfilo de Narvaez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aun no habia entrado á poblar á Méjico hasta que se edificasen todas las casas y palacios adonde habia de vivir; y envió por el Pánfilo de Narvaez porque, segun lo dijeron, que cuando el Cristóbal de Tapia llegó á la Villa-Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narvaez habló con él, y en pocas palabras le dijo: «Señor Tapia, paréceme que tan buen recaudo traeis y tal le llevaréis como yo; mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, y mirad por vuestra persona, no os maten, y no os cureis de perder tiempo; que la ventura de Cortés é sus soldados no es acabada; entended en que os dén algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante su majestad, que allá no faltará quien os ayude, y diréis lo que pasa, en especial teniendo, como teneis, al señor obispo de Búrgos; y esto es mejor consejo.» Dejémonos desta plática, y diré cómo Narvaez fué su camino á Méjico, y vió aquellas grandes ciudades y poblaciones; y cuando llegó á Tezcuco se admiró, y cuando vió á Cuyoacan, mucho mas, y después que vió la gran laguna y ciudades que en ella están pobladas, y después la gran ciudad de Méjico; y como Cortés supo que venia, le mandó hacer mucha honra; y llegado ante él, se hincó de rodillas y le fué á besar las manos, y Cortés no lo consintió y le hizo levantar, y le abrazó y le mostró mucho amor, y le hizo asentar cabe sí, y entonces el Narvaez le habló y le dijo: «Señor capitan, agora digo de verdad que la menor cosa

que hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva-España fué desbaratarme á mí y prenderme, y aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor y del emperador Cárlos V; y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo, y dirán todos los capitanes muy nombrados que el dia de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varones que ha habido; y otra tan fuerte ciudad como Méjico no la hay; y vuestra merced y sus muy esforzados soldados son dignos que su majestad les haga muy crecidas mercedes;» y le dijo otras muchas alabanzas; y Cortés le respondió que nosotros no éramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro Señor, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran césar. Dejémonos desta plática y de las ofertas que hizo Narvaez á Cortés que le seria servidor, y diré cómo en aquella sazon se pasó Cortés á poblar la insigne y gran ciudad de Méjico, y repartió solares para las iglesias y monasterios y casas reales y plazas, y á todos los vecinos les dió solares; y por no gastar mas tiempo en escribir segun y de la manera que agora está poblada, que, segun dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la cristiandad, otra mas populosa y mayor ciudad y de mejores casas y muy bien pobladas no se ha visto. Pues estando dando la órden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le vinieron cartas del Pánuco que toda la provincia estaba levantada é puesta en armas, y que era gente muy belicosa y de muchos guerreros, porque habian muerto muchos soldados que habia enviado Cortés á poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese; y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los capitanes habian ido á sus conquistas; y llevó todos los mas soldados que pudo y hombres de á caballo y ballesteros y escopeteros, porque ya habian llegado á Méjico muchas personas de las que el veedor Tapia traia consigo, y otros que allí estaban de los de Lúcas Vazquez de Aillon, que habian ido con él á la Florida, y otros que habian venido de las islas en aquel tiempo; y dejando en Méjico buen recaudo, y por capitan dél á Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de Méjico; y en aquella sazon no habia herraje, sino muy poco, para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de á caballo y ducientos y cincuenta soldados, y contados entre los ballesteros y escopeteros y de á caballo, y tambien llevó diez mil mejicanos; y en aquella sazon ya habia vuelto de Mechoacan Cristóbal de Olí, porque dejó aquella provincia de paz y trajo consigo muchos caciques y al hijo del cacique Conci, que ansí se llamaba, y era el mayor señor de todas aquellas provincias, y trajo mucho oro bajo, que lo tenian revuelto con plata y cobre; y gastó Cortés en aquella ida que fué á Pánuco mucha cantidad de pesos de oro, que después demandaba á su majestad que le pagase aquella costa, y los oficiales de la real hacienda no se los quisieron recebir en cuenta ni le quisieron pagar cosa dello, porque respondieron que si habia hecho aquel gasto en la conquista de aquella provincia, que lo hizo por se apoderar della, porque Francisco de Garay, que venia por gobernador, no la hubiese, porque ya tenia noticia que venia de la isla de Jamáica con gran pujanza y armada. Volvamos á nuestra relacion, y diré cómo Cortés llegó con todo su ejército á la provincia de Pánuco y los halló de guerra, y los envió á llamar de paz muchas veces, mas no quisieron venir; é tuvo con ellos en algunos dias muchos rencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardaron le mataron tres soldados y le hirieron mas de treinta, y mataron cuatro caballos y hubo muchos heridos, y murieron de los mejicanos sobre ciento, sin otros mas de ducientos que quedaron heridos; porque fueron los guastecas, que ansí se llaman en aquellas provincias, sobre mas de sesenta mil hombres guerreros cuando aguardaron á nuestro capitan Cortés; mas quiso nuestro Señor que fueron desbaratados, y todo el campo adonde fueron estas batallas quedó lleno de muertos y heridos de los naguatecas naturales de aquellas provincias; por manera que no se tornaron mas á juntar por entonces para dar guerra; y Cortés estuvo ocho dias en un pueblo que estaba allí cerca, donde habian sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos y se enterrasen los muertos, y habia muchos bastimentos; y para tornarle á llamar de paz envió al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diez caciques, personas principales, de los que se habian prendido en aquellas batallas, y doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo; y el padre fray Bartolomé de Olmedo les hizo un parlamento muy discreto, y les dijo que «¿ cómo se podian defender todos los de aquellas provincias de no se dar por vasallos de su majestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de Méjico, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo? E que vengan luego de paz y no hayan miedo, é que lo pasado de las muertes, que Cortés, en nombre de su majestad, se lo perdonaria;» y tales palabras les dijo el buen fray Bartolomé de Olmedo con amor, y otras llenas de amenazas, que, como estaban hostigados y habian visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pueblos, vinieron de paz, y todos trajeron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentaron á Cortés, y él con halagos y mucho amor les recibió de paz; y dende allí se fué Cortés con la mitad de sus soldados á un rio que se dice Chile, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió á enviar mensajeros á todos los pueblos de la otra parte del rio á llamalles de paz, y no quisieron venir; porque, como estaban encarnizados de los muchos soldados que habian muerto en obra de dos años que habian pasado de los capitanes que Garay envió á poblar aquel rio, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, ansí creyeron que harian á nuestro Cortés; y como estaban entre grandes lagunas y rios y ciénagas, que es muy grande fortaleza para ellos; y la respuesta que dieron fué matar á los mensajeros que Cortés les habia enviado á hablar sobre las paces, y á estos de agora tuvieron presos ciertos dias, y estuvo Cortés aguardando para ver si podria acabar con ellos que mudasen su mal propósito; y como no vinieron, mandó

buscar todas las canoas que en el rio pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hicieron de madera de navíos viejos de los de Garay, y pasaron de noche de la otra parte del rio ciento y cincuenta soldados, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de á caballo; y como los principales de aquellas provincias velaban sus pasos y rios, como los vieron, dejáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos guastecas se habian juntado en las primeras batallas que dieron á Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez, y vienen como leones rabiosos á se encontrar con los nuestros; y á los primeros encuentros mataron dos soldados é hirieron sobre treinta, y tambien mataron tres caballos é hirieron otros quince, y muchos mejicanos; mas tal priesa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, é luego se fueron huyendo, y quedaron dellos muertos y heridos gran cantidad; y despues que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron á dormir á un pueblo que estaba despoblado, que se habian huido los moradores dél, y con buenas velas y escuchas y rondas y corredores del campo estuvieron, y de cenar no les faltó; y cuando amaneció, andando por el pueblo, vieron estar en un cu é adoratorio de ídolos, colgados muchos vestidos y caras de soldados, adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habian muerto á los capitanes que habia enviado Garay á poblar el rio de Pánuco, y muchas dellas fueron conocidas de otros soldados, que decian que eran sus amigos, y á todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y luego las quitaron de donde estaban y las llevaron para enterrar; y desde aquel pueblo se pasaron á otro lugar, y como conocian que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen descuidados y desapercebidos; y los descubridores de todo aquel campo dieron con unos grandes escuadrones de indios que estaban en celadas, para que cuando estuviesen los nuestros en las casas apeados dar en los caballos y en ellos; y como fueron sentidos, no tuvieron lugar de hacer todo lo que querian; mas todavía salieron muy denodadamente y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron mas de media hora que los de á caballo y los escopeteros no les podian hacer retraer ni apartar de sí, y mataron dos caballos y hirieron otros siete, y tambien hirieron quince soldados y murieron tres de las heridas. Una cosa tenian estos indios: que ya que los llevaban de vencida, se tornaban á rehacer, y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes; y viendo que los nuestros les herian y mataban, se acogieron á un rio caudaloso é corriente, y los de á caballo y peones sueltos fueron en pos dellos é hirieron muchos; é otro dia acordaron de correrles el campo é ir á otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de la tierra puestas en unos soterraños á manera de bodegas; y estuvieron en estas poblaciones cinco dias corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados, se volvieron al rio de Chile; y Cortés tornó luego á enviar á llamar de paz á todos los mismos pueblos que estaban de guerra de aquella parte del rio, y como les habian muerto mucha gente, temieron que volverian otra vez sobre ellos, y á esta causa enviaron á decir que vendrian de ahí á cuatro dias, que buscaban joyas de oro para le presentar; y Cortés aguardó todos los cuatro dias que habian dicho que vendrian, y no vinieron por entonces; y luego mandó á un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus ciénagas y rio, que de noche obscuro y medio lloviznando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas, pasasen aquella laguna á una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos ni sentidos de los de aquella poblacion, y pasaron muchos amigos mejicanos, y sin ser vistos, dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, y hubo muy gran despojo y estrago en él; allí cargaron los amigos de todas las haciendas de los naturales que dél tenian; y desque aquello vieron, todos los mas pueblos comarcanos dende á cinco dias acordaron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy á trasmano, que los nuestros no pudieron ir á ellos en aquella sazon; y por no me detener en gastar mas palabras en esta relacion de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir, sino que entonces pobló Cortés una villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de á caballo y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y treinta; llamábase esta villa Sant-Estéban del Puerto, y está obra de una legua de Chile; y en los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habian venido de paz, y dejó por capitan dellos y por su teniente á un Pedro Vallejo; y estando en aquella villa de partida para Méjico, supo por cosa muy cierta que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelion de aquella provincia, y fueron en la muerte de muchos españoles, andaban de nuevo, después de haber ya dado la obediencia á su majestad y haber venido de paz, convocando y atrayendo á los demás pueblos sus comarcanos, y decian que después que Cortés se fuese á Méjico con los de á caballo y soldados, que á los que quedaban poblados que diesen un dia ó noche en ellos y que tendrian buenas hartazgas con ellos; y sabida por Cortés la verdad muy de raíz, les mandó quemar las casas; mas luego se tornaron á poblar. Digamos que Cortés habia mandado antes que partiese de Méjico para ir á aquella entrada, que dende la Veracruz le enviasen un barco cargado con vino y vituallas y conservas y bizcocho y herraje, porque en aquella sazon no habia trigo en Méjico para hacer pan; é yendo que iba el barco su viaje á la derrota de Pánuco, cargado de lo que fué mandado, parece ser que hubo muy recios nortes y dió con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas, que aportaron en unas tablas á una isleta donde habia unos muy grandes arenales, seria tres ó cuatro leguas de tierra, donde habia muchos lobos marinos, que salian de noche á dormir á los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbre que sacaron con unos palillos como la sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isla é hicie-

ron unos como pozos y sacaron agua algo salobre, y tambien habia una fruta que parecian higos, y con la carne de los lobos marinos y la fruta y agua salobre se mantuvieron mas de dos meses; y como aguardaban en la villa de Sant-Estéban el refresco y bastimento y herraje, escribió Cortés á sus mayordomos á Méjico que cómo no enviaban el refresco; y cuando vieron la carta de Cortés, tuvieron por muy cierto que se habia perdido el barco, y enviaron luego los mayordomos de Cortés un navío chico de poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se toparon en la isleta donde estaban los tres españoles de los que se perdieron, con ahumadas que hacian de noche é de dia; é desque vieron el barco, se alegraron, y embarcados, vinieron á la villa, y llamábase el uno dellos Fulano Celiano, vecino que fué de Méjico. Dejémonos desto, y digamos, como en aquella sazon nuestro capitan Cortés se venia ya para Méjico, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habian rebelado y hacian grande guerra á otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá antes que entrase en Méjico; é yendo por su camino, los de aquella provincia lo supieron é aguardaron en un paso malo, y dieron en la rezaga del fardaje y le mataron ciertos tamemes y robaron lo que llevaban; y como era el camino malo, por defender el fardaje los de á caballo que los iban á socorrer reventaron dos caballos; y llegados á las poblaciones, muy bien se lo pagaron; que, como iban muchos mejicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, mataron y cautivaron muchos indios, y aun el cacique y su capitan murieron ahorcados después que hubieron vuelto lo que habian robado; y esto hecho, Cortés mandó á los mejicanos que no hiciesen mas daño, y luego envió á llamar de paz á todos los principales y papas de aquella poblacion, los cuales vinieron y dieron la obediencia á su majestad; y el cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del cacique que habian ahorcado, y los dejó en sus casas pacíficos y muy bien castigados, y entonces se volvió á Méjico. Y antes que pase adelante, quiero decir que en todas las provincias de la Nueva-España otra gente mas sucia y mala y de peores costumbres no la hubo como esta de la provincia de Pánuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos y sucios y malos, y tenian otras treinta torpezas; y si miramos en ello, fueron castigados á fuego y á sangre dos ó tres veces, y otros mayores males les vino en tener por gobernador á Nuño de Guzman, que desque le dieron la gobernacion, los hizo casi á todos esclavos y los envió á vender á las islas, segun mas largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion, y diré, después que Cortés volvió á Méjico, en lo que entendió é hizo.

CAPITULO CLIX.

Cómo Cortés y todos los oficiales del Rey acordaron de enviar á su majestad todo el oro que le habia cabido de su real quinto de todos los despojos de Méjico, y cómo se envió de por sí la recámara del oro y todas las joyas que fueron de Montezuma y de Guatemuz, y lo que sobre ello aconteció.

Como Cortés volvió á Méjico de la entrada de Pánuco, anduvo entendiendo en la poblacion y edificacion de aquella ciudad; y viendo que Alonso de Avila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, habia vuelto en aquella sazon de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habian enviado á negociar con la audiencia real é frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, é los recaudos que entonces trajo fué, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva-España y herrar los esclavos, segun y de la manera que llevaron en una relacion, y repartir y encomendar los indios como en las islas Española é Cuba é Jamáica se tenia por costumbre; y esta licencia que dieron fué hasta en tanto que su majestad fuese sabidor dello, ó fuese servido mandar otra cosa; de lo cual luego le hicieron relacion los mismos frailes jerónimos, y enviaron un navío por la posta ó Castilla, y entonces su majestad estaba en Flándes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los frailes jerónimos le enviaban; porque al obispo de Búrgos, puesto que estaba por presidente de Indias, como conocian dél que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejemos esto del Obispo, y volvamos á decir que, como Cortés tenia á Alonso de Avila por hombre atrevido y no estaba muy bien con él, siempre le queria tener muy léjos de sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones el Alonso de Avila se hallara en Méjico, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Avila era servidor del obispo de Búrgos é habia sido su criado, y le traian cartas para él, fuera gran contradictor de Cortés y de sus cosas, y á esta causa siempre procuraba Cortés de tenello apartado de su persona; y cuando vino deste viaje que dicho tengo, por consejo de fray Bartolomé de Olmedo, por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazon el pueblo de Guatitlan, y le dió ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos y con el depósito del pueblo por mí nombrado, que es muy bueno y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor, que le envió después á Castilla, y juntamente con él á su capitan de la guarda, que se decia Antonio de Quiñones, los cuales fueron por procuradores de la Nueva-España y de Cortés, y llevaron dos navíos, y en ellos ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro; y llevaron la recámara que llamamos del gran Montezuma, que tenia en su poder Guatemuz, y fué un gran presente, en fin para nuestro gran césar, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuíes, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas y no me detener en escribirlas, lo dejaré de decir y traer á la memoria; y tambien enviamos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu é adoratorio en Cuyoacan, que eran segun y de la manera de otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala, los cuales habíamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía; y le llevaron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo; y por estos procuradores escribió el cabildo de Méjico á su majestad, y ansimismo todos los mas conquistadores escribimos con el cabildo juntamente, é fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la

Merced, y el tesorero Julian de Alderete; y todos á una deciamos de los muchos y buenos é leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habiamos hecho y á la contina haciamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos á ganar la ciudad de Méjico, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenia por cierto que era cosa muy rica; y suplicamos á su majestad que nos enviase obispos y religiosos de todas órdenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen á plantar mas por entero en estas partes nuestra santa fe católica, y le suplicamos todos á una que la gobernacion desta Nueva-España que le hiciese merced della á Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y á todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos que todos los oficios reales, en fin de tesorero, contador y fator, y escribanías públicas é fieles ejecutores y alcaidías de fortalezas, que no hiciese merced dellas á otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pondrian revuelta con sus libros, é habria pleitos y disensiones; y se le hizo saber lo de Cristóbal de Tapia, cómo venia guiado por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva-España si él quedara por gobernador; y que tuviese por bien de saber claramente qué se habian hecho las cartas y relaciones que le habiamos escrito dando cuenta de todo lo que habia acaecido en esta Nueva-España, porque teniamos por muy cierto que el mismo obispo no se les enviaba, y antes le escribia al contrario de lo que pasaba, en favor de Diego Velazquez, su amigo, y de Cristóbal de Tapia, por casalle con una parienta suya que se decia doña Pretonila de Fonseca; y cómo presentó ciertas provisiones que venian firmadas é guiadas por el dicho obispo de Búrgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedecieron; mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenia aquel ser ni cordura para ser gobernador, que suplicaron de todas las provisiones hasta informar á su real persona de todo lo acaecido, como agora le informamos, y le haciamos sabidor como sus leales vasallos, é somos obligados á nuestro rey y señor; y que agora, que de lo que mas fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su real mando; y tambien le suplicamos que fuese servido de enviar á mandar al obispo de Búrgos que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés ni de todos nosotros, porque seria quebrar el hilo á muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendiamos, y en pacificar provincias, porque habia mandado el mismo obispo de Búrgos á los oficiales que estaban en la casa de la contratacion de Sevilla, que se decian Pedro de Ilasaga y Juan Lopez de Recalte, que no dejasen pasar ningun recaudo de armas ni soldados ni favor para Cortés ni para los soldados que con él estaban; y tambien se le hizo relacion cómo Cortés habia ido á pacificar la provincia de Pánuco y la dejó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, y cómo habian muerto los de aquella provincia á los capitanes que habia enviaba Francisco de Garay, y á todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que habia gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba á los oficiales de su real hacienda y no se los quisieron pagar. Tambien se le hizo sabidor cómo agora hacia el Garay una armada en la isla de Jamáica, y que venian á poblar el rio de Pánuco; y porque no le acaeciese como á sus capitanes, que se los mataron, que suplicábamos á su majestad que le enviase á mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistarémos y se la entregarémos; porque si en aquella sazon viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los mejicanos; y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relacion en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana; é porque yo las leí todas, é lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demás desto, enviaba Cortés á suplicar á su majestad que le diese licencia para ir á la isla de Cuba á prender al gobernador della, que se decia Diego Velazquez, para enviársele á Castilla, para que allá su majestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas ni revolviese la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba á mandar que matasen á Cortés. Dejémonos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fué en 20 dias del mes de diciembre de 1522 años, y con buen viaje desembarcaron por la canal de Bahama, y en el camino se les soltaron dos tigres de los tres que llevaban, é hirieron á unos marineros; y acordaron de matar al que quedaba, porque era muy bravo y no se podian valer con él; y fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera; y como el Antonio de Quiñones era capitan y se preciaba de muy valiente y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer é hubo sobre ella cierta quistion, y diéronle una cuchillada en la cabeza, de que al cabo de algunos dias murió, y quedó solo Alonso de Avila por capitan. E ya que iba el Alonso de Avila con los dos navíos camino de España, no muy léjos de aquella isla topa con ellos Juan Florin, francés cosario, y toma todo el oro y navíos, y prende al Alonso de Avila y llévanle preso á Francia. Y tambien en aquella sazon robó el Juan Florin otro navío que venia de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y muy gran cantidad de perlas y azúcar y cueros de vacas, y con todo esto se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes á su rey é al almirante de Francia de las cosas é piezas de oro que llevaba de la Nueva-España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos á nuestro gran emperador, y aun al mesmo rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en las islas de la Nueva-España; y entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba á nuestro césar destas tierras le podia dar guerra á su Francia; y aun en aquella sazon no era ganado ni habia nueva del Pirú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva-España y las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Jamáica; y en-

tonces dice que dijo el rey de Francia, ó se lo envió á decir á nuestro gran emperador, que ¿cómo habian partido entre él y el rey de Portugal el mundo, sin darle parte á él? Que mostrasen el testamento de nuestro padre Adan, si les dejó á ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras que habian tomado entre ellos dos, sin dalle á él ninguna dellas, é que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar; y luego tornó á mandar á Juan Florin que volviese con otra armada á buscar la vida por la mar; y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria, dió con tres ó cuatro navíos recios y de armada, vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra embisten con el Juan Florin, y le rompen y desbaratan, y préndenle á él y á otros muchos franceses, y les tomaron sus navíos y ropa, y á Juan Florin y á otros capitanes llevaron presos á Sevilla á la casa de la contratacion, y los enviaron presos á su majestad; y después que lo supo, mandó que en el camino hiciesen justicia dellos, y en el puerto del Pico los ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaban, y el Juan Florin que lo robó. Pues volvamos á nuestra relacion, y es, que llevaron á Francia preso á Alonso de Avila, y le metieron en una fortaleza, creyendo haber dél gran rescate, porque, como llevaba tanto oro á su cargo, guardábanle bien; y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y concierto con el caballero francés que lo tenia á cargo ó le tenia por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso y le viniesen á rescatar, dijo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la corte de su majestad al licenciado Nuñez, primo de Cortés, que era relator del real Consejo, ó á Martin Cortés, padre del mismo Cortés, que vivia en Medellin, ó á Diego de Ordás, que estaba en la corte; y fueron á todo buen recaudo, que las hubieron á su poder, y luego las despacharon para Flándes á su majestad, porque al obispo de Búrgos no le dieron cuenta ni relacion dello, y todavía lo alcanzó á saber el obispo de Búrgos, y dijo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dejemos al Obispo, y vamos á su majestad, que, como luego lo supo, dijeron, quien lo vió y entendió, que hubo algun sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró viendo que tanta riqueza le enviaban, é que sintiese el rey de Francia que con aquellos presentes que le enviábamos que le podria dar guerra; y luego envió á mandar al obispo de Búrgos que en lo que tocaba á Cortés é á la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendria á Castilla y entenderia en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velazquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos cómo luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prision de Alonso de Avila, y todo lo demás aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento; y luego Cortés con brevedad procuró de haber é llegar todo el mas oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro bajo y de plata de lo que habian traido de Mechoacan, para enviar á su majestad, y llamóse el tiro Fénix. Y tambien quiero decir que siempre estuvo el pueblo de Guatitlan, que dió Cortés á Alonso de Avila, por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazon no le tuvo su hermano Gil Gonzalez de Benavides, hasta mas de tres años adelante, que el Gil Gonzalez vino de la isla de Cuba, é ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prision de Francia y habia venido á Yucatan por contador; y entonces dió poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamás se le quiso traspasar. Dejémonos de cuentos viejos, que no hacen á nuestra relacion, y digamos todo lo que acaeció á Gonzalo de Sandoval y á los demás capitanes que Cortés habia enviado á poblar las provincias por mí ya nombradas, y entre tanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro é allegar el oro para enviar á su majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que por qué, cuando envió Cortés á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y los demás capitanes á las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relacion lo que habian hecho en ellas, y en lo que en las jornadas á cada uno ha acaecido, y lo vuelvo ahora á recitar, que es volver muy atrás de nuestra relacion; y las causas que agora doy á ello es que, como iban camino de sus provincias á las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Cristóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venia para ser gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podria hacer, é tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Albarado é Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados capitanes y de buenos consejos, envió por la posta á los llamar, y dejaron sus conquistas é pacificaciones suspensas, é como he dicho, vinieron al negocio de Cristóbal de Tapia, que era mas importante para el servicio de su majestad, porque se tuvo por cierto que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y Méjico se levantaran otra vez; y en aquel instante tambien vino Cristóbal de Olí de Mechoacan, como era cerca de Méjico, y la halló de paz, y le dieron mucho oro y plata; y como era recien casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego, tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Pánuco, y fué Cortés á lo pacificar, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y tambien para escribir á su majestad, como escribimos, y enviar el oro y dar poder á nuestros capitanes y procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno aquí á traer á la memoria, y es desta manera que diré.

CAPITULO CLX.

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército á un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó á Guacacualco, y todo lo mas que le avino.

Llegado Gonzalo de Sandoval á un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos capitanes mejicanos que fueron en la muerte de sesenta españoles y mujeres de Castilla que se habian quedado malos en aquel pueblo cuando vino Narvaez, y era en el tiempo que en Méjico nos desbarataron; entonces los mataron en el mismo pueblo; é dende obra de dos meses que hubieron muerto los por mí dichos, porque entonces fuí con Sandoval, yo posé en una como

torrecilla, que era adoratorio de ídolos, adonde se habian hecho fuertes cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y de sed y de heridas les acabaron las vidas; y digo que posé en aquella torrecilla á causa que habia en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de dia, é como está muy alto é con el aire no habia tantos mosquitos como abajo, y tambien por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y volviendo á nuestra plática, procuró el Sandoval de prender á los capitanes mejicanos que les dieron la guerra y les mataron los sesenta soldados que dicho tengo, y prendió el mas principal dellos y hizo justicia, y por justicia lo mandó quemar; otros muchos habia juntamente con él que merecian pena de muerte, y disimuló con ellos, y aquel pagó por todos; y cuando fué hecho envió á llamar de paz unos pueblos zapotecas, que es otra provincia que estará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisieron venir, y envió á ellos para los traer de paz á un capitan que se decia Briones (otras muchas veces ya lo he nombrado), que fué capitan de bergantines y habia sido buen soldado en Italia, segun él decia, y le dió sobre cien soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros y mas de cien amigos de los pueblos que habian venido de paz; é yendo que iba el Briones con sus soldados y con buen concierto, pareció ser los zapotecas supieron que iba á sus pueblos, y échanle una celada en el camino, que le hicieron volver mas que de paso rodando unas cuestas y laderas abajo, y le hirieron mas de la tercia parte de los soldados que llevaba, é murió uno de las heridas, porque aquellas sierras donde están poblados aquellos zapotecas son tan agras y malas, que no pueden ir por ellas caballos, y los soldados habian de ir á pié por unas sendas muy angostas, por contadero, uno á uno siempre; hay neblinas y rocíos y resbalaban en los caminos; y tienen por armas unas lanzas muy largas, mayores que las nuestras, con una braza de cuchilla de navajas de pedernal, que cortan mas que nuestras espadas, é unas pavesinas, que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha y vara y piedra, y los naturales muy sueltos y cenceños á maravilla, y con un silbo ó voz que dan entre aquellas sierras resuena y retumba la voz por un buen rato, digamos ahora como ecos. Por manera que se volvió el capitan Briones con su gente herida, y aun él tambien trujo un flechazo; llámase aquel pueblo que le desbarató Tiltepeque; y después que vino de paz el mismo pueblo, se dió en encomienda á un soldado que se dice Ojeda el tuerto, que ahora vive en la villa de San Ilefonso. Pues cuando el Briones volvió á dar cuenta al Sandoval de lo que le habia acaecido, y se lo contaba cómo eran grandes guerreros, y el Sandoval era de buena condicion, y el Briones se tenia por muy como valiente, y solia decir que en Italia habia muerto y herido y hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decia el Sandoval: «¿Parécele, señor capitan, que son estas tierras otras que las donde anduvo militando? Y el Briones respondió medio enojado, y dijo que juraba á tal que mas quisiera batallar contra tiros y grandes ejércitos de contrarios, así de turcos como de moros, que no con aquellos zapotecas, y daba razones para ello que parecia que cuadraban; y todavía el Sandoval le dijo que no quisiera haberle enviado, pues así fué desbaratado, que creyó que pusiera otras fuerzas como él se alababa que habia hecho en Italia, porque este Briones habia poco tiempo que vino de Castilla; y le dijo el Sandoval: «¿Qué dirán ahora los zapotecas, que no somos tan varones como creian que éramos?» Dejemos desta entrada, pues no aprovechó, antes dañó, y digamos cómo el mismo Gonzalo de Sandoval envió á llamar de paz á otra provincia que se dice Xaltepeque, que tambien eran zapotecas, que confinan con otra provincia y pueblos, que se decian los minxes, gentes muy sueltas y guerreros, que tenian diferencias con los de Xaltepeque, que ahora, como digo, son los que enviaba á llamar, y vinieron de paz obra de veinte caciques y principales, y trajeron un presente de oro en grano, que entonces habian sacado de las minas en diez cañutillos y joyas de muchas hechuras, y traian vestidas aquellos principales unas ropas de algodon muy largas que les daban hasta los piés, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora á la manera de albornoces moriscos; y como vinieron delante el Sandoval, con mucho acato se lo presentaron, y lo recibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos, y le mandaron al Sandoval que les diese algunos teules, que en su lengua así nos llamaban á los españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los minxes, sus contrarios, que les daban guerra; y el Sandoval, como no tenia soldados en aquella sazon para les dar ayuda, como la demandaban, porque los que llevó el Briones estaban todos heridos, y otros habian adolecido, é cuatro muertos, por ser la tierra muy calurosa é doliente, con buenas palabras les dijo que él enviaria á Méjico á decir á Malinche, que así decian á Cortés, que les enviase muchos teules, é que se reportasen hasta que viniesen, y que entre tanto, que irian con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos y tierra, para ir á dar guerra á sus contrarios los minxes; y esto no lo decia el Sandoval sino para que viésemos los pueblos y minas donde sacaban el oro que trajeron; y desta manera los despidió, excepto á tres dellos, que mandó que quedasen para ir con nosotros; y luego despachó para ir á ver los pueblos y minas, como he dicho, á un soldado que se decia Alonso del Castillo el de lo pensado; y me mandó el Sandoval que yo fuese con él, y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas y la manera de los pueblos. Quiero decir por qué se llamaba aquel capitan que iba con nosotros por caudillo Castillo el de lo pensado, y es por esta causa que diré. En la capitanía del Sandoval habia tres soldados que tenian por renombre Castillos: el uno dellos era muy galan, y preciábase dello en aquella sazon, que era yo, y á esta su causa me llamaban Castillo el galan; los otros dos Castillos, el uno dellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba mucho mas á pensar lo que habia de decir, y cuando respondia ó hablaba èra un descuido ó cosas que teníamos que reir, y por esto le llamábamos Castillo de los pensamientos; y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decia cualquiera cosa, y respondia muy á propósito de lo que preguntaban, y se decia Castillo el de lo pensado. Dejemos de

contar donaires, y volvamos á decir como fuimos á aquella provincia á ver las minas, y llevamos muchos indios de los de aquellos pueblos, y con unas como hechuras de bateas lavaron en tres rios delante de nosotros, y en todos tres sacaron oro, é hincheron cuatro cañutillos dello, que era cada uno del tamaño de un dedo de la mano, el de en medio, y eran poco menos que cañones de patos de Castilla, y con aquella muestra de oro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó, creyendo que la tierra era rica; y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincia á los vecinos que habian de quedar allí poblados; y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel tiempo era la mejor cosa que habia en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mil pesos de oro, creyendo que tomaba una muy buena cosa; y la provincia de Xaltepeque, donde trajimos el oro, depositó en el capitan Luis Marin, que le daba un condado, y todos salieron muy malos repartimientos, así lo que tomó el Sandoval como lo que dió á Luis Marin, y aun á mí me mandaba quedar en aquella provincia, y me daba muy buenos indios y de mucha renta, que pluguiera á Dios que los tomara, que se dice Meldatan y Orizaba, donde está ahora el ingenio del Virey, y otro pueblo que se dice Ozotequipa, y no los quise, por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacia lo que convenia á la calidad de mi persona; y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad, y por hallarme con él en las guerras, si las hubiese adelante, lo hice. Dejemos desto, y digamos que nombró á la villa que pobló Medellin, porque así le fué mandado por Cortés, porque el Cortés nació en Medellin de Extremadura; y era en aquella sazon el puerto un rio que se dice Chalchocueca, que es el que hubimos puesto por nombre rio de Banderas, donde se rescataron los diez y seis mil pesos; y por aquel rio venian las barcas con la mercadería que venia de Castilla hasta que se mudó á la Veracruz. Dejemos desto, é vamos camino de Guacacualco, que será de la villa de la Veracruz, que dejamos poblada, obra de sesenta leguas, y entramos en una provincia que se dice Citla, la mas fresca y llena de bastimentos y bien poblada que habiamos visto, y luego vino de paz; y es aquella provincia que he dicho de doce leguas de largo y otras tantas de ancho, muy poblado todo. Y llegamos al gran rio de Guacacualco, y enviamos á llamar los caciques de aquellos pueblos, que era cabecera de aquellas provincias, y estuvieron tres dias que no vinieron ni enviaban respuesta; por lo cual creimos que estaban de guerra, y aun así lo tenian consultado, que no nos dejasen pasar el rio; y después tomaron acuerdo de venir de ahí á cinco dias, y trajeron de comer y unas joyas de oro muy fino, y dijeron que cuando quisiésemos pasar, que ellos traerian muchas canoas grandes; y Sandoval se lo agradeció mucho, y tomó consejo con algunos de nosotros si nos atreveriamos á pasar todos juntos de una vez en todas las canoas; y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados y viesen la manera que habia en un pueblezuelo que estaba junto al rio, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemos tuviésemos con nosotros el cacique mayor, que se dice Tochel; y así, fueron los cuatro soldados y vieron todo á lo que les enviábamos, y se volvieron con relacion á Sandoval cómo todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo cacique Tochel, que así se decia, y trujo otro presente de oro, aunque no de mucha valía. Entonces le halagó el Sandoval, y le mandó que trujesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un dia después de pascua de Espíritu Santo; y por acortar de palabras, volvamos en el pueblo que estaba junto al rio abajo, y pusímosle por nombre la villa del Espíritu Santo, é púsimos aquel sublimado nombre, lo uno, que en pascua de Espíritu Santo desbaratamos á Narvaez, y lo otro, porque aquel santo nombre fué nuestro apellido cuando le prendimos y desbaratamos; lo otro por pasar aquel rio aquel mismo dia, y porque todas aquellas tierras vinieron de paz sin dar guerra, y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habiamos salido de Méjico á poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval, y Luis Marin, y un Diego de Godoy, y el capitan Francisco de Medin, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan Lopez de Aguirre, y Hernando de Montes de Oca, y Juan de Salamanca, y Diego de Azamar, y un Mantilla, y otro soldado que se decia Mejía Rapapelo, y Alonso de Grado, y el licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el capitan Briones, é yo y otros muchos caballeros é personas de calidad, que si los hubiese aquí de nombrar á todos, es no acabar tan presto; mas tengan por cierto que soliamos salir á la plaza á un regocijo é alarde sobre ochenta de á caballo, que eran mas entonces aquellos ochenta que ahora quinientos; y la causa es esta, que no habia caballos en la Nueva-España, sino pocos y caros, y no los alcanzaban á comprar sino cual ó cual. Dejemos desto, y diré cómo repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, después de las haber enviado á visitar é hacer la division de la tierra y ver las calidades de todas las poblaciones; y fueron las provincias que repartió lo que ahora diré. Primeramente á Guacacualco, Guazpaltepeque é Tepeca é Chinanta é los zapotecas; é de la otra parte del rio la provincia de Copilco é Cimatan y Tabasco y las sierras de Cachula, todos los zoqueschas, Tacheapa é Cinacantan é todos los quilenes, y Papanachasta; y estos pueblos que he dicho teniamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento, que valiera mas que allí yo no me quedara, segun después sucedió, la tierra pobre y muchos pleitos que trujimos con tres villas que después se poblaron: la una fué la villa rica de la Veracruz, sobre Guazpaltepeque y Chinanta y Tepeca; la otra con la villa de Tabasco, sobre Cimatan y Copilco; la otra con Chiapa, sobre los quilenes y zoques; la otra con Santo Ilefonso, sobre los zapotecas; porque todas estas villas se poblaron después que nosotros poblamos á Guacacualco, y á nos dejar todos los términos que teniamos, fuéramos ricos; y la causa por que se poblaron estas villas que he dicho fué, que envió á mandar su majestad que todos los pueblos de indios mas cercanos y en comarca de cada villa le señaló términos; por manera que de todas partes nos cortaron las faldas, y nos quedamos en blanco, y á esta causa el tiempo andando, se fué despoblando Guaca-

cualco; y con haber sido la mejor poblacion y de generosos conquistadores que hubo en la Nueva-España, es ahora una villa de pocos vecinos. Volvamos á nuestra relación; y es, que estando Sandoval entendiendo en la poblacion de aquella villa y llamando otras provincias de paz, le vinieron cartas cómo habia entrado un navío en el rio de Aguayalco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de allí quince leguas, y en él venia de la isla de Cuba la señora doña Catalina Xuarez la Marcayda, que así tenia el sobrenombre, mujer que fué de Cortés, y la traia un su hermano Juan Xuarez, el vecino que fué, el tiempo andando, de Méjico, y la Zambrana y sus hijos de Villégas, de Méjico, y sus hijas, y aun la abuela y otras muchas señoras casadas; y aun me parece que entonces vino Elvira Lopez la Larga, mujer que entonces era de Juan de Palma; el cual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, que después esta Elvira fué mujer de un Arguera; y tambien vino Antonio Dios Dado, el vecino que fué de Guatimala, y vinieron otros muchos que ya no se me acuerdan sus nombres. Y como el Gonzalo de Sandoval lo alcanzó á saber, él en persona, con todos los mas capitanes y soldados, fuimos por aquellas señoras y por todas las mas que traia en su compañía. E acuérdome que en aquella sazon llovió tanto, que no podiamos ir por los caminos ni pasar rios ni arroyos, porque venian muy crecidos, que salieron de madre y habia hecho grandes nortes, y con el mal tiempo, por no andar al través, entraron con el navío en aquel puerto de Aguayalco, y la señora doña Catalina Xuarez la Marcayda y toda su compañía se holgaron con nosotros: luego las trujimos á todas aquellas señoras y su compañía á nuestra villa de Guacacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta á Cortés de su venida, y las llevó luego camino de Méjico, y fueron acompañándolas el mismo Sandoval y Briones y Francisco de Lugo y otros caballeros. Y cuando Cortés lo supo, dijeron que le habia pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró y les mandó salir á recebir; y en todos los pueblos les hacian mucha honra hasta que llegaron á Méjico, y en aquella cuidad hubo regocijos y juego de cañas; y dende á obra de tres meses que hubieron llegado oimos decir que esta señora murió de asma. Y digamos de lo que le acaeció á Villafuerte, el que fué á poblar á Zacatula, y á un Juan Alvarez Chico, que tambien fué á Colima; y al Villafuerte le dieron mucha guerra y le mataron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada, que no les querian obedecer ni dar tributos, y al Juan Alvarez Chico ni mas ni menos; y como lo supo Cortés, le pesó dello; y como Cristóbal de Olí habia venido de lo de Mechoacan, y venia rico y la habia dejado de paz, y le pareció á Cortés que tenia buena mano para ir á asegurar y pacificar aquellas dos provincias de Zacatula y Colima, acordó de le enviar por capitan, y le dió quince de á caballo y treinta escopeteros y ballesteros; é yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula, le aguardaron los naturales de aquella provincia muy gentilmente á un mal paso, y le mataron dos soldados y le hirieron quince, é todavía les venció, y fué á la villa donde estaba Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir á los pueblos que tenian en encomienda, porque no los acapillasen; y le habian muerto cuatro vecinos en sus mismos pueblos, porque comunmente en todas las provincias y villas que se pueblan, á los principales les dan encomenderos, y cuando les piden tributos se alzan y matan los españoles que pueden; pues cuando el Cristóbal de Olí vió que ya tenia apaciguada aquella provincia y le habian venido de paz, fué desde Zacatula á Colima, y hallóla de guerra, y tuvo con los naturales della ciertos rencuentros y le hirieron muchos soldados, y al fin los desbarató y quedaron de paz. El Juan Alvarez Chico, que habia ido por capitan no sé qué se hizo dél; paréceme que murió en aquella guerra. Pues como el Cristóbal de Olí hubo pacificado á Colima y le pareció que estaba de paz, como era casado con una portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decia doña Felipa de Araujo, dió la vuelta para Méjico, y no se hubo bien vuelto, cuando se tornó á levantar lo de Colima y Zacatula; y en aquel instante habia llegado á Méjico Gonzalo de Sandoval con la señora doña Catalina Xuarez Marcayda y con el Juan Xuarez y todas sus compañías, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que dello habla; acordó Cortés de enviarle por capitan para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de á caballo que entonces le dió y obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fué á Colima y castigó á dos caciques, y tal maña se dió, que toda la tierra dejó muy de paz y nunca mas se levantó, y se volvió por Zacatula é hizo lo mismo, y de presto se volvió á Méjico. Y volvamos á Guacacualco, y digamos cómo luego que se partió Gonzalo de Sandoval para Méjico con la señora doña Catalina Xuarez se nos rebelaron todas las mas provincias de las que estaban encomendadas á los vecinos, é tuvimos muy gran trabajo en las tornar á pacificar; y la primera que se levantó fué Xaltepeque, zapotecas, que estaban poblados en altas y malas sierras, y tras esto se levantó lo de Cimatan y Copilco, que estaban entre grandes rios y ciénagas, y se levantaron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hubo pueblos que mataron á su encomendero, y lo andábamos pacificando con muy grandes trabajos. Y estando que estábamos en una entrada con el capitan Luis Marin é un alcalde ordinario y todos los regidores de nuestra villa, viniéronnos cartas que habia venido al puerto un navío, y que en él venia Juan Bono de Quexo, vizcaino, é que habia subido el rio arriba con el navío, que era pequeño, hasta la villa, é que decia que traia cartas é provisiones de su majestad para nos notificar que luego fuésemos á la villa é dejásemos la pacificacion de la provincia; y como aquella nueva supimos, y estábamos con el teniente Luis Marin, así alcaldes y regidores fuimos á ver qué queria. Y después de nos abrazar y dar el parabien-venidos los unos y los otros, porque el Juan Bono era muy conocido de cuando vino con Narvaez, dijo que nos pedia por merced que nos juntásemos en cabildo, que nos queria notificar ciertas provisiones de su majestad y de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos; que traia muchas cartas para todos. Y segun pareció, traia el Juan Bono cartas en blanco con la firma del Obispo; y entre tanto que nos fueron á llamar en la pacificacion donde estábamos, se informó el Juan Bono quién éramos los regidores, y las cartas que traia en blanco escribió en ellas palabras de ofrecimientos

que el Obispo nos enviaba si dábamos la tierra á Cristóbal de Tapia, que el Juan Bono no creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo; y el Obispo tenia por *cierto* que no le recebiriamos, é á aquel efeto envió á Juan Bono con aquellos recaudos; é traia para mí, como regidor, una carta del mismo obispo, que escribió el Juan Bono. Pues ya que habiamos entrado en cabildo y vimos sus despachos y provisiones, que nunca nos habia querido decir lo que era hasta entonces, de presto le despachamos con decir que ya el Tapia era vuelto á Castilla, é que fuese á Méjico, adonde estaba Cortés, é allá le diria lo que le conviniese; é cuando aquello oyó el Juan Bono, que el Tapia no estaba en la tierra, se puso muy triste, y otro dia se embarcó, é fué á la Villa-Rica, é desde allí á Méjico, y lo que allá pasó yo no lo sé; salvo que oí decir que Cortés le ayudó para la costa y se volvió á Castilla. Y dejemos de contar mas cosas, que habia bien que decir cómo siempre que en aquella villa estuvimos nunca nos faltaron trabajos y conquistas de las provincias que se habian levantado; y volvamos á decir de Pedro de Albarado cómo le fué en lo de Tutepeque y en su poblacion.

CAPÍTULO CLXI.

Cómo Pedro de Albarado fué á Tutepeque á poblar una villa, y lo que en la pacificacion de aquella provincia y poblar la villa le acaeció.

Es menester que volvamos algo atrás para dar relacion desta ida que fué Pedro de Albarado á poblar á Tutepeque; y es así: que como se ganó la ciudad de Méjico, y se supo en todas las comarcas y provincias que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban á dar el parabien de la vitoria á Cortés, y á ofrecerse por vasallos de su majestad; y entre muchos grandes pueblos que en aquel tiempo vinieron, fué uno que se dice Tutepeque, zapotecas, y trajeron un presente de oro á Cortés, y dijéronle que estaban otros pueblos algo apartados que se decian Tutepeque, muy enemigos suyos, é que les venian á dar guerra porque habian enviado los de Guantepeque á dar la obediencia á su majestad, y que estaban en la costa del sur, y que era gente muy rica, así de oro que tenian en joyas, como de minas; y le demandaron á Cortés con mucha importunacion les diesen hombres de á caballo y escopeteros y ballesteros para ir contra sus enemigos; é Cortés les habló muy amorosamente, y les dijo que queria enviar con ellos al Tonatio, que así le llamaban al Pedro de Albarado; y dijo á fray Bartolomé que fuese con Albarado, y luego le dió sobre ciento y ochenta soldados, y entre ellos treinta y cinco de á caballo, y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por capitan, pues estaba de paz aquella provincia, que le demandase otros veinte soldados, y los mas dellos ballesteros; y así como le fué mandado, ordenó su partida, y salió de Méjico el año de 22; é mandóle Cortés que luego fuese é viese ciertos peñoles que decian que estaban alzados, y entonces todo lo halló de paz y de buena voluntad, y tardó mas de cuarenta dias en llegar á Tutepeque; y el señor dél y todos los principales, desque supieron que estaban ya cerca de su pueblo, le salieron á recebir de paz, y les llevaron á aposentar en lo mas poblado del pueblo, adonde el cacique tenia sus adoratorios y sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras y son de paja; porque en aquella provincia no tenian azuteas, porque es tierra muy caliente; y dijo fray Bartolomé á Albarado, con sus capitanes y soldados, que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponian fuego no se podrian valer; y parecióle bien el consejo á Albarado, y fué acordado que se fuesen en cabo del pueblo; y como fué aposentado, el cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada dia que allí estuvieron le llevó presentes muy ricos de oro; y como el Albarado vido que tanto oro tenian, le mandó hacer unas estriberas de oro fino, de la manera de otras que le dió para que por ellas las hiciese, y se las trajeron hechas; y dende á pocos dias echó preso al cacique porque le dijeron los de Teguantepeque al Pedro de Albarado que le queria dar guerra toda aquella provincia, é que cuando le aposentaron entre aquellas casas donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar é que allí muriesen todos; y á esta causa le echó preso. Otros españoles de fe y de creer dijeron que por sacalle mucho oro, é sin justicia murió en las prisiones; ahora sea lo uno ó lo otro, aquel cacique dió á Pedro de Albarado mas de treinta mil pesos, y murió de enojo y de la prision; y aunque fray Bartolomé de Olmedo le animaba y consolaba, no bastó para que no se muriese encorajado y de pesar; é quedó á un su hijo el cacicazgo, y le sacó Albarado mucho mas oro que al padre; y luego envió á visitar los pueblos de la comarca, y los repartió entre los vecinos, y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los mas vecinos que allí poblaron habian sido de antes vecinos de Segura de la Frontera, que era Tepeaca. Y como esto tuvo hecho, y tenia ya llegado buena suma de pesos de oro, y se lo llevaba á Méjico para dar á Cortés; y tambien le dijeron que Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber, que lo trajese consigo para enviar á su majestad, por causa que habian robado los franceses lo que habian enviado con Alonso de Avila é Quiñones, é que no diese parte ninguna dello á ningun soldado de los que tenia en su compañía; é ya que el Albarado queria partir para Méjico, tenian hecha ciertos soldados una conjuracion, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, de matar otro dia á Pedro de Albarado y á sus hermanos porque les llevaban el oro sin dar partes, y aunque se las pedian muchas veces, no se lo quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de indios; y esta conjuracion, si no se lo descubriera á fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decia Trebejo, que era en la misma trama, aquella noche que venia habian de dar en ellos; y como el Albarado lo supo del fraile, que se lo dijo á hora de vísperas, yendo á caballo á caza por unas cabañas, é iban en su compañía á caballo de los que entraban en la conjuracion, para disimular con ellos dijo: «Señores, á mí me ha dado dolor de costado; volvamos á los aposentos, y llámenme un barbero que me haga sangre.» Y como volvió, envió á llamar á sus hermanos Jorge y Gonzalo Gomez, todos Albarados, é á los alcaldes y alguaciles, y prenden los que eran en la conjuracion, y por justicia ahorcaron á dos dellos, que se decia

el uno Fulano de Salamanca, natural del Condado, que habia sido piloto, é á otro que se decia Bernardo Levantisco, y murieron como buenos cristianos, que el fray Bartolomé trabajó mucho con ellos; y con estos dos apaciguó los demás, y luego se fué para Méjico con todo el oro, y dejó poblada la villa; y cuando los vecinos que en ella quedaron vieron que los repartimientos que les daban no eran buenos, y la tierra doliente y muy calurosa, é habian adolecido muchos dellos, é las naborias é esclavos que llevaban se les habian muerto, y aun muchos murciégalos y mosquitos y aun chinches, y sobre todo, que el oro no lo repartió el Albarado entre ellos y se lo llevó, acordaron de quitarse de mal ruido y despoblar la villa, y muchos dellos se vinieron á Méjico y otros á Guaxaca é á Guatimala, y se derramaron por otras partes; y cuando Cortés lo supo, envió á hacer pesquisa sobre ello, y hallóse que por los alcaldes y regidores en el cabildo se concertó que se despoblasen, y sentenciaron á los que fueron en ello á pena de muerte; mas el fray Bartolomé pidió á Cortés que no los ahorcase, y eso con mucho ahinco; y así, fué después la pena un destierro; y desta manera sucedió en lo de Tutepeque, que jamás nunca se pobló, y aunque era tierra rica, por ser doliente; y como los naturales de aquella tierra vieron esto, que se habia despoblado, é la crueldad que Pedro de Albarado habia hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornó á rebelar, y volvió á ellos el Pedro de Albarado y los llamó de paz, y sin dalle guerra volvieron á estar de paz. Dejemos esto, é digamos que, como Cortés tenia ya llegados sobre ochenta mil pesos de oro para enviar á su majestad, y el tiro Fénix forjado, vino en aquella sazon nueva como habia venido á Pánuco Francisco de Garay con grande armada; y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXII.

Cómo vino Francisco de Garay de Jamáica con grande armada para Pánuco, y lo que le aconteció, y muchas cosas que pasaron.

Como he dicho en otro capítulo que habla de Francisco de Garay, como era gobernador en la isla de Jamáica é rico, y tuvo nueva que habiamos descubierto muy ricas tierras cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba é Juan de Grijalva, y habiamos llevado á la isla de Cuba veinte mil pesos de oro, y los hubo Diego Velazquez, gobernador que era de aquella isla, y que venia en aquel instante Hernando Cortés á la Nueva-España con otra armada, tomóle gran codicia á Garay de venir á conquistar algunas tierras, pues tenia mejor caudal que otros ningunos; y tuvo nueva plática de un Anton de Alamínos, que fué el piloto mayor que habiamos traido cuando lo descubrimos, cómo estaban muy ricas tierras y muy pobladas desde el rio de Pánuco adelante, é que aquello podia enviar á suplicar á su majestad que le hiciese merced. Y después de bien informado el mismo Garay del piloto Alamínos y de otros pilotos que se habian hallado juntamente con el Alamínos en el descubrimiento, acordó de enviar á su mayordomo, que se decia Juan de Torralba, á la corte con cartas y dineros, á suplicar á los caballeros que en aquella sazon estaban por presidente é oidores de su majestad que le hiciesen merced de la gobernacion del rio de Pánuco, con todo lo demás que descubriese é estuviese por poblar; y como su majestad en aquella sazon estaba en Flándes, y estaba por presidente de Indias don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el licenciado Zapata y el licenciado Várgas y el secretario Lope de Conchillos, le trajeron provisiones que fuese adelantado y gobernador del rio de San Pedro y San Pablo, con todo lo que descubriese; y con aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta ducientos y cuarenta soldados, con muchos caballos y escopeteros y ballesteros y bastimentos, y por capitan dellos á un Alonso Alvarez Pineda ó Pinedo, otras veces por mí ya nombrado. Pues como hubo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los indios de Pánuco se la desbarataron, y mataron al capitan Pineda y á todos los soldados y caballos que tenia, excepto obra de sesenta soldados que vinieron al puerto de la Villa-Rica con un navío, y por capitan dellos un Camargo, que se acogieron á nosotros; y tras aquellos tres navíos, viendo el Garay que no tenia nuevas dellos, envió otros dos navíos con muchos soldados y caballos y bastimentos, y por capitan dellos á Miguel Diaz de Ajuz é á un Ramirez, los cuales se vinieron tambien á nuestro puerto; y como vieron que no hallaron en el rio de Pánuco pelo ni uso de los soldados que habia enviado Garay, salvo los navíos quebrados, todo lo cual tengo ya dicho otra vez en mi relacion; mas es necesario que se torne á decir desde el principio para que bien se entienda. Pues volviendo á nuestro propósito y relacion, viendo el Francisco de Garay que ya habia gastado muchos pesos de oro, é oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que habia descubierto, y del mucho oro y joyas que habia en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino mas la voluntad de venir él en persona y traer la mayor armada que pudiese; buscó once navíos y dos bergantines, que fueron trece velas, y allegó ciento y treinta y seis de á caballo y ochocientos y cuarenta soldados, los mas ballesteros y escopeteros, y bastecióles muy bien de todo lo que hubieron menester, que era pan cazabe é tocinos é tasajos de vacas, que ya habia harto ganado vacuno; que, como era rico y lo tenia todo de su cosecha, no le dolia el gasto; y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamáica, fué demasiada la gente y caballos que allegó, y en el año de 1523 años salió de Jamáica con toda su armada por San Juan de junio, ó vino á la isla de Cuba é á un puerto que se dice Xagua, y allí alcanzó á saber que Cortés tenia pacificada la provincia de Pánuco é poblada una villa, y habia gastado en la pacificar mas de setenta mil pesos de oro, é que habia enviado á suplicar á su majestad le hiciese merced de la gobernacion della, juntamente con la Nueva-España; y como le decian de las cosas heróicas que Cortés y sus compañeros habiamos hecho, y como tuvo nueva que con ducientos y sesenta y seis soldados habiamos desbaratado á Pánfilo de Narvaez, habiendo traido sobre mil y trecientos soldados, con ciento de á caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés; é en aquella sazon que estaba el Garay en aquel puerto de Xagua le vinieron á

ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho ó diez personas principales de aquella isla, y le vino á ver el licenciado Zuazo, que habia venido á aquella isla á tomar residencia á Diego Velazquez por mandado de la real audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el licenciado sobre la ventura de Cortés, que temia que habia de tener diferencias con él sobre la provincia de Pánuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viaje, para ser intercesor entre él y Cortés; y el licenciado Zuazo respondió que no podia ir por entonces sin dar residencia, mas que presto seria allá en Pánuco; y luego el Garay mandó dar velas, é va su derrota para Pánuco, y en el camino tuvo un mal tiempo, y los pilotos que llevaba subieron mas arriba hácia el rio de Palmas, y surgió en el propio rio dia de señor Santiago, y luego envió á ver la tierra, y á los capitanes y soldados que envió no les pareció buena, y no tuvieron gana de quedar allí, sino que se viniese al propio rio de Pánuco á la poblacion é villa que Cortés habia poblado, por estar mas cerca de Méjico; y como aquella nueva le trajeron, acordó el Garay de tomar juramento á todos sus soldados que no le desmampararian sus banderas, é que le obedecerian como á tal capitan general, é nombró alcaldes y regidores y todo lo perteneciente á una villa; dijo que se habia de nombrar la vila Garayana, é mandó desembarcar todos los caballos y soldados de los navíos desembarazados; envió los navíos costa á costa con un capitan que se decia Grijalva, y él y todo su ejército se vino por tierra costa á costa cerca de la mar, y anduvo dos dias por malos despoblados, que eran ciénagas; pasó un rio que venia de unas sierras que vieron desde el camino, que estaban de allí obra de cinco leguas, y pasaron aquel gran rio en barcas é en unas canoas que hallaron quebradas. Luego en pasando el rio estaba un pueblo despoblado de aquel dia, é hallaron muy bien de comer maíz é gallinas, é habia muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay prendió unos indios que entendian la lengua mejicana, y halagóles y dióles camisas, envióles por mensajeros á otros pueblos que le decian que estaban cerca, porque recibiesen de paz, y rodeó una ciénaga; fué á los mismos pueblos, recibiéronle de paz, diéronle muy bien de comer y muchas gallinas de la tierra, é otras aves, como á manera de ansarones, que tomaban en las lagunas; é como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados, y parece ser no les daban de lo que los indios traian de comer, se amotinaron algunos é se fueron á robar á los indios de aquellos pueblos por donde venian, é estuvieron en este pueblo tres dias; otro dia fueron su camino con guias, llegaron á un gran rio, no le podian pasar sino con canoas que les dieron los de los pueblos de paz donde habian estado; procuraron de pasar cada caballo á nado, y remando con cada canoa un caballo que le llevasen del cabestro; y como eran muchos caballos y no se daban maña, se les ahogaron cinco caballos; salen de aquel rio, dan en unas malas ciénagas, y con mucho trabajo llegaron á tierra de Pánuco; é ya que en ella se hallaron, creyeron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maíz ni bastimentos y muy alterados, y esto fué á causa de las guerras que Cortés con ellos habia tenido poco tiempo habia; y tambien si alguna comida tenian, habíanlo alzado y puesto en cobro; porque, como vieron tantos españoles y caballos, tuvieron miedo dellos y despoblaban los pueblos, é adonde pensaba Garay reposar, tenia mas trabajo; y demás desto, como estaban despobladas las casas dónde posaba, habia en ellas muchos murciégalos é chinches y mosquitos, é todo les daba guerra; é luego sucedió otra mala ventura, que los navíos que venian costa á costa no habian llegado al puerto ni sabian dellos, porque en ellos traian mucho bastimento; lo cual supieron de un español que los vino á ver ó hallaron en un pueblo, que era de los vecinos que estaban poblados en la villa de Santi-Estéban del Puerto, que estaba huido por temor de la justicia por cierto delito que habia hecho; el cual les dijo cómo estaban poblados en una villa muy cerca de allí y cómo Méjico era muy buena tierra, é que estaban los vecinos que en ella vivian ricos; é como oyeron los soldados que traia Garay al español, que con él hablaron muchos, que la tierra de Méjico era buena é la de Pánuco no era tan buena, se desmandaron y se fueron por la tierra á robar, é íbanse á Méjico; y en aquella sazon, viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados y no los podia haber, envió á un su capitan que se decia Diego de Ocampo á la villa de Santi-Estéban á saber qué voluntad tenia el teniente que estaba por Cortés, que se decia Pedro de Vallejo, y aun le escribió haciéndole saber cómo traia provisiones y recaudos de su majestad para gobernar y ser adelantado de aquellas provincias, é cómo habia aportado con sus navíos al rio de Palmas, é del camino é trabajos que habia pasado; y el Vallejo hizo mucha honra al Diego de Ocampo y á los que con él iban, y le dió buena respuesta, y les dijo que Cortés holgara de tener tan buen vecino por gobernador, mas que le habia costado muy caro la conquista de aquella tierra, y que su majestad le habia hecho merced de la gobernacion, y que venga cuando quisiere con sus ejércitos é que se le hará todo servicio, é que le pide por merced que mande á sus soldados que no hagan sinjusticias ni robos á los indios, porque se le han venido á quejar dos pueblos; y tras esto, muy en posta escribió el Vallejo á Cortés, y aun le envió la carta del Garay; é hizo que escribiese otra al mismo Diego de Ocampo, y le envió é decir que qué mandaba que se hiciese, é qué de presto enviasen muchos soldados ó viniese Cortés en persona. Y desque Cortés vió la carta, envió á llamar á fray Bartolomé é á Pedro de Albarado, é á Gonzalo de Sandoval é á un Gonzalo de Ocampo, hermano del otro Diego de Ocampo que venia con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenia, cómo su majestad le habia mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí hasta que se averiguase la justicia entre él y Diego Velazquez, ó se lo notificasen al Garay. Dejemos de hablar desto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respuesta del Vallejo al Garay, y le pareció buena respuesta, se vino con todo su ejército á se juntar mas cerca de la villa de Santi-Estéban del Puerto, é ya el Pedro de Vallejo tenia concertado con los vecinos de la villa, é con aviso que tuvo de cinco soldados que se habian ido de la villa, que eran del mismo Garay, de los amotinados; y como estaban muy descuidados é no se

velaban, é como quedaban en un pueblo bueno é grande que se dice Nachaplan, y los del Vallejo sabian bien la tierra, dan en la gente de Garay, y le prenden sobre cuarenta soldados, y se los llevaron á su villa de Santi-Estéban del Puerto, y ellos tuvieron por nueva su prision; y la causa que dijo el Vallejo por que los prendió, era porque, sin presentar las provisiones y recaudos que traian, andaban robando la tierra; y viendo esto Garay, hubo gran pesar, y tornó á enviar á decir al Vallejo que le diese sus soldados, amenazándole con la justicia de nuestro rey y señor; y el Vallejo respondió que cuando vea las reales provisiones, que las obedecerá y pondrá sobre su cabeza, é que fuera mejor que cuando vino Ocampo las trajera y presentara para las cumplir, é que le pide por merced que mande á sus soldados que no roben ni saqueen los pueblos de su majestad; y en este instante llegaron fray Bartolomé é Albarado, los capitanes que Cortés enviaba con los recaudos; y como el Diego de Ocampo era en aquella sazon alcalde mayor por Cortés en Méjico, comenzó de hacer requirimientos al Garay que no entrase en la tierra, porque su majestad mandó que la tuviese Cortés, y en demandas y respuestas, en que andaba el fray Bartolomé, se pasaron ciertos dias, y entre tanto se le iban al Garay muchos soldados, que anochecian y no amanecian en el real; y vió Garay que los capitanes de Cortés traian mucha gente de á caballo y escopeteros, y de cada dia le venian mas, y supo que de sus navíos que habia mandado venir costa á costa, se le habian perdido dos dellos con tormenta de nortes, que es travesía, y los demás navíos que estaban en la boca del puerto, y que el teniente Vallejo les envió á requerir que luego se entrasen dentro en el rio, no les viniese algun desman y tormenta como la pasada; si no, que los ternia por cosarios que andaban á robar; y los capitanes de los navíos respondieron que no tuviese Vallejo que entender ni mandar en ello, que ellos estarian donde quisiesen; y en este instante el Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés; y como andaban en estos trances el alcalde mayor Diego de Ocampo, y Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval, tuvieron pláticas secretas con los de Garay y con los capitanes que estaban en los navíos en el puerto, y se concertaron con ellos que se entrasen en el puerto y se diesen á Cortés; y luego un Martin de San Juan Lepuzcuano y un Castro Mocho, maestres de navíos, se entregaron é dieron con sus naos al teniente Vallejo por Cortés; é como los tuvo, fué en ellos el mismo Vallejo á requerir al capitan Juan de Grijalva, que estaba en la boca del puerto, que se entrase dentro á surgir, ó se fuese por la mar donde quisiese; y respondióle con tirarle muchos tiros; y luego enviaron en una barca un escribano del Rey, que se decia Vicente Lopez, á le requerir que se entrase en el puerto, y aun llevó cartas para el Grijalva, del Pedro de Albarado y de fray Bartolomé, con ofertas y prometimientos que Cortés le haria mercedes; y como vió las cartas y que todas las naos habian entrado en el rio, así hizo el Juan de Grijalva con su nao capitana; y el teniente Vallejo le dijo que fuese preso en nombre del capitan Hernando Cortés; mas luego le soltó á él y á cuantos estaban detenidos, á causa que le decia fray Bartolomé: «Hagamos nuestra cosa sin sangre, pues podemos, y serán Dios y el César mas agradados.» Y desque el Garay vió el mal recaudo que tenia, y sus soldados huidos y amotinados, y los navíos todos al través, y los demás estaban tomados por Cortés, si muy triste estuvo antes que se los tomasen, mas lo estuvo después que se vido desbaratado; y luego demandó con grandes protestaciones que hizo á los capitanes de Cortés que le diesen sus naos y todos sus soldados, que se queria volver al rio de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traia, y que por no tener debates ni cuestiones con Cortés, que se queria volver; y aquellos caballeros le respondieron que fuese mucho en buena hora, y que ellos mandarian á todos los soldados que estaban en aquella provincia y por los pueblos amotinados que luego se vengan á su capitan y vayan en los navíos; y le mandaron proveer de todo lo que hubiese menester, así de bastimentos como de armas y tiros é pólvora, é que escribirán á Cortés lo proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiese menester; y el Garay con esta respuesta y ofrecimientos estaba contento; y luego se dieron pregones en aquella villa, y en todos los pueblos enviaron alguaciles á prender los soldados amotinados para los traer al Garay, y por mas penas que les ponian, era pregonar en balde, que no aprovechaba cosa ninguna; y algunos soldados que traian presos decian que ya habian llegado á la provincia de Pánuco, y que no eran obligados á mas le seguir, ni cumplir el juramento que les habia tomado, y ponian otras perentorias, que decian que no era capitan el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra. Como vió el Garay que no aprovechaban pregones ni la buena diligencia que le parecia que ponian los capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado; pues viéndose desmamparado de todos, aconsejáronle los que venian por parte de Cortés que le escribiese luego al mismo Cortés, é que ellos serian intercesores con él para que volviese al rio de Palmas; y que tenian á Cortés por tan de buena condicion, que le ayudaria en todo lo que pudiese, y que el Pedro de Albarado y el fraile serian fiadores dello; y luego el Garay escribió á Cortés, dándole relacion de su viaje y trabajos, que si su merced mandaba, que le iria á ver y comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de su majestad, encomendándole su honra y estado, y que lo ordenase de manera que no fuese disminuida su honra; y tambien escribió fray Bartolomé y Pedro de Albarado, y el Diego de Ocampo y Gonzalo de Sandoval, suplicando al Cortés por las cosas del Francisco de Garay, para que en todo fuese ayudado, pues en los tiempos pasados habian sido grandes amigos; y Cortés, viendo aquellas cartas, tuvo lástima del Garay, y le respondió con mucha mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga á Méjico, que le promete que en todo lo que pudiere ayudar lo hará de muy buena voluntad, y que á la obra se remite; y mandó que por do quiera que viniese le hiciesen honra y le diesen todo lo que hubiese menester, y aun le envió al camino refresco; y cuando llegó á Tezcuco le tenian hecho un banquete; y llegado á Méjico, el mismo Cortés y muchos caballeros le salie-

ron á recebir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y mas cuando vió la gran ciudad de Méjico; y luego Cortés lo llevó á sus palacios, que entonces nuevamente los hacia; y después que se hubieron comunicado él y el Garay, el Garay le contó sus desdichas y trabajos, encomendándole que por su mano fuese remediado; y el mismo Cortés se le ofreció muy de voluntad, y fray Bartolomé y Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval le fueron buenos medianeros; y de ahí á tres ó cuatro dias que hubo llegado, porque la amistad suya fuese mas duradera y segura, trató fray Bartolomé que se casase una hija de Cortés, que se decia doña Catalina Cortés é Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que traia consigo en la armada é le dejó por capitan de su armada; y Cortés vino en ello, y le mandó en dote con doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese á poblar el rio de Palmas, é que Cortés le diese lo que hubiese menester para la poblacion y pacificacion de aquella provincia, y aun le prometió capitanes y soldados de los suyos, para que con ellos descuidase en las guerras que hubiese; y con estos prometimientos, y con la buena voluntad que Garay halló en Cortés, estaba muy alegre: yo tengo por cierto que así como lo habia capitulado y ordenado Cortés, lo cumpliria. Dejemos esto del casamiento y de las promesas, y diré cómo en aquella sazon fué á posar el Garay en casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés hacia sus casas y palacio muy grandes, y de tantos patios, que era admiracion; y Alonso de Villanueva, segun pareció, habia estado en Jamáica cuando Cortés lo envió á comprar caballos, que esto no le afirmo si era entonces ó después; era muy grande amigo de Garay, y por el conocimiento pasado suplicó el Garay á Cortés para pasarse á las casas del Villanueva, y se le hacia toda la honra que podia, y todos los vecinos de Méjico le acompañaban. Quiero decir cómo en aquella sazon estaba en Méjico Pánfilo de Narvaez, que es el que hubimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y fué á ver y hablar al Garay; abrazáronse el uno al otro, y se pusieron á platicar cada uno de sus trabajos y desdichas; y como el Narvaez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática, medio riendo, le dijo el Narvaez: «Señor adelantado don Francisco de Garay, hanme dicho ciertos soldados de los que le han venido huyendo y amotinados que solia decir vuesamerced á los caballeros que traia en su armada: «Mirad que hagamos como varones, y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron á Narvaez;» pues, señor don Francisco de Garay, á mí peleando me quebraron este ojo, y me robaron y me quemaron cuanto tenia, y hasta que me mataron el alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes, nunca me habian vencido tan descuidado como á vuesamerced le han dicho: hágole saber que otros mas venturosos en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados, que se podian nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entre manos como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas mas que Aníbal.» Y el Garay respondia que no habia necesidad que se lo dijesen; que por las obras se veia lo que decia, y que ¿qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese á dar con los navíos al través, y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades á les dar guerra? Y respondia Narvaez recitando otros grandes hechos de Cortés; y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas desta Nueva-España como á manera de coloquio. Y dejemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré cómo Garay suplicó á Cortés por el Narvaez, para que le diese licencia para volver á la isla de Cuba con su mujer, que se decia María de Valenzuela, que estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenia el Narvaez; y demás de se lo suplicar el Garay á Cortés con muchos ruegos, la misma mujer de Narvaez se lo habia enviado á suplicar á Cortés por cartas, le dejase ir á su marido; porque, segun parece, se conocian cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres; y Cortés le dió licencia y le ayudó con dos mil pesos de oro; y cuando el Narvaez tuvo licencia se humilló mucho á Cortés, con prometimientos que primero le hizo que en todo le seria servidor, y luego se fué á Cuba. Dejemos de mas platicar desto, y digamos en qué paró Garay y su armada; y es, que yendo una noche de Navidad del año de 1523, juntamente con Cortés, á maitines, que los cantaron muy bien, y fray Bartolomé dijo lindamente la misa del Gallo, después de vueltos de la iglesia, almorzaron con mucho regocijo, y desde allí á una hora, con el aire que le dió al Garay, que estaba de antes mal dispuesto, le dió dolor de costado con grandes calenturas; mandáronle los médicos sangrar y purgáronle, y desque vieron que arreciaba el mal, le dijeron á fray Bartolomé que le dijese á Garay que moria, que se confesase y que hiciese testamento; lo cual luego lo hizo fray Bartolomé, y le dijo, como llegaba su acabamiento, que se dispusiese como buen cristiano y honrado caballero, é que no perdiese su ánima, ya que habia perdido la hacienda. El Garay le respondió: «Teneis razon, padre; yo quiero que me confeseis esta noche, y recibir el santo cuerpo de Jesucristo é hacer mi testamento.» E cumpliólo muy honradamente; y desque hubo comulgado, hizo su testamento, y dejó por albaceas á Cortés y á fray Bartolomé de Olmedo; y luego, dende á cuatro dias que le dió el mal, dió el alma á nuestro Señor Jesucristo, que la crió; y esto tiene la calidad de la tierra de Méjico, que en tres ó cuatro dias mueren de aquel mal de dolor de costado, que esto ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien experimentado de cuando estábamos en Tezcuco y en Cuyoacan, que se murieron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay, perdónele Dios, amen, le hicieron muchas honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusieron luto; y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y léjos de su mujer é hijos. Dejemos de contar desto, y volvamos á decir de la provincia del Pánuco, que, como el Garay se vino á Méjico, y sus capitanes y soldados, como no tenian cabeza ni quien les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, que el Garay traia en su compañía, se querian hacer capitanes; los cuales se decian, Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza,

Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina el tuerto, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Tobarda; este Tobarda fué el mas bullicioso de todos los del real de Garay; y sobre todos ellos quedó por capitan un hijo del Garay, que queria casar Cortés con su hija, y no le acataban ni hacian cuenta dél todos los que he nombrado ni ninguno de los de su capitanía; antes se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban. Y como aquello vieron los indios de aquella provincia, se concertaron todos á una de los matar, y en pocos dias sacrificaron y comieron mas de quinientos españoles, y todos eran de los de Garay, y en pueblos hubo que sacrificaron mas de cien españoles juntos; y por todos los demás pueblos no hacian sino, á los que andaban desmandados, matallos y comer y sacrificar; y como no habia resistencia, ni obedecian á los vecinos de la villa de Santi-Estéban, que dejó Cortés poblada, é ya que salian á les dar guerra, era tanta la multitud que salia de guerreros, que no se podian valer con ellos; y á tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos indios sobre la villa, y la combatieron de noche y de dia de arte, que estuvo en gran riesgo de se perder; y si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, y por el capitan Vallejo, que ponian velas y andaban rondando y esforzando á los demás, ciertamente les entraran en su villa; y aquellos conquistadores dijeron á los demás soldados de Garay que siempre procurasen de estar juntamente con ellos, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volviesen á la villa; y así se hizo, y pelearon con ellos tres veces, y puesto que mataron al capitan Vallejo é hirieron otros muchos, todavía los desbarataron y mataron muchos indios dellos; y estaban tan furiosos todos los indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abrasaron una noche cuarenta españoles, y mataron quince caballos, y muchos de los que mataron eran de los de Cortés, en un pueblo, y todos los demás fueron de los de Garay; y como Cortés alcanzó á saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le habia quebrado, no pudo venir; y de presto mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de á caballo y dos tiros y quince arcabuceros y ballesteros, y le dió ocho mil tlascaltecas y mejicanos, y le mandó que no viniese sin que les dejase muy bien castigados, de manera que no se tornasen á alzar. Pues como el Sandoval era muy ardidoso, y cuando le mandaban cosa de importancia no dormia de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da órden cómo habian de entrar y salir los de á caballo en los contrarios, porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las capitanías de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compaña á la otra parte; y mandó á los escopeteros y ballesteros no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y dar en ellos y hasta ver si los podria hacer poner en huida; y los contrarios tiraban mucha vara y flecha y piedra, é hirieron á muchos soldados y de nuestros amigos. Viendo Sandoval que no les podia entrar, estuvieron en aquel mal paso hasta la noche, y envió á mandar á los demás que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desmampararon sus puestos; é otro dia por la mañana, viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí cómo habia dicho, mandó enviar á llamar á las demás capitanías que habia enviado al otro mal paso, é hizo que levantaba su real, y que se volvia camino de Méjico como amedrentado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, é iban siguiéndole dándole grita y diciéndole vituperios; y todavía el Sandoval, aunque mas indios salian tras él, no volvia sobre ellos, y esto fué por descuidalles, para, como habian ya estado aguardando tres dias, volver aquella noche y pasar de presto con todo su ejército los malos pasos; é así lo hizo, que á media noche volvió y tomóles algo descuidados, y pasó con los de á caballo; y no fué tan sin grande peligro, que le mataron tres caballos é hirieron muchos soldados; y cuando se vió en buena tierra y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte y los demás de su capitanía por otra, dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habian juntado, desque supieron que volvió; y eran tantos, que el Sandoval tuvo recelo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó á sus soldados que se tornasen á juntar con él para que peleasen juntos, porque vió y entendió de aquellos contrarios que como tigres rabiosos se venian á meter por las puntas de las espadas, y habian tomado seis lanzas á los de á caballo, como no eran hombres acostumbrados á la guerra; de lo cual Sandoval estaba tan enojado, que decia que valiera mas que trajera pocos soldados de los que él conocia, y no los que trujo; y allí les mandó á los de á caballo de la manera que habian de pelear, que eran nuevamente venidos; y es, que las lanzas algo terciadas, y no se parasen á dar lanzadas, sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huida; y les dijo que vista cosa es que si se parasen á alancear, que la primera cosa que el indio hace desque está herido es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces á media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se las sacar de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando órden cómo habian de batallar, y vió á todos sus soldados y de á caballo juntos, se fué á dormir aquella noche á orilla de un rio, y allí puso buenas velas y escuchas y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados, y asimismo ballesteros y escopeteros y soldados muy apercebidos; mandó á los amigos tlascaltecas y mejicanos que estuviesen sus capitanías algo apartadas de

los nuestros, porque ya tenia experiencia de lo de Méjico; porque si de noche viniesen los contrarios á dar en los reales, que no hubiese estorbo ninguno en los amigos; y esto fué porque el Sandoval temió que vendrian, porque vió muchas capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus reales, y tuvo por cierto que aquella noche les habian de venir á combatir, é oia muchos gritos y cornetas é tambores muy cerca de allí; é segun entendian, habíanle dicho nuestros amigos á Sandoval que decian los contrarios que para aquel dia cuando amaneciese habian de matar á Sandoval y á toda su compañía; y los corredores del campo vinieron dos veces á dar aviso que sentian que se apellidaban de muchas partes y se juntaban; y cuando fué dia claro Sandoval mandó salir á todas sus compañías con gran ordenanza, á los de á caballo les tornó á traer á la memoria como otras veces les habia dicho: íbanse por el camino adelante por unas caserías, adonde oian los atambores y cornetas; y no hubo bien andado medio cuarto de legua, cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros y le comenzaron á cercar; y como aquello vió, manda arremeter la mitad de los de á caballo por una parte y la otra mitad por la otra, y puesto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fué desde allí adelante matando é hiriendo en ellos, que no se juntasen como de antes. Pues nuestros amigos los mejicanos y tlascaltecas hacian mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendieron mucha gente, y abrasaron todos los pueblos que por delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar á la villa de Sant-Estéban del Puerto, y halló los vecinos tales y tan debilitados, unos muy heridos y otros muy dolientes, y lo peor, que no tenian maíz que comer ellos y veinte y ocho caballos; y esto á causa que de noche y de dia les daban guerra, y no tenian lugar de traer maíz ni otra cosa ninguna, é hasta aquel mismo dia que llegó Sandoval no habian dejado de los combatir, porque entonces se apartaron del combate; y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa á ver y hablar al capitan Sandoval, y dalle gracias y loores por los haber venido en tal tiempo á socorrer, le contaron los de Garay que si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, que les ayudaron mucho, que corrian mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salian cada dia al campo y hacian salir los demás soldados, é resistian que los contrarios no los entrasen en la villa; y tambien porque, como lo capitaneaban é por su acuerdo se hacia todo, é habian mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demás aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenian con los contrarios; y Sandoval los abrazó á todos, y mandó á los mismos conquistadores, que bien los conocia, y aun eran sus amigos, en especial Fulano Navarrete y Carrascosa, y un Fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de á caballo y ballesteros y escopeteros que el Sandoval traia, é que por dos partes fuesen é enviasen maíz é bastimento, é hiciesen guerra é prendiesen todas las mas gentes que pudiesen, en especial caciques; y esto mandó el Sandoval porque él no podia ir, que estaba mal herido en un muslo, y en la cara tenia una pedrada, y asimismo entre los de su compaña traia otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres dias que no salió á dar guerra; porque, como habia enviado los capitanes ya nombrados, y conoció dellos que lo harian bien, y vió que de presto enviaron maíz y bastimento, con esto estuvo los tres dias; y tambien le enviaron muchas indias y gente menuda que habian preso, y cinco principales de los que habian sido capitanes en las guerras; y Sandoval les mandó soltar á todas las gentes menudas, excepto á los principales, y les envió á decir que desde allí adelante que no prendiesen si no fuesen á los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente les enviasen á llamar, é así lo hicieron; y ciertos soldados de los que habian venido con Garay, que eran personas principales, que el Sandoval halló en aquella villa, los cuales eran por quien se habia revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado á todos los mas dellos en el capítulo pasado, vieron que Sandoval no les encomendaba cosa ninguna para ir por capitanes con soldados, como mandó á los siete conquistadores viejos de los de Cortés, comenzaron á murmurar dél entre ellos, y aun convocaban á otros soldados á decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponian en pláticas de se levantar con la tierra, so color de que estaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay como adelantado della; y como lo alcanzó á saber el Sandoval, les habló muy bien y les dijo: «Señores, en lugar de me lo tener á bien, como, gracias á Dios, os hemos venido á socorrer, me han dicho que decis cosas que para caballeros como sois no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra en enviar los que aquí hallé por caudillos y capitanes; y si hallara á vuesas mercedes que érades caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querria saber una cosa: por qué no lo fuistes cuando estábades cercados. Lo que me dijistes todos á una es, que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuviérades mas trabajo; y como sabian la tierra mejor que vuesas mercedes, por esta causa los envié: así que, señores, en todas nuestras conquistas de Méjico no mirábamos en estas cosas é puntos, sino en servir lealmente á su majestad: así, os pido por merced que desde aquí adelante lo hagais, é yo no estaré en esta provincia muchos dias, si no me matan en ella, que me iré á Méjico. El que quedare por teniente de Cortés os dará muchos cargos, é á mí me perdonad.» Y con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenelle mala voluntad; y esto pasado, luego otro dia sale Sandoval con los que trujo en su compañía de Méjico y con los siete que habia enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte caciques, que todos habian sido en la muerte de mas de seiscientos españoles que mataron de los de Garay y de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y á todos los mas pueblos envió á llamar de paz, y muchos dellos vinieron, y con otros disimulaba aunque no venian; y esto hecho, escribió muy en posta á Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, é qué mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que

dejó Cortés por su teniente, era muerto de un flechazo; á quién mandaba que quedase en su lugar; y tambien le escribió que lo habian hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados; y como el Cortés vió la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz; y en la sazon que le dieron la carta á Cortés estábanle acompañando muchos caballeros conquistadores é otros que habian venido de Castilla; é dijo Cortés delante dellos: «¡Oh Gonzalo de Sandoval! ¡en cuán gran cargo os soy, y cómo me quitais de muchos trabajos!» Y allí todos le alabaron mucho, diciendo que era un muy extremado capitan, y que se podia nombrar entre los muy afamados. Dejemos destas loas; y luego Cortés le escribió que, para que mas justificadamente castigase por justicia á los que fueron en la muerte de tanto español y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al alcalde mayor Diego de Ocampo para que se hiciese informacion contra ellos, é lo que se sentenciase por justicia que lo ejecutase; y le mandó que en todo lo que pudiese les aplaciese á todos los naturales de aquella provincia, é que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos; y como el Sandoval vió la carta, y que venia el Diego de Ocampo, se holgó dello, y desde á dos dias que llegó el alcalde mayor Ocampo hicieron proceso contra los capitanes y caciques que fueron en la muerte de los españoles, y por sus confesiones, por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron ciertos dellos, é á otros perdonaron; y los cacicazgos dieron á sus hijos y hermanos, á quien de derecho les convenia. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traia instrucciones é mandamientos de Cortés para que inquiriese quién fueron los que entraban á robar la tierra é andaban en bandos y rencillas, y convocando á otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío y los enviase á la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva si se queria volver á Cuba; é si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir á Méjico; é en fin de mas razones, todos de buena voluntad se quisieron volver á la isla de Cuba, donde tenian indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz é gallinas é de todas las cosas que habia en la tierra, y se volvieron á sus casas é isla de Cuba; y esto hecho, nombraron por capitan á un Fulano de Vallecillo, é dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para Méjico, y fueron bien recebidos de Cortés y de toda la ciudad, que temian todos algun mal desbaratamiento de los nuestros, y se alegraron y solazaron mucho cuando vieron venir á Sandoval con vitoria. Y fray Bartolomé de Olmedo dijo á Cortés que se diesen loores á Dios; y ansí, se hizo una fiesta á nuestra Señora, y predicó muy santamente fray Bartolomé de Olmedo, y como buen letrado, que lo era el fraile; y dende en adelante no se tornó mas á levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar mas en ello, é digamos lo que le aconteció al licenciado Zuazo en el viaje que venia de Cuba á la Nueva España.

CAPITULO CLXIII.

Cómo el licenciado Alonso de Zuazo venia en una carabela á la Nueva-España, con dos frailes de la merced, amigos de fray Bartolomé de Olmedo, y dió en unas isletas que llaman las Víboras, é de la muerte de uno de los frailes, y lo que mas le aconteció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado que hablé de cuando el licenciado Zuazo fué á ver á Francisco de Garay al pueblo Xagua, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad; y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés, porque bien entendido tenia que habia de tener diferencias sobre la gobernacion de Pánuco; y el Alonso de Zuazo le prometió que ansí lo haria en dando cuenta de la residencia del cargo que tuvo de justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivia; y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar residencia y hacerse á la vela, é ir á la Nueva-España, adonde habia prometido, é llevó consigo dos frailes de la Merced, que se decia el uno fray Gonzalo de Pontevedra y el otro fray Juan Varillas, natural de Salamanca, é este era muy amigo del padre fray Bartolomé de Olmedo, é habia pedido licencia á sus prelados para ir en busca suya é le ayudar, é estaba con fray Gonzalo en Cuba á la ventura de si habia ocasion de ir con el fray Bartolomé; y el Zuazo, que se decia pariente del fray Juan, le pidió se fuese con él, y se embarcaron en un navío chico, é yendo por su viaje, é salimos de la punta que llaman de Sant-Anton, y tambien se dice por otro nombre la tierra de los Gamatabeis, que son unos salvajes que no sirven á españoles; y navegando en su navío, que era de poco porte, ó porque el piloto erró la derrota, ó descayó con las corrientes, fué á dar en unas isletas que son entre unos bajos que llaman las Víboras, y no muy léjos destos bajos están otros que llaman los Alacranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dió la vida á Zuazo fué ser su navío de poco porte. Pues volviendo á nuestra relacion: porque pudiesen llegar con el navío á una isleta que vieron que estaba cerca, que no bañaba la mar, echaron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traian para matalotaje, para aliviar el navío, para poder ir sin tocar en tierra hásta la isleta, y cargaron tantos tiburos á los tocinos, que á unos marineros que se echaron al agua á mas de la cinta, los tiburones, encarnizados en los tocinos, apañaron á un marinero dellos y le despedazaron y tragaron, y si de presto no se volvieran los demás marineros á la carabela, todos perecieran; segun andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron; pues lo mejor que pudieron allegaron con su carabela á la isleta, y como habian echado á la mar el bastimento y cazabe, y no tenian qué comer, y tampoco tenian agua que beber, ni lumbre, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dejaron de arrojar á la mar, fué ventura que traian en la carabela dos indios de Cuba, que sabian sacar lumbre con unos palicos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, é dellos sacaron lumbre, y cavaron en un arenal y sacaron agua salobre, y como la isleta era chica y de arenales, venian á ella á desovar muchas tortugas, é ansí como salian las trastornaban

los indios de Cuba las conchas arriba; é suele poner cada una dellas sobre cien huevos tamaños como de patos; é con aquellas tortugas é muchos huevos tuvieron bien con que se sustentar trece personas que escaparon en aquella isleta; y tambien mataron los marineros que salian de noche al arenal los lobos marinos de la isleta, que fueron harto buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la carabela acertaron á venir dos carpinteros de ribera, y tenian sus erramientas, que no se les habian perdido, acordaron de hacer una barca para ir con ella á la vela, é con la tablazon é clavos, estopas é jarcias y velas que sacaron del navio que se perdió, hacen una buena barca como batel, en que fueron tres marineros é un indio de Cuba á la Nueva-España, y para matalotaje llevaron de las tortugas y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta é aguja de marear, después de se encomendar á Dios, fueron su viaje, é unas veces con buen tiempo é otras veces con contrario, llegaron al puerto de Calchocuca, que es el rio de Banderas, adonde en aquella sazon se descargaban las mercaderías que venian de Castilla, y dende allí fueron á Medellin, adonde estaba por teniente de Cortés un Simon de Cuenca; y como los marineros que venian en la barca le dijeron al teniente el gran peligro en que estaba el licenciado Alonso Zuazo, luego sin mas dilacion el Simon de Cuenca buscó marineros é un navío de poco porte, y con mucho refresco lo despachó á la isleta adonde estaba el Zuazo; y el Simon de Cuenca le escribió al mismo licenciado cómo Cortés se holgaria mucho con su venida, é ansimismo le hizo saber á Cortés todo lo acaecido, y cómo le envió el navío bastecido; de lo cual se holgó Cortés del buen aviamiento que el teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto, que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos y cabalgaduras, é que le enviasen á Méjico; y partió el navío, é fué con buen viaje á la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente. Volvamos á decir cómo cuando llegó el navío se habia muerto en pocos dias, de no poder comer bocado de las viandas, el fraile fray Gonzalo, de que habian habido gran pesar fray Juan é Zuazo; é habiéndole encomendado á Dios su alma, se embarcaron en él, y de presto con buen tiempo llegaron á Medellin, é se les hizo mucha honra, y fueron á Méjico, y Cortés les mandó salir á recebir, y les llevó á sus palacios y se regocijó con ellos, y le hizo su alcalde mayor al licenciado Alonso de Zuazo, y en esto paró su viaje. Dejemos de hablar dello, y digo que esta relacion que doy, es por una carta que nos escribió á la villa de Guacalco Cortés al cabildo della, adonde declaraba lo por mí aquí dicho, é porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros á dar aviso del Zuazo, é allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban segun de la manera que aquí lo escribo. Dejemos esto, y diré cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á pacificar la provincia de Guatimala.

CAPITULO CLXIV.

Cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á la provincia de Guatimala para que poblase una villa y los trajese de paz, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar á Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de Méjico é Guaxaca é Zacatula é Colima é la Veracruz é Pánuco é Guacacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatimala habia recios pueblos de mucha gente é que habia minas, acordó de enviar á la conquistar y poblar á Pedro de Albarado, é aun el mismo Cortés habia enviado á rogar á aquella provincia que viniesen de paz, é no quisieron venir; é dióle al Albarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y mas, le dió ciento y treinta y cinco de á caballo, cuatro tiros y mucha pólvora, y un artillero que se decia Fulano de Usagre, y sobre ducientos tlascaltecas y cholultecas, y cien mejicanos, que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo, que era amigo grande de Albarado, le demandó licencia á Cortés para irse con él é predicar la fe de Jesucristo á los de Guatimala; mas Cortés, que tenia con el fraile siempre harta comunicacion, decia que no, y que iria con Albarado un buen clerigo que habia venido de España con Garay, é que tuviese voluntad de quedarse para predicar la pascua del Nacimiento de Jesucristo; mas el fraile tanto le cansó, que se hubo de ir con Albarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de todos los negocios. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba á Albarado que con toda diligencia procurase de los atraer de paz sin darles guerra, é que con ciertas lenguas que llevaba les predicase fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos á otros, é que las cárceles é redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios á engordar para comer, que las quebrase y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraya á que dén la obediencia á su majestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos, entonces fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay para que le ayudase, y el clérigo era bueno, y Cortés se le dió y dijo que fuese en buen hora. Pues ya despedido el Pedro de Albarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en Méjico habia, y se despidieron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en 13 dias del mes de diciembre de 1523 años, y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Guantepeque, los cuales peñoles trajo de paz; llámanse el peñol de Güelamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se dice Güelamo; y dende allí fué á Tecuantepeque, pueblo grande, y son zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz, é ya se habian ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, á

Méjico, y dado la obediencia á su majestad é á ver á Cortés, y aun le llevaron un presente de oro; y dende Tecuantepeque fué á la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de mas de quince mil vecinos, y tambien le recibieron de paz y le dieron un presente de oro y se dieron por vasallos de su majestad; y dende Soconusco llegó cerca de otras poblaciones que se dicen Zapotitlan, y en el camino, en una puente de un rio que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que le estaban aguardando para no dejalle pasar, y tuvo una batalla con ellos, en que le mataron un caballo é hirieron muchos soldados, y uno murió de las heridas; y eran tantos los indios que se habian juntado contra Albarado, no solamente los de Zapotitlan, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herian, no los podian apartar, y por tres veces tuvieron rencuentros, y quiso nuestro Señor Dios que los venció y le vinieron de paz; y dende Zapotitlan iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar á él tuvo otros rencuentros con los naturales de aquel pueblo y con otros sus vecinos, que se dice Utatlan, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su contorno á la redonda del Quetzaltenango, y en ellos le hirieron ciertos soldados, puesto que el Pedro de Albarado y su gente mataron é hirieron muchos indios; y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, y con ballesteros y escopeteros y todos sus soldados puestos en gran concierto, lo comenzó á subir, y en la cumbre del puerto hallaron una india gorda que era hechicera, y un perro de los que ellos crian, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados, que es señal de guerra; y mas adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le comenzaron á cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agra, los de á caballo no podian correr ni revolver ni aprovecharse dellos; mas los ballesteros y escopeteros y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pié con pié, y fueron peleando las cuestas y puerto abajo, hasta llegar á unas barrancas, donde tuvo otra muy reñida escaramuza con otros muchos escuadrones de guerreros que allí en aquellas barrancas esperaban, y era con un ardid que entre ellos tenian acordado, y fué desta manera: que, como fuese el Pedro de Albarado peleando, hacian que se iban retrayendo, y como les fuese siguiendo hasta donde le estaban esperando sobre seis mil indios guerreros, y estos eran de los de Utatlan y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Albarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grande ánimo, y los indios le hirieron tres soldados y dos caballos, mas todavía les venció y puso en huida; y no fueron muy léjos, que luego se tornaron á juntar y rehacer con otros escuadrones, y tornaron á pelear como valientes guerreros, creyendo desbaratar al Pedro de Albarado y á su gente; é fué cabe una fuente, adonde le aguardaron de arte, que se venian ya pié con pié con los de Pedro de Albarado, y muchos indios hubo dellos que aguardaron dos ó tres juntos á un caballo, y se ponian á fuerzas para derrotalle, é otros los tomaban de las colas; y aquí se vió el Pedro de Albarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podian sustentar á tantas partes de los escuadrones que les daban guerra á él y todos los suyos; y como hubieron gran coraje con el ánimo que les daba fray Bartolomé de Olmedo, diciéndoles que peleasen con intencion de servir á Dios y extender su santa fe, que él les ayudaria, y que habian de vencer ó morir sobre ello; é con todo, temian no los desbaratasen, porque se vieron en gran aprieto; y danles una mano con las escopetas y ballestas, y á buenas cuchilladas les hicieron que se apartasen algo. Pues los de á caballo no estaban de espacio, sino alancear y atropellar y pasar adelante, hasta que los hubieron desbaratado, que no se juntaron en aquellos tres dias; é como vió que ya no tenia contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir á poblado, rancheando y buscando de comer; y luego se fué con todo su ejército al pueblo de Quetzaltenango, y allí supo que en las batallas pasadas les habia muerto dos capitanes señores de Utatlan; y estando reposando y curando los heridos, tuvo aviso que venia otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habian juntado mas de dos xiquipiles, que son diez y seis mil indios, que cada xiquipil son ocho mil guerreros, é que venian con determinacion de morir todos ó vencer; y como el Pedro de Albarado lo supo, se salió con su ejército en un llano, y como venian tan determinados los contrarios, comenzaron á cercar el ejército de Pedro de Albarado y tirar vara, flecha y piedra y con lanzas, y como era muy llano y podian muy bien correr á todas partes los caballos, dan en los escuadrones contrarios de tal manera, que de presto les hizo volver las espaldas; aquí le hirieron muchos soldados é un caballo, y segun pareció, murieron ciertos indios principales, ansí de aquel pueblo como de toda aquella tierra; por manera que dende aquella vitoria ya temian aquellos pueblos mucho á Albarado, y concertaron toda aquella comarca de le enviar á demandar paces, é le trajeron un presente de oro de poca valía porque acetase las paces, é fué con acuerdo de todos los caciques de aquella provincia, porque otra vez se tornaron á juntar muchos mas guerreros que de antes, y les mandaron á sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utatlan, y que si enviaban á demandar paces, era que, como el Pedro de Albarado y su ejército estaba en Quetzaltenango haciendo entradas y corredurías, é siempre traian presa de indios é indias, y por llevalle á otro pueblo muy fuerte y cercado de barrancas, que se dice Utatlan, para que cuando le tuviesen dentro y en parte que ellos creian aprovecharse dél y de sus soldados, dar en ellos con los guerreros que ya estaban aparejados y escondidos para ello. Volvamos á decir cómo fueron con el presente delante de Pedro de Albarado muchos principales; y después de hecha su cortesía á su usanza, le demandaron perdon por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de su majestad, y le ruegan que porque su pueblo es grande, está en parte mas apacible donde le puedan servir, é junto á otras poblaciones, que se vaya con ellos á él. Y el Pedro de Albarado los recibió con mucho amor, y no entendió las cautelas que traian; y después de les haber respondido el mal que habian hecho

en salir de guerra, acetó sus paces, é otro dia por la mañana fué con su ejército con ellos á Utatlan, que ansí se dice el pueblo, é desque hubo entrado dentro é vieron una casa tan fuerte, porque tenia dos puertas, y la una dellas tenia veinte y cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala y deshecha por todas partes, y las casas muy juntas y las calles muy angostas, y en todo el pueblo no habia mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, é de comer no les proveian sino mal y tarde, y los caciques muy demudados en los parlamentos, avisaron al Pedro de Albarado unos indios de Quetzaltenango que aquella noche los querian matar á todos en aquellos pueblos si allí se quedaban, é que tenian puestos entre las barrancas muchos escuadrones de guerreros para en viendo arder las casas juntarse con los de Utatlan, y dar en nosotros los unos por una parte é los otros por otra, é con el fuego é humo no se podrian valer, é que entonces los quemarian vivos; y como el Pedro de Albarado entendió el gran peligro en que estaban, de presto mandó á sus capitanes é á todo su ejército que sin mas tardar se saliesen al campo, y les dijo el peligro que tenian; y como lo entendieron, no tardaron de se ir á lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron mas lugar de salir á tierra llana de en medio de tan recios pasos; é á todo esto el Pedro de Albarado mostraba buena voluntad á los caciques y principales de aquel pueblo y de otros comarcanos, y les dijo que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciendo en el campo un rato del dia, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles; y los caciques estaban muy tristes porque ansí los vieron salir; é ya el Pedro de Albarado no pudo mas disimular la traicion que tenian urdida, y sobre ello y sobre los escuadrones que tenia juntos en las barrancas mandó prender al cacique de aquel pueblo y por justicia le mandó quemar. Fray Bartolomé de Olmedo pidió á Albarado que queria ver si podria enseñarle y predicarle la fe de Cristo para le bautizar; y el fraile pidió un dia de término, y no lo hizo en dos; pero al fin quiso Jesucristo que el cacique se hizo cristiano, y le bautizó el fraile, y pidió á Albarado que no le quemasen, sino que le ahorcasen, y el Albarado se lo concedió, y dió el señorío á su hijo, y luego se salió á tierra llana fuera de las barrancas, y tuvo guerra con los escuadrones que tenian aparejados para el efeto que he dicho; y después que hubieron probado sus fuerzas y mala voluntad con los nuestros, fueron desbaratados. Y dejemos de hablar de aquesto, y digamos cómo en aquella sazon en un gran pueblo que se dice Guatimala se supo las batallas que Pedro de Albarado habia habido después que entró en la provincia, y en todas habia sido vencedor, y que al presente estaba en tierra de Utatlan, y que dende allí hacia entradas y daba guerras á muchos pueblos; y segun pareció, los de Utatlan y sus sujetos eran enemigos de los de Guatimala, é acordaron los de Guatimala de enviar mensajeros con presentes de oro á Pedro de Albarado, y darse por vasallos de su majestad; y enviaron á decir que si habian menester algun servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrian; y el Pedro de Albarado los recibió de buena voluntad, y les envió á dar muchas gracias por ello; y para ver si era como se lo decian, y como no sabia la tierra, para que le encaminasen les envió á demandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados porque no pudiesen pasar los nuestros, para que si fuesen menester los adobasen, y llevar el fardaje; y los de Guatimala se los enviaron luego con sus capitanes; y Pedro de Albarado estuvo en la provincia de Utatlan siete ú ocho dias haciendo entradas, y eran de los pueblos rebelados que habian dado la obediencia á su majestad, y después de dada se tornaban á alzar, y herraron muchos esclavos é indias, y pagaron el real quinto, y los demás repartieron entre los soldados; y luego se fué á la ciudad de Guatimala, y fué bien recibido y hospedado; y desque fueron allí llegados, le contaba Albarado á fray Bartolomé de Olmedo y á los capitanes suyos que nunca tan apretado se habia visto como en batallar con los de Utatlan, é que eran corajudos é buenos guerreros, y que se habia hecho buena hacienda; mas fray Bartolomé de Olmedo le replicó que Dios lo habia hecho, é que para que tuviese por bien é pluguiese de les ayudar en adelante, que no seria malo darle gracias y hacer fiesta á Dios y á su Madre, é que la gente oyese misa y que él predicase á los indios; dijo Albarado y todos los capitanes: «Esa es la verdad, padre; hágase una fiesta á la Vírgen;» é se aparejó un altar, é confesaron en dia y medio todos, é los comulgó fray Bartolomé de Olmedo, é después de la misa predicó, é habia allí muchos indios, é les declaró muchas cosas de nuestra santa fe, porque dijo muy buenas teologías, que el fraile dicen que la sabia; y le plugo á Dios que mas de treinta indios quisiesen ser bautizados, é los bautizó de allí á dos dias el fraile, é estaban otros deseando bautizarse, por ver cómo hablaban é comunicaban mas los nuestros con los bautizados que no con ellos, é todos generalmente estaban con alegría con Albarado; y los caciques de aquella ciudad le dijeron que muy cerca de allí habia unos pueblos junto á una laguna, é que tenian un peñol muy fuerte, é que eran sus enemigos é que les daban guerra, y que bien sabian los de aquel pueblo que no estaba léjos é cómo estaba allí el Pedro de Albarado, y que no venian á dar la obediencia como los demás pueblos, y que eran muy malos y de malas condiciones; el cual pueblo se dice Atitlan; y el Pedro de Albarado les envió á rogar que viniesen de paz y que serian dél muy bien tratados, y otras blandas palabras; y la respuesta que enviaron fué, que maltrataron los mensajeros, y viendo que no aprovechaban, tornó á enviar otros embajadores para les traer de paz, porque tres veces les envió á traer de paz, y todas tres les maltrataron de palabra; y fué Pedro de Albarado en persona á ellos, y llevó sobre ciento y cuarenta soldados, y entre ellos veinte ballesteros y escopeteros y cuarenta de á caballo, y con dos mil guatimaltecas; é cuando llegó junto al pueblo les tornó á requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas, que comenzaron á flechar; y cuando aquello vió, que no llegó muy léjos de allí y estaba dentro del agua, sálenle al encuentro dos buenos escuadrones de indios guerreros con grandes lanzas y

buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas y coseletes, y tañendo sus atabales, y con sus penachos y divisas, y peleó con ellos buen rato, é hubo muchos heridos de los soldados; mas no tardaron mucho en el campo les contrarios, que luego fueron huyendo á acogerse al peñol, y el Pedro de Albarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el peñol, y hubo muchos muertos y heridos, é mas hubiera si no se echaran todos al agua; y se pasaron á una isleta, y entonces se saquearon las casas que estaban pobladas junto á la laguna; y se salieron á un llano adonde habia muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro dia de mañana fueron al pueblo de Atitlan, que ya he dicho que ansí se dice, y estaba despoblado; y entonces mandó que corriesen la tierra é las güertas de cacaguatales, que tenian muchas, é trajeron presos dos principales de aquel pueblo, y el Pedro de Albarado les envió luego aquellos principales, con los que estaban presos del dia antes, á rogar á los demás caciques vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros, y que serán dél muy bien mirados y honrados, y que si no vienen, que les dará guerra como á los de Quetzaltenango é Utatlan, é les cortará sus árboles de cacaguatales y hará todo el daño que pudiere; en fin de mas razones, con estas palabras y amenazas luego vinieron de paz y trajeron un presente de oro, y se dieron por vasallos de su majestad, y luego el Pedro de Albarado y su ejército se volvió á Guatimala; é se ocupaba el fray Bartolomé de Olmedo en predicarles la santa fe á los indios, é decia misa en un altar que hicieron, en que pusieron una cruz, que la adoraban ya los indios, como miraban que nosotros la adorábamos; é tambien puso el fraile una imágen de la Vírgen que habia traido Garay é se la dió cuando muriera; era pequeña, mas muy hermosa, é los indios se enamoraban della, y el fraile les decia quién era, y ellos la adoraban; é estando algunos dias sin hacer cosa mas de lo por mí memorado, vinieron de paz todos los pueblos de la comarca, y otros de la costa del sur, que se llaman los pipiles; y muchos de aquellos pueblos que vinieron de paz se quejaron que en el camino por donde venian estaba una poblacion que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, y que no les dejaban pasar por su tierra y les iban á saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas dellos; y el Pedro de Albarado los envió á llamar de paz, y no quisieron venir, antes enviaron á decir muy soberbias palabras; é acordó de ir á ellos con todos los mas soldados que tenia, y de á caballo y escopeteros y ballesteros, y muchos amigos de Guatimala, y sin ser sentidos, da una mañana sobre ellos, en que se hizo mucho daño y presa, que valiera mas que nunca se hiciera, sino conforme á justicia; que fué mal hecho y no conforme á lo que su majestad mandó. E ya que hemos hecho relacion de la conquista y pacificacion de Guatimala y sus provincias, y muy cumplidamente lo dice en una memoria que dello tiene hecha un vecino de Guatimala, deudo de los Albarados, que se dice Gonzalo de Albarado, lo cual verán mas por extenso, si yo en algo aquí faltare; y esto digo porque no me hallé en estas conquistas hasta que pasamos por aquestas provincias, estando todo de guerra, en el año de 1524 años, é fué cuando veniamos de las Higueras é Honduras con el capitan Luis Marin, que nos volvimos para Méjico; y mas digo, que tuvimos en aquella sazon con los de Guatimala algunos rencuentros de guerra, y tenian hechos muchos hoyos y cortados en pasos malos pedazos de sierras para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas; y aun entre un pueblo que se dice Iuanazagapa y Petapa, en unas quebradas hondas estuvimos allí detenidos guerreando con los naturales de aquella tierra dos dias, que no podíamos pasar un mal paso; y entonces me hirieron de un flechazo, mas fué poca cosa; y pasamos con harto trabajo, porque estaban en el paso muchos guerreros guatimaltecas y de otros pueblos; y porque hay mucho que decir, y por fuerza tengo de traer á la memoria algunas cosas en su tiempo y lugar, y esto fué en el tiempo que hubo fama que Cortés era muerto y todos los que con él fuimos á las Higueras, lo dejaré por agora, y digamos de la armada que Cortés envió á las Higueras y Honduras. Tambien digo que esta provincia de Guatimala no eran guerreros los indios, porque no esperaban sino en barrancas, y con sus flechas no hacian nada, y no aguardaban á que los rompieran en campo llano.

CAPITULO CLXV.

Cómo Cortés envió una armada para que pacificase y conquistase aquellas provincias de Higueras y Honduras, envió por capitan della á Cristóbal de Olí, y lo que pasó diré adelante.

Como Cortés tuvo nueva que habia ricas tierras y buenas minas en lo de Higueras é Honduras, é aun le hicieron creer unos pilotos que habian estado en aquel paraje ó bien cerca dél, que habian hallado unos indios pescando en la mar y que les tomaron las redes, é que las plomadas que en ellas traian para pescar que eran de oro revuelto con cobre; y le dijeron que creyeron que habia por aquel paraje estrecho, y que pasaban por él de la banda del norte á la del sur; y tambien, segun entendimos, su majestad le encargó y mandó á Cortés por cartas, que en todo lo que descubriese mirase é inquiriese con grande diligencia y solicitud de buscar el estrecho ó puerto ó paraje para la especería, agora sea por lo del oro ó por buscar el estrecho; Cortés acordó de enviar por capitan de aquella jornada á un Cristóbal de Olí, que fué maestre de campo en lo de Méjico, lo uno porque le via hecho de su mano, y era casado con una portuguesa que se decia doña Filipa de Araujo (ya le he nombrado otras veces), y tenia el Cristóbal de Olí buenos indios de repartimiento cerca de Méjico, creyendo que le seria fiel y haria lo que le encomendase; y porque para ir por tierra tan largo viaje era grande inconveniente y trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no era tan grande estorbo é costa, y dióle cinco navíos y un bergantin muy bien artillados, y con mucha pólvora y bien bastecidos, y dióle trecientos y setenta soldados, y en ellos cien ballesteros y escopeteros y veinte y dos caballos, y entre estos soldados fueron cinco conquistadores de los nuestros, que pasaron con el mismo Cortés la primera vez, habiendo servido á su majestad muy bien en todas las conquistas, y tenian ya sus casas y reposo; y esto digo ansí, porque no aprovechaba cosa decir á Cortés: «Señor, dejáme descansar, que harto estoy

de servir;» que les hacia ir adonde mandaba por fuerza; é llevó consigo á un Briones, natural de Salamanca, é habia sido capitan de bergantines y soldado en Italia; y este Briones era muy bullicioso y enemigo de Cortés; y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés porque no les dió buenos repartimientos de indios ni las partes del oro, y le querian muy mal; y en las instrucciones que Cortés le dió fué, que dende el puerto de la Villa-Rica fuese su derrota á la Habana, y que allí en la Habana hallaria á un Alonso de Contréras, soldado viejo de Cortés, natural de Orgaz, que llevó seis mil pesos de oro para que comprase caballos y cazabe é puercos y tocinos, y otras cosas pertenecientes para el armada; el cual soldado envió Cortés adelante de Cristóbal de Olí por causa de que si veian ir el armada los vecinos de la Habana, encarecian los caballos y todos los demás bastimentos; y mandó al Cristóbal de Olí que en llegando á la Habana tomase los caballos que estuviesen comprados, y de allí fuese su derrota para Higueras, que era buena navegacion y muy cerca, y le mandó que buenamente, sin haber muertes de indios, cuando hubiese desembarcado procurase poblar una villa en algun buen puerto, é que á los naturales de aquellas provincias los trujese de paz, y buscase oro y plata, y que procurase de saber é inquirir si habia estrecho, ó qué puertos habia por la banda del sur, si allá pasase; y le dió dos clérigos, que el uno dellos sabia la lengua mejicana, y le encargó que con diligencia les predicasen las cosas de nuestra santa fe, y que no consintiesen sodomías ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desabrigasen; y le mandó que todas las casas de madera adonde tenian indios é indias á engordar, encarcelados, para comer, que se las quebrasen, y soltasen los tristes encarcelados; y le mandó que en todas partes pusiesen cruces, y le dió muchas imágenes de nuestra Señora para que pusiese en los pueblos, y le dijo estas palabras: «Mirá, hijo Cristóbal de Olí, desta manera lo procurad hacer;» y después de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Cristóbal de Olí de Cortés y de toda su casa, y fué á la Villa-Rica, donde estaba toda su armada muy á punto, y en ciertos dias del mes é año que no me acuerdo, se embarcó con todos sus soldados, y con buen tiempo llegó á la Habana, y halló los caballos comprados y todo lo demás de bastimentos, y cinco soldados, que eran personas de calidad, de los que habia echado de Pánuco Diego de Ocampo, porque era muy bandolero y bullicioso; y á estos soldados ya los he nombrado algunos dellos cómo se llamaban, en el capítulo pasado cuando la pacificacion de Pánuco, y por esta causa los dejaré ahora de nombrar; y estos soldados aconsejaron al Cristóbal de Olí, pues que habia fama de tierra rica donde iba, y llevaba buena armada, bien bastecida, y muchos caballos y soldados, que se alzase desde luego á Cortés, y que no le conociese dende allí por superior ni le acudiese con cosa ninguna. El Briones, otra vez por mí nombrado, se lo habia dicho muchas veces secretamente al Cristóbal de Olí sobre el caso, é al gobernador de aquella isla, que ya he dicho otras muchas veces que se decia Diego Velazquez, enemigo mortal de Cortés; y el Diego Velazquez vino donde estaba la armada, y lo que se concertaron fué, que entre él y Cristóbal de Olí tuviesen aquella tierra de Higueras y Honduras por su majestad, y en su real nombre Cristóbal de Olí, y que el Diego Velazquez le proveeria de lo que hubiese menester, é haria sabidor dello en Castilla á su majestad para que le trujesen la gobernacion; y desta manera se concertó la compañía del armada; y quiero decir la condicion y presencia de Cristóbal de Olí: era valiente por su persona, así á pié como á caballo; era extremado varon, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza ó Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado é algo rubio, y tenia muy buena presencia en el rostro, y traia el bezo de bajo siempre como hendido á manera de grieta; en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversacion, y tenia otras buenas condiciones de ser franco, y era al principio cuando estaba en Méjico gran servidor de Cortés, sino que esta ambicion de mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y tambien como fué criado en casa de Diego Velazquez cuando mozo, y fué lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa habia comido, aunque mas obligado era á Cortés que no á Diego Velazquez. Pues ya hecho este concierto con Diego Velazquez, vinieron en compañía con el Cristóbal de Olí muchos vecinos de la isla de Cuba, especialmente los que he dicho que fueron en aconsejarle que se alzase. Y de que no tenia mas en que entender en aquella isla, en los navíos metido todo su matalotaje, mandó alzar velas á toda su armada, fué á desembarcar con buen tiempo obra de quince leguas adelante, á puerto de Caballos, en una comba, y allegó á 3 de mayo: á esta causa nombró á una villa Triunfo de la Cruz; é hizo nombramiento de alcaldes y regidores á los soldados que Cortés le habia mandado cuando estaba en Méjico que honrase y diese cargos, y tomó la posesion de aquellas tierras por su majestad, y de Hernando Cortés en su real nombre, é hizo otros votos que convenian; y todo esto que hacia era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado, para ver si pudiese hacer dellos buenos amigos de que alcanzasen á saber las cosas, y tambien que no sabia si acudiria la tierra tan rica y de buenas minas como decian; y tiró á dos hitos, como dicho tengo: el uno, que si habia buenas minas y la tierra muy poblada, alzarse con ella; y el otro, que si no acudiese tan buena, volver á Méjico á su mujer y repartimientos, y desculparse con Cortés con decille que la compañía que hizo con Diego Velazquez fué porque le diese bastimentos y soldados, y no acudirle en cosa ninguna; é que bien lo podia ver, pues tomó la posesion por Cortés; y esto tenia en el pensamiento, segun muchos de sus amigos dijeron, con quien él habia comunicado. Dejémosle ya poblado el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta mas de ocho meses. Y porque por fuerza tengo volver otra vez á hablar en él, lo dejaré ahora, y diré lo que nos acaeció en Guacacualco, y cómo Cortés me envió con el capitan Luis Marin á pacificar la provincia de Chiapa.

CAPITULO CLXVI.

Cómo los que quedamos poblados en Guacacualco siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y cómo Cortés mandó al capitan Luis Marin que fuese á conquistar é á pacificar la provincia de Chiapa, y me mandó que fuese con él, y á fray Juan de las Varillas, el pariente de Zuazo, fraile mercenario, y lo que en la pacificacion pasó.

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guacacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teniamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guacacualco é Citla, é lo de Tabasco é Cimatan é Chotalpa, y en las sierras arriba lo de Cachula é Zoque é Quilenes, hasta Cinacatan, é Chamula, é la ciudad de Chiapa de los indios, y Papanaustla é Pinula, y hácia la banda de Méjico la provincia de Xaltepeque y Guazpaltepeque é Chinanta é Tepeca, y otros pueblos, y como al principio todas las provincias que habia en la Nueva-España las mas dellas se alzaban cuando les pedian tributo, y aun mataban á sus encomenderos, y á los españoles que podian tomar á su salvo los acapillaban, así nos aconteció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todos no se nos rebelaron; y á esta causa siempre andamos de pueblo en pueblo con una capitanía, atrayéndolos de paz; y cómo los de Cimatan no querian venir de paz á la villa ni obedecer su mandamiento, acordó el capitan Luis Marin que por no enviar capitanía de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos á los traer de paz; yo fui el uno dellos, y los demás se llamaban Rodrigo de Enao, natural de Avila, y un Francisco Martin, medio vizcaíno, y el otro se decia Francisco Jimenez, natural de Inguijuela de Extremadura; y lo que nos mandó el capitan fué, que buenamente y con amor los llamásemos de paz, y que no les dijésemos palabras de que se enojasen; é yendo que íbamos á su provincia, que son las poblaciones entre grandes ciénagas y caudalosos rios, é ya que llegábamos á dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros á decir cómo íbamos, y la respuesta que dieron fué, que salen á nosotros tres escuadrones de flecheros y lanceros, que á la primera refriega mataron dos de nuestros compañeros, é á mí me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la sangre que me salia, é en aquel tiempo no podia apretallo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era el Francisco Martin, puesto que yo y él siempre haciamos cara é heriamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse á unas canoas que estaban cabe un rio que se decia Macapa; y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar, é sin sentido é poco acuerdo, me metí entre unos matorrales, y volviendo en mí, con fuerte corazon dije: «¡Oh, valgame nuestra Señora! ¿Si es verdad que tengo que morir hoy en poder destos perros? Y tomé tal esfuerzo, que salgo de las matas y rompo por los indios, que á buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que saliese de entre ellos; y aunque me tornaron á herir, fui á las canoas, donde estaba ya mi compañero Francisco Martin con cuatro indios amigos, que eran los que habiamos traido con nosotros, que nos llevaban el hato; que estos indios, cuando estábamos peleando con los cimatecas, dejando las cargas, se acogen al rio en las canoas; y lo que nos dió la vida á mí y Francisco Martin fué, que los contrarios se embarazaron en robar nuestra ropa y petacas. Dejemos de hablar en esto, y digamos que Dios fué servido escaparnos de no morir allí, y en las canoas pasamos aquel rio, que es muy grande é hondo, é hay en él muchos lagartos; y porque no nos siguiesen los cimatecas, que así se llaman, estuvimos ocho dias por los montes, y dende pocos dias se supo en Guacacualco esta nueva, y dijeron los indios que habiamos traido, que llevaron la misma nueva, que todos los cuatro indios que quedaron en las canoas, como dicho tengo, que éramos muertos; y estos, de que nos vieron heridos é los dos muertos, se fueron huyendo y nos dejaron en la pelea, y en pocos dias llegaron á Guacacualco; y como no pareciamos ni habia nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos, como los indios dijeron; y como era costumbre de Indias y en aquella sazon se usaba, ya habia repartido el capitan Luis Marin en otros conquistadores nuestros pueblos, hecho mensajeros á Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y al cabo de veinte y tres dias aportamos á la villa; de lo cual se holgaron nuestros amigos, mas á quien les habia dado nuestros indios les pesó; y viendo el capitan Luis Marin que no podíamos apaciguar aquellas provincias, y mataban muchos de nuestros soldados, acordó de ir á Méjico á demandar á Cortés mas soldados y socorro y pertrechos de guerra, y mandó que entre tanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos á los pueblos léjos, si no fuese á los que estaban cuatro ó cinco leguas de allí, para traer comidas. Pues llegado á Méjico, dió cuenta á Cortés de todo lo acaecido, y entonces le mandó que volviese á Guacacualco, y envió con él treinta soldados, y entre ellos á un Alonso de Grado, por mí muchas veces nombrado; á fray Juan de las Varillas, que habia venido con Zuazo, que era gran estudiante, que solia decir habia estudiado en su colegio de la Veracruz de Salamanca, de donde era, y decian que de muy noble linaje; y le mandó que con todos los vecinos que estábamos en la villa y los soldados que traia consigo fuésemos á la provincia de Chiapa, que estaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa; y como el capitan Luis Marin vino con estos despachos, nos apercebimos todos, así los que estábamos allí poblados como los que traian de nuevo, y comenzamos á abrir caminos, porque eran montes y ciénagas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos á salir á un pueblo que se dice Tezpuntlan, que hasta entonces por el rio arriba soliamos ir en canoas, que no habia otro camino abierto; y dende aquel pueblo fuimos á otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula; y para que bien se entienda, este Cachula es en la provincia de Chiapa; y esto digo porque está otro pueblo del mismo nombre junto á la Puebla de los Angeles; y dende Cachula fuimos á otros pueblezuelos sujetos al mismo Cachula, y fuimos abriendo camino nuevo el rio arriba, que venian de la poblacion de Chiapa, porque no habia camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habian grande miedo á los chiapanecas, porque cierta-

mente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo habia visto en toda la Nueva-España, aunque entren entre ellos los tlascaltecas ni mejicanos ni zapotecas ni mingues; y esto digo porque jamás Méjico los pudo señorear, porque en aquella sazon era aquella provincia muy poblada, y los naturales della eran en gran manera belicosos y daban guerra á sus comarcanos, que eran los de Cinacatan y á todos los pueblos de la laguna quilenayas, asimismo á los pueblos que se dicen los zoques, y robaban y cautivaban á la contina á otros pueblezuelos donde podian hacer presa, y con los que dellos mataban hacian sacrificios y hartazgas; y demás desto, en los caminos de Teguantepeque tenian en pasos malos puestos guerreros para saltear á los indios mercaderes que trataban de una provincia á otra; y á esta causa dejaban algunas veces de tratar las unas provincias con las otras, y aun habian traido por fuerza á otros pueblos y hécholes poblar y estar junto á Chiapa, y los tenian por esclavos y con ellos hacian sus sementeras. Volvamos á nuestro camino, que fuimos el rio arriba hácia su ciudad, y era por cuaresma año de 1524, y esto de los años no me acuerdo bien; y antes de llegar á Chiapa se hizo alarde de todos los de á caballo, escopeteros y ballesteros que íbamos en aquella entrada; y no se pudo hacer hasta entonces, por causa que algunos de nuestra villa y otros forasteros aun no se habian recogido, que andaban en los pueblos de la sierra de Chalupa demandando el tributo que les eran obligados á dar; y con el favor de venir capitan con la gente de guerra, como veniamos, se atrevian á ir á ellos, que de antes ni daban tributo ni se les daba nada de nosotros. Volvamos á nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de á caballo que podian pelear, y otros cinco que no eran para ello, y quince ballesteros y ocho escopeteros, y un tiro y pólvora, y un soldado por artillero, que decia el mismo soldado que habia estado en Italia; esto digo aquí porque no era para cosa ninguna, que era muy cobarde; y llevábamos sesenta soldados de espada y rodela y obra de ochenta mejicanos, y el cacique de Cachula con otros principales suyos; y estos indios de Cachula que he dicho, iban temblando de miedo, y por halagos los llevamos que nos ayudasen á abrir camino y llevar el fardaje. Pues yendo nuestro camino en concierto, ya que llegamos cerca de sus poblaciones, siempre íbamos adelante por espías y descubridores del campo cuatro soldados muy sueltos, é yo era uno dellos, é dejaba mi caballo, que no era tierra por donde podian correr, é íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los chiapanecas son grandes cazadores, andaban entonces á caza de venados, y desque nos sintieron, apellídanse todos con grandes ahumadas, y como llegamos á sus poblaciones, tenian muy anchos caminos y grande sementera de maiz é otras legumbres, y el primer pueblo que topamos se dice Estapa, que está de la cabecera obra de cuatro leguas, y en aquel instante le habian despoblado, y tenian mucho maiz é gallinas y otros bastimentos, que tuvimos bien que comer y cenar; y estando reposando en el pueblo, puesto que teniamos puestas nuestras velas y escuchas y corredores del campo, vienen dos de á caballo que estaban por corredores á dar mandado y diciendo: «¡Al arma, que vienen muchos guerreros chiapanecas!» Y nosotros, que siempre estábamos muy apercebidos, les salimos al encuentro antes que llegasen al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traian muchas varas tostadas, con sus tiraderas y arcos y flechas, y lanzas mayores que las nuestras, con buenas armas de algodon y penachos, y otros traian unas porras como macanas; y allí donde hubimos esta batalla habia mucha piedra, y con hondas nos hacian mucho daño, y nos comenzaron á cercar de arte, que de la primera rociada mataron dos de nuestros soldados y cuatro caballos, y le hirieron á fray Juan y trece soldados y á muchos de nuestros amigos, y al capitan Luis Marin le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella batalla toda la tarde hasta que anocheció; y como hacia escuro, y habian sentido el cortar de nuestras espadas y escopetas y ballestas, y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos, y hallamos quince dellos muertos y otros muchos heridos, que no se pudieron ir, y de dos dellos que nos parecian principales se tomó aviso, y dijeron que estaba toda la tierra apercebida para dar en nosotros otro dia; y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos y al capitan, que estaba malo de las heridas, porque se habia desangrado mucho, que por causa de no se apartar de la batalla para se las curar ó apretar se le habia metido frio en ellas. Pues ya hecho esto, pusimos buenas velas y escuchas y corredores del campo, y teniamos los caballos ensillados y enfrenados, y todos nuestros soldados á punto, porque tuvimos por cierto que vernian de noche sobre nosotros, é como habiamos visto el teson que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas no les podiamos retraer ni apartar un paso atrás, tuvímoslos por buenos guerreros y osados en el pelear; y esa noche se dió órden cómo para otro dia los de á caballo habiamos de arremeter de cinco en cinco hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos á dar lanzadas hasta ponellos en huida, sino las lanzas altas y por las caras, y atropellar y pasar adelante; y este concierto ya otras veces lo habia dicho el Luis Marin, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habiamos dado por aviso á los nuevamente venidos de Castilla, y algunos dellos no curaron de guardar la órden, sino que pensaban que en dar una lanzada á los contrarios que hacian algo; y salióles á cuatro dellos al revés, porque les tomaron las lanzas y les hirieron á ellos los caballos con ellas. Quiero decir que se juntaban seis ó siete de los contrarios y se abrazaban con los caballos, creyendo de los tomar á manos, y aun derrocaron á un soldado del caballo, y si no le socorriéramos, ya le llevaban á sacrificar, y dende ahí á dos dias se murió. Volvamos á nuestra relacion, y es, que otro dia de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podia decir ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de mas de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos sujetos á ella, que estaban poblados á su rededor; é yendo que íbamos con mucho concierto, y el tiro puesto en órden, y el artillero bien apercebido de lo que habia de hacer, y no habiamos caminado cuarto de legua, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y

cuestas venian llenos dellos, con grandes penachos y buenas armas é grandes lanzas, flecha y vara con tiraderas, piedra y hondas, con grandes voces é grita y silbos. Era cosa de espantar cómo se juntaron con nosotros pié con pié y comenzaron á pelear como rabiosos leones; y nuestro negro artillero que llevábamos (que bien negro se podrá llamar), cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; é ya que á poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió á tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna; y como el capitan vió de la manera que andábamos, rompimos todos los de á caballo puestos en cuadrillas, segun lo habiamos concertado, y los escopeteros y ballesteros y de espada y rodela hechos un cuerpo, porque no les desbaratasen, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vinieron, que si no fuéramos de los que en aquellas batallas nos hallamos cursados á otras afrentas, pusiera á otros gran temor, y aun nosotros nos admiramos de ver cuán fuertes estaban; y fray Juan nos daba ánimo, y decia que Dios nos habia de pagar nuestro trabajo, y el César. El capitan Luis Marin nos dijo: «Ea, señores, Santiago y á ellos, y tornémosles otra vez á romper con ánimo.» Esforzados, dímosles tal mano, que á poco rato iban vueltas las espaldas; y cómo habia allí donde fué esta batalla muy malos pedregales para poder correr caballos, no les podiamos seguir; é yendo en el alcance, y no muy léjos de donde comenzamos aquella batalla, ya que íbamos algo descuidados, creyendo que por aquel dia no se tornarian á juntar, é dábamos gracias á Dios del buen suceso, aquí estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados, con todas sus armas, y muchos dellos traian sogas para echar lazos á los caballos y asir de las sogas para los derrocar, y tenian tendidas en otras muchas partes muchas redes con que suelen tomar venados, para los caballos, y para atar á nosotros muchas sogas; y todos los escuadrones que he dicho se vienen á encontrar con nosotros, é como muy fuertes y recios guerreros, nos dan tal mano de flecha, vara y piedra, que tornaron á herir casi que todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas á los de á caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos; y entonces traian en medio de sus escuadrones una india algo vieja, muy gorda, y segun decian, aquella india la tenian por su diosa y adivinaba, y les habia dicho que así como ella llegase adonde estábamos peleando, que luego habiamos de ser vencidos; y traian en un brasero sahumerio, y unos ídolos de piedra, y venia pintada todo el cuerpo, y pegado algodon á las pinturas, y sin miedo ninguno se metió en los indios nuestros amigos, que venian hechos un cuerpo con sus capitanías, y luego fué despedazada la maldita diosa. Volvamos á nuestra batalla: que desque el capitan Luis Marin y todos nosotros vimos tanta multitud de guerreros contrarios, y que tan osadamente peleaban, nos admiramos y dijimos, al fraile que nos encomendase á Dios; y arremetiendo á ellos con el concierto pasado, fuimos rompiendo poco á poco y los hicimos huir, y se escondian entre unos pedregales, y otros se echaron al rio, que estaba cerca é hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores; y desque hubimos desbaratado, descansamos un rato; y el fraile cantó una salve, y algunos soldados de buenas voces le ayudaban, é no sonaba mal, y todos dimos muchas gracias á Dios; y hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos dellos, y otros heridos, y acordamos de irnos á un pueblo que estaba junto al rio, cerca de la ciudad, donde habia buenas ciruelas; porque, como era cuaresma, y en este tiempo las hay maduras, y en aquella poblacion son buenas; y allí nos estuvimos todo lo mas del dia enterrando los muertos en partes donde no los pudiesen ver ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y acordamos de dormir allí con gran recado de velas y escuchas. A poco mas de media noche se pasaron á nuestro real diez indios principales de dos pueblezuelos que estaban poblados junto á la cabecera é ciudad de Chiapa, en cinco canoas del mismo rio, que es muy grande y hondo, y venian los indios con las canoas á remo callado, y los que lo remaban eran diez indios, personas principales, naturales de los pueblezuelos que estaban junto al rio; y como desembarcaron hácia la parte de nuestro real, en saltando en tierra, luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen; y llevados ante el capitan, dijeron: «Señor, nosotros no somos chiapanecas, sino de otra provincia que se dice Xaltepeque, y estos malos chiapanecas con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente, y á todos los mas de nuestros pueblos nos trajeron aquí por fuerza cautivos á poblar con nuestras mujeres é hijos, é nos han tomado cuanta hacienda teniamos, y há doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maizales, y nos hacen ir á pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres. Venimos á daros aviso, porque nosotros os traerémos esta noche muchas canoas en que paseis este rio, que sin ellas no podeis pasar sino con gran trabajo, y tambien os mostrarémos un vado, aunque no va muy bajo; y lo que, señor capitan, os pedimos de mercedes, que pues os hacemos esta buena obra, que cuando hayais vencido y desbaratado estos chiapanecas, que nos deis licencia para que salgamos de su poder é irnos á nuestras tierras; y para que mejor creais lo que os decimos que es verdad, en las canoas que ahora pasamos dejamos escondidas en el rio, con otros nuestros compañeros y hermanos, y os traemos presentadas tres joyas de oro, que eran unas como diademas; y tambien traemos gallinas y ciruelas;» y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que habia de ser muy callando, no los sintiesen los chiapanecas, que están velando y guardando los pasos del rio; y cuando el capitan entendió lo que los indios le dijeron, y la gran ayuda que era pasar aquel recio y corriente rio, dió gracias á Dios y mostró buena voluntad á los mensajeros, y prometió de hacerlo como lo pedian, y aun de dalles ropa y despojos de lo que hubiésemos de aquella ciudad; y se informó dellos cómo en las dos batallas pasadas les habiamos muerto y herido mas de ciento veinte chiapanecas, y que tenian aparejados para otro dia otros muchos guerreros, y que á los de los pueblezuelos donde eran estos mensajeros les hacian salir á pelear contra nosotros; y que no temiésemos dellos, que antes nos ayudarian, y que al pasar del rio nos habian de aguardar, porque tenian por impo-

sible que terniamos atrevimiento de pasalle; y que cuando lo estuviésemos pasando, que allí nos desbaratarian; y dado este aviso, se quedaron dos de aquellos indios con nosotros, y los demás fueron á sus pueblos á dar órden para que muy de mañana trujesen veinte canoas, en lo cual cumplieron muy bien su palabra; y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recado de velas y escuchas y rondas, porque oimos el gran rumor de los guerreros que se juntaban en la ribera del rio, y el tañer de las trompetillas y atambores y cornetas; y como amaneció, vimos las canoas, que ya descubiertamente las traian, á pesar de los de Chiapa; porque, segun pareció, ya habian sentido los de Chiapa cómo los naturales de aquellos pueblezuelos se les habian levantado y hecho fuertes y eran de nuestra parte, y habian prendido algunos dellos, y los demás se habian hecho fuertes en un gran cu, y á esta causa habia revueltas y guerra entre los chiapanecas y los pueblezuelos que dicho tengo; y luego nos fueron á mostrar el vado, y entonces nos daban mucha priesa aquellos amigos que pasásemos presto el rio, con temor no sacrificasen á sus compañeros que habian prendido aquella noche; pues de que llegamos al vado que nos mostraron, iba muy hondo; y puestos todos en gran concierto, así los ballesteros como escopeteros y los de caballo, y los indios de los pueblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel, para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Dios que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar, vienen contra nosotros muchos guerreros y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas, y flechas y piedra y otras grandes lanzas, que nos hirieron casi que á todos los mas, y á algunos á dos y á tres heridas, y mataron dos caballos; y un soldado de á caballo, que se decia Fulano Guerrero ó Guerra, se ahogó al pasar del rio, que se metió con el caballo en un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió á tierra sin el amo. Volvamos á nuestra pelea, que nos detuvieron un buen rato al pasar del rio, que no les podiamos hacer retraer ni nosotros podiamos llegar á tierra, y en aquel instante los de los pueblezuelos que se habian hecho fuertes contra los chiapanecas, nos vinieron á ayudar en las espaldas, é á los que estaban al rio batallando con nosotros hirieron y mataron muchos dellos, porque les tenian grande enemistad, como los habian tenido presos muchos años; y como aquello vimos, salimos á tierra los de á caballo, y luego ballesteros, escopeteros y de espada y rodela, y los amigos mejicanos, y dámosles una tan buena mano, que se van huyendo, que no paró indio con indio; y luego sin mas tardar, puestos en buen concierto, con nuestras banderas tendidas, y muchos indios de los dos pueblezuelos con nosotros, entramos en su ciudad; y como llegamos á lo mas poblado, donde estaban sus grandes cues y adoratorios, tenian las casas tan juntas, que no osamos asentar real, sino en el campo, y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiesen hacer daño; y nuestro capitan envió á llamar de paz á los caciques y capitanes de aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres indios de los pueblezuelos nuestros amigos, que el uno dellos se decia Xaltepeque, y asimismo envió con ellos seis capitanes chiapanecas que habiamos preso en las batallas pasadas, y les envió á decir que vengan luego de paz, y se les perdonará lo pasado, y que si no vienen, que los irémos á buscar y les darémos mayor guerra que la pasada y les quemarémos su ciudad; y con aquellas bravosas palabras luego á la hora vinieron, y aun trajeron un presente de oro, y se disculparon por haber salido de guerra, y dieron la obediencia á su majestad, y rogaron á Luis Marin que no consintiese á nuestros amigos que quemasen ninguna casa, porque ya habian quemado antes de entrar en Chiapa, en un pueblezuelo que estaba poblado antes de llegar al rio, muchas casas; y Luis Marin les prometió que así lo haria, y mandó á los mejicanos que traiamos y á los de Cachula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar á decir que esta Cachula que aquí nombro no es la que está cerca de Méjico, sino un pueblo que se dice como él, que está en las sierras camino de Chiapa, por donde pasamos. Dejemos esto, y dígoos cómo en aquella ciudad hallamos tres cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares á los pescuezos, y estos eran de los que prendian por los caminos, é algunos dellos eran de Guantepeque, y otros zapotecas é otros quilenes, otros de Soconusco; los cuales prisioneros sacamos de las cárceles é se fué cada uno á su tierra. Tambien hallamos en los cues muy malas figuras de ídolos que adoraban, é todos los quebró fray Juan, é muchos indios é muchachos sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban; y mandóles el capitan que luego fuesen á llamar todos los pueblos comarcanos que vengan de paz á dar la obediencia á su majestad. Los primeros que vinieron fueron los de Cinacatan y Gopanaustlan, é Pinola é Guequiztlan é Chamula, é otros pueblos que ya no se me acuerda los nombres dellos, quiniles, y otros pueblos que eran de la lengua zoque, y todos dieron la obediencia á su majestad, y aun estaban espantados cómo, tan pocos como éramos, podiamos vencer á los ciapanecas; y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Estuvimos en aquella ciudad cinco dias, é dijo fray Juan misa é confesaron algunos soldados, é predicó á los indios en su lengua, que la sabia bien, y los indios holgaron de oirle y adoraron la santa cruz, é decian que se habian de bautizar, y que pareciamos muy buena gente, y tomaron amor al fraile fray Juan. Y en aquel instante un soldado de aquellos que traiamos en nuestro ejército desmandóse del real, y váse sin licencia del capitan á un pueblo que habia venido de paz, que ya he dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho indios mejicanos de los nuestros, y demandó á los de Chamula que le diesen oro, y decia que lo mandaba el capitan, é los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban mas, echó preso al cacique; y cuando vieron los del pueblo hacer aquella demasía, quisieron matar al atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, pero tambien hicieron alzar á los de otro pueblo que se decia Gueyhuiztlan, sus vecinos; y de que aquello alcanzó á saber el capitan Luis Marin, prende al soldado, y luego manda que por la posta le llevasen á Méjico para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marin porque era un hombre el sol-

dado que se tenia por principal, que por su honor no nombro su nombre, hasta que venga en coyuntura en parte que hizo otra cosa que aun es muy peor, como era malo y cruel con los indios, como adelante diré. Y después desto hecho, el capitan Luis Marin envió á llamar al pueblo de Chamula que venga de paz, é les envió á decir que ya habia castigado y enviado á Méjico al español que les iba á demandar oro y les hacia aquellas demasías. La respuesta que dieron fué mala, y la tuvimos por muy peor por causa de que los pueblos comarcanos no se alzasen; y fué acordado que luego fuésemos sobre ellos, y hasta traelles de paz no los dejar; y después de como les habló muy blandamente á los caciques chiapanecas, y fray Juan les dijo con buenas lenguas, que las sabia, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que dejasen los ídolos y sacrificios y sodomías y robos, y les puso cruces é una imágen de nuestra Señora en un altar que les mandamos hacer, y el capitan Luis Marin les dió á entender cómo éramos vasallos de su majestad cesárea, é otras muchas cosas que convenian, y aun les dejamos poblada mas de la mitad de su ciudad; y los dos pueblos nuestros amigos que nos trajeron las canoas para pasar el rio y nos ayudaron en la guerra salieron de poder de los chiapanecas con todas sus haciendas é mujeres é hijos, y se fueron á poblar al rio abajo, obra de diez leguas de Chiapa, donde ahora está poblado lo de Xaltepeque, y el otro pueblo que se dice Istatlan se fué á su tierra, que era de Guantepeque. Volvamos á nuestra partida para Chamula, y es que luego enviamos á llamar á los de Cinacatan, que eran gente de razon, y muchos dellos mercaderes, y se les dijo que nos trajesen ducientos indios para llevar el fardaje, é que íbamos á su pueblo porque por allí era el camino de Chamula; y demandó á los de Chiapa otros ducientos indios guerreros con armas para ir en nuestra compañía, y luego los dieron; y salimos de Chiapa una mañana, y fuimos á dormir á unas salinas, donde nos tenian hechos los de Cinacatan buenos ranchos; y otro dia á mediodía llegamos á Cinacatan, y allí tuvimos la santa pascua de Resurreccion; y tornamos á enviar á llamar de paz á los de Chamula, é no quisieron venir, é hubimos de ir á ellos, que seria entonces donde estaban poblados de Cinacatan obra de tres leguas, y tenian entonces las casas y pueblos de Chamula en una fortaleza muy mala de ganar, y muy honda cava por la parte que les habiamos de combatir, y por otras partes muy peor é mas fuerte; é ansí como llegamos con nuestro ejército, nos tiran tanta piedra de lo alto é vara y flecha, que cubria el suelo; pues las lanzas muy largas con mas de dos varas de cuchilla de pedernales, que ya he dicho otras veces que cortaban mas que espadas, y unas rodelas hechas á manera de pavesinas, con que se cubren todo el cuerpo cuando pelean, y cuando no las han menester, las arrollan y doblan de manera que no les hacen estorbo ninguno, é con hondas mucha piedra, y tal priesa se daban á tirar flecha y piedra, que hirieron cinco de nuestros soldados é dos caballos, é con muchas voces é gran grita é silbos é alaridos, y atambores y caracoles, que era cosa de poner espanto á quien no los conociera; y como aquello vió Luis Marin, entendió que de los caballos no se podian aprovechar, que era sierra, mandó que se tornasen á bajar á lo llano, porque donde estábamos era gran cuesta y fortaleza, y aquello que les mandó fué porque temiamos que vernian allí á dar en nosotros los guerreros de otros pueblos que se dicen Quiahuitlan, que estaba alzado, y porque hubiese resistencia en los de á caballo; y luego comenzamos de tirar en los de la fortaleza muchas saetas y escopetas, y no les podiamos hacer daño ninguno, con los grandes mamparos que tenian, y ellos á nosotros sí, que siempre herian muchos de los nuestros; y estuvimos aquel dia desta manera peleando, y no se les daba cosa ninguna por nosotros, y si les procurábamos de entrar donde tenian hechos unos mamparos y almenas, estaban sobre dos mil lanceros en los puestos para defensa de los que les probamos á entrar; y ya que quisiéramos entrar é aventurar las personas en arrojarnos dentro de su fortaleza, habiamos de caer de tan alto, que nos habiamos de hacer pedazos, y no era cosa para ponernos en aquella ventura; y después de bien acordado cómo y de qué manera habiamos de pelear, se concertó que trajésemos madera y tablas de un puebleznelo que allí junto estaba despoblado, é hiciésemos burros ó mantas, que así se llaman, y en cada uno dellos cabian veinte personas, y con azadones y picos de hierro que traiamos, é con otros azadones de la tierra, de palo, que allí habia, les cavábamos y deshaciamos su fortaleza, y deshicimos un portillo para podelles entrar, porque de otra manera era excusado; porque por otras dos partes, que todo lo miramos mas de una legua de allí al rededor, estaba otra muy mala entrada y peor de ganar que adonde estábamos, por causa que era una bajada tan agra, que á manera de decir, era entrar en los abismos. Volvamos á nuestros mamparos y mantas, que con ellas les estábamos deshaciendo sus fortalezas, y nos echaban de arriba mucha pez y resina ardiendo, y agua y sangre toda revuelta y muy caliente, y otras veces lumbre y rescoldo, y nos hacian mala obra, y luego tras esto mucha multitud de piedras y muy grandes que nos desbarataron nuestros ingenios, que nos hubimos de retirar y tornallos á adobar; y luego volvimos sobre ellos, y cuando vieron que les haciamos mayores portillos, se ponen cuatro papas y otras personas principales sobre una de sus almenas, y vienen cubiertos con sus pavesinas é otros talabardones de madera, é dicen: «Pues que deseais é quereis oro, entrad dentro, que aquí tenemos mucho;» y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino, y muchas cuentas vaciadizas é otras joyas, como caracoles y ánades, todo de oro, y tras ello mucha flecha y vara y piedra, é ya les teniamos hechas dos grandes entradas; y como era ya noche y en aquel instante comenzó á llover, dejamos el combate para otro dia, y allí dormimos aquella noche con buen recaudo; y mandó el capitan á ciertos de á caballo que estaban en tierra llana, que no se quitasen de sus puestos y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. Volvamos á los chamultecas, que toda la noche estuvieron tañendo atabales y trompetillas y dando voces y gritos, y decian que otro dia nos habian de matar, que así se lo habia prometido su ídolo; y cuando amaneció volvimos con nuestros ingenios y mantas á hacer mayores entradas, y los contrarios con grande ánimo defendiendo su fortaleza,

y aun hirieron este dia á cinco de los nuestros, y á mí me dieron un buen bote de lanza, que me pasaron las armas, y si no fuera por el mucho algodon y bien colchadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron y echaron buen pelote de algodon fuera, me dieron una chica herida; y en aquella sazon era mas de mediodía, y vino muy grande agua y luego una muy oscura neblina; porque, como eran sierras altas, siempre hay neblinas y aguaceros; y nuestro capitan, como llovia mucho, se apartó del combate, y como yo era acostumbrado á las guerras pasadas de Méjico, bien entendí que en aquella sazon que vino la neblina no daban los contrarios tantas voces ni gritos como de antes; y veia que estaban arrimadas á los aduares y fortalezas y barbacanas muchas lanzas, y que no las veia menear, sino hasta ducientas dellas, sospeché lo que fué, que se querian ir ó se iban entonces, y de presto les entramos por un portillo yo y otro mi compañero, y estaban obra de ducientos guerreros, los cuales arremetieron á nosotros y nos dan muchos botes de lanza; y si de presto no fuéramos socorridos de unos indios de Cinacatan, que dieron voces á nuestros soldados, que entraron luego con nosotros en su fortaleza, allí perdiéramos las vidas; y como estaban aquellos chamultecas con sus lanzas haciendo cara y vieron el socorro, se van huyendo, porque los demás guerreros ya se habian huido con la neblina; y nuestro capitan con todos los soldados y amigos entraron dentro, y estaba ya alzado todo el hato, y la gente menuda y mujeres ya se habian ido por el paso muy malo, que he dicho que era muy hondo y de mala subida y peor bajada; y fuimos en el alcance, y se prendieron muchas mujeres y muchachos y niños y sobre treinta hombres, y no se halló despojo en el pueblo, salvo bastimento; y esto hecho, nos volvimos con la presa camino de Cinacatan, y fué acordado que asentásemos nuestro real junto á un rio adonde está ahora poblada la Ciudad-Real, que por otro nombre llaman Chiapa de los Españoles; y desde allí soltó el capitan Luis Marin seis indios con sus mujeres, de los presos de Chamula, para que fuesen á llamar los de Chamula, y se les dijo que no hubiesen miedo, y se les darian todos los prisioneros; y fueron los mensajeros, y otro dia vinieron de paz y llevaron toda su gente, que no quedó ninguna; y después de haber dado la obediencia á su majestad, me depositó aquel pueblo el capitan Luis Marin, porque desde Méjico se lo habia escrito Cortés, que me diese una buena cosa de lo que se conquistase, y tambien porque era yo mucho su amigo del Luis Marin, y porque fué el primer soldado que les entró dentro; y Cortés me envió cédula de encomienda guardada, y me tributaron mas de ocho años. En aquella sazon no estaba poblada la Ciudad-Real, que después se pobló, é se dió mi pueblo para la poblacion. Dejemos esto, y digamos cómo yo pedí á fray Juan que les predicase, y él lo hizo de voluntad, y les puso altar y una cruz y una imágen de la Vírgen, y se bautizaron luego quince; é decia el fraile que esperaba en Dios habian de ser aquellos buenos católicos, é yo me alegraba, porque los queria bien, como á cosa mia. Pero volvamos á nuestra relacion: que, como ya Chamula estaba de paz, é Gueguistitlan, que estaba alzado, no quisieron venir de paz aunque les enviamos á llamar, acordó nuestro capitan que fuésemos á los buscar á sus pueblos; y digo aquí pueblos, porque entonces eran tres pueblezuelos, y todos puestos en fortaleza; y dejamos allí adonde estaban nuestros ranchos los heridos y fardaje, y fuimos con el capitan los mas sueltos y sanos soldados, y los de Cinacatan nos dieron sobre trecientos indios de guerra, que fueron con nosotros, y seria de allí á los pueblos de Gueguistitlan obra de cuatro leguas; y como íbamos á sus pueblos, hallamos todos los caminos cerrados, llenos de maderos é árboles cortados y muy embarazados, que no podian pasar caballos, y con los amigos que llevábamos los desembarazamos é quitaron los maderos; y fuimos á un pueblo de los tres, que ya he dicho que era fortaleza, y hallámosle lleno de guerreros, y comenzaron á nos dar grita y voces y á tirar vara y flecha, y tenian granzas y pavesinas y espadas de á dos manos de pedernal, que cortan como navajas, segun y de la manera de los de Chamula; y nuestro capitan con todos nosotros les íbamos subiendo la fortaleza, que era muy mas mala y recia de tomar que no la de Chamula; acordaron de se ir huyendo y dejar el pueblo despoblado y sin cosa ninguna de bastimentos; y los canacantecas prendieron dos indios dellos, que luego trajeron al capitan, los cuales mandó soltar, para que llamasen de paz á todos los mas sus vecinos, y aguardamos allí un dia que volviesen con la respuesta, y todos vinieron de paz, y trajeron un presente de oro de poca valía y plumajes de quetzales, que son unas plumas que se tienen entre ellos en mucho, y nos volvimos á nuestros ranchos; y porque pasaron otras cosas que no hacen á nuestra relacion, se dejarán de decir, y dirémos cómo cuando hubimos vuelto á los ranchos pusimos en plática que seria bien poblar allí adonde estábamos una villa, segun que Cortés nos mandó que poblásemos, y muchos soldados de los que allí estábamos deciamos que era bien, y otros que tenian buenos indios en lo de Guacacualco eran contrarios, y pusieron por achaque que no teniamos herraje para los caballos, y que éramos pocos, y todos los mas heridos, y la tierra muy poblada, y los mas pueblos estaban en fortalezas y en grandes sierras, y que no nos podriamos valer ni aprovechar de los caballos, y decian por ahí otras cosas; y lo peor de todo, que el capitan Luis Marin é un Diego de Godoy, que era escribano del Rey, persona muy entremetida, no tenian voluntad de poblar, sino volver á nuestros ranchos y villa; é un Alonso de Grado, que ya le he nombrado otras veces en el capítulo pasado, el cual era mas bullicioso que hombre de guerra, parece ser traia secretamente una cédula de encomienda firmada de Cortés, en que le daba la mitad del pueblo de Chiapa cuando estuviese pacificado, y por virtud de aquella cédula demandó al capitan Luis Marin que le diese el oro que hubo en Chiapa que dieron los indios, é otro que se tomó en los templos de los ídolos del mismo Chiapa, que serian mil é quinientos pesos, y Luis Marin decia que aquello era para ayudar á pagar los caballos que habian muerto en la guerra en aquella jornada; y sobre ello y sobre otras diferencias estaban muy mal el uno con el otro, y tuvieron tantas palabras, que el Alonso de Grado, como era mal condicionado, se desconcertó en hablar; y quien

se metia en medio y lo revolvia todo era el escribano Diego de Godoy. Por manera que Luis Marin los echó presos al uno y al otro, y con grillos y cadenas los tuvo seis ó siete dias presos, y acordó de enviar á Alonso de Grado á Méjico preso, y al Godoy con ofertas y prometimientos y buenos intercesores le soltó; y fué peor, que se concertaron luego el Grado y el Godoy de escribir desde allí á Cortés muy en posta, diciendo muchos males de Luis Marin, y aun Alonso de Grado me rogó á mí que de mi parte escribiese á Cortés, y en la carta le disculpase al Grado, porque le decia el Godoy al Grado que Cortés en viendo mi carta le daria crédito, y no dijese bien del Marin; é yo escribí lo que me pareció que era verdad, y no culpando al capitan Marin; y luego envió preso á Méjico al Alonso de Grado, con juramento que le tomó que se presentaria ante Cortés dentro de ochenta dias, porque desde Cinacatan habia por la via y camino que venimos sobre ciento y noventa leguas hasta Méjico. Dejemos de hablar de todas estas revueltas y embarazos; é ya partido el Alonso de Grado, acordamos de ir á castigar á los de Cimatan, que fueron en matar los dos soldados cuando me escapé yo y Francisco Martin, vizcaíno, de sus manos; é yendo que íbamos caminando para unos pueblos que se dicen Tapelola, é antes de llegar á ellos habia unas sierras y pasos tan malos, así de subir como de bajar, que tuvimos por cosa dificultosa el poder pasar por aquel puerto; y Luis Marin envió á rogar á los caciques de aquellos pueblos que los adobasen de manera que pudiésemos pasar é ir por ellos, é así lo hicieron, y con mucho trabajo pasaron los caballos, y luego fuimos por otros pueblos que se dicen Silo, Suchiapa é Coyumelapa, y desde allí fuimos á este Panguaxaya; y llegados que fuimos á otros pueblos que se dicen Tecomayacatal é Ateapan, que en aquella sazon todo era un pueblo y estaban juntas casas con casas, y era una poblacion de las grandes que habia en aquella provincia, y estaba en mi encomendada por Cortés; y como entonces era mucha poblacion, y con otros pueblos que con ellos se juntaron, salieron de guerra al pasar de un rio muy hondo que pasa por el pueblo, é hirieron seis soldados y mataron tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos; y al fin pasamos el rio é se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego á las casas y se fueron al monte; estuvimos cinco dias curando los heridos y haciendo entradas, donde se tomaron muy buenas indias, y se les envió á llamar de paz, y que se les daria la gente que habiamos preso y que se les perdonaria lo de la guerra pasada; y vinieron todos los mas indios y poblaron su pueblo, y demandaban sus mujeres é hijos, como lo habian prometido. El escribano Diego de Godoy aconsejaba al capitan Luis Marin que no las diese, sino que se echase el hierro del Rey, y que se echaba á los que una vez habian dado la obediencia á su majestad y se tornaban á levantar sin causa ninguna; y porque aquellos pueblos salieron de guerra y nos flecharon y nos mataron los tres caballos, decia el Godoy que se pagasen los tres caballos con aquellas piezas de indios que estaban presos; é yo repliqué que no se herrasen, y que no era justo, pues vinieron de paz; y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron y nos hicieron amigos; y el capitan Luis Marin era muy bueno y no era malicioso, é vió que no era justo hacer mas de lo que le pedí por merced, y mandó que diesen todas las mujeres y toda la mas gente que estaba presa á los caciques de aquellos pueblos, y los dejamos en sus casas muy de paz; y desde allí atravesamos al pueblo de Cimatlan y á otros pueblos que se dicen Talatupan, y antes de entrar en el pueblo tenian hechas unas saeteras y andamios junto á un monte, y luego estaban unas ciénagas; é así como llegamos nos dan de repente una tan buena rociada de flecha con muy buen concierto y ánimo, y hirieron sobre veinte soldados y mataron dos caballos, y si de presto no les desbaratáramos y deshiciéramos sus cercados y saeteras, mataran é hirieran muchos mas, y luego se acogieron á las ciénagas; y estos indios destas provincias son grandes flecheros, que pasan con sus flechas y arcos dos dobleces de armas de algodon bien colchadas, que es mucha cosa; y estuvimos en su pueblo dos dias, y los enviamos á llamar de paz y no quisieron venir; y cómo estábamos cansados, y habia allí muchas ciénagas que tiemblan, que no pueden entrar en ellas los caballos ni aun ninguna persona sin que se atolle en ellas, y han de salir arrastrando y á gatas, y aun si salen es maravilla, tanto son de malas. E por no ser yo mas largo sobre este caso, por todos nosotros fué acordado que volviésemos á nuestra villa de Guacacualco, y volvimos por unos pueblos de la Chontalpa, que se dicen Guimango é Nacaxu, y Xuica é Teotitan Copileo, é pasamos otros pueblos, y á Ulapa, y el rio de Ayagualco é al de Tonala, y luego á la villa de Guacacualco; y del oro que se hubo en Chiapa y en Chamula, sueldo por libra se pagaron los caballos que mataron en las guerras. Dejemos esto, y digamos que como el Alonso de Grado llegó á Méjico delante de Cortés, y cuando supo de la manera que iba, le dijo muy enojado: «¿Cómo, señor Alonso de Grado, que no podeis caber ni en una parte ni en otra? Lo que os ruego es que mudeis esa mala condicion; si no, en verdad que os enviaré á la isla de Cuba, aunque sepa duros tres mil pesos con que allá vivais, porque ya no os puedo sufrir;» y el Alonso de Grado se le humilló de manera, que tornó á estar bien con el Cortés, y el Luis Marin y fray Juan escribieron á Cortés todo lo acaecido. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la corte sobre el obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano.

CAPITULO CLXVII.

Cómo estando en Castilla nuestros procuradores, recusaron al obispo de Búrgos, y lo que mas pasó.

Ya he dicho en los capítulos pasados que don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, que así se nombraba, hacia mucho por las cosas de Diego Velazquez, y era contrario de las de Cortés y á todas las nuestras; y quiso nuestro Señor Jesucristo que en el año de 1521 fué elegido en Roma por sumo pontífice nuestro muy santo padre el papa Adriano de Lobayna, y en aquella sazon estaba en Castilla por gobernador della y residia en la ciudad de Vitoria, y nuestros procuradores fueron á besar sus san-

los piés; y un gran señor aleman, que era de la cámara de su majestad, que se decia mosiur de Lasoa, le vino á dar el parabien del pontificado por parte del Emperador nuestro señor á su santidad, y el mosiur de Lasoa tenia noticia de los heróicos hechos y grandes hazañas que Cortés y todos nosotros habiamos hecho en la conquista desta Nueva-España, y los grandes, muchos, buenos y notables servicios que siempre haciamos á su majestad, y de la conversion de tantos millares de indios que se convertian á nuestra santa fe; y parece ser aquel caballero aleman suplicó al santo padre Adriano que fuese servido entender muy de hecho en las cosas entre Cortés y el obispo de Búrgos, y su santidad lo tomó tambien muy á pechos; porque, allende de las quejas que nuestros procuradores propusieron ante nuestro santo padre, le habian ido otras muchas personas de calidad á se quejar del mismo Obispo de muchos agravios é sinjusticias que decian que hacia; porque, como su majestad estaba en Flándes, y el Obispo era presidente de Indias, todo se lo mandaba, y era malquisto; y segun entendimos, nuestros procuradores hallaron calor para le osar recusar. Por manera que se juntaron en la corte Francisco de Montejo y Diego de Ordás y el licenciado Francisco Nuñez, primo de Cortés, y Martin Cortés, padre del mismo Cortés, y con favor de otros caballeros y grandes señores que les favorecieron, y uno dellos, y el que mas metió la mano, fué el duque de Béjar; y con estos favores le recusaron con gran osadía y atrevimiento al obispo ya por mí dicho, y las causas que dieron muy bien probadas. Lo primero fué que el Diego Velazquez dió al Obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba, y que con los indios del pueblo le sacaban oro de las minas y se lo enviaba á Castilla; y que á su majestad no le dió ningun pueblo, siendo mas obligado á ello que al Obispo. Y lo otro, que en el año de 1517 años, que nos juntamos ciento y diez soldados con un capitan que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, é que á nuestra costa compramos navíos y matalotaje y todo lo demás, y salimos á descubrir la Nueva-España; y que el obispo de Búrgos hizo relacion á su majestad que Diego Velazquez la descubrió, y no fué así. Y lo otro, que envió el mismo Diego Velazquez á lo que habiamos descubierto á un sobrino suyo que se decia Juan de Grijalva, é que descubrió mas adelante, é que hubo en aquella jornada sobre veinte mil pesos de oro de rescate, y que todo lo mas envió el Diego Velazquez al mismo Obispo, é que no dió parte dello á su majestad; é que cuando vino Cortés á conquistar la Nueva-España, que envió un presente á su majestad, que fué la luna de oro y el sol de plata é mucho oro en grano sacado de las minas, é gran cantidad de joyas y tejuelos de oro de diversas maneras, y escribimos á su majestad el Cortés y todos nosotros sus soldados dándole cuenta y razon de lo que pasaba, y envió con ello á Francisco de Montejo é á otro caballero que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, que no los quiso oir, y les tomó todo el presente de oro que iba para su majestad, y les trató mal de palabra, llamándolos de traidores, é que venian á procurar por otro traidor; y que las cartas que venian para su majestad las encubrió, y escribió otras muy al contrario dellas, diciendo que su amigo Diego Velazquez envia aquel presente; y que no le envió todo lo que traian, que el Obispo se quedó con la mitad y mayor parte dello; y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero, que era uno de los dos procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al Obispo que le diese licencia para ir á Flándes, adonde estaba su majestad, le mandó echar preso, y que murió en las cárceles; y que envió á mandar en la casa de la contratacion de Sevilla al contador Pedro de Isasla y Juan Lopez de Recalde, que estaban en ella por oficiales de su majestad, que no diesen ayuda ninguna para Cortés, así de soldados como de armas ni otra cosa, y que proveia los oficiales y cargos, sin consultallo con su majestad, á hombres que no lo merecian ni tenian habilidad ni saber para mandar, como fué al Cristóbal de Tapia, y que por casar á su sobrina doña Petronila de Fonseca con Tapia ó con el Diego Velazquez le prometió la gobernacion de Nueva-España; é que aprobaba por buenas las falsas relaciones é procesos que hacian los procuradores de Diego Velazquez, los cuales eran Andrés de Duero y Manuel de Rójas y el padre Benito Martin, y aquellas enviaba á su majestad por buenas, y las de Cortés y de todos los que estábamos sirviendo á su majestad, siendo muy verdaderas, encubria y torcia y las condenaba por malas; y le pusieron otros muchos cargos, y todo muy bien probado, que no se pudo encubrir cosa ninguna, por mas que alegaban por su parte; y luego que esto fué hecho y sacado en limpio, fué llevado á Zaragoza, adonde su santidad estaba en aquella sazon que le recusó, y como vió los despachos y causas que se dieron en la recusacion, y que las partes del Diego Velazquez, por mas que alegaban que habia gastado en navíos y costas, fueron rechazados sus dichos; que, pues no acudió á nuestro rey y señor, sino solamente al obispo de Búrgos, su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado, como leal servidor, mandó su santidad, como gobernador que era de Castilla, demás de ser papa, al obispo de Búrgos que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés, y que no entendiese en cosa ninguna de las Indias, y declaró por gobernador desta Nueva-España á Hernando Cortés, y que si algo habia gastado Diego Velazquez, que se lo pagásemos; y aun envió á la Nueva-España bulas con muchas indulgencias para los hospitales é iglesias, y escribió una carta encomendando á Cortés y á todos nosotros los conquistadores que estábamos en su compañía que siempre tuviésemos mucha diligencia en la santa conversion de los naturales, é fuese de manera que no hubiese muertes ni robos, sino con paz y cuanto mejor se pudiese hacer, é que les vedásemos y quitásemos sacrificios y sodomías y otras torpedades; y decia en la carta que, demás del gran servicio que haciamos á Dios nuestro Señor y á su majestad, que su santidad, como nuestro padre y pastor, tenia cargo de rogar á Dios por nuestras ánimas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido á toda la cristiandad; y aun nos envió otras santas bulas para nuestras absoluciones. E viendo nuestros procuradores lo que mandaba el santo Padre, así como pontífice y gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adon-

de su majestad estaba, que ya habia venido de Flándes y estaba en Castilla, y aun llevaron cartas de su santidad para nuestro monarca; y después de muy bien informado de lo de atrás por mí dicho, confirmó lo que el sumo Pontífice mandó, y declaró por gobernador de la Nueva-España á Cortés, y á lo que el Diego Velazquez gastó de su hacienda en la armada, que se le pagase, y aun le mandó quitar la gobernacion de la isla de Cuba, por cuanto habia enviado el armada con Pánfilo de Narvaez sin licencia de su majestad, no embargante que la real audiencia y los frailes jerónimos que residian en la isla de Santo Domingo por gobernadores se lo habian defendido, y aun sobre se lo quitar enviaron á un oidor de la misma real audiencia, que se decia Lúcas Vazquez de Ayllon, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar de le obedecer, le echaron preso y le enviaron con prisiones en un navío. Dejemos de hablar desto, y digamos que, como el obispo de Búrgos supo lo por mí atrás dicho, y lo que su santidad y su majestad mandaban, é se lo fueron á notificar, fué muy grande el enojo que tomó, de que cayó muy malo, é se salió de la corte y se fué á Toro, donde tenia su asiento y casas; y por mucho que metió la mano su hermano don Antonio de Fonseca, señor de Coca é Alaéjos, en le favorecer, no lo pudo volver en el mando que de antes tenia. Y dejemos de hablar desto, y digamos que á gran bonanza que en favor de Cortés hubo, se siguió contrariedad; que le vinieron otros grandes contrastes de acusaciones que le ponian por Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia y por el piloto Cárdenas, que he dicho en el capítulo que sobre ello habia que cayó malo de pensamiento cómo no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió á Castilla; y tambien le acusó un Gonzalo de Umbría, piloto, á quien Cortés mandó cortar los piés porque se alzaba con un navío con Cermeño y Pedro Escudero, que mandó ahorcar Cortés.

CAPITULO CLXVIII.

Cómo fueron ante su majestad Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia, y un piloto que se decia Gonzalo de Umbría y otro soldado que se llamaba Cárdenas, con favor del obispo de Búrgos, aunque no tenia cargo de entender en cosas de Indias, que ya le habian quitado el cargo y se estaba en Toro: todos los por mí referidos dieron ante su majestad muchas quejas de Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su santidad vió y entendió los grandes servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habiamos hecho á Dios nuestro Señor é á su majestad é á toda la cristiandad, y de cómo se le hizo merced á Cortés de le hacer gobernador de la Nueva-España, é las bulas é indulgencias que envió para las iglesias é hospitales, y las santas absoluciones para todos nosotros; y visto por su majestad lo que el santo Padre mandaba, después de bien informado de toda la verdad, lo confirmó con otros reales mandos; y en aquella sazon se quitó el cargo de presidente de Indias al obispo de Búrgos, y se fué á vivir á la ciudad de Toro; y en este instante llegó á Castilla Pánfilo de Narvaez, el cual habia sido capitan de la armada que envió Diego Velazquez contra nosotros; y tambien en aquel tiempo llegó Cristóbal de Tapia, el que habia enviado el mismo obispo á tomar la gobernacion de la Nueva-España, y llevaron en su compañía á un Gonzalo de Umbría, piloto, é á otro soldado que se decia Cárdenas, y todos juntos se fueron á Toro á demandar favor al obispo de Búrgos para se ir á quejar de Cortés delante su majestad, porque ya su majestad habia venido de Flándes, y el Obispo no deseaba otra cosa sino que hubiese quejas de Cortés y de nosotros; é tales favores é presas les dió el Obispo, que se juntaron los procuradores del Diego Velazquez que estaban en la corte, que se decian Bernardino Velazquez, que ya le habia enviado desde Cuba para que procurase por él, y Benito Martin é Manuel de Rójas, y fueron todos juntos delante del Emperador nuestro señor, y se quejaron reciamente de Cortés; y los capítulos que contra él pusieron fué, que Diego Velazquez envió á descubrir y poblar la Nueva-España tres veces, y que gastó gran suma de pesos de oro en navíos y armas y matalotaje, y en cosas que dió á los soldados, y que envió con la armada á Hernando Cortés por capitan, y se alzó con ella, y que no le acudió con ninguna cosa. Tambien le acusaron que, no embargante todo esto, que envió el Diego Velazquez á Pánfilo de Narvaez por capitan de mas de mil y trecientos soldados, con diez y ocho navíos y muchos caballos y escopeteros y ballesteros, y con cartas y provisiones de su majestad, y firmadas de su presidente de Indias, que era el obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, para que le diesen gobernacion de la Nueva-España, y no lo quiso obedecer; antes le dió guerra y desbarató, y mató su alférez y sus capitanes, y le quebró un ojo, y que le quemó cuanta hacienda tenia, y le prendió al mismo Narvaez y á otros capitanes que tenia en su compañía. Y que, no embargante este desbaraste, que proveyó el mismo obispo de Búrgos para que fuese el Cristóbal de Tapia, que presente estaba, como fué, á tomar la gobernacion de aquellas tierras en nombre de su majestad, y que no lo quiso obedecer, y que por fuerza le hizo volver á embarcar; y acusábanle que habia demandado á los indios de todas las ciudades de la Nueva-España mucho oro en nombre de su majestad, y se lo tomaba y encubria y lo tenia en su poder; acusábanle que, á pesar de todos sus soldados, llevó quinto como rey de todas las partes que se habian habido en Méjico; acusábanle que mandó quemar los piés á Guatemuz é á otros caciques porque diesen oro; acusáronle que no dió ni acudió con las partes del oro á los soldados, y que todo lo resumió en sí; acusábanle los palacios que hizo y casas muy fuertes, y que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacia servir en ellas á todas las ciudades de la redonda de Méjico, y que les hacia traer grandes cipreses y piedra desde léjas tierras, y que habia dado ponzoña á Francisco de Garay por le tomar su gente y armada; y le pusieron otras muchas cosas y acusaciones, y tantas, que su majestad estaba enojado de oir tantas sinjusticias como del Cortés decian, creyendo que era verdad. Y demás desto, como el Narvaez hablaba muy entonado, dijo estas palabras que oirán: «Y porque vuestra majestad sepa cuál andaba la cosa, la noche que me prendieron y desbarataron, que teniendo vuestras rea-

las provisiones en el seno, que las saqué de priesa, y mi ojo quebrado, porque no me quemasen, porque ardia en aquella sazon el aposento en que estaba, me las tomó por fuerza del seno un capitan de Cortés, que se dice Alonso de Avila, y es el que ahora está preso en Francia, y no me las quiso dar, y publicó que no eran provisiones, sino obligaciones que venia á cobrar. Entonces dice que se rió el Emperador, y la respuesta que dió fué, que en todo mandaria hacer justicia; y luego mandó juntar ciertos caballeros de sus reales consejos y de su real cámara, personas de quien su majestad tuvo confianza que harian recta justicia, que se decian, Mercurio Catirinario, gran canciller italiano, y mosiur de Lasao y el dotor de La-Rocha, flamencos, y Hernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, y el dotor Lorenzo Galindez de Caravajal y el licenciado Várgas, tesorero general de Castilla; y desque á su majestad le dijeron que estaban juntos, les mandó que mirasen muy justificadamente los pleitos y debates entre Cortés y Diego Velazquez é aquellos querellosos, y que en todo hiciesen justicia, no teniendo aficion á las personas ni favoreciesen á ninguno dellos, excepto á la justicia; y luego visto por aquellos caballeros el real mando, acordaron de se juntar en unas casas y palacios donde posaba el gran canciller, y mandaron parecer al Narvaez y al Cristóbal de Tapia, y al piloto Umbría y á Cárdenas, y á Manuel de Rójas y á Benito Martin y á un Velazquez, que estos eran procuradores del Diego Velazquez; y asimismo parecieron por la parte de Cortés su padre Martin Cortés y el licenciado Francisco Nuñez y Francisco de Montejo y Diego de Ordás, y mandaron á los procuradores del Diego Velazquez que propusiesen todas las quejas y demandas y capítulos contra Cortés; y dan las mismas quejas que dieron ante su majestad. A esto respondieron por Cortés sus procuradores, que á lo que decian que habia enviado el Diego Velazquez á descubrir la Nueva-España de los primeros, y gastó muchos pesos de oro, que no fué así como dicen; que los que lo descubrieron fué un Francisco Hernandez de Córdoba con ciento y diez soldados á su costa; y que antes el Diego Velazquez es digno de gran pena, porque mandaba á Francisco Hernandez y á los compañeros que lo descubrieron que fuesen á la isla de los Guanajes á cautivar indios por fuerza, para se servir dellos como esclavos; y desto mostraron probanzas, y no hubo contradicion en ello. Y tambien dijeron que si el Diego Velazquez volvió á enviar á su pariente Grijalva con otra armada, que no le mandó el Diego Velazquez poblar, sino rescatar, y que todo lo mas que se gastó en la armada pusieron los capitanes que fueron en los navíos, y no Diego Velazquez, y que uno dellos era el mismo Francisco de Montejo, que allí estaba presente, y los demás fueron Pedro de Albarado y Alonso de Avila, é que rescataron veinte mil pesos, é que sequedó con todo lo mas dellos el Diego Velazquez, y lo envió al obispo de Búrgos para que le favoreciese, y que no dió parte dello á su majestad, sino lo que quiso, y que, demás de aquello, le dió indios al mismo obispo en la isla de Cuba, que le sacaban oro; y que á su majestad no le dió ningun pueblo, siendo mas obligado á ello que no al Obispo; de lo cual hubo buena probanza, y no hubo contradicion en ello. Tambien dijeron que si envió á Hernando Cortés con otra armada, que fué elegido primeramente por gracia de Dios y en ventura del mismo Emperador nuestro césar é señor, é que tienen por cierto que si otro capitan enviaran, que le desbarataran, segun la multitud de guerreros que contra él se juntaban; y que cuando le envió el Diego Velazquez que, no le enviaba á poblar, sino á rescatar; de lo cual hubo probanzas dello; y que si se quedó á poblar fué por los requirimientos que los compañeros le hicieron, y que viendo que era servicio de Dios y de su majestad, pobló, y fué cosa muy acertada, y qué dello se hizo relacion á su majestad y se le envió todo el oro que pudo haber, y que se le escribió sobre ello dos cartas haciéndole saber todo lo sobredicho; y que para obedecer sus reales mandos estaba Cortés con todos sus compañeros los pechos por tierra; y se le hizo relacion de todas las cosas que el obispo de Búrgos hacia por el Diego Velazquez, y que enviamos nuestros procuradores con el oro y cartas, y que el Obispo encubria nuestros muchos servicios, y que no enviaba á su majestad nuestras cartas, sino otras de la manera que él queria, y que el oro que enviamos, que se quedaba con todo lo mas dello, y que torcia todas las cosas que convenian que su majestad fuese sabidor dellas, y que en cosa ninguna le decia verdaderamente lo que era obligado á nuestro rey y señor, y que porque nuestros procuradores querian ir á Flándes delante su real persona, echó preso al uno dellos, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, y que murió en la cárcel, y que mandaba el mesmo obispo á los oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla que no diesen ayuda ninguna á Cortés, así de armas como de soldados, sino que en todo le contradijesen, é que á boca llena nos llamaban de traidores; é que todo esto hacia el Obispo porque tenia tratado casamiento con el Diego Velazquez ó con el Tapia de casar una sobrina que se decia doña Petronila de Fonseca, y le habia prometido que le haria gobernador de Méjico; y para todo esto que he dicho mostraron traslados de las cartas que hubimos escrito á su majestad, é otras grandes probanzas; y la parte de Diego Velazquez no contradijo en cosa ninguna, porque no habia en qué. E que á lo que decian de Pánfilo de Narvaez, que envió el Diego Velazquez con diez y ocho navíos y mil trecientos soldados y cien caballos, y ochenta escopeteros é otros tantos ballesteros, é habia hecho mucha costa, á esto respondieron que el Diego Velazquez es digno de pena de muerte por haber enviado aquella armada sin licencia de su majestad, y que cuando enviaba sus procuradores á Castilla, en nada ocurria á nuestro rey y señor, como era obligado, sino solamente al obispo de Búrgos, y que la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores le enviaron á mandar al Diego Velazquez á la isla de Cuba, so graves penas, que no enviase aquella armada hasta que su majestad fuese sabidor dello, y que con su real licencia le enviase, porque hacer otra cosa era grande deservicio de Dios y de su majestad, poner zizañas en la Nueva-España en el tiempo que Cortés y sus compañeros estábamos en las conquistas y conversion de tantos cuentos

de los naturales que se convertian á nuestra santa fe católica, y que para detener la armada le enviaron á un oidor de la misma audiencia real, que se decia el licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, y en lugar de le obedecer, y los reales mandos que llevaba, le echaron preso, y sin ningun acato le enviaron en un navío; y que pues que Narvaez estaba delante, que fué el que hizo aquel tan desacatado delito, por tocar en crímen *laesae majestatis*, es digno de muerte, que suplicaban á aquellos caballeros por mí nombrados, que estaban por jueces, que le mandasen castigar; y respondieron que harian justicia sobre ello. Volvamos á decir en los descargos que daban nuestros procuradores, y es, que á lo que dicen que no quiso Cortés obedecer las reales provisiones que llevaba Narvaez, y le dió guerra y le desbarató y quebró un ojo, y prendió á él y todos sus compañeros y capitanes, y les puso fuego á los aposentos. A esto respondieron que, así como llegó Narvaez á la Nueva-España y desembarcó, que la primera cosa que hizo el Narvaez fué enviar á decir al gran cacique Montezuma, que Cortés tenia preso, que le venia á soltar y á matar todos los que estábamos con Cortés, y que alborotó la tierra de manera, que lo que estaba pacífico se volvió en guerra, é que como Cortés supo que habia venido al puerto de la Veracruz, le escribió muy amorosamente, y que si traia provisiones de su majestad, que las queria ver y obedeceria con aquel acato que se debe á su rey y señor; y que no le quiso responder á sus cartas, sino siempre en su real llamándole de traidor, no lo siendo, sino muy leal servidor de su majestad; é que mandó pregonar Narvaez en su real guerra á fuego y sangre y ropa franca contra Cortés é sus compañeros; y que le rogó muchas veces con la paz, y que mirase no revolviese la Nueva-España de manera que diese causa para que todos se perdiesen, y que se apartaria á una parte, cual él quisiese, á conquistar, y el Narvaez fuese por la parte que mas le agradase, y que entrambos sirviesen á Dios y á su majestad, é pacificasen aquellas tierras; y tampoco le quiso responder á ello; y como Cortés vió que no aprovechaban todos aquellos cumplimientos ni le mostraba las reales provisiones, y supo el gran desacato que habia hecho el Narvaez en prender al oidor de su majestad, que para lo castigar por aquel delito acordó de ir á hablar con él para ver las reales provisiones, é á saber por qué causa prendió al oidor; y que el Narvaez tenia concertado de prender á Cortés sobre seguro; y para ello presentaron probanzas y testimonios bastantes, y aun por testigo á Andrés de Duero, que se halló por la parte del Narvaez cuando aquello pasó, y el mismo Duero fué el que dió aviso á Cortés dello; y á todo esto la parte del Diego Velazquez no habia en qué contradecir cosa ninguna sobre ello. E á lo que le acusaban que vino á Pánuco Francisco de Garay, y con grande armada, y provisiones de su majestad en que le hacian gobernador de aquella provincia, y que Cortés tuvo astucias y gran diligencia para que se le amotinasen al Garay sus soldados, y los indios de la misma provincia mataron á muchos dellos, y le tomó ciertos navíos, é hizo otras demasías hasta que el Garay se vió perdido y desamparado y sin capitanes y soldados, y se fué á meter por las puertas de Cortés y le aposentó en sus casas, y que dende á ocho dias que le dió un almuerzo, de que murió, de ponzoña que le dieron en él; á esto respondieron que no era así, porque no tenia necesidad de los soldados que el Garay traia para les hacer amotinar, sino que, como el Garay no era hombre para la guerra, no se daba maña con los soldados, y como no toparon con la tierra cuando desembarcó, sino grandes rios y malas ciénagas y mosquitos y murciégalos, y los que traia en su compañía tuvieron noticia de la gran prosperidad de Méjico y las riquezas y la buena fama de la liberalidad de Cortés, que por esta causa se le iban á Méjico, y que por los pueblos de aquellas provincias andaban á robar sus soldados á los naturales y les tomaban sus hijas y mujeres, y que se levantaron contra ellos y le mataron los soldados que dicen, y que los navíos, que no los tomó, sino que dieron al través; y si envió sus capitanes Cortés, fué para que hablasen al Garay ofreciéndoseles por Cortés, y tambien para ver las reales provisiones, si eran contrarias de las que antes tenia Cortés; y que viéndose el Garay desbaratado de sus soldados, y navíos dados al través, que se vino á socorrer á Méjico, y Cortés le mandó hacer mucha honra por los caminos y banquetes en Tezcuco, y cuando entró en Méjico le salió á recebir y le aposentó en sus casas, y habian tratado casamiento de los hijos, é que le queria dar favor é ayudar para poblar el rio de Palmas, é que si cayó malo, que Dios fué servido de le llevar deste mundo, ¿qué culpa tiene Cortés para ello? Y que se le hicieron muchas honras al enterramiento y se pusieron lutos, y que los médicos que lo curaban juraron que era dolor de costado, y que esta es la verdad; y no hubo otra contradicion. E á lo que decian que llevaba quinto como rey, respondieron que cuando lo hicieron capitan general y justicia mayor hasta que su majestad mandase en ello otra cosa, le prometieron los soldados que le darian quinto de las partes, después de sacado el real quinto, é que lo tomó por causa que después gastaba cuanto tenia en servicio de su majestad, como fué en lo de la provincia de Pánuco, que pagó de su hacienda sobre seis mil pesos de oro, y envió en presentes á su majestad mucho oro de lo que le habia cabido del quinto; y mostraron probanzas de todo lo que decian, y no hubo contradicion por los procuradores de Diego Velazquez. E á lo que decian que á los soldados les habia tomado Cortés sus partes del oro que les cabia, dijeron que les dieron conforme á la cuenta del oro que se halló en la toma de Méjico, porque se halló muy poco, que todo lo habian robado los indios de Tlascala y Tezcuco y los demás guerreros que se hallaron en las batallas y guerras; y no hubo contradicion sobre ello. E á lo que dijeron que Cortés habia mandado quemar los piés con aceite á Guatemuz é otros caciques porque diesen oro, á esto respondieron que los oficiales de su majestad se los quemaron, contra la voluntad de Cortés, porque descubriesen el tesoro de Montezuma; y para esto dieron informacion bastante. Y á lo que le acusaban que habia labrado muy grandes casas, y habia en ellas una villa, y que hacia traer los árboles y cipreses y piedras de léjas,

tierras, á esto respondieron que las casas es verdad que son muy suntuosas, y que para servir con ellas y cuanto tiene Cortés á su majestad las hizo fabricar en su real nombre, é que los árboles é cipreses, que están junto á la ciudad é que los traian por agua, é que piedra, que habia tanta de los adoratorios que deshicieron de los ídolos, que no habia menester traella de fuera, é que para las labrar no hubo menester mas de mandar al gran cacique Guatemuz que las labrase con los indios oficiales, que hay muchos de hacer casas é carpinteros, é que el Guatemuz llamó de todos sus pueblos para ello, é que así se usaba entre los indios hacer las casas y palacios de los señores. E á lo que se quejaba Narvaez que le sacó Alonso de Avila las provisiones reales por fuerza, y no se las quiso dar, y publicó que eran obligaciones que le debian al Narvaez de ciertos caballos é yeguas que habia vendido, que venia á cobrar, é que fué por mandado de Cortés; á esto respondieron que no vieron provisiones, sino solamente tres obligaciones que le debian al Narvaez de caballos é yeguas que habia vendido fiadas, é que Cortés nunca tales provisiones vió ni le mandó tomar. E á lo que se quejaba el piloto Umbría, que Cortés le mandó cortar y desxocar los piés sin causa ninguna, á esto respondieron que por justicia y sentencia que sobre ello hubo se le cortaron, porque se queria alzar con un navío y dejar en la guerra á su capitan y venirse á Cuba él y otros dos hombres que Cortés mandó ahorcar por justicia. E á lo que el Cárdenas demandaba, que no le habian dado parte del primer oro que se envió á su majestad, dijeron que él firmó con otros muchos que no queria parte dello, sino que se enviase á su majestad, y que allende desto, le dió Cortés trecientos pesos para que trujese á su mujer é hijos; é que el Cárdenas no era hombre para la guerra, é que era mentecato é de poca calidad, é que con los trecientos pesos estaba muy bien pagado. Y á la postre respondieron que, si fué Cortés contra el Narvaez, y le desbarató y quebró el ojo, y le prendió á él y á sus capitanes, y se le quemó su aposento, que el Narvaez fué causa dello por lo que dicho y alegado tienen, y por le castigar el gran desacato que tuvo de prender á un oidor de su majestad, y que como la justicia era por la parte de Cortés y sus compañeros, que en aquella batalla que hubo con Narvaez fué nuestro Señor servido dar vitoria á Cortés, que con ducientos y sesenta y seis soldados, sin caballos é sin arcabuces ni ballestas, desbarató con buena maña y con dádivas de oro al Narvaez, y le quebró el ojo, y prendió á él y sus capitanes, siendo contra Cortés mil trecientos soldados, y entre ellos ciento de á caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y que si Narvaez quedara por capitan, la Nueva-España se perdiera. Y á lo que decian del Cristóbal de Tapia, que venia para tomar la gobernacion de la Nueva-España con provisiones de su majestad, y que no le quisieron obedecer, á esto responden que el Cristóbal de Tapia, que delante estaba, fué contento de vender unos caballos y negros; que si él fuera á Méjico, adonde Cortés estaba, y le mostrara sus recaudos, obedeciera; mas que viendo todos los caballeros y cabildos de todas las ciudades y villas que convenia que Cortés gobernase en aquella sazon, porque vieron que el Tapia no era capaz para ello, que suplicaron de las reales provisiones para ante su majestad, segun parecerá de los autos que sobre ello pasaron. Y cuando hubieron acabado de poner por la parte del Diego Velazquez y del Narvaez sus demandas, é aquellos caballeros que estaban por jueces vieron las respuestas y lo que por la parte de Cortés fué alegado, y todo probado, y sobre ello habian estado embarazados cinco dias en oir á los unos y á los otros, acordaron de ponello todo en la consulta con su majestad; y después de muy acordado por todos en ella, lo que fué sentenciado es esto: lo primero, que dieron por muy bueno y leal servidor de su majestad á Cortés y á todos nosotros los verdaderos conquistadores que con él pasamos, y tuvieron en mucho nuestra gran felicidad, y loaron y ensalzaron en gran manera las grandes batallas y osadía que contra los indios tuvimos, y no se olvidó de decir cómo, siendo nosotros tan pocos, desbaratamos al Narvaez; y luego mandaron poner silencio al Diego Velazquez acerca del pleito de la gobernacion de la Nueva-España, y que si algo habia gastado en las armadas, que por justicia lo pidiese á Cortés; y luego declararon por sentencia que Cortés fuese gobernador de la Nueva-España, segun lo mandó el sumo Pontífice, é que daban en nombre de su majestad los repartimientos por buenos, que Cortés habia hecho, y le dieron poder para repartir la tierra desde allí adelante, y por bueno todo lo que habia hecho, porque claramente era servicio de Dios y de su majestad. En lo de Garay ni en otras cosas de las acusaciones que le ponian, que pues no daban informaciones tocantes acerca dello, que lo reservaban para el tiempo andando, y le enviarian á tomar residencia; y en lo que Narvaez pedia, que le tomaron sus provisiones del seno, é que fué Alonso de Avila, que estaba en aquella sazon preso en Francia, que le prendió Juan Florin, francés, gran cosario, cuando robó la recámara que llamábamos de Montezuma, dijeron aquellos caballeros que lo fuese á pedir á Francia, y que le citasen pareciese en la corte de su majestad, para ver lo que sobre ello respondia; y á los dos pilotos Umbría y Cárdenas les mandaron dar cédulas reales para que en la Nueva-España les dén indios que renten á cada uno mil pesos de oro. Y mandaron que todos los conquistadores fuésemos antepuestos y nos diesen buenas encomiendas de indios, y que nos pudiésemos asentar en los mas preeminentes lugares, así en las santas Iglesias como en otras partes. Pues ya dada y pronunciada esta sentencia por aquellos caballeros que su majestad puso por jueces, lleváronla á firmar á Valladolid, donde su majestad estaba, porque en aquel tiempo pasó de Flándes, y en aquella sazon mandó pasar allí toda su real corte y consejo, y firmóla su majestad, y dió otras sus reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva-España, porque no hubiese contradicion en la conversion de los naturales. Y asimismo mandó que no hubiese letrados por ciertos años, porque do quiera que estaban revolvian pleitos é debates y zizañas; y diéronse todos estos recaudos firmados de su majestad y señalados de aquellos caballeros que fueron jueces, y de don García de Padilla, en la misma villa de Valladolid, á 17 de mayo

de mil y quinientos y tantos años, y venian refrendadas del secretario don Francisco de los Cóbos, que después fué comendador mayor de Leon; y entonces escribió su majestad cesárea á Cortés é á todos los que con él pasamos, agradeciéndonos los muchos y buenos é notables servicios que le haciamos; y tambien en aquella sazon el rey don Hernando de Hungría, rey de romanos, que ansí se nombraba, padre del emperador que agora es, escribió otra carta en respuesta de lo que Cortés le habia escrito, y enviado presentadas muchas joyas de oro; y lo que decia el rey de Hungría en la carta que escribió á Cortés era, que ya tenia noticia de los muchos y grandes servicios que habia hecho á Dios primeramente, y á su señor y hermano el Emperador, y á toda la cristiandad, y que en todo lo que se le ofreciese, que se lo haga saber, porque sea intercesor en ello con su señor y hermano el Emperador, porque de mucho mas era merecedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas á los fuertes soldados que le ayudaron; y decia otras palabras de ofrecimientos; y acuérdaseme que en la firma decia: «Yo el Rey, é infante de Castilla;» y refrendada de su secretario, que se decia Fulano de Castillejo; y esta carta yo la leí dos ó tres veces en Méjico, porque Cortés me la mostró para que viese en cuán grande estima éramos tenidos los verdaderos conquistadores, de su majestad. Pues como todos estos despachos tuvieron nuestros procuradores, luego enviaron con ellos por la posta á un Rodrigo de Paz, primo de Cortés y deudo del licenciado Francisco Nuñez, y tambien vino con ellos un hidalgo de Extremadura, pariente del mismo Cortés, que se decia Francisco de las Casas, y trajeron un buen navío velero, y vinieron camino de la isla de Cuba, y en Santiago de Cuba, donde Diego Velazquez estaba por gobernador, se le notificaron las reales provisiones y sentencia, para que se dejase del pleito de Cortés y le demandase los gastos que habia hecho; la cual notificacion se hizo con trompetas; y el Diego Velazquez, de pesar, cayó malo, y dende á pocos meses murió muy pobre y descontento; y por no volver yo otra vez á recitar lo que en Castilla negoció el Francisco de Montejo y el Diego de Ordás, diré lo ahora, y fué así: que al Francisco de Montejo su majestad le hizo merced de la gobernacion y adelantamiento de Yucatan é Cozumel, y trajo don y señoría, y al Diego de Ordás su majestad le confirmó los indios que tenia en la Nueva-España y le dió una encomienda de señor Santiago, y el volcan que estaba cabe Guaxocingo por armas, y con ello se vinieron á la Nueva-España. Dende á dos ó tres años el mismo Ordás volvió á Castilla y demandó la conquista del Marañon, donde se perdió él y su hacienda. Dejemos desto, y digamos cómo el obispo de Búrgos, que en aquella sazon supo los grandes favores que su majestad hizo á Cortés y á todos nosotros los conquistadores, y cómo muy claramente aquellos caballeros que fueron jueces habian alcanzado á saber los tratos que entre él y Diego Velazquez habia, y cómo tomaba el oro que enviábamos á su majestad, y encubria y torcia nuestros muchos servicios, y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velazquez, si muy triste y pensativo estaba de antes, ahora desta vez cayó malo dello y de otros enojos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decia don Alonso de Fonseca, arzobispo que fué de Santiago, porque pretendia aquel arzobispado de Santiago el don Juan Rodriguez de Fonseca. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo el Francisco de las Casas y el Rodrigo de Paz llegaron á la Nueva-España, y entraron en Méjico con las reales provisiones que de su majestad traian para ser gobernador Cortés, qué alegrías y regocijos se hicieron, y qué de correos fueron por todas las provincias de la Nueva-España á demandar albricias á las villas que estaban pobladas, y qué mercedes hizo Cortés al de las Casas y al Rodrigo de Paz y á otros que venian en su compañía, que eran de Medellin, su tierra de Cortés; y es, que al Francisco de las Casas le hizo capitan y le dió luego un buen pueblo que se dice Anguitlan, y al Rodrigo de Paz le dió otros muy buenos y ricos pueblos, y le hizo su mayordomo mayor y su secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cortés; y tambien á los que vinieron de su tierra de Medellin, á todos les dió indios, y al maestre del navío en que trajeron la nueva de cómo Cortés era gobernador le dió oro, con que volvió rico á Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegrías y albricias que se dieron por las nuevas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos letores, y tienen razon de poner plática sobre ello, que ¿cómo pude yo alcanzar á saber lo que pasó en España, así de lo que mandó su santidad como de las quejas que dieron de Cortés, y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros procuradores, y la sentencia que sobre ello se dió, y otras muchas particularidades que aquí digo y declaro, estando yo en aquella sazon conquistando en la Nueva-España é sus provincias, no lo pudiendo ver ni oir? Yo les respondí que, no solamente lo alcancé yo á saber, sino que todos los mas conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro ó cinco cartas y relaciones por sus capítulos declarado, cómo y cuándo y en qué tiempo acaeció lo por mí dicho; las cuales cartas y memoria las escribieron de Castilla nuestros procuradores porque conociésemos que entendian con mucho calor en nuestros negocios. Yo dije en aquel tiempo muchas veces que solamente lo que procuraban, segun pareció, era por las cosas de Cortés y las suyas dellos, y que nosotros los que lo ganábamos y conquistábamos, y le pusimos en el estado que Cortés estaba, quedamos siempre con un trabajo sobre otro, y roguemos á nuestro Señor Dios nos dé favor y ánimo, y ponga en corazon á nuestro gran césar mande que su recta justicia se cumpla, pues que en todo es muy católico. Pasemos adelante, y digamos en lo que Cortés entendió desque le vino la gobernacion.

CAPITULO CLXIX.

De en lo que Cortés entendió después que le vino la gobernacion de la Nueva-España, cómo y de qué manera repartió los pueblos de indios, é otras cosas que mas pasaron, y una manera de platicar que sobre ello se ha declarado entre personas doctas.

Ya que le vino la gobernacion de la Nueva-España á Hernando Cortés, parécese á mí y á otros conquistadores de los antiguos, de los mas experimentados y maduro consejo, que lo que habia de mirar Cortés era acordarse desde el dia que salió de la isla de Cuba y

tener atencion á todos los trabajos en que se vió, así cuando en lo de los arenales, cuando desembarcamos, qué personas fueron en le favorecer para que fuese capitan general y justicia mayor de la Nueva-España; y lo otro, quién fueron los que se hallaron siempre á su lado en todas las guerras, así de Tabasco y Cingapacinga, y en tres batallas de Tlascala, y en la de Cholula cuando tenian puestas las ollas con ají para nos comer cocidos; y tambien quién fueron en favorecer su partido cuando por seis ó siete soldados que no estaban bien con él le hacian requirimientos que se volviese á la Villa-Rica y no fuese á Méjico, poniéndole por delante la gran pujanza de guerreros y gran fortaleza de la ciudad; y quién fueron los que entraron con él en Méjico y se hallaron en prender al gran Montezuma; y luego que vino Pánfilo de Narvaez con su armada, qué soldados fueron los que llevó en su compañía y le ayudaron á prender y desbaratar al Narvaez; y luego quién fueron los que volvieron con él á Méjico al socorro de Pedro de Albarado, y se hallaron en aquellas fuertes y grandes batallas que nos dieron, hasta que salimos huyendo de Méjico, que de mil y trecientos soldados quedaron muertos sobre ochocientos y cincuenta, con los que mataron en Tustepeque é por los caminos, y no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta muy heridos, y á Dios misericordia. Y tambien se le habia de acordar de aquella muy temerosa batalla de Obtumba, quién, después de dos dias, se la ayudó á vencer y salir de aquel tan gran peligro; y después quién y cuántos le ayudaron á conquistar lo de Tepeaca y Cachula y sus comarcas, como fué Ozucar y Guacachula y otros pueblos; y la vuelta que dimos por Tezcuco para Méjico, y de otras muchas entradas que desde Tezcuco hicimos, así como la de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, como echaron, creyendo nos ahogar; y asimismo las batallas que hubimos con los naturales de aquel pueblo y mejicanos que les ayudaron; y luego la entrada del Saltocan y los peñoles que llaman hoy dia del Marqués, y otras muchas entradas; y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos rencuentros y batallas que en aquel viaje tuvimos, así de los de Suchimileco como de los de Tacuba; y vueltos á Tezcuco, quién le ayudó contra la conjuracion que tenian concertado de le matar, cuando sobre ello ahorcó un Villafaña; y pasado esto, quién fueron los que le ayudaron á conquistar á Méjico, y en noventa y tres dias, á la continua de dia y de noche, tener batallas y muchas heridas y trabajos, hasta que se prendió á Guatemuz, que era el que mandaba en aquella sazon á Méjico; y quién fueron en le ayudar y favorecer cuando vino á la Nueva-España un Cristóbal de Tapia para que le diese la gobernacion. Y demás de todo esto, quiénes fueron los soldados que escribimos tres veces á su majestad en loor de los grandes y muchos y buenos servicios que Cortés le habia hecho, y que era digno de grandes mercedes y le hiciese gobernador de la Nueva-España. No quiero aquí traer á la memoria otros servicios que siempre á Cortés haciamos; pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos, y ahora que le vino la gobernacion, que, después de Dios, con nuestra ayuda se la dieron, bien fuera que tuviera cuenta con Pedro, Sancho y Martin y otros que lo merecian; y el soldado y compañero que estaba por su ventura en Colima ó en Zacatula, ó en Pánuco ó en Guacacualco, y los que andaban huyendo cuando despoblaron á Tutepeque, y estaban pobres y no les cupo suerte de buenos indios, pues que habia bien que dalles; y sacalles de mala tierra, pues que su majestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus reales cartas misivas, y no daba Cortés nada de su hacienda, habíales de dar con que se remediasen, y en todo anteponelles; y siempre cuando escribiese á los procuradores que estaban en Castilla en nuestro nombre, que procurasen por nosotros; y el mismo Cortés habia de escribir muy afectuosamente para que nos diese para nosotros y nuestros hijos cargos y oficios reales, todos los que en la Nueva-España hubiese; mas digo que mal ajeno de pelo cuelga, é que no procuraba sino para él; lo uno la gobernacion que le trajeron antes que fuese marqués, é después que fué á Castilla y vino marqués. Dejemos esto, y pongamos aquí otra manera, que fuera harto buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva-España, segun dicen muy doctos conquistadores, que lo ganamos, de prudente y maduro juicio; que lo que habia de hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva-España, y la quinta parte de las mejores ciudades y cabeceras de todo lo poblado dalla á su majestad de su real quinto, y otra parte dejalla por repartir, para que fuese la renta della para iglesias y hospitales y monasterios, y para que su majestad, si quisiese hacer algunas mercedes á caballeros que le hayan servido en Italia, de allí pudiera haber para todos; y las tres partes que quedaran repartillas en su persona de Cortés y en todos nosotros los verdaderos conquistadores, segun y de la calidad que sentia que era cada uno, y dalles perpetuos, porque en aquella sazon su majestad lo tuviera por bien; porque, como no habia gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabia ni tenia noticia destas tierras, estando, como estaba, en aquella sazon en Flándes, y viendo una buena parte de las del mundo que le entregamos, como sus muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas, y con ello quedáramos; y no anduviéramos ahora, como andamos, abatidos y de mal en peor, y muchos de los conquistadores no tenemos con qué nos sustentar; ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés, y á quién dió los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, á Rodrigo de Paz, al factor y veedor y contador que en aquella sazon vinieron de Castilla; á un Avalos y á Saavedra, sus deudos; á un Barrios, con quien casó su cuñada, hermana de su mujer doña Catalina Juarez; y á Alonso Lúcas, y á un Juan de la Torre, y á Luis de la Torre, á Villégas, y á un Alonso Valiente, á un Ribera el tuerto. Y ¿para qué cuento yo estos pocos? Que á todos cuantos vinieron de Medellin, á otros criados de grandes señores, que le contaban cuentos de cosas que le agradaban, les dió lo mejor de la Nueva-España. No digo yo que era malo el dar á todos, pues habia de qué; mas que habia de anteponer primero lo que su majestad le mandaba, y á los soldados que le ayudaron á tener el ser y valor que tenia, ayudalles; y pues que

ya es hecho, no quiero volver á repetirlo; y para ir á entradas y guerras y á cosas que le convenian, bien se acordaba adónde estábamos, y nos enviaba á llamar para las batallas y guerras, como adelante diré. Y dejaré de contar mas lástimas y de cuán avasallados nos traia, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de decir lo que Cortés decia después que le quitaron la gobernacion, que fué cuando vino Luis Ponce de Leon, y como murió el Luis Ponce, dejó por su teniente á Márcos de Aguilar, como adelante diré; y es, que íbamos á Cortés á decille algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudamos en las conquistas, que nos diese de los indios, de los muchos que en aquel instante Cortés tenia, pues que su majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habian de quitar, é luego se los quitaron; y la respuesta que daba era, que se sufriesen como él se sufria; que si le volvia su majestad á hacer merced de la gobernacion, que en su conciencia (que así juraba) que no lo erraria como en lo pasado, y que daria buenos repartimientos á quien su majestad le mandó, y enmendaria el gran yerro pasado que hizo; y con aquellos prometimientos y palabras blandas creia que quedaban contentos aquellos conquistadores. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazon, á pocos dias antes, vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda real de su majestad, que fué Alonso de Estrada, tesorero, y era natural de Ciudad-Real, y vino el factor Gonzalo de Salazar, y vino Rodrigo de Albornoz por contador, que ya habia fallecido Julian de Alderete, y este Albornoz era natural de Paludinas ú de la Gama, y vino el veedor Pedro Almíndes Chirino, natural de Ubeda ó Baeza, y vinieron muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir que en este instante rogó un Rodrigo Rangel á Cortés (el cual Rangel muchas veces le he nombrado) que, pues no se habia hallado en la toma de Méjico ni en ningunas batallas con nosotros en toda la Nueva-España, que porque hubiese alguna fama dél, que le hiciese merced de le dar una capitanía para ir á conquistar á los pueblos de los zapotecas, que estaban de guerra, y llevar en su compañía á Pedro de Ircio, para ser su consejero en lo que habia de hacer; y como Cortés conocia al Rodrigo Rangel, que no era para dalle ningun cargo, á causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco y las zaucas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta, denegaba aquella entrada, diciendo que los indios zapotecas eran gente mala de domar por las grandes y altas sierras adonde están poblados, y que no podian llevar caballos; y que siempre hay neblinas y rocíos, y que los caminos eran angostos y resbalosos, y que no pueden andar por ellos sino á manera de decir los piés junto á las cabezas de los que vienen atrás: entiéndanlo de la manera que aquí lo digo, que así es verdad; porque los que van arriba, con los que vienen detrás vienen cabezas con piés; y que no era cosa de ir á aquellos pueblos, y que ya que fuese, que habia de llevar soldados bien sueltos y robustos, y experimentados en las guerras; y como el Rangel era muy porfiado y de su tierra de Cortés, húbole de conceder lo que pedia; y segun después supimos, Cortés lo hubo por bueno embialle do se muriese, porque era de mala lengua; é Cortés escribió á Guacacualco á diez ó doce que nombró en la carta, que nos rogaba que fuésemos con el Rangel á le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró á mí, y fuimos todos los vecinos á quien Cortés escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas, y que los naturales de allí son gente muy ligeros é sueltos, y con unas voces é silbos que dan, retumban todos los valles como á manera de ecos; y como habiamos de llevar al Rangel, no podiamos andar ni hacer cosa que buena fuese. E ya que íbamos á algun pueblo, hallábamosle despoblado, y como no estaban juntas las casas, sino unas en un cerro y otras en un valle, y en aquel tiempo llovia, y el pobre Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teniamos de andar en su compañía, y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas, muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros, que si nos aguardaban é hiciesen cara, como no podiamos ir por los caminos sino uno á uno, temiamos no nos viniese algun desman, y el Rangel estaba mas malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podia llamar, y volverse cada uno á su casa; y el Pedro de Ircio, que traia por consejero, fué el primero que se lo aconsejó, y le dejó solo, y se fué á la Villa-Rica, donde vivia; y el Rangel dijo que se queria ir á Guacacualco con nosotros, por ser la tierra caliente, para prevalecerse de su mal, y los que éramos vecinos de Guacacualco que allí estábamos, por peor tuvimos llevarle con nosotros que á la venida que venimos con él á la guerra; y llegados á Guacacualco, luego dijo que queria ir á pacificar las provincias de Cimatan y Talatupan, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que dello habla cómo no habian querido venir de paz á causa de los grandes rios y ciénagas tembladeras entre quien estaban poblados; y demás de la fortaleza de las ciénagas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros, y tenian muy grandes arcos y tiran muy á certero. Volvamos á nuestro cuento: que mostró Rangel provisiones en aquella villa, de Hernando Cortés, cómo le enviaba por capitan para que conquistase las provincias que estuviesen de guerra, y señaladamente la de Cimatan y Tulapan; y apercibió todos los mas vecinos de aquella villa que fuésemos con él; y era tan temido Cortés, que, aunque nos pesó, no osamos hacer otra cosa, como vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cien soldados, dellos á caballo y á pié, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros; é fuimos por Tonala é Ayagualulco, é Copilco, Zacualco, y pasamos muchos rios en canoas y en barcas, y pasamos por Teutitan, Copilco y por todos los pueblos que llamamos la Chontalpa, que estaban de paz, é llegamos obra de cinco leguas de Cimatan, é en unas ciénagas y malos pasos estaban juntos todos los mas guerreros de aquella provincia, y tenian hechos unos cercados y grandes albarradas de palos y maderos gruesos, y ellos de dentro con unos petriles y saeteras, por donde podian flechar; é de presto nos dan una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron siete caballos é hirieron ocho soldados, y al mismo Rangel, que iba á caballo, le dieron

un flechazo en un brazo, y no le entró sino muy poco; y como los conquistadores viejos habiamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos á pié descubriendo caminos y celadas, y le habiamos dicho de otras veces cómo aquellos indios solian pelear muy bien y con maña, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo que votaba á tal, que si nos creyera, que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los capitanes y le mandásemos en aquella guerra; y luego como fueron curados los soldados y ciertos caballos que tambien hirieron, demás de los siete que mataron, mandóme á mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrel muy bravo, que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dijeron que se quedase bien atrás con los de á caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo; é yendo nuestro camino para el pueblo de Cimatan, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas, ni mas ni menos que las pasadas, y tirannos á los que íbamos delante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrel, é si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me dieron siete flechas, que con el mucho algodon de las armas se detuvieron, y todavía salí herido en una pierna, y á mis compañeros á todos hirieron; y entonces yo dí voces á unos indios nuestros amigos, que venian un poco atrás de nosotros, para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones, y que los de á caballo quedasen atrás, porque allí no podian correr ni aprovecharse dellos, y se los flecharian; y luego acudieron ansí como le envié á decir, porque deantes cuando yo me adelanté ansí lo tenia concertado, que los de á caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal ó mandado, y como vinieron los ballesteros y escopeteros, les hicimos desembarazar las albarradas, y se acogieron á unas grandes ciénagas que temblaban, y no habia hombre que en ellas entrase, que pudiese salir sino á gatas ó con grande ayuda. En esto llegó Rangel con los de á caballo, é allí cerca estaban muchas casas que entonces despoblaron los moradores dellas, y reposamos aquel dia y se curaron los heridos. Otro dia caminamos para ir al pueblo de Cimatan, y hay grandes cabanas llenas, y en medio de las cabanas muy malísimas ciénagas, y en una dellas nos aguardaron, y fué con ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las cabanas, y propusieron que los caballos, por codicia de los alcanzar y alancear, irian corriendo tras ellos á rienda suelta y atollarian en las ciénagas, y ansí fué como lo concertaron, que por mas que habiamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que habia muchas ciénagas y que no corriese por aquellas cabanas á rienda suelta, que atollarian los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias, y hechas saeteras y fuerzas junto á las ciénagas, no lo quiso creer; y el primero que atolló en ellas fué el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se habian echado en aquellas malas ciénagas muchos indios para le apañar y llevar vivo á sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenia en la cabeza; y como toda aquella provincia era muy poblada, y estaba allí junto otro pueblezuelo, fuimos á él, y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel y tres soldados que habian herido; y dende allí fuimos á otras casas que tambien estaban sin gente, que entonces las despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos y bien cercada y sus saeteras; y estando reposando aun no habia un cuarto de hora, vienen tantos guerreros cimatecas, y nos cercan en el pueblezuelo, que mataron un soldado y á dos caballos, y tuvimos bien que hacer en hacellos apartar; y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza, é habia muchos mosquitos, que no dormia de noche ni dia, y murciégalos muy grandes que le mordian y desangraban; y como siempre llovia, y algunos soldados que el Rangel habia traido consigo, de los que nuevamente habian venido de Castilla, vieron que en tres partes nos habian aguardado los indios de aquella provincia, y habian muerto once caballos y dos soldados, y herido á otros muchos, aconsejaron al Rangel que se volviese dende allí, pues la tierra era mala de ciénagas y estaba muy malo; y el Rangel, que lo tenia en gana, y porque pareciese que no era de su albedrío y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de llamar á consejo sobre ello á personas que eran de su parecer para que se volviesen; y en aquel instante habiamos ido veinte soldados á ver si podiamos tomar alguna gente de unas huertas de cacaguatales que allí junto estaban, y trujimos dos indios y tres indias; y entonces el Rangel me llamó á mí aparte é á consejo, y díjome de su mal de cabeza, é que le aconsejaban todos los demás soldados que se volviese donde estaba Cortés, y me declaró todo lo que habia pasado; y entonces le reprendí su vuelta, y como nos conociamos de mas de cuatro años atrás, de la isla de Cuba, le dije: «¿Cómo, Señor? ¿Qué dirán de vuesamerced, estando cerca del pueblo de Cimatan quererse volver? Pues Cortés no lo terná á bien, y maliciosos que os quieren mal os lo darán en cara, que en la entrada de los zapotecas ni aquí no habeis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo, como traeis, tan buenos conquistadores, que son los de nuestra villa de Guacacualco; pues por lo que toca á nuestra honra y á la de vuesamerced, é yo y otros soldados somos de parecer que pasemos adelante; yo iré con todos mis compañeros descubriendo ciénagas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasarémos hasta la cabecera de Cimatan, y mi caballo déle vuesamerced á otro caballero que sepa muy bien menear la lanza é tener ánimo para mandalle, que yo no puedo servirme dél yendo á lo que voy, y que va mas que en alancear, y véngase con los de á caballo algo atrás.» Y como el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo, é á muy grandes voces llamó á todos los soldados, é dijo el Rodrigo Rangel: «Ya es echada la suerte que hemos de ir adelante, que voto á tal (que siempre era este su jurar y su hablar), que Bernal Díaz del Castillo me ha dicho la verdad y lo que á todos conviene;» y puesto que á algunos soldados les pesó, otros lo hubieron por muy bueno; y luego comenzamos á caminar puestos en gran concierto, los ballesteros y escopeteros junto conmigo, y los de á caballo atrás por amor de los montes y cié-

nagas, donde no podian correr caballos, hasta que llegamos á otro pueblo, que entonces lo despoblaron los naturales dél, y dende allí fuimos á la cabecera de Cimatan, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara, y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las suyas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos á llamar con ellos á los cimatecas que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaria; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente menuda que teniamos presos, y dímosles toda la presa, é dijeron que traerian de paz á todo el pueblo, é jamás volvieron con la respuesta; y entonces me dijo á mí el Rangel: «Voto á tal, que me habeis engañado, é que habeis de ir á entrar con otros compañeros, é que me habeis de buscar otros tantos indios é indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo;» y luego fuimos cincuenta soldados, é yo por capitan, é dimos en unos ranchos que tenian en unas ciénagas que temblaban, que no osamos entrar en ellas; y dende allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos Xiguaquetlan, muy malos, que pasan los piés, y en unas huertas de cacaguatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitan, y con aquello le apaciguamos; y los tornó luego á soltar para que llamasen de paz á los cimatecas, y en fin de razones, no quisieron venir, y acordamos de nos volver á nuestra villa de Guacacualco; y en esto paró la entrada de zapotecas é la de Cimatlan, y esta es la fama que queria que hubiese dél Rangel cuando pidió á Cortés aquella conquista. Y dende allí á dos años, ó poco tiempo mas, volvimos de hecho á los zapotecas y á las demás provincias, y las conquistamos y trujimos de paz; y el buen fray Bartolomé de Olmedo, que era santo fraile, trabajó mucho con ellos, y les predicaba y enseñaba los artículos de la fe, y bautizó en aquellas provincias mas de quinientos indios; pero, en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podia ya andar caminos, que tenia una mala enfermedad. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Castilla á su majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fué su secretario; y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y tambien envió á su padre Martin Cortés muchos millares de pesos de oro. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLXX.

Cómo el capitan Hernando Cortés envió á Castilla, á su majestad, ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, ó la mayor parte, era de oro bajo, revuelto con plata de Mechoacan, que por nombre se decia el Fénix, y tambien envió á su padre, Martin Cortés, sobre cinco mil pesos de oro; y lo que sobre ello avinó diré adelante.

Pues como Cortés habia recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decia el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar á un tan alto emperador como nuestro gran César, y decia en un letrero que tenia escrito en la mesma culebrina: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Todo lo envió á su majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decia Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fué en aquella sazon un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenia una nube, el cual habia sido secretario de Cortés. A lo que yo sentí del Ribera, era un hombre no de buenas entrañas, porque cuando jugaba á naipes é á dados no me parecia que jugaba bien, y demás desto, tenia muchos malos reveses; y esto digo porque, llegado á Castilla, se alzó con los pesos de oro que le dió Cortés para su padre Martin Cortés, y porque se lo pidió Martin Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando á los bienes que Cortés le habia hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que, como tenia gran retórica é habia sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Búrgos. Y como el Narvaez y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores del Diego Velazquez y otros que les ayudaban, y habia acaecido en aquella sazon la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez á dar muchas quejas de Cortés ante su majestad, y tantas y de tal manera, é dijeron que fueron parciales los jueces que puso su majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efeto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal si no fuera por el duque de Béjar, que le favoreció y quedó por su fiador, que le enviase su majestad á tomar residencia é que no le hallaria culpado. Y esto hizo el Duque porque ya tenia tratado casamiento á Cortés con una señora sobrina suya, que se decia doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Cárlos de Arellano, y hermana de unos caballeros y privados del Emperador. Y como en aquella sazon llegaron los ochenta mil pesos de oro y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos á su majestad por las grandes mercedes que le habia hecho en dalle la gobernacion de Méjico, y haber sido servido mandalle favorecer con justicia en la sentencia que dió en su favor, cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real consejo y cámara. En fin de mas razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó á sosegar con que le fuesen á tomar residencia, y por entonces no se habló mas en ello. Y dejemos ya de decir destos nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrero de tan sublimado servidor como Cortés se nombró; que, como se supo en la corte, y ciertos duques y marqueses, y condes y hombres de gran valía se tenian por tan grandes servidores de su majestad, y tenian en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido á su majestad, tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés porque tal blason escribió. Tambien otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla y el duque de Béjar y el conde de Aguilar, dijeron á los mismos caballeros que habian puesto en pláticas que era muy bravoso el blason de la culebrina, no se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro. Veamos ahora, ¿en nuestros tiempos ha habido capitan que tales hazañas haga, y que tantas tierras

haya ganado sin gastar ni poner en ello su majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido á nuestra santa fe? Y demás desto, no solamente el Córtés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron á ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos y de tantas tierras, son dignos de que su majestad les haga muchas mercedes; porque, si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados, que hicieron heróicos hechos y sirvieron á la corona real y á los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras é rentas; y con estas palabras se olvidó lo del blason; y porque no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que á don Francisco de los Cóbos, comendador mayor de Leon, le hizo su majestad merced della, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, é dijeron que valió sobre veinte mil ducados. Y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que habia enviado la primera vez, que fueron la luna de plata y el sol de oro, y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Puertocarrero, y lo que hubo enviado la segunda vez con Alonso de Avila y Quiñones, que esto fué la cosa mas rica que hubo en la Nueva-España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de Méjico, y lo robó Juan Florin, francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, ansí en Castilla como en otras muchas partes de la cristiandad, y en todas partes fué muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martin Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés á su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió ó almorzó unos torreznos, y ansí como los comió murió súpitamente y sin confesion; perdónele Dios, amen. Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos á decir de la Nueva-España, cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de Méjico que fuese muy bien poblada de los naturales mejicanos, como de antes estaban, y les dió franquezas y libertades que no pagasen tributo á su majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solia venir el agua de Chalputepeque para entrar en Méjico, y en la poblacion de los españoles tuviesen hechas iglesias y hospitales, de los cuales cuidaba como superior y vicario el buen padre fray Bartolomé de Olmedo, y habia él mismo recogido en un hospital todos los indios enfermos y los curaba con mucha caridad, y otras cosas que convenian. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general de ellos un muy buen religioso que se decia fray Martin de Valencia, y era natural de una villa de tierra de campo que se decia Valencia de don Juan; y este muy reverendo religioso venia nombrado por el santo Padre para ser vicario, y lo que en su venida y recebimiento se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXXI.

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venia por su vicario y guardian fray Martin de Valencia, y era tan buen religioso, que hubo fama que hacia milagros; y era natural de una villa de tierra de campo que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida.

Como ya he dicho en los capítulos pasados que sobre ello hablan, habiamos escrito á su majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos de buena y santa vida para que nos ayudasen á la conversion y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volviesen cristianos, y les predicasen nuestra santa fe, como se la habia fray Bartolomé de Olmedo dado á entender dende que entramos en la Nueva-España, y sobre ello habia escrito Cortés, juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva-España, á don fray Francisco de los Angeles, que era general de los franciscos, que después fué cardenal, para que nos hiciese mercedes que fuesen los religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada, y los naturales destas tierras conociesen lo que les deciamos cuando estábamos batallando con ellos, y les deciamos que su majestad enviaria religiosos, y de mucha mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen á entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fe; y ellos nos preguntaban si eran como el padre fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros deciamos que sí. Dejemos esto, y digamos cómo el general don fray Francisco de los Angeles nos hizo merced que luego envió los religiosos que dicho tengo; y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusiéronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de Méjico, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba á los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traia unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querian mucho, porque era una santa persona. Volvamos á nuestra relacion. Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, ansí de indios como donde vivian españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y adonde posasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen á las villas ó pueblos de indios, les saliesen á recebir y les repicasen las campanas, y que todos comunmente, después de los haber recebido, les hiciesen mucho acato; y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hubiese, y por mas humildad, y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó á los españoles se hincasen de rodillas á besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de Méjico, el mismo Cortés, acompañado de fray Bartolomé de Olmedo y de nuestros valerosos capitanes y esforzados soldados, los salimos á recebir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de Méjico, con todos los mas principales mejicanos y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; é ya que nos encontramos con los reverendos religiosos,

el primero que se arrodilló delante del fray Martin de Valencia y le fué á besar las manos fué Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos; é el padre fray Bartolomé les abrazó é saludó muy tiernamente, y los besamos el hábito arrodillados todos los capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de Méjico; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir á Cortés de rodillas á besarle las manos, espantáronse en gran manera; y como vieron á dos frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino á pié y muy amarillos, y ver á Cortés, que le tenian por ídolo ó cosa como sus dioses, ansí arrodillado delante dellos, dende entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos recebimientos y acatos, segun y de la manera que dicho tengo; y mas digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenia la gorra en la mano quitada y en todo les tenia grande acato; é digo que se me olvidaba que fray Bartolomé les hospedó por órden de Cortés en una muy buena casa, é se fué á vivir con ellos é los regaló mucho. Dejémoslos en buena hora y digamos de otra materia, y es, que de ahí á tres años y medio, ó poco tiempo mas adelante, vinieron doce frailes dominicos, é venia por provincial ó por prior dellos un religioso que se decia fray Tomás Ortiz; era vizcaíno, é decian que habia estado por prior ó provincial en unas tierras que se dice la Punta del Drago; é quiso Dios que cuando vinieron les dió dolencia de mal de modorra, de que todos los mas murieron; lo cual diré adelante, é cómo é cuándo é con quién vinieron, é la condicion que decian que tenia el prior, é otras cosas que pasaron; é después han venido otros muchos y buenos religiosos y de santa vida, y de la misma órden de señor santo Domingo, en ejemplo muy santos, é han industriado á los naturales destas provincias de Guatimala en nuestra santa fe muy bien, é han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta materia de los religiosos, é diré que, como Cortés siempre temia que en Castilla, por parte del obispo de Búrgos, se juntarian los procuradores de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, é dirian mal dél delante del Emperador nuestro señor, é como tuvo nueva cierta, por cartas que le escribió su padre Martin Cortés é Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los mas pesos que podia allegar, ansí de sus tributos como de los que le presentaban los caciques de toda la tierra, lo uno para que conociese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heróicos hechos é hazañas; é lo mas principal, para que su majestad le favoreciese é hiciese mercedes; é entonces le envió treinta mil pesos, é con ellos escribió á su majestad; lo cual diré adelante.

CAPITULO CLXXII.

Cómo Cortés escribió á su majestad y le envió treinta mil pesos de oro, y cómo estaban entendiendo en la conversion de los naturales é reedificacion de Méjico, y de cómo habia enviado un capitan que se decia Cristóbal de Olí á pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dió relacion de otras cosas que habian pasado en Méjico, y en el navío que iban las cartas de Cortés envió otras cartas muy secretas el contador de su majestad, que se decia Rodrigo de Albornoz, y en ellas decian mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos, y lo que su majestad sobre ello mandó que se proveyese.

Teniendo ya Cortés en sí la gobernacion de la Nueva-España por mandado de su majestad, parecióle seria bien hacerle sabidor cómo estaba entendiendo en la santa conversion de los naturales y la reedificacion de la gran ciudad de Tenustitlan, Méjico; y tambien le dió relacion de cómo habia enviado un capitan que se decia Cristóbal de Olí á poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dió cinco navíos bien bastecidos, é gran copia de soldados y muchos caballos y tiros, y escopeteros y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y que el Cristóbal de Olí se le alzó con ella, y quien le aconsejó que se alzase fué un Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que si su majestad era servido, que tenia determinado de enviar con brevedad otro capitan para que le tome la misma armada ó le traiga preso, ó ir él en persona por ella; porque, si quedaba sin castigo, se atreverian otros capitanes á se levantar con otras armadas que por fuerza habia de enviar á conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, é á esta causa suplicaba á su majestad le diese licencia para ello; y tambien se envió á quejar del Diego Velazquez, no tan solamente de lo del capitan Cristóbal de Olí, sino por las conjuraciones y escándalos, y por sus cartas que enviaba dende la isla de Cuba para que le matasen á Cortés; porque, en saliendo de aquella ciudad de Méjico para ir á conquistar algunos pueblos recios, que se levantaban y hacian conjuraciones los de la parte del Diego Velazquez para le matar y levantarse con la gobernacion, y que habia hecho justicia de uno de los mas culpados; y que este favor les daba el obispo de Búrgos, que estaba por presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velazquez; y escribió cómo le enviaba y servia con treinta mil pesos de oro, y que si no fuera por los bulliciosos y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho mas oro, y que con el ayuda de Dios y en la buenaventura de su real majestad, que en todos los navíos que de Méjico fuesen enviaria lo que pudiese; y ansimismo escribió á su padre Martin Cortés é á un su deudo, que se decia el licencido Francisco Nuñez, que era relator del real consejo de su majestad, y tambien escribió á Diego de Ordás, en que les hacia saber todo lo atrás dicho; y tambien dió noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por gobernador en Méjico, que secretamente andaba murmurando en Méjico de Cortés porque no le dió tan buenos indios como él quisiera, y tambien porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, y no se la quiso dar, porque en aquella sazon la casó con una persona de calidad; y les

dió aviso que habia sabido que fué secretario en Flándes y que era muy servidor de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y que era hombre que tenia costumbre de escribir cosas nuevas y aun por cifras, y que por ventura escribiria al Obispo, como era presidente de Indias, porque en aquel tiempo no sabiamos que le habian quitado el cargo, cosas contrarias de la verdad; que tuviesen aviso de todo; y estas cartas envió Cortés duplicadas, porque siempre se temió que el obispo de Búrgos, como era presidente, habia mandado á Pedro de Isazaga y á Juan Lopez de Recalte, oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviasen por la posta para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazon su majestad habia venido de Flándes y estaba en Castilla, para hacer relacion á su majestad cesárea, y el obispo de Búrgos, por ganar por la mano, antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés; y aun en aquella sazon no sabiamos en la Nueva-España que habian quitado el cargo al obispo de Búrgos, don Juan Rodriguez de Fonseca, de ser presidente de Indias. Dejémonos de las cartas de Cortés, y diré que deste navío donde iba el pliego que dicho tengo de Cortés, envió el contador Albornoz, ya por mí memorado, otras cartas á su majestad y al obispo de Búrgos y al real consejo de Indias, y lo que en ellas decia por capítulos, hizo saber todas las causas y cosas que de antes habia sido acusado Cortés, cuando su real majestad le mandó poner jueces á los caballeros de su real consejo, ya otra vez por mí nombrados en el capítulo que dello habla; cuando por sentencia que sobre ello dieron, nos dieron por muy leales servidores de su majestad; y demás de aquellos capítulos que hubieron acusado á Cortés, agora de nuevo escribió el Albornoz que Cortés demandaba á todos los caciques de la Nueva-España muchos tejuelos de oro y les mandaba sacar mucho oro de minas, y esto que les decia Cortés que era para enviar á su real majestad, y se quedaba con todo ello y no lo enviaba á su majestad, y que hizo unas casas muy fortalecidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores para las casar con soldados españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres y que no se las quiere dar, por tenerlas por amigas; y dijo que todos los caciques y principales le tenian en tanta estima como si fuese rey, y que en esta tierra no conocen á otro rey ni señor sino es á Cortés, é como rey llevaba quinto, y que tiene muy grande cantidad de barras de oro atesorado, y que no ha sentido bien de su persona, si está alzado ó será leal para adelante, y que habia necesidad que su majestad con brevedad mandase venir á estas partes un caballero con grande copia de soldados muy bien apercebidos para le quitar el mando y señorío; y escribió otras cosas sobre esta materia. Quiero dejar de mas particularizar lo que iba en las cartas, y diré que fueron á manos del obispo de Búrgos, que residia en Toro; y como en aquella sazon estaba en la corte el Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia, ya otras muchas veces por mí nombrados, y todos los procuradores del Diego Velazquez, é con aquella carta de Albornoz les avisó el obispo de Búrgos para que nuevamente se quejasen ante su majestad de Cortés de todo lo que de antes le hubieron dado relacion, y dijesen que los jueces que puso su majestad se mostraron mucho por la parte de Cortés, y que su majestad fuese servido viese agora nuevamente lo que escribe el contador su oficial; y para testigo dello hicieron presentacion de las cartas que dicho tengo. Pues viendo su majestad las cartas y las palabras y quejas que el Narvaez decia muy entonado, porque ansi hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas; y el obispo de Búrgos don Juan Rodriguez de Fonseca, que les ayudó con otras muchas cartas de favor; dijo su majestad: «Yo quiero enviar á castigar á Cortés, pues tanto mal dicen dél que hace, aunque mas oro envie; porque mas riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar;» y mandó proveer que luego despachasen al almirante de Santo Domingo que viniese á costa de Cortés con seiscientos soldados, y si se hallase culpado le cortase la cabeza, y castigase á todos los que fuimos en desbaratar á Pánfilo de Narvaez; y porque viniese el Almirante le habia prometido su majestad el almirantazgo de la Nueva-España, que en aquella sazon traia pleito en la corte sobre él. Pues ya dadas las provisiones, pareció ser el Almirante se detuvo ciertos dias ó no se atrevió á venir, porque no tenia dineros, y ansimismo porque le aconsejaron que mirase la buenaventura de Cortés, que con haber traido Narvaez toda la armada que trajo le desbarató, y que era aventurar su vida y estado, y no saldria con la demanda, especialmente que no hallarian en Cortés ni en ninguno de sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealtad; y demás desto, segun pareció, dijeron á su majestad que era gran cosa dar el almirantazgo de la Nueva-España por pocos servicios que le podria hacer en aquella jornada que le enviaba; é ya que se andaba apercibiendo el Almirante para venir á la Nueva-España, alcanzáronlo á saber los procuradores de Cortés y su padre Martin Cortés y un fraile que se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, y como tenian las cartas que les envió Cortés duplicadas, y entendieron por ellas que habia trato doble en el contador Albornoz ó en otras personas que no estaban muy bien con Cortés, todos juntos se fueron luego al duque de Béjar y le dieron relacion de todo lo arriba por mí memorado y le mostraron las cartas de Cortés; y como supo que enviaban tan de repente al Almirante con muchos soldados, hubo muy grande sentimiento dello el Duque, porque ya estaba concertado de casar á Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque de Béjar; y luego sin mas dilacion fué delante de su majestad, acompañado con ciertos condes amigos suyos y deudos, y con ellos iba el viejo Martin Cortés, padre del mismo Cortés, y fray Pedro Melgarejo de Urrea, y cuando llegaron delante del Emperador nuestro señor se humillaron é hicieron todo el acatamiento debido, que eran obligados á nuestro rey y señor, y dijo el mismo Duque que suplicaba á su majestad que no diese oidos á una carta de un hombre como era el contador Albornoz, que era muy contrario á Cortés, hasta que hubiese otras informaciones de fe y de creer, y que no enviase armada; y mas dijo el Duque á su majestad, que ¿cómo, siendo tan cristianísimo y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba á mandar prender á Cortés y á sus soldados, habiéndole hecho

tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras que hayan hecho otros vasallos á los reyes pasados? Y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés y por todos sus soldados, y que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que agora la torná á poner de nuevo por fiadora, con todo su estado, con mucho gusto, de que siempre nos hallaria muy leales, lo cual su majestad veria adelante; demás desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba á su padre Martin Cortés, en que en ellas daba relacion por qué causa el contador Albornoz escribia mal contra Cortés, que fué, como dicho tengo, porque no le dió buenos indios, como él los demandaba, y una hija de una cacica muy principal; y mas le dijo el Duque, que mirase su real majestad cuántas veces le habia enviado y servido con mucha cantidad de oro, é dió otros muchos descargos por Cortés; y viendo su majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros los conquistadores teniamos, mandó proveer que le viniese á tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia y temoroso de nuestro Señor. En aquella sazon estaba la corte en Toledo, y por teniente de corregidor del conde de Alcaudete un caballero que se decia el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del mismo conde don Martin de Córdoba, que ansí se llamaba, porque en aquella sazon era corregidor de aquella ciudad; y su majestad mandó llamar á este licenciado Luis Ponce de Leon, y le mandó que fuese luego á la Nueva-España y tomase residencia á Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase; y el licenciado Luis Ponce de Leon dijo que él cumpliria el real mandato, y se comenzó á apercebir para el camino, y no vino con tanta priesa, porque tardó en llegar á la Nueva-España mas de dos años y medio. Y dejallos he aquí, ansí á los del bando del gobernador de Cuba, Diego Velazquez, que acusaban á Cortés, como al licenciado Luis Ponce de Leon, que se aderezaba pará el viaje, como dicho tengo; y aunque vaya muy fuera de mi relacion y pase adelante, es por lo que agora diré, que al cabo de dos años alcanzamos á saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz, porque lo escribió Martin Cortés de la corte; y para que sepan los curiosos letores cómo siempre tenia por costumbre el mismo Albornoz de escribir á su majestad lo que no pasó, bien ternán noticia las personas que han estado en la Nueva-España y en la ciudad de Méjico cómo en el tiempo que era virey don Antonio de Mendoza, que fué muy ilustrísimo varon, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo Albornoz no estaba bien con él y escribió á su majestad diciendo mal de su gobernacion, y las mismas cartas que envió á la corte volvieron á la Nueva-España á manos del mismo virey; y como las hubo entendido, y el mal que decia, envió á llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy blandas y de espacio, que ansí hablaba vagoroso el Virey, le mostró las cartas y le dijo: «Pues que teneis por costumbre de escribir á su majestad, escribid la verdad, y andad con Dios, para ruin hombre;» y quedó muy avergonzado y corrido el contador. Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo Cortés, sin saber en aquella sazon cosa de todo lo pasado que en la corte se habia tratado con él, envió una armada contra Cristóbal de Olí á Honduras, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXIII.

Cómo, sabiendo Cortés que Cristóbal de Olí se habia alzado con la armada y habia hecho compañía con Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió contra él á un capitan que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que entonces sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relacion para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, cómo Cortés envió á Cristóbal de Olí con una armada á las Higueras y Honduras, y se alzó con ella; é como Cortés supo que Cristóbal de Olí se habia alzado con el armada, con favor de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya habia hecho relacion dello á su majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendia de ir ó enviar contra el Cristóbal de Olí á otros capitanes; en aquella sazon habia venido de Castilla á Méjico un caballero que se decia Francisco de las Casas, persona de quien se podia fiar, é su deudo de Cortés; acordó de enviar contra el Cristóbal de Olí cinco navíos bien artillados y bastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban conquistadores de Méjico, de los que Cortés habia traido de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano y un Juan Nuñez de Mercado y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Olí, salió del puerto de la Veracruz con sus navíos buenos y bastecidos, y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó á una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Olí tenia su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, y segun ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como el Cristóbal de Olí vió aquellos navíos surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navíos banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Olí, antes mandó apercebir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra; y como aquello vió el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar á la mar sus bateles con muchos hombres apercebidos, y con unos tiros, falconetes y escopetas y ballestas, y él con ellos, con pensamiento de tomar tierra de una manera ó de otra, y el Cristóbal de Olí para defendella, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario á fondo, y mató á cuatro soldados é hirieron á otros; y como vió el Cristóbal de Olí que no tenia allí todos los soldados, porque los habia enviado pocos dias habia en dos capitanías, á entrar en un rio que llaman de Pechin, á prender á otro capitan que estaba conquistando en aquella provincia, que se decia Gil Gonzalez de Avila, porque aquel rio del Pechin caia en la gobernacion del Golfo-Dulce, y estaba aguardando por horas á sus gentes,

acordó el Cristóbal de Olí de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Olí que si tomaba tierra, que habian de venir á las manos, y por tener soldados juntos demandó las paces; y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navíos en la mar, apartado de tierra al reparo, ó esperando con intencion de se ir á otra bahía á desembarcar, y tambien porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serian en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Olí, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Olí. Pues estando con este acuerdo, fué la ventura tal de Cristóbal de Olí, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dió con los navíos de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traia y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos y estuvieron sin comer dos dias, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovia mucho, y tuvieron trabajo y frio; y el Cristóbal de Olí estaba muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas, y á los demás soldados que prendió les hizo luego jurar que siempre serian en su ayuda, y serian contra Cortés si viniese á aquella tierra en persona; y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y dende á poco tiempo vinieron sus capitanes que habia enviado á prender á Gil Gonzalez de Avila; que, segun pareció, el Gil Gonzalez de Avila habia venido por gobernador y capitan de Golfo-Dulce, y habia poblado una villa que la nombraron San Gil de Buena-Vista, que estaba obra de una legua del puerto que agora llaman Golfo-Dulce, porque el rio de Chipin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil Gonzalez no tenia consigo sino muy pocos soldados, porque habian adolecido todos los mas, é dejaba poblada con otros soldados la misma villa de San Gil de Buena-Vista; y como el Cristóbal de Olí tuvo noticia dello, les envió á prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho españoles de los de Gil Gonzalez y á un su sobrino, que se decia Gil de Avila; y como el Cristóbal de Olí se vió con dos prisioneros que eran capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenia fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió á la isla de Cuba á su amigo Diego Velazquez, y luego se fué dende el Triunfo de la Cruz la tierra adentro á un pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y habia otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que agora está destruido él y todos los demás; y esto digo porque yo los vi y me hallé en ellos, y en San Gil de Buena-Vista y en el rio de Pichin y en el rio de Balama, y lo he andado en el tiempo que fuí con Cortés, segun mas largamente lo diré cuando venga su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion: que ya que el Cristóbal de Olí estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y copia de soldados, dende allí enviaba á hacer entradas á otras partes, y envió por capitan á un Briones, el cual Briones fué uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristóbal de Olí, y de suyo era bullicioso, y aun tenia cortadas las asillas bajas de las orejas, y decia el mismo Briones que estando en una fortaleza siendo soldado se las habian cortado porque no se queria dar él ni otros capitanes; el cual Briones ahorcaron después en Guatimala por revolvedor y amotinador de ejércitos. Volvamos á nuestra relacion: pues yendo por capitan aquel Briones con gran copia de soldados, túvose fama en el real de Cristóbal de Olí que se habia alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía, y se iba á la Nueva-España, y salió verdad. Y viendo esto Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila, que estaban presos y hallaban tiempo oportuno para matar á Cristóbal de Olí, y como andaban sueltos sin prisiones, por no tenellos en nada, porque se tenia por muy valiente el Cristóbal de Olí, muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: «¡Aquí del Rey, y Cortés en su real nombre, contra este tirano!» le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, medio burlando y riendo, le decia al Olí: «Señor capitan, soltadme; iré á la Nueva-España á hablar á Cortés y á dalle razon de mi desbarate, é yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernacion y por su capitan, y mire que es su hechura de Cortés; pues mi prision no hace á su caso, antes le estorbo en las conquistas;» y el Cristóbal de Olí respondió que él estaba muy bien ansí, y que se holgaba de tener un tal varon en su compañía;» y de que aquello vió el Francisco de las Casas le dijo: «Pues mire bien vuesamerced por su persona, que un dia ó otro tengo de procurar de le matar;» y esto se lo decia medio burlando y riendo. Y al Cristóbal de Olí no se le dió nada por lo que le decia, y teníalo como cosa de burla; y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando á una mesa y habiendo alzado los manteles, y se habian ido á cenar los maestresalas y pajes, y estaban delante Juan Núñez de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés que sabian el concierto, el Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila cada uno tenia escondido un cuchillo de escribanía muy agudos como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Olí de las conquistas de Méjico y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Olí de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dió por la garganta con el cuchillo, que le traia hecho como una navaja para aquel efeto, y juntamente con él, el Gil Gonzalez de Avila y los soldados de Cortés de presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer, y como era muy recio é membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces: «¡Aquí de los mios!» Mas como todos estaban cenando, ó su ventura fué tal que no acudieron tan presto, se fué huyendo á esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarian, y puesto que vinieron de presto muchos dellos á le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces y apellidando: «¡Aquí del Rey é de Cortés contra este tirano; que ya no es tiempo de mas sufrir sus tiranías!» Pues como oyeron el nombre de su majestad y de Cortés, todos los que venian á favorecer la parte del Cris-

tóbal de Olí no osaron defenderle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de hecho, se pregonó que cualquiera persona que supiese de Cristóbal de Olí y no le descubriese, muriese por ello; y luego se supo dónde estaba y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos á dos capitanes dieron, le degollaron en la plaza de Naco; y ansí murió por se haber alzado por malos consejeros, con ser hombre muy esforzado, é sin mirar que Cortés le habia hecho su maese de campo y dado muy buenos indios, y era casado con una portuguesa que se decia doña Filipa de Araujo, y tenia una hija en ella. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura de Cristóbal de Olí y facciones, y de qué tierra era y qué condicion tenia, en esto no diré mas sino de que el Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila se vieron libres, y su enemigo muerto, juntaron sus soldados, y entrambos á dos fueron capitanes muy conformes, y el de las Casas pobló á Trujillo y púsole aquel nombre porque era él natural de Trujillo de Extremadura; y el Gil Gonzalez envió mensajeros á San Gil de Buena-Vista, que dejaba poblada, á hacer saber lo que habia pasado, y á mandar á su teniente, que se decia Armenta, que se estuviesen poblados como los dejaba y no hiciesen alguna novedad, porque iba á la Nueva-España á demandar socorro é ayuda de soldados á Cortés, y que presto volveria. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos capitanes de se venir á Méjico á hacer saber á Cortés todo lo acaecido. Y dejallo hé aquí hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado que se hizo en Naco.

CAPITULO CLXXIV.

Cómo Hernando Cortés salió de Méjico para ir camino de las Higueras en busca de Cristóbal de Olí y de Francisco de las Casas y de los demás capitanes y soldados; dáse cuenta de los caballeros y capitanes que sacó de Méjico para ir en su compañía, y del grande aparato y servicio que llevó hasta llegar á la villa de Guacacualco, y de otras cosas que entonces pasaron.

Como el capitan Hernando Cortés habia pocos meses que habia enviado al Francisco de las Casas contra el Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo pasado, parecióle que por ventura no habria buen suceso la armada que habia enviado, y tambien porque le decian que aquella tierra era rica de minas de oro, y á esta causa estaba muy codicioso, ansí por las minas, como pensativo en los contrastes que podrian acaecer á la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear; y como de su condicion era de gran corazon, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona, y no porque no conocia muy bien que el que envió era varon para cualquiera cosa de afrenta; y estando en estos pensamientos, acordó de ir, y dejó en Méjico buen recaudo de artillería, ansí en las fortalezas como en las atarazanas, y dejó por gobernadores en su lugar como tenientes al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz, y si supiera de las cartas que el contador Albornoz hubo escrito á Castilla á su majestad diciendo mucho mal dél, no le dejara tal poder, y aun no sé yo cómo le aviniera por ello; y dejó por su alcalde mayor al licenciado Zuazo, ya otras muchas veces por mí nombrado, y por teniente de alguacil mayor y su mayordomo de todas sus haciendas á un Rodrigo de Paz, su deudo, y dejó el mayor recaudo que pudo en Méjico, y encomendó á todos aquellos oficiales de la hacienda de su majestad, á quien dejaba el cargo de la gobernacion, que tuviesen muy grande cuidado de la conversion de los naturales, y ansimismo lo encomendó á un fray Toribio Motolinea, de la órden del señor san Francisco, y al padre fray Bartolomé de Olmedo, de mí tantas veces nombrado, fraile de la órden de nuestra Señora de la Merced, é que tenia mucha mano é estimacion en todo Méjico, é lo merecia, porque era muy buen fraile é religioso; y les encargó que mirasen no se alzase Méjico ni otras provincias; y porque quedase mas pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, trajo consigo al mayor de Méjico, que se decia Guatemuz, otras muchas veces por mí memorado, que fué el que nos dió guerra cuando ganamos á Méjico, y tambien al señor de Tacuba, y á un Juan Velazquez, capitan del mismo Guatemuz, y á otros muchos principales, y entre ellos á Tapiezuela, que era muy principal; y aun de la provincia de Mechoacan trajo otros caciques, y á doña Marina la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya habia fallecido, y trajo en su compañía muchos caballeros y capitanes vecinos de Méjico, que fueron Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y Luis Marin y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodriguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos y Saavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo el Romo, y Jerónimo Ruiz de la Mora, Alonso de Grado Santa Cruz, burgalés; Pedro de Solís Casquete, que ansí le llamábamos; Juan Jaramillo, Alonso Valiente, y un Navarrete y un Serna, y Diego de Mazariegos, primo del tesorero, y Gil Gonzalez de Benavides, y Hernan Lopez de Avila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trajo á fray Juan de las Varillas el de Salamanca, fraile de la Merced, y un clérigo y dos frailes franciscos, flamencos, buenos teólogos, que predicaban, y trajo por mayordomo á un Carranza y por maestresala á Juan de Iasso y á un Rodrigo Mañueco, y por botiller á Cervan Bejarano, y por repostero á un Fulano de San Miguel, que solia vivir en Guaxaca; por despensero á un Guinea, que ansimismo fué vecino de Guaxaca; y trajo grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenia cargo de la plata era un Tello de Medina, y por camarero un Salazar, natural de Madrid; por médico á un licenciado Pero Lopez, vecino que fué de Méjico, y cirujano á maese Diego de Pedraza, y otros muchos pajes, y uno dellos era don Francisco de Montejo, el cuál fué capitan en Yucatan el tiempo andando, no digo al adelantado su padre; y dos pajes de lanza, que el uno se decia Puebla, y ocho mozos de espuelas, y dos cazadores halconeros, que se decian Perales y Garcicaro y Alvaro Montanés; y llevó cinco chirimías y sacabuches y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos y hacia títeres, y caballerizo Gonzalo Rodriguez de Ocampo, y acémilas con tres acemileros españoles, y una gran manada de puercos, que venian comiendo por el camino; y venian con los caciques que dicho tengo sobre tres mil indios mejicanos con sus ar-

mas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos caciques; é ya que estaba Cortés de partida para venir su viaje, viendo el factor Salazar y el veedor Chirinos, que quedaban en Méjico, que no les dejaba Cortés cargo ninguno ni se hacia tanta cuenta dellos como quisieran, acordaron de se hacer muy amigos del licenciado Zuazo y de Rodrigo de Paz y de todos los amigos y viejos conquistadores de Cortés que quedaban en Méjico, y todos juntos le hicieron un requirimiento á Cortés que no salga de Méjico, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzará toda la Nueva-España, y sobre ellos pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés á los que le hacian el requirimiento; y de que no le pudieron convencer á que se quedase, dijo el factor y el veedor que le querian venir á servir y acompañarle hasta Guacacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de Méjico de la manera que he dicho, saber yo decir los grandes recebimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaban se les hacia, fuera cosa maravillosa; y mas se le juntaron en el camino de otros cincuenta soldados y gente estravagante, nuevamente venidos de Castilla, y Cortés les mandó ir por dos caminos hasta Guacacualco, porque para todos juntos no habría tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas el factor, Gonzalo de Sandoval y el veedor, íbanle haciendo mil servicios á Cortés, en especial el factor, que cuando con Cortés hablaba estaba la gorra quitada hasta el suelo, y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de grande amistad, y con retórica muy subida, le iba diciendo que se volviese á Méjico y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes; y aun algunas veces por le complacer iba cantando por el camino junto á Cortés, y decia en los cantares: «Ay tio, volvámonos; ay tio, volvámonos;» y respondia Cortés cantando: «Adelante, mi sobrino; adelante, mi sobrino, y no creais en agüeros; que será lo que Dios quisiere; adelante, mi sobrino,» etc. Dejemos de hablar en el factor y de sus blandas y delicadas palabras, y diré cómo en el camino, en un pueblezuelo de un Ojeda el tuerto, cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con doña Marina la lengua delante de testigos. Pasemos adelante, y diré cómo iban camino de Guacacualco, y llegan á un pueblo grande que se dice Guazpaltepeque, que era de la encomienda de Gonzalo de Sandoval, y como lo supimos en Guacacualco, que venia Cortés con tanto caballero, ansí alcalde mayor como capitanes, y todo el cabildo y regidores, fuimos treinta y tres leguas á le recebir y dalle el parabien-venido, como quien va á ganar beneficio; y esto digo aquí para que vean los curiosos letores é otras personas cuán tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacia mas de lo que él queria, ahora sea bueno ó malo; y dende Guazpaltepeque fué caminando á nuestra villa, y en un rio grande que hay en el camino comenzó á tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron tres canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo saber cosa ninguna á causa que estaba el rio lleno de lagartos muy grandes; y dende allí fuimos á un pueblo que se dice Uluta, y hasta llegar á Guacacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado; y quiero decir el gran recaudo de canoas que teniamos ya mandado que estuviesen aparejadas y atadas de dos en dos en el gran rio junto á la villa, que pasaban de trecientas. Pues el gran recebimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos é moros, y otros grandes regocijos é invenciones de fuegos, y le aposentamos lo mejor que pudimos, ansí á Cortés como á todos los que traia en su compañía; y estuvo allí seis dias, y siempre el factor le iba diciendo que se volviese del camino que iba, y que mirase á quién dejaba en su poder; que tenia al contador por muy revoltoso y doblado, amigo de novedades, y que el tesorero se jactanciaba que era hijo del Rey Católico, y que no sentia bien de algunas cosas de pláticas que en ellos vió que hablaban en secreto después que les dió el poder, y aun de antes; y demás desto, ya en el camino tenia Cortés cartas que enviaba dende Méjico diciendo mal de su gobernacion de los que dejaba, y dello avisaban al factor sus amigos; y sobre ello decia el factor á Cortés que tambien sabria él gobernar, y el veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en Méjico, y se le ofrecieron por muy servidores; y decia tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras, que le convenció para que le diese poder al factor y al veedor Chirinos para que fuesen gobernadores, y fué con esta condicion: que si viesen que el Estrada y el Albornoz no hacian lo que debian al servicio de nuestro Señor y de su majestad, gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hubo en Méjico, como diré de que haya pasado cuatro capítulos é hayamos hecho un muy trabajoso camino, y hasta le haber acabado y estar en una villa que se llama Trujillo no contaré en esta relacion lo acaecido en Méjico; pero diré que el padre fray Bartolomé de Olmedo y los frailes de san Francisco murmuraban de Cortés porque habia dado estos poderes, y decian que plegue á Dios no haya Cortés arrepentimiento dello; y no decian muy mal, como luego verémos; pero poco importó que ellos lo murmurasen, que no hacia Cortés mucha monta dellos, aunque eran buenos frailes, porque no les tenia tanta voluntad como al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era siempre su consejero. Pero dejemos esto, y diré que cuando se despidieron el factor y el veedor de Cortés para se volver á Méjico, ¡con cuántos cumplimientos y abrazos! Y tenia el factor una manera como de sollozos, que parecia que queria llorar al despedirse, y con sus provisiones en el seno de la manera que él las quiso notar, y el secretario, que se decia Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo. Vuélvense para Méjico, y con ellos Hernan Lopez de Avila, que estaba malo de dolores y tullido de bubas, y dejémoslos ir su camino; que no tocaré en esta relacion en cosa ninguna de los grandes alborotos y zizañas que en Méjico hubo, hasta su tiempo y lugar, desque hubiéremos llegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados, con otros muchos que salimos de Guacacualco, y hasta que ya hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, que estuvimos en punto de nos perder, segun adelante diré; y porque en una sazon acaecen dos ó tres cosas, y por no

quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino.

CAPITULO CLXXV.

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el factor y veedor á Méjico, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de las grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje.

Después de despedidos el factor y el veedor, lo primero que mandó Cortés fué escribir á la Villa-Rica á un su mayordomo, que se decia Simon de Cuenca, que cargase dos navíos que fuesen de poco porte, de bizcocho de maíz, porque en aquella sazon no se cogia pan de trigo en Méjico, y seis pipas de vino y aceite y vinagre y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa á costa del norte, y que le escribiria y haria saber dónde habia de aportar, y que el mismo Simon de Cuenca viniese por capitan; y luego mandó que todos los vecinos de Guacacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los conquistadores mas antiguos de Méjico, y todos los mas hijosdalgo, que se habian hallado en las conquistas pasadas de Méjico, y en el tiempo que habiamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de mas de quinientas leguas, y toda la mas tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje mas de dos años y tres meses. Pues volviendo á nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir de no; é ya que alguno se lo decia, por fuerza le hacia ir; y éramos por todos, ansí los de Guacacualco como los de Méjico, sobre ducientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de á caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla; y luego me mandó á mí que fuese por capitan de treinta españoles y de tres mil indios mejicanos, y fuese á unos pueblos que estaban de guerra, que se decian Cimatan, é que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil indios mejicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz ó se viniesen á someter al servicio de su majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer á aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase á llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, é por ante un escribano que iba conmigo é testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra, y para ello me dió poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy dia firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente; y ansí hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende á pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guacacualco, é íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron á alzar, y luego salí con mis soldados españoles é indios mejicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decia Iquinuapa. Volvamos á Cortés y á su viaje: que salió de Guacacualco y fué á Tonala, que hay ocho leguas, y luego pasó un rio en canoas y fué á otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro rio en canoas, y dende el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que habia de largo cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa cómo la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno dellos se decia Francisco de Medina, hombre diligente, que sabia muy bien mandar á los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos pueblezuelos, hasta llegar á otro gran rio que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman rio de dos bocas; allí tenian muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran rio, fué por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice Iquinapa, como dicho tengo, y dende allí pasó otro rio en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó á otro gran pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y dende Copilco pasamos por Nacaxuxuica, y llegamos á Zagutan, y en el camino pasamos otro rio por canoas. Aquí se le perdió á Cortés cierto herraje; y este pueblo cuando á él allegamos estaba de paz, y luego á la noche se fueron huyendo los moradores dél, y se pasaron de la parte de un gran rio entre unas ciénagas, y mandó Cortés que les fuésemos á buscar por los montes, que fué cosa bien inconsiderada é sin provecho aquello que mandó, y los soldados que los fuimos á buscar pasamos aquel gran rio con harto trabajo, y trujimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron á huir, y quedamos solos y sin guias. En aquella sazon vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento; tambien vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazon yo tenia, é trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapan; é fuimos á Tepetitan é Iztapa, y en el camino habia un rio muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro dias en hacer barcas. Yo dije á Cortés que el rio arriba, por relacion que tenia, habia un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo rio, que seria bien enviar cinco indios de los que traiamos por guias en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase á decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fué un soldado, y como se lo dije á Cortés; y ansí lo mandó; y fueron el rio arriba é toparon dos caciques que traian seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro dias en el pasaje; y dende allí fuimos á Tepetitan, y halláriosle despoblado y quemadas las casas; y segun supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos dias pasados, y en todos los tres dias que anduvimos de camino, después de pasado el rio de Chilapa, era muy cenagoso, y atollaban los caballos hasta las cinchas, y habia muy grandes campos; y desde allí fuimos á otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro rio muy caudaloso, y fuímoslos á buscar, y trajimos los caciques y muchos indios con sus mujeres y hijos, y Cortés les habló

con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro indias y tres indios que les habiamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados á Cortés ciertas piezas de oro de poca valía; y estuvimos en este pueblo tres dias, porque habia buena yerba para los caballos y mucho maiz, y decia Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenia nueva que en los rededores habia buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habiamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequen que traia de Guacacualco, donde venian señalados todos los pueblos del camino por donde habiamos de ir hasta Huyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque habia otro pueblo que se decia Acala la Chica; y allí dijeron que en todo lo mas de nuestro camino habia muchos rios y esteros, y para llegar á otro pueblo que se dice Tamaztepeque habia otros tres rios y un gran estero, y que habiamos de estar en el camino tres jornadas; y desque aquello entendió Cortés é supo de los rios, les rogó que fuesen todos los caciques á hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maiz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres dias, creyendo que era como lo decian, y por echarnos de sus casas dijeron que no habia mas jornada, y habia siete jornadas, y hallamos los rios sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrealla, y los mejicanos ayudando lo que podian; y estuvimos en hacella tres dias, que no teniamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel esteron, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas á manos, y anduvimos dos dias por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tomamos al mismo camino que abrimos, y desque Cortés lo vió, queria reventar de enojo, y como oyó él murmurar del mal que decian dél y aun de su viaje, con la gran hambre que habia, y que no miraba mas de su apetito, sin pensar bien lo que hacia, y que era mejor que nos volviésemos para Méjico que no morir todos de hambre. Pues otra cosa habia, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y á mala vez podiamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no vian cosa ninguna, segun eran muy cerradas todas las montañas; y las guias que traiamos las dos huyeron, y la otra que quedada estaba malo, que no sabia dar razon de camino ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traiamos una aguja de marear, y á un piloto que se decia Pedro Lopez, y con el dibujo del paño que traiamos de Guacacualco, donde venian señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abriamos caminos hácia el leste, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro dia estábamos sin dar en pueblo, que no sabia qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los mas, deseábamos volvernos á la Nueva-España; y todavía seguiamos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, é yo y el Pedro Lopez, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos á decir á Cortés que se alegrase, que habia estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar á las estancias estaba un rio y ciénagas, mas con harto trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel dia se habia despoblado, y hallamos muy bien de comer maiz y frisoles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena hartazga, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias á Dios; y ya en el camino se habia muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recien venidos de Castilla; pues indios de los de Mechoacan y mejicanos morian muchos, é otros muchos caian malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teniamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias á los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran rio junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los mas caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maiz y gallinas, y señalaron el camino que habiamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serian diez y seis leguas, y antes de llegar á él estaba otro pueblo sujeto, deste Tamaztepeque, donde salimos. Antes que pase mas adelante, quiero decir que con gran hambre que traimos, así españoles como mejicanos, pareció ser que ciertos caciques de Méjico apañaron dos ó tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, á manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solian hacer en Méjico, y se los comieron; y asimismo habian apañado las dos guias que traimos, que se habian huido, y se los comieron; y alcanzólo á saber Cortés, y mandó llamar los caciques mejicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacian que los castigaria; y predicó un fraile francisco de los que traiamos, cosas muy santas y buenas; y de que hubo acabado el sermon, mandó Cortés por justicia quemar á un indio mejicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacia justicia y que él no sabia de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimías y sacabuches y dulzainas que Cortés traia, que otra vez he hecho memoria dellos, como en Castilla eran acostumbrados á regalos y no sabian de trabajos, y con la hambre habian adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oir, y deciamos que parecian zorros ó adibes que au-

llaban, que mas valiera tener maíz que comer que música. Volvamos á nuestra relacion, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, por qué no comiamos la manada de los puercos que traian para Cortés, pues á la necesidad de hambre no hay ley; y viendo la hambre que habia, que Cortés los habia de mandar repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya habia echado fama uno que venia por despensero y mayordomo de Cortés, que se decia Guinea y era hombre doblado, y hacia en creyente que en los rios al pasar dellos los habian comido tiburones y lagartos; y porque no los viésemos venian siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y demás desto, para tantos soldados como éramos, para un dia no habia en todos ellos, y á esta causa no se comieron; y demás desto, para no enojar á Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos dejábamos puestas cruces donde habia árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son mas fijas hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan mas perfetas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decia en ellas: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo;» y esto se hacia porque si viniesen otras personas en nuestra busca supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos á nuestro camino para ir á Ciguatepecad, que fueron con nosotros sobre veinte indios de aquel pueblo de Tamaztepeque, y nos ayudaron á pasar dos rios y en barcas y en canoas, y aun fueron por mensajeros á decir á los caciques del pueblo donde íbamos que no hubiesen miedo, que no los hariamos ningun enojo; y así, aguardaron en sus casas muchos dellos; y lo que allí pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXVI.

Cómo desque hubimos llegado al pueblo de Ciguatepecad envió Cortés por capitan á Francisco de Medina para que, topando á Simon de Cuenca, viniesen con los dos navíos ya otra vez por mí memorados al Triunfo de la Santa Cruz, al Golfo-Dulce, y de lo que mas pasó.

Pues como hubimos llegado á este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho á los caciques y principales y les dió buenos chalchihuíes de Méjico, y se informaron á qué parte salia un rio muy caudaloso y recio que junto á aquel pueblo pasaba, y le dijeron que iba á dar en unos esteros donde habia una poblacion que se dice Gueyatasta, y que junto dél estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango; parecióle á Cortés que seria bien luego enviar dos españoles en canoas para que saliesen á la costa del norte y supiesen del capitan Simon de Cuenca y sus dos navíos, que habia mandado cargar de vituallas para el camino que dicho tengo, y escribióle haciéndole saber de nuestros trabajos y que saliese por la costa adelante; y después de bien informado cómo podria ir por aquel rio hasta las poblaciones por mí dichas, envió dos españoles, y el mas principal dellos, que ya le he nombrado otras veces, se decia Francisco de Medina, y dióle poder para ser capitan, juntamente con el Simon de Cuenca, que este Medina era muy diligente y tenia lengua de toda la tierra, y este fué el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula cuando fuimos con el capitan Luis Marin á la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y valiera mas que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaeció, y es, que fué por el rio abajo hasta que llegó adonde el Simon de Cuenca estaba con sus dos navíos en lo de Xicolango, esperando nuevas de Cortés, y después de dadas las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser capitan, y sobre el mandar tuvieron palabras entrambos capitanes, de manera que vinieron á las armas, y de la parte del uno y del otro murieron todos los españoles que iban en el navío, que no quedaron sino seis ó siete; y cuando vieron los indios de Xicalango é Gueyatasta aquella revuelta, dan en ellos y acabáronlos de matar á todos, é queman los navíos, que nunca supimos cosa ninguna dellos hasta de ahí á dos años y medio. Dejemos mas de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ciguatepecad, y diré cómo los indios principales dijeron á Cortés que habia dende allí á Gueyatasta tres jornadas y que en el camino habia de pasar dos rios, y el uno dellos era muy hondo y ancho, y luego habia unos malos tremedales y grandes ciénagas, y que si no tenia canoas que no podria pasar caballos ni aun ninguno de su ejército; y luego Cortés envió á dos soldados con tres indios principales de aquel pueblo para que se lo mostrasen y tanteasen el rio y ciénagas, y viesen de qué manera podriamos pasar, y que trajesen buena relacion dellos; y llamábanse los soldados que envió, Martin García, y era valenciano y alguacil de nuestro ejército, y el otro se decia Pedro de Ribera; y el Martin García, que era á quien mas se lo encomendó Cortés, vió los rios, y con unas canoas chicas que tenian en el mismo rio lo vió, y miró que con hacer puentes podria pasar, y no curó de ver las malas ciénagas que estaban una legua adelante; y volvió á Cortés y le dijo que con hacer puentes podrian pasar, creyendo que las ciénagas no eran trabajosas, como después las hallamos; y luego Cortés me mandó á mí y á un Gonzalo Mejía, y mandó que fuésemos con ciertos principales de Ciguatepecad á los pueblos de Acala, y que halagésemos á los caciques y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen, porque aquella poblacion de Acala eran sobre veinte pueblezuelos, dellos en tierra firme y otros en unas como isletas, y todo se andaba en canoas por rios y esteros; y llevamos con nosotros los tres indios de los de Ciguatepecad por guias, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros; porque, segun despues supimos, eran sus enemigos y tenian guerra unos con otros; y sin guias hubimos de ir, y con trabajos pasamos las ciénagas; y llegados al primer pueblo de Acala, puesto que estaban alboretados y parecia estar de guerra, con palabras amorosas y con dalles unas cuentas les halagamos, y les rogamos que fuesen á Ciguatepecad á ver á Malinche y le llevasen de comer. Pareció ser que el dia que llegamos á aquel pueblo no sabian nuevas ningunas de cómo habia venido Cortés y que traia mucha gente, así de á caballo como mejicanos, é otro dia tuvieron nueva de indios mercaderes del gran poder que traia, y los caciques mostraron mas voluntad de enviar comida que cuando llegamos, y dijeron que cuando hubiese

llegado á aquellos pueblos le servirian y harian lo que pudiesen en dalle de comer, y en cuanto ir adonde estaba, que no querian ir, porque eran sus enemigos. Pues estando que estábamos en estas pláticas con los caciques, vinieron dos españoles con cartas de Cortés, en que me mandaba que con todo el bastimento que pudiese haber saliese de allí á tres dias al camino con ello, por causa que ya le habian despoblado toda la gente de aquel pueblo donde le habia dejado, y me hizo saber que venia ya camino de Acala y que no babia traido maíz ninguno ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los caciques no se ausentasen; y tambien los españoles que me trajeron las cartas me dijeron cómo Cortés habia enviado el rio arriba de Ciguatepecad cuatro españoles, y los tres dellos de los nuevamente venidos de Castilla, en canoas á demandar bastimento á otros pueblos que decian que estaban allí cerca, y que no habian vuelto y que creian que los habian muerto, y así salió verdad. Volvamos á Cortés, que comenzó de caminar, y en dos dias llegó al gran rio que ya otras veces he dicho, y luego puso mucha diligencia en hacer una puente, y fué con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes, que, después de hecha, se admiraron los indios de Acala del haber de tal manera puesto los maderos, y estúvose en hacer cuatro dias; y como salió Cortés del pueblo ya otras veces por mí nombrado con todos sus soldados, no traian maíz ni bastimento, y con los cuatro dias que estuvo en el camino pasaron muy gran hambre é trabajo, é lo peor de todo, que no sabian si adelante ternian maíz ó si estaba de paz aquella provincia; aunque algunos soldados viejos se remediaban con cortar árboles muy altos que parecen palmas, que tienen por fruta unas al parecer de nueces muy encarceladas, y aquellas ásaban y quebraban y comian. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la misma noche que acabaron de hacer la puente llegué yo con mis tres compañeros y con ciento y treinta cargas de maíz y ochenta gallinas y miel y frisoles y sal, y otras frutas, y como llegué de noche ya que escurecia, estaban todos los mas soldados aguardando el bastimento, porque ya sabian que yo habia ido á lo traer; y Cortés les decia á los capitanes y soldados que tenia esperanza en Dios que presto tendrian todos de comer, pues que yo habia ido á Acala para traello, si no me habian muerto los indios, como mataron á los otros cuatro españoles que envió á buscar comida. E volviendo á nuestra materia: así como llegué con el maíz y bastimento á la puente, como era de noche, cargaron todos los soldados dello y lo tomaron todo, que no dejaron á Cortés ni á ningun capitan ni á Sandoval cosa ninguna, con dar voces: «Dejaldo, que es para el capitan Cortés;» y asimismo su mayordomo Carranza, que así se llamaba, y el despensero Guinea daban voces y se abrazaban con el maíz, que les dejasen siquiera una carga; y como era de noche, decíanle los soldados: «Buenos puercos habeis comido vosotros y Cortés, y nos habeis visto morir de hambre é no nos dábades nada dellos;» y no curaban de cosa que les decian, sino que todo se lo apañaban. Pues como Cortés supo que se lo habian tomado y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de la paciencia y pateaba, y estaba tan enojado, que decia que queria hacer pesquisa y castigar á quien se lo tomó, é dijeron lo de los puercos que comió. Y como vió y consideró que el enojo era por demás y dar voces en desierto, me mandó llamar á mí, y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley; y como vió que no habia remedio ninguno, y que tenia mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitan Gonzalo de Sandoval, y me dijo: «Oh señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mí, que si dejastes algo escondido en el camino, que partais conmigo, que bien creido tengo de vuestra buena diligencia que traeríades para vos y para vuestro amigo Sandoval.» Y como vi sus palabras y de la manera que lo dijo, hube lástima dél; y tambien Sandoval me dijo: «Pues yo, juro á tal, tampoco tengo un puño de maíz de que tostar y hacer cacalote;» y entonces concerté y dije que conviene que esta noche al cuarto de la modorra, después que esté reposado el real, vamos por doce carros de maíz y veinte gallinas y tres jarros de miel y frisoles y sal, y dos indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos para mí, y hemos de venir de noche, que nos lo arrebatarán en el camino los soldados, y esto hemos de partir entre vuestra merced y Sandoval y yo é mi gente; y el se holgó en el alma y me abrazó; y Sandoval dijo que queria ir aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trajimos, con que pasaron aquella hambre, y tambien le dí una de las dos indias á Sandoval; é preguntó Cortés si los frailes tenian qué comer, é yo le respondí que cuidaba Dios mejor dellos que él, porque todos los soldados les daban de lo que habian tomado por la noche, é que no moririan de hambre. He traido aquí esto á la memoria para que vean en cuánto trabajo se ponen los capitanes en tierras nuevas; que á Cortés, que era muy temido, no le dejaron maíz que comer, y que el capitan Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le habia de caber, que él mismo fué conmigo por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer de la puente y de la hambre pasada, y diré cómo obra de una legua adelante dimos en las ciénagas muy malas, y eran de tal manera, que no aprovechaba poner maderos ni ramos ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos, que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas, que creimos no escapar ninguno dellos, sino que todos quedarian allí muertos; y todavía porfiamos de ir adelante, porque estaba obra de medio tiro de ballesta tierra firme y buen camino, y como iban los caballos con tanto trabajo y se hizo un callejon por la ciénaga de lodo y agua, que pasaron sin tanto riesgo de se quedar muertos, puesto que iban á veces medio á nado entre aquella ciénaga y el agua; pues ya llegados en tierra firme, dimos gracias á Dios por ello, y luego Cortés me mandó que con brevedad volviese á Acala y que pusiese gran recaudo en los caciques que estuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento; y así lo hice, que el mismo dia que llegué á Acala de noche envié tres españoles que iban conmigo con mas de cien

indios cargados de maíz é otras cosas; y cuando Cortés me envió por ello, dije que mirase que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez; y así lo hizo, que se adelantó con Sandoval y Luis Marin, y lo hubieron todo y lo repartieron; y otro dia, á obra de mediodía llegaron á Acala, y los caciques le fueron á dar el bien venido y le llevaron bastimento; y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CLXXVII.

De en lo que Cortés entendió después de llegado á Acala, y cómo en otro pueblo mas adelante, sujeto al mismo Acala, mandó ahorcar á Guatemuz, que era gran cacique de Méjico, y á otro cacique que era señor de Tacuba, y la causa por qué; y otras cosas que entonces pasaron.

Desque Cortés hubo llegado á Gueyacala, que así se llamaba, y los caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con doña Marina la lengua de tal manera que al parecer se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trajeron maíz y bastimento, y luego mandó llamar todos los caciques, y se informó dellos del camino que habiamos de llevar, y les preguntó que si sabian de otros hombres como nosotros con barbas y caballos, y si habian visto navíos ir por la mar; y dijeron que ocho jornadas de allí habia muchos hombres con barbas y mujeres de Castilla y caballos, y tres acales (que en su lengua acales llaman á los navíos); de la cual nueva se holgó Cortés de saber; y preguntando por los pueblos y camino por donde habiamos de ir, todo se lo trujeron figurado en unas mantas, y aun los rios y ciénagas y atolladeros; y les rogó que en los rios pusiesen puentes y llevasen canoas, pues tenian mucha gente y eran grandes poblaciones; y los caciques dijeron que, puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les querian obedecer todos los mas dellos, en especial unos que estaban entre unos rios, y que era necesario que luego enviase de sus teules, que así nos llamaban á los soldados, á les hacer traer maíz y otras cosas, y que les mandase que los obedeciesen, pues que eran sus sujetos. Y como aquello entendió Cortés, luego mandó á un Diego de Mazariegos, primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por gobernador en Méjico, que porque viese y conociese que Cortés tenia mucha cuenta de su persona, que le hacia honra de envialle por capitan á aquellos pueblos y á otros comarcanos; cuando le envió, secretamente le dijo que porque él no entendia muy bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla, y no tenia tanta experiencia por ser en cosa de indios, que me llevase á mí en su compañía, y lo que yo le aconsejase no saliese dello; y así lo hizo, y no quisiera escribir esto en esta relacion, porque no pareciese que me jactanciaba dello; y no lo escribiera, sino porque fué público en todo el real, y aun después lo vi escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escribió á su majestad, haciéndole saber todo lo que pasaba y del viaje de Honduras, y por esta causa lo escribo. Volvamos á nuestra materia. Fuimos con el Mazariegos hasta ochenta soldados en canoas que nos dieron los caciques, y cuando hubimos llegado á las poblaciones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenian, y trajimos sobre cien canoas de maíz é bastimento y gallinas y miel y sal, y diez indias que tenian por esclavas, y vinieron los caciques á ver á Cortés; de manera que todo el real tuvo muy bien que comer, y dende á cuatro dias se huyeron todos los mas caciques, que no quedaron sino tres guias, con los cuales fuimos nuestro camino y pasamos dos rios, el uno en puentes, que luego se quebraron al pasar, y el otro en barcas, y fuimos á otro pueblo sujeto al mismo Acala, y estaba ya despoblado, y allí buscamos comida y maíz que tenian escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos, y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de Méjico, y otros principales mejicanos que iban con nosotros, habian puesto en plática, ó lo ordenaban, de nos matar á todos y volverse á Méjico, y llegados á su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra á los que en Méjico quedaban, y tornarse á levantar; y quien lo descubrió á Cortés fueron dos grandes caciques mejicanos, que se decian Tapia y Juan Velazquez; este Juan Velazquez fué capitan general de Guatemuz cuando nos dieron guerra en Méjico. Y como Cortés lo alcanzó á saber, hizo informaciones sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello; y lo que confesaron era que, como nos vian ir por el camino descuidados y descontentos, y que muchos soldados habian adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habian muerto de hambre cuatro chirimías y el volteador y otros cinco soldados, y tambien se habían vuelto otros tres soldados camino de Méjico, y se iban á su aventura por los caminos por donde habian venido, y que mas querian morir que ir adelante; que seria bien que cuando pasásemos algun rio ó ciénaga dar en nosotros, porque eran los mejicanos sobre tres mil y traian sus armas y lanzas, y algunos con espadas. El Guatemuz confesó que así era como lo habian dicho los demás; empero que no salió dél aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello ó se efetuaria, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habian dicho que valia mas morir de una vez que morir cada dia en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuelas y parientes. Y sin haber mas probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos y el mercenario fueron esforzándolos y encomendando á Dios con la lengua doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitan Malinche! Dias habia que yo tenia entendido é habia conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habias de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de Méjico; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.» El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fué confesando fray Juan el mercenario, que sabia, como dicho he, algo de la lengua, y los caciques les rogaban les encomendasen á Dios, que eran para indios buenos cristianos, y creian bien é verdaderamente; é yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacian honra en el camino en cosas que se me ofrecian, especial en darme algunos indios para

traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada. Volvamos á ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los mejicanos, viendo ahorcar á su señor, no se alzasen; mas traian tanta mala ventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba dello; y después que los hubieron ahorcado, segun dicho tengo, luego fuimos camino de otro pueblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un rio bien hondable en barcas, y hallamos el pueblo sin gente, que aquel dia se habian ido, é buscamos de comer por las estancias, é hallamos ocho indios que eran sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron á su pueblo con nosotros, é Cortés les habló con doña Marina para que llamasen sus vecinos, y que no hubiesen miedo y que trujesen de comer; y ellos dijeron á Cortés que le rogaban que mandase que no les llegasen á unos ídolos que estaban junto á la casa donde Cortés posaba, é que le trairian comida y harian lo que pudiesen; y Cortés dijo que él haria lo que decian, é que no llegarian á cosa ninguna; mas que para qué querian aquellas cosas de ídolos, que son de barro y de maderos viejos, y que eran cosas malas, que les engañaban; y tales cosas les predicó con los frailes y doña Marina, que respondieron muy bien á lo que les decian, que los dejarian, y trajeron veinte cargas de maíz y unas gallinas; y Cortés se informó dellos que si sabian qué tantos soles de allí habia hombres con barbas como nosotros, y caballos; y dijeron que siete soles, que se decia el pueblo donde estaban los de á caballo Nito, y que ellos irian por guias hasta otro pueblo, y que habiamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar á él; y Cortés les mandó hacer una cruz en un árbol muy grande, que se dice ceiba, que está junto á las casas adonde tenian los ídolos. Tambien quiero decir que, como Cortés andaba mal dispuesto, y aun muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, é como habia mandado ahorcar á Guatemuz é su primo el señor de Tacuba sin tener justicia para ello, é habia cada dia hambre, é que adolescian españoles é morian muchos mejicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormia á pasear en una sala adonde habia ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenian otros ídolos, y descuidóse y cayó mas de dos estados abajo y se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufria. E otro dia muy de mañana proseguimos á caminar con nuestras guias, y sin acontecer cosa que de contar sea, fuimos á dormir cabe un estero y cerca de unos montes muy altos; é otro dia fuimos por nuestro camino, é á hora de misa mayor llegamos á un pueblo nuevo, y en aquel dia se habia despoblado y metido en unas ciénagas, y eran nuevamente hechas las casas y de pocos dias, y tenian en el pueblo hechas albarradas de maderos gruesos, y todo cercado de otros maderos muy recios, y hechas cavas hondas antes de la entrada en él, y dentro dos cercas, la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenian á otra parte por cerca unas peñas muy altas, llenas de piedras hechizas á mano, con grandes mamparos; y por otra parte una gran ciénaga, que era fortaleza. Pues desque hubimos entrado en las casas hallamos tantos gallos de papada y gallinas cocidas, como los indios las comen, con sus ajíes y pan de maíz, que se dice entre ellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva, y por otra nos alegrábamos con la mucha comida, y nos dió que pensar en tan nuevo caso; y tambien hallamos una gran casa llena de lanzas chicas y arcos y flechas, y buscamos por los rededores de aquel pueblo si habia maizales y gente, y no habia ninguna, ni aun grano de maíz. Estando desta manera, vinieron hasta quince indios que salieron de las ciénagas, que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra, y dicen á Cortés medio llorando que le piden por merced que aquel pueblo ni cosa alguna no se la quemen, porque son nuevamente venidos allí á hacerse fuertes por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decian lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana, adonde vivian, y les han robado y muerto mucha gente; los cuales pueblos habiamos de ver abrasados adelante por el camino adonde habiamos de ir, que están en tierra muy llana; y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por que eran sus enemistades; é Cortés les preguntó que cómo tenian tanto gallo y gallinas á cocer; y dijeron que por horas aguardaban á sus enemigos, que les habian de venir á dar guerra, é que si les vencian, que les habian de tomar sus haciendas y gallos y llevalles cautivos; que porque no lo hubiesen ni gozasen se lo querian antes comer; y que si ellos les desbarataban á los enemigos, que irian á sus pueblos y les tomarian sus haciendas; y Cortés dijo que le pesaba dello y de su guerra, y por ir de camino no lo podia remediar. Llamábase aquel pueblo, y otras grandes poblaciones por donde otro dia pasamos, las mazotecas, que quiere decir en su lengua los pueblos ó tierras de venados; y tuvieron razon de ponelles aquel nombre, por lo que adelante diré. Y desde allí fueron con nosotros dos indios dellos, y nos fueron mostrando sus poblaciones quemadas, y dieron relacion á Cortés cómo estaban los españoles adelante. Y dejallo he aquí, y diré cómo otro dia salimos de aquel pueblo, y lo que mas hubo en el camino.

CAPITULO CLXXVIII.

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en ello nos avino.

Como salimos del pueblo cercado, que ansí le llamábamos de allí adelante, entramos en bueno y llano camino, y todo cabañas y sin árboles, y hacia un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resistero no habiamos tenido en el camino. E yendo por aquellos campos rasos, habia tantos de venados y corrian tan poco, que luego los alcanzábamos á caballo, por poco que corriamos tras ellos, y se mataron sobre veinte; y preguntando á las guias que llevábamos que cómo corrian tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decian los mazotecas, que los tienen por sus dioses, porque les ha parecido en su figura, y que les mandó su ídolo que no les ma-

ten ni espanten, y que ansí lo han hecho, y que á esta causa no huyen, y en aquella caza, á un pariente de Cortés, que se decia Palacios Rubios, se le murió un caballo porque se le derritió la manteca en el cuerpo con el gran calor y corrió mucho. Dejemos la caza, y digamos que luego llegamos á las poblaciones quemadas, que era mancilla verlo todo destruido é quemado. E yendo por nuestras jornadas, como Cortés siempre enviaba adelante corredores del campo á caballo y sueltos peones, alcanzaron dos indios naturales de otro pueblo que estaba adelante, por donde habiamos de ir, que venian de caza y cargados de un gran leon y muchas iguanas, que son de hechura de sierpes chicas, que en estas partes ansí las llaman, iguanas, que son muy buenas de comer; y les preguntaron que si estaba cerca su pueblo, y dijeron que sí y que ellos guiarian hasta el pueblo, y estaba en una isleta cercada de agua dulce, que no podiamos pasar por la parte que íbamos sino en canoas, y rodeamos poco mas de media legua; y tenian paso, que daba el agua hasta la cinta, y hallámosle poblado con la mitad de los vecinos, porque los demás se habian dado buena priesa á esconder con sus haciendas entre unos carrizales, donde tenian cerca sus sementeras, donde durmieron muchos de nuestros soldados que se quedaron en los maizales, y tuvieron bien de cenar y se bastecieron para otros dias; y hallamos en el pueblo un gran lago de agua dulce, y tan lleno de pescados grandes, que parecian como sábalos, muy desabridos, que tienen muchas espinas, y con unas mantas viejas y con redes rotas que hallamos en aquel pueblo, porque ya estaba despoblado, se pescaron todos los peces que habia en el agua, que eran mas de mil; y allí buscamos guias, las cuales se tomaron en unas labranzas; y de que Cortés les hubo hablado con doña Marina que nos encaminasen á los pueblos adonde habia hombres con barbas y caballos, se alegraron cómo no les haciamos mal ninguno; y dijeron que ellos nos mostrarian el camino de buena voluntad, que de antes creian que los queriamos matar; y fueron cinco dellos con nosotros por un camino bien ancho, y mientras mas adelante íbamos se iba ensangostando, á causa de un gran rio y estero que allí cerca estaba, que parece ser en él se embarcaban y desembarcaban en canoas, é iban por agua al pueblo donde habiamos de ir, que se dice Tayasal, el cual está en una isleta cerca de agua, é si no es en canoas, no pueden entrar en él por tierra, y blanqueaban las casas y adoratorios de mas de dos leguas que se parecian, y era cabecera de otros pueblos chicos que allí cerca están. Volvamos á nuestra relacion: que como vimos que el camino ancho que de antes traiamos se habia vuelto en vereda muy angosta, bien entendimos que por el estero se mandaban, é ansí nos lo dijeron las guias que traiamos; acordamos de dormir cerca de unos altos montes, y aquella noche fueron cuatro capitanías de soldados por las veredas que salian al estero, á tomar guias, y quiso Dios que se tomaron dos canoas con diez indios y dos mujeres, y traian las canoas cargadas con maiz y sal, y luego los llevaron á Cortés, y les halagó y habló muy amorosamente con la lengua doña Marina, y dijeron que eran naturales del pueblo que estaba en la isleta, y que estaria de allí, á lo que señalaban, obra de cuatro leguas; y luego Cortés mandó que se quedase con nosotros la mayor canoa y cuatro indios y las dos mujeres, y la otra canoa envió al pueblo con seis indios y dos españoles, á rogar al Cacique que traiga canoas al pasar del rio, y que no se le haria ningun enojo, y le envió unas cuentas de Castilla, y luego fuimos nuestro camino por tierra hasta el gran rio, y la una canoa fué por el estero hasta llegar al rio; é ya estaba el Cacique con otros muchos principales aguardando al pasaje con cinco canoas, y trujeron cinco gallinas y maíz, y Cortés les mostró gran voluntad; y después de muchos buenos razonamientos que hubo de los caciques á Cortés, acordó de ir con ellos á su pueblo en aquellas canoas, y llevó consigo treinta ballesteros; y llegado á las casas, le dieron de comer y poco oro bajo y de poca valía, y unas mantas, y le dijeron que habia españoles así como nosotros en dos pueblos, que el uno ya he dicho que se decia Nito, que es el San Gil de Buena-Vista, al Golfo-Dulce; y agora le dan nuevas que hay otros muchos españoles en Naco, y que habrá del un pueblo al otro diez dias de camino, y que el Nito es en la costa del norte y el Naco en la tierra adentro; y Cortés nos dijo que por ventura el Cristóbal de Olí habia repartido su gente en dos villas; que entonces no sabiamos de los de Gil Gonzalez de Avila, que pobló á San Gil de Buena-Vista. Volvamos á nuestro viaje, que todos pasamos aquel gran rio en canoas, y dormimos obra de dos leguas de allí, y no anduvimos mas porque aguardamos á Cortés que viniese del pueblo, y como vino, mandó que dejásemos en aquel pueblo un caballo morcillo, que estaba malo de la caza de los venados, y se le habia derretido el unto en el cuerpo y no se podia tener; y en este pueblo se huyó un negro y dos indias naborias, y se quedaron tres españoles, que no se echaron menos hasta de ahí á tres dias; que mas querian quedar entre enemigos que venir con tanto trabajo con nosotros. Este dia estuve yo muy malo de calenturas y del gran sol que se me habia entrado en la cabeza, porque ya he dicho otra vez que entonces hacia recio sol; y bien se pareció, porque luego comenzó á llover tan recias aguas, que en tres dias y noches no dejó de llover; y no nos paramos en el camino, porque aunque quisiéramos aguardar que hiciera buen tiempo, no teniamos bastimento de maiz, y por temor no faltase íbamos caminando. Volvamos á nuestra relacion: que desde á dos dias dimos en una sierrezuela de unas piedras que cortaban como navajas; y puesto que fueron nuestros soldados á buscar otros caminos para dejar aquella sierra de los pedernales, mas de una legua á una parte é á otra no hallaron otro camino, sino pasar por el que íbamos; é hicieron tanto daño aquellas piedras á los caballos, que como llovia resbalaban y caian, y cortábanse piernas y brazos y aun en los cuerpos, y mientras mas abajábamos, peor era, porque ya era la bajada de la sierrezuela; allí se nos quedaron ocho caballos muertos, y los mas que escaparon desjarretados; y se le quebró una pierna á un soldado que se decia Palacios Rubios, deudo de Cortés; y cuando nos vimos fuera de la sierra de los Pedernales, que así la llamábamos desde allí adelante, dimos muchas gracias y loores á Dios. Pues ya que llegábamos

cerca de un pueblo que se dice Taica, íbamos gozosos creyendo hallar bastimentos, y antes de llegar á él venia un rio de una sierra entre grandes peñascos y derrumbaderos, y como habia llovido tres dias y tres noches, venia tan furioso y con tanto ruido, que bien se oia á dos leguas, por caer entre grandes peñas; y demás desto, venia muy hondo, y pasalle era por demás, y acordamos de hacer una puente desde unas peñas á otras, y tanta priesa nos dimos en tenella hecha, con árboles muy gruesos, que en tres dias comenzamos á pasar para ir al pueblo; y como estuvimos allí los tres dias haciendo la puente, los indios naturales del pueblo tuvieron lugar de esconder el maíz y todo el bastimento y ponerse en cobro, que no los podiamos hallar en todos los rededores; y con la hambre, que ya nos aquejaba, estábamos todos como atónitos, pensando en la comida é trabajos. Yo digo que verdaderamente nunca habia sentido tanto dolor en mi corazon como entonces, viendo que no tenia de comer ni qué dar á mi gente, y estar con calenturas, puesto que con diligencia lo buscábamos mas de dos leguas del pueblo en todos los rededores; y esto era víspera de pascua de la Resurreccion de nuestro Salvador Jesucristo. Miren los letores qué Pascua podiamos tener sin comer, que con maiz fuéramos muy contentos. Pues como aquesto vió Cortés, luego envió de sus criados y mozos de espuelas, con las guias, á buscar por los montes y barrancas maíz: el primer dia de Pascua trujeron obra de una hanega; y como vió la gran necesidad, mandó llamar á ciertos soldados, todos los mas vecinos de Guacacualco, y entre ellos me nombró á mí, y nos dijo que nos rogaba mucho que trastornásemos toda la tierra y buscásemos de comer; que ya viamos en qué estado estaba todo el real; y en aquella sazon estaba delante de Cortés, cuando nos lo mandaba, Pedro de Ircio, que hablaba mucho, y dijo que le suplicaba que le enviase por nuestro capitan, y le dijo Cortés: «Id en buen hora;» y como aquello yo entendí, y sabia que Pedro de Ircio no podia andar á pié, y nos habia de estorbar antes que ayudar, secretamente dije á Cortés y al capitan Sandoval que no fuese Pedro de Ircio, que no podia andar por los lodos y ciénagas con nosotros, porque era paticorto y no era para ello, sino para mucho hablar, y que no era para ir á entradas; que se pararia ó sentaria en el camino de rato en rato. Y luego mandó Cortés que se quedase, y fuimos cinco soldados con dos guias por unos rios bien hondos, y despues de pasados los rios, dimos en unas ciénagas, y luego en unas estancias, donde estaba recogida toda la mayor parte de gente de aquel pueblo, y hallamos cuatro casas llenas de maíz y muchos frisoles y sobre treinta gallinas, y melones de la tierra, que se dicen en estas tierras ayotes, y apañamos cuatro indios y tres mujeres, y tuvimos buena Pascua, y esa noche llegaron á aquellas estancias sobre mil mejicanos que mandó Cortés que fuesen tras nosotros y nos siguiesen porque tuviesen de comer; y todos muy alegres cargamos á los mejicanos todo el maíz que pudieron llevar, y que Cortés lo repartiese, y tambien le enviamos veinte gallinas para Cortés y Sandoval, y los indios y las indias, y quedamos guardando dos casas de maíz, no las quemasen ó llevasen de noche los naturales del pueblo; y luego otro dia pasamos mas adelante con otras guias, y topamos otras estancias, y habia maíz y gallinas, y otras cosas de legumbres, y luego hice tinta, y en un cuero de atambor escribí á Cortés que enviase muchos indios, porque habia hallado otras estancias con maíz; y como le envié las indias y los indios y lo por mí dicho, y lo supieron en todo el real, otro dia vinieron sobre treinta soldados y mas de quinientos indios, y todos llevaron recaudo, y desta manera, gracias á Dios, se proveyó el real; y estuvimos en aquel pueblo cinco dias, y ya he dicho que se dice Taica. Dejemos desto, y quiero decir que, como hicimos esta puente, y en todos los caminos hicimos las grandes puentes, y después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellos caminos estaban y pasaban, y hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poniamos, se admiran dello, y suelen decir agora: «Aquí son las puentes de Cortés;» como si dijesen, las columnas de Hércules. Dejémonos destas memorias, pues no hacen á nuestro caso, y digamos cómo fuimos por nuestro camino á otro pueblo que se dice Tania, y estuvimos en llegar á él dos dias, y hallámosle despoblado y buscamos de comer, y hallamos maíz é otras legumbres, mas no muy abastado; y fuimos por los rededores dél á buscar camino, y no le hallábamos, sino todos rios y arroyos, y las guias que habiamos traido del pueblo que dejamos atrás se huyeron una noche á ciertos soldados que las guardaban, que eran de los recien venidos de Castilla, que pareció ser se durmieron; y de que Cortés lo supo, quiso castigar á los soldados por ello, y por ruegos los dejó, y entonces envió á buscar guias y camino, y era por demás hallarlo por tierra enjuta, porque todo el pueblo estaba cercado de rios y arroyos, y no se podian tomar ningunos indios ni indias; y demás desto, llovia á la contina, y no nos podiamos valer de tanta agua, y Cortés y todos nosotros estaban espantados y penosos de no saber ni hallar camino por donde ir, y entonces muy enojado dijo Cortés á Pedro de Ircio y á otros capitanes, que eran los de Méjico: «Agora querria yo que hubiese quien dijese que queria ir á buscar guias ó camino, y no dejallo todo á los vecinos de Guacacualco;» y Pedro de Ircio, como oyó aquellas palabras, se apercibió con seis soldados, sus conocidos y amigos, y fué por una parte, y un Francisco Marmolejo, que era persona de calidad, con otros seis soldados, por otra parte, y un Santa Cruz, burgalés, regidor que fué de Méjico, fué por otra con otros soldados, y anduvieron todos tres dias, y puesto que fueron á una parte y á otra, no hallaron camino ni guias, sino todo agua y arroyos y rios, y cuando hubieron venido sin recaudo ninguno, queria reventar Cortés de enojo, y dijo al Sandoval que me dijese á mí el gran trabajo en que estábamos, y que me rogase de su parte que fuese á buscar guias y camino; y esto lo dijo con palabras amorosas y á manera de ruegos, por causa que supo cierto que yo estaba malo, como dicho tengo, que aun tenia calenturas; y aun me habian apercibido antes que á Sandoval, me hallase para ir con Francisco Marmolejo, que era mi amigo, y dije que no podia ir por estar malo y cansado, que siem-

pre me daban á mí el trabajo, y que enviasen á otro; y luego vino Sandoval otra vez á mi rancho, y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese, porque decia Cortés que, después de Dios, en mí tenia confianza que traeria recaudo; y puesto que yo estaba malo, no le pude perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar y un Hinojosa, hombres que sabia que eran de sufrir trabajo; y salimos, y fuimos por unos arroyos abajo, y fuera de los arroyos, en el monte habia unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro mas de una legua, y luego salimos del arroyo, y dimos en unos ranchos pequeños, despoblados de aquel dia, y seguimos el mismo rastro, y desde léjos en una cuesta vimos unos maizales y una casa, y sentimos gente en ella; y como era ya puesta del sol, estuvimos en el monte hasta buen rato de la noche, que nos pareció que debian de dormir los moradores de aquellas milpas, y muy callando dimos presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indias, y una vieja, y tenian dos gallinas y un poco de maíz y trujimos el maíz y gallinas con los indios é indias, y muy alegres volvimos al real; y cuando Sandoval lo supo, que fué el primero que estaba aguardando en el camino sobre tarde, de gozo no podia caber, y fuimos delante de Cortés, que lo tuvo en mas que si le dieran otra buena cosa. Entonces dijo Sandoval á Pedro de Ircio si tuvo Bernal Díaz del Castillo razon el otro dia cuando fué á buscar maíz, en decir que no queria ir sino con hombres sueltos, y no con quien vaya todo el camino muy de espacio, contando lo que le acaeció al conde de Urueña y á don Pedro Jiron, su hijo (porque estos cuentos decia el Pedro de Ircio muchas veces); no teneis razon de decir que él os revolvia con el señor capitan é conmigo; é todos se rieron dello; y esto dijo el Sandoval porque el Pedro de Ircio estaba mal conmigo; y luego Cortés me dió las gracias por ello y dijo: «Siempre tuve que habia de traer recaudo.» Quiero dejar destas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno; que otros las dijeron en Méjico cuando contaban deste trabajoso viaje. Volvamos á decir que Cortés se informó de las guias y de las dos mujeres, y todos conformaron que por un rio abajo habiamos de ir á un pueblo que está de allí dos dias de camino: el nombre del pueblo se decia Oculizti, que era de mas de ducientas casas, y estaba despoblado de pocos dias pasados; é yendo por nuestro rio abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de indios mercaderes, donde hacian jornada, y allí dormimos; y otro dia entramos en el mismo rio y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino, y á aquel pueblo de Coliste llegamos aquel dia, y habia mucho maíz y legumbres, y en una casa de adoratorios de ídolos se halló un bonete viejo colorado y un alparagate ofrecido á los ídolos; y ciertos soldados que fueron por las barrancas trujeron á Cortés dos indios viejos y cuatro indias que se tomaron en los maizales de aquel pueblo, y Cortés les preguntó con nuestra lengua doña Marina por el camino, y qué tanto estaban de allí los españoles, y dijeron que dos dias, y que no habia poblado ninguno hasta allá, y que tenian las casas junto á la costa de la mar; y luego incontinenti mandó Cortés á Sandoval que fuese á pié con otros seis soldados, y que saliese á la mar, y que de una manera ú de otra procurase saber é inquirir si eran muchos españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olí, porque en aquella sazon no creiamos que hubiese otro capitan en aquella tierra; y esto queria saber Cortés para que diésemos sobre Cristóbal de Olí de noche si allí estuviese, ó prendelle á él ó á sus soldados; y el Gonzalo de Sandoval fué con los seis soldados, y tres indios por guias, que para ello llevaba de aquel pueblo de Oculizti; é yendo por la costa del norte, vió que venia por la mar una canoa á remo y á la vela, y se escondió de dia en un monte, porque vieron venir la canoa con los indios mercaderes, y venia costa á costa, y traian mercaderías de sal y de maíz, é iban á entrar en el rio grande del Golfo-Dulce, y de noche la tomaron en un ancon que era puerto de canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros y con los indios remeros que traia la misma canoa y con las tres guias, y se fué costa á costa, y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el rio grande, y llegados que hubieron cerca del rio grande, quiso la ventura que habian venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa, que estaba poblada, y un indio de Cuba, de los de Gil Gonzalez de Avila, en una canoa, y pasaron de la parte del rio á buscar una fruta que llaman zapotes para comer asados, porque en la villa donde estaban, pasaban mucha hambre y estaban todos los mas dolientes, y no osaban salir á buscar bastimentos á los pueblos, porque les habian dado guerra los indios cercanos y muerto diez soldados después que los dejó allí Gil Gonzalez de Avila. Pues estando derrocando los de Gil Gonzalez los zapotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, cuando vieron venir la canoa por la mar, en que venia el Gonzalo de Sandoval; y sus compañeros se espantaron y admiraron de cosa tan nueva, y no sabian si huir, si esperar; y como llegó Sandoval á ellos les dijo que no hubiesen miedo; y así, estuvieron quedos y muy espantados; y después de bien informados el Sandoval y sus compañeros de los españoles cómo y de qué manera estaban allí poblados los de Gil Gonzalez de Avila, y del mal suceso de la armada del de las Casas, que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olí los tuvo presos al de las Casas y al Gil Gonzalez de Avila, y cómo degollaron en Naco á Cristóbal de Olí por sentencia que dieron contra él, y cómo eran partidos para Méjico, y supieron quién y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y cómo habia pocos dias que habian ahorcado en aquella villa al teniente y capitan que les dejó allí el Gil Gonzalez de Avila, que se decia Armenta, y por qué causa le ahorcaron, que fué porque no les dejaba ir á Cuba; acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres á Cortés, y no hacer novedad ni ir á la villa sin él, para que de sus personas fuese informado; y entonces un soldado que se decia Alonso Ortiz, vecino que después fué de una villa que se dice San Pedro, suplicó á Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora para llevar las nuevas á Cortés y á todos los que con él estábamos, porque le diésemos albricias, y así lo hizo; de las cuales nuevas se holgó Cortés y todo nuestro real,

creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos, y se nos doblaron mucho mas, segun adelante diré; é á Alonso Ortiz, que llevó estas nuevas, Cortés le dió luego un caballo muy bueno rosillo, que llaman Cabeza de Moro, y todos le dimos de lo que entonces teniamos; y luego llegó el capitan Sandoval con los soldados y el indio de Cuba, y dieron relacion á Cortés de todo lo por mí dicho, y de otras muchas cosas que les preguntaba, y cómo tenian en aquella villa un navío que estaban calafateando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenian para se embarcar todos en él é irse á Cuba, y que porque no les habia dejado embarcar el teniente Armenta le ahorcaron, y tambien porque mandaba dar garrote á un clérigo que revolvia la villa, y alzaron por teniente á un Antonio Nieto en lugar del Armenta, que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos españoles, y digamos los lloros que en su villa se hicieron viendo que no volvián aquella noche los vecinos y el indio de Cuba, que habian ido á buscar la fruta, que creyeron que indios los habian muerto, ó tigres ó leones, y el uno de los vecinos era casado, y su mujer lloraba por él, y todos los vecinos, y tambien el clérigo, que se llamaba el bachiller Hulano Velazquez; y se juntaron en la iglesia, y rogaban á Dios que les ayudase y que no viniesen mas males sobre ellos, y no hacia la mujer sino rogar á Dios por el ánima del marido. Volvamos á nuestra relacion: que luego Cortés nos mandó á todo nuestro ejército ir camino de la mar, que seria seis leguas, y aun en el camino habia un estero muy crecido y hondo, que crecia y menguaba, y estuvimos aguardando que menguase medio dia, y lo pasamos á vuelapié é á nado, y llegamos al gran rio del Golfo-Dulce, y el primero que quiso ir á la villa, que estaba de allí dos leguas, fué el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos de espuelas, y fué, é las dos canoas atadas, que una era en que habian venido los soldados de Gil Gonzalez á buscar zapotes, y la otra que Sandoval habia tomado en la costa á los indios; que para aquel menester las habian varado en tierra y escondido en el monte para pasar en ellas, y las tornaron á echar al agua, y se ataron una con otra de manera que estaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés y sus criados, y luego en las mismas canoas mandó que se pasasen dos caballos, y es desta manera, en las canoas remando, y los caballos del cabestro nadando junto á las canoas y con maña, y no dar mucho lazo al caballo, porque no trastorne la canoa; mandó que hasta que viésemos su carta ó mandato, que no pasásemos ningunos en las mismas canoas, por el gran riesgo que habia en el pasaje, que Cortés se vió arrepentido de haber ido en ellas, porque venia el rio con gran furia. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas nos pasó.

CAPITULO CLXXIX.

Cómo Cortés entró en la villa donde estaban poblados los de Gil Gonzalez de Avila, y de la gran alegría que todos los vecinos hubieron, y lo que Cortés ordenó.

Después que Cortés hubo pasado el gran rio del Golfo-Dulce de la manera que dicho tengo, fué á la villa donde estaban poblados los españoles de Gil Gonzalez de Avila, que seria de allí á dos leguas, que estaban junto á la mar, y no adonde solian estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buena-Vista; y cuando vieron entre sus casas hombres á caballo y otros seis á pié, espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y en Castilla, no sabian qué se hacer de placer; y después de venir todos á besarle las manos y darle el parabien-venido, Cortés les habló muy amorosamente, y mandó al teniente, que se decia Nieto, fuese donde daban carena al navío y trujesen dos bateles que tenian, y que si habia canoas, que asimismo las trujesen atadas de dos en dos, y mandó que se buscase todo el cazabe que allí tenian y lo llevasen al capitan Sandoval, que otro pan de maíz no habia para que comiesen, y repartiese entre todos nosotros los de su ejército; y el teniente lo buscó luego y no se hallaron cincuenta libras dello, porque no comian sino zapotes asados y legumbres y algun marisco que pescaban; y aun aquel cazabe que dieron guardaron para el matalotaje para irse á Cuba cuando estuviese calafateado el navío; y con dos bateles y ocho marineros que luego vinieron, escribió Cortés á Sandoval que él mismo en persona y el capitan Luis Marin fuesen los postreros que pasasen aquel gran rio, y que mirase que no se embarcasen mas de los que él mandase; y los bateles pasaron sin mucha carga, por causa de la gran corriente del rio, que venia muy crecido y recio, y con cada batel dos caballos, y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderian y trastornarian, segun la furia del corriente; y sobre el pasar delante uno que se decia Saavedra, hermano de otro Abalos, parientes de Cortés, querian pasar primero, puesto que Sandoval decia que en la primera barca pasarian, porque pasaban en aquella sazon los tres religiosos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos; y como el Saavedra era pariente de Cortés, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara; y respondióle no tan bien mirado como convenia; y el Sandoval, que no se las sufria, tuvieron palabras, de manera que el Saavedra echó mano á un puñal; y puesto que el Sandoval, como estaba dentro en el rio á mas de la rodilla el agua deteniendo que los bateles no se cargasen demasiado, ansí como estaba arremetió al Saavedra, y le tenia tomada la mano donde tenia el puñal, y le derrocó en el agua, y si de presto no nos metiéramos entre ellos y los despartiéramos, ciertamente el Saavedra librara mal, porque todos los mas soldados nos mostramos de la parte del Sandoval. Dejemos esta cuestion, y diré cómo estuvimos cuatro dias en pasar aquel rio, y de comer, ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos y las partiamos, y los meollos dellas comiamos; y en aquel rio se ahogó un soldado con su caballo, el cual soldado se decia Tarifa, que pasaba en una canoa, y no pareció mas él ni el caballo. Tambien se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decia Solís Casquete, que hacia bramuras por él é maldecia á Cortés y á su viaje. Quiero decir de la grande hambre que allí en el pasar del rio hubo, y aun del murmurar de Cortés y de su venida, y aun de todos nosotros que le seguiamos; pues cuando hubimos lle-

gado al pueblo no habia bocado de cazabe que comer, ni aun los vecinos lo tenian, ni sabian caminos, si no era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habian ya despoblado, y luego Cortés mandó al capitan Luis Marin que con los vecinos de Guacacualco fuésemos á buscar maíz; lo cual adelante diré.

CAPITULO CLXXX.

Cómo otro dia después de haber llegado á aquella villa, que yo no le sé otro nombre sino San Gil de Buena-Vista, fuimos con el capitan Luis Marin hasta ochenta soldados, todos á pié, á buscar maíz y á descubrir la tierra, y lo que mas pasó diré adelante.

Ya he dicho que como llegamos á aquella villa que Gil Gonzalez de Avila tenia poblada, no tenian qué comer, y eran hasta cuarenta hombres y cuatro mujeres de Castilla y las dos mulatas, y todos dolientes y las colores muy amarillas; y como no teniamos qué comer nosotros ni ellos, no viamos la hora de illo á buscar; y Cortés mandó que saliese el capitan Luis Marin con los de Guacacualco y buscásemos maíz; y fuimos con él sobre ochenta soldados á pié hasta ver si habia caminos para caballos, y llevábamos con nosotros un indio de Cuba que nos fuese guiando á unas estancias y pueblos que estaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz é infinitos cacaguatales y frisoles y otras legumbres, donde tuvimos bien que comer, y aun enviamos á decir á Cortés que enviase todos los indios mejicanos y llevarian maíz, y le socorrimos entonces con otros indios con diez hanegas de ello, y luego enviamos por nuestros caballos; y como Cortés supo que estábamos en buena tierra, y se informó de indios mercaderes que entonces se habian prendido en el rio del Golfo-Dulce, que para ir á Naco, donde degollaron á Cristóbal de Olí, era camino derecho por donde estábamos, envió á Gonzalo de Sandoval con toda la mayor parte de su ejército que nos siguiese, y que nos estuviésemos en aquellas estancias hasta ver su mandado. Y como llegó el Sandoval adonde estábamos, y vió que habia abastadamente qué comer, se holgó mucho, y luego envió á Cortés sobre treinta hanegas de maíz con indios mejicanos, lo cual repartió á los vecinos que en aquella villa quedaban; y como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino á comer zapotecas asados y cazabe, y como se hartaron de tortillas, con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, é como estaban dolientes, se murieron siete dellos; y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venia cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos salados, y pan cazabe, y venian hasta quince pasajeros y ocho marineros, y cuya era toda la mas cargazon de aquel navío se decia Anton de Camargo, y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento traia, y repartió dello á los vecinos; y como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dió á muchos dellos cámaras, de que murieron catorce. Pues como vino aquel navío con la gente y marineros, parecióle á Cortés que era bien ir á ver y calar y bojar aquel tan poderoso rio, si habia poblaciones arriba, y qué tierra era; y luego mandó calafatear un bergantin que estaba al través, que era de los de Gil Gonzalez de Avila, y adobar un batel y hacelle como barco del descargo, y con cuatro canoas, atadas unas con otras, y con treinta soldados y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su capitan, y con veinte indios mejicanos, se fué por el rio, y obra de diez leguas que hubo ido el rio arriba, halló una laguna muy ancha, que tenia el ojo de anchor seis leguas, y no habia poblacion ninguna al rededor della, porque todo era anegadizo; y siguiendo el rio arriba, venia ya muy corriente mas que de antes, y habia unos saltaderos, que no podian ir con el bergantin y los bateles y las canoas, acordó de las dejar allí en el rio en un remanso con seis españoles en guarda dellas, y fué por tierra por un camino angosto, y llegó á unos pueblezuelos despoblados, y luego dió en unos maizales, y de allí tomó tres indios por guias, que le llevaron á unos pueblos chicos, donde tenian mucho maíz y gallinas, y aun tenian faisanes, que en estas tierras llaman sacachueles, y perdices de la tierra y palomas; y esto de tener perdices desta manera, yo lo he visto y hallado en pueblos que están en comarca destos de Golfo-Dulce, cuando fuí en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos á nuestra relacion: que allí tomó Cortés guias y pasó adelante, y fué á otros pueblezuelos que se dicen Cinacan, Tencintle, donde tenian grandes cacaguatales y maizales y algodon, y antes que á ellos llegasen oyeron tañer atabalejos y trompetillas, haciendo fiestas y borracheras; y por no ser sentido Cortés, estuvo escondido con sus soldados en un monte; y cuando vió que era tiempo de ir á ellos, arremeten todos á una, y prendieron hasta diez indios y quince mujeres, y todos los mas indios de aquel pueblo de presto se fueron á tomar sus armas, y vuelven con arcos y flechas y lanzas, y comenzaron á flechar á los nuestros, y Cortés con los suyos fué contra ellos, y acuchillaron ocho indios que eran principales; y como vieron el pleito mal parado y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos, y los dos eran sacerdotes de ídolos, é vinieron muy mansos á rogar á Cortés que les diese los presos, y trujeron ciertas joyezuelas de oro de poca valía; y Cortés les habló con doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés sin ella no podia entender los indios, y les dijo que llevasen el maíz é gallinas y sal y todo el bastimento que allí les señaló, é dió á entender adónde habian quedado los bergantines y el barco y las canoas, y luego les daria los presos; y les dieron á entender en qué parte del rio quedaban, y dijeron que sí harian, y que cerca de allí estaba uno como estero que salia al rio; y luego hicieron barcas, y medio nadando las llevaron hasta que dieron en fondo, que pudieron nadar bien. Pues como Cortés habia quedado de les dar todos los presos, pareció ser mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos para hacer pan y servirse de los indios, y no se las dieron; y sobre ello apellídanse todos los indios de aquel pueblo, y sobre las barrancas del rio dan una buena mano de vara, flecha y piedra á Cortés y á sus soldados, de manera que hirieron á Cortés en la cara y á otros doce soldados; allí se les desbarató una barca y se perdió la mitad de lo que traia, y se ahogó un mejicano; y en aquel rio hay tantos moxicotes, que no se podian valer, y Cortés todo lo sufria, y da vuelta para su

villa, que no sé cómo se la nombró, y bastécela mucho mas de lo que estaba. Ya he dicho que el pueblo do llegó Cortés se decia Cinacan, y me han dicho ahora que estará de Guatimala setenta leguas, y tardó Cortes en este viaje y volverá la villa veinte y seis dias; y como vió que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de indios, y como tenia mucho bastimento, ansí de lo que antes estaba como de lo que al presente traia, acordó de escribir á Gonzalo de Sandoval que luego se fuese á Naco, y le hizo saber todo lo aquí por mí dicho de su viaje del Golfo-Dulce, segun lo tengo aquí relatado, y como iba á poblar á Puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.

CAPITULO CLXXXI.

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados que habia traido en su compañía y los que habia en San Gil de Buena-Vista, y fué á poblar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y se le puso nombre la Natividad, y lo que en él se hizo.

Pues como Cortés vió que en aquel asiento que halló poblando á los de Gil Gonzalez de Avila no era bueno, acordó de se embarcar en los dos navíos y bergantin con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho dias de navegacion fué á desembarcar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y como vió aquella bahía buena para puerto, y supo de indios que habia cerca poblaciones, acordó de poblar una villa que la nombró Natividad, y puso por su teniente á un Diego de Godoy, y dende allí hizo dos entradas en la tierra adentro á unos pueblos cercanos, que ahora están despoblados; tomó lengua dellos cómo habia cerca otros pueblos, basteció la villa de maíz, y supo que estaba el pueblo de Naco, donde degollaron á Cristóbal de Olí, cerca, y escribió á Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya habia llegado y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, y decia en la carta que sin ellos no se hallaba en hacer entradas; y le escribió cómo queria ir dende allí al puerto de Honduras, adonde estaba poblada la villa de Trujillo, y que el Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras y poblasen una villa; la cual carta vino á Sandoval estando que estábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habiamos llegado á Naco. Y dejemos de decir de Cortés y sus entradas que hacia dende Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ella le picaban, ansí de dia como de noche; que á lo que después le oia decir, tenia con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido, de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vió las cartas de Cortés, luego se fué dende aquellas estancias que dicho tengo, á unos pueblezuelos que se dicen Cuyoacan, que estaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego á Naco, como Cortés le habia mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habian apartado á otras estancias por tener qué comer ellos y sus caballos, y por causa que al pasar de un rio muy hondo que no se podia vadear, y era camino de las estancias, é por dejar recaudo de una canoa con que pasasen los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mejicanos que venian dolientes; y esto fué tambien porque de unos pueblos cercanos de las estancias, que confinaban con el rio y Golfo-Dulce, venian cada dia allí de guerra muchos indios de los pueblos, y porque no hiciesen algun mal recaudo y muertes de españoles y de indios mejicanos, mandó Sandoval que quedásemos á aquel paso ocho soldados, y á mí me dejó por caudillo dellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta si daban voces pasajeros de los que estaban en las estancias, para luego les pasar; y una noche vinieron muchos indios guerreros de los pueblos cercanos y de las estancias, creyendo que no nos velábamos; é por tomarnos la canoa dan de repente en los ranchos en que estábamos y les pusieron fuego, y no vinieron tan secreto, que ya les habiamos sentido; y nos recogimos todos ocho soldados y cuatro mejicanos de los que estaban sanos, y arremetimos á los guerreros, y á cuchilladas les hicimos volver por donde habian venido, puesto que flecharon á dos soldados y á un indio, mas no fueron mucho las heridas; y como aquello vimos, fuimos tres compañeros á las estancias adonde sentíamos que habian quedado indios y españoles dolientes, que seria una legua de allí, y trujimos á un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y á otros españoles que estaban en su compañía y á indios mejicanos que estaban dolientes, y luego les pasamos el rio y fuimos adonde Sandoval estaba; é yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habiamos recogido en las estancias iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio isleño, hijo de ginovés, y como iba malo, y sin tener qué le dar de comer, sino tortillas y pinol, ya que llegábamos obra de media legua de donde estaba Sandoval, se murió en el camino y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el real; y llegado donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto, y hubo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trujimos á cuestas ó en un caballo, y le dijimos al Sandoval que traiamos dos dolientes en cada caballo é nos veniamos á pié, y que por esta causa no se pudo traer; y un soldado que se decia Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio que harto teniamos que traer nuestras personas, sin traer muertos á cuestas, y que renegaba de tanto trabajo é pérdida como Cortés nos habia causado; y luego mandó Sandoval á mí y al Villanueva, sin mas parar le fuésemos á enterrar; y llevámos dos indios mejicanos y un azadon, é hicímosle su sepultura y lo enterramos y le pusimos una cruz, y hallamos en la faltriquera del muerto una taleguilla con muchos dados y un papel escrito, que era una memoria de donde era natural y cúyo hijo era y qué bienes tenia en Tenerife; é después, el tiempo andando, se envió aquella memoria á Tenerife; perdónele Dios, amen. Dejemos de contar cuentos, y quiero decir que luego Sandoval acordó que fuésemos á otros pueblos que agora están cerca de unas minas que descubrieron dende á tres años; y dende allí fuimos á otro pueblo que se dice Quinistan, y otro dia á hora de misa fuimos á Naco, y en aquella sazon era buen pueblo y hallámosle despoblado de aquel mismo dia; y después de nos aposentar en unos patios muy grandes, adonde habian degollado al maestre de

campo Cristóbal de Olí, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien bastecido de maíz y de frisoles y ají, y tambien hallamos un poco de sal, que era la cosa que mas deseabamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habiamos visto en toda la Nueva-España, y un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecia que la sombra del árbol refrescaba el corazon, y caia dél uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas; y aqueste pueblo en aquella sazon fué muy poblado y en buen asiento, y habia fruta de los zapotes colorados y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y dejallo hé aquí, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo el capitan Gonzalo de Sandoval comenzó á pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes reencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que mas se hizo.

Desque hubimos allegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frisoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, á los cuales Gonzalo de Sandoval halagó y dió cuentas de Castilla, y les rogó que fuesen á llamar á los demás caciques, que no se les haria enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos caciques; mas no pudo acabar con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacian bien ni mal, ni nosotros á ellos; y ansí estuvimos los primeros dias, y Cortés habia escrito á Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase á Puerto de Caballos diez soldados de los de Guacacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno, y en aquella sazon estaba yo algo malo, y dije á Sandoval que me excusase, porque estaba mal dispuesto, y él, que lo habia gana, y ansí quedé; y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenian mucha razon, porque no sabian cierto si la tierra por donde habian de ir estaba de paz. Acordó Sandoval de demandar á los caciques de Naco cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algun enojo recebia alguno de sus soldados, que les quemaria el pueblo y que les iria á buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer; y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron á Cortés, que se queria embarcar para ir á Trujillo, y se holgó con ellos, y supo cómo quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos á un Diego de Godoy por su capitan, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los mas de los que solian ser de Gil Gonzalez de Avila y de los nuevamente venidos de las islas; y de que Cortés se hubo embarcado y su teniente Godoy quedó en la villa, con los soldados que mas sanos tenia hacia entradas en los pueblos comarcanos, é trujo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los mas dellos dolientes y se morian cada dia, no hacian cuenta dellos, y á esta causa no les acudian con comida, ni ellos eran para íllo á buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos dias se murieron la mitad dellos, y se despoblaron otros tres dellos, que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y dejallo he aquí en este estado, y volveré á Naco, que, como Sandoval habia visto que no se querian venir á poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, aunque los enviaba á llamar muchas veces, y á los demás pueblos comarcanos, no venian ni hacian cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen; y fuimos luego á unos pueblos que se decian Girimonga y Aculaco, y á otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron á dar la obediencia á su majestad, y luego fuimos á Quizmitan y á otro pueblo de la sierra, y ansimesmo vinieron; por manera que todos los indios de aquella comarca venian de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna mas de lo que ellos querian dar, no tenian pesadumbre de venir, y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que agora se dice Puerto de Caballos. Y dejémonos esta materia, porque por fuerza tengo de volver á decir de Cortés, que fué á desembarcar al puerto de Trujillo; y porque en una sazon acaecen dos ó tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, dónde y de qué manera nosotros conquistábamos y poblábamos, como muy claramente lo habrán visto los curiosos letores; y aunque se deje por agora de decir de Sandoval y todo lo que en la provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron á recebir y se holgaron mucho con él, y de todo lo que allí hizo.

Como Cortés se hubo embarcado en el puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trujo de Méjico y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo en seis dias llegó al puerto de Trujillo; y cuando los vecinos que allí vivian, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron á la mar, que estaba cerca, á le recebir, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Pánuco, y fueron en dar consejo á Cristóbal de Olí para que se alzase, y los habian desterrado de Pánuco, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como se hallaban culpantes, suplicaron á Cortés que les perdonase; y Cortés con muchas caricias y ofrecimientos los abrazó á todos y los perdonó, y luego se fué á la iglesia, y después de hecha oracion, le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas y del Gil Gonzalez de Avila, y por qué causa degollaron á Cristóbal de Olí, y cómo se habian ido camino de Méjico, y cómo habian pacificado algunos pueblos de aquella provincia; y como Cortés bien lo hubo entendido, á todos los honró de palabras y con dejalles los cargos segun y de la manera que los tenian, excepto que hizo capi-

tan general de aquellas provincias á su primo Saavedra, que ansí se llamaba, lo cual tuvieron por bien; y luego envió á llamar á todos los pueblos comarcanos, y como tuvieron nueva que era el capitan Malinche, que ansí le llamaban, y sabian que habia conquistado á Méjico, luego vinieron á su llamado y le trujeron presentes de bastimentos; y cuando se hubieron juntado los caciques de cuatro pueblos mas principales, Cortés les habló con doña Marina y les dijo las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Cárlos de Austria, y que tiene muy grandes señores por vasallos, y que nos envió á estas partes para quitar sodomías y robos é idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiesen sacrificios ni robasen, ni se diesen guerra unos á otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen, y tambien venia para que diesen la obediencia á tan alto rey y señor como les habia dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabia bien decir; y los que no quisiesen venir á se someter al dominio de su majestad, que les castigaria, y aun fray Juan de las Varillas y los dos religiosos franciscos que Cortés traia les predicaron cosas muy santas y buenas, y lo que decian los frailes franciscos se lo declaraban dos indios mejicanos que sabian la lengua española, con otros intérpretes de aquella lengua: y mas les dijo, que en todo les guardaria justicia, porque ansí lo mandaba nuestro rey y señor; y porque hubo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de su majestad y que harian lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo que trujesen bastimento á aquella villa; y tambien les mandó que viniesen muchos indios y trujesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro en la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar y puerto; y tambien les mandó que fuesen en canoas á llamar tres ó cuatro pueblos que están en unas isletas que se llaman los Guanajes, que en aquella sazon estaban pobladas, y que trujesen pescado, pues que tenian mucho; y ansí lo hicieron, que dentro en cinco dias vinieron los pueblos de las isletas, y todos traian presentes de pescado y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas y un barraco que se halló en Trujillo, y de los que traia de Méjico, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltalles en las isletas sin ponerles guarda; y ansí fué como dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos y los iban á montear. Dejemos esto, pues no hace á nuestra relacion, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas; y diré que vinieron tantos indios á talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos dias se vió claramente muy bien la mar, é hicieron quince casas, y una para Cortés muy buena; y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querian venir de paz; y unos caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazon era grande pueblo, que agora está con muy poca gente ó casi ninguna, le dió á Cortés una memoria de muchos pueblos que no querian venir de paz, que estaban en grandes sierras y tenian fuerzas hechas; y luego Cortés envió al capitan Saavedra con los soldados que le pareció que convenian ir con él, y con los ocho de Guacacualco fué por su camino hasta que llegó á las poblaciones que solian estar de guerra, y salieron de paz los mas dellos, excepto tres pueblos, que no se quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acatado, y llamábanle en todas aquellas provincias el capitan Hue, Hue de Marina, que quiere decir el capitan viejo que trae á doña Marina. Dejemos á Saavedra, que está con su gente sobre los pueblos que no se querian dar, que me parece que se decian los acaltecas, y volvamos á Cortés, que estaba en Trujillo, é ya le habian adolescido los frailes franciscos y un su primo que se decia Abalos, y el licenciado Pedro Lopez, y Carranza el mayordomo y Guinea el despensero y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, ansí de los que traia como de los que halló en Trujillo, y aun el Anton de Carmona, que trujo el navío con el bastimento; y acordó de los enviar á la isla de Cuba, á la Habana, ó á Santo Domingo si viesen que el tiempo hacia bueno en la mar, y para ello les dió el un navío bien aderezado y calafateado, con el mejor matalotaje que se pudo haber; y escribió á la audiencia real de Santo Domingo y á los frailes jerónimos y á la Habana, dando cuenta cómo habia salido de Méjico en busca de Cristóbal de Olí, y cómo dejó sus poderes á los oficiales de su majestad, y del trabajoso camino que habia traido, y cómo el Cristóbal de Olí hubo preso á un capitan que se decia Francisco de las Casas, que Cortés habia enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Olí, y que tambien habia preso á un Gil Gonzalez de Avila, siendo gobernador del Golfo-Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes se concertaron y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso, le degollaron, y que al presente estaba poblando la tierra y pueblos sujetos á aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviasen soldados; que en aquella tierra de Santo Domingo no tenian con qué se sustentar; y para dar crédito que habia oro envió muchas joyas y piezas de las que traia en su recámara, é vajilla de lo que trujo de Méjico, y aun de la vajilla de su aparador, y por su capitan de aquel navío á un su primo que se decia Abalos, y le mandó que de camino tomase veinte y cinco soldados que habia dejado un capitan, que tuvo nueva que andaba á saltear indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que ansí se llamaba, unas veces con buen tiempo é otras con contrario, pasaron adelante de la Punta de Sant-Anton, que está junto á las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta ó setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitan Abalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron á la Habana, y dende allí fué la fama volando por toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos, y en pocos dias fué la nueva á Santo Domingo,

porque el licenciado Pedro Lopez, médico que iba allí, que escapó en una tabla, escribió á la real audiencia de Santo Domingo en nombre de Cortés, y todo lo acaecido, y cómo estaba poblando en Trujillo, y que habia menester bastimento y vino y caballos, y que para lo comprar traian mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y como aquella nueva se supo, todos se alegraron, porque ya habia fama, é lo tenian por cierto, que Cortés y todos nosotros sus compañeros éramos muertos; las cuales nuevas supieron en la Española de un navío que fué de la Nueva-España; y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando Cortés las provincias que dicho tengo, luego los oidores y mercaderes comenzaron de cargar dos navíos viejos con caballos y potros, y camisas y bonetes y cosas de bujerías, y no trujeron cosa de comer, sino una pipa de vino, ni fruta, salvo los caballos y todo lo demás de tarabusterías, entre tanto que se armaban los navíos para venir, que aun no habian llegado al puerto. Quiero decir que como Cortés estaba en Trujillo, se le vinieron á quejar ciertos indios de las islas de los Guanajes, que seria de allí ocho leguas, y dijeron que estaba ancleado un navío junto á su pueblo, y el batel del navío lleno de españoles con escopetas y ballestas, y que les querian tomar por fuerza sus maceguales, que se dice entre ellos vasallos, y que á lo que han entendido, son robadores, y que ansí les tomaron los años pasados muchos indios, y los llevaron presos en otro navío como aquel que estaba surto; y que enviase Cortés á poner cobro en ello; y como Cortés lo supo, luego mandó armar un bergantin con la mejor artillería que habia y con veinte soldados y con buen capitan, y les mandó que en todo caso tomasen el navío que los indios decian, y se lo trujesen preso con todos los españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de su majestad; y mandó á los indios que armasen sus canoas, y con varas y flechas que fuesen junto al bergantin, y que ayudasen á prender aquellos hombres, y para ello dió poder al capitan. Pues yendo con su bergantin armado y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas, como los del navío que estaba surto los vieron ir á la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantin; y después se alcanzó á saber que era un bachiller Moreno, que habia enviado la audiencia real de Santo Domingo á cierto negocio á Nombre de Dios, y parece ser descayeron del viaje, ó vino de hecho sobre cosa pensada á robar los indios de los Guanajes. Y volvamos á Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré á decir lo que á Sandoval le acaeció en Naco.

CAPITULO CLXXXIV.

Cómo el capitan Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, prendió á cuarenta soldados españoles y á su capitan, que venian de la provincia de Nicaragua, y hacian muchos daños y robos á los indios de los pueblos por donde pasaban.

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los mas pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro caciques de dos pueblos que se decian Quecuspan y Tanchinalchapa, y dijeron que estaban en sus pueblos muchos españoles de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas é hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro, de lo cual hubo gran enojo el Sandoval; y preguntando que qué tanto seria de allí donde estaban, dijeron que en un dia llegariamos; y luego nos mandó apercebir á los que habiamos de ir con él, lo mejor que podiamos, con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres; y llegados á los pueblos donde estaban los soldados, les hallamos muy de reposo, sin pensamiento que los habiamos de prender; y como nos vieron ir de aquella manera, se alborotaron y echaron mano á las armas, y de presto prendimos al capitan y á otros muchos dellos, sin que hubiese sangre ni de una parte ni de otra; y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas, si les parecia bien andar robando á los vasallos de su majestad, y si seria buena conquista y pacificacion aquella; y unos indios é indias que traian en collares se los hizo sacar dellos y se los dió á los caciques de aquel pueblo, y á los demás mandó que se fuesen á sus tierras, que era cerca de allí. Pues como aquello fué hecho, mandó al capitan que allí venia, que se decia Pedro de Garro, que él y sus soldados fuesen presos y se fuesen con nosotros al pueblo de Naco, y caminamos con ellos; y traian los soldados muchas indias de Nicaragua, y algunas dellas hermosas, é indias naborias que tenian en su servicio, y todos los mas dellos traian caballos; y como nosotros estábamos trillados y deshechos de los caminos pasados, y no teniamos indias que nos hiciesen pan, eran ellos unos condes en el servirse, segun nuestra pobreza. Pues como llegamos con ellos á Naco, Sandoval les dió posadas en partes convenibles, porque venian entre ellos ciertos hidalgos y personas de calidad; y cuando hubieron reposado un dia, y su capitan Garro vió que éramos de los de Cortés, hízose muy amigo de Sandoval y de nosotros y se holgaban con nuestra compañía; y quiero decir cómo y de qué manera é por qué causa venia aquel capitan con aquellos soldados, y es desta manera que diré: pareció ser que Pedro Arias de Avila, gobernador que fué en aquella sazon de Tierra-Firme, envió un su capitan que se decia Francisco Hernandez, persona muy principal entre ellos, á conquistar y pacificar las tierras de Nicaragua y lo mas que descubriese, y dióle copia de soldados, ansí á caballo como ballesteros, y llegó á las provincias de Nicaragua y Leon, que ansí las llaman, las cuales pacificó y pobló; y como se vió con muchos soldados y próspero, y apartado del Pedro Arias de Avila, y por consejeros que tuvo para ello, y tambien, segun entendí, un bachiller Moreno, por mí ya nombrado, que el audiencia real de Santo Domingo y los frailes jerónimos que gobernaban en las islas le habian enviado á Tierra-Firme á cierto pleito, que tengo en mi pensamiento que era sobre la muerte de Balboa, yerno de Pedro Arias, al cual degolló sin justicia cuando le hubo casado con su hija doña Isabel Arias de Peñalosa, que así se llamaba; y el bachiller Moreno dijo al capitan Francisco Hernandez que como conquistase cualquiera tierra, acudiese á nuestro rey y señor para que le hiciese gobernador de-

lla, que no hacia traicion; y que el Balboa, que degolló Pedro Arias, siendo su yerno, que fué contra toda justicia, pues que el Balboa primero envió sus procuradores á su majestad para ser adelantado; y so color destas palabras que tomó del bachiller Moreno, envió el Francisco Hernandez á su capitan Pedro de Garro para que por banda del norte le buscase puerto para hacer sabidor á su majestad de las provincias que habia pacificado y poblado, para que le hiciese merced que él fuese gobernador dellas, pues estaban tan apartadas de la gobernacion de Pedro Arias. E viniendo que venia el Pedro de Garro para aquel efeto, le prendimos, como dicho tengo. Y como el Sandoval entendió el intento á lo que venian, platicó con el Garro y el Garro con él secretamente, y diese órden que lo hiciésemos saber á Cortés, que estaba en Trujillo; y que el Sandoval tenia por cierto que Cortés le ayudaria para que quedase el Francisco Hernandez por gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envian Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros y los otros cinco del Garro, para que costa á costa fuesen á Trujillo con las cartas, porque allí residia Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y llevaron sobre veinte indios de Nicaragua de los que trujo Garro para que les ayudasen á pasar los rios, é yendo por sus jornadas, no pudieron pasar el rio de Pichin ni otro que se decia Balama, porque venian muy crecidos, y á cabo de quince dias vuelven los soldados á Naco sin hacer cosa ninguna de lo que les fué mandado; de lo cual hubo tanto enojo el Sandoval, que de palabra trató mal al que iba por caudillo; y luego sin mas tardar ordena que vaya por la tierra adentro el capitan Luis Marin con diez soldados, los cinco de Garro y los demás de los nuestros, é yo fui con ellos, y fuimos todos á pié y atravesamos muchos pueblos que estaban de guerra; y si hubiese de escribir por extenso los grandes trabajos y reencuentros que con indios de guerra tuvimos, y los rios y ancones que pasamos en barcas y á nado, y la hambre que algunos dias tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que habia dia que pasábamos tres rios caudalosos en barcas y á nado; y como llegamos á la costa, hubo muchos esteros, donde habia lagartos; y en un rio que se dice Xagua, que está del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos dias en el pasar en barcas, segun venia de recio, y allí hallamos calaveras y huesos de siete caballos que se habian muerto de mala yerba que habian pacido, y fueron de los de Cristóbal de Olí; y de allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través, y de allí fuimos en cuatro dias á un pueblo que se dice Quemara, y salieron muchos indios de guerra contra nosotros, y traian unas lanzas grandes y gordas, que con sus rodelas mandaban con la mano derecha y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venian á juntar pié con pié, y con las ballestas que llevábamos y á cuchilladas nos dieron lugar que pasásemos adelante, y allí hirieron dos de nuestros soldados; y estos indios que he dicho que salieron de guerra no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros capitanes, que les ibamos á robar sus indios. Dejemos de contar trabajos pasados, y digo que en otros dos dias de camino llegamos á Trujillo, y antes de entrar en él, que seria hora de vísperas, vimos á cinco de á caballo, y era Cortés y otros caballeros, que se habian salido á pasear por la costa, y cuando nos vieron de léjos no sabian qué cosa nueva podia ser; y como nos conoció Cortés, se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino á abrazar, y nosotros á él, y nos dijo: «¡Oh hermanos y compañeros mios, qué deseo tenia de veros y saber qué tales estábades!» Y estaba tan flaco, que hubimos lástima de verle; porque, segun supimos, habia estado á punto de morir de calenturas y tristeza que en sí tenia, y aun en aquella sazon no sabia cosa buena ni mala de lo de Méjico; y dijeron otras personas que estaba ya tan á punto de morir, que le tenian hechos unos hábitos de san Francisco para le enterrar con ellos; y luego á pié se fué con todos nosotros á la villa, y nos aposentó y cenamos con él; y tenia tanta pobreza, que aun de cazabe no nos hartamos; y como le hubimos dado relacion á lo que veniamos, y leido las cartas sobre lo de Francisco Hernandez para que le ayudase, dijo que haria cuanto pudiese por él. Y en aquella sazon que allegamos á Trujillo habia tres dias que habian venido los dos navíos chicos con las mercaderías que enviaban de Santo Domingo, que era caballos y potros y armas viejas, y unas camisas y bonetes colorados, y cosas de poca valía, y no trujeron sino una pipa de vino, ni fruta ni cosa de provecho; que valiera mas que aquellos navíos no vinieran, segun todos nos adeudamos en comprar de aquellas bujerías. Pues estando que estábamos con Cortés dando cuenta de nuestro trabajoso camino, vieron venir en alta mar un navío á la vela, y llegado al puerto, venia de la Habana, que enviaba el licenciado Zuazo, el cual licenciado habia dejado Cortés en Méjico por alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés con una carta, la cual es esta que se sigue; y si no dijere las palabras formales que en ella venian, á lo menos diré la substancia della.

CAPITULO CLXXXV.

Cómo el licenciado Zuazo envió una carta dende la Habana á Cortés, y lo que en ella se contiene es lo que diré adelante.

Pues como hubo tomado puerto el navío que dicho tengo, un hidalgo que venia por capitan dél, cuando saltó en tierra luego fué á besar las manos á Cortés y le dió una carta del licenciado Zuazo; y después que Cortés la hubo leido, tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer á sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro dia por la mañana, que era sábado, é se confesó con fray Juan aquella noche, y le mandó que dijese misa de nuestra Señora muy de mañana, é comulgó; é después de dicha misa, nos rogó que le escuchásemos, y sabriamos nuevas de la Nueva-España, cómo echaron fama que todos éramos muertos, y cómo nos habian tomado nuestras haciendas y las habian vendido en el almoneda, y quitado nuestros indios y repartido en otros españoles, sin tener méritos, y comenzó á leer la carta, y decia ansí. E lo primero que leyó fué las nuevas que vinieron de Castilla de su padre Martin Cortés y de Ordás, y cómo el contador Albornoz le habia sido contrario en las cartas que

escribió el Albornoz á su majestad y al obispo de Búrgos, y lo que su majestad sobre ellas habia mandado proveer, de enviar al almirante de Santo Domingo con seiscientos hombres, segun ya lo tengo dicho en el capítulo que dello habla; y cómo el duque de Bejar quedó por su fiador, y puso su estado y cabeza por el Cortés y por nosotros, que éramos muy leales servidores de su majestad, y otras cosas que ya las he referido en el capítulo que dello habla; y cómo al capitan Narvaez le dieron una conquista del rio de Palmas, y que á un Nuño de Guzman le dieron la gobernacion de Pánuco, y que el obispo de Búrgos era fallecido; y en las cosas de la Nueva-España dijo que, como Cortés hubo dado en Guacacualco los poderes y provisiones al factor Gonzalo de Salazar y á Pedro Almíndez Chirinos para ser gobernadores de Méjico si viesen que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz no gobernaban bien, ansí como llegaron á Méjico el factor y veedor con sus poderes, se hicieron muy amigos del mismo licenciado Zuazo, que era alcalde mayor, y de Rodrigo de Paz, que era alguacil mayor del capitan, y de Andrés de Tapia y Jorge de Albarado, y de todos los demás conquistadores de Méjico; y cuando se vió el factor con tantos amigos de su banda dijo que el mismo factor y veedor habian de gobernar, y no el tesorero ni el contador, y sobre ello hubo muchos ruidos y muertes de hombres, los unos por favorecer al factor y al veedor, y otros por ser amigos del tesorero y el contador; de manera que quedaron con el cargo de gobernadores el factor y veedor, y echaron presos á los contrarios, tesorero y contador, y á otros muchos que fueron en su favor, y cada dia habia cuchilladas y revueltas, y que los indios que vacaban los daban á sus amigos, aunque no tenian méritos; y que al licenciado Zuazo que no le dejaban hacer justicia, y que al Rodrigo de Paz le habia echado preso porque le iba á la mano, y que el mismo licenciado Zuazo los volvió á concertar y hacer amigos, ansí al factor é tesorero y contador é á Rodrigo de Paz, y que estuvieron ocho dias en concordia, y que en esta sazon se levantaron ciertas provincias que se decian los zapotecas y minxes, y un pueblo y fortaleza do habia un gran peñol que se dice Coatlan, y que enviaron á él muchos soldados de los que habian venido nuevamente de Castilla y de otros que no eran conquistadores, y envió por capitan dellos al veedor Chirinos, y que gastaban muchos pesos de oro de las haciendas de su majestad y lo que estaba en su real caja, y que llevaban tantos bastimentos al real donde estaban, que todo era veetrías y juegos de naipes, y que á los indios no se les daba por ellos cosa ninguna, y que de repente de noche se salian los indios del peñol y daban en el real del veedor, y le mataron ciertos soldados y le hirieron otros muchos, y á esta causa envió el factor con el mismo cargo á un capitan de los de Cortés, que se decia Andrés de Monjaraz, para que estuviese en compañía del veedor, porque este Monjaraz se habia hecho muy amigo del factor, y en aquella sazon estaba tullido el Monjaraz de bubas, que no era para hacer cosa que buena fuese, y los indios estaban muy vitoriosos, y que Méjico estaba cada dia para se alzar; y que el factor procuró por todas vias de enviar oro á Castilla á su majestad é al comendador mayor de Leon don Francisco de los Cóbos; porque en aquella sazon echó fama el factor que Cortés y todos nosotros éramos muertos en poder de indios, en un pueblo que se dice Xicalango, y en aquel tiempo habia venido de Castilla Diego de Ordás, que es el que Cortés hubo enviado por procurador de la Nueva-España, y lo que procuró fué para él una encomienda de Santiago, y trujo por cédula de su majestad sus indios y unas armas del volcan que está cabe Guaxocingo, y que como llegó á Méjico, dijo el Ordás que queria ir á buscar á Cortés, y esto fué porque vió las revueltas y zizañas, y que se hizo muy amigo del factor, y fué por la mar á ver si era vivo ó muerto Cortés, con un navío grande y un bergantin, y fué costa á costa hasta que llegó á un pueblo que se dice Xicalango, adonde habian muerto al Simon de Cuenca y al capitan Francisco de Medina y á los españoles que consigo estaban, segun mas largo lo tengo escrito en el capítulo que dello habla; y como aquella nueva supo el Ordás, se volvió á la Nueva-España, y sin desembarcar en tierra escribió al factor con unos pasajeros, que tiene por ciertó que Cortés es muerto. Y como echó esta nueva el Ordás, en el mismo navío que fué en busca de Cortés, luego atravesó la isla de Cuba á comprar becerras y yeguas. Y cuando el factor vió la carta de Ordás, la anduvo mostrando en Méjico á unos y á otros, y echó fama que era muerto Cortés y todos los que con él fuimos, é se puso luto, é hizo hacer un túmulo é monumento en la iglesia mayor de Méjico, é hizo las honras por Cortés; y luego se hizo pregonar con trompetas y atabales por gobernador y capitan general de la Nueva-España, y mandó que todas las mujeres que se habian muerto sus maridos en compañía de Cortés, que hiciesen bien por sus almas y se casasen, y aun lo envió á decir á Guacacualco é á otras villas; é porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decia Juana de Mansilla, no se quiso casar, y dijo que su marido y Cortés y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los conquistadores viejos personas de tan poco ánimo como los que estaban en el peñol de Coatlan con el veedor Chirinos, porque los indios les daban guerra, y no ellos á los indios, y que tenia esperanza en Dios que presto veria á su marido Alonso Valiente y á Cortés y á todos los mas conquistadores viejos de vuelta para Méjico, y que no se queria casar; porque dijo estas palabras la mandó el factor azotar por las calles públicas de Méjico, por hechicera; y tambien, como hay en este mundo hombres traidores aduladores, y era uno dellos uno que le teniamos por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro, dijo al factor delante otras muchas personas que estaba malo de espanto porque, yendo una noche pasada cerca del Taltelulco, que es la iglesia de señor Santiago, donde solia estar el ídolo mayor, que se decia Huichilóbos, que vió en el patio que se ardian en vivas llamas el alma de Cortés y de doña Marina é la del capitan Sandoval, é que de espanto dello estaba muy malo. Tambien vino otro hombre que no nombro, que tambien le tenian en buena reputacion, é dijo al factor que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas, y que decian los indios que era el alma de doña Marina y la de Cortés; y todas eran mentiras y traiciones, sino

por se congraciar con el factor dijéron aquello, ó el factor se lo mandó decir. Y en aquel tiempo habia llegado á Méjico Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, que son los capitanes por mí muchas veces nombrados, que degollaron á Cristóbal de Olí; y de que el de las Casas vió aquellas revueltas y que el factor se habia hecho pregonar por gobernador, dijo públicamente que era mal hecho, y que no se habia de consentir tal cosa, porque Cortés era vivo, y que él ansí lo creia, é que ya que eso fuese, lo cual Dios no permitiese, que para gobernador, que mas persona y caballero y mas méritos tenia Pedro de Albarado que no el factor, y que le enviasen á llamar al Pedro de Albarado; y secretamente su hermano Jorge de Albarado y aun el tesorero y otros vecinos mejicanos le escribieron para que se viniese en todo caso á Méjico con todos los soldados que tenia, y que procurarian de le dar la gobernacion hasta saber si Cortés era vivo, y enviar á hacer saber á su majestad si fuese servido mandar otra cosa; é que ya que el Pedro de Albarado con aquellas cartas se venia para Méjico, tuvo temor del factor, segun las amenazas le envió á decir al camino que le mataria; é como supo que habian ahorcado á Rodrigo de Paz y preso al licenciado Zuazo, se volvió á su conquista; y en aquel tiempo que habia recogido el factor cuanto oro pudo haber en Méjico y Nueva-España, para hacer con ello mensajero á su majestad, y enviar con ello á un su amigo que se decia Peña con sus cartas secretas, y el Francisco de las Casas y el licenciado Zuazo y Rodrigo de Paz se lo contradijeron, y aun tambien el tesorero y contador, que hasta saber nuevas ciertas si Cortés era vivo, que no hiciese relacion que era muerto, pues no lo tenian por cierto, y que si oro queria enviar á su majestad de sus reales quintos, que era muy bien, mas que fuese juntamente con parecer y acuerdo del tesorero y contador, y no solo en su nombre; y porque lo tenian ya en los navíos y para hacerse á la vela con ello, fué el de las Casas con mandamientos del alcalde mayor Zuazo y con favor de Rodrigo de Paz y de los demás oficiales de la hacienda de su majestad y conquistadores, que detuviesen el navío hasta que escribiesen á nuestro rey de la manera que estaba la Nueva-España; porque, segun pareció, el factor no consentia que otras personas escribiesen, sino solamente sus cartas; y después que el factor vió que el de las Casas y el licenciado no eran buenos amigos y le iban á la mano, luego los mandó prender, é hizo proceso contra el Francisco de las Casas y contra el Gil Gonzalez de Avila sobre la muerte de Olí, y los sentenció á degollar, y de hecho queria ejecutar la sentencia, por mas que apelaban ante su majestad; y con gran importunidad les otorgó la apelacion, y los envió á Castilla presos con los procesos que contra ellos hizo; y hecho esto, da luego tras el mismo Zuazo, y que en justo y en creyente lo arrebataron y llevaron en una acémila al puerto de la Veracruz y le embarcaron para la isla de Cuba, diciendo que porque fuese á dar residencia del tiempo que fué en ella juez; y que al Rodrigo de Paz, que le echó preso y le demandó el oro y plata que era de Cortés, porque como su mayordomo sabia dello, diciendo que lo tenia escondido, porque lo queria enviar á su majestad, pues era de los bienes que tenia Cortés usurpados á su majestad; y porque no lo dió, pues era claro que lo tenia, sobre ello le dió tormento, y con aceite y fuego le quemó los piés y aun parte de las piernas, y estaba muy flaco y malo de las prisiones, y para morir; y no contento con los tormentos, viendo el factor que si le daba vida, que se iria á quejar dél á su majestad, le mandó ahorcar por revoltoso y bandolero, y que á todos los mas soldados y vecinos de Méjico que eran de la banda de Cortés los mandó prender, y se retrujeron en la casa de los frailes franciscos Jorge de Albarado y Andrés de Tapia; y todos los mas eran con Cortés, puesto que otros muchos conquistadores se allegaron al factor porque les daba buenos indios, y que andaban á viva quien vence, y que en la casa de la municion de las armas todas las sacó el factor y las mandó llevar á sus palacios, y que la artillería que estaba en la fortaleza y atarazanas las mandó asestar delante de sus casas, é hizo capitan dello a un don Luis de Guzman, deudo del duque de Medina-Sidonia, y puso por capitan de su guarda á un Artiaga, que ya no se me acuerda el nombre, y para guarda de su persona á un Ginés Nortes y un Pedro Gonzalez Sabiote, y otros soldados que eran de los de Cortés; y mas decia en la carta que escribió Zuazo á Cortés, que mirase que fuese luego á poner recaudo en Méjico, porque, demás de todos estos males y escándalos, habia otros peores, que habia escrito el factor á su majestad que le habian hallado en su recámara de Cortés un cuño con que marcaba el oro que los indios le traian á escondidas, é que no pagaba quinto dello; y tambien dijo que porque viese cuál andaba la cosa en Méjico, que porque un vecino de Guacacualco que vino á aquella ciudad á demandar unos indios que en aquel tiempo vacaron por muerte de otro vecino de los que estaban poblados en la villa, por muy secretamente que dijo el vecino de Guacacualco á una mujer donde posaba, que por qué se habia casado, que ciertamente era vivo su marido y todos los que fueron con Cortés, y dió causas y razones para ello; como lo supo el factor, que luego le fueron con la parlería, envió por él á cuatro alguaciles, y lo llevaron engarrafado á la cárcel, y lo queria mandar ahorcar por revolvedor, hasta que el pobre vecino, que se decia Gonzalo Hernandez, tornó á decir que, como vido llorar á la mujer por su marido, que por la consolar lo habia dicho que era vivo, mas que ciertamente todos éramos muertos; y luego le dió los indios que demandaba, y le mandó que no estuviese mas en Méjico y que no dijese otra cosa, porque le mandaria ahorcar; y mas decia en el cabo de su carta, cómo luego de á poco tiempo que habia salido de Méjico Cortés habia muerto el buen padre fray Bartolomé, que era un santo hombre, y que le habia llorado todo Méjico, y que le habian enterrado con grande pompa en señor Santiago, é que los indios habian estado todo el tiempo desque murió hasta que le enterraron sin comer bocado, é que los padres franciscos habian predicado á sus honras y enterramiento, y que habian dicho dél que era un santo varon, y que le debia mucho el Emperador, pero mas los indios; pues si al Emperador le habia dado aquellos vasallos, como Cortés y los demás conquistadores viejos, á los indios

les habia dado el conocimiento de Dios y ganado sus almas para el cielo; é que habia convertido é bautizado mas de dos mil y quinientos indios en Nueva-España, que ansí se lo habia dicho el padre fray Bartolomé de Olmedo algunas veces al tal predicador; é que habia hecho mucha falta fray Bartolomé de Olmedo, porque con su autoridad é santidad componia las disensiones é ruidos, y hacia bien á los pobres; é luego decia Zuazo que todo en Méjico estaba perdido, y acababa su carta diciendo: «Esto que aquí escribo á vuestra merced, »pasa ansí, y dejélos allá, y embarcáronme preso, y tru»jéronme con grillos aquí donde estoy.» Y después que Cortés la hubo leido, estábamos tan tristes y enojados, ansí del Cortés, que nos trujo con tantos trabajos, como del factor, y echábamosles dos mil maldiciones, ansí al uno como al otro, y se nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fué luego á encerrar á su aposento, y no quiso que le viésemos hasta mas de mediodía, y todos nosotros aun le dijimos é rogamos que luego se embarcase en tres navíos que allí estaban, y que nos fuésemos á la Nueva-España; y él nos respondió muy amorosa y mansamente, y nos dijo: «¡Oh hijos y compañeros mios, que veo por una parte aquel mal hombre del factor, que está muy poderoso, y temo cuando sepa que estamos en el puerto, no haga otras desvergüenzas y atrevimientos aun mas de lo que ha hecho, ó me mate ó ahogue ó eche preso, ansí á mí como á vuestras personas; yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios, y ha de ser solamente con cuatro ó cinco de vuestras mercedes, y tengo de ir muy secretamente á desembarcar á puerto que no sepan en Méjico de nosotros, hasta que desconocidos entremos en la ciudad; y demás desto, Sandoval está en Naco con pocos soldados, y ha de ir por tierra de guerra, en especial por Guatimala, que no está en paz. Conviene que vos, señor Luis Marin, con todos los compañeros que aquí venistes en mi busca, os volvais y os junteis con Sandoval, y se vayan camino de Méjico.» Dejemos esto, y quiero volver á decir que luego que Cortés escribió al capitan Francisco Hernandez, que estaba en Nicaragua, que fué el que enviaba á buscar puerto con el Pedro de Garro, y se le ofreció Cortés que haria por él todo lo que pudiese, y le envió dos acémilas cargadas de herraje, porque sabia que tenia falta dello, y tambien le envió herramientas de minas, y ropas ricas para su vestir, y cuatro tazas y jarros de plata de su vajilla, y otras joyas de oro; lo cual entregó á un hidalgo que se decia Fulano de Cabrera, que fué uno de los cinco soldados que fueron con nosotros en busca de Cortés; y este Cabrera fué después capitan de Venalcázar, y fué muy esforzado capitan y extremado hombre por su persona, natural de Castilla la Vieja; el cual fué maestre de campo de Blasco Nuñez Vela, é murió en la misma batalla que murió el Virey. Quiero dejar cuentos viejos, y quiero decir que como yo vi que Cortés se habia de ir á la Nueva-España por la mar, le fuí á pedir por merced que en todo caso me llevase en su compañía, y que mirase que en todos sus trabajos y guerras me habia hallado siempre á su lado y le habia ayudado, y que agora era tiempo que yo conociese dél si tenia respeto á los servicios que yo le habia hecho, y amistad y ruego presente. Entonces me abrazó y me dijo: «Pues si os llevo conmigo, ¿quién irá con Sandoval? Ruégoos, hijo, que vais con vuestro amigo Sandoval; que yo os prometo y empeño estas barbas yo os haga muchas mercedes, que bien os lo debo antes de ahora.» En fin, no aprovechó cosa ninguna, que no me dejó ir consigo. Tambien quiero decir cómo estando que estábamos en aquella villa de Trujillo, un hidalgo que se decia Rodrigo Mañueco, maestresala de Cortés, hombre de palacio, por dar contento y alegría á Cortés, que estaba muy triste, y tenia razon, apostó con otros caballeros que subiria armado de todas armas á una casa que nuevamente habian hecho los indios de aquella provincia para Cortés, segun lo he declarado en el capítulo que dello habla, las cuales casas estaban en un cerro algo alto; y subiendo armado, reventó al subir de la cuesta, y murió dello; y ansimismo, como vieron ciertos hidalgos de los que halló Cortés en aquella villa que no les dejaba cargos, como ellos quisieran, estaban revolviendo bandos, é Cortés lo apaciguó con decir que los llevaria en su compañía á Méjico, é que allá les daria cargos honrosos. Y dejémoslo aquí, y diré lo que Cortés mas hizo, y es, que mandó á un Diego de Godoy, que habia puesto por capitan en el Puerto de Caballos, con ciertos vecinos que estaban malos, y no se podian valer de pulgas y mosquitos y no tenian con qué se mantener, que todas estas miserias tenian, que se pasasen á Naco, pues era buena tierra, é que nosotros nos fuésemos con el capitan Luis Marin camino de Méjico, é si hubiese lugar, que fuésemos á ver la provincia de Nicaragua, para demandalla á su majestad en gobernacion el tiempo andando, si aportase á Méjico; y después que Cortés nos abrazó y nosotros á él, y le dejamos embarcado, se fué á la vela para su via de Méjico, y nosotros partimos para Naco, y muy alegres en saber que habiamos de caminar la via de Méjico; y con muy gran trabajo é falta de comida llegamos á Naco, y Sandoval se holgó con nosotros, y cuando llegamos, ya el Pedro de Garro, con todos sus soldados, se habia despedido del Sandoval, y se fué muy gozoso á Nicaragua á dar cuenta á su capitan Francisco Hernandez de lo que habia concertado con Sandoval; y luego otro dia que llegamos á Naco nos partimos y fuimos camino de Méjico, y los soldados de la compañía de Garro que habian ido con nosotros á Trujillo se fueron camino de Nicaragua con el presente y carta que Cortés enviaba á Francisco Hernandez. Dejaré de decir de nuestro camino, y diré lo que sobre el presente sucedió á Francisco Hernandez con el gobernador Pedro Arias de Avila.

CAPITULO CLXXXVI.

Cómo fueron por la posta dende Nicaragua ciertos amigos del Pedro Arias de Avila á hacelle saber cómo Francisco Hernandez, que envió por capitan á Nicaragua, se carteaba con Cortés y se le habia alzado con las provincias de Nicaragua, y lo que sobre ello Pedro Arias hizo.

Como un soldado que se decia Fulano Garabito, y un compañero, y otro que se decia Zamorano eran íntimos amigos de Pedro Arias de Avila, gobernador de Tierra-Firme, vieron que Cortés habia enviado presentes á Francisco Hernandez, y habian entendido que Pedro

de Garro y otros soldados hablaban secretamente con el Francisco Hernandez, y tuvieron sospecha que queria dar aquellas provincias é tierras á Cortés; y demás desto, el Garabito era enemigo de Cortés, porque siendo mancebos, en la isla de Santo Domingo el Cortés le habia acuchillado sobre amores de una mujer; y cómo el Pedro Arias lo alcanzó, por cartas y mensajeros, á saber, viene mas que de pase con gran copia de soldados á pié y á caballo, y prende al Francisco Hernandez; é ya el Pedro de Garro, como alcanzó á saber que venia el Pedro Arias, y muy enojado contra él, de presto se huyó y se vino á nosotros, y si el Francisco Hernandez quisiera venir, tiempo tuvo para hacer lo mismo, y no quiso, creyendo que Pedro Arias lo hiciera de otra manera con él, porque habian sido muy grandes amigos; y después que el Pedro Arias hubo hecho proceso contra el Francisco Hernandez, y halló que se le alzaba por sentencia, le degolló en la misma villa donde estaba poblando, y en esto paró la venida de Garro y los presentes de Cortés. Y dejarlo he aquí, y diré cómo Cortés volvió al puerto de Trujillo con tormenta, y lo que mas pasó.

CAPITULO CLXXXVII.

Cómo yendo Cortés por la mar la derrota de Méjico tuvo tormenta, y dos veces tornó arriba al puerto de Trujillo, y lo que allí le avino.

Pues como dicho tengo en el capítulo pasado que Cortés se embarcó en Trujillo para ir á Méjico, pareció ser tuvo tormentas en la mar, unas veces con viento contrario, é otra vez se le quebró el mástil del trinquete y mandó arribar á Trujillo; y como estaba flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar, y muy temeroso de ir á la Nueva-España, por temor no le prendiese el factor, parecióle que no era bien ir en aquella sazon á Méjico; y desembarcado en Trujillo, mandó á fray Juan, que se habia embarcado con Cortés, que dijese misas al Espíritu Santo é hiciese procesion y rogativas á nuestro Señor Dios y á santa María nuestra Señora la Vírgen, que le encaminase lo que mas fuese para su santo servicio; y pareció ser el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje, sino que conquistase y poblase aquellas tierras; y luego sin mas dilacion envió por la posta á mata-caballo tres mensajeros tras nosotros, que íbamos camino de Méjico, é nos envió sus cartas rogándonos que no pasásemos mas adelante, y que conquistásemos y poblásemos la tierra, porque el santo Angel de su guarda se lo ha alumbrado y puesto en el pensamiento, y que él ansí lo piensa hacer. Y cuando vimos la carta y que tan de hecho lo mandaba, no lo pudimos sufrir y le echábamos mil maldiciones, y que no hubiese ventura en todo cuanto pusiese mano, pues ansí nos habia echado á perder; y demás desto, dijimos todos á una al capitan Sandoval que si queria poblar, que se quedase con los que quisiese, que harto conquistados y perdidos nos traia, y que jurábamos que no le habiamos de aguardar mas, sino irnos á las tierras de Méjico, que ganamos; y ansimismo el Sandoval era de nuestro parecer; y lo que con nosotros pudo acabar fué, que le escribiésemos por la posta con los mismos sus mensajeros que nos trujeron las cartas, dándole á entender nuestra voluntad; y en pocos dias recibió nuestras cartas con firmas de todos; y las respuestas que á ellas nos dió, fué ofrecerse en gran manera á los que quisiésemos quedar á poblar aquella tierra, y en cabo de aquella carta traia una cortapisa que decia que si no le querian obedecer como lo mandaba, que en Castilla y en todas partes habia soldados. Y de que aquella respuesta vimos, todos nos queriamos ir camino de Méjico é perdelle la vergüenza; y como aquello vió Sandoval, muy afectuosamente y con grandes ruegos nos importunó que aguardásemos algunos dias, que él en persona iria á hacer embarcar á Cortés; y le escribimos en respuesta de la carta, que ya habia de tener compasion y otro miramiento del que tiene, de habernos traido de aquella manera, y que por su causa nos han robado y vendido nuestras haciendas y tomado los indios; y los mas soldados que allí con nosotros estaban, que eran casados, dijeron que ni sabian de sus mujeres é hijos; y le suplicamos todos que luego se volviese á embarcar y se fuese camino de Méjico; porque, ansí como dice que hay soldados en Castilla y en todas partes, que tambien sabe que hay gobernadores y capitanes puestos en Méjico, é que do quiera que llegarémos nos darán nuestros indios aunque les pese, y no le estarémos á Cortés aguardando que por su mano nos los dé; y luego fué Sandoval, y llevó en su compañía á un Pedro de Saucedo el romo, y á un herrador que se decia Francisco Donaire, y llevó consigo su buen caballo, que se decia Motilla, y juró que habia de hacer embarcar á Cortés y que se fuese á Méjico. Y porque he traido aquí á la memoria del caballo Motilla, fué de mejor carrera y revuelto, y en todo de buen parecer, castaño escuro, que hubo en la Nueva-España; y tanto fué de bueno, que su majestad tuvo noticia dél, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado. Dejemos de hablar del caballo Motilla, y volvamos á decir que Sandoval me demandó á mí mi caballo, que era muy bueno, así de juego como de carrera y de camino, y este caballo hube en seiscientos pesos, que solia ser de un Abalos, hermano de Saavedra, porque otro que trujo me le mataron en una entrada de un pueblo que se dice Zulaco, que me habia costado en aquella sazon sobre seiscientos pesos; y el Sandoval me dió otro de los suyos á trueco del que le dí, que no me duró el que me dió dos meses, que tambien me lo mataron en otra guerra; y no me quedó sino un potro muy ruin que habia mercado de los mercaderes que vinieron de Trujillo, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla. Volvamos á nuestra relacion, y dejemos de contar de las averías de caballos y de mi trabajo, é que antes que Sandoval de nosotros partiese, nos habló á todos con mucho amor y dejó á Luis Marin por capitan, y nos fuimos luego á unos pueblos que se dicen Marayani, y desde allí á otro pueblo que en aquella sazon era de muchas casas, que se decia Acalteca, y que allí esperásemos la respuesta de Cortés; y en pocos dias llegó Sandoval á Trujillo, y se holgó mucho el Cortés de ver al Sandoval, y como vió lo que le escribiamos, no sabia qué consejo tomar, porque ya habia mandado á su primo Saavedra, que era capitan, que fuese con todos los soldados á pacificar los pueblos que estaban de guerra; y

por mas palabras é importunaciones que el Sandoval dijo á Cortés y Pedro de Saucedo el romo y el fray Juan de Varillas, que tambien deseaba volverse á Méjico para ver qué dejó ordenado fray Bartolomé, é si habian venido mas frailes de su hábito, nunca se quiso embarcar Cortés; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXXVIII.

Cómo Cortés envió un navío á la Nueva-España, y por capitan dél á un criado suyo que se decia Martin de Orántes, y con cartas y poderes para que gobernase Francisco de las Casas y Pedro de Albarado si ahí estuviese, y si no, el Alonso de Estrada y el Albornoz.

Pues como Gonzalo de Sandoval no pudo acabar que Cortés se embarcase, sino que todavía quiso conquistar y poblár aquella tierra, que en aquella sazon era bien poblada y habia fama de minas de oro, fué acordado por Cortés é Sandoval que luego sin mas dilacion enviase un navío á Méjico con un criado suyo que se decia Martin de Orántes, hombre diligente, que se podia fiar dél cualquier negocio de importancia, y fuese por capitan del navío, y llevó poderes para Pedro de Albarado y Francisco de las Casas, si estuviesen en Méjico, para que fuesen gobernadores de la Nueva-España hasta que Cortés fuese; y si no estaban en Méjico, que gobernase el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz, según y de la manera que les habia de antes dado el poder; y revocó los poderes del factor y veedor, y escribió muy amorosamente, así al tesorero como á Albornoz, puesto que supo de las cartas contrarias que hubo escrito á su majestad contra Cortés; y tambien escribió á todos sus amigos de los conquistadores, y mandó al Martin de Orántes que fuese á desembarcar á una bahía entre Pánuco y la Veracruz; y así se lo mandó Cortés al piloto y marineros, y aun se lo pagó muy bien, y que no echasen en tierra otra persona, salvo al Martin de Orántes, y que luego en echándolo en tierra, alzasen anclas y diesen velas y se fuesen á Pánuco. Pues ya dado uno de los mejores navíos de los tres que allí estaban, y metido matalotaje, y después de haber oido misa, dan velas, y quiere nuestro Señor dalles tan buen tiempo, que en pocos dias llegaron á la Nueva-España, y vanse derechamente á la bahía cerca de Pánuco, la cual bahía sabia muy bien el Martin de Orántes; y como saltó en tierra, dando muchas gracias á Dios por ello, luego se disfrazó el Martin de Orántes porque no le conociesen, y quitó sus vestidos, y tomó otros como de labrador, porque así le fué mandado por Cortés, y aun llevó hechos los vestidos de Trujillo, y con todas sus cartas y poderes bien liados en el cuerpo, de manera que no hiciesen bulto, iba á mas andar por su camino á pié, que era suelto peon, á Méjico, y cuando llegaba á los pueblos de indios donde habia españoles, metíase entre los indios por no tener pláticas, no le conociesen los españoles; é ya que no podia menos de tratar con españoles, no le podian conocer, porque ya habia dos años y tres meses que salimos de Méjico y le habian crecido las barbas, y cuando le preguntaban algunos cómo se llamaba, adónde iba ó venia, que acaso no podia menos de respondelles, decia que se decia Juan de Flechilla é que era labrador; por manera que en cuatro dias que salió del navío, entró en Méjico de noche y se fué á la casa de los frailes de señor san Francisco, donde halló muchos retraidos, y entre ellos á Jorge de Albarado y á Andrés de Tapia, y á Juan Nuñez de Mercado é á Pedro Moreno Medrano, y á otros conquistadores y amigos de Cortés; y como vieron al de Orántes y supieron que Cortés era vivo, y vieron sus cartas, no podian estar de placer los unos é los otros, y saltaban y bailaban; pues los frailes franciscos, y entre ellos fray Toribio Motolinea y un fray Domingo Altamirano, daban todos saltos de placer y muchas gracias á Dios por ello, y luego sin mas dilacion cierran todas sus puertas del monasterio, porque ninguno de los traidores, que habia muchos, fuesen á dar mandado ni hubiese pláticas sobre ello; y á media noche lo hacen saber al tesorero y al contador Albornoz y á otros amigos de Cortés; y así como lo supieron, sin hacer ruido, vinieron á San Francisco y vieron los poderes que Cortés les enviaba, y acordaron sobre todas cosas de ir á prender al factor; y toda la noche se les fué en apercebir amigos é armas para otro dia por la mañana le prender, porque el veedor en aquel tiempo estaba sobre el peñol de Coatlan; y como amaneció, fué el tesorero con todos los del bando de Cortés, y el Martin de Orántes con ellos, porque le conociesen y se alegrasen; y fueron á las casas del factor diciendo: «Viva, viva el Rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre, que es vivo é viene agora á esta ciudad, é yo soy su criado Orántes;» y como oian aquel ruido los vecinos, y tan de mañana oian decir «Viva el Rey», todos acudieron, como eran obligados, á tomar armas, creyendo que habia alguna otra cosa, para favorecer las cosas de su majestad; y después que oyeron decir que Cortés era vivo é vieron al Orántes, se holgaban; y luego se juntaron con el tesorero para ayudalle muchos vecinos de Méjico, porque, segun pareció, el contador no ponia en ello mucho calor; antes le pesaba y andaba doblado, hasta que el Alonso de Estrada se lo reprendió, y aun sobre ello tuvieron palabras muy sentidas y feas, que no le contentaron mucho al contador; é yendo que iban á las casas del factor, ya estaba muy apercebido; que luego lo supo, que le avisó dello el mismo contador cómo le iban á prender; y mandó asestar su artillería delante de sus casas, y era capitan della don Luis de Guzman, primo del duque de Medina-Sidonia, y tenia sus capitanes apercebidos con muchos soldados; decíanse los capitanes Artiaga y Ginés y Pedro Gonzalez; y así como llego el tesorero y Jorge de Albarado y Andrés de Tapia é Pedro Moreno, con todos los demás conquistadores, y el contador, aunque flojamente y de mala gana, con todas sus gentes, apellidando: «Aquí del Rey, y Hernando Cortés en su real nombre;» les comenzaron á entrar, unos por las azuteas, y otros por las puertas de los aposentos y por otras dos partes. Todos los que eran de la parte del factor desmayaron, porque el capitan de la artillería, que fué don Luis de Guzman, tiró por su parte, é los artilleros por la suya, y desmampararon los tiros; pues el capitan Artiaga dió priesa en se esconder, y el Ginés Nortes se descolgó y echó por unos corredores abajo; que no quedó con el factor sino Pedro Gonzalez Sabiote y otros cuatro criados del factor; y como se vió desmamparado, el mismo factor to-

mó un tizon para poner fuego á los tiros; mas diéronle tanta priesa, que no pudo mas, y allí le prendieron y le pusieron guardas, hasta que hicieron una red de maderos gruesos y le metieron dentro, y allí le daban de comer, y en esto paró la cosa de su gobernacion; y luego hicieron mensajeros á todas las villas de la Nueva-España, dando relacion de todo lo acaecido; y estando desta manera, á unas personas les placia, y á los que el factor habia dado indios y cargos les pesaba. Y fué la nueva al peñol de Coatlan y á Guazaca, donde estaba el veedor; y como lo supo él y sus amigos, fué tan grande la tristeza y pesar que tomó, que luego cayó malo, y dejó el cargo de capitan á Andres de Monjaraz, que estaba malo de bubas, ya otra vez por mí nombrado, y se vino en posta á la ciudad de Tezcuco y se metió en el monasterio de san Francisco; y como el tesorero y el contador, que ya eran gobernadores, lo supieron, le enviaron á prender allí en el monasterio; porque antes que se viniese el veedor habia enviado alguaciles con mandamientos y soldados á le prender do quiera que le hallasen, y aun á quitarle el cargo de capitan; y como supieron los alguaciles que estaba en Tezcuco, le sacaron del monasterio y le trujeron á Méjico, y le echaron en otra jaula como al factor; y luego en posta envian mensajeros á Guatimala, á Pedro de Albarado, y le hacen saber de la prision del factor y veedor; y como Cortés estaba en Trujillo, que no es muy léjos de su conquista, que fuese luego en su busca y le hiciese venir á Méjico, y le dieron cartas y relacion de todo lo por mí arriba dicho, segun y de la manera que pasó. Y demás desto, la primera cosa que el tesorero hizo, fue mandar honrar á Juana de Mansilla, que habia mandado azotar el factor por hechicera; y fué desta manera, que mandó cabalgar á caballo á todos los caballeros de Méjico, y el mismo tesorero la llevó á las ancas de su caballo por las calles de Méjico, y decia que como matrona romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta que el factor la habia hecho; y con mucho regocijo la llamaron de allí adelante doña Juana de Mansilla, y dijeron que era digna de mucho loor, pues no la pudo hacer el factor que se casase ni dijese menos de lo que primero habia dicho, que su marido y Cortés y todos éramos vivos.

CAPITULO CLXXXIX.

Cómo el tesorero, con otros muchos caballeros, rogaron á los frailes franciscos que enviasen á un fray Diego de Altamirano, que era deudo de Cortés, que fuese en un navío á Trujillo y lo hiciese venir, y lo que sucedió.

Como el tesorero y otros caballeros de la parte de Cortés vieron que convenia que luego viniese Cortés á la Nueva-España, porque ya se comenzaban bandos, y el contador no estaba de buena voluntad para que el factor ni el veedor estuviesen presos, y sobre todo, temia el contador á Cortés en gran manera cuando supiese lo que habia escrito dél á su majestad, segun lo tengo ya dicho en dos partes, en los capítulos pasados que dello hablan, acordaron de ir á rogar á los frailes franciscos que diesen licencia á fray Diego Altamirano que en un navío que le tenian presto y bien bastecido, y con buena compañía, fuese á Trujillo é hiciese venir á Cortés; porque aqueste religioso era su pariente, y hombre que antes que se metiese fraile habia sido soldado é hombre de guerra, y sabia de negocios, y los frailes lo hubieron por bien, y el fraile Altamirano, que lo tenia en voluntad. Dejemos de hablar en el viaje del fraile, que se está apercibiendo, y diré que, como el factor y veedor estaban presos, y pareció ser que, como dicho tengo otras veces, el contador andaba muy doblado y de mala voluntad, y viendo que las cosas de Cortés se hacian prósperamente; y como el factor solia tener por amigos á muchos hombres bandoleros que siempre quisieron cuestiones y revueltas, y porque tenian buena voluntad al factor y al Chirinos, porque les daban pesos de oro é indios, acordaron de se juntar muchos dellos, y aun algunas personas de calidad y de todos jaeces, y tenian concertado de soltar al factor y al veedor, y de matar al tesorero y á los carceleros; y dicen que lo sabia el contador é se holgaria mucho dello; y para ponello en efecto hablaron muy secretamente á un cerrajero que hacia ballestas, que se decia Guzman, hombre soez, que decia gracias y chocarrerías; y le dijeron muy secreto que les hiciese unas llaves para abrir las puertas de la cárcel y de las redes donde estaba el factor y el veedor, y que se lo pagarian muy bien, y le dieron un pedazo de oro en señal de la hechura de las llaves, y le previnieron y dijeron y encargaron que mirase que lo tuviesé en muy secreto; y el cerrajero dijo con palabras muy halagüeñas é alegres que le placia, y que hubiesen ellos mas secreto de lo que mostraban, pues aquel caso en que tanto iba, se lo descubrieron á él, sabiendo quién era, que no lo descubriesen á otros, y que se holgaba que el factor y veedor saliesen de la prision; y preguntándoles que quién y cuántos eran en el negocio, é adónde se habian de llegar cuando fuesen á hacer aquella buena obra, é qué dia é qué hora, y todo se lo decian muy claramente, segun lo tenian acordado; y comenzó á forjar unas llaves segun la forma de los moldes que le traian para hacerlas, y no para que las hiciese perfectas ni podrian abrir con ellas, y esto hacia adrede, porque fuesen y viniesen á su tienda á la obra de las llaves para que las hiciese buenas, y entre tanto saber mas de raíz el concierto que estaba hecho; y mientras mas se dilató la hechura de las llaves, mejor lo alcanzó á saber; y venido el dia que habian de ir con sus llaves, que ya habia hecho buenas, y todos puestos á punto con sus armas, fué el cerrajero de presto en casa del tesorero Alonso de Estrada y le da relacion dello, y sin mas dilacion, cuando lo supo el tesorero, envia secretamente á apercebir á todos los que eran del bando de Cortés, sin hacello saber al contador, y van á la casa donde estaban recogidos los que habian de soltar al factor, y de presto prenden hasta veinte hombres de los que estaban armados, y otros se huyeron, que no se pudieron haber; y hecha la pesquisa á que se habian juntado, hallóse que era para soltar á los por mí nombrados y matar al tesorero; y allí tambien se supo que el contador lo habia por bien, y cómo habia entre ellos tres ó cuatro hombres muy revoltosos y bandoleros, y en todas las zizañas y revueltas que en Méjico en aquella sazon habian pasado se habian hallado, y aun el uno dellos habia hecho fuerza á una mujer de Castilla. Después que se

hizo procéso contra ellos, el cual hizo un bachiller que se decia Ortega, que estaba por alcalde mayor y era de su tierra de Cortés, sentenció los tres dellos á ahorcar y á otros á azotar, y decíanse los que ahorcaron, el uno Pastrana y el otro Valverde y el otro Escobar, y los que azotaron no me acuerdo sus nombres; y el cerrajero se entendió por muchos dias, que hubo miedo no le matase la parcialidad del factor por haber descubierto aquello que con tanto secreto se lo dijeron. Dejemos de hablar en esto, pues que ya son muertos, y aunque vaya tan gran salto, como diré, fuera de nuestra relacion, tambien lo que agora diré viene á coyuntura, y es que, como el factor hubo enviado la nao con todo el oro que pudo haber para su majestad, segun dicho tengo en los capítulos pasados, y escribió á su majestad que Cortés era muerto, y como se le hicieron las honras, y hizo saber otras cosas que le convenian, y enviaba á suplicar á su cesárea majestad que le hiciese merced de la gobernacion; pareció ser que en la misma nao que él envió sus despachos iban otras cartas muy encubiertas, que el factor no pudo saber dellas; las cuales cartas eran para su majestad, y que supiese todo lo que pasaba en la Nueva-España y de las injusticias y cosas atroces que el factor y veedor habian hecho; y demás desto, ya tenia su majestad relacion dello por parte de la audiencia real de Santo Domingo y de los frailes jerónimos, cómo Cortés era vivo y que estaba sirviendo á su real corona en conquistar y poblar la provincia de Honduras; y de que los del real consejo de las Indias y el comendador de Leon lo supieron, lo hicieron saber á su majestad; y entonces dicen que dijo el Emperador nuestro señor. «Mal hecho ha sido todo lo que han hecho en la Nueva-España en se haber levantado contra Cortés, y mucho me han deservido; pues es vivo (téngole por tal), serán castigados por justicia los malhechores en llegando que llegue á Méjico.» Volvamos á nuestra relacion, y es, que el fraile Altamirano se embarcó en el puerto de la Veracruz, segun estaba acordado, y con buen tiempo en pocos dias llegó al puerto de Trujillo, donde estaba Cortés; y cuando los de la villa y Cortés vieron un navío poderoso venir á la vela hácia el puerto, luego pensaron lo que fué, que venia de la Nueva-España para le llevar á Méjico. Y como hubo tomado puerto, y salió el fraile á tierra muy acompañado de los que traia en su compañía, y Cortés conoció algunos dellos que habia visto en Méjico, todos le fueron á besar las manos, y el fraile le abrazó, y con palabras muy santas y buenas se fueron á la iglesia á hacer oracion, y dende allí á los aposentos, adonde el padre fray Diego Altamirano le dijo que era su primo, y le contó lo acaecido en Méjico, segun mas largamente lo tengo escrito, y lo que Francisco de las Casas habia hecho por Cortés, y cómo era ido á Castilla; todo lo cual que le dijo el fraile, lo sabia Cortés por la carta del licenciado Zuazo, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y Cortés mostró gran sentimiento dello, y dijo que, pues nuestro Señor Dios fué servido que aquello pasase, que le daba muchas gracias por ello y por estar Méjico ya en paz, y que él se queria ir luego por tierra, porque por la mar no se atrevia, porque, como se hubo embarcado la otra vez dos veces, y no pudo navegar porque las aguas vienen muy corrientes y contrarias, y habia de ir siempre con trabajo, y tambien como estaba flaco. Luego le dijeron los pilotos que en aquel tiempo era en el mes de abril, y que no hay corrientes y es la mar bonanza; por manera que acordó de embarcarse; y no se pudo hacer luego á la vela, hasta que viniese el capitan Gonzalo de Sandoval, que le habia enviado á unos pueblos que se dicen Olancho, que estaban de allí hasta cincuenta y cinco leguas, porque habia ido pocos dias habia á echar de aquella tierra un capitan de Pedro Arias de Avila, que se decia Rójas, el que habia enviado Pedro Arias á descubrir tierras y buscar minas dende Nicaragua, después que hubo degollado al Francisco Hernandez, como dicho tengo; porque, segun pareció, los indios de aquella provincia de Olancho se vinieron á quejar á Cortés cómo muchos soldados de los de Nicaragua les tomaban sus hijas y sus mujeres, y les robaban sus gallinas y todo lo que tenian; y el Sandoval fué con brevedad, y llevó sesenta hombres, y quiso prender al Rójas, y por ciertos caballeros que se metieron de por medio de la una parte y de la otra, los hicieron amigos, y aun le dió el Rójas al Sandoval un indio paje para que le sirviese; y luego en aquella sazon llegó la carta de Cortés al Sandoval para que luego sin mas dilacion se viniese con todos sus soldados, y le dió relacion de cómo vino el fraile, y todo lo acaecido en Méjico; y como lo entendió, hubo mucho placer y no via la hora que dar vuelta, y vino en posta después de haber echado de allí al Rójas; y luego Cortés, como vido al Sandoval, hubo mucho placer, é da sus instrucciones al capitan Saavedra, que quedaba por su teniente en aquella provincia, y lo que tenia de hacer; y escribió al capitan Luis Marin y á todos nosotros que luego nos fuésemos camino de Guatimala, y nos hizo saber todo lo acaecido en Méjico, segun y de la manera que aquí se hace mencion, y lo de la venida del fraile, y de la prision del factor y veedor, segun y como aquí va declarado; y tambien mandó que el capitan Godoy, que quedaba en Puerto de Caballos poblado, se pasase á Naco con toda su gente; las cuales cartas dió á Saavedra para que con gran diligencia nos las enviase, y el Saavedra no quiso encaminarlas, por malicia, y se descuidó, y supimos que de hecho no quiso dallas; que nunca supimos dellas. Y volviendo á nuestra relacion: Cortés se confesó con su confesor fray Juan, y recibió al cuerpo de Cristo una mañana, porque, como estaba tan malo, temia morirse; é se embarcó con todos sus amigos, y con buen tiempo llegó en el paraje de la Habana, y porque le hizo mejor tiempo que para la Nueva-España, fué al puerto; con el cual se holgaron todos los vecinos de la Habana sus conocidos, y tomaron refresco; y supo nuevas, de un navío que habia pocos dias que habia aportado é venido de la Nueva-España, que estaba en paz é sosegado Méjico, y que el peñol de Coatlan, como supieron los indios que en él estaban hechos fuertes y daban guerra á los españoles, que Cortés y los conquistadores éramos vivos, vinieron de paz al tesorero debajo de ciertas condiciones; y pasaré adelante.

CAPITULO CXC.

Cómo Cortés se embarcó en la Habana para ir á la Nueva-España, y con buen tiempo llegó á la Veracruz, y de las alegrías que todos hicieron con su venida.

Como Cortés hubo descansado en la Habana cinco dias, no via la hora que estar en Méjico, y luego manda embarcar toda su gente y se hacen á la vela, y en doce dias, con buen tiempo, llegó cerca del puerto de Medellin, enfrente de la isla de Sacrificios, y allí mandó anclear los navíos por aquella noche, é acordó con veinte soldados sus amigos que saltaron en tierra, y vanse á pié obra de media legua junto á San Juan de Ulúa, que así se llamaba, é quiso su ventura que toparon una arria de caballos que venia á aquel puerto de Ulúa con ciertos pasajeros para se embarcar para Castilla, é vase Cortés á la Veracruz en los caballos é mulos de la arria, que serian cinco leguas de andadura, y mandó que no fuesen ningunos á avisar cómo venia; y antes que amaneciese con dos horas llegó á la villa, y fuése derecho á la iglesia, que estaba abierta la puerta, y se metió dentro en ella con toda su compañía; y como era muy de mañana, vino el sacristan, que era nuevamente venido de Castilla, y como vió la iglesia toda llena de gente forastera, y no conocia á Cortés ni á los que con él estaban, salió dando voces á la calle, llamando á la justicia, que estaban en la iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir della; y á las voces que dió el sacristan, vino el alcalde mayor é otros alcaldes ordinarios, con tres alguaciles é otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente y comenzaron á decir con palabras airadas que saliesen de la iglesia; y como Cortés estaba flaco del camino, no le conocieron hasta que le oyeron hablar, é por los hábitos blancos conocieron á fray Juan de las Varillas, aunque él los traia bien sucios de la mar; y como vieron que era Cortés, vanle todos á besar las manos y dalle la buena venida; pues á los conquistadores que vivian en aquella villa Cortés los abrazaba y los nombraba por sus nombres, qué tales estaban, y les decia palabras amorosas; y luego se dijo misa, y le llevaron á aposentar en las mejores casas que habia de Pedro Moreno Medrano, y estuvo allí ocho dias, y le hicieron muchas fiestas y regocijos, y luego por la posta envian mensajeros á Méjico á decir cómo habia llegado; y Cortés escribió al tesorero y al contador, puesto que supo que no era su amigo el contador, y á todos sus amigos y al monasterio de San Francisco; de las cuales nuevas todos se alegraron; y como lo supieron todos los indios de la redonda, tráenle presentes de oro y mantas, y cacao y gallinas y frutas, y luego se partió de Medellin; é yendo por su jornada, le tenian el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas é con mucho bastimento para Cortés y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mejicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa é gallinas, y todo género de frutas de la tierra que en aquella sazon habia, y le enviaron á decir que les perdone, por ser de repente su llegada, que no le envian más; que de que vaya á su ciudad harán lo que son obligados, y le servirán como á su capitan que los conquistó y los tiene en justicia; y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron á recebir con danzas y bailes y regocijos y muchos bastimentos, y desque llegó á obra de tres leguas de la ciudad de Tezcuco, que es casi aquella ciudad tamaña poblacion con sus sujetos como Méjico; de allí salió el contador Albornoz, que á aquel efeto habia venido para recibir á Cortés por estar bien con él, que le temia en gran manera; y juntó muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía y los caciques de aquella ciudad, con grandes invenciones de juegos y danzas, fueron á recebir á Cortés mas de dos leguas; con lo cual se holgó; y cuando llegó á Tezcuco le hicieron otro gran recebimiento, y durmió allí aquella noche; y otro dia de mañana fué camino de Méjico, y escribióle el tesorero y el cabildo, y todos los caballeros y conquistadores amigos de Cortés, que se detuviese en unos pueblos dos leguas de Tenustitlan, Méjico; que bien pudiera entrar aquel dia, y que lo dejase para otro dia por la mañana, porque gozasen todos del gran recebimiento que le hicieron; y salió el tesorero con todos los conquistadores y caballeros y cabildo de aquella ciudad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los mas ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos; y los caciques mejicanos por su parte con muchas maneras de invenciones de divisas y libreas que pudieron haber; y la laguna llena de canoas, é indios guerreros en ellas, segun y de la manera que solian pelear con nosotros, en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas. Fueron tantos los juegos y regocijos, que se quedarán por decir, pues en todo el dia por las calles de Méjico todo era bailes y danzas, y después que anocheció muchas lumbres á las puertas. Pues aun lo mejor quedaba por decir, que los frailes franciscos, otro dia después que Cortés hubo llegado, hicieron procesiones, dando muchos loores á Dios por las mercedes que les habia hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo á su entrada en Méjico, se fué luego al monasterio de señor san Francisco, adonde hizo decir misas, y daba loores á Dios, que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trujo á aquella ciudad; y luego se pasó á sus casas, que estaban muy bien labradas, con ricos palacios, y allí era servido y temido y tenido de todos como un príncipe; y los indios de todas las provincias le venian á ver, y le traian presentes de oro, y aun los caciques del peñol de Coatlan, que se habian alzado, le vinieron á dar la bienvenida y le trujeron presentes; y fué su entrada de Cortés en Méjico por el mes de junio, año de 1524 ó 25; y como Cortés hubo descansado, luego mandó prender á los bandoleros, y comenzó á hacer pesquisas sobre los tratos del factor y veedor; y tambien prendió á Gonzalo de Ocampo ó á Diego de Ocampo, que no sé bien el nombre de pila, que fué al que hallaron los papeles de los libelos infamatorios; y tambien se prendió á un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que llamaban cuerpo y alma del

factor; y después que los tuvo presos, tenia pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello habia, de hacer proceso contra el factor y veedor; y por sentencia los despachó, y si de presto lo hiciera, no hubiera en Castilla quien dijera: «Mal hizo Cortés;» y su majestad lo tuviera por bien hecho; y esto yo lo oí decir á los del real consejo de Indias, estando presente el señor obispó fray Bartolomé de las Casas, en el año de 1540, cuando yo allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron á flojedad.

CAPITULO CXCI.

Cómo en este instante llegó al puerto de San Juan de Ulúa, con tres navíos, el licenciado Luis Ponce de Leon, que vino á tomar residencia á Cortés, y lo que sobre ello pasó; é hay necesidad de volver algo atrás para que bien se entienda lo que agora diré.

Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante su majestad, estando la corte en Toledo; y los que dieron las quejas fueron los de la parte de Diego Velazquez, con todos los por mí nombrados, y tambien ayudaron á ellas las cartas del Albornoz; y como su majestad creyó que era verdad, habia mandado al almirante de Santo Domingo que viniese con gran copia de soldados á prender á Cortés y á todos los que fuimos en desbaratar á Narvaez; y tambien he dicho que, como lo supo el duque de Béjar don Alvaro de Zúñiga, que fué á suplicar á su majestad que hasta saber la verdad que no se creyese de cartas de hombres que estaban muy mal con Cortés; é cómo no vino el almirante, é las causas por qué; y cómo su majestad proveyó que viniese un hidalgo que en aquella sazon estaba en Toledo, que se decia el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del conde de Alcaudete, y le mandó que le viniese á tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera que en todas partes fuese sonada la justicia que sobre ello hiciese; y para que tuviese noticia de todas las acusaciones que acusaban á Cortés, trujo consigo las memorias de las cosas que habian dicho contra Cortés, é instrucciones por donde habia de tomar la residencia; y luego se puso en la jornada y viaje con tres navíos, que esto no se me acuerda bien, si eran tres ó cuatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y luego se desembarcó y se vino á la villa de Medellin; y como supieron quién era y que venia por juez á tomar residencia á Cortés, luegó un mayordomo de Cortés que allí residia, que se decia Gregorio de Villalóbos, en posta se lo hizo saber á Cortés, y en cuatro dias lo supo en Méjico; de que se admiró Cortés, que tan de repente le tomaba su venida, porque quisiera sabello mas temprano para irle á hacer la mayor honra y recebimiento que pudiera; y al tiempo que le vinieron las cartas estaba en señor San Francisco, que queria recebir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y con mucha humildad rogaba á Dios que en todo le ayudase; y como tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quién eran los que venian, y si traian cartas de su majestad; y desque vino la primera nueva dende á dos dias vinieron tres mensajeros que enviaba el licenciado Luis Ponce de Leon con cartas para Cortés, y una era de su majestad, por las cuales supo que su majestad mandaba que le tomasen residencia; y vistas las reales cartas, con mucho acato é humildad las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que recibia gran merced que su majestad le enviase quien le oyese de justicia, y luego despachó mensajeros con respuesta para el mismo Luis Ponce, con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichos que yo lo sabré decir, é que le diese aviso por cuál de los dos caminos queria venir, porque para Méjico habia un camino por una parte é otro por un atajo, para que tuviese aparejado lo que convenia para servir á criado de tan alto rey y señor; y desque el licenciado vió las cartas, respondió que venia muy cansado de la mar y que queria reposar algunos dias, y dándole muchas gracias y mercedes por la gran voluntad que mostraba. Pues como algunos vecinos de aquella villa que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trujo Cortés consigo de lo de Honduras que no estaban bien con él, que fueron de los que hubo desterrado de Pánuco, y por cartas que luego le escribieron á Luis Ponce, de Méjico, otros contrarios de Cortés, le dijeron que Cortés queria hacer justicia del factor y veedor antes que llegase á Méjico el licenciado; y mas le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrecimientos, es para saber por cuál de los dos caminos queria venir, que era para despachalle, y que no se fiase de sus palabras ni ofertas; y le dijeron otras muchas cosas de males que decian habia hecho Cortés, así á Narvaez como á Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mil mejicanos que murieron en el camino, y que un capitan que se decia Diego de Godoy, que dejó allá poblando con obra de treinta soldados, todos dolientes, que creen que serán muertos; é salió verdad así como se lo dijeron, lo de Godoy y soldados; y que le suplicaban que luego en posta fuese á Méjico, y que no curase de hacer otra cosa, é que tomase ejemplo en lo del capitan Narvaez y en lo del adelantado Garay y en lo de Cristóbal de Tapia, que no le quiso obedecer, y le hizo embarcar, é se volvió por donde vino; y le dijeron otros muchos daños y desatinos contra Cortés, por ponelle mal con él, y aun le hicieron encreyente que no le obedeceria. Y como aquello vió el licenciado Luis Ponce, é traia consigo otros hidalgos, que fueron el alguacil mayor Proaño, natural de Córdoba, y á un su hermano, y á Salazar de la Pedrada, que venia por alcaide de la fortaleza, que murió luego de dolor de costado, y á un licenciado ó bachiller que se decia Márcos de Aguilar, y á un soldado que se decia Bocanegra, de Córdoba, y á ciertos frailes de Santo Domingo, y por provincial dellos un fray Tomás Ortiz, que decian habia estado ciertos años por prior en una tierra que llamaban, no me acuerdo el nombre; y deste religioso, que venia por prior, decian todos los que venian en su compañía que era mas desenvuelto para entender en negocios que no para el santo cargo que traia. Pues volviendo á nuestra relacion, el Luis Ponce tomó consejo con estos hidalgos que traia en su compañía si iria luego á Méjico ó no, y todos le aconsejaron que no se parase ni de dia ni de noche, creyendo que era verdad lo que decian de los ma-

les de Cortés; por manera que cuando los mensajeros de Cortés llegaron con otras cartas en respuesta de las que le escribió el licenciado, y mucho refresco que le traian, ya estaba el licenciado cerca de Iztapalapa, donde se le hizo un gran recebimiento con mucha alegría y contento que Cortés tenia con su venida, y le mandó hacer un banquete muy cumplido; y después de bien servidos en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que sirvió en aquella fiesta de maestresala, que por ser cosa de apetito para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva, que si queria su merced que le sirviesen de natas y requesones; y todos los caballeros que allí comian con el licenciado se holgaron que los trujesen, y estaban muy buenas las natas y requesones, y comieron algunos tanto dellos, que se le revolvió el estómago á uno dellos y rebosó, y este porque comió demasiado dellos, y otros no tuvieron ningun sentimiento de les haber hecho mal ni daño en el estómago; y entonces dijo aquel religioso que venia por prior ó provincial, que se decia fray Tomás Ortiz, que las natas é requesones venian revueltas con rejalgar, y que él no las quiso comer por aquel temor; y otros que allí comieron dijeron que vieron comer al fraile dellas hasta hartarse, y habia dicho que estaban muy buenas; y por haber servido de maestresala el Tapia, sospecharon lo que nunca por el pensamiento le pasó. Y volvamos á nuestra relacion: que en este recebimiento de Iztapalapa no se halló Cortés, que en Méjico se quedó; mas fama hubo echadiza muy secretamente que enviaba á Luis Ponce un buen presente de tejuelos y barras de oro; esto no lo sé bien ni lo afirmo; otros dijeron que nunca tal pasó. Pues como Iztapalapa está dos leguas de Méjico, y tenia puestos hombres para que le avisasen á qué hora venia á Méjico para salirle á recebir, fué Cortés con toda la caballería que en Méjico habia, en que iban el mismo Cortés é Gonzalo de Sandoval, y el tesorero Alonso de Estrada y el contador, y todo el cabildo de Méjico y los conquistadores, y Jorge de Albarado y Gomez de Albarado, porque Pedro de Albarado en aquella sazon no estaba en Méjico, sino en Guatimala, que habia ido en busca de Cortés é de nosotros; y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habian venido de Castilla; y cuando encontraron á Luis Ponce en la calzada se hicieron grandes acatos entre él é Cortés; y el licenciado Luis Ponce en todo pareció muy bien mirado, que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dió la mano derecha y él no la queria tomar, y estuvieron en cortesías hasta que la tomó; y como entraron en la ciudad, el licenciado iba admirado de la gran fortaleza que en ella habia y de las muchas ciudades y poblaciones que habia visto en la laguna, y decia que tenia por cierto no haber habido capitan en el universo que con tan pocos soldados hubiese ganado tantas tierras ni haber tomado tan fuerte ciudad; é yendo hablando en esto, se fueron derechos al monasterio de san Francisco, adonde les dijeron misa; y después de acabada la misa, Cortés dijo al licenciado Luis Ponce que presentase las reales provisiones y entendiese en hacer lo que su majestad le mandaba, porque él tenia que pedir justicia contra el factor y veedor; y respondió que se quedase para otro dia; y de allí le llevó Cortés, acompañado de toda la caballería que le habia salido á recebir, á aposentar en sus palacios, donde le tenian todo entapizado y una muy solene comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y con tal concierto, que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al alguacil mayor Proaño y á un Bocanegra que ciertamente que parecia que Cortés en todos los cumplimientos y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor. Y dejaré de hablar destas loas, pues no hacen á nuestra relacion, y diré que otro dia fueron á la iglesia mayor, y después de dicha misa, mandó que el cabildo de aquella ciudad estuviese presente, y los oficiales de la real hacienda y los capitanes y conquistadores de Méjico; y cuando á todos los vió juntos, delante de dos escribanos, y el uno era de los del cabildo y el otro que Luis Ponce traia consigo, presentó sus reales provisiones, y Cortés con mucho acato las besó y puso sobre su cabeza, é dijo que las obedecia como mandamiento é cartas de su rey y señor, é las cumpliria pecho por tierra; y así lo hicieron todos los caballeros conquistadores y cabildo y oficiales de la real hacienda de su majestad; y después que esto fué hecho, tomó el licenciado las varas de la justicia al alcalde mayor y alcaldes ordinarios, y de la hermandad y alguaciles, y como las tuvo en su poder, se las volvió á dar, y dijo á Cortés: «Señor capitan, esta gobernacion de vuesamerced me manda su majestad que tome en mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos, mas hemos de hacer lo que nuestro rey y señor nos manda.» Y Cortés con mucho acato le dió gracias por ello, y dijo que él siempre está presto para lo que en servicio de su majestad le fuese mandado; lo cual veria muy presto, y conoceria cuán lealmente habia servido á nuestro rey y señor, por las informaciones y residencia que dél tomaria, y conoceria las malicias de algunas personas, que ya le habrán á él ido con consejos y cartas llenas de malicias; y el licenciado respondió que adonde hay hombres buenos tambien hay otros que no son tales, que así es el mundo; que á los que ha hecho buenas obras dirán bien dél, y á los que malas, al contrario; y en esto se pasó aquel dia; é otro dia, después de haber oido misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el licenciado, con mucho acato envió con un caballero á que llamase á Cortés, estando delante el fray Tomás Ortiz, que venia por prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el licenciado Luis Ponce: «Señor capitan, sabrá vuesamerced que su majestad me mandó y encargó que á todos los conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba, que se hallaron en ganar estas tierras y ciudad, y á todos los demás conquistadores que después vinieron, que les dé buenos indios en encomienda, y anteponga y favorezca algo mas á los primeros; y esto digo, porque soy informado que muchos de los conquistadores que con vuesamerced pasaron están con pobres repartimientos, y los ha dado á personas que agora nuevamente han venido de Castilla, que no tienen méritos; si así es, no le dió su majestad la gobernacion para este efeto, sino para cumplir sus reales mandos;» y Cortés

dijo que á todos habia dado indios, y que la ventura de cada uno era, que á unos cupieron buenos indios y á otros no tales, y que lo podrá emendar, pues para ello es venido, y los conquistadores son merecedores dello; y tambien le preguntó que qué era de los conquistadores que habia llevado á Honduras en su compañía, que cómo los dejaba allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta ó cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habian muerto indios, porque todos estaban muy malos; y así como lo dijeron salió verdad, como adelante diré; y que fuera bueno que, pues habian ganado aquella ciudad y la Nueva-España, que quedaran á gozar el provecho, y á los que habian nuevamente venido de Castilla aquellos llevara á conquistar y poblar; y preguntó por el capitan Luis Marin é por Bernal Díaz del Castillo y por ciertos soldados é los demás soldados que consigo llevó; é Cortés le respondió que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera á ir á tierras largas si no llevara soldados conocidos, y que presto vernian á aquella ciudad, porque ya deben de venir camino, y que en todo su merced les ayudase, y les diese buenas encomiendas de indios. Y tambien le dijo el licenciado Luis Ponce algo con palabras ásperas, que cómo habia ido contra el Cristóbal de Olí tan léjos y largos caminos sin tener licencia de su majestad, y dejar á Méjico en condicion de se perder. A esto respondió que como capitan general de su majestad, que le pareció que convenia aquello á su real servicio porque otros capitanes no se alzasen, y que dello hizo primero relacion á su majestad; y demás desto, le preguntó sobre la prision y desbarate de Narvaez, y de cómo se le perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió tan presto, y de cómo hizo embarcar á Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato; y Cortés á todo le respondió dándole razones muy buenas, de que Luis Ponce en algo parecia que quedaba contento; y todo este que le preguntaba traia por memoria de Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habian dicho en el camino, y en Méjico le habian informado dello: y como á aquestas preguntas que he dicho estaba presente el fray Tomás Ortiz, como las hubieren acabado de decir, se fué Cortés á su posada, y secretamente apartó el fraile á tres conquistadores amigos de Cortés, y les dijo que Luis Ponce queria cortar la cabeza á Cortés, porque así lo traia mandado por su majestad, é á aquel efeto le habia preguntado lo sobredicho; y aun el mesmo fraile otro dia muy de mañana de secreto se lo dijo á Cortés por estas palabras: «Señor capitan, por lo mucho que os quiero, y de mi oficio y religion es avisar en tales casos, hágoos, Señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de su majestad para os degollar.» Y cuando Cortés esto oyó, é habian pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo; y por otra parte le habian dicho que aquel fraile era de mala condicion y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que decia; y segun pareció, dijo el fraile aquellas palabras á Cortés á efeto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandado, y porque le diese por ello algunas barras de oro. Otras personas dijeron que el Luis Ponce lo dijo por metelle temor á Cortés é le echase rogadores que no le degollase; y como aquello sintió Cortés, respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrecimientos, y le dijo que antes tenia creido que su majestad, como cristianísimo rey, que le enviaria á hacer mercedes por sus muchos y buenos y leales servicios que siempre le hizo, y no se hallará deservicio ninguno que haya hecho; y que con esta confianza estaba, y que él tenia al señor Luis Ponce por persona que no saldria de lo que su majestad le mandaba; y como aquello oyó el fraile, y no le rogó que fuese su intercesor para con Luis Ponce, quedó confuso; y diré lo que mas pasó; porque Cortés jamás le dió ningunos dineros de lo que le habia prometido.

CAPITULO CXCII.

Cómo el licenciado Luis Ponce, después que hubo presentado las reales provisiones y fué obedecido, mandó pregonar residencia contra Cortés é los que habian tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra y della falleció, y lo que mas le sucedió.

Después que hubo presentado Luis Ponce las reales provisiones, con mucho acato de Cortés y el cabildo y los demás conquistadores fué obedecido; mandó pregonar residencia general contra Cortés y contra los que habian tenido cargo de justicia y habian sido capitanes; y como muchas personas que no estaban bien con Cortés, é otros que tenian justicia sobre lo que pedian, qué priesa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos, que en toda la ciudad andaban pleitos; y las demandas que le ponian, unos que no les dió partes de oro, como era obligado, é otros le demandaban que no les dió indios, conforme á lo que su majestad mandaba, y que los dió á criados de su padre Martin Cortés y á otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla. Otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habian habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se les satisfizo por quedarse con el oro. Otros demandaban afrentas de sus personas, que por mandado de Cortés les habian hecho. Volvamos á nuestra residencia, que luego que se comenzó á tomar quiso nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce, y fué desta manera, que viniendo del monasterio de señor san Francisco de oir misa, le dió una muy recia calentura, y echóse en la cama y estuvo cuatro dias amodorrido, sin tener el sentido que convenia, y todo lo mas del dia y de la noche era dormir; y como aquello vieron los médicos que le curaban, que se decian el licenciado Pedro Lopez y el doctor Ojeda y otro médico que él traia de Castilla, todos á una les pareció que se confesase y recibiese los santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad; y después de recibidos con gran humildad y contricion, hizo testamento, y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Márcos de Aguilar, que habia traido consigo desde la Española. Otros dijeron que era bachiller, y no licenciado, y que no tenia autoridad para mandar; y dejóle el poder desta manera: que todas las cosas de pleitos y debates y residencias, y la prision del factor y veedor, se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que su majestad fuese

sabidor de lo que pasaba, y que luego hiciese mensajeros en un navío á su majestad. Y ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno dia que cayó malo dió la ánima á nuestro Señor Jesucristo, y como hubo fallecido, fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores á una sintieron: como si fuera padre de todos, así lo lloraban, porque ciertamente él venia para remediar á los que hallase que derechamente habian servido á su majestad, y antes que muriese así lo suplicaba; y le hallaron en los capítulos é instrucciones que de su majestad traia, que diese de los mejores repartimientos de indios á los conquistadores, de manera que conociesen mejoría en todo; y Cortés, con todos los mas caballeros de la ciudad, se pusieron luto y le llevaron á enterrar con gran pompa á San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber: fué su enterramiento muy solene para en aquel tiempo. Oí decir á ciertos caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que, como Luis Ponce era músico y de suyo regocijado, por alegralle le iban á tañer con una vigüela y á dar música, y que mandó que le tañesen una baja, y con los piés estando en la cama hacia sentido en la boca y los meneaba hasta acabarla, y acabada, perdió el habla, que fué todo uno. Pues como fué muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, oir el murmurar que en Méjico habia de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que así habia hecho al Francisco de Garay; é quien mas lo afirmaba era fray Tomás Ortiz, ya que venia por prior de ciertos frailes que traia en su compañía, que tambien murió de modorra el mesmo prior de ahí á dos meses, él y otros frailes; y tambien quiero decir que pareció ser que en el navío en que vino el Luis Ponce, que dió pestilencia en ellos, porque á mas de cien personas que en él venian les dió modorra y dolencia, de que murieron en la mar, y después de desembarcados en la villa de Medellin murieron muchos dellos, y aun de los frailes quedaron muy pocos, y fué fama que aquella modorra cundió en Méjico.

CAPITULO CXCIII.

Cómo después que murió el licenciado Ponce de Leon comenzó á gobernar el licenciado Márcos de Aguilar, y las contiendas que sobre ello hubo, y cómo el capitan Luis Marin con todos los que veniamos en su compañía topamos con Pedro de Albarado, que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros, porque estaba la tierra de guerra, por la poder pasar sin tanto peligro.

Segun que lo habia dejado en el testamento Luis Ponce, todos los mas conquistadores que estaban mal con Cortés quisieran que fuera la residencia adelante, como le habian comenzado á tomar; y Cortés dijo que no se podia entender en él, conforme al testamento de Luis Ponce; mas que si quisiera tomársela el Márcos de Aguilar, que fuesen mucho en buen hora; y habia otra contradicion por parte del cabildo de Méjico, en que decian que no podia mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo, lo uno porque era muy viejo y caducaba, y estaba tullido de bubas y era de poco autoridad, y así lo mostraba en su persona, y no sabia las cosas de la tierra, ni tenia noticia della ni de las personas que tenian méritos; y que demás desto, que no le ternian respeto ni le acatarian, y que seria bien que para que todos temiesen, y la justicia de su majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernacion á Cortés hasta que su majestad mandase otra cosa; y el Márcos de Aguilar dijo que no saldria poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que él solo habia de gobernar, y que si querian poner otro gobernador por fuerza que no hacian lo que su majestad mandaba; y demás desto que dijo Márcos de Aguilar, Cortés temió si otra cosa se hiciese, por mas palabras que le decian los procuradores de las ciudades y villas de la Nueva-España, que procurase de gobernar y que ellos atraerian con buenas palabras al Márcos de Aguilar para ello, pues que estaba claro que estaba muy doliente, y era servicio de Dios y de su majestad; y por mas que le decian á Cortés, nunca quiso tocar mas en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase; y aunque estaba tan doliente y ético, que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenia unas cabras, que tambien bebia leche dellas; y en aquella sazon se le murió un hijo que traia consigo, de modorra, segun y de la manera que murió Luis Ponce; dejaré esto hasta su tiempo, é quiero volver muy atrás de lo de mi relacion, é diré lo que el capitan Luis Marin hizo, que quedaba con toda su gente en Naco esperando respuesta de Sandoval para saber si Cortés era embarcado ó no, y nunca habiamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para hacer embarcar á Cortés que fuese á la Nueva-España, y que nos escribiria lo que sucediese, para que nos fuésemos con Luis Marin camino de Méjico; y puesto que escribió Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta, porque el Saavedra nunca nos quiso escribir, con malicia; y fué acordado por Luis Marin y por todos los que con él veniamos que con brevedad fuésemos soldados á caballo á Trujillo á saber de Cortés, y fué Francisco Marmolejo por nuestro capitan, é yo fuí uno de los diez, y fuimos por la tierra adentro de guerra hasta llegar á Olancho, que agora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nueva de dos españoles que estaban dolientes y de un negro, cómo Cortés era embarcado pocos dias habia con los caballeros y conquistadores que consigo traia, y que le envió á llamar la ciudad de Méjico, que todos los vecinos mejicanos estaban con voluntad de le servir, y que vino un fraile francisco por él, y que su primo de Cortés, Saavedra, quedaba por capitan cerca de allí en unos pueblos de guerra; de las cuales nuevas nos alegramos, y luego escribimos al capitan Saavedra con indios de aquel pueblo de Olancho, que estaba de paz, y en cuatro dias vino respuesta del Saavedra, y nos hizo relacion de algunas cosas, y dimos muchas gracias á Dios por ello, y á buenas jornadas volvimos donde Luis Marin estaba; y acuérdome que tiramos piedras á la tierra que dejábamos atrás, y con la ayuda de Dios irémos á Méjico, é yendo por nuestras jornadas hallamos á Luis Marin en un pueblo que se dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Maniani, y hallamos en él á seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Albarado, que andaba en nuestra busca, y uno

dellos fué Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores desta ciudad de Guatimala, natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara; y cuando nos conocimos nos abrazamos los unos á los otros, y preguntando por su capitan Pedro de Albarado, dijeron que allí cerca venia con muchos caballeros, y que venian en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en Méjico, ya por mí dicho, y cómo habian enviado á llamar á Pedro de Albarado para que fuese gobernador, y la causa por qué no fué, segun he dicho en el capítulo que dello habla, fué por temor del factor; é yendo por nuestro camino, luego de ahí á dos dias nos encontramos con el Pedro de Albarado y sus soldados, que fué junto á un pueblo que se dice la Choluteca Malalaca. Pues saber decir cómo se holgó en saber que Cortés era ido á Méjico, porque excusaba el trabajoso camino que habia de llevar en su busca, fué harto descanso para todos; y estando allí en el pueblo de la Choluteca, habian llegado en aquella sazon ciertos capitanes de Pedro Arias de Avila, que se decian Garabito y Campañon, y otros que no se me acuerdan los nombres, que, segun ellos decian, venian á descubrir tierras y á partir términos con el Pedro de Albarado; y como llegamos á aquel pueblo con el capitan Luis Marin, estuvimos juntos tres dias los de Pedro Arias y Pedro de Albarado y nosotros; y desde allí envió el Pedro de Albarado á un Gaspar Arias de Avila, vecino que fué de Guatimala, á tratar ciertos negocios con el gobernador Pedro Arias de Avila, é oí decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor de Pedro de Albarado. Y volviendo á nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedro Arias, y nosotros fuimos camino de Guatimala, y antes de llegar á la provincia de Cuzcatlan, en aquella sazon llovia mucho y venia un rio que se decia Lempa muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba, y era de tal gordor, que dél se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la habia visto, y con gran trabajo estuvimos cinco dias en pasar el rio, y aun hubo mucha falta de maíz; é pasado el rio, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los chapanastiques, que era así su nombre, adonde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decia Nicuesa, é hirieron otros tres de los nuestros que habian ido á buscar de comer, y venian ya desbaratados, y les fuimos á socorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo; y esto es en la provincia donde agora está poblada la villa de San Miguel; y desde allí entramos en la provincia de Guzcatlan, que estaba de guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veniamos á unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenian los guatimaltecas unas sierras cortadas y unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar y pasar tres dias: allí me hirieron de un flechazo, mas no fué nada la herida, y luego venimos á Petapa, y otro dia dimos en este valle que llamamos del Tuerto, donde agora está poblada esta ciudad de Guatimala, que entonces todo estaba de guerra sobre pasallos con los naturales; y acuérdome que cuando veniamos por un repecho abajo comenzó á temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatimala la vieja, donde solian estar los caciques que se decian Cinacan y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escuadrones de los guatimaltecas para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos á dormir á la ciudad, y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios y ricos, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas; y desde allí nos salimos á lo llano y hicimos ranchos y chozas, y estuvimos en ellos diez dias, porque el Pedro de Albarado envió dos veces á llamar de paz á los de Guatimala y á otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los dias que he dicho, y de que no quisieron venir ningunos dellos, fuimos por nuestras jornadas largas, sin parar hasta donde Pedro de Albarado habia dejado su ejército, porque estaba todo de guerra, y estaba en él por capitan un hermano que se decia Gonzalo de Albarado. Llamábase aquella poblacion donde los hallamos Olintepeque, y estuvimos descansando ciertos dias, y luego fuimos á Soconusco, y dende allí á Teguantepeque, y entonces fallecieron en el camino dos vecinos españoles de Méjico que venian de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un cacique mejicano que se decia Juan Velazquez, capitan que fué de Guatemuz; y por la posta fuimos á Guaxaca, porque entonces alcanzamos á saber la muerte de Luis Ponce y otras cosas por mí ya dihas, y decian muchos bienes de su persona y que venia para cumplir lo que su majestad le mandaba, y no viamos la hora de haber llegado á Méjico. Pues como veniamos sobre ochenta soldados, y entre ellos Pedro de Albarado, y llegamos á un pueblo que se dice Chalco, dende allí enviamos á hacer saber á Cortés cómo habiamos de entrar en Méjico otro dia, que nos tuviesen aparejadas posadas, porque veniamos destrozados; que habia mas de dos años y tres meses que salimos de aquella ciudad. Y de que se supo en Méjico que llegábamos á Iztapalapa á las calzadas, salió Cortés con muchos caballeros y el cabildo á nos recebir; y antes de ir á parte ninguna, ansí como veniamos fuimos á la iglesia mayor á dar gracias á nuestro Señor Jesucristo, que nos volvió á aquella ciudad, y dende la iglesia Cortés nos llevó á sus palacios, adonde nos tenia aparejada una muy solene comida é muy bien servida; é ya tenia aderezada la posada de Pedro de Albarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazon estaba nombrado por alcaide della y de las atarazanas; y al capitan Luis Marin llevó Sandoval á posar á sus casas, é á mí é á otro amigo mio, que se decia el capitan Luis Sanchez, nos llevó Andrés de Tapia á las suyas y nos hizo mucha hónra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar é oro é cacao para gastar; y ansí hizo Cortés é otros vecinos de aquella ciudad á soldados amigos conocidos de los que veniamos allí. Y otro dia, después de nos encomendar á Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el capitan Luis Sanchez, y llevamos por intercesores al capitan Sandoval é Andrés de Tapia, y fuimos á ver y hablar al licenciado Márcos de Aguilar, que, como he dicho, estaba por gobernador por el poder que para

ello le dejó el licenciado Luis Ponce; y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el capitan Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relacion á Márcos de Aguilar de nuestras personas y servicios para suplicalle que nos diese indios en Méjico, porque los indios de Guacacualco no eran de provecho; y después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dió el Márcos de Aguilar, con prometimientos, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios, porque ansí lo dejó en el testamento Luis Ponce de Leon al tiempo que falleció, que todas las cosas de pleitos y vacaciones de indios de la Nueva-España se estuviesen en el estado que estaban hasta que su majestad enviara á mandar otra cosa, y que si le enviaban poder para dar indios, que nos daria de lo mejor que huviese en la tierra; y luego nos despedimos dél. En este tiempo vino de la isla de Cuba Diego de Ordás, y como fué el que hubo escrito las cartas que envió el factor diciendo que todos éramos muertos cuantos habiamos salido de Méjico con Cortés, Sandoval é otros caballeros con palabras muy desabridas le dijeron que por qué habia escrito lo que no sabia, no teniendo noticia dello, y que fueron aquellas cartas tan malas, que se hubiera de perder la Nueva-España por ellas. Y el Diego de Ordás respondió con grandes juramentos que nunca tal escribió, sino solamente que tuvo nueva, de un pueblo que se dice Xicalango, que habian venido los pilotos y capitanes y marineros de dos navíos, y se habian muerto los del un bando con el otro, y que los indios acabaron de matar á ciertos marineros que quedaban en los navíos; y que pareciesen las mismas cartas, y verian si era ansí; que si el factor las glosó é hizo otras, que no tenia culpa. Pues para saber Cortés la verdad, el factor y veedor estaban presos en las jaulas y no se atrevia á hacer justicia dellos, segun lo dejó mandado Luis Ponce de Leon; y como Cortés tenia otros muchos debates, acordó de callar en lo del factor hasta que viniese mandado de su majestad, y temió no le viniesen mas males sobre ello; y porque entonces puso demanda que le volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron y tomaron para decir misas y honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas honras con malicia, no siendo muerto, y por dar crédito á toda la ciudad que éramos muertos, é no por su alma; que pues vian que hacian bienes y honras por Cortés y por nosotros, creyesen que era verdad que éramos muertos. Y andando en estos pleitos, un vecino de Méjico, que se decia Juan de Cáceres el Rico, compró los bienes y misas que habian hecho por el alma de Cortés, que fuesen por la de Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas, y diré cómo el Diego de Ordás, como era hombre de buenos consejos, viendo que á Cortés ya no le tenian acato ni se daban nada por él después que vino Luis Ponce de Leon, y le habian quitado la gobernacion, y que muchas personas se le desvergonzaban y no le tenian en nada, le aconsejó que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino don Hernando Cortés. Tambien le dijo el Ordás que mirase que el factor fué criado del comendador mayor don Francisco de los Cóbos, que es el que manda á toda Castilla y que algun dia le habria menester al don Francisco de los Cóbos, y que el mismo Cortés no estaba bien acreditado con su majestad ni con los de su real consejo de Indias; y que no curase de matar al factor hasta que por justicia fuese sentenciado, porque habia grandes sospechas en Méjico que le queria despachar y matar en la misma jaula. Y pues viene agora á coyuntura, quiero decir, antes que mas pase adelante en esta mi relacion, por qué tan secretamente en todo lo que escribo, cuando viene á pláticas de decir de Cortés no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitan, salvo Cortés á boca llena. La causa dello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés; y en aquel tiempo aun no era marqués; porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solian tener á Julio César ó á Pompeyo, y en nuestros tiempos teniamos á Gonzalo Hernandez, por sobrenombre Gran Capitan, y entre los cartagineses Aníbal, ó de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré cómo el tesorero Alonso de Estrada en aquella sazon casó dos hijas, la una con Jorge de Albarado, hermano de don Pedro de Albarado, y la otra con un caballero que se decia don Luis de Guzman, hijo de don Juan de Saavedra, conde del Castellar; y entonces se concertó que Pedro de Albarado fuese á Castilla á suplicar á su majestad le hiciese merced de la gobernacion de Guatimala; y entre tanto que iba envió á Jorge de Albarado por su capitan á la pacificacion della; y cuando el Jorge de Albarado vino trujo consigo de camino sobre ducientos indios de Tlascala y de Cholula y mejicanos, y de Guacachula y de otras provincias que les ayudaron en las guerras. Tambien en aquella sazon envió el Márcos de Aguilar á poblar la provincia de Chiapa, y fué un caballero que se decia don Juan Enriquez de Guzman, deudo muy cercano del duque de Medina-Sidonia; y tambien envió á poblar la provincia de Tabasco, que es el rio que llaman de Grijalva, y fué por capitan un hidalgo que se decia Baltasar Osorio, natural de Sevilla; y ansimismo envió á pacificar los pueblos de los zapotecas, que están en unas muy altas sierras, y fué por capitan un Alonso de Herrera, natural de Jerez, y este capitan fué de los soldados de Cortés; y por no contar al presente lo que cada uno destos capitanes hizo en sus conquistas, lo dejaré de decir hasta que venga á tiempo y sazon; é quiero hacer relacion de cómo en este tiempo falleció el Márcos de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo para que gobernase el tesorero.

CAPITULO CXCIV.

Cómo Márcos de Aguilar falleció, y dejó en el testamento que gobernase el tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del factor ni veedor ni dar ni quitar indios hasta que su majestad mandase lo que mas en ello fuese servido, segun y de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de Leon.

Teniendo en sí la gobernacion Márcos de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy ético y doliente y malo de bubas; los médicos le mandaron que mamase á una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquella dolencia y calenturas

que le dieron falleció, y en el testamento que hizo mandó que solo gobernase el tesorero Alonso de Estrada, ni mas ni menos que tuvo el poder de Luis Ponce de Leon; y viendo el cabildo de Méjico é otros procuradores de ciertas ciudades, que en aquella sazon se hallaron en Méjico, que el Alonso de Estrada solo no podia gobernar tan bien como convenia, por causa que Nuño de Guzman, que habia dos años que vino de Castilla por gobernador de la provincia de Pánuco, se metia en los términos de Méjico y decia que eran sujetos de su provincia; é como venia furioso, é no miraba á lo que su majestad le mandaba en las provisiones que dello traia; porque un vecino de Méjico, que se decia Pedro Gonzalez de Trujillo, persona muy noble, dijo que no queria estar debajo de su gobernacion, sino de la de Méjico, pues los indios de su encomienda no eran de los de Pánuco, y por otras palabras que pasaron, sin mas ser oido, le mandó ahorcar; y demás desto, hizo otros desatinos, que ahorcó á otros españoles por hacerse temer, y no tenia acato ni se le daba nada por Alonso de Estrada el tesorero, aunque era gobernador, ni le tenia en la estima que era obligado; y viendo aquellos desatinos de Nuño de Guzman el cabildo de Méjico y otros caballeros vecinos de aquella ciudad, porque temiese el Nuño de Guzman é hiciese lo que su majestad mandaba, suplicaron al tesorero que juntamente con él gobernase Cortés, pues convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; y el tesorero no quiso, é otras personas dicen que Cortés no lo quiso acetar, porque no dijesen maliciosos que por fuerza queria señorear, y tambien porque hubo murmuraciones que tenian sospecha en la muerte de Márcos de Aguilar, que Cortés fué causa della é dió con qué murió; y lo que se concertó fué, que juntamente con el tesorero gobernase Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor y persona que se hacia mucha cuenta dél; é lo hubo por bien el tesorero; mas otras personas dijeron que si lo acetó fué por casar una hija con el Sandoval, y si se casara con ella, fuera el Sandoval muy mas estimado y por ventura hubiera la gobernacion, porque en aquella sazon no se tenia en tanta estima esta Nueva-España como agora. Pues estando gobernando el tesorero y el Gonzalo de Sandoval, pareció ser, como en este mundo hay hombres muy desatinados, que un Fulano Proaño, que dicen que se fué en aquella sazon á lo de Xalisco, huyendo de Méjico, que después fué muy rico; y el Sandoval, como gobernador que era, que habia de hacer justicia sobre ello y prender al Proaño, no lo hizo, porque se fué huyendo adonde no podia sea habido, por mucha diligencia que sobre ello puso; y puesto que claramente se supo que no podria alcanzar justicia, lo disimuló. Dejemos esto, y quiero decir que en aquellos dias que anduvieron los conciertos dichos para que Cortés gobernase con el tesorero, y pusieron al Sandoval por compañero en la gobernacion, segun ya dicho tengo, aconsejaron á Alonso de Estrada que luego por la posta fuese en un navío á Castilla é hiciese relacion dello á su majestad, y aun le indujeron que dijese que por fuerza le pusieron á Sandoval por compañero, segun ya dicho tengo, porque no quiso ni consintió que Cortés juntamente gobernase con él; y demás desto, ciertas personas, que no estaban bien con Cortés, escribieron otras cartas de por sí, y en ellas decian que Cortés habia mandado dar ponzoña á Luis Ponce de Leon y á Márcos de Aguilar, é que ansimismo al adelantado Garay, é que en unos requesones que les dieron en un pueblo que se dice Iztapalapa creian que les dieron rejalgar en ellos, y que por aquella causa no quiso comer un fraile de la órden de señor santo Domingo dellos; y todo lo que escribian de Cortés eran maldades y traiciones que le levantaron, y tambien escribieron que Cortés queria matar al factor y veedor; y en aquella sazon tambien fué á Castilla el contador Albornoz, que jamás estuvo bien con Cortés. Y como su majestad y los del real consejo de Indias vieron las cartas que he dicho que enviaron diciendo mal de Cortés, y se informaron del contador Albornoz, é lo de Luis Ponce é lo de Márcos de Aguilar, ayudó muy mal contra Cortés, é haber oido lo del desbarate del Narvaez y del Garay, y lo de Tapia y lo de Catalina Suarez la Marcayda, su primera mujer; y estaban mal informados de otras cosas, é creyeron ser verdad lo que agora escribian; luego mandó su majestad proveer que solo Alonso de Estrada gobernase, y dió por bueno cuanto habia hecho, y en los indios que encomendó; que sacasen de las prisiones y jaulas al factor y veedor y les volviesen sus bienes, y por la posta vino un navío con las provisiones; y para castigar á Cortés de lo que le acusaban, mandó que luego viniese un caballero que se decia don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, y que á costa de Cortés trujese trecientos soldados, y que si le hallase culpado le cortase la cabeza, y á los que juntamente con él habian hecho algun deservicio á su majestad, é que á los verdaderos conquistadores que les diese de los pueblos que quitasen á Cortés; y ansimismo mandó proveer que viniese audiencia real, creyendo con ella habria recta justicia. E ya que se estaba apercibiendo el comendador don Pedro de la Cueva para venir á la Nueva-España, por ciertas pláticas que después hubo en la corte, ó porque no le dieron tantos mil ducados como pedia para el viaje, y porque con el audiencia real, creyendo que lo pusieran en justicia, se estorbó su jornada, que no vino, é porque el duque de Béjar quedó por nuestro fiador otra vez. Y quiero volver al tesorero, que, como se vió tan favorecido de su majestad, é haber sido tantas veces gobernador, y agora de nuevo le mandaba su majestad gobernar solo, y aun le hicieron creer al tesorero que habian informado al Emperador nuestro señor que era hijo del Rey Católico, y estaba muy ufano, y tenia razon; é lo primero que hizo fué enviar á Chiapa por capitan á un su primo, que se decia Diego de Mazariegos, y mandó tomar residencia á don Juan Enriquez de Guzman, el que habia enviado por capitan Márcos de Aguilar, y mas robos y quejas se halló que habia hecho en aquella provincia que bienes; y tambien envió á conquistar é pacificar los pueblos de los zapotecas y minxes, y que fuesen por dos partes, para que mejor los prendiesen, á traer de paz, que fuese por la parte de la banda del norte, é envió á un Fulano de Barrios, que decian que habia sido capitan en Italia y que era muy esforzado, que nuevamente habia venido de Castilla á Méjico (no digo por Barrios el de Sevilla, el cuñado que

fué de Cortés), y le dió sobre cien soldados, y entre ellos muchos escopeteros y ballesteros. Llegado este capitan con sus soldados á los pueblos de los zapotecas, que se decian los tiltepeques, una noche salen los indios naturales de aquellos pueblos y dan sobre el capitan y sus soldados; y tan de repente dieron en ellos, que mataron al capitan Barrios y á otros siete soldados, y á todos los mas hirieron, y si de presto no tomaran las de Villadiego, y se vinieran á acoger á unos pueblos de paz, todos murieran. Aquí verán cuánto va de los conquistadores viejos á los nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa es guerra de indios ni sus astucias: en esto paró aquella conquista. Digamos agora del otro capitan que fué por la parte de Guaxaca, que se decia Figuero, natural de Cáceres, que tambien dijeron que habia sido capitan en Castilla, y era muy amigo del tesorero Alonso de Estrada, y llevó otros cien soldados de los nuevamente venidos de Castilla á Méjico, y muchos escopeteros y ballesteros y aun diez de á caballo; y como llegaron á las provincias de los zapotecas, envió á llamar á un Alonso de Herrera, que estaba en aquellos pueblos por capitan de treinta soldados, por mandado de Márcos de Aguilar en el tiempo que gobernaba, segun lo tengo dicho en el capítulo que dello hace mencion; y venido el Alonso de Herrera á su llamado, porque, segun pareció, traia poder el Figuero para que estuviese debajo de su mano, é sobre ciertas pláticas que tuvieron, ó porque no quiso quedar en su compañía, vinieron á echar mano á las espadas, y el Herrera acuchilló al Figuero y á otros tres de los soldados que traia, que le ayudaban. Pues viendo el Figuero que estaba herido y manco de un brazo, y no se atrevia á entrar en las sierras de los minxes, que eran muy altas y malas de conquistar, y los soldados que traia no sabian conquistar aquellas tierras, acordó de andarse á desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro, con que antiguamente tenian costumbre de se enterrar los principales de aquellos pueblos; y dióse tal maña, que sacó dellas sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de dos pueblos, acordó de dejar la conquista é pueblos en que estaba, y dejólos muy mas de guerra á algunos dellos que los halló, y fué á Méjico, y dende allí se iba á Castilla el Figuero con su oro; y embarcado en la Veracruz, fué su ventura tal, que el navío en que iba dió con recio temporal al través junto á la Veracruz, de manera que se perdió él y su oro y se ahogaron quince pasajeros, y todo se perdió; y en aquello pararon los capitanes que envió el tesorero á conquistar aquellos pueblos, que nunca vinieron de paz hasta que los vecinos de Guacacualco los conquistamos, y como tienen altas sierras y no pueden ir caballos, me quebranté el cuerpo, de tres veces que me hallé en aquellas conquistas; porque, puesto que en los veranos los atraiamos de paz, en entrando las aguas se tornaban á levantar y mataban á los españoles que podian haber desmandados; y como siempre les seguiamos, vinieron de paz, y está poblada una villa que dicen San Alfonso. Pasemos adelante, y dejaré de traer á la memoria desastres de capitanes que no han sabido conquistar, y digo que, como el tesorero supo que habian acuchillado á su amigo el capitan Figuero, como dicho tengo, envió luego á prender á Alonso de Herrera, é no se pudo haber, porque se fué huyendo á unas sierras, y los alguaciles que envió trujeron preso á un soldado de los que solia tener el Herrera consigo; y así como llegó á Méjico, sin mas ser oido, le mandó el tesorero cortar la mano derecha. Llamábase el soldado Cortejo, y era hijodalgo; y demás desto, en aquel tiempo un mozo de espuelas de Gonzalo de Sandoval tuvo otra quistion con otro criado del tesorero, y le acuchilló, de que hubo muy gran enojo el tesorero, y le mandó cortar la mano; y esto fué en tiempo que Cortés ni Sandoval no estaban en Méjico, que se habian ido á un gran pueblo que se dice Cornabaca, y se fueron por quitarse de bullicios y parlerías, y tambien por apaciguar ciertos encuentros que habia entre los caciques de aquel pueblo. Pues como supieron Cortés y Gonzalo de Sandoval por cartas que el Cortejo y mozo de espuelas estaban presos y que les querian cortar las manos, de presto vinieron á Méjico; y de que hallaron lo que dicho tengo, y no habia remedio en ello, sintieron mucho aquella afrenta que el tesorero hizo á Cortés y á Sandoval, y dicen que le dijo Cortés tales palabras al tesorero en su presencia, que no las quisiera oir, y aun tuvo temor que le queria mandar matar, y con este temor allegó el tesorero soldados y amigos para tener en su guarda, y sacó de las jaulas al factor y veedor para que, como oficiales de su majestad, se favoreciesen los unos á los otros contra Cortés; y de que los hubo sacado, de ahí á ocho dias, por consejo del factor y otras personas que no estaban bien con Cortés, le dijeron al tesorero que en todo caso luego desterrase á Cortés de Méjico; porque entre tanto que estuviese en aquella ciudad jamás podria gobernar bien ni habria paz, y siempre habria bandos. Pues ya este destierro firmado del tesorero, se lo fueron á notificar á Cortés, y dijo que lo cumpliria muy bien, y que daba gracias á Dios, que dello era servido, que de las tierras y ciudad que él con sus compañeros habia descubierto y ganado, derramando de dia y de noche mucha sangre de su cuerpo, y muerte de tantos soldados, que le viniesen á desterrar personas que no eran dignas de bien ninguno ni de tener los oficios que tienen, y que él iria á Castilla á dar relacion dello á su majestad y demandar justicia contra ellos; y que fué gran ingratitud la del tesorero, desconocido del bien que le habia hecho Cortés; y luego se salió de Méjico y se fué á una villa suya que se dice Cuyoacan, y dende allí á Tezcuco, y dende allí á pocos dias á Tlascala; y en aquel instante la mujer del tesorero, que se decia doña Marina Gutierrez de la Caballería, cierto digna de buena memoria por sus muchas virtudes, como supo el desconcierto que su marido habia hecho en sacar de las jaulas al factor y veedor y haber desterrado á Cortés, con gran pesar que tenia, le dijo á su marido: «Plega á Dios que por estas cosas que habeis hecho no os venga mal dello;» y le trajo á la memoria los bienes y mercedes que siempre Cortés le habia hecho, y los pueblos de indios que le dió, y que procurase de tornar á hacer amistades con él para que vuelva á la ciudad de Méjico, ó que se guardase muy bien, no le matasen; y tantas cosas le dijo, que,

segun muchas personas después platicaban, se habia arrepentido el tesorero de lo haber desterrado, y aun de haber sacado de las jaulas al factor y veedor, porque en todo le iban á la mano y eran muy contrarios á Cortés. Y en aquella sazon vino de Castilla don fray Julian Garcés, primer obispo que fué de Tlascala, y era natural de Aragon, y por honra del cristianísimo Emperador nuestro señor se llamó Carolense, y fué gran predicador, y se vino por su obispado de Tlascala; y como supo lo que el tesorero habia hecho en el destierro de Cortés, le pareció muy mal, y por poner concordia entre ellos se vino á una ciudad, ya otras veces por mí nombrada, que se dice Tezcuco; y como estaba junto á la laguna, se embarcó en dos canoas grandes, y con dos clérigos y un fraile y su fardaje se vino á la ciudad de Méjico, y antes de entrar en ella supieron su venida en Méjico, y le salieron á recebir con toda la pompa y cruces y clerecía y religiosos y cabildo, é conquistadores é caballeros y soldados que en Méjico se hallaron; y cuando el Obispo hubo descansado dos dias, el tesorero le echó por intercesor para que fuese adonde Cortés estaba en aquella sazon y los hiciese amigos, é le alzaba el destierro, y que se volviese á Méjico; y fué el Obispo y trató las amistades, y nunca pudo acabar cosa ninguna con Cortés; antes, como dicho tengo, se fué á Tezcuco ó á Tlascala muy acompañado de caballeros é otras personas, y en lo que entendia Cortés era en allegar todo el oro y plata que podia para ir á Castilla, y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos, empeñaba otras rentas é indios que le prestaban amigos; y ansimismo se aparejaban el capitan Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y llegaron y recogian todo el oro y plata que podian de sus pueblos, porque estos dos capitanes fueron en compañía de Cortés á Castilla. Pues como estaba Cortés en Tlascala, íbanle á ver muchos vecinos de Méjico y de otras villas, y soldados que no tenian encomiendas de indios, y los caciques de Méjico le iban á servir; y aun, como hay hombres bulliciosos y amigos de escándalos é novedades, le iban á aconsejar para que si se queria alzar por rey en la Nueva-España, que en aquel tiempo tenia lugar y que ellos serian en le ayudar; y Cortés echó presos á dos hombres de los que le vinieron con aquellas pláticas, y les trató mal, llamándoles de traidores, y estuvo para los ahorcar; y tambien le trujeron otra carta de otros bandoleros, que le enviaron de Méjico, y le decian lo mismo; y ésto era, segun dijeron, para tentar á Cortés ó tomarle en algunas palabras que de su boca dijese sobre aquel mal caso; y como Cortés en todo era servidor de su majestad, con amenazas dijo á los que le venian con aquellos tratos que no viniesen mas delante dél con aquellas parlerías de traiciones, que los mandaria ahorcar; y luego escribió al Obispo lo que pasaba, para que él dijese al tesorero que, como gobernador, mandase castigar á los traidores que le venian con aquellos consejos; si no, que él los mandaria ahorcar. Dejemos á Cortés en Tlascala aderezando para se ir á Castilla, y volvamos al tesorero y factor y veedor, que, ansí como venian á Cortés hombres bandoleros que deseaban ruidos y andar en bullicios, tambien iban y decian al tesorero y al factor que ciertamente Cortés estaba llegando gente para los venir á matar, aunque echaba fama qué para venir á Castilla, y á aquel efeto estaban todos los caciques mejicanos y de Tezcuco en Tlascala, y de todos los mas pueblos de alrededor de la laguna en su compañía, para ver cuándo les mandaba dar guerra. Entonces temió mucho el factor y veedor y el tesorero, creyendo que les queria matar; y para saber é inquirir si era verdad, volvieron á importunar al mismo Obispo que fuese á ver qué cosa era, y escribieron con grandes ofertas á Cortés, demandándole perdon; y el Obispo lo hubo por bueno el ir á hacer amistades, por visitar á Tlascala; y desque llegó donde Cortés estaba, después de le salir á recebir toda aquella provincia, y ver la gran lealtad y lo que habia hecho Cortés en prender los bandoleros, y las palabras que sobre aquel caso le escribió, luego hizo mensajeros al tesorero, y dijo que Cortés era muy leal caballero y gran servidor de su majestad, y que en nuestros tiempos se podia poner en la cuenta de los muy afamados servidores de la corona real, y que en lo que estaba entendiendo era aviarse para ir ante su majestad, y que podian estar sin sospecha de lo que pensaban; y tambien le escribió que tuvo mala consideracion en le haber desterrado, y que no lo acertó. Entonces diz que le dijo en la carta que le escribió: «Oh señor tesorero Alonso de Estrada, y ¡cómo ha dañado y estragado este negocio!» Dejemos esto de la carta; que no me acuerdo bien si volvió Cortés á Méjico para dejar recaudo á las personas á quien habia de dar los poderes para entender en su estado y casa é cobrar los tributos de los pueblos de su encomienda; salvo sé que dejó el poder mayor al licenciado Juan Altamirano y á Diego de Ocampo y Alonso Valiente y á Santa Cruz, burgalés, y sobre todos á Altamirano; é ya tenia llegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que era cosa muy de ver, y dos tigres, y muchos barriles de liquidámbar y bálsamo cuajado y otro como aceite, y cuatro indios maestros de jugar el palo con los piés, que en Castilla y en todas partes es cosa de ver, y otros indios bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio, al parecer como que vuelan por alto estando bailando; y llevó tres indios corcovados de tal manera, que era cosa monstruosa, porque estaban quebrados por el cuerpo y eran muy enanos; y tambien llevó indios é indias muy blancos, que con el gran blancor no veian bien; y entonces los caciques de Tlascala le rogaron que llevase en su compañía tres hijos de los mas principales de aquella provincia, y entre ellos fué un hijo de Xicotenga el viejo ciego, que después se llamó don Lorenzo de Várgas, y llevó otros caciques mejicanos; y estando aderezando su partida, le llegaron nuevas de la Veracruz que habian venido dos navíos muy buenos veleros, y en ellos le trujeron cartas de Castilla, y lo que se contenia en ellas diré adelante.

CAPITULO CXCV.

Cómo vinieron cartas á Cortés de España, del cardenal de Sigüenza don García de Loyosa, que era presidente de Indias y luego fué arzobispo de Sevilla, y de otros caballeros, para que en todo caso se fuese luego á Castilla, y le trajeron nuevas que era muerto su padre Martin Cortés; y lo que sobre ello hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado lo acaecido entre Cortés y el tesorero y el factor y veedor, é por qué cau-

su lo desterró de Méjico, y cómo vino dos veces el obispo de Tlascala á entender en amistades, y Cortés nunca quiso responder á cartas ni á cosa ninguna que le dijesen, y se apercibió para ir á Castilla; y le vinieron cartas del presidente de Indias don García de Loyosa, y del duque de Béjar y de otros caballeros, en que le decian que, como estaba ausente, daban quejas delante de su majestad, y decian en las quejas muchos males y muertes que habia hecho dar á los gobernadores que su majestad enviaba, y que fuese en todo caso á volver por su honra; y le trujeron nuevas que su padre Martin Cortés era fallecido; y como vió las cartas, le pesó mucho, ansí de la muerte de su padre como de las cosas que dél decian que habia hecho, no siendo ansí; y se puso luto, puesto que lo traia en aquel tiempo por la muerte de su mujer doña Catalina Suarez la Marcayda, é hizo gran sentimiento por su padre, y las honras lo mejor que pudo; y si mucho deseo tenia de antes de ir á Castilla, dende allí adelante se dió mayor priesa, porque luego mandó á su mayordomo, que se decia Pedro Ruiz de Esquivel, natural de Sevilla, que fuese á la Veracruz, y de dos navíos que habian llegado, que tenian fama que eran nuevos y veleros, que los comprase; y estaba apercibiendo bizcocho y cecina y tocinos y lo perteneciente para el matalotaje muy cumplidamente, como convenia para un gran señor y rico que Cortés era, y cuantas cosas se pudieron haber en la Nueva-España que eran buenas para el mar, y conservas que á Castilla vinieron; y fueron tantas y de tanto género, que para dos años se pudieran mantener otros dos navíos, aunque tuvieran mucha mas gente, con lo que en Castilla les sobró. Pues yendo el mayordomo por la laguna de Méjico en una canoa grande para ir á un pueblo que se dice Ayotcingo, que es donde desembarcan las canoas, que por ir mas presto á hacer lo que Cortés le mandaba fué por allí, y llevó seis indios mejicanos remeros y un negro, é ciertas barras de oro para comprar los navíos; y quien quiera que fué, le aguardó en la misma laguna y le mató, que nunca se supo quién ni quién no, ni pareció canoa ni indios ni el negro que la remaba, salvo que dende allí á cuatro dias hallaron al Esquivel en una isleta de la laguna, el medio cuerpo comido de aves carniceras. Sobre la muerte deste mayordomo hubo grandes sospechas, porque unos decian que era hombre que se alavaba de cosas que decia él mismo que pasaba con damas é con otras señoras, é decian otras cosas malas que diz que hacia; é á esta causa estaba malquisto, y ponian sospechas de otras muchas cosas que aquí no declaro; por manera que no se supo de su muerte, ni aun se pesquisó muy de raíz quién le mató, perdónele Dios; y luego Cortés volvió á enviar de presto á otros mayordomos para que le tuviesen aparejados los navíos é metido el bastimento é pipas de vino, y mandó dar pregones que cualesquier personas que quisieren ir á Castilla les dará pasaje y comida de baldé, yendo con licencia del Gobernador. Y luego Cortés, acompañado de Gonzalo de Sandoval y de Andrés de Tapia y de otros caballeros, se fué á la Veracruz, y como se hubo confesado y comulgado se embarcó; y quiso nuestro Señor Dios dalle tal viaje, que en cuarenta y un dias llegó á Castilla, sin parar en la Habana ni en isla ninguna, y fué á desembarcar cerca de la villa de Pálos, junto á nuestra señora de la Rávida; y como se vieron en salvamento en aquella tierra, hincan las rodillas en tierra y alzan las manos al cielo, dando muchas gracias á Dios por las mercedes que siempre les hacia; y llegaron á Castilla en el mes de diciembre de 1527 años. Y pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y á grandes alegrías hubo tristezas, que fué Dios servido dende ahí á pocos dias de le llevar desta vida en la villa de Pálos, y en la posada que estaba era de un cordonero de hacer jarcias y cables y maromas, y antes que muriese le hurtó el huésped trece barras de oro; lo cual vió el Sandoval por sus ojos que se las sacaron de una caja, porque aguardó el cordonero que no estuviese allí persona ninguna en compañía del Sandoval; é tuvo tales astucias, que envió á sus criados del Sandoval que fuesen por la posta á la Rávida á llamar á Cortés; y el Sandoval, puesto que lo vió, no osó dar voces, porque, como estaba muy debilitado y flaco y malo, temió que el cordonero, que le pareció mal hombre, no le echase el colchon ó almohada sobre la boca y le ahogase; y luego se fué el huésped á Portugal, huyendo con las barras de oro y no se pudo cobrar cosa ninguna. Volvamos á Cortés, que cuando supo que estaba muy malo el Sandoval vino luego por la posta adonde estaba, y el Sandoval le dijo la maldad que su huésped le habia hecho, y cómo le hurtó las barras de oro y se fué huyendo; en lo cual, puesto que pusieron gran diligencia para que se cobrasen, como se pasó á Portugal, se quedó con ello; y el Sandoval cada dia iba empeorando de su mal, y los médicos que le curaban le dijeron que luego se confesase y recibiese los santos Sacramentos é hiciese testamento, y él lo hizo con grande devocion, y mandó muchas mandas ansí á pobres como á monasterios, y nombró por su albacea á Cortés y heredera á una hermana ó hermanas; é la una hermana, el tiempo andando, se casó con un hijo bastardo del conde de Medellin; y como hubo ordenado su alma y hecho testamento, dió el ánima á nuestro Señor Dios, que la crió, y por su muerte se hizo gran sentimiento, y con toda la pompa que pudieron le enterraron en el monasterio de nuestra Señora de la Rávida; y Cortés, con todos los caballeros que iban en su compañía, se pusieron luto; perdónele Dios, amen. Y luego Cortés envió correo á su majestad y al cardenal de Sigüenza, y al duque de Béjar y al conde de Aguilar y á otros caballeros, é hizo saber cómo habia llegado á aquel puerto y de cómo Gonzalo de Sandoval habia fallecido, é hizo relacion de la calidad de su persona y de los grandes servicios que habia hecho á su majestad, y que fué capitan de mucha estima ansí para mandar ejércitos como para pelear por su persona; y como aquellas cartas llegaron ante su majestad, recibió alegria de la venida de Cortés, puesto que le pesó de la muerte del Sandoval, porque ya tenia noticia de su generosa persona, y ansimismo le pesó al cardenal don García de Loyosa y al real consejo de Indias; pues el duque de Béjar y el conde de Aguilar y otros caballeros se holgaron en gran manera, puesto que á todos les pesó de la muerte del Sandoval; y luego fué el duque de Béjar, juntamente con el conde de Aguilar, á dar mas relacion dello á su majestad, puesto que ya tenia la carta de Cortés, y di-

jo que bien sabia la gran lealtad de quien habia fiado, y que caballero que tan grandes servicios le habia hecho, que en todo lo demás lo habia de mostrar en lealtad, como era obligado á su rey y señor, lo cual se ha parecido bien ahora por la obra; y esto dijo el Duque porque en el tiempo que ponian las acusaciones y decian muchos males contra Cortés delante de su majestad, puso tres veces su cabeza y estado por fiador de Cortés y de los soldados que estábamos en su compañía, que éramos muy leales y grandes servidores de su majestad y dignos de grandes mercedes, porque en aquel tiempo no estaba descubierto el Pirú ni babia la fama de lo que después hubo; y luego su majestad envió á mandar que por todas las ciudades y villas por donde Cortés pasase le hiciesen mucha honra, y el duque de Medina-Sidonia le hizo gran recebimiento en Sevilla y le presentó caballos muy buenos; y después que reposó allí dos dias, fué á jornadas largas á Nuestra Señora de Guadalupe para tener novenas, y fué su ventura tal, que en aquella sazon habia allí llegado la señora doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de Leon don Francisco de los Cóbos, y habia traido en su compañía muchas señoras de grande estado, y entre ellas una señora doncella, hermana suya, que de ahí á dos años casó con el adelantado de Canaria; y como Cortés lo supo, hubo gran placer, y luego como llegó, después de haber hecho oracion delante de nuestra Señora y dado limosna á pobres y mandar decir misa, puesto que llevaba luto por su padre y su mujer y por Gonzalo de Sandoval, fué muy acompañado de los caballeros que llevó de la Nueva-España y con otros que se le habian allegado para su servicio, y fué á hacer gran acato á la señora doña María de Mendoza y á una señora doncella, su hermana, que era muy hermosa, y á todas las demás señoras que con ellas venian, y como Cortés en todo era muy cumplido y regocijado, y la fama de sus grandes hechos volaba por toda Castilla, pues plática y agraciada expresiva no le faltaba, y sobre todo, mostrarse muy franco y tener riquezas de que dar, comenzó á hacer grandes presentes de muchas joyas de oro de diversas hechuras á todas aquellas señoras, y después de las joyas, dió penachos de plumas verdes llenas de argentería de oro y de perlas, y en todo lo que dió fué muy aventajada la señora doña María de Mendoza y la señora su hermana; y después que hubo hecho aquellos ricos presentes, dió por sí sola á la señora doncella ciertos tejuelos de oro muy fino para que hiciese joyas, y tras esto, mandó dar mucho liquidámbar y bálsamo para que se sahumasen; y mandó á los indios maestros de jugar el palo con los piés, que delante de aquellas señoras les hiciesen fiesta y trujesen el palo de un pié al otro, que fué cosa de que se contentaron y aun se admiraron de lo ver; y demás de todo esto, supo Cortés que de la tierra por donde habia venido la señora doncella se le mancó una acémila, y secretamente mandó comprar dos muy buenas y que las entregasen á los mayordomos que traian cargo de su servicio; y aguardó en la villa de Guadalupe hasta que partiesen para la corte, que en aquella sazon estaba en Toledo, y fuéles acompañando y sirviendo é haciendo banquetes y fiestas, y tan gran servidor se mostró, que lo sabia muy bien hacer y representar, que la señora doña María de Mendoza le trató casamiento con su hermana; y si Cortés no fuera desposado con la señora doña Juana de Guzman, sobrina del duque de Béjar, ciertamente tuviera grandísimos favores del comendador mayor de Leon y de la señora doña María de Mendoza, su mujer, y su majestad le diera la gobernacion de la Nueva-España. Dejemos de hablar en este casamiento, pues todas las cosas son guiadas y encaminadas por la mano de Dios, y diré cómo escribió la señora doña María de Mendoza al comendador mayor de Leon, su marido, sublimando en gran manera las cosas de Cortés, y que no era nada la fama que tiene de sus heróicos hechos para lo que ha visto y conocido de su persona y conversacion y franqueza, y le representó otras gracias que en él habia conocido y los servicios que le habia hecho, y que le tenga por su muy gran servidor, y que á su majestad le haga sabidor de todo y le suplique que le haga mercedes. Y como el comendador mayor vió la carta de su mujer, se holgó con ella; y como era el mas privado que hubo en nuestros tiempos del Emperador, llevóle la misma carta á su majestad, y de su parte le suplicó que en todo le favoreciese, y ansí su majestad lo hizo, como adelante diré; é dijo el duque de Béjar y el almirante al Cortés, como por pasatiempo, cuando hubo llegado á la corte, que habian oido decir á su majestad, cuando supo que habia venido á Castilla, que tenia deseo de ver y conocer á su persona, que tantos y tan buenos servicios le ha hecho, y de quien tantos males le han informado que hacia con mañas é astucias. Pues llegado Cortés á la corte, su majestad le mandó señalar posada. Pues por parte del duque de Béjar y del conde de Aguilar y de otros grandes señores, sus deudos, le salieron á recebir y se le hizo mucha honra; y otro dia, con licencia de su majestad, fué á le besar sus reales piés, llevando en su compañía por sus intercesores, por mas le honrar, al Almirante y al duque de Béjar y al comendador mayor de Leon; y Cortés, después de demandar licencia para hablar, se arrodilló en el suelo, y su majestad le mandó levantar, y luego representó sus muchos y notables servicios, y todo lo acontecido en las conquistas é ida de Honduras, y las tramas que hubo en Méjico del factor y veedor, y recontó todo lo que llevaba en la memoria; y porque era muy larga relacion, y por no embarazar mas á su majestad, entre otras pláticas, dijo: «Ya vuestra majestad estará cansado de me oir, y para un tan gran emperador y monarca de todo el mundo, como vuestra majestad es, no es justo que un vasallo como yo tenga tanto atrevimiento, y mi lengua no está acostumbrada á hablar con vuestra majestad, y podria ser que mi sentido no diga con aquel tan debido acato que debo todas las cosas acaecidas; aquí tengo este memorial, por donde vuestra majestad podrá ver, si fuere servido, todas las cosas muy por extenso cómo pasaron;» y entonces se hincó de rodillas para besarle los piés por las mercedes que fué servido hacerle en le haber oido, y el Emperador nuestro señor le mandó levantar; y el Almirante y el duque de Béjar dijeron á su majestad que era digno de grandes mercedes, y luego le hizo marqués del Valle y le mandó dar ciertos pueblos, y aun le mandaba dar el hábito de señor

Santiago, y como no se lo señalaron con renta, se calló por entonces; que esto yo no lo sé bien de qué manera fué; y le hizo capitan general de la Nueva-España y mar del Sur, y Cortés se tornó á humillar para besarle sus reales piés, y su majestad le mandó que se levantase. Y después de hechas estas grandes mercedes, dende ahí á pocos dias que habia llegado á Toledo adoleció Cortés, que llegó á estar tan al cabo, que creyeron que se muriera; y el duque de Béjar y el comendador mayor don Francisco de los Cóbos suplicaron á su majestad que, pues que Cortés tan grandes servicios le habia hecho, que le fuese á visitar antes de su muerte á su posada; y su majestad fué acompañado de duques, marqueses y condes y del don Francisco de los Cóbos, y le visitó; que fué muy grande favor, y por tal se tuvo en la corte; y después que estuvo Cortés bueno, como se tenia por tan grande privado de su majestad, y el conde de Nasao le favorecia, y el duque de Béjar y el almirante de Castilla, un domingo yendo á misa, ya su majestad estaba en la iglesia mayor, acompañado de duques y marqueses y condes, y estaban asentados en sus asientos conforme al estilo y calidad que entre ellos se tenia por costumbre de se asentar, vino Cortés algo tarde á misa, sobre cosa pensada, y pasó por delante de aquellos ilustrísimos señores con su falda de luto alzada, y se fué á asentar cerca del conde de Nasao, que estaba su asiento el mas cercano del Emperador; y de que ansí lo vieron pasar delante de aquellos grandes señores de salva, murmuráronlo de su grande presuncion y osadía, y tuviéronlo por desacato, y que no se le habia de atribuir á la policía de lo que dél decian; y entre aquellos duques y marqueses estaba el duque de Béjar y el almirante de Castilla y el duque de Aguilar, y dijeron que aquello no se le habia de tener á Cortés á mal miramiento, porque su majestad por le honrar le habia mandado que se fuese á sentar cerca del conde de Nasao; y que demás de aquello, que su majestad mandó que mirasen y tuviesen noticia que Cortés, con sus compañeros, habia ganado tantas tierras, que toda la cristiandad le era en cargo; que ellos, los estados que tenian que los habian heredado de sus antepasados por servicios que habian hecho, y que por estar desposado Cortés con su sobrina su majestad le mandaba honrar. Volvamos á Cortés, y diré que, viéndose tan sublimado en privanza con el Emperador y el duque de Nasao y con el duque de Béjar, y aun del Almirante, é ya con título de marqués, comenzó á tenerse en tanta estima, que no tenia cuenta, como era razon, con quien le habia favorecido é ayudado para que su majestad le diese el marquesado, ni al cardenal fray García de Loyosa ni á Cóbos, ni á la señora doña María de Mendoza ni á los del real consejo de Indias, que todo se le pasaba por alto, y todos sus cumplimientos eran con el duque de Béjar y conde Nasao y el Almirante; é creyendo que tenia muy bien entablado su juego con tener privanza con tan grandes señores, comenzó á suplicar con mucha instancia á su majestad que le hiciese merced de la gobernacion de la Nueva-España, y para ello representó otra vez sus servicios, y que siendo gobernador entendia descubrir por la mar del Sur islas é tierras muy ricas, y se ofreció con otros muchos cumplimientos; y aun echó otra vez por intercesores al conde Nasao y al duque de Béjar y al Almirante; y su majestad le respondió que se contentase que le habia dado el marquesado de mucha renta, y que tambien habia de dar á los que le ayudaron á ganar la tierra, que eran merecedores dello; que pues lo conquistaron, que lo gocen. Y dende allí adelante comenzó de caer de la grande privanza que tenia; porque, segun dijeron muchas personas, el Cardenal, que era presidente del real consejo de Indias, y los del real consejo de Indias habian entrado en consulta con su majestad sobre las cosas y mercedes de Cortés, y les pareció que no fuese gobernador; otros dijeron que el comendador mayor y la señora doña María de Mendoza le fueron algo contrarios porque no hacia cuenta dellos: ora sea por lo uno ó por lo otro, el Emperador no le quiso mas oir, por mas que le importunaban, sobre la gobernacion. Y en este instante se fué su majestad á embarcar á Barcelona para pasar á Flándes, y fueron acompañándole muchos duques y marqueses, y siempre él echaba por intercesores aquellos duques y marqueses para suplicar á su majestad que le diese la gobernacion; y su majestad respondió al conde Nasao que no le hablase mas en aquel caso, que ya le habia dado un marquesado que tenia mas renta de la que el conde Nasao tenia con todo su estado. Dejemos á su majestad embarcado con buen viaje, y volvamos á Cortés y las grandes fiestas que se hicieron á sus velaciones, y de las ricas joyas que dió á la señora doña Juana de Zúñiga, su mujer; é fueron tales, que, segun dijeron quien las vió, y la riqueza dellas, que en toda Castilla no se habian dado mas estimadas; y de algunas dellas la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, tuvo voluntad de las haber, segun lo que dellas le contaban los lapidarios, y aun dijeron que ciertas piedras que Cortés le hubo presentado, que se descuidó ó no quiso dalle de las mas ricas, como las que dió á la marquesa, su mujer. Quiero traer á la memoria otras cosas que á Cortés le acaecieron en Castilla el tiempo que estuvo en la corte, y fué, que triunfaba con mucha alegría, y segun dijeron muchas personas que vinieron de allá, que estaban en su compañía, que hubo fama que la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, no estaba tan bien en los negocios de Cortés como al principio que llegó á la corte, cuando alcanzó á saber que habia sido ingrato al Cardenal y al real consejo de Indias, y aun al comendador mayor de Leon y con la señora doña María de Mendoza, y alcanzó á saber que tenia otras muy ricas piedras, mejores que las que le hubo dado; y con todo esto que le informaron, mandó á los del real consejo de Indias que en todo fuese ayudado; y entonces capituló Cortés que enviaria por ciertos años por la mar del Sur dos navíos de armada bien bastecidos, y con setenta soldados y capitanes con todo género de armas, á su costa, á descubrir islas é otras tierras, y que de lo que descubriese le harian ciertas mercedes; á las cuales capitulaciones me remito, porque ya no se me acuerdan. Y tambien en aquel instante estaba en la corte don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, hermano del duque de Alburquerque, porque este caballero fué el que su majestad habia mandado que fuese á la Nueva-España con gran copia de

soldados á cortar la cabeza á Cortés si le hallase culpado, é á otras cualesquier personas que hubiesen hecho alguna cosa en deservicio de su majestad; y como vió á Cortés, y supo que su majestad le habia hecho marqués, y era casado con la señora doña Juana de Zúñiga, se holgó mucho dello, y se comunicaba cada dia el comendador don Pedro de la Cueva con el marqués don Fernando Cortés; y dijo al mismo Cortés que si por ventura fuera á la Nueva-España y llevara los soldados que su majestad le mandaba, que por mas leal y justificado que le hallase, que por fuerza habia de pagar la costa de los soldados, y aun su huida, y que fueran mas de trecientos mil pesos; y que lo hizo mejor de venir ante su majestad. Y porque tuvieron otras muchas pláticas, que aquí no relato, las cuales de Castilla nos escribieron personas que se hallaron presentes á ellas, y de todo lo demás por mí relatado en el capítulo que dello habla; y demás desto, nuestros procuradores lo escribieron, y aun el mismo Marqués escribió los grandes favores que de su majestad alcanzó, y no declaró la causa por que no le dieron la gobernacion. Dejemos esto, y digo que desde ahí á pocos dias después que fué marqués envió á Roma á besar los santos piés de nuestro muy santo padre el papa Clemente; porque Adriano, que hacia por nosotros, ya habia fallecido tres ó cuatro años habia, y envió por su embajador á un hidalgo que se decia Juan de Herrada, y con él envió un rico presente de piedras ricas é joyas de oro, y dos indios maestros de jugar el palo con los piés; y le hizo relacion de su llegada á Castilla y de las tierras que habia ganado, y de los servicios que hizo á Dios primeramente y á nuestro gran emperador, y le dió toda la relacion por un memorial de las tierras, cómo son muy grandes y la manera que en ellas hay, y que todos los indios eran idólatras y que se han vuelto cristianos, y otras muchas cosas que convenian decir á nuestro muy santo padre; y porque yo no lo alcancé á saber tan por extenso como en la carta iba, lo dejaré aquí de decir, y aun esto que aquí digo, después lo alcanzamos á saber del mismo Juan de Herrada cuando vino de Roma á la Nueva-España; é supimos que enviaba á suplicar á nuestro muy santo padre que se quitasen parte de los diezmos. Y para que bien entiendan los curiosos letores quién es este Juan de Herrada, fué un buen soldado que hubo ido en nuestra compañía á las Honduras cuando fué Cortés; y después que vino de Roma fué al Pirú, y le dejó don Diego de Almagro por ayo de su hijo don Diego el mozo; y este fué tan privado de don Diego de Almagro, é fué el capitan de los que mataron á don Francisco Pizarro el viejo, y después maese de campo de Almagro el mozo. Volvamos á decir lo que le aconteció en Roma al Juan de Herrada, que, después que fué á besar los santos piés de su santidad, y presentó los dones que Cortés le envió y los indios que traian el palo con los piés, su santidad lo tuvo en mucho, y dijo que daba gracias á Dios, que en sus tiempos tan grandes tierras se hubiesen descubierto y tantos números de gentes se hubiesen vuelto á nuestra santa fe; y mandó hacer procesiones, y que todos diesen gracias por ello á Dios nuestro Señor; y dijo que Cortés y todos sus soldados habiamos hecho grandes servicios á Dios primeramente, y al emperador don Cárlos, nuestro señor, y á toda la cristiandad, y que éramos dignos de grandes mercedes; y entonces nos envió bulas para nos absolver á culpa y á pena de todos nuestros pecados, é otras indulgencias para los hospitales é iglesias, con grandes perdones; y dió por muy bueno todo lo que Cortés habia hecho en la Nueva-España, segun y como su antecesor el papa Adriano; y en lo de los diezmos no sé si le hizo cierta merced; y escribió á Cortés en respuesta de su carta, y lo que en ella se contenia yo no lo supe, porque, como dicho tengo, deste Juan de Herrada y de un soldado que se decia Campo, que volvieron dende Roma, alcancé á saber lo que aquí escribió; porque, segun dijeron, después que hubo estado en Roma diez dias, y habian los indios maestros de jugar el palo con los piés estado delante de su santidad y de los sacros cardenales, que se holgaron mucho de lo ver, su santidad le hizo merced al Juan de Herrada de le hacer conde palatino y le mandó dar cierta cantidad de ducados para que se volviese, y una carta de favor para el Emperador nuestro señor, que le hiciese su capitan y le diese buenos indios de encomienda. Y como Cortés ya no tenia mando en la Nueva-España, y no le dió cosa ninguna de lo que el santo Padre mandaba, se pasó al Pirú, donde fué capitan.

CAPITULO CXCVI.

Cómo entre tanto que Cortés estaba en Castilla con título de marqués, vino la real audiencia á Méjico, y en lo que entendió.

Pues estando Cortés en Castilla con título de marqués, en aquel instante llegó la real audiencia á Méjico, segun su majestad lo habia mandado, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y por presidente Nuño de Guzman, que solia estar por gobernador en Pánuco, y cuatro licenciados por oidores; los nombres dellos se decian Matienzo, que era natural de Vizcaya ó cerca de Navarra, y Delgadillo, de Granada, y un Maldonado, de Salamanca; no es este el licenciado Alonso Maldonado el bueno, que fué gobernador de Guatimala; y vino un licenciado Parada, que solia estar en la isla de Cuba; y ansí como llegaron estos oidores á Méjico, después que les hicieron gran recebimiento en la entrada de la ciudad, en obra de quince ó veinte dias que habian llegado, se mostraron muy justificados en hacer justicia, y traian los mayores poderes que nunca á la Nueva-España después trujeron vireyes ni presidentes, y era para hacer el repartimiento perpetuo, y anteponer á los conquistadores y hacelles muchas mercedes, porque ansí se lo mandó su majestad; y luego hacen saber de su venida á todas las ciudades é villas que en aquella sazon estaban pobladas en la Nueva-España, para que envien procuradores con las memorias y copias de los indios que hay en cada provincia, para hacer el repartimiento perpetuo, y en pocos dias se juntaron en Méjico los procuradores de las ciudades é villas y otros conquistadores; y en aquella sazon estaba yo en Méjico por procurador síndico de la villa de Guacacualco, donde en aquel tiempo era vecino; y como vi lo que el presidente y oidores mandaron, fuí por la posta á nuestra villa para elegir quiénes habian de venir por procuradores para hacer el repartimiento perpetuo; y cuando llegué hubo

muchas contrariedades en elegir los que habian de venir, porque unos vecinos querian que viniesen sus amigos, y otros no lo consentian, y por votos hubimos de salir elegidos el capitan Luis Marin y yo. Llegados á Méjico, demandamos todos los procuradores de las mas villas y ciudades que se habian juntado el repartimiento perpetuo, segun su majestad mandaba; y en aquella sazon estaba trastrocado el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo, porque los otros dos oidores, que fueron Maldonado y Parada, luego que á aquella ciudad llegaron fallecieron de dolor de costado; y si allí estuviera Cortés, segun hay maliciosos, tambien le infamaran y dijeran que Cortés los habia muerto. Y volviendo á nuestra relacion, fué causa de les volver el propósito que no hiciesen el repartimiento segun su majestad mandaba, dijeron muchas personas que lo entendieron muy bien, que fué el factor Salazar, porque se hizo tan íntimo amigo de Nuño de Guzman y de Delgadillo, que no se hacia otra cosa sino lo que mandaba, y tal como el consejo dieron, en tal paró todo; y lo que le aconsejaron fué, que no hiciesen el repartimiento perpetuo por via ninguna; porque, si lo hacian, que no serian tan señores ni los ternian en tanto acato los conquistadores y pobladores, con decir que no les podia dar ni quitar mas indios de los que entonces les diese; y de otra manera, que los ternian siempre debajo de su mano, y podrian dar y quitar á quien quisiesen, y serian muy ricos y poderosos; y tambien trataron entre el factor y Nuño de Guzman y Delgadillo que fuese el mismo factor á Castilla por la gobernacion de la Nueva-España para Nuño de Guzman, porque ya sabian que Cortés no tenia tanto favor con su majestad como al principio que fué á Castilla, y no se le habian dado, por mas intercesores que echó ante su majestad para que se la diesen. Pues ya embarcado el factor en una nao que llamaban la Sornosa, dió al través con gran tormenta en la costa de Guacacualco, y se salvó en un batel y volvió á Méjico, y no hubo efeto su ida á Castilla. Dejemos desto, y diré en lo que entendieron luego que á Méjico llegaron el Nuño de Guzman y Matienzo y Delgadillo, y fué en tomar residencia al tesorero Alonso de Estrada, la cual dió muy buena; y si se mostrara tan varon como creimos que lo fuera, él se quedara por gobernador, porque su majestad no le mandaba quitar la gobernacion; antes, como dicho tengo en el capítulo pasado, habia venido mandado pocos meses habia de su majestad que gobernase solo el tesorero, y no juntamente con el Gonzalo de Sandoval, y dió por muy buenas las encomiendas que habia de antes dado, y al Nuño de Guzman no le nombraban en las provisiones mas de por presidente y repartidor juntamente con los oidores; y demás desto, si se pusiera de hecho en tener la gobernacion en sí, todos los vecinos de Méjico y los conquistadores que en aquella sazon estábamos en aquella ciudad le favoreciéramos, pues viamos que su majestad no le quitaba del cargo que tenia; y demás desto, vimos en el tiempo que gobernó hacia justicia y tenia mucha voluntad y buen celo de cumplir lo que su majestad mandaba; y dende á pocos dias falleció de enojo dello. Dejemos de hablar en esto, y diré en lo que luego entendieron en la audiencia real, y fueron muy contrarios en las cosas del Marqués; y enviaron á Guatimala á tomar residencia á Jorge de Albarado, y vino un Orduña el viejo, natural de Tordesillas, y lo que pasó en la residencia yo no lo sé; y luego le pusieron en Méjico muchas demandas á Cortés por via del fiscal y el factor Salazar, y ansimismo le puse otras demandas, y los escritos que daba en los estrados era con muy gran desacato y palabras muy mal dichas, y que habia hecho muchos deservicios á su cesárea majestad, y otras muchas cosas feas, y tan malas, que el licenciado Juan Altamirano, ya por mí otra vez nombrado, que era la persona á quien Cortés hubo dejado su poder cuando fué á Castilla, se levantó en pié, con su gorra quitada, en los mismos estrados, y dijo al presidente é oidores con mucho acato que suplicaba á su alteza que le mandasen al factor que en los escritos que diese, que fuese bien mirado, y que no le consientan que diga del Marqués, pues es buen caballero y tan grande servidor de vuestra alteza, tan malas y feas palabras, é que demande su justicia como debe; y no aprovechó cosa ninguna lo que el licenciado Altamirano allí en los estrados les suplicó, porque para otro dia tuvo el factor otros mas feos escritos; y fué la cosa, segun después alcanzamos á saber, que el Nuño de Guzman y el Delgadillo le daban lugar á ello en tal manera, que el licenciado Altamirano y el factor, y del presidente é oidores, sobre los escritos vinieron á palabras muy feas é sentidas que entre ellos dijeron, y el Altamirano echó mano á un puñal para el factor, y le iba á dar si no se abrazara con él Nuño de Guzman y Matienzo y Delgadillo, y luego toda la ciudad revuelta, y llevaron preso á las atarazanas al licenciado Altamirano, y al factor á la posada; y los conquistadores fuimos al presidente á suplicar por el Altamirano, y dende allí á tres dias le sacaron de la prision y los hicimos amigos. Y pasemos adelante, que hubo luego otra tormenta mayor, y fué, que en aquella sazon habia aportado allí á Méjico un deudo del capitan Pánfilo de Narvaez, el cual se decia Zavallos, que le enviaba dende Cuba su mujer del Pánfilo de Narvaez, la cual se decia María de Valenzuela, en busca de su marido Narvaez, que habia ido por gobernador al rio de Palmas, porque ya tenia fama que era perdido ó muerto; y trujo su poder para haber sus bienes do quiera que los hallase, y tambien creyendo que habia aportado á la Nueva-España; y como llegó á Méjico este Zavallos, secretamente, segun el Zavallos dijo y ansí fué fama, el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo le hablaron para que ponga demanda y dé queja de todos los conquistadores que fuimos juntamente con Cortés en desbaratar á Narvaez, y se le quebró el ojo y se quemó su hacienda, y tambien demandó la muerte de los que allí murieron; y el Zavallos, dada su queja como se lo mandaron, y grandes informaciones dello, prendieron á todos los conquistadores que en aquella ciudad nos hallamos, que en las probanzas vieron que fueron en ello, que pasaron de mas de ducientos y cincuenta, y á mí tambien me prendieron, y nos sentenciaron en ciertos pesos de oro de tipuzque, y nos desterraron de cinco leguas de Méjico, y luego nos alzaron el destierro, y aun á muchos de nosotros nó nos demandaron el dinero de la sentencia, porque era poca cosa; y tras-

esta tormenta, ponen á Cortés otra demanda las personas que mal le querian, y fué, que se habia alzado con mucha cantidad de oro y joyas y plata de gran valía, que se hubo en la toma de Méjico, y aun la recámara de Guatemuz, y que no dió parte dello á los conquistadores, sino á cosa de ochenta pesos, y que en su nombre lo envió á Castilla, diciendo que servia á su majestad con ello, y se quedó con la mayor parte dello, que no lo envió todo; y eso que envió, que lo robó en el mar un Juan Florin, francés, cosario, que fué el que ahorcaron en el Puerto Pico, como dicho tengo en los capítulos que dello hablan, y que era obligado el Cortés á pagar todo aquello que el Juan Florin robó, y mas lo que escondió; y le pusieron otras demandas, y en todas le condenaban que lo pagase de sus bienes, y se los vendian; y tambien tuvieron manera y concertaron para que un Juan Suarez, cuñado de Cortés, demandase públicamente en los estrados la muerte de su hermana doña Catalina Suarez la Marcayda, la cual demandó en los estrados, como se lo mandaron, y presentó testigos cómo y de qué manera dicen que fué su muerte; y luego tras esto hubo otros impedimentos, y fué que, como le pusieron á Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatemuz, y del oro y plata que se hubo en Méjico, muchos de los que éramos amigos de Cortés nos juntamos, con licencia de un alcalde ordinario, en casa de un García Holguin, y firmamos que no queriamos parte de aquellas demandas del oro ni de la recámara, ni por nuestra parte fuese compelido Cortés á que pagase ninguna cosa dello, y deciamos que sabiamos cierto y claramente que lo enviaba á su majestad, y lo hubimos por bueno hacer aquel servicio á nuestro rey y señor; y como el presidente y los oidores vieron que dimos peticiones sobre ello, nos mandaron prender á todos, diciendo que sin su licencia no nos habiamos de juntar ni firmar cosa ninguna; y como vieron la licencia del alcalde, puesto que nos sentenciaron en destierro de Méjico cinco leguas, luego nos lo alzaron, y todavía lo recebiamos por grandes molestias y agravios; y luego tras esto se pregonó que todos los que venian del linaje de indios, ó moros que hubiesen quemado ó ensambenitado por la Santa Inquisicion en el cuarto grado á sus padres ó abuelos, que dentro de seis meses saliesen de la Nueva-España, so pena de perdimiento de la mitad de sus bienes; y en aquel tiempo vieran el acusar que acusaban unos á otros, y el infamar que hacian, y no salieron de la Nueva-España sino dos. Y para los conquistadores, como eran tan buenos y cumplian lo que su majestad mandaba, en cuanto al dar indios á los que eran verdaderos conquistadores, á ninguno dejaban de dar indios, é de lo que vacaba les hacian muchas mercedes. Lo que les echó á perder fué la demasiada licencia que daban para herrar esclavos. Pues en lo de Pánuco se herraron tantos, que casi despoblaran aquella provincia; y el Nuño de Guzman, que era franco y de noble condicion, envió en aguinaldo una cédula de un pueblo que se dice Guazpaltepeque al contador Albornoz, que habia pocos dias que volvió de Castilla é vino casado con una señora que se decia doña Catalina de Loaisa, y aun trujo el Rodrigo de Albornoz de España licencia de su majestad para hacer un ingenio de azúcar en un pueblo que se dice Cempoal, el cual pueblo en pocos años destruyó. Volvamos á nuestro cuento: que, como el Nuño de Guzman hacia aquellas franquezas y herraba tantos indios por esclavos, é hizo muchas molestias á Cortés; y del licenciado Delgadillo decian que hacia dar indios á personas que le acudian con cierta renta, y hacia compañías, y tambien porque puso por alcalde mayor en la villa de Guaxaca á su hermano, que se decia Berrio, y hallaron que el hermano llevaba cohechos y hacia muchos agravios á los vecinos; y tambien se halló que en la villa de los zapotecas puso otro teniente, que se decia Delgadillo como él, que tambien llevaba cohechos y hacia injusticias, y el licenciado Matienzo era viejo; y fueron tantas las cosas que dellos decian con probanzas, y aun cartas de los prelados y religiosos, que, viendo su majestad y los del real consejo de Indias las informaciones y cartas que contra ellos fueron, mandó que luego sin mas dilacion se quitase redondamente toda la real audiencia y los castigasen, y pusiesen otro presidente é oidores que fuesen de ciencia y buena conciencia y rectos en hacer justicia; y mandó que luego fuesen á la provincia de Pánuco á saber qué tantos mil esclavos habian herrado, y fué el mismo Matienzo por mandado de su majestad, que á este viejo oidor hallaron con menos cargos y mejor juez que á los demás; y demás desto, luego se dieron por ningunas las cédulas que habian dado para herrar esclavos, y se mandaron quebrar todos los hierros con que se herraban, y que dende allí adelante no se hiciesen mas esclavos, y aun se mandó hacer memoria de los que habia en toda la Nueva-España, para que no se vendiesen ni se sacasen de una provincia á otra; y demás desto, mandó que todos los repartimientos y encomiendas de indios que habia dado el Nuño de Guzman y los demás oidores á deudos y paniaguados y á sus amigos, ó á otras personas que no tenian méritos, que luego sin ser mas oidos se los quitasen, y los diesen á las personas que su majestad habia mandado que los hubiese. Quiero traer aquí á la memoria qué de pleitos y debates hubo sobre este tornar á quitar los indios de encomienda que ya les habia dado el Nuño de Guzman, juntamente con los oidores; unos alegaban ser conquistadores no lo siendo, é otros pobladores de tantos años, y que si entraban y salian en casa del presidente é oidores, que era para les servir y honrar y acompañar, é hacer lo que por ellos les fuese mandado en cosas que fuesen cumplideras al servicio de su majestad, y que no entraban en sus casas por criados ni paniaguados, y cada uno defendia y alegaba lo que mas á su provecho podia; y fué de tal manera la cosa, que á pocos de los que les habian dado los indios, se los tornaron á quitar, sino fué á los que diré aquí: el pueblo de Guazpaltepeque al contador Rodrigo de Albornoz, que le hubo enviado el Nuño de Guzman en aguinaldo, y tambien le quitaron á un Villareal, marido que fué de Isabel de Ojeda, otro pueblo de Cornabaca, y tambien los quitaron á un mayordomo de Nuño de Guzman, que se decia Villegas, y á otros deudos y criados de los mismos oidores, y otros se quedaron con ellos. Pues como se supo esta nueva en Méjico, que vino de Castilla, que quitaban redondamente toda la audien-

cia real, en lo que entendieron Nuño de Guzman y Delgadillo y Matienzo fué luego enviar procuradores á Castilla para abonar sus cosas con probanzas de testigos que ellos quisieron tomar como quisieron, para que dijesen que eran muy buenos jueces y que hacian lo que su majestad les mandaba, y otros abonos que les convenia decir para que en Castilla los diesen por buenos jueces. Pues para elegir á las personas que habian de ir con los poderes, ansí para que procurasen por ellos como para cosas que convenian á aquella ciudad y Nueva-España, y á la gobernacion della, mandaron que nos juntásemos en la iglesia mayor todos los procuradores que teniamos poder de las ciudades é villas, que en aquella sazon nos hallamos en Méjico, y con nosotros juntamente algunos conquistadores, personas de cuenta, y por nuestros votos quisieron que eligiéramos para que fuese procurador á Castilla al factor Salazar; porque, como ya he dicho otras veces, puesto que el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo hacian algunos desatinos, ya atrás por mí memorados, por otra parte eran tan buenos para todos los conquistadores y pobladores, que nos daban de los indios que vacaban; y con esta confianza creyeron que votáramos por el factor, que era la persona que ellos querian enviar en su nombre. Pues como nos hubimos juntado en la iglesia mayor de aquella ciudad, como nos fué mandado, eran tantas las voces y tabaola y behetría que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efeto, que se entraron por fuerza en la iglesia, que, aunque les mandábamos salir fuera della, no querian ni aun callar; en fin, como cosa de comunidad daban voces; y como aquello vimos, fuimos á decir al presidente é oidores que para otro dia lo dejábamos, y que en casa del mismo presidente, donde hacian la real audiencia, eligiriamos á quien viésemos que convenia; y después nos pareció que solamente querian nombrar personas amigas del Nuño de Guzman y Delgadillo y Matienzo; y acordamos se eligiese una persona por parte de los mismos oidores y otra por la parte de Cortés; y fueron nombrados, á Bernardino Vazquez de Tapia por la parte de Cortés, y por la parte de los oidores á un Antonio de Carvajal, que fué capitan de bergantines; mas, á lo que entonces á mí me pareció, ansí el Bernardino Velazquez de Tapia como el Carvajal eran aficionados á las cosas del Nuño de Guzman mucho mas que á las de Cortés, y tenian razon, porque ciertamente nos hacian mas bien y cumplian algo de lo que su majestad mandaba en dar indios que no Cortés, puesto que los pudiera dar muy mejor que todos en el tiempo que tuvo el mando; mas, como somos tan leales los españoles, por haber sido Cortés nuestro capitan le teniamos aficion, mas que él tuvo voluntad de nos hacer bien, habiéndoselo mandado su majestad, pudiendo cuando era gobernador. Pues ya elegidos, sobre los capítulos que habian de llevar hubo otras contiendas; porque decian el presidente é oidores que era cumplidero al servicio de Dios y de su majestad, y con parecer de todos los procuradores, que no volviese Cortés á la Nueva-España, porque estando en ella siempre habria bandos y revueltas, y quedando en ella no habria buena gobernacion, y por ventura se alzaria con ella; y todos los mas procuradores lo contradeciamos, y que era muy leal y gran servidor de su majestad; y en aquella sazon llegó don Pedro de Albarado á Méjico, que habia venido de Castilla y traia la gobernacion de Guatimala, é adelantado, é comendador de Santiago, y casado con una señora que se decia doña Francisca de la Cueva, y falleció aquella señora así como llegó á la Veracruz. Pues como llegó á Méjico, con mucho luto él y sus criados, y como entendió los capítulos que enviaban por parte del presidente é oidores, túvose órden que el mismo adelantado, con los demás procuradores, escribiésemos á su majestad todo lo que la audiencia real intentaba; y como fueron los procuradores, por mí ya nombrados, á Castilla con los recaudos y capítulos que habian de pedir, y los del real consejo de Indias conocieron que todo iba guiado contra Cortés por pasion, no quisieron hacer cosa que conviniese al Nuño de Guzman ni á los demás oidores, porque ya estaba mandado por su majestad que de hecho les quitasen el cargo; y tambien en este instante Cortés estaba en Castilla, que en todo les fué muy contrario, é volvia por su honra y estado, y luego se apercibió Cortés para venir á la Nueva-España con la señora marquesa su mujer y casa; y entre tanto que viene, diré cómo Nuño de Guzman fué á poblar una provincia que se dice Xalisco, é acertó en ello muy mejor que no Cortés en lo que envió á descubrir, como adelante verán.

CAPITULO CXCVII.

Como Nuño de Guzman supo por cartas ciertas de Castilla que le quitaban el cargo, porque habia mandado su majestad que le quitasen de presidente á él y á los oidores, y viniesen otros en su lugar, acordó de ir á pacificar y conquistar la provincia de Xalisco, que agora se dice la Nueva-Galicia.

Pues como Nuño de Guzman supo por cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser presidente á él y á los oidores, é venian otros oidores; como en aquella sazon todavía era presidente el Nuño de Guzman, allegó todos los mas soldados que pudo, así de á caballo como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él á una provincia que se dice Xalisco; y los que no querian ir de grado, apremiábalos que fuesen, ó por fuerza, ó habian de dar dineros á otros soldados que fuesen en su lugar, y si tenian caballos se los tomaban, y cuando mucho, no les pagaban sino la mitad menos de lo que valian; y los vecinos ricos de Méjico ayudaron con lo que podian, y llevó muchos indios mejicanos cargados y otros de guerra para que le ayudasen, y por los pueblos que pasaba con su fardaje haciales grandes molestias; y fué á la provincia de Mechoacan, que por allí era su camino, y tenian los naturales de los pueblos de aquella provincia, de los tiempos pasados, mucho oro, é aunque era bajo, porque estaba revuelto con plata, le dieron cantidad dello; y porque el Cazonci era el mayor cacique de aquella provincia, que así se llamaba, no le dió tanto oro como le demandaba el Nuño de Guzman, le atormentó y le quemó los piés, y porque le demandaba indios é indias para su servicio, y por otras trancanillas que se le levantaron al pobre cacique, lo ahorcó, que fué una de las mas malas é feas cosas que presidente ni otras personas podian hacer, y todos los

que ibon en su compañía se lo tuvieron á mal é á crueldad; y llevó de aquella provincia muchos indios cargados hasta donde pobló la ciudad que agora llaman de Compostela, con harta costa de la hacienda de su majestad y de los vecinos de Méjico, que llevó por fuerza; y porque yo no me hallé en aquesta jornada, se quedará aquí; mas cierto que Cortés ni el Nuño de Guzman jamás se hubieron bien; y tambien sé que siempre se estuvo en aquella provincia el Nuño de Guzman hasta que su majestad mandó que enviasen por él á Xalisco á su costa, y le trujeron preso á Méjico á dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la real audiencia que nuevamente en aquella sazon vino, y le prendiesen á pedimiento de Matienzo y Delgadillo. Quiérolo dejar en este estado, y diré cómo llegó la real audiencia á Méjico, y lo que hizo.

CAPITULO CXCVIII.

Cómo llegó la real audiencia á Méjico, y lo que se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su majestad mandó quitar toda la real audiencia de Méjico, y dió por ningunas las encomiendas de indios que habian dado el presidente é oidores que en ella residian; porque los daban á sus deudos y paniaguados y á otras personas que no tenian méritos; y mandó su majestad que se los quitasen y los diesen á los conquistadores que estaban con pobres repartimientos; y porque tuvieron noticia que no hacian justicia ni cumplieron sus reales mandatos; é mandó venir otros oidores que fuesen de ciencia y conciencia, y les encargó que en todo hiciesen justicia, y por presidente vino don Sebastian Ramirez de Villaescusa, que en aquella sazon era obispo de Santo Domingo, y cuatro licenciados por oidores, que se decian el licenciado Alonso Maldonado de Salamanca, y el licenciado Zainos, de Toro ó de Zamora, y el licenciado Vasco de Quiroga, de Madrigal, que después fué obispo de Mechoacan, y el licenciado Salmeron, de Madrid; y primero llegaron á Méjico los oidores que llegase el obispo de Santo Domingo; y se les hizo dos grandes recebimientos, así á los oidores, que vinieron primero, como al presidente, que vino de ahí á pocos dias; y luego mandaron pregonar residencia general, y de todas las ciudades y villas vinieron muchos vecinos y procuradores, y aun caciques y principales, y dieron tantas quejas del presidente é oidores pasados, de agravios y cohechos é injusticias que les habian hecho, que estaban espantados el presidente é oidores que les tomaban la residencia. Pues los procuradores de Cortés les ponen tantas demandas de los bienes é hacienda que les hicieron vender en las almonedas, como dicho tengo antes de agora, que si todo en lo que les condenaban hubieran de pagar, montaba sobre ducientos mil pesos de oro. Y como el Nuño de Guzman estaba en Xalisco, é no queria venir á la Nueva-España á dar su residencia, respondia el Delgadillo y Matienzo en la residencia que les tomaban, que todas aquellas demandas que les ponian eran á cargo de Nuño de Guzman, que como presidente lo mandaba de hecho, y no eran á su cargo, y que mandasen enviar por él, que venga á Méjico á descargarse de los cargos que le ponen; y puesto que ya habia enviado á Xalisco la real audiencia provisiones para que pareciese personalmente en Méjico, no quiso venir; y el presidente é oidores, por no alborotar la Nueva-España, disimularon la cosa, y hacen saber dello á su majestad, y luego enviaron sobre ello el real consejo de Indias á un licenciado que se decia Fulano de la Torre, el cual decian que era natural de Badajoz, para que le tomase residencia en la provincia de Xalisco y para que le traiga preso á Méjico y que le eche preso en la cárcel pública; y trujo comision para que nos pagase el Nuño de Guzman todo en lo que nos sentenció á los conquistadores sobre lo de Narvaez, y lo de las firmas cuando nos echaron presos, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, y dejaré apercibiendo á este licenciado de la Torre para venir á la Nueva-España, y diré en qué paró la residencia. Y es, que al Delgadillo y Matienzo les vendieron sus bienes para pagar las sentencias que contra ellos dieron, y los echaron presos en la cárcel pública por lo que mas debian, que no alcanzó á pagar con sus bienes; y á un hermano de Delgadillo, que se decia Berrio, que estaba por alcalde mayor en Guaxaca, hallaron contra él tantos agravios y cohechos que habia llevado, que le vendieron sus bienes para pagar á quien los habia tomado, y le echaron preso por lo que no alcanzaba, y murió en la cárcel; y otro tanto hallaron contra otro pariente de Delgadillo que estaba por alcalde mayor en los zapotecas, que tambien se llamaba Delgadillo, como el pariente, y murió en la cárcel; y ciertamente eran tan buenos jueces y rectos en hacer justicias los nuevamente venidos, que no entendian sino solamente en hacer lo que Dios y su majestad manda, y en que los indios conociesen que les favorecian y que fuesen bien doctrinados en la santa doctrina; y demás desto, luego quitaron que no se herrasen esclavos, y hicieron otras buenas cosas; y como el licenciado Salmeron y el licenciado Zainos eran viejos, acordaron de enviar á demandar licencia á su majestad para se ir á Castilla, porque ya habian estado cuatro años en Méjico y estaban ricos y habian servido bien en los cargos que habian traido, é su majestad les envió licencia, después de haber dado residencia, que dieron muy buena; pues el presidente don Sebastian Ramirez, obispo que en aquella sazon era de Santo Domingo, tambien fué á Castilla, porque su majestad le envió á llamar para se informar dél de las cosas de la Nueva-España y para ponelle por presidente de la chancillería real de Granada; y dende cierto tiempo lo pasaron á la de Valladolid y le dieron el obispado de Tuy; y dende á pocos dias vacó el de Leon, y se le dieron, y era presidente, como dicho tengo, en la chancillería de Valladolid, y en aquel instante vacó el obispado de Cuenca, y se le dieron. Por manera que se alcanzaban unas bulas de los obispados á otras, y por ser buen juez vino á subir en el estado que he dicho; y en esta sazon vino la muerte á llamarle, y paréceme á mí, segun nuestra santa fe, que está en la gloria con los bienaventurados; porque, á lo que conocí y comuniqué con él cuando era presidente en Méjico, en todo era muy recto y bueno, y como tal persona, habia sido, antes que fuese obispo de Santo Domingo, inquisidor en

Sevilla. Volvámos á nuestra relacion, y diré del licenciado Alonso Maldonado, que su majestad le mandó que viniese á la provincia de Guatimala é Honduras é Nicaragua por presidente y gobernador, y en todo fué muy bueno y recto juez y gran servidor de su majestad, y aun tuvo título de adelantado de Yucatan por capitulacion que tuvo hecha con su suegro don Francisco de Montejo. Pues el licenciado Quiroga fué tan bueno, que le dieron el obispado de Mechoacan. Dejemos de contar destos prosperados por sus virtudes, y volvamos á decir del Delgadillo y Matienzo, que fueron á Castilla y á sus tierras muy pobres, y no con buenas famas; y dende á dos ó tres años dijeron que murieron, é ya en esta sazon habia su majestad mandado que viniese á la Nueva-España por visorey el ilustrísimo y buen caballero, é digno de loable memoria, don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar; y vinieron por oidores el doctor Quesada, natural de Ledesma, y el licenciado Tejada, de Logroño, y aun en aquel tiempo estaba por oidor el licenciado Maldonado, que aun no habia ido á ser presidente de Guatimala; y tambien vino por oidor un licenciado que se decia Loaysa, natural de Ciudad-Real, y como era hombre viejo, estuvo tres ó cuatro años en Méjico, y allegó pesos de oro para irse á Castilla y se volvió á su casa; y de ahí á poco tiempo vino un licenciado de Sevilla, que se decia Santillana, que después fué doctor, y todos fueron muy buenos jueces; y después que se les hizo grandes recebimientos en la entrada de aquella ciudad, se pregonó residencia general contra el presidente é oidores pasados, y todos los hallaron muy rectos y buenos, y usaron de sus cargos conforme á justicia. Y volviendo á nuestra relacion cerca del Nuño de Guzman, que se estaba en Xalisco, y como el virey don Antonio de Mendoza alcanzó á saber que su majestad mandó venir al licenciado de la Torre á tomalle residencia en Xalisco y echalle preso en la cárcel pública, y hacerle que pagase al marqués del Valle lo que se hallase deberle, y á los conquistadores tambien nos pagase en lo que nos sentenció sobre lo de Narvaez, por hacerle bien y porque no fuese molestado y afrentado, le envió á llamar que viniese luego á Méjico sobre su palabra, y le señaló por posada sus palacios; y el Nuño de Guzman así lo hizo, que se vino luego; y el Virey le hacia mucha honra y le favorecia, y comia con él; y en este instante llegó á Méjico el licenciado de la Torre, y como traia mandado de su majestad que luego echase preso á Nuño de Guzman y que en todo hiciese justicia, puesto que primero lo comunicó con el Virey, y parece ser no halló tanta voluntad para ello como quisiera, acordó de le sacar de la posada del Virey, á do estaba; y decia á voces: «Esto manda su majestad; ansí se ha de hacer, y no otra cosa;» y lo llevó á la cárcel pública de aquella ciudad, y estuvo preso ciertos dias, hasta que rogó por él el Virey, que le sacaron de la cárcel; y como conocieron en el de la Torre que traia recios aceros para no dejar de ejecutar la justicia, y tomar residencia muy á las derechas al Nuño de Guzman; y como la malicia humana muchas veces no deja cosa en que pueda infamar que no infame, parece ser que, como el licenciado de la Torre era algo aficionado al juego, especial de naipes, puesto que no jugaba sino al triunfo, é á la primera por pasatiempo, quien quiera que fué, por parte de Nuño de Guzman, como en aquel tiempo se usaban traer unos tabardos con mangas largas, especial los juristas, metieron en una de las mangas del tabardo del licenciado de la Torre una baraja de naipes de los chicos, y ataron la manga de arte que no se pudiesen salir en aquel instante; é yendo el licenciado por la plaza de Méjico, acompañado de personas de calidad, quien quiera que fué en metelle los naipes, tuvo manera que se le desató, é saliéronsele los naipes pocos á pocos, y dejó rastro dellos en el suelo en la plaza por donde iba, é las personas que le iban acompañando, desque vieron salir de aquella manera los naipes, se lo dijeron, que mirase lo que traia en la manga del tabardo; y cuando el licenciado vió tan grande burla dijo con grande enojo: «Bien parece que no quieren que haga yo justicia á las derechas; mas si no me muero, yo la haré de manera que su majestad sepa deste desacato que conmigo se ha hecho;» y dende á pocos dias cayó malo, y de pensamiento dello ó de otras cosas, de calenturas que le ocurrieron murió.

CAPITULO CXCIX.

Cómo vino don Fernando Cortés, marqués del Valle, de España, casado con la señora doña María de Zúñiga, con título de marqués del Valle y capitan general de la Nueva-España y de la mar del Sur; y cómo trujo consigo al padre fray Juan Leguizamo y otros once frailes de la Merced, y del recebimiento que se le hizo.

Como habia mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla, é ya casado, como dicho tengo, y con título de marqués y capitan general de la Nueva-España y de la mar del Sur, tuvo gran deseo de se volver á la Nueva-España á su casa y estado é tomar posesion de su marquesado; y como supo que estaban las cosas en Méjico en el estado que he referido, de la manera ya por mí dicha, se dió priesa, é se embarcó con toda su casa, é trujo en su compañía doce frailes de la Merced para que llevasen adelante lo que habia dejado empezado fray Bartolomé, ya por mí memorado, y los que después dél fueron, y estos de ahora no eran menos virtuosos é buenos que los otros; que se los dió por tales á Cortés el general de la Merced por mandado del consejo de las Indias, é venia por cabeza dellos un fray Juan de Leguizamo, vizcaíno, buen letrado y santo, segun decian, y con él se confesaba el Marqués y la Marquesa; é como dicho he, embarcáronse todos, é con buen tiempo que les hizo en la mar, llegó Cortés con los suyos, menos un fraile de los doce, que se murió á pocos dias de embarcacion al puerto de la Veracruz, é se hizo recebimiento, mas no con la solenidad que solia; y luego se fué por ciertas villas de su marquesado; y llegado á Méjico, se le hizo otro recebimiento; y en lo que entendió fué en presentar sus provisiones de marqués y hacerse pregonar por capitan de la Nueva-España y del mar del Sur, y demandar al Visorey y audiencia real que le contasen sus vasallos de la manera que él pensó; y esto me parece á mí que vino mandado de su majestad para que se los contase; porque, á lo que yo entendí, cuando le dieron el marquesado demandó á su majestad que le hiciese merced de ciertas villas y pueblos con

tantos mil vecinos tributarios; y porque esto yo no lo sé bien, remítome á los caballeros é otras personas que lo saben mejor, y á los pleitos que sobre ello se han traido; porque tenia el Marqués en el pensamiento, cuando demandó á su majestad aquella merced de los vasallos, que se habia de contar cada casa de vecino ó cacique ó principal de aquellas villas por un tributario, como si dijésemos ahora que no se habian de contar los hijos varones que eran ya casados, ni yernos, ni otros muchos indios que estaban en cada casa en servicio del dueño della, sino solamente cada vecino por un tributario, ora tuviese muchos hijos ó yernos ó otros allegados criados; y la audiencia real de Méjico proveyó que lo fuese á contar un oidor de la misma real audiencia, que se decia el doctor Quesada, y comenzó á contar desta manera: el dueño de cada casa por un tributario, y si tenian hijos de edad, cada hijo un tributario, y si tenia yernos, cada yerno un tributario, y los indios que tenia en su servicio, aunque fuesen esclavos, cada uno contaban por un tributario. Por manera que en muchas de las casas contaban diez y doce y quince tributarios; y Cortés tenia por sí, y así lo proponia, y demandó á la real audiencia que cada casa era un vecino y se habia de contar solo un tributario; y sí cuando el Marqués suplicó á su majestad le hiciese merced del marquesado, le declarara que le diera tal villa y tal villa con los vecinos y moradores que tenia, su majestad le hiciera merced dellas; y el Marqués creyó y tenia por cierto que demandando los vasallos que acertaba en ello, y salió al contrario. Por manera que nunca le faltaron pleitos, y á esta causa estuvo mal con las cosas del doctor Quesada, que se los fué á contar, y aun con el Visorey y audiencia real no le faltaron cosquillas, y se hizo relacion dello á su majestad por parte de la real audiencia, para saber de la manera que habian de contar; y se estuvo suspenso el contar de los vasallos ciertos años, que siempre el Marqués llevó sus tributos dellos sin haber cuenta. Volvamos á nuestra materia: como esto pasó, de ahí á pocos dias se fué desde Méjico á una villa de su marquesado, que se dice Cornabaca, y llevó á la Marquesa, é hizo allí su asiento, que nunca mas la trujo á la ciudad de Méjico. Y demás desto, como dejó capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria, y con los del real consejo de Indias, que habia de enviar armadas por la mar del Sur á descubrir islas y tierras, y todo á su costa, comenzó á hacer navíos en un puerto de una su villa, que era en aquel tiempo del marquesado, que se dice Teguantepeque, y en otros puertos de Zacatula y Acapulco; y las armadas que envió diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se le tornaba espinas y se le hacia mal; muy mejor acertó Nuño de Guzman, como adelante diré.

CAPITULO CC.

De los gastos que el marqués don Hernando Cortés hizo en las armadas que envió á descubrir, y cómo en todo lo demás no tuvo ventura; é he menester volver mucho atrás de mi relacion para que bien se entienda lo que ahora dijere.

En el tiempo que gobernaba la Nueva-España Márcos de Aguilar por virtud del poder que para ello le dejó el licenciado Luis Ponce de Leon al tiempo que falleció, segun ya lo he declarado muchas veces antes que Cortés fuese á Castilla, envió el mismo marqués del Valle cuatro navíos que habia labrado en una provincia que se dice Zacatula, bien bastecidos de bastimento y artillería, con buenos marineros y con doscientos y cincuenta soldados, y mucho rescate de cosas de mercería de Castilla, y todo lo que era menester de vituallas y pan bizcocho para mas de un año, y envió en ellos por capitan general á un hidalgo que se decia Albarado de Saavedra; fueron su viaje y derrota para las islas de los Malucos y Especería ó la China, y este fué por mandado de su majestad, que se lo hubo escrito á Cortés desde la ciudad de Granada en 22 de junio de 1526 años; y porque Cortés me mostró la misma carta á mí y á otros conquistadores que le estábamos teniendo compañía, lo digo y declaro aquí; y aun le mandó su majestad á Cortés que á los capitanes que enviase, que fuesen á buscar una armada que habia salido de Castilla para la China, é iba en ella por capitan un frey don García de Loaysa, comendador de San Juan de Ródas; y en esta sazon que se apercebia el Saavedra para el viaje, aportó á la costa de Guantepeque un patache, que era de los que habian salido de Castilla con la armada del mismo comendador que dicho tengo, y venia en el mismo patache por capitan un Ortuño de Lango, natural de Portugalete; del cual dicho capitan y pilotos que en el patache venian se informó el Alvaro de Saavedra Ceron de todo lo que quiso saber, y aun llevó en su compañía á un piloto y á dos marineros, y se lo pagó muy bien, porque volviesen otra vez con él, y tomó plática de todo el viaje que habian traido y de las derrotas que habian de llevar; y después de haber dado las instrucciones y avisos que los capitanes y pilotos que van á descubrir suelen dar en sus armadas, después de haber oido misa y encomendádose á Dios, se hicieron á la vela en el puerto de Esguatanejo, que es la provincia de Colima ó Zacatula, que no lo sé bien, y fué en el mes de diciembre en el año de 1527 ó 28, y quiso nuestro Señor Jesucristo encaminalles, que fueron á los Malucos é á otras islas; y los trabajos y hambres y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi desde á tres años en Méjico á un marinero de los que habian ido con el Saavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron, que yo me estaba admirado; y estas son las tierras é islas que ahora van desde Méjico con armada á descubrir y tratar; y aun oí decir que los portugueses que estaban por capitanes en ellas, que prendieron al Saavedra ó á gente suya y que los llevaron á Castilla, ó que tuvo dello noticia su majestad; y como há tantos años que pasó y yo no me hallé en ello, mas de, como tengo dicho, haber visto la carta que su majestad escribió á Cortés, en esto no diré mas. Quiero decir ahora cómo en el mes de mayo de 1532 años, después que Cortés vino de Castilla, envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos bien bastecidos con todo género de bastimentos y marineros, los que eran menester, y artillería y rescate, y ochenta soldados escopeteros y ballesteros, y envió por capitan general á un Diego Hurtado de Mendoza; y estos

dos navíos envió á descubrir por la costa del sur á buscar islas y tierras nuevas; y la causa dello es, porque, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así lo tenia capitulado Cortés con los del real consejo de Indias cuando su majestad se fué á Flándes. Y volviendo á decir del viaje de los dos navíos, fué que, yendo el capitan Hurtado sin ir á buscar islas ni se meter mucho en la mar ni hacer cosa que de contar sea, se apartaron de su compañía amotinados mas de la mitad de los soldados que llevaba con el un navío; y dicen que ellos mismos, por concierto que entre el capitan y los amotinados se hizo, fué dalles el navío en que iban para volver á la Nueva-España; mas nunca tal es de creer, que el capitan les diera licencia, sino que ellos se la tomaron; é ya que daban vuelta los amotinados, les hizo el tiempo contrario y les echó en tierra, y fueron á tomar agua, y con mucho trabajo vinieron á Xalisco, y dieron nuevas dello, y desde allí voló la nueva á Méjico, de lo cual le pesó mucho á Cortés; y el Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir mas dél ni del navío, ni jamás pareció. Quiero dejar de decir desta armada, pues se perdió; y diré cómo Cortés luego despachó otros dos navíos que estaban ya hechos en el puerto de Guantepeque, los cuales basteció muy cumplidamente, así de pan como de carne, y todo lo necesario que en aquel tiempo se pudo haber, y con mucha artillería y buenos marineros, y setenta soldados y cierto rescate, y por capitan dellos á un hidalgo que se decia Diego Becerra de Mendoza, de los Becerras de Badajoz ó Mérida; y fué en el otro navío por capitan un Hernando de Grijalva, y este Grijalva iba debajo de la mano deste Becerra; y fué por piloto mayor un vizcaíno que se decia Ortuño Jimenez, gran cosmógrafo; y Cortés mandó á Becerra que fuese por la mar en busca del Diego Hurtado, y si no le hallase, se metiese en mar alta, y buscasen islas y tierras nuevas, porque habia fama de ricas islas de perlas; y el piloto Ortuño Jimenez cuando estaba platicando con otros pilotos en las cosas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, decia y prometia de les llevar á tierras bien afortunadas de riquezas, que así las llamaban, y decia tantas cosas, cómo serian todos ricos, que algunas personas lo creian; y después que salieron del puerto de Guantepeque, la primera noche se levantó un viento contrario, que apartó los dos navíos el uno del otro, que nunca mas se vieron; y bien se pudieran tornar á juntar, porque luego hizo buen tiempo, salvo que el Hernando de Grijalva, por no ir debajo de la mano de Becerra, se hizo luego á la mar y se apartó con su navío, porque el Becerra era muy soberbio y mal acondicionado; y en tal paró, segun adelante diré; y tambien se apartó el Hernando de Grijalva porque quiso ganar honra por sí mismo si descubria alguna buena isla, y metióse dentro en la mar mas de ducientas leguas, y descubrió una isla que le puso nombre Santo Tomé, y estaba despoblada. Dejemos á Grijalva y á su derrota, y volveré á decir lo que le acaeció al Becerra con el piloto Ortuño Jimenez: es que riñeron en el viaje, y como el Becerra iba malquisto con todos los mas soldados que iban en la nao, concertó el Ortuño, con otros vizcaínos marineros y con los soldados con quien habia tenido palabras el Becerra, de dar en él una noche y matarle, y así lo hicieron, que estando durmiendo le despacharon al Becerra y á otros soldados; y si no fuera por dos frailes franciscos que iban en aquella armada, que se metieron en despartillos, mas males hubiera; y el piloto Jimenez con sus compañeros se alzaron con el navío, y por ruego de los frailes les fueron á echar en tierra de Xalisco, así á los religiosos como á otros heridos; y el Ortuño Jimenez dió vela, y fué á una isla que la puso nombre Santa-Cruz, donde dijeron que habia perlas y estaba poblada de indios como salvajes; y como saltó en tierra para tomar agua, y los naturales de aquella bahía ó isla estaban de guerra, los mataron, que no quedaron salvo los marineros que quedaban en el navío; y como vieron que todos eran muertos, se volvieron al puerto de Xalisco con el navío, y dieron nuevas de lo acaecido, y certificaron que la tierra era buena y bien poblada y rica de perlas; y luego fué esta nueva á Méjico, y como Cortés lo supo, hubo gran pesar de lo acaecido; y como era hombre de corazon que no reposaba, con tales sucesos acordó de no enviar mas capitanes, sino ir él en persona; y en aquel tiempo tenia sacados de astillero tres navíos de buen porte en el puerto de Guantepeque; y como le dieron las nuevas que habia perlas adonde mataron al Ortuño Jimenez, y porque siempre tuvo en pensamiento de descubrir por la mar del Sur grandes poblaciones, tuvo voluntad de lo ir á poblar, porque así lo tenia capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, de gloriosa memoria, como ya dicho tengo, y los del real consejo de Indias, cuando su majestad pasó á Flándes; y como en la Nueva-España se supo que el Marqués iba en persona, creyeron que era á cosa cierta y rica, y viniéronle á servir tantos soldados, así de á caballo y otros arcabuceros y ballesteros, y entre ellos treinta y cuatro casados, que se le juntaron por todos sobre trecientas y veinte personas, con las mujeres casadas; y después de bien bastecidos los navíos de mucho bizcocho y carne y aceite, y aun dijeron vino y vinagre y otras cosas pertenecientes para bastimento; y llevó mucho rescate y tres herreros con sus fraguas y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, y otras muchas cosas que aquí no relato por no me detener, y con buenos y expertos pilotos y marineros, mandó que los que se quisiesen ir á embarcar al puerto de Guantepeque, donde estaban los tres navíos, que se fuesen, y esto por no llevar tanto embarazo por tierra; y él se fué desde Méjico con el capitan Andrés de Tapia y otros capitanes y soldados, y llevó clérigos y religiosos que le decian misa, y llevó médicos y cirujanos y botica; y llegados al puerto adonde se habian de hacer á la vela, ya estaban allí los tres navíos que vinieron de Guantepeque; y como todos los soldados se vinieron juntos, con sus caballos y á pié, Cortés se embarcó con los que le pareció que podrian ir de la primera barcada hasta la isla ó bahía que nombraron de Santa-Cruz, adonde decian que habia perlas; y como Cortés llegó con buen viaje á la isla, que fué en el mes de mayo de 1536 ó 7 años, que ya no me acuerdo, y luego despachó los navíos para que volviesen los demás soldados y mujeres casadas, y caballos que quedaban aguardando con el capitan Andrés de Tapia, y luego se embarcaron; y alzadas velas,

yendo por su derrota, dióles un temporal que les echó cabe un gran rio, que le pusieron nombre San Pedro y San Pablo; y asegurado el tiempo, volvieron á seguir su viaje, y dióles otra tormenta que les despartió á todos tres navíos, y el uno dellos fué al puerto de Santa-Cruz, adonde Cortés estaba, y el otro fué á encallar y dar al través en tierra de Xalisco; y los soldados que en él iban estaban muy descontentos del viaje, y de muchos trabajos, se volvieron á la Nueva-España, y otros se quedaron en Xalisco; y el otro navío aportó á una bahía que llamaron el Guayabal; y pusiéronle este nombre porque habia allí mucha fruta que llaman guayabas; y como habian dado al través, tardaban tanto y no acudian donde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habian acabado los bastimentos; y en el navío que dió al través en tierra de Xalisco iba la carne y bizcocho y todo el mas bastimento; á esta causa estaban muy congojosos así Cortés como todos los soldados, porque no tenian qué comer; y en aquella tierra no cogen los naturales del maíz, que son gente salvaje y sin policía, y lo que comen es frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos, y de los soldados que estaban con Cortés, de hambres y de dolencias se murieron veinte y tres, y muchos mas estaban dolientes, y maldecian á Cortés y á su isla y bahía y descubrimiento; y cuando aquello vió, acordó de ir en persona con el navío que allí aportó, y con cincuenta soldados y con dos herreros y carpinteros y tres calafates, en busca de los otros dos navíos, porque por los tiempos y vientos que habian corrido, entendió que habian dado al través; é yendo en busca dellos, halló al uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Xalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arracifes, y con gran trabajo y con tornallos á aderezar y calafatear, volvió á la isla de Santa-Cruz con sus tres navíos y bastimento, y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que como estaban debilitados de no comer cosas de sustancia de muchos dias atrás, les dió cámaras y tanta dolencia, que se murieron la mitad dellos, y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué á descubrir á otras tierras, y entonces toparon con la California, que es una bahía; y como Cortés estaba tan trabajado y flaco, deseábase volver á la Nueva-España; sino que de empacho, porque no dijesen dél que habia gastado gran cantidad de pesos de oro, y no habia topado tierras de provecho ni tenia ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados y conquistadores verdaderos de la Nueva-España, á este efeto no se iba; y en aquel instante, como la marquesa doña Juana de Zúñiga, su mujer, no sabia ningunas nuevas, mas que habia dado al través un navío en la costa de Xalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hubiese muerto ó perdido; y luego envió en su busca dos navíos, los cuales uno dellos fué en que habia vuelto á la Nueva-España el Grijalva, que habia ido con el Becerra, y el otro navío era nuevo, que lo acabaron de labrar en Guantepeque; los cuales dos navíos cargaron de bastimento lo que en aquella sazon pudieron haber, y envió por capitan dellos á un Fulano de Ulloa, y escribió muy afectuosamente al Marqués, su marido, con palabras y ruegos que luego se volviese á Méjico á su estado y marquesado, y que mirase los hijos é hijas que tenia, y dejase de porfiar mas con la fortuna, y se contentase con los heróicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona; y asimismo le escribió el virey don Antonio de Mendoza muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese á la Nueva-España; los cuales dos navíos con buen viaje llegaron donde Cortés estaba, y cuando vió cartas del Virey y los ruegos de la Marquesa é hijos, dejó por capitan con la gente que allí tenia á Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos que para él traia, y luego se embarcó, y vino al puerto de Acapulco, y tomado tierra, á buenas jornadas vino á Cornabaca, adonde estaba la Marquesa, con la cual hubo mucho placer; y todos los vecinos de Méjico se holgaron con su venida, y aun el Virey y audiencia real; porque habia fama que se decia en Méjico que se querian alzar todos los caciques de la Nueva-España viendo que no estaba en la tierra Cortés; y demás desto, luego se vinieron todos los soldados y capitanes que habia dejado en aquella isla ó bahía que llaman la California; y esto de su venida no sé de qué manera fué, si ellos de hecho se vinieron, ó el Virey y la audiencia real les dió licencia para ello; y desde á pocos meses, como Cortés estaba algo mas reposado, envió otros navíos bien bastecidos, así de pan y carne como de buenos marineros, y sesenta soldados y buenos pilotos, y fué en ellos por capitan el Francisco de Ulloa, otras veces por mí nombrado; y aquestos navíos que envió, fué que la audiencia real de Méjico se lo mandaba expresamente que los enviase, para cumplir Cortés lo capitulado con su majestad, segun dicho tengo en los capítulos pasados que dello habian. Volvamos á nuestra relacion, y es que salieron del puerto de la Natividad por el mes de junio de mil y quinientos y treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo bien; y le mandó Cortés al capitan que corriesen la costa adelante y acabasen de bajar la California, y procurasen de buscar al capitan Diego Hurtado, que nunca mas pareció; y tardó en el viaje en ir y venir siete meses, y sé que no hizo cosa que de contar sea; y volvió al puerto de Xalisco, y dende á pocos dias que el Ulloa estaba en tierra descansando, un soldado de los que habia llevado en su capitanía le aguardó en parte que le dió de estocadas, donde le mató; y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos que el Marqués hizo; y aun le oí decir muchas veces que habia gastado en las armadas sobre trecientos mil pesos de oro; y para que su majestad le pagase alguna cosa dello, y sobre el contar de los vasallos, determinó de ir á Castilla, y para demandar á Nuño de Guzman cierta cantidad de pesos de oro de los que la real audiencia le hubo sentenciado al Nuño de Guzman que pagase á Cortés de cuando le mandó vender sus bienes; porque en aquel tiempo el Nuño de Guzman fué preso á Castilla; y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva-España, y dicen que son maldiciones que le echaron.

CAPITULO CCI.

Cómo en Méjico se hicieron grandes fiestas y banquetes por alegría de las paces del cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, con el rey Francisco de Francia, cuando las vistas de Aguas-Muertas.

En el año de 38 vino nueva á Méjico que el cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, fué á Francia, y el rey Francisco de Francia le hizo gran recebimiento en un puerto que se dice Aguas-Muertas, donde se hicieron paces y se abrazaron los reyes con gran amor, estando presente maduma Leonor, reina de Francia, mujer del rey Francisco y hermana del Emperador, de felice recordacion, nuestro señor, donde se hizo gran solenidad y fiestas en aquellas paces, y por honra y alegría dellas, el virey don Antonio de Mendoza y el marqués del Valle y la real audiencia y ciertos caballeros conquistadores hicieron grandes fiestas. En esta sazon habian hecho amistades el marqués del Valle y el visorey don Antonio de Mendoza, que estaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquesado y sobre que el Virey favoreció mucho al Nuño de Guzman para que no pagase la cantidad de pesos de oro que se debia á Cortés desde el tiempo que fué el Nuño de Guzman presidente en Méjico; y acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos, y fueron tales, que otras como ellas, á lo que á mí me parece, no he visto hacer en Castilla, así de justas y juegos de cañas, correr toros, encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que habia; é todo esto que he dicho no es nada para las muchas invenciones de otros juegos, como se solian hacer en Roma cuando entraban triunfando los cónsules y capitanes que habian vencido batallas, y los epitafios y carteles que sobre cada cosa habia; y el inventor de aquellas cosas fué un caballero romano que se decia Luis de Leon, persona que decian que era de linaje de los patricios, natural de Roma; y es, que como se acabaron de hacer las fiestas, mandó el Marqués apercebir navíos y matalotaje para ir á Castilla, para suplicar á su majestad que le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que habia gastado en las armadas que envió á descubrir; y porque tenia pleitos con Nuño de Guzman, que en aquella sazon le envió preso al Nuño de Guzman el audiencia real á España, y tambien tenia pleitos sobre el contar de los vasallos; y entonces Cortés me rogó á mí que fuese con él, y que en la corte demandaria mejor mis pueblos ante los señores del real consejo de Indias que no en la audiencia real de Méjico; y luego me embarqué y fui á Castilla, y el Marqués no fué de ahí á dos meses, porque dijo que no tenia allegado tanto oro como quisiera llevar, y porque estaba malo del empeine del pié, del caño que le dieron, y esto fué en el año de 540; y porque el año pasado de 539 falleció la serenísima emperatriz nuestra señora, doña Isabel, de gloriosa memoria, la cual falleció en Toledo en 1.° dia del mes de mayo, y fué llevado á sepultar su cuerpo á la ciudad de Granada, y por su muerte se hizo gran sentimiento en la Nueva-España, y se pusieron todos los mas conquistadores grandes lutos, é yo, como regidor que era de la villa de Guacacualco é conquistador mas antiguo, me puse grandes lutos, y con ellos fui á Castilla; y llegado á la corte, me los torné á poner mucho mayores, como era obligado, por la muerte de nuestra reina y señora, y en aquel tiempo tambien llegó á la corte Hernando Pizarro, que vino del Perú, y fué cargado de luto, con mas de cuarenta hombres que llevaba consigo, que le acompañaban; y tambien en esa sazon llegó Cortés á la corte con luto él y sus criados, que estaba en aquella sazon la corte en Madrid; y los señores del real consejo de Indias, como supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir á recebir, y le señalaron por posada las casas del comendador don Juan de Castilla; y cuando algunas veces iba Cortés al real consejo de Indias, salia un oidor hasta la puerta donde hacian el acuerdo del real Consejo, y le llevaba con mucho acato á los estrados donde estaba el presidente don fray García de Loaysa, cardenal de Sigüenza, y después fué arzobispo de Sevilla; y oidores el licenciado Gutierre Velazquez y el obispo de Lugo y el doctor don Juan Bernal Díaz de Luco y el doctor Beltran; y un poco junto de las sillas de aquellos señores caballeros le ponian á Cortés otra silla é le oian; y desde entonces nunca mas volvió á la Nueva-España, porque entonces le tomaron residencia, y su majestad no le quiso dar licencia para que se volviese á la Nueva-España, puesto que echó por intercesores al almirante de Castilla y al duque de Béjar y al comendador mayor de Leon; y aun tambien echó por intercesora á la señora doña María de Mendoza, y nunca le quiso dar licencia su majestad; antes mandó que le detuviesen hasta acabar de dar la residencia, y nunca la quisieron concluir; y la respuesta que le daban en el real consejo de Indias era, que hasta que su majestad viniese de Flándes de hacer el castigo de Gante, que no podian dalle licencia. Y tambien en aquella sazon al Nuño de Guzman le mandaron desterrar de su tierra y que siempre anduviese en la corte, y le sentenciaron en cierta cantidad de pesos de oro; mas no le quitaron los indios de su encomienda de Xalisco; y tambien andaba él y sus criados cargados de luto; y como en la corte nos vian, así al marqués Cortés como al Pizarro y al Nuño de Guzman y todos los demás que veniamos de la Nueva-España á negocios, y otras personas del Perú con lutos, tenian por chiste de llamarnos los indianos peruleros enlutados. Volvamos á nuestra relacion: que tambien en aquel tiempo á Hernando Pizarro le mandaron echar preso en la Mota de Medina, y entonces me vine yo á la Nueva-España, y supe que habia pocos meses que se habian alzado en las provincias de Xalisco unos peñoles que se llaman Cochitlan, y que el virey don Antonio de Mendoza los envió á pacificar á ciertos capitanes, y á uno que se decia Cristóbal de Oñate, y los indios alzados daban grandes combates á los españoles y soldados, que de Méjico enviaron á demandar socorro al don Pedro de Albarado, que en aquella sazon estaba en unos sus navíos de una gran armada que hizo en lo de Guatimala para la China; y fué á favorecer á los españoles que estaban sobre los peñoles por mí ya nombrados, y llevó gran copia de soldados, y dende á pocos dias murió por causa de un caballo que le tomó debajo y le machucó el cuerpo, como adelante diré. Y quiero dejar esta plática, y traeré á la memoria dos armadas que salieron de la Nueva-España: la una era la que hizo el virey don

Antonio de Mendóza, y la otra fué la que hizo don Pedro de Albarado, segun dicho tengo.

CAPITULO CCII.

Cómo el virey don Antonio de Mendoza envió tres navíos á descubrir por la banda del sur en busca de Francisco Vazquez Coronado, y le envió bastimentos y soldados, que estaban en la conquista de la Cibola.

Ya he dicho en el capítulo pasado que dello habla que el virey don Antonio de Mendoza y la real audiencia de Méjico enviaron á descubrir las siete ciudades, que por otro nombre se llama Cibola, y fué por capitan general un hidalgo que se decia Francisco Vazquez Coronado, natural de Salamanca, que en aquella sazon se habia casado con una señora que, además de ser virtuosa, era hermosa, hija del tesorero Alonso de Estrada, y en aquel tiempo estaba el Francisco Vazquez por gobernador, aunque se lo habian quitado. Pues partidos por tierra con muchos soldados de á caballo y escopeteros y ballesteros, habia dejado por su teniente en lo de Xalisco á un hidalgo que se decia Fulano de Oñate; y después de ciertos meses que hubo llegado á las siete ciudades, pareció ser que un fraile francisco que se decia fray Márcos de Nica habia ido de antes á descubrir aquellas tierras, ó fué en aquel viaje con el mismo Francisco Vazquez Coronado, que esto no lo sé bien; y cuando llegaron á las tierras de la Cibola, y vieron los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subian por escaleras, parecióle al fraile que seria bien volver á la Nueva-España, como luego vino, á dar relacion al virey don Antonio de Mendoza que enviase navíos por la costa del sur, con herraje y tiros y pólvora y ballestas y armas de todas maneras, y vino y aceite y bizcocho, porque le hizo relacion que las tierras de la Cibola estaban en la comarca de la costa del sur, y que con los bastimentos y herraje serian ayudados el Francisco Vazquez y sus compañeros, que ya quedaban en aquella tierra; y á esta causa envió los tres navíos que dicho tengo, y fué por capitan general un Hernando de Alarcon, maestresala que fué del mismo virey, y fué por capitan de otro navío un hidalgo que se dice Márcos Ruiz de Rójas, natural de Madrid; otros dijeron que habia ido por capitan de otro navío un Fulano Maldonado; y porque yo no fuí en aquella armada, mas de por oidas lo digo desta manera; y fueron dadas todas las instrucciones á los pilotos y capitanes de lo que habian de hacer y cómo se habian de regir y navegar.

CAPITULO CCIII.

De una muy grande armada que hizo el adelantado don Pedro de Albarado en el año de 1537.

Razon es que se traiga á la memoria y no quede por olvido una muy buena armada que el adelantado don Pedro de Albarado hizo el año de 1537 en la provincia de Guatimala, donde era gobernador, y en un puerto que se dice Acaxatla, en la banda del sur, y fué para cumplir ciertas capitulaciones que con su majestad hizo la segunda vez que volvió á Castilla, y vino casado con una señora que se decia doña Beatriz de la Cueva; y fué el concierto que se capituló con su majestad, que el Adelantado pusiese ciertos navíos y pilotos y marineros y soldados y bastimentos, y todo lo que hubiese menester, á su costa, para enviar á descubrir por la via del poniente á la China ó Malucos ó otras cualesquier islas de la Especería, y para lo que descubriese, su majestad le prometió en las mismas tierras que le haria ciertas mercedes y daria renta en ellas; y porque yo no he visto lo capitulado, me remito á ello, y por esta causa lo dejo de poner en esta relacion. Y volviendo á nuestra materia, y es que, como siempre el Adelantado fué muy servidor de su majestad, lo cual se pareció en las conquistas de la Nueva-España é ida del Perú, y en todo puso su persona, con cuatro hermanos suyos, que sirvieron á su majestad en lo que pudieron; y en esto de ir á lo del poniente con buena armada, se quiso aventajar á todas las armadas que hizo el marqués del Valle, de las cuales tengo hecha larga relacion en los capítulos que dello hablan; y esto que digo es porque puso en la mar del Sur trece navíos de buen porte, y entre ellos una galera y un patache, y todos muy bien bastecidos, así de pan como de carne y pipas de agua, y todo bastimento que en aquella sazon pudieron haber, y muy bien artillados, y con buenos pilotos y marineros, los que habian menester. Pues para hacer tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son mas de ducientas leguas hasta donde se labraron los navíos, que en aquella sazon de la Veracruz se trajo el hierro para la clavazon y anclas y pipas, y otras muchas cosas pertenecientes para aquella flota, gastó en ella mas millares de pesos de oro que en Castilla se pudieran gastar aunque se labraran en Sevilla ochenta navíos; y fueron tantos los gastos que hizo, que no le bastó la riqueza que trajo del Pirú, ni el oro que le sacaban de las minas en la provincia de Guatimala, ni los tributos de sus pueblos, ni lo que le presentaron sus deudos y amigos y lo que tomó fiado de mercaderes; é ya que en aquella ocasion se quisiera ayudar de traer anclas é hierro y otras muchas cosas pertenecientes para los navíos, desde el Puerto de Caballos no venian navíos ni mercaderes, ni se trataba aquel puerto en aquella sazon como ahora. Volvamos á nuestra relacion: que aun no es nada los pesos de oro que gastó en los navíos para lo que dió á capitanes y alférez y maeses de campo y á seiscientos y cincuenta soldados, y los muchos caballos que entonces compró, que valian los buenos á trecientos pesos, y los comunes á ciento y cincuenta y á ducientos; pues arcabuces y pólvora y ballestas y todo género de armas fueron tan excesivos gastos, los cuales se podrán colegir; y fueron tan altos los pensamientos que tuvo de hacer gran servicio á su majestad, y descubrille por el poniente la China ó Malucos y Especería, y aun de conquistar algunas islas della, y á lo menos dar traza que por la parte de su gobernacion hubiese el trato della, pues que aventuraba toda su hacienda y persona. Pues ya puesto á punto sus naos para navegar, y en cada una sus estandartes reales, y señalados pilotos y capitanes, y dadas las instrucciones de lo que habian de hacer y derrotas que habian de llevar, y las señas de los faroles para de noche, y á todos los soldados, como dicho tengo, que fueron sobre seiscientos y cincuenta, con

mas de doscientos caballos; y después de oido misa del Espíritu Santo, el mismo adelantado por capitan general de toda su armada, dan velas en ciertos dias del año de 1538, y fué navegando por su derrota hasta el puerto de la Purificacion, que es en la provincia de Xalisco, porque en aquel puerto habia de tomar agua y mas soldados y bastimento. Pues como supo el virey don Antonio de Mendoza desta tan pujante armada, que para en estas partes era muy grande, y de los muchos soldados y caballos y artillería que llevaba, tuvo por muy gran cosa de cómo pudo juntar y armar trece navíos en la costa del sur, y allegar tantos soldados, estando tan apartado del puerto de la Veracruz y de Méjico: es cosa de pensar en ello á las personas que tienen noticia destas tierras y saben los gastos que hacen. Pues como el virey don Antonio de Mendoza supo y se informó que era para descubrir la China, y alcanzó á saber de pilotos y cosmógrafos que se podia descubrir muy bien por el poniente, y se lo certificó un deudo suyo que se decia Villalóbos, que sabia mucho de alturas y del arte de navegacion, acordó de escribir desde Méjico al Adelantado con ofertas y buenos prometimientos para que se diese órden en que la armada hiciese compañía con él: para lo efetuar fueron á hacer el concierto don Luis de Castilla y un mayordomo mayor del Virey, que se decia Agustin Guerrero; y después que el Adelantado vió los recaudos que llevaban para hacer concierto, y bien platicado sobre el negocio, se concertó que se viesen el Virey y el Adelantado en un pueblo que se dice Chiribitio, que es en la provincia de Mechoacan, que era de la encomienda de un Juan de Albarado, deudo del mismo Adelantado; y como el Virey supo adónde se habian de ver, fué en posta desde Méjico al pueblo por mí nombrado, donde estaba el Adelantado aguardando al Virey para hacer la plática, y allí se vieron, y concertaron que fuesen entrambos á dos á ver la armada, y luego fueron, y cuando lo hubieron visto, se volvieron á Méjico, para desde allí enviar capitan general de toda la flota; y el Adelantado queria que fuese un deudo suyo por general, que se decia Juan de Albarado (no digo por el de Chiribitio, sino otro su sobrino), que tenia indios en Guatimala; y el Virey queria que fuese juntamente con él un Fulano Villalóbos; y en este tiempo tuvo mucha necesidad el Adelantado de venir á su gobernacion de Guatimala á cosas que le convenian, y lo dejó todo aparte por estar presente en su armada, y fué al puerto de la Natividad por tierra, donde en aquella sazon estaban todos sus navíos y soldados, para que por su mano fuesen despachados; é ya que estaban para se hacer á la vela, le vino una carta que le envió un Cristóbal de Oñate, que estaba por teniente de gobernador de aquella provincia de Xalisco, por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, que habia ido por capitan á las siete ciudades que llaman de Cibola, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y lo que el Oñate en la carta le decia, era que, pues en todo era gran servidor de su majestad, en este caso que ahora ha ocurrido se parecerán muy mejor sus servicios; que por amor de Dios, que luego con brevedad le vaya á socorrer con su persona y soldados y caballos y arcabuceros, porque está cercado en partes que si no son socorridos no se podrá defender de muchas capitanías de indios guerreros que están en unas fuerzas y peñoles que se dicen de Cochitlan, y que han muerto á muchos españoles de los que estaban en su compañía, y se temia no le acabasen de desbaratar; y le significó en la carta otras muchas lástimas, y que á salir los indios de aquellos peñoles é fortaleza vitoriosos, la Nueva-España estaba en gran peligro. Y como el Adelantado vió la carta, y en ella las palabras que dicho tengo, y otros españoles le dijeron en el peligro en que estaban, luego mandó juntar sus soldados, así de caballo como arcabuceros y ballesteros, y fué en posta á hacer aquel socorro; y cuando llegó al real estaban tan afligidos los cercados, que si no fuera por él, segun se vió, los mataran los indios, y con su llegada aflojaron algo, y no que dejasen de dar muy bravosa guerra; y estando peleando entre unos peñoles un soldado, pareció ser que el caballo en que iba se le derriscó, y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia y saltos por donde el Adelantado estaba, que no se pudo apartar á cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte, que le trató mal y le quebrantó todo el cuerpo, porque le tomó debajo, y fué de tal manera, que se sintió muy malo, y para guarecelle y curallo, creyendo que no fuera tanto el quebramiento, le llevaron en andas á curar á una villa, que era la mas cercana de aquellos peñoles, que se dice la Purificacion; é yendo por el camino se comenzó á pasmar, y llegado á la villa, de ahí á pocos dias, después de se haber confesado y comulgado, dió el ánima á Dios nuestro Señor, que la crió. Algunas personas dijeron que hizo testamento, y no ha parecido. Falleció aqueste caballero por sacalle luego del real, que si de allí no le sacaran y le curaran como era razon, no se pasmara; y á todas las cosas que nuestro Señor hace y ordena démosle muchas gracias y loores por ello; pues ya es fallecido, perdónele Dios. En aquella villa le enterraron con la mayor pompa que pudieron; y después he oido decir que Juan de Albarado, el encomendero de Chiribitio, llevó sus huesos de donde estaban enterrados al mismo pueblo de su encomienda, y mandó hacer muchas honras y misas y limosnas por su ánima. Pues como se supo su muerte en el real de Cochitlan y en su flota y armada, como no habia capitan general ni cabeza que los mandase, muchos de los soldados se fueron cada uno por su parte con las pagas que les dieron; y cuando á Méjico llegó esta nueva, todos los mas caballeros, juntamente con el Virey, la sintieron; y como faltó el Adelantado, luego en posta envian por el Virey para que les vaya á socorrer, y el Virey no pudo ir luego, y envió al licenciado Maldonado, é hizo lo que pudo en aquel socorro; y luego fué el Virey y llevó todos los soldados que pudo allegar, y quiso Dios que venció á los indios de los peñoles, y desbaratados, se volvieron á Méjico á cabo de muchos dias que en esta guerra estuvieron con gran trabajo. Dejemos aquel socorro que el Adelantado hizo, pues á todos los cercados ayudó, y él murió del arte que ya he dicho; é quiero decir que, como se supo en Guatimala de su muerte, la tristeza y lloros que hubo en su casa, y su querida mujer doña Beatriz de la Cueva rompia la cara y se mesaba los cabellos, juntamente con sus damas y doncellas

que tenia para casar; pues su amada hija y señores hijos, y un caballero, yerno suyo, que se dice don Francisco de la Cueva, primo segundo del duque de Alburquerque, que dejaba por gobernador de aquella provincia, tuvieron mucho pesar, y todos los vecinos conquistadores hicieron sentimiento y le hicieron solenes honras, porque el obispo don Francisco Marroquin, de buena memoria, sintió mucho su muerte, y con toda la clerecía y cera y pompa que pudieron rogaban á Dios por su ánima cada dia; y en esto de las honras puso el Obispo gran solicitud. Y tambien quiero decir que un mayordomo del Adelantado, por mostrar mas tristeza por la muerte de su señor, mandó que se entintasen todas las paredes de las casas con un betun de tinta que no se pudiese quitar. Y tambien oí decir que muchos caballeros iban á consolar á la señora doña Beatriz de la Cueva, mujer del Adelantado, porque no tomase tanta tristeza por su marido, y le decian que diese gracias á Dios, pues que dello fué servido; y ella, como buena cristiana, decia que así se las daba; y como las mujeres son tan lastimosas por lo que bien quieren, y que deseaba morirse y no estar en este triste mundo con tantos trabajos: traigo aquí esto á la memoria por lo que el coronista Francisco Lopez de Gómora dice en su Corónica, que dijo aquella señora que ya no tenia nuestro Señor Jesucristo en qué mas mal la pudiese hacer de lo hecho, y por aquella blasfemia fué servido que desde á pocos dias vino en esta ciudad una tormenta y tempestad de agua y cieno y piedras muy grandes y maderos muy gordos, que descendió de un volcan que está media legua de Guatimala, que derribó toda la mayor parte de las casas donde vivia aquella señora, mujer del Adelantado, estando en una recámara rezando con sus damas y doncellas, que las tomó á todas debajo, y las mas se ahogaron. Y en las palabras que dijo el Gómora que habia dicho aquella señora, no pasó como dice, sino como dicho tengo; y si nuestro Señor Jesucristo fué servido de la llevar deste mundo, fué secreto de Dios; de la cual avenida y terremoto diré adelante en su tiempo y lugar; y quiero ahora referir otras cosas que son muy de notar: que con haber servido el Adelantado tan bien á su majestad, y con sus cuatro hermanos, que se decian Jorge, Gonzalo y Gomez y Juan, y todos Albarados, cuando falleció, como dicho tengo, no les quedaron á sus hijos é hijas ningunos pueblos de los que tenia en su encomienda, habiéndolos él ganado y conquistado, y haber venido á descubrir esta Nueva-España con Juan de Grijalva y después con Cortés. Pues digamos agora adónde murieron él y sus hijos y mujer y hermanos, que es cosa de mirar en ello. Ya he dicho que murió en lo de Achitlan, y su hermano Jorge de Albarado en la villa de Madrid, yendo á suplicar á su majestad le gratificase sus servicios, y esto fué en el año de 1540; y el Gomez de Albarado en el Pirú; el Gonzalo de Albarado no se me acuerda si murió en Guaxaca ó en Méjico, el Juan de Albarado yendo á la isla de Cuba á poner cobro en la hacienda que dejó en aquella isla. Pues sus hijos, el mayor, que se decia don Pedro, fué á Castilla en compañía de un su tio que se decia Juan de Albarado el mozo, vecino que fué de Guatimala, é iba á besar los piés del Emperador nuestro señor y traerle á la memoria los servicios de su padre; y nunca mas se supo nueva dellos, porque creyeron que se perdieron en la mar ó los cautivaron moros. Pues don Diego, el hijo menor, como se vió perdido, volvió al Pirú, y en una batalla murió. Pues doña Beatriz, su mujer, ya he dicho dos veces cómo la tormenta la llevó deste mundo, á ella y á otras señoras que estaban en su compañía. Tengan agora mas cuenta los curiosos letores desto que aquí tengo referido, y miren que el Adelantado murió solo sin su querida mujer y amadas hijas, y la mujer sin su querido marido, y los hijos el uno yendo á Castilla y el otro en una batalla en el Pirú, y los hermanos segun y de la manera que dicho tengo. Nuestro Señor Jesucristo los lleve á su santa gloria, amen. Agora nuevamente se han hecho en esta ciudad de Guatimala dos sepulcros juntos al altar de la santa iglesia mayor para traer los huesos del adelantado don Pedro de Albarado, que están enterrados en el pueblo de Chiribitio, y traidos que sean á esta ciudad, enterrarles en el un sepulcro, y el otro sepulcro es para que cuando Dios nuestro Señor sea servido llevar desta presente vida á don Francisco de la Cueva y á doña Leonor de Albarado, su mujer, é hija del mismo Adelantado, enterrarse en ellos; porque á su costa traen los huesos de su padre y mandaron hacer el sepulcro en la santa iglesia, como dicho tengo. Dejemos esta materia, y volveré á decir en lo que paró la armada, y es, que después que murió, como he referido, desde á un año, poco mas ó menos tiempo, el virey don Antonio de Mendoza mandó que tomasen ciertos navíos, los mejores y mas nuevos de los trece que enviaba el Adelantado á descubrir la China por la banda del poniente, y envió por capitan de los navíos á un su deudo, que se decia Fulano de Villalóbos, y que se fuese la mesma derrota que tenia concertado de enviar á descubrir; y en lo que paró este viaje yo no lo sé bien, y á esta causa no doy mas relacion dello; y tambien he oido decir que nunca los herederos del Adelantado cobraron cosa ninguna, ansí de navíos como de bastimentos, sino que todo se perdió. Dejemos esta materia, é diré lo que Cortés hizo.

CAPITULO CCIV.

De lo que el marqués del Valle hizo desde que estaba en Castilla.

Como su majestad volvió á Castilla á hacer el castigo de Gante, é hizo la gran armada para ir sobre Argel, le fué á servir en ella el marqués del Valle, y llevó en su compañía á su hijo el mayorazgo; tambien llevó á don Martin Cortés, el que hubo en doña Marina, y llevó muchos escuderos y criados y caballos, y gran copia y servicio, y se embarcó en una buena galera, en compañía de don Enrique Enriquez; y como Dios fué servido hubiese tan recia tormenta, se perdió casi que toda la real armada; tambien dió al través la galera en que iba Cortés, y escapó él y sus hijos y todos los mas caballeros que en ella iban, con gran riesgo de sus personas; y en aquel instante, como no hay tanto acuerdo como debia haber, especialmente viendo la muerte al ojo, dijeron muchos de los criados de Cortés que le vieron que se ató en unos paños revueltos al brazo, y en el paño ciertas joyas de piedras muy riquísimas que llevaba como

gran señor, como se suele decir, para no menester, y con la revuelta del salir en salvo de la galera, y con la mucha multitud de gente que habia, se le perdieron todas las joyas y piedras que llevaba, que, á lo que decian, valian muchos pesos de oro. Y volveré á decir de la gran tormenta y pérdida de caballeros y soldados que se perdieron. Aconsejaron á su majestad los capitanes y maestres de campo que eran del real consejo de Guerra, que luego alzase el cerco y real de sobre Argel, y se fuese por Bujía, pues que veian que nuestro Señor Dios fué servido dalles aquel tiempo contrario, y no se podia hacer mas de lo hecho; en el cual acuerdo y consejo no llamaron á Cortés para que diese su parecer; y de que lo supo, dijo que si su majestad era servido, que él entendia, con el ayuda de Dios y con la buena ventura de nuestro césar, que con los soldados que estaban en el campo, de tomar á Argel; y tambien dijo á vueltas destas palabras muchos loores de sus capitanes y compañeros que nos hallamos con él en la conquista de Méjico, diciendo que fuimos para sufrir hambres y trabajos, y que do quiera que les llamase hacia con ellos heróicos hechos, y que heridos y entrapajados no dejaban de pelear y tomar cualquier ciudad y fortaleza, aunque sobre ello aventurasen á perder las vidas; y como muchos caballeros le oyeron aquellas palabras, dijeron á su majestad que fuera bien haberle llamado á consejo de guerra, y que se tuvo á descuido no haberle llamado; otros caballeros dijeron que si no fué llamado fué porque sentian en el Marqués que seria de contrario parecer, y aquel tiempo de tanta tormenta no daba lugar á muchos consejeros, salvo que su majestad y los mas caballeros de la real armada se pusiesen en salvo, porque estaban en muy gran peligro, y que el tiempo andando, con el ayuda de Dios volverian á poner cerco á Argel; y ansí, se fueron por Bujía. Dejemos esta materia, y diré cómo volvieron á Castilla de aquella trabajosa jornada. Y como el Marqués estaba muy cansado, ansí de estar en Castilla en la corte y haber venido por Bujía, é ya era viejo, quebrantado del camino ya por mí dicho, deseaba en gran manera volver á la Nueva-España si le dieran licencia; y como habia enviado á Méjico por su hija la mayor, que se decia doña María Cortés, que tenia concertado de la casar con don Alvaro Perez Osorio, hijo del marqués de Astorga y heredero del marquesado, y le habia prometido sobre cien mil ducados de oro en casamiento, y otras muchas cosas de vestidos y joyas, y vino á recebirla á Sevilla; y este casamiento se desconcertó, segun dijeron muchos caballeros, por culpa de don Alvaro Perez Osorio; de que el Marqués recibió tanto enojo, que de calenturas y cámaras que tuvo recias estuvo al cabo; y andando con su dolencia, que siempre empeoraba, acordó salir de Sevilla por quitarse de muchas personas que le importunaban en negocios, y se fué á Castilleja de la Cuesta para allí entender en su alma y ordenar su testamento; y cuando lo hubo ordenado como convenia, y haber recebido los santos Sacramentos, fué nuestro Señor Jesucristo servido de llevalle deste trabajoso mundo, y murió en 2 dias del mes de diciembre de 1547 años, y llevóse su cuerpo á enterrar con grande pompa y muchos lutos y clerecía, y grande sentimiento de muchos caballeros, y fué enterrado en la capilla de los duques de Medina-Sidonia; y despues fueron traidos sus huesos á la Nueva-España, y están en un sepulcro en Cuyoacan ó en Tezcuco; esto no lo sé bien; porque ansí lo mandó en su testamento. Quiero decir la edad que tenia, á lo que á mí se me acuerda; lo declararé por esta cuenta que diré: en el año que pasamos con Cortés dende Cuba á la Nueva-España fué el de 519 años, y entonces solia decir, estando en conversacion de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que habia treinta y cuatro años, y veinte y ocho que habian pasado hasta que murió, que son sesenta y dos años. Las hijas é hijos que dejó legítimos fué don Martin Cortés, marqués que agora es, y doña María Cortés, la que he dicho que estaba concertada en el casamiento con don Alvaro Perez Osorio, heredero del marquesado de Astorga; que después casó esta doña María con el conde de Luna, de Leon; y á doña Juana, que casó con don Hernando Enriquez, que ha de heredar el marquesado de Tarifa, y á doña Catalina de Arellano, que murió en Sevilla; y mas digo, que las llevó la señora marquesa doña Juana de Zúñiga, su madre, á Castilla cuando vino por ellas un fraile de santo Domingo, que se dice fray Antonio de Zúñiga, el cual fraile era hermano de la misma marquesa; y tambien se casó otra señora doncella que estaba en Méjico, que se decia doña Leonor Cortés, con un Juanes de Tolosa, vizcaíno, persona rica, que tenia sobre cien mil pesos y unas buenas minas de plata; del cual casamiento tuvo mucho enojo el marqués el mozo, que vino á la Nueva-España; y tambien tuvo dos hijos varones bastardos, que se decian don Martin Cortés, que fué comendador de Santiago; este caballero hubo en doña Marina la lengua; é á don Luis Cortés, que tambien fué comendador de Santiago, que hubo en otra señora que se decia doña Fulana de Hermosilla; y hubo otras tres hijas bastardas; la una hubo en una indiana de Cuba que se decia doña Fulana Pizarro, y la otra en otra india mejicana; y sé yo que estas señoras doncellas tenian buen dote, porque dende niñas les dió buenos indios, que fueron unos pueblos que se dicen Chinanta, y en el testamento y mandas que hizo, yo no lo sé bien, mas tengo en mí que, como sabio, lo haria bien, y tuvo mucho tiempo para ello, y como era viejo, que lo haria con mucha cordura y mandaria descargar su conciencia; y mandó que hiciesen un hospital en Méjico, y tambien mandó que en una su villa que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de Méjico, que se hiciese un monasterio de monjas, y que le trajesen sus huesos á la Nueva-España; y dejó buenas rentas para cumplir su testamento, y las mandas fueron muchas y buenas y de muy buen cristiano; y por excusar prolijidad no lo declaro, é tambien por no me acordar de todas, aquí no las relato. La letra y blason que traia en sus armas é reposteros fueron de muy esforzado varon y conforme á sus heróicos hechos, y estaban en latin, y como yo no sé latin, no lo declaro; y traia en ellos siete cabezas de reyes presos en una cadena, é á lo que á mí me parece, segun vi y entiendo, fueron los reyes que agora diré: Montezuma, gran señor de Méjico, é Cacamatzin, su sobrino de Montezuma, que tambien fué

gran señor de Tezcuco, é á Coadlabaca, que asimismo era señor de Iztapalapa y de otros pueblos, y al señor de Tacuba é al señor de Cuyoacan, é á otro gran cacique de dos provincias que se decian Tulapa, junto á Matalcingo. Este que dicho tengo, decian que era hijo de una su hermana de Montezuma, y muy propincuo heredero de Méjico; y el postrer rey fué Guatemuz, el que nos dió guerra é defendia la ciudad cuando la ganamos á ella y á sus provincias; y estos siete grandes caciques son los que el Marqués traia en sus reposteros y blasones por armas, porque de otros reyes yo no me acuerdo que se hubiesen preso que fuesen reyes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; pasaré adelante, y diré su proporcion y condicion de Cortés. Fué de buena estatura y cuerpo y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenia algo prietas y pocas y rasas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete y diestro de todas armas, ansí á pié como á caballo, y sabia muy bien menearlas, y sobre todo, corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo, en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con vitoria; y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubríanselo las barbas; la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones. En todo lo que mostraba, ansí en su presencia y meneo como en pláticas y conversacion, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponia eran segun el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traia cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imágen de nuestra Señora la Vírgen santa María, con su Hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latin en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el señor san Juan Bautista, con otro letrero; y tambien traia en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traia una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traia figurado la letra dél; mas despues, el tiempo andando, siempre traia gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, é grandes vajillas de plata y de oro. Comia á mediodía bien, y bebia una buena taza de vino aguado, que cabria un cuartillo, y tambien cenaba, y no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veia que habia necesidad que se gastase ó los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez; y era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondia á lo que le decian en latin. Era algo poeta, hacia coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba lo decia muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas horas, é oia misa con devocion; tenia por su muy abogada á la Vírgen María nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada; y tambien tenia á señor san Pedro, Santiago, y al señor san Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba decia: «En mi conciencia;» y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos le decia: «¡Oh, mal pese á vos!» Y cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun capitan ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo mas que les decia era: «Callad, ó idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar.» Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que, por mas consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los peñoles que agora llaman del Marqués, le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que los tuviésemos cercados, por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venian derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe é ímpetu con que venian, y era aventurarnos todos á morir, porque no bastaria esfuerzo ni consejo ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar á subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez ó doce soldados, y todos los mas salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea hasta que mudamos otro consejo. Y demás desto, en el camino que fuimos á las Higueras ó á lo de Cristóbal de Olí cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa; y tampoco acertó, porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es de Guacacualco, camino derecho de Chiapa, y de Chiapa á Guatimala, y de Guatimala á Naco, que es adonde en aquella sazon estaba el Cristóbal de Olí. Dejemos esta plática, y diré que cuando luego venimos con nuestra armada á la Villa-Rica y comenzamos á hacer la fortaleza, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fué Cortés, y siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré á decir en las batallas de Tabasco, que él fue por capitan de los de á caballo y peleó muy bien. Vamos á la Villa-Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos, con trece navíos al través por consejo de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados, y no como lo dice Gómora. Pues en las guerras de Tlascala, en tres batallas se mostró muy es-

forzado capitan. Y en la entrada de Méjico con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, y mas tener atrevimiento de prender al gran Montezuma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros, y tambien digo que lo prendimos por consejo de nuestros capitanes y de todos los mas soldados. Y otra cosa, que no es de olvidar de la memoria, el quemar delante de sus palacios á capitanes del Montezuma porque fueron en la muerte de un nuestro capitan que se decia Juan de Escalante, y de otros siete soldados; de los cuales capitanes indios no me acuerdo sus nombres; poco va en ello, que no hace á nuestro caso. Y tambien qué atrevimiento y osadía fué que con dádivas y joyas de oro, y por buenas mañas y ardides de guerra que se dió contra Pánfilo de Narvaez, capitan de Diego Velazquez, que traia sobre mil y trecientos soldados, contados en ellos hombres de la mar, y traia noventa de á caballo y otros tantos ballesteros, y ochenta espingarderos, que ansí se llamaban; y nosotros con ducientos y sesenta y seis compañeros, sin caballos ni escopetas ni ballestas, sino solamente nuestras picas y espadas y puñales y rodelas, los desbaratamos, y prendimos á Narvaez. Pasemos adelante, y quiero decir que cuando entramos otra vez en Méjico al socorro de Pedro de Albarado, y antes que saliésemos huyendo cuando subimos en el alto cu de Huichilóbos, vi que se mostró muy varon, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota y muy nombrada guerra de Obtumba, cuando nos estaban esperando toda la flor y valientes guerreros mejicanos y todos sus sujetos para nos matar allí. Tambien se mostró muy esforzado cuando dió un encuentro al capitan y alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas y perder el gran brio de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y después de Dios, nuestros esforzados capitanes que le ayudaban, que fué Pedro de Albarado é Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olí y Diego de Ordás, é Gonzalo Dominguez y un Láres é Andrés de Tapia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro, de los que no teniamos caballos y de los de Narvaez, tambien ayudaron muy bien; y quien luego mató al capitan del estandarte fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho, y se le dió á Cortés. Pasemos adelante, y diré que tambien se halló Cortés juntamente con nosotros en una batalla bien peligrosa en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen capitan. Y en lo de Suchimileco, cuando le derribaron los escuadrones mejicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlascaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja (tengan atencion á esto que diré), que uno era Cristóbal de Olí, que fué maese de campo, y otro es Cristóbal de Olea; y esto declaro aquí porque no arguyan sobre ello y no digan que voy errado. Tambien se mostró Cortés muy como esforzado cuando sobre Méjico estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los mejicanos, y le llevaron á sacrificar sesenta y dos soldados, y á Cortés le tenian engarrafado para le llevar á sacrificar, y le habian herido en una pierna, y quiso Dios que por su buen esfuerzo y pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóbal de Olea, que fué el que la otra vez en Suchimileco le libró de los mejicanos y le ayudó á cabalgar, y salvó á Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demás que dicho tengo; y ahora que lo estoy escribiendo se me representa la manera y proporcion de la persona del Cristóbal de Olea y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro marqués del Valle, porque son tantas y de tal manera, que no acabaré tan presto de las relatar, y volveré á decir de su condicion, que era muy aficionado á juegos de naipes é dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decia ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan á los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas, y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates le reprendia y le decia que á la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendia con palabras agras. Cuando fuimos á las Higueras vi que habia tomado una maña ó condicion que no solia tener en las guerras pasadas, que cuando comia, si no dormia un sueño, se le revolvia el estómago y rebosaba y estaba malo, y por excusar este mal cuando íbamos camino, le ponian debajo de un árbol ó otra sombra, una alfombra que llevaban á mano para aquel efeto, ó una capa, y aunque mas sol hiciese ó lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y tambien vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva-España era cenceño y de poca barriga, y después que volvimos de las Higueras engordó mucho y de gran barriga. Y tambien vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. Tambien quiero decir que solia ser muy franco cuando estaba en la Nueva-España y la primera vez que fué á Castilla, y cuando volvió la segunda vez, en el año de 1540, le tenian por escaso, y le puso pleito un su criado que se decia Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio; y tambien, si bien se quiere considerar y miramos en ello, después que ganamos la Nueva-España siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo; en la California ni ida de las Higueras tuvo ventura, ni en otras cosas desque acabó de conquistar la tierra, quizás para que la tuviesé en el cielo; é yo lo creo ansí, que era buen caballero y muy devoto de la Vírgen y del apóstol san Pedro y de otros santos. Dios le perdone sus pecados, y á mí tambien, y me dé buen acabamiento, que importa mas que las conquistas y vitorias que hubimos de los indios.

CAPITULO CCV.

De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos dende la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitan don Hernando Cortés, que después de ganado Méjico fué marqués del Valle y tuvo otros ditados.

Primeramente, el mismo marqués don Hernando Cortés murió junto á Sevilla, en una villa que se dice Castilleja de la Cuesta; y pasó don Pedro de Albarado, que después de ganado Méjico fué comendador de San-

tiago y adelantado y gobernador de Guatimala y Honduras y Chiapa; murió en lo de Xalisco yendo que fué á socorrer un ejército de españoles que estaba sobre el peñol de Cochitlan, segun lo he dicho y declarado en el capítulo que dello habla; y pasó Gonzalo de Sandoval, que fué capitan muy preeminente y alguacil mayor, y fué gobernador cierto tiempo en la Nueva-España cuando Alonso de Estrada gobernaba. Tuvo dél grande noticia, y de sus heróicos hechos, su majestad, y murió en la villa de Pálos yendo que iba con don Hernando Cortés á besar los piés á su majestad; y pasó un Cristóbal de Olí, esforzado capitan y maestre de campo que fué en las guerras de Méjico, y murió en lo de Naco degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le habia dado Cortés. Estos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados y alabados delante de su majestad cuando Cortés fué á la corte, porque dijo al Emperador nuestro señor que tuvo en su ejército, cuando conquistó á Méjico y Nueva-España, tres capitanes que podian ser tenidos en tanta estima como los muy afamados que hubo en el mundo. El primero que dijo fué don Pedro de Albarado, que, demás de ser esforzado, tenia gracia en su persona y parecer para hacer gente de guerra; y dijo por el Cristóbal de Olí que era un Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, y que si como era esforzado tuviera consejo, fuera muy mas tenido en el esfuerzo que suelen decir de Héctor, mas habia de ser mandado; y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitan y de buenos consejos, que podia ser uno de los buenos coroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer; y tambien dijo Cortés que tuvo muy buenos y valerosos soldados, y que peleábamos con muy gran esfuerzo; y lo que sobre este caso propone Bernal Díaz del Castillo es, que si esto que ahora dice Cortés, escribiera la primera vez que hizo relacion á su majestad de las cosas de la Nueva-España, bueno fuera; mas en aquel tiempo que escribió á su majestad, toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba á sí mismo, y no hacia relacion de cómo se llamaban los capitanes y fuertes soldados, ni de nuestros heróicos hechos; sino escribia á su majestad: «Esto hice, esto otro mandé hacer á uno de mis capitanes;» é quedábamos en blanco hasta ya á la postre, que no podia ser menos de nombrarnos. Volvamos á nuestra relacion: pasó otro muy buen capitan y bien animoso, que se decia Juan Velazquez de Leon, murió en las puentes; pasó don Francisco de Montejo, que después de ganado Méjico fué adelantado de Yucatan, murió en Castilla; y pasó Luis Marin, capitan que fué en lo de Méjico, persona preeminente y bien esforzado, murió de su muerte; y pasó un Pedro de Ircio, era ardid de corazon y de mediana estatura é pasicorto, é hablaba mucho que habia hecho y acontecido en Castilla por su persona, y lo que viamos é conociamos dél no era para nada, y llamábamosle que era otro Agrájes, sin obras; fué cierto tiempo capitan en la calzada de Tepeaquilla en el real de Sandoval; y pasó otro buen capitan que se decia Andrés de Tapia, fué muy esforzado, murió en Méjico de su muerte; pasó un Juan de Escalante, capitan que fué en la Villa-Rica cuando fuimos sobre Méjico, murió en poder de indios en la batalla que nombramos de Almería, que son unos pueblos que están entre Tucapan y Cempoal; tambien mataron en su compañía siete soldados que ya no se me acuerdan sus nombres, y le mataron el caballo: este fué el primer desman que tuvimos en la Nueva-España; y tambien pasó un Alonso de Avila, fué capitan y el primer contador puesto por Cortés que hubo en la Nueva-España; persona muy esforzada, fué algo amigo de ruidos, y don Hernando Cortés, conociendo su inclinacion, porque no hubiese zizañas, procuró de lo enviar por procurador de la isla Española, do residia la audiencia real y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, y cuando le envió le dió buenas barras y joyas de oro por contentalle. Pasemos adelante: pasó un Francisco de Lugo, capitan que fué en algunas entradas, hombre bien esforzado; fué hijo bastardo de un caballero de Medina del Campo que se decia Alvaro de Lugo el viejo, señor de unas villas que están cabe Medina del Campo, murió de su muerte; y pasó un Andrés de Monjaraz, capitan que fué cierto tiempo en lo de Méjico; estaba muy malo de bubas y dolores que le impedian harto para la guerra, murió de su muerte; y pasó un su hermano que se decia Gregorio de Monjaraz, buen soldado, ensordeció estando en la guerra de Méjico, murió de su muerte; y pasó Diego de Ordás, capitan que fué en la primera vez que fuimos sobre Méjico, y después de ganada la Nueva-España fué comendador de Santiago y fué al rio de Marañon por gobernador, donde murió; y pasaron cuatro hermanos de don Pedro de Albarado, que se decian Jorge de Albarado, fué capitan cierto tiempo en lo de Méjico y en la provincia de Guatimala, murió en Madrid en el año de 1540; y el otro su hermano se decia Gomez de Albarado, murió en el Perú; y el otro se llamaba Gonzalo de Albarado; Juan de Albarado era bastardo, murió en la mar yendo que iba á la isla de Cuba á comprar caballos; pasó Juan Jaramillo, capitan que fué de un bergantin cuando estábamos sobre Méjico, y este es el que casó con doña Marina la lengua; fué persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Cristóbal Flores, hombre de valía, murió en lo de Xalisco, yendo que fué con Nuño de Guzman; y pasó un Cristóbal Martin de Gamboa, caballerizo que fué de Cortés, murió de su muerte; pasó un Caicedo, fué hombre rico, murió de su muerte; y pasó un Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galan; decian que habia sido maestresala del almirante de Castilla, murió en las puentes; pasó un Gonzalo Dominguez, muy esforzado y gran jinete, y murió en poder de indios; y pasó un Francisco de Morla, muy esforzado soldado y buen jinete, natural de Jerez, murió en las puentes; tambien pasó otro buen soldado que se decia Fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, murió en los peñoles que están en la provincia de Guatimala; y pasó un Francisco de Bonal, persona de valía, natural de Salamanca, murió de su muerte; pasó un Fulano de Láres, bien esforzado y buen jinete, murió en las puentes; pasó otro Láres, ballestero, tambien murió en las puentes; pasó un Simon de Cuenca, que fué mayordomo de Cortés, matáronlo indios en lo de Xicalan-

go; tambien murieron en su compañía otros diez soldados que no se me acuerdan sus nombres; y tambien pasó un Francisco de Medina, natural de Aracena, fué capitan en una entrada, murió en lo de Xicalango en poder de indios; tambien murieron en su compañía otros quince soldados que tampoco me acuerdo sus nombres; y tambien pasó un Maldonado, que le llamábamos el Ancho, natural de Salamanca, persona preeminente, y habia sido capitan de entradas, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian Francisco Alvarez Chico y Juan Alvarez Chico, naturales de Fregenal; el Francisco Alvarez era hombre de negocios y estaba doliente, y murió en la isla de Santo Domingo; el Juan Alvarez murió en lo de Colima, en poder de indios; y pasó un Francisco de Terrazas, mayordomo que fué de Cortés, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Cristóbal del Corral, el primer alférez que tuvimos en lo de Méjico, persona bien esforzada, fuése á Castilla y allá murió; pasó un Antonio de Villa-Real, marido que fué de Isabel de Ojeda, que después se mudó el nombre de Villa-Real y dijo que se decia Antonio Serrano de Cardona, murió de su muerte; pasó un Francisco Rodriguez Magarino, persona preeminente, murió de su muerte; y Francisco Flores pasó ansimismo, que fué vecino de Guaxaca, persona muy noble, murió de su muerte; y pasó un Alonso de Grado, y era hombre mas por entender en negocios que guerra, y este, con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con doña Isabel, hija de Montezuma, murió de su muerte; pasaron cuatro soldados que tenian por sobrenombres Solíses: el uno, que era hombre anciano, murió en las puentes, y el otro se decia Solís, y porque era travieso le llamábamos Casquete, murió de su muerte en Guatimala; el otro se decia Pedro de Solís Tras-de-la-puerta, porque estaba siempre en su casa tras de la puerta mirando los que pasaban por la calle, y él no podia ser visto; fué yerno de Orduña el viejo, vecino de la Puebla, y murió de su muerte; y el otro Solís se decia el de la Huerta, y nosotros le llamábamos Sayo de seda, porque se preciaba mucho de traer sayo de seda, y murió de su muerte; é pasó un esforzado soldado que se decia Benítez, murió en las puentes; é pasó otro muy esforzado soldado que se decia Juan Ruano, murió en las puentes; y pasó Bernardino Vazquez de Tapia, persona muy preeminente y rico, murió de su muerte; é pasó un muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo, y bien se puede decir que, después de Dios, por este salvó la vida Cortés la primera vez en lo de Suchimilco, cuando se vió Cortés en gran aprieto, que le derribaron los indios mejicanos del caballo, que se decia el Romo, y este Olea llegó de los primeros á socorrerle, é hizo tales cosas por su persona, que tuvo lugar Cortés de cabalgar en el caballo, y luego le socorrimos ciertos soldados que en aquel tiempo llegamos, y el Olea quedó mal herido; y la postrera vez que le socorrió este Olea, cuando en Méjico en la calzadilla le desbarataron los mejicanos y le mataron sesenta y dos soldados, y á Cortés le tenia ya engarrafado un escuadron de mejicanos para le llevar á sacrificar, y le habian dado una cuchillada en una pierna, y el buen Olea con su ánimo tan esforzado peleó tan bravosamente que se le quitó, y allí perdió la vida este esforzado varon; que ahora que lo estoy escribiendo se me enternece el corazon, é me parece que ahora le veo y se me representa su presencia y grande ánimo cómo muchas veces nos ayudaba á pelear; y de aquella derrota escribió Cortés á su majestad que no fueron sino veinte y ocho los que murieron, y como he dicho, fueron sesenta y dos. Y para que bien se entienda esto que escribo del Olea, y no digan algunas personas que salgo de la órden de lo que pasó, sepan que el uno es Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, y este que he dicho; y otro fué Cristóbal de Olí, que fué maese de campo, natural que fué de Ubeda ó de Linares, porque estos dos capitanes casi que tienen un nombre. Volvamos á nuestro cuento: que tambien pasó con nosotros un buen soldado que tenia una mano menos, que se la cortaron en Castilla por justicia, murió en poder de indios; pasó otro soldado que se decia Tuvilla, que cojeaba de una pierna, que decia él que se habia hallado en la del Garellano con el Gran Capitan, murió en poder de indios; pasaron dos hermanos que se decian Gonzalo Lopez de Jimena y Juan Lopez de Jimena; el Gonzalo Lopez murió en poder de indios, y el Juan Lopez fué alcalde mayor en la Veracruz y murió de su muerte; y pasó un Juan de Cuellar, buen jinete; este casó primera vez con una hija del señor de Tezcuco, la cual se decia doña Ana y era hermosa, murió de su muerte; y pasó otro Fulano que se decia Cuellar, deudo de Francisco Verdugo, vecino de Méjico, murió de su muerte; y pasó un Santos Hernandez, hombre anciano, natural de Soria, que por sobrenombre le llamábamos el Buen Viejo, jinete batidor, murió de su muerte; y pasó un Pedro Moreno Medrano, vecino que fué de la Veracruz, y muchas veces fué en ella alcalde ordinario, y era recto en hacer justicia, y después fué á vivir á la Puebla; fué hombre que sirvió muy bien á su majestad, ansí de soldado como de hacer justicia, murió de su muerte; y pasó un Juan de Limpias Carvajal, buen soldado, capitan que fué de bergantines, y ensordeció estando en la guerra, murió de su muerte; y pasó un Melchor de Gálvez, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; y pasó un Roman Lopez, que después de ganado Méjico se le quebró un ojo, persona preeminente, murió en Guaxaca; pasó un Villandrando, que decian que era deudo del conde de Ribadeo, persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Osorio, natural de Castilla la Vieja, buen soldado y persona de mucha cuenta, murió en la Veracruz; pasó un Rodrigo de Castañeda, fué naguatato y buen soldado, murió en Castilla; pasó un Fulano de Pilar, fué buena lengua, murió en lo de Cuyoacan cuando fué con Nuño de Guzman; pasó otro soldado que se dice Granado, vive en Méjico; pasó un Martin Lopez, fué un muy buen soldado, este fué el maestre de hacer los trece bergantines, que fué harta ayuda para ganar á Méjico, y de soldado sirvió bien á su majestad, vive en Méjico; pasó un Juan de Najara, buen soldado y ballestero, sirvió bien en la guerra; y pasó un Ojeda, vecino de los zapotecas, y quebráronle un ojo en lo de Méjico; pasó un Fulano de la Serna, que tuvo unas minas de plata, tenia una cuchillada por la cara, que le dieron en la guerra,

no me acuerdo qué se hizo dél; y pasó un Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, caballero preeminente, y este fué á Castilla la primera vez que enviamos presentes á su majestad, y en su compañía fué don Francisco de Montejo antes que fuese adelantado, y llevaron mucho oro en granos sacado de las minas, y joyas de diversas hechuras, y el sol de oro y la luna de plata. Y segun pareció, el obispo de Búrgos, que se decia don Juan Rodriguez de Fonseca, arzobispo de Rosano, mandó prender al Alonso Hernandez Puertocarrero porque decia al mismo obispo que queria ir á Flándes con el presente ante su majestad, y porque procuraba por las cosas de Cortés, y tuvo achaque el obispo para le prender porque le acusaron al Puertocarrero que habia traido á la isla de Cuba una mujer casada, y en Castilla murió; y puesto que era uno de los principales compañeros que con nosotros pasaron, se me olvidaba de poner en esta cuenta, hasta que me acordé dél; y tambien pasó otro muy buen soldado que se decia Alonso Luis ó Juan Luis, y era muy alto de cuerpo y le deciamos por sobrenombre el Niño, murió en poder de indios; y pasó otro buen soldado que se decia Hernando Burgueño, natural de Aranda de Duero, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Alonso de Monroy, é porque se decia que era hijo de un comendador de Santistéban, porque no le conociesen se llamaba Salamanca, murió en poder de indios; y vamos adelante, que tambien pasó un Fulano de Villalóbos, natural de Santa Olalla, que se fué á Castilla rico; y pasó un Tirado de la Puebla, era hombre de negocios, murió de su muerte; y pasó un Juan del Rio, fué á Castilla; y pasó un Juan Rico de Alanis, buen soldado, murió en poder de indios; y pasó un Gonzalo Hernandez de Alanis, bien esforzado soldado; pasó un Juan Rico de Alanis, murió de su muerte; é pasó un Fulano Navarrete, vecino que fué de Pánuco, murió de su muerte; pasó un Francisco Martin de Vendabal, vivo le llevaron los indios á sacrificar, y ansimismo á otro su compañero que se decia Pedro Gallego, y desto echamos mucha culpa á Cortés, porque quiso echar una celada á unos escuadrones mejicanos, y los mejicanos se la echaron al mismo Cortés y le arrebataron los dos soldados, y los llevaron á sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer; y pasaron tres soldados que se decian Trujillos; el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado y murió en poder de indios; y el otro, natural de Güelva, tambien fué de mucho ánimo, murió en poder de indios, y el otro era natural de Leon, tambien murió en poder de indios; y pasó un soldado que se decia Juan Flamenco, murió de su muerte; y pasó un Francisco del Barco, natural del Barco de Avila, capitan que fué en la Cholulteca, murió de su muerte; pasó un Juan Perez, que mató á su mujer, que se decia la hija de la Vaquera, murió de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Nájera el Corcovado, extremado hombre por su persona, murió en Colima ó en Zacatula; é pasó otro buen soldado que se decia Madrid el Corcovado, murió en Colima ó Zacatula; y pasó otro soldado que se decia Juan de Inhiesta, fué ballestero, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Alamilla, vecino que fué de Pánuco, buen ballestero, murió de su muerte; y pasó un Fulano Moron, gran músico, vecino de Colima ó Zacatula, murió de su muerte; pasó un Fulano de Varela, buen soldado, vecino que fué de Colima ó Zacatula, murió de su muerte; pasó un Fulano de Valladolid, vecino de Colima ó Zacatula, murió en poder de indios; é pasó un Fulano de Villafuerte, persona de valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo Hernando Cortés, y era vecino de Zacatula ó de Colima, murió de su muerte; y pasó un Fulano Gutierrez, vecino de Colima ó Zacatula, murieron de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Valladolid el Gordo, murió en poder de indios; y pasó un Pacheco, vecino que fué de Méjico, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Hernando de Lerma ó de Lema, hombre anciano, que fué capitan, murió de su muerte; pasó un Fulano Suarez el Viejo, que mató á su mujer con una piedra de moler maíz, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Angulo é un Francisco Gutierrez y otro mancebo que se decia Santa-Clara, vecinos que fueron de la Habana, que murieron en poder de indios; y pasó un Garci-Caro, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; y pasó un mancebo que se decia Larios, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte, que tuvo pleito sobre sus indios; pasó un Juan Gomez, vecino que fué de Guatimala, fué rico á Castilla; y pasaron dos hermanos que se decian los Jimenez, naturales que fueron de Linguijuela de Extremadura; el uno murió en poder de indios, el otro de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian los Florines, murieron en poder de indios; y pasó un Francisco Gonzalez de Nájera é un su hijo que se decia Pero Gonzalez de Nájera, y dos sobrinos del Francisco Gonzàlez que se decian los Ramírez; el Francisco Gonzalez murió en los peñoles que están en la provincia de Guatimala, y los sobrinos en las puentes de Méjico; y pasó otro buen soldado que se decia Amaya, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian Carmonas, naturales de Jerez, murieron de sus muertes; y pasaron otros dos hermanos que se decian los Várgas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios, y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Polanco, natural de Avila, vecino que fué de Guatimala, murió de su muerte; y pasó un Hernan Lopez de Avila, tenedor que fué de los bienes de los difuntos, fué rico á Castilla; y pasó un Juan de Aragon, vecino de Guatimala, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Cieza, que tiraba bien una barra, murió en poder de indios; pasó un Santistéban, viejo, ballestero, vecino de Chiapa, murió de su muerte; pasó un Bartolomé Pardo, murió en poder de indios; pasó un Bernardino de Coria, vecino que fué de Chiapa, padre de uno que se decia Centeno, murió de su muerte; y pasó un Pedro Escudero y un Juan Cermeño, y otro su hermano que se llamaba como él, buenos soldados; al Pedro Escudero y á Juan Cermeño mandó Cortés ahorcar porque se alzaban con un navío para ir á la isla de Cuba á dar mando á Diego Velazquez, de cuando enviamos los embajadores, oro y plata á su majestad, para que los saliese á tomar en la Habana, y quien lo descubrió fué el Bernardino de Coria, y murieron ahorcados; y pasó un Gonzalo de Umbría, piloto, muy buen soldado; á este

tambien mandó Cortés cortar los dedos de los piés porque se iba por piloto con los demás, y fuése á Castilla á quejar ante su majestad, y le fué muy contrario á Cortés, y su majestad le mandó dar su real cédula pàra que en la Nueva-España le diesen mil pesos de oro cada año de renta en pueblos de indios, y nunca volvió de Castilla, porque temió á Cortés; y pasó un Rodrigo Rangel, que fué persona preeminente, y estaba muy tullido de bubas, nunca fué á la guerra para que dél se haga memoria, y de dolores murió; y pasó un Francisco de Orozco, que tambien estaba malo de bubas y muy doliente, y habia sido soldado en Italia, que estuvo ciertos dias por capitan en lo de Tepeaca entre tanto que estuvimos en la guerra de Méjico, no sé qué se hizo ni dónde murió; y pasó un soldado que se decia Mesa, y habia sido artillero en Italia, y ansí lo fué en la Nueva-España, y murió ahogado en un rio después de ganado Méjico; y pasó otro muy esforzado soldado que se decia Fulano Arbolanche, natural de Castilla la Vieja, murió en poder de indios; y pasó otro soldado que se decia Luis Velazquez, natural de Arévalo, murió en las Higueras cuando fuimos con Cortés; y pasó un Martin García, valenciano, buen soldado, murió en lo de Higueras; y pasó otro buen soldado que se decia Alonso de Barriéntos; este se fué dende Tuztepeque á se acoger entre los indios de Chinanta cuando se alzó Méjico, y en lo de Tuztepeque murieron sesenta y seis soldados y cinco mujeres de Castilla de los de Narvaez y de los nuestros, que mataron los mejicanos que estaban en guarnicion en aquella provincia; y pasó un Almodóvar el viejo é un su hijo que se decia Alvaro de Almodóvar, y dos sobrinos que tenian el mesmo sobrenombre de Almodóvar, é el un sobrino murió en poder de indios, y el viejo y el Alvaro y el sobrino murieron sus muertes; y pasaron dos hermanos que se decian los Martinez, naturales de Fregenal, buenos hombres por sus personas, murieron en poder de indios; y pasó un buen soldado que se decia Juan del Puerto, murió tullido de bubas; y pasó otro buen soldado que se decia Lagos, murió en poder de indios; y pasó un fraile de nuestra Señora de la Merced que se decia fray Bartolomé de Olmedo, y era teólogo y gran cantor y virtuoso, murió su muerte; y pasó otro soldado que se decia Sancho de Avila, natural de las Garrovillas; este, segun decian, habia llevado á Castilla de la isla de Santo Domingo seis mil pesos de oro en unos borceguíes, que cogió de unas minas ricas, y como llegó á Castilla lo jugó y lo gastó, y se vino con nosotros, é indios le mataron; y pasó un Alonso Hernandez de Palo, ya hombre viejo, y dos sobrinos; el uno se decia Alonso Hernandez, buen ballestero, y el otro no se me acuerda el nombre, y el Alonso Hernandez murió en poder de indios y los demás murieron de sus muertes; y pasó otro buen soldado que se decia Alonso de la Mesta, natural de Sevilla ó del Ajarafe, murió en poder de indios, y los demás murieron de sus muertes; y pasó otro buen soldado que se decia Rabanal, montañés, murió en poder de indios; pasó otro muy buen hombre por su persona, que se decia Pedro de Guzman, é se casó con una valenciana que se decia doña Francisca de Valtierra; fuése al Pirú, é hubo fama que murieron helados él y la mujer y un caballo y unos negros y otras gentes; é pasó un buen ballestero que se decia Cristóbal Díaz, natural del Colmenar de Arenas, murió de su muerte; é pasó otro soldado que se decia Retamáles, matáronle indios en lo de Tabasco; é pasó otro esforzado soldado que se decia Ginés Nortes, murió en lo de Yucatan en poder de indios; pasó otro muy diestro soldado é bien esforzado, que se decia Luis Alonso, é cortaba muy bien con una espada, murió en poder de indios; é pasó un Alonso Catalan, buen soldado, murió en poder de indios; é otro soldado que se decia Juan Siciliano, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Canillas, fué en Italia atambor, y tambien en la Nueva-España, murió en poder de indios; é pasó un Hernandez, secretario que fué de Cortés, natural de Sevilla, murió en poder de indios; pasó un Juan Díaz, que tenia una gran nube en un ojo, natural de Búrgos, que traia á cargo el rescate é vituallas de Cortés, murió en poder de indios; pasó un Diego de Coria, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; pasó otro buen soldado, mancebo, que se decia Juan Núñez de Mercado, que era natural de Cuéllar, otros decian que era natural de Madrigal; este soldado cegó de los ojos, vecino que ahora es de la Puebla; y pasó otro buen soldado, y el mas rico que todos los que pasamos con Cortés, que se decia Juan Sedeño, natural de Arévalo, é trujo un navío suyo é una yegua é un negro, é tocinos é mucho pan é cazabe, murió de su muerte é fué persona preeminente; é pasó un Fulano de Balnor, vecino que fué de la Trinidad, murió en poder de indios; é pasó un Zaragoza, ya hombre viejo, padre que fué de Zaragoza el escribano de Méjico, murió de su muerte; é pasó un buen soldado que se decia Diego Martin de Ayamonte, murió de su muerte, é pasó otro soldado que se decia Cárdenas, decia él mismo que era nieto del comendador mayor don Fulano de Cárdenas, murió en poder de indios; y pasó otro soldado que se decia Cárdenas, hombre de la mar, piloto, natural de Triana; este fué el que dijo que no habia visto tierra adonde hubiese dos reyes como en la Nueva-España, porque Cortés llevaba quinto como rey, después de sacado el real quinto, é de pensamiento dello cayó malo, é fué á Castilla é dió relacion dello á su majestad, é de otras cosas de agravios que le habian hecho, é fué muy contrario á Cortés, é su majestad le mandó dar su real cédula para que le diesen indios que rentasen mil pesos; y ansí como vino á Méjico con ella, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Arguello, natural de Leon, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decia Diego Hernandez, natural de Salces de los Gallegos, ayudó á aserrar la madera de los bergantines, é cegó é murió su muerte; é pasó otro soldado de muchas fuerzas é animoso, que se decia Fulano Vazquez, murió en poder de indios; é pasó otro soldado ballestero que se decia Arroyuelo, decian que era natural de Olmedo, murió en poder de indios; é pasó un Fulano Pizarro, capitan que fué en entradas, decia Cortés que era su deudo; en aquel tiempo no habia nombre de Pizarros ni el Pirú estaba descubierto, murió en poder de indios; é pasó un Alvaro Lopez, vecino que fué de la Puebla, murió de su muerte; é pasó

otro soldado que se decia Yañez, natural de Córdoba, y este soldado fué con nosotros á las Higueras, y entre tanto que fué se le casó la mujer con otro marido, é de que volvimos de aquel viaje no quiso tomar á la mujer, murió de su muerte; é pasó un buen soldado é bien suelto peon que se decia Magallanes, portugués, murió en poder de indios; é pasó otro portugués Platero, murió en poder de indios; é pasó otro portugués, ya hombre anciano, que se decia Martin de Alpedrino, murió de su muerte; é pasó otro portugués que se decia Juan Alvarez Rubazo, murió de su muerte; é pasó otro muy esforzado portugués que se decia Gonzalo Sanchez, murió de su muerte; é pasó otro portugués, vecino que fué de la Puebla, que se decia Gonzalo Rodriguez, persona preeminente, murió de su muerte; é pasaron otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se decian los Villanuevas, altos de cuerpo, no sé qué se hicieron ó dónde murieron; é pasaron tres soldados que tenian por sobrenombres Fulanos de Avila; el uno, que se decia Gaspar de Avila, fué yerno de Hortigosa, el escribano, murió de su muerte; é el otro Avila se allegaba con el capitan Andrés de Tapia, murió en poder de indios; el otro Avila no me acuerdo adónde fué á ser vecino; é tambien pasaron dos hermanos, hombres ancianos, que se decian los Vandadas, decian que eran naturales de tierra de Avila, murieron en poder de indios; é pasaron otros tres soldados que tenian por sobrenombres Espinosas; el uno era vizcaíno, é murió en poder de indios; y el otro se decia Espinosa de la Bendicion, porque siempre traia por plática con la buena bendicion; era muy buena aquella plática, é murió de su muerte; y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros, murió en poder de indios; é pasó un Pedro Peton de Toledo, murió de su muerte; é vino otro buen soldado que se decia Villasinda, natural de Portillo, que se metió fraile francisco, murió de su muerte; é pasaron dos buenos soldados que se decian por sobrenombre San Juan; al uno llamábamos San Juan el Entonado, porque era muy presuntuoso, murió en poder de indios; y el otro se decia San Juan de Vichilla, era gallego, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Izquierdo, natural de Castromocho, fué vecino en la villa de San Miguel, sujeta á Guatimala, murió de su muerte; é pasó un Aparicio Martin, que casó con una que se decia la Medina, natural de Medina de Rioseco, vecino que fué de San Miguel, murió de su muerte; é pasó un buen soldado que se decia Cáceres, natural de Trujillo, murió en poder de indios; é pasó otro buen soldado que se decia Alonso de Herrera, natural de Jerez; este fué capitan en los zapotecas, é acuchilló á otro capitan que se decia Figuero sobre ciertas contiendas de las capitanías, é por temor del tesorero Alonso de Estrada, que en aquella sazon era gobernador, porque no le prendiese, se fué á lo de Marañon, é allá murió en poder de indios, y el Figuero se ahogó en la mar yendo á Castilla; é tambien pasó un mancebo que se decia Maldonado, natural de Medellin, estuvo malo de bubas, é no sé si murió de su muerte; no lo digo por Maldonado de la Veracruz, marido que fué de doña María del Rincon; é pasó otro soldado que se decia Moráles, ya hombre anciano, que cojeaba de una pierna; decian que fué soldado del comendador Solís, fué alcalde ordinario en la Villa-Rica, é hacia recta justicia; é pasó otro soldado que se decia Escalona el mozo, murió en poder de indios; é pasaron tres soldados, que todos tres fueron vecinos en la Villa-Rica, que nunca fueron á guerra ni á entrada ninguna de la Nueva-España; al uno decian Arévalo é al otro Juan Leon é al otro Madrigal, murieron de su muerte; é pasó otro soldado que se decia por sobrenombre Lencero, cuya fué la venta que agora se dice de Lencero, que está entre la Veracruz é la Puebla, que fué buen soldado y se metió fraile mercenario; pasó un Alonso Duran, que era algo viejo y no via bien, que ayudaba de sacristan é se metió fraile mercenario; é pasó otro soldado que se decia Navarro, que se allegaba en casa del capitan Sandoval, é después se casó en la Veracruz, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del capitan Sandoval, murió en poder de indios; é pasaron dos indios, que se decia el uno Juan de Manzanilla y el otro Pedro Manzanilla; el Pedro Manzanilla murió en poder de indios, el Juan de Manzanilla fué vecino de la Puebla, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decia Benito Bejel, fué atambor de ejércitos de Italia, y tambien lo fué en la Nueva-España, murió de su muerte; é pasó un Alonso Romero, que fué vecino de la Veracruz, persona rica y preeminente, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decia Síndos de Portillo, natural de Portillo, é tuvo muy buenos indios y estuvo rico, é dejó sus indios y vendió sus bienes, é lo repartió á pobres é se metió fraile, é fué de santa vida; é otro buen soldado que se decia Quintero, natural de Moguer, é tuvo buenos indios y estuvo rico, é lo dió por Dios é se metió fraile francisco y fué buen religioso; é otro soldado que se decia Alonso de Aguilar, cuya fué la venta que ahora llaman de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla, y fué persona rica y tuvo buen repartimiento de indios, todo lo vendió y dió por Dios, é se metió fraile dominico y fué muy buen religioso; é otro soldado que se decia Fulano Burguillos, tenia buenos indios y estuvo rico, é lo dejó é se metió fraile francisco, y este Burguillos después se salió de la órden; é otro buen soldado que se decia Escalante, era galan y buen jinete, metióse fraile francisco, que después se salió del monasterio é se volvió á triunfar, é de ahí obra de un mes se tornó á tomar los hábitos y fué buen religioso; otro soldado que se decia Gaspar Díaz, natural de Castilla la Vieja, é fué rico, ansí de sus indios como de sus tratos, todo lo dió por Dios, é se fué á los pinares de Guaxocingo, en parte muy solitaria, é hizo una ermita é se puso en ella por ermitaño, é fué de tan buena vida é se daba á ayunos y disciplinas, que se paró muy flaco é debilitado, é decian que dormia en el suelo en unas pajas; é de que lo supo el obispo don fray Juan de Zumarraga le mandó que no hiciese tan áspera vida, é tuvo tan buena fama el ermitaño Gaspar Díaz, que se metieron en su compañía otros ermitaños, é todos hicieron buenas vidas, é á cuatro años que allí estaban fué Dios servido llevarle á su santa gloria; é pasó otro soldado que se decia Ribadeo, gallego, que por sobrenombre le llamábamos Beberreo, porque bebia mucho vino, murió en

poder de indios en lo de Almería; pasó otro soldado que llamábamos el Galleguillo porque era chico de cuerpo, murió en poder de indios; pasó un esforzado soldado que se decia Lerma; este fué uno de los que ayudaron á salvar la vida á Cortés, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y se fué entre los indios como aburrido de temor del mismo Cortés, á quien habia ayudado á salvar la vida, por ciertas cosas de enojo que Cortés contra él tuvo, que aquí no declaro por su honor; nunca mas supimos dél vivo ni muerto; mala sospecha tuvimos; tambien pasó otro buen soldado que se decia Pinedo, criado que habia sido de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, y cuando vino Narvaez se iba de Méjico para el mismo capitan Narvaez, y en el camino le mataron indios, sospechóse que por mandado de Cortés; pasó otro soldado y buen ballestero que se decia Pedro Lopez, murió de su muerte; y asimismo pasó otro Pedro Lopez, ballestero, que fué con Alonso de Avila á la isla Española, é allá se quedó; é pasaron tres herreros, el uno se llamaba Juan García y el otro Hernan Martin, que casó con la Bermuda, que se llamaba Catalina Márquez, y el otro no me acuerdo su nombre; el uno murió en poder de indios é los dos de sus muertes; é pasó otro soldado que se decia Alvaro Gallego, vecino que fué de Méjico, cuñado de unos Zamoras, murió de su muerte; é pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decia Paredes, padre de un Paredes que agora está en lo de Yucatan, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decia Gonzalo Mejía Rapapelo, porque decia él mismo que era nieto de un Mejía que andaba á robar en el tiempo del rey don Juan en compañía de un Centeno, murió en poder de indios; pasó un Pedro de Tapia, y murió tullido después de ganado Méjico; é pasaron ciertos pilotos que se decian Anton de Alamínos é un su hijo que tambien tenia el mismo nombre que su padre, eran naturales de Pálos; é un Camacho de Triana, é un Juan Alvarez, el Manquillo de Güelva, é un Sopuerta del Condado, ya hombre anciano, é un Cárdenas. Este fué el que estuvo malo de pensamiento cómo sacaban dos quintos del oro, el uno para Cortés; é un Gonzalo de Umbría, é hubo otro piloto que se decia Galdin, é tambien hubo mas pilotos, que ya no se me acuerdan sus nombres; mas el que yo vi que se quedó para vecino en Méjico fué el Sopuerta, que todos los demás se fueron á Cuba é Jamáica é á otras islas é á Castilla á ganar pilotajes, por temor del Cortés, porque estaba mal con ellos porque dieron aviso á Francisco de Garay de las tierras que demandó á su majestad que le hiciese mercedes; y aun fueron cuatro pilotos dellos á se quejar de Cortés delante de su majestad, los cuales fueron los Alamínos é el Cárdenas é el Gonzalo de Umbría, é les mandó dar cédulas reales para que en la Nueva-España diesen á cada uno mil pesos de renta; é el Cárdenas vino, é los demás nunca vinieron. E pasó otro soldado que se decia Lúcas Ginovés, y éra piloto, murió en poder de indios; é tambien pasó otro Lorenzo Ginovés, vecino que fué de Guaxaca, marido de una portuguesa vieja, murió de su muerte; é pasó otro soldado que se decia Enrique, natural de tierra de Palencia; este soldado se ahogó de cansado é del peso de las armas é del calor que le daban; é pasó otro soldado que se decia Cristóbal de Jaen, era carpintero, murió en poder de indios; é pasó un Ochoa, vizcaíno, hombre rico y preeminente, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; é pasó un bien esforzado soldado que se decia Zamudio, fuése á Castilla porque acuchilló á unos en Méjico; en Castilla fué capitan de una capitanía de hombres de armas, murió en Locastil con otros muchos caballeros españoles; é pasó otro soldado que se decia Cervántes el Loco, era chocarrero é truhan, murió en poder de indios; é pasó uno que llamaban Plazuela, matáronlo indios; é pasó un buen soldado que se decia Alonso Perez Maite, que vino casado con una india muy hermosa del Bayamo, murió en poder de indios; é pasó un Martin Vazquez, natural de Olmedo, hombre rico é preeminente, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; pasó un Sebastian Rodriguez, buen ballestero, y después de ganado Méjico fué trompeta, murió de su muerte; é pasó otro ballestero que se decia Peñalosa, compañero del Sebastian Rodriguez, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decia Alvaro, hombre de la mar, natural de Pálos, que decian que tuvo en indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años, matáronlo indios en lo de las Higueras; é pasó otro soldado que se decia Juan Perez Malinche, que después le oí nombrar Arteaga, vecino de la Puebla, fué hombre rico y murió de su muerte; pasó un buen soldado que se decia Pedro Gonzalez Sabote, murió de su muerte, pasó otro buen soldado que se decia Jerónimo de Aguilar; este Aguilar pongo en esta cuenta porque fué el que hallamos en la Punta de Cotoche, que estaba en poder de indios, é fué nuestra lengua, murió tullido de bubas; é pasó otro soldado que se decia Pedro Valenciano, vecino de Méjico, murió su muerte; pasaron tres soldados que tenian por sobrenombres Tarifas; el uno fué vecino de Guaxaca, marido de una mujer que se decia Catalina Muñoz, murió de su muerte; el otro se decia Tarifa el de los servicios, porque siempre andaba diciendo que servia á su majestad é que no le daban nada, y era natural de Sevilla, hombre hablador, murió de su muerte; y el otro llamaban Tarifa el de las manos blancas, tambien era natural de Sevilla, llamábamosle ansí porque no era para la guerra ni para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habian acaecido en Sevilla, murió en el rio del Golfo-Dulce en el viaje de Higueras, ahogóse él é su caballo, que nunca parecieron mas; pasó otro buen soldado que se decia Pedro Sanchez Farfan, que estuvo por capitan en Tezcuco entre tanto que andábamos en la guerra, murió su muerte; é pasó otro soldado que se decia Alonso de Escobar, el paje que fué de Diego Velazquez, de quien se tuvo mucha cuenta, matáronlo indios; é pasó otro soldado que se decia el bachiller Escobar, era boticario, é curaba ansí de cirujía como de medicina, enloqueció y murió su muerte; é pasó otro soldado que se decia tambien Escobar, bien esforzado; mas fué tan bullicioso, que murió ahorcado porque forzó á una mujer casada y por revoltoso; é pasó otro soldado que se decia Fulano de Santiago, natural de Güelva, fuése á Castilla rico; pasó otro su compañero del Santiago que se decia Ponce, murió en poder de indios; pasó un Fulano Mendez, ya hombre anciano,

matároale indios; otros tres soldados que murieron en las guerras que tuvimos en lo de Tabasco; el uno se decia Saldaña, los otros dos no me acuerdo sus nombres; é pasó otro buen soldado é ballestero, era hombre ya anciano, que jugaba mucho á los naipes, murió en poder de indios; é pasó otro soldado anciano que trajo un su hijo que se decia Orteguilla, paje que fué del gran Montezuma, así al viejo como al hijo mataron los indios; é pasó otro soldado que se decia Fulano de Gaona, natural de Medina de Rioseco, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decia Juan de Cáceres, que después de ganado Méjico fué hombre muy rico y vecino de Méjico, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decia Gonzalo Hurones, natural de las Garrovillas, murió de su muerte; é pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decia Ramirez el viejo, murió de su muerte, vecino que fué de Méjico; pasó otro soldado, y muy esforzado, que se decia Luis Farfan, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decia Morillas, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decia Fulano de Rójas, que después pasó al Pirú; é pasó un Astorga, hombre anciano y vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; pasaron dos hermanos que se llamaban Tostados, el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Baldovínos, murió en poder de indios; tambien quiero aquí poner á Guillen de la Loa é á Andrés Nuñez é á maese Pedro el de la Harpa é á otros tres soldados que tomamos del navío que venian de los de Garay, como dicho tengo, é por esta causa los pongo aquí con los de Cortés, por ser todo en un tiempo; el Guillen de la Loa murió de un cañonazo, y los otros dellos de su muerte, y otros en poder de indios; y pasó un Porras, muy bermejo y gran cantor, murió en poder de indios; é pasó un Ortiz, gran tañedor de vigüela, y enseñaba á danzar, y vino un su compañero que se decia Bartolomé García, fué minero en la isla de Cuba; este Ortiz y el Bartolomé García pasaron el mejor caballo de todos los que pasaron en nuestra compañía, el cual caballo les tomó Cortés ó se lo pagó, murieron entrambos compañeros en poder de indios; pasó otro buen soldado que se decia Serrano, era buen ballestero, murió en poder de indios; y pasó un hombre anciano que se decia Pedro Valencia, natural de un lugar de cabe Plasencia, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decia Quintero, fué maestre de navíos, matáronle indios; pasó un Alonso Rodriguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba, estaba rico, murió en poder de indios en los Peñoles, que ahora llaman, que ganó Cortés; é tambien murió allí otro buen soldado que se decia Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, con otros seis soldados que fueron de los de Narvaez; é tambien pasó un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira Lopez la Larga; murió ahorcado él y otro soldado que se decia Trebejo, natural de Fuenteguinaldo, los cuales mandó ahorcar Gil Gonzalez de Avila ó Francisco de las Casas, y juntamente con ellos á un clérigo de misa, por revoltosos y hombres amotinadores de ejércitos cuando se venian á la Nueva-España desde Naco, después que hubieron degollado á Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Estos soldados y clérigo eran de los que habian ido con Cristóbal de Olí, puesto que eran de los que pasaron con Cortés. A mí me enseñaron un árbol gordo donde los ahorcaron, viniendo que veniamos de las Higueras en compañía de Luís Marin. E volviendo é nuestro cuento, tambien pasó un fray Juan de las Varillas, mercenario, buen teólogo y virtuoso, é murió su muerte; un Andrés de Mola Levantisco, murió en poder de indios; é tambien pasó un buen soldado que se decia Alberza, natural de Villanueva de la Serena, murió en poder de indios; pasaron otros muy buenos soldados que solian ser hombres de la mar, como fueron pilotos, maestres y contramaestres; de los mas mancebos de los navíos que dimos al través, muchos dellos fueron animosos en las guerras y batallas, y por no me acordar de todos no pongo aquí sus nombres. E tambien pasaron otros soldados, hombres de la mar, que se decian los Peñates, y otros Pinzones, los unos naturales de Gibraleon y otros de Pálos; dellos murieron en poder de indios, y otros fueron á Castilla á quejarse de Cortés. Tambien me quiero yo poner aquí en esta relacion á la postre de todos, puesto que vine á descubrir dos veces primero que Cortés, y la tercera con el mismo Cortés, segun lo tengo ya dicho en el capítulo que dello habla, y doy muchas gracias y loores á Dios nuestro Señor y á nuestra Señora la Vírgen santa María, su bendita Madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los mas de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heróicos hechos, y quién fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos estas partes del Nuevo-Mundo, y no refieran la honra y prez y nuestra valía á un solo capitan.

CAPITULO CCVI.

De las estaturas y proporciones y edades que tuvieron ciertos capitanes valerosos y fuertes soldados que fueron de Cortés, cuando venimos á conquistar la Nueva-España.

El marqués don Hernando Cortés, ya he dicho en el capítulo que dél habla, en el tiempo que falleció en Castilleja de la Cuenca, de su edad, proporcion y persona, é qué condiciones tenia, é otras cosas que hallarán escritas en esta relacion, si lo quisieren ver. Tambien he dicho en el capítulo que dello habla, del capitan Cristóbal de Olí, de cuándo fué con la armada á las Higueras, de la edad que tenia, y de sus condiciones é proporciones; allí lo hallarán. Quiero ahora poner la edad é proporciones y parecer de don Pedro de Albarado. Fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatimala é Honduras é Chiapa, seria de obra de treinta y cuatro años cuando acá pasó; fué de muy buen cuerpo é bien proporcionado, é tenia el rostro y cara muy alegre y en el mirar muy amoroso; é por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mejicanos Tonatio, que quiere decir el sol. Era muy suelto é buen jinete, y sobre todo, ser franco é de buena conversacion, y en el vestir se traia muy pulido y con ropas ricas, y traia al cuello una cadenita de oro con un joyel ya no se me acuerdan las letras que tenia el joyel; y en un dedo un anillo de diamante; y porque ya he dicho dónde falleció y otras cosas acerca de la persona, en

esta no quiero poner mas. El adelantado Francisco de Montejo fué de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos é buen jinete; é cuando acá pasó seria de edad de treinta y cinco años, y era mas dado á negocios que para la guerra; era franco y gastaba mas de lo que tenía de renta; fué adelantado y gobernador de Yucatan, murió en Castilla. El capitan Gonzalo de Sandoval fué muy esforzado, y seria cuando acá pasó de hasta veinte y dos años; fué alguacil mayor de la Nueva-España y fué gobernador della, juntamente con el tesorero Alonso de Estrada, obra de once meses; su estatura muy bien proporcionada y de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho, y asimismo tenia la espalda, y de las piernas algo estevado; el rostro tiraba algo á robusto, y la barba y el cabello que se usaba algo crespo y acastañado, y la voz no la tenia muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabia letras, sino á las buenas llanas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente hacer sus cosas como buen capitan esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva-España siempre tenia cuenta en mirar por los soldados que le parecia que lo hacian bien, y les favorecia y ayudaba; no era hombre que traia ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, revuelto á una mano y á otra, que decian que no se habia visto mejor en Castilla ni en esta tierra; era castaño acastañado, y una estrella en la frente y un pié izquierdo calzado, que se decia el caballo Motilla; é cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Motilla.» Dejaré lo del caballo, y diré deste valeroso capitan que falleció en la villa de Pálos cuando fué á Castilla con don Hernando Cortés á besar los piés á su majestad; y deste Gonzalo de Sandoval fué de quien dijo el marqués Cortés á su majestad que, demás de los fuertes y valerosos soldados que tuvo en su compañía, que fué tan animoso capitan, que se podia nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo, y que podia ser coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer. Fué natural de Medellin, hijodalgo; su padre fué alcaide de una fortaleza. Pasemos á decir de otro buen capitan que se decia Juan Velazquez de Leon, natural de Castilla la Vieja: seria de hasta veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo, é derecho é membrudo, é buena espalda é pecho, é todo bien proporcionado é bien sacado, el rostro robusto, la barba algo crespa é alheñada, é la voz espantosa é gorda, é algo tartamudo; fué muy animoso y de buena conversacion; é si algunos bienes tenia en aquel tiempo los repartia con sus compañeros. Díjose que en la isla Española mató á un caballero persona por persona, en aquella tierra principal, que era hombre rico, que se decia Basaltas; y desque le hubo muerto se retrujo, y la justicia de aquella isla nunca lo pudo haber, ni la real audiencia, para hacer sobre el caso justicia; y aunque le iban á prender, por su persona se defendía de los alguaciles, é se vino á la isla de Cuba, é de Cuba á la Nueva-España, é fué muy buen jinete, é á pié é á caballo muy extremado varon; murió en las puentes cuando salimos huyendo de Méjico. Y Diego de Ordás fué natural de Tierra de Campos, y seria de edad de cuarenta años cuando acá pasó: fué capitan de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de á caballo; fué muy esforzado y de buenos consejos, era de buena estatura é membrudo, é tenia el rostro muy robusto é la barba algo prieta é no mucha; en la habla no acertaba bien á pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso; era franco é de buena conversacion; fué comendador de Santiago; murió en lo de Marañon, siendo capitan ó gobernador, que esto no lo sé muy bien. El capitan Luis Marin fué de buen cuerpo é membrudo y esforzado; era estevado é la barba algo rubia, el rostro largo é alegre, excepto que tenia unas señales como que habia tenido viruelas; seria de hasta treinta años cuando acá pasó; era natural de Sanlúcar, ceceaba un poco como sevillano. Fué buen jinete y de buena conversacion, murió en lo de Mechoacan. El capitan Pedro de Ircio era de mediana estatura y paticorto, é tenia el rostro alegre, é muy plático en demasía que haria é aconteceria, é siempre contaba cuentos de don Pedro Jiron é del conde de Ureña; era ardid de corazon, é á esta causa le llamábamos Agrájes sin obras, é sin hacer cosas que de contar sean murió en Méjico. El primer contador de su majestad que eligió Cortés hasta que el Rey nuestro señor mandase otra cosa, era de buen cuerpo é rostro alegre, en la plática expresiva, muy clara é de buenas razones, é muy esforzado; seria de hasta treinta y tres años cuando acá pasó, é tenia otra cosa, que era franco con sus compañeros; mas era tan soberbio é amigo de mandar é no ser mandado, é algo envidioso; era orgulloso y bullicioso, que Cortés no le podia sufrir, é á esta causa le envió á Castilla por procurador juntamente con un Antonio de Quiñones, natural de Zamora, é con ellos envió la recámara é riquezas de Montezuma é de Guatemuz, é franceses lo robaron, é prendieron al Alonso de Avila, porque el Quiñones ya era muerto en la Tercera, é desde á dos años volvió el Alonso de Avila á la Nueva-España; ó en Yucatan ó en Méjico murió. Este Alonso de Avila fué tio de los caballeros que degollaron en Méjico, hijos de Gil Gonzalez de Benavides, lo cual tengo ya dicho y declarado en mi historia. Andrés de Monjaraz fué capitan cuando la guerra de Méjico, y era de razonable estatura, y el rostro alegre y la barba prieta, y de buena conversacion; siempre estuvo malo de bubas, é á esta causa no hizo cosa que de contar sea, mas póngolo aquí en esta relacion para que sepan que fué capitan, y seria de hasta treinta años cuando acá pasó; murió de dolor de las bubas. Pasemos á un muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo; seria de edad de veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo é membrudo, ni muy alto ni bajo; tenia buen pecho é espalda, el rostro algo robusto, mas era apacible, é la barba é cabello tiraba algo como crespo, é la voz clara; este soldado fué en todo lo que le vimos hacer tan esforzado é presto en las armas, que le teníamos muy buena voluntad é le honrábamos, y él fué el que escapó de muerte á don Fernando Cortés en lo de Suchimilco, cuando los escuadrones mejicanos le habian derribado del caballo el Romo, é le tenian asido y engarrafado para lo llevar á sacrificar, é asimismo le libró otra vez cuando en lo de la calzadilla de Méjico lo tenian otra vez asido muchos meji-

canos para lo llevar vivo á sacrificar, é le habian ya herido en una pierna al mismo Cortés, y le llevaron vivos sesenta y dos soldados. Este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que, aunque estaba muy mal herido, mató é acuchilló é dió estocadas á todos los indios que le llevaban á Cortés, que les hizo que lo dejasen; é así le salvó la vida, y el Cristóbal de Olea quedó muerto allí por lo salvar. Quiero decir de dos soldados que se decian Gonzalo Dominguez é un Láres; digo que fueron tan esforzados, que los teniamos en tanto como Cristóbal de Olea; eran de buenos cuerpos é membrudos, é los rostros alegres, é bien hablados, é muy buenas condiciones; é por no gastar mas palabras en sus loas, podránse contar con los mas esforzados soldados que ha habido en Castilla; murieron en las batallas de Obtumba, digo el Láres, y el Dominguez en lo de Guantepeque, de un caballo que le tomó debajo. Vamos á otro buen capitan é esforzado soldado que se decia Andrés de Tapia, seria de obra de veinte y cuatro años cuando acá pasó; era de color el rostro algo ceniciento, é no muy alegre, é de buen cuerpo é de poca barba; era y fué buen capitan, así á pié como á caballo; murió de su muerte. Si hubiera de escribir todas las facciones é proporciones de todos nuestros capitanes é fuertes soldados que pasamos con Cortés, era gran prolijidad; porque, segun todos eran esforzados é de mucha cuenta, dignos éramos de estar escritos con letras de oro; é no pongo aquí otros muchos valerosos capitanes que fueron de los de Narvaez, porque mi intento desde que comencé á hacer mi relacion no fué sino para escribir nuestros heróicos hechos é hazañas de los que pasamos con Cortés; solo quiero poner al capitan Pánfilo de Narvaez, que fué el que vino contra Cortés desde la isla de Cuba con mil y trecientos soldados, sin contar en ellos hombres de la mar, é con ducientos y sesenta y seis soldados los desbaratamos, segun se verá en mi relacion, é cómo é cuándo é de qué manera pasó aquel hecho. E volviendo á mi materia, era el Narvaez al parecer de obra de cuarenta y dos años, é alto de cuerpo é de recios miembros, é tenia el rostro largo é la barba rubia, é agradable presencia, é la plática é voz muy vagorosa é entonada, como que salia de bóveda; era buen jinete é decian que era esforzado; era natural de Valladolid ó de Tudela de Duero; era casado con una señora que se decia María de Valenzuela; fué en la isla de Cuba capitan é hombre rico; decian que era muy escaso, é cuando le desbaratamos se le quebró un ojo, y tenia buenas razones en lo que hablaba: fué á Castilla delante su majestad á quejarse de Cortés é de nosotros, é su majestad le hizo merced de la gobernacion de cierta tierra en lo de la Florida, é allá se perdió é gastó cuanto tenia. Como los caballeros curiosos han visto é leido la memoria atrás dicha de todos los capitanes é soldados que pasamos con el venturoso é esforzado don Fernando Cortés, marqués del Valle, á la Nueva-España desde la isla de Cuba, é pongo por escrito sus proporciones, así de cuerpo como de rostro é edades, é las condiciones que tenian, é en qué parte murieron, é de qué partes eran, me han dicho que se maravillaban de mí que como á cabo de tantos años no se me ha olvidado é tengo memoria dellos. A esto respondo y digo que no es mucho que se me acuerde ahora sus nombres, pues éramos quinientos y cincuenta compañeros que siempre conversábamos juntos, así en las entradas como en las velas, y en las batallas y encuentros de guerras, é los que mataban de nosotros en las tales paleas é cómo los llevaban á sacrificar. Por manera que comunicábamos los unos con los otros, en especial cuando saliamos de algunas muy sangrientas é dudosas batallas echábamos menos los que allá quedaban muertos, é á esta causa los pongo en esta relacion; é no es de maravillar dello, pues en los tiempos pasados hubo valerosos capitanes que andando en las guerras sabian los nombres de sus soldados, é los conocian é los nombraban, é aun sabian de qué provincias é tierras eran naturales, é comunmente eran en aquellos tiempos cada uno de los ejércitos que traian treinta mil hombres; y decian las historias que dellos han escrito, que Mitridates, rey de Ponto, fué uno de los que conocian á sus ejércitos, y otro fué el rey de los epirotas, y por otro nombre se decia Alejandro. Tambien dicen que Aníbal, gran capitan de Cartago, conocia á todos sus soldados; y en nuestros tiempos el esforzado y gran capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba conocia á todos los mas soldados que traian en sus capitanías, y así han hecho otros muchos valerosos capitanes. Y mas digo, que, como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y meneos, y rostros y facciones, como hacia aquel gran pintor y muy nombrado Apéles, é los pintores de nuestros tiempos Berruguete, é Micael Angel, ó el muy afamado Burgalés, que dicen que es otro Apéles, dibujara á todos los que dicho tengo al natural, y aun segun cada uno entraba en las batallas y el ánimo que mostraba; é gracias á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, que me escapó de no ser sacrificado á los ídolos, é me libró de otros muchos peligros é trances, para que haga ahora esta memoria.

CAPITULO CCVII.

De las cosas que aquí van declaradas cerca de los méritos que tenemos los verdaderos conquistadores; las cuales serán apacibles de las oir.

Ya he recontado los soldados que pasamos con Cortés, y dónde murieron; y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los mas hijos-dalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad como en virtudes. Dejando esta plática aparte, de nuestras antiguas noblezas, con heróicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de dia y de noche, sirviendo á nuestro rey y señor, descubriendo estas tierras, y hasta ganar esta Nueva-España y gran ciudad de Méjico y otras muchas provincias á nuestra costa, estando tan apartados de Castilla ni tener otro socorro ninguno, salvo el de nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho mas que de antes; y si miramos las escrituras antiguas que dello hablan, si son así como dicen, en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en gran estado muchos caballeros, así en España como en otras partes, sirviendo, como en aque-

lla sazon sirviéron en las guerras, y por otros servicios que eran aceptos á los reyes que en aquella sazon reinaban. Y tambien he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron á tener títulos de estados y de ilustres, no iban á las tales guerras ni entraban en batallas sin que se les diesen sueldos y salarios; y no embargante que se lo pagaban, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, los cuales tienen sus descendientes. Y demás desto, cuando el rey don Jaime de Aragon conquistó y ganó de los moros mucha parte de sus reinos, los repartió á los caballeros y soldados que se hallaron en lo ganar, y desde aquellos tiempos tienen sus blasones y son valerosos; y tambien cuando se ganó Granada, y del tiempo del Gran Capitan á Nápoles, y tambien el príncipe de Orange en lo de Nápoles, dieron tierras y señoríos á los que ayudaron en las guerras y batallas; é nosotros, sin saber su majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva-España. He traido esto aquí á la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y notables y leales servicios que hicimos á Dios y al Rey y á toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos; y aunque entre los valerosos soldados que en estas hojas de atras pasadas he puesto por memoria hubo muchos esforzados y valerosos compañeros, que me tenian á mí en reputacion de razonable soldado, volviendo á mi materia, miren los curiosos letores con atencion esta mi relacion, y verán en cuántas batallas y rencuentros de guerras muy peligrosos me he hallado desque vine á descubrir, y dos veces estuve asido y engarrafado de muchos indios mejicanos, con quien en aquella sazon estaba peleando, para me llevar á sacrificar, y Dios me dió esfuerzo que me escapé, como en aquel instante llevaron á otros muchos mis compañeros, sin otros grandes peligros y trabajos, así de hambre y sed, é infinitas fatigas que suelen recrecer á los que semejantes descubrimientos van á hacer en tierras nuevas; lo cual hallarán escrito parte por parte en esta mi relacion; y quiero dejar de entrar mas la pluma en esto, y diré los bienes que se han seguido de nuestras ilustres conquistas.

CAPITULO CCVIII.

Cómo los indios de toda la Nueva-España tenian muchos sacrificios y torpedades, y se los quitamos, y les impusimos en las cosas santas de buena doctrina.

Pues he dado cuenta de cosas que se contienen, bien es que diga los bienes que se han hecho, así para el servicio de Dios y de su majestad, con nuestras ilustres conquistas; y aunque fueron tan costosas de las vidas de todos los mas de mis compañeros, porque muy pocos quedamos vivos, y los que murieron fueron sacrificados, y con sus corazones y sangre ofrecidos á los ídolos mejicanos, que se decian Tezcatepuca, y Huichilóbos, quiero comenzar á decir de los sacrificios que hallamos por las tierras y provincias que conquistamos, las cuales estaban llenas de sacrificios y maldades, porque mataban cada un año, solamente en Méjico y ciertos pueblos que están en la laguna, sus vecinos, segun hallo por cuenta que dello hicieron religiosos franciscos, que fueron los primeros que vinieron á la Nueva-España, después de fray Bartolomé de Olmedo, tres años y medio antes que viniesen los dominicos, que fueron muy buenos religiosos y de santa doctrina; y hallaron sobre dos mil y quinientas personas, chicas y grandes. Pues en otras provincias á esta cuenta muchos mas serian; y tenian otras maldades de sacrificios, y por ser de tantas maneras, no los acabaré de escribir todas por extenso; mas las que yo vi y entendí porné aquí por memoria. Tenian por costumbre que sacrificaban las frentes y las orejas, lenguas y labios, los pechos, brazos y molledos, y las piernas; y en algunas provincias eran retajados, y tenian pedernales de navajas, con que se retajaban. Pues los adoratorios, que son cues, que así los llaman entre ellos, eran tantos, que los doy á la maldicion, y me parece que eran casi que al modo como tenemos en Castilla y en cada ciudad nuestras santas iglesias y parroquias, y ermitas y humilladeros, así tenian en esta tierra de la Nueva-España sus casas de ídolos llenas de demonios y diabólicas figuras; y demás destos cues, tenian cada indio é india dos altares, el uno junto adonde dormian, y el otro á la puerta de su casa, y en ellos muchas arquillas de maderas, y otros que llaman petacas, llenos de ídolos, unos chicos y otros grandes, y piedrezuelas y pedernales, y librillos de un papel de cortezas de árbol, que llaman amatl, y en ellos hechos sus señales del tiempo y de cosas pasadas. Y demás desto, eran los mas dellos sométicos, en especial los que vivian en las costas y tierra caliente, en tanta manera, que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos á ganar en aquel diabólico y abominable oficio. Pues comer carne humana, así como nosotros traemos vaca de las carnicerías; y tenian en todos los pueblos, de madera gruesa hechas á manera de casas, como jaulas, y en ellas metian á engordar muchos indios é indias y muchachos, y en estando gordos los sacrificaban y comian; y demás desto, las guerras que se daban unas provincias y pueblos á otros, y los que cautivaban y prendian los sacrificaban y comian. Pues tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tios con sobrinas, halláronse muchos que tenian este vicio desta torpedad. Pues de borrachos, no lo sé decir, tantas suciedades que entre ellos pasaban; sola una quiero aquí poner, que hallamos en la provincia de Pánuco, que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchian los vientres de vino de lo que entre ellos se hacia, como cuando entre nosotros se echa una melecina; torpedad jamás oida. Pues tener mujeres, cuantas querian; tenian otros muchos vicios y maldades; y todas estas cosas por mí recontadas, quiso nuestro Señor Jesucristo que con santa ayuda, que nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dicho, se lo quitamos, y les pusimos en buena policía de vivir y les íbamos enseñando la santa doctrina. Verdad es que después desde á dos años pasados, y que todas las mas tierras teniamos de paz, y con la policía y manera de vivir que he dicho, vinieron á la Nueva-

España unos buenos religiosos franciscos, que dieron muy buen ejemplo y doctrina, y desde ahí á otros trés ó cuatro años vinieron otros buenos religiosos de señor santo Domingo, que se lo han quitado muy de raíz, y han hecho mucho fruto en la santa doctrina y cristiandad de los naturales. Mas, si bien se quiere notar, después de Dios, á nosotros los verdaderos conquistadores que los descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos á entender la santa doctrina, se nos debe el premio y galardon de todo ello, primero que á otras personas, aunque sean religiosos; demás que religiosos llevamos con nosotros de la Merced; porque cuando el principio es bueno, el medio y el cabo todo es digno de loor; lo cual pueden ver los curiosos letores de la policía y cristiandad y justicia que les mostramos en la Nueva-España. Y dejaré esta materia, y diré los mas bienes que, después de Dios, por nuestra causa han venido á los naturales de la Nueva-España.

CAPITULO CCIX.

De cómo impusimos en muy buenas y santas doctrinas á los indios de la Nueva-España, y de su conversion, y de cómo se bautizaron, y volvieron á nuestra santa fe, y les enseñamos oficios que se usan en Castilla, y á tener y guardar justicia.

Después de quitadas las idolatrías y todos los malos vicios que se usaban, quiso nuestro Señor Dios que con su santa ayuda, y con la buena ventura y santas cristiandades de los cristianísimos emperador don Cárlos, de gloriosa memoria, y de nuestro rey y señor, felicísimo é invictísimo rey de las Españas, don Felipe nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios le dé muchos años de vida, con acrecentamiento de mas reinos, para que en este su santo y feliz tiempo lo goce él y sus descendientes, se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas habia, así hombres como mujeres, y niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas á los infiernos, y ahora, como hay muchos y buenos religiosos de señor san Francisco y de santo Domingo y de nuestra Señora de la Merced, y de otras órdenes, andan en los pueblos predicando, y en siendo la criatura de los dias que manda nuestra santa madre Iglesia de Roma, los bautizan; y demás desto, con los santos sermones que les hacen, el santo Evangelio está muy bien plantado en sus corazones, y se confiesan cada año, y algunos de los que tienen mas conocimiento á nuestra santa fe se comulgan. Y demás desto, tienen sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces y candeleros y ciriales, y cáliz y patenas, y platos, unos chicos y otros grandes, de plata, ó incensario, todo labrado de plata. Pues capas, casullas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comunmente de terciopelo y damasco y raso y de tafetan, diferenciados en las colores y labores, y las mangas de las cruces muy labradas de oro y seda, y en algunas tienen perlas; y las cruces de los difuntos de raso negro, y en ellas figurada la misma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el cobertor de las mismas andas, unos las tienen buenas y otros no tan buenas. Pues campanas, las que han menester segun la calidad que es cada pueblo. Pues cantores de capilla de voces bien concertadas, así tenores como típles y contraltos, no hay falta; y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los mas tienen flautas y chirimías y sacabuches y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatimala; y es para dar gracias á Dios, y cosa muy de contemplacion, ver cómo los naturales ayudan á decir una santa misa, en especial si la dicen franciscos ó mercenarios, que tienen cargo del curato del pueblo donde la dicen. Otra cosa buena tienen, que les han enseñado los religiosos, que así hombres como mujeres, é niños que son de edad para las deprender, saben todas las santas oraciones en sus mismas lenguas, que son obligados á saber; y tienen otras buenas costumbres cerca de la santa cristiandad, que cuando pasan cabe un santo altar ó cruz abajan la cabeza con humildad y se hincan de rodillas, y dicen la oracion del Pater-noster ó el Ave-María; y mas les mostramos los conquistadores á tener candelas de cera encendidas delante los santos altares y cruces, porque de antes no se sabian aprovechar della en hacer candelas. Y demás de lo que dicho tengo, les enseñamos á tener mucho acato y obediencia á todos los religiosos y á los clérigos, y que cuando fuesen á sus pueblos les saliesen á recebir con candelas de cera encendidas y repicasen las campanas, y les diesen bien de comer, y así lo hacen con los religiosos; y tenian estos cumplimientos con los clérigos. Demás de las buenas costumbres por mí dichas, tienen otras santas y buenas, porque cuando es el dia del Corpus Christi ó de Nuestra Señora, ú de otras fiestas solenes que entre nosotros hacemos procesiones, salen todos los mas pueblos cercanos de esta ciudad de Guatimala en procesion con sus cruces y con candelas de cera encendidas, y traen en los hombros en andas la imágen del santo ó santa de que es la advocacion de su pueblo, lo mas ricamente que pueden, y vienen cantando las letanías y otras santas oraciones, y tañen sus flautas y trompetas; y otro tanto hacen en sus pueblos cuando es el dia de las tales solenes fiestas, y tienen costumbre de ofrecer los domingos y pascuas, especialmente el dia de Todos-Santos. Y pasemos adelante, y digamos cómo todos los mas indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer á ello, y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sútiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la santa pasion de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacian; que se me significa á mi juicio que aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apéles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Búrgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apéles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sú-

tiles pinceles las obras de los estoriles, ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mejicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo. Y demás desto, todos los mas hijos de principales solian ser gramáticos, y lo deprendian muy bien, si no se mandara quitar en el santo sínodo que mandó hacer el reverendísimo arzobispo de Méjico; y muchos hijos de principales saben leer y escribir y componer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetan, y hacer paños de lana, aunque sean veinticuatrenos, hasta frisas y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores y perailes y tejedores, segun y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio ni ser boticarios; mas yo los tengo por de tan buenos ingenios, que lo deprenderán muy bien, porque algunos dellos son cirujanos y herbolarios, y saben jugar de mano y hacer títeres, y hacen vihuelas muy buenas. Pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos á la Nueva-España, y ahora crian ganado de todas suertes y doman bueyes, y aran las tierras y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traido de España, y venden el fruto que procede dello; y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares y manzanas y perales, que los tienen en mas estima. Pasemos adelante, y diré de la justicia que les hemos enseñado á guardar y cumplir, y como cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayordomos, y tienen sus casas de cabildo, donde se juntan dos dias de la semana, y ponen en ellas sus porteros y sentencian, y mandan pagar deudas que se deben unos á otros, y por algunos delitos de crímen azotan y castigan; y si es por muertes ó cosas atroces, remítenlo á los gobernadores, si no hay audiencia real; y segun me han dicho personas que lo saben muy bien, en Tlascala y en Tezcuco y en Cholula, y en Guaxocingo y en Tepeaca, y en otras ciudades grandes, cuando hacen los indios cabildo, que salen delante de los que están por gobernadores y alcaldes, maceros con mazas doradas, segun sacan los vireyes de la Nueva-España; y hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien. Demás desto, todos los caciques tienen caballos y son ricos, traen jaeces con buenas sillas, y se pasean por las ciudades, villas y lugares donde se van á holgar ó son naturales, y llevan sus indios por pajes que les acompañan, y aun en algunos pueblos juegan cañas y corren toros y corren sortijas, especial si es dia de Corpus Christi ú de señor San Juan ó señor Santiago, ú de Nuestra Señora de Agosto, ó la advocacion de la iglesia del santo de su pueblo; y hay muchos que aguardan los toros, y aunque sean bravos, y muchos dellos son jinetes, en especial en un pueblo que se dice Chiapa de los Indios, y los que son caciques todos los mas tienen caballos y algunos hatos de yeguas y mulas, y se ayudan con ello á traer leña y maíz y cal, y otras cosas deste arte, y lo venden por las plazas, y son muchos dellos arrieros segun y de la manera que en nuestra Castilla se usa. Y por no gastar mas palabras, todos los oficios hacen muy perfectamente, hasta paños de tapicería. Dejaré de hablar mas en esta materia, y diré otras muchas grandezas que por nuestra causa ha habido y hay en esta Nueva-España.

CAPITULO CCX.

De otras cosas y provechos que se han seguido de nuestras ilustres conquistas y trabajos.

Ya habrán oido en los capítulos pasados lo por mí recontado acerca de los bienes y provechos que se han hecho con nuestras ilustres hazañas y conquistas; diré ahora del oro, plata y piedras preciosas, y otras riquezas de granas é lanas, y hasta zarzaparrilla y cueros de vacas, que desta Nueva-España han ido y van cada año á Castilla á nuestro rey y señor, así lo de sus reales quintos como otros muchos presentes que le hubimos enviado así como le ganamos estas tierras, sin las grandes cantidades que llevan mercaderes y pasajeros; que después que el sabio rey Salomon fabricó y mandó hacer el santo templo de Jerusalem con el oro y plata que le trujeron de las islas de Társis y Ofir y Sabá, no se ha oido en ninguna escritura antigua que mas oro, plata y riquezas han ido cotidianamente á Castilla que de estas tierras; y esto digo así, porque ya que del Pirú, como es notorio, han ido muchos millares de oro y plata, en el tiempo que ganamos esta Nueva-España no habia nombre del Pirú ni estaba descubierto, ni se conquistó desde ahí á diez años, y nosotros siempre desde el principio, como dicho tengo, comenzamos á enviar á su majestad presentes riquísimos; y por esta causa, y por otras que diré, antepongo á la Nueva-España, porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Pirú siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados; y en esta Nueva-España siempre tenemos, y ternémos para siempre jamás el pecho por tierra, como somos obligados, á nuestro rey y señor, y pornémos nuestras vidas y haciendas en cualquiera cosa que se ofrezca para servir á su majestad. Y demás desto, miren los curiosos lectores qué de ciudades, villas y lugares están poblados en estas partes de españoles, que, por ser tantos y no saber yo los nombres de todos, se quedarán en silencio; y tengan atencion á los obispados que hay, que son diez, sin el arzobispado de la muy insigne ciudad de Méjico, y cómo hay tres audiencias reales, todo lo cual diré adelante, así de los que han gobernado, como de los arzobispos y obispos que ha habido; y miren las santas iglesias catedrales y los monasterios donde están dominicos, como franciscos y mercenarios y agustinos; y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa casa de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solia estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos á Méjico; y miren los santos milagros que ha

hecho y hace de cada dia, y démosle muchas gracias á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora por ello, que nos dió gracia y ayuda que ganásemos estas tierras, donde hay tanta cristiandad. Y tambien tengan cuenta cómo en Méjico hay colegio universal, donde estudian y deprenden la gramática, teología, retórica y lógica y filosofía, y otros artes y estudios, é hay moldes y maestros de imprimir libros, así en latin como en romance, y se gradúan de licenciados y doctores; y otras muchas grandezas pudiera decir, así de minas ricas de plata que en ellas están descubiertas y se descubren á la continua, por donde nuestra Castilla es prosperada y tenida y acatada; y si no basta lo bien que ya he dicho y propuesto de nuestras conquistas, quiero decir que miren las personas sabias y leidas esta mi relacion desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que mas reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, á mí me tenian en la cuenta dellos, y el mas antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el mas antiguo y he servido como muy buen soldado á su majestad; y quiero poner una cuestion á manera de diálogo; y es, que habiendo visto la buena é ilustre fama que suena en el mundo de nuestros muchos y buenos y notables servicios que hemos hecho á Dios y á su majestad y á toda la cristiandad, da grandes voces y dice que fuera justicia y razon que tuviéramos buenas rentas, y mas aventajadas que tienen otras personas que no han servido en estas conquistas ni en otras partes á su majestad; y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás; y si están en ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heróicos hechos y armas, segun y de la manera que tienen en España los caballeros que dicho tengo en el capítulo pasado, que sirvieron en los tiempos pasados á los reyes que en aquella sazon reinaban, pues nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron; antes son de muy memorable fama, y se pueden contar entre los nombrados que ha habido en el mundo. Y demás desto, pregunta la ilustre Fama por los conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas, y por los muertos, dónde están sus sepulcros y qué blasones tienen en ellos. A estas cosas se le puede responder con mucha brevedad: «Oh excelente é ilustre Fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado escurecer nuestros heróicos hechos no querrian ver ni oir vuestro ilustre nombre, porque nuestras personas no ensalceis como conviene; hágoos, Señora, saber que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva-España de todos ellos, hasta este año de 1568, que estoy trasladando esta relacion, sino cinco; que todos los demás murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados á los ídolos, y los demás murieron de sus muertes. Y los sepulcros, que me pregunta dónde los tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos, brazos y molledos, piés y manos; y lo demás, fueron sepultados sus vientres, que echaban á los tigres y sierpes y alcones, que en aquel tiempo tenian por grandeza en casas fuertes, y aquellos fueron sus sepulcros y allí están sus blasones; y á lo que á mí se me figura, con letras de oro habian de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella cruelísima muerte, y por servir á Dios y á su majestad y dar luz á los que estaban en tiniebias, y tambien por haber riquezas, que todos los hombres comunmente venimos á buscar; y demás de le haber dado cuenta á la ilustre Fama, me pregunta por los que pasaron con Narvaez y con Garay; digo que los de Narvaez fueron mil y trecientos, sin contar entre ellos hombres de la mar, y no son vivos de todos ellos sino diez ó once, que todos los mas murieron en las guerras y sacrificados, y sus cuerpos comidos de indios, ni mas ni menos que los nuestros; y los que pasaron con Garay de la isla de Jamáica, á mi cuenta, con las tres capitanías que vinieron á San Juan de Ulúa, antes que pasase el Garay con los que trajo á la postre cuando él vino, serian por todos mil y ducientos soldados, y todos los mas fueron sacrificados en la provincia de Pánuco, y comidos sus cuerpos de los naturales de la provincia. Y demás desto, pregunta la loable Fama por otros quince soldados que aportaron á la Nueva-España, que fueron de los de Lúcas Vazquez de Ayllon cuando le desbarataron, y él murió en la Florida. A esto digo que todos son muertos; y hágoos saber, excelente Fama, que de todos los que he recontado y ahora somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos, é hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias. Y pues ya he dado cuenta de lo que me han preguntado, y de nuestros palacios y blasones y sepulcros, suplícoos, ilustrísima Fama, que de aquí adelante alceis mas vuestra excelente y virtuosísima voz, para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas; porque hombres maliciosos, con sus sacudidas y envidiosas lenguas, no las escurezcan. A esto que he suplicado á la virtuosísima Fama, me responde que lo hará de muy buena voluntad, y que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios, pues los ganamos, y su majestad lo manda dar como lo tiene el marqués Cortés; no se entiende que sea tanto, sino moderadamente. Y mas dice la loable Fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas y contadas entre los hechos de valerosos capitanes, y que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros históricos que están escritos del coronista Francisco Lopez de Gómora, ni en la del doctor Illéscas, que escribió el Pontifical, ni en otros modernos coronistas; y solo el marqués Cortés dicen en sus libros que es el que lo descubrió y conquistó, y que los capitanes y soldados que lo ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas y conquistas, y que ahora se ha holgado mucho en saber claramente que todo lo que he escrito en mi relacion es verdad; y que la misma escritura consigo al pié de la letra dice lo que pasó,

y no lisonjas viciosas, ni por sublimar á un solo capitan quieren deshacer á muchos capitanes y valerosos soldados, como ha hecho el Francisco Lopez de Gómora y los demás coronistas que siguen su propia historia. Y mas me prometió la buena Fama, que por su parte lo porná con voz muy clara á do quiera que se hallare. Y demás de lo que ella declara, que mi historia si se imprime, cuando la vean ó oyan, la darán fe verdadera, y escurecerá las lisonjas de los pasados. Y demás de lo que he propuesto á manera de diálogo, me preguntó un doctor, oidor de la audiencia real de Guatimala, que como Cortés, cuando escribia á su majestad y fué la primera vez á Castilla, no procuró por nosotros, pues por nuestra causa, después de Dios, fué marqués y gobernador. A esto respondí entonces, y ahora lo digo, que, como tomó para sí al principio, cuando su majestad le hizo merced de la gobernacion, todo lo mejor de la Nueva-España, creyendo que siempre fuera señor absoluto y que por su mano nos diera indios ó quitara, y á esta causa se presumió que no lo hizo ni quiso escribir; y tambien, porque en aquel tiempo su majestad le dió el marquesado que tiene, y como le importunaba que le diese luego la gobernacion de la Nueva-España, como de antes la habia tenido, y le respondió que ya le habia dado el marquesado, no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese, sino solamente para él. Y demás desto, habian informado el factor y veedor y otros caballeros de Méjico á su majestad que Cortés habia tomado para sí las mejores provincias y pueblos de la Nueva-España, y que habia dado á sus amigos y parientes que nuevamente habian venido de Castilla otros buenos pueblos, y que no dejaba para el real patrimonio sino poca cosa; después supimos mandó su majestad que de lo que tenia sobrado diese á los que con él pasamos; y en aquel tiempo su majestad se embarcó en Barcelona para ir á Flándes; y si Cortés en el tiempo que ganamos la Nueva-España la hiciera cinco partes, y la mejor y de mas ricas provincias y ciudades diera la quinta parte á nuestro rey y señor de su real quinto, bien hecho fuera, y tomara para sí una parte y media, y dejara para iglesias y monasterios y propios de ciudades, y que su majestad tuviera que dar y hacer mercedes á caballeros que le servian en las guerras de Italia ó contra turcos ó moros, y las dos partes y media nos repartiera perpetuas, con ellas nos quedáramos, así Cortés con la una parte como nosotros; porque, como nuestro césar fué tan cristianísimo y no le costó el conquistar cosa ninguna, nos hiciera estas mercedes; y demás desto, como en aquella sazon no sabiamos qué cosa era demandar justicia, ni á quién la pedir sobre nuestros servicios, ni otros agravios y fuerzas que pasaban en las guerras, sino solamente al mismo Cortés como capitan, y que lo mandaba muy de hecho, nos quedamos en blanco con lo poco que nos habian depositado, hasta que vimos que á don Francisco de Montejo, que fué á Castilla ante su majestad, le hizo merced de ser adelantado y gobernador de Yucatan, y le dió los indios que tenia en Méjico y le hizo otras mercedes; y Diego de Ordás, que asimismo fué ante su majestad, le dió una encomienda de Santiago y los indios que tenia en la Nueva-España; y á don Pedro de Alberado, que tambien fué á besar los piés á su majestad, le hizo adelantado y gobernador de Guatimala y Chiapa, y comendador de Santiago, y otras mercedes de los indios que tenia; y á la postre fué Cortés y le dió el marquesado y capitan general del mar del Sur; y desque los conquistadores vimos que los que no parecian ante su majestad no tenian quien suplicase nos hiciese el Rey mercedes, enviamos á suplicalle que lo que de allí adelante vacase, nos lo mandase dar perpetuo; y como se vieron nuestras justificaciones, cuando envió la primera audiencia real á Méjico, y vino en ella por presidente Nuño de Guzman y por oidores el licenciado Delgadillo, natural de Granada, y Matienzo, de Vizcaya, y otros dos oidores que llegando á Méjico murieron; y mandó su majestad expresamente al Nuño de Guzman que todos los indios de la Nueva-España se hiciesen un cuerpo, á fin que las personas que tenian repartimientos grandes que les habia dado Cortés, que no les quedasen tanto y les quitasen dello, y que á los verdaderos conquistadores nos diese los mejores pueblos y de mas renta, y que para su real patrimonio dejasen las cabeceras y mejores ciudades. Y tambien mandó su majestad que á Cortés que le contasen los vasallos, y que le dejasen los que tenian capitulados en su marquesado, y lo demás no me acuerdo qué mandó sobre ello; y la causa por donde no hizo el repartimiento perpetuo el Nuño de Guzman y los oidores, fué por malos terceros, que por su honor aquí no nombro, porque le dijeron que si repartia la tierra, que cuando los conquistadores y pobladores se viesen con sus indios perpetuos no les ternian en tanto acato ni serian tan señores de les mandar, porque no tenian qué quitar ni poner, ni les vernian á suplicar que les diesen de comer; y de otra manera, que ternian que dar de lo que vacase á quien quisiesen, y ellos serian ricos y ternian mayores poderes; y á este fin se dejó de hacer. Verdad es que el Nuño de Guzman y los oidores, en vacando indios, luego los depositaban á conquistadores y pobladores, y no eran tan malos como los hacian para los vecinos y pobladores, que á todos les contentaban y daban de comer; y si les quitaron redondamente de la audiencia real, fué por las contrariedades que tuvieron con Cortés y sobre el herrar de los indios libres por esclavos. Quiero dejar este capítulo y pasaré á otro, y diré acerca del repartimiento perpetuo.

CAPITULO CCXI.

Cómo el año de 1550, estando la corte en Valladolid, se juntaron en el real consejo de Indias ciertos prelados y caballeros, que vinieron de la Nueva-España y del Pirú por procuradores, y otros hidalgos que se hallaron presentes, para dar órden que se hiciese el repartimiento perpetuo; y lo que en la junta se hizo y platicó es lo que diré.

En el año de 1550 vino del Pirú el licenciado de la Gasca, y fué á la corte, que en aquella sazon estaba en Valladolid, y trujo en su compañía á un fraile dominico que se decia don fray Martin el Regente; y en aquel tiempo su majestad le mandó hacer merced al mismo regente del obispado de las Charcas; y entonces se juntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Me-

choacan, y otros caballeros que vinieron por procuradores de la Nueva-España y del Pirú, y ciertos hidalgos que venian á pleitos ante su majestad, que todos se hallaron en aquella sazon en la corte, y juntamente con ellos, á mí me mandaron llamar, como á conquistador mas antiguo de la Nueva-España; y como el de la Gasca y todos los demás peruleros habian traido cantidad de millares de pesos de oro, así para su majestad como para ellos, y lo que traian de su majestad se le envió desde Sevilla á Augusta de Alemania, donde en aquella sazon estaba su majestad, y en su real compañía nuestro felicísimo don Felipe, rey de las Españas, nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios guarde; y en aquel tiempo fueron ciertos caballeros con el oro y por procuradores del Pirú á suplicar á su majestad que fuese servido hacernos mercedes para que mandase hacer el repartimiento perpetuo; y segun pareció, otras veces antes de aquella se lo habian suplicado por parte de la Nueva-España, cuando fué un Gonzalo Lopez y un Alonso de Villanueva con otros caballeros procuradores de Méjico; y su majestad mandó en aquel tiempo dar el obispado de Palencia al licenciado de la Gasca, que fué obispo y conde de Pernia, porque tuvo ventura que así como llegó á Castilla habia vacado; y se decia en la corte que por estar de paz el Pirú y tornar á haber el oro y plata que le habian robado los Contréras. Y volviendo á mi relacion, lo que proveyó su majestad sobre la perpetuidad de los repartimientos de indios, fué enviar á mandar al marqués de Mondéjar, que era presidente en el real consejo de Indias, y al licenciado Gutierre Velazquez, y al licenciado Tello de Sandoval, y al doctor Hernan Perez de la Fuente, y al licenciado Gregorio Lopez, y al doctor Riberadeneyra, y al licenciado Briviesca, que eran oidores del mismo real consejo de Indias, y á otros caballeros de otros reales consejos, que todos se juntasen y que viesen y platicasen cómo se podia hacer el repartimiento, de manera que en todo fuese bien mirado el servicio de Dios, y su real patrimonio no viniese á menos; y desque todos estos prelados y caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero Gonzalez de Leon, donde residia el real consejo de Indias, se platicó en aquella muy ilustrísima junta que se diesen los indios perpetuos en la Nueva-España y en el Pirú, no me acuerdo bien si nombró el nuevo reino de Granada é Bobotan; mas paréceme que tambien entraron con los demás, y las causas que se propusieron en aquel negocio fueron santas y buenas. Lo primero se platicó que, siendo perpetuos, serian muy mejor tratados é industriados en nuestra santa fe, y que si algunos adoleciesen, los curarian como á hijos y les quitarian parte de sus tributos; y que los encomenderos se perpetuarian mucho mas en poner heredades y viñas y sementeras, y criarian ganados y cesarian pleitos y contiendas sobre indios; y no habia menester visitadores en los pueblos, y habria paz y concordia entre los soldados en saber que ya no tienen poder los presidentes y gobernadores para en vacando indios se los dar por via de parentesco ni por otras maneras que en aquella sazon les daban; y con dalles perpetuos á los que han servido á su majestad, descargaba su real conciencia; y le dijo otras muy buenas razones; y mas le dijo, que se habian de quitar en el Pirú á hombres bandoleros, los que se hallasen que habian deservido á su majestad. Y después que por todos aquellos de la ilustre junta fué muy bien platicado lo que dicho tengo, todos los mas procuradores, con otros caballeros, dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos; luego en aquella sazon hubo votos contrarios, y fué el primero el obispo de Chiapa, y lo ayudó su compañero fray Rodrigo, de la órden de santo Domingo, y ansimismo el licenciado Gasca, que era obispo de Palencia y conde de Pernia, y el marqués de Mondéjar y dos oidores del consejo real de su majestad; y lo que propusieron en la contradicion aquellos caballeros por mí dichos, salvo el marqués de Mondéjar, que no se quiso mostrar á una parte ni á otra, sino que se estuvo á la mira á ver lo que decian y ver los que mas votos tenian, fué decir que ¿cómo habian de dar indios perpetuos? Ni aun de otra manera por sus vidas no los habian de tener, sino quitárselos á los que en aquella sazon los tenian, porque personas habia entre ellos en el Pirú que tenian buena renta de indios, que merecian que los hubieran castigado, cuanto y mas dárselos ahora perpetuos; y que do creian que habia en el Pirú paz y asentada la tierra, habria soldados que, como viesen que no habia que les dar, se amotinarian y habria mas discordias. Entonces respondió don Vasco de Quiroga, obispo de Mechoacan, que era de nuestra parte, y dijo al licenciado de la Gasca que ¿por qué no castigó á los bandoleros y traidores, pues conocia y le eran notorias sus maldades, y que él mismo les dió indios? Y á esto respondió el de la Gasca, y se paró á reir, y dijo: «Creerán, señores, que no hice poco en salir en paz y en salvo de entre ellos, y algunos descuarticé y hice justicia;» y pasaron otras razones sobre aquella materia; y entonces dijimos nosotros, y muchos de aquellos señores que allí estábamos juntos, que se diesen perpetuos en la Nueva-España á los verdaderos conquistadores que pasamos con Cortés, y á los de Narvaez y á los de Garay, pues habiamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando en servicio de su majestad, y lo habiamos servido bien; y que con los demás hubiese otra moderacion. E ya que teniamos esta plática por nuestra parte, y la órden que dicho tengo, unos de aquellos prelados y señores del consejo de su majestad dijeron que cesase todo hasta que el Emperador nuestro señor viniese á Castilla, que se esperaba cada dia, para que en una cosa de tanto peso y calidad se hallase presente; y puesto que por el obispo de Mechoacan é ciertos caballeros, é yo juntamente con ellos, que éramos de la parte de la Nueva-España, fué tornado á replicar, pues que estaban ya dados los votos conformes, se diesen perpetuos en la Nueva-España; y que los procuradores del Pirú procurasen por sí, pues su majestad lo habia enviado á mandar, y en su real mando mostraba aficion para que en la Nueva-España se diesen perpetuos; y sobre ello hubo muchas pláticas y alegaciones; y dijimos que, ya que en el Pirú no se diesen, que mirasen los muchos servicios que hicimos á su majestad y á toda la cristiandad; y no aprovechó cosa ninguna con los señores del real consejo de Indias y con el obispo fray Bartolomé

de las Casas, y fray Rodrigo, su compañero, y con el obispo de las Charcas; y dijeron que en viniendo su majestad de Augusta de Alemania, se proveería de manera que los conquistadores serian muy contentos; y ansí, se quedó por hacer. Dejaré esta plática, y diré que en posta se escribió en un navío á la Nueva-España, como se supo en la ciudad de Méjico las cosas arriba dichas que pasaron en la corte. Concertaban los conquistadores de enviar por sí solos procuradores ante su majestad, y aun á mí me escribió de Méjico á esta ciudad de Guatimala el capitan Andrés de Tapia, y un Pedro Moreno Medrano y Juan de Limpias Carvajal el sordo dende la Puebla, porque ya en aquella sazon era yo venido de la corte; y lo que me escribian, fué dándome cuenta y relacion de los conquistadores que enviaban su poder; y en la memoria me contaban á mí por uno de los mas antiguos, é yo mostré las cartas en esta ciudad de Guatimala á otros conquistadores, para que las ayudásemos con dineros para enviar los procuradores; y segun pareció, no se concertó la ida por falta de pesos de oro, y lo que se concertó en Méjico, fué que los conquistadores, juntamente con toda la comunidad, enviasen á Castilla procuradores, pero no se negoció. Y después desto, mandó el invictísimo nuestro rey y señor don Felipe (que Dios guarde y deje vivir muchos años, con aumento de mas reinos) en sus reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que los conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego los antiguos pobladores casados, segun se verá en sus reales cédulas.

CAPITULO CCXII.

De otras pláticas y relaciones que aquí irán declaradas, que serán agradables de oir.

Como acabé de sacar en limpio esta mi relacion, me rogaron dos licenciados que se la emprestase para saber muy por extenso las cosas que pasaron en las conquistas de Méjico y Nueva-España, y ver en qué diferencia lo que tenian escrito los coronistas Francisco Lopez de Gómora y el doctor Illéscas acerca de las heróicas hazañas que hizo el marqués del Valle, de lo que en esta relacion escribo; é yo se la presté, porque de sabios siempre se pega algo á los idiotas sin letras como yo soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero; y cuando lo hubieron visto y leido los dos licenciados, el uno dellos era muy retórico, y tal presuncion tenia de sí, que después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa de todo lo que pasamos dende que venimos á descubrir primero que viniese Cortés dos veces, y la postrera vine con Cortés, que fué en el año de 17 con Francisco Hernandez de Córdoba, y en el 18 con un Juan de Grijalva, y en el de 19 vine con el mismo Cortés; y volviendo á mi plática, me dijeron los licenciados que cuanto á la retórica, que va segun nuestro comun hablar de Castilla la Vieja, é que en estos tiempos se tiene por mas agradable, porque no van razones hermoseadas ni afeitadas, que suelen componer los coronistas que han escrito en cosas de guerras, sino toda una llaneza, y debajo de decir verdad se encierran las hermoseadas razones; y mas dijeron, que les parece que me alabo mucho de mí mismo en lo de las batallas y reencuentros de guerra en que me hallé, y que otras personas lo habian de decir y escribir primero que yo; y tambien, que para dar mas crédito á lo que he dicho, que diese testigos y razones de algunos coronistas que lo hayan escrito, como suelen poner y alegar los que escriben, y aprueban con otros libros de cosas pasadas, y no decir, como digo tan secamente, esto hice y tal me acaeció, porque yo no soy testigo de mí mismo. A esto respondí, y digo agora, que en el primer capítulo de mi relacion, en una carta que escribió el marqués del Valle en el año de 1540 dende la gran ciudad de Méjico á Castilla, á su majestad, haciéndole relacion de mi persona y servicios, le hizo saber cómo vine á descubrir la Nueva-España dos veces primero que no él, y tercera vez volví en su compañía, y como testigo de vista me vió muchas veces batallar en las guerras mejicanas y en toma de otras ciudades como esforzado soldado, hacer en ellas cosas notables y salir muchas veces de las batallas mal herido, y cómo fuí en su compañía á Honduras é Higueras, que ansí nombran en esta tierra, y otras particularidades que en la carta se contenian, que por excusar prolijidad aquí no declaro; y ansimismo escribió á su majestad el ilustrísimo virey don Antonio de Mendoza, haciendo relacion de lo que habia sido informado de los capitanes, en compañía de los que en aquel tiempo militaban, y conformaba todo con lo que el marqués del Valle escribió; y ansimismo por probanzas muy bastantes que por mi parte fueron presentadas en el real consejo de Indias en el año de 540. Ansí, señores licenciados, vean si son buenos testigos Cortés y el virey don Antonio de Mendoza y mis probanzas; y si esto no basta, quiero dar otro testigo, que no lo habia mejor en el mundo, que fué el emperador nuestro señor don Cárlos V, que por su real carta, cerrada con su real sello, mandó á los vireyes y presidentes que, teniendo respeto á los muchos y buenos servicios que le constó haberle hecho, sea antepuesto y conozca mejoría yo y mis hijos; todas las cuales cartas tengo guardados los originales dellas, y los traslados se quedaron en la corte en el archivo del secretario Ochoa de Luyando; y es todo y por descargo de lo que los licenciados me propusieron. Y volviendo á la plática, si quieren mas testigos tengan atencion y miren la Nueva-España, que es tres veces mas que nuestra Castilla y está mas poblada de españoles, que por ser tantas ciudades y villas aquí no nombro, y miren las grandes riquezas que destas partes van cotidianamente á Castilla; y demás desto, he mirado que nunca quieren escribir de nuestros heróicos hechos los dos coronistas Gómora y el doctor Illéscas, sino que de toda nuestra prez y honra nos dejaron en blanco, si agora yo no hiciera esta verdadera relacion; porque toda la honra dan á Cortés; y puesto que tengan razon, no nos habian de dejar en olvido á los conquistadores, y de las grandes hazañas que hizo Cortés me cabe á mí parte, pues me hallé en su compañía de los primeros en todas las batallas que él se halló, y después en otras muchas que me envió con capitanes á conquistar otras provincias; lo cual hallarán escrito en esta mi relacion, dónde, cuándo y en

qué tiempo, y tambien mi parte de lo que escribió en un blason que puso en una culebrina, que fué un tiro que se nombró el Ave Fenix, el cual se forjó en Méjico de oro y plata y cobre, y le enviamos presentado á su majestad, y decian las letras del blason: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Ansí que parte me cabe desta loa de Cortés; y demás desto, cuando fué Cortés la primera vez á Castilla á besar los piés á su majestad, le hizo relacion que tuvo en las guerras mejicanas muy esforzados y valerosos capitanes y compañeros, que, á lo que creia, ningunos mas animosos que ellos habia oido en corónicas pasadas de los romanos; tambien me cabe parte dello. Y cuando fué á servir á su majestad en lo de Argel, sobre cosas que allá acaecieron cuando alzaron el campo por la gran tormenta que hubo, dicen que dijo en aquella sazon muchas loas de los conquistadores sus compañeros; ansí, que de todas sus hazañas me cabe á mí parte dellas, pues yo fuí en le ayudar. Y volviendo á nuestra relacion de lo que dijeron los licenciados, que me alabo mucho de mi persona y que otros lo habian de decir, y esto respondí que en este mundo las cosas que se suelen alabar unos vecinos á otros las virtudes y bondades que en ellos hay, y no ellos mesmos; mas él no se halló en la guerra, ni lo vió ni lo entendió, ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de parlar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas, que iban volando, ó las nubes que pasaban por alto, sino solamente los capitanes y soldados que en ello nos hallamos? Y si hubiérades visto, señores licenciados, que en esta mi relacion hubiera yo quitado su prez y honra á algunos de los valerosos capitanes y fuertes soldados, mis compañeros, que en las conquistas nos hallamos, y aquella misma honra me pusiera á mí solo, justo fuera quitarme parte; mas aun no me alabo tanto cuanto yo puedo y debo, y á esta causa lo escribo para que quede memoria de mí; y quiero poner aquí una comparacion, y aunque es por la una parte muy alta, y de la otra de un pobre soldado como yo, dicen los coronistas en los comentarios del emperador y gran batallador Julio César que se halló en cincuenta y tres batallas aplazadas, yo digo que me hallé en muchas mas batallas que el Julio César; lo cual, como dicho tengo, verán en mi relacion. Y tambien dicen los coronistas que fué muy animoso y presto en las armas y muy esforzado en dar una batalla, y cuando tenia espacio, de noche escribia por propias manos sus heróicos hechos; y puesto que tuvo muchos coronistas, no lo quiso fiar dellos, que él lo escribió, é há muchos años, y no lo sabemos cierto; y lo que yo digo, ayer fué, á manera de decir; ansí que no es mucho que yo ahora en esta relacion declare en las batallas que me hallé peleando y en todo lo acaecido, para que digan en los tiempos venideros: «Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heróicos hechos;» como agora vemos las famas y blasones que hay de tiempos pasados de valerosos capitanes, y aun de muchos caballeros y señores de vasallos. Quiero dejar esta plática, porque si hubiese de meter mas en ella la pluma, dirian algunas personas maliciosas y desparcidas lenguas, que no me querrán oir de buena gana, que salgo del órden que debo, y por ventura les será muy odioso; y esto que dicho tengo de mí mesmo, ayer fué, á manera de decir, que no son muchos años pasados, como las historias romanas; y testigos hay conquistadores que dirán que todo lo que digo es ansí, que si en alguna cosa me hallasen vicioso ó escuro, es de tal manera el mundo, que me lo contradirian; mas la misma relacion da testimonio; y aun con decir verdad, hay maliciosos que lo contradirian si pudiesen. Y para que bien se entienda todo lo que dicho tengo, y en las batallas y reencuentros de guerra en que me he hallado desde que vine á descubrir la Nueva-España hasta que estuvo pacificada, sin las que adelante diré; y puesto que hubo otras muchas guerras y reencuentros, y que yo no me hallé en ellas, ansí por estar mal herido como por tener otros males que con los trabajos de las guerras suelen recrecer; y tambien, como habia muchas provincias que conquistar, unos soldados íbamos á unas entradas y provincias y otros iban á otras; mas en las que yo me hallé son las siguientes:

Primeramente, cuando vine á descubrir á la Nueva-España y lo de Yucatan con un capitan que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, en la Punta de Cotoche un buen reencuentro de guerra.

Luego mas adelante, en lo de Champoton, una buena batalla campal, en que nos mataron la mitad de todos nuestros compañeros é yo salí mal herido, y el capitan con dos heridas, de que murió.

Luego de aquel viaje en lo de la Florida, cuando fuimos á tomar agua, un buen reencuentro de guerra, donde salí herido, y allí nos llevaron vivo un soldado.

Y cuando vine con otro capitan que se decia Juan de Grijalva, una batalla campal que fué con los de Champoton, que fué en el mismo pueblo la primera vez cuando lo de Francisco Hernandez, y nos mataron diez soldados, y el capitan salió mal herido.

Después cuando vine tercera vez con el capitan Cortés, en lo de Tabasco, que se dice el rio de Grijalva, en dos batallas campales, yendo por capitan Cortés.

De que llegamos á la Nueva-España, en la de Cingapacinga, con el mismo Cortés.

De ahí á pocos dias en tres batallas campales en la provincia de Tlascala, con Cortés.

Luego el peligro de lo de Cholula.

Entrados en Méjico, me hallé en la prision de Montezuma; no lo escribo por cosa que sea de contar de guerra, sino por el gran atrevimiento que tuvimos en prender aquel tan grande cacique.

De ahí obra de cuatro meses, cuando vino el capitan Narvaez contra nosotros, y traia mil y trecientos soldados, noventa de á caballo y ochenta ballesteros y noventa espingarderos, y nosotros fuimos sobre él docientos y sesenta y seis, y le desbaratamos y prendimos con Cortés.

Luego fuimos al socorro de Albarado, que le dejamos en Méjico en guarda del gran Montezuma, y se alzó Méjico, y en ocho dias con sus noches que nos dieron guerra los mejicanos, nos mataron sobre ochocientos y sesenta soldados; pongo aquí en estos dias, que batallamos seis dias, y batallas en que me hallé.

Luego en la batalla que dimos en esta tierra de Ob-

tumba; luego cuando fuimos sobre Tepeaca, en una batalla campal, yendo por capitan el marqués Cortés.

Después cuando íbamos sobre Tezcuco, en un reencuentro de guerra con mejicanos y los de Tezcuco, yendo Cortés por capitan.

En dos batallas campales, y salí bien herido de un bote de lanza en la garganta, en compañía de Cortés.

Luego en dos reencuentros de guerra con los mejicanos cuando íbamos á socorrer ciertos pueblos de Tezcuco, sobre la cuestion de unos maizales de una vega, que están entre Tezcuco y Méjico.

Luego cuando fuí con el capitan Cortés, que dimos vuelta á la laguna de Méjico, en los pueblos mas recios que en la comarca habia, los Peñoles, que ahora se llaman, del Marqués, donde nos mataron ocho soldados y tuvimos mucho riesgo en nuestras personas, que fué bien desconsiderada aquella subida y tomada del peñol, con Cortés.

Luego en la batalla de Cuernabaca, con Cortés.

Luego en tres batallas en Suchimileco, donde estuvimos en gran riesgo todos de nuestras personas, y nos mataron cuatro soldados, con el mismo Cortés.

Luego cuando volvimos sobre Méjico, en noventa y tres dias que estuvimos en la ganar, todos los mas destos dias y noches teniamos batallas campales, y hallo por cuenta que serian mas de ochenta batallas, reencuentros de guerras en las que entonces me hallé.

Después de ganado Méjico, me envió el capitan Cortés á pacificar las provincias de Guacacualco y Chiapa y zapotecas, y me hallé en tomar la ciudad de Chiapa, y tuvimos dos batallas campales y un reencuentro.

Despues en los de Chamula y Cuitlan otros dos encuentros de guerra.

Después en Teapa y Cimatan otros dos reencuentros de guerra, y mataron dos compañeros mios, y á mí me hirieron malamente en la garganta.

Mas, que se olvidaba, cuando nos echaron de Méjico, que salimos huyendo, en nueve dias que peleamos de dia y de noche, en otras cuatro batallas.

Después la ida de Higueras y Honduras con Cortés, que estuvimos dos años y tres meses hasta volver á Méjico, y en un pueblo que llamaban Culacotu hubimos una batalla campal, y á mí me mataron el caballo, que me costó seiscientos pesos.

Después de vuelto á Méjico ayudé á pacificar las sierras de los zapotecas y minxes, que se habian alzado entre tanto que estuvimos en aquella guerra.

No cuento otros muchos reencuentros de guerra, porque seria nunca acabar, ni digo de cosas de grandes peligros en que me hallé y se vido mi persona.

Y tampoco quiero decir cómo soy uno de los primeros que volvimos á poner cerco á Méjico primero que Cortés cuatro ó cinco dias; por manera que vine primero que el mismo Cortés á descubrir la Nueva-España dos veces, y como dicho tengo, me hallé en tomar la gran ciudad de Méjico y en quitarles el agua de Chalputepeque, y hasta que se ganó Méjico no entró agua dulce en aquella ciudad.

Por manera que, á la cuenta que en esta relacion hallarán, me he hallado en ciento y diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, y no es mucho que me alabe dello, pues que es la mera verdad; y estos no son cuentos viejos ni de muchos años pasados, de historias romanas ni ficciones de poetas; que claros y verdaderos están mis muchos y notables servicios que he hecho á Dios primeramente, y á su majestad y á toda la cristiandad, y muchas gracias y loores doy á nuestro Señor Jesucristo, que me ha escapado para que agora tan claramente lo escriba; é mas digo, é me alabo dello, que me hallé yo en tantas batallas y reencuentros de guerra como dicen las historias en que se halló el emperador Enrique IV.

FIN DE LA CONQUISTA DE NUEVA-ESPAÑA.

VERDADERA RELACION

DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ Y PROVINCIA DEL CUZCO,

LLAMADA LA NUEVA-CASTILLA,

CONQUISTADA POR

FRANCISCO PIZARRO,

capitan de la sacra, católica, cesárea majestad del Emperador nuestro señor;

ENVIADA Á SU MAJESTAD

POR FRANCISCO DE JEREZ,

natural de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho capitan en todas las provincias y conquista de la Nueva-Castilla, y uno de los primeros conquistadores della.

PRÓLOGO.

Porque á gloria de Dios nuestro soberano Señor, y honra y servicio de la católica cesárea majestad, sea alegría para los fieles y espanto para los infieles, y finalmente admiracion á todos los humanos, la Providencia divina y la ventura del César, y la prudencia y esfuerzo y militar disciplina y trabajosas y peligrosas navegaciones y batallas de los españoles, vasallos del invictísimo Cárlos, emperador del romano imperio, nuestro natural rey y señor; me ha parecido escrebir esta relacion, y enviarla á su majestad para que todos tengan noticia de lo ya dicho, que sea á gloria de Dios; porque, ayudados con su divina mano, han vencido y traido á nuestra santa fe católica tanta multitud de gentilidad, y á honra de nuestro césar, porque con su gran poder y buena ventura en su tiempo tales cosas suceden, y alegría de los fieles que por ellos tales y tantas batallas se han vencido, y tantas provincias descubierto y conquistado, y tantas riquezas traidas para su rey y reinos y para ellos; y será lo dicho, que los cristianos han hecho temor á los infieles y admiracion á todos los humanos; porque ¿cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir á conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los judíos, griegos ni romanos, de quien mas que de todos se escribe; porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fué con igual ó poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveidas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados. Mas nuestros españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron juntos sino docientos ó trecientos, y algunas veces ciento y aun menos; y el mayor número fué sola una vez veinte años há, que fueron con el capitan Pedrarias mil y trecientos hombres. Y los que en diversas veces han ido no han sido pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y á su costa han ido; y así, han conquistado en nuestros tiempos mas tierra que la que antes se sabia que todos los príncipes fieles y infieles poseian, manteniéndose con los mantenimientos bestiales de aquellos que no tenian noticia de pan ni vino; sufriéndose con yerbas y raíces y frutas, han conquistado lo que ya todo el mundo sabe; y por tanto, no escrebiré al presente mas de lo sucedido en la conquista de la Nueva-Castilla, y mucho no escrebiré, por evitar prolijidad.

CONQUISTA DEL PERÚ.

Siendo descubierta la mar del Sur, y conquistados y pacificados los moradores de Tierra-Firme; habiendo poblado el gobernador Pedrarias de Avila la ciudad de Panamá y la ciudad de Nata, y la villa del Nombre de Dios; viviendo en la ciudad de Panamá el capitan Francisco Pizarro, hijo del capitan Gonzalo Pizarro, caballero de la ciudad de Trujillo; teniendo su casa y hacienda y repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fué, y se señaló en la conquista y poblacion en las cosas del servicio de su majestad; estando en quietud y reposo, con celo de conseguir su buen propósito y hacer otros muchos señalados servicios á la corona real, pidió licencia á Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur á la via de levante, y gastó mucha parte de su hacienda en un navío grande que hizo, y en otras cosas necesarias para su viaje. Y partió de la ciudad de Panamá á 14 dias del mes de noviembre de 1524 años, llevando en su compañía ciento y doce españoles, los cuales llevaban algunos indios para su servicio. Y comenzó su viaje, en el cual pasaron muchos trabajos por ser invierno y los tiempos contrarios. Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolijidad; solamente diré las cosas notables que mas hacen al caso.

Setenta dias después que salieron de Panamá saltaron en tierra en un puerto que después se nombró de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habian tomado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban; y en este puerto se quedó el capitan con ochenta hombres (que los demás ya eran muertos); y porque los mantenimientos se les habian acabado, y en aquella tierra no los habia, envió el navío con los marineros y un capitan á la isla de las Perlas, que está en el término de Panamá, para que trujese mantenimientos, porque pensó que en término de diez ó doce dias seria socorrido; y como la fortuna siempre ó las mas veces es adversa, el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete dias, y en este tiempo se sustentaron el capitan y los que con él estaban con un marisco que cogian de la costa de la mar con gran trabajo, y algunos, por estar debilitados, cogiéndolo se morian, y con unos palmitos amargos. En este tiempo que el navío tardó en ir y volver murieron mas de veinte hombres; cuando el navío volvió con el socorro del bastimento, dijeron el capitan y los marineros que, como no habian llevado bastimentos, á la ida comieron un cuero de vaca curtido que llevaban para zurrones de la bomba, y cocido, lo repartieron. Con el bastimento que el navío trujo, que fué maíz y puercos, se reformó la gente que quedaba viva; y de allí partió el capitan en seguimiento de su viaje, y llegó á un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque; allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro dia vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban flacos de la hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitan ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron; fueron feridos con él otros diez y siete hombres, y cinco muertos; visto por el capitan este desbarato, y el poco remedio que allí habia para curarse y reformar su gente, embarcóse y volvió á la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Cuchama; de allí envió el navío á Panamá, porque ya no se podia sostener en el agua, de la mucha broma que habia cogido. Y fizo saber á Pedrarias todo lo sucedido, y quedóse curando á sí y á sus compañeros. Cuando este navío llegó á Panamá, pocos dias antes habia partido en seguimiento y busca del capitan Pizarro el capitan Diego de Almagro, su compañero, con otro navío y con setenta hombres, y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitan Pizarro fué desbaratado; y el capitan Almagro hubo otro recuentro con los indios de aquel pueblo, y tambien fué desbaratado y le quebraron un ojo, y hirieron muchos cristianos; con todo esto, ficieron á los indios desamparar el pueblo y lo quemaron. De allí se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar á un gran rio que llamaron de San Juan, porque en su dia llegaron allí; donde hallaron alguna muestra de oro, y no hallando rastro del capitan Pizarro, volvióse el capitan Almagro á Cuchama, donde lo halló; y concertaron que el capitan Almagro fuese á Panamá y aderezase los navíos, y hiciese mas gente para proseguir su propósito y acabar de gastar lo que les quedaba, que ya debian mas de diez mil castellanos. En Panamá hubo gran contradicion de parte de Pedrarias y de otros, diciendo que no se debia proceder en tal viaje, de que su majestad no era servido. El

capitan Almagro, con el poder que llevaba de su compañero, tuvo mucha constancia en lo que los dos habian comenzado, y requirió al gobernador Pedrarias que no los estorbase, porque ellos creian, con ayuda de Dios, que su majestad seria servido de aquel viaje; á Pedrarias fué forzado consentir que hiciese gente. Con ciento y diez hombres salió de Panamá, y fué donde estaba el capitan Pizarro con otros cincuenta de los primeros ciento y diez que con él salieron, y de los setenta que el capitan Almagro llevó cuando le fué á buscar; que los ciento y treinta ya eran muertos. Los dos capitanes partieron en sus dos navíos con ciento y setenta hombres, y iban costeando la tierra, y donde pensaban que habia poblado saltaban en tierra con tres canoas que llevaban, en las cuales remaban sesenta hombres; y así iban á buscar mantenimientos. Desta manera anduvieron tres años pasando grandes trabajos, hambres y frios; y murió de hambre la mayor parte dellos, que no quedaron vivos cincuenta, sin descubrir hasta en fin de los tres años buena tierra, que todo era ciénagas y anegadizos inhabitables; y esta buena tierra que se descubrió fué desde el rio de San Juan, donde el capitan Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitan con el mas pequeño navío á descubrir alguna buena tierra la costa adelante, y el otro navío envió con el capitan Diego de Almagro á Panamá para traer mas gente, porque yendo los dos navíos juntos y con la gente no podian descubrir, y la gente se moria. El navío que fué á descubrir volvió á cabo de setenta dias al rio de San Juan, adonde el capitan Pizarro quedó con la gente; y dió relacion de lo que le habia sucedido, y fué, que llegó hasta el pueblo de Cancebi, que es en aquella costa, y antes deste pueblo habian visto, los que en el navío iban, otras poblaciones muy ricas de oro y plata, y la gente de mas razon que toda la que antes habian visto de indios; y trujeron seis personas para que deprendiesen la lengua de los españoles, y trujeron oro y plata y ropa. El capitan y los que con él estaban recibieron tanta alegría, que olvidaron todo el trabajo pasado y los gastos que habian hecho. Y como aquellos que deseaban verse en aquella tierra, pues tan buena muestra daba de sí, venido el capitan Almagro de Panamá con el navío cargado de gente y caballos, los dos navíos con los capitanes y toda la gente salieron del rio de San Juan para ir á aquella tierra nuevamente descubierta; y por ser trabajosa la navegacion de aquella costa, se detuvieron mas tiempo de lo que los bastimentos pudieron suplir, y fué forzado saltar la gente en tierra, y caminando por ella buscaban mantenimientos, por donde los podian haber, para comer. Y los navíos por la mar llegaron á la bahia de San Mateo y á unos pueblos que los españoles les pusieron por nombre de Santiago, y á los pueblos de Lacamez, que todos van discurriendo por la costa adelante. Vistas por los cristianos estas poblaciones, que eran grandes y de mucha gente y belicosa, que en estos pueblos de Lacamez, llegando noventa españoles á una legua del pueblo, los salieron á recebir mas de diez mil indios de guerra, y viendo que no les querian hacer mal los cristianos ni tomarles de sus bienes, antes con mucho amor tratándoles la paz, los indios dejaron de les hacer guerra, como ellos traian en propósito. En esta tierra habia muchos mantenimientos, y la gente tenia muy buena órden de vivir; los pueblos con sus calles y plazas: pueblo habia que tenia mas de tres mil casas, y otros habia menores.

Pareció á los capitanes é á los otros españoles que, siendo tan pocos, no harian fructo en aquella tierra, por no poder resistir á los indios; é acordaron que se cargasen los navíos del mantenimiento que en aquellos pueblos habia, y que volviesen atrás, á una isla que se dice del Gallo, porque allí podian estar seguros entre tanto que los navíos llegaban á Panamá á hacer saber al Gobernador la nueva de lo descubierto, y á pedirle mas gente para que los capitanes pudiesen conseguir su propósito y pacificar la tierra. Y en los navíos iba el capitan Almagro, porque por algunas personas fué escripto al Gobernador que mandase volver la gente á Panamá, diciendo que no podian sufrir mas trabajos de los que habian sufrido en tres años que habia que andaban descubriendo; á lo cual proveyó el Gobernador que todos los que se quisiesen venir á Panamá, que pudiesen hacer, y los que quisiesen quedar para descubrir mas adelante, que tuviesen libertad para ello; y así, se quedaron con el capitan Pizarro diez y seis hombres, é toda la otra gente se fué en los dos navíos á Panamá. El capitan Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses, hasta que volvió el uno de los navíos, en el cual fueron cien leguas mas adelante de lo que estaba descubierto, y hallaron muchas poblaciones y mucha riqueza, y trujeron mas muestra de oro y plata y ropa de la que antes habian traido, que los indios de su voluntad les daban; y así, volvió el capitan con ellos, porque el término que el Gobernador le habia dado se le acababa; y el dia que el término se cumplió entró en el puerto de Panamá.

Como estos dos capitanes estaban tan gastados, que ya no se podian sostener, debiendo, como debian, mucha suma de pesos de oro, con poco mas de mil castellanos que el capitan Francisco Pizarro pudo haber prestados entre sus amigos se vino con ellos á Castilla, y hizo relacion á su majestad de los grandes y señalados servicios que en servicio de su majestad habia hecho; en gratificacion de los cuales le hizo merced de la gobernacion y adelantamiento de aquella tierra, y del hábito de Santiago y de ciertas alcaidías, y del alguacilazgo mayor, y otras mercedes y ayudas de costa le fueron hechas por su majestad, como emperador y rey que á todos los que en su real servicio andan hace muchas mercedes, como ha siempre hecho. Por esta causa otros se han animado á gastar sus haciendas en su real servicio, descubriendo por aquella mar del Sur y por todo el mar Océano tierras y provincias que tan remotas están de la conversacion destos reinos de Castilla.

Despachado por su majestad el gobernador y adelantado Francisco Pizarro, partió del puerto de Sanlúcar con una armada, y con próspero viento, sin ningun contraste, llegó al puerto del Nombre de Dios, y de allí se fué con la gente á la ciudad de Panamá, donde tuvo muchas contradiciones y estorbos para que no saliese de allí á ir á poblar la tierra que él habia descubierto, como su majestad le habia mandado. Y con la firmeza

que en la prosecucion dello tuvo, con la mas gente, que fueron ciento y ochenta hombres y treinta y siete caballos, en tres navíos partió del puerto de Panamá; y tuvo tan venturosa navegacion, que en trece dias llegó á la bahía de San Mateo, que en los principios, cuando se descubrió, en mas de dos años no pudieron llegar á aquellos pueblos; y allí desembarcó la gente y los caballos, y fueron por la costa de la mar, y en todas las poblaciones della hallaban la gente alzada; y caminaron hasta llegar á un gran pueblo que se dice Coaque, al cual saltearon porque no se alzase como los otros pueblos; y allí tomaron quince mil pesos de oro y mil y quinientos marcos de plata y muchas piedras de esmeraldas, que por el presente no fueron conoscidas ni tenidas por piedras de valor; por esta causa los españoles las daban y rescataban con los indios por ropa y otras cosas que los indios les daban por ellas. Y en este pueblo prendieron al cacique señor dél, con alguna gente suya, y hallaron mucha ropa de diversas maneras, y muchos mantenimientos, en que habia para mantenerse los españoles tres ó cuatro años.

Deste pueblo de Coaque despachó el Gobernador los tres navíos para la ciudad de Panamá y para Nicaragua, para que en ellos viniese mas gente y caballos, para poder efectuar la conquista y poblacion de la tierra; y el Gobernador se quedó allí con la gente reposando algunos dias hasta que dos de los navíos volvieron de Panamá con veinte y seis de caballo y treinta de pié; y estos venidos, partióse el Gobernador de allí con toda la gente de pié y de caballo, y anduvieron la costa adelante (la cual es muy poblada), poniendo á todos los pueblos debajo el señorío de su majestad; porque los señores destos pueblos, de una voluntad salian á los caminos á recebir al Gobernador sin ponerse en defensa; y el Gobernador, sin les hacer mal ni enojo alguno, los recebia á todos amorosamente, haciéndoles entender algunas cosas para los atraer en conoscimiento de nuestra santa fe católica por algunos religiosos que para ello llevaba. Así anduvo el Gobernador con la gente española hasta llegar á una isla que se decia la Pugna, á la cual los cristianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la Tierra-Firme; y por ser esta isla bien poblada y rica y abundosa de mantenimientos, pasó el Gobernador á ella en los dos navíos y en balsas de maderos que los indios tienen, en las cuales pasaron los caballos.

El Gobernador fué recebido en esta isla por el cacique señor della con mucha alegría y buen recebimiento, así de mantenimientos que le sacaron al camino, como de diversos instrumentos músicos que los naturales tienen para su recreacion.

Esta isla tiene quince leguas en circúito; es fértil y bien poblada. Hay en ella muchos pueblos, y siete caciques son señores dellos, y uno es señor de todos ellos. Y este señor dió de su voluntad al Gobernador alguna cuantidad de oro y plata. Y por ser el tiempo de invierno el Gobernador reposó con su gente en aquella isla; porque, caminando en tal tiempo con las aguas que hacia, no podia ser sin gran detrimento de los españoles; entre tanto que pasó el invierno fueron allí curados algunos enfermos que habia. Y como la inclinacion de los indios es de no obedecer ni servir á otra generacion si por fuerza no son atraidos á ello, estando este cacique con el Gobernador pacíficamente, habiéndose ya dado por vasallo de su majestad: súpose por las lenguas que el Gobernador tenia consigo que el Cacique tenia hecha junta de toda su gente de guerra, y que habia muchos dias que no entendia en otra cosa sino en hacer armas, demás de las que los indios tenian; lo cual por vista de ojos se vió, porque en el mesmo pueblo donde los españoles estaban aposentados y el Cacique residia, se hallaron en la casa del Cacique y en otras muchas mucha gente toda puesta á punto de guerra, esperando á que se recogiese toda la gente de la isla para dar aquella noche sobre los cristianos. Sabida la verdad, y habida informacion secretamente sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al Cacique y á tres hijos suyos y á otros dos principales que pudieron ser presos y tomados á vida, y en la otra gente dieron todos los españoles de sobresalto, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del Cacique y otras algunas fueron metidas á saco, y en ellas se halló algun oro y plata y mucha ropa. Aquella noche en el real de los cristianos hubo mucha guarda, en que todos velaron, que eran setenta de caballo y ciento de pié; y antes que otro dia fuese amanescido se oyó en el real grita de gente de guerra, y en breve tiempo se vió cómo se venian allegando al real mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras; y venida la gente, dividida por muchas partes, que tomaban el real de los cristianos en medio, y siendo el dia claro, viniendo la gente y entrándose por el real, mandó el Gobernador que los acometiesen con mucho ánimo; y al acometer fueron heridos algunos cristianos y caballos. Y todavía, como nuestro Señor favoresce y socorre en las necesidades á los que andan en su servicio, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas, y los de caballo siguieron el alcance, hiriendo y matando en ellos; y en este recuentro fué muerta alguna cuantidad de gente, y recogidos los cristianos al real, porque los caballos estaban fatigados, porque desde la mañana hasta medio día duró el seguir el alcance.

Otro dia envió el Gobernador la gente dividida en cuadrillas á buscar á los contrarios por la isla y á hacerles guerra; la cual se les hizo en término de veinte dias; de manera que ellos quedaron bien castigados, y diez principales que fueron presos con el Cacique, porque él confesó que le habian aconsejado que ordenase la traicion que tenia urdida, y que él no queria venir en ello, y no lo pudo estorbar á los principales. Destos hizo justicia el Gobernador, quemando algunos, y á otros cortando las cabezas.

Por el alzamiento y traicion que el Cacique y indios de la isla de Santiago tenian ordenado se les hizo guerra, hasta que, apremiados della, desampararon la isla y se pasaron á Tierra-Firme; y por ser la isla tan poblada, abundosa y rica, porque no se acabase de destruir, acordó el Gobernador de poner en libertad al Cacique, porque recogiese la gente que andaba derramada, y la isla se tornase á poblar. El Cacique fué contento, con

voluntad de servir á su majestad de allí adelante, por la honra que en su prision se le habia hecho. Y porque en aquella isla no se podia hacer fruto, el Gobernador se partió con algunos españoles y caballos, que en tres navíos que allí estaban cupieron, para el pueblo de Túmbez, que á la sazon estaba de paces, dejando allí la otra gente con un capitan en tanto que los navíos volvian por ella, y para ayudar á pasar mas presto, vinieron por mandado del Gobernador ciertas balsas de Túmbez, que el Cacique envió, y en ellas se metieron tres cristianos con alguna ropa. En tres dias arribaron los navíos á la playa de Túmbez. Y como el Gobernador salió en tierra, halló la gente de los pueblos alzada; súpose de algunos indios que fueron presos, que se habian alzado los cristianos y ropa que traian en las balsas. Luego que la gente fué salida de los navíos, y los caballos fueron sacados, mandó el Gobernador volver por la gente que quedó en la isla. Él y la gente se aposentaron en el pueblo del Cacique en dos casas fuertes, la una á manera de fortaleza. El Gobernador mandó á los españoles que corriesen el campo, y que subiesen por un rio arriba que corre por entre aquellos pueblos, para que supiesen de los tres cristianos que en las balsas habian llevado, si se pudiesen hallar antes que los indios los matasen. Y aunque se puso mucha diligencia en correr la tierra, de la primera hora que los españoles desembarcaron no se pudieron hallar los tres cristianos ni saber dellos. Esta gente se recogió en dos balsas con toda la mas comida que pudo haber, y se prendieron algunos indios, de los cuales envió el Gobernador mensajeros al Cacique y á algunos principales, requiriéndoles de parte de su majestad que viniesen de paz y trujesen los tres cristianos vivos sin les hacer mal ni daño, y que él los recibiria por vasallos de su majestad, aunque habian sido transgresores; donde no, que les haria guerra á fuego y á sangre hasta destruirlos. Algunos dias pasaron que no quisieron venir, antes se ensoberbecian y hacian fuertes de la otra parte del rio, que iba crecido y no se podia apear, y decian que pasasen allá los españoles, que á los otros tres ya los habian muerto. Como fué llegada toda la gente que en la isla habia quedado, el Gobernador mandó hacer una gran balsa de madera, y por el mejor paso del rio mandó pasar á un capitan con cuarenta de caballo y ochenta de pié, y pasaron en aquella balsa desde por la mañana hasta la hora de vísperas, y mandó á este capitan que les hiciese guerra, pues eran rebeldes y habian muerto á los cristianos; y que si después de haber castigado conforme al delicto que habian cometido viniesen de paz, que los recibiese, conforme á los mandamientos de su majestad, y que con ellos los requiriese y llamase. Así se partió este capitan con su gente, y después de haber pasado el rio, llevando sus guias, anduvo toda la noche hácia donde la gente estaba, y á la mañana dió sobre el real donde habian estado aposentados, y siguió el alcance todo aquel dia, hiriendo y matando en ellos, y prendió á los que á vida se pudieron tomar, y cerca de la noche los cristianos se recogieron á un pueblo, y otro dia por la mañana salió gente por sus cuadrillas en busca de los contrarios, y así fueron castigados; y visto por el capitan que bastaba el daño que se les habia hecho, envió mensajeros á llamar de paz al Cacique, y el cacique de aquella provincia, que ha por nombre Quilimasa, envió con los mensajeros un principal suyo, y por él respondió que por el mucho temor que tenia de los españoles no osaba venir; que si fuese cierto que no le habian de matar, que vernia de paz. El capitan respondió al mensajero que no recibiria mal ni daño, que viniese sin temor; que el Gobernador lo recibiria de paz por vasallo de su majestad, y le perdonaria el delicto que habia hecho. Con esta seguridad, aunque con mucho temor, vino el cacique con algunos principales. Y el capitan la recibió alegremente, diciendo que á los que venian de paz no se les habia de hacer daño, aunque se hubiesen alzado; y que pues él era venido, que no les haria mas guerra de la hecha; que hiciese venir su gente á los pueblos. Después que mandó llevar de la otra parte del rio el mantenimiento que halló, el capitan se fué con los españoles adonde habia quedado el Gobernador, llevando consigo al Cacique y á los principales indios, y contó al Gobernador todo lo que habia pasado; el cual dió gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hizo, dándoles victoria sin ser herido algun cristiano, y díjoles que se fuesen á reposar. El Gobernador preguntó al Cacique que por qué se habia alzado y muerto los cristianos, habiendo sido tan bien tratado dél y habiéndole restituido mucha parte de su gente que el cacique de la isla le habia tomado, y habiéndole dado los capitanes que le habian quemado su pueblo para que él hiciese justicia dellos, creyendo que fuera fiel y agradesciera estos beneficios. El Cacique le respondió: «Yo supe que ciertos principales mios que en las balsas venian llevaron tres cristianos y los mataron, y yo no fuí en ello; pero tuve temor que me echásedes á mí la culpa.» El Gobernador le dijo: «Esos principales que eso hicieron me traed aquí, y venga la gente á sus pueblos.» El Cacique envió á llamar su gente y á los principales, y dijo que no se podian haber los que mataron á los cristianos, porque se habian ausentado de su tierra. Después que el Gobernador hubo estado allí algunos dias, viendo que no podian ser habidos los indios matadores, y que el pueblo de Túmbez estaba destruido, aunque parecia ser gran cosa, por algunos edificios que tenia y dos casas cercadas, la una con dos cercas de tierra ciega, y sus patios y aposentos y puertas con defensas, que para entre indios es buena fortaleza. Dicen los naturales que á causa de una gran pestilencia que en ellos dió, y de la guerra que han habido del cacique de la isla están asolados; y por no haber en esta comarca mas indios de los que están subjectos á este cacique, determinó el Gobernador de partirse con alguna gente de pié y de caballo en busca de otra provincia mas poblada de naturales para asentar en ella pueblo; y así, se partió, dejando en ella su tiniente con los cristianos que quedaron en guarda del fardaje, y el Cacique quedó de paz, recogiendo su gente á los pueblos.

El primero dia que el Gobernador partió de Túmbez, que fué á 16 de mayo de 1532 años, llegó á un pueblo pequeño, y en tres dias siguientes llegó á un pueblo que está entre unas sierras; el cacique señor de aquel pueblo fué llamado Juan; allí reposó tres dias, y en otras tres jornadas llegó á la ribera de un rio que estaba bien

poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas: el camino está todo hecho á mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado á este rio, que se dice Turicarami, asentó su real en un pueblo grande llamado Puechio; y todos los mas caciques que habia el rio abajo vinieron de paz al Gobernador, y los deste pueblo le salieron á recebir al camino. El Gobernador los recibió á todos con mucho amor, y les notificó el requirimiento que su majestad manda para atraellos en conoscimiento y obediencia de la Iglesia y de su majestad; y entendiéndolo ellos por sus lenguas, dijeron que querian ser sus vasallos, y por tales los recibió el Gobernador con la solenidad que se requiere, y dieron servicio y mantenimientos. Antes de llegar á este pueblo un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los cristianos se aposentaron, porque los naturales no recibiesen enojo. Así en este como en todos los otros que venian de paz mandó el Gobernador pregonar, so graves penas, que ningun daño les fuese hecho en personas ni en bienes, ni les tomasen los mantenimientos mas de los que ellos quisiesen dar para el sostenimiento de los cristianos, castigando y ejecutando las penas en los que lo contrario hacian; porque los naturales traian cada dia cuanto mantenimiento era necesario, y yerba para los caballos, y servian en todo lo que les era mandado. Como el Gobernador viese la ribera de aquel rio ser abundosa y muy poblada, mandó que se viese la comarca della, y si habia puerto en buen paraje; y fué hallado muy buen puerto á la costa de la mar cerca desta ribera y caciques señores de mucha gente en parte donde podian venir á servir este rio. El Gobernador fué á visitar todos estos pueblos, y vistos, dijo que le parecia ser buena esta comarca para ser poblada de españoles; y porque se cumpla lo que su majestad manda, y los naturales vengan á la conversion y conoscimiento de nuestra santa fe católica, hizo mensajeros á los españoles que quedaron en Túmbez que viniesen, para que, con acuerdo de las personas que su majestad mandase, hiciese la poblacion en la parte mas conveniente á su servicio y bien de los naturales; y después de enviado este mensajero, parecióle que habria dilacion en la venida si no fuese persona á quien el cacique é indios de Túmbez tuviesen temor, para que ayudasen á venir la gente, y envió á su hermano Hernando Pizarro, capitan general; y despues supo el Gobernador que ciertos caciques que viven en la sierra no querian venir de paz, aunque eran requeridos por los mandamientos de su majestad; y envió un capitan con veinte y cinco de caballo y gente de pié para traellos al servicio de su majestad. Hallándolos el capitan ausentados de sus pueblos, él les fué á requerir que viniesen de paz, y ellos vinieron de guerra, y el capitan salió contra ellos, y en breve tiempo, firiendo y matando, fueron desbaratados los indios; y el capitan les tornó á requerir que viniesen de paz; donde no, que les haria guerra hasta destruirlos; y así, vinieron de paz, y el capitan los recibió; y dejando toda aquella provincia pacificada, se volvió donde el Gobernador estaba, y trujo los caciques; y el Gobernador los rescibió con mucho amor y mandólos volver á sus pueblos y recoger su gente; y el capitan dijo que habia hallado en los pueblos destos caciques de la sierra minas de oro fino, y que los vecinos lo cogen, y trujo muestra dello, y que las minas están veinte leguas deste pueblo.

El capitan que fué á Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta dias; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos eran venidos de Panamá con mercadurías, y no trajeron gente, porque el capitan Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir á esta poblacion, con propósito de poblar por sí. Sabido por el Gobernador que estos navíos eran llegados, porque con mas brevedad se descargase el fardaje y se subiese el rio arriba, él se partió del pueblo de Puechio por el rio abajo, con alguna gente. Llegado donde está un cacique llamado Lachira, halló ciertos cristianos que habian desembarcado, los cuales se quejaron al Gobernador que el Cacique les habia hecho mal tratamiento, y la noche antes no habian dormido de temor, porque vieron andar alterados á los indios y acaudillados. El Gobernador hizo informacion de los indios naturales, y halló que el cacique de Lachira con sus principales, y otro llamado Almotaje, tenian concertado de matar á los cristianos el dia que llegó el Gobernador. Vista la informacion, el Gobernador envió secretamente á prender al cacique de Almotaje y los principales indios, y él prendió tambien al de Lachira y algunos de sus principales, los cuales confesaron el delicto. Luego mandó hacer justicia, quemando al cacique de Almotaje y á sus principales é algunos indios y á todos los principales de Lachira: deste cacique de Lachira no hizo justicia, porque pareció no tener tanta culpa y ser apremiado de sus principales, y porque estas dos poblaciones quedaban sin cabezas y se perderian; al cual apercibió que de allí adelante fuese bueno, que á la primera ruindad no le perdonaria, y que recogiese toda su gente y la de Almotaje, y la gobernase é rigiese hasta que un muchacho, heredero en el señorío de Almotaje, fuese de edad para gobernar. Este castigo puso mucho temor en toda la comarca; de manera que una junta que se dijo que tenian urdida todos los comarcanos para venir á dar sobre el Gobernador y españoles, se deshizo, y de allí adelante todos sirvieron mejor, con mas temor que antes. Hecha esta justicia, y recogida toda la gente y fardaje que vino de Túmbez, vista aquella comarca y ribera por el reverendo padre Vicente de Valverde, religioso de la órden de santo Domingo, y por los oficiales de su majestad, el Gobernador, con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de españoles, y los naturales della podrán servir sin padescer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto á su conservacion, como es la voluntad de su majestad que se tenga), asentó y fundó pueblo en nombre de su majestad. Junto á la ribera deste rio, seis leguas del puerto de mar, hay un cacique señor de una poblacion que se llama Tangarara, á la cual se puso por nombre San Miguel; y porque los navíos que habian venido de Panamá no recibiesen detrimento dilatándose su tor-

nada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques y el de Túmbez habian dado de presente, y sacado el quinto perteneesciente á sus majestades, la resta perteneeciente á la compañía el Gobernador la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese, y con este oro despachó los navíos, pagados sus fletes, y los mercaderes despacharon sus mercadurías y se partieron. El Gobernador envió á avisar al capitan Almagro, su compañero, cuánto seria deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva poblacion para estorbarle su propósito. Habiendo proveido el Gobernador el despacho destos navíos, repartió entre las personas que se avencindaron en este pueblo las tierras y solares, porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podian sostener ni poblarse el pueblo, y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirian mucho daño; porque, como los españoles tengan conoscidos á los indios que tienen administracion, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fe conforme á los mandamientos de su majestad; entre tanto que provee lo que mas conviene al servicio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, á los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se rigiesen.

Tuvo noticia el Gobernador que la via de Chincha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce ó quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que léjos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó á la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y apacible), asentó en ella, y de allí va conquistando mas tierra; y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste rio no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorescen con este Atabalipa, y dicen que á él tienen por señor y no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar á todos los cristianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa para traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, este conquistado, lo restante ligeramente seria pacificado.

Salió el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa á 24 dias de setiembre año de 1532. El primero dia de su camino pasó la gente el rio en dos valsas, y los caballos nadando; aquella noche durmió en un pueblo de la otra parte del rio; en tres dias siguientes llegó al valle de Piura, á una fortaleza de un cacique, adonde halló un capitan con ciertos españoles, al cual él habia enviado para pacificar aquel cacique, y porque no pusiesen en necesidad al cacique de San Miguel; allí estuvo el Gobernador diez dias reformándose de lo que era menester para su viaje; y contando los cristianos que llevaba, halló sesenta y siete de á caballo y ciento y diez de á pié, tres dellos escopeteros y algunos ballesteros; é porque el teniente de San Miguel le escribió que quedaban allá pocos cristianos, mandó pregonar el Gobernador que los que quisiesen volver á avecindarse en el pueblo de San Miguel que asignarian indios con que se sostuviesen, como á los otros vecinos que allá quedaban; y que él iria á conquistar con los que le quedasen, pocos ó muchos. De allí se volvieron cinco de caballo y cuatro de pié. Por manera que se cumplieron con estos cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez ó doce que quedaron sin vecindades por su voluntad; al Gobernador quedaron sesenta y dos de á caballo y ciento y dos de á pié. Allí mandó el Gobernador que hiciesen armas los que no las tenian, para sus personas y para sus caballos; y reformó los ballesteros, cumpliéndolos á veinte, y puso un capitan que tuviese cargo dellos.

Luego que hubo proveido en todo lo que convenia, se partió con la gente; y habiendo caminado hasta mediodía, llegó á una plaza grande cercada de tapias, de un cacique llamado Pabor; el Gobernador y su gente se aposentaron allí. Súpose que este cacique era gran señor, el cual al presente estaba destruido; que el Cuzco viejo, padre de Atabalipa, le habia destruido veinte pueblos y muerto la gente dellos. Con todo este daño, tenia mucha gente, y junto con él está otro su hermano, tan gran señor como él. Estos eran de paz, depositados en la ciudad de San Miguel; esta poblacion y la de Piura está en unos valles llanos muy buenos. El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca, y informáronle que dos jornadas de allí habia un pueblo grande, que se dice Caxas, en el cual habia guarnicion de Atabalipa esperando á los cristianos, si fuesen por allí. Sabido por el Gobernador, mandó secretamente á un capitan con gente de pié y de caballo, para que fuese al pueblo de Caxas, porque si allí hobiese gente de Atabalipa no tomasen soberbia yendo á ellos; y mandóle que buenamente procurase de los pacificar y traellos á servicio de su majestad, requiriéndoles por sus mandamientos. Luego aquel dia se partió el capitan; otro dia se partió el Gobernador, y llegó á un pueblo llamado Zaran, donde esperó al capitan que fué á Caxas; el cacique del pueblo trujo al Gobernador mantenimiento de ovejas y otras cosas, á una fortaleza donde el Gobernador llegó á mediodía. Otro dia partió de la fortaleza y llegó al pueblo de Zaran, en el cual mandó asentar su real para esperar al capitan que habia ido á Caxas; el cual desde en cinco dias envió un mensajero al Gobernador, haciéndole saber lo que les habia sucedido. El Gobernador respondió luego cómo en aquel pueblo quedaba esperando que desque hubiesen negociado viniesen á se juntar con él; y que de camino visitasen y pacificasen otro pueblo que está cerca de la ciudad de Caxas, que se dice de Gicabamba; y que tenia noticia que este cacique de Zaran es señor de buenos pueblos y de un valle abundoso, el cual está depositado en los vecinos de la ciudad de San Miguel. En ocho dias que el Gobernador estuvo espe-

rando al capitan se reformaron los españoles, y aderezaron sus caballos para la conquista y viaje. Venido el capitan con su gente, hizo relacion al Gobernador de lo que en aquellos pueblos habia visto; en que dijo que habia estado dos dias y una noche hasta llegar á Caxas, sin reposar mas de á comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo; y que con todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guias) sin que en el camino topase con espías del pueblo; y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los cristianos en órden, siguió su camino hasta llegar al pueblo, y á la entrada dél halló un asiento de real donde pareció haber estado gente de guerra. El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitan les dió seguro, y les hizo entender cómo venia de parte del Gobernador para los recebir por vasallos del Emperador; entonces salió un capitan, que dijo que estaba por Atabalipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intencion que Atabalipa tenia para recebir á los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un dia de andadura, y la casa de aposento del Cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas. Y que aquellos pueblos habian estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo; que hasta que Atabalipa, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada dia hace en ellos grandes crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fué de Atabalipa, que pocos dias antes se habia ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, mas de los porteros que las guardaban, y que á la entrada del pueblo habia ciertos indios ahorcados de los piés; y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres á dormir con una; al cual, y á todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitan hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fue al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azutea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un rio pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho á mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito, que hay mas de trecientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho, que seis de á caballo pueden ir por él á la par sin llegar uno á otro; van por el camino caños de agua traidos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la mesma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba á lo que sacaban para su gente de guarnicion. Ningun pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. Tambien dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecia albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenian buena órden y vivian políticamente. Con el capitan vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitan que aquel indio habia venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabalipa le envia desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas á manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envia á decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca. El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, á quien él deseaba ver por las nuevas que dél oia; que, como él supo que hacia guerra á sus contrarios, determinó de ir á verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venian; y mandó que le diesen de comer á él y á los que con él venian, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querian volver ó reposar allí algun dia, que hiciesen á su voluntad. El mensajero dijo que queria volver con la respuesta á su señor; el Gobernador le dijo: «Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algun pueblo del camino por llegar presto á verme con él.» Y dióle una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos dias, porque la jente que habia venido de Caxas venia fatigada del camino; y entre tanto escribió á los vecinos del pueblo de San Miguel la relacion que de la tierra tenia y las nuevas de Atabalipa, y les envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que mas se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa). Como el Gobernador hubo despachado estos mensajeros para el pueblo de San Miguel, él se partió, y anduvo tres dias sin hallar pueblo ni agua, mas de una fuente pequeña, de donde con trabajo se proveyó. Al cabo de tres dias llegó á una gran plaza cercada, en la cual no halló gente; súpose que es de un cacique señor de un pueblo que se dice Copis, que está cerca de allí en un valle, y que aque-

lla fortaleza está despoblada porque no tenia agua. Otro dia madrugó el Gobernador con la luna, porque habia gran jornada hasta llegar á poblado; á mediodía llegó á una casa cercada con muy buenos aposentos, de donde le salieron á recebir algunos indios; y porque allí no habia agua ni mantenimientos, se fué dos leguas de allí al pueblo de cacique; llegado allá, mandó que la gente se aposentase junta en cierta parte dél. Allí supo el Gobernador de los principales indios de aquel pueblo, que se llama Motux, que el cacique dél estaba en Caxamalca y que habia llevado trecientos hombres de guerra. Hallóse allí un capitan puesto por Atabalipa. Allí reposó el Gobernador cuatro dias, y en ellos vió alguna parte de la poblacion deste cacique, que pareció tener mucha en un valle abundoso. Todos los pueblos que hay de allí hasta el pueblo de San Miguel están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pié de la sierra que está cerca de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una mesma manera de vivir: las mujeres visten una ropa larga que arrastra por el suelo, como hábito de mujeres de Castilla; los hombres traen unas camisas cortadas; es gente sucia, comen carne y pescado, todo crudo; el maíz comen cocido y tostado; tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, á las cuales tienen en veneracion; todo lo mejor de sus haciendas ofrescen en ellas. Sacrifican cada mes á sus propios hijos, y con la sangre dellos, untan las caras á los ídolos y las puertas á las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mesmos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad á la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, ante que les corten las cabezas; tambien sacrifican ovejas. Las mezquitas son diferenciadas de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia, muy bien labradas, asentadas en lo mas alto de los pueblos; en Túmbez y en estas poblaciones usan un traje y tienen los mesmos sacrificios. Siembran de regadío en las vegas de los rios, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces, que comen; en esta tierra llueve poco.

El Gobernador caminó dos dias por unos valles muy poblados, durmiendo á cada jornada en casas fuertes cercadas de tapias; los señores destos pueblos dicen que el Cuzco viejo posaba en estas casas cuando iba camino por una tierra arenosa y seca, hasta que llegó á otro valle bien poblado, por el cual pasa un rio furioso y grande; y porque iba crecido, el Gobernador durmió de aquella parte, y mandó á un capitan que lo pasase á nado con algunos que sabian nadar; que fuese á los pueblos de la otra parte, porque no viniese gente á estorbar el paso. El capitan Hernando Pizarro pasó, y los indios de un pueblo que están á la otra parte vinieron á él de paz, y aposentóse en una fortaleza cercada; y como viese que estaban alzados los indios de los pueblos, que aunque algunos indios salieron á él de paz, todos los pueblos estaban yermos y la ropa alzada, él les preguntó por Atabalipa, si sabian que esperaba de paz ó de guerra á los cristianos; y ninguno le quiso decir verdad, por temor que tenian de Atabalipa, hasta que, tomado aparte un principal y atormentado, dijo que Atabalipa esperaba de guerra con su gente en tres partes, la una al pié de la sierra, y otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar á los cristianos; lo cual dijo este principal que él lo habia oido. Otro dia por la mañana lo hizo saber el capitan al Gobernador. Luego mandó el Gobernador cortar árboles de la una parte y de la otra del rio, con que la gente y fardaje pasase; y fueron hechos tres pontones, por donde en todo aquel dia pasó la hueste y los caballos á nado; en todo esto trabajó el Gobernador mucho fasta ser pasada la gente; y como hubo pasado, se fué á aposentar á la fortaleza donde el capitan estaba; y mandó llamar á un cacique, del cual supo que Atabalipa estaba adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serian cincuenta mil hombres; como el Gobernador oyó tanto número de gente, creyendo que erraba el Cacique en la cuenta, informóse de su manera de contar, y supo que cuentan de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de diez cientos, hacen mil, y cinco dieces de millares era la gente que Atabalipa tenia. Este cacique de quien el Gobernador se informó es el principal de los de aquel rio; el cual dijo que al tiempo que vino Atabalipa por aquella tierra, él se habia escondido por temor; y como no lo halló en sus pueblos, de cinco mil indios que tenia, le mató los cuatro mil, y le tomó seiscientas mujeres y seiscientos mochachos para repartir entre su gente de guerra; é dijo que el cacique señor de aquel pueblo y fortaleza donde estaba se llama Cinto, y estaba con Atabalipa.

Aquí reposó el Gobernador y su gente cuatro dias; y un dia antes que se hubiese de partir habló con un indio principal de la provincia de San Miguel, y le dijo si se atrevia á ir á Caxamalca por espía y traer aviso de lo que hobiese en la tierra. El indio respondió: «No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero á hablar con Atabalipa, y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabalipa.» El Gobernador le dijo que fuese como quisiese; y que si en la sierra hobiese gente, como allí habian sabido, que le enviase aviso con un indio de los que consigo llevaba, y que hablase con Atabalipa y su gente, y les dijese el buen tratamiento que él y los cristianos hacen á los caciques de paz, y que no hacen guerra sino á los que se ponen en ella, y que de todo les dijese verdad, segun lo que habia visto; y que si Atabalipa quisiese ser bueno, que él seria su amigo y hermano, y le favoreceria y ayudaria en su guerra. Con esta embajada se partió aquel indio, y el Gobernador prosiguió su viaje por aquellos valles, hallando cada dia pueblo con su casa cercada como fortaleza, y en tres jornadas llegó á un pueblo que está al pié de la sierra, dejando á la mano derecha el camino que habia traido, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chincha, y este otro va á Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chincha poblado de buenos pueblos, y viene desde el rio de San Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapia; dos carretas pueden ir por él á la par; y de Chincha va al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos á mano para que hagan sombra al camino. Este camino se hizo para el Cuzco viejo, por donde venia á visitar su tierra, y aquellas casas cercadas eran sus aposentos. Algunos de los cristianos fue-

ron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino á Chincha, porque por el otro camino habia una mala sierra de pasar antes de llegar á Caxamalca, y en ella habia gente de guerra de Atabalipa, y yendo por allí se les podia seguir algun detrimento. El Gobernador respondió que ya tenia noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del rio de San Miguel; que si dejasen aquel camino dirian los indios que no osaban ir á ellos, y tomarian mas soberbia de la que tenian; por lo cual, y por otras muchas causas, dijo que no se habia de dejar el camino comenzado, y ir á do quiera que Atabalipa estuviese; que todos se animasen á hacer como dellos esperaba; que no les pusiese temor la mucha gente que decian que tenia Atabalipa; que, aunque los cristianos fuesen menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen á los contrarios y los hacer venir en conoscimiento de nuestra santa fe católica, como cada dia se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haria en la presente, pues iban con buena intencion de atraer aquellos infieles al conoscimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino á los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas.

Hecho este razonamiento por el Gobernador, todos dijeron que fuese por el camino que le pareciese que mas convenia; que todos le seguirian con mucho ánimo, y al tiempo del efecto veria lo que cada uno hacia. Llegados al pié de la sierra, reposaron un dia para dar órden en la subida. Habido su acuerdo el Gobernador con personas experimentadas, determinó de dejar la retaguarda y fardaje, y tomó consigo cuarenta de á caballo y sesenta de á pié, y los demás dejó con un capitan, y mandóle que fuese en su seguimiento muy concertadamente, y que él le avisaria de lo que hobiese de hacer. Con este concierto comenzó á subir el Gobernador; los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que á mediodía llegaron á una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaria á una gran hueste, porque era tan agria, que por partes habia que subian como por escaleras, y no habia otra parte por do subir sino por solo aquel camino. Subióse este paso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de peña tajada. Allí paró el Gobernador á descansar y á comer; es tanto el frio que hace en esta sierra, que, como los caballos venian hechos al calor que en los valles hacia, algunos dellos se resfriaron. De allí fué el Gobernador á dormir á otro pueblo, y hizo mensajero á los que atrás venian, haciéndoles saber que seguramente podian subir aquel paso; que trabajasen por venir á dormir á la fortaleza. El Gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca. La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios, de los cuales mandó el Gobernador á un capitan que tomase de los mas principales dos, y les preguntase á cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabalipa, si esperaba de paz ó de guerra. El capitan supo dellos cómo habia tres dias que Atabalipa era venido á Caxamalca y que tenia consigo mucha gente; que no sabian lo que queria hacer; que siempre habian oido que queria paz con los cristianos, y que la gente deste pueblo estaba por Atabalipa. Ya que el sol se queria poner llegó un indio de los que habia llevado el indio que el Gobernador envió por mensajero, y dijo que le habia enviado el principal indio que iba por mensajero desde cerca de Caxamalca, porque allí habia encontrado dos mensajeros de Atabalipa que venian atrás; que otro dia llegarian y que Atabalipa estaba en Caxamalca, y que él no quiso parar hasta ir á hablar á Atabalipa, y que él volveria con la respuesta, y que en el camino no habia hallado gente de guerra. Luego el Gobernador hizo saber todo esto por su carta al capitan que habia quedado con el fardaje, y que otro dia caminaria pequeña jornada por esperalle, y de allí caminaria toda la gente junta. Otro dia por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar á los que atrás venian. Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodon que traian, haciendo fuego por defenderse del gran frio que en la sierra hacia; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frio que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frias, que no se pueden beber sin calentarse. Dende á poco rato que el Gobernador habia aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traian diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el dia que llegarian á Caxamalca, para les enviar comida al camino. El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iria lo mas presto que pudiese. Después que hobieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenia Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco dias habia que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenia consigo sino poca gente; que la habia enviado á dar guerra al Cuzco, su hermano. Preguntóle el Gobernador en particular lo que habia pasado en todas aquellas guerras, y cómo comenzó á conquistar; el indio dijo: «Mi señor Atabalipa es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y á este su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adelante de Tomipunxa, la cual se dice Guito, y á otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenia, vino á dar guerra á su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le habia dejado por herencia; y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató á sus herederos y á un hermano de los dos que fué con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió á él con mucha gente de guerra hasta llegar á la provincia de Tumepomba, que era del

señorío de su hermano; y por defenderse de la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. E allí le vinieron nuevas que su hermano habia entrado en su tierra haciendo guerra, y fué sobre él; y como el Cuzco supo su venida, fuése huyendo á su tierra. Atabalipa fué conquistando las tierras del Cuzco, sin que algun pueblo se le defendiese, porque sabian el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacia de gente de guerra. Y como llegó á Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí, para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano, y envió con un capitan dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenia mucho número de gente, matóle estos dos mil hombres; y Atabalipa tornó á enviar mas gente con dos capitanes, seis meses há, y de pocos dias acá le han venido nuevas destos dos capitanes, que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar á su pueblo, y han desbaratado á él y á su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y plata.» El Gobernador dijo al mensajero: «Mucho he holgado de lo que me has dicho, por saber de la victoria de tu señor; porque, no contento su hermano con lo que tenia, queria abajar á tu señor del estado en que su padre le habia dejado. A los soberbios les acaesce como al Cuzco; que no solamente no alcanzan lo que malamente desean, pero aun ellos quedan perdidos en bienes y personas.» Y creyendo el Gobernador que todo lo que este indio habia dicho era de parte de Atabalipa, por poner temor á los cristianos y dar á entender su poderío y destreza, dijo al mensajero: «Bien creo que lo que has dicho es así, porque Atabalipa es gran señor; y tengo nuevas que es buen guerrero; mas hágote saber que mi señor el Emperador, que es rey de las Españas y de todas las Indias y Tierra-Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores señores que Atabalipa, y capitanes suyos han vencido y prendido á muy mayores que Atabalipa y su hermano y su padre; y el Emperador me envió á estas tierras á traer á los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia, y con estos pocos cristianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabalipa. Y si él quisiere mi amistad y recebirme de paz, como otros señores han hecho, yo le seré buen amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará en su estado; porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré, como la he hecho al cacique de la isla de Santiago y al de Túmbez, y todos los demás que conmigo la han querido; que yo á ninguno hago guerra ni enojo si él no la busca.

Oidas estas cosas por los mensajeros, estuvieron un rato como atónitos, que no hablaron, oyendo que tan pocos españoles hacian tan grandes hechos; y de ahí á poco dijeron que se querian ir con la respuesta á su señor y decille que los cristianos irian presto, porque les enviase refresco al camino; y el Gobernador los despidió. Otro dia por la mañana tomó el camino todavía por la sierra, y en unos pueblos que cerca de allí en un valle halló fué á dormir aquella noche. Y luego que el señor Gobernador allí fué llegado, vino el principal mensajero que Atabalipa habia primero enviado con el presente de las fortalezas que vino á Zaran por la via de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó qué tal quedaba Atabalipa; él respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traia para los cristianos, y fabló muy desenvueltamente, y en sus razones parecia hombre vivo. Como hubo hecho su razonamiento, preguntó el Gobernador á las lenguas que qué decia. Dijeron que lo mesmo que habia dicho el otro mensajero el dia antes, y otras muchas razones alabando el gran estado de su señor y la gran pujanza de su hueste, y asegurando y certificando al Gobernador que Atabalipa le recibiria de paz y lo queria tener por amigo y hermano. El Gobernador le respondió con muy buenas palabras, como al otro habia respondido. Este embajador traia servicio de señor y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebia, y con ellos daba de beber á los españoles de la chicha que traia, y dijo que con el Gobernador se queria ir hasta Caxamalca.

Otro dia por la mañana se partió el Gobernador y caminó por las sierras como primero, y llegó á unos de Atabalipa, adonde reposó un dia. Otro dia vino allí el mensajero que habia enviado el Gobernador á Atabalipa, que era un principal indio de la provincia de San Miguel; y viendo al mensajero de Atabalipa, que presente estaba, arremetió contra él, y trabóle de las orejas, tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador que por qué habia hecho aquello al mensajero de su hermano Atabalipa; él dijo: «Este es un gran bellaco, llevador de Atabalipa, y viene aquí á decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabalipa está de guerra fuera de Caxamalca en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente, y de ahí fuí á las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas, y todos están á punto de guerra, y á mí me quisieron matar, si no fuera porque les dije que si me mataban, que matarian acá á los embajadores de allá, y que hasta que yo volviese no los dejarian ir; y con esto me dejaron; y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver á Atabalipa y decirle mi embajada, y no quisieron, diciendo que estaba ayunando y no podia hablar con nadie. Un tio suyo salió á hablar conmigo, y yo le dije que era tu mensajero y todo lo que mas mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los cristianos y qué armas traen. E yo le dije que son valientes hombres y muy guerreros; que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan á cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan, y los caballos con los piés y bocas matan muchos. Los cristianos que andan á pié dije que son muy sueltos, y traen en un brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodon y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de golpe un hombre por medio, y á una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de léjos, que de cada saetada matan un hombre, y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente.

Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas. Yo dije que tienen los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos mas que dos. Al tiempo que me queria venir les rogué que me dejasen ver á Atabalipa, pues sus mensajeros ven y hablan al Gobernador, que es mejor que él, y no me quisieron dejar hablar con él, y así me vine. Pues mirad si tengo razon de matar á este; porque siendo un llevador de Atabalipa (como me han dicho que es), habla contigo y come á tu mesa, y á mí, que soy hombre principal, no me quisieron dejar hablar con Atabalipa ni darme de comer, y con buenas razones me defendí que no me mataron.» El mensajero de Atabalipa respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento, y dijo que si no habia gente en el pueblo de Caxamalca era por dejar las casas vacías en que los cristianos se aposentasen, y Atabalipa está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra; y si no te dejaron hablar con Atabalipa fué porque ayunaba, como tiene de costumbre, y no te le dejaron ver, porque los dias que ayuna está retraido, y ninguno no le habla en aquel tiempo, y ninguno osaria hacerle saber que tú estabas allí; que si él lo supiera, él te hiciera entrar y dar de comer. Otras muchas razones dijo, asegurando que Atabalipa estaba esperando de paz. Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escrebir por extenso, seria hacer escriptura, y por abreviar va en suma. El Gobernador dijo que bien creia que era así como él decia, porque no tenia menos confianza de su hermano Atabalipa; y no dejó de le hacer tan buen tratatamiento de ahí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando á entender que le pesaba porque le habia maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio habia dicho, por el conocimiento que tenia de las cautelosas mañas de los indios.

Otro dia partió el Gobernador, y fué á dormir á un llano de Zavana por llegar otro dia á mediodía á Caxamalca, que decian que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabalipa con comida para los cristianos. Otro dia en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesto en órden, y anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó que se juntase la retaguarda; y toda la gente y caballos se armaron, y el Gobernador los puso en concierto para la entrada del pueblo, y hizo tres haces de los españoles de á pie y de á caballo.

Con esta órden caminó, enviando mensajeros á Atabalipa que viniese allí al pueblo de Caxamalca para verse con el. Y en llegando á la entrada de Caxamalca vieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca, en la halda de una sierra. Llegó el Gobernador á este pueblo de Caxamalca viérnes á la hora de vísperas, que se contaron 15 dias de noviembre año del Señor de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero á Atabalipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese é verse con él y á mostrarle dónde se aposentase. Entre tanto mandó ver el pueblo, porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de á caballo sin apearse hasta ver si Atabalipa venia, y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza. Este pueblo, que es el principal de este valle, está asentado en la halda de una sierra; tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos rios; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercado de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; á la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos rios. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen á las calles del pueblo. Las casas della son de mas de docientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellos son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traida de otra parte por caños para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, á la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza á la fortaleza; por la delantera della, á la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza. Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, fecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales: entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza mas pequeña, cercada toda de aposentos; y en ellos habia muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa. Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneracion, y cuando entran en ellas se quitan los zapatos á la puerta. La gente de todos estos pueblos, después que se subió á la sierra, hacen ventaja á toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razon, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodon, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodon, hecho como zapatos. Como el Gobernador hubo estado con los españoles esperando que Atabalipa viniese ó enviase á darle aposento, y como vió que se hacia ya tarde, envió un capitan con veinte de á caballo á hablar á Atabalipa y á decir que viniese á hablar con él; al cual mandó que fuese pacíficamente sin trabar contienda con su gente, aunque ellos la quisiesen; que lo mejor

que pudiese llegase á hablarle, y volviese con la respuesta. Este capitan llegaria al medio camino cuando el Gobernador subió encima de la fortaleza y delante de las tiendas vió en el campo gran número de gente; y porque los cristianos que habian ido no se viesen en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen mas á su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitan hermano suyo con otros veinte de á caballo; al cual mandó que no consintiese que hiciesen ningunas voces. Desde á poco rato comenzó á llober y caer granizo, y el Gobernador mandó á los cristianos que se aposentasen en los aposentos del palacio, y el capitan de la artillería con los tiros en la fortaleza. Estando en esto vino un indio de Atabalipa á decir al Gobernador que se aposentase donde quisiese, con tanto que no se subiese en la fortaleza de la plaza; que él no podia venir por entonces, porque ayunaba. El Gobernador le respondió que así lo haria, y que habia enviado á su hermano á rogarle que viniese á verse con él, porque tenia mucho deseo de verle y conocerle por las buenas nuevas que dél tenia. Con esta respuesta se volvió el mensajero; y el capitan Hernando Pizarro con los cristianos volvió en anocheciendo. Venidos ante el Gobernador, dijeron que en el camino habian hallado un mal paso en una ciénaga que de antes parecia ser hecho de calzada, porque desde este pueblo va todo el camino ancho hecho de calzada de piedra y tierra hasta el real de Atabalipa; y como la calzada iba sobre los malos pasos, rompieron sobre aquel mal paso, y que lo pasaron por otra parte; y que antes de llegar al real pasaron dos rios, y por delante pasa un rio, y los indios pasan por una puente; y que desta parte está el real cercado de agua, y que el capitan que primero fué dejó la gente desta parte del rio porque la gente no se alborotase, y no quiso pasar por la puente porque no se hundiese su caballo, y pasó por el agua, llevando consigo la lengua, y pasó por entre un escuadron de gente que estaba en pié; y llegado al aposento de Atabalipa, en una plaza habia cuatrocientos indios que parecian gente de guarda; y el tirano estaba á la puerta de su aposento sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél, y mujeres en pié, que cuasi lo rodeaban; y tenia en la frente una borla de lana que parecia seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; la cual le hacia mucho mas grave de lo que él es; los ojos puestos en tierra, sin los alzar á mirar á ninguna parte; y como el capitan llegó ante él le dijo por la lengua ó faraute que llevaba que era un capitan del Gobernador, y que le enviaba á lo ver y decir de su parte el mucho deseo que él tenia de su vista; y que si le pluguiese de le ir á ver se holgaria el señor Gobernador; y que otras razones le dijo, á las cuales no le respondió, ni alzó la cabeza á le mirar, sino un principal suyo respondia á lo que el capitan hablaba. En esto llegó el otro capitan adonde el primero habia dejado la gente, y preguntóles por el capitan, y dijéronle que hablaba con el Cacique. Dejando allí la gente, pasó el rio, y llegando cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitan que con él estaba: «Este es un hermano del Gobernador; hábiale, que viene á verte.» Entonces alzó los ojos el Cacique y dijo: «Maizabilica, un capitan que tengo en el rio de Zuricara, me envió á decir cómo tratábades mal á los caciques, y echábadeslos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana á ver al Gobernador y ser amigo de los cristianos, porque son buenos.» Hernando Pizarro respondió: «Maizabilica es un bellaco, y á él y á todos los indios de aquel rio mataria un solo cristiano; ¿cómo podia él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El Gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque á los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y á los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabilica te mintió.» Atabalipa dijo: «Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros, y haréisle guerra.» Hernando Pizarro respondió: «Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos á caballo lo destruirán.» Atabalipa se rió y dijo que bebiesen; los capitanes dijeron que ayunaban, por defenderse de beber su brebaje. Importunados por él, lo aceptaron. Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traian chicha de maíz. Como Atabalipa las vido, alzó los ojos á ellas, sin les decir palabra, se fueron presto, é volvieron con otros vasos de oro mayores, y con ellos les dieron á beber. Luego se despidieron, quedando Atabalipa de ir á ver al Gobernador otro dia por la mañana. Su real estaba asentado en la falda de una serrezuela, y las tiendas, que eran de algodon, tomaban una legua de largo; en medio estaba la de Atabalipa. Toda la gente estaba fuera de sus tiendas en pié, y las armas hincadas en el campo, que son unas lanzas largas como picas. Parescióles que habia en el real mas de treinta mil hombres. Cuando el Gobernador supo lo que habia pasado mandó que aquella noche hobiese buena guarda en el real, y mandó á su capitan general que requiriese las guardas, y que las rondas anduviesen toda la noche al rededor del real; lo cual así se hizo. Venido el dia sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabalipa, y le dijo de su parte: «Mi señor te envia á decir que quiere venir á verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envies un cristiano con quien venga.» El Gobernador respondió: «Di á tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recebiré como amigo y hermano; y que no le envió cristiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor á otro.» Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente. Desde á poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador: «Atabalipa te envia á decir que no querria traer su gente armada; porque aunque viniesen con él, muchos vernian sin armas, porque los queria traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra.» El Gobernador respondió que así se haria; que viniese

presto; que tenia deseo de verle. En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose á cada paso, esperando á la que salia del real; y hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venian repartidos en escuadrones. Después que fueron pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavía salia gente del real de los indios. Luego el Gobernador mandó secretamente á todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada á la plaza; y mandó al capitan de la artillería que tuviese los tiros asentados hácia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por do entran á la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de á pié, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabalipa si cautelosamente viniese, como parecia que venia, con tanto número de gente como con él venia. Y mandó que fuese tomado á vida; y á todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar á los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el artillería. Y que él ternia atalayas, y viendo que venia de ruin arte, avisaria cuando hobiesen de salir; é saldrian todos de sus aposentos, y los de á caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»

Con este concierto y órden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atabalipa entrase, sin que en la plaza paresciese algun cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la hueste. El Gobernador y el Capitan General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercebidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles á todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenian otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades á quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano habia quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearia por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Estas y semejantes palabras decian el Gobernador y el Capitan General á los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo mas que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecia que haria por ciento; que muy poco temor les ponia ver tanta gente.

Viendo el Gobernador que el sol se iba á poner, y que Atabalipa no levantaba de donde habia reparado, y que todavía venia gente de su real, envióle á decir con un español que entrase en la plaza y viniese á verlo ante que fuese noche. Como el mensajero fué á Atabalipa hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron á andar, y el español volvió delante, y dijo al Gobernador que venia, y que la gente que traia en la delantera traian armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodon fuertes, y talegas de piedras y hondas; que le parecia que traian ruin intencion. Luego la delantera de la gente comenzó á entrar en la plaza; venia delante un escuadron de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venian quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venian otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venia mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venia Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venian otras dos literas y dos hamacas, en que venian otras personas principales; luego venia mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar á los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venia y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitan, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza á manera de seña. El Gobernador, que esto vió, dijo á fray Vicente que si queria ir á hablar á Atabalipa con un faraute; él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño á los cristianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo á enseñar á vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien dello; y vé á hablar al Gobernador, que te está esperando.» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa á abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desden le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mesmo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco ó seis pasos de sí. E á las palabras que el religioso habia dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo: «Bien sé lo que habeis hecho por ese camino, cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.» El religioso respondió: «Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver.» Atabalipa dijo: «No partiré de aquí hasta que toda me la traigan.» El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pié encima de las andas, hablando á los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al Gobernador lo que habia pasado con Atabalipa, y que habia echado en tierra la sagrada Escriptura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodon, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago.» Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de á pié y de á caballo. Como los indios vieron el tropel de los

caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fué tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos, hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de á pié se dió tan buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los mas dellos metidos á espada. El Gobernador tenia todavía del brazo á Atabalipa, que no le podia sacar de las andas, como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenian las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera á Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que habia hecho. El Gobernador, por defender á Atabalipa, fué herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español; porque fué tanto el espanto que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos, y soltar de improviso el artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habian visto, que con gran turbacion procuraban mas huir por salvar las vidas que de hacer guerra. Todos los que traian las andas de Atabalipa pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y tambien los que venian en las literas y hamacas; y el de la una litera era su paje y señor, á quien él mucho estimaba; y los otros eran tambien señores de mucha gente y consejeros suyos; murió tambien el cacique señor de Caxamalca. Otros capitanes murieron, que por ser gran número no se hace caso dellos, porque todos los que venian en guarda de Atabalipa eran grandes señores. Y el Gobernador se fué á su posada con su prisionero Atabalipa, despojado de sus vestiduras, que los españoles les habian rompido por quitarle de las andas. Cosa fué maravillosa ver preso en tan breve tiempo á tan gran señor, que tan poderoso venia. El Gobernador mandó luego sacar ropa de la tierra y le hizo vestir; y así, aplacándole del enojo y turbacion que tenia de verse tan presto caido de su estado, entre otras muchas palabras, le dijo el Gobernador: «No tengas por afrenta haber sido así preso y desbaratado, porque los cristianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado mas tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandado venimos á conquistar esta tierra, porque todos vengais en conocimiento de Dios y de su santa fe católica; y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador de cielo y tierra y de todas las cosas criadas; y porque lo conozcais y salgais de la bestialidad y vida diabólica en que vivis, que tan pocos como somos subjetamos tanta multitud de gente; y cuando hubiéredes visto el error en que habeis vivido, conoceréis el beneficio que recebis en haber venido nosotros á esta tierra por mandado de su majestad; y debes tener á buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois, que no dais á ninguno; nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniendo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de ahí adelante fuese bueno; y lo mismo hice con los caciques señores de Túmbez y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fué porque venias con tan gran ejército contra nosotros, enviándote á rogar que vinieses de paz, y echaste en tierra el libro donde estaban las palabras de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningun indio pudiese ofender á ningun cristiano.»

Hecho este razonamiento por el Gobernador, respondió Atabalipa que habia sido engañado de sus capitanes, que le dijeron que no hiciese caso de los españoles; que él de paz queria venir, y los suyos no lo dejaron, y que todos los que le aconsejaron eran muertos. Y que tambien habia visto la bondad y ánimo de los españoles; y que Maizabilica, sintiendo que envió á decir de los cristianos, como ya fuese de noche, y viese el Gobernador que no eran recogidos los que habian ido en el alcance, mandó tirar los tiros y tañer las trompetas porque se recogiesen. Dende á poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habian tomado á vida, en que habia mas de tres mil personas. El Gobernador les preguntó si venian todos buenos. Su capitan general, que con ellos venia, respondió que solo un caballo tenia una pequeña herida. El Gobernador dijo con mucha alegría: «Doy gracias á Dios nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este dia por nosotros ha fecho; y verdaderamente podemos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra, cuanto mas vencer una tan gran hueste. Plega á Dios, por su misericordia, que, pues tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos dé gracia para hacer tales obras, que alcancemos su santo reino. Y porque, señores, vernéis fatigados, váyase cada uno á reposar á su posada, y porque Dios nos ha dado victoria no nos descuidemos; que, aunque van desbaratados, son mañosos y diestros en la guerra, y este señor (como sabemos) es temido y obedecido, y ellos intentarán toda ruindad y cautela para sacarlo de nuestro poder. Esta noche y todas las demás haya buena guarda de velas y ronda, de manera que nos hallen apercebidos.» Y así, se fueron á cenar, y el Gobernador hizo asentar á su mesa á Atabalipa, y haciéndole buen tratamiento, y sirviéronle como á su misma persona; y luego le mandó dar de sus mujeres que fueron presas las que él quiso para su servicio, y mandóle hacer una cama en la cámara que el mismo Gobernador dormia, teniéndole suelto sin prision, sino las guardas que velaban. La batalla duró poco mas de media hora, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó; si la noche no la atajara, que de mas de treinta mil hombres que vinieron quedaran pocos. Es opinion de algunos que han visto gente en campo, que habia mas de cuarenta mil; en la plaza quedaron muertos dos mil, sin los feridos. Vióse en esta batalla una cosa muy maravillosa, y es, que los caballos, que el dia antes no se podian mover de resfriados, aquel dia anduvieron con tanta furia, que parecia no haber tenido mal. El Capitan General requirió aquella noche las velas y ronda, poniéndolas en conveniente lugar. Otro dia

por la mañana envió el Gobernador un capitan con treinta de á caballo á correr por todo el campo, y mandó quebrar las armas de los indios; y entre tanto la gente del real hicieron sacar á los indios que fueron presos los muertos de las plazas. El capitan con los de á caballo recogió todo lo que habia en el campo y tiendas de Atabalipa, y entró antes de mediodía en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y copones grandes, y otras piezas diversas. Atabalipa dijo que todo esto era vajilla de su servicio, y que sus indios que habian huido habian llevado otra mucha cuantidad. El Gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cuantidad y embarazaban el real, y que los cristianos matasen todos los dias cuantas hobiesen menester; y los indios que la noche antes habian recogido mandó el Gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio; todos los demás mandó soltar y que se fuesen á sus casas, porque eran de diversas provincias, que los traia Atabalipa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército.

Algunos fueron de opinion que matasen todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. El Gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Atabalipa y podia recoger gran número de gente, que mucho sin comparacion es mayor el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda á los suyos; y que tuviesen por cierto que el que los habia librado del peligro del dia pasado los libraria de ahí adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y al conoscimiento de su santa fe católica; que no quisiesen parecer á ellos en las crueldades y sacrificios que hacen á los que prenden en sus guerras; que bien bastaba los que eran muertos en la batalla; que aquellos habian sido traidos como ovejas á corral; que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; y así, fueron sueltos.

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas. Dicen que era depositado para bastecer el ejército. Los cristianos tomaron la que quisieron, y todavía quedaron las casas tan llenas, que parecia no haber hecho falta la que fué tomada. La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodon de diversas colores y bien matizadas. Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente. En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijeñas lisas y hechas á mano, de hechura de huevos; los honderos traen rodelas que ellos mesmos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asimesmo traen jubones colchados de algodon; tras destos vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo engastonada es de metal, tan grande como el puño, con cinco ó seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas á dos manos; las hachas son del mesmo tamaño y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras estos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas, como dardos; en la retaguarda vienen piqueros con lanzas largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodon, sobre que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodon, que de hierro no pueden ser mas fuertes. Esta gente, que Atabalipa tenia en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, é son mancebos é grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una poblacion de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres. La casa de aposento de Atabalipa, que en medio de su real tenia, es la mejor que entre indios se ha visto, aunque pequeña; hecha en cuatro cuartos, y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sofrir la mano en ella. Esta agua nasce hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fria viene por otro caño, y en el camino se juntan y vienen mezcladas por un solo caño al estanque; y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra; fuera de la casa, á una parte del corral, está otro estanque, no tan bien hecho como este; tiene sus escaleras de piedra, por do bajan á lavarse. El aposento donde Atabalipa estaba entre dia es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormia, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimesmo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betúmen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la madera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la mesma color; y el otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro encorporadas en una; este es encalado, blanco como nieve. Los otros dos son casas de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un rio.

Ya se ha dicho de la victoria que los cristianos hobieron en la batalla y prision de Atabalipa, y de la manera de su real y ejército. Agora se dirá del padre deste Atabalipa, y cómo se hizo señor, y otras cosas de su grandeza y estado, segun que él mesmo lo contó al Gobernador. Su padre deste Atabalipa se llamó el Cuzco, que señoreó toda aquella tierra; de mas de trecientas leguas le obedecian y daban tributo. Fué natural de una provincia mas atrás de Guito, y como hallase aquella tierra donde estaba apacible y abundosa y rica, asentó en ella, y puso nombre á una gran ciudad donde estaba la ciudad del Cuzco. Era tan temido y obedescido, que lo tuvieron cuasi por su dios, y en muchos pueblos le tenian hecho de bulto. Tuvo cien hijos y hijas, y los mas son vivos; ocho años há que murió, y

dejó por su heredero á un hijo suyo llamado así como él. Este era hijo de su mujer legítima. Llaman mujer legítima á la mas principal, á quien mas quiere el marido; este era mayor que Atabalipa. El Cuzco viejo dejó por señor de la provincia de Guito, apartada del otro señorío principal, á Atabalipa, y el cuerpo del Cuzco está en la provincia de Guito, donde murió, y la cabeza lleváronla á la ciudad del Cuzco, y la tienen en mucha veneracion, con mucha riqueza de oro y plata; que la casa donde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretejido uno con otro; y en esta ciudad hay otras veinte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera. Esta ciudad tiene muy ricos edificios; en ella tenia el Cuzco su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas de oro y cinco de plata, y cien mil tejuelos de oro que habia sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta castellanos; esto habia habido del tributo de las tierras que habia señoreado. Adelante desta ciudad hay otra llamada Collao, donde hay un rio que tiene mucha cantidad de oro; y camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guaneso, hay otro rio tan rico como este. En todas estas provincias hay muchas minas de oro y plata. La plata sacan en la sierra con poco trabajo; que un indio saca en un dia cinco ó seis marcos, la cual sacan envuelta con plomo y estaño y piedra zufre, y después la apuran, y para sacarla pegan fuego á la sierra; y como se enciende la piedra zufre, cae la plata á pedazos; y en Guito y Chincha hay las mayores minas. De aquí á la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios cargados, y la tierra es bien poblada. Chincha está á medio camino, que es gran poblacion. En toda esta tierra hay mucho ganado de ovejas; muchas se hacen monteses, por no poder sostener tantas como se crian. Entre los españoles que con el Gobernador están se matan cada dia ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta hace ni harian en este valle aunque estoviesen un año en él. Y los indios generalmente las comen en toda esta tierra.

Y asimismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que le dejó su padre; y podrá haber un año, poco mas, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío, y después le envió á rogar Atabalipa que no le hiciese guerra, sino que se contentase con lo que su padre le habia dejado; y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabalipa salió de su tierra, que se dice Guito, con la mas gente de guerra que pudo, y vino á Tomepomba, donde hubo con su hermano una batalla, y mató Atabalipa mas de mil hombres de la gente del Cuzco, y lo hizo volver huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se le puso en defensa, lo abrasó, y mató toda la gente dél, y queria asolar todos los pueblos de aquella comarca, y dejólo de hacer por seguir á su hermano; y el Cuzco se fué á su tierra huyendo, y Atabalipa vino conquistando con gran poder toda aquella tierra, y todos los pueblos se le daban, sabiendo la grandísima destruicion que habia hecho en Tomepomba. Seis meses habia que Atabalipa habia enviado dos pajes suyos, muy valientes hombres, el uno llamado Quisques, y el otro Chaliachin, los cuales fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre, y luego lo hicieron saber á Atabalipa, y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegaran presto con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habian conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella habia, y tenian diez mil hombres de guarnicion, de los cuarenta mil que llevaron, y los otros treinta mil hombres fueron á descansar á sus casas con el despojo que habian habido, y todo lo que su hermano el Cuzco poseia tenia Atabalipa subjectado.

Atabalipa y estos sus capitanes generales andaban en andas, y después que la guerra comenzó ha muerto mucha gente, y Atabalipa ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo á todos los caciques de los pueblos que ha conquistado, y tiene puestos gobernadores en todos los pueblos, porque de otra manera no pudiera tener tan pacífica y subjecta la tierra como la ha tenido; y con esto ha sido muy temido y obedecido, y su gente de guerra muy servida de los naturales, y dél muy bien tratada. Atabalipa tenia pensamiento, si no le acaesciera ser preso, de irse á descansar á su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tomepomba, que se le habia puesto en defensa, y poblalla de nuevo de su gente, y que le enviasen sus capitanes, de la gente del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar á Tomepomba. Tambien dijo Atabalipa que entregaria al Gobernador á su hermano el Cuzco, al cual sus capitanes enviaban preso de la ciudad, para que hiciese dél lo que quisiese; y porque Atabalipa temia que á él mesmo matarian los españoles, y dijo al Gobernador que daria para los españoles que le habian predicado mucha cuantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto daria y en qué término; Atabalipa dijo que daria de oro una sala que tiene veinte y dos piés en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está á la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiria la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daria todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliria dentro de dos meses. El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decia no tuviese ningun temor. Luego despachó Atabalipa mensajeros á sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venia camino con su hermano, que traian preso. El Gobernador le preguntó que qué tanto tardarian sus mensajeros en ir á la ciudad del Cuzco; Atabalipa dijo que cuando envia con priesa á hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco dias, y que yendo todo el camino los que él envia con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince dias en ir. Tambien le preguntó el Gobernador que por qué habia mandado matar á algunos indios que habian

hallado muertos en su real los cristianos que recogieron el campo; Atabalipa dijo que el dia que el Gobernador envió á su hermano Hernando Pizarro á su real para hablar con él, que uno de los cristianos arremetió con el caballo, y aquellos que estaban muertos se habian retraido, y por eso los mandó matar.

Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacia muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conoscian ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría. Entre otras cosas, dijo Atabalipa al Gobernador que diez jornadas de Caxamalca, camino del Cuzco, está en un pueblo una mezquita que tienen todos los moradores de aquella tierra por su templo general, en la cual todos ofrescen oro y plata, y su padre la tuvo en mucha veneracion, y él asimesmo; la cual mezquita dijo Atabalipa que tenia mucha riqueza; porque, aunque en cada pueblo hay mezquita donde tienen sus ídolos particulares en que ellos adoran, en aquella mezquita estaba el general ídolo de todos ellos; y que por guarda de aquella mezquita estaba un gran sabio, el cual los indios creian que sabia las cosas por venir, porque hablaba con aquel ídolo y se las decia. Oidas estas palabras por el Gobernador (aunque antes tenia noticia desta mezquita), dió á entender á Atabalipa cómo todos aquellos ídolos son vanidad, y el que en ellos habla es el diablo, que los engaña por los llevar á perdicion, como ha llevado á todos los que en tal creencia han vivido y fenescido; y dióle á entender que Dios es uno solo, criador del cielo y tierra y de todas las cosas visibles é invisibles, en el cual los cristianos creen, y á este solo debemos tener por Dios y hacer lo que manda, y recebir agua de baptismo; y á los que así lo hicieren llevará á su reino, y los otros irán á las penas infernales, donde para siempre están ardiendo todos los que carecieron deste conoscimiento, que han servido al diablo haciéndole sacrificios y ofrendas y mezquitas; todo lo cual de aquí adelante ha de cesar, porque á esto le envia el Emperador, que es rey y señor de los cristianos y de todos ellos, y por vivir, como han vivido, sin conoscer á Dios, permitió que con tan gran poder de gente como tenia, fuese desbaratado y preso de tan pocos cristianos; que mirase cuán poca ayuda le habia hecho su dios, por donde conosceria que es el diablo que los engañaba. Atabalipa dijo que, como hasta entonces no habian visto cristianos él ni sus antepasados, no supieron esto, y que él habia vivido como ellos; y mas dijo Atabalipa, que está espantado de lo que el Gobernador le habia dicho; que bien conoscia que aquel que hablaba en su ídolo no es dios verdadero, pues tan poco le ayuda.

Como el Gobernador y los españoles hubieron descansado del trabajo del camino y de la batalla, luego envió mensajeros al pueblo de San Miguel, haciendo saber á los vecinos lo que le habia acaescido, y por saber dellos cómo les iba, y si habian venido algunos navíos, de lo cual mandó que le avisasen; y mandó hacer en la plaza de Caxamalca una iglesia donde se celebrase el santísimo sacramento de la misa, y mandó derribar la cerca de la plaza, porque era baja, y fué hecha de tapias de altura de dos estados, de largura de quinientos y cincuenta pasos. Otras cosas mandó hacer para guarda del real. Cada dia se informaba si se hacia algun ayuntamiento de gente, y de las otras cosas que en la tierra pasaban.

Sabido por los caciques desta provincia la venida del Gobernador y la prision de Atabalipa, muchos dellos vinieron de paz á ver al Gobernador. Algunos destos caciques eran señores de treinta mil indios, todos subjectos á Atabalipa, y como ante él llegaban, le hacian gran acatamiento besándole los piés y las manos; él los recebia sin mirallos. Cosa extraña es decir la gravedad de Atabalipa, y la mucha obediencia que todos le tenian. Cada dia le traian muchos presentes de toda la tierra. Así, preso como estaba, tenia estado de señor y estaba muy alegre; verdad es que el Gobernador le hacia muy buen tratamiento, aunque algunas veces le dijo que algunos indios habian dicho á los españoles cómo hacia ayuntar gente de guerra en Guamachuco y en otras partes. Atabalipa respondió que en toda aquella tierra no habia quien se moviese sin su licencia; que tuviese por cierto que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir, y que entonces hiciese dél lo que quisiese, pues lo tenia en su prision. Muchas cosas dijeron los indios que fueron mentira, aunque los cristianos tenian alteracion. Entre muchos mensajeros que venian á Atabalipa, le vino uno de los que traian preso á su hermano, á decille que cuando sus capitanes supieron su prision habian ya muerto al Cuzco. Sabido esto por el Gobernador, mostró que le pesaba mucho, y dijo que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo, y si no, que él mandaria matar á Atabalipa. Atabalipa afirmaba que sus capitanes lo habian muerto sin saberlo él. El Gobernador se informó de los mensajeros, y supo que lo habian muerto.

Pasadas estas cosas, desde algunos dias vino gente de Atabalipa y un hermano suyo que venia del Cuzco, y trújole unas hermanas y mujeres de Atabalipa, y trujo muchas vasijas de oro, cántaros y ollas y otras piezas, y mucha plata, y dijo que por el camino venia mas; porque, como es tan larga la jornada, cansan los indios que lo traen y no pueden llegar tan aína; que cada dia entrará mas oro y plata de lo que queda mas atrás. Y así, entran algunos dias veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de á dos arrobas y de á tres, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas. Todo lo mandó poner el Gobernador en una casa donde Atabalipa tenia sus guardas, hasta tanto que con ello y con lo que ha de venir cumpla lo que ha prometido. Veinte dias eran pasados de deciembre del sobredicho año, cuando llegaron á este pueblo ciertos indios mensajeros del pueblo de San Miguel con una carta en que hacian saber al Gobernador cómo habian arribado á esta costa, á un puerto que se dice Cancebí, junto con Quaque, seis navíos en que venian ciento y cincuenta españoles y ochenta y cuatro caballos; los tres navíos venian de Panamá, en que venia el capitan Diego de Almagro con ciento y veinte hombres, y las otras tres carabelas venian de Nicoragua con treinta hombres, y que venian á esta

gobernacion con voluntad de servir en ella, y que desde Cancebi, como hobieron echado la gente y los caballos para venir por tierra, se adelantó un navío á saber dónde estaba el Gobernador, y llegó hasta Túmbez, y el cacique de aquella provincia no le quiso dar razon dél ni mostralle la carta que el Gobernador le dejó para dar á los navíos que por allí viniesen. Y este navío se volvió sin llevar nueva del Gobernador, y otro que tras él habia salido siguió la costa adelante hasta que llegó al puerto de San Miguel, donde desembarcó el maestre y fué al pueblo, en el cual hubo mucha alegría con la venida de aquella gente. Y luego se volvió el maestre con las cartas que el Gobernador habia enviado á los del pueblo, en que les hacia saber la victoria que Dios habia dado á él y á su gente, y la mucha riqueza de la tierra. El Gobernador y todos los que con él estaban hobieron mucho placer con la venida destos navíos. Luego despachó el Gobernador sus mensajeros, escribiendo al capitan Diego de Almagro y algunas personas de las que con él venian, haciéndoles saber cuánto holgaba con su venida, y que, llegados al pueblo de San Miguel, porque no le pusiesen en necesidad, se saliesen á los caciques comarcanos que están en el camino de Caxamalca, porque tienen mucha abundancia de mantenimientos, y que él proveeria de hundir oro para pagar el flete de los navíos, porque se volviesen luego.

Como de cada dia venian caciques al Gobernador, vinieron entre ellos dos caciques que se dicen de los ladrones, porque su gente saltea á todos los que pasan por su tierra; estos están camino del Cuzco. Pasados sesenta dias de la prision de Atabalipa, un cacique del pueblo donde está la mezquita, y el guardian della, llegaron ante el Gobernador, el cual preguntó á Atabalipa que quién eran; dijo que el uno era señor del pueblo de la mezquita y el otro guardian della, y que se holgaba con su venida, porque pagaria las mentiras que le habia dicho; y pidió una cadena para echar al guardian porque le habia aconsejado que tuviese guerra con los cristianos, que el ídolo le habia dicho que los mataria todos; y tambien dijo á su padre el Cuzco, cuando estaba á la muerte, que no moriria de aquella enfermedad. Y el Gobernador mandó traer la cadena, y á Atabalipa se la echó diciendo que no se la quitasen hasta que hiciese traer todo el oro de la mezquita, y dijo á Atabalipa que lo queria dar á los cristianos, pues que su ídolo es mentiroso; y dijo el guardian: «Yo quiero agora ver si te quitará esta cadena ese que tú dices que es tu dios. El Gobernador y el cacique que vino con el guardian despacharon sus mensajeros para que trujesen el oro de la mezquita y lo que el cacique tenia, y dijeron que volverian dende en cincuenta dias con todo esto. Sabido por el Gobernador que se ayuntaba gente en la tierra y que habia gente de guerra en Guamachuco, envió el Gobernador á Hernando Pizarro con veinte de caballo y algunos de pié á Guamachuco, que está tres jornadas de Caxamalca, para saber qué se hacia, para que hiciese venir el oro y plata que está en Guamachuco. El capitan Hernando Pizarro se partió de Caxamalca víspera de los Reyes del año 1533; quince dias después llegaron á Caxamalca ciertos cristianos con mucha cuantía de oro y plata, en que vinieron mas de trecientas cargas de oro y plata en cántaros y ollas grandes y otras diversas piezas. Todo lo mandó el Gobernador poner con lo que primero habian traido, en una casa donde Atabalipa tenia puestas guardas, diciendo que él lo queria tener á recaudo, pues habia de cumplir lo que habia prometido, para que venido lo entregase todo junto; y por tenerlo á mejor recaudo puso el Gobernador cristianos que lo guardasen de dia y de noche, y al tiempo que se mete en la casa lo cuentan todo, porque no haya fraude. Con este oro y plata vino un hermano de Atabalipa, y dijo que en Jauja quedaba mayor cuantidad de oro, lo cual traian ya por el camino, y venia con ello uno de los capitanes de Atabalipa, llamado Chilicuchima. Hernando Pizarro escribió al Gobernador que él se habia informado de las cosas de la tierra, y que no habia nueva de ayuntamiento de gente ni de otra cosa, sino que el oro estaba en Jauja, y con ello un capitan, y que le hiciese saber qué mandaba que hiciese, si mandaba que pasase adelante, porque hasta ver su respuesta no se partiria de allí. El Gobernador respondió que llegase á la mezquita, porque tenia preso al guardian della, y Atabalipa habia mandado traer el tesoro que en ella estaba, y que despachase presto de traer todo el oro que en la mezquita hallase, y que le escribiese de cada pueblo lo que le sucediese por el camino; y así lo hizo. Viendo el Gobernador la dilacion que habia en el traer del oro, envió tres cristianos para que hiciesen venir el oro que estaba en Jauja y para que viesen el pueblo del Cuzco, y dió poder á uno dellos para que en su lugar, en nombre de su majestad, tomase posesion del pueblo del Cuzco y de sus comarcas ante un escribano público que con ellos iba; y con ellos envió un hermano de Atabalipa. Y mandóles que no hiciesen mal á los naturales ni les tomasen oro ni otra cosa contra su voluntad, ni hiciesen mas de lo que quisiese aquel principal que con ellos iba, porque no los matasen, y que procurasen de ver el pueblo del Cuzco, y de todo trujesen relacion; los cuales se partieron de Caxamalca á 15 dias de hebrero del año sobredicho.

El capitan Diego de Almagro llegó á este pueblo con alguna gente, y entraron en Caxamalca víspera de Pascua Florida, á 14 de abril del dicho año; el cual fué bien recebido del Gobernador y de los que con él estaban. Un negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco volvió á 28 de abril con ciento y siete cargas de oro y siete de plata; este negro volvió desde Jauja, donde hallaron los indios que venian con el oro, y otros cristianos se fueron al Cuzco; y dijo este negro que vernia el capitan Hernando Pizarro muy presto, que era ido á Jauja á verse con Chilicuchima. El Gobernador mandó poner este oro con lo otro, y contáronse todas las piezas.

A 25 dias del mes de marzo entró en este pueblo de Caxamalca el capitan Hernando Pizarro con todos los cristianos que llevó y con el capitan Chilicuchima. Fuéle hecho muy buen recebimiento por el Gobernador y por los que con él estaban. Trujo de la mezquita veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y dió al Gobernador la relacion que Miguel Estete, veedor (que con él fué en el viaje), hizo; la cual es la siguiente:

LA RELACIÓN DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITAN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA Á PARCAMA, Y DE ALLÍ Á JAUJA.

Miércoles, dia de la Epifanía (que se dice vulgarmente la fiesta de los tres Reyes Magos, á 5 de enero del año de 1533, partió el capitan Hernando Pizarro del pueblo de Caxamalca con veinte de caballo y ciertos escopeteros, y el mismo dia fué á dormir á unas caserías que están cinco leguas deste pueblo. Otro dia fué á comer á otro pueblo que se dice Ichoca, donde fué bien recebido y le dieron lo que fué menester para él y para su gente. Aquel dia fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Guancasanga, subjecto del pueblo de Guamachuco. Otro dia de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cual es grande y está en un valle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamanchoro, del cual el capitan y los que con él iban fueron bien recebidos. Allí vino un hermano de Atabalipa que venia de dar priesa á que viniese el oro del Cuzco; dél supo el capitan que veinte jornadas de allí venia el capitan Chilicuchima y traia toda la cuantidad que Atabalipa habia mandado. Visto que el oro venia tan léjos, el capitan hizo mensajero al Gobernador para saber lo que mandaba que hiciese; que él no pasaria de allí hasta ver su respuesta. En este pueblo se informó de algunos indios si venia tan léjos Chilicuchima; y apremiando á algunos principales, le dijeron que Chilicuchima quedaba siete leguas de allí en el pueblo de Andamarca, con veinte mil hombres de guerra, y que venia á matar á los cristianos y á librar á su señor; y el que esto confesó dijo que habia comido el dia antes con él. Tomado aparte otro compañero deste principal, dijo lo mesmo. Visto esto por el capitan, determinó de ir á verse con Chilicuchima, y ordenada su gente, tomó el camino en la mano, y aquel dia fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Tambo, subjecto de Guamachuco, y allí se tornó á informar, y á todos cuantos indios preguntaba decian lo mismo que los primeros. En este pueblo hubo buena guarda toda la noche, y otro dia por la mañana continuó su camino con mucho concierto, y antes de mediodía llegó al pueblo de Andamarca, y no halló al capitan ni nuevas dél, mas de las que primero el hermano de Atabalipa habia dado, que estaba en un pueblo que se dice Jauja con mucho oro y que venia de camino. En este pueblo de Andamarca lo alcanzó la respuesta del señor Gobernador, en que decia que, pues tenia noticia que Chilicuchima y el oro venian tan léjos, que ya sabia que él tenia en su poder al obispo de la mezquita de Pachacama y el mucho oro que habia mandado; que se informase del camino que habia para ir allá, y que si le parecia que seria bueno ir allá por ello, que fuese; porque entre tanto llegaria lo que venia del Cuzco. El capitan se informó del camino y jornadas que habia hasta la mezquita; y aunque la gente que llevaba iba mal aderezada de herraje y de otras cosas necesarias para tan largo camino, visto el servicio que á su majestad se hacia en ir por aquel oro, porque los indios no lo alzasen, y tambien por ver qué tierra era, y si era dispuesta para poblar en ella cristianos; aunque tuvo noticia que habia en ella muchos rios y puentes de redes, y largo camino y malos pasos, determinó de ir, y llevó algunos principales que habian estado en aquella tierra; y así comenzó su camino á 14 de enero, y el mesmo dia pasó algunos malos pasos y dos rios, y fué á dormir á un pueblo que se dice Totopamba, que está en una ladera. De los indios fué bien recebido y dieron bien de comer y todo lo que fué menester para aquella noche, y indios para las cargas. Otro dia salió deste pueblo y fué á dormir á otro pequeño pueblo que se dice Coronga; al medio camino está un gran puerto de nieve, y por todo el camino mucha cuantidad de ganados con sus pastores que lo guardan, y tienen sus casas en las sierras al modo de España. En este pueblo dieron comida y todo lo que fué menester, y indios para las cargas; este pueblo es subjecto de Guamachuco. Otro dia partió deste pueblo, y fué á dormir á otro pequeño que se dice Pinga, y no se halló en él gente, porque se ausentaron de miedo. Esta jornada fué muy mala, porque habia una bajada de escaleras hechas de piedra, muy agra y peligrosa para los caballos. Otro dia á hora de comer llegó á un pueblo grande que está en un valle; en medio del camino hay un rio grande muy furioso; tiene dos puentes juntas hechas de red, desta manera, que sacan un gran cimiento desde el agua y lo suben bien alto, y de una parte del rio á otra hay unas maromas hechas de bejucos, á manera de mimbres, tan gruesas como el muslo, y tiénenlas atadas con grandes piedras, y de la una á la otra hay anchor de una carreta, y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen unas piedras grandes para que apesgue la puente. Por la una destas pasa la gente comun, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes: esta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasase el capitan y su gente, y los caballos pasaron muy bien. En este pueblo descansó el capitan dos dias, porque la gente y los caballos iban fatigados del mal camino; en este pueblo fueron los cristianos muy bien recebidos y servidos de comida y de todo lo que fué menester; llámase el señor deste pueblo Pumapaecha. El dia siguiente se partió el capitan deste pueblo y fué á comer á un pueblo pequeño, donde dieron todo lo necesario, y junto á este pueblo se pasó otra puente de red como la otra, y fué á dormir dos leguas de allí á otro pueblo, donde le salieron á recebir de paz y dieron comida para los cristianos y indios que llevasen las cargas. Esta jornada fué por un valle abajo de maizales y pueblos pequeños de una parte y otra de camino. Otro dia domingo partió deste pueblo, y por la mañana llegó á otro pueblo, donde recibió el capitan y los que con él iban mucho servicio, y á la noche llegaron á otro pueblo, donde asimesmo les fué hecho mucho servicio, y presentaron los indios de aquel pueblo muchas ovejas y chicha y todo lo demás que fué menester. Toda aquella tierra es muy abundante de ganados y maiz, que yendo los cristianos por el camino vian andar los hatos de ovejas por el camino. El dia siguiente partió el capitan de aquel pueblo, y por el valle fué á comer á un pueblo grande que se dice Guaraz, y el señor dél Pumacapillay, donde dél y de sus indios fué bien proveido de comida y gente para llevar las cargas. Este pueblo está en un llano, pasa un rio junto á él; desde

él se parecen otros pueblos, adonde hay muchos ganados y maíz. Solamente para dar de comer al capitan y á su gente que con él iba, tenian en un corral docientas cabezas de ganado. De aquí salió el capitan tarde, y fué á dormir á otro pueblo que se dice Sucaracoay, donde le hicieron buen recebimiento; llámase el señor deste pueblo Marcocana. En este pueblo descansó el capitan un dia, porque la gente y los caballos venian cansados del mal camino. En este pueblo hubo buena guarda, porque era grande y Chilicuchima estaba cerca con cincuenta y cinco mil hombres. Otro dia partió deste pueblo por un valle de labranzas y mucho ganado; fué á dormir dos leguas de allí, á un pueblo pequeño que se dice Pachicoto. Aquí dejó el camino real que va al Cuzco y tomó el de los llanos. Otro dia partió deste pueblo, fué á dormir á otro que se dice Marcara; el señor dél se llama Corcora; este es de señores de ganado que tienen en él sus pastores, y en cierto tiempo del año los llevan allí á apacentar, como hacen en Castilla, en Extremadura; deste pueblo corren las aguas hácia la mar, y se hace el camino difícil, porque toda la tierra adentro es muy fria y de mucha agua y nieve, y la costa muy caliente, y llueve muy poco, que no basta para lo que siembran, sino que de las aguas que bajan de la sierra riegan la tierra, la cual es muy abundosa de mantenimientos y frutas. Otro dia partió deste pueblo, y por un rio abajo de frutales y labranzas fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Guaracanga, y otro dia fué á dormir á un pueblo grande que se dice Parpunga, que está junto á la mar; tiene una casa fuerte con cinco cercas ciegas, pintada de muchas labores por de dentro y por de fuera, con sus portadas muy bien labradas á la manera de España, con dos tigres á la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados, de miedo de ver una gente nunca antes vista y los caballos, de los cuales se maravillaban mas; y el capitan les hizo hablar por la lengua que llevaban, asegurándolos, y ellos sirvieron bien. En este pueblo tornó á tomar otro camino mas ancho, que está hecho á mano por las poblaciones de la costa, tapiado de paredes de una parte y de la otra. En este pueblo de Parpunga estuvo el capitan dos dias porque la gente descansase y por esperar herraje. Partiendo el capitan deste pueblo, pasaron él y su gente un rio en balsas y los caballos á nado, y fué á dormir á un pueblo que se dice Guamamayo, que está en un barranco sobre la mar; junto á este pueblo se pasó otro rio á nado con mucha dificultad, porque iba muy crecido y furioso. En estos rios de las costas no hay puentes, porque van muy grandes y derramados; el señor deste pueblo y su gente lo hicieron bien en ayudar á pasar las cargas, y dieron muy bien de comer á los cristianos, y gente para las cargas. Deste pueblo partió el capitan con su gente á 9 dias del mes de enero, y fué á dormir á otro pueblo sujeto de Guamamayo, que son tres leguas de camino, la mayor parte poblado de labranzas y arboledas y fructales; el camino limpio y tapiado; este dia fué á dormir á un pueblo muy grande que está cerca de la mar, que se dice Guarna. Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de aposentos; los cristianos fueron bien servidos de los señores del pueblo y de sus indios, y dieron todo lo que tuvieron menester en aquel dia. Luego el siguiente dia se partió el capitan y su gente, y fueron á dormir á un pueblo que se llama Llachu, que se le puso nombre el pueblo de las Perdices, porque en cada casa habia muchas perdices puestas en jaulas. Los indios deste pueblo salieron de paz y holgáronse mucho con el capitan y sirviéronle bien, y el cacique deste pueblo nunca pareció. Otro dia partió el capitan deste pueblo algo de mañana, porque le habian hecho saber que era grande la jornada, y fué á comer á un pueblo grande que se llama Suculacumbi, que hay cinco leguas de camino. El señor del pueblo y los indios salieron de paz y dieron todo lo necesario de comida para aquel dia; y á hora de vísperas salieron el capitan y su gente deste pueblo por allegar otro dia al pueblo donde estaba la mezquita; y pasó un gran rio á vado y por el camino tapiado, y fué á dormir á un lugar del sobredicho pueblo, legua y media dél. Otro dia domingo, á 30 de enero, partió el capitan deste pueblo, y sin salir de arboledas y pueblos llegó á Pacalcami, que es el pueblo donde está la mezquita. A medio camino está otro pueblo, donde el capitan comió. El señor de Pacalcami y los principales dél salieron á recebir á los cristianos de paz y mostraron mucha voluntad á los españoles. Luego el capitan se fué á posentar con su gente á unos aposentos muy grandes que están á una parte del pueblo, y luego dijo el capitan que iba por mandado del señor Gobernador por el oro de aquella mezquita, que el Cacique habia mandado al señor Gobernador, y que luego lo juntasen y se lo diesen, ó lo llevasen adonde el señor Gobernador estaba; y juntándose todos los principales del pueblo y los pajes del ídolo, dijeron que lo darian, y anduvieron disimulando y dilatando. En conclusion, que trujeron muy poco y dijeron que no habia mas. El capitan disimuló con ellos, y dijo que queria ir á ver aquel ídolo que tenian y que lo llevasen allá, y así fué llevado. El ídolo estaba en una buena casa bien pintada, en una sala muy escura, bidionda y muy cerrada; tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cria y sostiene y cria los mantenimientos; á los piés dél tenian ofrecidas algunas joyas de oro; tiénenle en tanta veneracion, que solos sus pajes y criados que dicen que él señala, esos le sirven, y otro no osa entrar, ni tienen á otro por digno de tocar con la mano en las paredes de su casa. Averiguóse que el diablo se reviste en aquel ídolo y habla con aquellos sus aliados, y les dice cosas diabólicas que manifiestan por toda la tierra. A este tienen por dios y le hacen muchos sacrificios; vienen á este diablo en peregrinacion de trescientas leguas con oro y plata y ropa, y los que llegan van al portero y piden su don, y él entra y habla con el ídolo, y él dice que se lo otorga. Antes que ninguno destos sus ministros entre á servirle, dicen que ha de ayunar muchos dias y no se ha de allegar á mujer. Por todas las calles deste pueblo y á las puertas principales dél, y á la redonda desta casa, hay muchos ídolos de palo, y los adoran á imitacion de su diablo. Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez, que es al principio deste gobernamiento, toda la gente desta costa servia á esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo; tenian sus casas y mayordomos adonde echaban el tributo,

adonde se halló algun oro y muestra de haber alzado mucho mas; averiguóse con muchos indios haberlo alzado por mandado del diablo. Muchas cosas se podrian decir de las idolatrías que se hacen á este ídolo; mas por evitar prolejidad no las digo, mas de cuanto se dice entre los indios que aquel ídolo les hace entender que es su dios y que los puede hundir si le enojan y no le sirven bien, y que todas las cosas del mundo están en su mano. Y la gente estaba tan escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitan á verle, que pensaban que en yéndose de allí los cristianos los habia de destruir á todos. Los cristianos dieron á entender á los indios el gran yerro en que estaban, y que el que hablaba dentro de aquel ídolo es el diablo, que los tenia engañados, y amonestáronles que de allí adelante no creyesen en él ni hiciesen lo que les aconsejase, y otras cosas acerca de sus idolatrías. El capitan mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y quebrarle delante de todos, y les dió á entender muchas cosas de nuestra santa fe católica, y les señaló por armas para que se defendiesen del demonio la señal de la cruz ✝. Este pueblo de Xachacama es gran cosa, tiene junto á esta mezquita una casa del sol, puesta en un cerro, bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados, como en España; el pueblo parece ser antiguo, por los edificios caidos que en él hay; lo mas de la cerca está caida. El principal señor dél se llama Taurichumbi. A este pueblo vinieron los señores comarcanos á ver al capitan con presentes de lo que habia en su tierra y con oro y plata; maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitan á entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado. El señor de Malaque, llamado Lincoto, vino á dar la obediencia á su majestad, y trujo presente de oro y plata; el señor de Hoar, llamado Alincay, hizo lo mesmo; el señor de Gualco, llamado Guarilli, asimismo trujo oro y plata; el señor de Chincha, con diez principales suyo, trujeron presentes de oro y plata; este señor dijo que se llamaba Tambianvea, y el señor de Guarva, llamado Guaxchapaicho, y el señor de Colixa, llamado Aci, y el señor de Sallicaimarca, llamado Ispilo, y otros señores y principales de las comarcas traian sus presentes de oro y plata, que se juntó, con lo que fué sacado de la mezquita, noventa mil pesos. A todos estos caciques habló el capitan muy bien, agradesciéndoles su venida; y mandóles, en nombre de su majestad, que siempre lo hiciesen así, y envióles muy contentos.

En este pueblo de Xachacama tuvo el capitan Hernando Pizarro noticia que Chilicuchima, capitan de Atabalipa, estaba cuatro jornadas de allí con mucha gente y con el oro, y que no queria pasar de allí, antes decia que venia á dar guerra á los cristianos. El capitan le envió un mensajero asegurándole, y envióle á decir que viniese con el oro, que ya sabia que su señor estaba preso y habia muchos dias que le esperaba, y que tambien estaba enojado el señor Gobernador de su tardanza, y otras muchas cosas le envió á decir, asegurándolo para que viniese; porque él no podia ir á verse con él, porque habia mal camino para los caballos, y que en un pueblo que estaba en el camino, el que mas presto llegase aguardase al otro. Chilicuchima envió á decir que él haria lo que el capitan mandaba, y que en ello no habria otra cosa. Y así, el capitan se despachó del dicho pueblo de Xachacama para venir á juntarse con Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Guarva que está en el llano junto á la mar, y allí dejó la costa y tornó á entrar por la tierra adentro. A 3 dias del mes de marzo salió el capitan Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un rio arriba, cercado de muchas arboledas, todo aquel dia, y á la noche fué á dormir á un pueblo que está en la ribera deste rio; este pueblo donde el capitan fué á dormir está subjecto al sobredicho pueblo de Guarva, y llámase Guaranga. El dia siguiente partió el capitan deste pueblo, y fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Aillon, que está situado junto á la sierra, el cual es subjecto á otro pueblo mas principal llamado Aratambo, de muchos ganados y maíz.

Otro dia, á 5 dias del dicho mes, fué á dormir á otro pueblo subjecto de Caxatambo, que se dice Chincha. En el camino está un puerto de nieve muy agro, la nieve daba á las cinchas de los caballos; este pueblo es de muchos ganados; aquí estuvo el capitan dos dias. Sábado, á 7 del dicho mes, partió deste pueblo y fué á dormir á Caxatambo; este es un muy gran pueblo, situado en un valle hondo, donde hay muchos ganados, y por todo el camino hay muchos corrales de ovejas.

Llámase el señor deste pueblo Sachao; hízolo bien en el servicio de los españoles. En este pueblo tornó á tomar el camino ancho por donde el dicho Chilicuchima habia de ir; hay tres dias de traviesa. Aquí se informó el capitan si habia pasado á juntarse con él, como habia quedado; todos los indios le decian que habia pasado y llevaba todo el oro; y segun después pareció, ellos estaban avisados que lo dijesen así, porque el capitan se viniese, y él quedaba en Jauja sin pensamiento de venir; y como se cree destos indios que pocas veces dicen verdad, el capitan determinó, aunque fué gran trabajo y peligro, de salir al camino real por donde Chilicuchima habia de venir, para saber si habia pasado, y si no fuese pasado, ir á verse con él do quiera que estuviese, así por traer el oro como por deshacer el ejército que tenia y atraerlo por bien, y si no quisiese, dar en él y prenderlo. Y así, el capitan con su gente tomó la via de un pueblo grande, llamado Pombo, que está en el camino real. Lúnes, á 9 de dicho mes, fué á dormir á un pueblo que está entre sierras, que se dice Oyu. El Cacique salió de paz, y dió á los cristianos todo lo que tuvieron menester para aquella noche. Otro dia de mañana fué el capitan á dormir á un pueblo chico de pastores que está cerca de una laguna de agua dulce, que tiene tres leguas de circúito, en un llano donde hay muchos ganados medianos como los de España y de lana muy fina. Otro dia miércoles por la mañana llegó el capitan con su gente al pueblo de Pombo, y saliéronle á recebir todos los señores del pueblo y algunos capitanes de Atabalipa que estaban allí con cierta gente. Allí halló el capitan ciento y cincuenta arrobas de todo oro que Chilicuchima enviaba, y él quedaba con su gente en Jauja. Luego como el capitan se aposentó y preguntó á los capitanes de Atabalipa qué era la causa que Chilicuchima enviaba aquel oro, y no venia él, como habia prometido, ellos respondieron que porque él te-

nia mucho miedo de los cristianos no habia venido, y tambien porque esperaba mucho oro que venia del Cuzco y no osaba ir con tan poco. El capitan Hernando Pizarro hizo un mensajero desde este pueblo á Chilicuhima asegurándole, y haciéndole saber que, pues él no habia venido, que él iba adonde estaba, que no tuviese miedo. En este pueblo descansó un dia, por llevar los caballos algo aliviados para si fuese menester pelear.

Viérnes, á 14 dias de dicho mes de marzo, se partió el capitan con toda su gente de pié y de caballo, y del dicho pueblo de Pombo para ir á Jauja, y este dia fué á dormir á un pueblo llamado Xacamalca, seis leguas de tierra llana del pueblo de donde partió; hay en el campo una laguna de agua dulce que comienza de junto á este pueblo, y tiene de circúito ocho ó diez leguas, toda cercada de pueblos, y cerca della hay muchos ganados, y hay en ella aves de agua de muchas maneras y pescados pequeños. En esta laguna tuvo el padre de Atabalipa y él muchas balsas traidas de Túmbez para su recreacion. Sale desta laguna un rio que va al pueblo de Pombo, y pasa de una parte dél muy sesgo y hondable, y pueden venir por él á desembarcar á una puente que está junto al pueblo; los que pasan pagan portazgo, como en España. Por todo este rio hay muchos ganados, y púsose por nombre Guadiana, porque le parece mucho.

Sábado, á 15 dias del dicho mes, partió el capitan del pueblo de Xacamalca, y fué á comer á una casa que está tres leguas de allí, donde tenia buen recebimiento de comida, y fué á dormir otras tres leguas adelante, á un pueblo llamado Carma, que está en una ladera de una sierra. Allí le llevaron á aposentar en una casa pintada que tiene muy buenos aposentos. El señor deste pueblo lo hizo bien, así en el dar de comer como en dar gente para las cargas. Domingo por la mañana se partió el capitan deste pueblo, porque era algo grande la jornada, y comenzó á caminar su gente puesta en órden, recelando que Chilicuchima estaba de mal arte, porque no le habia hecho mensajero. A hora de vísperas llegó á un pueblo llamado Yanaimalca; del pueblo le salieron á recebir; allí supo que Chilicuchima estaba fuera de Jauja, de donde tuvo mas sospecha, y porque estaba una legua de Jauja, en acabando de comer caminó, y llegando á vista della y desde un cerro, vieron muchos escuadrones de gente, y no sabian si eran de guerra ó del pueblo. Llegado el capitan con su gente á la plaza principal del dicho pueblo, vieron que los escuadrones eran de gente del pueblo, que se habian juntado para hacer fiestas. Luego como el capitan llegó, ante de apearse, preguntó por Chilicuchima, y dijéronle que era ido á otros pueblos y que otro dia se vernia. So color de ciertos negocios, él se habia ausentado hasta saber de los indios que venian con el capitan el propósito que los españoles llevaban; porque, como él via que habia hecho mal en no cumplir lo que habia prometido, y que el capitan habia venido ochenta leguas á verse con él, y por estas causas sospechó que iba á prenderle ó matarle, y por el miedo que este capitan tenia á los cristianos, especialmente á los de caballo, por eso se ausentó. El capitan llevaba consigo á un hijo del Cuzco viejo, el cual, como supo que Chilicuchima se habia ausentado, dijo que queria ir adonde él estaba; y así, fué en unas andas. Toda aquella noche estuvieron los caballos ensillados y enfrenados, y mandó á los señores del pueblo que ningun indio pareciese en la plaza, porque los caballos estaban enojados y los mataran. Otro dia siguiente vino aquel hijo del Cuzco, y con él Chilicuchima, los dos en andas bien acompañados; y entrando por la plaza se apeó, y dejó toda la gente, y con algunos que le acompañaban fué á la posada del capitan Hernando Pizarro á verle y á desculparse por no haber ido, como lo habia prometido, y como no le habia salido á recebir, diciendo que no habia podido mas con sus grandes ocupaciones; y preguntándole el capitan cómo no habia ido á juntarse con él, segun lo habia prometido, Chilicuchima respondió que su señor Atabalipa le habia enviado á mandar que se estuviese quedo; el capitan le respondió que ya no tenia nengun enojo dél; pero que se aparejase, que habia de ir con él adonde estaba el Gobernador, el cual tenia preso á su señor Atabalipa, y que no le habia de soltar hasta que diese el oro que habia mandado, y que él sabia cómo tenia mucho oro; que lo allegase todo, y que se fuesen juntos, y que le seria hecho buen tratamiento. Chilicuchima respondió que su señor le habia enviado á mandar que se estuviese quedo; que si no le enviase á mandar otra cosa, que no osaria ir; porque, como aquella tierra era nuevamente conquistada, si él se fuese tornaríase á rebelar. Hernando Pizarro estuvo porfiando con él mucho; en conclusion, quedó que él se veria en ello aquella noche, y por la mañana le hablaria. El capitan lo queria atraer por buenas razones por no alborotar la tierra, porque pudiera venir daño á tres españoles que eran idos á la ciudad del Cuzco. Otro dia por la mañana Chilicuchima fué á su posada, y dijo que, pues el queria que fuese con él, que no podia hacer otra cosa de lo que mandaba; que él se queria ir con él, y que dejaria otro capitan con la gente de guerra que allí tenia; y aquel dia juntó hasta treinta cargas de oro bajo, y concertaron de irse desde á dos dias; en los cuales vinieron hasta treinta ó cuarenta cargas de plata; en estos dias se guardaron mucho los españoles, y de dia y de noche estaban los caballos ensillados, porque aquel capitan de Atabalipa se vido tan poderoso de gente, que si hobiera dado de noche en los cristianos hiciera gran daño. Este pueblo de Jauja es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra muy templada, pasa cerca del pueblo un rio muy poderoso; es tierra abundosa; el pueblo está hecho á la manera de los de España, y las calles bien trazadas; á vista dél hay otros pueblos subjectos á él; era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que, al parecer de los españoles, se juntaban cada dia en la plaza principal cien mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gentes, que parecia que no faltaba persona. Habia hombres que tenian cargo de contar toda esta gente, para saber los que venian á servir á la gente de guerra; otros tenian cargo de mirar lo que entraba en el pueblo. Tenia Chilicuchima mayordomos que tenian cargo de proveer de mantenimientos á la gente; tenia muchos carpinteros que labraban madera, y otras muchas grandezas tenia acerca de su servicio y guarda de su persona; tenia en su casa tres ó cuatro porteros. Finalmente, en su servicio y en todo lo demás imitaba á

su señor; este era temido en toda aquella tierra porque era muy valiente hombre, que habia conquistado, por mandado de su señor, mas de seiscientas leguas de tierra, donde hubo muchos recuentros en el campo y en pasos malos, y en todos fué vencedor, y ninguna cosa le quedó por conquistar en toda aquella tierra.

Viérnes, á 20 dias del mes de marzo, partió el capitan Hernando Pizarro del dicho pueblo de Jauja para dar la vuelta al pueblo de Caxamalca, y con él Chilicuchima, y por las mesmas jornadas vino hasta el pueblo de Pombo, adonde viene á salir el camino real del Cuzco; donde estuvo el dia que llegó y otro. Miércoles partieron del dicho pueblo de Pombo, y por unos llanos, donde habia muchos hatos de ganado, fueron á dormir á unos aposentos grandes. Este dia nevó mucho. Otro dia fueron á dormir á un pueblo que está entre unas sierras, que se dice Tambo; hay junto á él un hondo rio, donde hay una puente, y para bajar al rio hay una escalera de piedra muy agra, que habiendo resistencia de arriba, harian mucho daño. El capitan fué bien servido del señor deste pueblo de todo lo que fué menester para él, y hicieron gran fiesta por respecto del capitan Hernando Pizarro, y tambien porque venia con él Chilicuchima, á quien solian hacer fiestas. Otro dia fueron á dormir á otro pueblo llamado Tonsucancha, y el cacique principal dél se llama Tillima; aquí tuvieron buen recebimiento, y hubo mucha gente de servicio; porque, aunque el pueblo era pequeño, acudieron allí los comarcanos á recebir y ver á los cristianos. En este pueblo hay muchos ganados pequeños de muy buena lana, que parece á la de España. Otro dia fueron á dormir á otro pueblo que se dice Guaneso, que habia de allí cinco leguas de camino, lo mas dél enlosado y empedrado, y hechas sus acequias por do va el agua. Dicen que fué hecho por causa de las nieves que en cierto tiempo del año caen por aquella tierra. Este pueblo de Guaneso es grande y está en un valle cercado de sierras muy agras; tiene el valle tres leguas en circúito, y por la una parte, viniendo á este pueblo de Caxamalca, hay una gran subida muy agra; en este pueblo hicieron buen recebimiento al capitan y á los cristianos, y dos dias que allí estuvieron hicieron muchas fiestas. Este pueblo tiene otros comarcanos que le son subjectos; es tierra de muchos ganados. El postrimero dia del sobredicho mes partió el capitan con su gente deste pueblo, y llegaron á una puente de un rio caudal, hecha de maderos muy gruesos, y en ella habia porteros que tenian cargo de cobrar el portazgo, como entre ellos es costumbre. Este dia fueron á dormir á cuatro leguas de aqueste pueblo donde Chilicuchima tuvo proveido de todo lo que fué menester para aquella noche. Otro dia, 1.º del mes de abril, partieron deste pueblo, y fueron á dormir á otro que se llama Pincosmarca; este pueblo está en la ladera de una sierra agra; llámase el Cacique Parpay. Otro dia partió el capitan deste pueblo, y fué á dormir tres leguas de allí, á un buen pueblo llamado Guari, donde hay otro rio grande y hondo, donde hay otra puente. Este lugar es muy fuerte, porque tiene por las dos partes hondos barrancos. Aquí dijo Chilicuchima que habia habido un recuentro con la gente del Cuzco, que le habia aguardado en este paso, y se le defendieron dos ó tres dias; y cuando los del Cuzco iban de vencida, ya que era pasada alguna gente, quemaron la puente, y Chilicuchima y su gente pasaron nadando, y mataron muchos de los del Cuzco. Otro dia partió el capitan deste pueblo, y fuése á dormir á otro lugar que se llama Guacango, que hay cinco leguas de camino. Otro dia se fué á dormir á otro pueblo que se dice Piscobamba; este pueblo es muy grande y está en la ladera de una sierra; llámase el cacique dél Tanguame; deste cacique y de sus indios fué el capitan bien recebido y los cristianos bien servidos. En el medio del camino deste pueblo á Guacacamba hay otro rio hondable, y en él otras dos puentes juntas, hechas de red, como las que arriba dije, que sacan un cimiento de piedra de junto al agua, y de una parte á otra hay unas maromas tan gruesas como el muslo, hechas de bimbres, y sobre ellas atraviesan muchos cordeles gruesos y muy tejidos, y hacen sus bordos altos; y por debajo están unas piedras muy grandes atadas, para tener recia la puente, y los caballos pasaron muy bien la puente, aunque se andaba, que es una cosa muy temerosa de pasar para quien no ha pasado; pero no hay peligro, porque está muy fuerte. En todas estas puentes hay guardas, como en España, y tienen la mesma órden que arriba dije. Otro dia partió el capitan con su gente deste pueblo, y fué á dormir á unas caserías que están á cinco leguas dél. Otro dia partió el capitan con su gente deste pueblo, que se dice Agoa, subjecto de Piscobamba; es buen pueblo y de muchos maizales; está entre sierras; el Cacique y sus indios dieron lo que fué menester aquella noche, y á la mañana dieron la gente de servicio que fué menester. Otro dia fueron el capitan y su gente á dormir á otro pueblo que se dice Conchucho, que son cuatro leguas de camino muy agrio. Este pueblo está en una hoya; media legua antes que lleguen á él va camino muy ancho cortado por peña, hechos en la peña escalones; hay muchos malos pasos, y fuertes si hubiese defensa. Partiendo de allí el capitan y su gente, fueron á dormir á otro pueblo, llamado Andamarca, que es donde se apartó para ir á Pachamaca; á este pueblo se vienen á juntar los dos caminos reales que van al Cuzco. Del pueblo de Pombo á este hay tres leguas de camino muy agrio; en las bajadas y subidas tiene hechas sus escaleras de piedra; por la parte de la ladera tiene su pared de piedra porque no puedan resbalar, porque por algunas partes podrian caer, que se harian pedazos; para los caballos es gran bien, que caerían si no hobiese pared. En medio del camino hay una puente de piedra y madera muy bien hecha, entre dos peñoles, y á la una parte de la puente hay unos aposentos bien hechos y un patio empedrado, donde dicen los indios que cuando los señores de aquella tierra caminaban por allí les tenian hechos banquetes y fiestas.

Deste pueblo vino el capitan Hernando Pizarro por las mesmas jornadas que llevó hasta la ciudad de Caxamalca, donde entró, y con él Chilicuchima, á 25 dias del mes de mayo año de 1533. Aquí se ha visto una cosa que no se ha visto después que las Indias se descubrieron, y aun entre españoles es bien de notar, que al tiempo que Chilicuchima entró por las puertas donde estaba preso su señor, tomó á un indio de los que consigo llevaba y

una carga mediana, y echósela encima, y con él otros muchos principales de aquellos que consigo llevaba; y así cargado él y los otros, entró donde su señor estaba, y cuando lo vió, alzó las manos al sol, y dióle gracias porque se lo había dejado ver; y luego con mucho acatamiento, llorando, se llegó á él y le besó en el rostro y las manos y los piés, y asimismo los otros principales que venian con él. Atabalipa mostró tanta majestad, que, con no tener en todo su reino á quien tanto quisiese, no le miró á la cara ni hizo dél mas caso que del mas triste indio que viniera delante dél; y esto de cargarse para entrar á ver á Atabalipa es cierta cerimonia que se hace á todos los señores que han reinado en aquella tierra. La cual dicha relacion, yo Miguel de Estete, veedor que fuí en el viaje que el dicho capitan Hernando Pizarro hizo, truje de todo lo susodicho, de la manera que sucedió.—*Miguel Estete.*

Prosigue el primer auctor.

Visto por el Gobernador que seis navíos que estaban en el puerto de San Miguel no se podian sostener, y que dilatando su partida se perdieran, y los maestros dellos, que á él vinieron, le habian requerido que los pagase y los despachase, el Gobernador hizo ayuntamiento para despacharlos, y para hacer relacion á su majestad de lo sucedido. E juntamente con los oficiales de su majestad acordó que se hiciese fundicion de todo el oro que hay en este pueblo, que Atabalipa habia hecho traer, y de todo lo demás que llegara ante que la fundicion se acabe, porque fundido y repartido, no se detenga mas aquí el Gobernador, y vaya á hacer la poblacion, como manda su majestad.

Año de 1533, andados trece dias del mes de mayo, se pregonó y comenzó á hacer la fundicion. Pasados diez dias, llegó á este pueblo de Caxamalca uno de los tres cristianos que fueron á la ciudad del Cuzco; este es el que fué por escribano, y trujo la razon de cómo se había tomado posesion en nombre de su majestad en aquella ciudad del Cuzco; asimesmo trujo relacion de los pueblos que hay en el camino, en que dijo que hay treinta pueblos principales, sin la ciudad del Cuzco, y otros muchos pueblos pequeños; y dijo que la ciudad del Cuzco es tan grande como se ha dicho, y que está asentada en una ladera cerca del llano, las calles muy bien concertadas y empedradas, y que en ocho dias que allí estuvieron no pudieron ver todo lo que allí había; y que una casa del Cuzco tenia chapería de oro, que la casa es muy bien hecha y cuadrada, y tiene de esquina á esquina trecientos y cincuenta pasos, y de las chapas de oro que esta casa tenia quitaron setecientas planchas, que una con otra tenian á quinientos pesos, y de otra casa quitaron los indios cuantidad de docientos mil pesos, y que por ser muy bajo no le quisieron recebir, que ternia á siete ó ocho quilates el peso; y que no vieron mas casas chapadas de oro destas dos, porque los indios no les dejaron ver toda la ciudad, y que por la muestra y parecer de la ciudad y de los oficiales della creen que hay mucha riqueza en ella; y que hallaron allí al capitan Quisquis, que tiene esta ciudad por Atabalipa, con treinta mil hombres de guarnicion, con que la guarda, porque confina con caribes y con otras gentes que tienen guerra con aquella ciudad; y otras muchas cosas dijo que hay en aquella ciudad, y de la buena órden della, y que el principal que con ellos fué viene con los otros dos cristianos con seiscientas planchas de oro y plata, y mucha cuantidad que les dió en Jauja el principal que allí dejó Chilicuchima. Por manera que en todo el oro que traen vienen ciento y setenta y ocho cargas, y son las cargas de paligueres, que las traen cuatro indios, y que traen poca plata, y que el oro viene á los cristianos poco á poco y deteniéndose, porque son menester muchos indios para ello, y los vienen recogiendo de pueblo en pueblo, y que cree que llegará á Caxamalca dentro en un mes. El oro que se ha dicho que venia del Cuzco entró en este pueblo de Caxamalca á 13 dias de junio del año sobredicho, y vinieron docientas cargas de oro y veinte y cinco de plata; en el oro al parecer habia mas de ciento y treinta quintales; y después de haber venido esto, vinieron otras sesenta cargas de oro bajo; la mayor parte de todo esto eran planchas, á manera de tablas de cajas, de á tres y á cuatro palmos de largo. Esto quitaron de las paredes de los bohíos, y traian agujeros, que parece haber estado clavadas. Acabóse de hundir y repartir todo este oro y plata que se ha dicho, dia de Santiago; y pesado todo el oro y plata por una romana, hecha la cuenta, reducido todo á buen oro, hubo en todo un cuento y trecientos y veinte y seis mil y quinientos y treinta y nueve pesos de buen oro. De lo cual perteneció á su majestad su quinto, después de sacados los derechos de fundidor, docientos y sesenta y dos mil y docientos y cincuenta y nueve pesos de buen oro. Y en la plata hubo cincuenta y un mil y seiscientos y diez marcos, y á su majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata. De todo lo demás, sacado el quinto y los derechos del hundidor, repartió el Gobernador entre todos los conquistadores que lo ganaron, y cupieron á los de caballo á ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro y á trecientos y sesenta y dos marcos de plata, y los de pié á cuatro mil y cuatrocientos y cuarenta pesos y á ciento y ochenta y un marcos de plata, y algunos á mas y otros á menos, segun pareció al Gobernador que cada uno merecia, segun la cualidad de las personas y trabajo que habian pasado. De cierta cantidad de oro que el Gobernador apartó ante del repartimiento, dió á los vecinos que quedaron en el pueblo de San Miguel y á toda la gente que vino con el capitan Diego de Almagro y todos los mercaderes y marineros que vinieron después de la guerra hecha; por manera que á todos los que en aquella tierra se hallaren alcanzó parte, y por esta causa se puede llamar fundicion general, pues á todos fué general. Vióse en esta hundicion una cosa harto de notar, que hubo un dia que se hundieron ochenta mil pesos, y comunmente se hundian cincuenta ó sesenta mil pesos. Esta hundicion fué hecha por los indios, que hay entre ellos grandes plateros y fundidores, que fundian con nueve forjas.

No dejaré de decir los precios que en esta tierra se han dado por los mantenimientos y otras mercadurías, aunque algunos no lo creerán por ser tan subidos; y puédolo decir con verdad, pues lo vi, y compré algunas

cosas. Un caballo se vendió por mil y quinientos pesos, y otros tres mil y trecientos. El precio comun dellos era dos mil y quinientos, y no se hallaban á este precio. Una botija de vino de tres azumbres sesenta pesos, y yo dí por dos azumbres cuarenta pesos; un par de borceguíes treinta ó cuarenta pesos, unas calzas otro tanto; una capa cien pesos, y ciento y veinte; una espada cuarenta ó cincuenta, una cabeza de ajos medio peso; á este respecto eran las otras cosas (es tanto un peso de oro como un castellano); una mano de papel diez pesos. Yo dí por poco mas de media onza de azafran dañado doce pesos. Muchas cosas habia que decir de los crecidos precios á que se han vendido todas las cosas, y de lo poco en que era tenido el oro y la plata. La cosa llegó á que si uno debia á otro algo le daba de un pedazo de oro á bulto sin lo pesar, y aunque le diese al doble de lo que le debia no se le daba nada, y de casa en casa andan los que debian con un indio cargado de oro buscando á los acreedores para pagar lo que debian.

Dicho se ha cómo se acabó la fundicion y se repartió el oro y plata, y de la riqueza de aquella tierra, y como es tenido en tan poco el oro y plata, así de los españoles como de los indios. Hay lugar de los que son subjectos al Cuzco, que agora estaba por Atabalipa, adonde dicen que hay dos casas hechas de oro, y las pajas dellas, con que están cubiertas, todas hechas de oro. Con el oro que aquí se trujo del Cuzco trajeron algunas pajas hechas de oro macizo con su espigueta hecha al cabo, propria como nace en el campo. Si hobiera de contar la diversidad de las piezas de oro que se trajeron, seria para nunca acabar. Pieza hubo de asiento que pesó ocho arrobas de oro, y otras fuentes grandes con sus caños corriendo agua, en un lago hecho en la misma fuente, donde hay muchas aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro. Asimesmo se sabe por dicho de Atabalipa y de Chilicuchima y otros muchos, que tenia Atabalipa en Jauja ciertas ovejas, y pastores que las guardan, todo hecho de oro, y las ovejas y pastores grandes como los que hay en esta tierra; estas piezas eran de su padre, las cuales prometió dar á los españoles. Grandes cosas se cuentan de las riquezas de Atabalipa y de su padre.

Agora digamos una cosa que no es para dejar de escrebir, y es que pareció ante el señor un cacique señor del pueblo de Caxamalca, y por las lenguas le dijo: «Hágote saber que después que Atabalipa fué preso, envió á Quito, su tierra, y por todas las otras provincias, á hacer ayuntamiento de mucha gente de guerra para venir sobre tí y tu gente y mataros á todos, y que toda esta gente viene con un gran capitan llamado Lluminabe, y que está muy cerca de aquí, y verná de noche y dará en este real, quemándolo por todas partes, y al primero que trabajarán de matar será á tí, y sacarán de prision á su señor Atabalipa. Y de la gente natural de Guito vienen docientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que cómen carne humana, y de otra provincia que se dice Pazalta, y de otras partes, viene gran número de gente.» Oído por el Gobernador este aviso, agradecióle mucho al Cacique, y hízole mucha honra, y mandó á un escribano que lo asentase todo, y hízole sobre ello informacion, y tomó el dicho á un tio de Atabalipa y á algunos señores principales y á algunas indias, y hallóse ser verdad todo lo que le dijo el cacique señor de Caxamalca. El Gobernador habló á Atabalipa, diciendo: «¿Qué traicion es esta que me tienes armada, habiéndote yo hecho tanta honra como á hermano y confiándome de tus palabras?» Y declaróle todo lo que habia sabido y tenia por informacion. Atabalipa respondió diciendo: «¿Búrlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de burlas; ¿qué parte somos yo y toda mi gente para enojar á tan valientes hombres como vosotros? No me digas estas burlas.» Y todo esto sin mostrar semblante de turbacion, sino riendo, por mejor disimular su maldad, y otras muchas vivezas de hombre agudo ha dicho después que está preso, de que los españoles que se las han oido están espantados, de ver en hombre bárbaro tanta prudencia. El Gobernador mandó traer una cadena y que se la echasen á la garganta, y envió dos indios por espías á saber dónde estaba este ejército, porque se decia que estaba á siete leguas de Caxamalca, por ver si estaba en parte donde pudiese enviar sobre ellos ciento de á caballo; y supo que estaba en tierra muy agria y que se venian acercando, y súpose que luego que le fué echada la cadena á Atabalipa envió sus mensajeros á hacer saber á aquel su gran capitan cómo el Gobernador lo habia muerto; y que sabida esta nueva por él y por los de su hueste, se habian retraido atrás; y que tras aquellos mensajeros envió otros, enviándoles á mandar que luego viniesen sin detenerse, enviándoles avisos cómo y por dónde y á qué hora habian de dar en el real, porque él está vivo, y si se tardaban lo hallarian muerto.

Sabido todo esto por el Gobernador, mandó poner mucho recaudo en el real, y que todos los de caballo rondasen toda la noche, y en cada cuarto rondaban cincuenta de caballo, y en el del alba todos ciento y cincuenta; y en todas estas noches no durmieron el Gobernador y sus capitanes, requiriendo las rondas y mirando lo que convenia, y los cuartos que cabian de dormir á la gente no se quitaban las armas, y los caballos estaban ensillados. Con este recaudo estaba el real, hasta un sábado á puesta de sol vinieron dos indios de los que servian á los españoles á decir al Gobernador que venian huyendo de la gente del ejército, que llegaba á tres leguas de allí, y que aquella noche ó otra llegarian á dar en el real de los cristianos, porque á gran priesa se venian acercando, por lo que Atabalipa les habia enviado á mandar. Luego el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de su majestad y de los capitanes y personas de experiencia, sentenció á muerte á Atabalipa, y mandó por su sentencia, por la traicion por él cometida, que muriese quemado si no se tornase cristiano, por la seguridad de los cristianos y por el bien de toda la tierra y conquista y pacificacion della; porque, muerto Atabalipa, luego desbarataria toda aquella gente, y no ternian tanto ánimo para ofender y hacer lo que les habia enviado á mandar. Y así, le sacaron á hacer dél justicia, y llevándole á la plaza, dijo que queria ser cristiano. Luego lo hicieron saber al Gobernador, y dijo que lo bautizasen; y bautizólo el muy reverendo padre fray Vicente de Valverde, que lo iba esforzando. El Gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado á

un palo en la plaza, y así fué hecho; y estuvo allí hasta otro dia por la mañana, que los religiosos y el Gobernador, con los otros españoles, lo llevaron á enterrar á la iglesia con mucha solemnidad, con toda la mas honra que se le pudo hacer. Así acabó este que tan cruel habia sido, con mucho ánimo, sin mostrar sentimiento, diciendo que encomendaba sus hijos al Gobernador. Al tiempo que lo llevaban á enterrar hubo gran llanto de mujeres y criados de su casa. Murió en sábado á la hora que fué preso y desbaratado. Algunos dijeron que por sus pecados murió en tal dia y hora como fué preso; y así pagó los grandes males y crueldades que en sus vasallos habia hecho, porque todos á una voz dicen que fué el mayor carnicero y cruel que los hombres vieron; que por muy pequeña causa asolaba un pueblo, por un pequeño delicto que un solo hombre dél hobiese cometido, y mataba diez mil personas; por tiranía tenia subjecta toda aquella tierra, y de todos era malquisto.

Luego tomó el Gobernador otro hijo del Cuzco viejo, llamado Atabaliba, que mostraba tener amistad á los cristianos, y lo puso en el señorío en presencia de los caciques y señores comarcanos y de otros indios; y les mandó que lo tuviesen todos por señor y le obedeciesen como antes obedecian á Atabalipa, pues este era señor natural por ser hijo legítimo del Cuzco viejo; y todos dijeron que lo ternian por tal señor y le obedescerian, como el Gobernador les mandaba.

Agora quiero decir una cosa admirable, y es, que veinte dias antes que esto acaesciese, ni se supiese de la hueste que Atabalipa habia hecho juntar, estando Atabalipa una noche muy alegre con algunos españoles, hablando con ellos, pareció á deshora una señal en el cielo, á la parte del Cuzco, como cometa de fuego, que duró mucha parte de la noche; y vista esta señal por Atabalipa, dijo que muy presto habia de morir en aquella tierra un gran señor.

Cuando el Gobernador hubo puesto en el estado y señorío desta tierra á Atabaliba el menor (como ya es dicho), díjole el Gobernador que le queria notificar lo que su majestad manda, y lo que ha de hacer y cumplir para ser su vasallo. Atabaliba respondió que habia de estar retraido cuatro dias sin hablar á ninguno, porque así se usa entre ellos cuando un señor muere, para que el sucesor sea temido y obedescido, y luego le dan todos la obediencia. Así, estuvo los cuatro dias retraido, y después asentó con él las paces el Gobernador con solemnidad de trompetas, y le entregó la bandera real, y él la recibió y alzó con sus manos por el Emperador nuestro señor, dándose por su vasallo. Luego todos los señores principales y caciques que presentes se hallaron, con mucho acatamiento lo recibieron por señor y le besaron la mano y en el carrillo; y volviendo las caras al sol, le dieron gracias, las manos juntas, diciendo que les habia dado señor natural. Así fué recebido este señor al estado de Atabalipa, y luego le pusieron una borla muy rica atada por la cabeza, que desciende desde la frente, que cuasi le tapaba los ojos, que entre ellos es corona, que trae el que es señor en el señorío del Cuzco, y así la traia Atabalipa.

Y después de todo esto, algunos de los españoles que habian conquistado la tierra, mayormente los que habia mucho tiempo que estaban allá, y otros que, fatigados de enfermedades y heridas, no podian servir ni estar allá, demandaron licencia al Gobernador, suplicándole que los dejase venir á sus tierras con el oro y plata y piedras y joyas que les habian cabido de su parte; la cual licencia les fué concedida, y algunos dellos vinieron con Hernando Pizarro, hermano del Gobernador, y á otros se les dió después licencia, visto que cada dia le venia gente de nuevo, que concurria á la fama de la riqueza que habian habido. Y el Gobernador dió algunas ovejas y carneros y indios á los españoles á quien habia dado licencia, para que trujesen su oro y plata y ropa hasta el pueblo de San Miguel, y en el camino perdieron algunos particulares oro y plata en cuantidad de mas de veinte y cinco mil castellanos, porque los carneros y ovejas se les huian con el oro y plata, y tambien huian algunos indios. Y en este camino padecieron, desde la ciudad del Cuzco hasta el puerto, que son cuasi docientas leguas, mucha hambre y mucha sed y mucho trabajo, y grande falta de bestias ó personas para que les trujesen sus haciendas. Y así, embarcándose, vinieron á Panamá, y desde allí al Nombre de Dios, adonde se embarcaron, y nuestro Señor los trujo hasta Sevilla, adonde hasta agora son venidas cuatro naos, las cuales trujeron la siguiente cuantidad de oro y plata.

Año de 1533, á 5 dias del mes de deciembre, llegó á esta ciudad de Sevilla la primera destas cuatro naos, en la cual vino el capitan Cristóbal de Mena, el cual trujo suyos ocho mil pesos de oro y novecientos y cincuenta marcos de plata. Item vino un reverendo clérigo, natural de Sevilla, llamado Juan de Sosa, que trujo seis mil pesos de oro y ochenta marcos de plata. Item vinieron en esta nao, allende de lo sobredicho, treinta y ocho mil y novecientos y cuarenta y seis pesos.

Año de 1534, á 9 dias del mes de enero, llegó al rio de Sevilla la segunda nao, nombrada Santa María del Campo, en la cual vino el capitan Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, gobernador y capitan general de la Nueva-Castilla. En esta nao vinieron para su majestad ciento y cincuenta y tres mil pesos de oro y cinco mil y cuarenta y ocho marcos de plata. Mas, trujo para pasajeros y personas particulares trecientos y diez mil pesos de oro y trece mil y quinientos marcos de plata, sin lo de su majestad. Lo sobredicho vino en barras y planchas y pedazos de oro y plata, cerrado en cajas grandes.

Allende de la sobredicha cuantidad, trujo esta nao para su majestad treinta y ocho vasijas de oro y cuarenta y ocho de plata, entre las cuales habia una águila de plata que cabian en su cuerpo dos cántaros de agua, y dos ollas grandes, una de oro y otra de plata, que en cada una cabrá una vaca despedazada; y dos costales de oro, que cabrá en cada uno dos hanegas de trigo, y un ídolo de oro del tamaño de un niño de cuatro años, y dos atambores pequeños. Las otras vasijas eran cántaros de oro y plata, que en cada uno cabrán dos arrobas y mas. Item en esta nao trujeron, de pasajeros, veinte y cuatro cántaros de plata y cuatro de oro.

Este tesoro fué descargado en el muelle y llevado á

la casa de la contratacion; las vasijas á cargas, y lo restante en veinte y siete cajas, que un par de bueyes llevaban dos cajas en una carreta.

En el sobredicho año, el 3.° dia del mes de junio, llegaron otras dos naos; en la una venia por maestre Francisco Rodriguez, y en la otra Francisco Pabon; en las cuales trujeron para pasajeros y personas particulares ciento y cuarenta y seis mil y quinientos y diez y ocho pesos de oro y treinta mil y quinientos y once marcos de plata.

Allende de las vasijas y piezas de oro y plata sobredichas, suma el oro destas cuatro naos setecientos y ocho mil y quinientos y ochenta pesos. Es tanto un peso de oro como un castellano; véndese comunmente cada peso por cuatrocientos y cincuenta maravedis; y contando todo el oro que se registró de todas cuatro naos, sin poner en cuenta las vasijas y otras piezas, suma lo restante trecientos y diez y ocho cuentos y ochocientos y sesenta y un mil maravedís.

Y la plata es cuarenta y nueve mil y ocho marcos. Es cada marco ocho onzas, que, contándolo á dos mil y docientos y diez maravedis, suma toda la plata ciento y ocho cuentos y trecientos y siete mil y seiscientos y ochenta maravedís.

La una de las dos naos postreras que llegaron (en la cual vino por maestre Francisco Rodriguez) es de Francisco de Jerez, natural desta ciudad de Sevilla, el cual escribió esta relacion por mandado del gobernador Francisco Pizarro, estando en la provincia de la Nueva-Castilla, en la ciudad de Caxamalca, por secretario del señor Gobernador.

Á DIOS GRACIAS.

DIRIGE EL AUTOR SUS METROS

AL EMPERADOR REY NUESTRO SEÑOR.

Oh cesarea majestad,
Emperador, rey de España
Y de la gran tierra extraña
Nueva, y de mas cuantidad,
Que el gran Océano baña;
Invicto, semper augusto,
Suplico no os dé mal gusto
El poner ejemplo en vos
Cómo pocas veces Dios
Favoresce sino al justo.
Cuándo vuestra majestad
Niño comenzó á reinar,
Dejábase gobernar,
Conosciendo ser su edad
Tierna para sentenciar;
Mas después, como crescia,
Y mejor ya conoscia
Á qué es obligado el rey,
Comenzó á regir por ley,
Como la ley disponia.
Y en comenzando á regir,
Puso el reino temeroso
Y juntamente amoroso,
Porque comenzó á sentir
Rey severo y piadoso;
Que la gran severidad
Junta está con la piedad,
Porque la severa mano,
Con castigar al tirano,
Pone al pueblo en libertad.
Hizo Dios de dos hermanos
Ser el uno emperador,
Y él hizo por sucesor
Al otro rey de romanos
Y de Hungria rey señor;
Y á vos, Carlo, dió poder
Con que pudistes vencer
Al turco tan poderoso;
Pues justo, sabio, animoso,
¿Qué mas puede rey tener?
Por estas virtudes tales,
Y por vuestra religion,
Quiso Dios, no sin razon,
Daros tales naturales,
Que ponen admiracion.
Tan sabia gente y tan buena,
Tan de esfuerzo y virtud llena,
Que cuando os sucede guerra
Os defienden vuestra tierra
Y os sojuzgan el ajena.
¿Quereis ver qué tales son
Solos vuestros castellanos?
Digan franceses, romanos,
Moros y cualquier nacion,
Cuáles quedan de sus manos.
Ningun señor tiene gente
Tan robusta y tan valiente,
Cristiano, gentil ni moro;
Y este es el cierto tesoro
Para ser el rey potente.
Aventurando sus vidas
Han hecho lo no pensado,
Hallar lo nunca hallado,
Ganar tierras no sabidas,
Enriquecer vuestro estado,
Ganaros tantas partidas
De gentes antes no oidas,
Y tambien, como se ha visto,
Hacer convertirse á Cristo
Tantas ánimas perdidas.
¿Quién pensó ver en un ser
Guerra humana y divinal,
Toda junta en un metal,
Que vencen á Lucifer
Con el arma temporal?
No sé cómo se conciertan
Cosas en que tanto aciertan;
Que solamente con ver
Pocos á muchos vencer,
Les hacen que se conviertan.
De lo que hacen y traen,
Sin saber contar el cuánto,
Nos ponen tan gran espanto,
Que los pensamientos caen,
Que no pueden subir tanto;
Por lo cual tiene Castilla
Una tal ciudad, Sevilla,
Que en todas las de cristianos
Pueden bien los castellanos
Contarla por maravilla.
Della salen, á ella vienen
Ciudadanos labradores,
De pobres hechos señores,
Pero ganan lo que tienen
Por buenos conquistadores;
Y pues para lo escrebir
Sé que no puede cumplir
Memoria, papel ni mano,
De un mancebo sevillano
Que he visto quiero decir.

Entre los muchos que han ido
(Hablo de los que han tornado)
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido,
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrobas buenas,
En nueve cajas bien llenas,
Segun vimos y se suena.
Há veinte años que está allá,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno cuanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener
Lo que ansí ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara,
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara;
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.
Con ventura, que es juez
En cualquiera calidad,
Se partió desta ciudad,
. . . .
En quince años de su edad;
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada,
Con lo demás que traia,
Sin otra mercadería,
Sino su persona armada.
Sobre esta tanta excelencia
Hay mil malos envidiosos,
Maldicientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos;
Con esta envidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dicen dél lo que no tiene,
De envidia de cómo viene;
Mas no le es ninguno igual.
Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forzado,
Debe ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;
Y pues yo, que escribo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuese,
Antes que letra escribiese,
Me he informado bien primero.
Y he sabido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil veces la ha puesto
En arrisco tan perdida
Cuanto está ganada en esto;
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan grande estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.
Es de un Pedro de Jerez,
Hijo, ciudadano honrado;
Yo en mi vida le he hablado,
Sino fué sola una vez
De paso y arrebatado:
Al hijo nunca lo vi,
Mas por lo que dél oí,
Y que por quien es, merece,
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escribí.
Dícenme pues sin reproche
Milite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra,
Dicen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra;
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados,
Sin los mas que da escondido.
Esto he querido escrebir
Para que vuestra majestad,
Porque si alguna maldad
De envidia van á decir,
Sepa de mí la verdad;
Y estos tales el buen rey
Es obligado por ley
Honrar y favorecellos,
Y juntamente con ellos,
Domine, memento mei.
Y porque estoy obligado
Que he de escrebir las hazañas
De los de vuestras Españas,
Cada hecho señalado
En nuestras partes ó extrañas;
Pareciéndome esta cosa
Digna de escrebir en prosa
Y en metro, como la envio,
Tómese el intento mio,
Si no va escrita sabrosa.

FIN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ POR FRANCISCO DE JEREZ.

LA

CRÓNICA DEL PERÚ,

NUEVAMENTE ESCRITA

POR PEDRO DE CIEZA DE LEON,

vecino de Sevilla.

AL MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR DON FILIPE, PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, ETC., NUESTRO SEÑOR.

Muy alto y muy poderoso Señor: Como no solamente admirables hazañas de muchos y muy valerosos varones, sino infinitas cosas dignas de perpetua memoria, de grandes y diferentes provincias, hayan quedado en las tinieblas del olvido por falta de escriptores que las refiriesen, y de historiadores que las tratasen, habiendo yo pasado al Nuevo-Mundo de Indias, donde en guerras y descubrimientos y poblaciones de pueblos he gastado lo mas de mi tiempo, sirviendo á su majestad, á que yo siempre he sido muy aficionado, determiné tomar esta empresa de escrebir las cosas del memorable y gran reino del Perú, al cual pasé por tierra desde la provincia de Cartagena, adonde, y en la de Popayan, yo estuve muchos años. Y después de me haber hallado en servicio de su majestad en aquella última guerra que se acabó contra los tiranos rebeldes, considerando muchas veces su grande riqueza, las cosas admirables que en sus provincias hay, los tan varios sucesos de los tiempos pasados y presentes acaecidos, y lo mucho que en lo uno y en lo otro hay que notar, acordé de tomar la pluma para lo recopilar y poner en efeto mi deseo, y hacer con él á vuestra alteza algun señalado servicio, de manera que mi voluntad fuese conocida; teniendo por cierto vuestra alteza recibiria servicio en ello, sin mirar las flacas fuerzas de mi facultad; antes confiado juzgará mi intencion conforme á mi deseo, y con su real clemencia admitirá la voluntad con que ofrezco este libro á vuestra alteza, que trata de aquel gran reino del Perú, de que Dios le ha hecho señor. No deje de conocer, serenísimo y muy esclarecido Señor, que para decir las admirables cosas que en este reino del Perú ha habido y hay, conviniera que las escribiera un Tito Livio ó Valerio, ó otro de los grandes escriptores que ha habido en el mundo; y aun estos se vieran en trabajo en lo contar; porque, ¿quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son, las sierras altísimas y valles profundos por donde se fue descubriendo y conquistando, los rios tantos y tan grandes, de tan crecida hondura; tanta variedad de provincias como en él hay, con tan diferentes calidades; las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres, ritos y cerimonias extrañas; tantas aves y animales, árboles y peces tan diferentes y ignotos? Sin lo cual, ¿quién podrá contar los nunca oidos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? Quién pensará ó podrá afirmar los inopinados casos que en las guerras y descubrimientos de mil y seiscientas leguas de tierra les han sucedido: las hambres, sed, muertes, temores y cansancio? De todo esto hay tanto que decir, que á todo escriptor cansara en lo escrebir. Por esta causa, de lo mas importante dello, muy poderoso Señor, he hecho y copilado esta historia de lo que yo vi y traté, y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar. Y no tuviera atrevimiento de ponerla en juicio de la contrariedad del mundo, si no tuviera esperanza que vuestra alteza, como cosa suya, la ilustrará, ampa-

rará y defenderá de tal suerte, que por todo él libremente ose andar; porque muchos escriptores ha habido que con este temor buscan príncipes de gran valor á quien dirigir sus obras, y de algunas no hay quien diga haber visto lo que tratan, por ser lo mas fantasiado, y cosa que nunca fué. Lo que yo aquí escribo son verdades y cosas de importancia, provechosas, muy gustosas, y en nuestros tiempos acaecidas, y dirigidas al mayor y mas poderoso príncipe del mundo, que es á vuestra alteza. Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Mas ni esto, ni las asperezas de tierras, montañas y rios ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escrebir y seguir á mi bandera y capitan sin hacer falta. Por haber escripto esta obra con tantos trabajos, y dirigirla á vuestra alteza, me parece debria bastar para que los lectores me perdonasen las faltas que en ella á su juicio habrá. Y si ellos no perdonaren, á mí me basta haber escripto lo cierto; porque esto es lo que mas he procurado, porque mucho de lo que escribo vi por mis ojos estando presente, y anduve muchas tierras y provincias por ver lo mejor; y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios. Plega al todopoderoso Dios, pues fué servido de hacer á vuestra alteza señor de tan grande y rico reino como es el Perú, le deje vivir y reinar por muchos y muy felices tiempos, con aumento de otros muchos reinos y señoríos.

PROEMIO DEL AUTOR,

EN QUE SE DECLARA EL INTENTO DESTA OBRA Y LA DIVISION DELLA.

Habiendo yo salido de España, donde fuí nacido y criado, de tan tierna edad, que casi no habia enteros trece años, y gastado en las Indias del mar Océano tiempo de mas de diez y siete, muchos dellos en conquistas y descubrimientos, y otros en nuevas poblaciones y en andar por unas y por otras partes; y como notase tan grandes y peregrinas cosas como en este Nuevo-Mundo de Indias hay, vínome gran deseo de escrebir algunas dellas, de lo que yo por mis propios ojos habia visto, y tambien de lo que habia oido á personas de gran crédito. Mas, como mirase mi poco saber, desechaba de mí este deseo, teniéndolo por vano; porque á los grandes juicios y dotos fué concedido el componer historias, dándoles lustre con sus claras y sabias letras, y á los no tan sabios, aun pensar en ello es desvarío; y como tal, pasé algun tiempo sin dar cuidado á mi flaco ingenio, hasta que el todopoderoso Dios, que lo puede todo, favoreciéndome con su divina gracia, tornó á despertar en mí lo que ya yo tenia olvidado. Y cobrando ánimo, con mayor confianza determiné de gastar algun tiempo de mi vida en escrebir historia. Y para ello me movieron las causas siguientes:

La primera, ver que en todas las partes por donde yo andaba ninguno se ocupaba en escrebir nada de lo que pasaba. Y que el tiempo consume la memoria de las cosas, de tal manera, que si no es por rastros y vias exquisitas, en lo venidero no se sabe con verdadera noticia lo que pasó.

La segunda, considerando que, pues nosotros y éstos indios todos, todos traemos origen de nuestros antiguos padres Adan y Eva, y que por todos los hombres el Hijo de Dios descendió de los cielos á la tierra, y vestido de nuestra humanidad, recibió cruel muerte de cruz para nos redemir y hacer libres del poder del demonio, el cual demonio tenia estas gentes, por la permision de Dios, opresas y captivas tantos tiempos habia; era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gentes como destos indios habia fué reducida al gremio de la santa madre Iglesia, con trabajo de españoles; que fué tanto, que otra nacion alguna de todo el universo no lo pudiera sufrir. Y así los eligió Dios para una cosa tan grande, mas que á otra nacion alguna.

Y tambien porque en los tiempos que han de venir se conozca lo mucho que ampliaron la corona real de Castilla. Y como siendo su rey y señor nuestro invictísimo emperador, se poblaron los ricos y abundantes reinos de la Nueva-España y Perú, y se descubrieron otras ínsulas y provincias grandísimas.

Y así, al juicio de varones dotos y benévolos suplico sea mirada esta mi labor con equidad, pues

saben que la malicia y murmuracion de los ignorantes y insipientes es tanta, que nunca les falta qué redargüir ni qué notar. De donde muchos, temiendo la rabiosa envidia destos escorpiones, tuvieron por mejor ser notados de cobardes que de animosos, en dar lugar que sus obras saliesen á luz.

Pero yo ni por temor de lo uno ni de lo otro dejaré de salir adelante con mi intencion, teniendo en mas el favor de los pocos y sabios que el daño que de los muchos y vanos me puede venir.

Tambien escrebí esta obra para que los que, viendo en ella los grandes servicios que muchos nobles caballeros y mancebos hicieron á la corona real de Castilla, se animen y procuren de imitarlos. Y para que, notando, por el consiguiente, cómo otros no pocos se extremaron en cometer traiciones, tiranías, robos y otros yerros, tomando ejemplo en ellos y en los famosos castigos que se hicieron, sirvan bien y lealmente á sus reyes y señores naturales.

Por las razones y causas que dicho tengo, con toda voluntad de proseguir, puse mano en la presente obra; la cual, para que mejor se entienda, la he dividido en cuatro partes, ordenadas en la manera siguiente:

Esta primera parte trata la demarcacion y division de las provincias del Perú, así por la parte de la mar como por la tierra, y lo que tienen de longitud y latitud; la descripcion de todas ellas; las fundaciones de las nuevas ciudades que se han fundado de españoles; quién fueron los fundadores; en qué tiempo se poblaron; los ritos y costumbres que tenian antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar.

En la segunda parte trataré el señorío de los ingas yupangues, reyes antiguos que fueron del Perú, y de sus grandes hechos y gobernacion; qué número dellos hubo, y los nombres que tuvieron; los templos tan soberbios y suntuosos que edificaron; caminos de extraña grandeza que hicieron; y otras cosas grandes que en este reino se hallan. Tambien en este libro se da relacion de lo que cuentan estos indios del diluvio, y de cómo los ingas engrandescen su orígen.

En la tercera parte trataré el descubrimiento y conquistas deste reino del Perú, y de la grande constancia que tuvo en él el marqués don Francisco Pizarro, y los muchos trabajos que los cristianos pasaron cuando trece dellos con el mismo Marqués (permitiéndolo Dios) lo descubrieron. Y después que el dicho don Francisco de Pizarro fué por su majestad nombrado por gobernador, entró en el Perú, y con ciento sesenta españoles lo ganó, prendiendo á Atabaliba. Y asimesmo en esta tercera parte se trata la llegada del adelantado don Pedro de Albarado, y los conciertos que pasaron entre él y el gobernador don Francisco Pizarro. Tambien se declaran las cosas notables que pasaron en diversas partes deste reino, y el alzamiento y rebelion de los indios en general, y las causas que á ello les movió. Trátase la guerra tan cruel y porfiada que los mismos indios hicieron á los españoles que estaban en la gran ciudad del Cuzco, y las muertes de algunos capitanes españoles y indios; donde hace fin esta tercera parte en la vuelta que hizo de Chile el adelantado don Diego de Almagro, y con su entrada en la ciudad del Cuzco por fuerza de armas, estando en ella por justicia mayor el capitan Hernando Pizarro, caballero de la órden de Santiago.

La cuarta parte es mayor escriptura que las tres dichas, y de mas profundas materias. Es dividida en cinco libros, y á estos intitulo *Las guerras civiles del Perú;* donde se verán cosas extrañas que en ninguna parte del mundo han pasado entre gente tan poca y de una misma nacion.

El primero libro destas *Guerras civiles* es de la guerra de las Salinas: trata la prision del capitan Hernando Pizarro por el adelantado don Diego de Almagro; y cómo se hizo recebir por gobernador en la ciudad del Cuzco, y las causas por que la guerra se comenzó entre los gobernadores Pizarro y Almagro; los tratos y conciertos que entre ellos se hicieron hasta dejar en manos de un juez árbitro el debate; los juramentos que se tomaron y vistas que se hicieron de los mismos gobernadores, y las provisiones reales y cartas de su majestad que el uno y el otro tenian; la sentencia que se dió, y cómo el Adelantado soltó de la prision en que tenia á Hernando Pizarro; y la vuelta al Cuzco del Adelantado, donde con gran crueldad y mayor enemistad se dió la batalla en las Salinas, que es media legua del Cuzco. Y cuéntase la abajada del capitan Lorenzo de Aldana, por general del gobernador don Francisco Pizarro, á las provincias de Quito y Popayan; y los descubrimientos que se hicieron por los capitanes Gonzalo Pizarro, Pedro de Candia, Alonso de Albarado, Peranzúrez y otros. Hago fin con la ida de Hernando Pizarro á España.

El segundo libro se llama *La guerra de Chupas*. Será de algunos descubrimientos y conquistas, y de la conjuracion que se hizo en la ciudad de los Reyes por los de Chile, que se entienden los

que habian seguido al adelantado don Diego de Almagro antes que le matasen, para matar al marqués don Francisco Pizarro, de la muerte que le dieron; y cómo don Diego de Almagro, hijo del Adelantado, se hizo recebir por toda la mayor parte del reino por gobernador, y cómo se alzó contra él el capitan Alonso de Albarado en las Chachapoyas, donde era capitan y justicia mayor de su majestad por el marqués Pizarro; y Perálvarez Holgin y Gomez de Tordoya, con otros, en el Cuzco. Y de la venida del licenciado Cristóbal Vaca de Castro por gobernador; de las discordias que hubo entre los de Chile, hasta que, después de haberse los capitanes muerto unos á otros, se dió la cruel batalla de Chupas, cerca de Guamanga; de donde el gobernador Vaca de Castro fué al Cuzco y cortó la cabeza al mozo don Diego, en lo cual concluyo en este segundo libro.

El tercero libro, que llamo *La guerra civil de Quito*, sigue á los dos pasados, y su escriptura será bien delicada y de varios acaescimientos y cosas grandes. Dase en él noticia cómo en España se ordenaron las nuevas leyes, y los movimientos que hubo en el Perú, juntas y congregaciones, hasta que Gonzalo Pizarro fué recebido en la ciudad del Cuzco por procurador y capitan general; y lo que sucedió en la ciudad de los Reyes entre tanto que estos ñublados pasaban, hasta ser el Visorey preso por los oidores, y de su salida por la mar; y la entrada que hizo en la ciudad de los Reyes Gonzalo Pizarro, adonde fué recebido por gobernador, y los alcances que dió al Visorey, y lo que mas entre ellos pasó hasta que en la campaña de Añaquito el Visorey fué vencido y muerto. Tambien doy noticia en este libro de las mudanzas que hubo en el Cuzco y Charcas y en otras partes; y los recuentros que tuvieron el capitan Diego Centeno por la parte del Rey, y Alonso de Toro y Francisco de Carvajal en nombre de Pizarro, hasta que el constante varon Diego Centeno, constreñido de necesidad, se metió en lugares ocultos, y Lope de Mendoza, su maestre de campo, fué muerto en la de Pecona. Y lo que pasó entre los capitanes Pedro de Hinojosa, Juan de Illánes, Melchior Verdugo, y los mas que estaban en la Tierra-Firme.

Y la muerte que el adelantado Belalcázar dió al mariscal don Jorge Robledo en el pueblo de Pozo; y cómo el Emperador nuestro señor, usando de su grande clemencia y benignidad, envió perdon, con apercebimiento que todos se reduciesen á su servicio real; y del proveimiento del licenciado Pedro de la Gasca por presidente, y de su llegada á la Tierra-Firme, y los avisos y formas que tuvo para atraer á los capitanes que allá estaban al servicio del Rey; y la vuelta de Gonzalo Pizarro á la ciudad de los Reyes, y las crueldades que por él y sus capitanes eran hechas; y la junta general que se hizo para determinar quién irian por procuradores generales á España; y la entregada del armada al Presidente. Y con esto haré fin, concluyendo con lo tocante á este libro.

En el cuarto libro, que intitulo de *La guerra de Guarina*, trato de la salida del capitan Diego Centeno, y cómo con los pocos que pudo juntar entró en la ciudad del Cuzco y la puso en servicio de su majestad; y cómo asimismo, determinado por el Presidente y capitanes, salió de Panamá Lorenzo de Aldana, y llegó al puerto de los Reyes con otros capitanes, y lo que hicieron; y cómo muchos, desamparando á Gonzalo Pizarro, se pasaban al servicio del Rey. Tambien trato las cosas que pasaron entre los capitanes Diego Centeno y Alonso de Mendoza, hasta que juntos todos, dieron la batalla en el campo de Guarina á Gonzalo Pizarro, en la cual Diego Centeno fué vencido y muchos de sus capitanes y gente muertos y presos; y de lo que Gonzalo Pizarro proveyó y hizo hasta que entró en la ciudad del Cuzco.

El quinto libro, que es de la guerra de Jaquijaguana, trata de la llegada del presidente Pedro de la Gasca al valle de Jauja, y los proveimientos y aparejos de guerra que hizo sabiendo que Diego Centeno era desbaratado; y de su salida deste valle y allegada al de Jaquijaguana, donde Gonzalo Pizarro con sus capitanes y gentes le dieron batalla, en la cual el Presidente, con la parte del Rey, quedaron por vencedores, y Gonzalo Pizarro y sus secuaces y valedores fueron vencidos y muertos por justicia en este mismo valle. Y cómo allegó al Cuzco el Presidente, y por pregon público dió por traidores á los tiranos; y salió al pueblo que llaman de Guaynarima, donde repartió la mayor parte de las provincias deste reino entre las personas que le paresció. Y de allí fué á la ciudad de los Reyes, donde fundó la audiencia real que en ella está.

Concluido con estos libros, en que se incluye la cuarta parte, hago dos comentarios: el uno de las cosas que pasaron en el reino del Perú después de fundada el audiencia hasta que el Presidente salió dél.

El segundo, de su llegada á la Tierra-Firme; y la muerte que los Contréras dieron al obispo de Nicaragua, y cómo con pensamiento tiránico entraron en Panamá y robaron gran cantidad de oro y plata, y la batalla que les dieron los vecinos de Panamá junto á la ciudad, donde los mas fueron

presos y muertos, y de otros hecha justicia; y cómo se cobró el tesoro. Concluyo con los motines que tuvo en el Cuzco y con la ida del mariscal Alonso de Albarado, por mandado de los señores oidores, á lo castigar; y con la entrada en este reino para ser visorey el ilustre y muy prudente varon don Antonio Mendoza.

Y si no va escripta esta historia con la suavidad que da á las letras la sciencia, ni con el ornato que requeria, va á lo menos llena de verdades; y á cada uno se da lo que es suyo con brevedad, y con moderacion se reprenden las cosas mal hechas.

Bien creo que hubiera otros varones que salieran con el fin deste negocio mas al gusto de los lectores, porque siendo mas sabios, no lo dudo; mas mirando mi intencion, tomarán lo que pude dar, pues de cualquier manera es justo se me agradezca. El antiguo Diodoro Sículo en su proemio dice que los hombres deben sin comparacion mucho á los escriptores, pues mediante su trabajo viven los acaescimientos hechos por ellos grandes edades. Y así, llamó á la escriptura Ciceron testigo de los tiempos, maestra de la vida, luz de la verdad. Lo que pido es, que en pago de mi trabajo, aunque vaya esta escriptura desnuda de retórica, sea mirada con moderacion; pues á lo que siento, va tan acompañada de verdad. La cual subjeto al parecer de los dotos y virtuosos; y á los demás pido se contenten con solamente la leer, sin querer juzgar lo que no entienden.



LA CRÓNICA DEL PERÚ.

CAPITULO PRIMERO.

En que se trata el descubrimiento de las Indias, y de algunas cosas que en los principios de su descubrimiento se hicieron, y de las que agora son.

Pasado habian mil y cuatrocientos y noventa y dos años que la princesa de la vida, gloriosa vírgen María, Señora nuestra, parió al unigénito Hijo de Dios, cuando, reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, el memorable Cristóbal Colon salió de España con tres carabelas y noventa españoles, que los dichos reyes le mandaron dar. Y navegando mil y docientas leguas por el ancho mar Océano la via del poniente, descubrió la isla Española, donde agora es la ciudad de Santo Domingo. Y de allí se descubrió la isla de Cuba, San Juan de Puerto-Rico, Yucatan, Tierra-Firme y la Nueva-España, y las provincias de Guatimala y Nicaragua, y otras muchas, hasta la Florida; y después el gran reino del Perú, Rio de la Plata, y estrecho de Magallanes; habiendo pasado tantos tiempos y años que en España de tan gran grandeza de tierra no se supo, ni della se tuvo noticia. En cuya navegacion y descubrimiento de tantas tierras, el prudente lector podrá considerar cuántos trabajos, hambre y sed, temores, peligros y muertes los españoles pasaron; cuánto derramamiento de sangre y vidas suyas costó. Lo cual todo, así los Reyes Católicos, como la real majestad del invictísimo césar don Cárlos, quinto emperador deste nombre, rey y señor nuestro, han permitido y tenido por bien, porque la doctrina de Jesucristo y la predicacion de su santo Evangelio por todas partes del mundo se extienda, y la santa fe nuestra sea ensalzada. Cuya voluntad, así á los ya dichos Reyes Católicos como de su majestad, ha sido y es que gran cuidado se tuviese de la conversion de las gentes de todas aquellas provincias y reinos, porque este era su principal intento; y que los gobernadores, capitanes y descubridores, con celo de cristiandad, les hiciesen el tratamiento que como á prójimos se debia; y puesto que la voluntad de su majestad esta es y fué, algunos de los gobernadores y capitanes lo miraron siniestramente, haciendo á los indios muchas vejaciones y males, y los indios por defenderse se ponian en armas, y mataron á muchos cristianos y algunos capitanes. Lo cual fué causa que estos indios padecieron crueles tormentos, quemándolos y dándoles otras recias muertes. No dejo yo de tener que, como los juicios de Dios sean muy justos, permitió que estas gentes, estando tan apartadas de España, padeciesen de los españoles tantos males; pudo ser que su divina justicia lo permitiese por sus pecados, y de sus pasados, que debian ser muchos, como aquellos que carecian de fe. Ni tampoco afirmo que estos males que en los indios se hacian eran por todos los cristianos; porque yo sé y vi muchas veces hacer á los indios buenos tratamientos por hombres templados y temerosos de Dios; porque, si algunos enfermaban, los curaban y sangraban ellos mismos, y les hacian otras obras de caridad; y la bondad y misericordia de Dios, que no permite mal alguno de que no saque los bienes que tiene determinado, ha sacado destos males muchos y señalados bienes, por haber venido tanto número de gentes al conoscimiento de nuestra santa fe católica, y á estar en camino para poderse salvar. Pues sabiendo su majestad de los daños que los indios recebian, siendo informado dello, y de lo que convenia al servicio de Dios y suyo, y á la buena gobernacion de aquestas partes, ha tenido por bien de poner visoreyes y audiencias, con presidentes y oidores; con lo cual los indios parece han resucitado y cesado sus males. De manera que ningun español, por muy alto que sea, les osa hacer agravio. Porque, demás de los obispos, religiosos, clérigos y frailes que contino su majestad provee, muy suficientes para enseñar á los indios la doctrina de la santa fe y administracion de los santos sacramentos, en estas audiencias hay varones doctos y de gran cristiandad que castigan á aquellos que á los indios hacen fuerza y maltratamiento y demasía alguna. Así que ya en este tiempo no hay quien ose hacerles enojo; y son en la mayor parte de aquellos reinos señores de sus haciendas y personas, como los mismos españoles, y cada pueblo está tasado moderadamente lo que ha de dar de tributo. Acuérdome que estando yo en la provincia de Jauja pocos años há, me dijeron los indios con harto contento y alegría: «Este es tiempo alegre, bueno, semejable al de Tapainga Yupangue.» Este era un rey que ellos tuvieron antiguamente muy piadoso. Cierto, desto todos los que somos cristianos nos debemos alegrar y dar gracias á nuestro Señor Dios, que en tanta grandeza y tierra, y tan apartada de nuestra España y de toda Europa haya,

tanta justicia y tan buena gobernacion; y juntamente con esto, ver que en todas partes hay templos y casas de oracion donde el todopoderoso Dios es alabado y servido, y el demonio alanzado y vituperado y abatido; y derribados los lugares que para su culto estaban hechos tantos tiempos habia, agora estar puestas cruces, insignias de nuestra salvacion, y los ídolos y simulacros quebrados, y los demonios con temor, huidos y atemorizados. Y que el sacro Evangelio es predicado y poderosamente va volando de levante en poniente y de septentrion al mediodía, para que todas naciones y gentes reconozcan y alaben un Dios y Señor.

CAPITULO II.

De la ciudad de Panamá y de su fundacion, y por qué se trata della primero que de otra alguna.

Antes que comenzara á tratar las cosas deste reino del Perú, quisiera dar noticia de lo que tengo entendido del orígen y principio que tuvieron las gentes destas Indias ó Nuevo-Mundo, especialmente los naturales del Perú, segun ellos dicen que lo oyeron á sus antiguos, aunque ello es un secreto que solo Dios puede saber lo cierto dello. Mas, como mi intencion principal es, en esta primera parte figurar la tierra del Perú y contar las fundaciones de las ciudades que en él hay, los ritos y cerimonias de los indios deste reino, dejaré su orígen y principio (digo lo que ellos cuentan y podemos presumir) para la segunda parte, donde lo trataré copiosamente. Y pues, como digo, en esta parte he de tratar de la fundacion de muchas ciudades, considero yo que si en los tiempos antiguos, por haber Elisa Dido fundado á Cartago y dádole nombre y república, y Rómulo á Roma, y Alejandro á Alejandría; los cuales por razon destas fundaciones hay dellos perpetua memoria y fama; cuánto mas y con mas razon se perpetuará en los siglos por venir, la gloria y fama de su majestad, pues en su real nombre se han fundado en este gran reino del Perú tantas ciudades y tan ricas, donde su majestad á las repúblicas ha dado leyes con que quieta y pacíficamente vivan. Y porque, sin las ciudades que se poblaron y fundaron en el Perú, se fundó y pobló la ciudad de Panamá en la provincia de Tierra-Firme, llamado Castilla del Oro, comienzo por ella, aunque hay otras en este reino de mas calidad. Pero hágolo porque al tiempo que él se comenzó á conquistar salieron della los capitanes que fueron á descubrir al Perú, y los primeros caballos y lenguas, y otras cosas pertenecientes para las conquistas. Por esto hago principio en esta ciudad, y después entraré por el puerto de Uraba, que cae en la provincia de Cartagena, no muy léjos del gran rio del Darien, donde daré razon de los pueblos de indios, y las ciudades de españoles que hay desde allí hasta la villa de Plata y asiento de Potosí, que son los fines del Perú por la parte de sur, donde á mi ver hay mas de mil y docientas leguas de camino; lo cual yo anduve todo por tierra, y traté, vi y supe las cosas que en esta historia trato; las cuales he mirado con grande estudio y diligencia, para las escrebir con aquella verdad que debo, sin mezcla de cosa siniestra. Digo pues que la ciudad de Panamá es fundada junto á la mar del Sur y diez y ocho leguas del Nombre de Dios, que está poblado junto á la mar del Norte. Tiene poco circúito donde está situada, por causa de una palude ó laguna que por la una parte la ciñe; la cual, por los malos vapores que desta laguna salen, se tiene por enferma. Está trazada y edificada de levante á poniente, en tal manera, que saliendo el sol no hay quien pueda andar por ninguna calle della, porque no hace sombra ninguna. Y esto siéntese tanto porque hace grandísimo calor, y porque el sol es tan enfermo, que si un hombre acostumbra andar por él, aunque no sea sino pocas horas, le dará tales enfermedades que muera; que así ha acontescido á muchos. Media legua de la mar habia buenos sitios y sanos, y adonde pudieran al principio poblar esta ciudad. Mas, como las casas tienen gran precio, porque cuestan mucho á hacerse, aunque ven el notorio daño que todos reciben en vivir en tan mal sitio, no se ha mudado; y principalmente porque los antiguos conquistadores son ya todos muertos, y los vecinos que agora hay son contratantes, y no piensan estar en ella mas tiempo de cuanto puedan hacerse ricos; y así, idos unos, vienen otros; y pocos ó ningunos miran por el bien público. Cerca desta ciudad corre un rio que nasce en unas sierras. Tiene asimismo muchos términos y corren otros muchos rios, donde en algunos dellos tienen los españoles sus estancias y granjerías, y han plantado muchas cosas de España, como son naranjos, cidras, higueras. Sin esto hay otras frutas de la tierra, que son piñas olorosas y plátanos, muchos y buenos guayabas, caimitos, aguacates, y otras frutas de las que suele haber de la misma tierra. Por los campos hay grandes hatos de vacas, porque la tierra es dispuesta para que se crien en ella; los rios llevan mucho oro; y así, luego que se fundó esta ciudad se sacó mucha cantidad; es bien proveida de mantenimiento, por tener refresco de entrambas mares; digo de entrambas mares, entiéndese la del Norte, por donde vienen las naos de España á Nombre de Dios; y la mar del Sur, por donde se navega de Panamá á todos los puertos del Perú. En el término desta ciudad no se da trigo ni cebada. Los señores de las estancias cogen mucho maíz, y del Perú y de España traen siempre harina. En todos los rios hay pescado, y en la mar lo pescan bueno, aunque diferente de lo que se cria en la mar de España; por la costa, junto á las casas de la ciudad, hallan entre el arena unas almejas muy menudas que llaman chucha, de la cual hay gran cantidad; y creo yo que al principio de la poblacion desta ciudad, por causa destas almejas se quedó la ciudad en aquesta parte poblada, porque con ellas estaban seguros de no pasar hambre los españoles. En los rios hay gran cantidad de lagartos, que son tan grandes y fieros, que es admiracion verlos; en el rio del Cenu he yo visto muchos y muy grandes, y comido hartos huevos de los que ponen en las playas; un lagarto destos hallamos en seco en el rio que dicen de San Jorge, yendo á descubrir con el capitan Alonso de Cáceres las provincias de Urute, tan grande y disforme, que tenia mas de veinte y cinco piés en largo, y allí le matamos con las lanzas, y era cosa grande la braveza que tenia; y después de muerto lo comimos, con la hambre que llevábamos; es mala carne y de un olor muy enhastioso; estos lagar-

tos ó caimanes han comido á muchos españoles y caballos y indios, pasando de una parte á otra, atravesando estos rios. En el término desta ciudad hay poca gente de los naturales, porque todos se han consumido por malos tratamientos que recibieron de los españoles, y con enfermedades que tuvieron. Toda la mas desta ciudad está poblada, como ya dije, de muchos y muy honrados mercaderes de todas partes; tratan en ella y en el Nombre de Dios; porque el trato es tan grande, que casi se puede comparar con la ciudad de Venecia; porque muchas veces acaesce venir navíos por la mar del Sur á desembarcar á esta ciudad, cargados de oro y plata; y por la mar del Norte es muy grande el número de las flotas que allegan al Nombre de Dios, de las cuales gran parte de las mercaderías viene á este reino por el rio que llaman de Chagre, en barcos, y del que está cinco leguas de Panamá los traen en grandes y muchas recuas que los mercaderes tienen para este efecto. Junto á la ciudad hace la mar un ancon grande, donde cerca dél surgen las naos, y con la marea entran en el puerto, que es muy bueno para pequeños navíos. Esta ciudad de Panamá fundó y pobló Pedrarias de Avila, gobernador que fué de Tierra-Firme en nombre del invictísimo césar don Cárlos Augusto, rey de España, nuestro señor, año del Señor de 1520; y está en casi ocho grados de la Equinocial á la parte del norte; tiene un buen puerto, donde entran las naos con la menguante hasta quedar en seco. El flujo y reflujo desta mar es grande, y mengua tanto, que queda la playa mas de media legua descubierta del agua, y con la cresciente se torna á henchir; y quedar tanto creo yo que lo causa tener poco fondo, pues quedan las naos de baja mar en tres brazas, y cuando la mar es crecida están en siete. Y pues en este capítulo he tratado de la ciudad de Panamá y de su asiento, en el siguiente diré los puertos y rios que hay por la costa hasta llegar á Chile; porque será grande claridad para esta obra.

CAPITULO III.

De los puertos que hay desde la ciudad de Panamá hasta llegar á la tierra del Perú, y las leguas que hay de uno á otro, y en los grados de altura que están.

A todo el mundo es notorio cómo los españoles, ayudados por Dios, con tanta felicidad han ganado y señoreado este Nuevo-Mundo, que Indias se llama. En el cual se incluyen tantos y tan grandes reinos y provincias, que es cosa de admiracion pensarlos, y en las conquistas y descubrimientos tan venturosos, como todos los que en esta edad vivimos sabemos. He yo considerado que, como el tiempo trastornó con el tiempo largo otros estados y monarquías y las traspasó á otras gentes, perdiéndose la memoria de los primeros, que andando el tiempo podria suceder en nosotros lo que en los pasados; lo cual Dios nuestro Señor no permita, pues estos reinos y provincias fueron ganadas y descubiertas en tiempo del cristianísimo y gran Cárlos semper augusto, emperador de los romanos, rey y señor nuestro, el cual tanto cuidado ha tenido y tiene de la conversion destos indios. Por las cuales causas yo creeré que para siempre España será la cabeza deste reino, y todos los que en él vivieren reconoscerán por señores á los reyes della. Por tanto, en este capítulo quiero dar á entender á los que ésta obra leyeren la manera del navegar por los rumbos y grados que en el camino de mar hay de la ciudad de Panamá al Perú. Donde digo que el navegar de Panamá para el Perú es por el mes de enero, hebrero y marzo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas y no reinan los vendavales, y las naos con brevedad allegan adonde van, antes que reine otro viento, que es el sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú; y así, antes que viente el sur, las naos acaban su navegacion. Tambien pueden salir por agosto y setiembre, mas no van tan bien como en el tiempo ya dicho. Si fuera destos meses algunas naos partieren de Panamá, irán con trabajo, y aun harán mala navegacion y muy larga; y así, muchas naos arriban sin poder tomar la costa. El viento sur, y no otro, reina mucho tiempo, como dicho he, en las provincias del Perú desde Chile hasta cerca de Túmbez; el cual es provechoso para venir del Perú á la Tierra-Firme, Nicaragua y otras partes; mas para ir es dificultoso. Saliendo de Panamá, los navíos van á reconoscer las islas que llaman de las Perlas, las cuales están en ocho grados escasos á la parte del sur. Serán estas islas hasta veinte y cinco ó treinta, pegadas á una que es la mayor de todas. Solian ser pobladas de naturales, mas en este tiempo ya no hay ninguno. Los que son señores dellas tienen negros y indios de Nicaragua y Cubagua, que les guardan los ganados y siembran las sementeras, porque son fértiles. Sin esto, se han sacado gran cantidad de perlas ricas, por lo cual les quedó el nombre de islas de Perlas. Destas islas van á reconoscer á la punta de Carachine, que está dellas diez leguas norueste sueste con la isla Grande. Los que llegaren á este cabo verán ser la tierra alta y montañosa; está en siete grados y un tercio. Desta punta corre la costa á puerto de Piñas al sudueste cuarta del sur, y está della ocho leguas, en seis grados y un cuarto. Es tierra alta, de grandes breñas y montañas; junto á la mar hay grandes pinales, por lo cual le llaman puerto de Piñas; desde donde vuelve la costa al sur cuarta de sudueste hasta cabo de Corrientes, el cual sale á la mar y es angosto. Y prosiguiendo el camino por el rumbo ya dicho, se va hasta llegar á la isla que llaman de Palmas, por los grandes palmares que en ella hay; terná en contorno poco mas de legua y media; hay en ella rios de buen agua, y solia ser poblada. Está de cabo de Corrientes veinte y cinco leguas y en cuatro grados y un tercio. Desta isla corre la costa por el mismo rumbo hasta llegar á la bahía de la Buena ventura, y está de la isla tres leguas, poco mas; junto á la bahía, la cual es muy grande, está un peñol ó farallon alto; está la entrada de la bahía en tres grados y dos tercios; toda aquella parte está llena de grandes montañas, y salen á la mar muchos y muy grandes rios, que nacen en la sierra; por el uno dellos entran las naos hasta llegar al pueblo ó puerto de la Buena ventura. Y el piloto que entrare ha de saber bien el rio, y si no, pasará gran trabajo, como lo he pasado yo y otros muchos, por llevar pilotos nuevos. Desta bahía corre la costa á leste cuarta del sueste hasta la isla que llaman de la Gorgona, la cual está de la bahía

veinte y cinco leguas. La costa que corre en este término es baja, llena de manglares y otras montañas bravas. Salen á la costa muchos rios grandes, y entre ellos, el mayor y mas poderoso es el rio de San Juan, el cual es poblado de gentes bárbaras, y tienen las casas armadas en grandes horcones á manera de barbacoas ó tablados, y allí viven muchos moradores, por ser los caneyes ó casas largas y muy anchas. Son muy riquísimos estos indios de oro, y la tierra que tienen muy fértil, y los rios llevan abundancia deste metal; mas es tan fragosa y llena de paludes ó lagunas, que por ninguna manera se puede conquistar, sino es á costa de mucha gente y con gran trabajo. La isla de la Gorgona es alta, y adonde jamás deja de llover y tronar, que paresce que los elementos unos con otros combaten. Terná dos leguas de contorno, llena de montañas; hay arroyos de buen agua y muy dulce, y en los árboles se ven muchas pavas, faisanes y gatos pintados y grandes culebras, y otras aves nocturnas; parece que nunca fué poblada. Aquí estuvo el marqués don Francisco Pizarro con trece cristianos españoles, compañeros suyos, que fueron los descubridores desta tierra, que llamamos Perú. Muchos dias (como diré en la tercera parte desta obra) ellos y el Gobernador pasaron grandes trabajos y hambres, hasta que enteramente Dios fué servido que descubriese las provincias del Perú. Esta isla de la Gorgona está en tres grados; della corre la costa al oes-sudueste hasta la isla del Gallo, y toda esta costa es baja y montañosa y salen á ella muchos rios. Es la isla del Gallo pequeña, terná de contorno casi una legua, hace unas barrancas bermejas en la misma costa de Tierra-Firme á ella; está en dos grados de la Equinocial. De aquí vuelve la costa al sudueste hasta la punta que llaman de Manglares, la cual está en otros dos grados escasos, y hay de la isla á la punta ocho leguas, poco mas ó menos. La costa es baja, montañosa, y salen á la mar algunos rios, los cuales la tierra dentro están poblados de las gentes que dije que hay en el rio de San Juan. De aquí corre la costa al sudueste hasta la bahía que llaman de Santiago, y hácese una grande ensenada, donde hay un ancon que nombran de Sardinas; está en él el grande y furioso rio de Santiago, que es de donde comenzó la gobernacion del marqués don Francisco Pizarro. Está quince leguas la bahía de Punta de Manglares, y acaece las naos tener la proa en ochenta brazas y estar la popa zabordada en tierra, y tambien acontece ir en dos brazas y dará luego en mas de quince; lo cual hace la furia del rio; mas, aunque hay estos bancos, no son peligrosos ni dejan las naos de entrar y salir á su voluntad. Está la bahía de San Mateo en un grado largo; della van corriendo al oeste en demanda del cabo de San Francisco, que está de la bahía diez leguas. Está este cabo en tierra alta, y junto á él se hacen unas barrancas bermejas y blancas, tambien altas, y está este cabo de San Francisco en un grado á la parte del norte de la Equinocial. Desde aquí corre la costa al sudueste hasta llegar al cabo de Passáos, que es por donde pasa la línea Equinocial. Entre estos dos cabos ó puntas salen á la mar cuatro rios muy grandes, á los cuales llaman los Quiximies; hácese un puerto razonable, donde las naos toman agua muy buena y leña. Hácense del cabo de Pásséos á la Tierra-Firme unas sierras altas que dicen de Quaque; el cabo es una tierra no muy baja, y vense unas barracas como las pasadas.

CAPITULO IV.

En que se declara la navegacion hasta llegar al Callao de Lima, que es el puerto de la ciudad de los Reyes.

Declarado he, aunque brevemente, de la manera que se navega por este mar del Sur hasta llegar al puerto de los Quiximies, que ya es tierra del Perú; y agora será bien proseguir la derrota hasta llegar á la ciudad de los Reyes. Saliendo pues de cabo de Passáos, va la costa al sur cuarta del sudueste hasta llegar á Puerto-Viejo, y antes de llegar á él está la bahía que dicen de los Caraques, en la cual entran las naos sin ningun peligro; y es tal, que pueden dar en él carena á navíos aunque fuesen de mil toneles. Tiene buena entrada y salida, excepto que en medio de la furna que se hace de la bahía están unas rocas ó isla de peñas; mas por cualquier parte pueden entrar y salir las naos sin peligro alguno, porque no tiene mas recuesta de la que ven por los ojos. Junto á Puerto-Viejo, dos leguas la tierra dentro, está la ciudad de Santiago, y un monte redondo al sur, otras dos leguas, al cual llaman Monte-Cristo; está Puerto-Viejo en un grado de la Equinocial á la parte del sur. Mas adelante, por la misma derrota á la parte del sur cinco leguas, está el cabo de San Lorenzo, y tres leguas dél al sudueste está la isla que llaman de la Plata, la cual terná en circúito legua y media, donde en los tiempos antiguos solian tener los indios naturales de la Tierra-Firme sus sacrificios, y mataban muchos corderos y ovejas y algunos niños, y ofrecian la sangre dellos á sus ídolos ó diablos, la figura de los cuales tienen en piedras adonde adoraban. Viniendo descubriendo el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, dieron en esta isla, y hallaron alguna plata y joyas de oro, y muchas mantas y camisetas de lana muy pintadas y galanas; desde aquel tiempo hasta agora se le quedó por lo dicho el nombre que tiene de isla de Plata. El cabo de San Lorenzo está en un grado á la parte del sur. Volviendo al camino, digo que va prosiguiendo la costa al sur cuarta del sudueste hasta la punta de Santa Elena; antes de llegar á esta punta hay dos puertos; el uno se dice Callo, y el otro Zalango, donde las naos surgen y toman agua y leña. Hay del cabo de San Lorenzo á la puente de Santa Elena quince leguas, y está en dos grados largos; hácese una ensenada de la punta á la parte del norte, que es buen puerto. Un tiro de ballesta dél está una fuente, donde nasce y mana gran cantidad de un betun, que parece pez natural y alquitran; salen desto cuatro ó cinco ojos. Desto, y de los pozos que hicieron los gigantes en esta punta, y lo que cuentan dellos, que es cosa de oir, se tratará adelante. Desta punta de Santa Elena van al rio de Túmbez, que está della veinte y cinco leguas; está la punta con el rio al sur cuarta al sudueste; entre el rio y la punta se hace otra gran ensenada. Al nordeste del rio de Túmbez está una isla, que terná de contorno mas de diez leguas, y ha sido riquísima y muy poblada; tanto, que competian los naturales con los de Túmbez y con otros de la Tierra-Fir-

me, y se dieron entre unos y otros muchas batallas y hubo grandes guerras; y con el tiempo, y con la que tuvieron con los españoles, han venido en gran diminucion. Es la isla muy fértil y abundante y llena de árboles; es de su majestad. Hay fama que de antiguamente está enterrado en ella gran suma de oro y plata en sus adoratorios. Cuentan los indios que hoy son vivos que usaban los moradores desta isla grandes religiones, y eran dados á mirar en agüeros y en otros abusos, y que eran muy viciosos; y aunque sobre todo muchos dellos usaban el pecado abominable de la sodomía, dormian con sus hermanas carnales, y hacian otros grandes pecados. Cerca desta isla de la Puna está otra mas metida en la mar, llamada Santa Clara; no hay ni hubo en ella poblacion ni agua ni leña; pero los antiguos de la Puna tenian en esta isla enterramientos de sus padres y hacian sacrificios; y habia puesto en las alturas donde tenian sus aras gran suma de oro y plata y fina ropa, dedicado y ofrecido todo al servicio de su Dios. Entrados los españoles en la tierra, lo pusieron en tal parte (á lo que cuentan algunos indios), que no se puede saber dónde está. El rio de Túmbez es muy poblado, y en los tiempos pasados lo era mucho mas. Cerca dél solia estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los ingas, reyes del Cuzco y señores de todo el Perú; en la cual tenian grandes tesoros, y habia templo del sol y casa de mamaconas, que quiere decir mujeres principales vírgines, dedicadas al servicio del templo; las cuales casi al uso de la costumbre que tenian en Roma las vírgines vestales vivian y estaban. Y porque desto trato largo en el segundo libro desta historia, que trata de los reyes ingas y de sus religiones y gobernacion, pasaré adelante. Ya está el edificio desta fortaleza muy gastado y deshecho, mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fué. La boca del rio de Túmbez está en cuatro grados al sur; de allí corre la costa hasta Cabo-Blanco al susudueste; del cabo al rio hay quince leguas, y está en tres grados y medio, de donde vuelve la costa al sur hasta isla de Lobos. Entre Cabo-Blanco y isla de Lobos está una punta que llaman de Parina, y sale á la mar casi tanto como el cabo que hemos pasado; desta punta vuelve la costa al sudueste hasta Paita. La costa de Túmbez para delante es sin montañas, y si hay algunas sierras son peladas, llenas de rocas y peñas; lo demás todo es arenales, y salen á la mar pocos rios. El puerto de Paita esta de la punta pasadas ocho leguas, poco mas; Paita es muy buen puerto, donde las naos limpian y dan cebo; es la principal escala de todo el Perú y de todas las naos que vienen á él. Está este puerto de Paita en cinco grados; de la isla de Lobos (que ya dijimos) córrese leste oeste hasta llegar á ella, que estará cuatro leguas; y de allí, prosiguiendo la costa al sur, se va hasta llegar á la punta del Aguja. Entre medias de isla de Lobos y punta de Aguja se hace una grande enseñada, y tiene gran abrigo para reparar las naos; está la punta del Aguja en seis grados; al sur della se ven dos islas que se llaman de Lobos-Marinos, por la gran cantidad que hay dellos. Norte sur con la punta está la primera isla, apartada de Tierra-Firme cuatro leguas; pueden pasar todas las naos por entre la tierra y ella. La otra isla, mas forana, está doce leguas desta primera, y en siete grados escasos. De punta de Aguja vuelve la costa al su-sudueste hasta el puerto que dicen de Casma. De la isla primera se corre norueste sudueste hasta Mal-Abrigo, que es un puerto que solamente con bonanza pueden las naos tomar puerto y lo que les conviene para su navegacion. Diez leguas mas adelante está el arracife que dicen de Trujillo; es mal puerto, y no tiene mas abrigo que el que hacen las boyas de las anclas; algunas veces toman allí refresco las naos; dos leguas la tierra dentro está la ciudad de Trujillo. Deste puerto, que está en siete grados y dos tercios, se va al puerto de Guanape, que está siete leguas de la ciudad de Trujillo, en ocho grados y un tercio. Mas adelante al sur está el puerto de Santa, en el cual entran los navíos, y está junto á él un gran rio y de muy sabrosa agua; la costa toda es sin montaña (como dije atrás), arenales y sierras peladas de grandes rocas y piedras; está Santa en nueve grados. Mas adelante, á la parte del sur, está un puerto cinco leguas de aquí, que ha por nombre Ferrol, muy seguro, mas no tiene agua ni leña. Seis leguas adelante está el puerto de Casma, adonde tambien hay otro rio y mucha leña, do los navíos toman siempre refresco; está en diez grados. De Casma corre la costa al sur hasta los farallones que dicen de Guabra; mas adelante está Guarmey, por donde corre un rio, de donde se va por la misma derrota hasta llegar á la Barranca, que está de aquí veinte leguas á la parte del sur. Mas adelante seis leguas está el puerto de Guaura, donde las naos pueden tomar toda la cantidad de sal que quisieren; porque hay tanta, que bastaria para proveer á Italia y á toda España, y aun no la acabarian, segun es mucha. Cuatro leguas mas adelante están los farallones; córrese de la punta que hace la tierra con ellos nordeste sudueste; ocho leguas en la mar esta el farallon mas forano; y están estos farallones en ocho grados y un tercio. De allí vuelve la costa al sueste hasta la isla de Lima; á medio camino, algo mas cerca de Lima que de los farallones, está una baja que ha por nombre Salmerina, la cual está de tierra nueve ó diez leguas. Esta isla hace abrigo al Callao, que es el puerto de la ciudad de los Reyes; y con este abrigo que da la isla está el puerto muy seguro, y así lo están las naos. El Callao, que, como digo, es el puerto de la ciudad de los Reyes, está en doce grados y un tercio.

CAPITULO V.

De los puertos y rios que hay desde la ciudad de los Reyes hasta la provincia de Chile, y los grados en que están, y otras cosas pertenecientes á la navegacion de aquellas partes.

En la mayor parte de los puertos y rios que he declarado he yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento, y lo he comunicado con pilotos diestros y expertos en la navegacion destas partes, y en mi presencia han tomado el altura; y por ser cierto y verdadero lo escribo. Por tanto, prosiguiendo adelante en este capítulo, daré noticia de los mas puertos y rios que hay en la costa desde este puerto de Lima hasta llegar á las provincias de Chile, porque de lo del estrecho de Magallanes no podré hacer cumplida relacion, por haber perdido una

copiosa relacion que hube de un piloto de los que vinieron en una de las naos que envió el obispo de Plasencia. Digo pues que, saliendo las naos del puerto de la ciudad de los Reyes, van corriendo al sur hasta llegar al puerto de Sangalla, el cual es muy bueno, y al principio se tuvo por cierto que la ciudad de los Reyes se fundara cerca dél; el cual está della treinta y cinco leguas, y en catorce grados escasos de la Equinocial á la parte del sur. Junto á este puerto de Sangalla hay una isla que llaman de Lobos-Marinos. Toda la costa de aquí adelante es baja, aunque á algunas partes hay sierras de rocas peladas, y todo arenales muy espesos; en los cuales nunca jamás creo llovió ni agora llueve, ni cae mas de un pequeño rocío, como adelante trataré deste admirable secreto de naturaleza. Cerca desta isla de Lobos hay otras siete ó ocho isletas pequeñas, las cuales están en triángulo unas de otras; algunas dellas son altas, y otras bajas, despobladas, sin tener agua ni leña ni árbol ni yerba ni otra cosa, sino lobos marinos y arenales no poco grandes. Solian los indios, segun ellos mismos dicen, ir de la Tierra-Firme á hacer en ellas sus sacrificios; y aun se presume que hay enterrados grandes tesoros. Estarán de la Tierra-Firme estas isletas poco mas de cuatro leguas. Mas adelante, por el rumbo ya dicho, está otra isla que tambien llaman de Lobos, por los muchos que en ella hay, y está en catorce grados y un tercio. Desta isla van prosiguiendo el viaje de la navegacion, corriendo la costa al sudueste cuarta el sur. Y después de haber andado doce leguas mas adelante de la isla, se allega á un promontorio que nombran de la Nasca, el cual está en quince grados menos un cuarto. Hay en él abrigo para las naos, pero no para echar las barcas ni salir á tierra con ellas. En la misma derrota está otra punta ó cabo que se dice de San Nicolás, en quince grados y un tercio. Desta punta de San Nicolás vuelve la costa al sudueste, y después de haber andado doce leguas, se allega al puerto de Hacari, donde las naos toman bastimento, y traen agua y leña del valle, que estará del puerto poco mas de cinco leguas. Está este puerto de Hacari en diez y seis grados. Corriendo la costa adelante deste puerto, se va hasta llegar al rio de Ocona. Por esta parte es la costa brava; mas adelante está otro rio que se llama Camana, y adelante está tambien otro llamado Quilca. Cerca deste rio media legua está una caleta muy buena y segura, y adonde los navíos paran. Llaman á este puerto Quilca como al rio; y de lo que en él se descarga se provee la ciudad de Arequipa, que está del puerto diez y siete leguas. Y está este puerto y la misma ciudad en diez y siete grados y medio. Navegando deste puerto por la costa adelante, se ve en unas islas dentro en la mar cuatro leguas, adonde siempre están indios, que van de la Tierra-Firme á pescar en ellas. Otras tres leguas mas adelante está otra isleta muy cerca de la Tierra-Firme, y á sotaviento della surgen las naos; porque tambien las envian deste puerto á la ciudad de Arequipa, al cual nombran Chuli, que es mas adelante de Quilca doce leguas; está en diez y siete grados y medio largos. Mas adelante deste puerto está á dos leguas un rio grande que se llama Tambopalla. Y diez leguas mas adelante deste rio sale á la mar una punta mas que toda la tierra una legua, y están sobre ella tres farallones. Al abrigo desta punta, poco mas de una legua antes della, está un buen puerto que se llama Ilo, y por él sale á la mar un rio de agua muy buena, que tiene el mismo nombre del puerto; el cual está en diez y ocho grados y un tercio. De aquí se corre la costa al sueste cuarta leste. Y siete leguas mas adelante está un promontorio, que los hombres de la mar llaman Morro de los Diablos. Toda aquella costa es (como ya dije) brava y de grandes riscos. Mas adelante deste promontorio cinco leguas está un rio de buen agua, no muy grande, y deste rio al sueste cuarta leste; doce leguas mas adelante sale otro morro alto, y hace unas barrancas. Sobre este morro está una isla, y junto á ella el puerto de Arica, el cual está en veinte y nueve grados y un tercio. Deste puerto de Arica corre la costa al su-sudueste nueve leguas; sale á la mar un rio que se llama Pizagua. Deste rio hasta el puerto de Tarapaca se corre la costa por la misma derrota, y habrá del rio al puerto cantidad de veinte y cinco leguas. Cerca de Tarapaca está una isla que terná de contorno poco mas de una legua; y está de la Tierra-Firme legua y media, y hace una bahía, donde está el puerto, en veinte y uno grados. De Tarapaca se va corriendo la costa por la misma derrota, y cinco leguas mas adelante hay una punta que ha por nombre de Tacama. Pasada esta punta, diez y seis leguas mas adelante, se allega al puerto de los Moxillones, el cual está en veinte y dos grados y medio. Deste puerto de Moxillones corre la costa al su-sudueste cantidad de noventa leguas. Es costa derecha, y hay en ella algunas puntas y bahías. En fin dellas está una grande, en la cual hay un buen puerto y agua que se llama Copayapo; está en veinte y seis grados. Sobre esta ensenada ó bahía está una isla pequeña, media legua de la Tierra-Firme. De aquí comienza lo poblado de las provincias de Chile. Pasado este puerto de Copayapo, poco mas adelante sale una punta, y cabe ella se hace otra bahía, sobre la cual están dos farallones pequeños, y en cabo de la bahía está un rio de agua muy buena. El nombre deste rio es el Guasco. La punta dicha está en veinte y ocho grados y un cuarto. De aquí se corre la costa al sudueste. Y diez leguas adelante sale otra punta, la cual hace abrigo para las naos, mas no tiene agua ni leña. Cerca desta punta está el puerto de Coquimbo; hay entre él y la punta pasada siete islas. Está el puerto en veinte y nueve grados y medio. Diez leguas mas adelante, por la misma derrota, sale otra punta, y en ella se hace una gran bahía que ha por nombre de Atongayo. Mas adelante cinco leguas está el rio de Limara. Deste rio se va por el mismo rumbo hasta llegar á una bahía que está dél nueve leguas, la cual tiene un farallon y no agua ninguna, y está en treinta y un grados; llámase Choapa. Mas adelante por la misma derrota, cantidad de veinte y una leguas, está un buen puerto que se llama de Quintero; está en treinta y dos grados; y mas adelante diez leguas está el puerto de Valparaíso, y de la ciudad de Santiago, que es lo que decimos Chile, está en treinta y dos grados y dos tercios. Prosiguiendo la navegacion por la misma derrota, se allega á otro puerto que se llama Potocalma, que está del pasado veinte y cuatro leguas. Doce leguas mas adelante

se ve una punta, á un cabo della está un rio, al cual nombran de Mauque ó Maule. Mas adelante catorce leguas está otro rio que se llama Itata, y caminando al sur cuarta sudueste veinte y cuatro leguas, está otro rio que se llama Biobio en altura de treinta y ocho grados escasos. Por la misma derrota, cantidad de quince leguas, está una isla grande, y se afirma que es poblada, cinco leguas de la Tierra-Firme; esta isla se llama Luchengo. Adelante desta isla está una bahía muy ancha, que se dice de Valdibia, en la cual está un rio grande que nombran de Ainiléndos. Está la bahía en treinta y nueve grados y dos tercios. Yendo la costa al su-sudueste, está el cabo de Santa María, en cuarenta y dos grados y un tercio á la parte del Sur. Hasta aquí es lo que se ha descubierto y se ha navegado. Dicen los pilotos que la tierra vuelve al sueste hasta el estrecho de Magallanes. Uno de los navíos que salieron de España con comision del obispo de Plasencia desembocó por el estrecho, y vino á aportar al puerto de Quilca, que es cerca de Arequipa. Y de allí fué á la ciudad de los Reyes y á Panamá. Traia buena relacion de los grados en que estaba el estrecho, y de lo que pasaron en su viaje y muy trabajosa navegacion; la cual relacion no pongo aquí, porque al tiempo que dimos la batalla á Gonzalo Pizarro, cinco leguas de la ciudad del Cuzco, en el valle de Jaquijaguana, la dejé entre otros papeles mios y registros, y me la hurtaron, de que me ha pesado mucho; porque quisiera concluir allí con esta cuenta; recíbase mi voluntad en lo que he trabajado, que no ha sido poco, por saber la verdad, mirando las cartas nuevas de marear que se han hecho por los pilotos descubridores desta mar. Y porque aquí se concluye lo que toca á la navegacion desta mar del Sur, que hasta agora se ha hecho, de que yo he visto y podido haber noticia; por tanto, de aquí pasaré á dar cuenta de las provincias y naciones que hay desde el puerto de Uraba hasta la villa de Plata, en cuyo camino habrá mas de mil y docientas leguas de una parte á otra. Donde pondré la traza y figura de la gobernacion de Popayan y del reino del Perú.

Y porque antes que trate desto conviene para claridad de lo que escribo hacer mencion deste puerto de Uraba (porque por él fué el camino que yo llevé), comenzaré dél, y de allí pasaré á la ciudad de Antiocha y á los otros puertos, como en la siguiente órden parescerá.

CAPITULO VI.

Cómo la ciudad de San Sebastian estuvo poblada en la Culata de Uraba, y de los indios naturales que están en la comarca della.

En los años de 1509 fueron gobernadores de la Tierra-Firme Alonso de Ojeda y Niquesa, y en la provincia del Darien se pobló una ciudad que tuvo por nombre Nuestra Señora del Antigua, donde afirman algunos españoles de los antiguos que se hallaron la flor de los capitanes que ha habido en estas Indias. Y entonces, aunque la provincia de Cartagena estaba descubierta, no la poblaron, ni hacian los cristianos españoles mas que contratar con los indios naturales, de los cuales, por via de rescate y contratacion se habia gran suma de oro fino y bajo. Y en el pueblo grande de Taruaco, que está de Cartagena (que antiguamente se nombraba Calamar) cuatro leguas, entró el gobernador Ojeda, y tuvo con los indios una porfiada batalla, donde le mataron muchos cristianos, y entre ellos al capitan Juan de la Cosa, valiente hombre y muy determinado. Y él, por no ser tambien muerto á manos de los mismos indios, le convino dar la vuelta á las naos. Y después desto pasado, el gobernador Ojeda fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman de Uraba, adonde puso por su capitan y lugarteniente á Francisco Pizarro, que después fué gobernador y marqués. Y en esta ciudad ó villa de Uraba pasó muchos trabajos este capitan Francisco Pizarro con los indios de Uraba y con hambres y enfermedades, que para siempre quedará dél fama. Los cuales indios (segun decian) no eran naturales de aquella comarca, antes era su antigua patria la tierra que está junto al rio grande del Darien. Y deseando salir de la subjecion y mando que sobre ellos los españoles tenian, por librarse de estar subjetos á gente que tan mal los trataba, salieron de su provincia con sus armas, llevando consigo sus hijos y mujeres. Los cuales, llegados á la Culata que dicen Uraba, se hubieron de tal manera con los naturales de aquella tierra, que con gran crueldad los mataron á todos y les robaron sus haciendas, y quedaron por señores de sus campos y heredades.

Y entendido esto por el gobernador Ojeda, como tuviese grande esperanza de haber en aquella tierra alguna riqueza, y por asegurar á los que se habian ido á vivir á ella, envió á poblar el pueblo que tengo dicho, y por su teniente á Francisco Pizarro, que fué el primer capitan cristiano que allí hubo. Y como después fenesciesen tan desastradamente estos dos gobernadores Ojeda y Niquesa, habiéndose habido los del Darien con tanta crueldad con Niquesa, como es público entre los que han quedado vivos de aquel tiempo, y Pedrarias viniese por gobernador á la Tierra-Firme, no embargante que se hallaron en la ciudad del Antigua mas de dos mil españoles, no se entendió en poblar á Uraba.

Andando el tiempo, después de haber el gobernador Pedrarias cortado la cabeza á su yerno el adelantado Vasco Nuñez de Balboa, y lo mismo al capitan Francisco Hernandez en Nicaragua, y haber muerto los indios del rio del Cenu al capitan Becerra con los cristianos que con él entraron, y pasados otros trances, viniendo por gobernador de la provincia de Cartagena don Pedro de Heredia, envió al capitan Alonso de Heredia, su hermano, con copia de españoles muy principales, á poblar segunda vez á Uraba, intitulándola ciudad de San Sebastian de Buena-Vista; la cual está asentada en unos pequeños y rasos collados de campaña, sin tener montaña, sino es en los rios ó ciénogas. La tierra á ella comarcana es doblada, y por muchas partes llena de montañas y espesuras. Estará del mar del Norte casi media legua. Los campos están llenos de unos palmares muy grandes y espesos, que son unos árboles gruesos, y llevan unas ramas como palma de dátiles, y tiene el árbol muchas cáscaras hasta que llegan á lo interior dél; cuando lo cortan sin ser la madera recia, es muy trabajosa de cortar. Dentro deste árbol, en el corazon dél, se crian unos palmitos tan

grandes, que en dos dellos tiene harto que llevar un hombre; son blancos y muy dulces. Cuando andaban los españoles en las entradas y descubrimientos, en tiempo que fué teniente de gobernador desta ciudad Alonso Lopez de Ayala y el comendador Hernan Rodriguez de Sosa, no comian muchos dias otra cosa que estos palmitos; y es tanto trabajo cortar el árbol y sacar el palmito dél, que estaba un hombre con una hacha cortando medio dia primero que lo sacase; y como los comian sin pan y bebian mucha agua, muchos españoles se hinchaban y morian, y así murieron muchos dellos. Dentro del pueblo, y á las riberas de los rios, hay muchos naranjales, plátanos, guayabas y otras frutas. Vecinos hay pocos, por ser la contratacion casi ninguna. Tiene muchos rios que nacen en las sierras. La tierra dentro hay algunos indios y caciques, que solian ser muy ricos por la gran contratacion que tenian con los que moran en la campaña pasadas las sierras, y en el Dabaybe. Estos indios que en estos tiempos señorean esta region, ya dije cómo muchos dellos dicen su naturaleza haber sido pasado el gran rio del Darien, y la causa porque salieron de su antigua patria. Son los señoretes ó caciques de los indios obedescidos y temidos, todos generalmente dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado. Son en el comer limpios, y no acostumbran las fealdades que otras naciones. Tienen pequeños pueblos, y las casas son á manera de ramadas largas de muchos estantes. Dormian y duermen en amacas; no tienen ni usan otras camas. La tierra es fértil, abundante de mantenimientos y de raíces gustosas para ellos y tambien para los que usaren comerlas. Hay grandes manadas de puercos zainos pequeños, que son de buena carne sabrosa, y muchas dantas ligeras y grandes; algunos quieren decir que eran de linaje ó forma de cebras. Hay muchos pavos y otra diversidad de aves, mucha cantidad de pescado por los rios. Hay muchos tigres grandes, los cuales matan á algunos indios y hacian daño en los ganados. Tambien hay culebras muy grandes y otras alimañas por las montañas y espesuras, que no sabemos los nombres; entre los cuales hay los que llamamos pericos ligeros, que no es poco de ver su talle tan fiero, y con la flojedad y torpeza que andan. Cuando los españoles daban en los pueblos destos indios y los tomaban de sobresalto, hallaban gran cantidad de oro en unos canastillos que ellos llaman habas, en joyas muy ricas de campanas, platos, joyeles, y unos que llaman caricuries, y otros caracoles grandes de oro bien fino, con que se atapaban sus partes deshonestas; tambien tenian zarcillos y cuentas muy menudas, y otras joyas de muchas maneras, que les tomaban; tenian ropa de algodon mucha. Las mujeres andan vestidas con unas mantas que les cubren de las tetas hasta los piés, y de los pechos arriba tienen otra manta con que se cubren. Précianse de hermosas; y así, andan siempre peinadas y galanas á su costumbre. Los hombres andan desnudos y descalzos, sin traer en sus cuerpos otra cobertura ni vestidura que la que les dió natura. En las partes deshonestas traian atados con unos hilos unos caracoles de hueso ó de muy fino oro, que pesaban algunos que yo vi á cuarenta y á cincuenta pesos cada uno, y algunos á mas, y pocos á menos. Hay entre ellos grandes mercaderes y contratantes que llevan á vender la tierra dentro muchos puercos de los que se crian en la misma tierra, diferentes de los de España, porque son mas pequeños y tienen el ombligo á las espaldas, que debe ser alguna cosa que allí les nace. Llevan tambien sal y pescado; por ello traen oro, ropa y de lo que mas ellos tienen necesidad; las armas que usan son unos arcos muy recios, sacados de unas palmas negras, de una braza cada uno, y otros mas largos con muy grandes y agudas flechas, untadas con una yerba tan mala y pestífera, que es imposible al que llega y hace sangre no morir, aunque no sea la sangre mas de cuanta sacarian de un hombre picándole con un alfiler. Así que pocos ó ninguno de los que han herido con esta yerba dejaron de morir.

CAPITULO VII.

De cómo se hace la yerba tan ponzoñosa con que los indios de Santa Marta y Cartagena tantos españoles han muerto.

Por ser tan nombrada en todas partes esta yerba ponzoñosa que tienen los indios de Cartagena y Santa Marta, me pareció dar aquí relacion de la composicion della, la cual es así. Esta yerba es compuesta de muchas cosas; las principales yo las investigué y procuré saber en la provincia de Cartagena, en un pueblo de la costa, llamado Bahaire, de un cacique ó señor dél, que habia por nombre Macuriz, el cual me enseñó unas raíces cortas, de mal olor, tirante el color dellas á pardas. Y díjome que por la costa del mar, junto á los árboles que llamamos manzanillos, cavaban debajo la tierra, y de las raíces de aquel pestífero árbol sacaban aquellas; las cuales queman en unas cazuelas de barro y hacen dellas una pasta, y buscan unas hormigas tan grandes como un escarabajo de los que se crian en España, negrísimas y muy malas, que solamente de picar á un hombre se le hace una roncha, y le da tan gran dolor, que casi lo priva de su sentido, como acontesció yendo caminando en la jornada que hecimos con el licenciado Juan de Vadillo, acertando á pasar un rio un Noguerol y yo, adonde aguardamos ciertos soldados que quedaban atrás; porque él iba por cabo de escuadra en aquella guerra, adonde le picó una de aquestas hormigas que digo, y le dió tan gran dolor, que se le quitaba el sentido y se le hinchó la mayor parte de la pierna, y aun le dieron tres ó cuatro calenturas del gran dolor, hasta que la ponzoña acabó de hacer su curso. Tambien buscan para hacer esta mala cosa unas arañas muy grandes, y asimismo le echan unos gusanos peludos, delgados, complidos como medio dedo, de los cuales yo no me podré olvidar; porque, estando guardando un rio en las montañas que llaman de Abibe, abajó por un ramo de un árbol donde yo estaba, uno destos gusanos, y me picó en el pescuezo, y llevé la mas trabajosa noche que en mi vida tuve, y de mayor dolor. Hácenla tambien con las alas del morciélago y la cabeza y cola de un pescado pequeño que hay en el mar, que ha por nombre peje tamborino, de muy gran ponzoña; y con sapos y colas de culebras, y unas manzanillas que parecen en el color y olor naturales de España. Y algunos recien

venidos della á estas partes, saltando en la costa, como no saben la ponzoña que es, las comen. Yo conoscia un Juan Agraz (que agora le vi en la ciudad de San Francisco del Quito), que es de los que vinieron de Cartagena con Vadillo, que cuando vino de España y salió del navío en la costa de Santa Marta comió diez ó doce destas manzanas, y le oí jurar que en el olor, color y sabor no podian ser mejores, salvo que tienen una leche que debe ser la maletía tan mala que se convierte en ponzoña; después que las hubo comido pensó reventar, y si no fuera socorrido con aceite, ciertamente muriera. Otras yerbas y raíces tambien le echan á esta yerba; y cuando la quieren hacer aderezan mucha lumbre en un llano desviado de sus casas ó aposentos, poniendo unas ollas; buscan alguna esclava ó india que ellos tengan en poco, y aquella india la cuece y pone en la perficion que ha de tener, y del olor y baho que echa de sí muere aquella persona que la hace, segun yo oí.

CAPITULO VIII.

En que se declaran otras costumbres de los indios subjetos á la ciudad de Uraba.

Con aquesta yerba tan mala como he contado untan los indios las puntas de sus flechas, y están tan diestros en el tirar, y son tan certeros y tiran con tanta fuerza, que ha acaescido muchas veces pasar las armas y caballo de una parte á otra, ó al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas buenas y tienen mucho algodon; porque en aquella tierra, por su aspereza y humidad, no son buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra destos indios, que pelean con flechas. Mas, con todas sus mañas, y con ser tan mala la tierra, los han conquistado y muchas veces saqueado soldados de á pié, dándoles grandes alcances, sin llevar otra cosa que una espada y una rodela. Y diez ó doce españoles que se hallan juntos acometen á ciento y á docientos dellos. No tienen casa ni templo de adoracion alguna, ni hasta agora se les ha hallado mas de que ciertamente hablan con el diablo los que para ello señalan, y le hacen la honra que pueden, teniéndolo en gran veneracion; el cual se los aparesce (segun yo he oido á algunos dellos) en visiones espantables y terribles, que les pone su vista gran temor. No tienen mucha razon para conocer las cosas de naturaleza. Los hijos heredan á los padres, siendo habidos en la principal mujer. Cásanse con hijas de sus hermanos, y los señores tienen muchas mujeres. Cuando se muere el señor, todos sus criados y amigos se juntan en su casa de noche, con las tinieblas della, sin tener lumbre ninguna; teniendo gran cantidad de vino hecho de su maíz, beben, llorando el muerto; y después que han hecho sus cerimonias y hechicerías, lo meten en la sepultura, enterrando con el cuerpo sus armas y tesoro, y mucha comida y cántaros de su chicha ó vino, y algunas mujeres vivas. El demonio les hace entender que allá donde van han de tornar á vivir en otro reino que les tiene aparejado, y que para el camino les conviene llevar el mantenimiento que digo, como si el infierno estuviese léjos. Esta ciudad de San Sebastian fundó y pobló Alonso de Heredia, hermano del adelantado don Pedro de Heredia gobernador por su majestad de la provincia de Cartagena, como ya dije.

CAPITULO IX.

Del camino que hay entre la ciudad de San Sebastian y la ciudad de Antiocha, y las sierras, montañas y rios y otras cosas que allí hay; y cómo y en qué tiempo se puede andar.

Yo me hallé en esta ciudad de San Sebastian de Buena-Vista el año de 1536, y por el de 37 salió della el licenciado Juan de Vadillo, juez de residencia y gobernador que en aquel tiempo era de Cartagena, con una de las mejores armadas que han salido de la Tierra-Firme, segun que tengo escripto en la cuarta parte desta historia. Y fuimos nosotros los primeros españoles que abrimos camino del mar del Norte al del Sur. Y deste pueblo de Uraba hasta la villa de Plata, que son los fines del Perú, anduve yo, y me apartaba por todas partes á ver las provincias que mas podia, para poder entender y notar lo que en ellas habia. Por tanto, de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandescer ni quitar cosa de lo que soy obligado; y desto los lectores reciban mi voluntad. Digo pues que saliendo de la ciudad de San Sebastian de Buena-Vista, que es el puerto que dicen de Uraba, para ir á la ciudad de Antiocha, que es la primera poblacion y la última del Perú á la parte del norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar á un pequeño rio que se llama Rio-Verde, del cual á la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho leguas. Todo lo que hay desde este rio hasta unas montañas de que luego haré mencion, que se llaman de Abibe, es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas y de muchos rios. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirado á otras partes desviadas dél. Todo lo mas del camino se anda por rios, por no haber otros caminos, por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar, y pasar seguramente las sierras sin riesgo, han de caminarlo por enero, hebrero, marzo y abril; pasados estos meses, hay grandes aguas y los rios van crecidos y furiosos; y aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo los que han de ir por este camino han de llevar buenas guias que sepan atinar á salir por los rios. En todos estos montes hay grandes manadas de los puercos que he dicho; en tanta cantidad, que hay atajo de mas de mil juntos, con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por do quiera que pasan. Quien por allí caminare con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantas, muchos leones y osos crescidos, y mayores tigres. En los árboles andan de los mas lindos y pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes, que hacen tal ruido, que desde léjos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciendo otros visajes. Los rios llevan tanto pescado, que con cualquiera red se tomara gran cantidad. Viniendo de la ciudad de Antiocha á Cartagena, cuando la poblamos, el capitan Jorge Robledo y otros, hallábamos tanto pescado, que con palos matábamos lo que queriamos. Por los árboles que están junto á los rios

hay una que se llama iguano, que paresce serpiente; para apropiarla, remeda en gran manera á un lagarto de los de España, grande, salvo que tiene la cabeza mayor y mas fiera y la cola mas larga; pero en la color y parecer no es mas ni menos. Quitado el cuero y asadas ó guisadas, son tan buenas de comer como conejos, y para mí mas gustosas las hembras; tienen muchos huevos; de manera que ella es una buena comida, y quien no las conosce huiria dellas, y antes le pondria temor y espanto su vista que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne ó pescado, ni ninguno lo acaba de entender; porque vemos que se echa de los árboles al agua y se halla bien en ella, y tambien la tierra dentro, donde no hay rio, ninguna se halla. Hay otras que se llaman hicoteas, que es tambien buen mantenimiento; son de manera de galápagos; hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras, y guacamayas, que son mayores, muy pintadas; asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapiña. Hay, sin esto, por estos montes culebras muy grandes. Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito; y es, que yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz, en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles, entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Jimon, hallaron una culebra ó serpiente tan grande, que tenia de largo mas de veinte piés, y de muy grande anchor. Tenia la cabeza rosilla, los ojos verdes, sobresaltados; y como los vió, quiso encarar para ellos, y el Pedro Jimon le dió tal lanzada, que haciendo grandes bascas, murió, y le hallaron en su vientre un venado chico, entero como estaba cuando lo comió; y oí decir que ciertos españoles, con la hambre que llevaban, comieron el venado y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como esta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Estas si muerden á un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalías fieras, dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no las haber visto. De los palmares de Uraba hay muchos, y de otras frutas campesinas.

CAPITULO X.

De la grandeza de las montañas de Abibe, y de la admirable y provechosa madera que en ella se cria.

Pasados estos llanos y montañas desuso dichas, se allega á las muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe. Esta sierra prosigue su cordillera al ocidente; corre por muchas y diversas provincias y partes otras que no hay poblado. De largura no se sabe cierto lo que tiene; de anchura, á partes tiene veinte leguas, y á partes mucho mas, y á cabos poco menos. Los caminos que los indios tenian, que atravesaban por estas bravas montañas (porque en muchas partes dellas hay poblado), eran tan malos y dificultosos, que los caballos no podian ni podrán andar por ellos. El capitan Francisco César, que fué el primero que atravesó por aquellas montañas, caminando hácia el nascimiento del sol, hasta que con gran trabajo dió en el valle del Cuaca, que está pasada la sierra, que cierto son asperísimos los caminos, porque todo está lleno de malezas y arboledas; las raíces son tantas, que enredan los piés de los caballos y de los hombres. Lo mas alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa y una abajada de mas peligro, cuando la bajamos con el licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo mas della unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones y palancas grandes y mucha tierra, una como pared, para que pudiesen pasar los caballos sin peligro; y aunque fué provechoso, no dejaron de despeñarse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos si los vieran. Caballos vivos se quedaron tambien algunos que no pudieron pasar por ir flacos. Muchos negros se huyeron y otros se murieron. Cierto, mucho mal pasamos los que por allí anduvimos, pues íbamos con el trabajo que digo. Poblado no hay ninguno en lo alto de la sierra, y si lo hay, está apartado de aquel lugar por donde la atravesamos; porque en el anchor destas sierras por todas partes hay valles, y en estos valles gran número de indios, y muy ricos de oro. Los rios que abajan desta sierra ó cordillera hácia el poniente se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo mas del tiempo del año llueve; los árboles siempre están destilando agua de la que ha llovido. No hay yerba para los caballos, si no son unas palmas cortas que echan unas pencas largas. En lo interior deste árbol ó palma se crian unos palmitos pequeños de grande amargor. Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado de la hambre, que los he comido. Y como siempre llueve, y los españoles y mas caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre creo moririan todos los mas. El dador de los bienes, que es Cristo, nuestro Dios y Señor, en todas partes muestra su poder y tiene por bien de nos hacer mercedes y darnos remedio para todos nuestros trabajos; y así, en estas montañas, aunque no hay falta de leña, toda está tan mojada, que el fuego que estuviere encendido apagará, cuanto mas dar lumbre. Y para suplir esta falta y necesidad que se pasaria en aquellas sierras, y aun en mucha parte de las Indias, hay unos árboles largos, delgados, que casi parecen fresnos, la madera de dentro blanca y muy enjuta; cortados estos, se enciende luego la lumbre y arde como tea, y no se apaga hasta que es consumida y gastada con el fuego. Enteramente nos dió la vida hallar esta madera. Adonde los indios están poblados tienen mucho bastimento y frutas, pescado y gran cantidad de mantas de algodon muy pintadas. Por aquí ya no hay de la mala yerba de Uraba; y no tienen estos indios montañeses otras armas sino lanzas de palma y dardos y macanas. Y por los rios (que no hay pocos) tienen hechas puentes de unos grandes y recios bejucos, que son como unas raíces largas que nacen entre los árboles, que son tan recios algunos dellos como cuerdas de cáñamo; juntando gran cantidad hacen una soga ó maroma muy grande, la cual echan de una parte á otra del rio y la atan fuertemente á los árboles; que hay muchos

junto á los rios, y echando otras, las atan y juntan con barrotes fuertes, de manera que queda como puente. Pasan por allí los indios y sus mujeres, y son tan peligrosas, que yo querria ir mas por la de Alcántara que no por ninguna dellas; no embargante que, aunque son tan dificultosas, pasan (como ya dije) los indios y sus mujeres cargadas, y con sus hijos, si son pequeños, á cuestas, tan sin miedo como si fuesen por tierra firme. Todos los mas destos indios que viven en estas montañas eran subjetos á un señor ó cacique grande y poderoso, llamado Nutibara. Pasadas estas montañas, se allega á un muy lindo valle de campaña ó cabaña, que es tanto como decir que en él no hay montaña ninguna, sino sierras peladas muy agras y encumbradas para andar, salvo que los indios tienen sus caminos por las lomas y laderas bien desechados.

CAPITULO XI.

Del cacique Nutibara y de su señorío, y de otros caciques subjetos á la ciudad de Antiocha.

Cuando en este valle entramos con el licenciado Juan de Vadillo, estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga; todos los campos llenos de toda manera de comida de la que ellos usan. De lo superior de las sierras nascen muchos rios y muy hermosos; sus riberas estaban llenas de frutas de muchas maneras, y de unas palmas delgadas muy largas, espinosas; en lo alto dellas crian un racimo de una fruta que llamamos pixivaes, muy grande y de mucho provecho, porque hacen pan y vino con ella, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen tamaño, sabroso y dulce. Habia muchos árboles que llamamos aguacates y muchas guabas y guayabas, muy olorosas piñas. Desta provincia era señor ó rey uno llamado Nutibara, hijo de Anunaibe, tenia un hermano que se decia Quinuchu. Era en aquel tiempo su lugarteniente en los indios montañeses que vivian en las sierras de Abibe (que ya pasamos) y en otras partes; el cual proveyó siempre á este señor de muchos puercos, pescado, aves y otras cosas que en aquellas tierras se crian; y le daban en tributo mantas y joyas de oro. Cuando iba á la guerra le acompañaba mucha gente con sus armas. Las veces que salia por estos valles caminaba en unas andas engastonadas en oro, y en hombros de los mas principales; tenia muchas mujeres. Junto á la puerta de su aposento, y lo mesmo en todas las casas de sus capitanes, tenian puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habian comido; las cuales tenian allí como en señal de triunfo. Todos los naturales desta region comen carne humana, y no se perdonan en este caso; porque en tomándose unos á otros (como no sean naturales de un propio pueblo) se comen. Hay muchas y muy grandes sepulturas, y que no deben ser poco ricas. Tenian primero una grande casa ó templo dedicado al demonio; los horcones y madera vi yo por mis propios ojos. Al tiempo que el capitan Francisco César entró en aquel valle le llevaron los indios naturales dél á aquesta casa ó templo, creyendo que, siendo tan pocos cristianos los que con él venian, fácilmente y con poco trabajo los matarian. Y así, salieron de guerra mas de veinte mil indios con gran tropel y con mayor ruido; mas, aunque los cristianos no eran mas de treinta y nueve y trece caballos, se mostraron tan valerosos y valientes, que los indios huyeron, después de haber durado la batalla buen espacio de tiempo, quedando el campo por los cristianos; adonde ciertamente César se mostró ser digno de tener tal nombre. Los que escribieren de Cartagena tienen harto que decir deste capitan; lo que yo toco no lo hago por mas que por ser necesario para claridad de mi obra. Y si los españoles que entraron con César en este valle fueran muchos, cierto quedaran todos ricos y sacaran mucho oro, que después los indios sacaron por consejo del diablo, que de nuestra venida les avisó, segun ellos proprios afirman y dicen. Antes que los indios diesen la batalla al capitan César le llevaron á aquesta casa que digo, la cual tenian (segun ellos dicen) para reverenciar al diablo; y cavando en cierta parte hallaron una bóveda muy bien labrada, la boca al nascimiento del sol; en la cual estaban muchas ollas llenas de joyas de oro muy fino, porque era todo lo mas de veinte y veinte y un quilate, que montó mas de cuarenta mil ducados. Dijéronle que adelante estaba otra casa donde habia otra sepultura como aquella, que tenia mayor tesoro; sin lo cual, le afirmaban mas que en el valle hallaria otras mayores y mas ricas, aunque la que le decian lo era mucho. Cuando después entramos con Vadillo hallamos algunas destas sepulturas sacadas, y la casa ó templo quemada. Una india que era de un Baptista Zimbron me dijo á mí que después que César se volvió á Cartagena se juntaron todos los principales y señores destos valles, y hechos sus sacrificios y cerimonias, les aparesció el diablo (que en su lengua se llama *Guaca*) en figura de tigre, muy fiero, y que les dijo cómo aquellos cristianos habian venido de la otra parte del mar, y que presto habian de volver otros muchos como ellos, y habian de ocupar y procurar de señorear la tierra; por tanto, que se aparejasen de armas para les dar guerra. El cual, como esto les hobiese hablado, desapareció; y que luego comenzaron de aderezarse, sacando primero grande suma de tesoros de muchas sepulturas.

CAPITULO XII.

De las costumbres destos indios, y de las armas que usan y de las ceremonias que tienen, y quién fué el fundador de la ciudad de Antiocha.

La gente destos valles es valiente para entre ellos, y así cuentan que eran muy temidos de los comarcanos. Los hombres andan desnudos y descalzos, y no traen sino unos maures angostos, con que se cubren las partes vergonzosas, asidos con un cordel, que traen atado por la cintura. Précianse de tener los cabellos muy largos; las armas con que pelean son dardos y lanzas largas, de la palma negra que arriba dije; tiraderas, hondas, y unos bastones largos, como espadas de á dos manos, á quien llaman macanas. Las mujeres andan vestidas de la cintura abajo con mantas de algodon muy pintadas y galanas. Los señores cuando se casan hacen una manera de sacrificio á su dios, y juntándose en una casa grande, donde ya están las mujeres mas hermosas, toman por mujer la que quieren, y el hijo desta es el heredero, y si no tiene el señor hijo, hereda el

hijo de su hermana. Confinan estas gentes con una provincia que está junto á ella, que se llama Tatabe, de muy gran poblacion de indios muy ricos y guerreros. Sus costumbres conforman con estos sus comarcanos. Tienen armadas sus casas sobre árboles muy crecidos, hechas de muchos horcones altos y muy gruesos, y tiene cada una mas de docientos dellos; la varazon es de no menos grandeza; la cobija que tienen estas tan grandes casas es hojas de palma. En cada una dellas viven muchos moradores con sus mujeres y hijos. Extiéndense estas naciones hasta la mar del Sur, la via del poniente. Por el oriente confinan con el gran rio del Darien. Todas estas comarcas son montañas muy bravas y muy temerosas. Cerca de aquí dicen que está aquella grandeza y riqueza del Dabaybe, tan mentada en la Tierra-Firme. Por otra parte deste valle, donde es señor Nutibara, tiene por vecinos otros indios, que están poblados en unos valles que se llaman de Nore, muy fértiles y abundantes. En uno dellos está agora asentada la ciudad de Antiocha. Antiguamente habia gran poblado en estos valles, segun nos lo dan á entender sus edificios y sepulturas, que tiene muchas y muy de ver, por ser tan grandes, que parescen pequeños cerros. Estos, aunque son de la misma lengua y traje de los del Guaca, siempre tuvieron grandes pendencias y guerras; en tanta manera, que unos y otros vinieron en gran diminucion, porque todos los que se tomaban en la guerra los comian y ponian las cabezas á las puertas de sus casas. Andan desnudos estos, como los demás; los señores y principales algunas veces se cubren con una gran manta pintada, de algodon. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de lo mismo. Quiero, antes que pase adelante, decir aquí una cosa bien extraña y de grande admiracion. La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antiocha fué poblada en las sierras que están por encima dellos, oí decir que los señores ó caciques destos valles de Nore buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podian, las cuales traidas á sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empreñaban dellos, los hijos que nacian los criaban con mucho regalo hasta que habian doce ó trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comian con gran sabor, sin mirar que eran su sustancia y carne propria; y desta manera tenian mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los que ellos hacen. Y háceme tener por cierto lo que digo, ver lo que pasó á uno destos principales con el licenciado Juan de Vadillo, que en este año está en España, y si le preguntan lo que yo escribo, dirá ser verdad; y es, que la primera vez que entraron cristianos españoles en estos valles, que fuimos yo y mis compañeros, vino de paz un señorete que habia por nombre Nabonuco, y traia consigo tres mujeres; y viniendo la noche, las dos dellas se echaron á la larga encima de un tapete ó estera, y la otra atravesada para servir de almohada; y el indio se echó encima de los cuerpos dellas muy tendido, y tomó de la mano otra mujer hermosa que quedaba atrás con otra gente suya que luego vino. Y como el licenciado Juan de Vadillo le viese de aquella suerte, preguntóle que para qué habia traido aquella mujer que tenia de la mano; y mirándolo al rastro el indio, respondió mansamente que para comerla, y que si él no hubiera venido, lo hubiera ya hecho. Vadillo, oido esto, mostrando espantarse, le dijo: «Pues ¿cómo, siendo tu mujer, la has de comer?» El Cacique, alzando la voz, tornó á responder, diciendo: «Mira, mira, y aun al hijo que pariere tengo tambien de comer.» Esto que he dicho pasó en el valle de Nore y en el de Guaca, que es el que dije quedar atrás. Oí decir á este licenciado Vadillo algunas veces cómo supo por dicho de algunos indios viejos, por las lenguas que traiamos, que cuando los naturales dél iban á la guerra, á los indios que prendian en ella hacian sus esclavos, á los cuales casaban con sus parientas y vecinas, y los hijos que habian en ellas aquellos esclavos, los comian; y que después que los mismos esclavos eran muy viejos y sin potencia para engendrar, los comian tambien á ellos. Y á la verdad, como estos indios no tenian fe, ni conoscian al demonio, que tales pecados les hacia hacer, cuán malo y perverso era, no me espanto dello, porque hacer esto, mas lo tenian ellos por valentía que por pecado. Con estas muertes de tanta gente, hallábamos nosotros, cuando descubrimos aquellas regiones, tanta cantidad de cabezas de indios á las puertas de las casas de los principales, que parecia que en cada una dellas habia habido carnecería de hombres. Cuando se mueren los principales señores destos valles, llóranlos muchos dias arreo, y tresquílanse sus mujeres, y mátanse las mas queridas, y hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta della hácia el nascimiento del sol. Dentro de aquella tan gran sepultura hacen una bóveda mayor de lo que era menester, muy enlosada, y allí meten al difunto lleno de mantas, y con el oro y armas que tenia; sin lo cual después que con su vino, hecho de maiz ó de otras raíces, han embeodado á las mas hermosas de sus mujeres y algunos muchachos sirvientes, los metian vivos en aquella bóveda, y allí los dejaban para que el señor abajase mas acompañado á los infiernos. Esta ciudad de Antiocha está fundada y asentada en un valle destos que digo, el cual está entre los famosos y nombrados y muy riquísimos rios del Darien y de Santa Marta, porque estos valles están en medio de ambas cordilleras. El asiento de la ciudad es muy bueno y de grandes llanos, junto á un pequeño rio. Está la ciudad mas allegada al norte que ninguna de las del reino del Perú. Corren junto á ella otros rios, muchos y muy buenos, que nascen de las cordilleras que están á los lados, y muchas fuentes manantiales de muy clara y sabrosa agua; los rios, todos los mas llevan oro en gran cantidad y muy fino, y están pobladas sus riberas de muchas arboledas de frutas de muchas maneras; á toda parte cercada de grandes provincias de indios muy ricos de oro, porque todos lo cogen en sus propios pueblos. La contratacion que tienen es mucha. Usan de romanas pequeñas, y de pesos para pesar el oro. Son todos grandes carniceros de comer carne humana. En tomándose unos á otros no se perdonan. Un dia vi yo en Antiocha, cuando le poblamos, en unas sierras donde el capitan Jorge Robledo la fundó (que después, por mandado del capitan Juan Cabrera, se pasó donde agora

está), que estando en un maizal, vi junto á mí cuatro indios, y arremetieron á un indio que entonces llegó allí, y con las macanas le mataron; y á las voces que yo dí lo dejaron, llevándole las piernas; sin lo cual, estando aun el pobre indio vivo, le bebian la sangre y le comian á bocados sus entrañas. No tienen flechas, ni usan mas armas de las que he dicho arriba. Casa de adoracion ó templo no se les ha visto mas de aquella que en el Guaca quemaron. Hablan todos en general con el demonio, y en cada pueblo hay dos ó tres indios antiguos y diestros en maldades que hablan con él; y estos dan las respuestas y denuncian lo que el demonio les dice que ha de ser. La inmortalidad del ánima no la alcanzan enteramente. El agua y todo lo que la tierra produce lo echan á naturaleza, aunque bien alcanzan que hay Hacedor; mas su creencia es falsa, como diré adelante. Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitan Jorge Robledo en nombre de su majestad el emperador don Cárlos, rey de España y de estas Indias, nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastian de Belalcázar, su gobernador, y capitan general de la provincia de Popayan, año del nascimiento de nuestro Señor de 1541 años. Esta ciudad está en siete grados de la Equinocial, á la parte del norte.

CAPITULO XIII.

De la descripcion de la provincia de Popayan, y la causa porque los indios della son tan indómitos, y los del Perú son tan domésticos.

Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayan, la porné con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropriaré á ella, porque es muy diferente la gente, la disposicion de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio della; y desde Pasto, que es tambien donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo pues que esta provincia se llamó de Popayan por causa de la ciudad de Popayan, que en ella está poblada. Tendrá de longitud docientas leguas, poco mas ó menos, y de latitud treinta y cuarenta, y á partes mas y á cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de luengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nascen muchos rios, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran rio de Santa Marta. Inclúyese en esta gobernacion la villa de Pasto, la ciudad de Popayan, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos frios y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo della al oriente. Al poniente confina con la gobernacion del rio de San Juan, al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan cómo estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernacion (dejando la villa de Pasto) no hace frio demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados; y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riscos y rios, y mas gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan subjetos y domables. A lo cual diré que todos los indios subjetos á la gobernacion de Popayan han sido siempre, y lo son, behetrías. No hubo entre ellos señores que se hiciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo, aborrescen el servir y estar subjetos; que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intencion; porque, costreñidos de necesidad, hicieran lo que otros hacen. Mas hay otra causa muy mayor; la cual es, que todas estas provincias y regiones son muy fértiles, y á una parte y á otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprieten, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí ó dos ó lo que quieren; y en tres ó cuatro dias hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí tambien los van á buscar, dejado aquel sitio, van adelante ó vuelven atrás, y adonde quiera que van ó están hallan qué comer y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto; y por esto sirven cuando quieren y es en su mano la guerra ó la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables, porque tienen mas razon que estos y porque todos fueron subjetados por los reyes ingas, á los cuales dieron tributo, sirviéndolos siempre, y con aquella condicion nascian; y si no lo querian hacer, la necesidad les constreñia á ello; porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salian de sus pueblos y valles á estos desiertos no podian vivir, ni la tierra da fructo ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas; de manera que por no morir, sin ninguno poder vivir, han de servir y no desamparar sus tierras; que es bastante causa y buena razon para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante, quiero dar noticia particularmente de las provincias desta gobernacion y de las ciudades de españoles que en ella están pobladas, y quién fueron los fundadores. Digo pues que desta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos: uno para ir á la villa de Ancerma, otro para ir á la ciudad de Cartago; y antes que diga lo que se contiene en el que va á Cartago y Arma, diré lo tocante á la villa de Ancerma, y luego volveré á hacer lo mismo destotro.

CAPITULO XIV.

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Ancerma, y qué tanto hay de una parte á otra, y de las tierras y regiones que en este camino hay.

Saliendo de la ciudad de Antiocha, y caminando hácia la villa de Ancerma, verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha á la villa de Ancerma son setenta leguas; es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello ó lo mas está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha se allega á un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solia haber muchos indios y poblacion; y entrados los españoles á conquistarlos, se han diminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro y muchos arroyos donde lo pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado; de aquí se va á un asiento que está encima de un gran cerro, donde solia estar un pueblo junto de grandes casas, todas de mineros, que cogian oro por su riqueza. Los caciques comarcanos tienen allí sus casas, y les sacaban sus indios harta cantidad de oro. Y cierto se tiene que deste cerro fué la mayor parte de la riqueza que se halló en el Cenu en las grandes sepulturas que en él se sacaron; que yo vi sacar hartas y bien ricas antes que fuésemos al descubrimiento de Urute con el capitan Alonso de Cáceres. Pues volviendo á la materia: acuérdome cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frias, halló en una casa ó bohío deste pueblo de Buritica una totuma, que es á manera de una albornía grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de entre ella muy espesos y grandes; vimos tambien allí los nascimientos y minas donde lo cogian, y las macanas ó coas con que lo labraban. Cuando el capitan Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fué á ver estos nacimientos, y lavaron una batea de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda. Un minero afirmaba que era oro, otro decia que no, sino lo que llamamos margajita; y como íbamos de camino, no se miró mas en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver mas á poblarlo. Acuérdome que yendo á buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un rio una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro, que penetraban la piedra de una parte á otra, y como la vido, se la cargó en sus hombros para la traer al real; y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió á lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al rio, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de mas precio que al oro, por la hambre que tenia, que fué causa que la piedra se quedase en el rio donde primero estaba. Y si se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien la volviera á buscar, porque cierto teniamos necesidad muy grande de bastimento. En otro rio vi yo á un negro del capitan Jorge Robledo de una bateada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos: en conclusion, si la gente fuera doméstica y bien inclinada, y no tan carniceros de comerse unos á otros, y los capitanes y gobernadores mas piadosos, para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy rica es. Deste pueblo que estaba asentado en este cerro, que se llama Buritica, nasce un pequeño rio; hace mucha llanada, casi á manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitan Jorge Robledo, y es sufragana á la ciudad de Antiocha; por tanto, no hay qué decir della. Las minas se han hallado muy ricas junto á este pueblo, en el rio grande de Santa Marta, que pasa junto á él. Cuando es verano sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá mas negros. Tambien está junto á este pueblo otra poblacion, que se llama Xundabe, de la misma nacion y costumbres de los comarcanos á ellos. Tienen muchos valles muy poblados y una cordillera de montaña en medio, que divide las unas regiones de las otras. Mas adelante está otro pueblo que se llama Caramanta, y el cacique ó señor Cauroma.

CAPITULO XV.

De las costumbres de los indios desta tierra, y de la montaña que hay para llegar á la villa de Ancerma.

La gente desta provincia es dispuesta, belicosa, diferente en la lengua á las pasadas. Tiene á todas partes este valle montañas muy bravas, y pasa un espacioso rio por medio dél, y otros muchos arroyos y fuentes, donde hacen sal; cosa de admiracion y hazañosa de oir. Dellas y de otras muchas que hay en esta provincia hablaré adelante, cuando el discurso de la obra nos diere lugar. Una laguna pequeña hay en este valle, donde hacen sal muy blanca. Los señores ó caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y á las puertas dellas puestas unas cañas gordas de las destas partes, que parescen pequeñas vigas; encima dellas tienen puestas muchas cabezas de sus enemigos. Cuando van á la guerra, con agudos cuchillos de pedernal, ó de unos juncos ó de cortezas ó cáscara de cañas, que tambien los hacen dellas bien agudos, cortan las cabezas á los que prenden. Y á otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, segun su costumbre, á los cuales comen luego, poniendo las cabezas, como he dicho, en lo alto de las cañas. Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio, muy fiera, de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos, en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua ó de sol para cultivar sus tierras, piden (segun dicen los mismos indios naturales) ayuda á estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religion están señalados; y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales y guardan supersticiones, las que el demonio les manda: tanto es el poder que ha tenido sobre aquellos indios, permitiéndolo Dios nuestro Señor por sus pecados ó por otra causa que él sabe. Decian las lenguas cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor dellos, que habia por

nombre Caurome, tenia muchos ídolos de aquellos, que parescian de palo, de oro finísimo; y afirmaban que habia tanta abundancia deste metal, que en un rio sacaba el señor ya dicho la cantidad que queria.

Son grandes carniceros de comer carne humana. A las puertas de las casas que he dicho tienen plazas pequeñas, sobre las cuales están puestas las cañas gordas; y en estas plazas tienen sus mortuorios y sepulturas al uso de su patria, hechas de una bóveda, muy hondas, la boca al oriente. En las cuales, muerto algun principal ó señor, lo meten dentro con muchos llantos, echando con él todas sus armas y ropa, y el oro que tiene y comida. Por donde conjeturamos que estos indios ciertamente dan algun crédito á pensar que el ánima sale del cuerpo, pues lo principal que metian en sus sepulturas es mantenimiento y las cosas que mas ya he dicho; sin lo cual, las mujeres que en vida ellos mas quisieron, las enterraban vivas con ellos en las sepulturas, y tambien enterraban otros muchachos y indias de servicio. La tierra es de mucha comida, fértil para dar el maíz y las raíces que ellos siembran. Arboles de fructa casi no hay ninguno, y si los hay, son pocos. A las espaldas della, hácia la parte de oriente, está una provincia que se llama Cartama, que es hasta donde descubrió el capitan Sebastian de Belalcázar, de la lengua y costumbres destos. Son ricos de oro y tienen las casas pequeñas, y todos andan desnudos y descalzos, sin tener mas de unos pequeños maures, con que cubren sus vergüenzas. Las mujeres usan unas mantas de algodon pequeñas, con que se cubren de la cintura abajo; lo demás anda descubierto. Pasada la provincia de Caramanta, está luego una montaña que dura poco mas de siete leguas, muy espesa, adonde pasamos mucho trabajo de hambre y frio cuando íbamos con Vadillo, y bien podré yo afirmar en toda mi vida pasé tanta hambre como en aquellos dias, aunque he andado en algunos descubrimientos y entradas bien trabajosas. Hallámonos tan tristes en vernos metidos en unas montañas tan espesas, que el sol aiún no lo viamos, y sin camino ni guias, ni con quien nos avisase si estábamos léjos ó cerca de poblado, que estuvimos por nos volver á Cartagena. Mucho nos valió hallar de aquella madera verde que conté haber en Abibe, porque con ella hicimos siempre lumbre toda la que queriamos. Y con el ayuda de Dios, á fuerza de nuestros brazos, con los cuales íbamos abriendo camino, pasamos estas montañas, en las cuales se quedaron algunos españoles muertos de hambre, y caballos muchos. Pasado este monte está un valle pequeño, sin montaña, raso, de poca gente; mas luego, un poco adelante, vimos un grande y hermoso valle muy poblado, las casas juntas, todas nuevas, y algunas dellas muy grandes, los campos llenos de bastimento de sus raíces y maizales. Después se perdió toda la mas desta poblacion, y los naturales dejaron su antigua tierra. Muchos dellos, por huir de la crueldad de los españoles, se fueron á unas bravas y altas montañas que están por encima deste valle, que se llama de Cima. Mas adelante deste valle está otro pequeño, dos leguas y media dél, que se hace de una loma que nasce de la cordillera donde está fundada y asentada la villa de Ancerma, que primero se nombró la ciudad de Santa Ana de los Caballeros, la cual está asentada entre medias de dos pequeños rios, en una loma no muy grande, llana de una parte y otra, llena de muchas y muy hermosas arboledas de frutales, así de España como de la misma tierra, y llena de legumbres, que se dan bien. El pueblo señorea toda la comarca, por estar en lo mas alto de las lomas, y de ninguna parte puede venir gente, que primero que llegue no sea vista de la villa; y por todas partes está cercada de grandes poblaciones de muchos caciques ó señoretes. La guerra que con ellos tuvieron al tiempo que los conquistaron se dirá en su lugar. Son todos los mas destos caciques amigos unos de otros; sus pueblos están juntos, las casas desviadas alguna distancia unas de otras.

CAPITULO XVI.

De las costumbres de los caciques y indios que están comarcanos á la villa de Ancerma, y de su fundacion, y quién fué el fundador.

El sitio donde está fundada la villa de Ancerma es llamado por los indios naturales Umbra; y al tiempo que el adelantado don Sebastian de Belalcázar entró en esta provincia cuando la descubrió, como no llevaba lenguas, no pudo entender ningun secreto de la provincia. Y oian á los indios que en viendo sal la llamaban y nombraban ancer, como es la verdad, y entre los indios no tiene otro nombre; por lo cual los cristianos de allí adelante, hablando en ella, la nombraban Ancerma, y por esta causa se le puso á esta villa el nombre que tiene. Cuatro leguas della al ocidente está un pueblo no muy grande, pero es bien poblado de muchos indios, por tener muy grandes casas y ancha tierra. Pasa un rio pequeño por él, y está una legua del grande y muy rico rio de Santa Marta, del cual, si á Dios pluguiere, haré capítulo por sí, contando por órden su nascimiento adónde es, y de qué manera se divide en dos brazos. Estos indios tenian por capitan ó señor á uno dellos bien dispuesto, llamado Ciricha. Tiene, ó tenia cuando yo lo vi, una casa muy grande á la entrada de su pueblo, y otras muchas á todas partes dél, y junto aquella casa ó aposento está una plaza pequeña, toda á la redonda llena de las cañas gordas que conté en lo de atrás haber en Caramanta, y en lo alto dellas habia puestas muchas cabezas de los indios que habian comido. Tenia muchas mujeres. Son estos indios de la habla y costumbres de los de Caramanta, y mas carniceros y amigos de comer la humana carne. Porque entiendan los trabajos que se pasan en los descubrimientos los que esto leyeren, quiero contar lo que acontesció en este pueblo al tiempo que entramos en él con el licenciado Juan de Vadillo, y es, que como tenian alzados los mantenimientos en algunas partes, no hallábamos maíz ni otra cosa para comer, y carne habia mas de un año que no la comiamos, sino era de los caballos que se morian ó de algunos perros, ni aun sal no teniamos: tanta era la miseria que pasábamos. Y saliendo veinte y cinco ó treinta soldados, fueron á renchar, ó por decirlo mas claro, á robar lo que pudiesen hallar; y junto con el rio Grande dieron en cierta gente que estaba huida por no ser vistos ni presos de nosotros, adonde hallaron una olla grande llena de carne cocida; y tanta hambre llevaban,

que no miraron en mas de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman curies, porque salian de la olla algunos; mas ya que estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas; sin lo cual, vieron luego pedazos de piés, dos ó tres cuartos de hombres que en ella estaban; lo cual visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos; mas á la fin se pasó, y volvieron hartos al real, de donde primero habian salido muertos de hambre. Nascen de una montaña que está por lo alto deste pueblo muchos rios pequeños, de los cuales se ha sacado y saca mucho oro, y muy rico, con los mismos indios y con negros. Son amigos y confederados estos y los de Caramanta, y con los demás sus comarcanos siempre tuvieron enemistad y se dieron guerra. Un peñol fuerte hay en este pueblo, donde en tiempo de guerra se guarescen. Andan desnudos y descalzos, y las mujeres traen mantas pequeñas y son de buen parescer, y algunas hermosas. Mas adelante deste pueblo está la provincia de Zopía. Por medio destos pueblos corre un rio rico de minas de oro, donde hay algunas estancias que los españoles han hecho. Tambien andan desnudos los naturales desta provincia. Las casas están desviadas, como las demás, y dentro dellas, en grandes sepulturas, se entierran sus difuntos. No tienen ídolos, ni casa de adoracion no se les ha visto. Hablan con el demonio. Cásanse con sus sobrinas, y algunos con sus mismas hermanas, y hereda el señorío ó cacicazgo el hijo de la principal mujer (porque todos estos indios, si son principales, tienen muchas); y si no tienen hijo, el de la hermana dél. Confinan con la provincia de Cartatama, que no está muy léjos della; por la cual pasa el rio grande arriba dicho. De la otra parte dél está la provincia de Pozo, con quien contratan mas. Al oriente tiene la villa otros pueblos muy grandes, los señores muy dispuestos, de buen parecer, llenos de mucha comida y frutales. Todos son amigos, aunque en algunos tiempos hubo enemistad y guerra entre ellos. No son tan carniceros como los pasados de comer carne humana. Son los caciques muy regalados; muchos dellos, antes que los españoles entrasen en su provincia, andaban en andas y hamacas. Tienen muchas mujeres, las cuales, para ser indias, son hermosas; traen sus mantas de algodon galanas, con muchas pinturas.

Los hombres andan desnudos, y los principales y señores se cubren con una manta larga, y traen por la cintura maures, como los demás. Las mujeres andan vestidas como digo; traen los cabellos muy peinados, y en los cuellos muy lindos collares de piezas ricas de oro, y en las orejas sus zarcillos; las ventanas de las narices se abren para poner unas como peloticas de oro fino; algunas destas son pequeñas y otras mayores. Tenian muchos vasos de oro los señores, con que bebian, y mantas, así para ellos como para sus mujeres, chapadas de unas piezas de oro hechas á manera redonda, y otras como estrelletas, y otras joyas de muchas maneras tenian deste metal. Llaman al diablo Xixarama, y á los españoles tamaraca. Son grandes hechiceros algunos dellos, y herbolarios. Casan á sus hijas después de estar sin su virginidad, y no tienen por cosa estimada haber la mujer virgen cuándo se casan. No tienen ninguna cerimonia en sus casamientos. Cuando los señores se mueren, en una parte desta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo, se ponen una hamaca y á todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derrite con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben de su vino y rezan sus salmos ó bendiciones dedicadas á sus dioses, á su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo, envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataud, y sin enterrarlo lo tienen allí algunos años, y después de estar bien seco, los ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas. En las demás provincias, muerto un señor, hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas, y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto, envuelto en muchas mantas, las mas ricas que tienen, y á una parte ponen sus armas y á otra mucha comida y grandes cántaros de vino y sus plumajes y joyas de oro, y á los piés echan algunas mujeres vivas, las mas hermosas y queridas suyas, teniendo por cierto que luego ha de tornar á vivir y aprovecharse de lo que con ellos llevan. No tienen obra política ni mucha razon. Las armas que usan son dardos, lanzas, macanas de palma negra y de otro palo blanco, recio, que en aquellas partes se cria. Casa de adoracion no se la habemos visto ninguna. Cuando hablan con el demonio dicen que es á escuras sin lumbre, y que uno que para ello está señalado habla por todos, el cual da las respuestas. La tierra en que tienen asentadas las poblaciones, son sierras muy grandes, sin montaña ninguna. La tierra dentro, hácia el poniente, hay una gran montaña que se llama Cima, y mas adelante, hácia la mar Austral, hay muchos indios y grandes pueblos, donde se tiene por cierto que nasce el gran rio del Darien. Esta villa de Ancerma pobló y fundó el capitan Jorge Robledo en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitan general de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro; aunque es verdad que Lorenzo de Aldana, teniente general de don Francisco Pizarro, desde la ciudad de Cali nombró el cabildo, y señaló por alcaldes á Suer de Nava y á Martin de Amoroto, y por alguacil mayor á Ruy Venégas, y envió á Robledo á poblar esta ciudad, que villa se llama agora, y le mandó que le pusiese por nombre Santa Ana de los Caballeros. Así que, á Lorenzo de Aldana se puede atribuir la mayor parte desta fundacion de Ancerma, por la razon susodicha.

CAPITULO XVII.

De las provincias y pueblos que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Arma, y de las costumbres de los naturales dellas.

Aquí dejaré de proseguir por el camino comenzado que llevaba, y volveré á la ciudad de Antiocha para dar razon del camino que va de allí á la villa de Arma, y aun hasta la ciudad de Cartago; donde digo que, saliendo de la ciudad de Antiocha para ir á la villa de Arma, se allega al rio grande de Santa Marta, que está doce leguas della pasado el rio, que para lo pasar hay una bar-

ca, ó nunca faltan vallas ó de qué hacellas. Hay pocos indios á las riberas del rio, y los pueblos son pequeños, porque se han retirado todos del camino. Después de haber andado algunas jornadas, se allega á un pueblo que solia ser muy grande; llamábase el Pueblo-Llano; y como entraron los españoles en la tierra, se retiraron adentro de unas cordilleras que estaban de aquel lugar poco mas de dos leguas. Los indios son de pequeños cuerpos, y tienen algunas flechas traidas de la otra parte de la montaña de los Andes, porque los naturales de aquellas partes las tienen. Son grandes contratantes; su principal mercadería es sal. Andan desnudos, sus mujeres lo mismo, porque no traen sino unas mantas muy pequeñas, con que se atapan del vientre hasta los muslos. Son ricos de oro, y los rios llevan harto deste metal. En las demás costumbres parescen á sus comarcanos. Desviado deste pueblo está otro que se llama Mugia, donde hay muy gran cantidad de sal y muchos mercaderes que la llevan pasada la cordillera, por la cual traen mucha suma de oro y ropa de algodon, y otras cosas de las que ellos han menester. Desta sal, y dónde la sacan y cómo la llevan adelante, se tratará. Pasando deste pueblo, hácia el oriente está el valle de Aburra; para ir á él se pasa la serranía de los Andes muy fácilmente y con poca montaña, y aun sin tardar mas que un dia; la cual descubrimos con el capitan Jorge Robledo, y no vimos mas de algunos pueblos pequeños y diferentes de los que habíamos pasado, y no tan ricos. Cuando entramos en este valle de Aburra, fué tanto el aborrescimiento que nos tomaron los naturales dél, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos ó de los maures, de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros, dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas á los infiernos. Hay en este valle de Aburra muchas llanadas; la tierra es muy fértil, y algunos rios pasan por ella. Adelante se vió un camino antiguo muy grande, y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente, que son muchas y grandes; las cuales sabemos que las hay, mas por fama que por haberlo visto. Mas adelante del Pueblo-Llano se allega á otro que há por nombre Cenufara; es rico, y adonde se cree que hay grandes sepulturas ricas. Los indios son de buenos cuerpos, andan desnudos como los que habemos pasado, y conforman con ellos en el traje y en lo demás. Adelante está otro pueblo que se llama el Pueblo-Blanco, y dejamos para ir á la villa de Arma el rio grande á la diestra mano.

Otros rios muchos hay en este camino, que por ser tantos y no tener nombres no los pongo. Cabe Cenufara queda un rio de montaña y de muy gran pedrería, por el cual se camina casi una jornada; á la siniestra mano está una grande y muy poblada provincia, de la cual luego escrebiré. Estas regiones y poblaciones estuvieron primero puestas debajo de la ciudad de Cartago y en sus límites, y señalado por sus términos hasta el rio grande por el capitan Jorge Robledo, que la pobló; mas, como los indios sean tan indómitos y enemigos de servir ni ir á la ciudad de Cartago, mandó el adelantado Belalcázar, gobernador de su majestad, que se dividiesen los indios, quedando todos estos pueblos fuera de los límites de Cartago, y que se fundase en ella una villa de españoles, la cual se pobló, y fué el fundador Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo su gobernador desta provincia el adelantado don Sebastian de Belalcázar, año de 1542. Estuvo primero poblada á la entrada de la provincia de Arma, en una sierra; y fué tan cruel la guerra que los naturales dieron á los españoles, que por ello, y por haber poca anchura para hacer sus sementeras y estancias, se pasó dos leguas ó poco mas de aquel sitio hácia el rio grande, y está veinte y tres leguas de la ciudad de Cartago y doce de la villa de Ancerma y una del rio grande, en una llanada que se hace entre dos rios pequeños, á manera de ladera, cercada de grandes palmares, diferentes de los que de suso he dicho, pero mas provechosos, porque sacan de lo interior de los árboles muy sabrosos palmitos, y la fruta que echan tambien lo es, de la cual, quebrada en unas piedras, sacan leche, y aun hacen nata y manteca singular, que encienden lámparas y arde como aceite. Yo he visto lo que digo, y he hecho en todo la experiencia. El sitio desta villa se tiene por algo enfermo; son las tierras tan fértiles, que no hacen mas de apalear la paja y quemar los cañaverales, y esto hecho, una hanega de maíz que siembran da ciento y mas, y siembran el maíz dos veces en el año; las demás cosas tambien se dan en abundancia. Trigo hasta agora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará ó no. Las minas son ricas en el rio grande, que está una legua desta villa, mas que en otras partes, porque si echan negros, no habrá dia que no dén cada uno dos ó tres ducados á su amo. El tiempo andando, ella vendrá á ser de las ricas tierras de las Indias. El repartimiento de indios que por mis servicios se me dió fué en los términos desta villa. Bien quisiera que hubiera en qué extendiera la pluma algun tanto, pues tenia para ello razon tan justa; mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros, los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena, están sin indios, y los tienen los que los han habido por dineros ó por haber seguido á los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal.

CAPITULO XVIII.

De la provincia de Arma y de sus costumbres, y de otras cosas notables que en ella hay.

Esta provincia de Arma, de donde la villa tomó nombre, es muy grande y muy poblada y la mas rica de todas sus comarcas; tiene mas de veinte mil indios de guerra, ó los tenia cuando yo escrebí esto, que fué la primera vez que entramos cristianos españoles en ella, sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas, hechas de grandes varas y vigas, que empiezan desde abajo y suben arriba, hasta que, hecho en lo alto de la casa un pequeño arco redondo, fenesce el enmaderamiento; la cobertura es de paja. Dentro destas casas hay muchos apartados entoldados con esteras, tienen muchos moradores; la provincia tendrá en longitud diez leguas, y de latitud seis ó siete, y en circúito diez y ocho leguas poco menos, de grandes y ásperas sierras sin montaña, todas de campaña. Los mas valles y laderas parescen huertas, segun están poblados y llenas de arboledas

de frutales de todas maneras, de las que suelen haber en aquestas partes, y de otra muy gustosa llamada Pitahaya de color morada; tiene esta fruta tal propiedad, que en comiendo della, aunque no sea sino una, queriendo orinar, se echa la orina de color de sangre. En los montes tambien se halla otra fruta, que la tengo por muy singular, que llaman uvillas pequeñas, y tienen un olor muy suave. De las sierras nacen algunos rios, y uno dellos, que nombramos el rio de Arma, es de invierno trabajoso de pasar; los demás no son grandes; y ciertamente, segun la disposicion dellos, yo creo que por tiempo se ha de sacar destos rios oro, como en Vizcaya hierro. Los que esto leyeren, y hubieren visto la tierra como yo, no les parecerá cosa fabulosa. Sus labranzas tienen los indios por las riberas destos rios; y todos ellos unos con otros se dieron siempre guerra cruel, y difieren en las lenguas en muchas partes; tanto, que casi en cada barrio y loma hay lengua diferente. Eran y son riquísimos de oro á maravilla, y si fueran los naturales desta provincia de Arma del jaez de los del Perú, y tan domésticos, yo prometo que con sus minas ellos rentaran cada año mas de quinientos mil pesos de oro; tienen ó tenian deste metal muchas y grandes joyas, y es tan fino, que el de menos ley tiene diez y nueve quilates. Cuando ellos iban á la guerra llevaban coronas, y unas patenas en los pechos, y muy lindas plumas y brazales, y otras muchas joyas. Cuando los descubrimos la primera vez que entramos en esta provincia con el capitan Jorge Robledo, me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los piés á la cabeza, y se le quedó hasta hoy la parte donde los vimos, por nombre la loma de los Armados; en lanzas largas solian llevar banderas de gran valor. Las casas tienen en lo llano y plazas que hacen las lomas, que son los fenecimientos de las sierras, las cuales son muy ásperas y fragosas. Tienen grandes fortalezas de las cañas gordas que he dicho, arrancadas con sus raíces y cepas, las cuales tornan á plantar en hileras de veinte en veinte por su órden y compás, como calles; en mitad desta fuerza tienen, ó tenian cuando yo los vi, un tablado alto y bien labrado de las mismas cañas, con su escalera, para hacer sus sacrificios.

CAPITULO XIX.

De los ritos y sacrificios que estos indios tienen, y cuán grandes carniceros son de comer carne humana.

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estolicas; son muy grandes voceadores; cuando van á la guerra llevan muchas vocinas y atambores y flautas y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio, enemigo de natura humana, por los pecados de aquesta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios; porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenian muy grandes manojos de cuerdas de cabuya, á manera de crizneja (la cual nos aprovechó para hacer alpargates), tan largas, que tenian á mas de cuarenta brazas cada una de aquestas sogas; de lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra por los hombros y dejábanlos colgados, y á algunos dellos les sacaban los corazones y los ofrecian á sus dioses, al demonio, á honra de quien se hacian aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comian los cuerpos de los que ansí mataban. Casa de adoracion no se ha visto ninguna, mas de que en las casas ó aposentos de los señores tenian un aposento muy esterado y aderezado; en Paucora vi yo uno destos oratorios, como adelante diré; en lo secreto dellos estaba un retrete, y en él habia muchos encensarios de barro; en los cuales, en lugar de encienso, quemaban ciertas yerbas menudas; yo las vi en la tierra de un señor desta provincia, llamado Yayo, y eran tan menudas, que casi no salian de la tierra; unas tenian una flor muy negra y otras la tenian blanca; en el olor parescian á verbena; y estas, con otras resinas, quemaban delante de sus ídolos; y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparesce en figura de indio y los ojos muy resplandecientes, y á los sacerdotes ó ministros suyos daba la respuesta de lo que preguntaban y de lo que querian saber. Hasta agora en ninguna destas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carniceros, que muchos han comido á los señores que sobre ellos tenian encomienda; aunque cuando van á los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas y se allegueu á nuestra religion, recibiendo agua de baptismo; y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias desta gobernacion se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo y escupen de sus dichos y maldades. La gente desta provincia de Arma son de medianos cuerpos, todos morenos; tanto, que en la color todos los indios y indias destas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tienen número, y tan gran diversidad y largura de tierra) paresce que todos son hijos de una madre y de un padre; las mujeres destos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas; andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante dellas unos maures tan anchos como un palmo y tan largos como palmo y medio; con esto se atapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no ternán los hombres deseo de ver las piernas á las mujeres, pues que hora haga frio ó sientan calor, nunca las atapan; algunas de las mujeres andan tresquiladas, y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen es maíz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, algunas guayabas y paltas y palmas de los pixivaes. Los señores se casan con las mujeres que mas les agradan; la una destas se tiene por la mas principal; y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros, sin órden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgines; los señores pueden tener muchas, los demás á una y á dos y á tres, como tiene la posibilidad; en muriéndose los señores ó principales, los entierran dentro en sus casas ó en lo alto de los cerros, con las cerimonias y lloros que acostumbran, los que de suso he dicho; los hijos heredan á los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana, y no del hermano. Adelante diré la causa por que en la mayor parte des-

tas provincias heredan los sobrinos hijos de la hermana, y no del hermano, segun yo oí á muchos naturales dellas, que es causa que los señoríos ó cacicazgos se hereden por la parte femenina, y no por la masculina. Son tan amigos de comer carne humana estos indios, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querian parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeter á ellas, y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal ó de caña, y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre, y con las inmundicias comérsela con tanta priesa, que era cosa de espanto. Por los cuales pecados, y otros que estos indios cometen, ha permitido la divina Providencia que, estando tan desviados de nuestra region de España, que casi parece imposible que se pueda andar de una parte á otra, hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del Océano y llegado á sus tierras, adonde solamente diez ó quince cristianos que se hallan juntos acometen á mil, á diez mil dellos, y los vencen y subjetan; lo cual tambien creo no venir por nuestros merescimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarlos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia, á lo que yo alcancé, ni entienden mas de lo que permite Dios que el demonio les diga. El mando que tienen los caciques ó señores sobre ellos no es mas de que les hacen sus casas y les labran sus campos; sin lo cual, les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los rios oro, con que contratan en las comarcas; y ellos se nombran capitanes en las guerras, y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia; no tienen vergüenza de nada ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Adelante desta provincia, á la parte de oriente, está la montaña de suso dicha, que se llama de los Andes, llena de grandes sierras; pasada esta, dicen los indios que está un hermoso valle con un rio que pasa por él, adonde (segun dicen estos naturales de Arma) hay gran riqueza y muchos indios. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun por todas las mas de las Indias; y en pariendo, luego se van á lavar ellas mismas al rio, haciendo lo mismo á las criaturas, y hora ni momento no se guardan del aire ni sereno, ni les hace mal; y veo que muestran tener menos dolor cincuenta destas mujeres que quieren parir, que una sola de nuestra nacion. No sé si va en el regalo de las unas ó en ser bestiales las otras.

CAPITULO XX.

De la provincia de Paucura, y de su manera y costumbres.

Pasada la gran provincia de Arma, está luego otra, á quien dicen de Paucura, que tenia cinco ó seis mil indios cuando la primera vez en ella entramos con el capitan Jorge Robledo. Difiére en la lengua á la pasada; las costumbres todas son unas, salvo que estos son mejor gente y mas dispuestos, y las mujeres traen unas mantas pequeñas con que se cubren cierta parte del cuerpo, y ellos hacen lo mismo. Es muy fértil esta provincia para sembrar maíz y otras cosas; no son tan ricos de oro como los que quedan atrás, ni tienen tan grandes casas, ni es tan fragosa de sierras; un rio corre por ella, sin otros muchos arroyos. Junto á la puerta del principal señor, que habia por nombre Pimana, estaba un ídolo de madera tan grande como un hombre, de buen cuerpo, tenia el rostro hacia al nascimiento del sol y los brazos abiertos; cada mártes sacrificaban dos indios al demonio en esta provincia de Paucura, y lo mismo en la de Arma, segun nos dijeron los indios, aunque estos que sacrificaban, si lo hacian, tampoco alcanzo si serian de los mismos naturales ó de los que prendian en la guerra. Dentro de las casas de los señores tienen de las cañas gordas que de suso he dicho, las cuales, despues de secas, en extremo son recias, y hacen un cercado como jaula, ancha y corta y no muy alta, tan reciamente atadas, que por ninguna manera los que meten dentro se pueden salir; cuando van á la guerra, los que prenden pónenlos allí y mándanles dar muy bien de comer, y de que están gordos, sácanlos á sus plazas, que están junto á las casas, y en los dias que hacen fiesta los matan con gran crueldad y los comen; yo vi algunas destas jaulas ó cárceles en la provincia de Arma; y es de notar que cuando quieren matar algunos de aquellos malaventurados para comerlos, los hacen hincar de rodillas en tierra, y abajando la cabeza, le dan junto al colodrillo un golpe, del cual queda atordidò y no habla ni se queja, ni dice mal ni bien. Yo he visto lo que digo hartas veces, matar los indios, y no hablar ni pedir misericordia; antes algunos se rien cuando los matan, que es cosa de grande admiracion; y esto mas procede de bestialidad que no de ánimo; las cabezas destos que comen ponen en lo alto de las cañas gordas. Pasada esta provincia, por el mismo camino se allega á una loma alta, la cual, con sus vertientes á una parte y á otra, está poblada de grandes poblaciones ó barrios lo alto della. Cuando entramos la primera vez en ella estaba muy poblada de grandes casas; llámase este pueblo Pozo, y es de la lengua y costumbres que los de Arma.

CAPITULO XXI.

De los indios de Pozo, y cuán valientes y temidos son de sus comarcanos.

En esta provincia de Pozo habia tres señores cuando en ella entramos con el cápitan Jorge Robledo, y otros principales; ellos y sus indios eran y son los mas valientes y esforzados de todas las provincias sus vecinas y comarcanas. Tienen por una parte el rio grande y por otra la provincia de Carrapa y la de la Picara, de las cuales diré luego; por la otra parte la de Paucura, que ya dije; estos no tienen amistad con ninguna gente de las otras. Su orígen y principio fué (á lo que ellos cuentan) de ciertos indios que en los tiempos antiguos salieron de la provincia de Arma, los cuales, pareciéndoles la disposicion de la tierra donde agora están fértil, la poblaron, y dellos proceden los que agora hay. Sus costumbres y lengua es conforme con los de Arma; los señores y principales tienen muy grandes casas, redondas, muy altas; viven en ellas diez ó quince moradores, y en algunas menos, como es la casa. A las puertas dellas hay grandes palizadas y fortalezas hechas de las cañas gordas, y en medio destas fuerzas habia muy grandes

tablados entoldados de esteras, las cañas tan espesas, que ningun español de los de á caballo podia entrar por ellas; desde lo alto del tablado atalayaban todos los caminos, para ver lo que por ellos venia. Pimaracua se llamaba el principal señor deste pueblo cuando entramos en él con Robledo. Tienen los hombres mejor disposicion que los de Arma, y las mujeres por el consiguiente; son de grandes cuerpos, de feos rostros, aunque algunas hay que son hermosas, aunque yo vi pocas que lo fuesen. Dentro de las casas de los señores habia, entrando en ellas, una renglera de ídolos, que tenian cada una quince ó veinte, todos á la hila, tan grandes como un hombre, los rostros hechos de cera, con grandes visajes, de la forma y manera que el demonio se les aparescia; dicen que algunas veces, cuando por ellos era llamado, se entraba en los cuerpos ó talles destos ídolos de palo, y dentro dellos respondia; las cabezas son de calavernas de muertos. Cuando los señores se mueren los entierran dentro en sus casas en grandes sepulturas, metiendo en ellas grandes cántaros de su vino hecho de maíz, y sus armas y su oro; adornándolos de las cosas mas estimadas que tienen, enterrando á muchas mujeres vivas con ellos, segun y de la manera que hacen los demás que he pasado. En la provincia de Arma me acuerdo yo, la segunda vez que por allí pasó el capitan Jorge Robledo, que fuimos por su mandado á sacar en el pueblo del señor Yayo un Antonio Pimentel y yo una sepultura, en la cual hallamos mas de docientas piezas pequeñas de oro, que en aquella tierra llaman chagualetas, que se ponen en las mantas, y otras patenas; y por haber malísimo olor de los muertos, lo dejamos sin acabar de sacar lo que habia. Y si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se sacase, no se podria numerar el valor, segun es grande, y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han habido para compararlo con ello. Estando yo en el Cuzco tomando de los principales de allí la relacion de los ingas, oí decir que Paulo Inga y otros principales decian que si todo el tesoro que habia en las provincias y guacas (que son sus templos) y en los enterramientos se juntara, que haria tan poca mella lo que los españoles habian sacado, cuan poca se haria sacando de una gran vasija de agua una gota della; y que haciendo mas clara y patente la comparacion, tomaban una medida grande de maíz, de la cual sacando un puño, decian: «Los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes, que nosotros mismos no sabemos dello.» Así que, grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos; y lo que se ha habido, si los españoles no lo hubieran habido, ciertamente todo ello ó lo mas estuviera ofrecido al diablo y á sus templos y sepulturas, donde enterraban sus difuntos, porque estos indios no lo quieren ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello á la gente de guerra, ni mercan ciudades ni reinos, ni quieren mas que enjaezarse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo, aunque me paresce á mí que con todas estas cosas éramos obligados á los amonestar que viniesen á conoscimiento de nuestra santa fe católica, sin pretender solamente henchir las bolsas. Estos indios y sus mujeres andan desnudos, como sus comarcanos; son grandes labradores; cuando están sembrando ó cavando la tierra, en la una mano tienen la macana para rozar y en la otra la lanza para pelear. Los señores son aquí mas temidos de sus indios que en otras partes; heredánles en el señorío sus hijos, ó sobrinos si les faltan hijos. La manera que tenian en la guerra es que la provincia de Picara, que está deste pueblo dos leguas, y la de Paucura, que está legua y media, y la de Carrapa, que estará otro tanto, cada una destas provincias tenia mas indios que esta tres veces, y con ser así, con unos y con otros tenian guerra crudelísima, y todos los temian y deseaban su amistad. Salian de sus pueblos mucha copia de gente, dejando en él recaudo bastante para su defensa, llevando muchos instrumentos de bocinas y atambores y flautas, iban contra los enemigos, llevando cordeles recios para atar los que prendiesen dellos; llegando pues adonde combaten con ellos, anda la grita y estruendo muy grande entre unos y otros, y luego vienen á las manos y mátanse y préndense, y quémanse las casas. En todas sus peleas siempre fueron mas hombres en ánimo y esfuerzo estos indios de Pozo, y así lo confiesan sus vecinos comarcanos. Son tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les vi un dia comer mas de cien indios y indias de los que habian muerto y preso en la guerra, andando con nosotros, estando conquistando el adelantado don Sebastian de Belalcazár las provincias de Picara y Paucura, que se habian rebelado, y fué Perequita, que á la sazon era señor en este pueblo de Pozo; y en las entradas que hecimos mataron los indios que he dicho, buscándolos entre las matas, como si fueran conejos; y por las riberas de los rios se juntaban veinte ó treinta indios destos en ala, y debajo de las matas y entre las rocas los sacaban, sin que se les quedase ninguno.

Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro salió una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias; y como la vimos la llamamos; la cual, como nos vió, como si viera al diablo, dando gritos se volvió adonde venian los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos que no quedar en nuestro poder. Y así, uno de los indios que andaban con nosotros confederados en nuestra amistad, sin que lo pudiésemos estorbar, con gran crueldad le dió tan gran golpe en la cabeza que la aturdió, y allegando luego otro, con un cuchillo de pedernal la degolló. Y la india cuando se fué para ellos no hizo mas de hincar la rodilla en tierra y aguardar la muerte, como se la dieron, y luego se bebieron la sangre y se comieron crudo el corazon con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente.

Otros dos indios vi que mataban destos de Paucura, los cuales se reian muy de gana, como si no hubieran ellos de ser los que habian de morir; de manera que estos indios y todos sus vecinos tienen este uso de comer carne humana, y antes que nosotros entrásemos en sus tierras ni las ganásemos lo usaban. Son muy ricos de oro estos indios de Pozo, y junto á su pueblo hay grandes minas de oro en las playas del rio grande, que pasa por él.

Aquí en este lugar prendió el adelantado don Sebas-

tian de Belalcázar y su capitan y teniente general Francisco Hernandez Jiron al mariscal don Jorge Robledo y le cortó la cabeza, y tambien hizo otras muertes. Y por no dar lugar que el cuerpo del mariscal fuese llevado á la villa de Arma, lo comieron los indios á él y á los demás que mataron, no embargante que los enterraron; y quemaron una casa encima de los cuerpos, como adelante diré, en la cuarta parte desta historia, donde se tratan las guerras civiles que en este reino del Perú han pasado; y allí lo podrán ver los que saber lo quisieren, sacada á luz.

CAPITULO XXII.

De la provincia de Picara y de los señores della.

Saliendo de Pozo y caminando á la parte de oriente está situada la provincia de Picara, grande y muy poblada. Los principales señores que habia en ella cuando la descubrimos se nombraban Picara, Chuscuruqua, Sanguitama, Chambiriqua, Ancora, Aupirimi, y otros principales. Su lengua y costumbres es conforme con los de Paucura. Extiéndese esta provincia hácia unas montañas, de las cuales nascen rios de muy linda y dulce agua. Son ricos de oro, á lo que se cree. La disposicion de la tierra es como la que habemos pasado, de grandes sierras, pero la mas poblada; porque todas las sierras y laderas y cañadas y valles están siempre tan labradas, que da gran contento y placer ver tantas sementeras. En todas partes hay muchas arboledas de todas frutas. Tienen pocas casas, porque con la guerra las queman. Habia mas de diez ó doce mil indios de guerra cuando la primera vez entramos en esta provincia, y andan los indios della desnudos, porque ellos ni sus mujeres no traen mas de pequeñas mantas ó maures, con que se cubren las partes vergonzosas; en lo demás ni quitan ni ponen á los que quedan atrás, y tienen la costumbre que ellos en el comer y en beber y en se casar. Y por el consiguiente, cuando los señores y principales mueren los meten en sus sepulturas grandes y muy hondas, bien acompañados de mujeres vivas y adornados de las cosas preciadas suyas, conforme á la costumbre general de los mas indios destas partes. A las puertas de las casas de los caciques hay plazas pequeñas, todas cercadas de las cañas gordas, en lo alto de las cuales tienen colgadas las cabezas de los enemigos, que es cosa temerosa de verlas, segun están muchas, y fieras con sus cabellos largos, y las caras pintadas de tal manera, que parescen rostros de demonios. Por lo bajo de las cañas hacen unos agujeros por donde el aire puede respirar cuando algun viento se levanta; hacen gran sonido, paresce música de diablos. Tampoco les sabe mal á estos indios la carne humana, como á los de Pozo; porque cuando entramos en él la vez primera con el capitan Jorge Robledo, salieron con nosotros destos naturales de Picara mas de cuatro mil, los cuales se dieron tal maña, que mataron y comieron mas de trecientos indios. Pasada la montaña que está por encima desta provincia al oriente, que es la cordillera de los Andes, afirman que hay una grande provincia y valle que dicen llamarse Arbi, muy poblada y rica. No se ha descubierto ni sabemos mas desta fama. Por los caminos tienen siempre estos indios de Picara grandes puas ó estacas de palma negra, agudas como de hierro, puestas en hoyos y cubiertas muy sotilmente con paja ó yerba. Cuando los españoles y ellos contienden en guerra ponen tantas, que se anda con gran trabajo por la tierra; y ansí, muchos se las han hincado por las piernas y piés. Algunos destos indios tienen arcos y flechas; mas no hay en ellas yerba ni se dan maña á tirarlas, por lo cual no hacen con ellas daño. Hondas tienen, con que tiran piedras con mucha fuerza. Los hombres son de mediano cuerpo; las mujeres lo mismo, y algunas bien dispuestas. Partidos desta provincia hácia la ciudad de Cartago, se va á la provincia de Carrapa, que no está muy léjos, y es bien poblada y muy rica.

CAPITULO XXIII.

De la provincia de Carrapa y de lo que hay que decir della.

La provincia de Carrapa está doce leguas de la ciudad de Cartago, asentada en unas sierras muy ásperas, rasas, sin haber en ellas montaña mas de la cordillera de los Andes, que pasa por encima. Las casas son pequeñas y muy bajas, hechas de cañas, y la cobertura de unos cohollos de otras cañas menudas y delgadas, de las cuales hay muchas en aquellas partes. Las casas ó aposentos de los señores, algunos son bien grandes y otros no. Habia, cuando la primera vez entramos cristianos españoles en esta provincia de Carrapa, cinco principales. Al mayor y mas grande llamaban Irrúa, el cual los años pasados se habia entrado en ella por fuerza, y como hombre poderoso y tirano, la mandaba casi toda. Entre las sierras hay algunos vallècetes y llanos muy poblados y llenos de rios y arroyos y muchas fuentes, el agua no tan delgada ni sabrosa como la de los rios y fuentes que se han pasado. Los hombres son muy crecidos de cuerpo, los rostros largos, y las mujeres lo mismo, y robustas. Son riquísimos de oro, porque tenian grandes piezas dél muy finas, y muy lindos vasos, con que bebian el vino que ellos hacen del maíz, tan recio, que bebiendo mucho priva el sentido á los que lo beben. Son tan viciosos en beber, que se bebe un indio de una asentada una arroba y mas, no de un golpe, sino de muchas veces. Y teniendo el vientre lleno deste brebaje, provocan á vómito y lanzan lo que quieren, y muchos tienen con la una mano la vasija con que están bebiendo y con la otra el miembro con que orinan. No son muy grandes comedores, y esto del beber es vicio envejescido en costumbre que generalmente tienen todos los indios que hasta agora se han descubierto en estas Indias. Si los señores mueren sin hijos manda su principal mujer, y aquella muerta, hereda el señorío el sobrino del muerto, con que ha de ser hijo de su hermana, si la tiene, y son de lenguaje por sí. No tienen templo ni casa de adoracion; el demonio habla tambien con algunos destos indios, como con los demás.

Dentro de sus casas entierran, después de muertos, á sus difuntos, en grandes bóvedas que para ello hacen; con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen, como hacen sus comarcanos.

Cuando alguno destos indios se siente enfermo hace grandes sacrificios por su salud, como lo aprendieron de sus pasados, todo dedicado al maldito demonio, el

cual (por quererlo Dios permitir) les hace entender las cosas todas ser en su mano y ser el superior de todo. No porque (como dije) estas gentes ignoren que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque esta dignidad no permite el poderoso Dios que el demonio pueda atribuir á sí lo que le es tan ajeno; mas esto créenlo mal y con grandes abusos; aunque yo alcancé dellos mismos que á tiempos están mal con el demonio, que lo aborrescen, conosciendo sus mentiras y falsedades; mas, como por sus pecados los tenga tan subjetos á su voluntad, no dejaban de estar en las prisiones de su engaño, ciegos en su ceguedad, como los gentiles y otras gentes de mas saber y entendimiento que ellos, hasta que la luz de la palabra del sacro Evangelio entre en los corazones dellos; y los cristianos que en estas Indias anduvieren procuren siempre de aprovechar con doctrina á estas gentes, porque haciéndolo de otra manera, no sé cómo les irá cuando los indios y ellos parezcan en el juicio universal ante el acatamiento divino. Los señores principales se casan con sus sobrinas, y algunos con sus hermanas, y tienen muchas mujeres. Los indios que matan tambien los comen, como los demás. Cuando van á la guerra llevan todos muy ricas piezas de oro, y en sus cabezas grandes coronas, y en las muñecas gruesos brazales, todo de oro; llevan delante de sí grandes banderas muy preciadas. Yo vi una que dieron en presente al capitan Jorge Robledo la primera vez que entramos con él en su provincia, que pesó tres mil y tantos pesos, y un vaso de oro tambien le dieron, que valió docientos y noventa, y otras dos cargas deste metal en joyas de muchas maneras. La bandera era una manta larga y angosta puesta en una vara, llena de unas piezas de oro pequeñas, á manera de estrellas, y otras con talle redondo. En esta provincia hay tambien muchos frutales y algunos venados y guadaquinejes y otras cazas, y otros muchos mantenimientos y raíces campestres gustosas para comer. Salidos della, pasamos á la provincia de Quimbaya, donde está asentada la ciudad de Cartago. Hay de la villa de Arma á ella veinte y dos leguas. Entre esta provincia de Carrapa y la de Quimbaya está un valle muy grande despoblado, de donde era señor este tirano que he dicho, llamado Irrúa, que mandaba en Carrapa. Fué muy grande la guerra que sus sucesores y él tuvieron con los naturales de Quimbaya; por los cuales hubieron al fin de dejar su patria, y con las mañas que tuvo se entró en esta provincia de Carrapa. Hay fama que tiene grandes sepulturas de señores que están enterrados en él.

CAPITULO XXIV.

De la provincia de Quimbaya y de las costumbres de los señores della, y de la fundacion de la ciudad de Cartago, y quién fué el fundador.

La provincia de Quimbaya terná quince leguas de longitud y diez de latitud desde el rio Grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales; tanto, que no se puede andar por ellos sino es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus rios están llenos destos cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he visto ni oido adonde haya tanta multitud de cañas como en ella; pero quiso Dios nuestro Señor que sobrasen aquí cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande de los Andes, está siete leguas de los pueblos desta provincia. En lo alto della está un volcan que cuando hace claro echa de sí grande cantidad de humo; y nascen desta sierra muchos rios, que riegan toda la tierra. Los mas principales son: el rio de Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto á la ciudad, y otros que no se podrán contar, segun son muchos; en tiempo de invierno, cuando vienen crescidos, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios á árboles que hay de una parte de los rios á otra. Son todos muy ricos de oro. Estando yo en esta ciudad el año pasado de 1547 años, se sacaron en tres meses mas de quince mil pesos, y el que mas cuadrilla tenia era tres ó cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos rios se hacen algunos valles, aunque, como he dicho, son de cañaverales; y en ellos hay muchos árboles de frutas de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los pixivaes.

Entre estos rios hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los rios, y para por ello dar gracias á Dios nuestro Señor. Adelante haré capítulo por sí destas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros; las mujeres lo mismo, y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto, así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados; tienen muchas mujeres, y son todos los desta provincia amigos y confederados. No comen carne humana sino es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro. De todas las cosas que por los ojos eran vistas tenian ellos hecho joyas de oro, y muy grandes vasos, con que bebian de su vino. Uno vi yo que dió un cacique llamado Tacurumbi al capitan Jorge Robledo, que cabia en él dos azumbres de agua. Otro dió este mismo cacique á Miguel Muñoz, mayor y mas rico. Las armas que tienen son lanzas, dardos y unas estolicas, que arrojan de rodeo con ellas unas tiraderas, que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Júntanse á hacer fiestas en sus solaces después que han bebido; hácense un escuadron de mujeres á una parte y otro á otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que tambien lo hacen y arremeten unos á otros, diciendo con un sonete: «Batatabati, batatabati;» que quiere decir, ea juguemos; y así, con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodelas, que llevan cuando van á la guerra á pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos; aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Cuando salian á sus fiestas y placeres en

alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos dellos con dos atambores hacian son; donde tomando otro delantera, comienzan á danzar y bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano; porque beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar á su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores. No tienen creencia ninguna; hablan con el demonio de la manera que los demás.

Cuando están enfermos se bañan muchas veces, en el cual tiempo cuentan ellos mismos que ven visiones espantables. Y pues trato desta materia, diré aquí lo que acontesció en el año pasado de 46 en esta provincia de Quimbaya. Al tiempo que el visorey Blasco Nuñez Vela andaba envuelto en las alteraciones causadas por Gonzalo Pizarro y sus consortes, vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de mas adelante del Cuzco y cundió toda la tierra; donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio, y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oido izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos ó tres dias. Venida pues la pestilencia á esta provincia, está un rio casi media legua de la ciudad de Cartago, que se llama de Consota, y junto á él está un pequeño lago, donde hacen sal del agua de un manantial que está allí. Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores, vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo; el cual llegado á las indias, les dijo: «Yo os prometo que tengo de matar á todas las mujeres de los cristianos y á todas las mas de vosotras;» y fuése luego. Las indias y indios, como era de dia, no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento riéndose cuando volvieron á sus casas. En otro pueblo de un vecino que se llama Giralde Gilestopiñan vieron esta misma figura encima de un caballo, y que corria por todas las sierras y montañas como un viento; donde há pocos dias la pestilencia y mal de oido dió de tal manera, que la mayor parte de la gente de la provincia faltó, y á los españoles se les murieron sus indias de servicio, que pocas ó ningunas quedaron; sin lo cual, andaba un espanto, que los mismos españoles parescia estar asombrados y temerosos. Muchas indias y muchachos afirmaban que visiblemente vian muchos indios de los que ya eran muertos. Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre mas que cuerpo mortal; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna trasfiguracion que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resuscitar; pero el demonio les hace entender que será en parte que ellos han de tener gran placer y descanso; por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado y otras cosas, y juntamente con ellos sus armas, como que fuesen poderosas para los librar de las penas infernales. Es costumbre entre ellos que, muertos los padres, heredan los hijos, y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana. Tambien antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos há que se entraron en la provincia, matando á todos los naturales, que no debian ser pocos, segun lo dan á entender las muchas labranzas, pues todos aquellos bravos cañaverales paresce haber sido poblado y labrado, y lo mesmo las partes donde hay monte, que hay árboles tan gruesos como dos bueyes, y otros mas; donde se ve que solia ser poblado; por donde yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias. El temple de la provincia es muy sano, adonde los españoles viven mucho y con pocas enfermedades, ni con frio ni con calor.

CAPITULO XXV.

En que se prosigue el capítulo pasado sobre lo que toca á la ciudad de Cartago y á su fundacion, y del animal llamado chucha.

Como estos cañaverales que he dicho sean tan cerrados y espesos; tanto, que si un hombre no supiese la tierra se perderia por ellos, porque no atinaria á salir, segun son grandes; entre ellos hay muchas y muy altas ceibas, no poco anchas y de muchas ramas, y otros árboles de diversas maneras, que por no saber los nombres no los pongo. En lo interior dellos ó de algunos hay grandes cuevas y concavidades, donde crian dentro abejas, y formado el panal, se saca tan singular miel como la de España. Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos; junto á la abertura del panal, después que lo tienen bien cerrado, sale un cañuto que parece cera, como medio dedo, por donde entran las abejas á hacer su labor, cargadas las alicas de aquello que cogen de la flor; la miel destas es muy rala y algo agra, y sacarán de cada colmena poco mas que un cuartillo de miel, otro linaje hay destas abejas que son poco mayores, negras, porque las que he dicho son blancas; el abertura que estas tienen para entrar en el árbol es de cera revuelta con cierta mixtura, que es mas dura que piedra; la miel es sin comparacion mejor que la pasada, y hay colmena que tiene mas de tres azumbres; otras abejas hay que son mayores que las de España, pero ninguna dellas pica mas de cuanto, viendo que sacan la colmena, cargan sobre el que corta el árbol, apegándosele á los cabellos y barbas; de las colmenas destas abejas grandes hay alguna que tiene mas de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras; algunas destas saqué yo, aunque mas vi sacar á un Pedro de Velasco, vecino de Cartago. Hay en esta provincia, sin las frutas dichas, otra que se llama caimito, tan grande como durazno, negro de dentro; tienen unos cuexquecitos muy pequeños, y una leche que se apega á las barbas y manos, que se tarda harto en tirar; otra fruta hay que se llama ciruelas, muy sabrosas; hay tambien aguacates, guabas y guayabas, y algunas tan agras como limones, de buen olor y sabor. Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones, y tambien hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los piés cortos, de color parda, la cabeza tiene como zorra; vi una vez una destas, la cual tenia siete hijos y estaban junto á ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomó con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman

á este animal chucha. Hay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña, y cantidad de venados, y algunos conejos y muchos guadaquinajes, que son poco mayores que liebres, y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay, que dejo de contar porque me paresce que son menudas. La ciudad de Cartago está asentada en una loma llana, entre dos arroyos pequeños, siete leguas del rio grande de Santa Marta, y cerca de otro pequeño, del agua del cual beben los españoles; este rio tiene siempre puente de las cañas gordas que habemos contado; la ciudad á una parte y á otra tiene muy dificultosas salidas y malos caminos, porque en tiempo de invierno son los lodos grandes; llueve todo lo mas del año, y caen algunos rayos y hace grandes relámpagos; está tan bien guardada esta ciudad, que bien se puede tener cierto que no la hurten á los que en ella viven; digo esto porque hasta estar dentro en las casas no la ven. El fundador della fué el mismo capitan Jorge Robledo, que pobló las demás que hemos pasado, en nombre de su majestad del emperador don Cárlos, nuestro señor, siendo gobernador de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, año del Señor de 1540 años. Llámase Cartago porque todos los mas de los pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron habiamos salido de Cartagena, y por esto se le dió este nombre. Ya que he llegado á esta ciudad de Cartago, pasaré de aquí á dar razon del grande y espacioso valle donde está asentada la ciudad de Cali y la de Popayan, donde se camina por los cañaverales hasta salir á un llano, por donde corre un rio grande que llaman de la Vieja; en tiempo de invierno se pasa con harto trabajo; está de la ciudad cuatro leguas, luego se allega al rio grande, que está una; mas, pasado de la otra parte con balsas ó canoas, se juntan los dos caminos haciéndose todo uno, el que va de Cartago y el que viene de Ancerma; hay de la villa de Ancerma á la ciudad de Cali camino de cincuenta leguas, y desde Cartago poco mas de cuarenta y cinco.

CAPITULO XXVI.

En que se contienen las provincias que hay en este grande y hermoso valle, hasta llegar á la ciudad de Cali.

Desde la ciudad de Popayan comienza entre las cordilleras de la sierra que dicho tengo á se allanar este valle, que tiene en ancho á doce leguas, y á menos por unas partes y á mas por otras, y por algunas se junta y hace tan estrecho él y el rio que por él corre, que ni con barcos ni balsas ni con otra ninguna cosa no pueden andar por él, porque, con la mucha furia que lleva, y las muchas piedras y remolinos, se pierden y se van al fondo, y se han ahogado muchos españoles y indios, y perdido muchas mercaderías por no poder tomar tierra, por la gran reciura que lleva; todo este valle, desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras, fué primero muy poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con tiempo y con la guerra; porque, como entró en ellos el capitan Sebastian de Belalcázar, que fué el primer capitan que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando muchas veces con los españoles por defender su tierra y ellos no ser subjetos; con las cuales guerras, y por la hambre que pasaron, que fué mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los mas. Tambien hubo otra ocasion para que se consumiesen tan presto, y fué, que el capitan Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad destos pueblos la ciudad de Cali, que después se tornó á reedificar adonde agora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles, teniendo por pesado su mando, que no quisieron sembrar ni cultivar las tierras, y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirman que falta la mayor parte dellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, los indios serranos que estaban en lo alto del valle abajaron muchos dellos y dieron en los tristes que habian quedado, que estaban enfermos y muertos de hambre; de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los mas; por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado dellos tan pocos, que casi no son ningunos. De la otra parte del rio hácia el oriente está la cordillera de los Andes, la cual pasada, está otro valle mayor y mas vistoso, que llaman de Neiva, por dondo pasa el otro brazo del rio grande de Santa Marta. En las haldas de las sierras, á unas vertientes y á otras, hay muchos pueblos de indios de diferentes naciones y costumbres, muy bárbaros y que todos los mas comen carne humana, y le tienen por manjar precioso y para ellos muy gustoso. En la cumbre de la cordillera se hacen unos pequeños valles, en los cuales está la provincia de Buga; los naturales della son valientes guerreros; á los españoles que fueron allí cuando mataron á Cristóbal de Ayala los aguardaban sin temor ninguno, y cuando mataron á este que digo, se vendieron sus bienes en el almoneda á precios muy excesivos, porque se vendió una puerca en mil y seiscientos pesos, con otro cochino; y se vendian cochinos pequeños á quinientos, y una oveja de las del Perú en docientos y ochenta pesos; yo la vi pagar á un Andrés Gomez, vecino que es agora de Cartago, y la cobró Pedro Romero, vecino de Ancerma; y los mil y seiscientos pesos de la puerca y del cochino cobró el adelantado don Sebastian de Belalcázar de los bienes del mariscal don Jorge Robledo, que fué el que lo mercó; y aun vi que la misma puerca se comió un dia que se hizo un banquete, luego que llegamos á la ciudad de Cali con Vadillo; y Juan Pacheco, conquistador, que agora está en España, mercó un cochino en docientos y veinte y cinco pesos; y los cuchillos se vendian á quince pesos, á Jerónimo Luis Tejelo oí decir que cuando fué con el capitan Miguel Muñoz á la jornada que dicen de la Vieja mercó una almarada para hacer alpargates por treinta pesos, y aun yo he mercado unos alpargates en ocho pesos de oro. Tambien se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos. Otras cosas habia aquí que decir en gran gloria de los nuestros españoles, pues en tan poco tienen los dineros, que, como tengan necesidad, en ninguna cosa los estiman; de los vientres de las puercas compraban, antes que naciesen, los lechones á cien pesos y mas. Si les era de agradescer á los que lo compraban ó no, porque hubiese multiplico dello, no trato

desto; mas quiero decir que el prudente lector piense y mire que desde el año de 27 hásta este de 47 lo que se ha descubierto y poblado; y mirando esto, verán todos cuánto merescen, y en cuánto se ha de tener el honor de los conquistadores y descubridores, que tanto en estas partes han trabajado, y cuánta razon hay para que su majestad les haga mercedes á los que han pasado por estos trabajos y servídole lealmente sin haber sido carniceros de indios; porque los que se han preciado de serlo, antes merecen castigo que premio, á mi entender. Cuando se descubria esta provincia mercaban los caballos á tres mil y á cuatro mil pesos, y aun en este tiempo algunos hay que no acaban de pagar las deudas viejas, y que estando llenos de heridas y hartos de servir, los meten en las cárceles sobre la paga que les piden los acreedores. Pasada la cordillera está el gran valle que ya dije, adonde estuvo fundada la villa de Neiva; y viniendo hácia el poniente hay mayores pueblos, y de mas gente en las sierras, porque en los llanos ya conté la causa por que se murieron los que habia; los pueblos de las sierras allegan hasta la costa de la mar del Sur, y van de luengo descendiendo al sur; tienen las casas como las que dije que habia en Tatabe, sobre árboles muy grandes, hechos en ellos altos á manera de sobrado, en los cuales moran muchos moradores; es muy fértil y abundante la tierra destos indios, y muy proveida de puercos y de dantas y otras salvajinas y cazas, pavas y papagayos, guacamayas, faisanes y mucho pescado. Los rios no son pobres de oro, antes podrémos afirmar que son riquísimos y que hay abundancia deste metal; por cerca dellos pasa el gran rio del Darien, muy nombrado, por la ciudad que cerca dél estuvo fundada. Todas las mas destas naciones comen tambien carne humana; algunos tienen arcos y flechas, y otros de los bastones ó macanas que he dicho, y muy grandes lanzas y dardos. Otra provincia está por encima deste valle hácia el norte, que confina con la provincia de Ancerma, que se llaman los naturales della los chancos, tan grandes, que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes destas Indias (como adelante diré), cuando la criatura nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo y otras la frente sumida y otros hacen que la tenga muy larga; lo cual hacen cuando son recien nacidos con unas tabletas, y después con sus ligaduras; las mujeres destos son tan bien dispuestas como ellos, andan desnudos ellos y ellas, y descalzos; no traen mas que maures, con que se cubren sus vergüenzas, y estos no de algodon, sino de unas cortezas de árboles los sacan, y hacen delgados y muy blandos, tan largos como una vara y de anchor de dos palmos; tienen grandes lanzas y dardos con que pelean; salen algunas veces de su provincia á dar guerra á sus comarcanos los de Ancerma. Cuando el mariscal Robledo entró en Cartago esta última vez, que no debiera, á que le recibiesen por lugarteniente del juez Miguel Díaz Armendariz, envió de aquella ciudad ciertos españoles á guardar el camino que va de Ancerma á la ciudad de Cali, adonde hallaron ciertos indios destos, que abajaban á matar á un cristiano que iba con unas cabras á Cali, y mataron uno ó dos destos indios, y se espantaron de ver su grandeza. De manera que, aunque no se ha descubierto la tierra destos indios, sus comarcanos afirman ser tan grandes como de suso he dicho. Por las sierras que abajan de la cordillera que está al poniente y valles que se hacen, hay grandes poblaciones y muchos indios, que dura su poblacion hasta cerca de la ciudad de Cali, y confinan con los de las Barbacoas. Tienen sus pueblos extendidos y derramados por aquellas sierras, las casas juntas de diez en diez y de quince en quince, en algunas partes mas y en otras menos; llaman á estos indios gorrones, porque cuando poblaron en el valle la ciudad de Cali nombraban al pescado gorron, y venian cargados dél diciendo: «Gorron, gorron;» por lo cual, no sabiéndoles nombre propio, llamáronles, por su pescado, gorrones, como hicieron en Ancerma en llamarla de aquel nombre por la sal, que llaman los indios (como ya dije) ancer; las casas destos indios son grandes, redondas, la cobertura de paja; tienen pocas arboledas de frutales; oro bajo de cuatro ó cinco quilates alcanzan mucho, de lo fino poseen poco. Corren por sus pueblos algunos rios de buenas aguas. Junto á las puertas de sus casas, por grandeza, tienen de dentro de la portada muchos piés de los indios que han muerto, y muchas mános; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierda nada, las hinchen de carne ó de ceniza, unas á manera de morcillas y otras de longanizas, desto mucha cantidad; las cabezas, por consiguiente, tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de un Juan de Céspedes, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió á descolgarlas para comerlas; lo cual hiciera sí no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que habia que estaban allí colgadas. Fuera de las casas tienen puestas por órden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer. Y si yo no hubiera visto lo que escribo, y supiera que en España hay tantos que lo saben y lo vieron muchas veces, cierto no contara que estos hombres hacian tan grandes carnecerías de otros hombres solo para comer; y así, sabemos que estos gorrones son grandes carniceros de comer carne humana; no tienen ídolos ningunos, ni casa de adoracion se les ha visto; hablan con el demonio los que para ello están señalados, segun es público. Clérigos ni frailes tampoco no han osado andar á solas amonestando á estos indios, como se hace en el Perú y en otras tierras destas Indias, por miedo que no los maten.

Estos indios están apartados de valle y rio grande á dos y á tres leguas y á cuatro, y algunos á mas, y á sus tiempos abajan á pescar á las lagunas y al rio grande dicho, donde vuelven con gran cantidad de pescado; son de cuerpos medianos, para poco trabajo; no visten mas que los maures que he dicho que traen los demás indios; las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodon. Los muertos que son mas principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, que son tan largas como tres varas y tan anchas como

dos. Después que los tienen envueltos en ellas les revuelven á los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tiene mas de docientas brazas; entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas. Cae esta provincia en los términos y jurisdiccion de la ciudad de Cali; junto á ellos, y en la barranca del rio, está un pueblo no muy grande, porque con las guerras pasadas se perdió y consumió la gente dél, que fué mucha; de una gran laguna que está pegada á este pueblo, habiendo crecido el rio, se hinche; la cual tiene sus desaguaderos y flujos cuando mengua y baja; matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso, que dan á los caminantes y contratan con ello en las ciudades de Cartago y Cali y otras partes; sin lo mucho que ellos dan y comen, tienen grandes depósitos dello seco para vender á los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan. Al tiempo que veniamos descubriendo con el licenciado Juan de Vadillo llegamos á este pueblo con harta necesidad y hallamos algun pescado; y después, cuando íbamos á poblar la villa de Ancerma con el capitan Robledo, hallamos tanto, que pudieran henchir dos navíos dello. Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorrones; hay en ella muchos venados y guadaquinajes y otras salvajinas, y muchas aves; y en el gran valle del Cali, con ser muy fértil, están las vegas y llanos con su yerba desiertas, y no dan provecho sino á los venados y á otros animales que los pasean, porque los cristianos no son tantos que puedan ocupar tan grandes campañas.

CAPITULO XXVII.

De la manera que está asentada la ciudad de Cali, y de los indios de su comarca, y quién fué el fundador.

Para llegar á la ciudad de Cali se pasa un pequeño rio que llaman Rio-Frio, lleno de muchas espesuras y florestas; abájase por una loma que tiene mas de tres leguas de camino; el rio va muy recio y frio, porque nasce de las montañas; va por la una parte deste valle, hasta que, entrando en el rio Grande, se pierde su nombre. Pasado este rio, se camina por grandes llanos de campaña; hay muchos venados pequeños, pero muy ligeros. En aquestas vegas tienen los españoles sus estancias ó granjas, donde están sus criados para entender en sus haciendas.

Los indios vienen á sembrar las tierras y á coger los maizales de los pueblos que los tienen en los altos de la serranía. Junto á estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos rios pequeños de muy buena agua; por los rios y acequias ya dichas hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanabanas, raltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimitos, ciruelas; otras frutas hay muchas y en abundancia, y á su tiempo singulares; melones de España y mucha verdura y legumbres de España y de la misma tierra. Trigo hasta agora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará; viñas, por el consiguiente, no se han puesto; la tierra, disposicion tiene para que en ella se crien muchas, como en España. La ciudad está asentada una legua del rio Grande, ya dicho, junto á un pequeño rio de agua singular que nace en las sierras que están por encima della; todas las riberas están llenas de frescas huertas, donde siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana; si no fuese por el calor que en él hay, es uno de los mejores sitios y asientos que yo he visto en gran parte de las Indias; porque para ser bueno ninguna cosa le falta; los indios y caciques que sirven á los señores que los tienen por encomienda están en las sierras; de algunas de sus costumbres diré, y del puerto de mar por donde les entran las mercaderías y ganados. En el año que yo salí desta ciudad habia veinte y tres vecinos que tenian indios. Nunca faltan españoles viandantes, que andan de una parte á otra entendiendo en las contrataciones y negocios. Pobló y fundó esta ciudad de Cali el capitan Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, año de 1537 años; aunque (como en lo de atrás dije) la habia primero edificado el capitan Sebastian de Belalcázar en los pueblos de los gorrones; y para pasarlo adonde agora está Miguel Muñoz, quieren decir algunos que el cabildo de la misma ciudad se lo requirió y forzó á que lo hiciese; por donde parece que la honra desta fundacion á Belalcázar y al cabildo ya dicho compete; porque si á la voluntad de Miguel Muñoz se mirara, no sabemos lo que fuera, segun cuentan los mismos conquistadores que allí eran vecinos.

CAPITULO XXVIII.

De los pueblos y señores de indios que están subjetos á los términos desta ciudad.

A la parte del poniente desta ciudad, hácia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios subjetos á los moradores della, que han sido y son muy domésticos, gente simple, sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas de campaña, muy pobladas. El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los pixivaes; las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores habia seis cuando yo entré en este valle; son tenidos en poco de sus indios, á los cuales tienen por grandes serviciales, así á ellos como á sus mujeres, muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad deste valle, que se nombra de Lile, pasa un rio, sin otros que de las sierras abajan á dar en él; las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa y olorosa, que nombran granadillas.

Junto á este valle confina un pueblo, del cual era señor el mas poderoso de todos sus comarcanos, y á quien todos tenian mas respeto, que se llamaba Petecuy. En medio deste pueblo está una gran casa de madera muy

alta y redonda, con una puerta en el medio, en lo alto della habia cuatro ventanas por donde entraba claridad; la cobertura era de paja; así como entraban dentro, estaba en alto una larga tabla, la cual la atravesaba de una parte á otra, y encima della estaban puestos por órden muchos cuerpos de hombres muertos de los que habian vencido y preso en las guerras, todos abiertos; y abríanlos con cuchillos de pedernal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchian los cueros de ceniza y hacíanles rostros de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla de tal manera, que parescian hombres vivos.

En las manos á unos les ponian dardos y á otros lanzas y á otros macanas. Sin estos cuerpos, habia mucha cantidad de manos y piés colgados en el bohío ó casa grande, y en otro que estaba junto á él estaban grande número de muertos y cabezas y osamenta; tanto, que era espanto verlo, contemplando tan triste espectáculo, pues todos habian sido muertos por sus vecinos, y comidos como si fueran animales campestres, de lo cual ellos se gloriaban y lo tenian por gran valentía, diciendo que de sus padres y mayores lo aprendieron. Y así, no contentándose con los mantenimientos naturales, hacian sus vientres sepulturas insaciables unos de otros, aunque á la verdad ya no comen como solian este manjar; antes, inspirando en ellos el espíritu del cielo, han venido á conoscimiento de su ceguedad, volviéndose cristianos muchos dellos, y hay esperanza que cada dia se volverán mas á nuestra santa fe, mediante el ayuda y favor de Dios, nuestro Redentor y Señor.

Un indio natural desta provincia, de un pueblo llamado Ucache (repartimiento qué fué del capitan Jorge Robledo), preguntándole yo qué era la causa por que tenian allí tanta multitud de cuerpos de hombres muertos, me respondió que era grandeza del señor de aquel valle, y que no solamente los indios que habia muerto queria tener delante, pero aun las armas suyas las mandaba colgar de las vigas de las casas para memoria, y que muchas veces estando la gente que dentro estaban durmiendo de noche, el demonio entraba en los cuerpos que estaban llenos de ceniza, y con figura espantable y temerosa asombraba de tal manera á los naturales, que de solo espanto morian algunos.

Estos indios muertos, que este señor tenia como por triunfo, de la manera dicha, eran los mas dellos naturales del grande y espacioso valle de la ciudad de Cali; porque, como atrás conté, habia en él muy grandes provincias llenas de millares de indios, y ellos y los de la sierra nunca dejaban de tener guerra, ni entendian en otra cosa lo mas del tiempo.

No tienen estos indios otras armas que las que usan sus comarcanos. Andan desnudos generalmente, aunque ya en este tiempo los mas traen camisetas y mantas de algodon, y sus mujeres tambien andan vestidas de la misma ropa. Traen ellos y ellas abiertas las narices, y puestos en ellas unos que llaman caricuris, que son á manera de clavos retorcidos de oro, tan gruesos como un dedo, y otros mas y algunos menos. A los cuellos se ponen tambien unas gargantillas ricas y bien hechas de oro fino y bajo, y en las orejas traen colgados unos anillos retorcidos y otras joyas. Su traje antiguo era ponerse una manta pequeña como delantal por delante, y echarse otra pequeña por las espaldas, y las mujeres cubrirse desde la cintura abajo con mantas de algodon. En este tiempo andan ya como tengo dicho. Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas, blancas y coloradas, que llaman chaquira. Cuando los principales morian hacian grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metian bien proveidos de comida y sus armas y oro, si alguno tenian. No guardan religion alguna, á lo que entendemos, ni tampoco se les halló casa de adoracion. Cuando algun indio de ellos estaba enfermo se bañaba, y para algunas enfermedades les aprovechaba el conoscimiento de algunas yerbas, con la virtud de las cuales sanaban algunos dellos. Es público y entendido dellos mismos que hablan con el demonio los que para ello estaban escogidos. El pecado nefando no he oido que estos ni ningunos de los que quedan atrás use; antes, si algun indio por consejo del diablo comete este pecado, es tenido dellos en poco y le llaman mujer. Cásanse con sus sobrinas, y algunos señores con sus hermanas, como todos los demás. Heredan los señoríos y heredamientos los hijos de la mujer principal. Algunos dellos son agoreros, y sobre todo muy sucios.

Mas adelante deste pueblo, de que era señor Petecuy, hay otros muchos pueblos; los indios naturales dellos son todos confederados y amigos. Sus pueblos tienen desviados alguna distancia unos de otros. Son grandes las casas, redondas, la cobertura de paja larga. Sus costumbres son como los que habemos pasado. Dieron al principio mucha guerra á los españoles, y hiciéronse en ellos grandes castigos, con los cuales escarmentaron de tal manera, que nunca mas se han rebelado; antes de todos los mas, como dije atrás, se han tornado cristianos, y andan vestidos con sus camisetas, y sirven con voluntad á los que tienen por señores. Adelante destas provincias, hácia la mar del Sur, está una que llaman los Timbas, en la cual hay tres ó cuatro señores, y está metida entre unas grandes y bravas montañas, de las cuales se hacen algunos valles, donde tienen sus pueblos y casas muy tendidas, y los campos muy labrados, llenos de mucha comida y de arboledas de fructales, de palmares y de otras cosas. Las armas que tienen son lanzas y dardos. Han sido trabajosos de sojuzgar y conquistar, y no están enteramente domados, por estar poblados en tan mala tierra, y porque ellos son belicosos y valientes; han muerto á muchos españoles y hecho gran daño. Son de las costumbres destos, y poco diferentes en el lenguaje. Mas adelante hay otros pueblos y regiones, que se extienden hasta llegar junto á la mar, todos de una lengua y de unas costumbres.

CAPITULO XXIX.

En que se concluye lo tocante á la ciudad de Cali, y de otros indios que están en la montaña, junto al puerto que llaman la Buenaventura.

Sin estas provincias que he dicho, tiene la ciudad de Cali subjetos á sí otros muchos indios que están poblados en unas bravas montañas de las mas ásperas sierras que hay en el mundo. Y en esta serranía, en las lomas que hacen y en algunos valles están poblados, y con ser

tan dificultosa como digo y tan llena de espesura, es muy fértil y de muchas comidas y fructas de todas maneras, y en mas cantidad que en los llanos. Hay en todos aquellos montes muchos animales y muy bravos, especialmente muy grandes tigres, que han muerto y cada dia matan muchos indios y españoles que van á la mar ó vienen della para ir á la ciudad. Las casas que tienen son algo pequeñas, la cobija de unas hojas de palma, que hay muchas por los montes, y cercadas de gruesos y muy grandes palos á manera de pared, porque sea fortaleza para que de noche no hagan daño los tigres. Las armas que tienen, y traje y costumbres, son ni mas ni menos que los del valle de Lile, y en la habla casi dan á entender que todos son unos. Son membrudos, de grandes fuerzas. Han estado siempre de paz desde el tiempo que dieron la obediencia á su majestad, y en gran confederacion con los españoles, y aunque siempre van y vienen cristianos por sus pueblos, no les hacen mal ni han muerto ninguno hasta agora; antes luego que los ven les dan de comer. Está de los pueblos destos indios el puerto de la Buenaventura tres jornadas, todo de montañas llenas de abrojos y de palmas y de muchas ciénagas, y de la ciudad de Cali treinta leguas; el cual no se puede sustentar sin el favor de los vecinos de Cali. No hago capítulo por sí deste puerto, porque no hay mas que decir dél de que fué fundado por Juan Ladrillo (que es el que descubrió el rio) con poder del adelantado don Pascual de Andagoya, y después se quiso despoblar por ausencia deste Andagoya, por cuanto, por las alteraciones y diferencias que hubo entre él y el adelantado Belalcázar sobre las gobernaciones y términos (como adelante se tratará), Belalcázar lo prendió y lo envió preso á España. Y entonces el cabildo de Cali, juntamente con el Gobernador, proveyó que residiesen siempre en el puerto seis ó siete vecinos, para que, venidos los navíos que allí allegan de la Tierra-Firme y Nueva-España y Nicaragua, puedan descargar seguramente de los indios las mercaderías, y hallar casas donde meterlas; lo cual se ha hecho y hace así. Y los que allí residen son pagados á costa de los mercaderes, y entre ellos está un capitan, el cual no tiene poder para sentenciar, sino para oir y remitirlo á la justicia de la ciudad de Cali. Y para saber la manera en que este pueblo ó puerto de la Buenaventura está poblado, parésceme que basta lo dicho. Para llevar á la ciudad de Cali las mercaderías que en este puerto se descargan, de que se provee toda la gobernacion, hay un solo remedio con los indios destas montañas, los cuales tienen por su ordinario trabajo llevarlas á cuestas, que de otra manera era imposible poderse llevar. Porque, si quisiesen hacer camino para recuas, seria tan dificultoso, que creo no se podria andar con bestias cargadas, por la grande aspereza de las sierras; y aunque hay por el rio Dagua otro camino por donde entran los ganados y caballos, van con mucho peligro y muérense muchos, y allegan tales, que en muchos dias no son de provecho. Llegado algun navío, los señores destos indios envian luego al puerto la cantidad que cada uno puede, conforme á la posibilidad del pueblo, y por caminos y cuestas que suben los hombres abajados, y por bejucos y por tales partes que temen ser despeñados, suben ellos con cargas y fardos de á tres arrobas y á mas, y algunos en unas silletas de cortezas de árboles llevan á cuestas un hombre ó una mujer, aunque sea de gran cuerpo. Y desta manera caminan con las cargas, sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo, y si hubiesen alguna paga irian con descanso á sus casas; mas todo lo que ganan y les dan á los tristes, lo llevan los encomenderos; aunque á la verdad dan poco tributo los que andan á este trato. Pero, aunque ellos mas digan que van y vienen de buena gana, buen trabajo pasan. Cuando allegan cerca de la ciudad de Cali, que han entrado en los llanos, se despean y van con gran pena. Yo he oido loar mucho los indios de la Nueva-España de que llevan grandes cargas, mas estos me han espantado. Y si yo no hubiera visto y pasado por ellos y por las montañas donde tienen sus pueblos, ni lo creyera ni lo afirmara. Mas adelante destos indios hay otras tierras y naciones de gentes, y corre por ellas el rio de San Juan, muy riquísimo á maravilla y de muchos indios, salvo que tienen las casas armadas sobre árboles. Y hay otros muchos rios poblados de indios, todos ricos de oro; pero no se pueden conquistar, por ser la tierra llena de montaña y de los rios que digo, y por no poderse andar sino con barcos por ellos mismos. Las casas ó caneyes son muy grandes, porque en cada una viven á veinte y á treinta moradores.

Entre estos rios estuvo poblado un pueblo de cristianos; tampoco diré nada dél, porque permanesció poco, y los indios naturales mataron á un Payo Romero que estuvo en él por lugarteniente del adelantado Andagoya, porque de todos aquellos rios tuvo hecha merced de su majestad, y se llamaba gobernador del rio de San Juan. Y al Payo Romero con otros cristianos sacaron los indios, con engaño en canoas á un rio, diciéndoles que les querian dar mucho oro, y allí acudieron tantos indios que mataron á todos los españoles, y al Payo Romero llevaron consigo vivo (á lo que después se dijo); dándole grandes tormentos y despedazándole sus miembros, murió; y tomaron dos ó tres mujeres vivas, y les hicieron mucho mal; y algunos cristianos, con gran ventura y por su ánimo escaparon de la crueldad de los indios. No se tornó mas á fundar allí pueblo, ni aun lo habrá, segun es mala aquella tierra. Prosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo ni escrebir mas de lo que hace al propósito de mi intento, diré lo que hay desde esta ciudad de Cali á la de Popayan.

CAPITULO XXX.

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Cali á la de Popayan, y los pueblos de indios que hay en medio.

De la ciudad de Cali (de que acabo de tratar) hasta la ciudad de Popayan hay veinte y dos leguas, todo de buen camino de campaña, sin montaña ninguna, aunque hay algunas sierras y laderas, mas no son ásperas y dificultosas como las que quedan atrás. Saliendo pues de la ciudad de Cali, se camina por unas vegas y llanos, en las cuales hay algunos rios, hasta llegar á uno que no es muy grande, que se llama Xamundi, en el cual hay hecha siempre puente de las cañas gordas, y quien lleva caballo échalo por el vado y pasa sin peligro.

En el nascimiento deste rio hay unos indios que se ex-

tienden tres ó cuatro leguas á una parte, que se llaman Xamundi, como el rio, el cual nombre tomó el pueblo y el rio de un cacique que se llama así. Contratan estos indios con los de la provincia de los Timbas, y poseyeron y alcanzaron mucho oro, de lo cual han dado cantidad á las personas que los han tenido por encomienda.

Adelante deste rio, en el mismo camino de Popayan, cinco leguas dél, está el rio grande de Santa Marta, y para pasarlo sin peligro hay siempre balsas y canoas, con las cuales pasan los indios comarcanos á los que van y vienen de una ciudad á otra. Este rio hácia la ciudad de Cali fué primero poblado de grandes pueblos, los cuales se han consumido con el tiempo y con la guerra que les hizo el capitan Belalcázar, que fué el primero que los descubrió y conquistó, aunque el haberse acabado tan breve ha sido gran parte, y aun la principal, su mala costumbre y maldito vicio, que es comerse unos á otros. De las reliquias destos pueblos y naciones ha quedado alguna gente á las riberas del rio de una parte y otra, que se llaman los aguales, que sirven y están subjetos á la ciudad de Cali. Y en las sierras en la una cordillera y en la otra hay muchos indios, que por ser la tierra fragosa y por las alteraciones del Perú no se han podido pacificar, aunque, por escondidos y apartados que estén, han sido vistos por los indomables españoles, y por ellos muchas veces vencidos. Todos, unos y otros, andan desnudos y guardan las costumbres de sus comarcanos. Pasado el rio grande, que está de la ciudad de Popayan catorce leguas, se pasa una ciénaga que dura poco mas de un cuarto de legua, la cual pasada, el camino es muy bueno hasta que se allega á un rio que se llama de las Ovejas; corre mucho riesgo quien en tiempo de invierno pasa por él, porque es muy hondo y tiene la boca y el vado junto al rio grande, en el cual se han ahogado muchos indios y españoles; luego se camina por una loma que dura seis leguas, llana y muy buena de andar, y en el remate della se pasa un rio que ha por nombre Piandamo. Las riberas deste rio y toda esta loma fué primero muy poblado de gente; la que ha quedado de la furia de la guerra se ha apartado del camino, adonde piensan que están mas seguros; á la parte oriental está la provincia de Guambia y otros muchos pueblos y caciques; las costumbres dellos diré adelante. Pasado este rio de Piandamo, se pasa otro rio que se llama Plaza, poblado, así su nascimiento como por todas partes; mas adelante se pasa el rio grande, de quien ya he contado; lo cual se hace á vado, porque no lleva aun medio estado de agua. Pasado pues este rio todo el término que hay desde él á la ciudad de Popayan, está lleno de muchas y hermosas estancias, que son á la manera de las que llamamos en nuestra España alcarías ó cortijos; tienen los españoles en ellas sus ganados. Y siempre están los campos y vegas sembrados de maíces; ya se comenzaba á sembrar trigo, el cual se dará en cantidad, por ser la tierra aparejada para ello. En otras partes deste reino se da el maíz á cuatro y á cinco meses; de manera que hacen en el año dos sementeras. En este pueblo no se siembra sino una vez cada año, y viénense á coger los maíces por mayo y junio y los trigos por julio y agosto, como en España. Todas estas vegas y valle fueron primero muy pobladas y subjetadas por el señor llamado Popayan, uno de los principales señores que hubo en aquellas provincias. En este tiempo hay pocos indios, porque con la guerra que tuvieron con los españoles, vinieron á comerse unos á otros, por la hambre que pasaron, causada de no querer sembrar á fin de que los españoles, viendo falta de mantenimiento, se fuesen de sus provincias. Hay muchas arboledas de frutales, especialmente de los aguacates ó peras, que destas hay muchas y muy sabrosas. Los rios que están en la cordillera ó sierra de los Andes abajan y corren por estos llanos y vegas y son de muy linda agua y muy dulce; en algunos se ha hallado muestra de oro. El sitio de la ciudad está en una mesa alta, en muy buen asiento, el mas sano y de mejor temple que hay en toda la gobernacion de Popayan y aun en la mayor parte del Perú; porque verdaderamente la calidad de los aires mas paresce de España que de Indias. Hay en ella muy grandes casas, hechas de paja; esta ciudad de Popayan es cabeza y principal de todas las ciudades que tengo escripto, salvo de la de Uraba, que ya dije ser de la gobernacion de Cartagena. Todas las demás están debajo del nombre desta, y en ella hay iglesia catedral; y por ser la principal y estar en el comedio de las provincias se intituló la gobernacion de Popayan. Por la parte de oriente tiene la larga cordillera de los Andes, al poniente están della las otras montañas que están por lo alto de la mar del Sur, por estotras partes tiene los llanos y vegas que ya son dichas. La ciudad de Popayan fundó y pobló el capitan Sebastian de Belalcázar en nombre del emperador don Cárlos, nuestro señor, con poder del adelantado don Francisco Pizarro, gobernador de todo el Perú por su majestad, año del Señor de 1536 años.

CAPITULO XXXI.

Del rio de Santa Marta y de las cosas que hay en sus riberas.

Ya que he llegado á la ciudad de Popayan y declarado lo que tienen sus comarcas, asiento, fundacion, poblaciones; para pasar adelante me paresció dar razon de un rio que cerca della pasa, el cual es uno de los dos brazos que tiene el gran rio de Santa Marta. Y antes que deste rio trate, digo que hallo yo que entre los escriptores, de cuatro rios principales se hace mencion, que son: el primero Gánges, que corre por la India Oriental; el segundo el Nilo, que divide á Asia de Africa y riega el reino de Epigto; el tercero y cuarto el Tígris y Eufrates, que cercan las dos regiones de Mesopotamia y Capadocia; estos son los cuatro que la Santa Escriptura dice salir del paraíso terrenal. Tambien hallo que se hace mencion de otros tres, que son: el rio Indo, de quien la India tomó nombre, y el rio Danubio, que es el principal de la Europa, y el Tanais, que divide á Asia de Europa. De todos estos el mayor y mas principal es el Gánges, del cual dice Ptolomeo, en el libro de *Geografía*, que la menor anchura que este rio tiene es ocho mil pasos y la mayor es veinte mil pasos; de manera que seria la mayor anchura del Gange espacio de siete leguas. Esta es la mayor anchura del mayor rio del mundo que antes que estas Indias se descubriesen se sabia; mas agora se han descubierto y hallado rios de tan extraña grandeza, que mas parescen senos de mar que rios que corren por la tierra. Esto paresce por lo que afirman

muchos de los españoles que fueron con el adelantado Orillana; los cuales dicen que el rio por do descendió del Perú hasta la mar del Norte (el cual rio comunmente se llama de las Amazonas ó del Marañon) tiene en largura mas de mil leguas, y de anchura en partes mas de veinte y cinco. Y el rio de la Plata se afirma por muchos que por él han andado, que en muchos lugares yendo por medio del rio, no se ve la tierra de sus riberas; así que, por muchas partes tiene mas de ocho leguas de ancho; y el rio del Darien grande, y no menos lo es el de Uraparia; y sin estos, hay en estas Indias otros rios de mucha grandeza, entre los cuales es este rio de Santa Marta: este se hace dos brazos; del uno dellos digo que por cima de la ciudad de Popayan, en la grande cordillera de los Andes, cinco ó seis leguas della, comienzan unos valles que de la misma cordillera se hacen, los cuales en los tiempos pasados fueron muy poblados y agora tambien lo son, aunque no tanto ni con mucho, de unos indios á quien llaman los coconucos; y destos y de otro pueblo que está junto, que nombran Cotara, nasce este rio, que, como he dicho, es uno de los brazos del grande y riquísimo rio de Santa Marta. Estos dos brazos nacen el uno del otro mas de cuarenta leguas, y adonde se juntan es tan grande el rio, que tiene de ancho una legua, y cuando entra en la mar del Norte junto á la ciudad de Santa Marta tiene mas de siete, y es muy grande la furia que lleva y el ruido con que su agua entra entre las ondas para quedar convertido en mar; y muchas naos toman agua dulce bien dentro en la mar; porque, con la gran furia que lleva, mas de cuatro leguas entra en la mar sin mezclarse con la salada: este rio sale á la mar por muchas bocas y aberturas. Desde esta sierra de los coconucos (que es, como tengo dicho, nascimiento deste brazo) se ve como un pequeño arroyo, y extiéndese por el ancho valle de Cali. Todas las aguas, arroyos y lagunas de entrambas cordilleras vienen á parar á él; de manera que cuando llega á la ciudad de Cali va tan grande y poderoso, que, á mi ver, llevará tanta agua como Guadalquivir por Sevilla. De allí para abajo, como entran muchos arroyos y algunos rios, cuando llega á Buritica, que es junto á la ciudad de Antiocha, ya va muy mayor. Hay tantas provincias y pueblos de indios desde el nascimiento deste rio hasta que entra en el mar Océano, y tanta riqueza, así de minas ricas de oro como lo que los indios tenian, y aun tienen algunos, y tan grande la contratacion dél, que no se puede encarescer, segun es mucho; y hácelo ser menos, no ser de mucha razon las mas de las gentes naturales de aquellas regiones, y son de tan diferentes lenguas, que era menester llevar muchos intérpretes para andar por ellas. La provincia de Santa Marta, lo principal de Cartagena, el nuevo reino de Granada y esta provincia de Popayan, toda la riqueza dellas está cerca deste rio, y demás de lo que se sabe y está descubierto, hay muy grande noticia de mucho poblado entre la tierra que se hace entre el un brazo y el otro, que mucha della está por descubrir; y los indios dicen que hay en ella mucha cantidad de riqueza, y que los indios naturales desta tierra alcanzan de la mortal yerba de Uraba. El adelantado don Pedro de Heredia pasó por la puente de Brenuco, adonde, con ir el rio tan grande, estaba hecha por los indios en gruesos árboles y recios bejucos, que son del arte de los que atrás dije, y anduvo por la tierra algunas jornadas; y por llevar pocos caballos y españoles dió la vuelta. Tambien por otra parte mas oriental, que es menos peligrosa, que se llama el valle de Aburra, quiso el adelantado don Sebastian de Belalcázar enviar un capitan á descubrir enteramente la tierra que se hace en las juntas destos tan grandes rios; y estando ya de camino, se deshizo la entrada, porque llevaron la gente al visorey Blasco Nuñez Vela en aquel tiempo que tuvo la guerra con Gonzalo Pizarro y sus secaces. Volviendo pues al rio de Santa Marta, digo que cuando se juntan entrambos brazos hacen muchas islas, de las cuales hay algunas que son pobladas; y cerca de la mar hay muchos y muy fieros lagartos y otros grandes pescados y manatíes, que son tan grandes como una becerra y casi de su talle, los cuales nascen en las playas y islas, y salen á pascer cuando lo pueden hacer sin peligro, volviéndose luego á su natural. Por bajo de la ciudad de Antiocha, ciento y veinte leguas poco mas ó menos, está poblada la ciudad de Mopox, de la gobernacion de Cartagena, donde llaman á este rio Cauca; tiene de corrida desde donde nace hasta entrar en la mar mas de cuatrocientas leguas.

CAPITULO XXXII.

En que se concluye la relacion de los mas pueblos y señores subjetos á la ciudad de Popayan, y lo que hay que decir hasta salir de sus términos.

Tiene esta ciudad de Popayan muchos y muy anchos términos, los cuales están poblados de grandes pueblos, porque hácia la parte de oriente tiene (como dije) la provincia de Guambia, poblada de mucha gente, y otra provincia que se dice Guamza y otro pueblo que se llama Maluasa, y Polindara y Palace, y Tembio y Colaza, y otros pueblos; sin estos, hay muchos comarcanos á ellos, todos los cuales están bien poblados; y los indios desta tierra alcanzaban mucho oro de baja ley, de á siete quilates, y alguno á mas y otro menos. Tambien poseyeron oro fino, de que hacian joyas; pero en comparacion de lo bajo fué poco. Son muy guerreros y tan carniceros y caribes como los de la provincia de Arma y Pozo y Antiocha; mas, como no hayan tenido estas naciones de por aquí entero conoscimiento de nuestro Dios verdadero Jesucristo, paresce que no se tiene tanta cuenta con sus costumbres y vida, no porque dejan de entender todo aquello que á ellos les paresce que les cuadra y les está bien, viviendo con cautelas, procurándose la muerte unos á otros con sus guerras, y con los españoles la tuvieron grande, sin querer estar por la paz que prometieron luego que por ellos fueron conquistados; antes llegó á tanto su dureza, que se dejaban morir por no subjetarse á ellos, creyendo que con la falta de mantenimiento dejarian la tierra; mas los españoles, por sustentar y salir á luz con su nueva poblacion, pasaron muchas miserias y necesidades de hambres, segun que adelante diré; y los naturales, con su propósito ya dicho, se perdieron y consumieron muchos millares dellos, comiéndose unos á otros los cuerpos y enviando las ánimas al infierno; y puesto que á los principios se tuvo algun cuidado de la conversion destos indios, no se les

daba entera noticia de nuestra santa religion, porque habia pocos religiosos. En el tiempo presente hay mejor órden, así en el tratamiento de sus personas como en su conversion, porque su majestad con gran fervor de cristiandad manda que les prediquen la fe, y los señores del su muy alto consejo de las Indias tienen mucho cuidado que se cumpla, y envian frailes doctos y de buena vida y costumbres, y mediante el favor de Dios se hace gran fruto. Hácia la Sierra-Nevada, ó cordillera de los Andes, están muchos valles poblados de los indios que ya tengo dicho; llámanse los coconucos, donde nasce el rio grande, ya pasado, y todos son de las costumbres que he puesto tener los de atrás, salvo que no usan el abominable pecado de comer la humana carne. Hay muchos volcanes ó bocas de fuego por lo alto de la sierra: del uno sale agua caliente, de que hacen sal, y es cosa de ver y de oir del arte que se hace; lo cual tengo prometido de dar razon en esta obra, de muchas fuentes de gran admiracion que hay en estas provincias; acabando de decir lo tocante á la villa de Pasto lo trataré. Tambien está junto á estos indios otro pueblo que se llama Zotara, y mas adelante, al mediodía, la provincia de Guanaca; y á la parte oriental está asimismo la muy porfiada provincia de los Paez, que tanto daño en los españoles han hecho, la cual terná seis ó siete mil indios de guerra. Son valientes, de muy grandes fuerzas, diestros en el pelear, de buenos cuerpos y muy limpios; tienen sus capitanes y superiores, á quien obedescen; están poblados en grandes y muy ásperas sierras; en los valles que hacen tienen sus asientos, y por ellos corren muchos rios y arroyos, en los cuales se cree que habrá buenas minas. Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, tan largas, que son de á veinte y cinco palmos y mas cada una, y muchas tiraderas, grandes galgas, de las cuales se aprovechan á sus tiempos. Han muerto tantos y tan esforzados y valientes españoles, así capitanes como soldados, que pone muy gran lástima y no poco espanto ver que estos indios, siendo tan pocos, hayan hecho tanto mal; aunque no ha sido esto sin culpa grande de los muertos, por tenerse ellos en tanto, que pensaban no ser parte estas gentes á les hacer mal, y permitió Dios que ellos muriesen y los indios quedasen victoriosos; y así lo estuvieron hasta que el adelantado don Sebastian de Belalcázar, con gran daño dellos y destruicion de sus tierras y comidas, los atrajo á la paz, como relataré en la cuarta parte, de las guerras civiles. Hácia el oriente está la provincia de Guachicone, muy poblada; mas adelante hay otros muchos pueblos y provincias; por estotra parte al sur está el pueblo de Cochesquio y la lagunilla y el pueblo que llaman de las Barrancas, donde está un pequeño rio que tiene este nombre; mas adelante está otro pueblo de indios y un rio que se dice las Juntas, y adelante está otro que llaman de los Capitanes, y la gran provincia de los Masteles, y la poblacion de Patia, que se extiende por un hermoso valle, donde pasa un rio que se hace de los arroyos y rios que nascen en los mas destos pueblos; el cual lleva su corriente á la mar del Sur. Todas sus vegas y campañas fueron primero muy pobladas; hanse retirado los naturales que han quedado de las guerras á las sierras y altos de arriba. Hácia el poniente está la provincia de Bamba y otros poblados, los cuales contratan unos con otros; y sin estos, hay otros pueblos poblados de muchos indios, donde se ha fundado una villa, y llaman á aquellas provincias de Chapanchita. Todas estas naciones están pobladas en tierras fértiles y abundantes, y poseen gran cantidad de oro bajo de poca ley, que á tenerla entera no les pesara á los vecinos de Popayan. En algunas partes se les han visto ídolos, aunque templo ni casa de adoracion no sabemos que la tengan; hablan con el demonio, y por su consejo hacen muchas cosas conforme al que se las manda; no tienen conoscimiento de la inmortalidad del ánima enteramente; mas creen que sus mayores tornan á vivir, y algunos tienen (segun á mí me informaron) que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nascen; á los difuntos les hacen grandes y hondas sepulturas, y entierran á los señores con algunas sus mujeres y hacienda, y con mucho mantenimiento y de su vino; en algunas partes los queman hasta los convertir en ceniza, y en otras no mas de hasta quedar el cuerpo seco. En estas provincias hay de las mismas comidas y frutas que tienen los demás que quedan atrás, salvo que no hay de las palmas de los pixivaes; mas cogen gran cantidad de papas, que son como turmas de tierra; andan desnudos y descalzos, sin traer mas que algunas pequeñas mantas, y enjaezados con sus joyas de oro. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de algodon, y traen á sus cuellos collares de unas moxquitas de fino oro y de bajo, muy galanas y vistosas. En la órden que tienen en los casamientos no trato, porque es cosa de niñería; y así, otras cosas dejo de decir por ser de poca calidad; algunos son grandes agoreros y hechiceros. Asimismo sabemos que hay muchas yerbas provechosas y dañosas en aquellas partes; todos los mas comian carne humana. Fué la provincia comarcana á esta ciudad la mas poblada que hubo en la mayor parte del Perú, y si fuera señoreada y subjetada por los ingas, fuera la mejor y mas rica, á lo que todos creen.

CAPITULO XXXIII.

En que se da relacion de lo que hay desde Popayan á la ciudad de Pasto, y quién fué el fundador della, y lo que hay que decir de los naturales sus comarcanos.

Desde la ciudad de Popayan hasta la villa de Pasto hay cuarenta leguas de camino, y pueblos que tengo escripto. Salidos dellos, por el mismo camino de Pasto se allega á un pueblo que en los tiempos antiguos fué grande y muy poblado, y cuando los españoles lo descubrieron asimismo lo era, y agora en el tiempo presente todavía tiene muchos indios. El valle de Patia, por donde pasa el rio que dije, se hace muy estrecho en este pueblo, y los indios toda su poblacion la tienen de la banda del poniente en grandes y muy altas barrancas. Llaman á este pueblo los españoles el pueblo de la sal. Son muy ricos, y han dado grandes tributos de fino oro á los señores que han tenido sobre ellos encomienda. En sus armas, traje y costumbres conforman con los de atrás, salvo que estos no comen carne humana como ellos, y son de alguna mas razon. Tienen muchas y muy olorosas piñas, y contratan con la provincia de Chapanchita y con otras á ella comarca-

nas. Mas adelante deste pueblo está la provincia de los Masteles, que terná ó tenia mas de cuatro mil indios de guerra. Junto con ella está la provincia de los Abades y los pueblos de Isancal y Pangan y Zacuanpus, y el que llaman los Chorros del Agua, y Pichilimbuy, y tambien están Tuyles y Angayan, y Pagual y Chuchaldo, y otros caciques y algunos pueblos. La tierra adentro, mas hácia el poniente, hay gran noticia de mucho poblado y ricas minas y mucha gente, que allega hasta la mar del Sur. Tambien son comarcanos con estos otros pueblos, cuyos nombres son Ascual, Mallama, Tucurres, Zapuys, Iles, Gualmatal, Funes, Chapal, Males y Piales, Pupiales, Turca, Cumba. Todos estos pueblos y caciques tenian y tienen por nombre Pastos, y por ellos tomó el nombre la villa de Pasto, que quiere decir poblacion hecha en tierra de pasto. Tambien comarcan con estos pueblos y indios de los pastos otros indios y naciones á quien llaman los quillacingas, y tienen sus pueblos hácia la parte del oriente, muy poblados. Los nombres de los mas principales dellos contaré, como tengo de costumbre, y nómbranse Mocondino y Bejendino, Buyzaco, Gunjanzangua y Mocoxonduque, Guacuanquer y Macaxamata. Y mas al oriente está otra provincia algo grande, muy fértil, que tiene por nombre Cibundoy. Tambien hay otro pueblo que se llama Pastoco, y otro que está junto á una laguna que está en la cumbre de la montaña y mas alta sierra de aquellas cordilleras, de agua frigidísima, porque, con ser tan larga, que tiene mas de ocho leguas en largo y mas de cuatro en ancho, no se cria ni hay en ella ningun pescado ni aves, ni aun la tierra en aquella parte produce ni da maíz ninguno ni arboledas. Otra laguna hay cerca desta, de su misma natura. Mas adelante se parecen grandes montañas y muy largas, y los españoles no saben lo que hay de la otra parte dellas.

Otros pueblos y señores hay en los términos desta villa, que, por ser cosa superflua, no los nombro, pues tengo contado los principales. Y concluyendo con esta villa de Pasto, digo que tiene mas indios naturales subjetos á sí que ninguna ciudad ni villa de toda la gobernacion de Popayan, y mas que Quito y otros pueblos del Perú. Y cierto, sin los muchos naturales que hay, antiguamente debió de ser muy mas poblada, porque es cosa admirable de ver, que, con tener grandes términos de muchas vegas y riberas de rios, y sierras y altas montañas, no se andará por parte (aunque mas fragosa y dificultosa sea) que no se vea y parezca haber sido poblada y labrada del tiempo que digo. Y aun cuando los españoles los conquistaron y descubrieron habia gran número de gente. Las costumbres destos indios quillacingas ni pastos no conforman unos con otros, porque los pastos no comen carne humana cuando pelean con los españoles ó con ellos mismos. Las armas que tienen son piedras en las manos y palos á manera de cayados, y algunos tienen lanzas mal hechas y pocas; es gente de poco ánimo. Los indios de lustre y principales se tratan algo bien; la demás gente son de ruines cataduras y peores gestos, así ellos como sus mujeres, y muy sucios todos; gente simple y de poca malicia. Y así ellos como todos los demás que se han pasado son tan poco asquerosos, que cuando se espulgan se comen los piojos como si fuesen piñones, y los vasos en que comen y ollas donde guisan sus manjares no están mucho tiempo en los lavar y limpiar. No tienen creencia ni se les han visto ídolos, salvo que ellos creen que después de muertos han de tornar á vivir en otras partes alegres y muy deleitosas para ellos. Hay cosas tan secretas entre estas naciones de las Indias, que solo Dios las alcanza. Su traje es, que andan las mujeres vestidas con una manta angosta á manera de costal, en que se cubren de los pechos hasta la rodilla; y otra manta pequeña encima, que viene á caer sobre la larga, y todas las mas son hechas de yerbas y de cortezas de árboles, y algunas de algodon. Los indios se cubren con una manta asimismo larga, que terná tres ó cuatro varas, con la cual se dan una vuelta por la cintura y otra por la garganta, y echan el ramal que sobra por encima de la cabeza, y en las partes deshonestas traen maures pequeños. Los quillacingas tambien se ponen maures para cubrir sus vergüenzas, como los pastos, y luego se ponen una manta de algodon cosida, ancha y abierta por los lados. Las mujeres traen unas mantas pequeñas, con que tambien se cubren, y otra encima que les cubre las espaldas y les cae sobre los pechos, y junto al pescuezo dan ciertos puntos en ella. Los quillacingas hablan con el demonio; no tienen templo ni creencia. Cuando se mueren hacen las sepulturas grandes y muy hondas; dentro dellas meten su haber, que no es mucho. Y si son señores principales les echan dentro con ellos algunas de sus mujeres y otras indias de servicio. Y hay entre ellos una costumbre, la cual es (segun á mí me informaron), que si muere alguno de los principales dellos, los comarcanos que están á la redonda, cada uno da al que ya es muerto, de sus indios y mujeres dos ó tres, y llévanlos donde está hecha la sepultura, y junto á ella les dan mucho vino hecho de maíz; tanto, que los embriagan; y viéndolos sin sentido, los meten en las sepulturas para que tengan compañía al muerto. De manera que ninguno de aquellos bárbaros muere, que no lleve de veinte personas arriba en su compañía; y sin esta gente, meten en las sepulturas muchos cántaros de su vino ó brebaje y otras comidas. Yo procuré, cuando pase por la tierra destos indios, saber lo que digo con gran diligencia, inquiriendo en ello todo lo que pude, y pregunté por qué tenian tan mala costumbre, que, sin las indias suyas que enterraban con ellos, buscaban mas de las de sus vecinos; y alcancé que el demonio les aparece (segun ellos dicen) espantable y temoroso, y les hace entender que han de tornar á resuscitar en un gran reino que él tiene aparejado para ellos, y para ir con mas autoridad echan los indios y indias en las sepulturas. Y por otros engaños deste maldito enemigo caen en otros pecados. Dios nuestro Señor sabe por qué permite que el demonio hable á estas gentes y haya tenido sobre ellos tan gran poder, y que por sus dichos estén tan engañados. Aunque ya su divina majestad alza su ira dellos; y aborresciendo al demonio, muchos dellos se allegan á seguir nuestra sagrada religion. Los pastos, algunos hablan con el demonio. Cuando los señores

se mueren, tambien les hacen la honra á ellos posible, llorándolos muchos dias, y metiendo en las sepulturas lo que de otros tengo dicho. En todos los términos destos pastos se da poco maíz, y hay grandes criaderos para ganados, especialmente para puercos, porque estos se crian en gran cantidad. Dase en aquella tierra mucha cebada y papas y xiquimas, y hay muy sabrosas granadillas, y otras frutas de las que atrás tengo contado. En los Quillacingas se da mucho maíz, y tienen las frutas que estotros; salvo los naturales de la laguna, que estos ni tienen árboles ni siembran en aquella parte maíz, por ser tan fria la tierra, como he dicho. Estos quillacingas son dispuestos y belicosos, algo indómitos. Hay grandes rios, todos de agua muy singular; y se cree, que ternán oro en abundancia algunos dellos. Un rio destos está entre Popayan y Pasto, que se llama rio caliente. En tiempo de invierno es peligroso y trabajoso de pasar. Tienen maromas gruesas para pasarlo los que van de una parte á otra. Lleva la mas excelente agua que yo he visto en las Indias, ni aun en España. Pasado este rio, para ir á la villa de Pasto hay una sierra que tiene de subida grandes tres leguas. Hasta este rio duró el grande alcance que Gonzalo Pizarro y sus secaces dieron al visorey Blasco Nuñez Vela, el cual se tratará adelante en la cuarta parte desta crónica, que es donde escribo las guerras civiles, donde se verán sucesos grandes que en ellas hubo.

CAPITULO XXXIV.

En que se concluye la relacion de lo que hay en esta tierra hasta salir de los términos de la villa de Pasto.

En estas regiones de los pastos hay otro rio algo grande, que se llama Angasmayo, que es hasta donde llegó el rey Guaynacapa, hijo del gran capitan Topainga Yupangue, rey del Cuzco. Pasado el rio Caliente y la gran sierra de cuesta que dije, se va por unas lomas y laderas y un pequeño despoblado ó páramo, adonde, cuando yo lo pasé, no hube poco frio. Mas adelante está una sierra alta, en su cumbre hay un volcan, del cual algunas veces sale cantidad de humo, y en los tiempos pasados (segun dicen los naturales) reventó una vez y echó de sí muy gran cantidad de piedras. Queda este volcan para llegar á la villa de Pasto, yendo de Popayan como vamos, á la mano derecha. El pueblo está asentado en un muy lindo y hermoso valle, por donde se pasa un rio de muy sabrosa y dulce agua, y otros muchos arroyos y fuentes que vienen á dar á él. Llámase este el valle de Atris; fué primero muy poblado, y agora se han retirado á la serranía; está cercado de grandes sierras, algunas de montañas y otras de campaña. Los españoles tienen en todo este valle sus estancias y caserías, donde tienen sus granjerías, y las vegas y campiña deste rio está siempre sembrado de muchos y muy hermosos trigos y cebadas y maíz, y tiene un molino en que muelen el trigo; porque ya en aquella villa no se come pan de maíz, por la abundancia que tienen de trigo. En aquellos llanos hay muchos venados, conejos, perdices, palomas, tórtolas faisanes, y pavas. Los indios toman de aquella caza mucha. La tierra de los pastos es muy fria en demasía, y en el verano hace mas frio que no en el invierno, y lo mismo en el pueblo de los cristianos; de manera que aquí no da fastidio al marido la compañía de la mujer ni el traer mucha ropa. Hay invierno y verano, como en España. La villa viciosa de Pasto fundó y pobló el capitan Lorenzo de Aldana en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro su gobernador y capitan general de todas estas provincias y reinos del Perú, año del Señor de 1539 años; y el dicho Lorenzo de Aldana, teniente general del mismo don Francisco Pizarro, del Quito y Pasto, Popayan, Timana, Cali, Ancerma y Cartago. Y gobernándolo él todo por su persona y por los tenientes que él nombraba, segun dicen muchos conquistadores de aquellas ciudades, el tiempo que él estuvo en ellas miró mucho el aumento de los naturales, y mandó siempre que fuesen todos bien tratados.

CAPITULO XXXV.

De las notables fuentes y rios que hay en estas provincias, y cómo se hace sal muy buena por artificio muy singular.

Antes que trate de los términos del Perú ni pase de la gobernacion de Popayan, me pareció que seria bien dar noticia de las notables fuentes que hay en esta tierra y los rios del agua, de los cuales hacen sal, con que las gentes se sustentan, y pasan sin tener salinas, por no las haber en aquellas partes y la mar estar léjos de algunas destas provincias. Cuando el licenciado Juan de Vadillo salió de Cartagena, atravesamos los que con él veniamos las montañas de Abibe, que son muy ásperas y dificultosas de andar, y las pasamos con no poco trabajo, y se nos murieron muchos caballos, y quedó en el camino la mayor parte de nuestro bagaje. Y entrados en la campaña, hallamos grandes pueblos llenos de arboledas de frutales y de grandes rios. Y como se nos viniese acabando la sal que sacamos de Cartagena, y nuestra comida fuese yerbas y frisoles, por no haber carne sino era de caballos y algunos perros que se tomaban, comenzamos á sentir necesidad, y muchos, con la falta de la sal, perdian la color y andaban amarillos y flacos, y aunque dabamos en algunas estancias de los indios, y se tomaban algunas cosas, no hallábamos sino alguna sal negra, envuelta con el ají que ellos comen; y esta tan poca, que se tenia por dichoso quien podia haber alguna. Y la necesidad, que enseña á los hombres grandes cosas, nos deparó en lo alto de un cerro un lago pequeño, que tenia agua de color negra y salobre; y trayendo della, echábamos en las ollas alguna cantidad, que les daba sabor para poder comer.

Los naturales de todos aquellos pueblos desta fuente ó lago, y de otras algunas que hay, tomaban la cantidad del agua que querian, y en grandes ollas la cocian, y después de haber el fuego consumido la mayor parte della, viene á cuajarse y quedar hecha sal negra y no de buen sabor; pero al fin con ella guisan sus comidas, y viven sin sentir la falta que sintieran si no tuvieran aquellas fuentes.

La Providencia divina tuvo y tiene tanto cuidado de sus criaturas, que en todas partes les dió las cosas necesarias. Y si los hombres siempre contemplasen en

las cosas de naturaleza, conocerian la obligacion que tienen de servir al verdadero Dios nuestro.

En un pueblo que se llama Cori, que está en los términos de la villa de Ancerma, está un rio que corre con alguna furia; junto al agua deste rio están algunos ojos del agua salobre que tengo dicha y sacan los indios naturales della la cantidad que quieren; y haciendo grandes fuegos, ponen en ellos ollas bien crecidas en que cuecen el agua hasta que mengua tanto, que de una arroba no queda medio azumbre; y luego, con la experiencia que tienen, la cuajan, y se convierte en sal purísima y excelente y tan singular como la que sacan de las salinas de España. En todos los términos de la ciudad de Antiocha hay gran cantidad destas fuentes, y hacen tanta sal, que la llevan la tierra adentro, y por ella traen oro y ropa de algodon para su vestir, y otras cosas de las que ellos tienen necesidad en sus pueblos.

Pasado el rio grande, que corre cerca de la ciudad de Cali y junto á la de Popayan, mas abajo de la villa de Arma, hácia el norte, descubrimos un pueblo con el capitan Jorge Robledo, que se llama Mungia, desde donde atravesamos la cordillera ó montaña de los Andes y descubrimos el valle de Aburra y sus llanos.

En este pueblo de Mungia, y en otro que ha por nombre Cenufata, hallamos otras fuentes que nascian junto á unas sierras cerca de los rios; y del agua de aquellas fuentes hacian tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni mas ni menos que panes de azucar. Y esta sal la llevaban por el valle de Aburra á las provincias que están al oriente, las cuales no han sido vistas ni descubiertas por los españoles hasta agora. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios.

En la provincia de Caramanta, que no es muy léjos de la villa de Ancerma, hay una fuente que nasce dentro de un rio de agua dulce, y echa el agua della un vapor á manera de humo, que debe cierto salir de algun metal que corre por aquella parte; y desta agua hácen los indios sal blanca y buena. Y tambien dicen que tienen una laguna que está junto á una peña grande, al pié de la cual hay del agua ya dicha, con que hacen sal para los señores y principales, porque afirman que se hace mejor y mas blanca que en parte ninguna.

En la provincia de Ancerma, en todos los mas pueblos della hay destas fuentes, y con su agua hacen tambien sal.

En las provincias de Arma y Carrapa y Picara pasan alguna necesidad de sal, por haber gran cantidad de gente y pocas fuentes para la hacer; y así, la que se lleva se vende bien.

En la ciudad de Cartago todos los vecinos della tienen sus aparejos para hacer sal, la cual hacen una legua de allí en un pueblo de indios que se nombra de Consota, por donde corre un rio no muy grande. Y cerca dél se hace un pequeño cerro, del cual nasce una fuente grande de agua muy denegrida y espesa, y sacando de la de abajo, y cociéndola en calderas ó pailones, después de haber menguado la mayor parte della, la cuajan, y queda hecha sal de grano blanca y tan perfeta como la de España, y todos los vecinos de aquella ciudad no gastan otra sal mas que la que allí se hace.

Mas adelante está otro pueblo llamado Coinza, y pasan por él algunos rios de agua muy singular. Y noté en ellos una cosa que vi (de que no poco me admiré), y fué, que dentro de los mismos rios, y por la madre que hace el agua que por ellos corre, nascian destas fuentes salobres, y los indios con grande industria tenian metidos en ellas unos cañutos de las cañas gordas que hay en aquellas partes, á manera de bombas de navíos, por donde sacaban la cantidad del agua que querian, sin que se envolviese con la corriente del rio, y hacian della su sal. En la ciudad de Cali no hay ningunas fuentes destas, y los indios habian sal por rescate, de una provincia que se llama los Timbas, que está cerca de la mar. Y los que no alcanzaban este rescate, cociendo del agua dulce, y con unas yerbas venia á cuajarse y quedar hecha sal mala y de ruin sabor. Los españoles que viven en esta ciudad, como está el puerto de la Buenaventura cerca, no sienten falta de sal, porque del Perú vienen navíos que traen grandes piedras della.

En la ciudad de Popayan tambien hay algunas fuentes, especialmente en los Coconucos, pero no tanta ni tan buena como la de Cartago, y Ancerma, y la que he dicho en lo de atrás.

En la villa de Pasto toda la mas de la sal que tienen es de rescate, buena, y mas que la de Popayan. Muchas fuentes, sin las que cuento, he yo visto por mis propios ojos, que dejo de decir, porque me parece que basta lo dicho para que se entienda de la manera que son aquellas fuentes y la sal que hacen del agua dellas, corriendo los rios de agua dulce por encima. Y pues he declarado esta manera de hacer sal en estas provincias, paso adelante, comenzando á tratar la descripcion y traza que tiene este grande reino del Perú.

CAPITULO XXXVI.

En que se contiene la descripcion y traza del reino del Perú, que se entiende desde la ciudad de Quito hasta la villa de Plata, que hay mas de setecientas leguas.

Ya que he concluido con lo tocante á la gobernacion de la provincia de Popayan, me parece que es tiempo de extender mi pluma en dar noticia de las cosas grandes que hay que decir del Perú, comenzando de la ciudad del Quito. Pero antes que diga la fundacion desta ciudad, será conveniente figurar la tierra de aquel reino, el cual terná de longitud setecientas leguas, y de latitud á partes ciento y á partes mas, y por algunas menos.

No quiero yo tratar agora de lo que los reyes ingas señorearon, que fueron mas de mil y docientas leguas; mas solamente diré lo que se entiende Perú, que es desde Quito hasta la villa de Plata, desde el un término hasta el otro. Y para que esto mejor se entienda, digo que esta tierra del Perú son tres cordilleras ó cumbres desiertas y adonde los hombres por ninguna manera podrian vivir. La una destas cordilleras es las montañas de los Andes, llena de grandes espesuras, y la

tierra tan enferma, que, sino es pasado el monte, no hay gente ni jamás la hubo. La otra es la serranía que va de luengo desta cordillera ó montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer. Y por ninguna manera podrian tampoco vivir gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frio, y tambien porque la tierra no da de sí provecho, por estar quemada de las nieves y de los vientos, que nunca dejan de correr. La otra cordillera hallo yo que es los arenales que hay desde Túmbez hasta mas adelante de Tarapaca, en los cuales no hay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellas se esparce, sin haber agua ni yerba ni árboles ni cosa criada, sino pájaros, que con el don de sus alas pueden atravesar por donde quiera. Siendo tan largo aquel reino como digo, hay grandes despoblados por las razones que he puesto. Y la tierra que se habita y donde hay poblado es desta manera: que la montaña de los Andes por muchas partes hace quebradas y algunas abras, de las cuales salen valles algo hondos, y tan espaciosos, que hay entre las sierras grande llanura, y aunque la nieve caiga, toda se queda por los altos. Y los valles, como están abrigados, no son combatidos de los vientos, ni la nieve allega á ellos; antes es la tierra tan frutífera, que todo lo que siembra da de sí fruto provechoso, y hay arboledas y se crian muchas aves y animales. Y siendo la tierra tan provechosa, está toda bien poblada de los naturales, y lo que es en la serranía. Hacen sus pueblos concertados de piedra, la cobertura de paja, y viven sanos y son muy sueltos. Y así desta manera, haciendo abras y llanadas las sierras de los Andes y la Nevada, hay grandes poblaciones, en las cuales hubo y hay mucha cantidad de gente, porque destos valles corren rios de agua muy buena, que van á dará la mar del Sur. Y así como estos rios entran por los espesos arenales que he dicho y se extienden por ellos, de la humidad del agua se crian grandes arboledas y hácense unos valles muy lindos y hermosos; y algunos son tan anchos, que tienen á dos y á tres leguas, adonde se ven gran cantidad de algarrobos, los cuales se crian aunque están tan léjos del agua. Y en todo el término donde hay arboledas es la tierra sin arenas y muy fértil y abundante. Y estos valles fueron antiguamente muy poblados; todavía hay indios, aunque no tantos como solian, ni con mucho. Y como jamas no llovió en estos llanos y arenales del Perú, no hacian las casas cubiertas como los de la serranía, sino terrados galanos ó casas grandes de adobes, con sus estantes ó mármoles, y para guarecerse del sol ponian unas esteras en lo alto. En este tiempo se hace así, y los españoles en sus casas no usan otros tejados que estas esteras embarradas. Y para hacer sus sementeras de los rios que riegan estos valles, sacan acequias, tan bien sacadas y con tanta órden, que toda la tierra riegan y siembran, sin que se les pierda nada. Y como es de riego, están aquellas acequias muy verdes y alegres, y llenas de arboledas de frutales de España y de la misma tierra. Y en todo tiempo se coge en aquellos valles mucha cantidad de trigo y maíz y de todo lo que se siembra. De manera que, aunque he figurado al Perú ser tres cordilleras desiertas y despobladas, dellas mismas por la voluntad de Dios salen los valles y rios que digo; fuera dellos por ninguna manera podrian los hombres vivir, que es causa por donde los naturales se pudieron conquistar tan fácilmente y para que sirvan sin se rebelar, porque si lo hiciesen, todos perescerian de hambre y de frio. Porque (como digo), sino es la tierra que ellos tienen poblada, lo demás es despoblado, lleno de sierras de nieve y de montañas altísimas y muy espantosas. Y la figura dellas es, que, como tengo dicho, tiene este reino de longitud setecientas leguas, que se extiende de norte á sur, y si hemos de contar lo que mandaron los reyes ingas, mil y docientas leguas de camino derecho, como he dicho, de norte á sur por meridiano. Y tendrá por lo mas ancho de levante á poniente poco mas que cien leguas, y por otras partes á cuarenta y á sesenta, y á menos y á mas. Esto que digo de longitud y latitud se entiende cuanto á la longura y anchura que tienen las sierras y montañas que se extienden por toda esta tierra del Perú, segun que he dicho. Y esta cordillera tan grande, que por la tierra del Perú se dice Andes, dista de la mar del Sur por unas partes cuarenta leguas y por otras partes sesenta, y por otras mas y por algunas menos; y por ser tan alta, y la mayor altura estar tan allegada á la mar del Sur, son los rios pequeños, porque las vertientes son cortas.

La otra serranía que tambien va de luengo desta tierra, sus caidas y fenescimientos se rematan en los llanos y acaban cerca de la mar, á partes á tres leguas y por otras partes á ocho y á diez, y á menos y á mas. La constelacion y calidad de la tierra de los llanos es mas cálida que fria, y unos tiempos mas que otros, por estar tan baja, que casi la mar es tan alta como la tierra, ó poco menos. Y cuando en ella hay mas calor es cuando el sol ha pasado ya por ella y ha llegado al trópico de Capricornio, que es á 11 de diciembre, de donde da la vuelta á la línea Equinocial. En la serranía, no embargante que hay partes y provincias muy templadas, podráse decir al contrario que de los llanos, porque es mas fria que caliente. Esto que he dicho es cuanto á la calidad particular destas provincias, de las cuales adelante diré lo que hay mas que contar dellas.

CAPITULO XXXVII.

De los pueblos y provincias que hay desde la villa de Pasto hasta la ciudad de Quito.

Pues tengo escripto de la fundacion de la villa viciosa de Pasto, será bien, volviendo á ella, proseguir el camino dando noticia de lo que hay hasta llegar á la ciudad del Quito.

Dije que la villa de Pasto está fundada en el valle de Atris, que cae en la tierra de los quillacingas, gentes desvergonzadas, y ellos y los pastos son muy sucios, y tenidos en poca estimacion de sus comarcanos. Saliendo de la villa de Pasto, se va hasta llegar á un cacique ó pueblo de los pastos, llamado Funes; y caminando mas adelante, se llega á otro que está dél poco mas de tres leguas, á quien llaman Iles, y otras tres leguas mas adelante se ven los aposentos de Gualmatan, y prosiguiendo el camino hácia Quito, se ve el

pueblo de Ipiales, que está de Gualmatan tres leguas.

En todos estos pueblos se da poco maíz, ó casi ninguno, á causa de ser la tierra muy fria y la semilla del maíz muy delicada; mas críanse abundancia de papas y quinio y otras raíces que los naturales siembran. De Ipiales se camina hasta llegar á una provincia pequeña que ha por nombre de Guaca, y antes de llegar á ella se ve el camino de los ingas, tan famoso en estas partes como el que hizo Aníbal por los Alpes cuando abajó á la Italia. Y puede ser este tenido en mas estimacion, así por los grandes aposentos y depósitos que habia en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiracion verlo. Tambien se llega á un rio, cerca del cual se ve adonde antiguamente los reyes ingas tuvieron hecha una fortaleza, de donde daban guerra á los pastos y salian á la conquista dellos; y está una puente en este rio, hecha natural, que paresce artificial, la cual es de una peña viva, alta y muy gruesa, y hácese en el medio della un ojo, por donde pasa la furia del rio, y por encima van los caminantes que quieren. Llámase esta puente Lumichaca en lengua de los ingas, y en la nuestra querrá decir puente de piedra. Cerca desta puente está una fuente cálida; porque en ninguna manera, metiendo la mano dentro, podrán sufrir tenerla mucho tiempo, por el gran calor con que el agua sale; y hay otros manantiales, y el agua del rio y la disposicion de la tierra tan fria, que no se puede compadescer sino es con muy gran trabajo. Cerca desta puente quisieron los reyes ingas hacer otra fortaleza, y tenian puestas guardas fieles que tenian cuidado de mirar sus propias gentes no se les volviesen al Cuzco ó á Quito; porque tenian por conquista sin provecho la que hacian en la region de los pastos.

Hay en todos los mas de los pueblos ya dichos una fruta que llaman mortuños, que es mas pequeña que endrina, y son negros; y entre ellos hay otras uvillas que se parescen mucho á ellos, y si comen alguna cantidad destas se embriagan y hacen grandes bascas, y están un dia natural con gran pena y poco sentido. Sé esto porque yendo á dar la batalla á Gonzalo Pizarro, íbamos juntos un Rodrigo de las Peñas, amigo mio, y un Tarazona, alférez del capitan don Pedro de Cabrera, y otros; y llegados á este pueblo de Guaca, habiendo el Rodrigo de las Peñas comido destas uvillas que digo, se paró tal, que creimos muriera dello. De la pequeña provincia de Guaca se va hasta llegar á Tuza, que es el último pueblo de los pastos, el cual á la mano derecha tiene las montañas que están sobre el mar Dulce, y á la izquierda las cuestas sobre la mar del Sur; mas adelante se llega á un pequeño cerro, en donde se ve una fortaleza que los ingas tuvieron antiguamente, con su cava, y que para entre indios no debió ser poco fuerte. Del pueblo de Tuza y desta fuerza se va hasta llegar al rio de Mira, que no es poco cálido, y que en él hay muchas frutas y melones singulares, y buenos conejos, tórtolas, perdices, y se coge gran cantidad de trigo y cebada, y lo mismo de maíz y otras cosas muchas, porque es muy fértil. Deste rio de Mira se abaja hasta los grandes y suntuosos aposentos de Carangue; antes de llegar á ellos se ve la laguna que llaman Yaguarcocha, que en nuestra lengua quiere decir mar de sangre; adonde, antes que entrasen los españoles en el Perú, el rey Guaynacapa, por cierto enojo que le hicieron los naturales de Carangue y de otros pueblos á él comarcanos, cuentan los mismos indios que mandó matar mas de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna; y como los muertos fuesen tantos, parescia algun lago de sangre, por lo cual dieron la significacion ó nombre ya dicho.

Mas adelante están los aposentos de Carangue, adonde algunos quisieron decir que nasció Atabaliba, hijo de Guaynacapa, aunque su madre era natural deste pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré con gran diligencia, y nasció en el Cuzco Atabaliba, y lo demás es burla. Están estos aposentos de Carangue en una plaza pequeña; dentro dellos hay un estanque hecho de piedra muy prima, y los palacios y morada de los ingas están asimismo hechos de grandes piedras galanas y muy sutilmente asentadas, sin mezcla, que es no poco de ver. Habia antiguamente templo del sol, y estaban en él dedicadas y ofrecidas para el servicio dél mas de docientas doncellas muy hermosas, las cuales eran obligadas á guardar castidad, y si corrompian sus cuerpos eran castigadas muy cruelmente. Y á los que cometian el adulterio (que ellos tenian por gran sacrilegio) los ahorcaban ó enterraban vivos. Eran miradas estas doncellas con gran cuidado, y habia algunos sacerdotes para hacer sacrificios conforme á su religion. Esta casa del sol era en tiempo de los señores ingas tenida en mucha estimacion, y teníanla muy guardada y reverenciada, llena de grandes vasijas de oro y plata y otras riquezas, que no así ligeramente se podrian decir; tanto, que las paredes tenian chapadas de planchas de oro y plata; y aunque está todo esto muy arruinado, se ve que fué grande cosa antiguamente; y los ingas tenian en estos aposentos de Carangue sus guarniciones ordinarias con sus capitanes, las cuales en tiempo de paz y de guerra estaban allí para resistir á los que se levantasen. Y pues se habla destos señores ingas, para que se entienda la calidad grande que tuvieron y lo que mandaron en este reino, trataré algo dellos antes que paso adelante.

CAPITULO XXXVIII.

En que se trata quién fueron los reyes ingas, y lo que mandaron en el Perú.

Porque en esta primera parte tengo muchas veces de tratar de los ingas, y dar noticia de muchos aposentos suyos y otras cosas memorables, me paresció cosa justa decir algo dellos en este lugar, para que los letores sepan lo que estos señores fueron, y no ignoren su valor ni entiendan uno por otro, no embargante que yo tengo hecho libro particular dellos y de sus hechos, bien copioso.

Por las relaciones que los indios del Cuzco nos dan se colige que habia antiguamente gran desórden en todas las provincias deste reino que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razon y entendimiento, que es de no creer; porque dicen que eran muy bestiales, y que muchos comian carne humana, y otros tomaban á sus hijas y madres por mujeres, co-

metiendo, sin esto, otros pecados mayores y mas graves, teniendo gran cuenta con el demonio, al cual todos ellos servian y tenian en grande estimacion. Sin esto, por los cerros y collados altos tenian castillos y fortalezas, desde donde, por causas muy livianas, salian á darse guerra unos á otros, y se mataban y captivaban todos los mas que podian. Y no embargante que anduviesen metidos en estos pecados y cometiesen estas maldades, dicen tambien que algunos dellos eran dados á la religion, que fué causa que en muchas partes deste reino se hicieron grandes templos, en donde hacian su oracion y era visto el demonio y por ellos adorado, haciendo delante de los ídolos grandes sacrificios y supersticiones. Y viviendo desta manera las gentes deste reino, se levantaron grandes tiranos en las provincias de Collao y en los valles de los yungas y en otras partes, los cuales unos á otros se daban grandes guerras, y se cometian muchas muertes y robos, y pasaron por unos y por otros grandes calamidades; tanto, que se destruyeron muchos castillos y fortalezas, y siempre duraba entre ellos la porfía, de que no poco se holgaba el demonio, enemigo de natura humana, porque tantas ánimas se perdiesen.

Estando desta suerte todas las provincias del Perú, se levantaron dos hermanos, que el uno dellos habia por nombre Mangocapa, de los cuales cuentan grandes maravillas los indios, y fábulas muy donosas. En el libro por mí alegado las podrá ver quien quisiere cuando salga á luz. Este Mangocapa fundó la ciudad del Cuzco, y estableció leyes á su usanza, y él y sus descendientes se llamaron ingas, cuyo nombre quiere decir ó significar reyes ó grandes señores. Pudieron tanto, que conquistaron y señorearon desde Pasto hasta Chile, y sus banderas vieron por la parte del Sur al rio de Maule, y por la del Norte al rio de Angasmayo, y estos rios fueron término de su imperio, que fué tan grande, que hay de una parte á otra mas de mil y trecientas leguas. Y edificaron grandes fortalezas y aposentos fuertes, y en todas las provincias tenian puestos capitanes y gobernadores. Hicieron tan grandes cosas, y tuvieron tan buena gobernacion, que pocos en el mundo les hicieron ventaja; eran muy vivos de ingenio y tenian gran cuenta, sin letras, porque estas no se han hallado en estas partes de las Indias. Pusieron en buenas costumbres á todos sus súbditos, y diéronles órden para que se vistiesen, y trajesen ojotas en lugar de zapatos, que son como albarcas. Tenian grande cuenta con la inmortalidad del ánima y con otros secretos de naturaleza. Creian que habia Hacedor de las cosas, y al sol tenian por dios soberano, al cual hicieron grandes templos; y engañados del demonio, adoraban en árboles y en piedras, como los gentiles. En los templos principales tenian gran cantidad de vírgines muy hermosas, conforme á las que hubo en Roma en el templo de Vesta, y casi guardaban los mismos estatutos que ellas. En los ejércitos escogian capitanes valerosos y los mas fieles que podian. Tuvieron grandes mañas para sin guerra hacer de los enemigos amigos, y á los que se levantaban, castigaban con gran severidad y no poca crueldad. Y pues (como digo) tengo hecho libro destos ingas, basta lo dicho para que los que leyeren este libro entiendan lo que fueron estos reyes y lo mucho que valieron; y con tanto, volveré á mi camino.

CAPITULO XXXIX.

De los mas pueblos y aposentos que hay desde Carangue hasta llegar á la ciudad de Quito, y de lo que cuentan del hurto que hicieron los del Otabalo á los de Carangue.

Ya conté en el capítulo pasado el mando y grande poder que los ingas, reyes del Cuzco, tuvieron en todo el Perú, y será bien, pues ya algun tanto se declaró aquello, proseguir adelante.

De los reales aposentos de Carangue, por el camino famoso de los ingas, se va hasta llegar al aposento de Otabalo, que no ha sido ni deja de ser muy principal y rico; el cual tiene á una parte y á otra grandes poblaciones de indios naturales. Los que están al poniente destos aposentos son Poritaco, Collaguazo, los guancas y cayambes, y cerca del rio grande del Marañon están los quixos, pueblos derramados, llenos de grandes montañas. Por aquí entró Gonzalo Pizarro á la entrada de la canela que dicen, con buena copia de españoles y muy lucidos y gran abasto de mantenimiento; y con todo esto, pasó grandísimo trabajo y mucha hambre. En la cuarta parte desta obra daré noticia cumplida deste descubrimiento, y contaré cómo se descubrió por aquella parte el rio Grande, y como por él salió al mar Océano el capitan Orillana, y la ida que hizo á España, hasta que su majestad lo nombró por su gobernador y adelantado de aquellas tierras.

Hácia el oriente están las estancias ó tierras de labor de Cotocoyambe y las montañas de Yumbo y otras poblaciones muchas, y algunas que no se han descubierto enteramente.

Estos naturales de Otabalo y Carangue se llaman los guamaraconas por lo que dije de las muertes que hizo Guaynacapa en la laguna, donde mató los mas de los hombres de edad; porque, no dejando en estos pueblos sino á los niños, díjoles guamaracona, que quiere decir en nuestra lengua, agora sois muchachos. Son muy enemigos los de Carangue de los de Otabalo; porque cuentan los mas dellos que, como se divulgase por toda la comarca del Quito (en cuyos términos están estos indios) de la entrada de los españoles en el reino y de la prision de Atabaliba, después de haber recebido grande espanto y admiracion, teniendo por cosa de gran maravilla y nunca vista lo que oian de los caballos y de su gran ligereza, creyendo que los hombres que en ellos venian y ellos fuese todo un cuerpo, derramó la fama sobre la venida de los españoles cosas grandes entre estas gentes; y estaban aguardando su venida, creyendo que, pues habian sido poderosos para desbaratar al inga su señor, que tambien lo serian para sojuzgarlos á todos ellos. Y en este tiempo dicen que el mayordomo ó señor de Carangue tenia gran cantidad de tesoro en sus aposentos, suyo y del inga. Y Otabalo, que debia de ser cauteloso, mirando agudamente que en semejantes tiempos se han grandes tesoros y cosas preciadas, pues estaba todo perturbado; porque, como dice el pueblo, á rio vuelto, etc., llamó á los mas de sus indios y principales, entre los cuales escogió y señaló los que le parecieron mas dispuestos y ligeros, y á estos mandó que se vis-

tiesen de sus camisetas y mantas largas, y que tomando varas delgadas y cumplidas, subiesen en los mayores de sus carneros y se pusiesen por los altos y collados de manera que pudiesen ser vistos por los de Carangue, y él con otro mayor número de indios y algunas mujeres, fingiendo gran miedo y mostrando ir temerosos, llegaron al pueblo de Carangue, diciendo cómo venian huyendo de la furia de los españoles, que encima de sus caballos habian dado en sus pueblos, y por escapar de su crueldad habian dejado sus tesoros y haciendas.

Puso, segun se dice, grande espanto esta nueva, y tuviéronla por cierta, porque los indios en los carneros parecieron por los altos y laderas, y como estuviesen apartados, creyeron ser verdad lo que Otabalo afirmaba, y sin tiento comenzaron á huir. Otabalo, haciendo muestra de querer hacer lo mismo, se quedó en la rezaga con su gente y dió la vuelta á los aposentos destos indios de Carangue, y robó todo el tesoro que halló, que no fué poco, y vuelto á su pueblo, dende á pocos dias fué publicado el engaño.

Entendido el hurto tan extraño, mostraron gran sentimiento los de Carangue, y hubo algunos debates entre unos y otros; mas, como el capitan Sebastian de Belalcázar con los españoles, dende á pocos dias que esto pasó, entró en las provincias del Quito, dejaron sus pasiones por entender en defenderse. Y así, Otabalo y los suyos se quedaron con lo que robaron, segun dicen muchos indios de aquellas partes, y la enemistad no ha cesado entre ellos.

De los aposentos de Otabalo se va á los de Cochesquí; y para ir á estos aposentos se pasa un puerto de nieve, y una legua antes de llegar á ellos es la tierra tan fria, que se vive con algun trabajo. De Cochesquí se camina á Guallabamba, que está del Quito cuatro leguas, donde, por ser la tierra baja y estar casi debajo de la Equinocial, es cálido; mas no tanto, que no esté muy poblado y se dén todas las cosas necesarias á la humana sustentacion de los hombres. Y agora los que habemos andado por estas partes hemos conocido lo que hay debajo desta línea Equinocial, aunque algunos autores antiguos (como tengo dicho) tuvieron ser tierra inhabitable. Debajo della hay invierno y verano, y está poblada de muchas gentes, y las cosas que se siembran se dan muy abundantemente, en especial trigo y cebada.

Por los caminos que van por estos aposentos hay algunos rios, y todos tienen sus puentes, y ellos van bien desechados, y hay grandes edificios y muchas cosas que ver, que, por acortar escriptura, voy pasando por ello.

De Guallabamba á la ciudad de Quito hay cuatro leguas, en el término de las cuales hay algunas estancias y caserías que los españoles tienen para criar sus ganados, hasta llegar al campo de Añaquito; adonde en el año de 1546 años, por el mes de enero, llegó el visorey Blasco Nuñez Vela con alguna copia de españoles que le seguian, contra la rebelion de los que sustentaban la tiranía; y salió desta ciudad de Quito Gonzalo Pizarro, que con colores falsas habia tomado el gobierno del reino, y llamándose gobernador, acompañado de la mayor parte de la nobleza de todo el Perú, dió batalla al Visorey, en la cual el mal afortunado Visorey fué muerto, y muchos varones y caballeros valerosos, que mostrando su lealtad y deseo que tenian de servir á su majestad quedaron muertos en el campo, segun que mas largamente lo trataré en la cuarta parte desta obra, que es donde escribo las guerras civiles tan crueles que hubo en el Perú entre los mismos españoles, que no será poca lástima oirlas. Pasado este campo de Añaquito, se llega luego á la ciudad de Quito, la cual está fundada y trazada de la manera siguiente.

CAPITULO XL.

Del sitio que tiene la ciudad de San Francisco del Quito, y de su fundacion, y quién fué el que la fundó.

La ciudad de San Francisco del Quito está á la parte del norte en la inferior provincia del reino del Perú. Corre el término desta provincia de longitud (que es de este oeste) casi setenta leguas, y de latitud veinte y cinco ó treinta. Está asentada en unos antiguos aposentos que los ingas habian en el tiempo de su señorío mandado hacer en aquella parte, y habíalos ilustrado y acrecentado Guaynacapa y el gran Topainga, su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominacion y nombre del mismo que tenian los antiguos. Es sitio sano, mas frio que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos ó casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada á manera de hoya que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen que están de la misma ciudad entre el norte y el poniente. Es tan pequeño sitio y llanada, que se tiene que al tiempo adelante han de edificar con trabajo si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrian hacer muy fuerte si fuese necesario. Tiene por comarcanas las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquile, las cuales están della á la parte del poniente á sesenta y á ochenta leguas, y á la del sur tiene asimismo las ciudades de Loja y San Miguel, la una ciento y treinta, la otra ochenta. A la parte del levante están della las montañas y nacimiento del rio que en el mar Océano es llamado mar Dulce, que es el mas cercano al de Marañon. Tambien está en el propio paraje la villa de Pasto, y á la parte del norte la gobernacion de Popayan, que queda atrás.

Esta ciudad de Quito está metida debajo la línea Equinocial tanto, que la pasa casi á siete leguas. Es tierra toda la que tiene por términos al parecer estéril; pero en efecto es muy fértil; porque en ella se crian todos los ganados abundantemente, y lo mismo todos los otros bastimentos de pan y legumbres, frutas y aves. Es la disposicion de la tierra muy alegre, y en extremo parece á la de España en la yerba y en el tiempo, porque entra el verano por el mes de abril y marzo y dura hasta el mes de noviembre; y aunque es fria, se agosta la tierra ni mas ni menos que en España.

En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada, y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca desta ciudad, y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España, porque ya se comienzan á criar algunas. Los naturales de la comarca en general son mas domésticos y bien inclinados y mas sin vicio que ningunos de los pasados, ni aun de los que hay en toda la mayor parte del Perú, lo cual es

segun lo que yo vi y entendí; otros habrá que tendrán otro parecer; mas si hubieren visto y notado lo uno y lo otro como yo, tengo por cierto que serán de mi opinion. Es gente mediana de cuerpo y grandes labradores, y han vivido con los mismos ritos que los reyes ingas, salvo que no han sido tan políticos ni lo son, porque fueron conquistados dellos, y por su mano dada la órden que agora tienen en el vivir; porque antiguamente eran como los comarcanos á ellos, mal vestidos y sin industria en el edificar.

Hay muchos valles calientes, donde se crian muchos árboles de frutas y legumbres, de que hay grande cantidad en todo lo mas del año. Tambien se dan en estos valles viñas, aunque, como es principio, de sola la esperanza que se tiene de que se darán muy bien se puede hacer relacion, y no otra cosa. Hay árboles muy grandes de naranjos y limas, y las legumbres de España que se crian son muy singulares, y todas las mas y principales que son necesarias para el mantenimiento de los hombres. Tambien hay una manera de especia que llamamos canela, la cual traen de las montañas que están á la parte del levante, que es una fruta ó manera de flor que nace en los muy grandes árboles de la canela, que no hay en España que se puedan comparar, sino es aquel ornamento ó capullo de las bellotas, salvo que es leonado en la color, algo tirante á negro, y es mas grueso y de mayor concavidad; es muy sabroso al gusto, tanto como la canela, sino que no se compadece comerlo mas que en polvo, porque usando dello como de canela en guisados, pierde la fuerza y aun el gusto; es cálido y cordial, segun la experiencia que délse tiene, porque los naturales de la tierra lo rescatan y usan dello en sus enfermedades; especialmente aprovecha para dolor de ijada y de tripas y para dolor de estómago; lo cual toman bebido en sus brebajes.

Tienen mucha cantidad de algodon, de que se hacen ropas para su vestir y para pagar sus tributos. Habia en los términos desta ciudad de Quito gran cantidad deste ganado que nosotros llamamos ovejas, que mas propiamente tiran á camellos. Adelante trataré deste ganado y de su talle, y cuántas diferencias hay destas ovejas y carneros que decimos del Perú. Hay tambien muchos venados y muy grande cantidad de conejos y perdices, tórtolas, palomas y otras cazas. De los mantenimientos naturales fuera del maíz, hay otros dos que se tienen por principal bastimento entre los indios; al uno llaman papas, que es á manera de turmas de tierra, el cual, después de cocido, queda tan tierno por de dentro como castaña cocida; no tiene cáscara ni cuesco mas que lo que tiene la turma de la tierra; porque tambien nace debajo de tierra, como ella; produce esta fruta una yerba ni mas ni menos que la amapola; hay otro bastimento muy bueno, á quien llaman quinua, la cual tiene la hoja ni mas ni menos que bledo morisco, y crece la planta dél casi un estado de hombre, y echa una semilla muy menuda, della es blanca y della es colorada; de la cual hacen brebajes, y tambien la comen guisada como nosotros el arroz.

Otras muchas raíces y semillas hay sin estas; mas conociendo el provecho y utilidad del trigo y de la cebada, muchos de los naturales subjetos á esta ciudad del Quito siembran de lo uno y de lo otro, y usan comer dello, y hacen brebajes de la cebada. Y como arriba dije, todos estos indios son dados á la labor, porque son grandes labradores, aunque en algunas provincias son diferentes de las otras naciones, como diré cuando pasaré por ellos, porque las mujeres son las que labran los campos y benefician las tierras y mieses, y los maridos hilan y tejen y se ocupan en hacer ropa y se dan á otros oficios feminiles, que debieron aprender de los ingas; porque yo he visto en pueblos de indios comarcanos al Cuzco, de la generacion de los ingas, mientras las mujeres están arando, estar ellos hilando y aderezando sus armas y su vestido, y hacen cosas mas pertenecientes para el uso de las mujeres que no para el ejercicio de los hombres. Habia en el tiempo de los ingas un camino real hecho á manos y fuerzas de hombres, que salia desta ciudad y llegaba hasta la del Cuzco, de donde salia otro tan grande y soberbio como él, que iba hasta la provincia de Chile, que está del Quito mas de mil y docientas leguas; en los cuales caminos habia á tres y á cuatro leguas muy galanos y hermosos aposentos ó palacios de los señores, y muy ricamente aderezados. Podráse comparar este camino á la calzada que los romanos hicieron, que en España llamamos camino de la Plata.

Detenido me he en contar las particularidades de Quito mas de lo que suelo en las ciudades de que tengo escripto en lo de atrás, y esto ha sido porque (como algunas veces he dicho) esta ciudad es la primera poblacion del Perú por aquella parte, y por ser siempre muy estimada, y agora en este tiempo todavía es de lo bueno del Perú; y para concluir con ella, digo que la fundó y pobló el capitan Sebastian de Belalcázar, que después fué adelantado y gobernador en la provincia de Popayan, en nombre del emperador don Cárlos, nuestro señor, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitan general de los reinos del Perú y provincias de la Nueva-Castilla, año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de 1534 años.

CAPITULO XLI.

De los pueblos que hay salidos del Quito hasta llegar á los reales palacios de Tumebamba, y de algunas costumbres que tienen los naturales dellos.

Desde la ciudad de San Francisco de Quito hasta los palacios de Tumebamba hay cincuenta y tres leguas. Luego que salen della, por el camino ya dicho se va á un pueblo llamado Panzaleo. Los naturales dél difieren en algo á los comarcanos, especialmente en la ligadura de la cabeza; porque por ella son conocidos los linajes de los indios y las provincias donde son naturales.

Estos y todos los deste reino en mas de mil y docientas leguas hablaban la lengua general de los ingas, que es la que se usaba en el Cuzco. Y hablábase esta lengua generalmente, porque los señores ingas lo mandaban y era ley en todo su reino, y castigaban á los padres si la dejaban de mostrar á sus hijos en la niñez. Mas, no embargante que hablaban la lengua del Cuzco (como digo), todos se tenian sus lenguas, las que usaron sus antepasados. Y así, estos de Panzaleo tenian otra lengua que los de Carangue y Otabalo. Son del cuerpo

y disposicion como los que declaré en el capítulo pasado. Andan vestidos con sus camisetas sin mangas ni collar, no mas que abiertas por los lados, por donde sacan los brazos, y por arriba, por donde asimismo sacan la cabeza, y con sus mantas largas de lana y algunas de algodon. Y desta ropa la de los señores era muy prima y con colores muchas y muy perfectas. Por zapatos traen unas ojotas de una raíz ó yerba que llaman cabuya, que echa unas pencas grandes, de las cuales salen unas hebras blancas, como de cáñamo, muy recias y provechosas, y destas hacen sus ojotas ó albarcas, que les sirven por zapatos, y por la cabeza traen puestos sus ramales. Las mujeres, algunas andan vestidas á uso del Cuzco, muy galanas, con una manta larga que las cubre desde el cuello hasta los piés, sin sacar mas de los brazos, y por la cintura se la atan con uno que llaman chumbe, á manera de una reata galana y muy prima y algo mas ancha. Con estas se atan y aprietan la cintura, y luego se ponen otra manta delgada, llamada líquida, que les cae por encima de los hombros y deciende hasta cubrir los piés. Tienen, para prender estas mantas, unos alfileres de plata ó de oro grandes, y al cabo algo anchos, que llaman topos. Por la cabeza se ponen tambien una cinta no poca galana, que nombran vincha, y con sus ojotas en los piés andan. En fin, el uso del vestir de las señoras del Cuzco ha sido el mejor y mas galano y rico que hasta agora se ha visto en todas estas Indias. Los cabellos tienen gran cuidado de se los peinar, y tráenlos muy largos. En otra parte trataré mas largamente este traje de las pallas ó señoras del Cuzco.

Entre este pueblo de Panzaleo y la ciudad del Quito hay algunas poblaciones á una parte y á otra en unos montes. A la parte del poniente está el valle de Uchillo y Langazi, adonde se dan, por ser la tierra muy templada, muchas cosas de las que escrebí en el capítulo de la fundacion de Quito, y los naturales son amigos y confederados. Por estas tierras no se comen los unos á otros, ni son tan malos como algunos de los naturales de las provincias que en lo de atrás tengo escripto. Antiguamente solian tener grandes adoratorios á diversos dioses, segun publica la fama dellos mismos. Después que fueron señoreados por los reyes ingas hacian sus sacrificios al sol, al cual adoraban por Dios.

De aquí se toma un camino que va á los montes de Yumbo, en los cuales están unas poblaciones, donde los naturales dellas son de no tan buen servicio como los comarcanos á Quito, ni tan domables, antes son mas viciosos y soberbios; lo cual hace vivir en tierra tan áspera y tener en ella, por ser cálida y fértil, mucho regalo. Adoran tambien al sol, y parécense en las costumbres y afectos á sus comarcanos; porque fueron, como ellos, sojuzgados por el gran Topainga Yupangue y por Guaynacapa, su hijo.

Otro camino sale hácia el nacimiento del sol, que va á otras poblaciones llamadas Quixo, pobladas de indios de la manera y costumbres destos.

Adelante de Panzaleo tres leguas están los aposentos y pueblo de Mulahalo, que, aunque agora es pueblo pequeño, por haberse apocado los naturales, antiguamente tenia aposentos para cuando los ingas ó sus capitanes pasaban por allí, con grandes depósitos para proveimientos de la gente de guerra. Está á la mano derecha deste pueblo de Mulahalo un volcan ó boca de fuego, del cual dicen los indios que antiguamente reventó y echó de sí gran cantidad de piedras y ceniza; tanto, que destruyó mucha parte de los pueblos donde alcanzó aquella tormenta. Quieren decir algunos que antes que reventase se vian visiones infernales y se oian algunas voces temerosas. Y parece ser cierto lo que cuentan estos indios deste volcan, porque al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado, gobernador que fué de la provincia de Guatimala, entró en el Perú con su armada, viniendo á salir á estas provincias de Quito, les pareció que llovió ceniza algunos dias, y así lo afirman los españoles que venian con él. Y era que debió de reventar alguna boca de fuego destas, de las cuales hay muchas en aquellas sierras, por los grandes mineros que debe de haber de piedra zufre.

Poco mas adelante de Mulahalo está el pueblo y grandes aposentos llamados de la Tacunga, que eran tan principales como los de Quito. Y en los edificios, aunque están ruinados, se parece la grandeza dellos, porque en algunas paredes destos aposentos se ve bien claro dónde estaban encajadas las ovejas de oro y otras grandezas que esculpian en las paredes. Especialmente habia esta riqueza en el aposento que estaba señalado para los reyes ingas, y en el templo del sol, donde se hacian los sacrificios y supersticiones, que es donde tambien estaban cantidad de vírgines dedicadas para el servicio del templo, á las cuales (como ya otras veces he dicho) llamaban mamaconas. No embargante que en los pueblos pasados que he dicho hubiese aposentos y depósitos, no habia en tiempo de los ingas casa real ni templo principal, como aquí ni en otros pueblos mas adelante, hasta llegar á Tumebamba, como en esta historia iré relatando. En este pueblo tenian los señores ingas puesto mayordomo mayor, que tenia cargo de coger los tributos de las provincias comarcanas y recogerlos allí, adonde asimismo habia gran cantidad de mitimaes. Esto es, que, visto por los ingas que la cabeza de su imperio era la ciudad del Cuzco, de donde se daban las leyes y salian los capitanes á seguir la guerra, el cual estaba de Quito mas de seiscientas leguas y de Chile otro mayor camino; considerando ser toda esta longura de tierra poblada de gentes bárbaras, y algunas muy belicosas; para con mas facilidad tener seguro y quieto su señorío, tenian esta órden desde el tiempo del rey inga Yupangue, padre del gran Topainga Yupangue y abuelo de Guaynacapa, que luego que conquistaban una provincia destas grandes mandaban salir ó pasar de allí diez ó doce mil hombres con sus mujeres, ó seis mil, ó la cantidad que querian. Los cuales se pasaban á otro pueblo ó provincia que fuese del temple y manera del de donde salian; porque, si eran de tierra fria eran llevados á tierra fria, y si de caliente á caliente; y estos tales eran llamados mitimaes, que quiere significar indios venidos de una tierra á otra. A los cuales se les daban heredades en los campos y tierras para sus labores, y sitio para hacer sus casas. Y á estos mitimaes mandaban los ingas que estuviesen siempre obedientes á lo que sus gobernadores y capitanes les mandasen;

de tal manera, que si los naturales se rebelasen, siendo ellos de parte del Gobernador, eran luego castigados y reducidos al servicio de los ingas. Y por consiguiente, si los mitimaes buscaban algun alboroto eran apremiados por los naturales; y con esta industria tenian estos señores su imperio seguro que no se les rebelase, y las provincias bien proveidas de mantenimiento, porque la mayor parte de la gente dellas estaban, como digo, los de unas tierras en otras. Y tuvieron otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques á los que les venia de herencia y eran naturales. Y si por ventura alguno cometia delicto ó se hallaba culpado en tal manera que mereciese ser privado del señorío que tenia, daban y encomendaban el cacicazgo á sus hijos ó hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos. En el libro de los ingas trato mas largamente esta cuenta de los mitimaes, que se entiende lo que tengo dicho. Y volviendo á la materia, digo que en estos aposentos tan principales de la Tacunga habia destos indios á quien llaman mitimaes, que tenian cargo de hacer lo que por el mayordomo del Inga les era mandado. Al rededor destos aposentos á una parte y á otra hay las poblaciones y estancias de los caciques y principales, que no están poco proveidos de mantenimientos.

Cuando se dió la última batalla en el Perú (que fué en el valle de Xaquixaguana, donde Gonzalo Pizarro fué muerto), salimos de la gobernacion de Popayan con el adelantado don Sebastian de Belalcázar pocos menos de docientos españoles, para hallarnos de la parte de su majestad contra los tiranos; y por cierto que llegamos algunos de nosotros á este pueblo, porque no caminábamos todos juntos, y que nos proveian de bastimento y de las demás cosas necesarias con tanta razon y tan cumplidamente, que no sé adónde mejor se pudiera hacer. Porque en una parte tenian gran cantidad de conejos y en otra de puercos y en otra de gallinas, y por el consiguiente de ovejas y corderos y carneros, y otras aves; y así, proveian á todos los que por allí pasaban. Andan todos vestidos con sus mantas y camisetas, ricas y galanas, y mas bastas; cada uno como tiene la posibilidad. Las mujeres andan tan bien vestidas como dije que andaban las de Mulahalo, y son casi de la habla dellos. Las casas que tienen todas son de piedra y cubiertas con paja; unas dellas son grandes y otras pequeñas, como es la persona y tiene el aparejo. Los señores y capitanes tienen muchas mujeres; pero la una dellas ha de ser la principal y legítima de la sucesion, de la cual se hereda el señorío. Adoran al sol, y cuando se mueren los señores les hacen sepulturas grandes en los cerros ó campos, adonde los meten con sus joyas de oro y plata y armas, ropa y mujeres vivas, y no las mas feas, y mucho mantenimiento. Y esta costumbre de enterrar así los muertos en toda la mayor parte destas Indias se usa, por consejo del demonio, que les hace entender que de aquella suerte han de ir al reino que él les tiene aparejado; hacen muy grandes lloros por los difuntos, y las mujeres que quedan sin se matar, con las demás sirvientas, se tresquilan y están muchos dias en lloros continuos; y después de llorar la mayor parte del dia y la noche en que mueren, un año arreo, lo lloran. Usan el beber ni mas ni menos que los pasados, y tienen por costumbre de comer luego por la mañana, y comen en el suelo, sin se dar mucho por manteles ni por otros paños; y después que han comido su maíz y carne ó pescado, todo el dia gastan en beber su chicha ó vino que hacen del maíz, trayendo siempre el vaso en la mano. Tienen gran cuidado de hacer sus areitos ó cantares ordenadamente, asidos los hombres y mujeres de las manos, y andando á la redonda á son de un atambor, recontando en sus cantares y endechas las cosas pasadas, y siempre bebiendo hasta quedar muy embriagados; y como están sin sentido, algunos toman las mujeres que quieren, y llevadas á alguna casa, usan con ellas sus lujurias, sin tenerlo por cosa fea, porque ni entienden el don que está debajo de la vergüenza ni miran mucho en la honra, ni tienen mucha cuenta con el mundo, porque no procuran mas de comer lo que cogen con el trabajo de sus manos. Creen la inmortalidad del ánima, á lo que entendemos dellos, y conocen que hay Hacedor de todas las cosas del mundo; en tal manera, que contemplando la grandeza del cielo y el movimiento del sol y de la luna y de las otras maravillas, tienen que hay Hacedor destas cosas, aunque, ciegos y engañados del demonio, creen que el mismo demonio en todo tiene poder, puesto que muchos dellos, viendo sus maldades y que nunca dice verdad ni la trata, lo aborrecen, y mas le obedecen por temor que por creer que en él haya deidad. Al sol hacen grandes reverencias y le tienen por dios; los sacerdotes usaban de gran santimonía, y son revereuciados por todos y tenidos en mucho, donde los hay.

Otras costumbres y cosas tenia que decir destos indios; y pues casi las guardan y tienen generalmente, yendo caminando por las provincias iré tratando de todas, y concluyo en este capítulo con decir que estos de la Tacunga usan por armas para pelear lanzas de palma y tiraderas y dardos y hondas. Son morenos como los ya dichos; las mujeres muy amorosas, y algunas hermosas. Hay todavía muchos mitimaes de los que habia en el tiempo que los ingas señoreaban las provincias de su reino.

CAPITULO XLII.

De los mas pueblos que hay desde la Tacunga hasta llegar á Riobamba, y lo que pasó en él entre el adelantado don Pedro de Albarado y el mariscal don Diego de Almagro.

Luego que salen de la Tacunga, por el camino real que va á la grande ciudad del Cuzco se llega á los aposentos de Muliambato, de los cuales no tengo que decir mas de que están poblados de indios de la nacion y costumbres de los de la Tacunga; y habia aposentos ordinarios, y depósitos de las cosas que por los delegados del Inga era mandado, y obedecian al mayordomo mayor, que estaba en la Tacunga; porque los señores tenian aquellos por cosa principal, como Quito y Tumebamba, Caxamalca, Jauja y Bilcas y Paria, y otros de la misma manera, que eran como cabeza de reino ó de obispo, como le quisieren dar el sentido, y adonde estaban los capitanes y gobernadores, que tenian poder de hacer justicia y formar ejércitos si alguna guerra se ofrecia, ó se levantaba algun tirano; no embargante que las

cosas árduas y de mucha importancia no lo determinaban sin lo hacer saber á los reyes ingas; para lo cual tenian tan gran aviso y órden, que en ocho dias iba por la posta la nueva de Quito al Cuzco; porque, para hacello, tenian cada media legua una pequeña casa, adonde estaban siempre dos indios con sus mujeres, y así como llegaba la nueva que habian de llevar el aviso, iba corriendo el uno sin parar la media legua, y antes que llegase, á voces decia lo que pasaba y habia de decir; lo cual oido por el otro que estaba en otra casa, corria otra media legua con tanta ligereza, que, segun es la tierra áspera y fragosa, en caballos ni mulas no pudieran ir con mas brevedad; y porque en el libro de los reyes ingas (que es el que saldrá con ayuda de Dios tras este) trato largo esto de las postas, no diré mas; porque lo que toco, solamente es para dar claridad al letor y para que lo entienda.

De Muliambato se va al rio llamado Ambato, donde asimismo hay aposentos que servian de lo que los pasados. Luego están tres leguas de allí los suntuosos aposentos de Mocha, tantos y tan grandes, que yo me espanté de los ver; pero ya, como los reyes ingas perdieron su señorío, todos los palacios y aposentos, con otras grandezas suyas, se han ruinado y parado tales, que no se ven mas de las trazas y alguna parte de los edificios dellos, que, como fuesen obrados de linda piedra y de obra muy prima, durará grandes tiempos y edades estas memorias, sin se acabar de gastar.

Hay á la redonda de Mocha algunos pueblos de indios, los cuales todos andan vestidos, y lo mismo sus mujeres, y guardan las costumbres que tienen los de atrás, y son de una misma lengua.

A la parte del poniente están los pueblos de indios llamados sichos, y al oriente los pillaros; todos, unos y otros, tienen grandes provisiones de mantenimientos, porque la tierra es muy fértil y hay grandes manadas de venados y algunas ovejas y carneros de los que se nombran del Perú, y muchos conejos y perdices, tórtolas y otras cazas. Sin esto, por todos estos pueblos y campos tienen los españoles gran cantidad de hatos de vacas, las cuales se crian muchas por los pastos tan excelentes que tienen, y muchas cabras por ser la tierra aparejada para ellas, que no les falta mantenimiento; y puercos se crian mas y mejores que en la mayor parte de las Indias, y se hacen tan buenos perniles y tocinos como en Sierra-Morena.

Saliendo de Mocha se llega á los grandes aposentos de Riobamba, que no son menos que ver que los de Mocha; los cuales están en la provincia de los Puruaes, en unos muy hermosos y vistosos campos, muy propios á los de España en el temple, yerbas y flores y otras cosas, como sabe quien por ellos ha andado. En este Riobamba estuvo algunos dias depositada la ciudad de Quito ó asentada, desde donde se pasó adonde agora está, y sin esto, son mas memorados estos aposentos de Riobamba; porque, como el adelantado don Pedro de Albarado, gobernador que fué de la provincia de Guatimala, que confina con el gran reino de la Nueva-España, saliese con una armada de navíos llenos de muchos y muy principales caballeros (de lo cual largamente trataré en la tercera parte desta obra), saltando en la costa con los españoles á la fama del Quito, entró por unas montañas bien ásperas y fragosas, adonde pasaron grandes hambres y necesidades. Y no me paresce que debo pasar de aquí sin decir alguna parte de los males y trabajos que estos españoles y todos los demás padecieron en el descubrimiento destas Indias, porque yo tengo por muy cierto que ninguna nacion ni gente que en el mundo haya sido, tantos ha pasado. Cosa es muy digna de notar que en menos tiempo de sesenta años se haya descubierto una navegacion tan larga y una tierra tan grande y llena de tantas gentes, descubriéndola por montañas muy ásperas y fragosas y por desiertos sin camino, y haberlas conquistado y ganado, y en ellas poblado de nuevo mas de docientas ciudades. Cierto los que esto han hecho, merecedores son de gran loor y de perpetua fama, mucho mayor que la que mi memoria sabrá imaginar ni mi flaca mano escrebir. Una cosa diré por muy cierta, que en este camino se padeció tanta hambre y cansancio, que muchos dejaron cargas de oro y muy ricas esmeraldas por no tener fuerzas para las llevar. Pues pasando adelante, digo que, como ya se supiese en el Cuzco la venida del adelantado don Pedro de Albarado por una probanza que trajo Gabriel de Rójas, el gobernador don Francisco Pizarro, no embargante que estaba ocupado en poblar aquella ciudad de cristianos, salió della para tomar posesion en la marítima costa de la mar del Sur y tierra de los llanos, y al mariscal don Diego de Almagro, su compañero, mandó que á toda furia fuese á las provincias de Quito y tomase en su poder la gente de guerra que su capitan Sebastian de Belalcázar tenia, y pusiese en todo el recaudo que convenia. Y así, á grandes jornadas el diligente Mariscal anduvo, hasta llegar á las provincias de Quito, y tomó en sí la gente que halló allí, hablando ásperamente al capitan Belalcázar porque habia salido de Tangaraca sin mandamiento del Gobernador.

Y pasadas otras cosas que tengo escriptas en su lugar, el adelantado don Pedro de Albarado, acompañado de Diego de Albarado, de Gomez de Albarado, de Alonso de Albarado, mariscal que es agora del Perú, y del capitan Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gomez de Albarado, y de otros caballeros de mucha calidad, que en la parte por mí alegada tengo nombrado, llegó cerca de donde estaba el mariscal don Diego de Almagro y pasaron algunos trances; tanto, que algunos creyeron que llegaran á romper unos con otros; y por medios del licenciado Caldera y de otras personas cuerdas vinieron á concertarse que el Adelantado dejase en el Perú la armada de navíos que traia y pertrechos pertenescientes para la guerra y armada, y los demás aderezos y gente, y que por los gastos que en ello habia hecho se lo diesen cien mil castellanos; lo cual capitulado y concertado, el Mariscal tomó en sí la gente, y el Adelantado se fué á la ciudad de los Reyes, donde ya el gobernador don Francisco Pizarro, sabidos los conciertos, lo estaba aguardando, y le hizo la honra y buen recebimiento que merecia un capitan tan valeroso como fué don Pedro de Albarado; y dádole sus cien mil castellanos, se volvió á su gobernacion de Guatimala. Todo lo cual que tengo escripto pasó y se concertó en los aposentos y llanura de Riobamba, de que agora trato. Tambien fué

aquí donde el capitan Belalcázar, que después fué gobernador de la provincia de Popayan, tuvo una batalla con los indios bien porfiada, y adonde, con muerte de muchos dellos, quedó la vitoria con los cristianos, segun se contará adelante.

CAPITULO XLIII.

Que trata lo que hay que decir de los mas pueblos de indios que hay hasta llegar á los aposentos de Tumebamba.

Estos aposentos de Riobamba ya tengo dicho cómo están en la provincia de los Puruaes, que es de lo bien poblado de la comarca de la ciudad de Quito, y de buena gente; estos andan vestidos, ellos y sus mujeres. Tienen las costumbres que usan sus comarcanos, y para ser conoscidos, traen su ligadura en la cabeza, y algunos ó todos los mas tienen los cabellos muy largos y se los entrenchan bien menudamente; las mujeres hacen lo mismo. Adoran al sol, hablan con el demonio los que entre todos escogen por mas idóneos para semejante caso, y tuvieron, y aun parece que tienen otros ritos y abusos, como tuvieron los ingas, de quien fueron conquistados. A los señores cuando se mueren les hacen, en la parte del campo que quieren, una sepultura honda cuadrada, adónde le meten con sus armas y tesoro, si lo tiene. Algunas destas sepulturas hacen en las propias casas de sus moradas; guardan lo que generalmente todos los mas de los naturales destas partes usan, que es echar en las sepulturas mujeres vivas de las mas hermosas; lo cual hacen porque yo he oido á indios que para entre ellos son tenidos por hómbres de crédito, que algunas veces, permitiéndolo Dios por sus pecados y idolatrías, con las ilusiones del demonio, les paresce ver á los que de mucho tiempo eran muertos, andar por sus heredades adornados con lo que llevaron consigo, y acompañados con las mujeres que con ellos se metieron vivas; y viendo esto, paresciéndoles que adonde las ánimas van es menester oro y mujeres, lo echan todo, como he dicho. La causa desto, y tambien por qué hereda el señorío el hijo de la hermana, y no del hermano, adelante lo trataré.

Muchos pueblos hay en esta provincia de los Puruaes, á una parte y á otra, que no trato dellos por evitar prolijidad. A la parte de levante de Riobamba están otras poblaciones en la montaña que confina con los nacimientos del rio del Marañon y la sierra llamada Tinguragua, al rededor de la cual hay asimismo muchas poblaciones; las cuales unas y otras guardan y tienen las mismas costumbres que estotros indios, y andan todos ellos vestidos, y sus casas son hechas de piedra. Fueron conquistados por los señores ingas y sus capitanes, y hablan la lengua general de Cuzco, aunque tenian y tienen las suyas particulares. A la parte del poniente está otra sierra nevada, y en ella no hay mucha poblacion, que llaman Urcolazo. Cerca desta sierra se toma un camino que va á salir á la ciudad de Santiago, que llaman Guayaquil.

Saliendo de Riobamba, se va á otros aposentos llamados Cayambi. Es la tierra toda por aquí llana y muy fria; partidos della, se llega á los tambos ó aposentos de Teocaxas, que están puestos en unos grandes llanos despoblados y no poco frios, en donde se dió entre los indios naturales y el capitan Sebastian de Balalcázar la batalla llamada Teocaxas; la cual, aunque duró el dia entero y fué muy reñida (segun diré en la tercera parte desta obra), ninguna de las partes alcanzó la vitoria.

Tres leguas de aquí están los aposentos principales, que llaman Tiquizambi, que tienen á la mano diestra á Guayaquil y sus montañas, y á la siniestra á Pomollata y Quizna y Macas, con otras regiones que hay, hasta entrar en las del Rio-Grande, que así se llaman; pasados de aquí, en lo bajo están los aposentos de Chanchan, la cual, por ser tierra cálida, es llamada por los naturales Yungas, que quiere significar ser tierra caliente; adonde, por no haber nieves ni frio demasiado, se crian árboles y otras cosas que no hay adonde hace frio; y por esta causa todos los que moran en valles ó regiones calientes y templadas son llamados yungas, y hoy dia tienen este nombre, y jamás se perderá mientras hubieren gentes, aunque pasen muchas edades. Hay destos aposentos hasta los reales suntuosos de Tumebamba casi veinte leguas; el cual término está todo repartido de aposentos y depósitos que estaban hechos á dos y á tres y á cuatro leguas. Entre los cuales están dos principales, llamado el uno Cañaribamba y el otro Hatuncañari, de donde tomaron los naturales nombre, y su provincia, de llamarse los cañares, como hoy se llaman. A la mano diestra y siniestra deste real camino que llevo, hay no pocos pueblos y provincias, las cuales no nómbro, porque los naturales dellas, como fueron conquistados y señoreados por los reyes ingas, guardaban las costumbres de los que voy contando, y hablaban la lengua general del Cuzco, y andaban vestidos ellos y sus mujeres. Y en la órden de sus casamientos y heredar el señorío se hacia como los que he dicho atrás en otros capítulos, y lo mismo en meter cosas de comer en las sepulturas y en los lloros generales, y enterrar con ellos mujeres vivas. Todos tenian por dios soberano al sol; creian lo que todos creen, que hay Hacedor de todas las cosas criadas, al cual en la lengua del Cuzco llaman Ticebiracoche; y aun que tuviesen este conocimiento, antiguamente adoraban árboles y piedras y á la luna, y otras cosas, impuestos en ello por el demonio, enemigo nuestro, con el cual hablan los señalados para ello, y les obedescen én muchas cosas; aunque ya en estos tiempos, habiendo nuestro Dios y Señor alzado su ira destas gentes, fué servido que se predicase el sagrado Evangelio y tuviesen lumbre de la fe, que no alcanzaban. Y así, en estos tiempos ya aborrecen al demonio, y en muchas partes que era estimado y venerado, es aborrecido y detestado como malo, y los templos de los malditos dioses deshechos y derribados; del tal manera, que ya no hay señal de estatua ni simulacro, y muchos se han vuelto cristianos, y en pocos pueblos del Perú dejan de estar clérigos y frailes que los dotrinan. Y para que mas fácilmente conozcan el error en que han vivido, y conoscido, abracen nuestra santa fe, se ha hecho arte para hablar su lengua con gran industria, para que se entiendan los unos y los otros; en lo cual no ha trabajado poco el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás, de la órden de señor santo Domingo. Hay en todo lo mas deste camino rios pequeños, y algunos medianos

y pocos grandes, todos de agua muy singular, y en algunos hay puentes para pasar de una parte á otra.

En los tiempos pasados, antes que los españoles ganasen este reino, habia por todas estas sierras y campañas gran cantidad de ovejas de las de aquella tierra, y mayor número de guanacos y vicuñas; mas, con la priesa que se han dado en las matar los españoles, han quedado tan pocas, que casi ya no hay ninguna. Lobos ni otras bestias, ni animales dañosos no se han hallado en estas partes, salvo los tigres que dije haber en las montañas de la Buenaventura, y algunos leones pequeños y osos. Tambien se ven por las quebradas y partes donde hay montaña algunas culebras, y por todas partes raposas, chuchas y otras salvajinas de las que en aquella tierra se crian; perdices, palomas, tórtolas y venados hay muchos, y en la comarca de Quito hay gran cantidad de conejos, y por las montañas algunas dantas.

CAPITULO XLIV.

De la grandeza de los ricos palacios que habia en los asientos de Tumebamba de la provincia de los Cañares.

En algunas partes deste libro he apuntado el gran poder que tuvieron los ingas reyes del Perú, y su mucho valor, y como en mas de mil y docientas leguas que mandaron de costa tenian sus delegados y gobernadores, y muchos aposentos y grandes depósitos llenos de las cosas necesarias; lo cual era para provision de la gente de guerra; porque en uno destos depósitos habia lanzas, y en otros dardos, y en otros ojotas, y en otros las demás armas que ellos tienen. Asimismo unos depósitos estaban proveidos de ropas ricas, y otros de mas bastas, y otros de comida y todo género de mantenimientos. De manera que, aposentado el señor en su aposento, y alojada la gente de guerra, ninguna cosa, desde la mas pequeña hasta la mayor y mas principal, dejaba de haber para que pudiesen ser proveidos; lo cual si lo eran, y hacian en la comarca de la tierra algunos insultos y latrocinios, eran luego con gran rigor castigados, mostrándose en esto tan justicieros los señores ingas, que no dejaban de mandar ejecutar el castigo aunque fuese en sus propios hijos; y no embargante que tenia esta órden, y habia tantos depósitos y aposentos (que estaba el reino lleno dellos), tenian á diez leguas y á veinte, y á mas y á menos, en la comarca de las provincias, unos palacios suntuosos para los reyes, y hecho templo del sol, adonde estaban los sacerdotes y las mamaconas vírgines ya dichas, y mayores depósitos que los ordinarios; y en estos estaba el gobernador y capitan mayor del Inga con los indios mitimaes y mas gente de servicio. Y el tiempo que no habia guerra, y el Señor no caminaba por aquella parte, tenia cuidado de cobrar los tributos de su tierra y término, y mandar bastecer los depósitos y renovarlos á los tiempos que convenian, y hacer otras cosas grandes; porque, como tengo apuntado, era como cabeza de reino ó de obispado. Era grande cosa uno destos palacios; porque, aunque moria uno de los reyes, el sucesor no ruinaba ni deshacia nada, antes lo acrecentaba y paraba mas ilustre; porque cada uno hacia su palacio, mandando estar el de su antecesor adornado como él lo dejó.

Estos aposentos famosos de Tumebamba, que (como tengo dicho) están situados en la provincia de los Cañares, eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú, y adonde habia los mayores y mas primos edificios. Y cierto ninguna cosa dicen destos aposentos los indios, que no vemos que fuese mas, por las reliquias que dellos han quedado.

Está á la parte del poniente dellos la provincia de los Guancabilcas, que son términos de la ciudad de Guayaquile y Puerto-Viejo, y al oriente el rio grande del Marañon, con sus montañas y algunas poblaciones.

Los aposentos de Tumebamba están asentados á las juntas de dos pequeños rios en un llano de campaña que terná mas de doce leguas de contorno. Es tierra fria y bastecida de mucha caza de venados, conejos, perdices, tórtolas y otras aves. El templo del sol era hecho de piedras muy sutilmente labradas, y algunas destas piedras eran muy grandes, unas negras toscas, y otras parescian de jaspe. Algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del sol las habian traido de la gran ciudad del Cuzco por mandado del rey Guaynacapa y del gran Topainga, su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiracion (si así fué), por la grandeza y muy gran número de piedras y la gran longura del camino. Las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes ingas, chapados de finísimo oro y entalladas muchas figuras; lo cual estaba hecho todo lo mas deste metal y muy fino. La cobertura destas casas era de paja, tan bien asentada y puesta, que si algun fuego no la gasta y consume, durará muchos tiempos y edades sin gastarse. Por de dentro de los aposentos habia algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpidas ovejas y corderos de lo mismo, y aves y otras cosas muchas. Sin esto, cuentan que habia suma grandísima de tesoro en cántaros y ollas y en otras cosas, y muchas mantas riquísimas llenas de argentería y chaquira. En fin, no puedo decir tanto, que no quede corto en querer engrandescer la riqueza que los ingas tenian en estos sus palacios reales, en los cuales habia grandísima cuenta, y tenian cuidado muchos plateros de labrar las cosas que he dicho y otras muchas. La ropa de lana que habia en los depósitos era tanta y tan rica, que si se guardara y no se perdiera valiera un gran tesoro. Las mujeres vírgines que estaban dedicadas al servicio del templo eran mas de docientas y muy hermosas, naturales de los Cañares y de la comarca que hay en el distrito que gobernaba el mayordomo mayor del Inga, que residia en estos aposentos. Y ellas y los sacerdotes eran bien proveidos por los que tenian cargo del servicio del templo, á las puertas del cual habia porteros, de los cuales se afirma que algunos eran castrados, que tenian cargo de mirar por las mamaconas, que así habian por nombre las que residian en los templos. Junto al templo y á las casas de los reyes ingas habia gran número de aposentos, adonde se alojaba la gente de guerra, y mayores depósitos llenos de las cosas ya dichas; todo lo cual estaba siempre bastantemente proveido, aunque mucho se gastase; porque los conta-

dores tenian á su usanza grande cuenta con lo que entraba y salia, y dello se hacia siempre la voluntad del señor. Los naturales desta provincia, que han por nombre los Cañares, como tengo dicho, son de buen cuerpo y de buenos rostros. Traen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta á la cabeza de tal manera, que con ella y con una corona que se ponen redonda de palo, tan delgado como haro de cedazo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conoscidos traen esta señal. Sus mujeres por el consiguiente se precian de traer los cabellos largos y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera, que son tan conoscidas como sus maridos. Andan vestidos de ropa de lana y de algodon, y en los piés traen ojotas, que son (como tengo ya otra vez dicho) á manera de albarcas. Las mujeres son algunas hermosas y no poco ardientes en lujuria, amigas de españoles. Son estas mujeres para mucho trabajo, porque ellas son las que cavan las tierras y siembran los campos y cogen las sementeras, y muchos de sus maridos están en sus casas tejiendo y hilando y aderezando sus armas y ropa, y curando sus rostros y haciendo otros oficios afeminados. Y cuando algun ejército de españoles pasa por su provincia, siendo, como aquel tiempo eran, obligados á dar indios que llevasen á cuestas las cargas del fardaje de los españoles, muchos daban sus hijas y mujeres, y ellos se quedaban en sus casas. Lo cual yo vi al tiempo que íbamos á juntarnos con el licenciado Gasca, presidente de su majestad, porque nos dieron gran cantidad de mujeres, que nos llevaban las cargas de nuestro bagaje.

Algunos indios quieren decir que mas hacen esto por la gran falta que tienen de hombres y abundancia de mujeres, por causa de la gran crueldad que hizo Atabaliba en los naturales desta provincia al tiempo que entró en ella, después de haber en el pueblo de Ambato muerto y desbaratado al capitan general de Guascar inga, su hermano, llamado Atoco. Que afirman que, no embargante que salieron los hombres y niños con ramos verdes y hojas de palma á pedirle misericordia, con rostro airado, acompañado de gran severidad, mandó á sus gentes y capitanes de guerra que los matasen á todos; y así, fueron muertos gran número de hombres y niños, segun que yo trato en la tercera parte desta historia. Por lo cual los que agora son vivos dicen que hay quince veces mas mujeres que hombres; y habiendo tan gran número, sirven desto y de lo mas que les mandan sus maridos y padres. Las casas que tienen los natūrales cañares, de quien voy hablando, son pequeñas, hechas de piedra, la cobertura de paja. Es la tierra fértil y muy abundante de mantenimientos y caza. Adoran al sol, como los pasados. Los señores se casan con las mujeres que quieren y mas les agrada; y aunque estas sean muchas, una es la principal. Y antes que se casen hacen gran convite, en el cual, después que han comido y bebido á su voluntad, hacen ciertas cosas á su uso. El hijo de la mujer principal hereda el señorío, aunque el señor tenga otros muchos hijos habidos en las demás mujeres. A los difuntos los metian en las sepulturas de la suerte que hacian sus comarcanos, acompañados de mujeres vivas, y meten con ellos de sus cosas ricas; y usan de las armas y costumbres que ellos. Son algunos grandes agoreros y hechiceros; pero no usan el pecado nefando ni otras idolatrías, mas de que cierto solian estimar y reverenciar al diablo, con quien hablaban los que para ello estaban elegidos. En este tiempo son ya cristianos los señores, y se llamaba (cuando yo pase por Tumebamba) el principal dellos don Fernando. Y ha placido á nuestro Dios y redentor que merezcan tener nombre de hijos suyos y estar debajo de la union de nuestra santa madre Iglesia, pues es servido que oigan el sacro Evangelio, frutificando en ellos su palabra, y quo los templos destos indios se hayan derribado.

Y si el demonio alguna vez los engaña, es con encubierto engaño, como suele muchas veces á los fieles, y no en público, como solia antes que en estas Indias se pusiese el estandarte de la cruz, bandera de Cristo.

Muy grandes cosas pasaron en el tiempo del reinado de los ingas en estos reales aposentos de Tumebamba, y muchos ejércitos se juntaron en ellos para cosas importantes. Cuando el Rey moria, lo primero que hacia el sucesor, después de haber tomado la borla ó corona del reino, era enviar gobernadores á Quito y á este Tumebamba, á que tomasen la posesion en su nombre, mandando que luego le hiciesen palacios dorados y muy ricos, como los habian hecho á sus antecesores. Y así, cuentan los orejones del Cuzco (que son los mas sabios y principales deste reino) que inga Yupangue, padre del gran Topainga, que fué el fundador del templo, se holgaba de estar mas tiempo en estos aposentos que en otra parte; y lo mismo dicen de Topainga, su hijo. Y afirman que estando en ellos Guaynacapa, supo de la entrada de los españoles en su tierra, en tiempo que estaba don Francisco Pizarro en la costa con el navío en que venia él y sus trece compañeros, que fueron los primeros descubridores del Perú; y aun que dijo que después de sus dias habia de mandar el reino gente extraña y semejante á la que venia en el navío. Lo cual diria por dicho del demonio, como aquel que pronosticaba que los españoles habian de procurar de volver á la tierra con potencia grande. Y cierto oí á muchos indios entendidos y antiguos que sobre hacer unos palacios en estos aposentos fué harta parte para haber las diferencias que hubo entre Guascar y Atabaliba. Y concluyendo en esto, digo que fueron gran cosa los aposentos de Tumebamba; ya está todo desbaratado y muy ruinado, pero bien se ve lo mucho que fueron.

Es muy ancha esta provincia de los Cañares y llena de muchos rios, en los cuales hay gran riqueza. El año de 1544 se descubrieron tan grandes y ricas minas en ellos, que sacaron los vecinos de la ciudad de Quito mas de ochocientos mil pesos de oro. Y era tanta la cantidad que habia deste metal, que muchos sacaban en la batea mas oro que tierra. Lo cual afirmo porque pasó así, y hablé yo con quien en una batea sacó mas de setecientos pesos de oro. Y sin lo que los españoles hubieron, sacaron los indios lo que no sabemos.

En toda parte desta provincia que se siembre trigo se da muy bien, y lo mismo hace la cebada, y se cree que se harán grandes viñas y se darán y criarán todas las frutas y legumbres que sembraren de las que hay en España, y de la tierra hay algunas muy sabrosas.

Para hacer y edificar ciudades no falta grande sitio, antes lo hay muy dispuesto. Cuando pasó por allí el visorey Blasco Nuñez Vela, que iba huyendo de la furia tiránica de Gonzalo Pizarro y de los que eran de su parte, dicen que dijo que si se viese puesto en la gobernacion del reino, que habia de fundar en aquellos llanos una ciudad, y repartir los indios comarcanos á los vecinos que en ella quedasen. Mas siendo Dios servido, y permitiéndolo por algunas causas que él sabe, hubo de ser el Visorey muerto; y Gonzalo Pizarro mandó al capitan Alonso de Mercadillo que fundase una ciudad en aquellas comarcas, y por tenerse este asiento por término de Quito no se pobló en él, y se asentó en la provincia de Chaparra, segun diré luego. Desde la ciudad de San Francisco del Quito hasta estos aposentos hay cincuenta y cinco leguas. Aquí dejaré el camino real por donde voy caminando, por dar noticia de los pueblos y regiones que hay en las comarcas de las ciudades Puerto-Viejo y Guayaquil; y concluido con sus fundaciones, volveré al camino real que he comenzado.

CAPITULO XLV.

Del camino que hay de la provincia de Quito á la costa de la mar del Sur, y términos de la ciudad de Puerto-Viejo.

Llegado he con mi escriptura á los aposentos de Tumebamba, por poder dar noticia de manera que se entienda de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil. Y cierto rehusé en este paso la carrera de pasar adelante; porque, lo uno, yo anduve poco por aquellas comarcas, y lo otro, porque los naturales son faltos de razon y órden política; tanto, que con gran dificultad se puede colegir dellos sino poco, y tambien porque me parescia que bastaba proseguir el camino real; mas la obligacion que tengo de satisfacer á los curiosos me hace tomar ánimo de pasar adelante para darles verdadera relacion de todas las cosas que mas posible me fuere. Lo cual creo cierto me será agradescido por ellos y por los doctos hombres benévolos y prudentes. Y así, de lo mas verdadero y cierto que yo hallé tomé la relacion y noticia que aquí diré. Lo cual hecho, volveré á mi principal camino.

Pues volviendo á estas ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil, es desta manera: que saliendo por el camino de Quito á la parte de la costa de la mar del Sur, comenzaré desde Quaque, que es por aquel cabo el principio desta tierra, y por la otra se podrá decir el fin. De Tumebamba no hay camino derecho á la costa, sino es para ir á salir á los términos de la ciudad de San Miguel, primera poblacion hecha por los cristianos en el Perú.

Por lo cual digo que en la comarca de Quito, no muy léjos de Tumebamba, está una provincia que ha por nombre Chumbo, puesto que antes de llegar allí hay otras mayores y menores pobladas de gente vestida, y que sus mujeres son de buen parecer. Hay en la comarca destos pueblos aposentos principales, como en los pasados, y sirvieron y obedecieron á los ingas señores suyos, y hablaban la lengua general que se mandó por ellos que se usase en todas partes. Y á tiempos usan de congregaciones para hallarse en ellas los mas principales, adonde tratan lo que conviene al beneficio, así de sus patrias como de los particulares provechos dellos. Tienen las costumbres como los que arriba he dicho, y son semejantes á ellos en las religiones. Adoran por dios al sol y á otros dioses que ellos tienen ó tenian. Creen la inmortalidad del ánima. Tenian su cuenta con el demonio, y permitiéndolo Dios por sus pecados, tenia sobre ellos gran señorío. Agora en este tiempo, como por todas partes se predica la santa fe, muchos se llegan y están conjuntos con los cristianos, y tienen entre ellos clérigos y frailes que les dotrinan y enseñan las cosas de la fe.

Cada uno de los naturales destas provincias y todos los mas linajes de gentes que habitan en aquellas partes tienen una señal muy cierta y usada, por la cual en todas partes son conocidos. Estando yo en el Cuzco entraban de muchas partes gentes, y por las señales conociamos que los unos eran canches y los otros cañas y los otros collas, y otros guancas y otros cañares y otros chachapoyas. Lo cual cierto fué galana invencion para en tiempo de guerra no tenerse unos por otros, y para en tiempo de paz conocerse á sí propios entre muchos linajes de gentes que se congregaban por mandado de los señores y se juntaban para cosas tocantes á su servicio, siendo todos de una color y faiciones y aspecto, y sin barbas, y con un vestido, y usando por toda la tierra un solo lenguaje. En todos los mas destos pueblos principales hay iglesias adonde se dicen misas y se dotrina, y se tiene gran cuidado y órden en traer los muchachos hijos de los indios á que aprendan las oraciones, y con ayuda de Dios se tiene esperanza que siempre irá en crecimiento.

Desta provincia de Chumbo van hasta catorce leguas, todo camino áspero y á partes dificultoso, hasta llegar á un rio, en el cual hay siempre naturales de la comarca que tienen balsas en que llevan á los caminantes por aquel rio á salir al paso que dicen de Guaynacapa. El cual está (á lo que dicen) de la isla de la Puna doce leguas por una parte, y por otra hay indios naturales y no de tanta razon como los que atrás quedan, porque algunos dellos enteramente no fueron conquistados por los reyes ingas.

CAPITULO XLVI.

En que se da noticia de algunas cosas tocantes á las provincias de Puerto-Viejo y á la línea Equinocial.

El primer puerto de la tierra del Perú es el de Pasaos, y dél y del rio de Santiago comenzó la gobernacion del marqués don Francisco Pizarro, porque lo que queda atrás hácia la parte del norte cae en los términos de la provincia del rio de San Juan; y así, se puede decir que entra en los límites de la ciudad de Santiago de Puerto-Viejo, donde, por ser esta tierra tan vecina á la Equinocial, se cree que son en alguna manera los naturales no muy sanos.

En lo tocante á la línea, algunos de los cosmógrafos antiguos variaron, y erraron en afirmar que por ser cálida no se podia habitar. Y porque esto es claro y manifiesto á todos los que habemos visto la fertilidad de la tierra y abundancia de las cosas para la sustentacion de los hombres pertenecientes, y porque desta línea Equi-

nocial se toca en algunas partes desta historia, por tanto daré aquí razon de lo que della tengo entendido de hombres peritos en la cosmografía; lo cual es, que la línea Equinocial es una vara ó círculo imaginado por medio del mundo, de levante en poniente, en igual apartamiento de los polos del mundo. Dícese Equinocial porque pasando el sol por ella hace equinocio, que quiere decir igualdad del dia y de la noche. Esto es dos veces en el año, que son á 11 de marzo y á 13 de setiembre. Y es de saber que (como dicho tengo) fué opinion de algunos autores antiguos que debajo desta línea Equinocial era inhabitable; lo cual creyeron porque, como allí envia el sol sus rayos derechamente á la tierra, habria tan excesivo calor, que no se podria habitar. Desta opinion fueron Virgilio y Ovidio y otros singulares varones. Otros tuvieron que alguna parte seria habitada, siguiendo á Ptolomeo, que dice: «No conviene que pensemos que la tórrida zona totalmente sea inhabitada.» Otros tuvieron que allí no solamente era templada y sin demasiado calor, mas aun templadísima. Y esto afirma san Isidoro en el primero de las *Etimologías*, donde dice que el paraíso terrenal es en el oriente, debajo de la línea Equinocial, templadísimo y amenísimo lugar. La experiencia agora nos muestra que, no solo debajo de la Equinocial, mas toda la tórrida zona, que es de un trópico á otro, es habitada, rica y viciosa, por razon de ser todo el año los dias y noches casi iguales. De manera que el frescor de la noche tiempla el calor del dia, y así contino tiene la tierra sazon para producir y criar los frutos. Esto es lo que de su propio natural tiene, puesto que accidentalmente en algunas partes hace diferencia.

Pues tornando á esta provincia de Santiago de Puerto-Viejo, digo que los indios desta tierra no viven mucho. Y para hacer esta experiencia en los españoles, hay tan pocos viejos hasta agora, que mas se han apocado con las guerras que no con enfermedades. Desta línea hácia la parte del polo Artico está el trópico de Cáncer cuatrocientas y veinte leguas della, en veinte y tres grados y medio, donde el sol llega á los 11 de junio y nunca pasa dél; porque desde allí da la vuelta hácia la misma línea Equinocial, y vuelve á ella á 13 de setiembre; y por el consiguiente deciende hasta el trópico de Capricornio otras cuatrocientas y veinte leguas, y está en los mismos veinte y tres grados y medio. Por manera que hay distancia de ochocientas y cuarenta leguas de trópico á trópico. A esto llamaron los antiguos la tórrida zona, que quiere decir tierra tostada ó quemada, porque el sol en todo el año se mueve encima della.

Los naturales desta tierra son de mediano cuerpo, y tienen y poseen fertilísima tierra, porque se da gran cantidad de maíz y yuca y ajes ó batatas, y otras muchas maneras de raíces provechosas para la sustentacion de los hombres. Y tambien hay gran cantidad de guayabas muy buenas, de dos ó tres maneras, y guabas y aguacates y tunas de dos suertes, las unas blancas y de tan singular sabor, que se tiene por fruta gustosa; caimitos, y otra fruta que llaman cerecillas. Hay tambien gran cantidad de melones de los de España y de los de la tierra, y se dan por todas partes muchas legumbres y habas, y hay muchos árboles de naranjos y limas, y no poca cantidad de plátanos, y se crian en algunas partes singulares piñas; y de los puercos que solia haber en la tierra hay gran cantidad, que tenian (como conté hablando del puerto de Uraba) el ombligo junto á los lomos, lo cual no es sino alguna cosa que allí les nace, y como por la parte de abajo no se halla ombligo, dijeron serlo lo que está arriba; y la carne destos es muy sabrosa. Tambien hay de los puercos de la casta de España y muchos venados de la mas singular carne y sabrosa que hay en la mayor parte del Perú. Perdices se crian no pocas manadas dellas, y tórtolas, palomas, pavas, faisanes y otro gran número de aves, entre las cuales hay una que llaman xuta, que será del tamaño de un gran pato; á esta crian los indios en sus casas, y son domésticas y buenas para comer. Tambien hay otra que tiene por nombre maca, que es poco menor que un gallo, y es linda cosa ver las colores que tiene y cuán vivas; el pico destas es algo grueso y mayor que un dedo, y partido en dos perfetísimas colores, amarilla y colorada. Por los montes se ven algunas zorras y osos, leoncillos pequeños y algunos tigres y culebras; pero, en fin, estos animales antes huyen del hombre que no le acometen. Otros algunos habrá de que yo no tengo noticia. Y tambien hay otras aves nocturnas y de rapiña, así por la costa como por la tierra dentro, y algunos condores y otras aves que llaman gallinazas hediondas, ó por otro nombre auras. En las quebradas y montes hay grandes espesuras, florestas y árboles de muchas maneras, provechosos para hacer casas y otras cosas; en lo interior de algunos dellos crian abejas, que hacen en la concavidad de los árboles panales de miel singular. Tienen estos indios muchas pesquerías, adonde matan pescado en cantidad; entre ellos se toman unos que llaman bonitos, que es mala naturaleza de pescado, porque causa á quien lo come calenturas y otros males. Y aun en la mayor parte desta costa se crian en los hombres unas berrugas bermejas del grandor de nueces, y les nascen en la frente y en las narices y en otras partes; que, demás de ser mal grave, es mayor la feuldad que hace en los rostros, y créese que de comer algun pescado procede este mal. Como quiera que sea, reliquias son de aquella costa, y sin los naturales, ha habido muchos españoles que han tenido estas berrugas.

En esta costa y tierra subjeta á la ciudad de Puerto-Viejo y á la de Guayaquil hay dos maneras de gente, porque desde el cabo de Pasaos y rio de Santiago hasta el pueblo de Zalango son los hombres labrados en el rostro, y comienza la labor desde el nacimiento de la oreja y superior dél, y deciende hasta la barba, del anchor que cada uno quiere. Porque unos se labran la mayor parte del rostro y otros menos, casi y de la manera que se labran los moros. Las mujeres destos indios, por el consiguiente, andan labradas y vestidas ellas y sus maridos de mantas y camisetas de algodon, y algunas de lana. Traen en sus personas algun adornamiento de joyas de oro y unas cuentas muy menudas, á quien llaman chaquira colorada, que era rescate extremado y rico. Y en otras provincias he visto yo que se tenia por tan preciada esta chaquira, que se daba harta cantidad de oro por ella. En la provincia de Quimbaya (que es donde está

situada la ciudad de Cartago) le dieron ciertos caciques ó principales al mariscal Robledo mas de mil y quinientos pesos por poco menos de una libra. Pero en aquel tiempo por tres ó cuatro diamantes de vidrio daban docientos y trecientos pesos. Y en esto de vender á los indios, seguros estamos que no nos llamarémos á engaño con ellos. Aun me ha acaecido vender á indio una hacha pequeña de cobre, y darme él por ella tanto oro fino como la hacha pesaba; y los pesos tampoco iban muy por el fiel; pero ya es otro tiempo, y saben bien vender lo que tienen y mercar lo que han menester. Y los principales pueblos donde los naturales usan labrarse en esta provincia son: Pasaos, Xaramixo, Pimpanguace, Peclansemeque y el valle de Xagua, Pechonse, y los de Monte-Cristo, Apechigue y Silos, y Canilloha y Manta y Zapil, Manavi, Xaraguaza, y otros que no se cuentan, que están á una parte y á otra. Las casas que tienen son de madera, y por cobertura paja, unas pequeñas y otras mayores, y como tiene la posibilidad el señor della.

CAPITULO XLVII.

De lo que se tiene sobre si fueron conquistados estos indios desta comarca, ó no, por los ingas, y la muerte que dieron á ciertos capitanes de Topainga Yupangue.

Muchos dicen que los señores ingas no conquistaron ni pusieron debajo de su señorío á estos indios naturales de Puerto-Viejo de que voy aquí tratando; ni que enteramente los tuvieron en su servicio, aunque algunos afirman lo contrario, diciendo que sí los señorearon y tuvieron sobre ellos mando. Y cuenta el vulgo sobre esto que Guaynacapa en persona vino á los conquistar, y porque en cierto caso no quisieron cumplir su voluntad, que mandó por ley que ellos y sus descendientes y sucesores se sacasen tres dientes de la boca de los de la parte de encima y otros tres de los mas bajos, y que en la provincia de los Guancabilcas se usó mucho tiempo esta costumbre. Y á la verdad, como todas las cosas del pueblo sea una confusion de variedad, y jamás saben dar en el blanco de la verdad, no me espanto que digan esto, pues en otras cosas mayores fingen desvaríos no pensados, que después quedan en el sentido de las gentes, y no ha de servir para entre los cuerdos sino de fábulas y novelas. Y esta digresion quiero hacerla en este lugar para que sirva en lo de adelante; pues las cosas que ya están escriptas, si se reiteran muchas veces es fastidio para el lector. Servirá (como digo) para dar aviso que en las mas de las cosas que el vulgo cuenta de los acaescimientos que han pasado en Perú son variaciones, como arriba digo. Y en lo que toca á los naturales, los que fueren curiosos de saber sus secretos entenderán lo que yo digo. Y en lo tocante á la gobernacion y á las guerras y debates que ha habido, no pongo por jueces sino á los varones que se hallaron en las consultas y congregaciones y en el despacho de los negocios; estos tales digan lo que pasó, y cuenten los dichos del pueblo, y verán cómo no concuerda lo uno con lo otro. Y esto baste para aquí.

Volviendo pues al propósito, digo que (segun yo tengo entendido de indios viejos capitanes que fueron de Guaynacapa) en tiempo del gran Topainga Yupangue, su padre, vinieron ciertos capitanes suyos con alguna copia de gente, sacada de las guarniciones ordinarias que estaban en muchas provincias del reino, y con mañas y maneras que tuvieron los atrajeron á la amistad y servicio de Topainga Yupangue. Y muchos de los principales fueron con presentes á la provincia de los Paltas á le hacer reverencia; y él los recibió benignamente y con mucho amor, dando á algunos de los que le vinieron á ver piezas ricas de lana hechas en el Cuzco. Y como le conviniese volver á las provincias de arriba, adonde por su gran valor era tan estimado, que le llamaban padre y le honraban con nombres preeminentes, fué tanta su benevolencia y amor para con todos, que adquirió entre ellos fama perpetua. Y por dar asiento en cosas tocantes al buen gobierno del reino, partió sin poder por su persona visitar las provincias destos indios; en las cuales dejó algunos gobernadores y naturales del Cuzco, para que les hiciesen entender la manera con que habian de vivir para no ser tan rústicos y para otros efetos provechosos. Pero ellos, no solamente no quisieron admitir el buen deseo destos que por mandado de Topainga quedaron en estas provincias para que los encaminasen en buen uso de vivir y en la policía y costumbres suyas, y les hiciesen entender lo tocante al agricultura, y les diesen manera de vivir con mas acertada órden de la que ellos usaban; mas antes, en pago del beneficio que recibieran si no fueran tan mal conocidos, los mataron todos, que no quedó ninguno en los términos desta comarca, sin que les hiciesen mal ni les fuesen tiranos para que lo mereciesen. Esta grande crueldad afirman que entendió Topainga, y por otras causas muy importantes la disimuló, no pudiendo entender en castigar á los que tan malamente habian muerto á estos sus capitanes y vasallos.

CAPITULO XLVIII.

Cómo estos indios fueron conquistados por Guaynacapa, y de cómo hablaban con el demonio, y sacrificaban y enterraban con los señores mujeres vivas.

Pasado lo que tengo contado en esta provincia de Santiago, comarcana á la ciudad de Puerto-Viejo, es público entre muchos de los naturales della que andando los tiempos, y reinando en el Cuzco aquel que tuvieron por grande y poderoso rey, llamado Guaynacapa, abajando por su propia persona á visitar las provincias de Quito, sojuzgó enteramente á su señorío á todos estos naturales desta provincia; aunque cuentan que primero le mataron mayor número de gente y capitanes que á su padre Topainga, y con mayor falsedad y engaño, como diré en el capítulo siguiente. Y hase de entender que todas estas materias que escribo en lo tocante á los sucesos y cosas de los indios, lo cuento y trato por relacion que de todo me dieron ellos mismos; los cuales, por no tener letras ni saberlas, y para que el tiempo no consumiese sus acaescimientos y hazañas, tenian una gentil y galana invencion, como trataré en la segunda parte desta crónica. Y aunque en estas comarcas se hicieron servicios á Guaynacapa, y presentes de esmeraldas ricas y de oro y de las cosas que ellos mas tenian, no habia aposentos ni depósitos, como habemos dicho que hay en las provincias pasadas. Y esto tambien lo causaba ser la tierra tan enfer-

ma y los pueblos tan pequeños; lo cual era causa que no quisiesen residir en ella los orejones, por tenerla por de poca estimacion, pues en la que ellos moraban y poseian habia bien donde se pudiesen extender. Eran los naturales destos pueblos que digo, en extremo agoreros y usaban de grandes religiones; tanto, que en la mayor parte del Perú no hubo otras gentes que tanto como estos sacrificasen, segun es público y notorio. Sus sacerdotes tenian cuidado de los templos y del servicio de los simulacros ó ídolos que representaban la figura de sus falsos dioses; delante de los cuales, á sus tiempos y horas, decian algunos cantares y hacian las cerimonias que aprendieron de sus mayores, al uso y costumbre que sus antiguos tenian. Y el demonio con espantable figura se dejaba ver de los que estaban establecidos y señalados para aquel maldito oficio; los cuales eran muy reverenciados y temidos por todos los linajes y tierras destos indios. Entre ellos uno era el que daba las respuestas y les hacia entender todo lo que pasaba, y aun muchas veces, por no perder el crédito y reputacion y carecer de su honor, hacia aparencias con grandes meneos, para que creyesen que el demonio le comunicaba las cosas arduas y de mucha calidad, y todo lo que habia de suceder en lo futuro; en lo cual pocas veces acertaba, aunque hablase por boca del mismo diablo. Y ninguna batalla ni acaescimiento ha pasado entre nosotros mismos, en nuestras guerras locas y civiles, que los indios de todo este reino y provincia no lo hayan primero anunciado y dicho; mas cómo y adónde se ha de dar, antes ni agora ni en ningun tiempo nunca de veras aciertan ni acertaban; pues está muy claro, y así se ha de creer, que solo Dios sabe los acaescimientos por venir, y no otra criatura. Y si el demonio acierta en algo es acaso, y porque siempre responde equívocamente, que es decir, palabras que pueden tener muchos entendimientos. Y por el don de su sutilidad y astucia, y por la mucha edad y experiencia que tiene en todas las cosas, habla con los simples que le oyen; y así, muchos de los gentiles conocieron el engaño destas respuestas. Muchos destos indios tienen por cierto el demonio ser falso y malo, y le obedescian mas por temor que por amor, como trataré mas largo en lo de adelante. De manera que estos indios, unas veces engañados por el demonio, y otras por el mismo sacerdote, fingiendo lo que no era, los traia sometidos en su servicio, todo por la permision del poderoso Dios. En los templos ó guacas, que es su adoratorio, les daban á los que tenian por dioses presentes y servicios, y mataban animales para ofrecer por sacrificio la sangre dellos. Y porque les fuese mas grato, sacrificaban otra cosa mas noble, que era sangre de algunos indios, á lo que muchos afirman. Y si habian preso á algunos de sus comarcanos, con quien tuviesen guerra ó alguna enemistad, juntábanse (segun tambien cuentan), y después de haberse embriagado con su vino y haber hecho lo mismo del preso, con sus navajas de pedernal ó de cobre el sacerdote mayor dellos lo mataba, y cortándole la cabeza, la ofrecian con el cuerpo al maldito demonio, enemigo de natura humana. Y cuando alguno dellos estaba enfermo bañábase muchas veces, y hacia otras ofrendas y sacrificios, pidiendo la salud.

Los señores que morian eran muy llorados y metidos en las sepulturas, adonde tambien echaban con ellos algunas mujeres vivas y otras cosas de las mas preciadas que ellos tenian. No ignoraban la inmortalidad del ánima; mas tampoco podemos afirmar que lo sabian enteramente. Mas es cierto que estos, y aun los mas de gran parte destas Indias (segun contaré adelante), que con las ilusiones del demonio, andando por las sementeras, se les aparece en figura de las personas que ya eran muertas, de los que habian sido sus conocidos, y por ventura padres ó parientes; los cuales parecia que andaban con su servicio y aparato, como cuando estaban en el mundo. Con tales aparencias ciegos, los tristes seguian la voluntad del demonio; y así, metian en las sepulturas la compañía de vivos y otras cosas, para que llevase el muerto mas honra; teniendo ellos que haciéndolo así guardaban sus religiones y cumplian el mandamiento de sus dioses, y iban á lugar deleitoso y muy alegre, adonde habian de andar envueltos en sus comidas y bebidas, como solian acá en el mundo al tiempo que fueron vivos.

CAPITULO XLIX.

De cómo se daban poco estos indios de haber las mujeres vírgines, y de cómo usaban el nefando pecado de la sodomía.

En muchas destas partes los indios dellas adoraban al sol, aunque todavía tenian tino á creer que habia un Hacedor, y que su asiento era en el cielo. El adorar al sol, ó debieron de tomarlo de los ingas, ó era por ellos hecho antiguamente en la provincia de los Guancavilcas, por sacrificio establecido por los mayores y usado de muchos tiempos dellos.

Solian (segun dicen) sacarse tres dientes de lo superior de la boca y otros tres de lo inferior, como en lo de atrás apunté, y sacaban destos dientes los padres á los hijos cuando eran de muy tierna edad, y creian que en hacerlo no cometian maldad, antes lo tenian por servicio grato y muy apacible á sus dioses. Casábanse como lo hacian sus comarcanos, y aun oí afirmar que algunos ó los mas, antes que casasen, á la que habia de tener marido la corrompian, usando con ella sus lujurias. Y sobre esto me acuerdo de que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan las hijas y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza, en presencia de algunos de su linaje, la corrompe con los dedos. De manera que se tenia por mas honor entregarla al marido con esta manera de corrupcion que no con su virginidad. Ya de la una costumbre ó de la otra, mejor era la que usan algunas destas tierras, y es, que los mas parientes y amigos tornan dueña á la que está vírgen, y con aquella condicion la casan y los maridos la reciben.

Heredan en el señorío, que es mando sobre los indios, el hijo al padre, y si no, el segundo hermano; y faltando estos (conforme á la relacion que á mí me dieron), viene al hijo de la hermana. Hay algunas mujeres de buen parescer. Entre estos indios de que voy tratando, y en sus pueblos se hace el mejor y mas sabroso pan de maíz que en la mayor parte de las Indias, tan gustoso y bien amasado, que es mejor que alguno de trigo que se tiene por bueno.

En algunos pueblos destos indios tienen gran cantidad de cueros de hombres llenos de ceniza, tan espantables como los que dije en lo de atrás que habia en el valle de Lile, subjeto á la ciudad de Cali. Pues como estos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos habia mujeres muchas, y algunas hermosas, los mas dellos usaban (á lo que á mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía; en lo cual dicen que se gloriaban demasiadamente. Verdad es que los años pasados el capitan Pacheco y el capitan Olmos, que agora está en España, hicieron castigo sobre los que cometian el pecado susodicho, amonestándoles cuánto dello el poderoso Dios se desirve. Y los escarmentaron de tal manera, que ya se usa poco ó nada este pecado, ni aun las demás costumbres que tenian dañosas, ni usan los otros abusos de sus religiones, porque han oido doctrina de muchos clérigos y frailes, y van entendiendo cómo nuestra fe es la perfecta y la verdadera y que los dichos del demonio son falsos y sin fundamento, y cuyas engañosas respuestas han cesado. Y por todas partes donde el santo Evangelio se predica y se pone la cruz, se espanta y huye, y en público no osa hablar ni hacer mas que los salteadores, que hacen á hurto y en oculto sus saltos. Lo cual hace el demonio á los flacos, y á los que por sus pecados están endurecidos en sus vicios. Verdad es que la fe imprime mejor en los mozos que no en muchos viejos; porque, como están envejecidos en sus vicios, no dejan de cometer sus antiguos pecados secretamente, y de tal manera, que los cristianos no los puedan entender. Los mozos oyen á los sacerdotes nuestros, y escuchan sus santas amonestaciones, y siguen nuestra doctrina cristiana. De manera que en estas comarcas hay de malos y buenos, como en todas las demás partes.

CAPITULO L.

Cómo antiguamente tuvieron una esmeralda por dios, en que adoraban los indios de Manta; y otras cosas que hay que decir destos indios.

En muchas historias que he visto, he leido, si no me engaño, que en unas provincias adoraban por dios á la semejanza del toro, y en otra á la del gallo y en otra al leon, y por el consiguiente tenian mil supersticiones desto, que mas parece, al leerlo, materia para reir que no para otra cosa alguna. Y solo noto desto que digo, que los griegos fueron excelentes varones, y en quien muchos tiempos y edades florecieron las letras, y hubo en ellos varones muy ilustres y que vivirá la memoria dellos todo el tiempo que hubiere escripturas, y cayeron en este error. Los egipcios fué lo mismo, y los bactrianos y babilónicos; pues los romanos, á dicho de graves y doctos hombres, les pasaron; y tuvieron unos y otros unas maneras de dioses, que son cosa donosa pensar en ello, aunque algunas destas naciones atribuyan el adorar y reverenciar por dios á uno por haber recebido dél algun beneficio, como fué á Saturno y á Júpiter y á otros; mas ya eran hombres, y no bestias. De manera pues que adonde habia tanta sciencia humana, aunque falsa y engañosa, erraron. Así estos indios, no embargante que adoraban al sol y á la luna, tambien adoraban en árboles, en piedras y en la mar y en la tierra, y en otras cosas que la imaginacion les daba. Aunque, segun yo me informé, en todas las mas partes destas que tenian por sagradas era visto por sus sacerdotes el demonio, con el cual comunicaban no otra cosa que perdicion para sus ánimas. Y así, en el templo muy principal de Pachacama tenian una zorra en grande estimacion, la cual adoraban. Y en otras partes, como iré recontando en esta historia, y en esta comarca afirman que el señor de Manta tiene ó tenia una piedra de esmeralda, de mucha grandeza y muy rica, la cual tuvieron y poseyeron sus antecesores por muy venerada y estimada, y algunos dias la ponian en público, y la adoraban y reverenciaban como si estuviera en ella encerrada alguna deidad. Y como algun indio ó india estuviese malo, después de haber hecho sus sacrificios iban á hacer oracion á la piedra, á la cual afirman que hacian servicio de otras piedras, haciendo entender el sacerdote que hablaba con el demonio que venia la salud mediante aquellas ofrendas; las cuales después el cacique y otros ministros del demonio aplicaban á sí, porque de muchas partes de la tierra adentro venian los que estaban enfermos al pueblo de Manta á hacer los sacrificios y á ofrecer sus dones. Y así, me afirmaron á mí algunos españoles de los primeros que descubrieron este reino, hallar mucha riqueza en este pueblo de Manta, y que siempre dió mas que los comarcanos á él á los que tuvieron por señores ó encomenderos. Y dicen que esta piedra tan grande y rica, que jamás han querido decir della, aunque han hecho hartas amenazas á los señores y principales, ni aun lo dirán jamás, á lo que se cree, aunque los maten á todos: tanta fué la veneracion en que la tenian. Este pueblo de Manta está en la costa, y por el consiguiente todos los mas de los que he contado. La tierra adentro hay mas número de gente y mayores pueblos, y difieren en a lengua á los de la costa, y tienen los mismos mantenimientos y frutas que ellos. Sus casas son de madera, pequeñas; la cobertura de paja ó de hoja de palma. Andan vestidos unos y otros, estos que nombro, serranos, y lo mismo sus mujeres. Alcanzaron algun ganado de las ovejas que dicen del Perú, aunque no tantas como en Quito ni en las provincias del Cuzco. No eran tan grandes hechiceros ni agoreros como los de la costa, ni aun eran tan malos en usar el pecado nefando. Tiénese esperanza que hay minas de oro en algunos rios desta sierra, y que cierto está en ella la riquísima mina de las esmeraldas; la cual, aunque muchos capitanes han procurado saber dónde está, no se ha podido alcanzar, ni los naturales lo dirán. Verdad es que el capitan Olmos dicen que tuvo lengua desta mina, y aun afirman que supo dónde estaba; lo cual yo creo, si así fuera, lo dijera á sus hermanos ó á otras personas. Y cierto, mucho ha sido el número de esmeraldas que se han visto y hallado en esta comarca de Puerto-Viejo, y son las mejores de todas las Indias; porque, aunque en el nuevo reino de Granada haya mas, no son tales, ni con mucho se igualan en el valor las mejores de allá á las comúnes de acá.

Los caraques y sus comarcanos es otro linaje de gente, y no son labrados, y eran de menos saber que sus vecinos, porque eran behetrías; por causas muy li-

vianas se daban guerra unos á otros. En naciendo la criatura le abajaban la cabeza, y después la ponian entre dos tablas, liada de tal manera, que cuando era de cuatro ó cinco años le quedaba ancha ó larga y sin colodrillo; y esto muchos lo hacen, y no contentándose con las cabezas que Dios les da, quieren ellos darles el talle que mas les agrada; y así, unos la hacen ancha y otros larga. Decian ellos que ponian destos talles las cabezas porque serian mas sanos y para mas trabajo. Algunas destas gentes, especialmente los que están abajo del pueblo de Colima á la parte del norte, andaban desnudos, y se contrataban con los indios de la costa que va de largo hácia el rio de San Juan. Y cuentan que Guaynacapa llegó, después de haberle muerto sus capitanes, hasta Colima, adonde mandó hacer una fortaleza; y como viese andar los indios desnudos, no pasó adelante, antes dicen que dió la vuelta, mandando á ciertos capitanes suyos que contratasen y señoreasen lo que pudiesen, y llegaron por entonces al rio de Santiago. Y cuentan muchos españoles que hay vivos en este tiempo de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Albarado, especialmente lo oí al mariscal Alonso de Albarado y á los capitanes Garcilaso de la Vega y Juan de Saavedra, y á otro hidalgo que ha por nombre Suer de Cangas, que, como el adelantado don Pedro llegase á desembarcar con su gente en esta costa, y llegado á este pueblo, hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas; sin lo cual, hallaron tan gran número de esmeraldas, que si las conocieran y guardaran se hubiera por su valor mucha suma de dinero; mas, como todos afirmasen que eran de vidro, y que para hacer la experiencia (porque entre algunos se platicaba que podrian ser piedras) las llevaban donde tenian una bigornia, y que allí con martillos las quebraban, diciendo que si eran de vidro luego se quebrarian, y si eran piedras se pararían mas perfectas con los golpes. De manera que por la falta de conoscimiento y poca experiencia quebraron muchas destas esmeraldas, y pocos se aprovecharon dellas, ni tampoco del oro y plata gozaron, porque pasaron grandes hambres y frios, y por las montañas y caminos se dejaban las cargas del oro y de la plata. Y porque en la tercera parte he dicho ya tener escrito estos sucesos cumplidamente, pasaré adelante.

CAPITULO LI.

En que se concluye la relacion de los indios de la provincia de Puerto-Viejo, y lo demás tocante á su fundacion, y quién fué el fundador.

Brevemente voy tratando lo tocante á estas provincias de Puerto-Viejo, porque lo mas sustancial lo he declarado, para luego volver á los aposentos de Tumebamba, donde dejé la historia de que voy tratando. Por tanto, digo que luego que el adelantado don Pedro de Albarado y el mariscal don Diego de Almagro se concertaron en los llanos de Riobamba, el adelantado don Pedro se fué para la ciudad de los Reyes, que era adonde habia de recebir la paga de los cien mil castellanos que se le dieron por el armada. Y en el ínterin el mariscal don Diego de Almagro dejó mandado al capitan Sebastian de Belalcázar algunas cosas tocantes á la provincia y conquista del Quito, y entendió en reformar los pueblos marítimos de la costa, lo cual hizo en San Miguel y en Chimo; miró lugar provechoso y que tuviese las calidades convenientes para fundar la ciudad de Trujillo, que después pobló el marqués don Francisco Pizarro.

En todos estos caminos verdaderamente (segun que yo entendí) el mariscal don Diego de Almagro se mostró diligente capitan; el cual, como llegase á la ciudad de San Miguel, y supiese que las naos que venian de la Tierra-Firme y de las provincias de Nicaragua y Guatimala y de la Nueva-España, llegadas á la costa del Perú, saltaban los que venian en ellas en tierra y hacian mucho daño en los naturales de Manta y en los mas indios de la costa de Puerto-Viejo, por evitar estos daños, y para que los naturales fuesen mirados y favorescidos, porque supo que habia copia dellos y adonde se podia fundar una villa ó ciudad, determinó de enviar un capitan á lo hacer.

Y así, dicen que mandó luego al capitan Francisco Pacheco que saliese con la gente necesaria para ello; y Francisco Pacheco, haciéndolo así como le fué mandado, se embarcó en un pueblo que ha por nombre Picuaza, y en la parte que mejor le paresció, fundó y pobló la ciudad de Puerto-Viejo, que entonces se nombró villa. Esto fué dia de San Gregorio, á 12 de marzo, año del nascimiento de nuestro redentor Jesucristo de 1535, y fundóse en nombre del emperador don Cárlos, nuestro rey y señor.

Estando entendiendo en esta conquista y poblacion el capitan Francisco Pacheco, vino del Quito (donde tambien andaba por teniente general de don Francisco Pizarro el capitan Sebastian de Belalcázar) Pedro de Puelles, con alguna copia de españoles, á poblar la misma costa de la mar del Sur, y hubo entre unos y otros, á lo que cuentan, algunas cosquillas, hasta que, ida la nueva al gobernador don Francisco Pizarro, envió á mandar lo que entendió que convenia mas al servicio de su majestad y á la buena gobernacion y conservacion de los indios. Y así, después de haber el capitan Francisco Pacheco conquistado las provincias, y andado por ellas poco menos tiempo de dos años, pobló la ciudad, como tengo dicho, habiéndose vuelto el capitan Pedro de Puelles á Quito. Llamóse al principio la villa nueva de Puerto-Viejo, la cual está asentada en lo mejor y mas conveniente de sus comarcas, no muy léjos de la mar del Sur. En muchos términos desta ciudad de Puerto-Viejo hacen para enterrar los difuntos unos hoyos muy hondos, que tienen mas talle de pozos que de sepulturas; y cuando quieren meterlos dentro, después de estar bien limpio de la tierra que han cavado, júntase mucha gente de los mismos indios, adonde bailan y cantan y lloran, todo en un tiempo, sin olvidar el beber, tañendo sus atambores y otras músicas mas temerosas que suaves; y hechas estas cosas, y otras á uso de sus antepasados, meten al difunto dentro destas sepulturas tan hondas; con el cual, si es señor ó principal, ponen dos ó tres mujeres de las mas hermosas y queridas suyas, y otras joyas de las mas preciadas, y con la comida y cántaros de su vino de maíz los que les parece. Hecho esto, ponen encima de la sepultura una caña

de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes, y como sean estas cañas huecas, tienen cuidado á sus tiempos de les echar deste brebaje, que estos llaman azúa, hecho de maiz ó de otras raíces; porque, engañados del demonio, creen y tienen por opinion (segun yo lo entendí dellos) que el muerto bebe deste vino que por la caña le echan. Esta costumbre de meter consigo los muertos sus armas en las sepulturas, y su tesoro y mucho mantenimiento, se usaba generalmente en la mayor parte destas tierras que se han descubierto; y en muchas provincias metian tambien mujeres vivas y muchachos.

CAPITULO LII.

De los pozos que hay en la punta de Santa Elena, y de lo que cuentan de la venida que hicieron los gigantes en aquella parte, y del ojo de alquitran que en ella está.

Porque al principio desta obra conté en particular los nombres de los puertos que hay en la costa del Perú, llevando la órden desde Panamá hasta los fines de la provincia de Chile, que es una gran longura, me paresció que no convenia tornarlos á recitar, y por esta causa no trataré desto. Tambien he dado ya noticia de los principales pueblos desta comarca; y porque en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron á desembarcar á la costa en la punta de Santa Elena, que es en los términos desta ciudad de Puerto-Viejo, me paresció dar noticia de lo que oí dellos, segun que yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas mas de lo que fueron.

Cuentan los naturales por relacion que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenian de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos á manera de grandes barcas unos hombres tan grandes, que tenia tanto uno dellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos, tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, segun eran grandes, y los cabellos, que les llegaban á las espaldas. Los ojos señalan que eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenian barbas, y que venian vestidos algunos dellos con pieles de animales y otros con la ropa que les dió natura, y que no trajeron mujeres consigo. Los cuales, como llegasen á esta punta, después de haber en ella hecho su asiento á manera de pueblo (que aun en estos tiempos hay memoria de los sitios destas casas que tuvieron), como no hallasen agua, para remediar la falta que della sentian, hicieron unos pozos hondísimos; obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serian aquellos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en peña viva hasta que hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera, que durará muchos tiempos y edades; en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fria, que es gran contento beberla. Habiendo pues hecho sus asientos estos crecidos hombres ó gigantes, y teniendo estos pozos ó cisternas, de donde bebian, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tierra que ellos podian hollar lo destruian y comian; tanto, que dicen que uno dellos comia mas vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar con sus redes y aparejos, que segun razon ternian. Vivieron en grande aborrecimiento de los naturales; porque por usar con sus mujeres las mataban, y á ellos hacian lo mismo por otras causas. Y los indios no se hallaban bastantes para matar á esta nueva gente que habia venido á ocuparles su tierra y señorío, aunque se hicieron grandes juntas para platicar sobre ellos; pero no les osaron acometer. Pasados algunos años, estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mujeres, y las naturales no les cuadrasen por su grandeza, ó porque seria vicio usado entre ellos, por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo; el cual usaban y cometian pública y descubiertamente, sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos. Y afirman todos los naturales que Dios nuestro Señor, no siendo servido de disimular pecado tan malo, les envió el castigo conforme á la fealdad del pecado. Y así, dicen que, estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente, con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe los mató á todos y el fuego los consumió; que no quedó sino algunos huesos y calaveras, que para memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidas del fuego. Esto dicen de los gigantes; lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dicen se han hallado y se hallan huesos grandísimos. Y yo he oido á españoles que han visto pedazo de muela, que juzgaban que á estar entera pesara mas de media libra carnicera; y tambien que habian visto otro pedazo del hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era; lo cual hace testigo haber pasado; porque, sin esto, se ve adonde tuvieron los sitios de los pueblos y los pozos ó cisternas que hicieron. Querer afirmar ó decir de qué parte ó por qué camino vinieron estos, no lo puedo afirmar, porque no lo sé. Este año de 1550 oí yo contar, estando en la ciudad de los Reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza visorey y gobernador de la Nueva-España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los destos gigantes, y aun mayores; y sin esto, tambien he oido antes de agora que en un antiquísimo sepulcro se hallaron en la ciudad de Méjico ó en otra parte de aquel reino ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aun podrian ser todos unos. En esta punta de Santa Elena (que, como dicho tengo, está en la costa del Perú, en los términos de la ciudad de Puerto-Viejo) se ve una cosa muy de notar, y es, que hay ciertos ojos y mineros de alquitran tan perfecto, que podrian calafetear con ello á todos los navíos que quisiesen, porque mana; y este alquitran debe ser algun minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente; y destos mineros de alquitran yo no he visto ninguno en las par-

tes de las Indias que hé andado; aunque creo que Gonzalo Hernandez de Oviedo, en su primera parte de la *Historia natural y general de Indias*, da noticia deste y de otros. Mas, como yo no escribo generalmente de las Indias, sino de las particularidades y acaescimientos del Perú, no trato de lo que hay en otras partes, y con esto se concluye en lo tocante á la ciudad de Puerto-Viejo.

CAPITULO LIII.

De la fundacion de la ciudad de Guayaquil, y de la muerte que dieron los naturales á ciertos capitanes de Guaynacapa.

Mas adelante, hácia el poniente, está la ciudad de Guayaquil, y luego que se entra en sus términos los indios son guancavilcas, de los desdentados, que por sacrificio y antigua costumbre y por honra de sus malditos dioses se sacaban los dientes que he dicho atrás, y por haber ya declarado su traje y costumbres, no quiero en este capítulo tornarlo á repetir.

En tiempo de Topainga Yupangue, señor del Cuzco, ya dije cómo, después de haber vencido y subjectado las naciones deste reino, en que se mostró capitan excelente y alcanzó grandes vitorias y trofeos deshaciendo las guarniciones de los naturales, porque en ninguna parte parescian otras armas ni gente de guerra, sino la que por su mandado estaba puesta en los lugares que él constituia, mandó á ciertos capitanes suyos que fuesen corriendo de largo la costa y mirasen lo que en ella estaba poblado, y procurasen con toda benevolencia y amistad allegarlo á su servicio; á los cuales sucedió lo que dije atrás, que fueron muertos, sin quedar ninguno con la vida, y no se entendió por entonces en dar el castigo que merescian aquellos que, falsando la paz, habian muerto á los que debajo de su amistad dormian (como dicen) sin cuidado ni recelo de semejante traicion; porque el Inga estaba en el Cuzco, y sus gobernadores y delegados tenian harto que hacer en sustentar los términos que cada uno gobernaba. Andando los tiempos, como Guaynacapa sucediese en el señorío, y saliese tan valeroso y valiente capitan como su padre, y aun de mas prudencia y vanaglorioso de mandar, con gran celeridad salió del Cuzco acompañado de los mas principales orejones de los dos famosos linajes de la ciudad del Cuzco, que habian por nombre los hanancuzcos y orencuzcos, el cual, después de haber visitado el solenne templo de Pachacama y las guarniciones que estaban y por su mandado residian en la provincia de Jauja y en la de Caxamalca y otras partes, así de los moradores de la serranía, como de los que vivian en los fructíferos valles de los llanos, llegó á la costa, y en el puerto de Túmbez se habia hecho una fortaleza por su mandado, aunque algunos indios dicen ser mas antiguo este edificio; y por estar los moradores de la isla de la Puna diferentes con los naturales de Túmbez, les fué fácil de hacer la fortaleza á los capitanes del Inga, que á no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que se vieran en trabajo. De manera que puesta en término de acabar, llegó Guaynacapa, el cual mandó edificar templo del sol junto á la fortaleza de Túmbez, y colocar en él número de mas de docientas vírgenes, las mas hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo que no estaba ruinada fué, á lo que dicen, cosa harto de ver) tenia Guaynacapa su capitan ó delegado con cantidad de mitimaes y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimiento para sustentacion de los que en ella residian, y para la gente de guerra que por allí pasase. Y aun cuentan que le trujeron un leon y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados; las cuales bestias deben ser las que echaron para que despedazasen al capitan Pedro de Candia al tiempo que el gobernador don Francisco Pizarro, con sus trece compañeros (que fueron los descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte desta obra), llegaron á esta tierra. Y en esta fortaleza de Túmbez habia gran número de plateros que hacian cántaros de oro y plata con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenian por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas deste metal por las paredes de los templos y palacios. Y las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del templo no entendian en mas que hilar y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacian con mucho primor. Y porque estas materias se escriben bien larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del reinado de los ingas que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fué el primero, hasta Guascar, que derechamente siendo señor, fué el último, no trataré aquí en este capítulo mas de lo que conviene para su claridad. Pues luego que Guaynacapa se vió apoderado en la provincia de los guancavilcas y en la de Túmbez y en lo demás á ello comarcano, envió á mandar á Tumbala, señor de la Puna, que viniese á le hacer reverencia, y después que le hubiese obedescido, le contribuyese con lo que hubiese en su isla. Oido por el señor de la isla de la Puna lo que el Inga mandaba, pesóle en gran manera; porque, siendo él señor y habiendo recebido aquella dignidad de sus progenitores, tenia por grave carga, perdiendo la libertad, don tan estimado por todas las naciones del mundo, recebir al extraño por solo y universal señor de su isla, al cual sabia que, no solamente habian de servir con las personas, mas permitir que en ella se hiciesen casas fuertes y edificios, y á su costa sustentarlos y proveerlos, y aun darle para su servicio sus hijas y mujeres las mas hermosas, que era lo que mas sentian. Mas al fin, platicado unos con otros de la calamidad presente, y cuán poca era su potencia para repudiar el poder del Inga, hallaron que seria consejo saludable otorgar el amistad, aunque fuese con fingida paz. Y con esto envió Tumbala mensajeros propios á Guaynacapa con presentes, haciéndole grandes ofrescimientos, persuadiéndole quisiese venir á la isla de la Puna á holgarse en ella algunos dias. Lo cual pasado, y Guaynacapa satisfecho de la humildad con que se ofrecian á su servicio, Tumbala, con los mas principales de la isla, hicieron sacrificios á sus dioses, pidiendo á los adivinos respuesta de lo que harian para no ser subjetos del que pensaba de todos ser soberano señor. Y cuenta la fama vulgar que enviaron sus mensajeros á muchas partes de la comarca de la Tierra-Firme para tentar los ánimos de los naturales della; porque procu-

raban con sus dichos y persuasiones provocarlos á ira contra Guaynacapa, para que, levantándose y tomadas las armas, eximir de sí el mando y señorío del Inga. Y esto se hacia con una secreta disimulacion, que por pocos, fuera de los movedores, era entendida. Y en el ínterin destas pláticas Guaynacapa vino á la isla de la Puna, y en ella fué honradamente recebido y aposentado en los aposentos reales que para él estaban ordenados y hechos de tiempo breve, en los cuales se congregaban los orejones con los de la isla, mostrando todos una amicicia simple y no fingida.

Y como muchos de los de la Tierra-Firme deseasen vivir como vivieron sus antepasados, y siempre el mando extraño y peregrino se tiene por muy grave y pesado, y el natural por muy fácil y ligero, conjuráronse con los de la isla de Puna para matar á todos los que habia en su tierra que entraron con el Inga. Y dicen que en este tiempo Guaynacapa mandó á ciertos capitanes suyos que con cantidad de gente de guerra fuesen á visitar ciertos pueblos de la Tierra-Firme y á ordenar ciertas cosas que convenian á su servicio, y que mandaron á los naturales de aquella isla que los llevasen en balsas por la mar á desembarcar por un rio arriba á parte dispuesta para ir adonde iban encaminados, y que hecho y ordenado por Guaynacapa esto y otras cosas en esta isla, se volvió á Túmbez ó á otra parte cerca della, y que salido, luego entraron los orejones, mancebos nobles del Cuzco, con sus capitanes, en las balsas, que muchas y grandes estaban aparejadas, y como fuesen descuidados dentro en el agua, los naturales engañosamente desataban las cuerdas con que iban atados los palos de las balsas, de tal manera que los pobres orejones caian en el agua, adonde con gran crueldad los mataban con las armas secretas que llevaban; y así, matando á unos y ahogando á otros, fueron todos los orejones muertos, sin quedar en las balsas sino algunas mantas, con otras joyas suyas. Hechas estas muertes, los agresores era mucha la alegría que tenian, y en las mismas balsas se saludaban y hablaban tan alegremente, que pensaban que por la hazaña que habian cometido estaba ya el Inga con todas sus reliquias en su poder. Y ellos, gozándose del trofeo y victoria, se aprovechaban de los tesoros y ornamentos de aquella gente del Cuzco; mas de otra suerte les sucedió el pensamiento, como iré relatando, á lo que ellos mismos cuentan. Muertos (como es dicho) los orejones que vinieron en las balsas, los matadores con gran celeridad volvieron adonde habian salido para meter de nuevo mas gente en ellas. Y como estuviesen descuidados del juego que habian hecho á sus confines, embarcáronse mayor número con sus ropas, armas y ornamentos, y en la parte que mataron á los de antes, mataron á estos, sin que ninguno escapase; porque, si querian salvar las vidas algunos que sabian nadar, eran muertos con crueles y temerosos golpes que les daban, y si se zabullian para ir huyendo de los enemigos á pedir favor á los peces que en el piélago del mar tienen su morada, no les aprovechaba, porque eran tan diestros en el nadar como lo son los mismos peces; porque lo mas del tiempo que viven, gastan dentro en la mar en sus pesquerías; alcanzábanlos, y allí en el agua los mataban y ahogaban, de manera que la mar estaba llena de la sangre, que era señal de triste espectáculo. Pues luego que fueron muertos los orejones que vinieron en las balsas, los de la Puna con los otros que les habian sido consortes en el negocio se volvieron á su isla. Estas cosas fueron sabidas por el rey Guaynacapa, el cual, como lo supo, recibió (á lo que dicen) grande enojo y mostró mucho sentimiento porque tantos de los suyos y tan principales careciesen de sepulturas (y á la verdad en la mayor parte de las Indias se tiene mas cuidado de hacer y adornar la sepultura donde han de meterse después de muertos, que no en aderezar la casa en que han de vivir siendo vivos), y que luego hizo llamamiento de gente, juntando las reliquias que le habian quedado, y con gran voluntad entendió en castigar los bárbaros de tal manera, que, aunque ellos quisieron ponerse en resistencia, no fueron parte ni tampoco de gozar del perdon, porque el delito se tenia por tan grave, que mas se entendia en castigarlo con toda severidad que en perdonarlo con clemencia ni humanidad. Y así, fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales que fueron en el consejo. Después de haber hecho el castigo bien grande y temeroso, Guaynacapa mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos se refiriese la maldad que allí se cometió; lo cual, con otras cosas, recitan ellos en sus lenguas como á manera de endechas. Y luego intentó de mandar hacer por el rio de Guayaquil, que es muy grande, una calzada, que cierto, segun paresce por algunos pedazos que della se ve, era cosa soberbia; mas no se acabó ni se hizo por entero lo que él queria; y llámase esto que digo el Paso de Guaynacapa. Y hecho este castigo, y mandado que todos obedesciesen á su gobernador, que estaba en la fortaleza de Túmbez, y ordenadas otras cosas, el Inga salió de aquella comarca. Otros pueblos y provincias están en los términos desta ciudad de Guayaquil, que no hay que decir dellos mas que son de la manera y traje de los ya dichos, y tienen una misma tierra.

CAPITULO LIV.

De la isla de la Puna y de la Plata, y de la admirable raíz que llaman zarzaparrilla, tan provechosa para todas enfermedades.

La isla de la Puna, que está cerca del puerto de Túmbez, terná de contorno poco mas de diez leguas. Fué antiguamente tenida en mucho, porque, demás de ser los moradores della muy grandes contratantes y tener en su isla abasto de las cosas pertenecientes para la humana sustentacion, que era causa bastante para ser ricos, eran para entre sus comarcanos tenidos por valientes. Y así, en los siglos pasados tuvieron muy grandes guerras y contiendas con los naturales de Túmbez y con otras comarcas. Y por causas muy livianas se mataban unos á otros, robándose y tomándose las mujeres y hijos. El gran Topainga envió embajadores á los desta isla, pidiéndoles que quisiesen ser sus amigos y confederados; y ellos, por la fama que tenian y porque habian oido dél grandes cosas, oyeron su embajada, mas no le sirvieron ni fueron enteramente sojuzgados hasta en tiempo de Guaynacapa, aunque otros dicen que antes fueron metidos debajo del señorío de los ingas por inga

Yupangue, y que se rebelaron. Como quiera que sea, pasó lo que he dicho de los capitanes que mataron, segun es público. Son de medianos cuerpos, morenos, andan vestidos con ropas de algodon ellos y sus mujeres, y traen grandes vueltas de chaquira en algunas partes del cuerpo, y pónense otras piezas de oro para mostrarse galanos.

Tiene esta isla grandes florestas y arboledas, y es muy viciosa de frutas. Dase mucho maíz y yuca y otras raíces gustosas, y asimismo hay en ella muchas aves de todo género, muchos papagayos y guacamayas, y gaticos pintados y monos y zorras, leones y culebras, y otros muchos animales. Cuando los señores se mueren son muy llorados por toda la gente della, así hombres como mujeres, y entiérranlos con gran veneracion á su uso, poniendo en la sepultura cosas de las mas ricas que él tiene y sus armas, y algunas de sus mujeres de las mas hermosas, las cuales, como acostumbran en la mayor parte destas Indias, se meten vivas en las sepulturas para tener compañía á sus maridos. Lloran á los difuntos muchos dias arreo, y tresquílanse las mujeres que en su casa quedan, y aun las mas cercanas en parentesco; y pónense á tiempos tristes y hácenlessus obsequios. Eran dados á la religion y amigos de cometer algunos vicios. El demonio tenia sobre ellos el poder que sobre los pasados, y ellos con él sus pláticas, las cuales oian por los que estaban señalados para aquel efeto.

Tuvieron sus templos en partes ocultas y escuras, adonde con pinturas horribles tenian las paredes esculpidas. Y delante de sus altares, donde se hacian los sacrificios, mataban algunos animales y algunas aves, y aun tambien mataban, á lo que se dice, indios esclavos ó tomados en tiempo de guerra en otras tierras, y ofrecian la sangre dellos á su maldito diablo.

En otra isla pequeña que confina con esta, la cual llaman de la Plata, tenian en tiempo de sus padres un templo ó guaca, adonde tambien adoraban á sus dioses y hacian sacrificios, y en circúito del templo y junto al adoratorio tenian cantidad de oro y plata y otras cosas ricas de sus ropas de lana y joyas, las cuales en diversos tiempos habian allí ofrecido. Tambien dicen que cometian algunos destos de la Puna el pecado nefando. En este tiempo, por la voluntad de Dios, no son tan malos; y si lo son, no públicamente ni hacen pecados al descubierto, porque hay en la isla clérigo, y tienen ya conocimiento de la ceguedad con que vivieron sus padres y cuán engañosa era su creencia, y cuánto se gana en creer nuestra santa fe católica y tener por Dios á Jesucristo, nuestro redentor. Y así, por su gran bondad, permitiéndolo su misericordia, muchos se han vuelto cristianos, y cada dia se vuelven mas.

Aquí nace una yerba, de que hay mucha en esta isla y en los términos desta ciudad de Guayaquil, la cual llaman zarzaparrilla, porque sale como zarza de su nacimiento, y echa por los pimpollos y mas partes de sus ramos unas pequeñas hojas. Las raíces desta yerba son provechosas para muchas enfermedades, y mas para el mal de bubas y dolores que causa á los hombres esta pestífera enfermedad; y así, á los que quieren sanar, con meterse en un aposento caliente y que esté abrigado, de manera que la frialdad ó aire no dañe al enfermo, con solamente purgarse y comer viandas delicadas y de dieta y beber del agua destas raíces, las cuales cuecen lo que conviene para aquel efeto, y sacada el agua, que sale muy clara y no de mal sabor ni ninguno olor, dándola á beber al enfermo algunos dias, sin le hacer otro beneficio, purga la maletía del cuerpo de tal manera, que en breve queda mas sano que antes estaba, y el cuerpo mas enjuto y sin señal ni cosa de las que suelen quedar con otras curas; antes queda en tanta perfeccion, que parece nunca estuvo malo, y así verdaderamente se han hecho grandes curas en este pueblo de Guayaquil en diversos tiempos. Y muchos que traian las asaduras dañadas y los cuerpos podridos, con solamente beber el agua destas raíces quedaban sanos y de mejor color que antes que estuviesen enfermos. Y otros que venian agravados de las bubas y las traian metidas en el cuerpo y la boca de mal olor, bebiendo esta agua los dias convenientes, tambien sanaban. En fin, muchos fueron hinchados y otros llagados y volvieron á sus casas sanos. Y tengo por cierto que es una de las mejores raíces ó yerbas del mundo y la mas provechosa, como se ve en muchos que han sanado con ella. En muchas partes de las Indias hay desta zarzaparrilla; pero hállase que no es tan buena ni tan perfeta como la que se cria en la isla de la Puna y en los términos de la ciudad de Guayaquil.

CAPITULO LV.

De cómo se fundó y pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, y de algunos pueblos de indios que son á ella subjetos, y otras cosas hasta salir de sus términos.

Para que se entienda la manera como se pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, será necesario decir algo dello, conforme á la relacion que yo pude alcanzar, no embargante que en la tercera parte desta obra se trata mas largo en el lugar que se cuenta el descubrimiento de Quito y conquista de aquellas provincias por el capitan Sebastian de Belalcázar, el cual, como tuviese poderes largos del adelantado don Francisco Pizarro y supiese haber gente en las provincias de Guayaquil, acordó por su persona poblar en la comarca dellas una ciudad. Y así, con los españoles que le pareció llevar, salió de San Miguel, donde á la sazon estaba allegando gente para volver á la conquista del Quito, y entrando en la provincia, luego procuró atraer los naturales á la paz de los españoles y á que conociesen que habian de tener por señor y rey natural á su majestad. Y como los indios ya sabian estar poblado de cristianos San Miguel y Puerto-Viejo, y lo mismo Quito, salieron muchos dellos de paz, mostrando holgarse con su venida; y así, el capitan Sebastian de Belalcázar en la parte que le pareció fundó la ciudad, donde estuvo pocos dias, porque le convino ir la vuelta de Quito, dejando por alcaide y capitan á un Diego Daza. Y como saliese de la provincia, no se tardó mucho cuando los indios comenzaron á entender las importunidades de los españoles y la gran cobdicia que tenian, y la priesa con que les pedian oro y plata y mujeres hermosas. Y estando divididos unos de otros, acordaron los indios, después de lo haber platicado en sus ayuntamientos, de los matar, pues

tan fácilmente lo podian hacer; y como lo determinaron lo pusieron por obra, y dieron en los cristianos estando bien descuidados de tal cosa, y mataron á todos los mas, que no escaparon sino cinco ó seis dellos y su caudillo Diego Daza; los cuales pudieron, aunque con trabajo y gran peligro, llegar á la ciudad del Quito, de donde habia salido ya el capitan Belalcázar á hacer el descubrimiento de las provincias que están mas llegadas al norte, dejando en su lugar á un capitan que ha por nombre Juan Diaz Hidalgo. Y como se supiese en Quito esta nueva, algunos cristianos volvieron con el mismo Diego Daza y con el capitan Tapia, que quiso hallarse en esta poblacion para entender en ella; y vueltos, tuvieron algunos rencuentros con los indios, porque unos á otros se habian hablado y animado, diciendo que habian de morir por defender sus personas y haciendas. Y aunque los españoles procuraron de los atraer de paz, no podian, por les haber cobrado grande odio y enemistad; la cual mostraron de tal manera, que mataron algunos cristianos y caballos, y los demás se volvieron á Quito. Pasado lo que voy contando, el gobernador don Francisco Pizarro, como lo supo, envió al capitan Zaera á que hiciese esta poblacion; el cual, entrando de nuevo en la provincia, estando entendiendo en hacer el repartimiento del depósito de los pueblos y caciques entre los españoles que con él entraron en aquella conquista, el Gobernador lo envió á llamar á toda priesa para que fuese con la gente que con él estaba al socorro de la ciudad de los Reyes, porque los indios la tuvieron cercada por algunas partes. Con esta nueva y mando del Gobernador se tornó á despoblar la nueva ciudad. Pasados algunos dias, por mandado del mismo adelantado don Francisco Pizarro, tornó á entrar en la provincia el capitan Francisco de Orillana con mayor cantidad de españoles y caballos, y en el mejor sitio y mas dispuesto pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitan general en el Perú don Francisco Pizarro, año de nuestra reparacion de 1537 años. Muchos indios de los guancavilcas sirven á los españoles vecinos desta ciudad de Santiago de Guayaquil; y sin ellos, están en su comarca y jurisdiccion los pueblos de Yacual, Colonche, Chinduy, Chongon, Daule, Chonana, y otros muchos que no quiero contar porque va poco en ello. Todos están poblados en tierras fértiles de mantenimiento, y todas las frutas que he contado haber en otras partes tienen ellos abundantemente. Y en las concavidades de los árboles se cria mucha miel singular. Hay en los términos desta ciudad grandes campos rasos de campaña, y algunas montañas, florestas y espesuras de grandes arboledas. De las sierras abajan rios de agua muy buena.

Los indios, con sus mujeres, andan vestidos con sus camisetas y algunos maures para cubrir sus vergüenzas. En las cabezas se ponen unas coronas de cuentas muy menudas, á quien llaman chaquira, y algunas son de plata y otras de cuero de tigre ó de leon. El vestido que las mujeres usan es ponerse una manta de la cintura abajo, y otra que les cubre hasta los hombros, y traen los cabellos largos. En algunos destos pueblos los caciques y principales se clavan los dientes con puntas de oro. Es fama entre algunos que cuando hacen sus sementeras sacrificaban sangre humana y corazones de hombres á quien ellos reverenciaban por dioses, y que habia en cada pueblo indios viejos que hablaban con el demonio. Y cuando los señores estaban enfermos, para aplacar la ira de sus dioses y pedirles salud hacian otros sacrificios llenos de sus supersticiones, matando hombres, segun yo tuve por relacion, teniendo por grato sacrificio el que se hacia con sangre humana. Y para hacer estas cosas tenian sus atambores y campanillas y ídolos, algunos figurados á manera de leon ó de tigre, en que adoraban. Cuando los señores morian, hacian una sepultura redonda con su bóveda, la puerta adonde sale el sol, y en ella le metian, acompañado de mujeres vivas y sus armas y otras cosas, de la manera que acostumbraban todos los mas que quedan atrás. Las armas con que pelean estos indios son varas y bastones, que acá llamamos macanas. La mayor parte dellos se ha consumido y acabado. De los que quedan, por la voluntad de Dios se han vuelto cristianos algunos, y poco á poco van olvidando sus costumbres malas y se llegan á nuestra santa fe. Y pareciéndome que basta lo dicho de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil, volveré al camino real de los ingas, que dejé llegado á los aposentos reales de Tumebamba.

CAPITULO LVI.

De los pueblos de indios que hay saliendo de los aposentos de Tumebamba hasta llegar al paraje de la ciudad de Loja, y de la fundacion desta ciudad.

Saliendo de Tumebamba por el gran camino hácia la ciudad del Cuzco, se va por toda la provincia de los Cañares hasta llegar á Cañaribamba y á otros aposentos que están mas adelante. Por una parte y por otra se ven pueblos desta misma provincia y una montaña que está á la parte de oriente, la vertiente de la cual es poblada y discurre hácia el rio del Marañon. Estando fuera de los términos destos indios cañares, se llega á la provincia de los Paltas, en la cual hay unos aposentos que se nombran en este tiempo de las Piedras, porque allí se vieron muchas y muy primas, que los reyes ingas en el tiempo de su reinado habian mandado á sus mayordomos ó delegados, por tener por importante esta provincia de los Paltas, se hiciesen estos tambos, los cuales fueron grandes y galanos, y labrada política y muy primamente la cantería con que estaban hechos, y asentados en el nacimiento del rio de Túmbez, y junto á ellos muchos depósitos ordinarios, donde echaban los tributos y contribuciones que los naturales eran obligados á dar á su rey y señor, y á sus gobernadores en su nombre.

Hácia el poniente destos aposentos está la ciudad de Puerto-Viejo; al oriente están las provincias de los bracamoros, en las cuales hay grandes regiones y muchos rios, y algunos muy crecidos y poderosos. Y se tiene grande esperanza que andando veinte ó treinta jornadas hallarán tierra fértil y muy rica; y hay grandes montañas, y algunas muy espantables y temerosas. Los indios andan desnudos, y no son de tanta razon como los del Perú, ni fueron subjetados por los reyes ingas,

ni tienen la policía que estos, ni en sus juntas se guarda órden ni la tuvieron mas que los indios subjetos á la ciudad de Antiocha y á la villa de Arma, y á los mas de la gobernacion de Popayan; porque estos que están en estas provincias de los bracamoros les imitan en las mas de las costumbres, y en tener casi unos mismos afetos naturales como ellos; afirman que son muy valientes y guerreros. Y aun los mismos orejones del Cuzco confiesan que Guaynacapa volvió huyendo de la furia dellos.

El capitan Pedro de Vergara anduvo algunos años descubriendo y conquistando en aquella region, y pobló en cierta parte della. Y con las alteraciones que hubo en el Perú, no se acabó de hacer enteramente el descubrimiento; antes salieron por dos ó tres veces los españoles que en él andaban para seguir las guerras civiles. Después el presidente Pedro de la Gasca tornó á enviar á este descubrimiento al capitan Diego Palomino, vecino de la ciudad de San Miguel. Y aun estando yo en la ciudad de los Reyes vinieron ciertos conquistadores á dar cuenta al dicho presidente y oidores de lo que por ellos habia sido hecho. Como es muy curioso el doctor Bravo de Saravia, oidor de aquella real audiencia, le estaban dando cuenta en particular de lo que habian descubierto. Y verdaderamente, metiendo por aquella parte buena copia de gente, el capitan que descubriere al occidente dará en próspera tierra y muy rica, á lo que yo alcancé, por la gran noticia que tengo dello. Y no embargante que á mí me conste haber poblado el capitan Diego Palomino, por no saber la certidumbre de aquella poblacion ni los nombres de los pueblos, dejaré de decir lo que de las demás se cuenta, aunque basta lo apuntado para que se entienda lo que puede ser. De la provincia de los Cañares á la ciudad de Loja (que es la que tambien nombran la Zarza) ponen diez y siete leguas; el camino todo fragoso y con algunos cenagales. Está entremedias la poblacion de los Paltas, como tengo dicho.

Luego que parten del aposento de las Piedras comienza una montaña no muy grande, aunque muy fria, que dura poco mas de diez leguas, al fin de la cual está otro aposento, que tiene por nombre Tamboblanco; de donde el camino real va á dar al rio llamado Catamayo.

A la mano diestra, cerca deste mismo rio, está asentada la ciudad de Loja, la cual fundó el capitan Alonso de Mercadillo en nombre de su majestad, año del Señor de 1546 años.

A una parte y á otra de donde está fundada esta ciudad de Loja hay muchas y muy grandes poblaciones, y los naturales dellas casi guardan y tienen las mismas costumbres que usan sus comarcanos; y para ser conocidos tienen sus llantos ó ligaduras en las cabezas. Usaban de sacrificios como los demás, adorando por dios al sol y á otras cosas mas comunes; cuanto al Hacedor de todo lo criado, tenian lo que he dicho tener otros; y en lo que toca á la inmortalidad del ánima, todos entienden que en lo interior del hombre hay mas que cuerpo mortal. Muertos los principales, engañados por el demonio como los demás destos indios, los ponen en sepulturas grandes, acompañados de mujeres vivas y de sus cosas preciadas.

Y aun hasta los indios pobres tuvieron gran diligencia en adornar sus sepulturas; pero ya, como algunos entiendan lo poco que aprovecha usar de sus vanidades antiguas, no consienten matar mujeres para echar con los que mueren en ellas, ni derraman sangre humana, ni son tan curiosos en esto de las sepulturas; antes, riéndose de los que lo hacen, aborrecen lo que primero sus mayores tuvieron en tanto; de donde ha venido que, no tan solamente no curan de gastar el tiempo en hacer estos solenes sepulcros, mas antes, sintiéndose vecinos á la muerte mandan que los entierren, como á los cristianos, en sepulturas pobres y pequeñas; esto guardan agora los que, lavados con la santísima agua del baptismo, merecen llamarse siervos de Dios y ser tenidos por ovejas de su pasto; muchos millares de indios viejos hay que son tan malos agora como lo fueron antes, y lo serán hasta que Dios por su bondad y misericordia los traiga á verdadero conocimiento de su ley; y estos, en lugares ocultos y desviados de las poblaciones y caminos que los cristianos usan y andan, y en altos cerros ó entre algunas rocas de nieves, mandan poner sus cuerpos envueltos en cosas ricas y mantas grandes pintadas, con todo el oro que poseyeron; y estando sus ánimas en las tinieblas, los lloran muchos dias, consintiendo los que dello tienen cargo que se maten algunas mujeres, para que vayan á les tener compañía, con muchas cosas de comer y beber. Toda la mayor parte de los pueblos subjetos á esta ciudad fueron señoreados por los ingas, señores antiguos del Perú; los cuales (como en muchas partes desta historia tengo dicho) tuvieron su asiento y corte en el Cuzco, ciudad ilustrada por ellos, y que siempre fué cabeza de todas las provincias, y no embargante que muchos destos naturales fuesen de poca razon, mediante la comunicacion que tuvieron con ellos, se apartaron de muchas cosas que tenian de rústicos, y se llegaron á alguna mas policía. El temple destas provincias es bueno y sano; en los valles y riberas de rios es mas templado que en la serranía; lo poblado de las sierras es tambien buena tierra, mas fria que caliente, aunque los desiertos y montañas y rocas nevadas lo son en extremo. Hay muchos guanacos y vicunias, que son de la forma de sus ovejas, y muchas perdices, unas poco menores que gallinas y otras mayores que tórtolas. En los valles y llanadas de riberas de rios hay grandes florestas y muchas arboledas de frutas de las de la tierra, y los españoles en este tiempo han ya plantado algunas parras y higueras, naranjos y otros árboles de los de España. Críanse en los términos desta ciudad de Loja muchas manadas de puercos de la casta de los de España, y grandes hatos de cabras y otros ganados, porque tienen buenos pastos y muchas aguas de los rios que por todas partes corren, los cuales abajan de las sierras, y son las aguas dellos muy delgadas; tiénese esperanza de haber en los términos desta ciudad ricas minas de plata y de oro, y en este tiempo se han ya descubierto en algunas partes; y los indios, como ya están seguros de los combates de la guerra, y con la paz sean señores de sus personas y haciendas, crian muchas gallinas de las de España, y capones, palomas y otras cosas de las que han podido haber. Legumbres se crian bien en

esta nueva ciudad y en sus términos. Los naturales de las provincias subjetas á ella unos son de mediano cuerpo y otros no; todos andan vestidos con sus camisetas y mantas, y sus mujeres lo mismo. Adelante de la montaña, en lo interior della, afirman los naturales haber gran poblado y algunos rios grandes, y la gente rica de oro, no embargante que andan desnudos ellos y sus mujeres, porque la tierra debe ser mas cálida que la del Perú, y porque los ingas no los señorearon. El capitan Alonso de Mercadillo, con copia de españoles, salió en este año de 1550 á ver esta noticia, que se tiene por grande. El sitio de la ciudad es el mejor y mas conveniente que se lo pudo dar, para estar en comarca de la provincia. Los repartimientos de indios que tienen los vecinos della, los tenian primero por encomienda los que lo eran de Quito y San Miguel; y porque los españoles que caminaban por el camino real para ir al Quito y á otras partes corrian riesgo de los indios de Carrochamba y de Chaparra, se fundó esta ciudad, como ya está dicho; la cual, no embargante que la mandó poblar Gonzalo Pizarro en tiempo que andaba envuelto en su rebelion, el presidente Pedro de la Gasca, mirando que al servicio de su majestad convenia que la ciudad ya dicha no se despoblase, aprobó su fundacion, confirmando la encomienda á los que estaban señalados por vecinos y á los que, después de justiciado Gonzalo Pizarro, él dió indios. Y pareciéndome que basta lo ya contado desta ciudad, pasando adelante, trataré de las demás del reino.

CAPITULO LVII.

De las provincias que hay de Tambobianco á la ciudad de San Miguel, primera poblacion hecha de cristianos españoles en el Perú; y de lo que hay que decir de los naturales dellas.

Como convenga en esta escriptura satisfacerá los lectores de las cosas notables del Perú, aunque para mí sea gran trabajo parar con ella en una parte y volver á otra, no lo dejaré de hacer. Por lo cual trataré en este lugar, sin proseguir el camino de la serranía, la fundacion de San Miguel, primera poblacion hecha de cristianos españoles en el Perú, y la que tambien lo es de los llanos y arenales que en este gran reino hay; y della relataré las cosas destos llanos, y las provincias y valles por donde va de largo otro camino hecho por los reyes ingas, de tanta grandeza como el de la sierra. Y daré noticia de los yungas y de sus grandes edificios, y tambien contare lo que yo entendí del secreto del no llover en todo el discurso del año en estos valles y llanos de arenales, y la gran fertilidad y abundancia de las cosas necesarias para la humana sustentacion de los hombres; lo cual hecho, volveré á mi camino de la serranía, y proseguiré por él hasta dar fin á esta parte primera; pero antes que abaje á los llanos, digo que, yendo por el propio camino real de la sierra, se llega á las provincias de Calva y Ayabaca; de las cuales quedan los bracamoros y montañas de los Andes al oriente, y al poniente la ciudad de San Miguel, de quien luego escrebiré. En la provincia de Caxas habia grandes aposentos y depósitos mandados hacer por los ingas y gobernador, con número de mitimaes, que tenian cuidado de cobrar los tributos. Saliendo de Caxas, se va hasta llegar á la provincia de Guancabamba, adonde estaban mayores edificios que en Calva, porque los ingas tenian allí sus fuerzas, entre las cuales estaba una agraciada fortaleza, la cual yo vi, y está desbaratada y deshecha, como todo lo demás; habia en esta Guancabamba templo del sol con número de mujeres. De la comarca destas regiones venian á adorar á este templo y á ofrecer sus dones; las mujeres vírgines y ministros que en él estaban eran reverenciados y muy estimados, y los tributos de los señores de todas las provincias se traian; sin lo cual, iban al Cuzco cuando les era mandado. Adelante de Guancabamba hay otros aposentos y pueblos; algunos dellos sirven á la ciudad de Loja, los demás están encomendados á los moradores de la ciudad de San Miguel. En los tiempos pasados unos indios destos tenian con otros sus guerras y contiendas, segun ellos dicen, y por cosas livianas se mataban, tomándose las mujeres, y aun afirman que andaban desnudos y que algunos dellos comian carne humana, pareciendo en esto y en otras cosas á los naturales de la provincia de Popayan. Como los reyes ingas los señorearon, conquistaron y mandaron, perdieron mucha parte destas costumbres y usaron de la policía y razon que agora tienen, que es mas de la que algunos de nosotros dicen. Y así, hicieron sus pueblos ordenados de otra manera que antes los tenian. Usan de ropas de la lana de sus ganados, que es fina y buena para ello, y no comen carne humana, antes lo tienen por gran pecado y aborrecen al que lo hace; y no embargante que son todos los naturales destas pronvincias tan conjuntos á los de Puerto-Viejo y Guayaquil, no cometian el pecado nefando, porque yo entendí dellos que tenian por sucio y apocado á quien lo usaba, si engañado del demonio habia alguno que tal cometiese. Afirman que antes que fuesen los naturales destas comarcas subjectados por inga Yupangue y por Topainga, su hijo, padre que fué de Guaynacapa, abuelo de Atabaliba, se defendieron tan bien y con tan gran denuedo, que murieron por no perder su libertad muchos millares dellos y hartos de los orejones del Cuzco; mas tanto los apretaron, que por no acabarse de perder, ciertos capitanes en nombre de todos dieron la obediencia á estos señores. Los hombres destas comarcas son de buen parecer, morenos; ellos y sus mujeres andan vestidos como aprendieron de los ingas, sus antiguos señores. En unas partes destas traen los cabellos demasiadamente largos, y en otras cortos, y en algunas trenzados muy menudamente. Barbas, si les nace algunas, se las pelan, y por maravilla vi en todas las tierras que anduve indio que las tuviese. Todos entienden la lengua general del Cuzco, sin la cual, usan sus lenguas particulares, como ya he contado. Solia haber gran cantidad del ganado que llaman ovejas del Perú; en este tiempo hay muy pocas, por la priesa que los españoles les han dado. Sus ropas son de lana destas ovejas y de vicuñas, que es mejor y mas fina, y de algunos guanacos que andan por los altos y despoblados; y los que no pueden tenerlas de lana, las hacen de algodon. Por los valles y vegas de lo poblado hay muchos rios y arroyos pequeños y algunas fuentes, el agua dellas muy buena y sabrosa. Hay en todas partes grandes criaderos para ganados, y de los manteni-

mientos y raíces ya dichas, y en los mas destos aposentos y provincias hay clérigos y frailes, los cuales, si quisieren vivir bien y abstenerse como requiere su religion, harán gran fruto, como ya por la voluntad de Dios en las mas partes deste gran reino se hace; porque muchos indios y muchachos se vuelven cristianos, y con su gracia cada dia irá en crescimiento. Los templos antiguos, que generalmente llaman guacas, todos están ya derribados y profanados, y los ídolos quebrados, y el demonio, como malo, lanzado de aquellos lugares, adonde por los pecados de los hombres era tan estimado y reverenciado; y está puesta la cruz. En verdad los españoles habiamos de dar siempre infinitas gracias á nuestro Señor Dios por ello.

CAPITULO LVIII.

En que se prosigue la historia hasta contar la fundacion de la ciudad de San Miguel, y quién fué el fundador.

La ciudad de San Miguel fué la primera que en este reino se fundó por el marqués don Francisco Pizarro, y adonde se hizo el primer templo á honra de Dios nuestro Señor. Y para contar lo de los llanos, comenzando desde el valle de Túmbez, digo que por él corre un rio, el nacimiento del cual es (como dije atrás) en la provincia de los Paltas, y viene á dar á la mar del Sur. La provincia, pueblos y comarca destos valles de Túmbez por naturaleza es sequísima y estéril, puesto que en este valle algunas veces llueve y aun llega el agua hasta cerca de la ciudad de San Miguel; y este llover es por las partes mas llegadas á las sierras, porque en las que están cercanas á la mar no llueve. Este valle de Túmbez solia ser muy poblado y labrado, lleno de lindas y frescas acequias, sacadas del rio, con las cuales regaban todo lo que querian, y cogian mucho maíz y otras cosas necesarias á la sustentacion humana, y muchas frutas muy gustosas. Los señores antiguos dél, antes que fuesen señoreados por los ingas, eran temidos y muy obedescidos por sus súbditos, mas que ningunos de los que se han escripto, segun es público y muy entendido por todos; y así, eran servidos con grandes cerimonias. Andaban vestidos con sus mantas y camisetas, y traian en la cabeza puestos sus ornamentos, que era cierta manera redonda que se ponian hecha de lana, y alguna de oro ó plata, ó de unas cuentas muy menudas, que tengo ya dicho llamarse chaquira. Eran estos indios dados á sus religiones y grandes sacrificadores, segun que mas largamente conté en las fundaciones de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil. Son mas regalados y viciosos que los serranos; para labrar los campos son muy trabajadores, y llevan grandes cargas; los campos labran hermosamente y con mucho concierto, y tienen en el regarlos grande órden; críanse en ellos muchos géneros de frutas y raíces gustosas. El maíz se da dos veces en el año; dello y de frisoles y habas cogen harta cantidad cuando lo siembran. Las ropas para su vestir son hechas de algodon, que cogen por el valle lo que para ello han menester. Sin esto, tienen estos indios naturales de Túmbez, grandes pesquerías, de que les viene harto provecho; porque con ello y con lo que mas contratan con los de la sierra han sido siempre ricos. Desde este valle de Túmbez se va en dos jornadas al valle de Solana, que antiguamente fué muy poblado, y que habia en él edificios y depósitos. El camino real de los ingas pasa por estos valles entre arboledas y otras frescuras muy alegres; saliendo de Solana se llega á Pocheos, que está sobre el rio llamado tambien Pocheos, aunque algunos le llaman Maicabilca, porque por bajo del valle estaba un principal ó señor llamado deste nombre; este valle fué en extremo muy poblado, y cierto debió ser gran cosa y mucha la gente dél, segun lo dan á entender los edificios grandes y muchos; los cuales aunque están gastados, se ve haber sido verdad lo que dél cuentan y la mucha estimacion en que los reyes ingas lo tuvieron, pues en este valle tenian sus palacios reales y otros aposentos y depósitos; con el tiempo y guerras se ha todo consumido en tanta manera, que no se ve, para que se crea lo que se afirma, otra cosa que las muchas y muy grandes sepulturas de los muertos, y ver que, siendo vivos, eran por ellos sembrados y cultivados tantos campos como en el valle están. Dos jornadas mas adelante de Pocheos está el ancho y gran valle de Piura, adonde se juntan dos ó tres rios, que es causa que el valle sea tan ancho, en el cual está fundada y edificada la ciudad de San Miguel; y no embargante que esta ciudad se tenga en este tiempo en poca estimacion por ser los repartimientos cortos y pobres, es justo se conozca que merece ser honrada y previlegiada por haber sido principio de lo que se ha hecho, y asiento que los fuertes españoles tomaron antes que por ellos fuese preso el gran señor Atabaliba. Al principio estuvo poblada en el asiento que llaman Tangarara, de donde se pasó por ser sitio enfermo, adonde los españoles vivian con algunas enfermedades; adonde agora está fundada es entre dos valles llanos muy frescos y llenos de arboledas, junto á la poblacion, mas cerca del un valle que del otro, en un asiento áspero y seco y que no pueden, aunque lo han procurado, llevar el agua á él con acequias, como se hace en otras partes muchas de los llanos; es algo enferma, á lo que dicen los que en ella han vivido, especialmente de los ojos; lo cual creo causan los vientos y grandes polvos del verano y las muchas humidades del invierno; afirman no llover antiguamente en esta comarca, sino era algun rocío que caia del cielo, y de pocos años á esta parte caen algunos aguaceros pesados; el valle es como el de Túmbez, y adonde hay muchas viñas y higuerales y otros árboles de España, como luego diré. Esta ciudad de San Miguel pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, llamado en aquel tiempo la Nueva-Castilla, en nombre de su majestad, año del Señor de 1531 años.

CAPITULO LIX.

Que trata la diferencia que hace el tiempo en este reino del Perú, que es cosa notable en no llover en toda la longura de los llanos que son á la parte del mar del Sur.

Antes que pase adelante, me paresció declarar aquí lo que toca al no llover; de lo cual es de saber que en las sierras comienza el verano por abril, y dura mayo, junio, julio, agosto, setiembre, y por octubre ya entra el invierno y dura noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo; de manera que poco difiere á nuestra España

en esto del tiempo; y así, los campos se agostan á sus tiempos, los dias y las noches casi son iguales, y cuando los dias crescen algo y son mayores es por el mes de noviembre; mas en estos llanos junto á la mar del Sur es al contrario de todo lo susodicho, porque cuando en la serranía es verano, es en ellos invierno, pues vemos comenzar el verano por octubre y durar hasta abril, y entonces entra el invierno; y verdaderamente es cosa extraña considerar esta diferencia tan grande, siendo dentro en una tierra y en un reino; y lo que es mas de notar, que por algunas partes pueden con las capas de agua abajar á los llanos, sin las traer enjutas; y para lo decir mas claro, parten por la mañana de tierra donde llueve, y antes de vísperas se hallan en otra donde jamás se cree que llovió; porque desde principio de octubre para adelante no llueve en todos los llanos, sino es un tan pequeño rocío, que apenas en algunas partes mata el polvo; y por esta causa los naturales viven todos de riego, y no labran mas tierra de la que los rios pueden regar, porque en toda la mas (por parte de su esterilidad) no se cria yerba, sino toda es arenales y pedregales sequísimos, y lo que en ellos nasce son árboles de poca hoja y sin fruto ninguno; tambien nascen muchos géneros de cardones y espinas, y á partes ninguna cosa destas, sino arena solamente; y el llamar invierno en los llanos no es mas de ver unas nieblas muy espesas, que paresce que andan preñadas para llover mucho, y destilan, como tengo dicho, una lluvia tan liviana, que apenas moja el polvo, y es cosa extraña que, con andar el cielo tan cargado de ñublados en el tiempo que digo, no llueve mas en los seis meses ya dichos, que estos rocíos pequeños por estos llanos, y se pasan algunos dias que el sol, escondido entre la espesura de los ñublados, no es visto; y como la serranía es tan alta y los llanos y costa tan baja, parece que atrae á sí los ñublados sin los dejar parar en las tierras bajas; de manera que cuando las aguas son naturales llueve mucho en la sierra y nada en los llanos, antes hace en ellos gran calor; y cuando caen los rocíos que digo es por el tiempo que la sierra está clara y no llueve en ella; tambien hay otra cosa notable, que es, haber un viento solo por esta costa, que es el sur; el cual, aunque en otras regiones sea húmido y atrae lluvias, en esta no lo es; y como no halle contrario, reina á la contina por aquella costa hasta cerca de Túmbez; y de allí adelante, como hay otros vientos, saliendo de aquella costelacion de cielo, llueve y viene ventando con grandes aguaceros. Razon natural de lo susodicho no se sabe, mas de que vemos claro que de cuatro grados de la línea á la parte del sur hasta pasar del trópico de Capricornio va estéril esta region.

Otra cosa muy de notar se ve, y es, que debajo de la línea, en estas partes, en unas es caliente y húmida y en otras fria y húmida; pero esta tierra es caliente y seca, y saliendo della, á una parte y á otra llueve; esto alcanzo por lo que he visto y notado dello; quien hallare razones naturales, bien podrá decirlas, porque yo digo lo que vi, y no alcanzo otra cosa mas de lo dicho.

CAPITULO LX.

Del camino que los ingas mandaron hacer por estos llanos, en el cual hubo aposentos y depósitos como en el de la sierra, y por qué estos indios se llaman yungas.

Por llevar con toda órden mi escriptura, quise, antes de volver á concluir con lo tocante á las provincias de las sierras, declarar lo que se me ofresce de los llanos; pues, como he dicho en otras partes, es cosa tan importante; y en este lugar daré noticia del gran camino que los ingas mandaron hacer por mitad dellos, el cual, aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho, da muestra de la grande cosa que fué y del poder de los que lo mandaron hacer.

Guaynacapa y Topainga Yupangue, su padre, fueron, á lo que los indios dicen, los que abajaron por toda la costa, visitando los valles y provincias de los yungas, aunque tambien cuentan algunos dellos que inga Yupangue, abuelo de Guaynacapa y padre de Topainga, fué el primero que vió la costa y anduvo por los llanos della; y en estos valles y la costa los caciques y principales por su mandado hicieron un camino tan ancho como quince piés, por una parte y por otra dél iba una pared mayor que un estado, bien fuerte; y todo el espacio deste camino iba limpio y echado por debajo de arboledas, y destos árboles por muchas partes caian sobre el camino ramos dellos llenos de frutas, y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros y papagayos y otras aves; en cada uno destos valles habia para los ingas aposentos grandes y muy principales, y depósitos para proveimientos de la gente de guerra, porque fueron tan temidos, que no osaban dejar de tener gran proveimiento; y si faltaba alguna cosa se hacia castigo grande, y por el consiguiente, si alguno de los que con él iban de una parte á otra era osado de entrar en las sementeras ó casas de los indios, aunque el daño que hiciesen no fuese mucho, mandaba que fuese muerto. Por este camino duraban las paredes que iban por una y otra parte dél hasta que los indios, con la muchedumbre de arena, no podian armar cimiento; desde donde, para que no se errase y se conosciese la grandeza del que aquello mandaba, hincaban largos y cumplidos palos á manera de vigas de trecho á trecho; y así como se tenia cuidado de limpiar por los valles el camino y renovar las paredes si se ruinaban y gastaban, lo tenian en mirar si algun horcon ó palo largo de los que estaban en los arenales se caia con el viento, de tornarlo á poner; de manera que este camino, cierto fué gran cosa, aunque no tan trabajoso como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del sol habia en estos valles, como iré declarando en su lugar; y porque en muchas partes desta obra he de nombrar ingas y tambien yungas, satisfaré al letor en decir lo que quiere significar yungas, como hice en lo de atrás lo de los ingas: así, entenderán que los pueblos y provincias del Perú están situadas de la manera que he declarado, muchas dellas en las abras que hacen las montañas de los Andes y serranía nevada, y á todos los moradores de los altos nombran serranos y á los que habitan en los llanos llaman yungas; y en muchos lugares de la sierra por donde van los rios, como, las sierras siendo muy altas, las llanuras están abrigadas y

templadas, tanto, que en muchas partes hace calor, como en estos llanos, los moradores que viven en ellos, aunque estén en la sierra se llaman yungas; y en todo el Perú, cuando hablan destas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dicen: «Es yunga;» y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas; de manera que los que viven en las partes ya dichas, y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú, se llaman yungas, por vivir en tierra cálida.

CAPITULO LXI.

De cómo estos yungas fueron muy servidos, y eran dados á sus religiones, y cómo habia ciertos linajes y naciones dellos.

Antes que vaya contando los valles de los llanos y las fundaciones de las tres ciudades Trujillo, los Reyes, Arequipa, diré aquí algunas cosas á esto tocantes, por no reiterarlo en muchas partes dellas que yo vi y otras que supe de fray Domingo de Santo Tomás, de la órden de santo Domingo; el cual es uno de los que bien saben la lengua, y que ha estado mucho tiempo entre estos indios, dotrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica; así que, por lo que yo vi y comprendí el tiempo que anduve por aquellos valles, y por la relacion que tengo de fray Domingo, haré la destos llanos: los señores naturales dellos fueron muy temidos antiguamente y obedescidos por sus súbditos, y se servian con gran aparato, segun su usanza, trayendo consigo indios truhanes y bailadores, que siempre los estaban festejando, y otros contino tañian y cantaban. Tenian muchas mujeres, procurando que fuesen las mas hermosas que se pudiesen hallar, y cada señor en su valle tenia sus aposentos grandes, con muchos pilares de adobes y grandes terrados y otros portales, cubiertos con esteras, y en el circúito desta casa habia una plaza grande donde se hacian sus bailes y areitos; y cuando el señor comia se juntaba gran número de gente, los cuales bebian de su brebaje, hecho de maíz ó de otras raíces. En estos aposentos estaban porteros que tenian cargo de guardar las puertas y ver quién entraba ó salia por ellas; todos andaban vestidos con sus camisetas de algodon y mantas largas, y las mujeres lo mismo, salvo que la vestimenta de la mujer era grande y ancha á manera de capuz abierta por los lados, por donde sacaban los brazos. Algunos dellos tenian guerra unos con otros, y en partes nunca pudieron los mas dellos aprender la lengua del Cuzco. Aunque hubo tres ó cuatro linajes de generaciones destos yungas, todos ellos tenian unos ritos y usaban unas costumbres; gastaban muchos dias y noches en sus banquetes y bebidas; y cierto, cosa es grande la cantidad de vino ó chicha que estos indios beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano. Solian hospedar y tratar muy bien á los españoles que pasaban por sus aposentos, y recebirlos honradamente; ya no lo hacen así, porque luego que los españoles rompieron la paz y contendieron en guerra unos con otros, por los malos tratamientos que les hacian fueron aborrecidos de los indios, y tambien porque algunos de los gobernadores que han tenido les han hecho entender algunas bajezas tan grandes, que ya no se precian de hacer buen tratamiento á los que pasan, pero presumen de tener por mozos á algunos de los que solian ser señores; y esto consiste y ha estado en el gobierno de los que han venido á mandar, algunos de los cuales ha parecido grave la órden del servicio de acá, y que es opresion y molestia á los naturales sustentarlos en las costumbres antiguas que tenian, las cuales, si las tuvieran, ni les quebrantaban sus libertades ni aun los dejaban de poner mas cercanos á la buena policía y conversion; porque verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, á mi ver, que tuvieron mejor gobierno que los ingas. Salido del gobierno yo no apruebo cosa alguna, antes lloro las extorsiones y malos tratamientos y violentas muertes que los españoles han hecho en estos indios, obradas por su crueldad, sin mirar su nobleza y la virtud tan grande de su nacion; pues todos los mas destos valles están ya casi desiertos, habiendo sido en lo pasado tan poblados como muchos saben.

CAPITULO LXII.

Cómo los indios destos valles y otros destos reinos creian que las ánimas salian de los cuerpos y no morian, y porqué mandaban echar sus mujeres en las sepulturas.

Muchas veces he tratado en esta historia que en la mayor parte deste reino del Perú es costumbre muy usada y guardada por todos los indios de enterrar con los cuerpos de los difuntos todas las cosas preciadas que ellos tenian, y algunas de sus mujeres las mas hermosas y queridas dellos. Y parece que esto se usaba en la mayor parte destas Indias, por donde se colige que con la manera que el demonio engaña á los unos procura de engañar á los otros. En el Cenu, que cae en la provincia de Cartagena, me hallé yo el año de 1535, donde se sacó en un campo raso, junto á un templo que allí estaba hecho á honra deste maldito demonio, tan gran cantidad de sepulturas, que fué cosa admirable, y algunas tan antiguas, que habia en ellas árboles nacidos gruesos y grandes, y sacaron mas de un millon destas sepulturas, sin lo que los indios sacaron dellas, y sin lo que se queda perdido en la misma tierra. En estas otras partes tambien se han hallado grandes tesoros en sepulturas, y se hallarán cada dia. Y no há muchos años que Juan de la Torre, capitan que fué de Gonzalo Pizarro, en el valle de Ica, que es en estos valles de los llanos, halló una destas sepulturas, que afirman valió lo que dentro della sacó mas de cincuenta mil pesos. De manera que en mandar hacer las sepulturas magníficas y altas, y adornallas con sus losas y bóvedas, y meter con el difunto todo su haber y mujeres y servicio, y mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha ó vino de lo que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da á entender que ellos tenian conocimiento de la inmortalidad del ánima, y que en el hombre habia mas que cuerpo mortal, y engañados por el demonio cumplian su mandamiento, porque él les hacia entender (segun ellos dicen) que despues de muertos habian de resuscitar en otra parte que les tenia aparejada, adonde habian de comer y beber á su voluntad, como lo hacian antes que muriesen; y para que creyesen que seria lo que él les decia cierto, y no falso y engañoso, á tiempos, y cuando la voluntad de Dios era servida de darle poder y permitirlo, tomaba la

figura de alguno de los principales que ya era muerto, y mostrándose con su propia figura y talle tal cual él tuvo en el mundo, con aparencia del servicio y ornamento, hacia entenderles que estaba en otro reino alegre y apacible, de la manera que allí lo vian. Por los cuales dichos y ilusiones del demonio, ciegos estos indios, teniendo por ciertas aquellas falsas aparencias, tienen mas cuidado en aderezar sus sepulcros ó sepulturas que ninguna otra cosa. Y muerto el señor, le echan su tesoro, y mujeres vivas y muchachos, y otras personas con quien él tuvo, siendo vivo, mucha amistad. Y así, por lo que tengo dicho, era opinion general en todos estos indios yungas, y aun en los serranos deste reino del Perú, que las ánimas de los difuntos no morian, sino que para siempre vivian, y se juntaban allá en el otro mundo unos con otros, adonde, como arriba dije, creian que se holgaban y comian y bebian, que es su principal gloria. Y teniendo esto por cierto, enterraban con los difuntos las mas queridas mujeres dellos, y los servidores y criados mas privados, y finalmente todas sus cosas preciadas y armas y plumajes, y otros ornamentos de sus personas; y muchos de sus familiares, por no caber en su sepultura, hacian hoyos en las heredades y campos del señor ya muerto, ó en las partes donde él solia mas holgarse y festejarse, y allí se metian, creyendo que su ánima pasaria por aquellos lugares, y los llevaria en su compañía para su servicio; y aun algunas mujeres, por le echar mas carga, y que tuviese en mas el servicio, pareciéndoles que las sepulturas aun no estaban hechas, se colgaban de sus mismos cabellos, y así se mataban. Creemos ser todas estas cosas verdad, porque las sepulturas de los muertos lo dan á entender, y porque en muchas partes creen y guardan esta tan maldita costumbre; y aun yo me acuerdo, estando en la gobernacion de Cartagena, habrá mas de doce ó trece años, siendo en ella gobernador y juez de residencia el licenciado Juan de Vadillo, de un pueblo llamado Pirina salió un muchacho, y venia huyendo adonde estaba Vadillo, porque le querian enterrar vivo con el señor de aquel pueblo, que habia muerto en aquel tiempo. Y Alaya, señor de la mayor parte del valle de Jauja, murió há casi dos años, y cuentan los indios que echaron con él gran número de mujeres y sirvientes vivos; y aun, si yo no me engaño, se lo dijeron al presidente Gasca, y aunque no poco se lo retrajo á los demás señores, haciéndoles entender que era gran pecado el que cometian, y desvarío sin fruto. Ver al demonio transfigurado en las formas que digo, no hay duda sino que lo ven; llámanle en todo el Perú Sopay. Yo he oido que lo han visto desta suerte muchas veces, y aun tambien me afirmaron que en el valle de Lile, en los hombres de ceniza que allí estaban, entraba y hablaba con los vivos, diciéndoles estas cosas que voy escribiendo. A fray Domingo, que es (como tengo dicho) gran investigador destos secretos, le oí que dijo una cierta persona que lo habia enviado á llamar don Paulo, hijo de Guaynacapa, á quien los indios del Cuzco recibieron por inga, y contóle cómo un criado suyo decia que junto á la fortaleza del Cuzco oia grandes voces, las cuales decian con gran ruido: «¿Por qué no guardas, Inga, lo que eres obligado á guardar? Come y bebe y huélgate; que presto dejarás de comer y beber y holgarte.» Y estas voces oyó el que lo dijo á don Paulo cinco ó seis noches. Y sin se pasar muchos dias, murió el don Paulo, y el que oyó las voces tambien. Estas son mañas del demonio y lazos que él arma para prender las ánimas destos, que tanto se precian de agoreros. Todos los señores destos llanos y sus indios traen sus señales en las cabezas, por donde son conocidos los unos y los otros. En la Puna y en lo mas de la comarca de Puerto-Viejo, ya escribí cómo usaban el pecado nefando; en estos valles ni en lo demás de la serranía no cuentan que cometian este pecado. Bien creo yo que seria entre ellos lo que es en todo el mundo, que habria algun malo; mas si se conocia, hacíanle grande afrenta, llamándole mujer, diciéndole que dejase el hábito de hombre que tenia. Y agora en nuestro tiempo, como ya vayan dejando los mas de sus ritos, y el demonio no tenga fuerza ni poder, ni hay templo ni oráculo público, van entendiendo sus engaños y procuran de no ser tan malos como lo fueron antes que oyesen la palabra del sacro Evangelio. En sus comidas y bebidas y lujurias con sus mujeres, yo creo, si la gracia de Dios no abaja en ellos, aprovecha poco amonestaciones para que dejen estos vicios, en los cuales entienden las noches y los dias, sin cansar.

CAPITULO LXIII.

Cómo usaban hacer los enterramientos, y cómo lloraban á los difuntos cuando hacian las obsequias.

Pues conté en el capítulo pasado lo que se tiene destos indios en lo tocante á lo que creen de la inmortalidad del ánima y á lo que el enemigo de natura humana les hace entender, me parece será bien en este lugar dar razon de cómo hacian las sepulturas y de la manera que metian en ellas á los difuntos. Y en esto hay una gran diferencia, porque en una parte las hacian hondas, y en otra altas, y en otra llanas, y cada nacion buscaba nuevo género para hacer los sepulcros de sus difuntos; y cierto, aunque yo lo he procurado mucho y platicado con varones doctos y curiosos, no he podido alcanzar lo cierto del orígen destos indios ó su principio, para saber de dó tomaron esta costumbre, aunque en la segunda parte desta obra, en el primero capítulo, escribo lo que desto he podido alcanzar. Volviendo pues á la materia, digo que he visto que tienen estos indios distintos ritos en hacer las sepulturas, porque en la provincia de Collao (como relataré en su lugar) las hacen en las heredades, por su órden, tan grandes como torres, unas mas y otras menos, y algunas hechas de buena labor, con piedras excelentes, y tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto á ellas (como tambien diré) acostumbran hacer sus sacrificios y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de corderos ó de otros animales.

En la comarca del Cuzco entierran á sus difuntos sentados en unos asentamientos principales, á quien llaman duhos, vestidos y adornados de lo mas principal que ellos poseian.

En la provincia de Jauja, que es cosa muy principal en estos reinos del Perú, los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él los cosen, formándoles por de

fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y desta suerte los tienen en sus propias casas, y á los que son señores y principales ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan á sus heredades y caserías en andas con grandes cerimonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos, y aun de niños y mujeres. Teniendo noticia desto el arzobispo don Jerónimo de Loaysa, mandó con gran rigor á los naturales de aquel valle y á los clérigos que en él estaban entendiendo en la dotrina, que enterrasen todos aquellos cuerpos, sin que ninguno quedase de la suerte que estaba.

En otras muchas partes de las provincias que he pasado los entierran en sepulturas hondas y por de dentro huecas, y en algunas, como es en los términos de la ciudad de Antiocha, hacen las sepulturas grandes, y echan tanta tierra, que parecen pequeños cerros. Y por la puerta que dejan en la sepultura entran con sus difuntos y con las mujeres vivas y lo demás que con él meten. Y en el Cenu muchas de las sepulturas eran llanas y grandes, con sus cuadras, y otras eran con mogotes, que parecian pequeños collados.

En la provincia de Chinchan, que es en estos llanos, los entierran echados en barbacoas ó camas hechas de cañas.

En otro valle destos mismos, llamado Lunaguana, los entierran sentados. Finalmente, acerca de los enterramientos, en estar echados ó en pié ó sentados, discrepan unos de otros. En muchos valles destos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo mas primamente que ellos pueden; y cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos arenales y sierras de secadales; y apartados unos de otros, se ven gran número de calavernas y de sus ropas, ya podrecidas y gastadas con el tiempo. Llaman á estos lugares, que ellos tienen por sagrados, guaca, que es nombre triste, y muchas dellas se han abierto, y aun sacado los tiempos pasados, luego que los españoles ganaron este reino, gran cantidad de oro y plata; y por estos valles se usa mucho el enterrar con el muerto sus riquezas y cosas preciadas, y muchas mujeres y sirvientes de los mas privados que tenia el señor siendo vivo. Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habian puesto. Y cuando los señores morian, se juntaban los principales del valle y hacian grandes lloros, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ningunos, y con atambores y flautas salian con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solia festejarse mas á menudo, para provocar á llorar á los oyentes. Y habiendo llorado, hacian mas sacrificios y supersticiones, teniendo sus pláticas con el demonio. Y después de hecho esto, y muértose algunas de sus mujeres, los metian en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que iban á estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron, y aun agora lo acostumbran generalmente, que antes que los metian en las sepulturas los lloran cuatro ó cinco ó seis dias, ó diez, segun es la persona del muerto, porque mientra mayor señor es, mas honra se le hace y mayor sentimiento muestran, llorándolo con grandes gemidos y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fué valiente, llévanlo con estos lloros, contando sus hazañas; y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto á ella, y otras meten con él. Muchas destas cerimonias ya no se usan, porque Dios no lo permite, y porque poco á poco van estas gentes conociendo el error que sus padres tuvieron, y cuán poco aprovechan estas pompas y vanas honras, pues basta enterrar los cuerpos en sepulturas comunes, como se entierran los cristianos, sin procurar de llevar consigo otra cosa que buenas obras, pues lo demás sirve de agradar al demonio, y que el ánima abaja al infierno mas pesada y agravada. Aunque cierto los mas de los señores viejos tengo que se deben de mandar enterrar en partes secretas y ocultas, de la manera ya dicha, por no ser vistos ni sentidos por los cristianos. Y que lo hagan así lo sabemos y entendemos por los dichos de los mas mozos.

CAPITULO LXIV.

Cómo el demonio hacia entender á los indios destas partes que era ofrenda grata á sus dioses tener indios que asistiesen en los templos para que los señores tuviesen con ellos conocimiento, cometiendo el gravísimo pecado de la sodomía.

En esta primera parte desta historia he declarado muchas costumbres y usos destos indios, así de las que yo alcancé el tiempo que anduve entre ellos, como de lo que tambien oí á algunos religiosos y personas de mucha calidad, los cuales, á mi ver, por ninguna cosa dejarian de decir la verdad de lo que sabian y alcanzaban, porque es justo que los que somos cristianos tengamos alguna curiosidad, para que, sabiendo y entendiendo las malas costumbres destos, apartarlos dellas y hacerles entender el camino de la verdad, para que se salven. Por tanto diré aquí una maldad grande del demonio, la cual es, que en algunas partes deste gran reino del Perú, solamente algunos pueblos comarcanos á Puerto-Viejo y á la isla de la Puna usaban el pecado nefando, y no en otras. Lo cual yo tengo que era así porque los señores ingas fueron limpios en esto, y tambien los demás señores naturales. En toda la gobernacion de Popayan tampoco alcancé que cometiesen este maldito vicio, porque el demonio debia de contentarse con que usasen la crueldad que cometian de comerse unos á otros, y ser tan crueles y perversos los padres para los hijos. Y en estotros, por los tener el demonio mas presos en las cadenas de su perdicion, se tiene ciertamente que en los oráculos y adoratorios donde se daban las respuestas, hacia entender que convenia para el servicio suyo que algunos mozos dende su niñez estuviesen en los templos, para que á tiempo, y cuando se hiciesen los sacrificios y fiestas solenes, los señores y otros principales usasen con ellos el maldito pecado de la sodomía. Y para que entiendan los que esto leyeren cómo aun se guardaba entre algunos esta diabólica santimonia, pondré una relacion que me dió della en

la ciudad de los Reyes el padre fray Domingo de Santo Tomás, la cual tengo en mi poder y dice así:

Verdad es que generalmente entre los serranos y yungas ha el demonio introducido este vicio debajo de especie de santidad, y es que cada templo ó adoratorio principal tiene un hombre ó dos ó mas, segun es el ídolo, los cuales andan vestidos como mujeres, dende el tiempo que eran niños y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban á las mujeres. Con estos, casi como por via de santidad y religion, tienen las fiestas y dias principales su ayuntamiento carnal y torpe, especialmente los señores y principales. Esto sé porque he castigado á dos: el uno de los indios de la sierra, que estaba para este efeto en un templo, que ellos llaman guaca, de la provincia de los Conchucos, término de la ciudad de Guanuco; el otro era en la provincia de Chincha; indios de su majestad; á los cuales hablándoles yo sobre esta maldad que cometian, y agravándoles la fealdad del pecado, me respondieron que ellos no tenian culpa, porque desde el tiempo de su niñez los habian puesto allí sus caciques para usar con ellos este maldito y nefando vicio, y para ser sacerdotes y guarda de los templos de sus indios. De manera que lo que les saqué de aquí es que estaba el demonio tan señoreado en esta tierra, que, no se contentando con los hacer caer en pecado tan enorme, les hacia entender que el tal vicio era especie de santidad y religion, para tenerlos mas subjetos. Esto me dió de su misma letra fray Domingo, que por todos es conocido y saben cuán amigo es de verdad. Y aun tambien me acuerdo que Diego de Galvez, secretario que agora es de su majestad en la corte de España, me contó cómo, viniendo él y Peralonso Carrasco, un conquistador antiguo que es vecino de la ciudad del Cuzco, de la provincia del Collao, vieron uno ó dos destos indios que habian estado puestos en los templos como fray Domingo dice. Por donde yo creo bien que estas cosas son obras del demonio, nuestro adversario, y se parece claro, pues con tan baja y maldita obra quiere ser servido.

CAPITULO LXV.

Cómo en la mayor parte destas provincias se usó poner nombre á los muchachos, y cómo miraban en agüeros y señales.

Una cosa noté en el tiempo que estuve en estos reinos del Perú, y es, que en la mayor parte de sus provincias se usó poner nombres á los niños cuando tenian quince ó veinte dias, y les duran hasta ser de diez ó doce años, y deste tiempo, y algunos de menos, tornan á recebir otros nombres, habiendo primero en cierto dia que está establecido para semejantes casos, juntádose la mayor parte de los parientes y amigos del padre; adonde bailan á su usanza y beben, que es su mayor fiesta, y después de ser pasado el regocijo, uno de ellos, el mas anciano y estimado, tresquila al mozo ó moza que ha de recebir nombre y le corta las uñas, las cuales con los cabellos guardan con gran cuidado. Los nombres que les ponen y ellos usan son nombres de pueblos y de aves, ó yerbas ó pescado. Y esto entendí que pasa así, porque yo he tenido indio que habia por nombre Urco, que quiere decir carnero, y otro que se llamaba Llama, que es nombre de oveja, y otros he visto llamarse Piscos, que es nombre de pájaros; y algunos tienen gran cuenta con llamarse los nombres de sus padres ó abuelos. Los señores y principales buscan nombres á su gusto, y los mayores que para entre ellos hallan; aunque Atabaliba (que fué el inga que prendieron los españoles en la provincia de Caxamalca) quiere decir su nombre tanto como gallina, y su padre se llamaba Guaynacapa, que significa mancebo rico. Tenian por mal agüero estos indios que una mujer pariese dos criaturas de un vientre, ó cuando alguna criatura nace con algun defeto natural, como es en una mano seis dedos, ó otra cosa semejante. Y si (como digo) alguna mujer paria de un vientre dos criaturas, ó con algun defeto, se entristecian ella y su marido, y ayunaban sin comer ají ni beber chicha, que es el vino que ellos beben, y hacian otras cosas á su uso y como lo aprendieron de sus padres. Asimismo miraban estos indios mucho en señales y en prodigios. Y cuando corre alguna estrella es grandísima la grita que hacen, y tienen gran cuenta con la luna y con los planetas, y todos los mas eran agoreros. Cuando se prendió Atabaliba en la provincia de Caxamalca, hay vivos algunos cristianos que se hallaron con el marqués don Francisco Pizarro, que lo prendió, que vieron en el cielo de media noche abajo una señal verde, tan gruesa como un brazo y tan larga como una lanza jineta; y como los españoles anduviesen mirando en ello, y Atabaliba lo entendiese, dicen que les pidió que lo sacasen para la ver, y como la vió, se paró triste, y lo estuvo el dia siguiente; y el gobernador don Francisco Pizarro le preguntó que por qué se habia parado tan triste. Respondió él: «He mirado la señal del cielo, y dígote que cuando mi padre Guaynacapa murió se vió otra señal semejante á aquella.» Y dentro de quince dias murió Atabaliba.

CAPITULO LXVI.

De la fertilidad de la tierra de los llanos, y de las muchas frutas y raíces que hay en ellos, y la órden tan buena con que riegan los campos.

Pues ya he contado lo mas brevemente que he podido algunas cosas convenientes á nuestro propósito, será bien volver á tratar de los valles, contando cada uno por sí particularmente, como se ha hecho de los pueblos y provincias de la serranía, aunque primero daré alguna razon de las frutas y mantenimientos y acequias que hay en ellos. Lo cual hecho, proseguiré con lo que falta. Digo pues que toda la tierra de los valles adonde no llega la arena, hasta donde toman las arboledas dellos, es una de las mas fértiles tierras y abundantes del mundo, y la mas gruesa para sembrar todo lo que quisieren, y adonde con poco trabajo se puede cultivar y aderezar. Ya he dicho cómo no llueve en ellos, y cómo el agua que tienen es de riego de los rios que abajan de las sierras, hasta ir á dar á la mar del Sur. Por estos valles siembran los indios el maíz, y lo cogen en el año dos veces, y se da en abundancia; y en algunas partes ponen raíces de yuca, que son provechosas para hacer pan y brebaje á falta de maíz, y críanse muchas batatas dulces, que el sabor dellas es casi como de castañas; y asimismo hay algunas papas y muchos frisoles, y otras

raíces gustosas. Por todos los valles destos llanos hay tambien una de las singulares frutas que yo he visto, á la cual llaman pepinos, de muy buen sabor y muy olorosos algunos dellos. Nacen asimismo gran cantidad de árboles de guayabas, y de muchas guabos y paltas, que son á manera de peras, y guanabanas y caimitos, y piñas de las de aquellas partes. Por las casas de los indios se ven muchos perros diferentes de la casta de España, del tamaño de gozques, á quien llaman chonos. Crian tambien muchos patos, y en la espesura de los valles hay algarrobas algo largas y angostas, no tan gordas como vainas de habas. En algunas partes hacen pan destas algarrobas, y lo tienen por bueno. Usan mucho de secar las frutas y raíces que son aparejadas para ello, como nosotros hacemos los higos, pasas y otras frutas. Agora en este tiempo por muchos destos valles hay grandes viñas, de donde cogen muchas uvas. Hasta agora no se ha hecho vino, y por eso no se puede certificar qué tal será; presúmese que, por ser de regadío, será flaco. Tambien hay grandes higuerales y muchos granados, y en algunas partes se dan ya bembrillos. Pero ¿para qué voy contando esto, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraren? Trigo se coge tanto como saben los que lo han visto, y es cosa hermosa de ver campos llenos de sementeras por tierra estéril de agua natural, y que estén tan frescos y viciosos, que parecen matas de albahaca. La cebada se da como el trigo; limones, limas, naranjas, cidras, toronjas, todo lo hay mucho y muy bueno, y grandes platanales. Sin lo dicho, hay por todos estos valles otras frutas muchas y sabrosas que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales. Y como los rios abajan de la sierra por estos llanos, y algunos de los valles son anchos, y todos se siembran ó solian sembrarse cuando estaban mas poblados, sacaban acequias en cabos y por partes, que es cosa extraña afirmarlo, porque las echaban por lugares altos y bajos, y por laderas de los cabezos y haldas de sierras que están en los valles, y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectacion caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescuras. Tenian los indios y aun tienen muy gran cuenta en esto de sacar el agua y echarla por estas acequias; y algunas veces me ha acaecido á mí parar junto á una acequia, y sin haber acabado de poner la tienda, estar el acequia seca, y haber echado el agua por otra parte. Porque, como los rios no se sequen, es en mano destos indios echar el agua por los lugares que quieren. Y están siempre estas acequias muy verdes, y hay en ellas mucha yerba de grama para los caballos, y por los árboles y florestas andan muchos pájaros de diversas maneras, y gran cantidad de palomas, tórtolas, pavas, faisanes y algunas perdices y muchos venados. Cosa mala, ni serpientes, culebras, lobos, no los hay; y lo que mas se ve es algunas raposas, tan engañosas, que aunque haya gran cuidado en guardar las cosas, adonde quiera que se aposenten españoles ó indios han de hurtar, y cuando no hallan qué, se llevan los látigos de las cinchas de los caballos, ó las riendas de los frenos. En muchas partes destos valles hay gran cantidad de cañaverales de cañas dulces, que es causa que en algunos lugares se hacen azúcares y otras frutas con su miel. Todos estos indios yungas son grandes trabajadores, y cuando llevan cargas encima de sus hombros se desnudan en carnes, sin dejar en sus cuerpos sino es una pequeña manta del largor de un palmo y de menos anchor, con que cubren sus vergüenzas, y ceñidas sus mantas á los cuerpos, van corriendo con las cargas. Y volviendo al riego destos indios, como en él tenian tanta órden para regar sus campos, la tenian mayor y tienen en sembrarlos con muy gran concierto. Y dejado esto, diré el camino que hay de la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo.

CAPITULO LXVII.

Del camino que hay desde la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo, y de los valles que hay en medio.

En los capítulos pasados declaré la fundacion de la ciudad de San Miguel, primera poblacion hecha de cristianos en el Perú. Por tanto, trataré de lo que desta ciudad hay hasta la de Trujillo. Y digo que de una ciudad á otra puede haber sesenta leguas, poco mas ó menos. Saliendo de San Miguel hasta llegar al valle de Motupe hay veinte y dos leguas, todo de arenales y camino muy trabajoso, especialmente por donde agora se camina. En el término destas veinte y dos leguas hay ciertos vallecetes; y aunque de lo alto de la sierra decienden algunos rios, no abajan por ellos, antes se sumen y esconden entre los arenales de tal manera, que no dan de sí provecho ninguno. Y para andar estas veinte y dos leguas es menester salir por la tarde, porque caminando toda la noche se llegue á buena hora adonde están unos jagüeyes, de los cuales beben los caminantes, y de allí salen sin sentir mucho la calor del sol; y los que pueden llevar sus calabazas de agua y botas de vino para lo de adelante. Llegado al valle de Motupe, se ve luego el camino real de los ingas, ancho y obrado de la manera que conté en los capítulos pasados. Este valle es ancho y muy fértil, y no embargante que tambien abaja de la sierra un rio razonable á dar en él, se esconde antes de llegar á la mar. Los algarrobos y otros árboles se extienden gran trecho, causado de la humidad que hallan abajo sus raíces. Y aunque en lo mas bajo del valle hay pueblos de indios, se mantienen del agua que sacan de pozos hondos que hacen, y unos y otros tienen su contratacion dando unas cosas por otras, porque no usan de moneda ni se ha hallado cuño della en estas partes. Cuentan que habia en este valle grandes aposentos para los ingas y muchos depósitos, y por los altos y sierras de pedregales tenian y tienen sus guacas y enterramientos. Con las guerras pasadas falta mucha gente dél; y los edificios y aposentos están deshechos y desbaratados, y los indios viven en casas pequeñas, hechas como ya dije en los capítulos de atrás. En algunos tiempos contratan con los de la serranía, y tienen en este valle grandes algodonales, de que hacen su ropa. Cuatro leguas de Motupe está el hermoso y fresco valle de Xayanca, que tiene de ancho casi cuatro leguas; pasa por él un lindo rio, de donde sacan acequias, que bastan regar todo lo que los indios quieren sembrar. Y fué en los tiempos pasados este va-

lle muy poblado, como los demás, y habia en él grandes aposentos y depósitos de los señores principales, en los cuales estaban sus mayordomos mayores, que tenian los cargos que otros que en lo de atrás he contado. Los señores naturales destos valles fueron estimados y acatados por sus súbditos; todavía lo son los que han quedado, y andan acompañados y muy servidos de mujeres y criados, y tienen sus porteros y guardas. Deste valle se va al de Tuqueme, que tambien es grande y vistoso y lleno de florestas y arboledas, y asimismo dan muestra los edificios que tiene, aunque ruinados y derribados, de lo mucho que fué. Mas adelante una jornada pequeña está otro valle muy hermoso, llamado Cinto. Y ha de entender el lector que de valle á valle destos, y de los mas que quedan de escrebir, es todo arenales y pedregales sequísimos, y que por ellos no se ve cosa viva ni nacida, yerba ni árbol, sino son algunos pájaros ir volando. Y como van caminando por tanta arena y se ve el valle (aunque esté léjos), reciben gran contento, especialmente si van á pié y con mucho sol y gana de beber. Conviene no caminar por estos llanos hombres nuevos en la tierra, si no fuere con buenas guias que los sepan llevar por los arenales. Deste valle se llega al de Collique, por donde corre un rio que tiene el nombre del valle; y es tan grande, que no se puede vadear sino es cuando en la sierra es verano y en los llanos invierno; aunque á la verdad, los naturales dél se dan tan buena maña á sacar acequias, que aunque sea invierno en la sierra, algunas veces dejan la madre y corriente descubierta. Este valle es tambien ancho y lleno de arboledas como los pasados, y faltan en él la mayor parte de los naturales, que, con las guerras que hubo entre unos españoles con otros, se han consumido con males y trabajos que estas guerras acarrean.

CAPITULO LXVIII.

En que se prosigue el mismo camino que se ha tratado en el capitulo pasado, hasta llegar á la ciudad de Trujillo.

Deste valle de Collique se camina hasta llegar á otro valle que nombran Zana, de la suerte y manera que los pasados. Mas adelante se entra en el valle de Pacasmayo, que es el mas fértil y bien poblado de todos los que tengo escripto, y adonde los que son naturales deste valle, antes que fuesen señoreados por los ingas, eran poderosos y muy estimados de sus comarcanos, y tenian grandes templos, donde hacian sus sacrificios á sus dioses. Todo está ya derribado. Por las rocas y sierras de pedregales hay gran cantidad de guacas, que son los enterramientos destos indios. En todos los mas destos valles están clérigos ó frailes, que tienen cuidado de la conversion dellos y de su dotrina, no consintiendo que usen de sus religiones y costumbres antiguas. Por este valle pasa un muy hermoso rio, del cual sacan muchas y grandes acequias, que bastan á regar los campos que dél quieren los indios sembrar, y tiene de las raíces y frutas ya contadas. Y el camino real de los ingas pasa por él, como hace por los demás valles, y en este habia grandes aposentos para el servicio dellos. Algunas antigüedades cuentan de sus progenitores, que por las tener por fábulas no las escribo. Los delegados de los ingas cogian los tributos en los depósitos que para guarda dellos estaban hechos, de donde eran llevados á las cabeceras de las provincias, lugar señalado para residir los capitanes generales, y adonde estaban los templos del sol. En este valle de Pacasmayo se hace gran cantidad de ropa de algodon y se crian bien las vacas, y mejor los puercos y cabras, con los demás ganados que quieren, y tiene muy buen temple. Yo pasé por él en el mes de setiembre del año de 1548, á juntarme con los demás soldados que salimos de la gobernacion de Popayan con el campo de su majestad, para castigar la alteracion pasada, y me pareció extremadamente bien este valle, y alababa á Dios viendo su frescura, con tantas arboledas y florestas llenas de mil géneros de pájaros. Yendo mas adelante se llega al de Chacama, no menos fértil y abundoso que Pacasmayo por su grandeza y fertilidad, sin lo cual hay en él gran cantidad de cañaverales dulces, de que se hace mucho azúcar y muy bueno, y otras frutas y conservas; y hay un monesterio de Santo Domingo, que fundó el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. Cuatro leguas mas adelante está el valle de Chimo, ancho y muy grande, y adonde está edificada la ciudad de Trujillo. Cuentan algunos indios que antiguamente, antes que los ingas tuviesen señoríos, hubo en este valle un poderoso señor, á quien llamaban Chimo, como el valle se nombra agora, el cual hizo grandes cosas, venciendo muchas batallas, y edificó unos edificios que, aunque son tan antiguos, se parece claramente haber sido gran cosa. Como los ingas, reyes del Cuzco, se hicieron señores destos llanos, tuvieron en mucha estimacion á este valle de Chimo, y mandaron hacer en él grandes aposentos y casas de placer, y el camino real pasa de largo, hecho con sus paredes. Los caciques naturales deste valle fueron siempre estimados y tenidos por ricos. Y esto se ha conocido ser verdad, pues en las sepulturas de sus mayores se ha hallado cantidad de oro y plata. En el tiempo presente hay pocos indios, y los señores no tienen tanta estimacion, y lo mas del valle está repartido entre los españoles, pobladores de la nueva ciudad de Trujillo, para hacer sus casas y heredamientos. El puerto de la mar, que nombran al arrecife de Trujillo, no está muy léjos deste valle, y por toda la costa matan mucho pescado para proveimiento de la ciudad y de los mismos indios.

CAPITULO LXIX.

De la fundacion de la ciudad de Trujillo, y quién fué el fundador.

En el valle de Chimo está fundada la ciudad de Trujillo, cerca de un rio algo grande y hermoso, del cual sacan acequias, con que los españoles riegan sus huertas y vergeles, y el agua dellas pasa por todas las casas desta ciudad, y siempre están verdes y floridas. Esta ciudad de Trujillo es situada en tierra que se tiene por sana, y á todas partes cercada de muchos heredamientos, que en España llaman granjas ó cortijos, en donde tienen los vecinos sus ganados y sementeras. Y como todo ello se riega, hay por todas partes puestas muchas viñas y granados y higueras, y otras frutas de España, y gran cantidad de trigo y muchos naranjales, de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan. Tam-

bien hay cidras, toronjas, limas, limones. Frutas de las naturales hay muchas y muy buenas. Sin esto, se crian muchas aves, gallinas, capones. De manera que se podrá tener que los españoles vecinos de esta ciudad son de todos proveidos, por tener tanta abundancia de las cosas ya contadas; y no falta de pescado, pues tiene la mar á media legua. Esta ciudad está asentada en un llano que hace el valle en medio de sus frescuras y arboledas, cerca de unas sierras de rocas y secadales, bien trazada y edificada, y las calles muy anchas y la plaza grande. Los indios serranos abajan de sus provincias á servir á los españoles que sobre ellos tienen encomienda, y proveen la ciudad de las cosas que ellos tienen en sus pueblos. De aquí sacan navíos cargados de ropa de algodon hecha por los indios, para vender en otras partes. Fundó y pobló la ciudad de Trujillo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitan general en los reinos del Perú, en nombre del emperador don Cárlos, nuestro señor, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de 1530 años.

CAPITULO LXX.

De los mas valles y pueblos que hay por el camino de los llanos, hasta llegar á la ciudad de los Reyes.

En la serranía, antes de llegar al paraje de la ciudad de los Reyes, están pobladas las ciudades de la frontera de los chachapoyas y la ciudad de Leon de Guanuco. No determino tratar dellas nada hasta que vaya dando noticia de los pueblos y provincias que me quedan de contar de la serranía, en donde escrebiré sus fundaciones con la mas brevedad que yo pudiere; y con tanto, pasaré adelante con lo comenzado. Digo que desta ciudad de Trujillo á la de los Reyes hay ochenta leguas, todo camino de arenales y valles. Luego que salen de Trujillo se va al valle de Guanape, que está siete leguas mas hácia la ciudad de los Reyes, que no fué en los tiempos pasados menos nombrado entre los naturales, por el brebaje de chicha que en él se hacia, que Madrigal ó San Martin en Castilla, por el buen vino que cogen. Antiguamente tambien fué muy poblado este valle, y hubo en él señores principales, y fueron bien tratados y honrados por los ingas después que dellos se hicieron señores. Los indios que han quedado de las guerras y trabajos pasados entienden en sus labranzas como los demás, sacando acequias del rio para regar los campos que labran, y claro se ve cómo los reyes ingas tuvieron en él depósitos y aposentos. Un puerto de mar hay en este valle de Guanape, provechoso, porque muchas de las naos que andan por esta mar del Sur, de Panamá al Perú, se fornecen en él de mantenimiento.

De aquí se camina al valle de Santa; y antes de llegar á él se pasa un valle pequeño, por el cual no corre rio, salvo que se ve cierto ojo de agua buena, de que beben los indios y caminantes que van por aquella parte; y esto se debe causar de algun rio que corre por las entrañas de la misma tierra. El valle de Santa fué en los tiempos pasados muy bien poblado, y hubo en él grandes capitanes y señores naturales; tanto, que á los principios osaron competir con los ingas; de los cuales cuentan que, mas por amor y maña que tuvieron, que por rigor ni fuerza de armas, se hicieron señores dellos, y después los estimaron y tuvieron en mucho, y edificaron por su mandado grandes aposentos y muchos depósitos; porque este valle es uno de los mayores y mas ancho y largo de cuantos se han pasado. Corre por él un rio furioso y grande, y en tiempo que en la sierra es invierno viene crecido, y algunos españoles se han ahogado pasándolo de una á otra parte. En este tiempo hay balsas con que pasan los indios, de los cuales hubo antiguamente muchos millares dellos, y agora no se hallan cuatrocientos naturales; de lo cual no es poca lástima contemplar en ello. Lo que mas me admiró cuando pasé por este valle fué ver la muchedumbre que tienen de sepulturas, y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle hay número grande de apartados, hechos á su usanza, todos cubiertos de huesos de muertos. De manera que lo que hay en este valle mas que ver es las sepulturas de los muertos y los campos que labraron siendo vivos. Solian sacar del rio grandes acequias, con que regaban todo lo mas del valle, por lugares altos y por laderas. Mas agora, como haya tan pocos indios como he dicho, todos los mas de los campos están por labrar, hechos florestas y breñales, y tantas espesuras, que por muchas partes no se puede hender. Los naturales de aquí andan vestidos con sus mantas y camisetas, y las mujeres lo mismo. Por la cabeza traen sus ligaduras ó señales. Frutas de las que se han contado se dan en este valle muy bien, y legumbres de España, y matan mucho pescado. Las naos que andan por la costa siempre toman agua en este rio y se proveen destas cosas. Y como haya tantas arboledas y tan poca gente, críanse en estas espesuras tanta cantidad de mosquitos, que dan pena á los que pasan ó duermen en este valle, del cual está el de Guambacho dos jornadas, de quien no terné que decir mas de que es de la suerte y manera de los que quedan atrás, y que tenia aposentos de los señores; y del rio que corre por él sacaban acequias para regar los campos que sembraban. Deste valle fuí yo en dia y medio al de Guarmey, que tambien en lo pasado tuvo mucha gente. Crian en este tiempo cantidad de ganado de puercos y vacas y yeguas. Deste valle de Guarmey se llega al de Parmonga, no menos deleitoso que los demás, y creo yo que en él no hay indios ningunos que se aprovechen de su fertilidad; y si de ventura han quedado algunos, estarán en las cabezadas de la sierra y mas alto del valle, porque no vemos otra cosa que arboledas y florestas desiertas. Una cosa hay que ver en este valle, que es una galana y bien trazada fortaleza al uso de los que la edificaron; y cierto es cosa de notar, ver por donde llevaban el agua por acequias para regar lo mas alto della. Las moradas y aposentos eran muy galanos, y tienen por las paredes pintados muchos animales fieros y pájaros, cercada toda de fuertes paredes y bien obrada; ya está toda muy ruinada, y por muchas partes minada, por buscar oro y plata de enterramientos. En este tiempo no sirve esta fortaleza de mas de ser testigo de lo que fué. A dos leguas deste valle está el rio de Guaman, que en nuestra lengua castellana quiere decir rio del Halcon, y comunmente le llaman la Barranca. Este valle tiene las calidades que los demás; y cuando en la sierra llueve mucho, este rio de suso dicho es peligroso, y al-

gunos pasando de una parte á otra se han ahogado. Una jornada mas adelante está el valle de Guaura, de donde pasarémos al de Lima.

CAPITULO LXXI.

De la manera que está situada la ciudad de los Reyes, y de su fundacion, y quién fué el fundador.

El valle de Lima es el mayor y mas ancho de todos los que se han escripto de Túmbez á él; y así, como era grande, fué muy poblado. En este tiempo hay pocos indios de los naturales; porque, como se pobló la ciudad en su tierra y les ocuparon sus campos y riegos, unos se fueron á unos valles y otros á otros. Si de ventura han quedado algunos, ternán sus campos y acequias para regar lo que siembran. Al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado entró en este reino hallóse el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador dél por su majestad, en la ciudad del Cuzco. Y como el mariscal don Diego de Almagro fuese á lo que apunté en el capítulo que trata de Riobamba, temiéndose el adelantado no quisiese ocupar alguna parte de la costa, abajando á estos llanos, determinó de poblar una ciudad en este valle. Y en aquel tiempo no estaba poblado Trujillo ni Arequipa ni Guamanga, ni las otras ciudades que después se fundaron. Y como el gobernador don Francisco Pizarro pensase hacer esta poblacion, después de haberse visto el valle de Sangalla y otros asientos desta costa, abajando un dia con algunos españoles por donde la ciudad está agora puesta, les pareció lugar convenible para ello y que tenia las calidades necesarias; y así, luego se hizo la traza y se edificó la ciudad en un campo raso deste valle, dos pequeñas leguas de la mar. Nace por encima della un rio á la parte de levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno va algo grande, y entra en la mar por la del poniente. La ciudad está asentada de tal manera, que nunca el sol toma al rio de través, sino que nace á la parte de la ciudad; la cual está tan junto al rio, que desde la plaza un buen bracero puede dar con una pequeña piedra en él, y por aquella parte no se puede alargar la ciudad para que la plaza pudiese quedar en comarca; antes de necesidad ha de quedar á una parte. Esta ciudad, después del Cuzco, es la mayor del todo el reino del Perú y la mas principal, y en ella hay muy buenas casas, y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaza es grande y las calles anchas, y por todas las mas de las casas pasan acequias, que es no poco contento; del agua dellas se sirven y riegan sus huertos y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos. Está en este tiempo asentada en esta ciudad la corte y chancillería real; por lo cual, y porque la contratacion de todo el reino de Tierra-Firme está en ella, hay siempre mucha gente y grandes y ricas tiendas de mercaderes. Y en el año que yo salí deste reino habia muchos vecinos de los que tenian encomienda de indios, tan ricos y prósperos, que valian sus haciendas á ciento y cincuenta mil ducados, y á ochenta, y á sesenta, y á cincuenta, y algunos á mas y otros á menos. En fin, ricos y prósperos los dejé á todos los mas; y muchas veces salen navíos del puerto desta ciudad que llevan á ochocientos mil ducados cada uno, y algunos mas de un millon. Lo cual yo ruego al todopoderoso Dios que, como sea para su servicio y crecimiento de nuestra santa fe y salvacion de nuestras ánimas, él siempre lo lleve en crecimiento. Por encima de la ciudad, á la parte de oriente, está un grande y muy alto cerro, donde está puesta una cruz. Fuera de la ciudad, á una parte y á otra, hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados y palomares, y muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas, llenas de las frutas naturales de la tierra, y de higuerales, platanales, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas y las legumbres que se han traido de España; todo tan bueno y gustoso, que no tiene falta, antes digno por su belleza para dar gracias al gran Dios y Señor nuestro, que lo crió. Y cierto, para pasar la vida humana, cesando los escándalos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos; antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso. Otras particularidades della se pudieran decir; mas, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitan general en estos reinos, en nombre de su majestad el emperador don Cárlos, nuestro señor, año de nuestra reparacion de 1530 años.

CAPITULO LXXII.

Del valle de Pachacama y del antiquísimo templo que en él estuvo, y cómo fué reverenciado por los yungas.

Pasando de la ciudad de los Reyes por la misma costa, á cuatro leguas della está el valle de Pachacama, muy nombrado entre estos indios. Este valle es deleitoso y frutífero, y en él estuvo uno de los suntuosos templos que se vieron en estas partes; del cual dicen que, no embargante que los reyes ingas hicieron, sin el templo del Cuzco, otros muchos, y los ilustraron y acrecentaron con riqueza, ninguno se igualó con este de Pachacama; el cual estaba edificado sobre un pequeño cerro hecho á mano, todo de adobes y de tierra, y en lo alto puesto el edificio, comenzando desde lo bajo, y tenia muchas puertas, pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros. Dentro del templo donde ponian el ídolo estaban los sacerdotes, que no fingian poca santimonia. Y cuando hacian los sacrificios delante de la multitud del pueblo iban los rostros hácia las puertas del templo y las espaldas á la figura del ídolo, llevando los ojos bajos y llenos de gran temblor, y con tanta turbacion, segun publican algunos indios de los que hoy son vivos, que casi se podrá comparar con lo que se lee de los sacerdotes de Apolo cuando los gentiles aguardaban sus vanas respuestas. Y dicen mas, que delante de la figura deste demonio sacrificaban número de animales y alguna sangre humana de personas que mataban; y que en sus fiestas, las que ellos tenian por mas solenes, daba respuestas; y como eran oidas, las creian y tenian por de mucha verdad. Por los terrados deste templo y por lo mas bajo estaba enterrada gran suma de oro y plata. Los sacerdotes eran muy es-

timados, y los señores y caciques los obedecian en muchas cosas de las que ellos mandaban; y es fama que habia junto al templo hechos muchos y grandes aposentos para los que venian en romería, y que á la redonda dél no se permitia enterrar ni era digno de tener sepultura, sino eran los señores ó sacerdotes ó los que venian en romería y á traer ofrendas al templo. Cuando se hacian las fiestas grandes del año era mucha la gente que se juntaba, haciendo sus juegos con sones de instrumentos de música de la que ellos tienen. Pues como los ingas, señores tan principales, señoreasen el reino y llegasen á este valle de Pachacama, y tuviesen por costumbre mandar por toda la tierra que ganaban que se hiciesen templos y adoratorios al sol, viendo la grandeza deste templo y su grande antigüedad, y la autoridad que tenia con todas las gentes de las comarcas, y la mucha devocion que á él todos mostraban, pareciéndoles que con gran dificultad lo podrian quitar, dicen que trataron con los señores naturales y con los ministros de su dios ó demonio que este templo de Pachacama se quedase con el autoridad y servicio que tenia, con tanto que se hiciese otro templo grande y que tuviese el mas eminente lugar para el sol; y siendo hecho como los ingas lo mandaron su templo del sol, se hizo muy rico y se pusieron en él muchas mujeres vírgines. El demonio Pachacama, alegre con este concierto, afirman que mostraba en sus respuestas gran contento, pues con lo uno y lo otro era él servido, y quedaban las ánimas de los simples malaventurados presas en su poder. Algunos indios dicen que en lugares secretos habla con los mas viejos este malvado demonio Pachacama; el cual, como ve que ha perdido su crédito y autoridad, y que muchos de los que le solian servir tienen ya opinion contraria, conociendo su error, les dice que el Dios que los cristianos predican y él son una cosa, y otras palabras dichas de tal adversario; y con engaños y falsas aparencias procura estorbar que no reciban agua del baptismo; para lo cual es poca parte, porque Dios, doliéndose de las ánimas destos pecadores, es servido que muchos vengan á su conocimiento y se llamen hijos de su Iglesia; y así, cada dia se baptizan. Y estos templos todos están deshechos y ruinados de tal manera, que lo principal de los edificios falta; y á pesar del demonio, en el lugar donde él fué tan servido y adorado está la cruz, para mas espanto suyo y consuelo de los fieles. El nombre deste demonio queria decir hacedor del mundo, porque camac quiere decir hacedor, y pacha, mundo. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro (permitiéndolo Dios) prendió en la provincia de Caxamalca á Atabaliba, teniendo gran noticia deste templo y de la mucha riqueza que en él estaba, envió al capitan Hernando Pizarro, su hermano, con copia de españoles, para que llegasen á este valle y sacasen todo el oro que en el maldito templo hubiese, con lo cual diese la vuelta á Caxamalca. Y aunque el capitan Hernando Pizarro procuró con diligencia llegar á Pachacama, es público entre los indios que los principales y los sacerdotes del templo habian sacado mas de cuatrocientas cargas de oro, lo cual nunca ha parecido, ni los indios que hoy son vivos saben dónde está, y todavía halló Hernando Pizarro (que fué, como digo, el primer capitan español que en él entró) alguna cantidad de oro y plata. Y andando los tiempos, el capitan Rodrigo Orgoñez y Francisco de Godoy y otros sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos, y aun se presume y tiene por cierto que hay mucho mas; pero, como no se sabe dónde está enterrado, se pierde, y si no fuere acaso hallarse, poco se cobrará. Desde el tiempo que Hernando Pizarro y los otros cristianos entraron en este templo, se perdió y el demonio tuvo poco poder, y los ídolos que tenia fueron destruidos, y los edificios y templo del sol por el consiguiente se perdió, y aun la mas desta gente falta; tanto, que muy pocos indios han quedado en él. Es tan vicioso y lleno de arboledas como sus comarcanos, y en los campos deste valle se crian muchas vacas y otros ganados y yeguas, de las cuales salen algunos caballos buenos.

CAPITULO LXXIII.

De los valles que hay desde Pachacama hasta llegar á la fortaleza del Guarco, y de una cosa notable que en este valle se hace.

Deste valle de Pachacama, donde estaba el templo ya dicho, se va hasta llegar al de Chilca, donde se ve una cosa que es de notar por ser muy extraña, y es, que ni del cielo se ve caer agua ni por él pasa rio ni arroyo, y está lo mas del valle lleno de sementeras de maíz y de otras raíces y árboles de frutas. Es cosa notable de oir lo que en este valle se hace, que, para que tenga la humidad necesaria, los indios hacen unas hoyas anchas y muy hondas, en las cuales siembran y ponen lo que tengo dicho; y con el rocío y humidad es Dios servido que se crie, pero el maíz por ninguna forma ni via podria nacer ni mortificarse el grano, si con cada uno no echasen una ó dos cabezas de sardina de las que toman con sus redes en la mar; y así, al sembrar, las ponen y juntan con el maíz en el propio hoyo que hacen para echar los granos, y desta manera nace y se da en abundancia. Cierto es cosa notable y nunca vista que en tierra donde ni llueve ni cae sino algun pequeño rocío puedan gentes vivir á su placer. El agua que beben los deste valle la sacan de grandes y hondos pozos. Y en este paraje, en la mar matan tantas sardinas, que basta para mantenimiento destos indios y para hacer con ellas sus sementeras. Y hubo en él aposentos y depósitos de los ingas, para estar cuando andaban visitando las provincias de su reino. Tres leguas mas adelante de Chilca está el valle de Mala, que es adonde el demonio, por los pecados de los hombres, acabó de meter el mal en esta tierra que habia comenzado, y se confirmó la guerra entre los dos gobernadores, don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro, pasando primero grandes trances y acaecimientos, porque dejaron el negocio del debate (que era sobre en cuál de las gobernaciones caia la ciudad del Cuzco) en manos y poder de fray Francisco de Bobadilla, fraile de la órden de nuestra Señora de la Merced; y habiendo tomado juramento solemne á los unos capitanes y á los otros, los dos adelantados Pizarro y Almagro se vieron, y de las vistas no resultó mas de se volver con gran disimulacion don Diego de Almagro á poder de su gente y capitanes, y el juez árbitro Bobadilla sentenció los debates, y declaró lo que yo escribo en la cuarta parte

desta historia, en el primer libro, de la guerra de las Salinas. Por este valle de Mala pasa un rio muy bueno, lleno de espesas arboledas y florestas. Adelante deste valle de Mala, poco mas de cinco leguas, está el del Guarco, bien nombrado en este reino, grande y muy ancho, y lleno de arboledas de frutales. Especialmente hay en él cantidad de guayabas muy olorosas y gustosas y mayor de guabas. El trigo y maíz se da bien, y todas las mas cosas que siembran, así de las naturales como de lo que plantan de los árboles de España. Hay, sin esto, muchas palomas, tórtolas y otros géneros de pájaros. Y las florestas y espesuras que hace el valle son muy sombrías; por debajo dellas pasan las acequias. En este valle dicen los moradores que hubo en los tiempos pasados gran número de gentes, y que competian con los de la sierra y con otros señores de los llanos. Y que como los ingas viniesen conquistando y haciéndose señores de todo lo que vian, no queriendo estos naturales quedar por sus vasallos, pues sus padres los habian dejado libres, se mostraron tan valerosos, que sostuvieron la guerra y la mantuvieron con no menos ánimo que virtud mas tiempo de cuatro años, en el discurso de los cuales pasaron entre unos y otros cosas notables, á lo que dicen los orejones del Cuzco y ellos mismos, segun se trata en la segunda parte. Y como la porfía durase, no embargante que el Inga se retiraba los veranos al Cuzco por causa del calor, sus gentes trataron la guerra, que, por ser larga, y el rey inga haber tomado voluntad de la llegar al cabo, abajando con la nobleza del Cuzco, edificó otra nueva ciudad, á la cual nombró Cuzco, como á su principal asiento. Y cuentan asimismo que mandó que los barrios y collados tuviesen los nombres propios que tenian los del Cuzco; durante el cual tiempo, después de haber los del Guarco y sus valedores hecho hasta lo último que pudieron, fueron vencidos y puestos en servidumbre del rey tirano; y que no tenia otro derecho á los señoríos que adquiria mas que la fortuna de la guerra. Y habiéndole sido próspera, se volvió con su gente al Cuzco, perdiéndose el nombre de la nueva poblacion que habian hecho. No embargante que por triunfo de su vitoria mandó edificar en un collado alto del valle la mas agraciada y vistosa fortaleza que habia en todo el reino del Perú, fundada sobre grandes losas cuadradas, y las portadas muy bien hechas y los recebimientos y patios grandes. De lo mas alto desta casa real abajaba una escalera de piedra que llegaba hasta la mar; tanto, que las mismas ondas della baten en el edificio con tan grande ímpetu y fuerza, que pone grande admiracion pensar cómo se pudo labrar de la manera tan prima y fuerte que tiene. Estaba en su tiempo esta fortaleza muy adornada de pinturas, y antiguamente habia mucho tesoro en ella de los reyes ingas. Todo el edificio desta fuerza, aunque es tanto como tengo dicho, y las piedras muy grandes, no se parece mezcla ni señal de cómo las piedras encajan unas en otras y están tan apegadas, que á mala vez se parece la juntura. Cuando este edificio se hizo, dicen que, llegando á lo interior de la peña con sus picos y herramientas, hicieron concavidades, en las cuales habiendo socavado, ponian encima grandes losas y piedras; de manera que con tal cimiento quedó el edificio tan fuerte. Y cierto, para ser obra hecha por estos indios, es digna de loor y que causa á los que la ven admiracion; aunque está desierta y ruinada, se ve haber sido lo que dicen en lo pasado. Y donde es este fortaleza y lo que ha quedado de la del Cuzco, me parece á mí que se debía mandar so graves penas que los españoles ni los indios no acabasen de deshacerlas, porque estos dos edificios son los que en todo el Perú parecen fuertes y mas de ver, y aun, andando los tiempos, podrian aprovechar para algunos efetos.

CAPITULO LXXIV.

De la gran provincia de Chincha, y cuánto fué estimada en los tiempos antiguos.

Adelante de la fortaleza del Guarco, poco mas de dos leguas, está un rio algo grande, á quien llaman de Lunaguana, y el valle que hace, por donde pasa su corriente, es de la natura de los pasados. Seis leguas deste rio de Lunaguana está el hermoso y grande valle de Chincha, tan nombrado en todo el Perú como temido antiguamente por los mas de los naturales. Lo cual se cree que sería así, pues sabemos que cuando el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros descubrió la costa deste reino, por toda ella le decian que fuese á Chincha, que era la mayor y mejor de todo. Y así, como cosa tenida por tal, sin saber los secretos de la tierra, en la capitulacion que hizo con su majestad pidió por términos de su gobernacion desde Tempulla ó el rio de Santiago hasta este valle de Chincha. Queriendo saber el orígen destos indios de Chincha y de dónde vinieron á poblar en este valle, dicen que cantidad dellos salieron en los tiempos pasados debajo de la bandera de un capitan esforzado, dellos mismos, el cual era muy dado al servicio de sus religiones, y que, con buena maña que tuvo, pudo llegar con toda su gente á este valle de Chincha, adonde hallaron mucha gente, y todos de tan pequeños cuerpos, que el mayor tenia poco mas que dos codos; y que mostrándose esforzados, y estos naturales cobardes y tímidos, les tomaron y ganaron su señorío; y afirmaron mas, que todos los naturales que quedaron se fueron consumiendo, y que los abuelos de los padres, que hoy son vivos, vieron en algunas sepulturas los huesos suyos, y ser tan pequeños como se ha dicho. Y como estos indios así quedasen por señores del valle, y fuese tan fresco y abundante, cuentan que hicieron sus pueblos concertados; y dicen mas, que por una peña oyeron cierto oráculo, y que todos tuvieron al tal lugar por sagrado, al cual llaman Chincha y Camay. Y siempre le hicieron sacrificios, y el demonio hablaba con los mas viejos, procurando de los tener tan engañados como tenia á los demás. En este tiempo los caciques principales deste valle, con otros muchos indios, se han vuelto cristianos, y hay en él fundado monesterio del glorioso santo Domingo. Volviendo al propósito, afirman que crecieron tanto en poder y en gente estos indios, que los mas de los valles comarcanos procuraron de tener con ellos confederacion y amistad á gran ventaja y honor suyo; y que, viéndose tan poderosos, en tiempo que los primeros ingas entendian en la fundacion del Cuzco acordaron de salir con sus armas á robar las provincias de las sierras, y así dicen que lo

pusieron por obra, y que hicieron gran daño en los soras y lucanes, y que llegaron hasta la gran provincia de Collao. De donde, después de haber conseguido muchas victorias y habido grandes despojos, dieron la vuelta á su valle; donde estuvieron ellos y sus descendientes dándose á sus placeres y pasatiempos con muchedumbre de mujeres, usando y guardando los ritos y costumbres que los demás. Y tanta fué la gente que habia en este valle, que muchos españoles dicen que cuando se ganó por el Marqués y ellos este reino, habia mas de veinte y cinco mil hombres, y agora creo yo que no hay cabales cinco mil: tantos han sido los combates y fatigas que han tenido. El señorío destos fué siempre seguro y próspero, hasta que el valeroso inga Yupangue extendió su señorío tanto, que superó la mayor parte deste reino, y deseando tener mando sobre los señores de Chincha, envió un capitan suyo de su linaje, llamado Capainga Yupangue, el cual con ejército de muchos orejones y otras gentes llegó á Chincha, donde tuvo con los naturales algunos recuentros, y no pudiendo del todo sojuzgarlos, pasó adelante. En tiempo de Topainga Yupangue, padre de Guaynacapa, concluyen en decir que hubieron al cabo de quedar por sus súbditos, y desde aquel tiempo tomaron leyes de los señores ingas, gobernándose los pueblos del valle por ellas, y se hicieron grandes y suntuosos aposentos para los reyes, y muchos depósitos donde ponian los mantenimientos y provisiones de la guerra; y puesto que los ingas no privaron del señorío á los caciques y principales, pusieron su delegado ó mayordomo mayor en el valle, y mandaron que adorasen al sol, á quien ellos tenian por Dios; y así, se hizo en este valle templo del sol. En el cual se pusieron la cantidad de vírgines que se ponian en otros del reino, y con los ministros del templo para celebrar sus fiestas y hacer sus sacrificios; y no embargante que se hiciese este templo del sol tan principal, los naturales de Chincha no dejaron de adorar tambien en su antiguo templo de Chinchaycama. Tambien tuvieron los reyes ingas en este gran valle sus mitimaes, y mandaron que en algunos meses del año residiesen los señores en la corte del Cuzco, y en las guerras que se hicieron en tiempo de Guaynacapa se halló en las mas dellas el señor de Chincha, que hoy es vivo, hombre de gran razon y de buen entendimiento, para ser indio.

Este valle es uno de los mayores de todo el Perú, y es cosa hermosa de ver sus arboledas y acequias y cuántas frutas hay por todo él, y cuán sabrosos y olorosos pepinos, no de la naturaleza de los de España, aunque en el talle les parecen algo, porque los de acá son amarillos quitándoles la cáscara, y tan gustosos, que cierto ha menester comer muchos un hombre para quedar satisfecho. Por las florestas hay de las aves y pájaros en otras partes referidos. De las ovejas desta tierra casi no hay ninguna, porque las guerras de los cristianos que unos con otros tuvieron acabaron las muchas que tenian. Tambien se da en este valle mucho trigo, y se crian los sarmientos de viñas que han plantado, y se dan todas las mas cosas que de España ponen.

Habia en este valle grandísima cantidad de sepulturas hechas por los altos y secadales del valle. Muchas dellas abrieron los españoles y sacaron gran suma de oro. Usaron estos indios de grandes bailes, y los señores andaban con gran pompa y aparato, y eran muy servidos por sus vasallos. Como los ingas los señorearon, tomaron dellos muchas costumbres, y usaron su traje, imitándoles en otras cosas que ellos mandaban, como únicos señores que fueron. Haberse apocado la mucha gente deste gran valle halo causado las guerras largas que hubo en este Perú, y sacar para llevarlos cargados muchas veces (segun es público) gran cantidad dellos.

CAPITULO LXXV.

De los mas valles que hay hasta llegar á la provincia de Tarapaca.

De la hermosa provincia de Chincha, caminando por los llanos y arenales, se va al fresco valle de Ica, que no fué menos grande y poblado que los demás. Pasa por él un rio, el cual, en algunos meses del año, al tiempo que en la serranía es verano, lleva tan poca agua, que sienten falta della los moradores deste valle. En el tiempo que estaban en su prosperidad, antes que fuesen subjetados por los españoles, cuando gozaban del gobierno de los ingas, demás de las acequias con que regaban el valle, tenian una muy mayor que todas, traida con grande órden de lo alto de las sierras, de tal manera, que pasaban sin echar menos el rio. Agora en este tiempo, cuando tienen falta y el acequia grande está deshecha, por el mismo rio hacen grandes pozas á trechos, y el agua queda en ellas, de que beben y llevan acequias pequeñas para riego de sus sementeras. En este valle de Ica hubo antiguamente grandes señores, y fueron muy temidos y obedecidos. Los ingas mandaron hacer en él sus palacios y depósitos, y usaron de las costumbres que he puesto tener los de atrás. Y así, enterraban con sus difuntos mujeres vivas y grandes tesoros. Hay en este valle grandes espesuras de algarrobales y muchas arboledas de frutas de las ya escriptas, y venados, palomas, tórtolas y otras cazas; críanse muchos potros y vacas. Deste valle de Ica se camina hasta verse los lindos valles y rios de la Nasca. Los cuales fueron asimismo en los tiempos pasados muy poblados, y los rios regaban los campos de los valles con la órden y manera ya puesta. Las guerras pasadas consumieron con su crueldad (segun es público) todos estos pobres indios. Algunos españoles de crédito me dijeron que el mayor daño que á estos indios les vino para su destruicion fué por el debate que tuvieron los dos gobernadores Pizarro y Almagro sobre los límites y términos de sus gobernaciones, que tan caro costó, como verá el lector en su lugar.

En el principal valle destos de la Nasca (que por otro nombre se llama Caxamalca) habia grandes edificios con muchos depósitos, mandados hacer por los ingas. Y de los naturales no tengo mas qué tratar de que tambien cuentan que sus progenitores fueron valientes para entre ellos, y estimados por los reyes del Cuzco. En las sepulturas y guacas suyas he oido que sacaron los españoles cantidad de tesoro. Y siendo estos valles tan fértiles como he dicho, se ha plantado en uno dellos gran cantidad de cañaverales dulces, de que hacen mu-

cho azúcar, y otras frutas que llevan á vender á las ciudades deste reino. Por todos estos valles y por los que se han pasado va de luengo el hermoso y gran camino de los ingas, y por algunas partes de los arenales se ven señales para que atinen el camino que han de llevar. Destos valles de la Nasca van hasta llegar al de Hacari, y adelante están Ocoña y Camaña y Quilca, en los cuales hay grandes rios. Y no embargante que en los tiempos presentes hay poca gente de los naturales, en los pasados hubo la que en todas partes destos llanos, y con las guerras y calamidades pasadas se fueron apocando, hasta quedar en lo que vemos. Cuanto á lo demás, son los valles frutíferos y abundantes, aparejados para criar ganados. Adelante deste valle de Quilca, que es el puerto de la ciudad de Arequipa, está el valle de Chuli y Tambopalla y el de Ilo. Mas adelante están los ricos valles de Tarapaca. Cerca de la mar, en la comarca destos valles, hay algunas islas bien pobladas de lobos marinos. Los naturales van á ellas en balsas, y de las rocas que están en sus altos traen gran cantidad de estiércol de las aves para sembrar sus maizales y mantenimientos, y hállanlo tan provechoso, que la tierra se para con ello muy gruesa y frutífera, siendo en la parte que lo siembran estéril; porque si dejan de echar deste estiércol, cogen poco maíz, y no podrian sustentarse si las aves, posándose en aquellas rocas de las islas de yuso dichas, no dejasen lo que después de cogido se tiene por estimado, y como tal contratan con ello, como cosa preciada, unos con otros.

Decir mas particularidades de las dichas en lo tocante á estos valles hasta llegar á Tarapaca, paréceme que importa poco, pues lo principal y mas substancial se ha puesto de lo que yo vi y pude alcanzar. Por tanto, concluyo en esto con que de los naturales han quedado pocos, y que antiguamente habia en todos los valles aposentos y depósitos como en los pasados que hay en los llanos y arenales. Y los tributos que daban á los reyes ingas, unos dellos los llevaban al Cuzco, otros á Hatuncolla, otros á Bilcas y algunos á Caxamalca; porque las grandezas de los ingas y las cabezas de las provincias, lo mas substancial era en la sierra.

En los valles de Tarapaca es cierto que hay grandes minas y muy ricas, y de plata muy blanca y resplandeciente. Adelante dellos, dicen los que han andado por aquellas tierras que hay algunos desiertos hasta que se llega á los términos de la gobernacion de Chile. Por toda esta costa se mata pescado, y alguno bueno, y los indios hacen balsas para sus pesquerías de grandes haces de avena ó de cueros de lobos marinos, que hay tantos en algunas partes, que es cosa de ver los bufidos que dan cuando están muchos juntos.

CAPITULO LXXVI.

De la fundacion de la ciudad de Arequipa, cómo fué fundada y quién fué su fundador.

Desde la ciudad de los Reyes hasta la de Arequipa hay ciento y veinte leguas. Esta ciudad está puesta y edificada en el valle de Quilca, catorce leguas de la mar, en la mejor parte y mas fresca que se halló conveniente para el edificar; y es tan bueno el asiento y temple desta ciudad, que se alaba por la mas sana del Perú y mas apacible para vivir. Dase en ella muy excelente trigo, del cual hacen pan muy bueno y sabroso. Desde el valle de Hacari para adelante, hasta pasar de Tarapaca, son términos suyos, y en la provincia de Condesuyo tiene asimismo algunos pueblos subjetos á sí, y algunos vecinos españoles tienen encomienda sobre los naturales dellos. Los hubinas y chiquiguanita y quimistaca y los collaguas son pueblos de los subjetos á esta ciudad, los cuales antiguamente fueron muy poblados, y poseian mucho ganado de sus ovejas. La guerra de los españoles consumió la mayor parte de lo uno y de lo otro. Los indios que eran serranos de las partes ya dichas adoraban al sol y enterraban á los principales en grandes sepulturas, de la manera que hacian los demás. Todos, unos y otros, andan vestidos con sus mantas y camisetas. Por las mas partes destas atravesaban caminos reales antiguos, hechos para los reyes, y habia depósitos y aposentos, y todos daban tributo de lo que cogian y tenian en sus tierras. Esta ciudad de Arequipa, por tener el puerto de la mar tan cerca, es bien proveida de los refrescos y mercaderías que traen de España, y la mayor parte del tesoro que sale de las Charcas viene á ella, desde donde lo embarcan en navíos que lo mas del tiempo hay en el puerto de Quilca, para volver á la ciudad de los Reyes. Algunos indios y cristianos dicen que por el paraje de Hacari, bien adentro en la mar, hay unas islas grandes y ricas, de las cuales publica la fama que se traia mucha suma de oro para contratar con los naturales desta costa. En el año de 1550 salí yo del Perú, y habian los señores del audiencia real encargado al capitan Gomez de Solís el descubrimiento destas islas. Créese que serán ricas, si las hay. En lo tocante á la fundacion de Arequipa, no tengo que decir mas de que cuando se fundó fué en otro lugar, y por causas convenientes se pasó adonde agora está. Cerca della hay un volcan, que algunos temen no reviente y haga algun daño. En algunos tiempos hace en esta ciudad grandes temblores la tierra. La cual pobló y fundó el marqués don Francisco Pizarro, en nombre de su majestad, año de nuestra reparacion de 1530 años.

CAPITULO LXXVII.

En que se declara cómo adelante de la provincia de Guancabamba está la de Caxamalca, y otras grandes y muy pobladas.

Porque las mas provincias deste gran reino se imitaban los naturales dellas en tanta manera unos á otros, que se puede bien afirmar en muchas cosas parecer que todos eran unos; por tanto, brevemente toco lo que hay en algunas por haberlo escripto largo en las otras. Y pues ya he concluido lo mejor que he podido en lo de los llanos, volveré á lo de las sierras. Y para hacerlo, digo que en lo de atrás escrebí los pueblos y aposentos que habia de la ciudad de Quito hasta la de Loja y provincia de Guancabamba, donde paré por tratar la fundacion de San Miguel y lo demás que de suso he dicho. Y volviendo á este camino, me parece que habrá de Guancabamba á la provincia de Caxamalca cincuenta leguas, poco mas ó menos; la cual es término de la ciudad de Trujillo. Y fué ilustrada esta provincia por la prision de Atabaliba, y muy memorada en todo este

reino por ser grande y muy rica. Cuentan los moradores de Caxamalca que fueron muy estimados por sus comarcanos antes que los ingas los señoreasen, y que tenian sus templos y adoratorios por los altos de los cerros, y que puesto que anduviesen vestidos, no era tan primamente como lo fué después y lo es agora. Dicen unos de los indios que fué el primero que los sojuzgó inga Yupangue, otros dicen que no fué sino su hijo Topainga Yupangue. Cualquiera dellos que fuese, se afirma por muy averiguado que primero que quedase por señor de Caxamalca le mataron en las batallas que se dieron gran parte de su gente, y que mas por maña y buenas palabras, blandas y amorosas, que por fuerza, quedaron debajo de su señorío. Los naturales señores desta provincia fueron muy obedecidos de sus indios y tenian muchas mujeres. La una de las cuales era la mas principal, cuyo hijo, si lo habian, sucedia en el señorío. Y cuando fallecia, usaban lo que guardaban los demás señores y caciques pasados, enterrando consigo de sus tesoros y mujeres, y hacianse en estos tiempos grandes lloros continuos. Sus templos y adoratorios eran muy venerados, y ofrecian en ellos por sacrificio sangre de corderos y de ovejas, y decian que los ministros destos templos hablaban con el demonio. Y cuando celebraban sus fiestas se juntaban número grande de gente en plazas limpias y muy barridas, adonde se hacian los bailes y areitos, en los cuales no se gastaba poca cantidad de su vino, hecho de maíz y de otras raíces. Todos andan vestidos con mantas y camisetas ricas, y traen por señal en la cabeza, para ser conocidos dellos, unas hondas, y otros unos cordones á manera de cinta no muy ancha.

Ganada y conquistada esta provincia de Caxamalca por los ingas, afirman que la tuvieron en mucho y mandaron hacer en ella sus palacios, y edificaron templo para el servicio del sol, muy principal, y habia número grande de depósitos. Y las mujeres vírgines que estaban en el templo no entendian en mas que hilar y tejer ropa finísima, y tan prima cuanto aquí se puede encarecer; á las cuales daban las mejores colores y mas perfetas que se pudieran dar en gran parte del mundo. Y en este templo habia gran riqueza para el servicio dél. En algunos dias era visto el demonio por los ministros suyos, con el cual tenian sus pláticas y comunicaban sus cosas. Habia en esta provincia de Caxamalca gran cantidad de indios mitimaes, y todos obedecian al mayordomo mayor, que tenia cargo de proveer y mandar en los términos y destrito que le estaba asignado; porque, puesto que por todas partes y en los mas pueblos habia grandes depósitos y aposentos, aquí se venia á dar la cuenta, por ser la cabeza de las provincias á ella comarcanas y de muchos de los valles de los llanos. Y así, dicen que, no embargante que en los pueblos y valles de los arenales habia los templos y santuarios por mí escriptos, y otros muchos, de muchos dellos venian á reverenciar al sol y á hacer en su templo sacrificios. En los palacios de los ingas habia muchas cosas que ver, especialmente unos baños muy buenos, adonde los señores y principales se bañaban estando aquí aposentados. Ya ha venido en gran diminucion ésta provincia; porque, muerto Guaynacapa, rey natural destos reinos, en el propio año y tiempo que el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, por la voluntad de Dios, merecieron descobrir tan próspero reino, donde, luego que en el Cuzco se supo, el primogénito y universal heredero Guascar, su hijo mayor y habido en su legítima mujer la Coya, que es nombre de reina y de señora la mas principal, tomó la borla y corona de todo el imperio, y envió por todas partes sus mensajeros para que por fin y muerte de su padre le obedeciesen y tuviesen por único señor. Y como en la conquista del Quito se hubiese hallado en la guerra con Guaynacapa el gran capitan Chalicuchima y el Quizquiz, Inclagualpac y Orumimavi, y otros que para entre ellos se tenian por muy famosos, habian platicado de hacer otro nuevo Cuzco en el Quito y en las provincias que caen á la parte del norte, para que fuese reino dividido y apartado del Cuzco, y tomar por señor á Atabaliba, noble mancebo y muy entendido y avisado, y que estaba bienquisto de todos los soldados y capitanes viejos, porque habia salido de la ciudad del Cuzco con su padre, de tierna edad, y andado grandes tiempos en su ejército. Y aun muchos indios dicen tambien que el mismo Guaynacapa, antes de su muerte, conociendo que el reino que dejaba era tan grande, que tenia de costa mas de mil leguas, y que por la parte de los quillacingas y popayaenses habia otra gran tierra, determinó de lo dejar por señor de lo de Quito y sus conquistas. Como quiera que sea, de la una manera ó de la otra, entendido por Atabaliba y los de su bando cómo Guascar queria que le diesen la obediencia, se pusieron en armas; aunque primero, por astucia del capitan Atoco, se afirma que Atabaliba fué preso en la provincia de Tumebamba, donde tambien dicen que con ayuda de una mujer Atabaliba se soltó, y llegado á Quito, hizo junta de gente, y dió en los pueblos de Ambato batalla campal al capitan Atoco, en la cual fué muerto, y vencida la parte del rey Guascar, segun que mas largamente tengo escripto en la tercera parte desta obra, que es donde se trata del descubrimiento y conquista deste reino. Sabida pues en el Cuzco la muerte de Atoco, salieron por mandado del rey Guascar los capitanes Guancauque y Ingaroque con gran número de gente, y tuvieron grandes guerras con Atabaliba por constreñirle á que diese obediencia al rey natural Guascar. Y él, no solamente por no se la dar, pero por quitarle el señorío y reinado y haberlo para sí, procuraba llegar gentes y buscar favores. De manera que sobre esto hubo grandes contiendas, y murieron en las guerras y batallas (á lo que se afirma por cierto entre los mismos indios) mas de cien mil hombres, porque luego hubo entre todos parcialidades y division, yendo siempre Atabaliba vencedor. El cual llegó con su gente á la provincia de Caxamalca (que es causa por que trato aquí esta historia), adonde supo lo que ya habia oido de las nuevas gentes que habian entrado en el reino, y que ya estaban cerca dél. Y teniendo por cierto que le seria muy fácil prenderlos para los tener por sus siervos, mandó al capitan Chalicuchima que con grande ejército fuese al Cuzco y procurase de prender ó matar á su enemigo. Y así ordenado, quedándose él en Caxamalca, llegó el gobernador don Francisco Pizarro, y después de pasadas las

cosas y sucesos que se cuentan en la parte arriba dicha, se dió el recuentro entre el poder de Atabaliba y los españoles, que no fueron mas de ciento y sesenta; en el cual murieron cantidad de indios, y Atabaliba fué preso. Con estos debates, y con el tiempo largo que estuvieron los cristianos españoles en Caxamalca, quedó tal, que no la juzgaban por mas que el nombre, y cierto en ella se hizo gran daño. Después se tornó á conservar algun tanto; mas, como nunca, por nuestros pecados, han faltado guerras y calamidades, no ha tornado ni tornará á ser lo que era. Por encomienda la tiene el capitan Melchior Verdugo, vecino que es de la ciudad de Trujillo. Todos los edificios de los ingas y depósitos están, como los demás, deshechos y muy ruinados.

Esta provincia de Caxamalca es fertilísima en gran manera; porque en ella se da trigo tan bien como en Sicilia y se crian muchos ganados, y hay abundancia de maíz y otras raíces provechosas, y de todas las frutas que he dicho haber en otras partes. Hay, sin esto, halcones y muchas perdices, palomas, tórtolas y otras cazas. Los indios son de buena manera, pacíficos, y unos entre otros tienen entre sus costumbres algunas buenas para pasar esta vida sin necesidad; y danse poco por honra; y así, no son ambiciosos por haberla; y á los cristianos que pasan por su provincia los hospedan y dan bien de comer, sin les hacer enojo ni mal, aunque sea uno solo el que pasare. Destas cosas y otras alaban mucho á estos indios de Caxamalca los españoles que en ellos han estado muchos dias. Y son de grande ingenio para sacar acequias y para hacer casas, y cultivar las tierras y criar ganados, y labrar plata y oro muy primamente. Y hacen por sus manos tan buena tapicería como en Flándes, de la lana de sus ganados, y tan de ver, que parece la trama della toda seda, siendo tan solamente lana. Las mujeres son amorosas, y algunas hermosas. Andan vestidas muchas dellas al uso de las pallas del Cuzco. Sus templos y guacas ya están deshechos, y quebrados los ídolos; y muchos se han vuelto cristianos; y siempre están entre ellos clérigos ó frailes dotrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica. Hubo siempre en la comarca y término desta provincia de Caxamalca ricas minas de metales.

CAPITULO LXXVIII.

De la fundacion de la ciudad de la Frontera, y quién fué el fundador, y de algunas costumbres de los indios de su comarca.

Antes de llegar á esta provincia de Caxamalca sale un camino, que tambien fué mandado hacer por los reyes ingas, por el cual se iba á las provincias de los Chachapoyas. Y pues en la comarca dellos está poblada la ciudad de la Frontera, será necesario contar su fundacion; de donde pasaré á tratar lo de Guanuco. Tengo entendido y sabido por muy cierto que antes que los españoles ganasen ni entrasen en este reino del Perú, los ingas, señores naturales que fueron dél, tuvieron grandes guerras y conquistas; y los indios chachapoyanos fueron por ellos conquistados, aunque primero, por defender su libertad y vivir con tranquilidad y sosiego, pelearon de tal manera, que se dice poder tanto, que el Inga huyó feamente. Mas, como la potencia de los ingas fuese tanta, y los Chachapoyas tuviesen pocos favores, hubieron de quedar por siervos del que queria ser de todos monarca. Y así, después que tuvieron sobre sí el mando real del Inga, fueron muchos al Cuzco por su mandado; adonde les dió tierras para labrar y lugares para casas no muy léjos de un collado que está pegado á la ciudad, llamado Carmenga. Y porque del todo no estaban pacíficas las provincias de la serranía confinantes á los Chachapoyas, los ingas mandaron con ellos y con algunos orejones del Cuzco hacer frontera y guarnicion, para tenerlo todo seguro. Y por esta causa tenian gran proveimiento de armas de todas las que ellos usan, para estar apercebidos á lo que sucediese. Son estos indios naturales de Chachapoyas los mas blancos y agraciados de todos cuantos yo he visto en las Indias que he andado, y sus mujeres fueron tan hermosas, que por solo su gentileza muchas dellas merecieron serlo de los ingas y ser llevadas á los templos del sol; y así, vemos hoy dia que las indias que han quedado deste linaje son en extremo hermosas, porque son blancas y muchas muy dispuestas. Andan vestidas ellas y sus maridos con ropa de lana, y por las cabezas usan ponerse sus llantos, que son la señal que traen para ser conoscidos en toda parte. Después que fueron subjetados por los ingas, tomaron dellos leyes y costumbres, con que vivian, y adoraban al sol y á otros dioses, como los demás; y así, debian hablar con el demonio y enterrar sus difuntos como ellos, y les imitaban en otras costumbres.

En los pueblos desta provincia de los Chachapoyas entró el mariscal Alonso de Albarado siendo capitan del marqués don Francisco Pizarro. El cual, después que hubo conquistado la provincia y puesto los indios naturales debajo del servicio de su majestad, pobló y fundó la ciudad de la Frontera en un sitio llamado Levanto, lugar fuerte y que con los picos y azadones se allanó para hacer la poblacion, aunque dende á pocos dias se pasó á otra provincia que llaman los Guancas, comarca que se tiene por sana. Los indios chachapoyas y estos guancas sirven á los vecinos desta ciudad que sobre ellos tienen encomienda, y lo mismo hace la provincia de Cascayunga y otros pueblos que dejo de nombrar por ir poco en ello. En todas estas provincias hubo grandes aposentos y depósitos de los ingas. Y los pueblos son muy sanos, y en algunos dellos hay ricas minas de oro. Andan los naturales todos vestidos, y sus mujeres lo mismo. Antiguamente tuvieron templos y sacrificaban á los que tenian por dioses, y poseyeron gran número de ganado de ovejas. Hacian rica y preciada ropa para los ingas, y hoy dia la hacen muy prima, y tapicería tan fina y vistosa, que es de tener en mucho por su primor. En muchas partes de las provincias dichas, subjetas á esta ciudad, hay arboledas y cantidad de frutas semejantes á las que ya se han contado otras veces, y la tierra es fértil y el trigo y cebada se da bien, y lo mismo hacen parras de uvas y higueras y otros árboles de fruta que de España han plantado. En las costumbres, cerimonias y entierros y sacrificios, puédese decir destos lo que se ha escripto de los demás, porque tambien se enterraban en grandes sepulturas, acompañados de sus mujeres

y riqueza. A la redonda de la ciudad tienen los españoles sus estancias con sus granjerías y sementeras, donde cogen gran cantidad de trigo y se dan bien las legumbres de España. Por la parte de oriente desta ciudad pasa la cordillera de los Andes; al poniente está la mar del Sur. Y pasado el monte y espesura de los Andes está Moyobamba y otros rios muy grandes, y algunas poblaciones de gentes de menos razon que estos de que voy tratando, segun que diré en la conquista que hizo el capitan Alonso de Albarado en estas Chachapoyas, y Juan Perez de Guevara en las provincias que están metidas en los montes. Y tiénese por cierto que por esta parte la tierra adentro están poblados los decendientes del famoso capitan Ancoallo; el cual, por la crueldad que los capitanes generales del Inga usaron con él, desnaturándose de su patria, se fué con los chancas que le quisieron seguir, segun trataré en la segunda parte. Y la fama cuenta grandes cosas de una laguna donde dicen que están los pueblos destos.

En el año del Señor de 1550 años llegaron á la ciudad de la Frontera (siendo en ella corregidor el noble caballero Gomez de Albarado) mas de docientos indios, los cuales contaron que habia algunos años que, saliendo de la tierra donde vivian número grande de gente dellos, atravesaron por muchas partes y provincias, y que tanta guerra les dieron, que faltaron todos, sin quedar mas de los que dijo. Los cuales afirman que á la parte de levante hay grandes tierras, pobladas de mucha gente, y algunas muy ricas de metales de oro y plata; y estos, con los demás que murieron, salieron á buscar tierras para poblar, segun oí. El capitan Gomez de Albarado y el capitan Juan Perez de Guevara y otros han procurado haber la demanda y conquista de aquella tierra, y muchos soldados aguardaban al señor Visorey para seguir al capitan que llevase poder de hacer el descubrimiento. Pobló y fundó la ciudad de la Frontera de los Chachapoyas el capitan Alonso de Albarado en nombre de su majestad, siendo su gobernador del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de nuestra reparacion de 1536 años.

CAPITULO LXXIX.

Que trata la fundacion de la ciudad de Leon de Guanuco, y quién fué el fundador della.

Para decir la fundacion de la ciudad de Leon de Guanuco, es de saber que cuando el marqués don Francisco Pizarro fundó en los llanos y arenales la rica ciudad de los Reyes, todas las provincias que están sufraganas en estos tiempos á esta ciudad sirvieron á ella, y los vecinos de los Reyes tenian sobre los caciques encomienda. Y como Illatopa el tirano, con otros indios de su linaje y sus allegados, anduviese dando guerra á los naturales desta comarca y ruinase los pueblos, y los repartimientos fuesen demasiados, y estuviesen muchos conquistadores sin tener encomienda de indios, queriendo el Marqués tirar inconvenientes y gratificar á estos tales, dando tambien indios á algunos españoles de los que habian seguido al adelantado don Diego de Almagro, á los cuales procuraba atraer á su amistad, deseando contentar á los unos y á los otros, pues habian trabajado y servido á su majestad, tuviesen algun provecho en la tierra. Y no embargante que el cabildo de la ciudad de los Reyes procuró con protestaciones y otros requerimientos estorbar lo que se hacia en daño de su república, el Marqués, nombrando por su teniente al capitan Gomez de Albarado, hermano del adelantado don Pedro de Albarado, le mandó que fuese con copia de españoles á poblar una ciudad en las provincias del nombrado Guanuco. Y así, Gomez de Albarado se partió, y después de haber pasado con los naturales algunas cosas, en la parte que le pareció fundó la ciudad de Leon de Guanuco, á la cual dió luego nombre de república, señalando los que pareció convenientes para el gobierno della. Hecho esto, y pasados algunos años, se despobló la nueva ciudad por causa del alzamiento que hicieron los naturales de todo lo mas del reino; y á cabo de algunos dias Pedro Barroso tornó á reedificar esta ciudad; y última vez, con poderes del licenciado Cristóbal Vaca de Castro, después de pasada la cruel batalla de Chupas, Pedro de Puelles fué á entender en las cosas della y se acabó de asentar, porque Juan de Varagas y otros habian preso al tirano Illatopa. De manera que aunque ha habido lo que se ha escripto, podré decir haber sido el fundador Gomez de Albarado, pues dió nombre á la ciudad, y si se despobló fué por necesidad mas que por voluntad, y con tenerla para volverse los vecinos españoles á sus casas. El cual la pobló y fundó en nombre de su majestad, con poder del marqués don Francisco Pizarro, su gobernador y capitan general en este reino, año del Señor de 1539 años.

CAPITULO LXXX.

Del asiento desta ciudad y de la fertilidad de sus campos, y costumbres de los naturales, y de un hermoso aposento ó palacio de Guanuco, edificio de los ingas.

El sitio desta ciudad de Leon de Guanuco es bueno y se tiene por muy sano, y alabado por pueblo donde hace muy templadas noches y mañanas, y adonde, por su buen temple, los hombres viven sanos. Cógese en ella trigo en gran abundancia y maiz. Danse viñas, críanse higuerales, naranjos, cidras, limones y otras frutas de las que se han plantado de España, y de las frutas naturales de la tierra hay muchas y muy buenas, y todas las legumbres que de España han traido; sin esto, hay grandes platanales; de manera que él es buen pueblo, y se tiene esperanza que será cada dia mejor. Por los campos se crian gran cantidad de vacas, cabras, yeguas y otros ganados; hay muchas perdices, tórtolas, palomas y otras aves, y halcones para volarlas. En los montes tambien hay algunos leones, y osos muy grandes y otros animales, y por los mas de los pueblos que son subjetos á esta ciudad atraviesan caminos reales, y habia depósitos y aposentos de los ingas, muy bastecidos. En lo que llaman Guanuco habia una casa real de admirable edificio, porque las piedras eran grandes y estaban muy polidamente asentadas. Este palacio ó aposento era cabeza de las provincias comarcanas á los Andes, y junto á él habia templo del sol con número de vírgines y ministros; y fué tan gran cosa en tiempo de los ingas, que habia á la contina para solamente servicio dél mas de treinta mil indios. Los mayordo-

mos de los ingas tenian cuidado de cobrar los tributos ordinarios, y las comarcas acudian con sus servicios á este palacio. Cuando los reyes ingas mandaban que paresciesen personalmente los señores de las provincias en la corte del Cuzco, lo hacian. Cuentan que muchas destas naciones fueron valientes y robustas, y que antes que los ingas los señoreasen, se dieron entre unos y otros muchas y muy crueles batallas, y que en las mas partes tenian los pueblos derramados, y tan desviados, que los unos no sabian por entero de los otros, sino era cuando se juntaban á sus congregaciones y fiestas. Y en los altos edificaban sus fuerzas y fortalezas, de donde se daban guerra los unos á los otros por causas muy livianas. Y los templos suyos estaban en lugares convenientes para hacer sus sacrificios y supersticiones; oian en algunos dellos respuesta del demonio, que se comunicaba con los que para aquella religion estaban señalados. Creian la inmortalidad del ánima debajo de la ceguedad general de todos. Estos indios son de buena razon, y la dan de sí á todo lo que les preguntan y dellos quieren saber. Los señores naturales destos pueblos, cuando fallecian no los metian solo en las sepulturas, antes los acompañaban de mujeres vivas de las mas hermosas, como todos los demás usaban. Y estando estos muertos, sus ánimas fuera de los cuerpos, están estas mujeres que con ellos entierran aguardando la hora espantosa de la muerte, tan temerosa de pasar, para irse á juntar con el muerto, metidas en las grandes bóvedas que hacen en las sepulturas; teniendo por gran felicidad y bienaventuranza ir juntas con su marido ó señor, creyendo que luego habian de entender en servillo de la manera que acostumbraban en el mundo. Y por esta causa les parescia que la que presto pasase desta vida, mas en breve se veria en la otra con el señor ó marido suyo. Esta costumbre procede de lo que otras veces tengo dicho, que es ver (á lo que ello dicen) aparencias del demonio por los heredamientos y sementeras, que demuestra ser los señores que ya eran muertos, acompañados de sus mujeres y de lo que mas con ellos metieron en las sepulturas. Entre estos indios habia algunos que eran agoreros y miraban en las señales de estrellas.

Señoreadas estas gentes por los ingas, guardaron y mantuvieron las costumbres y ritos dellos, y hicieron sus pueblos ordenados, y en cada uno habia depósitos y aposentos reales, y usaron de mas policía en el traje y ornamento suyo, y hablaban la lengua general del Cuzco, conforme á la ley y edictos de los reyes, que mandaban que todos sus súbditos la supiesen y hablasen. Los conchucos y la gran provincia de Guaylos, Tamara y Bombon, y otros pueblos mayores y menores, sirven á esta ciudad de Leon de Guanuco, y son todos fertilísimos de mantenimientos, y hay muchas raíces gustosas y provechosas para la humana sustentacion. Habia en los tiempos pasados tan gran cantidad de ganado de ovejas y carneros, que no tienen cuenta; mas las guerras lo acabaron en tanta manera, que desta muchedumbre que habia ha quedado tan poco, que si no lo guardan los naturales para hacer sus ropas y vestidos de su lana, se verán en trabajo. Las casas destos indios, y aun las de todos los mas son de piedra y la cobertura de paja. Por las cabezas traen todos sus cordones y señales para ser conocidos. El pecado nefando (aunque el demonio ha tenido sobre ellos gran poder) no he oido que lo usasen. Verdad es que, como suele ser en todas partes, no dejará de haber algunos malos; mas estos tales, si los conocen y lo saben, son tenidos en poco y por afeminados, y casi los mandan como á mujeres, segun tengo escripto.

En muchas partes desta comarca se hallan grandes minas de plata, y si se dan á sacarla, será mucha la que se abra.

CAPITULO LXXXI.

De lo que hay que decir desde Caxamalca hasta el valle de Jauja, y del pueblo de Guamachuco, que comarca con Caxamalca.

Declarado he lo que pude entender en lo tocante á las fundaciones de las ciudades de la Frontera de los Chachapoyas y de Leon de Guanuco; volviendo pues al camino real, diré las provincias que hay desde Caxamalca hasta el hermoso valle de Jauja, del cual á Caxamalca habrá ochenta leguas, poco mas ó menos, todo camino real de los ingas.

Mas adelante de Caxamalca casi once leguas está otra provincia grande y que antiguamente fué muy poblada, á la cual llaman Guamachuco. Y antes de llegar á ella, en el comedio del camino, hay un valle muy apacible y deleitoso, el cual, como está abrigado con las sierras, es su asiento cálido; y pasa por él un lindo rio, en cuyas riberas se da trigo en abundancia y parras de uvas, higueras, naranjos, limones, y otras muchas plantas que de España se han traido. Antiguamente en las vegas y llanuras deste gran valle habia aposentos para los señores, y muchas sementeras para ellos y para el templo del sol. La provincia de Guamachuco es semejable á la de Caxamalca, y los indios son de una lengua y traje, y en las religiones y sacrificios se imitaban los unos á los otros, y por el consiguiente en las ropas y llantos. Hubo en esta provincia de Guamachuco en los tiempos pasados grandes señores; y así, cuentan que fueron muy estimados de los ingas. En lo mas principal de la provincia está un campo grande, donde estaban edificados los tambos ó palacios reales, entre los cuales hay dos de anchor de veinte y dos piés, y de largor tienen tanto como una carrera de caballos; todos hechos de piedra, y el ornato dellos de crecidas y gruesas vigas, puesta en lo mas alto la paja, que ellos usan con grande órden. Con las alteraciones y guerras pasadas se ha consumido mucha parte de la gente desta provincia. El temple della es bueno, mas frio que caliente, muy abundante de mantenimiento y de otras cosas pertenecientes para la sustentacion de los hombres. Habia, antes que los españoles entrasen en este reino en la comarca desta provincia de Guamachuco, gran número de ganado de ovejas, y por los altos y despoblados andaban otra mayor cantidad del ganado campestre y salvaje, llamado guanucos y vicunias, que son del talle y manera del manso y doméstico.

Tenian los ingas en esta provincia (segun á mi me informaron) un soto real, en el cual, so pena de muerte, era mandado que ninguno de los naturales entrase en él á matar deste ganado silvestre, del cual habia nú-

mero grande, y algunos leones, osos, raposas y venados. Y cuando el Inga queria hacer alguna caza real mandaba juntar tres mil ó cuatro mil indios, ó diez mil ó veinte mil, ó los que él era servido que fuesen; y estos cercaban una gran parte del campo de tal manera, que poco á poco y con buena órden se venian á juntar tanto, que se asian de las manos; y en lo que ellos mismos habian cercado estaba la caza recogida; donde es gran pasatiempo ver los guanacos los saltos que dan; y las raposas, con el temor que han, andan por una parte y por otra, buscando salida; y entrando en el cercado otro número de indios con sus aillos y palos, matan y toman el número que el señor quiere; porque destas cazas tomaban diez mil ó quince mil cabezas de ganados, ó el número que queria: tanto fué lo mucho que dello habia. De la lana destos ganados ó vicuñas se hacian las ropas preciadas para ornamento de los templos y para servicio del mismo Inga y de sus mujeres y hijos. Son estos indios de Guamachuco muy domésticos, y han estado casi siempre en gran confederacion con los españoles. En los tiempos antiguos tenian sus religiones y supersticiones, y adoraban en algunas piedras tan grandes como huevos, y otras mayores, de diversas colores, las cuales tenian puestas en sus templos ó guacas, que tenian por los altos y sierras de nieve. Señoreados por los ingas, reverenciaban al sol, y usaron de mas policía, así en su gobernacion como en el tratamiento de sus personas. Solian en sus sacrificios derramar sangre de ovejas y corderos, desollando los vivos sin degollarlos, y luego con gran presteza les sacaban el corazon y asadura para mirar en ello sus señales y hechicerías, porque algunos dellos eran agoreros, y miraron (á lo que yo supe y entendí) en el correr de las cometas, como la gentilidad, y donde estaban sus oráculos vian al demonio, con el cual es público que tenian sus coloquios. Ya estas cosas han caido, y sus ídolos están destruidos, y en su lugar puesta la cruz, para poner temor y espanto al demonio, nuestro adversario. Y algunos indios, con sus mujeres y hijos, se han vuelto cristianos, y cada dia, con la predicacion del santo Evangelio, se vuelven mas, porque en estos aposentos principales no deja de haber clérigos ó frailes que los dotrinan. Desta provincia de Guamachuco sale un camino real de los ingas á dar á los Conchucos; y en Bombon se torna á juntar con otro tan grande como él. El uno de los cuales dicen que fué mandado hacer por Topainga Yupangue, y el otro por Guaynacapa, su hijo.

CAPITULO LXXXII.

En que se trata cómo los ingas mandaban que estuviesen los aposentos bien proveidos, y cómo así lo estaban para la gente de guerra.

Desta provincia de Guamachuco, por el real camino de los ingas se va hasta llegar á la provincia de los Conchucos, que está de Guamachuco dos jornadas pequeñas, y en el comedio dellas habia aposentos y depósitos, para cuando los reyes caminaban poderse alojar. Porque fué costumbre suya, cuando andaban por alguna parte deste gran reino, ir con gran majestad y servirse con gran aparato, á su usanza y costumbre; porque afirman que, sino era cuando convenia á su servicio, no andaban mas de cuatro leguas cada dia. Y para que hubiese recaudo bastante para su gente, habia en el término de cuatro á cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes se podia haber; y aunque fuese despoblado y desierto, habia de haber estos aposentos y depósitos; y los delegados ó mayordomos que residian en las cabeceras de las provincias tenian especial cuidado de mandar á los naturales que tuviesen muy buen recaudo en estos tambos ó aposentos; y para que los unos no diesen mas que los otros, y todos contribuyesen con su tributo, tenian cuenta por una manera de ñudos, que llaman quipo, por lo cual, pasado el campo, se entendian y no habia ningun fraude. Y cierto, aunque á nosotros nos parece ciega y oscura, es una gentil manera de cuenta; la cual yo diré en la segunda parte. De manera que aunque de Guamachuco á los Conchucos hubiese dos jornadas, en dos partes estaban hechos destos aposentos y depósitos dichos. Y el camino por todas estas partes lo tenian siempre muy limpio; y si algunas sierras eran fragosas, se desechaban por las laderas, haciendo grandes descansos y escaleras enlosadas, y tan fuertes, que viven y vivirán en su ser muchas edades.

En los Conchucos no dejaba de haber aposentos y otras cosas, como en los pueblos que se han pasado, y los naturales son de mediano cuerpo. Andan vestidos ellos y sus mujeres, y traen sus cordones ó señales por las cabezas. Afirman que los indios desta provincia fueron belicosos, y los ingas se vieron en trabajo para sojuzgarlos, puesto que algunos de los ingas siempre procuraron atraer á sí las gentes por buenas obras que les hacian y palabras de amistad. Españoles han muerto algunos destos indios en diversas veces; tanto, que el marqués don Francisco Pizarro envió al capitan Francisco de Chaves con algunos cristianos, y hicieron la guerra muy temerosa y espantable; porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y á la verdad, en aquellos tiempos, ó poco antes, sucedió el alzamiento general de las mas provincias, y mataron tambien los indios en el término que hay del Cuzco á Quito mas de setecientos cristianos españoles, á los cuales daban muertes muy crueles á los que podian tomar vivos y llevarlos entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que cierto es de temer cuando pueden efetuar su deseo; aunque ellos decian que peleaban por su libertad y por eximirse del tramiento tan áspero que se les hacia, y los españoles por quedar por señores de su tierra y dellos. En esta provincia de los Conchucos ha habido siempre mineros ricos de metales de oro y plata. Adelante della cantidad de diez y seis leguas está la provincia de Piscobamba, en la cual habia un tambo ó aposento para señores, de piedra, algo ancho y muy largo. Andan vestidos como los demás estos indios naturales de Piscobamba, y traen por las cabezas puestas unas pequeñas maderas de lana colorada. En costumbres parecen á los comarcanos, y tiénense por entendidos y muy domésticos y bien inclinados y amigos de cristianos; y la tierra donde tienen los pueblos es muy fértil y abundante, y hay

muchas frutas y mantenimientos de los que todos tienen y siembran. Mas adelante está la provincia de Guaraz, que está de Piscobamba ocho leguas, en sierras bien ásperas, y es de ver el real camino cuán bien hecho y desechado va por ellos, y cuán ancho y llano por las laderas y por las sierras, socavadas algunas partes la peña viva para hacer sus descansos y escaleras. Tambien tienen estos indios medianos cuerpos, y son grandes trabajadores y eran dados á sacar plata, y en tiempo pasado tributaban con ella á los reyes ingas. Entre los aposentos antiguos se ve una fortaleza grande ó antigualla, que es una á manera de cuadra, que tenia de largo ciento y cuarenta pasos y de ancho mayor, y por muchas partes della están figurados rostros y talles humanos, todo primísimamente obrado; y dicen algunos indios que los ingas, en señal de triunfo por haber vencido cierta batalla, mandaron hacer aquella memoria, y por tenerla para fuerza de sus aliados. Otros cuentan, y lo tienen por mas cierto, que no es esto, sino que antiguamente, muchos tiempos antes que los ingas reinasen, hubo en aquellas partes hombres á manera de gigantes, tan crecidos como lo mostraban las figuras que estaban esculpidas en las piedras; y que con el tiempo, y con la guerra grande que tuvieron con los que agora son señores de aquellos campos, se diminuyeron y perdieron, sin haber quedado dellos otra memoria que las piedras y cimiento que he contado. Adelante desta provincia está la de Pincos, cerca de donde pasa un rio, en el cual están padrones para poner la puente que hacen para pasar de una parte á otra. Son los naturales de aquí de buenos cuerpos, y que para ser indios tienen gentil presencia. Adelante está el grande y suntuoso aposento de Guanuco, cabecera principal de todos los que se han pasado de Caxamalca á él, y de otros muchos, como se contó en los capítulos de atrás, al tiempo que escrebí la fundacion de la ciudad de Leon de Guanuco.

CAPITULO LXXXIII.

De la laguna de Bombon, y cómo se presume ser nacimiento del gran rio de la Plata.

Esta provincia de Bombon es fuerte por la dispusicion que tiene, que fué causa que los naturales fueron muy belicosos; y antes que los ingas los señoreasen, pasaron con ellos grandes trances y batallas, hasta que (segun agora publican muchos indios de los mas viejos) por dádivas y ofrescimientos que les hicieron quedaron por sus súbditos. Hay una laguna en la tierra destos indios, que terná de contorno mas de diez leguas. Y esta tierra de Bombon es llana y muy fria, y las sierras distan algun espacio de la laguna. Los indios tienen sus pueblos puestos á la redonda della, con grandes fosados y fuerzas que en ellos tenian. Poseyeron estos naturales de Bombon gran número de ganado, y aunque con las guerras se ha consumido y gastado, segun se puede presumir, todavía les ha quedado alguno; y por los altos y despoblados de sus términos se ven grandes manadas de lo silvestre. Dase poco maíz en esta parte, por ser la tierra tan fria como he dicho; pero no dejan de tener otras raíces y mantenimientos, con que se sustentan. En esta laguna hay algunas islas y rocas, en donde en tiempo de guerra se guarecen los indios y están seguros de sus enemigos. Del agua que sale desta palude ó lago se tiene por cierto que nasce el famoso rio de la Plata, porque por el valle de Jauja va hecho rio poderoso, y adelante se juntan con él los rios de Parcos, Bilcas, Abancay, Apurima, Yucay; y corriendo al occidente, atraviesa muchas tierras, de donde salen para entrar en él otros rios mayores que no sabemos, hasta llegar al Paraguay, donde andan los cristianos españoles primeros descubridores del rio de la Plata. Creo yo, por lo que he oido deste gran rio, que debe de nacer de dos ó tres brazos, ó por ventura mas, como el rio del Marañon, el de Santa Marta y el del Darien, y otros destas partes. Como quiera que ello sea, en este reino del Perú creemos ser su nascimiento en esta laguna de Bombon, adonde viene á parar el agua que se deshace, con el calor del sol, de las nieves que caen sobre los altos y sierras, que no debe de ser poca.

Adelante de Bombon diez leguas está la provincia de Tarama, que los naturales della no fueron menos belicosos que los de Bombon. Es de mejor temple, que es causa de que se coja en ella mucho maíz y trigo, y otras frutas de las naturales que suele haber en estas tierras. Habia en Tarama en los tiempos pasados grandes aposentos y depósitos de los reyes ingas. Andan los naturales vestidos, y lo mismo sus mujeres, de ropa de lana de sus ganados, y hacian su adoracion al sol, que ellos llaman Mocha. Cuando alguno se casa, juntándose en sus convites, bebiendo de su vino, allegan á se ver el novio y la esposa; y dándose paz en los carrillos, y hechas otras cerimonias, queda hecho el casamiento. Y cuando los señores mueren, los entierran de la suerte y manera que todos los de atrás usan, y las mujeres que quedan se tresquilan y ponen capirotes negros, y se untan los rostros con una mixtura negra que ellos hacen, y ha de estar con esta viudez un año. El cual pasado, segun que yo lo entendí, y no antes, se puede casar, si lo quiere hacer. En el año tienen sus fiestas generales, y los ayunos por ellos establecidos los guardan con grande observancia, sin comer carne ni sal ni dormir con sus mujeres. Y al que entre ellos tienen por mas dado á la religion y amigo de sus dioses ó demonios, ruegan que ayune un año entero por la salud de todos; lo cual hecho, al tiempo del coger de los maíces, se juntan, y gastan algunos dias y noches en comer y beber. Es gente limpia del pecado nefando; tanto, que entre ellos se tiene un refran antiguo y donoso, el cual es, que antiguamente debió de haber en la provincia de Guaylas algunos naturales viciosos en este pecado tan grave, y tuviéronlo por tan feo los indios comarcanos y vecinos á los que lo usaron, que por los afrentar y apocar decian, hablando en ello, el refran, que no han perdido de la memoria, que en su lengua dice: «Asta Guaylas;» y en la nuestra dirá: «Tras tí vayan los de Guaylas.» Es publico entre ellos que hablan con el demonio en sus oráculos y templos, y los indios viejos señalados para hacer las religiones tenian con ellos sus coloquios, y el demonio respondia con voces roncas y temerosas. De Tarama, yendo por el real camino de los ingas, se llega al grande y her-

moso valle de Jauja, que fué una de las principales cosas que hubo en el Perú.

CAPITULO LXXXIV.

Que trata del valle de Jauja y de los naturales dél, y cuán gran cosa fué en los tiempos pasados.

Por este valle de Jauja pasa un rio, que es el que dije en el capítulo de Bombon ser el nacimiento del rio de la Plata. Terná este valle de largo catorce leguas, y de ancho cuatro, y cinco, y mas, y menos. Fué todo tan poblado, que al tiempo que los españoles entraron en él, dicen y se tiene por cierto que habia mas de treinta mil indios, y agora dudo haber diez mil. Estaban todos repartidos en tres parcialidades, aunque todos tenian y tienen por nombre los Guancas. Dicen que del tiempo de Guaynacapa ó de su padre hubo esta órden, el cual les partió las tierras y términos; y así, llaman á la una parte Jauja, de donde el valle tomó nombre, y el señor Cucixaca. La segunda llaman Maricabilca, de que es señor Guacarapora. La tercera tiene por nombre Laxapalanga, y el señor Alaya. En todas estas partes habia grandes aposentos de los ingas, aunque los mas principales estaban en el principio del valle, en la parte que llaman Jauja, porque habia un grande cercado donde estaban fuertes aposentos y muy primos de piedra, y casa de mujeres del sol, y templo muy riquísimo, y muchos depósitos llenos de todas las cosas que podian ser habidas. Sin lo cual, habia grande número de plateros que labraban vasos y vasijas de plata y de oro para el servicio de los ingas y ornamentos del templo. Estaban estantes mas de ocho mil indios para el servicio del templo y de los palacios de los señores. Los edificios todos eran de piedra. Lo alto de las casas y aposentos eran grandísimas vigas, y por cobertura paja larga. Tuvieron estos guancas con los ingas, antes que los conquistasen, grandes batallas, como se dirá en la segunda parte. Para la guarda de las mujeres del sol habia gran recaudo, y si alguna usaba con hombre, la castigaban con gran rigor.

Estos indios cuentan una cosa muy donosa, y es, que afirman que su origen y nascimiento procede de cierto varon (de cuyo nombre no me acuerdo) y de una mujer que se llamaba Urochombe, que salieron de una fuente, á quien llaman Guaribilca, los cuales se dieron tan buena maña á engendrar, que los guancas proceden dellos; y que para memoria desto que cuentan, hicieron sus pasados una muralla alta y muy grande, y junto á ella un templo, adonde, como á cosa principal, venian á adorar. Lo que desto se puede colegir es, que, como estos indios carecieron de fe verdadera, permitiéndolo nuestro Dios por sus pecados, el demonio tuvo sobre ellos gran poder; el cual, como malo y que deseaba la perdicion de sus ánimas, les hacia entender estos desvaríos, como á otros que hacia creer que nascieron de piedras y de lagunas y de cuevas; todo á fin de que le hiciesen templos, donde él fuese adorado. Conoscen estos indios guancas que hay Hacedor de las cosas, al cual llaman Ticebiracocha. Creian la inmortalidad del ánima. A los que tomaban en las guerras desollaban, y henchian los cueros de ceniza, y de otros hacian atambores. Andan vestidos con mantas y camisetas. Los pueblos tenian á barrios como fuerzas hechas de piedra, que parescian pequeñas torres, anchas del nascimiento y angostas en lo alto. Hoy dia á quien ve estos pueblos de léjos le parescen torres de España. Todos ellos fueron antiguamente behetrías, y se daban guerra unos á otros. Mas después, cuando fueron gobernados por los ingas, se dieron mas á la labor y criaban gran cantidad de ganado. Usaron de ropas mas largas que las que ellos traian. Por llautos traen en las cabezas una cinta de lana del anchor de cuatro dedos. Peleaban con hondas y con dardos y algunas lanzas. Antiguamente cabe la fuente ya dicha edificaron un templo, á quien llamaban Guaribilca; yo lo vi; y junto á él estaban tres ó cuatro árboles llamados molles, como grandes nogales. A estos tenian por sagrados, y junto á ellos estaba un asiento hecho para los señores que venian á sacrificar; de donde se abajaba por unas losas hasta llegar á un cercado, donde estaba la traza del templo. Habia en la puerta puestos porteros que guardaban la entrada, y abajaba una escalera de piedra hasta la fuente ya dicha, adonde está una gran muralla antigua, hecha en triángulo; destos aposentos estaba un llano, donde dicen que solia estar el demonio, á quien adoraban; el cual hablaba con algunos dellos en aquel lugar.

Dicen, sin esto, otra cosa estos indios, que oyeron á sus pasados que un tiempo remanescieron mucha multitud de demonios por aquella parte, los cuales hicieron mucho daño en los naturales, espantándolos con sus vistas; y que estando así, parescieron en el cielo cinco soles, los cuales con su resplandor y vista turbaron tanto á los demonios, que desaparescieron, dando grandes aullidos y gemidos; y el demonio Guaribilca, que estaba en este lugar de suso dicho, nunca mas fué visto, y que todo el sitio donde él estaba fué quemado y abrasado; y como los ingas reinaron en esta tierra y señorearon este valle, aunque por ellos fué mandado edificar en él templo del sol tan grande y principal como solian en las demás partes, no dejaron de hacer sus ofrendas y sacrificios á este de Guaribilca. Lo cual todo, así lo uno como lo otro, está deshecho y ruinado, y lleno de grandes herbazales y malezas; porque, entrado en este valle el gobernador don Francisco Pizarro, dicen los indios que el obispo fray Vicente de Valverde quebró figuras de los ídolos; desde el cual tiempo en aquel lugar no fué oido mas el demonio. Yo fuí á ver este edificio y templo dicho, y fué comigo don Cristóbal, hijo del señor Alaya, ya difunto, y me mostró esta antigualla. Y este y los otros señores del valle se han vuelto cristianos, y hay dos clérigos y un fraile que tienen cargo de los enseñar en las cosas de nuestra santa fe católica. Este valle de Jauja está cercado de sierras de nieve; por las mas partes dél hay valles, donde los guancas tienen sus sementeras. La ciudad de los Reyes estuvo en este valle asentada antes que se poblase en el lugar que agora está, y hallaron en él cantidad de oro y plata.

CAPITULO LXXXV.

En que se declara el camino que hay de Jauja hasta llegar á la ciudad de Guamanga, y lo que en este camino hay que notar.

Hallo yo que hay de este valle de Jauja á la ciudad de la Vitoria de Guamanga treinta leguas. Y caminando por el real camino se va, hasta que en unos altos que están por encima del valle se ven ciertos edificios muy antiguos, todos deshechos y gastados. Prosiguiendo el camino, se llega al pueblo de Acos, que está junto á un tremedal lleno de grandes juncales; donde habia aposentos y depósitos de los ingas, como en los demás pueblos de sus reinos. Los naturales de Acos están desviados del camino real, poblados entre unas sierras que están al oriente, muy ásperas. No tengo que decir dellos mas de que todos andan vestidos con ropas de lana, y sus casas y pueblos son de piedra, cubiertas con paja, como todas las demás. De Acos sale el camino para ir al aposento de Pico, y por una loma, hasta que, abajando por unas laderas, que, puesto que por ser ásperas hace que parezca el camino dificultoso, va tan bien desechado y tan ancho, que casi parecerá ir hecho por tierra llana; y así abaja al rio que pasa por Jauja, el cual tiene su puente, y el paso se llama Angoyaco; y junto á esta puente se ven unas barrancas blancas, de donde sale un manantial de agua salobre. En este paso de Angoyaco estaban edificios de los ingas, y un cercado de piedra, adonde habia un baño del agua que salia por aquella parte, que de suyo por naturaleza manaba cálida y conveniente para el baño; de lo cual se preciaron todos los señores ingas, y aun los mas indios de estas partes usaron y usan lavarse y bañarse cada dia, ellos y sus mujeres. Por la parte que corre el rio va este lugar á manera de valle pequeño, en donde hay muchos árboles de molles y otros frutales y florestas. Caminando mas adelante, se llega al pueblo de Picoy, pasando primero otro rio pequeño, adonde tambien hay puente, porque en tiempo de invierno corre con mucha furia. Saliendo de Picoy, se va á los aposentos de Parcos, que estaban hechos en la cumbre de una sierra. Los indios están poblados en grandes sierras ásperas y muy altas, que están á una parte y á otra destos aposentos, y todavía hay algunos donde los españoles que van y vienen por aquellos caminos se albergan. Antes de llegar á este pueblo de Parcos, en un despoblado pequeño está un sitio que tiene por nombre Pucara (que en nuestra lengua quiere decir cosa fuerte), adonde antiguamente (á lo que los indios dicen) hubo palacios de los ingas y templo del sol; y muchas provincias acudian con los tributos ordinarios á este Pucara, para entregarlos al mayordomo mayor, que tenia cargo de los depósitos y de coger estos tributos. En este lugar hay tanta cantidad de piedras, hechas y nacidas de tal manera, que desde léjos parece verdaderamente ser alguna ciudad ó castillo muy torreado; por donde se juzga que los indios le pusieron buen nombre. Entre estos riscos ó peñas está una peña junto á un pequeño rio, tan grande, cuanto admirable de ver, contemplando su grosor y grandor, la mas fuerte que se puede pensar. Yo la vi, y dormí una noche en ella, y me parece que terná de altura mas de docientos codos y en contorno mas de docientos pasos, en lo mas alto della. Si estuviera en alguna frontera peligrosa, fácilmente se pudiera hacer tal fortaleza, que fuera tenida por inexpugnable. Y tiene otra cosa que notar esta gran peña, que por su contorno hay tantas concavidades, que pueden estar debajo della mas de cien hombres y algunos caballos. Y en esto, como en las demás cosas, muestra Dios su gran poder y proveimiento; porque todos estos caminos están llenos de cuevas, donde los hombres y animales se pueden guarecer del agua y nieve. Los naturales desta comarca que se ha pasado tienen sus pueblos en grandes sierras, como tengo dicho. Lo alto de las mas dellas, en todo lo mas del tiempo está lleno de copos de nieve. Y siembran sus comidas en lugares abrigados, á manera de valles, que se hacen entre las mismas sierras. Y en muchas dellas hay grandes vetas deste metal de plata. De Parcos abaja el camino real por una sierra, hasta llegar á un rio que tiene el mismo nombre que los aposentos; en donde está una puente armada sobre grandes padrones de piedra. En esta sierra de Parcos fué donde se dió batalla entre los indios y el capitan Morgovejo de Quiñones, y adonde Gonzalo Pizarro mandó matar al capitan Caspar Rodriguez de Camporedondo, como se dirá en los libros de adelante. Pasado este rio de Parcos, está el aposento de Asangaro; repartimiento que es de Diego Gavilan, de donde se va por el real camino hasta llegar á la ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga.

CAPITULO LXXXVI.

Que trata la razon por que se fundó la ciudad de Guamanga, siendo primero sus provincias términos del Cuzco y de la ciudad de los Reyes.

Después de pasada la porfiada guerra que hubo en el Cuzco entre los indios naturales y los españoles, viéndose desbaratado el rey Mango inga Yupangue, y que no podia tornar á cobrar la ciudad del Cuzco, determinó de retirarse á las provincias de Viticos, que están en lo mas adentro de las regiones, pasada la cordillera de la gran montaña de los Andes; habiéndole primero dado el capitan Rodrigo Orgóñez un gran alcance; en el cual libertó al capitan Ruy Diaz, que habia algunos dias que el inga tenia en su poder. Y como tuviese este pensamiento Mango inga, muchos de los orejones del Cuzco, que era la nobleza de aquella ciudad, quisieron seguirle. Allegado pues á Viticos el rey Mango inga con suma muy grande de tesoros, que tomó de muchas partes donde él lo tenia, y sus mujeres y aparato, hicieron su asiento en el lugar que les pareció mas fuerte, de donde salieron muchas veces y por muchas partes á inquietar lo que estaba pacífico, procurando de hacer el daño que pudiesen á los españoles, á los cuales tenian por crueles enemigos, pues por haberles ocupado su señorío les habia sido forzado dejar su natural tierra y vivir en destierro. Estas cosas y otras publicaba Mango inga y los suyos por las partes que salian á robar, y á hacer el daño que digo. Y como en estas provincias no se hubiese edificado ninguna ciudad de españoles, antes los naturales dellas, unos estaban encomendados á los vecinos de la ciudad del Cuzco y otros á los

de la ciudad de los Reyes, era causa que los indios de Mango inga pudiesen fácilmente hacer grandes daños á los españoles y á los indios sus confederados, y así mataron y robaron á muchos. Y llegó á tanto este negocio, que el marqués don Francisco Pizarro envió capitanes contra él. Y saliendo del Cuzco por su mandado el fator Illan Suarez de Caravajal, envió al capitan Villadiego con alguna copia de españoles á correr la tierra, porque tuvieron nueva que estaba Mango inga no muy léjos de donde ellos estaban. Y no embargante que se vieron sin caballos (que es la fuerza principal de la guerra para estos indios), confiados de sus fuerzas, y con la codicia que tuvieron de gozar del Inga, porque creyeron que con él vendrian sus mujeres con parte de su tesoro y aparato, subiendo por una alta sierra, llegaron á la cumbre della tan cansados y fatigados, que Mango inga, con pocos mas de ochenta indios, dió, por aviso que tuvo, en los cristianos, que eran veinte y ocho ó treinta, y mató al capitan Villadiego y á todos los mas, que no escaparon sino dos ó tres, con ayuda de indios amigos, que los pusieron delante la presencia del fator, que mucho sintió la desgracia sucedida. Lo cual entendido por el marqués don Francisco Pizarro, con gran priesa salió de la ciudad del Cuzco con gente, mandando salir luego tras Mango inga; aunque no aprovechó, porque con las cabezas de los cristianos se retiró á su asiento de Viticos, hasta que después el capitan Gonzalo Pizarro le dió grandes alcances y le deshizo muchas albarradas, ganándole algunas puentes. Y como los males y daños que los indios que andaban alzados hicieron hubiesen sido muchos, el gobernador don Francisco Pizarro, con acuerdo de algunos varones y de los oficiales reales que con él estaban, determinó de poblar en el comedio del Cuzco y de Lima (que es la ciudad de los Reyes) una ciudad de cristianos, para que hiciesen el paso seguro á los caminantes y contratantes; la cual se llamó San Juan de la Frontera; hasta que después el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, su predecesor en el gobierno del reino, por la victoria que hubo de los de Chile en las lomas ó llanadas de Chupas, la llamó de la Victoria. Todos los pueblos y provincias que habia en la comarca desde los Andes hasta la mar del Sur eran términos de la ciudad del Cuzco y de la de los Reyes, y los indios estaban encomendados á los vecinos destas dos ciudades. Mas, como el gobernador don Francisco Pizarro determinase de hacer esta fundacion, requirió á los unos y á los otros que viniesen á ser vecinos en la nueva ciudad; donde no, que perdiesen el aucion que tenian á la encomienda de los indios de aquella parte, quedando con solamente los que poseian desde la provincia de Jauja, que se dio por términos á Lima, y desde la de Andabailas, que se dió al Cuzco. Esta ciudad está trazada y fundada de la manera siguiente.

CAPITULO LXXXVII.

De la fundacion de la ciudad de Guamanga, y quién fué el fundador.

Cuando el marqués don Francisco Pizarro determinó de asentar esta ciudad en esta provincia, hizo su fundacion, no donde agora está, sino en un pueblo de indios llamado Guamanga, que fué causa que la ciudad tomase este mismo nombre, que estaba cerca de la larga y gran cordillera de los Andes; donde dejó por su teniente al capitan Francisco de Cárdenas. Andando los tiempos, por algunas causas se mudó en la parte donde agora está, que es en un llano cerca de una cordillera de pequeñas sierras que están á la parte del sur; y aunque en otro llano, media legua deste sitio, pudiera estar mas al gusto de los pobladores, pero por la falta del agua se dejó de hacer. Cerca de la ciudad pasa un pequeño arroyo de agua muy buena, de donde beben los desta ciudad, en la cual han edificado las mayores y mejores casas que hay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres; de manera que no falta aposentos. La plaza está llana y bien grande. El sitio es sanísimo, porque ni el sol, aire ni sereno hace mal, ni es húmida ni cálida, antes tiene un grande y excelente temple de bueno. Los españoles han hecho sus caserías, donde están sus ganados, en los rios y valles comarcanos á la ciudad. El mayor rio dellos tiene por nombre Vinaque, adonde están unos grandes y muy antiquísimos edificios, que cierto, segun están gastados y ruinados, debe de haber pasado por ellos muchas edades. Preguntando á los indios comarcanos quién hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros; los cuales, muchos tiempos antes que los ingas reinasen, dicen que vinieron á estas partes y hicieron allí su morada. Y desto y de otros edificios antiguos que hay en este reino, me parece que no son la traza dellos como los que los ingas hicieron ó mandaron hacer. Porque este edificio era cuadrado, y los de los ingas largos y angostos. Y tambien hay fama que se hallaron ciertas letras en una losa deste edificio; lo cual ni lo afirmo, ni dejo de tener para mí que en los tiempos pasados hubiese llegado aquí alguna gente de tal juicio y razon, que hiciese estas cosas y otras que no vemos. En este rio de Vinaque, y por otros lugares comarcanos á esta ciudad, se coge gran cantidad de trigo de lo que siembran, del cual se hace pan tan excelente y bueno como lo mejor del Andalucía. Hanse puesto algunas parras, y se cree que por tiempos habrá grandes y muchas viñas, y por el consiguiente se darán las mas cosas que de España plantaren. De las frutas naturales hay muchas y muy buenas, y tantas palomas, que en ninguna parte de las Indias vi donde tantas se criasen. En tiempo del estío se pasa alguna necesidad de yerba para los caballos; mas con el servicio de los indios no se siente esta falta; y hase de entender que caballos y mas bestias no comen en ningun tiempo del año paja, ni acá la que se coge aprovecha de nada, porque los ganados tampoco la comen, sino la yerba de los campos. Las salidas que tiene esta ciudad son buenas, aunque por muchas partes hay tantas espinas y abrojos, que conviene llevar tino los que caminaren así á pié como á caballo. Esta ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga fundó y pobló el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, en nombre de su majestad, á 9 dias del mes de enero de 1539 años.

CAPITULO LXXXVIII.

En que se declaran algunas cosas de los naturales comarcanos á esta ciudad.

Muchos indios se repartieron á los vecinos desta ciudad de Guamanga para que sobre ellos tuviesen encomienda. Y no embargante que en este tiempo haya gran número dellos, muchos son los que faltan con las guerras. Los mas dellos eran mitimaes, que, segun ya dije, eran indios traspuestos de unas tierras en otras; industria de los reyes ingas. Algunos destos eran orejones, aunque no de los principales del Cuzco. Por la parte de oriente está desta ciudad la gran serranía de los Andes. Al poniente está la costa y mar del Sur. Los pueblos de indios que hay junto al camino real ya los he nombrado; los que quedan tienen tierra fértil de mantenimiento, y abundante de ganado, y todos andan vestidos. Tenian en partes escondidas adoratorios y oráculos, donde hacian sus sacrificios y vanidades. En sus enterramientos usaron lo que todos, que es enterrar con los difuntos algunas mujeres y de sus cosas preciadas. Señoreados por los ingas, adoraban al sol y gobernábanse por sus leyes y costumbres. Fueron en los principios gente indómita, y tan belicosa, que los ingas tuvieron aprieto en su conquista; tanto, que afirman que en tiempo que reinaba inga Yupangue, después de haber desbaratado á los soras y lucanes, provincias donde moran gentes robustas y que tambien caen en los términos desta ciudad, se encastillaron en un fuerte peñol número grande de indios, con los cuales se pasaron grandes trances, como se relatará en su lugar. Porque ellos, por no perder su libertad ni ser siervos del tirano, tenian en poco la hambre y prolija guerra que pasaban. Inga Yupangue, por el consiguiente, codicioso del señorío y deseoso de no perder reputacion, los cercó y tuvo en grande aprieto mas de dos años; en fin de los cuales, después de haber hecho lo posible, se dieron á este inga. En el tiempo que Gonzalo Pizarro se levantó en el reino por temor de sus capitanes y con voluntad de servir á su majestad, los principales vecinos desta ciudad de Guamanga, después de haber alzado bandera en su real nombre, se fueron á este peñol á encastillar, y vieron (á lo que oí á algunos dellos) reliquias de lo que los indios cuentan. Todos traen sus señales para ser conocidos y como lo usaron sus pasados, y algunos hubo que se dieron mucho en mirar señales y que fueron grandes agoreros, preciándose de contar lo que habia de suceder de futuro, en lo cual desvariaron, como agora desvarían cuando quieren decir ó pronosticar lo que criatura ninguna sabe ni alcanza; pues lo que está por venir solo Dios lo sabe.

CAPITULO LXXXIX.

De los grandes aposentos que hubo en la provincia de Bilcas, que es pasada la ciudad de Guamanga.

Desde la ciudad de Guamanga á la del Cuzco hay sesenta leguas, poco mas ó menos. En este camino están las lomas y llano de Chupas, que es donde se dió la cruel batalla entre el gobernador Vaca de Castro y don Diego de Almagro el mozo, tan porfiada y reñida como en su lugar escribo. Mas adelante, yendo por el real camino, se llega á los edificios de Bilcas, que están once leguas de Guamanga; adonde dicen los naturales que fué el medio del señorío y reino de los ingas; porque desde Quito á Bilcas afirman que hay tanto como de Bilcas á Chile, que fueron los fines de su imperio. Algunos españoles que han andado el camino de lo uno y lo otro dicen lo mismo. Inga Yupangue fué el que mandó hacer estos aposentos, á lo que los indios dicen; y sus predecesores acrecentaron los edificios. El templo del sol fué grande y muy labrado. Adonde están los edificios hay un altozano en lo mas alto de una sierra, la cual tenian siempre limpia. A una parte deste llano, hácia el nacimiento del sol, estaba un adoratorio de los señores, hecho de piedra, cercado con una pequeña muralla; de donde salia un terrado no muy grande, de anchor de seis piés, yendo fundadas otras cercas sobre él, hasta que en el remate estaba el asiento para donde el señor se ponia á hacer su oracion, hecho de una sola pieza, tan grande, que tiene de largo once piés y de ancho siete; en la cual están hechos dos asientos para el efeto dicho. Esta piedra dicen que solia estar llena de joyas de oro y de pedrería, que adornaban el lugar que ellos tanto veneraron y estimaron, y en otra piedra no pequeña, que está en este tiempo en mitad desta plaza á manera de pila, donde sacrificaban y mataban los animales y niños tiernos (á lo que dicen), cuya sangre ofrecian á sus dioses. En estos terrados se ha hallado por los españoles algun tesoro de lo que estaba enterrado. A las espaldas deste adoratorio estaban los palacios de Topainga Yupangue y otros aposentos grandes, y muchos depósitos donde se ponian las armas y ropa fina, con todas las demás cosas de que daban tributo los indios y provincias que caian en la juridicion de Bilcas, que, como otras veces he dicho, era como cabeza de reino. Junto á una pequeña sierra estaban y están mas de setecientas casas, donde recogian el maíz y las cosas de proveimiento de la gente de guerra que andaba por el reino. En medio de la gran plaza habia otro escaño á manera de teatro, donde el señor se asentaba para ver los bailes y fiestas ordinarias. El templo del sol, que era hecho de piedra, asentada una en otra muy primamente, tenia dos portadas grandes; para ir á ellas habia dos escaleras de piedra, que tenian, á mi cuenta, treinta gradas cada una. Dentro deste templo habia aposentos para los sacerdotes y para los que miraban las mujeres mamaconas, que guardaban su religion con grande observancia, sin entender en mas de lo dicho en otras partes desta historia. Y afirman los orejones y otros indios que la figura del sol era de gran riqueza, y que habia mucho tesoro en piezas y enterrado, y que servian á estos aposentos mas de cuarenta mil indios, repartidos en cada tiempo su cantidad, entendiendo cada principal lo que le era mandado por el gobernador que tenia poder del rey inga; y que solamente para guardar las puertas del templo habia cuarenta porteros. Por medio desta plaza pasaba una gentil acequia, traida con mucho primor, y tenian los señores sus baños secretos para ellos y para sus mujeres. Lo que hay que ver desto son los cimientos de los edificios, y las paredes y cercas de los adoratorios, y

las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de herbazales, y todos los mas de los depósitos derribados; en fin, fué lo que no es, y por lo que es juzgamos lo que fué. De los españoles primeros conquistadores hay algunos que vieron lo mas deste edificio entero y en su perficion; y así lo he oido yo á ellos mismos.

De aquí prosigue el camino real hasta Uramarca, que está siete leguas mas adelante hácia el Cuzco; en el cual término se pasa el espacioso rio llamado Bilcas, por estar cerca de estos aposentos. De una parte y de otra del rio están hechos dos grandes y muy crecidos padrones de piedra, sacados con cimientos muy hondos y fuertes, para poner la puente que es hecha de maromas de rama á manera de las sogas que tienen las anorias para sacar agua con la rueda. Y estas después de hechas son tan fuertes, que pueden pasar los caballos á rienda suelta, como si fuesen por la puente de Alcántara ó de Córdoba. Tenia de largo esta puente, cuando yo la pasé, ciento y sesenta y seis pasos. En el nacimiento deste rio está la provincia de los soras, muy fértil y abundante, poblada de gentes belicosas. Ellos y los lucanes son de una habla y andan vestidos con ropa de lana; poseyeron mucho ganado, y en sus provincias hay minas ricas de oro y plata, y en tanto estimaron los ingas á los soras y lucanes, que sus provincias eran cámaras suyas, y los hijos de los principales residian en la corte del Cuzco. Hay en ellas aposentos y depósitos ordinarios, y por los desiertos gran número de ganado salvaje; y volviendo al camino principal se llega á los aposentos de Uramarca, que es poblacion de mitimaes; porque los naturales, con las guerras de los ingas, murieron los mas dellos.

CAPITULO XC.

De la provincia de Andabailas, y lo que se contiene en ella hasta llegar al valle de Xaquixaguana.

Cuando yo entré en esta provincia era señor della un indio principal llamado Basco, y los naturales han por nombre chancas. Andan vestidos con mantas y camisetas de lana. Fueron en los tiempos pasados tan valientes (á lo que se dice) estos, que no solamente ganaron tierras y señoríos, mas pudieron tanto, que tuvieron cercada la ciudad del Cuzco, y se dieron grandes batallas entre los de la ciudad y ellos, hasta que por el valor de inga Yupangue fueron vencidos; y tambien fué natural desta provincia el capitan Ancoallo, tan mentado en estas partes por su grande valor; del cual cuentan que, no pudiendo sufrir el ser mandado por los ingas y las tiranías de algunos de sus capitanes, después de haber hecho grandes cosas en la comarca de Tarama y Bombon, se metió en lo mas adentro de las montañas y pobló riberas de un lago que está, á lo que tambien se dice, por bajo del rio de Moyobamba. Preguntándoles yo á estos chancas qué sentian de sí propios y dónde tuvo principio su origen, cuentan otra niñería ó novela como los de Jauja, y es, que dicen que sus padres remanecieron y salieron por un palude pequeño, llamado Soclococha, desde donde conquistaron hasta llegar á una parte que nombran Chuquibamba, adonde luego hicieron su asiento. Y pasados algunos años, contendieron con los quichúas, nacion muy antigua, y señores que eran desta provincia de Andabailas, la cual ganaron y quedaron por señores della hasta hoy. Al lago de donde salieron tenian por sagrado, y era su principal templo donde adoraban y sacrificaban. Usaron los entierros como los demás; y así, creian la inmortalidad del ánima, que ellos llaman xongon, que es tambien nombre de corazon. Metian con los señores que enterraban mujeres vivas y algun tesoro y ropa. Tenian sus dias señalados, y aun deben agora tener, para solemnizar sus fiestas, y plazas hechas para sus bailes. Como en esta provincia ha estado á la contina clérigo industriando á los indios, se han vuelto algunos dellos cristianos, especialmente de los mozos. Ha tenido siempre sobre ella encomienda el capitan Diego Maldonado. Todos los mas traen cabellos largos entranzados menudamente, puestos unos cordones de lana que les viene á caer por debajo de la barba. Las casas son de piedra. En el comedio de la provincia habia grandes aposentos y depósitos para los señores. Antiguamente hubo muchos indios en esta provincia de Andabailas, y la guerra los ha apocado como á los demás deste reino. Es muy larga y poseen gran número de ganado doméstico, y en sus términos no tiene cuenta lo que hay montes. Y es bien bastecida de mantenimientos y dase trigo, y por los valles calientes hay muchos árboles de fruta. Aquí estuvimos muchos dias con el presidente Gasca cuando iba á castigar la rebelion de Gonzalo Pizarro, y fué mucho lo que estos indios pasaron y sirvieron con la importunidad de los españoles. Y este buen indio, señor deste valle, Guasco, entendia en este proveimiento con gran cuidado. Desta provincia de Andabailas (que los españoles comunmente llaman Andaguailas) se llega al rio de Abancay, que está nueve leguas mas adelante hácia el Cuzco; y tiene este rio sus padrones ó pilares de piedra bien fuertes, adonde está puente, como en los demás rios. Por donde este pasa hacen las sierras un valle pequeño, adonde hay arboledas y se crian frutas y otros mantenimientos abundantemente. En este rio fué donde el adelantado don Diego de Almagro desbarató y prendió al capitan Alonso de Albarado, general del gobernador don Francisco Pizarro, como diré en la guerra de las Salinas. No muy léjos deste rio estaban aposentos y depósitos como los que habia en los demás pueblos pequeños, y no de mucha importancia.

CAPITULO XCI.

Del rio de Apurima y del valle de Xaquixaguana, y de la calzada que pasa por él, y lo que mas hay que contar hasta llegar á la ciudad del Cuzco.

Adelante está el rio de Apurima, que es el mayor de los que se han pasado desde Caxamalca hácia la parte del Sur, ocho leguas del de Abancay; el camino va bien desechado por las laderas y sierras, y debieron de pasar gran trabajo los que hicieron este camino en quebrantar las piedras y allanarlo por ellas, especialmente cuando se abaja por él al rio, que va tan áspero y dificultoso este camino, que algunos caballos cargados de plata y de oro han caido en él y perdido, sin lo poder cobrar. Tiene dos grandes pilares de piedra para poder armar la puente. Cuando yo volví á la

ciudad de los Reyes después que hubimos desbaratado á Gonzalo Pizarro, pasamos este rio algunos soldados sin puente, por estar deshecha, metidos en un cesto cada uno por sí; descolgándonos por una maroma que estaba atada á los pilares de una parte á otra del rio, mas de cincuenta estados, que no es pequeño espanto ver lo mucho á que se ponen los hombres que por las Indias andan. Pasado este rio, se ve luego donde estuvieron los aposentos de los ingas, y en donde tenian un oráculo, y el demonio respondia (á lo que los indios dicen) por el troncon de un árbol, junto al cual enterraban oro y hacian sus sacrificios. Deste rio de Apurima se va hasta llegar á los aposentos de Limatambo, y pasando la sierra de Bilcaconga (que es donde el adelantado don Diego de Almagro con algunos españoles tuvo una batalla con los indios, antes que se entrase en el Cuzco), se llega al valle de Xaquixaguana; el cual es llano, situado entre las cordilleras de sierras. No es muy ancho ni tampoco largo. Al principio dél es el lugar donde Gonzalo Pizarro fué desbaratado, y juntamente él, con otros capitanes y valedores suyos, justiciado por mandado del licenciado Pedro de la Gasca, presidente de su majestad. Habia en este valle muy suntuosos aposentos y ricos, adonde los señores del Cuzco salian á tomar sus placeres y solaces. Aquí fué tambien donde el gobernador don Francisco Pizarro mandó quemar al capitan general de Atabaliba Chalicuchima. Hay deste valle á la ciudad del Cuzco cinco leguas, y pasa por él el gran camino real. Y del agua de un rio que nace cerca deste valle se hace un grande tremedal hondo, y que con gran dificultad se pudiera andar si no se hiciera una calzada ancha y muy fuerte, que los ingas mandaron hacer, con sus paredes de una parte y otra, tan fijas, que durarán muchos tiempos. Saliendo de la calzada, se camina por unos pequeños collados y laderas hasta llegar á la ciudad del Cuzco. Antiguamente fué todo este valle muy poblado y lleno de sementeras, tantas y tan grandes, que era cosa de ver, por ser hechas con una órden de paredes anchas; y con su compás algo desviado salian otras, habiendo distancia en el anchor de una y otra para poder sembrar sus sementeras de maíz y de otras raíces que ellos siembran. Y así, estaban hechas desta manera, pegadas á las haldas de las sierras. Muchas destas sementeras son de trigo, porque se da bien. Y hay en él muchos ganados de los españoles vecinos de la antigua ciudad del Cuzco. La cual está situada entre unos cerros, de la manera y forma que en el siguiente capítulo se declara.

CAPITULO XCII.

De la manera y traza con que está fundada la ciudad del Cuzco, y de los cuatro caminos reales que della salen, y de los grandes edificios que tuvo, y quién fué el fundador.

La ciudad del Cuzco está fundada en un sitio bien áspero y por todas partes cercado de sierras, entre dos arroyos pequeños, el uno de los cuales pasa por medio, porque se ha poblado de entrambas partes. Tiene un valle á la parte de levante, que comienza desde la propia ciudad; por manera que las aguas de los arroyos que por la ciudad pasan, corren al poniente. En este valle, por ser frio demasiado, no hay género de árbol que pueda dar fruta, sino son algunos molles. Tiene la ciudad á la parte del norte en el cerro mas alto y mas cercano á ella una fuerza, la cual por su grandeza y fortaleza fué excelente edificio, y lo es en este tiempo, aunque lo mas della está deshecha; pero todavía están en pié los grandes y fuertes cimientos con los cubos principales. Tiene asimesmo á las partes de levante y del norte las provincias de Andesuyo, que son las espesuras y montañas de los Andes y la mayor de Chichasuyo, que se entienden las tierras que quedan hácia el Quito. A la parte del sur tiene las provincias de Collao y Condesuyo; de las cuales el Collao está entre el viento levante y el austro ó mediodía, que en la navegacion se llama sur, y la de Condesuyo entre el sur y poniente. Una parte desta ciudad tenia por nombre Hanancuzco, y la otra Orencuzco, lugares donde vivian los mas nobles della y adonde habia linajes antiguos. Por otra estaba el cerro de Carmenga, de donde salen á trechos ciertas torrecillas pequeñas, que servian para tener cuenta con el movimiento del sol, de que ellos mucho se preciaron. En el comedio cerca de los collados della, donde estaba lo mas de la poblacion, habia una plaza de buen tamaño, la cual dicen que antiguamente era tremedal ó lago, y que los fundadores con mezcla y piedra lo allanaron y pusieron como agora está. Desta plaza salian cuatro caminos reales; en el que llamaban Chinchasuyo se camina á las tierras de los llanos con toda la serranía, hasta las provincias de Quito y Pasto; por el segundo camino, que nombran Condesuyo, entran las provincias que son subjetas á esta ciudad y á la de Arequipa. Por el tercero camino real, que tiene por nombre Andesuyo, se va á las provincias que caen en las faldas de los Andes, y á algunos pueblos que están pasada la cordillera. En el último camino destos que dicen Collasuyo entran las provincias que llegan hasta Chile. De manera que, como en España los antiguos hacian division de toda ella por las provincias, así estos indios, para contar las que habia en tierra tan grande, lo entendian por sus caminos. El rio que pasa por esta ciudad tiene sus puentes para pasar de una parte á otra. Y en ninguna parte deste reino del Perú se halló forma de ciudad con noble ornamento, sino fué este Cuzco, que (como muchas veces he dicho) era la cabeza del imperio de los ingas y su asiento real. Y sin esto, las mas provincias de las Indias son poblaciones. Y si hay algunos pueblos no tienen traza ni órden, ni cosa política que se haya de loar; el Cuzco tuvo gran manera y calidad, debió ser fundada por gente de gran ser. Habia grandes calles, salvo que eran angostas, y las casas hechas de piedra pura, con tan lindas junturas, que ilustra el antigüedad del edificio, pues estaban piedras tan grandes muy bien asentadas. Lo demás de las casas todo era madera y paja ó terrados, porque teja, ladrillo ni cal no vemos reliquia dello. En esta ciudad habia en muchas partes aposentos principales de los reyes ingas, en los cuales el que sucedia en el señorío celebraba sus fiestas. Estaba asimismo en ella el magnífico y solemne templo del Sol, al cual llamaban Curicanche, que fué de los ricos de oro y plata que hubo en muchas partes del mundo. Lo mas de la ciudad fué poblada de mitimaes, y hubo en ella grandes leyes y estatutos á su usanza, y de tal ma-

nera, que por todos era entendido, así en lo tocante de sus vanidades y templos como en lo del gobierno. Fué la mas rica que hubo en las Indias de lo que dellas sabemos, porque de muchos tiempos estaban en ella tesoros allegados para grandeza de los señores, y ningun oro ni plata que en ella entraba podia salir, so pena de muerte. De todas las provincias venian á tiempos los hijos de los señores á residir en esta corte con su servicio y aparato. Habia gran suma de plateros, de doradores, que entendian en labrar lo que era mandado por los ingas. Residia en su templo principal que ellos tenian su gran sacerdote, á quien llamaban Vilaoma. En este tiempo hay casas muy buenas y torreadas, cubiertas con teja. Esta ciudad, aunque es fria, es muy sana, y la mas proveida de mantenimientos de todo el reino, y la mayor dél, y adonde mas españoles tienen encomienda sobre los indios; la cual fundó y pobló Mangocapa, primer rey inga que en ella hubo. Y después de haber pasado otros diez señores que le sucedieron en el señorío, la reedificó y tornó á fundar el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitan general destos reinos, en nombre del emperador don Cárlos, nuestro señor, año de 1534 años, por el mes de otubre.

CAPITULO XCIII.

En que se declaran mas en particular las cosas desta ciudad del Cuzco.

Como fuese esta ciudad la mas importante y principal deste reino, en ciertos tiempos del año acudian los indios de las provincias, unos á hacer los edificios y otros á limpiar las calles y barrios, y á hacer lo que mas les fuese mandado. Cerca della, á una parte y á otra, son muchos los edificios que hay, de aposentos y depósitos que hubo, todos de la traza y compostura que tenian los demás de todo el reino; aunque unos mayores y otros menores, y unos mas fuertes que otros. Y como estos ingas fueron tan ricos y poderosos, algunos destos edificios eran dorados y otros estaban adornados con planchas de oro. Sus antecesores tuvieron por cosa sagrada un cerro grande que llamaron Guanacaure, que está cerca desta ciudad; y así, dicen que sacrificaban en él sangre humana y de muchos corderos y ovejas, y como esta ciudad estuviese llena de naciones extranjeras y tan peregrinas, pues habia indios de Chile, Pasto, cañares, chachapoyas, guancas, collas, y de los mas linajes que hay en las provincias ya dichas, cada linaje dellos estaba por sí, en el lugar y parte que les era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Estos guardaban las costumbres de sus padres y andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conoscian con las señales que en las cabezas se ponian. Algunos destos extranjeros enterraban á sus difuntos en cerros altos, otros en sus casas, y algunos en las heredades, con sus mujeres vivas y cosas de las preciadas que ellos tenian por estimadas, como de suso es dicho, y cantidad de mantenimiento; y los ingas (á lo que yo entendí) no les vedaban ninguna cosa destas, con tanto que todos adorasen al sol y le hiciesen reverencia, que ellos llaman Mocha. En muchas partes desta ciudad hay grandes edificios debajo la tierra, y en las mismas entrañas della hoy dia se hallan algunas losas y caños, y aun joyas y piezas de oro de lo que enterraban; y cierto debe de haber en el circúito desta ciudad enterrados grandes tesoros, sin saber dellos los que son vivos; y como en ella hubiese tanta gente, y el demonio tan enseñoreado sobre ellos por la permision de Dios, habia muchos hechiceros, agoreros, idolatradores; y destas reliquias no está del todo limpia esta ciudad, especialmente de las hechicerías. Cerca desta ciudad hay muchos valles templados, y adonde hay arboledas y frutales y se cria lo uno y lo otro bien; lo cual traen lo mas dello á vender á la ciudad. Y en este tiempo se coge mucho trigo, de que hacen pan. Y hay plantados en los lugares que digo muchos naranjos y otros árboles de frutas de España y de la misma tierra. Del rio que pasa por la ciudad tienen sus moliendas, y cuatro leguas della se ven las pedreras donde sacaban la cantería, losas y portadas para los edificios, que no es poco de ver. Demás de lo dicho, se crian en el Cuzco muchas gallinas y capones, tan buenos y gordos como en Granada, y por los valles hay hatos de vacas y cabras y otros ganados, así de España como de lo natural. Y puesto que no haya en esta ciudad arboledas, críanse muy bien las legumbres de España.

CAPITULO XCIV.

Que trata del valle de Yucay y de los fuertes aposentos de Tambo, y parte de la provincia de Condesuyo.

Cuatro leguas desta ciudad del Cuzco, poco mas ó menos, está un valle llamado de Yucay, muy hermoso, metido entre el altura de las sierras, de tal manera, que con el abrigo que le hacen es de temple sano y alegre, porque ni hace frio demasiado ni calor, antes se tiene por tan excelente, que se ha platicado algunas veces por los vecinos y regidores del Cuzco de pasar la ciudad á él, y tan de veras, que se pensó poner en efeto. Mas, como haya tan grandes edificios en las casas de sus moradas, no se mudará por no tornar de nuevo á edificar, ni lo permitirán porque no se pierda la antigüedad de la ciudad. En este valle de Yucay han puesto y plantado muchas cosas de las que dije en el capítulo precedente. Y cierto en este valle y en el de Bilcas, y en otros semejantes (segun lo que paresce en lo que agora se comienza), hay esperanza que por tiempos habrá buenos pagos de viñas y huertas, y vergeles frescos y vistosos. Y digo en particular mas deste valle que de otros, porque los ingas lo tuvieron en mucho, y se venian á él á tomar sus regocijos y fiestas; especialmente Viracoche inga, que fué abuelo de Topainga Yupangue. Por todas partes dél se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia, especialmente los que hubo en Tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo. Y aunque el valle es del temple tan bueno como de suso he dicho, lo mas del año están estos cerros bien blancos de la mucha nieve que en ellos cae. En este lugar tuvieron los ingas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas, que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de gran-

dos andenes que parescen murallas, unas encima de otras, en el ancho de las cuales sembraban las semillas de que comian. Y agora se ve entre estas piedras algunas figuras de leones y de otros animales fieros, y de hombres con unas armas en las manos á manera de alabardas, como que fuesen guarda del paso, y esto bien obrado y primamente. Los edificios de las casas eran muchos, y dicen que en ellos habia, antes que los españoles señoreasen este reino, grandes tesoros, y cierto se ven en estos edificios piedras puestas en ellos, labradas y asentadas, tan grandes, que era menester fuerza de mucha gente y con mucho ingenio para llevarlas y ponerlas donde están. Sin esto, se dice por cierto que en estos edificios de Tambo ó de otros que ternian este nombre (que no es solo este lugar el que se llamó Tambo), se halló en cierta parte del palacio real ó del templo del sol oro derretido en lugar de mezcla, con que, juntamente con el betun que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras. Y que el gobernador don Francisco Pizarro hubo desto mucho antes que los indios lo deshiciesen y llevasen, y de Pacaritambo dicen algunos españoles que en veces sacaron cantidad de oro Hernando Pizarro y don Diego de Almagro el mozo. Estas cosas no dejo yo de pensar que son así cuando me acuerdo de las piezas tan ricas que se vieron en Sevilla, llevadas de Caxamalca, adonde se juntó el tesoro que Atabaliba prometió á los españoles, sacado lo mas del Cuzco; y fué poco para lo que después se repartió, que se halló por los mismos cristianos; y mas que lo uno y lo otro, lo que los indios han llevado está enterrado en partes que ninguno sabe dello; y si la ropa fina que se desperdició y perdió en aquellos tiempos se guardara, valiera tanto, que no lo oso afirmar, segun tengo que fuera mucho; y con tanto, digo que los indios que llamaban chumbibilcas y los ubinas, y Pomatambo, y otras naciones muchas que no cuento, entran en lo que llaman Condesuyo. Algunos dellos fueron belicosos, y los pueblos tienen entre sierras altísimas. Poseian suma sin cuento de ganado doméstico y bravo. Las casas todas son de piedra y paja. En muchos lugares habia aposentos de los señores. Y tuvieron estos naturales sus ritos y costumbres como todos, y en sus templos sacrificaban corderos y otras cosas, y es fama que el demonio era visto en un templo que tenian en cierta parte desta comarca de Condesuyo, y aun en este tiempo he yo oido á algunos españoles que se ven apariencias deste nuestro enemigo y adversario. En los rios que pasan por los aimaraes se ha cogido mucha suma de oro, y se sacaba en el tiempo que yo estaba en el Cuzco. En Pomatambo y en algunas otras partes deste reino se hace tapicería muy buena, por ser muy buena la lana de que se hace, y las colores tan perfetas, que sobrepujan á las de otros reinos. En esta provincia de Condesuyo hay muchos rios, algunos dellos pasan con puentes de criznejas, hechas como tengo ya dicho que se hacen deste reino. Asimismo hay muchas frutas de las naturales y muchas arboledas. Hay tambien venados y perdices, y buenos halcones para volarlas.

CAPITULO XCV.

De las montañas de los Andes y de su gran espesura, y de las grandes culebras que en ella se crian, y de las malas costumbres de los indios que viven en lo interior de la montaña.

Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes, á lo que se ha visto y cree; y viene de largo por todo este reino del Perú, y atraviesa tantas tierras y provincias, que no se puede decir. Toda está llena de altos cerros, algunos dellos bien poblados de nieve, y otros de bocas de fuego. Son muy dificultosas estas sierras y montañas, por su espesura y porque lo mas del tiempo llueve en ellas, y la tierra es tan sombría, que es menester ir con gran tino, porque las raíces de los árboles salen debajo della y ocupan todo el monte, y cuando quieren pasar caballos se recibe mas trabajo en hacer los caminos. Fama es entre los orejones del Cuzco que Topainga Yupangue atravesó con grande ejército esta montaña, y que fueron muy difíciles de conquistar y traer á su señorío muchas gentes de las que en ellas habitaban; en las faldas dellas, á las vertientes de la mar del Sur, eran los naturales de buena razon, y que todos andaban vestidos, y se gobernaron por las leyes y costumbres de los ingas; y por el consiguiente, á las vertientes de la otra mar, á la parte del nascimiento del sol, es público que los naturales son de menos razon y entendimiento, los cuales crian gran cantidad de coca, que es una yerba preciada entre los indios, como diré en el capítulo siguiente; y como estas montañas sean tan grandes, puédese tener ser verdad lo que dicen de haber en ellas muchos animales, así como osos, tigres, leones, dantas, puercos y gaticos pintados, con otras salvajinas muchas y que son de ver; y tambien se han visto por algunos españoles unas culebras tan grandes, que parecen vigas, y estas se dice que, aunque se sienten encima dellas, y sea su grandeza tan monstruosa y de talle tan fiero, no hacen mal ni se muestran fieras en matar ni hacer daño á ninguno. Tratando yo en el Cuzco sobre estas culebras con los indios, me contaron una cosa que aquí diré, la cual escribo porque me la certificaron; y es, que en tiempo de inga Yupangue, hijo que fué de Viracoche inga, salieron por su mandado ciertos capitanes con mucha gente de guerra á visitar estos Andes y á someter los indios que pudiesen al imperio de los ingas; y que entrados en los montes, estas culebras mataron á todos los mas de los que iban con los capitanes ya dichos, y que fué el daño tanto, que el Inga mostró por ello gran sentimiento; lo cual visto por una vieja encantadora, le dijo que la dejase ir á los Andes, que ella adormiria las culebras de tal manera, que nunca hiciesen mal; y dándole licencia, fué adonde habian recebido el daño; y allí, haciendo sus conjuros y diciendo ciertas palabras, las volvió, de fieras y bravas, en tan mansas y bobas como agora están. Esto puede ser ficion ó fábula que estos dicen; pero lo que agora se ve es, que estas culebras, con ser tan grandes, ningun daño hacen. Estos Andes, adonde los ingas tuvieron aposentos y casas principales, en partes fueron muy poblados. La tierra es muy fértil, porque se da bien el

maíz y yuca, con las otras raíces que ellos siembran, y frutas hay muchas y muy excelentes, y los mas de los españoles vecinos del Cuzco han ya hecho plantar naranjos y limas, higueras, parrales y otras plantas de España; sin lo cual, se hacen grandes platanales y hay piñas sabrosas y muy olorosas. Bien adentro destas montañas y espesuras afirman que hay gente tan rústica, que ni tienen casa ni ropa, antes andan como animales, matando con flechas aves y bestias las que pueden para comer, y que no tienen señores ni capitanes, salvo que por las cuevas y huecos de árboles se allegan unos en unas partes y otros en otras. En las mas de las cuales, dicen tambien (que yo no las he visto) que hay unas monas muy grandes que andan por los árboles, con las cuales, por tentacion del demonio (que siempre busca cómo y por dónde los hombres cometerán mayores pecados y mas graves), estos usan con ellas como mujeres, y afirman que algunas parian monstruos que tenian las cabezas y miembros deshonestos como hombres, y las manos y piés como mona; son, segun dicen, de pequeños cuerpos y de talle monstruoso, y vellosos. En fin, parescerán (si es verdad que los hay) al demonio, su padre. Dicen mas, que no tienen habla, sino un gemido ó aullido temeroso. Yo esto ni lo afirmo ni dejo de entender, que, como muchos hombres de entendimiento y razon y que saben que hay Dios, gloria y infierno, dejando á sus mujeres, se han ensuciado con mulas, perras, yeguas y otras bestias, que me da gran pena referirlo, puede ser que esto así sea. Yendo yo el año de 1549 á los Charcas á ver las provincias y ciudades que en aquella tierra hay, para lo cual llevaba del presidente Gasca cartas para todos los corregidores, que me diesen favor para saber y inquirir lo mas notable de las provincias, acertamos una noche á dormir en una tienda un hidalgo, vecino de Málaga, llamado Iñigo Lopez de Nuncibay, y yo, y nos contó un español que allí se halló cómo por sus ojos habia visto en la montaña uno destos monstruos muerto, del talle y manera dicha. Y Juan de Varagas, vecino de la ciudad de la Paz, me dijo y afirmó que en Guanuco le decian los indios que oian aullido destos diablos ó monas; de manera que esta fama hay deste pecado cometido por estos malaventurados. Tambien he oido por muy cierto que Francisco de Almendras, que fué vecino de la villa de Plata, tomó á una india y á un perro cometiendo este pecado, y que mandó quemar la india. Y sin todo esto, he oido á Lope de Mendieta y á Juan Ortiz de Zárate, y á otros vecinos de la villa de Plata, que oyeron á indios suyos cómo en la provincia de Aulaga parió una india de un perro tres ó cuatro monstruos, los cuales vivieron pocos dias. Plega á nuestro Señor Dios que, aunque nuestras maldades sean tantas y tan grandes, no permita que se cometan pecados tan feos y enormes.

CAPITULO XCVI.

Cómo en todas las mas de las Indias usaron los naturales dellas traer yerba ó raíces en la boca, y de la preciada yerba llamada coca, que se cria en muchas partes deste reino.

Por todas las partes de las Indias que yo he andado he notado que los indios naturales muestran gran deleitacion en traer en las bocas raíces, ramos ó yerbas. Y así, en la comarca de la ciudad de Antiocha algunos usan traer de una coca menuda, y en las provincias de Arma, de otras yerbas; en las de Quimbaya y Ancerma, de unos árboles medianos, tiernos y que siempre están muy verdes, cortan unos palotes, con los cuales se dan por los dientes sin se cansar. En los mas pueblos de los que están subjetos á la ciudad de Cali y Popayan traen por las bocas de la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan cierta mixtura ó confacion que ellos hacen, y puesto en la boca, lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es á manera de cal. En el Perú en todo él se usó y usa traer esta coca en la boca; y desde la mañana hasta que se van á dormir la traen, sin la echar della. Preguntando á algunos indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta yerba (la cual no comen ni hacen mas de traerla en los dientes), dicen que sienten poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo què algo lo debe de causar, aunque mas me paresce una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son. En los Andes, desde Guamanga hasta la villa de Plata, se siembra esta coca, la cual da árboles pequeños y los labran y regalan mucho para que dén la hoja que llaman coca, que es á manera de arrayan, y sécanla al sol, y despuès la ponen en unos cestos largos y angostos, que terná uno dellos poco mas de una arroba, y fué tan preciada esta coca ó yerba en el Perú el año de 1548, 49 y 51, que no hay para qué pensar que en el mundo haya habido yerba ni raíz ni cosa criada de árbol que crie y produzga cada año como esta, fuera la especiería, que es cosa diferente, se estimase tanto, porque valieron los repartimientos en estos años, digo, los mas del Cuzco, la ciudad de la Paz, la villa de Plata, á ochenta mil pesos de renta, y á sesenta, y á cuarenta, y á veinte, y á mas y á menos, todo por esta coca. Y al que le daban encomienda de indios luego ponia por principal los cestos de coca que cogia. En fin, teníanlo como por posesion de yerba de Trujillo. Esta coca se llevaba á vender á las minas de Potosí, y diéronse tanto al poner árboles della y coger la hoja, que es esta coca, que no vale ya tanto ni con mucho; mas nunca dejará de ser estimada. Algunos están en España ricos con lo que hubieron del valor desta coca, mercándola y tornándola á vender, y rescatándola en los tiangues ó mercados á los indios.

CAPITULO XCVII.

Del camino que se anda desde el Cuzco hasta la ciudad de la Paz, y de los pueblos que hay hasta salir de los indios que llaman canches.

Desde la ciudad del Cuzco hasta la ciudad de la Paz hay ochenta leguas, poco mas ó menos, y es de saber que antes que esta ciudad se poblase fueron términos del Cuzco todos los pueblos y valles que hay subjetos á esta nueva ciudad de la Paz. Digo pues que, saliendo del Cuzco por el camino real de Collasuyo, se va hasta llegar á las angosturas de Mohina, quedando á la siniestra mano los aposentos de Quispicanche; va el camino por este lugar, luego que salen del Cuzco, hecho de calzada ancha y muy fuerte de cantería. En Mohina está

un tremedal lleno de cenagales, por los cuales va el camino hecho en grandes cimientos, la calzada de suso dicha. Hubo en este Mohina grandes edificios; ya están todos perdidos y deshechos. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró en el Cuzco con los españoles, dicen que hallaron cerca destos edificios, y en ellos mismos, mucha cantidad de plata y de oro, y mayor de ropa de la preciada y rica que otras veces he notado, y á algunos españoles he oido decir que hubo en este lugar un bulto de piedra conforme al talle de un hombre, con manera de vestidura larga y cuentas en la mano, y otras figuras y bultos. Lo cual era grandeza de los ingas, y señales que ellos querian que quedase para en lo futuro; y algunos eran ídolos en que adoraban. Adelante de Mohina está el antiguo pueblo de Urcos, que estará seis leguas del Cuzco; en este camino está una muralla muy grande y fuerte, y segun dicen los naturales, por lo alto della venian caños de agua, sacada con grande industria de algun rio y traida con la policía y órden que ellos hacen sus acequias. Estaba en esta gran muralla una ancha puerta, en la cual habia porteros que cobraban los derechos y tributos que eran obligados á dar á los señores, y otros mayordomos de los mismos ingas estaban en este lugar para prender y castigar á los que con atrevimiento eran osados á sacar plata y oro de la ciudad del Cuzco, y en esta parte estaban las canterías de donde sacaban las piedras para hacer los edificios, que no son poco de ver. Está asentado Urcos en un cerro, donde hubo aposentos para los señores; de aquí á Quiquixana hay tres leguas, todo de sierras bien ásperas; por medio dellas abaja el rio de Yucay, en el cual hay puente de la hechura de las otras que se ponen en semejantes rios; cerca deste lugar están poblados los indios que llaman cavinas, los cuales, antes que fuesen señoreados por los ingas, tenian abiertas las orejas y puesto en el redondo dellas aquel ornamento suyo, y eran orejones. Mangocapa, fundador de la ciudad del Cuzco, dicen que los atrajo á su amistad. Andan vestidos con ropa de lana, los mas dellos sin cabellos, y por la cabeza se dan vuelta con una trenza negra. Los pueblos tienen en las sierras hechas las casas de piedra. Tuvieron antiguamente un templo en gran veneracion, á quien llamaban Auzancata, cerca del cual dicen que sus pasados vieron un ídolo ó demonio con la figura y traje que ellos traen, con el cual tenian su cuenta, haciéndole sacrificios á su uso. Y cuentan estos indios que tuvieron en los tiempos pasados por cosa cierta que las ánimas que salian de los cuerpos iban á un gran lago, donde su vana creencia les hacia entender haber sido su principio, y que de allí entraban en los cuerpos de los que nascian. Después, como lo señorearon los ingas, fueron mas polidos y de mas razon, y adoraron al sol, no olvidando el reverenciar á su antiguo templo. Adelante desta provincia están los canches, que son indios bien domésticos y de buena razon, faltos de malicia, y que siempre fueron provechosos para trabajo, especialmente para sacar metales de plata y de oro, y poseyeron mucho ganado de sus ovejas y carneros; los pueblos que tienen no son mas ni menos que los de sus vecinos, y así andan vestidos, y traen por señal en las cabezas unas trenzas negras que les viene por debajo de la barba. Antiguamente cuentan que tuvieron grandes guerras con Viracoche inga y con otros de sus predecesores, y que puestos en su señorío, los tuvieron en mucho. Usan por armas algunos dardos y hondas y unos que llaman aillos, con que prendian á los enemigos. Los enterramientos y religiones suyas conformaban con los ya dichos, y las sepulturas tienen hechas por los campos de piedra altas, en las cuales metian á los señores con algunas de sus mujeres y otros sirvientes. No tienen cuenta de honra ni pompa, aunque es verdad que algunos de los señores se muestran soberbios con sus naturales y los tratan ásperamente. En señalados tiempos del año celebraban sus fiestas, teniendo para ello sus dias situados. En los aposentos de los señores tenian sus plazas para hacer sus bailes, y adonde el señor comia y bebia. Hablaban con el demonio en la manera que todos los demás. En toda la tierra destos canches se da trigo y maíz y hay muchas perdices y condores, y en sus casas tienen los indios muchas gallinas, y por los rios toman mucho pescado, bueno y sabroso.

CAPITULO XCVIII.

De la provincia de los Canas y de los que dicen de Ayavire, que en tiempo de los ingas fué, á lo que se tiene, gran cosa.

Luego que salen de los Canches, se entra en la provincia de los Canas, que es otra nacion de gente, y los pueblos dellos se llaman en esta manera: Hatuncana, Chicuana, Horuro, Cacha, y otros que no cuento. Andan todos vestidos, y lo mismo sus mujeres, y en la cabeza usan ponerse unos bonetes de lana, grandes y muy redondos y altos. Antes que los ingas los señoreasen tuvieron en los collados fuertes sus pueblos, de donde salian á darse guerra; después los bajaron á lo llano, haciéndolos concertadamente. Y tambien hacen, como los canches, sus sepulturas en las heredades, y guardan y tienen unas mismas costumbres. En la comarca destos canas hubo un templo á quien llamaban Ancocagua; es donde sacrificaban conforme á su ceguedad. Y en el pueblo de Chaca habia grandes aposentos hechos por mandado de Topainga Yupangue. Pasado un rio, está un pequeño cercado, dentro del cual se halló alguna cantidad de oro, porque dicen que á comemoracion y remembranza de su dios Ticeviracocha, á quien llaman hacedor, estaba hecho este templo, y puesto en él un ídolo de piedra de la estatura de un hombre, con su vestimenta y una corona ó tiara en la cabeza; algunos dijeron que podia ser esta hechura á figura de algun apóstol que llegó á esta tierra; de lo cual en la segunda parte trataré lo que desto sentí y pude entender, y la que dicen del fuego del cielo que abajó, el cual convirtió en ceniza muchas piedras. En toda esta comarca de los Canas hace frio, y lo mismo en los Canches, y es bien proveida de mantenimientos y ganados. Al poniente tienen la mar del Sur, y al oriente la espesura de los Andes. Del pueblo de Chicuana, que es desta provincia de los Canas, hasta el de Ayavire habrá quince leguas, en el cual término hay algunos pueblos destos canas, y muchos llanos, y grandes vegas bien aparejadas para criar ganados, aunque el ser fria esta region demasiadamente lo estorba; y la muchedumbre

de yerba que en ella se cria no da provecho sino es á los guanacos y vicunias. Antiguamente fué (á lo que dicen) gran cosa de ver este pueblo de Ayavire, y en este tiempo lo es, especialmente las grandes sepulturas que tiene, que son tantas, que ocupan mas campo que la poblacion. Afirman por cierto los indios que los naturales deste pueblo de Ayavire fueron de linaje y prosapia de los canas, y que Inga Yupangue tuvo con ellos algunas guerras y batallas, en las cuales, demás de quedar vencidos del Inga, se hallaron tan quebrantados, que hubieron de rendírsele y darse por sus siervos, por no acabar de perderse. Mas, como algunos de los ingas debieron ser vengativos, cuentan mas, que, después de haber con engaño y cautela muerto el Inga mucho número de indios de Copacopa y de otros pueblos confinantes á la montaña de los Andes, hizo lo mismo de los naturales de Ayavire, de tal manera, que pocos ó ningunos quedaron vivos, y los que escaparon, es público que andaban por las sementeras llamando á sus mayores, muertos de mucho tiempo, y lamentando su perdicion con gemidos de gran sentimiento, de la destruicion que por ellos y por su pueblo habia venido. Y como este Ayavire está en gran comarca, y cerca dél corre un rio muy bueno, mandó inga Yupangue que le hiciesen unos palacios grandes, y conforme al uso dellos se edificaron, haciendo tambien muchos depósitos pegados á la falda de una pequeña sierra, donde metian los tributos; y como cosa importante y principal, mandó fundar templo del sol. Hecho esto, como los naturales de Ayavire faltasen por la causa dicha, inga Yupangue mandó que viniesen de las naciones comarcanas indios con sus mujeres (que son los que llaman mitimaes), para que fuesen señores de los campos y heredades de los muertos, y hiciesen la poblacion grande y concertada junto al templo del sol y á los aposentos principales. Y desde en adelante fué en crecimiento este pueblo, hasta que los españoles entraron en este reino; y después con las guerras y calamidades pasadas ha venido en gran diminucion, como todos los demás. Yo entré en él en tiempo que estaba encomendado á Juan de Pancorbo, vecino del Cuzco, y con las mejores lenguas que se pudieron haber se entendió este suceso que escribo. Cerca deste pueblo está un templo desbaratado, donde antiguamente hacian los sacrificios; y tuve por cosa grande las muchas sepulturas que están y se parecen por toda la redonda deste pueblo.

CAPITULO XCIX.

De la gran comarca que tienen los Collas, y la disposicion de la tierra donde están sus pueblos, y de cómo tenian puestos mitimaes, para proveimiento dellos.

Esta parte que llaman Collas es la mayor comarca, á mi ver, de todo el Perú, y la mas poblada. Desde Ayavire comienzan los Collas, y llegan hasta Caracollo. Al oriente tienen las montañas de los Andes, al poniente las cabezadas de las sierras nevadas y las vertientes dellas, que van á parar á la mar del Sur. Sin la tierra que ocupan con sus pueblos y labores, hay grandes despoblados, y que están bien llenos de ganado silvestre. Es la tierra del Collao toda llana, y por muchas partes corren rios de buen agua; y en estos llanos hay hermosas vegas y muy espaciosas, que siempre tienen yerba en cantidad, y á tiempos muy verde, aunque en el estío se agosta como en España. El invierno comienza (como ya he escrito) de octubre y dura hasta abril. Los dias y las noches son casi iguales, y en esta comarca hace mas frio que en ninguna otra de las del Perú, fuera los altos y sierras nevadas, y cáusalo ser la tierra alta; tanto, que ahína emparejara con las sierras. Y cierto si esta tierra del Collao fuera un valle hondo como el de Jauja ó Choquiabo, que pudiera dar maíz, se tuviera por lo mejor y mas rico de gran parte destas Indias. Caminando con viento es gran trabajo andar por estos llanos del Collao; faltando el viento y haciendo sol da gran contento ver tan lindas vegas y tan pobladas; pero, como sea tan fria, no da fruto el maíz ni hay ningun género de árboles; antes es tan estéril, que no da frutas de las muchas que otros valles producen y crian. Los pueblos tienen los naturales juntos, pegadas las casas unas con otras, no muy grandes, todas hechas de piedra, y por cobertura paja, de la que todos en lugar de teja suelen usar. Y fué antiguamente muy poblada toda esta region de los Collas, y adonde hubo grandes pueblos todos juntos. Al rededor de los cuales tienen los indios sus sementeras, donde siembran sus comidas. El principal mantenimiento dellos es papas, que son como turmas de tierra, segun otras veces he declarado en esta historia, y estas las secan al sol y guardan de una cosecha para otra; y llaman á esta papa, después de estar seca, chuno, y entre ellos es estimada y tenida en gran precio, porque no tienen agua de acequias, como otros muchos deste reino, para regar sus campos; antes si les falta el agua natural para hacer las sementeras, padecen necesidad y trabajo si no se hallan con este mantenimiento de las papas secas. Y muchos españoles enriquecieron y fueron á España prósperos con solamente llevar deste chuno á vender á las minas de Potosí. Tienen otra suerte de comida, llamada oca, que es por el consiguiente provechosa; aunque mas lo es la semilla, que tambien cogen, llamada quinua, que es menuda como arroz. Siendo el año abundante, todos los moradores deste Collao viven contentos y sin necesidad; mas si es estéril y falto de agua, pasan grandísima necesidad; aunque á la verdad, como los reyes ingas que mandaron este imperio fueron tan sabios y de tan buena gobernacion y tan bien proveidos, establecieron cosas y ordenaron leyes á su usanza, que verdaderamente, si no fuera mediante ello, las mas de las gentes de su señorío pasaran gran trabajo y vivieran con gran necesidad, como antes que por ellos fueran señoreados. Y esto helo dicho porque en estos Collas, y en todos los mas valles del Perú que por ser frios no eran tan fértiles y abundantes como los pueblos cálidos y bien proveidos, mandaron que, pues la gran serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, que de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mujeres, y estos tales puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban sus campos, en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas, proveyendo con el fruto que cogian á sus señores ó capitanes, y eran llamados mitimaes. Hoy dia sirven y están debajo de la encomienda principal, y crian y curan la

preciada coca. Por manera que, aunque en todo el Collao no se coge ni siembra maíz, no les falta á los señores naturales dél y á los que lo quieren procurar con la órden ya dicha, porque nunca dejan de traer cargas de maíz, coca y frutas de todo género, y cantidad de miel, la cual hay en toda la mayor parte destas espesuras, criada en la concavidad de los árboles de la manera que conté en lo de Quimbaya. En la provincia de los Charcas hay desta miel muy buena. Francisco de Caravajal, maestro de campo de Gonzalo Pizarro, el cual se dió por traidor, dicen que siempre comia desta miel, y aunque la bebia como si fuera agua ó vino, afirmando hallarse con ella sano y muy recio, y así estaba él cuando yo lo vi justiciar en el valle de Xaquixaguana con gran subjeto, aunque pasaba de ochenta años su edad á la cuenta suya.

CAPITULO C.

De lo que se dice destos collas, de su origen y traje, y cómo hacian sus enterramientos cuando morian.

Muchos destos indios cuentan que oyeron á sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande y de la manera que yo lo escribo en el tercero capítulo de la segunda parte. Y dan á entender que es mucha la antigüedad de sus antepasados, de cuyo orígen cuentan tantos dichos y fábulas, si lo son, que no quiero detenerme en lo escrebir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros que de una peña, otros de lagunas. De manera que de su orígen no se puede sacar dellos otra cosa. Concuerdan unos y otros que sus antecesores vivian con poca órden antes que los ingas los señoreasen; y que por lo alto de los cerros tenian sus pueblos fuertes, de donde se daban guerra, y que eran viciosos en otras costumbres malas. Después tomaron de los ingas lo que todos los que quedaban por sus vasallos aprendian, y hicieron sus pueblos de la manera que agora los tienen. Andan vestidos de ropa de lana ellos y sus mujeres; las cuales dicen que, puesto que antes que se casen puedan andar sueltamente, si después de entregada al marido le hace traicion, usando de su cuerpo con otro varon, la mataban. En las cabezas traen puestos unos bonetes á manera de morteros, hechos de su lana, que nombran chucos; y tiénenlas todos muy largas y sin colodrillo, porque desde niños se las quebrantan y ponen como quieren, segun tengo escrito. Las mujeres se ponen en la cabeza unos capillos casi del talle de los que tienen los frailes. Antes que los ingas reinasen, cuentan muchos indios destos collas que hubo en su provincia dos grandes señores, el uno tenia por nombre Zapana y el otro Cari, y que estos conquistaron muchos pucares, que son sus fortalezas; y que el uno dellos entró en la laguna de Titicaca, y que halló en la isla mayor que tiene aquel palude gentes blancas y que tenian barbas, con los cuales peleó de tal manera, que los pudo matar á todos. Y mas dicen, que, pasado esto, tuvieron grandes batallas con los canas y con los canches. Y al fin de haber hecho notables cosas estos dos tiranos ó señores que se habian levantado en el Collao, volvieron las armas contra sí, dándose guerra el uno al otro, procurando el amistad y favor de Viracoche inga, que en aquellos tiempos reinaba en el Cuzco, el cual trató la paz en Chucuito con Cari, y tuvo tales mañas, que sin guerra se hizo señor de muchas gentes destos collas. Los señores principales andan muy acompañados, y cuando van camino los llevan en andas y son muy servidos de todos sus indios. Por los despoblados y lugares secretos tenian sus guacas ó templos, donde honraban sus dioses, usando de sus vanidades, y hablando en los oráculos con el demonio los que para ello eran elegidos. La cosa mas notable y de ver que hay en este Collao, á mi ver, es las sepulturas de los muertos. Cuando yo pasé por él me detenia á escrebir lo que entendia de las cosas que habia que notar destos indios. Y verdaderamente me admiraba en pensar cómo los vivos se daban poco por tener casas grandes y galanas, y con cuánto cuidado adornaban las sepulturas donde se habian de enterrar, como si toda su felicidad no consistiera en otra cosa; y así, por las vegas y llanos cerca de los pueblos estaban las sepulturas destos indios hechas como pequeñas torres de cuatro esquinas, unas de piedra sola y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas; en fin, como tenian la posibilidad ó eran las personas que las edificaban. Los chapiteles algunos estaban cubiertos con paja, otros con unas losas grandes; y parecióme que tenian las puertas estas sepulturas hácia la parte de levante. Cuando morian los naturales en este Collao, llorábanlos con grandes lloros muchos dias, teniendo las mujeres bordones en las manos y ceñidas por los cuerpos, y los parientes del muerto traia cada uno lo que podia, así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto mataban las ovejas y ponian las asaduras en las plazas que tienen en sus aposentos. En los dias que lloran á los difuntos, antes de los haber enterrado, del maíz suyo, ó del que los parientes han ofrecido, hacian mucho de su vino ó brebaje para beber; y como hubiese gran cantidad deste vino, tienen al difunto por mas honrado que si se gastase poco. Hecho pues su brebaje y muertas las ovejas y corderos, dicen que llevaban al difunto á los campos donde tenian la sepultura; yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la mas gente del pueblo, y junto á ella quemaban diez ovejas ó veinte, ó mas ó menos, como quien era el difunto; y mataban las mujeres, niños y criados que habian de enviar con él para que le sirviesen conforme á su vanidad; y estos tales, juntamente con algunas ovejas y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura, metiendo (segun tambien se usa entre todos ellos) algunas personas vivas; y enterrado el difunto desta manera, se vuelven todos los que le habian ido á honrar á la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se habia recogido y beben la chicha que se habia hecho, saliendo de cuando en cuando á las plazas que hay hechas junto á las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen de costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos dias, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios y indias mas pobres, les dan á comer y beber lo que ha sobrado; y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenian algunos dias, usando de otras vanidades que no digo. Lo cual

hecho, dicen que salen por el pueblo las mujeres que habian quedado sin se matar, y otras sirvientas, con sus mantas capirotes; y destas unas llevan en las manos las armas del señor, otras el ornamento que se ponian en la cabeza, y otras sus ropas; finalmente, llevan el duho en que se sentaba y otras cosas, y andaban á son de una tambor que lleva delante un indio que va llorando; y todos dicen palabras dolorosas y tristes; y así van endechando por las mas partes del pueblo, diciendo en sus cantos lo que por el señor pasó siendo vivo, y otras cosas á esto tocantes. En el pueblo de Nicasio me acuerdo cuando iba á los Charcas, que yendo juntos un Diego de Uceda, vecino que es de la ciudad de la Paz, y yo, vimos ciertas mujeres andar de la suerte ya dicha, y con las lenguas del mismo pueblo entendimos que decian lo contado en este capítulo que ellos usan, y aun dijo uno de los que allí estaban: «Cuando acaben estas indias de llorar, luego se han de embriagar y matarse algunas dellas para ir á tener compañía al señor que agora murió.» En muchos otros pueblos he visto llorar muchos dias á los difuntos, y ponerse las mujeres por las cabezas sogas de esparto para mostrar mas sentimiento.

CAPITULO CI.

De cómo usaron hacer sus honras y cabos de año estos indios, y de cómo tuvieron antiguamente sus templos.

Como estas gentes tuviesen en tanto poner los muertos en las sepulturas, como se ha declarado en el capítulo antes deste, pasado el entierro, las mujeres y sirvientes que quedaban se tresquilaban los cabellos, poniéndose las mas comunes ropas suyas, sin darse mucho por curar de sus personas; sin lo cual, por hacer mas notable el sentimiento, se ponian por sus cabezas sogas de esparto, y gastaban en continos lloros, si el muerto era señor, un año, sin hacer en la casa donde él moria lumbre por algunos dias. Y como estos fuesen engañados por el demonio, por la permision de Dios, como todos los demás, con las falsas aparencias que hacia, haciendo con sus ilusiones demostracion de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parecíales que los vian adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas; y para echar mas cargo á sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan á su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto á las sepulturas, y queman mucho sebo de corderos; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin á su costumbre tan ciega y vana. Y como fuese esta nacion de los Collas tan grande, tuvieron antiguamente grandes templos y sus ritos, venerando mucho á los que tenian por sacerdotes y que hablaban con el demonio; y guardaban sus fiestas en el tiempo del coger las papas, que es su principal mantenimiento, matando de sus animales para hacer los sacrificios semejantes. En este tiempo no sabemos que tengan templo público; antes, por la voluntad de nuestro Dios y Señor, se han fundado muchas iglesias católicas, donde los sacerdotes nuestros predican el santo Evangelio, enseñando la fe á todos los que destos indios quieren recebir agua del baptismo. Y cierto, si no hubiera habido las guerras, y nosotros con verdadera intencion y propósito hubiéramos procurado la conversion destas gentes, tengo para mí que muchos que se han condenado destos indios se hubieran salvado. En este tiempo por muchas partes deste Collao andan y están frailes y clérigos puestos por los señores que tienen encomienda sobre los indios que entienden en dotrinarlos; lo cual plegue á Dios lleve adelante, sin mirar nuestros pecados. Estos naturales del Collao dicen lo que todos los mas de la sierra, que el hacedor de todas las cosas se llama Ticeviracocha, y conocen que su asiento principal es el cielo; pero engañados del demonio, adoraban en dioses diversos, como todos los gentiles hicieron; usan de una manera de romances ó cantares, con los cuales les queda memoria de sus acaecimientos, sin se les olvidar, aunque carecen de letras; y entre los naturales deste Collao hay hombres de buena razon, y que la dan de sí en lo que les preguntan y dellos quieren saber; y tienen cuenta del tiempo, y conocieron algunos movimientos, así del sol como de la luna, que es causa que ellos tengan su cuenta al uso de como lo aprendieron de tener sus años, los cuales hacen de diez en diez meses; y así, entendí yo dellos que nombraban al año mari, y al mes y luna alespaquexe, y al dia auro. Cuando estos quedaron por vasallos de los ingas, hicieron por su mandado grandes templos, así en la isla de Titicaca como en Hatuncolla y en otras partes. Destos se tiene que aborrecian el pecado nefando, puesto que dicen que algunos de los rústicos que andaban guardando ganado lo usaban secretamente, y los que ponian en los templos por inducimiento del demonio, como ya tengo contado.

CAPITULO CII.

De las antiguallas que hay en Pucara, y de lo mucho que dicen que fué Hatuncolla, y del pueblo llamado Asagaro, y de otras cosas que de aquí se cuentan.

Ya que he tratado algunas cosas de lo que yo pude entender de los collas lo mas brevemente que he podido, me parece proseguir con mi escriptura por el camino real, para dar relacion particular de los pueblos que hay hasta llegar á la ciudad de la Paz, que está fundada en el valle de Chuquiabo, términos desta gran comarca del Collao; de lo cual digo que desde Ayavire, yendo por el camino real, se va hasta llegar á Pucara, que quiere decir cosa fuerte, que está cuatro leguas de Ayavire. Y es fama entre estos indios que antiguamente hubo en este Pucara gran poblado; en este tiempo casi no hay indio. Yo estuve un dia en este lugar mirándolo todo. Los comarcanos á él dicen que Topainga Yupangue tuvo en tiempo de su reinado cercados estos indios muchos dias; porque primero que los pudiese subjetar se mostraron tan valerosos, que le mataron mucha gente; pero, como al fin quedasen vencidos, mandó el Inga, por memoria de su victoria, hacer grandes bultos de piedra; si es así, yo no lo sé mas de que lo dicen. Lo que vi en este Pucara es grandes edificios ruinados y desbaratados, y muchos bultos de piedra, figurados en ellos figuras humanas y otras cosas dignas de notar. Deste Pucara hasta Hatuncolla hay cantidad

de quince leguas; en el comedio dellas están algunos pueblos, como son Nicasio, Xullaca y otros. Hatuncolla fué en los tiempos pasados la mas principal cosa del Collao, y afirman los naturales dél que antes que los ingas los sojuzgasen, los mandaron Zapana y otros decendientes suyos, los cuales pudieron tanto, que ganaron muchos despojos en batallas que dieron á los comarcanos; y después los ingas adornaron este pueblo con crecimiento de edificios y mucha cantidad de depósitos, adonde por su mandado se ponian los tributos que se traian de las comarcas, y habia templo del sol con número de mamaconas y sacerdotes para servicio dél, y cantidad de mitimaes y gente de guerra puesta por frontera para guarda de la provincia y seguridad de que no se levantase tirano ninguno contra el que ellos tenian por su soberano señor. De manera que se puede con verdad afirmar haber sido Hatuncolla gran cosa, y así lo muestra su nombre, porque hatun quiere decir en nuestra lengua, grande. En el tiempo presente todo está perdido, y faltan de los naturales la mayor parte, que se han consumido con la guerra. De Ayavire (el que ya queda atrás) sale otro camino, que llaman Omasuyo, que pasa por la otra parte de la gran laguna, de que luego diré, y mas cerca de la montaña de los Andes; iban por él á los grandes pueblos de Horuro y Asillo y Asangaro, y á otros que no son de poca estima, antes se tienen por muy ricos, así de ganados como de mantenimiento. Cuando los ingas señoreaban este reino, tenian por todos estos pueblos muchas manadas de sus ovejas y carneros. Está en el paraje dellos, en el monte de la serranía, el nombrado y riquísimo rio de Carbaya, donde en los años pasados se sacaron mas de un millon y setecientos mil pesos de oro, tan fino, que subia de la ley, y deste oro todavia se halla en el rio, pero sácase con trabajo y con muerte de los indios, si ellos son los que lo han de sacar, por tenerse por enfermo aquel lugar, á lo que dicen; pero la riqueza del rio es grande.

CAPITULO CIII.

De la gran laguna que está en esta comarca del Collao y cuán honda es, y del templo de Titicaca.

Como sea tan grande esta tierra del Collao (segun se dijo en los capítulos pasados), hay, sin lo poblado, muchos desiertos y montes nevados y otros campos bien poblados de yerba, que sirve de mantenimiento para el ganado campesino que por todas partes anda. Y en el comedio de la provincia se hace una laguna, la mayor y mas ancha que se ha hallado ni visto en la mayor parte destas Indias, y junto á ella están los mas pueblos del Collao; y en islas grandes que tiene este lago siembran sus sementeras y guardan las cosas preciadas, por tenerlas mas seguras que en los pueblos que están en los caminos.

Acuérdome que tengo ya dicho cómo hace en esta provincia tanto frio, que, no solamente no hay arboledas de frutales, pero el maíz no se siembra porque tampoco da fruto por la misma razon. En los juncales deste lago hay grande número de pájaros de muchos géneros, y patos grandes y otras aves, y matan en ella dos ó tres géneros de peces bien sabrosos, aunque se tiene por enfermo lo mas dello. Esta laguna es tan grande, que tiene de contorno ochenta leguas, y tan honda, que el capitan Juan Ladrillero me dijo á mí que por algunas partes della, andando en sus bergantines, se hallaba tener setenta y ochenta brazas, y mas, y en partes menos. En fin, en esto y en las olas que hace cuando el viento la sopla parece algun seno de mar; querer yo decir cómo está reclusa tanta agua en aquella laguna y de dónde nace, no lo sé; porque, puesto que muchos rios y arroyos entren en ella, paréceme que dellos solos no bastaba á se hacer lo que hay; mayormente saliendo lo que desta laguna se desagua por otra menor, que llaman de los Aulagas. Podria ser que del tiempo del diluvio quedó así con esta agua que vemos, porque á mi ver, si fuera ojo de mar estuviera salobre el agua, y no dulce, cuanto mas que estará de la mar mas de sesenta leguas. Y toda esta agua desagua por un rio hondo y que se tuvo por gran fuerza para esta comarca, al cual llaman el Desaguadero, y entra en la laguna que digo arriba llamarse de las Aulagas. Otra cosa se nota sobre este caso, y es, que vemos cómo el agua de una laguna entra en la otra (esta es la del Collao en la de los Aulagas), y no cómo sale, aunque por todas partes se ha andado el lago de los Aulagas. Y sobre esto he oido á españoles y indios que en unos valles de los que están cercanos á la mar del Sur se han visto y ven contino ojos de agua que van por debajo de tierra á dar á la misma mar; y creen que podria ser que fuese el agua destos lagos, desaguando por algunas partes, abriendo camino por las entrañas de la misma tierra, hasta ir á parar donde todas van, que es la mar. La gran laguna del Collao tiene por nombre Titicaca, por el templo que estuvo edificado en la misma laguna; de donde los naturales tuvieron por opinion una vanidad muy grande, y es, que cuentan estos indios que sus antiguos lo afirmaron por cierto, como hicieron otras burlerías que dicen, que carecieron de lumbre muchos dias, y que estando todos puestos en tinieblas y obscuridad, salió desta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente, por lo cual la tuvieron por cosa sagrada, y los ingas hicieron en ella el templo que digo, que fué entre ellos muy estimado y venerado, á honra de su sol, poniendo en él mujeres vírgines y sacerdotes con grandes tesoros; de lo cual, puesto que los españoles en diversos tiempos han habido mucho, se tiene que falta lo mas. Y si estos indios tuvieron alguna falta de la lumbre que dicen, podria ser causado por algun eclipsi del sol; y como ellos son tan agoreros, fingirian esta fábula, y tambien les ayudarian á ello las ilusiones del demonio, permitiéndolo Dios por sus pecados dellos.

CAPITULO CIV.

En que se continúa este camino y se declaran los pueblos que hay hasta llegar á Tiaguanaco.

Pues volviendo adonde dejé el camino que prosigo en esta escriptura, que fué en Hatuncolla, digo que dél se pasa por Paucarcolla y por otros pueblos desta nacion de los Collas hasta llegar á Chuquito, que es la mas principal y entera poblacion que hay en la mayor parte deste gran reino, el cual ha sido y es cabeza de los indios que su majestad tiene en esta comarca; y es

cierto que antiguamente los ingas tambien tuvieron por importante cosa á este Chuquito, y es de lo mas antiguo de todo lo que se ha escripto, á la cuenta que los mismos indios dan. Cariapasa fué señor deste pueblo, y para ser indio, fué hombre bien entendido. Hay en él grandes aposentos, y antes que fuesen señoreados por los ingas pudieron mucho los señores deste pueblo, de los cuales cuentan dos por los mas principales, y los nombran Cari y Yumalla. En este tiempo es (como digo) la cabecera de los indios de su majestad, cuyos pueblos se nombran Xuli, Chilane, Acos, Pomata, Cepita, y en ellos hay señores y mandan muchos indios. Cuando yo pasé por aquella parte era corregidor Ximon Pinto y gobernador don Gaspar, indio, harto entendido y de buena razon. Son ricos de ganado de sus ovejas, y tienen muchos mantenimientos de los naturales, y en las islas y en otras partes tienen puestos mitimaes para sembrar su coca y maíz. En los pueblos ya dichos hay iglesias muy labradas, fundadas las mas por el reverendo padre fray Tomás de San Martin, provincial de los dominicos, y los muchachos y los que mas quieren se juntan á oir la dotrina evangélica, que les predican frailes y clérigos, y los mas de los señores se han vuelto cristianos. Por junto á Cepita pasa el Desaguadero, donde en tiempo de los ingas solia haber portalgueros que cobraban tributo de los que pasaban la puente, la cual era hecha de haces de avena, de tal manera, que por ella pasan caballos y hombres y lo demás. En uno destos pueblos, llamado Xuli, dió garrote el maestre de campo Francisco de Caravajal al capitan Hernando Bachicao, en ejemplo para conoscer que pudo ser azote de Dios las guerras civiles y debates que hubo en el Perú, pues unos á otros se mataban con tanta crueldad, como se dirá en su lugar. Mas adelante destos pueblos está Guaqui, donde hubo aposentos de los ingas, y está hecha en él iglesia para que los niños oigan en ella la dotrina á sus horas.

CAPITULO CV.

Del pueblo de Tiaguanaco y de los edificios tan grandes y antiguos que en él se ven.

Tiaguanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho á mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Mas adelante deste cerro están dos ídolos de piedra del talle y figura humana, muy primamente hechos y formadas las faiciones; tanto, que paresce que se hicieron por mano de grandes artífices ó maestros; son tan grandes, que parescen pequeños gigantes, y vese que tienen forma de vestimentas largas, diferenciadas de las que vemos á los naturales destas provincias; en las cabezas paresce tener su ornamento. Cerca destas estatuas de piedra está otro edificio, del cual la antigüedad suya y falta de letras es causa para que no se sepa qué gentes hicieron tan grandes cimientos y fuerzas, y qué tanto tiempo por ello ha pasado, porque de presente no se ve mas que una muralla muy bien obrada y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo; algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas, y en esta parte hay piedras tan grandes y crescidas, que causa admiracion pensar cómo, siendo de tanta grandeza, bastaron fuerzas humanas á las traer donde las vemos; y muchas destas piedras que digo, están labradas de diferentes maneras, y algunas dellas tienen forma de cuerpos de hombres, que debieron ser sus ídolos; junto á la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo de tierra; en otro lugar mas hácia el poniente deste edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, umbrales y portaletes, todo de una sola piedra. Lo que yo mas noté cuando anduve mirando y escribiendo estas cosas fué, que destas portadas tan grandes salian otras mayores piedras, sobre que estaban formadas, de las cuales tenian algunas treinta piés en ancho, y de largo quince y mas, y de frente seis, y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza, bien considerada esta obra; la cual yo no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen ni pusiesen en perfecion, mucho mayores debian estar para las dejar como las vemos, y nótase por lo que se ve destos edificios, que no se acabaron de hacer; porque en ellos no hay mas que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza, que yo vi labradas algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo de piedra en que debian de adorar, y aun es fama que junto á este ídolo se halló alguna cantidad de oro, y al rededor deste templo habia otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

Otras cosas hay mas que decir deste Tiaguanaco, que paso por no detenerme; concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Perú; y así, se tiene que antes que los ingas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos; porque yo he oido afirmar á indios que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se ve en este pueblo; y aun dicen mas, que los primeros ingas platicaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco. Tambien se nota otra cosa grande, y es, que en muy gran parte desta comarca no hay ni se ven rocas, canteras ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos, y para traerlas no debia de juntarse poca gente. Yo pregunté á los naturales, en presencia de Juan Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda), si estos edificios se habian hecho en tiempo de los ingas, y riéronse desta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podian decir ni afirmar quién los hizo, mas de que oyeron á sus pasados que en una noche remaneció hecho lo que allí se via. Por esto, y por lo que tambien dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbados, y haber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser que antes que los ingas mandasen debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte qué no se sabe, los cuales harian estas cosas, y siendo pocos, y los naturales tantos, serian muer-

tos en las guerras. Por estar estas cosas tan ciegas podemos decir que bienaventurada la invencion de las letras, que con la virtud de su sonido dura la memoria muchos siglos, y hacen que vuele la fama de las cosas que suceden por el universo, y no ignoramos lo que queremos, teniendo en las manos la letura; y como en este Nuevo-Mundo de Indias no se hayan hallado letras, vamos á tino en muchas cosas. Apartados destos edificios están los aposentos de los ingas y la casa donde nasció Mango inga, hijo de Guaynacapa, y están junto á ellos dos sepulturas de los señores naturales deste pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas, las puertas al nascimiento del sol.

CAPITULO CVI.

De la fundacion de la ciudad llamada Nuestra Señora de la Paz, y quién fué el fundador, y el camino que della hay hasta la villa de Plata.

Del pueblo de Tiaguanaco, yendo por el camino derecho se va hasta llegar al de Viacha, que está de Tiaguanaco siete leguas; quedan á la siniestra mano los pueblos llamados Cacayavire, Caquingora, Mallama y otros desta calidad, que me paresce va poco en que se nombren todos en particular; entre ellos está el llano junto á otro pueblo que nombran Guarina, lugar que fué donde en los dias pasados se dió batalla entre Diego Centeno y Gonzalo Pizarro; fué cosa notable (como se escrebirá en su lugar), y adonde murieron muchos capitanes y caballeros de los que seguian el partido del Rey debajo de la bandera del capitan Diego Centeno, y algunos de los que eran cómplices de Gonzalo Pizarro, el cual fué Dios servido que quedase por vencedor della. Para llegar á la ciudad de la Paz se deja el camino real de los ingas y se sale al pueblo de Laxa; adelante dél una jornada está la ciudad, puesta en la angostura de un pequeño valle que hacen las sierras, y en la parte mas dispuesta y llana se fundó la ciudad, por causa del agua y leña, de que hay mucha en este pequeño valle como por ser tierra mas templada que los llanos y vegas del Collao, que están por lo alto della; adonde no hay las cosas que para proveimiento de semejantes ciudades requiere que haya; no embargante qué se ha tratado entre los vecinos de la mudar cerca de la laguna grande de Titicaca ó junto á los pueblos de Tiaguanaco ó de Guaqui. Pero ella se quedará fundada en el asiento y aposentos del valle de Chuquiabo, que fué donde en los años pasados se sacó gran cantidad de oro de mineros ricos que hay en este lugar. Los ingas tuvieron por gran cosa á este Chuquiabo; cerca dél está el pueblo de Oyune, donde dicen que está en la cumbre de un gran monte de nieve gran tesoro escondido en un templo que los antiguos tuvieron; el cual no se puede hallar ni saben á qué parte está. Fundó y pobló esta ciudad de Nuestra Señora de la Paz el capitan Alonso de Mendoza, en nombre del Emperador nuestro señor, siendo presidente en este reino el licenciado Pedro de la Gasca, año de nuestra reparacion de 1549 años. En este valle que hacen las sierras, donde está fundada la ciudad, siembran maíz y algunos árboles, aunque pocos, y se cria hortaliza y legumbres de España. Los españoles son bien proveidos de mantenimientos y pescado de la laguna y de muchas frutas que traen de los valles calientes, adonde se siembra gran cantidad de trigo, y crian vacas, cabras y otros ganados. Tiene esta ciudad ásperas y dificultosas salidas, por estar, como digo, entre las sierras; junto á ella pasa un pequeño rio de muy buena agua. Desta ciudad de la Paz hasta la villa de Plata, que es en la provincia de los Charcas, hay noventa leguas, poco mas ó menos. De aquí, para proseguir con órden, volveré al camino real que dejé; y así, digo que desde Viacha se va hasta Hayohayo, donde hubo grandes aposentos para los ingas. Y mas adelante de Hayohayo está Siquisica, que es hasta donde llega la comarca de los collas, puesto que á una parte y á otra hay destos pueblos otros algunos. Deste pueblo de Siquisica van al pueblo de Caracollo, que está once leguas dél; el cual está asentado en unas vegas de campaña cerca de la gran provincia de Paria, que fué cosa muy estimada por los ingas; y andan vestidos los naturales de la provincia de Paria como todos los demás, y traen por ornamento en las cabezas un tocado á manera de bonetes pequeños hechos de lana. Fueron los señores muy servidos de sus indios, y habia depósitos y aposentos reales para los ingas, y templo del sol. Agora se ve gran cantidad de sepulturas altas, donde metian sus difuntos. Los pueblos de indios subjetos á Paria, que son Caponota y otros muchos, dellos están en la laguna y dellos en otras partes de la comarca; mas adelante de Paria están los pueblos de Pocoata, Macha, Caracara, Moromoro, y cerca de los Andes están otras provincias y grandes señores.

CAPITULO CVII.

De la fundacion de la villa de Plata, que está situada en la provincia de los Charcas.

La noble y leal villa de Plata, poblacion de españoles en los Charcas, asentada en Chuquisaca, es muy mentada en los reinos del Perú y en mucha parte del mundo, por los grandes tesoros que della, han ido estos años á España. Y está puesta esta villa en la mejor parte que se halló, á quien (como digo) llaman Chuquisaca, y es tierra de muy buen temple, muy aparejada para criar árboles de fruta y para sembrar trigo y cebada, viñas y otras cosas.

Las estancias y heredamientos tienen en este tiempo gran precio, causado por la riqueza que se ha descubierto de las minas de Potosí. Tiene muchos términos y pasan algunos ríos por cerca della, de agua muy buena, y en los heredamientos de los españoles se crian muchas vacas, yeguas y cabras; y algunos de los vecinos desta villa son de los ricos y prósperos de las Indias, porque el año de 1548 y 49 hubo repartimiento, que fué el del general Pedro de Hinojosa, que rentó mas de cien mil castellanos, y otros á ochenta mil, y algunos á mas. Por manera que fué gran cosa los tesoros que hubo en estos tiempos. Esta villa de Plata pobló y fundó el capitan Peranzúrez, en nombre de su majestad del emperador y rey nuestro señor, siendo su gobernador y capitan general del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de 1538 años, y digo que, sin los pueblos ya dichos, tiene esta villa á Totora, Tapacari, Sipisipe, Cochabamba, los Carangues, Quillanca, Chaian-

ta, Chaqui y los Chichas, y otros muchos, y todos muy ricos, y algunos, como el valle de Cochabamba, fértiles para sembrar trigo y maíz y criar ganados. Mas adelante desta villa está la provincia de Tucuma y las regiones donde entraron á descubrir el capitan Filipe Gutierrez y Diego de Rojas y Nicolás de Heredia; por la cual parte descubrieron el rio de la Plata, y llegaron mas adelante hácia el sur; de donde está la fortaleza que hizo Sebastian Gaboto; y como Diego de Rojas murió de una herida de flecha con yerba, que los indios le dieron, y después con gran soltura Francisco de Mendoza prendió á Filipe Gutierrez, y le constriñó volver al Perú con harto riesgo, y el mismo Francisco de Mendoza á la vuelta que volvió del descubrimiento del rio fué muerto, juntamente con su maestre de campo Ruy Sanchez de Hinojosa, por Nicolás de Heredia, no se descubrieron enteramente aquellas partes, porque tantas pasiones tuvieron unos con otros, que se volvieron al Perú; y encontrando con Lope de Mendoza, maestre de campo del capitan Diego Centeno, que venia huyendo de la furia de Caravajal, capitan de Gonzalo Pizarro, se juntaron con él. Estando ya divididos y en un pueblo que llaman Pocona, fueron desbaratados por el mismo Caravajal, y luego, con la diligencia que tuvo, presos en su poder el Nicolás de Heredia y Lope de Mendoza, y muertos ellos y otros. Mas adelante está la gobernacion de Chile, de que es gobernador Pedro de Valdivia, y otras tierras comarcanas con el estrecho que dicen de Magallánes. Y porque las cosas de Chile son grandes y convendria hacer particular relacion dellas, he yo escrito lo que he visto desde Uraba hasta Potosí, que está junto con esta villa, camino tan grande, que á mi ver habrá (tomando desde los términos que tiene Uraba hasta salir de los de la villa de Plata) bien mil y docientas leguas, como ya he escrito; por tanto, no pasaré de aquí en esta primera parte mas de decir los indios subjetos á la villa de Plata, que sus costumbres y las de los otros son todas unas. Cuando fueron sojuzgados por los ingas, hicieron sus pueblos ordenados, y todos andan vestidos, y lo mismo sus mujeres, y adoran al sol y en otras cosas, y tuvieron templos en que hacian sus sacrificios, y muchos dellos, como fueron los que llaman naturales charcas y los carangues, fueron muy guerreros. Desta villa salieron en diversas veces capitanes con vecinos y soldados á servir á su majestad en las guerras pasadas, y sirvieron lealmente; con lo cual hago fin en lo tocante á su fundacion.

CAPITULO CVIII.

De la riqueza que hubo en Porco, y de cómo en los términos desta villa hay grandes vetas de plata.

Parece por lo que oí y los indios dicen, que en tiempo que los reyes ingas mandaron este gran reino del Perú les sacaban en algunas partes desta provincia de los Charcas cantidad grande de metal de plata, y para ello estaban puestos indios, los cuales daban el metal de plata que sacaban á los veedores y delegados suyos. Y en este cerro de Porco, que está cerca de la villa de Plata, habia minas, donde sacaban plata para los señores; y afirman que mucha de la plata que estaba en el templo del sol de Curicancha fué sacada deste cerro; y los españoles han sacado mucha dél. Agora en este año se está limpiando una mina del capitan Hernando Pizarro, que afirman que le valdrá por año las ausedradas que della sacarán mas de docientos mil pesos de oro. Antonio Alvarez, vecino desta villa, me mostró en la ciudad de los Reyes un poco de metal, sacado de otra mina que él tiene en este cerro de Porco, que casi todo parecia plata; por manera que Porco fué antiguamente cosa riquísima, y agora lo es, y se cree que será para siempre. Tambien en muchas sierras comarcanas á esta villa de Plata y de sus términos y jurisdicion se han hallado ricas minas de plata; y tiénese por cierto, por lo que se ve, que hay tanto deste metal, que si hubiese quien lo buscase y sacase, sacarian dél poco menos que en la provincia de Vizcaya sacan hierro. Pero por no sacarlo con indios, y por ser la tierra fria para negros y muy costosa, parece que es causa que esta riqueza tan grande esté perdida. Tambien digo que en algunas partes de la comarca desta villa hay rios que llevan oro, y bien fino. Mas como las minas de plata son mas ricas, danse poco por sacarlo. En los Chichas, pueblos derramados, que están encomendados á Hernando Pizarro y son subjetos á esta villa, se dice que en algunas partes dellos hay minas de plata; y en las montañas de los Andes nascen rios grandes, en los cuales, si quisieren buscar mineros de oro, tengo que se hallaran.

CAPITULO CIX.

Cómo se descubrieron las minas de Potosí, donde se ha sacado riqueza nunca vista ni oida en otros tiempos, de plata; y de cómo, por no correr el metal, la sacan los indios con la invencion de las guairas.

Las minas de Porco y otras que se han visto en estos reinos, muchas dellas desde el tiempo de los ingas están abiertas, y descubiertas las vetas de donde sacaban el metal; pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero agora escrebir) ni se vió la riqueza que habia ni se sacó del metal, hasta que el año de 1547 años, andando un español llamado Villaroel con ciertos indios á buscar metal que sacar, dió en esta grandeza, que está en un collado alto, el mas hermoso y bien asentado que hay en toda aquella comarca; y porque los indios llaman Potosí á los cerros y cosas altas, quedósele por nombre Potosí, como le llaman. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaba dando guerra al Visorey, y el reino lleno de alteraciones causadas desta rebelion, se pobló la falda deste cerro y se hicieron casas grandes y muchas, y los españoles hicieron su principal asiento en esta parte, pasándose la justicia á él; tanto, que la villa estaba casi desierta y despoblada; y así, luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquísimas, que nombran Veta-Rica, Veta del Estaño, y la cuarta de Mendieta, y la quinta de Oñate; y fué tan sonada esta riqueza, que de todas las comarcas venian indios á sacar plata á este cerro, el sitio del cual es frio, porque junto á él no hay ningun poblado. Pues tomada posesion por los españoles, comenzaron á sacar plata: desta manera, que al que tenia mina le daban los indios que en ella entraban un marco, y si era muy rica, doscada semana; y si no tenia mina, á los señores comenderos de indios les daban me-

dio marco cada semana. Cargó tanta gente á sacar plata, que parecia aquel sitio una gran ciudad. Y porque forzado ha de ir en crescimiento ó venir en disminucion tanta riqueza, digo que para que se sepa la grandeza destas minas, segun lo que yo vi el año del Señor de 1549 en este asiento, siendo corregidor en él y en la villa de Plata por su majestad el licenciado Polo, que cada sábado en su propria casa, donde estaban las cajas de las tres llaves, se hacia fundicion, y de los quintos reales venian á su majestad treinta mil pesos, y veinte y cinco, y algunos poco menos y algunos mas de cuarenta. Y con sacar tanta grandeza, que montaba el quinto de la plata que pertenece á su majestad mas de ciento y veinte mil castellanos cada mes, decian que salia poca plata y que no andaban las minas buenas. Y esto que venia á la fundicion era solamente metal de los cristianos, y no todo lo que tenian, porque mucho sacaban en tejuelos para llevar do querian, y los indios verdaderamente se cree que llevaron á sus tierras grandes tesoros. Por donde, con gran verdad se podrá tener que en ninguna parte del mundo se halló cerro tan rico, ni ningun príncipe de un solo pueblo, como es esta famosa villa de Plata, tuvo ni tiene tantas rentas ni provechos; pues desde el año de 1548 hasta el de 51 le han valido sus quintos reales mas de tres millones de ducados, que monta mas que cuanto hubieron los españoles de Atabaliba ni se halló en la ciudad del Cuzco cuando la descubrieron. Paresce, por lo que se ve, que el metal de la plata no puede correr con fuelles ni quedar con la materia del fuego convertido en plata. En Porco y en otras partes deste reino donde sacan metal hacen grandes planchas de plata, y el metal lo purifican y apartan de la escoria que se cria con la tierra, con fuego, teniendo para ello sus fuelles grandes. En este Potosí, aunque por muchos se ha procurado, jamás han podido salir con ello; la reciura del metal paresce que lo causa, ó algun otro misterio; porque grandes maestros han intentado, como digo, de los sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia; y al fin, como para todas las cosas puedan hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata, con una invencion la mas extraña del mundo, y es, que antiguamente, como los ingas fueron tan ingeniosos en algunas partes que les sacaban plata, debia no querer correr con fuelles, como en esta de Potosí, y para aprovecharse del metal hacian unas formas de barro, del talle y manera que es un albahaquero en España, teniendo por muchas partes algunos agujeros ó respiraderos. En estos tales ponian carbon, y el metal encima; y puestos por los cerros ó laderas donde el viento tenia mas fuerza, sacaban dél plata, la cual apuraban y afinaban después con sus fuelles pequeños, ó cañones con que soplan. Desta manera se sacó toda esta multitud de plata que ha salido deste cerro, y los indios se iban con el metal á los altos de la redonda dél, á sacar plata. Llaman á estas formas guairas, y de noche hay tantas dellas por todos los campos y collados, que parescen luminarias; y en tiempo que hace viento recio se saca plata en cantidad; cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que, así como el viento es provechoso para navegar por el mar, lo es en este lugar para sacar la plata; y como los indios no hayan tenido veedores ni se pueda irles á la mano en cuanto al sacar la plata, por llevarla ellos (como está ya dicho) á sacar á los cerros, se cree que muchos han enriquescido y llevado á sus tierras gran cantidad desta plata. Y fué esto causa que de muchas partes del reino acudian indios á este asiento de Potosí para aprovecharse, pues habia para ello tan grande aparejo.

CAPITULO CX.

De cómo junto á este cerro de Potosí hubo el mas rico mercado del mundo en tiempo que estas minas estaban en su prosperidad.

En todo este reino del Perú se sabe por los que por él habemos andado que hubo grandes tiangues, que son mercados, donde los naturales contrataban sus cosas; entre los cuales, el mas grande y rico que hubo antiguamente fué el de la ciudad del Cuzco; porque aun en tiempo de los españoles se conoció su grandeza, por el mucho oro que se compraba y vendia en él, y por otras cosas que traian de todo lo que se podia haber y pensar. Mas no se igualó este mercado ó tianguez ni otro ninguno del reino al soberbio de Potosí; porque fué tan grande la contratacion, que solamente entre indios, sin entrevenir cristianos, se vendia cada dia, en tiempo que las minas andaban prósperas, veinte y cinco y treinta mil pesos de oro, y dias de mas de cuarenta mil; cosa extraña, y que creo que ninguna feria del mundo se iguala al trato deste mercado. Yo lo noté algunas veces, y via que en un llano que hacia la plaza deste asiento, por una parte dél iba una hilera de cestos de coca, que fué la mayor riqueza destas partes; por otra rimeros de mantas y camisetas ricas delgadas y bastas; por otra estaban montones de maíz y de papas secas y de las otras sus comidas; sin lo cual, habia gran número de cuartos de carne de la mejor que habia en el reino. En fin, se vendian otras cosas muchas que no digo; y duraba esta feria ó mercado desde la mañana hasta que escurecia la noche; y como se sacase plata cada dia, y estos indios son amigos de comer y beber, especialmente los que tratan con los españoles, todo se gastaba lo que se traia á vender; en tanta manera, que de todas partes acudian con bastimentos y cosas necesarias para su provecimiento. Y así, muchos españoles enriquecieron en este asiento de Potosí con solamente tener dos ó tres indias que les contrataban en este tianguez, y de muchas partes acudieron grandes cuadrillas de anaconas, que se entiende ser indios libres que podian servir á quien fuese su voluntad; y las mas hermosas indias del Cuzco y de todo el reino se hallaban en este asiento. Una cosa miré el tiempo que en él estuve, que se hacian muchas trapazas, y por algunos se trataban pocas verdades. Y al valor de las cosas fueron tantas mercaderías, que se vendian los ruanes, paños y holandas casi tan barato como en España, y en almoneda vi yo vender cosas por tan poco precio, que en Sevilla se tuvieran por baratas. Y muchos hombres que habian habido mucha riqueza, no hartando su codicia insaciable, se perdieron en tratar de mercar y vender; algunos de los cuales se fueron huyendo á Chile y á Tucuma y á otras partes, por miedo

de las deudas; y así, todo lo mas que se trataba, era pleitos y debates, que unos con otros tenian. El asiento deste Potosí es sano, especialmente para indios, porque pocos ó ningunos adolecian en él. La plata llevan por el camino real del Cuzco á dar á la ciudad de Arequipa, cerca de donde está el puerto de Quilca. Y toda la mayor parte della llevan carneros y ovejas; que, á faltar estos, con gran dificultad se pudiera contratar ni andar en este reino, por la mucha distancia que hay de una ciudad á otra, y por la falta de bestias.

CAPITULO CXI.

De los carneros, ovejas, guanacos y vicunias que hay en toda la mayor parte de la serranía del Perú.

Paréceme que de ninguna parte del mundo se ha oido ni entendido que se hubiesen hallado la manera de ovejas como son las destas Indias, especialmente en este reino, en la gobernacion de Chile y en algunas de las provincias del rio de la Plata, puesto que podrá ser que se hallen y vean en partidas que nos están ignotas y escondidas. Estas ovejas digo que es uno de los excelentes animales que Dios crió, y mas provechoso, el cual parece que la Majestad divina tuvo cuidado de criar este ganado en estas partes para que las gentes pudiesen vivir y sustentarse. Porque por via ninguna estos indios, digo los serranos del Perú, pudieran pasar la vida si no tuvieran deste ganado, ó de otro que les diera el provecho que dél sacan; el cual es de la manera que en este capítulo diré.

En los valles de los llanos, y en otras partes calientes, siembran los naturales algodon, y hacen sus ropas dél, con que no sienten falta ninguna; porque la ropa de algodon es conveniente para esta tierra.

En la serranía, en muchas partes, como es en la provincia de Collao, los Soras y Charcas de la villa de Plata, y en otros valles, no se cria árbol, ni el algodon aunque se sembrara daria fruto. Y poder los naturales, si no lo tuvieran de suyo, por via de contratacion haber ropa todos, fuera cosa imposible. Por lo cual el dador de los bienes, que es Dios, nuestro sumo bien, crió en estas partes tanta cantidad del ganado que nosotros llamamos ovejas, que si los españoles con las guerras no dieran tanta priesa á lo apocar, no habia cuento ni suma lo mucho que por todas partes habia. Mas, como tengo dicho, en indios y ganado vino gran pestilencia con las guerras que los españoles unos con otros tuvieron. Llaman los naturales á las ovejas llamas y á los carneros urcos. Unos son blancos, otros negros, otros pardos. Su talle es, que hay algunos carneros y ovejas tan grandes como pequeños asnillos, crecidos de piernas y anchos de barriga; tira su pescuezo y talle á camello, las cabezas son largas, parecen á las de las ovejas de España. La carne deste ganado es muy buena si está gordo, y los corderos son mejores y de mas sabor que los de España. Es ganado muy doméstico y que no da ruido. Los carneros llevan á dos y á tres arrobas de peso muy bien, y en cansando no se pierde, pues la carne es tan buena. Verdaderamente en la tierra del Collao es gran placer ver salir los indios con sus arados en estos carneros, y á la tarde verlos volver á sus casas cargados de leña. Comen de la yerba del campo. Cuando se quejan, echándose como los camellos, gimen. Otro linaje hay deste ganado, á quien llaman guanacos, desta forma y talle; los cuales son muy grandes, y andan hechos montetes por los campos manadas grandes dellos, y á saltos van corriendo con tanta ligereza, que el perro que los ha de alcanzar ha de ser demasiado ligero. Sin estos, hay asimesmo otra suerte destas ovejas ó llamas, á quien llaman vicunias; estas son mas ligeras que los guanacos, aunque mas pequeños; andan por los despoblados, comiendo de la yerba que en ellos cria Dios. La lana destas vicunias es excelente, y toda tan buena, que es mas fina que la de las ovejas merinas de España. No sé yo si se podrian hacer paños della; sé que es cosa de ver la ropa que se hacia para los señores desta tierra. La carne destas vicunias y guanacos tira el sabor della á carne de monte, mas es buena. Y en la ciudad de la Paz comí yo en la posada del capitan Alonso de Mendoza cecina de uno destos guanacos gordos, y me pareció la mejor que habia visto en mi vida. Otro género hay de ganado doméstico, á quien llaman pacos, aunque es muy feo y lanudo; es del talle de las llamas ó ovejas, salvo que es mas pequeño; los corderos cuando son tiernos mucho se parecen á los de España. Pare en el año una vez una destas ovejas, y no mas.

CAPITULO CXII.

Del árbol llamado molle, y de otras yerbas y raíces que hay en este reino del Perú.

Cuando escrebí lo tocante á la ciudad de Guayaquile traté de la zarzaparrilla, yerba tan provechosa, como saben los que han andado por aquellas partes. En este lugar me pareció tratar de los árboles llamados molles, por el provecho grande que en ellos hay. Y digo que en los llanos y valles del Perú hay muy grandes arboledas, y lo mismo en las espesuras de los Andes, con árboles de diferentes naturas y maneras; de los cuales pocos ó ningunos hay que parecen á los de España. Algunos dellos, que son los aguacates, guayabos, caimitos, guabos, llevan fruta de la suerte y manera que en algunos lugares desta escriptura he declarado; los demás son todos llenos de abrojos ó espinas ó montes claros, y algunas cebas de gran grandor, en las cuales, y en otros árboles que tienen huecos y concavidades, crian las abejas miel singular con grande órden y concierto. En toda la mayor parte de lo poblado desta tierra se ven unos árboles grandes y pequeños, á quien llaman molles; estos tienen la hoja muy menuda, y en el olor conforme á hinojo, y la corteza ó cáscara deste árbol es tan provechosa, que si está un hombre con grave dolor de piernas, y las tiene hinchadas, con solamente cocerlas en agua y lavarse algunas veces, queda sin dolor ni hinchazon. Para limpiar los dientes son los ramicos pequeños provechosos; de una fruta muy menuda que cria este árbol hacen vino ó brebaje muy bueno, y vinagre, y miel harto buena, con no mas de deshacer la cantidad que quieren desta fruta con agua en alguna vasija, y puesta al fuego, después de ser gastada la parte perteneciente, queda convertida en vino ó en vinagre ó en miel, segun es el cocimiento. Los indios tienen en mucho estos árboles. Y en estas partes hay yerbas de gran virtud, de las cua-

les diré de algunas que yo vi; y así, digo que en la provincia de Quimbaya, donde está situada la ciudad de Cartago, se crian unos bejucos ó raíces por entre los árboles que hay en aquella provincia, tan provechosos para purgar, que con solamente tomar poco mas de una braza dellos, que serán del gordor de un dedo, y echarlos en una vasija de agua que tenga poco menos de un azumbre, embebe en una noche que está en el agua la mayor parte della; de la otra bebiendo cantidad de medio cuartillo de agua, es tan cordial y provechosa para purgar, que el enfermo queda tan limpio como si hubiera purgado con ruibarbo. Yo me purgué una ó dos veces en la ciudad de Cartago con este bejuco ó raíz, y me fué bien, y todos lo teníamos por medicinal. Otras habas hay para este efeto, que algunos las alaban y otros dicen que son dañosas. En los aposentos de Bilcas me adoleció á mí una esclava por ir enferma de ciertas llagas que llevaba en la parte inferior; por un carnero que di á unos indios, vi que trajeron unas yerbas que echaban una flor amarilla, y las tostaron á la candela para hacerlas polvo, y con dos ó tres veces que la untaron quedó sana.

En la provincia de Andaguailas vi otra yerba tan buena para la boca y dentadura, que limpiándose con ella una hora ó dos, dejaba los dientes sin olor, y blancos como nieve. Otras muchos yerbas hay en estas partes, provechosas para la salud de los hombres; y algunas tan dañosas, que mueren con su ponzoña.

CAPITULO CXIII.

De cómo en este reino hay grandes salinas y baños, y la tierra es aparejada para criarse olivos y otras frutas de España; y de algunos animales y aves que en él hay.

Pues concluí en lo tocante á las fundaciones de las nuevas ciudades que hay en el Perú, bien será dar noticia de algunas particularidades y cosas notables antes de dar fin á esta primera parte. Y agora diré de las grandes salinas naturales que vemos en este reino, pues para la sustentacion de los hombres es cosa muy importante. En toda la gobernacion de Popayan conté cómo no habia salinas ningunas, y que Dios nuestro Señor proveyó de manantiales salobres del agua, de los cuales las gentes hacen sal, con que pasan sus vidas. Acá en el Perú hay tan grandes y hermosas salinas, que dellas se podrian proveer de sal todos los reinos de España, Italia, Francia y otras mayores partes. Cerca de Túmbez y de Puerto-Viejo, dentro en el agua, junto á la costa de la mar, sacan grandes piedras de sal, que llevan en naos á la ciudad de Cali y á la Tierra-Firme, y á otras partes donde quieren. En los llanos y arenales deste reino, no muy léjos del valle que llaman de Guaura, hay unas salinas muy buenas y muy grandes, la sal albísima, y grandes montones della, la cual toda está perdida, que muy pocos indios se aprovechan della. En la serranía cerca de la provincia de Guailas hay otras salinas mayores que estas. Media legua de la ciudad del Cuzco están otras pozas, en las cuales los indios hacen tanta sal, que basta para el proveimiento de muchos dellos. En las provincias de Condesuyo y en algunas de Andesuyo hay, sin las salinas ya dichas, algunas bien grandes y de sal muy excelente. Por manera que podré afirmar que cuanto á sal es bien proveido este reino del Perú.

Hay asimesmo en muchas partes grandes baños, y muchas fuentes de agua caliente, donde los naturales se bañaban y bañan. Muchas dellas he yo visto por las partes que anduve dél; y en algunos lugares deste reino, como los llanos y valles de los rios y la tierra templada de la serranía, son muy fértiles, pues los trigos se crian tan hermosos y dan fruto en gran cantidad; lo mismo hace el maíz y cebada. Pues viñas no hay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y los Reyes y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya á las haber, y se tiene grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados y otras frutas, todas las hay, de las que han traido de España como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan; y en fin, gran reino es el del Perú, y el tiempo andando será mas, porque se habrán hecho grandes poblaciones adonde hubiere aparejo para se hacer; y pasada esta nuestra edad, se podrán sacar del Perú para otras partes trigo, vinos, carnes, lanas y aun sedas. Porque para plantar moreras hay el mejor aparejo del mundo; sola una cosa vemos que no se ha traido á estas Indias, que es olivos, que, después del pan y vino, es lo mas principal. Paréceme á mí que se traen engertos dellos para poner en estos llanos y en las vegas de los rios de las tierras, que se harán tan grandes montañas dellos como en el ajarafe de Sevilla y otros grandes olivares que hay en España. Porque si quiere tierra templada, la tiene; si con mucha agua, lo mismo, y sin ninguna y con poca. Jamás truena ni se ve relámpago ni caen nieves ni hielos en estos llanos, que es lo que daña el fruto de los olivos. En fin, como vengan los engertos, tambien vendrá tiempo en lo futuro que provea el Perú de aceite como de lo demás. En este reino no se han hallado encinales; y en la provincia de Collao y en la comarca del Cuzco, y en otras partes dél, si se sembrasen, me parece lo mismo que de los olivares, que habrá no pocas dehesas. Por tanto, mi parecer es que los conquistadores y pobladores destas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances; entiendan en plantar y sembrar, que es lo que aprovechará mas. Quiero decir aquí una cosa que hay en esta serranía del Perú, y es, unas raposas no muy grandes, las cuales tienen tal propiedad, que echan de sí tan pestífero y hediondo olor, que no se puede compadecer; y si por caso alguna destas raposas orina en alguna lanza ó cosa otra, aunque mucho se lave, por muchos dias tiene el mal olor ya dicho. En ninguna parte dél se han visto lobos ni otros animales dañosos, salvo los grandes tigres que conté que hay en la montaña del puerto de la Buenaventura, comarcana á la ciudad de Cali, los cuales han muerto algunos españoles y muchos indios. Avestruces adelante de los Charcas se han hallado, y los indios los tenian en mucho. Hay otro género de animal, que llaman viscacha, del tamaño de una liebre y de la forma, salvo que tienen la cola larga como raposas; crian en pedregales y entre rocas, y muchas matan con ballestas y arcabuces, y los indios con lazos; son buenas para comer como estén manidas; y aun de los pelos ó lana destas viscachas hacen los in-

dios mantas grandes, tan blandas como si fuesen de seda, y son muy preciadas. Hay muchos halcones, que en España serian estimados; perdices, en muchos lugares he dicho haber dos maneras dellas, unas pequeñas y otras como gallinas; hurones hay los mejores del mundo. En los llanos y en la sierra hay unas aves muy hediondas, á quien llaman auras; mantiénense de comer cosas muertas y otras bascosidades. Del linaje destas hay unos condores grandísimos, que casi parecen grifos; algunos acometen á los corderos y guanacos pequeños de los campos.

CAPITULO CXIV.

De cómo los indios naturales deste reino fueron grandes maestros de plateros y de hacer edificios, y de cómo para las ropas finas tuvieron colores muy perfetas y buenas.

Por las relaciones que los indios nos dan se entiende que antiguamente no tuvieron el órden en las cosas ni la pulicía que después que los ingas los señorearon y agora tienen; porque cierto entre ellos se han visto y ven cosas tan primamente hechas por su mano, que todos los que dellas tienen noticia se admiran; y lo que mas se nota es que tienen pocas herramientas y aparejos para hacer lo que hacen, y con mucha facilidad lo dan hecho con gran primor. En tiempo que se ganó este reino por los españoles, se vieron piezas hechas de oro y barro y plata, soldado lo uno y lo otro de tal manera, que parescia que habia nascido así. Viéronse cosas mas extrañas de argentería, de figuras y otras cosas mayores, que no cuento por no haberlo visto; baste que afirmo haber visto que con dos pedazos de cobre y otras dos ó tres piedras vi hacer vajillas, y tan bien labradas, y llenos los bernegales, fuentes y candeleros de follajes y labores, que tuvieran bien que hacer otros oficiales en hacerlo tal y tan bueno con todos los aderezos y herramientas que tienen; y cuando labran no hacen mas de un hornillo de barro, donde ponen el carbon, y con unos cañutos soplan en lugar de fuelles. Sin las cosas de plata, muchos hacen estampas, cordones y otras cosas de oro; y muchachos, que quien los ve juzgara que aun no saben hablar, entienden en hacer destas cosas. Poco es lo que agora labran, en comparacion de las grandes y ricas piezas que hacian en tiempo de los ingas; pues la chaquira tan menuda y pareja la hacen, por lo cual paresce haber grandes plateros en este reino, y hay muchos de los que estaban puestos por los reyes ingas en las partes mas principales dél. Pues de armar cimientos, fuertes edificios, ellos lo hacen muy bien; y así, ellos mismos labran sus moradas y casas de los españoles, y hacen el ladrillo y teja y asientan las piedras bien grandes y crecidas, unas encima de otras, con tanto primor, que casi no se parece la juntura; tambien hacen bultos y otras cosas mayores, y en muchas partes se han visto que los han hecho y hacen sin tener otras herramientas mas que piedras y sus grandes ingenios. Para sacar grandes acequias no creo yo que en el mundo ha habido gente ni nacion que por partes tan ásperas ni dificultosas las sacasen y llevasen, como largamente declaré en los capítulos dichos. Para tejer sus mantas tienen sus telares pequeños; y antiguamente en tiempo que los reyes ingas mandaron este reino, tenian en las cabezas de las provincias cantidad de mujeres, que llamaban mamaconas, que estaban dedicadas al servicio de sus dioses en los templos del sol, que ellos tenian por sagrados; las cuales no entendian sino en tejer ropa finísima para los señores ingas, de lana de las vicunias; y cierto fué tan prima esta ropa, como habrán visto en España por alguna que allá fué luego que se ganó este reino. Los vestidos destos ingas eran camisetas desta ropa, unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas, y algunas de plumas de aves, otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas tuvieron y tienen tan perfetas colores de carmesí, azul, amarillo, negro y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.

En la gobernacion de Popayan hay una tierra con la cual, y con unas hojas de un árbol, queda teñido lo que quieren de un color negro perfeto. Recitar las particularidades con que y cómo se hacen estas colores téngolo por menudencia, y parésceme que basta contar solamente lo principal.

CAPITULO CXV.

Cómo en la mayor parte deste reino hay grandes mineros de metales.

Desde el estrecho de Magallánes comienza la cordillera ó longura de sierras que llamamos Andes, y atraviesa muchas tierras y grandes provincias, como escrebí en la descripcion desta tierra, y sabemos que á la parte de la mar del Sur (que es al poniente) se halla en los mas rios y collados gran riqueza; y las tierras y provincias que caen á la parte de levante se tienen por pobres de metales, segun dicen los que pasaron al rio de la Plata conquistando, y salieron algunos dellos al Perú por la parte de Potosí; los cuales cuentan que la fama de riqueza los trajo á unas provincias tan fértiles de bastimento como pobladas de gente, que están á las espaldas de los Charcas, pocas jornadas adelante. Y la noticia que tenian no era otra sino el Perú, ni la plata que vieron, que fué poca, salió de otra parte que de los términos de la villa de Plata, y por via de contratacion la habian los de aquellas partes. Los que fueron á descubrir con los capitanes Diego de Rójas, Filipe Gutierrez, Nicolás de Heredia, tampoco hallaron riqueza. Después de entrados en la tierra que está pasada la cordillera de los Andes, el adelantado Francisco de Orillana yendo por el Marañon en el barco, al tiempo que andando en el descubrimiento de la canela, lo envió el capitan Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata, ó ninguno, vieron. En fin no hay para qué tratar sobre esto, pues sino fué en la provincia de Bogotá, en ninguna otra de la otra parte de la cordillera de los Andes se ha visto riqueza ninguna; lo cual todo es al contrario por la parte del sur, pues se han hallado las mayores riquezas y tesoros que se han visto en el mundo en muchas edades; y si el oro que habia en las provincias que están comarcanas al rio grande de Santa Marta, desde la ciudad de Popayan hasta la villa de Mopox, estuviera en un poder y de un solo señor, como fué en las provincias del Perú, hubiera mayor grandeza que en el Cuzco. En fin, por las faldas desta cordillera se han hallado grandes

mineros de plata y oro, así por la parte de Antiocha como de la de Cartago, que es en la gobernacion de Popayan, y en todo el reino del Perú; y si hubiese quien lo sacase, hay oro y plata que sacar para siempre jamás; porque en las sierras y en los llanos y en los rios, y por todas partes que caven y busquen, hallarán plata y oro. Sin esto, hay gran cantidad de cobre y mayor de hierro por los secadales y cabezadas de las sierras que abajan á los llanos. En fin, se halla plomo, y de todos los metales que Dios crió es bien proveido este reino; y á mí paréceme que mientras hubiere hombres, no dejará de haberse gran riqueza en él; y tanta ha sido la que dél se ha sacado, que ha encarecido á España de tal manera, cual nunca los hombres lo pensaron.

CAPITULO CXVI.

Cómo muchas naciones destos indios se daban guerra unos á otros, y cuán opresos tienen los señores y principales á los indios pobres.

Verdaderamente yo tengo que há muchos tiempos y años que hay gentes en estas Indias, segun lo demuestran sus antigüedades, y tierras tan anchas y grandes como han poblado; y aunque todos ellos son morenos lampiños y se parecen en tantas cosas unos á otros, hay tanta multitud de lenguas entre ellos, que casi á cada legua y en cada parte hay nuevas lenguas. Pues como hayan pasado tantas edades por estas gentes, y hayan vivido sueltamente, unos á otros se dieron grandes guerras y batallas, quedándose con las provincias que ganaban. Y así, en los términos de la villa de Arma, de la gobernacion de Popayan, está una gran provincia, á quien llaman Carrapa, entre la cual y la de Quimbaya (que es donde se fundó la ciudad de Cartago) habia cantidad de gente; los cuales, llevando por capitan ó señor á uno dellos, el mas principal, llamado Irrua, se entraron en Carrapa, y á pesar de los naturales, se hicieron señores de lo mejor de su provincia. Y esto sé porque cuando descubrimos enteramente aquellas comarcas, vimos las rocas y pueblos quemados que habian dejado los naturales de la provincia de Quimbaya. Todos fueron lanzados della antiguamente por los que se hicieron señores de sus campos, segun es público entre ellos. En muchas partes de las provincias desta gobernacion de Popayan fué lo mismo. En el Perú no hablan otra cosa los indios, sino decir que los unos vinieron de una parte y los otros de otra, y con guerras y contiendas los unos se hacian señores de las tierras de los otros, y bien parece ser verdad, y la gran antigüedad desta gente por las señales de los campos que labraban, ser tantos, y porque en algunas partes que se ve que hubo sementeras y fué poblado, hay árboles nascidos tan grandes como bueyes. Los ingas claramente se conoce que se hicieron señores deste reino por fuerza y por maña, pues cuentan que Mangocapa, el que fundó el Cuzco, tuvo poco principio, y duraron en el señorío hasta que, habiendo division entre Guascar, único heredero, y Atabaliba sobre la gobernacion del imperio, entraron los españoles y pudieron fácilmente ganar el reino y á ellos apartarlos de sus porfías; por lo cual parece que tambien se usó de guerras y tiranías entre estos indios, como en las demás partes del mundo, pues leemos que tiranos se hicieron señores de grandes reinos y señoríos. Yo entendí en el tiempo que estuve en aquellas partes que es grande la opresion que los mayores tienen á los menores, y con el rigor que algunos de los caciques mandan á los indios; porque si el encomendero les pide alguna cosa, ó que por fuerza hayan de hacer algun servicio personal ó con hacienda, luego estos tales mandan á sus mandones que lo provean, los cuales andan por las casas de los mas pobres, mandando que lo cumplan; y si dan alguna excusa, aunque sea justa, no solamente no los oyen, mas maltrátanlos, tomándoles por fuerza lo que quieren. En los indios del Rey y en otros pueblos del Collao oí yo lamentar á los pobres indios esta opresion, y en el valle de Jauja y en otras muchas partes, los cuales, aunque reciben algun agravio, no saben quejarse. Y si son necesarias ovejas ó carneros, no se va por ellos á las manadas de los señores, sino á las dos ó tres que tienen los tristes indios; y algunos son tan molestados, que se ausentan por miedo de tantos trabajos como les mandan hacer. Y en los llanos y valles de los yungas son mas trabajados por los señores que en la serranía. Verdad es que, como ya en las mas provincias deste reino estén religiosos dotrinándolos, y algunos entiendan la lengua, oyen estas quejas y remedian muchas dellas. Todo va cada dia en mas órden, y hay tanto temor entre cristianos y caciques, que no osan poner las manos en un indio, por la gran justicia que hay, con haberse puesto en aquestas partes las audiencias y chancillerías reales; cosa de grande remedio para el gobierno dellas.

CAPITULO CXVII.

En que se declaran algunas cosas que en esta historia se han tratado cerca de los indios, y de lo que acaeció á un clérigo con uno dellos en un pueblo deste reino.

Porque algunas personas dicen de los indios grandes males, comparándolos con las bestias, diciendo que sus costumbres y manera de vivir son mas de brutos que de hombres, y que son tan malos, que, no solamente usan el pecado nefando, mas que se comen unos á otros; y puesto que en esta mi historia yo haya escripto algo desto y de algunas otras fealdades y abusos dellos, quiero que se sepa que no es mi intencion decir que esto se entienda por todos; antes es de saber que, si en una provincia comen carne humana y sacrifican sangre de hombres, en otras muchas aborrecen este pecado. Y si por el consiguiente, en otra el pecado de contra natura, en muchas lo tienen por gran fealdad y no lo acostumbran, antes lo aborrecen; y así son las costumbres dellos; por manera que será cosa injusta condenarlos en general. Y aun destos males que estos hacian, parece que los descarga la falta que tenian de la lumbre de nuestra santa fe, por lo cual ignoraban el mal que cometian, como otras muchas naciones, mayormente los pasados gentiles, que tambien como estos indios estuvieron faltos de lumbre de fe, sacrificaban tanto y mas que ellos. Y aun si miramos, muchos hay que han profesado nuestra ley y recebido agua del santo baptismo; los cuales, engañados por el demonio, cometen cada dia graves pecados; de manera que si estos indios usaban de las costumbres que he escripto, fué porque no tuvieron quien los encaminase en el camino de la verdad en los tiempos pasa-

dos. Agora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdicion que tienen los que della se apartan, y el demonio, como le crece mas la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos á estas gentes; pero poca parte es, y cada dia será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables, diré una que pasó en esta provincia, en un pueblo llamado Lampaz, segun se contiene en la relacion que me dió en el pueblo de Asangaro, repartimiento de Antonio de Quiñones, vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversion de un indio; al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente: «Márcos Otazo, clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampaz dotrinando los indios á nuestra santa fe cristiana, año de 1547, en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron á mí todos los caciques y principales á me rogar muy ahincadamente les diese licencia para que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer; yo les respondí que habia de estar presente, porque si fuese cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no lo hiciesen; ellos lo tuvieron por bien; y así, fueron todos á sus casas; y siendo, á mi ver, el mediodía en punto, comenzaron á tocar en diversas partes muchos atabales con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes della, echadas por el suelo mantas, á manera de tapices, para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo, como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales, tejida. Sentados en sus lugares, vi que salieron derecho por cada cacique un muchacho de edad de hasta de doce años, el mas hermoso y dispuesto de todos, muy ricamente vestido á su modo, de las rodillas abajo las piernas á manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas; asimismo los brazos, y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata; traia en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana, grande, en que ellos echan la coca; y al lado izquierdo venia una muchacha de hasta diez años, muy hermosa, vestida de su mismo traje, salvo que por detrás traia gran falda, que no acostumbraban traer las otras mujeres, la cual falda le traia una india mayor, hermosa, de mucha autoridad. Tras esta venian otras muchas indias á manera de dueñas, con mucha mesura y crianza; y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana, muy rica, llena de muchas estampas de oro y plata; de las espaldas le colgaba un cuero de leon pequeño, que las cubria todas. Tras estas dueñas venian seis indios á manera de labradores, cada uno con su arado en el hombro, y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas, de muchos colores. Luego venian otros seis como sus mozos, con unos costales de papas, tocando su atambor, y por su órden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás, como iban en su órden, le hicieron una muy gran reverencia, bajando sus cabezas, y el Cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual á su cacique, que eran dos parcialidades, por la misma órden que iban el niño y los demás se volvieron hácia tras, sin quitar el rostro dellos, cuanto veinte pasos, por la órden que tengo dicho; y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en renglera, y dellos colgaron aquellos costales de papas, muy escogidas y grandes; lo cual hecho, tocando sus atabales, todos en pié, sin se mudar de un lugar, hacian una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los piés, y de rato en rato alzaban hácia arriba aquellas bolsas que en las manos tenian. Solamente hacian estos esto que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas, porque todos los caciques y la demás gente estaban por su órden sentados en el suelo con muy gran silencio, escuchando y mirando lo que hacian. Esto hecho, se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año, sin ninguna mancha, todo de una color, otros indios que habian ido por él, y adelante del señor principal, cercado de muchos indios al rededor porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo, le sacaron por un lado toda el asadura, y esta fué dada á sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios dellos llevaban apriesa cuanto mas podian de la sangre del cordero en las manos y la echaban entre las papas que tenian en los costales. Y en este instante salió un principal que habia pocos dias que se habia vuelto cristiano, como diré abajo, dando voces y llamándolos de perros y otras cosas en su lengua, que no entendí; y se fué al pié de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde á mayores voces, sin ningun temor, osadamente reprendia aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos, sin haber dado fin á su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman homo, á los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio y traen consigo su figura, hecho de un hueso hueco, y encima un bulto de cera negra, que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampaz, un juéves de la Cena vino á mí un muchacho mio que en la iglesia dormia, muy espantado, rogando me levantase y fuese á baptizar á un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágines, muy temeroso y espantado; el cual estando la noche pasada, que fué miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decia haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que ¿qué hacia allí con aquella estatua de piedra? Que se fuese luego, y viniese para mí á se volver cristiano. Y cuando fué de dia yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué á la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vió se echó á mis piés, rogándome mucho le volviese cristiano, á lo cual le respondí que sí haria, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bapticé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no malo, como los indios; y sin decir nada á persona ninguna, fué á donde tenia su casa y la quemó, y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino á la iglesia, donde estuvo siempre predicando á los indios

lo que les convenia para su salvacion, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios; lo cual hacia con gran hervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y á la contina estaba en la iglesia ó junto á una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vió estando en la guaca ó templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes.»

Esto me dió el clérigo por escripto y yo veo cada dia grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos mas que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco á poco olvidando sus ritos y malas costumbres, y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido mas que por la malicia dellos; porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo.

CAPITULO CXVIII.

De cómo, queriéndose volver cristiano un cacique comarcano de la villa de Ancerma, veia visiblemente á los demonios, que con espantos le querian quitar de su buen propósito.

En el capítulo pasado escrebí la manera cómo se volvió cristiano un indio en el pueblo de Lampaz; aquí diré otro extraño caso, para que los fieles glorifiquen el nombre de Dios, que tantas mercedes nos hace, y los malos y incrédulos teman y reconozcan las obras del Señor. Y es, que siendo gobernador de la provincia de Popayan el adelantado Belalcázar en la villa de Ancerma, donde era su teniente un Gomez Hernandez, sucedió que casi cuatro leguas desta villa está un pueblo llamado Pirsa, y el señor natural dél, teniendo un hermano mancebo de buen parescer que se llama Tamaracunga, y inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano y queria venir al pueblo de los cristianos á recebir baptismo. Y los demonios, que no les debia agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenian por tan ganado, espantaban á aqueste Tamaracunga de tal manera, que lo asombraban, y permitiéndolo Dios, los demonios, en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponian donde el Cacique solo las podia ver; el cual, como se sintió tan perseguido del demonio, envió á toda priesa á llamar á un cristiano que estaba cerca de allí; el cual fué luego donde estaba el Cacique, y sabida su intencion, lo signó con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban mas que primero, viéndolos solamente el indio en figuras horribles. El cristiano via que caian piedras por el aire y silbaban; y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de un Juan Pacheco, vecino de la misma villa, que á la sazon estaba en ella en lugar del Gomez Hernandez, que habia salido á lo que dicen de Caramanta, se juntó con el otro, y vian que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios; tanto, que en presencia de los cristianos lo traian por el aire de una parte á otra, y él quejándose, y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces estando el Cacique sentado y teniendo delante un vaso para beber, vian los dos cristianos cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire y dende á un poco parescia sin el vino, y á cabo de un rato vian caer el vino en el vaso, y el Cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas visiones que tenia delante; y estando así, sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponian barro en la boca, como que lo querian ahogar. En fin, los dos cristianos, que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver á la villa y llevar al Cacique para que luego se baptizase, y vinieron con ellos y con el Cacique pasados de docientos indios; mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban llegar al Cacique; y yendo con los cristianos, llegaron á unos malos pasos, donde los demonios tomaron al indio en el aire para despeñarlo, y él daba voces diciendo: «Valéme, cristianos, valéme;» los cuales luego fueron á él y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar, cuanto mas ayudar á este, que tanto por los demonios fué perseguido para provecho de su ánima y mayor confusion y envidia deste cruel enemigo nuestro; y como los dos cristianos viesen que no era Dios servido de que los demonios dejasen á aquel indio, y que por los riscos lo querian despeñar, tomáronlo en medio, y atando unas cuerdas á los cintos, rezando y pidiendo á Dios los oyese, caminaron con el indio en medio, de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos, pero todavía los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron á una subida, donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron á Juan Pacheco un indio para que viniese á los socorrer, el cual fué luego allá, y como se juntó con ellos, los demonios arrojaban piedras por los aires, y desta suerte llegaron á la villa, y se fueron derechos con el Cacique á las casas deste Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los mas de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos vian caer piedras pequeñas de lo alto de la casa y oian silbos. Y como los indios cuando van á la guerra dicen: «Hu, hu, hu;» así oian que lo decian los demonios muy apriesa y recio. Todos comenzaron á suplicar á nuestro Señor que, para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar; porque ellos por lo que andaban, segun las palabras que el Cacique les oia, era porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir á la iglesia; en la cual, por ser de paja, no habia Sacramento, y algunos cristianos dicen que oyeron pasos por la misma iglesia antes que se abriese, y como la abrieron y entraron dentro, el indio Tamaracunga dicen que decia que via los demonios con fieras cataduras, las cabezas abajo y los piés arriba. Y entrado un fraile llamado fray Juan de Santa María, de la órden de nuestra Señora de la Merced, á le baptizar, los demonios en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver mas que solo el indio, lo tomaron y lo tuvieron en el aire, poniéndolo como ellos estaban, la cabeza abajo y los piés arriba. Y los cristianos diciendo á grandes voces: «Jesucristo, Jesucristo sea con nosotros;» y signándose con la cruz, arremetieron al indio y lo tomaron, poniéndole luego una estola, y le echaron agua bendita; pero todavía se oian aullidos y silbos dentro en la iglesia, y Tamaracunga los via visiblemente, y fueron á él y le dieron tantos bofetones, que le arrojaron léjos de allí un sombrero que tenia puesto en los ojos por no los ver, y en el rostro le echaban saliva

podrida y hedionda. Todo esto pasó de noche, y venido el dia, el fraile se vistió para decir misa, y en el punto que se comenzó, en aquel no se oyó cosa ninguna, ni los demonios osaron parar ni el Cacique recibió mas daño; y como la misa santísima se acabó, el Tamaracunga pidió por su boca agua del baptismo, y luego hizo lo mismo su mujer y hijo, y después de ya baptizàdo, dijo que, pues ya era cristiano, que lo dejasen andar solo, para ver los demonios si tenian poder sobre él; y los cristianos lo dejaron ir, quedando todos rogando á nuestro Señor, y suplicándole que para ensalzamiento de su santa fe, y para que los indios infieles se convirtiesen, no permitiese que el demonio tuviese mas poder sobre aquel que ya era cristiano. Y en esto salió Tamaracunga con gran alegría, diciendo: «Cristiano soy;» y alabando en su lengua á Dios, dió dos ó tres vueltas por la iglesia, y no vió ni sintió mas los demonios; antes se fué á su casa alegre y contento, obrando el poder de Dios; y fué este caso tan notado en los indios, que muchos se volvieron cristianos y se volverán cada dia. Esto pasó en el año de 1549 años.

CAPITULO CXIX.

Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento destas Indias, y querer guardar nuestro soberano Señor Dios á los españoles, y cómo tambien castiga á los que son crueles para con los indios.

Antes de dar conclusion en esta primera parte, me paresció decir aquí algo de las obras admirables que Dios nuestro Señor ha tenido por bien de mostrar en el descubrimiento que los cristianos españoles han hecho en estos reinos, y asimismo el castigo que ha permitido en algunas personas notables que en ellos han sido; porque por lo uno y por lo otro se conozca cómo le habemos de amar como á padre y temer como á señor y juez justo, y para esto digo que, dejando aparte el descubrimiento primero, hecho por el almirante don Cristóbal Colon, y los sucesos del marqués don Fernando Cortés y los otros capitanes y gobernadores que descubrieron la Tierra-Firme, porque yo no quiero contar de tan atrás, mas solo decir lo que pasó en los tiempos presentes; el marqués don Francisco Pizarro, cuántos trabajos pasó él y sus compañeros, sin ver ni descubrir otra cosa que la tierra que queda á la parte del norte del rio de San Juan, no bastaron sus fuerzas, ni los socorros que les hizo el adelantado don Diego de Almagro, para ver lo de adelante. Y el gobernador Pedro de los Rios, por la copla que le escribieron, que decia:

¡Ah señor Gobernador!
Miraldo bien por entero,
Allá va el recogedor,
Acá queda el carnicero.

Dando á entender que Almagro iba por gente para la carnecería de los muchos trabajos, y Pizarro los mataba en ellos. Por lo cual envió á Juan Tafur, de Panamá, con mandamiento para que los trajese; y desconfiados de descubrir, se volvieron todos con él, sino fueron trece cristianos, que quedaron con don Francisco Pizarro; los cuales estuvieron en la isla de la Gorgona hasta que don Diego de Almagro les envió una nao, con la cual á su ventura navegaron; y quiso Dios, que lo puede todo, que lo que en tres ó cuatro años no pudieron ver ni descubrir por mar ni por tierra, lo descubriesen en diez ó doce dias. Y así, estos trece cristianos con su capitan descubrieron al Perú, y después á cabo de algunos años, cuando el mismo Marqués con ciento y sesenta españoles entró en él, no bastaron á defenderse de la multitud de los indios, si no permitiera Dios que hubiera guerra crudelísima entre los dos hermanos Guascar y Atabaliba, y ganaron la tierra. Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no habia mas de ciento y ochenta españoles de á pié y de caballo. Pues estando contra ellos Mango inga, con mas de docientos mil indios de guerra, y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que vian algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto á ellos andaba una figura celestial que en ellos hacia gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego á la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron, y tantas se apagó de suyo, á dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron, siendo en donde el fuego ponian paja seca sin mezcla ninguna.

El capitan Francisco César, que salió á descubrir de Cartagena el año de 1536, y anduvo por grandes montañas, pasando muchos rios hondables y muy furiosos con solamente sesenta españoles, á pesar de los indios todos, estuvo en la provincia del Guaca, donde estaba una casa principal del demonio, de la cual sacó de un enterramiento treinta mil pesos de oro. Y viendo los indios cuán pocos eran, se juntaron mas de veinte mil para matarlos, y los cercaron á todos y tuvieron con ellos batalla. En la cual los españoles, puesto que eran tan pocos, como he dicho, y venian desbaratados y flacos, pues no comian sino raíces, y los caballos desherrados, los favoreció Dios de tal manera, que mataron y hirieron á muchos indios sin faltar ninguno dellos; y no hizo Dios solo este milagro por estos cristianos, antes fué servido de los guiar por camino que volvieron á Uraba en diez y ocho dias, habiendo andado por el otro cerca de un año.

Destas maravillas muchas hemos visto cada dia; mas baste decir que pueblan en una provincia donde hay treinta ó cuarenta mil indios, cuarenta ó cincuenta cristianos; á pesar dellos, ayudados de Dios están, y pueden tanto, que los subjetan y atraen á sí; y en tierras temerosas de grandes lluvias y terremotos continos, como cristianos entren en ellas, luego vemos claramente el favor de Dios, porque cesa lo mas de todo; y rasgadas estas tales tierras, dan provecho, sin se ver los huracanes tan continos y rayos y aguaceros que en tiempo que no habia cristianos se vian. Mas es tambien de notar otra cosa, que, puesto que Dios vuelva por los suyos, que llevan por guia su estandarte, que es la cruz, quiere que no sea el descubrimiento como tiranos, porque los que esto hacen, vemos sobre ellos castigos grandes. Y así, los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales, como fueron los principales que se hallaron en tratar la muerte de Atabaliba, que todos los

mas han muerto miserablemente y con muertes desastradas. Y aun paresce que las guerras que ha habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para castigo de los que en él estaban; y así, á los que esto consideraren les parecerá que Caravajal era verdugo de su justicia, y que vivió hasta que el castigo se hizo, y después pagó él con la muerte los pecados graves que hizo en la vida. El mariscal don Jorge Robledo, consintiendo hacer en la provincia de Pozo gran daño á los indios, y que con las ballestas y perros matasen tantos como dellos mataron, Dios permitió que en el mismo pueblo fuese sentenciado á muerte, y que tuviese por su sepultura los vientres de los mismos indios, muriendo asimismo el comendador Hernan Rodriguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, y fueron juntamente con él comidos por los indios, habiendo primero sido demasiadamente crueles contra ellos. El adelantado Belalcázar, que á tantos indios dió muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que en vida se vió tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la gobernacion de Cartagena, viniendo con su residencia á España. Francisco García de Tovar, que tan temido fué de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron.

No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar á los que fueren crueles para con estos indios, pues ninguno dejó de recebir la pena conforme al delicto. Yo conoscí un Roque Martin, vecino de la ciudad de Cali, que á los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos, los tenia en la percha para dar de comer á sus perros; después indios lo mataron, y aun creo que comieron. Otros muchos pudiera decir que dejo, concluyendo con que, puesto que nuestro Señor en las conquistas y descubrimientos favorezca á los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, segun se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es mas de temer.

CAPITULO CXX.

De las diócesis ó obispados que hay en este reino del Perú, y quién son los obispos dellos, y de la chancillería real que está en la ciudad de los Reyes.

Pues en muchas partes desta escriptura he tratado los ritos y costumbres de los indios y los muchos templos y adoratorios que tenian, donde el demonio por ellos era visto y servido, me parece será bien escrebir los obispados que hay, y quién han sido y son los que rigen las iglesias, pues es cosa tan importante el tener, como tienen, á su cargo tantas ánimas. Después que se descubrió este reino, como se hubiese hallado en la conquista el muy reverendo señor don fray Vicente de Valverde, de la órden de señor santo Domingo, traidas las bulas del sumo Pontífice, su majestad lo nombró por obispo del reino, el cual lo fué hasta que los indios le mataron en la isla de Puna. Y como se fuesen poblando ciudades de españoles, acrecentáronse los obispados; y así, se proveyó por obispo del Cuzco el muy reverendo señor don Juan Solano, de la órden de señor santo Domingo, que vive en este año de 1550, y es al presente obispo del Cuzco, donde está la silla episcopal, y de Guamanga, Arequipa, la nueva ciudad de la Paz. Y de la villa de Plata, de la ciudad de los Reyes y Trujillo, Guanuco, Chachapopas, lo es el reverendísimo señor don Hierónimo de Loaysa, fraile de la misma órden, el cual en este tiempo se nombró por arzobispo de los Reyes. De la ciudad de San Francisco del Quito y de Sant Miguel, Puerto-Viejo, Guayaquil, es obispo don García Díaz de Arias; tiene su silla en el Quito, que es la cabeza de su obispado. De la gobernacion de Popayan es obispo don Juan Valle; tiene su asiento en Popayan, que es cabeza de su obispado, en el cual se incluyen las ciudades y villas que conté en la descripcion de la dicha provincia. Estos señores son los que yo dejé por obispos al tiempo que salí del reino; los cuales tienen en los pueblos y ciudades de sus obispados cuidado de poner curas y clérigos que celebren los divinos oficios. La gobernacion del reino resplandece en este tiempo en tanta manera, que los indios enteramente son señores de sus haciendas y personas, y los españoles temen los castigos que se hacen, y las tiranías y malos tratamientos de indios han ya cesado por la voluntad de Dios, que cura todas las cosas con su gracia. Para esto ha aprovechado poner audiencias y chancillerías reales y que en ellas estén varones doctos y de autoridad, y que, dando ejemplo de su limpieza, osen ejecutar la justicia y haber hecho la tasacion de los tributos en este reino. Es visorey el excelente señor don Antonio de Mendoza, tan valeroso y abastado de virtudes cuanto falto de vicios, y oidores los señores el licenciado Andrés de Cianca, y el doctor Bravo de Saravia y el licenciado Hernando de Santillan. La corte y chancillería real está puesta en la ciudad de los Reyes. Y concluyo este capítulo con que, al tiempo que en el consejo de su majestad de Indias se estaba viendo por los señores dél esta obra, vino de donde estaba su majestad el muy reverendo señor don fray Tomás de San Martin proveido por obispo de las Charcas, y su obispado comienza desde el término donde se acaba lo que tiene la ciudad del Cuzco hácia Chile, y llega hasta la provincia de Tucuma, en el cual quedan la ciudad de la Paz y la villa de Plata, que es cabeza deste nuevo obispado que agora se provee.

CAPITULO CXXI.

De los monesterios que se han fundado en el Perú desde el tiempo que se descubrió hasta el año de 1550 años.

Pues en el capítulo pasado he declarado brevemente los obispados que hay en este reino, cosa conveniente será hacer mencion de los monesterios que se han fundado en él, y quién fueron los fundadores, pues en estas casas asisten graves varones, y algunos muy doctos. En la ciudad del Cuzco está una casa de señor Santo Domingo, en el propio lugar que los indios tenian su principal templo; fundóla el reverendo padre fray Juan de Olías. Hay otra casa de señor San Francisco; fundóla el reverendo padre fray Pedro Portugués. De nuestra Señora de la Merced está otra casa; fundóla el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de la Paz está otro monesterio de señor San Francisco; fundólo el reveren-

do padre fray Francisco de los Angeles. En el pueblo de Chuquito está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Tomás de San Martin. En la Villa de Plata está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Hierónimo. En Guamanga está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Martin de Esquivel; y otro monesterio de nuestra Señora de la Merced; fundólo el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de los Reyes está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Francisco de Santa Ana; y otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Juan de Olías. Otra casa está de nuestra Señora de la Merced; fundóla el reverendo padre fray Miguel de Orenes. En el pueblo de Chincha está otra casa de Santo Domingo; fundóla el reverendo padre fray Domingo de santo Tomás. En la ciudad de Arequipa está otra casa desta orden; fundóla el reverendo padre fray Pedro de Ulloa. Y en la ciudad de Leon de Guanuco está otra; fundóla el mismo padre fray Pedro de Ulloa. En el pueblo de Chicama está otra casa desta misma órden; fundóla el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. En la ciudad de Trujillo hay monesterio de franciscos, fundado por el reverendo padre fray Francisco de la Cruz; y otro de la Merced, que fundó el reverendo padre fray . . . . En el Quito está otra casa de dominicos; fundóla el reverendo padre fray Alonso de Montenegro; y otro de la Merced, que fundó el reverendo padre fray. . . . . . , y otro de franciscos, que fundó el reverendo padre fray Iodoco Rique, flamenco. Algunas casas habrá mas de las dichas, que se habrán fundado, y otras que se fundarán por los muchos religiosos que siempre vienen proveidos por su majestad y por los de su consejo real de Indias, á los cuales se les da socorro, con que puedan venir á entender en la conversion destas gentes, de la hacienda del Rey, porque así lo manda su majestad, y se ocupan en la dotrina destos indios con grande estudio y diligencia. Lo tocante á la tasacion y á otras cosas que convenia tratarse quedará para otro lugar, y con lo dicho hago fin con esta primera parte, á gloria de Dios todopoderoso, nuestro Señor, y de su bendita y gloriosa Madre, Señora nuestra. La cual se comenzó á escrebir en la ciudad de Cartago, de la gobernacion de Popayan, año de 1541; y se acabó de escrebir originalmente en la ciudad de los Reyes, del reino del Perú, á 8 dias del mes de setiembre de 1550 años, siendo el autor de edad de treinta y dos años, habiendo gastado los diez y siete dellos en estas Indias.

FIN DE LA CRÓNICA DEL PERÚ.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA PROVINCIA DEL PERÚ,

Y DE LAS GUERRAS Y COSAS SEÑALADAS EN ELLA,

ACAECIDAS

HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DE SUS SECUACES, QUE EN ELLA SE REBELARON CONTRA SU MAJESTAD;

POR

AGUSTIN DE ZARATE,

contador de mercedes de la majestad cesárea.

Á LA MAJESTAD DEL REY DE INGLATERRA, PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR, DON FELIPE II.

SACRA CATÓLICA REAL MAJESTAD: Sirviendo yo el cargo de secretario en el real consejo de Castilla, donde habia quince años que residia, en fin del año pasado de 1543 me fué mandado por la majestad del Emperador Rey nuestro señor, y por los del su consejo de las Indias, que fuese á las provincias del Perú y Tierra-Firme á tomar cuenta á los oficiales de la Hacienda real del cargo de sus oficinas y á traer los alcances que della resultasen. Y así, me embarqué en la flota donde fué proveido por visorey del Perú Blasco Nuñez Vela. Llegados allá, vi tantas revueltas y novedades en aquella tierra, que me pareció cosa digna de ponerse por memoria, aunque, después de escrito lo de mi tiempo, conoscí que no se podia bien entender si no se declaraban algunos presupuestos, de donde aquello toma su orígen; y así, de grado en grado fuí subiendo hasta hallarme en el descubrimiento de la tierra; porque van los negocios tan dependientes unos de otros, que por cualquiera que falte no tienen los que se siguen la claridad necesaria; lo cual me compelió á comenzar (como dicen) del huevo trojano. No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relacion (que no importara poco para su perfecion), porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro, que amenazaba de matar á cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido (que los atenienses llamaban amnistía) que no de memoria ni perpetuidad. Necesitóme á cesar allá en la escriptura, y á traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude haber, por medio de los cuales escribí una relacion que no lleva la prolijidad y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breve ni sumaria, que se pueda llamar comentarios, mayormente yendo dividida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escribir. No me atreviera á emprender el un estilo ni el otro si no confiara en lo que dice Tulio, y después de él Cayo Plinio, que, aunque la poesía y la oratoria no tienen gracia sin mucha elocuencia, la historia, de cualquier manera que se escriba, deleita y agrada, porque por medio della se alcanzan á saber nuevos acontecimientos, á que los hombres tienen natural inclinacion, y aun muchas veces se huelgan en oirlos contar á un rústico por palabras groseras y mal ordenadas. Y así, no siendo el estilo de esta escriptura tan elocuente como se requeria, servirá de saberse por él la verdad del hecho, quedando licencia y aun facilidad á quien quisiere tomar este trabajo para escrebir la

historia de nuevo con mejores palabras y órden, como vemos que acontesció muchas veces en las historias griegas y latinas, y aun en las de nuestros tiempos. Lo que toca á la verdad, que es donde consiste el ánima de la historia, he procurado que no se pueda enmendar, escribiendo las cosas naturales y accidentales que yo vi sin ninguna falta ni disimulacion, y tomando relacion de lo que pasó en mi ausencia, de personas fidedignas y no apasionadas; lo cual se halla con gran dificultad en aquella provincia, donde hay pocos que no estén mas aficionados á una de las dos parcialidades de Pizarro ó de Almagro que en Roma estuvieron por César ó Pompeyo, ó poco antes por Sila ó Mario. Pues entre los vivos ó los muertos que en el Perú vivieron, no se hallará quien no haya recibido buenas ó malas obras de una de las dos cabêzas ó de los que dellas dependen. Si hubiere alguno que cuente diferentemente este negocio, será cuanto á la primera de las tres partes en que las historias se dividen, que es de los intentos ó consejos, en lo cual no es cosa nueva diferir los historiadores; pero cuanto á las otras dos partes, que contienen hechos y sucesos, he trabajado lo que pude por no errar. Cuando acabé esta relacion salí de la opinion, en que hasta entonces estuve, de culpar á los historiadores porque en acabando sus obras no las sacan á luz, creyendo yo que su pretension era que el tiempo encubriese sus defectos, consumiendo los testigos del hecho; pero agora entiendo la razon que tienen para lo que hacen en esperar que se mueran las personas de quien tratan, y aun algunas veces les venia bien que peresciesen sus descendientes y linaje; porque en recontar cosas modernas hay peligro de hacer graves ofensas, y no hay esperanza de ganar algunas gracias, pues el que hizo cosa indebida, por livianamente que se toque, siempre quedará quejoso de haber sido el autor demasiado en la culpa de que le infama, y corto en la desculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente, nunca dejará de culparle de corto, porque no refirió mas copiosamente su hecho hasta hinchir un gran volúmen de solas sus alabanzas. De lo cual procede necesitarse el que escribe á traer pleito, ó con el que reprende, por lo mucho que se alargó, ó con el que alaba, por la brevedad de que usó. Y así, seria muy sano consejo á los historiadores entretener sus historias, no solamente los nueve años que Horacio manda en otras cualesquier obras, pero aun noventa, para que los que proceden de los culpados tengan color de negar su descendencia, y los nietos de los virtuosos queden satisfechos con cualquier loor que vieren escrito dellos. El temor deste peligro me habia quitado el atrevimiento de publicar por agora este libro, hasta que vuestra majestad me hizo á mí tanta merced, y á él tan gran favor, de leerle en el viaje y navegacion que prósperamente hizo de la Coruña á Inglaterra, y recebirle por suyo y mandarme que le publicase y hiciese imprimir. Lo cual cumplí en llegando á esta villa de Ambers, los ratos que tuve desocupados de la labor de la moneda de vuestra majestad, que es mi principal negocio. A vuestra majestad suplico resciba en servicio mi trabajo, y tenga por suyo este libro, como lo es el autor dél, porque desta manera estará seguro de las mormuraciones, que pocas veces faltan en semejantes obras. En lo cual rescebiré señalada merced de vuestra majestad, cuya real persona nuestro Señor guarde, con acrescentamiento de mas reinos y señoríos, como por sus criados es deseado. De Ambers, 30 de marzo año 1555.

DECLARACION

DE LA DIFICULTAD QUE ALGUNOS TIENEN EN AVERIGUAR POR DONDE PUDIERON PASAR AL PERU LAS GENTES QUE PRIMERAMENTE LE POBLARON.

Este asunto generalmente, segun la dignidad que le corresponde, trató con elegante erudicion el padre presentado fray Gregorio García, del órden de Santo Domingo, que con muchas adiciones y reflexiones se acabó de imprimir el año de 1729.

La duda que suelen tener sobre averiguar por dónde podrian pasar á las provincias del Perú las gentes que desde los tiempos antiguos en ella habitan, parece que está satisfecha por una historia que recuenta el divino Platon algo sumariamente en el libro que intitula *Timeo ó De Natura*, y después muy á la larga y copiosamente en otro libro ó diálogo que se sigue inmediatamente



después del *Timeo*, llamado *Atlántico*, donde trata una historia que los egipcios recontaban en loor de los atenienses, los cuales dicen que fueron partes para vencer y desbaratar ciertos reyes y gran número de gentes de guerra, que vino por la mar desde una grande isla llamada Atlántica, que comenzaba desde las columnas de Hércules; la cual isla dicen que era mayor que toda Asia y Africa. Contenia diez reinos, los cuales dividió Neptuno entre diez hijos suyos, y al mayor, que se llamaba Atlas, dió el mayor y mejor. Cuenta otras muchas y muy memorables cosas de las costumbres y riquezas desta isla, especialmente de un templo que estaba en la ciudad principal, las paredes, techumbres, cubiertas con planchas de oro y plata y laton, y otras muchos particularidades que serian largas para referir, y se pueden ver en el original, donde se tratan copiosamente; muchas de las cuales costumbres y ceremonias vemos que se guardan el dia de hoy en la provincia del Perú. Desde esta isla se navegaba á otras islas grandes que estaban de la otra parte della, vecinas á la tierra continente, allende la cual se seguia el verdadero mar. Las palabras formales de Platon en el principio del *Timeo* son estas, hablando Sócrates con los atenienses: «Tiénese por cierto que vuestra ciudad resistió en los tiempos pasados á innumerable número de enemigos que, saliendo del mar Atlántico, habian tomado y ocupado casi toda Europa y Asia, porque entonces aquel estrecho era navegable, teniendo á la boca dél y casi á su puerta una ínsula que comenzaba desde cerca de las columnas de Hércules, que dicen haber sido mayor que Asia y Africa juntamente, desde la cual habia contratacion y comercio á otras islas, y de aquellas islas se comunicaba con la tierra firme y continente que estaba frontero dellas, vecina del verdadero mar, y aquel mar se puede con razon llamar verdadero mar, y aquella tierra se puede justamente llamar tierra firme y continente.» Hasta aquí Platon, aunque poco mas abajo dice que nueve mil años antes que aquello se escribiese sucedió tan gran pujanza de aguas en la mar de aquel paraje, que en un dia y una noche anegó toda esta isla, hundiendo las tierras y gentes, y que después aquel mar quedó con tantas ciénagas y bajíos, que nunca mas por ella habian podido navegar, ni pasar á las otras islas ni á la tierra firme de que allí se hace mencion. Esta historia dicen todos los que escriben sobre Platon que fué cierta y verdadera, en tal manera que los mas dellos, especialmente Marsilio Ficino y Platino, no quieren admitir que tenga sentido alegórico, aunque algunos se lo dan, como lo refiere el mismo Marsilio en las *Anotaciones sobre el Timeo*, y no es argumento para ser fabuloso lo que allí dice de los nueve mil años; porque, segun Eudoxo, aquellos años se entendian, segun la cuenta de los egipcios, lunares, y no solares; por manera que eran nueve mil meses, que son setecientos y cincuenta años. Tambien es casi demostracion para creer lo desta isla, saber que todos los historiadores y cosmógrafos antiguos y modernos llaman al mar que anegó esta isla Atlántico, reteniendo el nombre de cuando era tierra. Pues sobre presupuesto de ser historia verdadera, ¿quién podrá negar que esta isla Atlántica comenzaba desde el estrecho de Gibraltar, ó poco después de pasado Cádiz, y llegaba y se extendia por ese gran golfo, donde, así norte sur como leste hueste, tiene espacio para poder ser mayor que Asia y Africa? Las islas que dice el texto que se contrataban desde allí, paresce claro que serian la Española, Cuba y San Juan y Jamáica, y las demás que están en aquella comarca. La tierra firme que se dice estar frontero destas islas, consta por razon que era la misma Tierra-Firme que agora se llama así, y todas las provincias con quien es continente, que, comenzando desde el estrecho de Magallánes, contiene corriendo hácia el norte la tierra del Perú y la provincia de Popayan y Castilla del Oro, y Veragua, Nicaragua, Guatemala, Nueva-España, las Siete-Ciudades, la Florida, los Bacallaos, y corre desde allí para el septentrion hasta juntar con las Noruegas; en lo cual sin ninguna duda hay mucha mas tierra que en todo lo poblado del mundo que conosciamos antes que aquello se descubriese, y no causa mucha dificultad en este negocio el no haberse descubierto antes de agora por los romanos ni por las otras naciones que en diversos tiempos ocuparon á España; porque es de creer que duraba la maleza de la mar para impedir la navegacion, y yo lo he oido, y lo creo, que comprendió el descubrimiento de aquellas partes debajo de esta autoridad de Platon; y así, aquella tierra se puede claramente llamar la tierra continente de que trata Platon, pues quedaron en ella todas las señas que él da de la otra, mayormente aquella en que dice que es vecina al verdadero mar, que es el que verdaderamente llamamos del Sur, pues por lo que dél se ha navegado hasta nuestros tiempos consta claro que, respecto de su anchura y grandeza, todo el mar Mediterráneo y lo sabido del Océano, que llaman vulgarmente del Norte, son rios. Pues si todo esto es verdad, y concuerdan tambien las señas dello con las palabras de Platon, no sé por qué se tenga dificultad entender que por esta via hayan podido pasar al Perú

muchas gentes, así desde esta gran isla Atlántica como desde las otras islas para donde desde aquella isla se navegaba, y aun desde la misma tierra firme podian pasar por tierra al Perú, y si en aquello habia dificultad, por la misma mar del Sur, pues es de creer que tenian noticia y uso de la navegacion, aprendida del comercio que tenian con esta gran isla, donde dice el texto que tenia grande abundancia de navíos, y aun puertos hechos á mano para conservacion dellos, donde faltaban naturales. Esto es lo que se puede sacar por rastro cerca desta materia, que no es poco para cosa tan antigua y sin luz, mayormente teniendo respecto á que en el Perú no hay letras con qué conservar memoria de los hechos pasados, ni aun las pinturas, que sirven por letras en la Nueva-España, sino unas ciertas cuerdas de diversas colores, añudadas. De forma que por aquellos ñudos, y por las distancias dellos se entienden, pero muy confusamente, como se declara mas largo en la historia que yo tengo hecha en las cosas del Perú. Puedo decir lo que Horacio en una carta:

Si quid novisti rectius istis,
Candidus imperti, si non vis, utere mecum.

Cerca del descubrimiento desta nueva tierra, parece que le cuadra un dicho á manera de profecía, que hace Séneca en la tragedia *Medea*, por estas palabras:

Venient annis saecula seris,
Quibus Occeanus vincula rerum
Laxet, novosque typhis detegat orbes,
Atque ingens pateat tellus.
Nec sit terris ultima Thyle.

La principal relacion deste libro, cuanto al descubrimiento de la tierra, se tomó de Rodrigo Lozano, vecino de Trujillo, que es en el Perú, y de otros que lo vieron.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ.

CAPITULO PRIMERO.

De la noticia que se tuvo del Perú, y cómo se comenzó á descubrir.

En el año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1525 años, tres vecinos de la ciudad de Panamá (que es puerto de la mar del Sur), en la provincia de Tierra-Firme, llamada Castilla del Oro, se juntaron en compañía universal de todas sus haciendas, que fueron don Francisco Pizarro, natural de la ciudad de Trujillo, y don Diego de Almagro, natural de la villa Malagon, cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fué echado á la puerta de la iglesia, y que un clérigo llamado Hernando de Luque le crió. Y como estos fuesen los mas caudalosos de aquella tierra, pensando ser acrecentados y servir á su majestad del emperador don Cárlos, nuestro señor, propusieron descubrir por la mar del Sur la costa de levante de la Tierra-Firme, hácia aquella parte que después se llamó Perú; y tomando licencia don Francisco Pizarro de Pedro Arias de Avila, que á la sazon gobernaba aquella tierra por su majestad, aderezó un navío con harta dificultad, y se metió en él con ciento y catorce hombres; y descubrió una pequeña y pobre provincia, cincuenta leguas de Panamá, que se llama Perú, de donde después impropriamente toda la tierra que por aquella costa se descubrió, por espacio de mas de mil y docientas leguas, por luengo de costa se llamó Perú; y pasando adelante, halló otra tierra que los españoles llamaron el Pueblo-Quemado, donde los indios le daban tan continua guerra y le mataron tanta gente, que le fué forzado volverse mal herido á la tierra de Chinchama, que era cerca de Panamá; y en este medio tiempo don Diego de Almagro, que allí habia quedado, hizo otro navío, y en él se embarcó con setenta españoles, y fué en busca de don Francisco Pizarro por la costa hasta el rio que llamó de San Juan, que era cien leguas de Panamá; y como no le halló, se tornó buscando, hasta que por el rastro conoció haber estado en el Pueblo-Quemado, donde desembarcó; y como los indios quedaron victoriosos por haber echado de la tierra á don Francisco Pizarro, se le defendian animosamente, y aun le hacian harto daño, hasta que un dia los indios le entraron un fuerte donde se defendian, por descuido de aquellos á quien tocaba la defensa por aquella parte, y desbarataron los españoles, y á don Diego le quebraron un ojo, y le trajeron á términos, que le fué forzado acogerse á la mar, y se volvió costeando hácia Tierra-Firme, y llegando á Chinchama, halló allí á don Francisco Pizarro, y se vió con él, y juntando los ejércitos y enviando por mas gente, se rehicieron de hasta docientos españoles, y tornaron á navegar la costa arriba en los dos navíos y en tres canoas que habian hecho; en la cual navegacion pasaron muchos y muy grandes trabajos, porque toda la costa es anegada de los esteros de muchos rios que en ella entran en la mar, con abundancia de lagartos, que los naturales llaman caimanes, que son unas bestias que se crian en las bocas de aquellos rios, tan grandes, que comunmente tienen á veinte y á veinte y cinco piés de largo, y en sintiendo en el agua cualquiera persona ó bestia, le muerden y llevan debajo del agua, donde le comen, y especialmente huelen mucho los perros. Salen á desovar en la arena, donde entierran gran cantidad de huevos, y los crian en seco, y ellos andan por la arena no muy ligeros, y después se acogen al agua; en lo cual, y en otras particularidades que en ellos se hallan, parescen muy semejantes á los cocodrilos del Nilo. Y asimesmo padecian mucha hambre, porque no hallaban comida sino la fruta de unos árboles llamados mangles, de que hay abundancia en aquella ribera, que son muy recios y altos y derechos, y por criarse en el agua salada, la fruta es tambien salada y amarga; pero la necesidad les hacia que se sustentasen con ella y con algun pescado que tomaban, y con marisco y cangrejos, porque en toda aquella costa no se cria maíz; y así, andaban remando en las canoas contra la gran corriente del mar, que siempre corre hácia el norte, y ellos iban al sur. Por toda la costa salian á ellos indios de guerra, dándoles gritas y llamándolos desterrados, y que tenian cabellos en las caras, y que eran criados del espuma de la mar, sin tener otro linaje, pues por ella habian venido, y que para qué andaban vagando el mundo; que debian ser grandes holgazanes, pues en ninguna parte paraban á labrar ni sembrar la tierra. Y por habérseles muerto á estos capitanes mucha gente, así de hambre como en las refriegas de los indios,

se acordó que don Diego volviese á Panamá por gente, donde trajo ochenta hombres, y con ellos y con los que habian quedado vivos pudieron llegar hasta la tierra que se llamaba Catamez, que era ya fuera de aquellos manglares; tierra de mucha comida y medianamente poblada, donde todos los indios que salian de guerra traian sembradas las caras con clavos de oro en agujeros que para ello tenian hechos; y por ser la tierra tan poblada, no pasaron adelante hasta que don Diego de Almagro tornó á Panamá por mas gente; y entre tanto se volvió don Francisco Pizarro á le esperar á una pequeña isla que estaba junto á la tierra, que llamaron la isla del Gallo, donde quedó padesciendo harta necesidad de todo lo necesario.

CAPITULO II.

Cómo quedó don Francisco Pizarro aislado en la Gorgona, y cómo con la poca gente navegó, pasando la línea Equinocial.

Cuando don Diego de Almagro volvió á Panamá por socorro, halló que su majestad habia proveido por gobernador della un caballero de Córdoba, llamado Pedro de los Rios, el cual le impidió la vuelta, porque los que quedaron con don Francisco Pizarro en la isla del Gallo le enviaron secretamente á pedir que no permitiese que fuese mas gente á morir en aquella peligrosa jornada, sin ningun provecho, como habian muerto los pasados; y á ellos les mandase volver. Por lo cual Pedro de los Rios envió un teniente con su mandamiento para que todos los que quisiesen se pudiesen volver á Panamá libremente, sin que forzasen á ninguno á quedarse. Pues como la gente supo este mandato, se embarcaron luego con gran alegría, como si escaparan de tierra de moros; de forma que solos doce hombres se quisieron quedar con don Francisco Pizarro, con los cuales, por ser tan pocos, no osó quedar allí, y se fué á una isla despoblada, seis leguas dentro en la mar, que, por ser toda llena de fuentes y arroyos, la llamaron la Gorgona, donde se sostuvieron comiendo cangrejos, exaivas y grandes culebras, de que allí hay abundancia, hasta que el navío volvió de Panamá, y en llegando, sin traer mas gente, salvo comida, se metió en él con solos sus doce compañeros, cuya constancia y virtud fué causa del descubrimiento de la tierra del Perú; uno de los cuales se llamaba Nicolás de Ribera, natural de Olvera; y Pedro de Candía, natural de la isla de Candía, en Grecia; y Juan de Torre, y Alonso Birceño, natural de Benavente; y Cristóbal de Peralta, natural de Baeza; y Alonso de Trujillo, natural de Trujillo; y Francisco de Cuellar, natural de Cuellar; y Alonso de Molina, natural de Ubeda. Y guiándolos un piloto, llamado Bartolomé Ruiz, natural de Moguer, navegaron con harto trabajo y peligro contra la fuerza de los vientos y corrientes, hasta que llegaron á una provincia llamada Motupe, que está en medio de dos pueblos que los cristianos poblaron, y nombraron al uno Trujillo y al otro San Miguel; y no osando pasar adelante por la poca gente que tenia, á la vuelta, en el rio que llaman de Puechos ó de la Chira, tomó cierto ganado de las ovejas de la tierra y algunos indios que sirvieron de lenguas, y volviendo á la mar, hizo saltar en el puerto de Túmbez, de donde se trajo noticia de una casa muy principal que el señor del Perú allí tenia, con una poblacion de indios ricos, que era una de las cosas señaladas del Perú hasta que los indios de la isla de la Puna lo destruyeron, como adelante se dirá; y allí se quedaron tres españoles huidos, que después se supo haber sido muertos por los indios, y con esta noticia se tornó á Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padesciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios, y con los motines que entre su mesma gente habia, desconfiando los mas dellos de poder hallar cosa de provecho. Lo cual todo apaciguaba y proveia don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiado en la gran diligencia con que don Diego de Almagro le iria siempre proveyendo de mantenimientos y gente y caballos y armas. De manera que, con ser los mas ricos de la tierra, no solamente quedaron pobres, pero adeudados en mucha suma.

CAPITULO III.

De cómo don Francisco Pizarro vino á España á dar noticia á su majestad del descubrimiento del Perú, y de algunas costumbres de los naturales dél.

Hecho el descubrimiento, como arriba está dicho, don Francisco Pizarro se vino á España y dió noticia á su majestad de todo lo acaescido, y le suplicó que en remuneracion de sus trabajos le hiciese merced de la gobernacion de aquella tierra, que él queria tornar á descubrir y poblar; lo cual su majestad hizo, capitulando con él lo que se acostumbraba con los otros capitanes á quien se habia encomendado el descubrimiento de otras provincias; y con tanto, se volvió á Panamá, llevando consigo á Hernando Pizarro y á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro y á Francisco Martin de Alcántara, sus hermanos; entre los cuales solos Hernando Pizarro y Juan Pizarro eran legítimos y hermanos de padre y madre, hijos de Gonzalo Pizarro el Largo, vecino de Trujillo, que fué capitan de infantería en el reino de Navarra; don Francisco era su hijo natural y Gonzalo Pizarro lo mesmo, aunque de diferentes madres, y Francisco Martin era hermano de don Francisco, de madre solamente; y demás destos, llevó consigo otra mucha gente para el descubrimiento, que los mas dellos eran naturales de Trujillo y Cáceres y de otros lugares de Extremadura. Y así, llegado á Panamá, comenzaron á aderezar las cosas necesarias para el descubrimiento debajo de la mesma compañía, caso que hubo algunas disensiones entre don Francisco y don Diego; porque habia sentido mucho don Diego que don Francisco hubiese negociado en España con su majestad todo lo que á él tocaba, trayendo título de gobernador y adelantado mayor del Perú, sin hacer mencion de cosa que á él tocase, como quier que en todos los trabajos y costas del descubrimiento habia puesto la mayor parte. De todo esto le consoló don Francisco, diciendo que su majestad no habia sido servido por entonces de darle para él cosa ninguna, caso que se lo habia pedido; pero que él le prometia y daba su palabra de renunciar en él el adelantamiento, y le enviaria á suplicar que le pasase en él. Y con esto quedó algo satisfecho don Diego; y así, los dejarémos poniendo en órden la armada y las otras cosas

necesarias al descubrimiento, por contar el sitio de la provincia del Perú y las cosas señaladas y costumbres de las gentes.

CAPITULO IV.

De la gente que habita debajo de la línea Equinocial, y otras cosas señaladas que allí hay.

La tierra del Perú, de que se ha de tratar en esta historia, comienza desde la línea Equinocial adelante hácia el mediodía. La gente que habita debajo de la línea y en las faldas della tienen los gestos ajudiados, hablan de papo, andaban tresquilados y sin vestidos, mas que unos pequeños refajos, con que cubrian sus vergüenzas. Y las indias siembran y amasan y muelen el pan que en toda aquella provincia se come, que en la lengua de las islas se llama maíz, aunque en la del Perú se llama zara. Los hombres traen unas camisas cortas hasta el ombligo y sus vergüenzas defuera. Hácense las coronas casi á manera de frailes, aunque adelante ni atrás no traen ningun cabello, sino á los lados. Précianse de traer muchas joyas de oro en las orejas y en las narices, mayormente esmeraldas, que se hallan solamente en aquel paraje, aunque los indios no han querido mostrar los veneros dellas; créese que nascen allí, porque se han hallado algunas mezcladas y pegadas con guijarros, que es señal de cuajarse dellos. Atanse los brazos y piernas con muchas vueltas de cuentas de oro y de plata, y de turquesas menudas, y de contezuelas blancas y coloradas, y caracoles, sin consentir traer á las mujeres ninguna cosa destas. Es tierra muy caliente y enferma, especialmente de unas berrugas muy enconadas que nacen en el rostro y otros miembros, que tienen muy hondas las raíces, de peor calidad que las bubas. Tienen en esta provincia las puertas de los templos hácia el oriente, tapadas con unos paramentos de algodon, y en cada templo hay dos figuras de bulto de cabrones negros, ante las cuales siempre queman leña de árboles que huelen muy bien, que allí se crian, y en rompiéndoles la corteza, distila dellos un licor, cuyo olor trasciende tanto, que da fastidio, y si con él untan algun cuerpo muerto y se lo echan por la garganta, jamás se corrompe. Tambien hay en los templos figuras de grandes sierpes, en que adoran; y demás de los generales, tenia cada uno otros particulares, segun su trato y oficio, en que adoraban: los pescadores en figuras de tiburones, y los cazadores segun la caza que ejercitaban, y así todos los demás; y en algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenian hombres y niños, crucificados los cuerpos, ó los cueros tan bien curados, que no olian mal, y clavadas muchas cabezas de indios, que con cierto cocimiento las consumen, hasta quedar como un puño. La tierra es muy seca, aunque llueve á menudo; es de pocas aguas dulces, que corren, y todos beben de pozos ó de aguas rebalsadas, que llaman jagueyes; hacen las casas de unas gruesas cañas que allí se crian; el oro que allí nasce es de baja ley; hay pocas frutas; navegan la mar con canoas falcadas, que son cavadas en troncos de árboles, y con balsas. Es costa de gran pesquería y muchas ballenas. En unos pueblos desta provincia, que llamaban Caraque, tenian sobre las puertas de los templos unas figuras de hombres con una vestidura de la mesma hechura de almática de diácono.

CAPITULO V.

De los veneros de pez que hay en la punta de Santa Elena, y de los gigantes que allí hubo.

Cerca desta provincia, en una punta que los españoles llamaron de Santa Elena, que se mete en la mar, hay ciertos veneros donde mana un betun que paresce pez ó alquitran, y suple por ellos. Junto á esta punta, dicen los indios de la tierra que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro estados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vinieron; manteníanse de las mesmas viandas de los indios, especialmente pescado, porque eran grandes pescadores; á lo cual iban en balsas, cada uno en la suya, porque no podian llevar mas, con navegar tres caballos en una balsa; apeaban la mar en dos brazas y media; holgaban mucho de topar tiburones ó bufeos, ó otros peces muy grandes, porque tenian mas que comer; comia cada uno mas que treinta indios; andaban desnudos por la dificultad de hacer los vestidos; eran tan crueles, que sin causa ninguna mataban muchos indios, de quien eran muy temidos. Vieron los españoles en Puerto-Viejo dos figuras de bulto destos gigantes, una de hombre y otra de mujer. Hay memoria entre los indios, descendiendo de padres en hijos, de muchas particularidades destos gigantes, especialmente del fin dellos; porque dicen que bajó del cielo un mancebo resplandesciente como el sol, y peleó con ellos, tirándoles llamas de fuego, que se metian por las peñas donde daban, y hasta hoy están allí los agujeros señalados; y así, se fueron retrayendo á un valle, donde los acabó de matar todos. Y con todo esto, nunca se dió entero crédito á lo que los indios decian cerca destos gigantes, hasta que siendo teniente de gobernador en Puerto-Viejo el capitan Juan de Olmos, natural de Trujillo, en el año de 543, y oyendo todas estas cosas, hizo cavar en aquel valle, donde hallaron tan grandes costillas y otros huesos, que si no parescieran juntas las cabezas, no era creible ser de personas humanas; y así, hecha la averiguacion y vistas las señales de los rayos en las peñas, se tuvo por cierto lo que los indios decian; y se enviaron á diversas partes del Perú algunos dientes de los que allí se hallaron, que tenia cada uno tres dedos de ancho y cuatro de largo. Tiénese por cosa cierta entre los españoles, vistas estas señales, que por ser, como dicen que era, esta gente muy dados al vicio contra natura, la Justicia divina los quitó de la tierra, enviando algun ángel para ello, como se hizo en Sodoma y en otras partes; y así para esto como para todas las otras antigüedades que en el Perú se saben, se ha de presuponer la dificultad que hay en la averiguacion; porque los naturales ningun género de letras ni escritura saben ni usan, ni aun las pinturas, que sirven en lugar de libros en la Nueva-España, sino solamente la memoria que se conserva de unos en otros; y las cosas de cuenta se perpetúan por medio de unas cuerdas de algodon, que llaman los indios quippos, denotando los números por nudos de diversas hechuras, subiendo por el espacio de la cuerda desde las unidades á decenas, y así dende

arriba, y poniendo la cuerda del color que es la cosa que quieren mostrar; y en cada provincia hay personas que tienen cargo de poner en memoria por estas cuerdas las cosas generales, que llaman quippo camaios; y así, se hallan casas públicas llenas destas cuerdas, las cuales con gran facilidad da á entender el que las tiene á cargo, aunque sean de muchas edades antes dél.

CAPITULO VI.

De las gentes y cosas que hay pasada la línea Equinocial hácia el mediodía, por la costa de la mar.

Pasada la línea Equinocial, hácia el mediodía hay una isla de doce leguas de bojo, muy cerca de la Tierra-Firme, la cual isla llaman la Puna, abundante de mucha caza de venados y pesquería y de muchas aguas dulces. Solia estar poblada de mucha gente, y tenian guerras con todos los pueblos comarcanos, especialmente con los de Túmbez, que están doce leguas de allí. Vestian camisas y pañicos; eran señores de muchas balsas, con que navegaban. Estas balsas son hechas de unos palos largos y livianos, atados sobre otros dos palos, y siempre los de encima son nones, comunmente cinco, y algunas veces siete ó nueve, y el de en medio es mas largo que los otros, como piértego de carreta, donde va sentado el que rema; de manera que la balsa es hechura de la mano tendida, que van menguándose los dedos, y encima hacen unos tablados por no mojarse. Hay balsas en que caben cincuenta hombres y tres caballos; navegan con la vela y con remos, porque los indios son grandes marineros dellas, aunque algunas veces ha acaescido, yendo españoles en las balsas, desatar los indios muy sotilmente los palos, y apartarse cada uno por su cabo, y así perecer los cristianos y salvarse los indios sobre los palos, y aun sin ningun arrimo, por ser grandes nadadores. Peleaban los desta isla con tiraderas y hondas, y con porras y hachas de plata y cobre. Tenian muchas lanzas con hierros de oro bajo, y hombres y mujeres traian muchas joyas y anillos de oro. Servíanse con vasijas de oro y plata, y el señor de aquella isla era muy temido de sus vasallos, y tan celoso, que todos los servidores de su casa y guardas de sus mujeres traian cortadas las narices y miembros genitales. Y en otra pequeña isla, junto á ella, se halló en una casa el retrato de una huerta con los arbolicos y plantas de plata y oro. Frontero desta isla, y en la Tierra-Firme, habia unos pueblos que, por cierto enojo que hicieron al señor del Perú, les dió por pena que se sacasen los dientes de la mejilla alta; y así, hasta el dia de hoy hombres y mujeres andan desdentados.

En pasando de Túmbez hácia el mediodía, en espacio de quinientas leguas por luengo de costa, ni en diez leguas la tierra adentro, no llueve ni truena jamás, ni cae rayo, caso que pasadas las diez leguas ó algo mas ó menos, como la sierra dista de la mar, llueve y truena, y hay invierno y verano á los tiempos y de la manera que en Castilla, y al tiempo que en la sierra es invierno en la costa es verano, y así por el contrario; y por todo el espacio descubierto de la tierra del Perú, que es desde la ciudad de Pasto, donde comienza, hasta la provincia de Chili, que agora está descubierta, hay mas de mil y ochocientas leguas, mas largas que las de Castilla; y en todas ellas va á la larga una cordillera de sierras muy ásperas, que unas veces distan de la mar quince y veinte leguas, y otras se meten los ramos de la sierra por la tierra y hacen menor la distancia; por manera que todo lo descubierto del Perú se entiende por dos nombres, que toda la distancia que hay desde las montañas á la mar, agora diste poco ó mucho, se llaman los Llanos, y todo lo demás se llama la Sierra. Estos llanos son muy secos y de muy grandes arenales, porque no llueve jamás en ellos, ni se halla fuente ni pozo ni otro ningun manantial, sino cuatro ó cinco jagueyes que, por estar junto á la mar, el agua es muy salobre. Mantiénense del agua de los rios que descienden de la sierra, y se juntan de las nieves y lluvias que allí caen; porque tampoco en la sierra se hallan sino muy pocas fuentes. Estos rios están apartados unos de otros algunas veces doce y quince y veinte leguas, pero lo mas ordinario es á siete y á ocho leguas; y así, los caminantes hacen comunmente jornada en ellos, porque no tienen otra agua que beber. Por las orillas destos rios, una legua en ancho, y á veces mas ó menos, como lo sufre la disposicion de la tierra, hay muy grandes frescuras de arboledas y frutales y maizales, que los indios siembran; y después que los españoles fueron á aquella tierra, tambien siembran trigo, lo cual todo riegan con las acequias que sacan destos rios, en que tienen muy grande experiencia é industria; porque algunas veces, para desmentir los valles que se ofrescen en medio, acontesce rodear con la acequia siete y ocho leguas, con no tener el tal valle media legua de distancia de punta á punta. La frescura destos valles tura de largo, como viene el rio desde la mar á la sierra; corren los rios con tanto ímpetu por venir de tan alto, que muchos dellos, como son el de Santa y el de la Barranca y otros semejantes, no los podrian pasar los españoles á caballo sin ayuda de los indios, que les defienden la corriente, poniéndose hácia la parte baja asidos con varales y otros palos; aun con todo esto, pasando los rios, no es seguro detenerse á dar agua ni otra cosa, porque la furia del agua desbarata al caballo y al que va encima, y le hace perder los sentidos, y el principal peligro consiste en que, si cae el caballo ó el hombre, la gran corriente los lleva abajo sin dejarlos levantar, porque es tan furiosa, que ordinariamente lleva tras sí piedras bien grandes. Los que caminan por los llanos van siempre por la orilla de la mar, que casi no se apartan del agua, ó á lo menos pocas veces la pierden de vista, y en los inviernos es peligroso camino, porque vienen los rios tan crescidos, que no se pueden pasar sino en las balsas que arriba están dichas, ó en otras que hacen hinchiendo unas redes de calabazas, y sobre ellas va tendido de pechos el que ha de pasar, y un indio va delante, asida la balsa, á nado con una cuerda, y otro detrás echándola hácia adelante. Y asimismo en las riberas destos rios hay frutales de diversas maneras y algodonales y salces y cañas y carrizos y juncos y juncia y espadañas y otros géneros de yerbas. Es tierra muy fértil, y en todo el año se siembra, y se coge el trigo y el maíz sin esperar tiempo cierto para ello.

Los indios no viven en casas, sino debajo de árboles ó de ramadas. Las mujeres visten unos hábitos de algo-

don hasta los piés, á manera de lobas; los hombres traen pañetes y unas camisetas hasta la rodilla, y encima unas mantas; y aunque la manera del vestir es comun á todos, difieren en lo que traen en las cabezas, segun el uso de cada tierra; porque unos traen trenzas de lana, y otros un solo cordon de lana y otros muchos cordones de diversas colores; y no hay ninguno que no traiga algo en la cabeza, y en cada provincia es diferentemente. Divídense en tres géneros todos los indios destos llanos, porque á unos llaman yungas y á otros tallanes y á otros mochicas; en cada provincia hay diferente lenguaje, caso que los caciques y principales y gente noble, demás de la lengua propria de su tierra, saben y hablan entre sí todos una misma lengua, que es la del Cuzco, por causa que el rey del Perú, llamado Guaynacaba, padre de Atabaliba, pareciéndole que era poco acatamiento de sus vasallos, especialmente de los caciques y gente principal, que mas de ordinario con él trataban, haber de negociar por intérprete, mandó que todos los caciques de la tierra y sus hermanos y parientes enviasen sus hijos á servirle en su corte, so color que aprendiesen la lengua, aunque principalmente su intento era asegurar la tierra de todos los principales con tenerles sus hijos en rehenes. Como quier que sea, por esta forma consiguió que toda la gente noble de su reino supiese y hablase la lengua de su corte, de la manera que en Flándes se introdujo que los caballeros y nobles hablasen la lengua francesa; de manera que el español que supiere la lengua del Cuzco puede pasar por todo el Perú, en los llanos y en la sierra, entendiendo y siendo entendido de los principales.

CAPITULO VII.

Del viento que corre en los llanos del Perú, y la razon de la sequedad dellos.

Con razon podrian dudar los que leyeren esta historia de la causa por que no llueve en todos los llanos del Perú, como arriba está dicho, habiendo razones de que en ellos hubiese de haber grandes lluvias, pues tienen tan cerca de la una parte la mar, que comunmente engendra humedades y vapores, y de la otra las altas sierras, de que hemos hecho relacion, donde nunca faltan nieves y aguas; y la razon natural que hallan los que con diligencia lo han inquirido es, que en todos estos llanos y costa de la mar corre todo el año un solo viento, que los marineros llaman sudueste, que viene prolongando la costa, tan impetuoso, que no deja parar ni levantar las nubes ó vapores de la tierra ni de la mar á que lleguen á congelarse á la region del aire; y de las altas sierras que exceden estos vapores ó nubes se ven abajo, que paresce que son otro cielo, y sobre ellos está muy claro, sin ningun nublado; y este viento causa tambien correr las aguas de aquella mar hácia la parte del norte, como corren, aunque algunos dan para ello otra causa, que como la mar del Sur va á embocar por el estrecho de Magallánes, y por ser tan angosto, que no tiene mas de dos leguas, no puede caber por él tan gran pujanza de agua, especialmente encontrándose allí con las aguas del mar del Norte, que le estorban la entrada; y así, no pudiendo caber toda el agua por allí, necesariamente tiene de hacer refluxion y retraerse hácia atrás; y así, es causa de que las corrientes vuelvan atrás contra el norte; de donde nace otro inconveniente, que es ser por esta razon tan dificultosa la navegacion de Panamá para el Perú, porque siempre tienen el viento contrario, y mucha parte del año tambien las corrientes, que si no van á la bolina y forcejando contra el viento, no es posible navegar.

En toda esta costa del Perú hay grandes pesquerías de todos géneros de peces y muchos lobos marinos. Desde el rio de Túmbez arriba no se hallan lagartos; algunos dicen que lo causa ser la tierra mas templada, porque ellos son amigos de calor; pero por mas cierto se tiene causarlo la furia con que corren los rios, que no los dejan criar, porque ellos ordinariamente crian en las rebalsas de los rios. En toda la largura de los llanos hay pobladas de cristianos cinco ciudades. La primera se llama Puerto-Viejo, que está muy cerca de la línea Equinocial. Esta tiene pocos vecinos, porque es tierra pobre y enferma, aunque hay algunas esmeraldas, como arriba está dicho. Cincuenta leguas mas arriba, quince leguas la tierra adentro, está otra ciudad que se llama San Miguel, y en lengua de los indios se llamaba Piura; lugar fresco y bien proveido, aunque sin minas de oro ni de plata. Allí hay una enfermedad natural de la tierra, que da en los ojos á los mas que por allí pasan. Sesenta leguas adelante, la costa arriba, está una ciudad en un valle que llaman Chimo, y la ciudad se llama Trujillo; está dos leguas de la mar, aunque el puerto es peligroso; está asentada en un llano á la orilla de un rio; es muy abundante de aguas, y fértil de trigo, maíz y ganado. Está la poblacion hecha por mucha órden y razon, y en ella hasta trecientas casas de españoles. Ochenta leguas mas arriba hay otra ciudad, dos leguas de un puerto de mar muy bueno y seguro, asentada en un valle que se dice Lima, y la ciudad se dice los Reyes, porque se pobló dia de la Epifanía. Está en un llano junto á un rio caudaloso; la tierra es muy abundante de pan y de todo género de frutas y ganados. Está la ciudad poblada de suerte que todas las calles van á dar á la plaza á cordel, y por cualquiera se paresce el campo por dos partes. Es de muy apacible vivienda por causa de su templanza, que en todo el año no hay frio ni calor que dé pesadumbre; los cuatro meses del estío de España hace en ella alguna mas diferencia de frio que en el otro tiempo. Estos cuatro meses cae en ella hasta el mediodía un rocío menudo como las nieblas de Valladolid, salvo que no es dañoso para la salud; antes los que tienen enfermedad de cabeza la lavan con este rocío. Dase muy bien toda fruta de Castilla, especialmente naranjas, cidras, limones, toronjas, dulce y agro, y higos y granadas, y aun de uvas hubiera abundancia si las alteraciones de la tierra hubieran dado lugar, porque algunas hay nascidas que se pusieron de granos de pasas. Tambien hay grande abundancia de verdura y legumbres de Castilla y gran aparejo para criallas, porque en cada casa hay una acequia de agua sacada del rio, que podria hacer moler un molino. Hay en el rio muchas paradas de molinos de Castilla, donde los españoles muelen su trigo; por manera que esta ciudad se tiene por la mas sana y apacible vivienda de la tierra, por ser el puerto de gran comercio

y contratacion, y que para proveerse de lo necesario acuden á él de todas las ciudades que están la tierra arriba, en cuyas minas se halla tanta abundancia de oro y plata como de aquella provincia se trae; y tambien por estar en medio de la tierra, y haber su majestad mandado por esta razon que resida allí la audiencia real, á cuya causa acuden todos los vecinos de la tierra á pedir allí justicia; y es de creer que cada dia se irá aumentando mas en vecindad. Terná agora quinientas casas, aunque toma muy mayor sitio que una ciudad de España que tenga mil y quinientas, así por ser las calles muy anchas y la plaza, como porque cada casa ocupa un solar de ochenta piés de delantera, y doblado el largo. Los edificios no se pueden hacer de mas de un suelo, porque no hay madera en la tierra que sufra hollarse, y á tres años se come de carcoma; y con todo esto, las casas son muy suntuosas y de grande autoridad y muchos aposentos; los cuales edifican haciendo las paredes de los cuartos de adobes, con cinco piés de ancho, y en medio lo hinchen de tierra todo lo necesario para subir el aposento, hasta que las ventanas que salen á la calle queden bien altas del suelo. Las escaleras están descubiertas en los patios, y van á dar en unos terrados que sirven de corredor ó antecuarto para entrar desde allí á los aposentos. Las techumbres se hacen y cubren con unos tirantes toscos, y encima dellos se pone un cielo de unas esteras pintadas como las de Almería, que cubren tambien las mesmas tirantes, ó de unos lienzos pintados; y encima de todos se hacen ramadas, y así quedan los aposentos muy altos y frescos y defendidos del sol, porque del agua no hay necesidad defenderlos, pues, como está dicho, nunca llueve. Ciento y treinta leguas desta ciudad, la costa arriba, está otra villa que se intitula la villa hermosa de Arequipa, que será pueblo de hasta trecientas casas, muy sano, y abundante de todo género de comida. Está doce leguas de la mar, de cuya causa se espera que se poblará mucho, porque suben á él los navíos con ropa y vino y otros mantenimientos, de donde se provee la ciudad del Cuzco y la provincia de los Charcas, adonde acude la mayor parte de la gente de la tierra por causa de la contratacion de las minas de Potosí y Porco; y tambien se trae dellas á esta villa gran abundancia de plata para embarcar en los mesmos navíos, y llevarlo por mar á la ciudad de los Reyes ó á Panamá, con que se excusa llevallo por tierra, con gran peligro y riesgo y trabajo, después que, en ejecucion de la ordenanza real, no se cargan los indios. Desde esta ciudad pueden ir por tierra junto á la costa de la mar, por espacio de cuatrocientas leguas, á la provincia que descubrió y pobló el gobernador Pedro de Valdivia, que se llama Chili, que en lengua de indios quiere decir frio, por causa de los grandes frios que para llegar á ellos se pasan, como la historia lo declarará adelante, cuando tratare de la jornada que hizo el adelantado don Diego de Almagro. Este es el sitio y poblacion de la parte del Perú en los llanos dél; con que se debe presuponer que la mar es tan bonanza y limpia en toda aquella costa, por tanto espacio de tierra como hemos dicho, que jamás hay tormenta ni maleza ni bajío, ni otro impedimento para que las naos no puedan surgir seguramente con sola una áncora en toda la costa.

CAPITULO VIII.

De la calidad de la sierra del Perú, y de la poblacion della de indios y cristianos.

Los indios que habitan en la sierra son muy diferentes de los de los llanos en fuerzas y esfuerzo y razon, y viven mas políticamente, en casas cubiertas de tierra, y visten camisas y mantas de lana de las ovejas que allí se crian; andan en cabello con unas vendas atadas á las cabezas; las mujeres visten unos hábitos sin mangas, muy sajadas con unas cintas de lana por todo el cuerpo, con que se hacen los talles largos; traen cobijadas unas mantellinas de lana prendidas al cuello con unos grandes alfileres de oro ó plata, como cada una alcanza, los cuales, en su lengua se llaman topos, que tienen las cabezas grandes y llanas, y tan agudas, que les sirven de cuchillos. Ayudan mucho á sus maridos en las labores y trabajos del campo y en los caseros, y aun casi lo trabajan ellas todo. Son comunmente blancas y de muy buenos gestos y faciones, mucho mas que las de los llanos. Y asimesmo la tierra es muy diferente de los llanos, porque toda está cubierta de yerba, y con gran abundancia de arroyos y aguas muy frias; de las cuales, juntándose, se hacen los rios que van por los llanos. Hay muchas flores por los campos, y verduras como las de Castilla. Hay por todas partes berros y mastuerzo y almirones y verbena y zarzamoras y hacederas, y hay otras yerbas que echan unas flores amarillas, y las hojas como apio, que en poniéndola en cualquier llaga, aunque esté corrompida, luego la limpia, y si la ponen sobre la carne sana, la come asta el hueso. Hay muchos géneros de árboles de la tierra, con gran diversidad de frutas, tan sabrosas como las de Castilla. Hay alisos y nogales silvestres. Tienen los indios muchas ovejas silvestres y otras domésticas. Hay venados y corzos, y otros géneros de animales menores, y abundancia de raposos. De todos estos animales hacen los indios una caza de gran regocijo, que ellos llaman chaco, desta manera: que se juntan cuatro ó cinco mil indios, mas ó menos, como lo sufre la poblacion de la tierra, y pónense apartados uno de otro en corro; tanto, que ocupan dos ó tres leguas de tierra; y después se van juntando paso á paso al son de ciertos cantares que ellos saben para aquel propósito, y viénense á juntar hasta trabarse de las manos, y aun hasta cruzar los brazos unos con otros, y así vienen á juntar gran número de caza, como en corral, de todos géneros de animales, y allí toman y matan lo que les parece; y son tan grandes las voces que dan, que, no solamente espantan los animales, mas hacen caer entre ellos aturdidas muchas perdices y neblís y otras aves, que, embarazadas con la mucha gente y grandes gritos, se dejan tomar á manos, y algunas dellas con redes. Hay por los montes leones y osos negros y gatos, y monos de diversas maneras, y otros muchos géneros de salvajinas, y las aves que hay en los llanos y en la sierra son águilas y palomas, tórtolas, pitos, codornices, papagayos, alcaudones, mochuelos, patos y gallaretas, garzas blancas y pardas, ruiseñores, y otras diversidades de hermosas aves; y entre ellas hay unas tan pequeñitas, que un cigarron es mayor, y tienen unas plumas

largas como un tornasol verde. Hay por las costas tan grandes buitres, que, tendidas las alas, tienen quince ó diez y seis palmos de punta á punta; estos se mantienen de lobos marinos, y cuando los ven en tierra, uno dellos hace presa en los piés ó cola, y otro le saca los ojos, y así otros le pican hasta matarle y cebarse en él. Hay otras aves, que llaman alcatraces, que son de hechura de gallinas, aunque muy mayores, porque les puede caber en el papo tres celemines de trigo, y son tan generales en toda la costa de la mar del Sur, que por espacio de mas de dos mil leguas nunca faltan; mantiénese de marisco, y cuando sienten hombre muerto entran á buscarle la tierra adentro treinta y cuarenta leguas. Es la carne dellas tan hedionda y mala, que algunos que con necesidad la han comido mueren como con ponzoña. Ya está dicho que en toda esta sierra llueve y graniza y nieva y hace gran frio, aunque hay en ella valles tan hondos, que no se sienten por la mucha calor; y allí se puede criar una yerba, que los indios tienen en mas que oro ni plata, llamada coca, cuya hoja es casi de hechura de la del zumaque; y tiénese experiencia que el que trae esta hoja en la boca no ha sed ni hambre. En algunas partes desta sierra no hay ningunos árboles, y los que caminan por ellas hacen lumbres de unos céspedes que por allí se crian. Hay veneros de tierra de diversas colores, y venas de oro y plata, las cuales los indios conoscian y fundían muy mejor y con menos trabajo y costa que los cristianos; porque en las sierras mas altas hacian unos hornillos con las puertas hácia el mediodía, de donde hemos dicho que siempre sopla el viento, y allí echan el metal con estiércol de ovejas; y encendiendo el viento el carbon, se derrite y cendra la plata y oro; y aun agora se ha visto en la gran abundancia de plata que se saca en las minas de Potosí que no se puede fundir con fuelles, sino que los indios lo funden en estos hornillos, que ellos llaman guairas, que quiere decir viento, porque se enciende con él. Es tan abundante y fértil esta tierra de cualquier cosa que en ella se siembra, que de una hanega de trigo salen ciento y cinquenta, y á vecés docientas, y lo ordinario es ciento, con no haber arados con que labrar la tierra, sino unas palas agudas con que los indios la revuelven; y siembran los granos de trigo haciendo un agujero con un palo y metiendolos allí, como hacen en España cuando siembran habas. Danse las verduras y legumbres en tanta abundancia, que se vió en la ciudad de Trujillo nascer rábanos tan gruesos como un hombre, muy tiernos y macizos y que las hojas ocupaban dos pasos al derredor, y lo mesmo las lechugas y coles y otras hortalizas que se sembraron de la simiente que se llevó de Castilla; pero la que nació después en la tierra no cresció tanto. Las viandas que en aquella tierra comen los indios son maíz cocido y tostado en lugar de pan, y carne de venados cecinada, á manera de moxama, y pescado seco, y unas raíces de diversos géneros, que ellos llaman yuca, y ajís y zamotes y papas, y otras de otras maneras, y altramuces, y otras legumbres. Beben un brebaje en lugar de vino, que hacen echando maíz con agua en unas tinajas que guardan debajo de tierra, y allí hierve; y demás del maíz crudo, le echan en cada tinaja cierta cantidad de maíz mascado, para la cual hay hombres y mujeres que se alquilan, y sirven como levadura. Tiénese por mejor y mas recio lo que se hace con agua embalsada que con la que corre. Este brebaje se llama comunmente chicha en lenguaje de las islas, porque en lengua del Perú se llama azúa: es blanco ó tinto, como la color del maíz le echan, y emborracha mas fácilmente que vino de Castilla, aunque si los indios lo pudiesen haber, segun son aficionados á ello, dejarian lo de su tierra. Tambien hacen otra bebida de una frutilla que nasce en unos árboles, que llaman molles, aunque no es tan presciada como la chicha.

CAPITULO IX.

De las ciudades de cristianos que hay en la sierra del Perú.

En la sierra del Perú hay algunas poblaciones de cristianos, que comienzan desde la ciudad de Quito, la cual está en cuatro grados, poco mas ó menos, allende de la línea Equinocial. Solia ser lugar muy apacible y abundante de pan y ganados, y mucho mas por los años de 44 y 45, que se descubrieron muy ricas minas de oro, y iba poblándose y acrescentándose el lugar de mucha gente, hasta que la furia de la guerra acudió allí, que fué causa que muriesen casi todos los vecinos de aquella ciudad á manos de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque habian servido y favorecido al visorey Blasco Nuñez Vela el tiempo que allí residió, como adelante mas particularmente se dirá. Desde esta ciudad no hay poblacion de cristianos por la sierra hasta un descubrimiento de la provincia de los Bracamoros, que el capitan Juan Porcel por una parte y el capitan Vergara por la otra descubrieron, y hicieron en ellas unas pequeñas poblaciones para desde allí entrar á descubrir mas adelante, conquistando y descubriendo la tierra, y aun estas poblaciones se deshicieron, porque Gonzalo Pizarro trajo consigo estos capitanes con su gente, para ayudarse dellos en sus guerras; y este descubrimiento se hizo por órden del licenciado Vaca de Castro, siendo gobernador de aquella provincia; que por la parte de San Miguel envió al capitan Porcel, y mucho mas arriba, por la provincia de los Chachapoyas, envió á Vergara, creyendo que iban por diversas entradas, caso que ellos después se toparon, y aun tuvieron diferencia sobre á quién pertenescia; y viniendo llamados por Vaca de Castro para dar entre ellos asiento, se hallaron al principio de la guerra en la ciudad de los Reyes, en servicio del Visorey; y después de él preso, se quedaron con Gonzalo Pizarro, y cesó el negocio de la entrada. Está este descubrimiento á ciento y sesenta leguas de la ciudad de Quito, por la sierra. Mas adelante otras ochenta leguas hay una provincia que se dice de los Chachapoyas, donde hay una poblacion de cristianos que se intitula Levanto, tierra fértil de comida y de razonables minas; es la provincia muy fuerte y segura, porque está cercada casi por todas partes de un muy hondo valle, por el cual va un rio que le cerca por la mayor parte, que cortando las puentes dél habria mucha dificultad de conquistarla; esta provincia pobló de cristianos el mariscal Alonso

de Albarado, á quien estaba encomendada. Mas adelante por espacio de sesenta leguas hay otra poblacion de cristianos que se llama Guanuco, hecha por mandado del licenciado Vaca de Castro, que la llamó Leon, por ser natural de la ciudad de Leon, en España. Es tierra de mucha comida, y créese que hay en ella abundancia de minas, especialmente hácia la parte que tiene ocupada el Inga, que está alzado y de guerra en la provincia de los Andes, como adelante se declarará; y desde esta ciudad no hay en la sierra lugar de cristianos hasta la villa de Guamanga, que por los cristianos se nombra San Juan de la Vitoria, que hay distancia de sesenta leguas; esta villa es de poca poblacion de cristianos, aunque se cree que se acrescentaria mucho si el inga viniese de paz, porque está muy cerca della, y les tiene ocupada á los vecinos la mejor tierra, donde hay muchas minas y abundancia de coca, que es una yerba de mucho provecho, como arriba está dicho. Desta villa de Guamanga al Cuzco hay distancia de ochenta leguas, en las cuales hay grande aspereza de caminos, por las muchas sierras y quebradas, que son causa de grandes peligros. La ciudad del Cuzco antes de los cristianos era el asiento y corte de los reyes de aquella provincia, y desde ella se gobernaba tanta distancia de tierra como está declarado y se declarará. Y allí acudian los caciques de todas partes, así á traer los tributos del señor como á tratar sus negocios y á pedir su justicia unos contra otros; y en toda la provincia no habia otro lugar poblado de indios ni que tuviese forma de ciudad, sino esta, donde hay una muy buena fortaleza, labrada de piedras cuadradas tan grandes, que causa admiracion haberse podido traer allí á fuerza de indios, sin ayuda de bueyes ni mulas ni otros animales; porque hay muchas piedras que no las moverán diez pares de bueyes cada una dellas. Las casas y edificios en que hoy viven los cristianos son las mesmas que los indios tenian, aunque algunas reparadas y otras acrescentadas; la ciudad se divide en cuatro estancias, en cada una de las cuales tenia mandado el Rey, que en lengua de los indios se llama inga, que viviesen y se aposentasen los indios de hácia la parte que correspondia á aquel cuartel desta manera que él que tira hácia el mediodia: se llama Collasuyo, por una provincia que está hácia aquella parte, llamada Collao; y el que está hácia la parte del norte, contrario de este, se llama Chinchasuyo, por causa de una provincia muy nombrada que cae en aquel derecho, llamada Chincha, que agora es de su majestad, harto pobre y despoblada segun lo que solia; y así, desta manera se nombran los otros dos cuarteles de oriente y poniente, Andesuyo y Condesuyo; y ningun indio podia vivir en el aposento diferente del que estaba señalado á su tierra, sin gran pena. La tierra comarcana á esta ciudad es muy abundante de toda comida, y es tan sana, que en entrando en ella un hombre sin enfermedad, pocas ó ninguna vez adolesce. Está cercada de muchas y ricas minas de oro, en las cuales se ha sacado tanto como á España ha venido; aunque agora, después que se descubrieron las minas de Potosí, se han despoblado las del oro, así porque se halla muy mayor ganancia en la plata, como porque es con muy menor peligro de los indios y aun de los cristianos que tratan en ello. Desde esta ciudad del Cuzco á la villa de Plata, que es en la provincia de las Charcas, hay ciento y cinquenta leguas, y mas, y en medio hay una provincia muy grande y llana, que se llama el Collao, que dura mas de cincuenta leguas, y la principal parte, que se llama Chiquito, es de su majestad; y por haber tan gran distancia despoblada de cristianos, el licenciado de la Gasca el año de 49 mandó poblar un lugar en esta provincia del Callao, que se nombra Nuestra Señora de la Paz. La villa de Plata es lugar de mucho frio, mas que ninguna otra de la sierra; hay en ella pocos vecinos, pero muy ricos; y aun estos que hay, la mayor parte del año residen en el asiento de las minas que hay en el cerro de Porco, y después en el de Potosí, cuando se descubrió, como adelante se dirá. Desde esta villa de Plata, entrando la tierra adentro, la mano izquierda, hácia la parte del oriente, se descubrió por mandado del licenciado Vaca de Castro, que envió á ello al capitan Diego de Rójas y á Filipe Gutierrez, una provincia que se llama de Diego de Rójas, que dicen ser muy buena y sana tierra, y abundante de comida, aunque no se ha hallado en ella tanta riqueza como se tenia creido que hubiera; y por ella han venido al Perú el capitan Domingo de Icala y sus compañeros en el año de 49, por manera que han andado toda la tierra que hay entre la mar del Sur y la del Norte, cuando subieron por el rio de la Plata, descubriendo la tierra por el mar del Norte. Este es el sitio de todo lo que está descubierto y poblado en toda la provincia del Perú, hácia la mar del Sur, imaginando la tierra por luengo de costa, sin haber entrado á descubrir la tierra adentro, porque hallan en ello gran dificultad, á causa de la aspereza de las sierras, que son tan dobladas, que no se pueden pasar sin gran dificultad y frios y falta de comida; y á todo esto venciera la industria y buen ánimo de los españoles, si no desconfiasen ser delante la tierra rica.

CAPITULO X.

Del origen de los reyes del Perú, que llaman ingas.

En todas las provincias del Perú habia señores principales, que llamaban en su lengua cúracas, que es lo mismo que en las islas solian llamar caciques; porque los españoles que fueron á conquistar el Perú, como en todas las palabras y cosas generales y mas comunes iban amostrados de los nombres en que las llamaban de las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Tierra-Firme, donde habian vivido, y ellos no sabian los nombres en la lengua del Perú, nombrábanlas con los vocablos que de las tales cosas traian aprendidos, y esto se ha conservado de tal manera, que los mismos indios del Perú cuando hablan con los cristianos nombran estas cosas generales por los vocablos que han oido dellos, como al Cacique, que ellos llaman curaca, nunca le nombran sino cacicua, y aquel su pan de que está dicho, le llaman maiz, con nombrarse en su lengua zara, y al brebaje llaman chicha, y en su lengua azúa, y así de otras muchas cosas. Estos señores mantenian en paz sus indios, y eran sus capitanes en las guerras que tenian con sus comarca-

nos, sin tener señor general de toda la tierra, hasta que de la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titicaca, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente muy belicosa, que llamaron ingas; los cuales andan trasquilados y las orejas horadades, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo con que los van ensanchando. Estos tales se llaman ringrim, que quiere decir oreja. Y al principal dellos llamaron Zapalla inga, que es solo señor, aunque algunos quieren decir que le llamaron inga Viracocha, que es tanto como espuma ó grasa de la mar; porque, como no sabian el orígen de la tierra donde vino, creian que se habia criado de aquella laguna, que desagua por un gran rio que corre hácia la parte del occidente, que tiene en parte media legua de ancho, el cual entra en otra pequeña laguna que está cuarenta leguas de la grande; así se consume sin que haya otro desaguadero, con gran admiracion de los que consideran cómo en tan pequeño sumidero desaparesce tan gran cantidad de agua; aunque en esta pequeña nunca se halló suelo, créese que va por debajo á la mar, como lo hace el rio Alfeo en Grecia. Estos ingas comenzaron á poblar la ciudad del Cuzco, y desde allí fueron sojuzgando toda la tierra y la hicieron tributaria; y de ahí adelante iba sucediendo en este señorío el que mas poder y fuerzas tenia, sin guardar órden legítima de sucesion, sino por via de tiranía y violencia; de manera que su derecho estaba en las armas. La insignia ó corona que estos ingas traian para mostrar su señorío era una borla de lana colorada que les tomaba desde una sien hasta la otra, y casi les cubria los ojos, y con un hilo de esta borla entregado á uno de aquellos orejones gobernaban la tierra y proveian lo que querian, con mayor obediencia que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener á las provisiones de su rey; tanto, que acontescia enviar á asolar una provincia entera y matar cuantos hombres y mujeres en ella habia, por mano de uno solo destos orejones, sin que llevase otro poder de gente ni de comision mas de uno de aquellos hilos de la borla, y en viéndole, ofrescerse todos de muy buena gana á la muerte. Por la succesion destos ingas vino el señorío á uno dellos que se llamó Guaynacaba (que quiere decir mancebo rico), que fué el que mas tierras ganó y acrescentó á su señorío, y el que mas justicia y razon tuvo en la tierra, y la redujo á policía y cultura; tanto, que parescia cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y órden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú tan señalados, que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras mas señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como estas. Cuando este Guaynacaba fué desde la ciudad del Cuzco con su ejército á conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que habia en la sierra por do iba. Y así, paresciéndoles á los indios que era justo hacerle camino nuevo por donde volviese vitorioso de la conquista, porque habia sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo é igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto, que algunas veces subian la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podia ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías destos pasos por detener á los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el espinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van ó vienen del Andalucía ó del reino de Toledo á esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver á visitar la provincia de Quito, á que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los rios y arboledas, que, como arriba está dicho, comunmente ocupan una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta piés de ancho, con muy gruesas tapias del un cabo y del otro, y cuatro ó cinco tapias en alto, y en saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer á un cabo ni á otro; el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz hacian con ellos lumbre, pero las paredes de los valles se están el dia de hoy en las mas partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así, fué por el uno y vino por el otro Guaynacaba, teniéndosele siempre por donde habia de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor.

CAPITULO XI.

De las cosas señaladas que Guaynacaba hizo en el Perú.

Demás de la obra y gasto destos caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada á jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese caber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no se podian hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino á la orilla de los rios, que, como tenemos dicho, están apartados ocho ó diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdicion caian, tenian hecha provision y depósito de todas las cosas que en él habia menester para proveimiento de su ejército, no solamente de mantenimiento, mas aun

de armas, vestidos y todas las otras cosas necesarias; tanto, que si en cada uno de estos tambos queria renovar de armas ó vestidos á veinte ó treinta mil hombres en su campo, lo podia hacer sin salir de casa. Traia consigo gran número de gente de guerra con picas y alabardas y porras y hachas de armas, de plata y cobre, y algunas de oro, y con hondas, tiraderas de palma, tostadas las puntas. En los rios tenian hechas puentes de madera donde alcanzaban, y donde no, echando maromas gruesas de una yerba que llaman maguey, que es mas recio que cáñamo, de un cabo á otro del rio, entretejiéndolas con unos tamujos, que es cosa de admiracion ver la orden con que hacen tan altos edificios, que en parte hay mas de quince estados de alto y mas de docientos pasos de largo; y donde no se podian hacer puentes pasaban poniendo una maroma larga de un cabo al otro, y tirando por ella una gran canasta con las asas de madera, porque no se rozase, tirando la tal canasta desde la otra parte con una soga. Y estas puentes sustentaban á su costa los indios en cuyos términos caian. El Rey andaba siempre en una litera de planchas de oro. Traia mas de mil señores principales para solo llevarlo en los hombros, y estos eran de su consejo y los mas privados. Tambien los caciques andaban en literas, que traian en los hombros sus vasallos. Tenian gran subjecion al señor; tanto, que ninguno, por principal que fuese, le entraba á hablar sino descalzo y llevando á cuestas una manta, envuelta en ella alguna cosa, que presentaba al señor en reconocimiento; lo cual se guardaba tan estrechamente, que si cien veces al dia le iban á hablar, tantas habia de ser con nuevo servicio. Tenian por muy gran desacato mirar al rostro del señor, y si cuando llevaban la litera alguno tropezaba de forma que cayese, le cortaban luego la cabeza. Tenia puestas postas por toda la tierra, de media á media legua, las cuales corrian los indios muy mas ligeramente que los caballos de las postas. En conquistando alguna provincia, la primera cosa que hacia era pasar todos los vasallos, ó los mas principales, á otra poblacion antigua, á poblar aquella tierra de los indios ya sujetos, y desta manera lo aseguraba todo. Y esta tal gente que remudaba de unas tierras en otras llamaban mitimaes. De todas las provincias de su señorío le traian cada año tributo de lo que en la tierra nascia; tanto, que en algunas tierras tan estériles, que no se criaba ningun fruto, le enviaban cada año ciertas cargas de lagartijas, con estar mas de trecientas leguas del Cuzco. Este Guaynacaba reedificó el templo del sol que en el Cuzco habia, y aforró las paredes y techumbre de tablones de oro y plata que hizo. Y porque un señor que habia en los llanos, que se llamó Chimocappa, que tenia mas de cien leguas de tierra, se le rebeló, fué sobre él y le venció y mató y mandó, que, en pena del delito, ningun indio de los llanos trajese armas; lo cual guardan hasta el dia de hoy; caso que al sucesor desto rebelado le dejó en que viviese la provincia de Chimo, donde agora es Trujillo. Guaynacaba y su padre dieron órden para tener abundancia de ganados en su tierra, cómo de aquellas ovejas de la tierra se echasen en los campos cada año cierta cantidad dedicadas al sol por via de diezmo; y de estas multiplicaban en gran número; porque, sino era el mismo Guaynacaba para su ejército, tenian por sacrilegio llegar ninguno á ellas, y cuando él las habia menester, con mandar hacer una caza de las que arriba tenemos dicho que llaman chacos, en un dia podia tomar veinte y treinta mil dellas. Tenian en gran estima el oro, porque dello hacia el Rey y los principales vasijas para su servicio y joyas para su atavío, y lo ofrecian en los templos. Y traia el Rey un tablon en que se sentaba, de oro de diez y seis quilates, que valió de buen oro mas de veinte y cinco mil ducados, que es el que don Francisco Pizarro escogió por su joya al tiempo de la conquista; porque, conforme á su capitulacion, le habian de dar una joya que él escogiese, fuera de la cuenta comun. Al tiempo que le nació el primer hijo mandó hacer Guaynacaba una maroma de oro tan gruesa (segun hay muchos indios vivos que lo dicen), que asidos á ella mas de seiscientos indios orejones, no la levantaban muy fácilmente. Y en memoria desta tan señalada joya llamaron al hijo Guascar (que en su lengua quiere decir soga), con el sobrenombre de inga, que era de todos los reyes, como los emperadores romanos se llamaban augustos. Esto se ha traido aquí por desarraigar una opinion que comunmente se ha tenido en Castilla entre la gente que no tiene plática en las cosas de las Indias, de que los indios no tenian en nada el oro ni conoscian su valor. Tambien tenia muchos graneros y trojes hechos de oro y plata, y grandes figuras de hombres y mujeres y de ovejas y de todos los otros animales, y de todos los géneros de yerbas que nacian en aquella tierra, con sus espigas y bastigas y nudos hechos al natural, y gran suma de mantas y hondas entretejidas con oro tirado, y aun cierto número de leños, como los que habia de quemar, hechos de oro y plata.

CAPITULO XII.

Del estado en que estaban las guerras del Perú al tiempo que los españoles llegaron á ella.

Aunque el intento principal desta historia sea contar las cosas en ella sucedidas á los españoles que la conquistaron, entonces y después acá del descubrimiento; pero, porque esto no se podria bien entender sin tocar algo del estado en que los negocios de los indios que la gobernaban estaban en aquella sazon, y tambien para que se vea claramente cómo fué permision divina que los españoles llegasen á esta conquista al tiempo que la tierra estaba dividida en dos parcialidades, y que era imposible, ó á lo menos muy dificultoso, poderla ganar de otra manera, diré en suma los términos en que hallaron la tierra en aquella coyuntura, para que haya mas claridad en la historia.

Guaynacaba, después de haber sujetado á su imperio gran número de provincias por espacio de quinientas leguas, contando desde el Cuzco hácia el occidente, determinó ir en persona á conquistar la provincia de Quito, en cuyas entradas se acababa su señorío; y así, sacó su ejército y fué, y hizo la con-

quista, y por ser la calidad de la tierra muy apacible á su condicion, residió allí mucho tiempo, dejando en el Cuzco algunos hijos y hijas suyos, especialmente á su hijo mayor, llamado Guascar inga, y á Mango inga y Paulo inga, y otros muchos; y en Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y della hubo un hijo, que se llamó Atabaliba, á quien él quiso mucho; y dejándole debajo de tutores en Quito, tornó á visitar la tierra del Cuzco, y en esta vuelta le hicieron el camino tan trabajoso de la sierra, de que está hecha relacion; después de haber estado en el Cuzco algunos años, determinó volverse á Quito, así porque le era mas agradable aquella tierra como por el deseo de ver á Atabaliba, su hijo, á quien él queria mas que á los otros; y así, volvió á Quito por el camino que hemos dicho de los llanos, donde vivió y tuvo su asiento lo restante de la vida hasta que murió; y mandó que aquella provincia de Quito, que él habia conquistado, quedase para Atabaliba, pues habia sido de sus abuelos. Muerto Guaynacaba, Atabaliba se apoderó de su ejército y de las riquezas que consigo traia, aunque las principales, como mas pesadas, las habia dejado en su recámara en el Cuzco, en poder de su hijo mayor, al cual Atabaliba envió embajadores haciéndole saber la muerte de su padre, y dándole la obediencia, suplicándole que le dejase aquella provincia de Quito, pues su padre la habia ganado y era fuera de su estado y mayorazgo; y sobre todo, que habia sido de su madre y abuelo. Guascar le respondió que él se viniese al Cuzco y le entregase el ejército, y que él le daria tierra donde se mantuviese muy honradamente; pero que á Quito no se le podia dar por ser el fin de su reino, y que de allí habia de hacer sus entradas contra los enemigos y tener gente como en frontera; y que si no venia, que iria sobre él y ternia por enemigo. Atabaliba hubo su consejo con dos capitanes de su padre muy esforzados y cursados en la guerra, el uno llamado Quizquiz y el otro Cilicuchima; los cuales le aconsejaron que no esperase á que su hermano viniese sobre él, sino que él fuese primero, pues con el ejército que tenia era parte para enseñorearse de todas las provincias por do pasase, y ir cada dia acrecentándole; de manera que su hermano tuviese por bien de confederarse con él. Tomando su consejo, salióse de Quito, y fuése apoderando de la tierra poco á poco, y tambien Guascar envió un gobernador ó capitan suyo con cierta gente á la ligera; y llegando á gran priesa á una provincia que se dice Tumibamba, que es mas de cien leguas de Quito, y sabido cómo Atabaliba habia ya salido con su ejército, despachó una posta al Cuzco haciendo saber lo que pasaba á Guascar, para que le enviase dos mil hombres de los capitanes y gente práctica en la guerra, porque con ellos juntaria treinta mil hombres de una provincia que se llama los Cañares, gente muy belicosa, que estaba por él; y él lo hizo así; y despachados los dos mil hombres á gran priesa, se juntaron con ellos los caciques de Tumibamba, y los chaparras y paltas y cañares que estaban en aquella comarca. Y sabido por Atabaliba, salió contra ellos y pelearon tres dias, muriendo mucha gente de ambas partes; hasta que, desbaratados los de Quito, Atabaliba fué preso sobre la puente del rio de Tumibamba. Y estando haciendo la gente de Guascar grandes fiestas y borracheras por la victoria, Atabaliba, con una barra de cobre que una mujer le dió, rompió una gruesa pared del tambo de Tumibamba, y se fué huyendo á Quito, que es veinte y cinco leguas de allí, y tornó á juntar su gente, y haciéndoles entender que su padre le habia convertido en culebra y héchole salir por un pequeño agujero, y le habia prometido la victoria si tornase á pelear, los animó tanto, que volvió sobre sus enemigos y peleó con ellos, y los venció y desbarató, habiendo muerto mucha gente de ambas partes en estas dos batallas; tanto, que hasta hoy duran los corrales y montones que allí están llenos de huesos de hombres. Continuando y siguiendo Atabaliba la victoria, determinó ir sobre su hermano, y llegando á la provincia de los Cañares, mató sesenta mil hombres dellos porque le habian sido contrarios, y metió á fuego y á sangre y asoló la poblacion de Tumibamba, situada en un llano ribera de tres grandes rios; la cual era muy grande; y de allí fué conquistando la tierra, y de los que se le defendian no dejaba hombre vivo, y á los que salian de paz los juntaba consigo, y desta manera iba multiplicando su ejército; y ido á Túmbez, quiso conquistar por mar la isla de la Puna, que arriba está dicha; mas el Cacique salió con muchas balsas y se le defendió; y porque á Atabaliba pareció que aquella conquista requeria mas espacio, y supo que su hermano Guascar venia sobre él con su ejército, continuó su camino hácia el Cuzco; y quedándose él en Caxamalca, envió delante sus dos capitanes, con hasta tres ó cuatro mil hombres, que fuesen á descubrir el campo á la ligera; y llegando cerca del ejército de Guascar, por no ser sentidos se desviaron del camino por un atajo, por el cual acaso se habia tambien apartado el mismo Guascar con sietecientos hombres de sus principales, por salir del ruido del ejército; y topándole, pelearon con él y le desbarataron la gente y le prendieron; y teniéndole preso, venia ya todo el ejército sobre ellos y los cercaron por todas partes, donde no dejaran ninguno vivo, porque habia mas de treinta para uno, si los capitanes de Atabaliba no dijeran á Guascar, viendo venir su gente, que los mandase volver; si no, que luego le cortarian la cabeza. Y Guascar, con temor de la muerte, y con lo que le dijeron, que su hermano no queria dél otra cosa sino que le dejase en la tierra de Quito, reconosciéndole por señor, mandó á su gente que no pasase de allí; sino que luego se volviese al Cuzco, y ellos lo hicieron. Y sabida tan buena ventura como acaso sucedió por Atabaliba, envió á mandar á sus capitanes que le trajesen á su hermano preso allí á Caxamalca, donde les esperaba. Y en esta coyuntura llegó el gobernador don Francisco Pizarro con los españoles que llevaba á la tierra del Perú, y tuvo lugar de hacer la conquista que en el libro siguiente se dirá; porque el ejército de Guascar era desbaratado y huido, y el de Atabaliba estaba la mayor parte despedido por la nueva victoria.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA CONQUISTA QUE HICIERON EN LA PROVINCIA DEL PERÚ DON FRANCISCO PIZARRO Y SU GENTE.

Ya tenemos dicho en el libro precedente cómo don Francisco Pizarro estaba en Panamá, habiendo vuelto de España, aderezando las cosas necesarias para la conquista del Perú, aunque don Diego de Almagro no proveia con tanto calor como solia de lo que era necesario, porque la hacienda principal y el crédito estaba en él; y la causa de su tibieza fué el descontento que tenia de que don Francisco Pizarro no le habia traido ninguna merced de su majestad; pero en fin, dándole sus disculpas, se redujeron en amistad, aunque nunca los hermanos de don Francisco quedaron en gracia de don Diego, especialmente Fernando Pizarro, de quien él tenia la principal queja. En fin, Hernando Ponce de Leon fletó un navío que allí tenia á don Francisco Pizarro, en el cual se metió él con sus cuatro hermanos y la mas gente de pié y de caballo que pudo allegar, con harta dificultad, por la mucha desconfianza que tenian las gentes desta conquista, á causa de los grandes reveses que en ella habia habido los años pasados; y él se hizo á la vela en principio del año de 31, y por ser los vientos contrarios tomó la costa de la tierra del Perú, mas de cien leguas mas atrás de donde la habia de tomar; y así, le fué forzado desembarcar la gente y caballos, yendo su camino por la costa arriba, pasando grandes trabajos y falta de comida, por causa de los esteros que habia en las entradas de los rios, tan grandes, que les era forzado pasarlos á nado los hombres y los caballos; en lo cual valia mucho la industria y ánimo con que don Francisco los regia, y los peligros en que ponia su persona, pasando muchas veces él mismo á cuestas los que no sabian nadar, hasta que llegaron á un pueblo que estaba junto á la mar, que se llama Coaque, asaz rico de mercaderías, bien poblado y bastecido de comida, donde pudo reformar su gente, que muy flaca la traia, y de allí envió á Panamá y á Nicaragua dos navíos, y en ellos mas de treinta mil castellanos de oro, que habia tomado en Coaque, para acreditar la tierra y poner codicia á la gente que pasase á ella. En este pueblo de Coaque se hallaron algunas esmeraldas, y muy buenas, porque están debajo de la línea, y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les paresció que para ser finas las esmeraldas no se habian de quebrar con martillo, como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, las daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas; y luego les sobrevino una enfermedad de berrugas, de que arriba tenemos hecha mencion, tan general en todo el ejército, que pocos se libraron della; no embargante lo cual, el Gobernador, persuadiendo la gente que lo causaba la mala constelacion de la tierra, pasó adelante con ellos hasta la provincia que llamaron Puerto-Viejo, conquistando y pacificando toda aquella comarca; y allí le alcanzó el capitan Benalcázar y Juan Flores, que vinieron de Nicaragua con un navío y alguna gente de pié y de caballo.

CAPITULO II.

De lo que al gobernador le acontesció en la isla de Puna y su conquista.

Pacificada la provincia de Puerto-Viejo, el Gobernador con su gente caminó al puerto de Túmbez, y de allí determinó pasar en balsas que para ello hizo á la isla de Puna, que, como arriba hemos dicho, está frontero de aquel puerto, y pasó los caballos y la gente aquel brazo de mar con gran peligro, porque los indios tenian concertado entre sí de cortar las cuerdas de las balsas y anegar los cristianos que en ella llevaban. Y sabido por el Gobernador, mandó que todos fuesen muy sobre aviso y las espadas desenvainadas, sin que perdiesen de ojo á ningun indio; y llegados á la isla, los indios les salieron de paz y los rescibieron muy bien, aunque los tenian armada celada para los matar todos aquella noche. Y sabido por el Gobernador, dió sobre ellos y los desbarató y prendió al cacique principal, y otro dia el real amaneció cercado de gente de guerra. Muy animosamente el Gobernador y sus hermanos apriesa cabalgaron, repartiendo los españoles á todas partes, y envió á socorrer los navíos que cerca de tierra estaban, porque los indios daban sobre ellos por la parte del mar con balsas, y tanto los españoles pelearon, que los desbarataron, matando y hiriendo muchos dellos; y solos dos ó tres españoles allí murieron, aunque otros quedaron mal heridos, especialmente Gonzalo Pizarro, de una peligrosa herida que le dieron en una rodilla. Y después desto, llegó el capitan Hernando de Soto con mas gente de pié y de caballo que de Nicaragua traia, y á causa que todos los indios de aquella isla andaban en muchas balsas por entre los anegados manglares, no se les podia hacer la guerra, el Gobernador acordó pasar en Túmbez, después que hizo repartimiento del oro que allí le dieron, á causa que adolescia la gente en aquella isla, que es muy enferma, porque está cerca de la línea Equinocial.

CAPITULO III.

De cómo el Gobernador pasó á Túmbez, y de la conquista que hizo hasta que pobló á San Miguel.

En esta isla de la Puna, que hemos dicho, habia mas de seiscientos indios y mujeres de Túmbez captivos, con

un principal de Túmbez que tambien estaba captivo, y á todos los libertó el gobernador Pizarro, y les dió balsas para que se fuesen á sus tierras. Y al tiempo que él se embarcó en los navíos para pasar á Túmbez, envió con unos indios de aquellos de Túmbez tres cristianos en una balsa, que primero llegó á Túmbez que los navíos, y en llegando sacrificaron aquellos tres españoles á sus ídolos en pago del beneficio que del gobernador Pizarro habian rescibido en los sacar de captivos, y lo mismo hicieran al capitan Hernando de Soto, que en otra balsa iba con indios de aquella tierra, con un solo criado suyo, entrando ya por el rio de Túmbez arriba, si no fuera por Diego de Aguero y por Rodrigo Lozano, que ya habian desembarcado, y corriendo la ribera del rio arriba, le avisaron, y dió la vuelta luego; y por estar toda la tierra alzada no hubo balsas para ayudar á desembarcar la gente y caballos; y á esta causa no salieron aquella tarde con el Gobernador en tierra sino Hernando Pizarro y su hermano Juan Pizarro, y el obispo don fray Vicente de Valverde y el capitan Soto, y otros dos españoles que en toda la noche no se apearon de los caballos, y bien mojados, que, como la mar andaba brava, se trastornó la balsa con ellos al salir, á causa que no la supieron meter los españoles sin indios, como no los habia; y quedó haciendo desembarcar la gente Hernando Pizarro, y mas de dos leguas el Gobernador anduvo sin poder haber habla con indio ninguno, que todos andaban por los cerros con las armas en las manos; y ya que á la mar se volvia, toparon con el capitan Mena y con el capitan Juan de Salcedo, que á buscar al Gobernador venian con alguna gente de caballo que ya habia desembarcado; y recogida toda la gente, el Gobernador asentó el real en Túmbez, y en tanto llegó el capitan Benalcázar, que en la isla habia quedado con la gente, que en los navíos no pudo venir en la primera barcada, y hasta que los navíos tornaron por él, siempre los indios le dieron guerra, y mas de veinte dias el Gobernador estuvo en Túmbez haciendo mensajeros al señor de aquella tierra, y jamás á las paces quiso venir, y contino hacia mucho daño en la gente servil del real cuando por comida iban, sin que los españoles le pudiesen ofender, porque estaban de la otra parte del rio, hasta que el Gobernador hizo traer balsas de la costa allí sin que los indios lo supiesen. Y una tarde, con sus hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y con el capitan Soto y Benalcázar, pasaron mas de cincuenta de caballo el rio en las balsas, y dando una trasnochada muy trabajosa, por ser el camino muy angosto y de espesos montes y de espinos, dieron cuando amanesció sobre el real de los indios, y haciendo cuanto daño pudieron en él, hicieron todos aquellos quince dias cruda guerra á fuego y á sangre por los tres españoles que sacrificaron, hasta que el principal señor de Túmbez vino á las paces con algun presente de oro y plata; y luego se partió el Gobernador con la mayor parte de la gente, y con la otra dejó al contador Antonio Navarro y al tesorero Alonso Requelme; y cuando llegó treinta leguas de Túmbez, al rio de Poechos, hizo de paz á todos los pueblos y caciques que en la ribera de aquel rio vivian, y hizo buscar y descubrir el puerto de Paita, que era el mejor de aquella costa, y envió al capitan Hernando do Soto á los pueblos y caciques que en la ribera de aquel rio vivian, donde, después que algun reencuentro con él hubieron, le vinieron de paz; y por allí llegaron al Gobernador mensajeros del Cuzco, que Guascar le enviaba, haciéndole saber la rebelion de su hermano Atabaliba, que en aquel tiempo no lo habian aun preso, como después lo prendieron, como ya hemos dicho, y le enviaba á decir lo socorriese y le diese favor para se defender dél. El Gobernador envió á Hernando Pizarro á Túmbez para que trajese toda la gente que allí habia quedado, y después que volvió por ella pobló la ciudad de San Miguel en un pueblo de indios, llamado Tangarara, en la ribera del rio de la Chira, cerca de la mar; porque los navíos que viniesen de Panamá hallasen puerto seguro, porque ya algunos habian venido. Y repartido el oro y plata que allí hubieron, dejando en la ciudad solos los vecinos, el Gobernador se partió con toda la otra gente á la provincia de Caxamalca, porque supo que estaba allí Atabaliba.

CAPITULO IV.

De cómo el Gobernador fué á Caxamalca, y de lo que acaesció allí.

Partido el Gobernador para Caxamalca, pasó con todo su ejército gran necesidad de sed en un despoblado de veinte leguas, en que no hay agua ni árboles, sino toda arena seca y muy calurosa, que es desde donde agora está poblada la ciudad de San Miguel hasta la provincia de Motupe, en la cual halló unos frescos valles y bien poblados, donde pudo bien reformar la gente con la abundancia de comida que allí habia; y subiendo por allí á la sierra, topó con un mensajero de Atabaliba, que le traia unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, y le dijo que cuando ante él llegase fuese calzado con aquellos zapatos y puestos los puños, para que en ellos le conosciese. El Gobernador lo recibió alegremente y respondió que así lo haria, y que él no venia á hacerle mal, ni se le haria si él no le daba muy notoria ocasion para ello; porque el emperador y rey de Castilla, por cuyo mandado él iba, no permitia que á nadie se hiciese daño contra razon. Y como el mensajero se partió, el Gobernador fué tras él, caminando con mucho aviso, porque los indios no viniesen al camino á dar sobre su gente, y cuando llegó á Caxamalca topó otro mensajero, que le vino á decir que no se aposentase sin mandado de Atabaliba. Y á esto ninguna cosa respondió el Gobernador mas que hacer su aposento, y después de hecho, envió al capitan Soto con hasta veinte de á caballo al real de Atabaliba, que estaba una legua de allí, á le hacer saber su venida; y cuando Soto llegó al real, en presencia de Atabaliba arremetió el caballo, y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabaliba los hizo luego matar; y Atabaliba no le habia querido dar respuesta ninguna hasta que llegó Hernando Pizarro, á quien el Gobernador habia enviado tras Hernando de Soto, con otra cierta gente de caballo, sino que hablaba con otro cacique, y aquel cacique con la lengua, y la lengua con Soto, y en llegando Hernando Pizarro luego habló con él derechamente por medio de solo el intérprete, y Hernando Pizarro le dijo cómo el Gobernador, su hermano, venia á él de parte de su majestad, que para le dar á entender su real vo-

luntad deseaba verse con él y ser su amigo. A lo cual respondió Atabaliba que él seria contento de su amistad con que volviese á los indios todo el oro y plata que en su tierra habia tomado, y se fuese luego della, y que para dar órden en esto otro dia se iria á ver con el Gobernador al tambo de Caxamalca. Y después de haber visto Hernando Pizarro el real poblado de tantas tiendas y gente de guerra, que parescia una ciudad, se volvió con aquella respuesta al Gobernador; y dándosela, y contándole particularmente lo que habia visto, le puso algun temor, porque para cada cristiano habia cien indios; pero, como el Gobernador y todos los demás de su real eran de grande ánimo, aquella noche se esforzaron unos á otros, considerando que no tenian otro socorro sino el de Dios, en cuya ayuda esperaban, haciendo lo que en sí era, como hombres animosos; y en toda aquella noche estuvieron guardando el real y aderezando sus armas, sin dormir en toda ella.

CAPITULO V.

Cómo se dió la batalla contra Atabaliba, y cómo fué preso.

Luego, otro dia de mañana, el Gobernador ordenó su gente, partiendo los sesenta de á caballo que habia en tres partes, para que estuviesen escondidos con los capitanes Sóto y Benalcázar; y de todos dió cargo á Hernando Pizarro y á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y él se puso en otra parte con la infantería, prohibiendo que nadie se moviese sin su licencia ó hasta que disparase la artillería. Atabaliba tardó gran parte del dia en ordenar su gente, y señalando lugar por donde cada capitan habia de entrar, y mandó que por cierta parte secreta, hácia la parte por donde habian entrado los cristianos, se pusiese un capitan suyo, llamado Ruminagui, con cinco mil indios, para que guardase las espaldas á los españoles y matase á todos los que volviesen huyendo. Y luego Atabaliba movió su campo tan despacio, que mas de cuatro horas tardó en andar una pequeña legua. El venia en una litera, sobre hombros de señores, y delante dél trecientos indios vestidos de una librea, quitando todas las piedras y embarazos del camino, hasta las pajas, y todos los otros caciques y señores venian tras él en andas y hamacas, teniendo en tan poco los cristianos, que los pensaban tomar á manos; porque un gobernador indio habia enviado á decir á Atabaliba cómo eran los españoles muy pocos, y tan torpes y para poco, que no sabian andar á pié sin cansarse; y por eso andaban en unas ovejas grandes, que ellos llamaban caballos; y así, entró en un cercado que está delante del tambo de Caxamalca; y como vió tan pocos españoles, y esos á pié (porque los de á caballo estaban escondidos), pensó que no osarian parecer delante dél ni le esperarian; y levantándose sobre las andas, dijo á su gente: «Estos rendidos están;» y todos respondieron que sí. Y luego llegó el obispo don fray Vicente de Valverde con un *Breviario* en la mano, y le dijo cómo un Dios en Trinidad habia criado el cielo y la tierra y todo cuanto habia en ello, y hecho á Adan, que fué el primero hombre de la tierra, sacando á su mujer Eva de su costilla, de donde todos fuimos engendrados, y como por desobediencia destos nuestros primeros padres caimos todos en pecado, y no alcanzábamos gracia para ver á Dios ni ir al cielo, hasta que Cristo, nuestro redentor, vino á nascer de una vírgen por salvarnos, y para este efecto rescibió muerte, pasion; y después de muerto, resuscitó glorificado, y estuvo en el mundo un poco de tiempo, hasta que se subió al cielo, dejando en el mundo en su lugar á san Pedro y á sus sucesores, que residian en Roma, á los cuales los cristianos llamaban papas; y estos habian repartido las tierras de todo el mundo entre los príncipes y reyes cristianos, dando á cada uno cargo de la conquista, y que aquella provincia suya habia repartido á su majestad del emperador y rey don Cárlos, nuestro señor, y su majestad habia enviado en su lugar al gobernador don Francisco Pizarro para que le hiciese saber de parte de Dios y suya todo aquello que le habia dicho; que si él queria creerlo y rescibir agua de baptismo y obedecerle, como lo hacia la mayor parte de la cristiandad, él le defenderia y ampararia, teniendo en paz y justicia la tierra, y guardándoles sus libertades, como lo solia hacer á otros reyes y señores que sin riesgo de guerra se le sujetaban; y que si lo contrario hacia, el Gobernador le daria cruda guerra á fuego y sangre, con la lanza en la mano; y que en lo que tocaba á la ley y creencia de Jesucristo y su ley evangélica, que si, después de bien informado della, él de su voluntad la quisiese creer, que haria lo que convenia á la salvacion de su ánima; donde no, que ellos no le harian fuerza sobre ello. Y después que Atabaliba todo esto entendió, dijo que aquellas tierras y todo lo que en ellas habia las habia ganado su padre y sus abuelos, los cuales las habian dejado á su hermano Guascar inga, y que por haberle vencido y tenerle preso á la sazon eran suyas y las poseia, y que no sabia él cómo san Pedro las podia dar á nadie; y que si las habia dado, que él no consentia en ello ni se le daba nada; y á lo que decia de Jesucristo, que habia criado el cielo y los hombres y todo, que él no sabia nada de aquello ni que nadie criase nada sino el sol, á quien ellos tenian por dios, y á la tierra por madre, y á sus guacas; y que Pachacamá lo habia criado todo lo que allí habia, que de lo de Castilla él no sabia nada ni lo habia visto; y preguntó al Obispo que cómo sabria él ser verdad todo lo que habia dicho, ó por dónde se lo daria á entender. El Obispo dijo que en aquel libro estaba escrito que era escriptura de Dios. Y Atabaliba le pidió el *Breviario* ó *Biblia* que tenia en la mano; y como se lo dió, lo abrió, volviendo las hojas á un cabo y á otro, y dijo que aquel libro no le decia á él nada ni le hablaba palabra, y le arrojó en el campo. Y el Obispo volvió adonde los españoles estaban, diciendo: «A ellos, á ellos;» y como el Gobernador entendió que si esperaba que los indios le acometiesen primero, los desbaratarian muy fácilmente, se adelantó, y envió á decir á Hernando Pizarro que hiciese lo que habia de hacer. Y luego mandó disparar el artillería, y los de caballo acometieron por tres partes en los indios, y el Gobernador acometió con la infantería hácia la parte donde venia Atabaliba; y llegando á las andas, comenzaron á matar los que las llevaban, y apenas era muerto uno, cuando en lugar dél se ponian otros muchos á mucha porfía. Y viendo el Gobernador que si se dilataba mucho la defensa los desbaratarian, porque aunque ellos matasen muchos in-



dios, importaba mas un cristiano, arremetió con gran furia á la litera, y echando mano por los cabellos á Atabaliba (que los traia muy largos), tiró recio para sí y le derribó, y en este tiempo los cristianos daban tantas cuchilladas en las andas, porque eran de oro, que hirieron en la mano al Gobernador; pero en fin él le echó en el suelo, y por muchos indios que cargaron, le prendió. Y como los indios vieron á su señor en tierra y preso, y ellos acometidos por tantas partes y con la furia de los caballos, que ellos tanto temian, volvieron las espaldas y comenzaron á huir á toda furia, sin aprovecharse de las armas, y era tanta la priesa, que con huir los unos derribaban los otros; y tanta gente se arrimó hácia una esquina del cercado donde fué la batalla, que derribaron un pedazo de la pared, por donde pudieron salirse; y la gente de caballo continuo fué en el alcance hasta que la noche les hizo volver. Y como Ruminagui oyó el sonido de la artillería y vió que un cristiano despeñó de una atalaya abajo al indio que le habia de hacer la seña para que acudiese, entendió que los españoles habian vencido, y se fué con toda su gente huyendo, y no paró hasta la provincia de Quito, que es mas de docientas y cincuenta leguas de allí, como adelante se dirá.

CAPITULO VI.

De cómo Atabaliba mandó matar á Guascar, y cómo Hernando Pizarro fué descubriendo la tierra.

Preso Atabaliba, otro dia de mañana fueron á coger el campo, que era maravilla de ver tantas vasijas de plata y de oro como en aquel real habia, y muy buenas, y muchas tiendas y otras ropas y cosas de valor, que mas de sesenta mil pesos de oro valia sola la vajilla de oro que Atabaliba traia, y mas de cinco mil mujeres á los españoles se vinieron de su buena gana de las que en el real andaban. Y después de todo recogido, Atabaliba dijo al Gobernador que, pues preso lo tenia, lo tratase bien, y que por su liberacion él le daria una cuadra que allí habia, llena de vasijas y de piezas de oro y tanta plata, que llevar no la pudiese. Y como entendió que de aquello que decia el Gobernador se admiraba, como que no lo creia, le tornó á decir que mas que aquello le daria; y el Gobernador se le ofresció que él lo trataria muy bien, y Atabaliba se lo agradesció mucho, y luego por toda la tierra hizo mensajeros, especialmente al Cuzco, para que se recogiese el oro y plata que habia prometido para su rescate, que era tanto, que parescia imposible cumplirlo, porque les habia de dar un portal muy largo que estaba en Caxamalca, hasta donde el mismo Atabaliba estando en pié pudo alcanzar con la mano todo el derredor lleno de vasijas de oro, segun he dicho; y para este efecto hizo señalar esta altura con una línea colorada al derredor del portal; y aunque después cada dia entraba en el real gran cantidad de oro y plata, no les paresció á los españoles tanto, que fuese parte para solamente comenzar á cumplir la promesa. Por lo cual mostraron andar descontentos y murmurando, diciendo que el término que habia señalado Atabaliba para dar su rescate era pasado, y que no vian aparejo ellos de poderse traer; de donde inferian que esta dilacion era á efecto de juntarse gente para venir sobre ellos y destruirlos. Y como Atabaliba era hombre de tan buen juicio, entendió el descontento de los cristianos, y preguntó al Marqués la causa dello, el cual se la dijo, y él le replicó que no tenia razon de quejarse de la dilacion, pues no habia sido tanta que pudiese causar sospecha, y que debian tener consideracion á que la principal parte de donde se habia de traer aquel oro era la ciudad del Cuzco, y que desde Caxamalca á ella habia cerca de docientas leguas muy largas y de mal camino, y que habiéndose de traer sobre hombros de indios, no debian tener aquella por tardanza larga, y que ante todas cosas, ellos se satisfaciesen si les podia dar lo que les habia prometido ó no, y que hallando que era verdadera la posibilidad, les hacia poco al caso que tardase un mes mas ó menos; y que esto se podria hacer con darle una ó dos personas que fuesen al Cuzco á lo ver, y que les pudiesen traer nuevas. Muchas opiniones hubo en el real sobre si se averiguaria esta determinacion que Atabaliba pedia, porque se tenia por cosa peligrosa fiarse nadie de los indios para meterse en su poder; de lo cual Atabaliba se rió mucho, diciendo que no sabia él por qué habia de rehusar ningun español de confiarse de su palabra y ir al Cuzco debajo della, quedando él allí atado con una cadena, con sus mujeres y hijos y hermanos en rehenes. Y así, con esto se determinaron á la jornada el capitan Hernando de Soto y Pedro del Barco, á los cuales envió Atabaliba en sendas hamacas, con mucha copia de indios que los llevaban en hombros casi por la posta, porque no es en mano de los indios ir despacio con las hamacas; y aunque no son mas de dos los que las llevan, todo el número de los hamaqueros (que por lo menos serian cincuenta ó sesenta para cada uno) van corriendo, y en andando ciertos pasos se mudan otros dos, en lo cual tienen tanta destreza, que lo hacen sin pararse. Pues desta manera caminaron Hernando de Soto y Pedro del Barco la via del Cuzco, y á pocas jornadas de Caxamalca toparon los capitanes y gente de Atabaliba que traian preso á Guascar, su hermano; el cual, como supo de los cristianos, los quiso hablar y habló, y informado muy bien dellos de todas las particularidades que quiso saber, como oyó que el intento de su majestad, y del Marqués en su nombre, era tener en justicia así á los cristianos como á los indios que conquistasen, y dar á cada uno lo suyo, les contó la diferencia que habia entre él y su hermano, y cómo, no solamente le queria quitar el reino (que por derecha succesion le pertenescia, como al hijo mayor de Guaynacaba), pero que para este efecto le traia preso y le queria matar, y que les rogaba que se volviesen al Marqués y de su parte le contasen el agravio que le hacian, y le suplicasen que, pues ambos estaban en su poder, y por esta razon él era señor de la tierra, hiciese entre ellos justicia, adjudicando el reino á quien pertenesciese, pues decian que este era su principal intento; y que si el Marqués lo hacia, no solamente cumpliria lo que por su hermano se habia proferido de dar en el tambo ó portal de Caxamalca un estado de hombre lleno de vasijas de oro, pero que le hinchiria todo el tambo hasta la techumbre, que era tres tanto mas; y que se informasen y supiesen si él podia hacer mas fácilmente aquello que su hermano lo

otro; porque para cumplir Atabaliba lo que habia prometido le era forzoso deshacer la casa del sol del Cuzco, que estaba toda labrada de tablones de oro y plata igualmente, por no tener otra parte donde haberlo; y él tenia en su poder todos los tesoros y joyas de su padre, con que fácilmente podia cumplir mucho mas que aquello; en lo cual decia verdad, aunque los tenia todos enterrados en parte donde persona del mundo no lo sabia, ni después acá se ha podido hallar, porque los llevó á enterrar y esconder con mucho número de indios que lo llevan á cuestas, y en acabando de enterrarlos mató á todos para que no lo dijesen ni se pudiese saber, aunque los españoles, después de pacificada la tierra y agora, cada dia andan rastreando con gran diligencia y cavando hácia todas aquellas partes donde sospechan que lo metió; pero nunca han hallado cosa ninguna. Hernando de Soto y Pedro del Barco respondieron á Guascar que ellos no pódian dejar el viaje que llevaban, y á la vuelta (pues habia de ser tan presto) entenderian en ello; y así, continuaron su camino, lo cual fué causa de la muerte de Guascar y de perderse todo aquel oro que les prometia; porque los capitanes que le llevaban preso hicieron luego saber por la posta á Atabaliba todo lo que habia pasado, y era tan sagaz Atabaliba, que consideró que si á noticia del Gobernador venia esta demanda, que así por tener su hermano justicia como por la abundancia de oro que prometia (á lo cual tenia ya entendido la aficion y codicia que tenian los cristianos), le quitarian á él el reino y le darian á su hermano, y aun podria ser que le matasen por quitar de medio embarazos, tomando para ello ocasion de que contra razon habia prendido á su hermano y alzádose con el reino. Por lo cual determinó de hacer matar á Guascar, aunque le ponia temor para no lo hacer haber oido muchas veces á los cristianos que una de las leyes que principalmente se guardaban entre ellos era que el que mataba á otro habia de morir por ello; y así, acordó tentar el ánimo del Gobernador para ver qué sentiria sobre el caso; lo cual hizo con mucha industria, que un dia fingió estar muy triste y llorando y sollozando, sin querer comer ni hablar con nadie; y aunque el Gobernador le importunó mucho sobre la causa de su tristeza, se hizo de rogar en decirla; y en fin le vino á decir que le habian traido nueva que un capitan suyo, viéndole á él preso, habia muerto á su hermano Guascar, lo cual él habia sentido mucho, porque le tenia por hermano mayor y aun por padre; y que si le habia hecho prender no habia sido con intencion de hacerle daño en su persona ni reino, salvo para que le dejase en paz la provincia de Quito, que su padre le habia mandado después de haberla ganado y conquistado, siendo cosa fuera de su señorío. El Gobernador le consoló que no tuviese pena; que la muerte era cosa natural, y que poca ventaja se llevarian unos á otros, y que cuando la tierra estuviese pacífica él se informaria quiénes habian sido en la muerte y los castigaria. Y como Atabaliba vió que el Marqués tomaba tan livianamente el negocio, deliberó ejecutar su propósito; y así, envió á mandar á los capitanes que traian preso á Guascar que luego le matasen. Lo cual se hizo con tan gran presteza, que apenas se pudo averiguar después si cuando hizo Atabaliba aquellas apariencias de tristeza habia sido antes ó después de la muerte. De todo este mal suceso comunmente se echaba la culpa á Hernando de Soto y Pedro del Barco por la gente de guerra, que no están informados de la obligacion que tienen las personas á quien algo se manda (especialmente en la guerra) de cumplir precisamente su instruccion, sin que tengan libertad de mudar los intentos segun el tiempo y negocios, si no llevan expresa comision para ello; dicen los indios que cuando Guascar se vido matar dijo: «Yo he sido poco tiempo señor de la tierra, y menos lo será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su natural señor.» Por lo cual los indios, cuando después vieron matar á Atabaliba (como se dirá en el capítulo siguiente), creyeron que Guascar era hijo del sol, por haber profetizado verdaderamente la muerte de su hermano; y asimismo dijo que cuando su padre se despidió dél le dejó mandado que cuando á aquella tierra viniese una gente blanca y barbada se hiciese su amigo, porque aquellos habian de ser señores del reino, lo cual pudo bien ser industria del demonio, pues antes que Guaynacaba muriese ya el Gobernador andaba por la costa del Perú conquistando la tierra. Pues en tanto que el Gobernador quedó en Caxamalca, envió á Hernando Pizarro, su hermano, con cierta gente de á caballo á descubrir la tierra; el cual llegó hasta Pachacamá, que era cien leguas de allí, y en tierra de Guamacucho encontró á un hermano de Atabaliba, llamado Illéscas, que traia mas de trecientos mil pesos de oro para el rescate de su hermano, sin otra mucha cantidad de plata; y después de haber pasado por muy peligrosos pasos y puentes, llegó á Pachacamá, donde supo que en la provincia de Jauja, que era cuarenta leguas de allí, estaba el capitan de Atabaliba de quien arriba se ha hecho mencion, llamado Cilicuchima, con un gran ejército, y él le envió á llamar, rogándole que se viniese á ver con él. Y como no quiso venir el indio, Hernando Pizarro determinó de ir allá y le habló, aunque todos tuvieron por demasiada osadía la que Hernando Pizarro tuvo en irse á meter en poder de su enemigo bárbaro y tan poderoso; en fin, le dijo y prometió tales cosas, que le hizo derramar la gente é irse con él á Caxamalca á ver á Atabaliba, y por volver mas presto vinieron por las cordilleras de unas sierras nevadas, donde hubieran de perecer de frio; y cuando Cilicuchima hubo de entrar á ver á Atabaliba se descalzó y llevó su carga ante él, segun su costumbre, y le dijo llorando que si él con él se hallara no le prendieran los cristianos. Atabaliba le respondió que habia sido juicio de Dios que le prendiesen, por tenerlos él en tan poco, y que la principal causa de la prision y vencimiento habia sido huir su capitan Ruminagui con los cinco mil hombres con que habia de acudir al tiempo de la necesidad.

CAPITULO VII.

De cómo mataron á Atabaliba porque le levantaron que queria matar á los cristianos, y de cómo fué don Diego de Almagro al Perú la segunda vez.

Estando el gobernador don Francisco Pizarro en la provincia de Poechos, antes que llegase á Caxamalca

(como está dicho), rescibió una carta sin firma, que después se supo haberla escrito un secretario de don Diego de Almagro desde Panamá, dándole aviso como don Diego habia hecho un gran navío para con él y con otros embarcarse con la mas gente que pudiese, y irle á tomar la delantera, y á posesionarse en la mejor parte de la tierra, que era pasados los límites de la gobernacion de don Francisco; la cual, conforme á las provisiones que habia llevado de su majestad, duraba desde la línea Equinocial docientas y cincuenta leguas adelante norte sur; de la cual carta el Gobernador á nadie dió parte; y así, se dijo y creyó que don Diego se habia embarcado en Panamá con ciertos navíos y gente, y hecho á la vela para el Perú con este intento, aunque tocando en la tierra de Puerto-Viejo. Y sabido el buen suceso del Gobernador, y cómo tenia tanta cantidad de oro y plata, de lo cual le pertenescia la metad, mudó el propósito (si es verdad que le traia). Y porque tuvo noticia del aviso que se habia dado al Gobernador, ahorcó su secretario, y con toda aquella gente se fué á juntar con el Gobernador á Caxamalca, donde halló ya junta gran parte del rescate de Atabaliba, con grande admiracion de los unos y de los otros, porque no se creia haberse visto en el mundo tanto oro y plata como allí habia; y así, el dia que se hizo el ensaye y fundicion del oro y plata que llamaban de la compañía, se halló montarse en el oro mas de seiscientos cuentos de maravedis; y esto con haberse ensayado el oro muy depriesa, y con solamente las puntas, porque no habia agua fuerte para afinar el ensaye; de cuya causa siempre se ensayaba el oro dos ó tres quilates menos de la ley, que después paresció tener por el verdadero ensaye, en que se acrecentó la hacienda mas de cien cuentos de maravedis. Y cuanto á la plata, hubo mucha cantidad; tanto, que á su majestad le perteneció de su real quinto treinta mil marcos de plata, blanca, tan fina y cendrada, que mucha parte della se halló después ser oro de tres ó cuatro quilates; y del oro cupo á su majestad de quinto ciento y veinte cuentos de maravedis; de manera que á cada hombre de á caballo le cupieron mas de doce mil pesos en oro, sin la plata, porque estos llevaban una cuarta parte mas que los peones, y aun con toda esta suma no se habia concluido la centésima parte de lo que Atabaliba habia prometido dar por su rescate. Y porque á la gente que vino con don Diego de Almagro, que era mucha y muy principal, no le pertenescia cosa ninguna de aquella hacienda, pues se daba por el rescate de Atabaliba, en cuya prision ellos no se habian hallado, el Gobernador les mandó dar todavía á mil pesos para ayuda de la costa, y acordóse de enviar á Hernando Pizarro á dar noticia á su majestad del próspero suceso que en su buena ventura habia habido. Y porque entonces no se habia hecho la fundicion y ensaye, ni se sabia cierto lo que podria pertenescer á su majestad de todo el monton, trajo cien mil pesos de oro y veinte mil marcos de plata; para los cuales escogió las piezas mas abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en mas en España; y así, trajo muchas tinajas y braseros y atambores, y carneros y figuras de hombres y mujeres, con que hinchió el peso y valor arriba dicho, y con ello se fué á embarcar, con gran pesar y sentimiento de Atabaliba, que le era muy aficionado y comunicaba con él todas sus cosas; y así, despidiéndose dél, le dijo: «Vaste, capitan, pésame dello; porque en yéndote tú, sé que me han de matar este gordo y este tuerto;» lo cual decia por don Diego de Almagro, que, como hemos dicho arriba, no tenia mas de un ojo, y por Alonso de Requelme, tesorero de su majestad, á los cuales habia visto murmurar contra él por la razon que adelante se dirá. Y así fué, que, partido Hernando Pizarro, luego se trató la muerte de Atabaliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Filipillo, que habia venido con el Gobernador á Castilla; el cual dijo que Atabaliba queria matar á todos los españoles secretamente, y para ello tenia apercibida gran cantidad de gente en lugares secretos; y como las averiguaciones que sobre esto se hicieron era por lengua del mesmo Filipillo, interpretaba lo que queria, conforme á su intencion. La causa que le movió nunca se pudo bien averiguar, mas de que fué una de dos: ó que este indio tenia amores con una de las mujeres de Atabaliba, y quiso con su muerte gozar della seguramente, lo cual habia ya venido á noticia de Atabaliba; y él se quejó dello al Gobernador, diciendo que sentia mas aquel desacato que su prision ni cuantos desastres le habian venido, aunque se le siguiese la muerte con ellos; que un indio tan bajo le tuviese en tan poco y le hiciese tan gran afrenta, sabiendo él la ley que en aquella tierra habia en semejante delito; porque el que se hallaba culpado en él, y aun el que solamente lo intentaba, le quemaban vivo con la mesma mujer, si tenia culpa, y mataban á sus padres é hijos y hermanos y á todos los otros parientes cercanos, y aun hasta las ovejas del tal adúltero; y demás desto, despoblaban la tierra donde él era natural, sembrándola de sal y cortando los árboles, y derribando las casas de toda la poblacion, y haciendo otros muy grandes castigos en memoria del delito. Otros dicen que la principal causa de la muerte de Atabaliba fué la gran diligencia y maña que tuvieron para encaminarla esta gente que fué con don Diego de Almagro por su interés particular; porque les decian los que habian hecho la conquista que, no solamente no tenian ellos parte en todo el oro y plata que hasta entonces estaba dado, pero ni en todo lo que de allí adelante se diese, hasta que fuese cumplida toda la suma del rescate de Atabaliba, que parecia no poderse hinchir aunque se juntase para ello todo cuanto oro habia en el mundo, pues resultaba todo ello del rescate de aquel príncipe, cuya prision se habia hecho con su industria y trabajo, sin que los de don Diego interviniesen en ello; y así, les paresció á los de don Diego que les convenia encaminar la muerte de Atabaliba, porque mientras él fuese vivo, todo cuanto oro ellos allegasen dirian que era rescate, y que no habian de participar los otros en ello; y como quier que fuese, le condenaron á muerte, de lo cual él se admiraba mucho, diciendo que él nunca tal cosa habia pensado como se le levantaba, y que le doblasen las prisiones y guardas ó le metiesen en uno de sus navíos en la mar. Y dijo al Gobernador y á los principales señores: «No sé porqué me teneis por hombre de tan poco juicio, que penseis que os quiero hacer traicion; pues si creeis que esta

gente que decís que está junta viene por mi mandado y permision, no hay razon para ello, pues estoy en vuestro poder atado con cadenas de hierro, y en asomando la tal gente, ó sabiendo que viene, me podeis cortar la cabeza. Y si pensais que viene contra mi voluntad, no estáis bien informado del poder que yo tengo en esta tierra, y con la obediencia con que soy temido de mis vasallos; pues si yo no quiero ni las aves volarán, ni las hojas de los árboles se menearán en mi tierra.» Todo esto no le aprovechó, ni ofrescer á dar muy grandes rehenes por el primero español que muriese en la tierra. Porque, demás desta sospecha, se le acumuló la muerte de Guascar, su hermano; y así, le sentenciaron á muerte y ejecutaron la sentencia, yendo él siempre llamando á Hernando Pizarro, y diciendo que si él allí estuviera no le mataran. Y al tiempo de la muerte se baptizó, por persuasion del Gobernador y Obispo.

CAPITULO VIII.

De cómo Ruminagui, capitan de Atabaliba, se alzó en la tierra de Quito, y cómo el Gobernador se fué al Cuzco.

Aquel capitan de Atabaliba llamado Ruminagui, que arriba dijimos que huyó de Caxamalca con cinco mil indios, en llegando á la provincia de Quito tomó en su poder los hijos de Atabaliba, y se apoderó en la tierra, haciéndose obedescer por señor della; y después Atabaliba, poco antes que muriese, envió á su hermano Illéscas á la provincia de Quito para traer sus hijos, y el Ruminagui lo mató y no se los quiso dar; y después desto, algunos capitanes de Atabaliba, conforme á lo que él dejó mandado, llevaron su cuerpo á la provincia de Quito á enterrar con su padre Guaynacaba, los cuales Ruminagui rescibió muy honrada y amorosamente, é hizo enterrar el cuerpo con gran solemnidad, segun la costumbre de la tierra, y después mandó hacer una borrachera; en la cual, estando borrachos los capitanes que habian traido el cuerpo, los mató á todos, y entre ellos aquel Illéscas hermano de Atabaliba, al cual hizo desollar vivo, y del cuero hizo un atambor, quedando la cabeza colgada en el mismo atambor.

Después desto, habiendo el Gobernador repartido todo el oro y plata que hubo en Caxamalca, porque supo que uno de los capitanes de Atabaliba, llamado Quizquiz, andaba con cierta gente alborotando la tierra, partió contra él, y no le osó aguardar en la provincia de Jauja; por lo cual envió delante al capitan Soto con cierta gente de caballo, yendo él en la retaguarda, y en la provincia de Viscacinga dieron de súbito tantos indios sobre el capitan Soto, que estuvo muy cerca de ser desbaratado, matándole cinco ó seis españoles; y como vino la noche, los indios se retrajeron á la sierra, y el Gobernador envió á don Diego de Almagro con cierta gente de caballo al socorro, y cuando otro dia amanesció, que tornaron á pelear, los cristianos se fueron mañosamente retrayendo para sacar los indios al llano, por excusarse de las piedras que les tiraban desde lo alto de las cuestas. Y los indios, entendiendo el engaño, no salieron y pelearon allí, sin reconocer el socorro que habia venido, porque con la mucha niebla que aquella mañana hizo no le pudieron ver; y así, pelearon aquel dia tan animosamente los cristianos, que desbarataron los indios y mataron muchos dellos. Y de ahí á poco llegó el Gobernador con toda la retaguarda, y allí le salió de paz un hermano de Guascar y de Atabaliba, que por su muerte habian hecho inga ó rey de la tierra, y dádole la borla, que era la insignia ó corona real, llamado Paulo inga; y este le dijo cómo en el Cuzco le estaba aguardando mucha gente de guerra, y llegando por sus jornadas cerca de la ciudad, vieron salir della grandes humos; y creyendo el Gobernador que los indios la quemaban, envió ciertos capitanes á gran priesa á lo defender con alguna gente de caballo, y en llegando á la ciudad salió sobre ellos gran número de indios, y comenzaron á pelear con los cristianos, tirándoles tantas piedras y tiraderas y otras armas, que, no pudiéndolos sufrir los españoles, se retrajeron á toda furia mas de una legua hasta un llano donde se juntaron con el Gobernador, y allí envió sus dos hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, con la mas gente de caballo, y dieron en los indios por la parte de la sierra tan animosamente, que los hicieron huir, y ellos los siguieron, matando en el alcance muchos dellos. Y como la noche vino, el Gobernador hizo recoger todos los españoles y los tuvo en arma; y cuando otro dia pensaron que en la entrada de la ciudad tuvieran alguna resistencia, no hallaron hombre que se la defendiese; y así, entraron pacíficamente, y de ahí á veinte dias tuvieron nueva cómo Quizquiz andaba con mucha gente de guerra robando y destruyendo una provincia llamada Condesuyo, y envió á lo estorbar el Gobernador al capitan Soto con cincuenta de caballo, y Quizquiz no le aguardó, antes se fué la via de Jauja á dar sobre algunos españoles que allí supo haber quedado guardando su fardaje y haciendas, y con la hacienda real, que tenia á cargo el tesorero Alonso de Requelme. Los cristianos, sabiéndolo, aunque eran pocos, se defendieron animosamente en un lugar fuerte que para ello escogieron. Y así, Quizquiz se pasó adelante la via de Quito, y tras él envió el Gobernador otra vez al capitan Soto con cierta gente de caballo, y después envió en su socorro á sus hermanos, y todos siguieron á Quizquiz mas de cien leguas; y no le pudiendo alcanzar, se volvieron al Cuzco, y allí hubieron tan gran presa como la de Caxamalca, de oro y de plata, la cual el Gobernador repartió entre la gente y pobló la ciudad, que era la cabeza de la tierra entre los indios, y así lo fué mucho tiempo entre los cristianos; y repartió los indios entre los vecinos que allí quisieron quedar, porque á muchos no les pareció poblar en la tierra, sino venirse con lo que les habia cabido en Caxamalca y Cuzco á gozarlo en España.

CAPITULO IX.

De cómo el capitan Benalcázar fué á la conquista de Quito.

Ya dijimos arriba cómo al tiempo que el Gobernador entró en el Perú pobló la ciudad de San Miguel, en la provincia de Tangarara junto al puerto de Túmbez, porque los que viniesen de España tuviesen el puerto seguro para desembarcar; y porque le paresció que habian quedado allí pocos caballos después de la prision de Atabaliba, envió por su teniente desde Caxamalca á San Miguel al capitan Benalcázar con diez de caballo; al cual por este tiempo se le vinieron á quejar los in-

dios cañares que Ruminagui y los otros indios de Quito les daban muy continua guerra; lo cual fué á coyuntura que de Panamá y de Nicaragua habia venido mucha gente, y dellos tomó Benalcázar docientos hombres, los ochenta de caballo, y con ellos se fué la via del Quito, así por defender á los cañares, que se le habian dado por amigos, porque tenia noticia que en Quito habia gran cantidad de oro, que Atabaliba habia dejado. Y cuando Ruminagui supo la venida de Benalcázar salió á defenderle la entrada, y peleó con él en muchos pasos peligrosos con mas de doce mil indios; y tenia hechos sus fosados, lo cual todo contraminaba Benalcázar con grande astucia y prudencia; porque quedándoles él haciendo cara, enviaba en las trasnochadas un capitan con cincuenta ó sesenta de caballo, que por arriba ó por abajo, de cada mal paso se lo tenia ganado cuando amanescia; y desta manera los hizo retraer hasta los llanos, donde no osaron esperar, por el mucho daño que les hacian los de caballo, y cuando aguardaban era porque tenian hechos hoyos anchos y hondos, sembrados dentro de palos y estacas agudas, y cubiertos con céspedes y yerba sobre muy delgadas cañas, casi de la forma que escribe César en el sétimo comentario que los de Alexia le pusieron para defensa de la ciudad, en otra cava secreta, que llaman Lirios. Pero con todo cuanto hicieron, nunca pudieron engañar á Benalcázar para que cayese ni rescibiese daño en alguna destas cavas, porque nunca los acometia por aquella parte donde los indios le hacian rostro; antes rodeaba una ó dos leguas para darlos por las espaldas ó por los lados, yendo siempre con gran aviso de no pasar sobre yerba ni tierra que no fuese natural y criada allí. Y demás desto, tuvieron otra astucia los indios, viendo que la pasada no les aprovechaba, que por todas las partes por donde se sospechaba que habian de pasar los caballos, hacian unos hoyos tan anchos como la mano de un caballo, muy espesos, sin que hubiese en medio casi ninguna distancia; pero con ninguno destos ardides pudieron engañar á Benalcázar, y les fué ganando toda la tierra hasta la principal ciudad de Quito, donde supo que un dia dijo Ruminagui á todas sus mujeres (de que tenia en gran número): «Agora habréis placer, que vienen los cristianos, con quien os podréis holgar;» y ellas, pensando que se lo decia por donaire, se rieron; y costóles tan caro la risa, que á casi todas las hizo descabezar, y determinó de huir de la ciudad, poniendo primero fuego á una sala llena de muy rica ropa, que allí tenia desde el tiempo de Guaynacaba, y se huyó, aunque primero una noche dió sobre los españoles de sobresalto, sin hacer en ellos ningun daño; y así, Benalcázar se apoderó de la ciudad. Y en este tiempo envió el Gobernador á don Diego de Almagro con cierta gente hácia la costa de la mar y á la ciudad de San Miguel, para informarse verdaderamente de una nueva que le habia venido de cómo don Pedro de Albarado, gobernador de Guatemala, se habia embarcado la via del Perú con una gruesa armada y gran número de caballos y gente para descubrir el Perú, como se dirá en el capítulo siguiente. Y llegado don Diego á San Miguel sin hallar nueva cierta de lo que buscaba, sabido que Benalcázar estaba sobre Quito, y la resistencia que Ruminagui le hacia, determinó irle ayudar; y así, fué aquellas ciento y veinte leguas hasta Quito, donde se juntó con Benalcázar y se apoderó de la gente, conquistando algunos pueblos y palenques que hasta entonces se habian defendido; y visto que no habia en aquella tierra el oro ni riqueza de que habian tenido noticia, se volvió al Cuzco, dejando por gobernador de la provincia de Quito á Benalcázar, como antes lo era.

CAPITULO X.

De cómo don Pedro de Albarado pasó al Perú, y de lo que le acaesció.

Después que don Hernando Cortés, marqués del Valle, conquistó y pacificó la Nueva-España, tuvo noticia de una tierra que con ella se contenia, llamada Guatimala, y para la descubrir envió un capitan suyo, llamado don Pedro de Albarado, el cual con la gente que llevaba la conquistó y ganó, pasando en ella muchos trabajos y peligros, cuya remuneracion su majestad le proveyó de la gobernacion della. Y desde allí tuvo noticia de la tierra del Perú, y pidió cierta parte de la conquista della á su majestad, y le fué concedida y hecho sobre ello sus capitulaciones; por virtud de las cuales él envió un caballero de Cáceres, llamado García Holguin, que con dos navíos fué á descubrir y tomar lengua en la costa del Perú. Y como le trajo tan buena nueva de la gran cantidad de oro que el gobernador don Francisco Pizarro habia habido, determinó de pasar allá, paresciéndole que entre tanto que don Francisco Pizarro y su gente se desembarazaban de lo que ternian que hacer en Caxamalca, él podria llegar la costa arriba, á ganar la ciudad del Cuzco, que conforme á lo que arriba está dicho, tenia entendido que caia fuera de las docientas y cincuenta leguas de los límites de la gobernacion de don Francisco Pizarro. Y para poder mejor efectuar su propósito, temiendo que desde Nicaragua podria después ir socorro á don Francisco Pizarro, fué una noche á la costa de Nicaragua, y tomó por fuerza dos ó tres grandes navíos que allí se estaban aderezando, para ir cargados de gente y caballos al Perú en socorro del Gobernador; y en ellos y en los que traia de Guatimala embarcó quinientos hombres de pié y de caballo, y navegó hasta tomar la tierra en la provincia de Puerto-Viejo, y de allí caminó la via de Quito, en el paraje de la línea Equinocial, por las faldas de unos llanos y espesos montes que llaman Arcabucos, y en el camino pasó su gente gran trabajo de hambre y muy mayor de sed, porque fué tanta la falta del agua, que si no toparan con unos cañaverales de tal propriedad, que en cortando por cada nudo, se halla lo hueco lleno de agua dulce y muy buena; las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre, de tal suerte, que en cada cañuto hallaban mas de media azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas por particular propriedad y naturaleza que para ello tienen, del rocío que de noche cae del cielo, como quier que la tierra sea seca y sin fuente ni agua ninguna. Con esta agua se separó el ejército de don Pedro de Albarado, así hombres como caballos, porque dura grande espacio, aunque todavía la hambre los llegó á tales términos, que comieron muchos caballos, con valer cada uno cuatro y cinco mil

castellanos, y en la mayor parte del camino les iba cayendo encima tierra muy menuda y caliente, que se averiguó salir de un alto volcan que hay cerca de Quito, de tan gran fuego, que mas de ochenta leguas alcanza la tierra que dél sale, y da tan grandes truenos algunas veces, que suenan mas de cien leguas. Y en todos los pueblos por donde pasó don Pedro de Albarado debajo de la línea Equinocial halló gran copia de esmeraldas; y después de haber pasado tan trabajoso camino, que lo mas dél fueron abriendo á mano con hachas y machetes, topó delante sí una cordillera de sierras nevadas, donde de contino nevaba y hacia muy gran frio; y la hora que le paresció mas conveniente determinó pasar por un portezuelo que allí habia, donde se le quedaron helados mas de sesenta hombres, aunque todos para pasar se vistieron cuantas ropas traian, iban corriendo sin esperar ni socorrerse los unos á los otros. Donde acontesció que, llevando un español consigo á su mujer y dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y hijas se sentaron de cansadas, y que él no las podia socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron; y aunque él se pudiera salvar, quiso mas perecer allí con ellas. Y con este trabajo y peligro pasaron aquella sierra, teniendo á gran buena ventura haber podido verse de la otra parte; porque, aunque la provincia de Quito está cercada de muy altas sierras y muy nevadas, en medio hay unos valles muy templados y frescos, donde las gentes viven y hacen sus sementeras; y en aquel tiempo se derritió la nieve de una de aquellas sierras, y bajó tan gran cantidad de agua y con tanto ímpetu, que hundió y anegó un pueblo que se llamaba la Contiega. Y vióse llevar el agua en la corriente piedras tan grandes como dos piedras de lagar, con tanta facilidad como si fueran de corcho.

CAPITULO XI.

Cómo se toparon don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado, y de lo que allí acaesció.

Ya dijimos arriba cómo don Diego de Almagro, dejando en la provincia de Quito por gobernador al capitan Benalcázar, y no teniendo nueva de la venida de don Pedro de Albarado, se volvió al Cuzco, y á la vuelta conquistó algunos peñoles y fortalezas donde los indios se habian hecho fuertes, en lo cual se detuvo tanto, que hubo lugar de venir don Pedro de Albarado, y llegar á la provincia de Quito, sin que don Diego pudiese saber cosa ninguna, por haber mucha distancia de camino, y en él ningun comercio de indios ni de cristianos. Pues andando un dia conquistando una provincia llamada Liribamba, pasó un caudaloso rio della por un vado harto peligroso, porque los indios le habian quemado las puentes, y á la otra parte del rio halló gran copia dellos que le esperaban de guerra, y él los venció con harta dificultad, porque tambien peleaban las mujeres tirando muy diestramente con hondas, y fué preso el señor principal dellos, el cual le dió nueva cómo don Pedro de Albarado andaba ya corriendo la tierra, y estaba quince leguas de allí sobre un peñol, donde se habia hecho fuerte un capitan indio llamado Zopazopagui. Y sabiendo esto don Diego, envió siete de caballo á descubrir lo que habia, los cuales fueron presos por la gente de don Pedro, aunque después los tornó á soltar y se vino á aposentar cinco leguas del real de don Diego. Y sabido por don Diego de Almagro, se determinó, viendo la gran ventaja que su enemigo le tenia, de se volver al Cuzco con solos veinte y cinco de caballo, y dejar los demás con el capitan Benalcázar en defensa de la tierra. Y en esta sazon aquel indio lengua, llamado Filipillo (de que arriba está hecha mencion que fué causa de la muerte de Atabaliba, temiendo el castigo que por esto sabia merecer), se huyó del real de don Diego al de don Pedro, y llevó consigo un cacique principal, dejando concertado con los demás que seguian á don Diego, que enviándolos él á llamar se le pasasen. Y como Filipe llegó adonde don Pedro de Albarado estaba, se le ofresció de traerle de paz toda aquella tierra, y le dijo cómo don Diego se queria ir al Cuzco, y que si le queria prender, yendo sobre él lo podrian hacer fácilmente, porque no tenia mas de docientos y cincuenta hombres, los noventa de caballo. Y como don Pedro de Albarado tuvo este aviso, luego fué sobre don Diego de Almagro, al cual halló en Liribamba con determinacion de morir defendiendo la tierra. Y así, don Pedro de Albarado ordenó su gente, y con las banderas tendidas le acometió, y don Diego, por tener poca gente de á caballo, le aguardó á pié entre unas paredes, é hizo su gente dos escuadrones, con el uno estaba él y con el otro el capitan Benalcázar. Y como estuvieron á vista unos de otros, hubieron su habla de paz, y por aquel dia y noche pusieron treguas, y en tanto los concertó un licenciado Caldera desta manera: que don Diego de Almagro diese á don Pedro de Albarado cien mil pesos de oro por los navíos y caballos y otros pertrechos del armada, y que viniesen juntos hasta donde el gobernador Pizarro estaba, para pagárselos allí. El cual concierto se hizo y guardó con mucho secreto, porque sabiéndolo la gente de don Pedro de Albarado (entre la cual habia muchos caballeros y personas principales) no se alterasen, viendo que no se trataba de remuneracion ninguna para ellos; y así, publicaron que iban de compañía la tierra arriba, para que desde allá don Pedro de Albarado continuase por mar con su armada el descubrimiento, dando licencia á todos los que quisiesen quedar en Quito con el capitan Benalcázar, para lo poder hacer, pues ya estaban todos unidos en paz y conformidad; y así, muchos de los que vinieron con don Pedro se quedaron en Quito, y don Diego y él y toda la otra gente se fueron á Pachacamá, donde supieron que les habia venido á rescebir el Gobernador desde Jauja, donde estaba, y antes que don Diego partiese de Quito quemó vivo al Cacique, que se le fué la noche que hemos dicho, y quiso hacer lo mismo á Filipillo si no rogara por él don Pedro de Albarado.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado se toparon con el Quizquiz, y lo que les acaesció.

Yendo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado desde Quito para Pachacamá, el cacique de los Cañares les dijo cómo el Quizquiz, capitan de Atabaliba, venia con un ejército de mas de doce mil indios de guerra, y traia recogida toda cuanta gente de indios y ga-

nado habia hallado desde Jauja abajo, y que él se lo pornia en las manos si lo querian aguardar. Y no dando don Diego crédito á esto, continuó su camino sin detenerse. Y ya que llegaban á una provincia llamada Chaparra, vieron á deshora sobre dos mil indios, que venian dos ó tres jornadas delante del Quizquiz, con un capitan que se llamaba Sotaurco, porque el Quizquiz tenia esta órden en su camino, que delante enviaba aquel capitan y gente, y á la parte izquierda iban otros tres mil indios, recogiendo comida por los pueblos comarcanos, y en la retaguardia, dos jornadas de sí, traia otros tres ó cuatro mil indios, y él iba en medio con el cuerpo del ejército y con el ganado y gente presa; de manera que ocupaba su campo quince leguas de término y mas. Y yendo Sotaurco á tomar un paso por donde pensó que los españoles vinieran, don Pedro de Albarado llegó primero y le prendió, y supo dél toda la órden del Quizquiz, y dió una trasnochada con la gente de caballo (que le pudo seguir) sobre él, aunque les convino detenerse parte de la noche, porque á la bajada de un rio se les desherraron los caballos en los grandes pedregales que en él habia, y se detuvieron á herrarlos con lumbre; y todavía continuaron su camino á gran priesa, porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese á dar mandado al Quizquiz de su venida, y nunca pararon hasta que otro dia tarde llegaron á la vista del real de Quizquiz. Y como él los vido, se fué por una parte con todas las mujeres y gente servil, y por la otra, que mas áspera era, echó á su hermano de Atabaliba, que se llamaba Guaypalcon, con la gente de guerra; con los cuales fué á topar don Diego de Almagro en la subida de una cuesta, y por una ladera tomaron las espaldas á Guaypalcon; y como él se vió cercado por todas partes, hizo fuerte con su gente en unas ásperas peñas, donde se defendió hasta la noche, que don Diego y don Pedro recogieron todos los españoles y los indios; con la escuridad se salieron y fueron á buscar al Quizquiz, y hallaron después que los tres mil indios que iban á la parte izquierda habian descabezado catorce españoles, que tomaron por un atajo. Y así, procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quizquiz, y los indios se hicieron fuertes al paso de un rio, y en todo aquel dia no dejaron pasar á los españoles; antes ellos pasaron por la parte de arriba, adonde los españoles estaban, á tomar una alta sierra, y por ir á pelear con ellos hubieran de rescibir mucho daño los españoles; porque, aunque se querian retraer, no podian por la maleza de la tierra; y así, fueron muchos heridos, especialmente el capitan Alonso de Albarado, á quien pasaron un muslo, y á otro comendador de San Juan; y toda aquella noche los indios tuvieron mucha guardia; mas cuando amanesció tenian desembarazado todo el paso del rio, y ellos se habian hecho fuertes en una alta sierra, donde se quedaron en paz, porque don Diego de Almagro no se quiso mas allí detener; y toda la ropa que los indios no pudieron subir á la sierra la quemaron aquella noche, quedando en el campo mas de quince mil ovejas y mas de cuatro mil indias y indios que se vinieron á los españoles, de los que llevaba presos el Quizquiz. Y llegados los cristianos á San Miguel, don Diego de Almagro envió al Puerto-Viejo al capitan Diego de Mora, á que por él se entregase de la armada de don Pedro de Albarado, el cual para ello envió de su parte á García de Holguin que se la hiciese dar. Y después que don Diego dió allí en San Miguel muchos socorros de armas y dineros y vestidos, así á su gente como á la de don Pedro de Albarado, continuaron su camino la via de Pachacamá, y á la pasada dejó poblando la ciudad de Trujillo al capitan Martin Astete, como el gobernador don Francisco Pizarro lo habia mandado. En este tiempo llegando el Quizquiz cerca de Quito, un capitan de Benalcázar le desbarató la gente que llevaba en el avanguardia, por lo cual estuvo en grande afliccion, sin saber qué se hacer, porque sus capitanes le decian que se diese de paz á Benalcázar, por lo cual él los amenazó de muerte y los mandó apercibir para volver atrás. Y como la gente no tenia comida para dar la vuelta, fueron á él ciertos capitanes, llevando por cabeza á Guaypalcon, y le dijeron que era mejor morir peleando con los cristianos que no volver á morir de hambre en el despoblado. A lo cual no le dió buena respuesta el Quizquiz, y por ello Guaypalcon le dió con una lanza por los pechos, y luego le acudieron otros capitanes, y con porras y hachas le hicieron pedazos, y derramaron la gente, dejando ir á cada uno donde quiso.

CAPITULO XIII.

De cómo el Gobernador pagó á don Pedro de Albarado los cien mil pesos del concierto, y cómo don Diego se quiso hacer rescebir por gobernador en el Cuzco.

Llegados don Diego y don Pedro á Pachacamá, el Gobernador, que allí habia venido desde Jauja, los recibió alegremente, y pagó á don Pedro los cien mil pesos que se habia concertado con él de darle por el armada, aunque de muchos fué aconsejado que no se los pagase, diciendo que la armada no valia cincuenta mil, y que aquel concierto habia hecho don Diego de temor, por no romper con don Pedro, que le tenia mucha ventaja, y que seria mejor enviarlo preso á su majestad; y aunque el Gobernador pudiera hacer aquello muy fácilmente y sin peligro, quiso mas cumplir la palabra de don Diego de Almagro, su compañero, y le pagó liberalmente los cien mil pesos en buena moneda, y le dejó ir con ellos á su gobernacion de Guatimala, y él se quedó poblando la ciudad de los Reyes, pasando allí la poblacion que tenia hecha en Jauja, porque le pareció lugar mas apacible y aparejado para todo género de contratacion, por ser puerto de mar. Desde allí se fué don Diego con mucha gente al Cuzco, y el Gobernador bajó á Trujillo á reformar la poblacion y á repartir la tierra. Y allí le llegó nueva cómo don Diego de Almagro se habia querido alzar con la ciudad del Cuzco, porque habia sabido que su majestad, con la nueva que le llevó Hernando Pizarro, le habia proveido de la gobernacion de otras cien leguas, pasados los límites de la de don Francisco, que decian acabarse antes del Cuzco. Y á esto resistieron Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del Gobernador, con mucha gente que les acudió, y cada dia andaban á lanzadas con don Diego y con el capitan Soto, que era de su parte; pero á la fin no pudo salir con ello, porque la mayor parte del cabildo acostó á la parte del

Gobernador y de sus hermanos. Y como el Gobernador esta nueva supo, se fué por la posta al Cuzco, y con su presencia lo apaciguó todo, y perdonó á don Diego, que muy confuso estaba por lo que habia hecho sin tener título ni provision para ello, salvo que le dijeron solamente que le estaba concedido. Y allí de nuevo tornaron á firmar nueva concordia y compañía en esta manera: que don Diego de Almagro fuese á descubrir por la tierra hácia la parte del sur, y que si buena tierra hallase pediría la gobernacion á su majestad para él, y no la habiendo tal, partirian la gobernacion de don Francisco entre ambos; y después desto, juraron en la Hostia consagrada, de no ser el uno contra el otro. Y algunos dicen que Almagro juró de no tocar en el Cuzco ni en ciento y treinta leguas adelante, aunque su majestad se lo diese en gobernacion, y que hablando con el Santo Sacramento, dijo así: «Plega á tí, Señor, que cuando este juramento quebrantare tú me confundas cuerpo y alma.» Y hecho esto, don Diego se aderezó y se fué su jornada con mas de quinientos hombres que le siguieron, y el Gobernador se volvió á la ciudad de los Reyes, y envió á Alonso de Albarado á conquistar la tierra de los Chachapoyas, que es á sesenta leguas de la ciudad de Trujillo, la sierra adentro; en la cual conquista pasó mucho trabajo él y los que con él fueron, hasta que poblaron y pacificaron aquella tierra, quedándole á él encomendada la gobernacion y justicia della.

LIBRO TERCERO.

DE LA JORNADA QUE DON DIEGO DE ALMAGRO HIZO Á CHILI, Y DE LAS COSAS QUE EN ESTE MEDIO SUCEDIERON EN EL PERÚ, Y CÓMO LOS INDIOS SE ALZARON CON LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo don Diego de Almagro se partió para Chili.

Don Diego de Almagro se partió en descubrimiento de su conquista con quinientos y setenta hombres de pié y de caballo bien aderezados, y algunos vecinos dejaron sus casas y repartimientos de indios, y se fueron con él, con la gran suma de oro que en aquellas partes habia, y envió adelante á Juan de Sayavedra, natural de Sevilla, con cien hombres, que en la provincia que después llamaron los Charcas topó con ciertos indios que venian de Chili á dar la obediencia al Inga. Llevó consigo el Adelantado hasta docientos hombres de pié y de caballo, con que fué conquistando por espacio de docientas y cincuenta leguas, hasta la provincia de Chicoana, donde tuvo noticia que le seguian otros cincuenta españoles, y les escribió que se viniesen á él, trayendo por capitan á Noguerol de Ulloa, y con todos fué conquistando hasta la provincia de Chili, que son otras trecientas y cincuenta leguas; y allí quedó con la meitad de la gente, y con la meitad envió á descubrir á Gomez de Albarado, el cual descubrió hasta sesenta leguas, y por las aguas del invierno se volvió á don Diego.

Cuando el Adelantado partió del Cuzco, Mango inga dejó concertado con Villaoma, su hermano, que en un dia señalado matasen á los cristianos que estaban en el Perú, y que él mataria á don Diego y á los suyos; lo cual no pudo efectuar, y el hermano hizo el levantamiento que adelante se dirá. Del real de don Diego se huyó aquel indio llamado don Felipe, que era lengua, porque sabia el trato, y don Diego envió tras él, y preso, lo hizo descuartizar, y él confesó al tiempo de la muerte, que habia sido causa de la injusta muerte que se dió á Atabaliba, por gozar de su mujer. Habiendo dos meses que el Adelantado estaba en Chili, llegó allí un capitan suyo, llamado Ruy Díaz, con cien hombres de socorro, y certificó haberse rebelado todos los indios del Perú y haber muerto la mayor parte de los cristianos que allí habia; la cual nueva Almagro sintió mucho, y determinó volver sobre los indios y reducir la tierra al servicio de su majestad, para enviar (después de haberlo hecho) un capitan suyo con gente para poblar á Chili. Y así, se partió, y en el camino rescibió cartas de Rodrigo Orgoños, que venia en rastro suyo con veinte y cinco hombres. Y poco después le alcanzó Juan de Herrada, que tambien venia en su socorro con cien hombres, y traia las provisiones reales por donde su majestad le hacia gobernador de docientas leguas mas adelante, acabados los límites del Marqués, llamando su gobernacion la Nueva-Toledo, porque la del Marqués se llamaba la Nueva-Castilla. Y aunque al principio deste capítulo se dice que don Diego llevó á este descubrimiento quinientos y setenta hombres, aquellos son los que se pensó que fueran; caso que en realidad de verdad no partieron mas de los docientos hombres y los otros socorros que después le vinieron, de que arriba se trata.

CAPITULO II.

De los trabajos que pasó don Diego de Almagro y su gente en el descubrimiento de Chili.

Grandes trabajos pasó don Diego de Almagro y su gente en la jornada de Chili, así de hambre y sed, como de reencuentros que tuvieron con los indios de muy crescidos cuerpos, que en algunas partes habia muy grandes flecheros y que andaban vestidos con cueros de lobos marinos; y sobre todo, les hizo gran daño el demasiado frio que pasaron en el camino, así del aire tan helado como después al pasar de unas sierras nevadas, donde acaesció á un capitan que iba tras don Diego

de Almagro, llamado Ruy Díaz, quedársele muchas personas y caballos helados, sin que bastasen ningunos vestidos ni armas á resistir la demasiada frialdad del aire, que los penetraba y helaba. Y era tan grande la frialdad de la tierra, que cuando dende á cinco meses don Diego volvió al Cuzco halló en muchas partes algunos de los que murieron á la ida en pié arrimados á algunas peñas, helados, con los caballos de rienda tambien helados, y tan frescos y sin corrupcion como si entonces acabaran de morir; y así, fué gran parte de la sustentacion de la gente que venia los caballos que topaban helados en el camino y los comian. Y en todos estos despoblados donde no habia nieve era grande la falta del agua, la cual suplieron con llevar cueros de ovejas llenos de agua; de tal manera, que cada oveja viva llevaba á cuestas el cuero de otra muerta, con agua; porque, entre otras propriedades que tienen estas ovejas del Perú, es una de llevar dos y tres arrobas de carga, como camellos, con quien tienen mucha semejanza en el talle, si no les faltase la jiba de los camellos; y tambien las han impuesto los españoles en que lleven una persona cabalgando cuatro y cinco leguas en un dia, y cuando se sienten cansadas y se echan en el suelo ningun medio basta para levantarlas, aunque las hieran y ayuden, sino es quitándoles la carga; y cuando llevan alguno cabalgando, si se cansan y las apremian á andar, vuelven la cabeza al que va encima y le rocian con una cosa de muy mal olor, que paresce ser de lo que traen en el buche. Es animal de gran fruto y provecho, porque tiene finísima lana, especialmente las que llaman pacos, que tienen las vedijas largas; son de poco mantenimiento, especialmente las que trabajan, y cómen maíz, que se pasan cuatro y cinco dias sin beber. La carne dellas es tan saborosa y sana como los carneros muy gordos de Castilla. Y destas hay ya por toda la tierra carnicerías públicas, porque á los principios no eran menester, sino que, como cada español tenia ganado propio, en matando una oveja enviaban los vecinos por lo que habian menester á su casa, y así se proveian á veces. En cierta parte de Chili, en unos campos rasos, hay avestruces que para las matar se ponian los de caballo en postas, corriendo tras ellas los unos hasta donde estaban los otros, porque de otra manera no las podia alcanzar un caballo, segun vuelan á pié, saltando á trancos, casi sin levantar del suelo. Tambien hay por aquella costa muchos rios que corren de dia, y de noche no traen gota de agua; lo cual causa gran admiracion á los que no entienden que aquello procede de que se derrite de dia la nieve de las sierras con el calor del sol, y entonces corre el agua, lo cual de noche, con la frialdad, se reprime y no corre. Y pasadas quinientas leguas por luengo de costa, que son treinta grados de aquel cabo de la línea Equinocial hácia la parte del sur, llueve y ventan todos los vientos que en España y otras partes de oriente. Es toda aquella tierra de Chili bien poblada y algo doblada, tanto rasa como montuosa; y aunque por los golfos y ancones que la mar hace la tierra se corre por diversos rumbos y viajes, pero la mar por luengo de costa se considera norte sur, que es de mediodía á septentrion, desde la ciudad de los Reyes hasta en cuarenta grados, y es tierra muy templada, y hay en ella invierno y verano, aunque en los tiempos contrarios de Castilla. El norte que allí parescia que debe corresponder á nuestro norte, no se paresce en aquella tierra ni se conosce mas de por una sola nube chica y blanca que entre noche y dia da una vuelta á aquel lugar, donde verisímilmente se cree que está aquel norte que los astrólogos llaman polo Antártico. Y asimismo se paresce un crucero con otras tres estrellas que tras él andan, que por todas son siete, á la manera de las siete estrellas que rodean nuestro norte, que los astrólogos llaman Trion, y están puestas al compás de las nuestras, sin diferir mas de que las cuatro que hácia el mediodía hacen cruz están mas juntas allí que en nuestro polo. El nuestro norte se pierde de vista de todo punto poco menos de docientas leguas de Panamá, llegando debajo la línea, y entonces se ven desde allí estos dos triones ó guardas del norte cuando están mas altas sobre las cabezas de los mismos nortes, aunque por grande espacio del polo Antártico no se parecen mas de las cuatro estrellas que hacen el crucero por el cual se gobiernan los mareantes; y después, metiéndose de treinta grados para arriba, vienen á descubrir todas siete. En esta tierra de Chili hace diferencia el dia de la noche y la noche del dia, segun el tiempo, que es por la órden que en Castilla, aunque trocados los tiempos, como está dicho. En tierra del Perú y en la provincia de Tierra-Firme y en todas las tierras vecinas á la línea Equinocial la noche es igual con el dia todo el año, y si algun tiempo cresce ó mengua en la ciudad de los Reyes, no es distancia que se eche de ver notablemente. Los indios de Chili visten como los del Perú, son hombres y mujeres de buenos gestos, y comen las viandas que en el Perú; y adelante de Chili, en treinta y ocho grados de la línea, hay dos grandes señores que traen guerra el uno contra el otro, y cada uno saca en campo docientos mil hombres de guerra; el uno dellos se llama Leuchengorma, que tiene una isla dos leguas de la Tierra-Firme dedicada á sus ídolos, donde hay un gran templo que lo sirven dos mil sacerdotes. Y los indios deste Leuchengorma dijeron á los españoles que cincuenta leguas mas adelante hay entre dos rios una gran provincia toda poblada de mujeres, que no consienten hombres consigo mas del tiempo conveniente á la generacion; y si paren hijos los envian á sus padres, y si hijas, las crian. Están sujetas á este Leuchengorma; la reina dellas se llama Gaboimilla, que en su lengua quiere decir cielo de oro, porque en aquella tierra diz que se cria gran cantidad de oro; y hacen muy rica ropa, y de todo pagan tributo á Leuchengorma. Y aunque muchas veces se ha tenido muy cierta noticia de todo esto, nunca ha habido aparejo de poderlo ir á descubrir, por no haber querido poblar don Diego de Almagro, y porque don Pedro de Valdivia, que después fué enviado á poblar esta tierra, nunca tuvo tanto número de gente con que pudiese ir á descubrir y dejar poblados los pueblos que tiene hechos. La poblacion deste capitan está treinta y tres grados de aquel cabo de la línea hácia el sur; y de ser toda la costa bien poblada hasta mas de cuarenta grados de costa dió noticia un navío del armada que envió don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia, que embocó por el es-

trecho de Magallánes, y desde allí vino costeando la tierra hácia el norte, hasta llegar al puerto de la ciudad de los Reyes. En este navío fueron los primeros ratones que en el Perú hubo, porque antes no los habia, y despues acá han acudido en gran número por todas las ciudades del Perú; créese que yendo las crias entre cajas ó fardeles de mercaderías que van de unas partes á otras; y así, los llaman los indios ococha, que quiere decir cosa salida de la mar.

CAPITULO III.

De la vuelta de Hernando Pizarro al Perú, y de los despachos que llevó, y del alzamiento de los indios.

Despues que don Diego de Almagro partió del Cuzco, vino de Castilla Hernando Pizarro, á quien su majestad habia dado el hábito de Santiago y hecho otras mercedes, y trajo prorogacion por ciertas leguas en la gobernacion de don Francisco Pizarro, su hermano, y la provision que hemos dicho para la nueva gobernacion de don Diego de Almagro. Y en este tiempo Mango inga, señor del Perú, estaba preso en la fortaleza del Cuzco por los conciertos que arriba tenemos dicho, que hizo con Paulo inga y con Villaoma, su hermano, de matar los cristianos; escribió á Juan Pizarro rogándole lo mandase soltar, porque Hernando Pizarro no lo hallase preso; y Juan Pizarro, que en el collado andaba conquistando un peñol de indios, lo mandó soltar. Pues llegado Hernando Pizarro al Cuzco, tomó gran amistad con el Inga y le trataba muy bien, aunque siempre le hacia guardar. Creyóse que esta amistad era á fin de pedirle algun oro para su majestad ó para sí mismo. Y dende á dos meses que llegó al Cuzco, el Inga le pidió licencia para ir á la tierra de Yucaya á celebrar cierta fiesta, prometiéndole traer de allá una estatua de oro macizo, que era al natural de su padre Guaynacaba. Y ido allá, dió conclusion en el camino á lo que concertado tenia desde que don Diego partió para Chili; y desde allí hizo luego matar á algunos mineros y gente de servicio que andaban por el campo en las estancias y minas; y envió de sobresalto un capitan con mucha gente que se apoderó de la fortaleza del Cuzco, de manera que en seis dias los españoles no se la pudieron tornar á ganar; y en la toma della mataron á Juan Pizarro una noche, de una pedrada que le dieron en la cabeza; porque, á causa de otra herida que antes tenia, no se habia podido poner la celada; la cual muerte fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bienquisto y amado de todos. Y así, vino el Inga con todo su poder sobre el Cuzco y la tuvo cercada mas de ocho meses, y cada lleno de luna la combatia por muchas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendian valientemente con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban, especialmente Gabriel de Rójas y Hernan Ponce de Leon, y don Alfonso Enriquez y el tesorero Riquelme, y otros muchos que allí habia, sin quitar las armas de noche ni de dia, como hombres que tenian por cierto que ya el Gobernador y todos los otros españoles eran muertos de los indios, que tenian noticia que en todas las partes de la tierra se habian alzado. Y así, peleaban y se defendian como hombres que no tenian mas esperanza de socorro sino en Dios y en el de sus propias fuerzas, aunque cada dia los disminuian los indios, hiriendo y matando en ellos. Y durante esta guerra y cerco Gonzalo Pizarro salió con veinte de caballo á correr la tierra hasta la laguna de Chinchero, que es á cinco leguas del Cuzco, donde tanta gente vino sobre él, que, por mucho que peleó, ya los indios le traian casi rendido, si Hernando Pizarro y Alonso de Toro no lo socorrieran con alguna gente de caballo, porque él se habia metido mas adentro en los enemigos de lo que convenia, segun la poca gente que llevaba, con mas ánimo que prudencia.

CAPITULO IV.

De cómo vino don Diego de Almagro sobre el Cuzco y prendió á Hernando Pizarro.

Ya dijimos arriba cómo, despues que Juan de Herrada llevó á Chili la provision que su majestad dió para que don Diego de Almagro fuese gobernador pasada la gobernacion de don Francisco Pizarro, se determinó de volver al Perú y apoderarse de la ciudad del Cuzco; para lo cual le daban gran priesa los caballeros principales que con él andaban, especialmente Gomez de Albarado, hermano del adelantado don Pedro de Albarado, y su tio Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, los unos con codicia de poseer los repartimientos de la tierra del Cuzco, y los otros por ambicion de quedar solos en la gobernacion de Chili. Y así, para salir con su intento trataban con las lenguas que dijesen cómo el gobernador Pizarro y los demás españoles que en el Perú quedaron habian sido muertos por los indios que se habian rebelado; porque ya la noticia del alzamiento de los indios habia llegado á aquellas partes. Pues con la instancia que toda esta gente hizo á don Diego, se volvió; y cuando llegó á seis leguas del Cuzco, sin hacer saber nada á Hernando Pizarro, se carteó con el Inga, prometiéndole de perdonarle todo lo que habia hecho si fuese su amigo y le favoresciese, porque aquella tierra del Cuzco era de su gobernacion, y que volvia á apoderarse della. Y el Inga cautelosamente le envió á decir que se fuese á ver con él; lo cual don Diego hizo, no recelándose de engaño ninguno, dejando alguna parte de su gente con Juan de Sayavedra, y llevando él toda la demás. Mas cuando el Inga vió su tiempo, dió sobre don Diego con tanta furia, que le hizo mucho daño. Y entre tanto, habiendo sabido Hernando Pizarro la venida de don Diego de Almagro, y cómo Juan de Sayavedra quedaba en el pueblo de Hurcos con la gente, salió del Cuzco con ciento y setenta hombres á punto de guerra; de lo cual siendo avisado Juan de Sayavedra, apercibió su campo, que era de trecientos españoles, y alojólos en un sitio fuerte. Y llegado Hernando Pizarro, envió á rogar á Juan de Sayavedra que se viesen solos, para tratar de medios en los negocios. Juan de Sayavedra aceptó las vistas, en las cuales se dijo que Hernando Pizarro habia ofrescido á Juan de Sayavedra mucha cantidad de pesos de oro porque le entregase la gente; lo cual Juan de Sayavedra no aceptó, ni era de creer que aceptara, por ser caballero de muy buena casta, de quien no se podia esperar que haria cosa que no debiese, aunque, por ser estas cosas que pasaron en secreto,

no se puede afirmar la certidumbre dellas mas de lo que las partes dijeron y el vulgo sospechaba, y algunos indicios en que se fundaban. Don Diego de Almagro volvió del reencuentro que arriba está dicho que tuvo con el Inga, y juntando su gente con la de Juan de Sayavedra, se vino la vuelta del Cuzco, y en el camino hizo prender cuatro hombres de caballo con una emboscada que les echó, porque tuvo aviso que se los enviaban por espías, y dellos supo muy por extenso todo lo que habia pasado en la tierra con el levantamiento de los indios, los cuales habian muerto mas de seiscientos españoles y quemado gran parte de la ciudad del Cuzco, de lo cual mostró gran sentimiento; y luego envió á requerir al cabildo del Cuzco con las provisiones reales, para que le rescibiesen por gobernador de aquella ciudad, por ser acabados mucho antes della los límites de la gobernacion del Marqués. Oida por los del cabildo esta embajada, le respondieron que hiciese medir el término de la gobernacion del Marqués, y que constando que aquella ciudad caia fuera della, le rescibirian por su gobernador. La cual averiguacion, ni entonces ni después se hizo caso, que se juntaron á medir la tierra hombres diestros en ello; pero nunca se conformaron en la forma de la medida, porque unos decian que se habian de medir las leguas que estaban señaladas para la gobernacion de don Francisco por la costa de la mar, segun iban haciendo ancones y caletas, ó por el camino real con todos sus rodeos, porque en cualquiera destas dos maneras la gobernacion del Marqués se acababa, no solamente antes del Cuzco, mas (segun algunos) aun antes de los Reyes. El Marqués pretendia que sus leguas se habian de medir por el aire, echando la cuerda derechamente sin ningun rodeo ni torcedura, ó por la línea superior del cielo, midiendo la graduacion por la altura del sol y dando tantas leguas á cada grado.

Pues tornando á la historia, Hernando Pizarro envió á decir á don Diego que él le haria desembarazar cierta parte de la ciudad donde se aposentase él y su gente seguramente, entretanto que enviaban relacion de lo que pasaba á don Francisco Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, para que se diese algun medio entre ellos, pues eran amigos y compañeros. Y algunos dicen que para tratar desto se pusieron treguas, debajo de las cuales teniéndose por seguro Hernando Pizarro, hizo á todos los vecinos y gente de guerra que se fuesen á reposar á sus casas, porque muy cansados estaban de andar armados dias y noches, sin dormir ni reposar un punto. Y como don Diego desto fué avisado, con la escuridad de la noche, especialmente por un gran nublado que sobrevino, dió asalto en la ciudad. Mas cuando Hernando y Gonzalo Pizarro sintieron el ruido se armaron á gran priesa, y como fué su casa la primera sobre que dieron, con sus criados se defendieron fuertemente, hasta que por todas partes les pusieron fuego y los prendieron. Y luego otro dia don Diego hizo que el cabildo le rescibiese por gobernador, y echó en prisiones á Hernando Pizarro y á su hermano, y aunque muchos le aconsejaron que los matase, no lo quiso hacer, por lo mucho que se lo defendió y le aseguró dellos Diego de Albarado. Y túvose por cierto que á don Diego de Almagro dieron ocasion de quebrantar las treguas ciertos indios y aun españoles que le trajeron nuevas que Hernando Pizarro mandaba quebrar las puentes y se fortalescia en el Cuzco; lo cual paresció claro, porque cuando él entraba en la ciudad dijo á grandes voces: «¡Oh, cómo me habeis engañado; qué sanas hallo todas las puentes!» De todas estas cosas ninguna sabia el Gobernador por entonces, ni lo supo de ahí á muchos dias, como adelante se dirá. Don Diego de Almagro hizo inga y dió la borla del imperio á Paulo, porque su hermano Mango inga, visto lo que habia hecho, se fué huyendo con mucha gente de guerra á unas muy ásperas montañas que llaman los Andes.

CAPITULO V.

De cómo mataron los indios muchos socorros que el Gobernador envió á sus hermanos al Cuzco.

Entre otras cosas que el gobernador don Francisco Pizarro envió á suplicar á su majestad, en remuneracion de los servicios que habia hecho en la conquista del Perú, fué una que le diese veinte mil indios perpetuos para él y sus descendientes en una provincia que llaman los Atabillos, con sus rentas y tributos y jurisdicion, y con título de marqués dellos. Su majestad le hizo merced de darle el título de marqués de aquella provincia, y en cuanto á los indios, le respondió que se informaria de la calidad de la tierra, y el daño ó perjuicio que se podia seguir de dárselos, y le haria toda la merced que buenamente hubiese lugar. Y así, desde entonces en aquella carta le intituló marqués y mandó que se lo llamasen de ahí adelante, como se lo llamó, y por este dictado le intitularémos de aquí adelante en esta historia. Pues entendida por el Marqués la rebelion de los indios por lengua dellos mismos, no pensando que á tanto riesgo hubiese llegado, comenzó á enviar socorro de gente á Hernando Pizarro al Cuzco, poco á poco, como se iba juntando, un dia diez y otro quince, y así dende en adelante, segun la posibilidad se ofrescia. Y entendido los indios que habia de hacerse este socorro, proveyeron de mucha gente de guerra en los pasos angostos y peligrosos del camino, para estorbar la jornada á los que fuesen; y así, todos cuantos el Marqués envió en diversas veces los desbarataron y mataron los indios; lo cual no hicieran si aguardara á enviarlos todos juntos. Y habiendo ido á visitar las ciudades de Trujillo y San Miguel, envió á un Diego Pizarro con setenta de caballo para este socorro, los cuales todos mataron los indios en un muy áspero paso que se llama la cuesta de Parcos, que es cincuenta leguas del Cuzco, y lo mismo hicieron á un cuñado suyo, llamado Gonzalo de Tapia, que después envió con ochenta hombres de caballo. Y tambien desbarataron al capitan Morgovejo y al capitan Gaete, con la gente que llevaron en diversos dias, sin que de toda su gente se escapase casi ninguno, y sin que los que lo seguian supiesen el desbarate los que iban adelante; teniendo tal forma, que los dejaban entrar en un valle muy hondo y angosto, y tomándoles la entrada y la salida con gran cantidad de indios, eran tantas las piedras y galgas que les echaban desde las cuestas, que casi sin venir á manos los mataban todos; y á toda esta gente, que fueron mas de trecientos

hombres de caballo, les tomaron gran cantidad de joyas y armas y ropas de seda. Y viendo el Marqués que no respondia ninguno destos socorros, envió á Francisco de Godoy, natural de Cáceres, con cuarenta y cinco de caballo, y topando á solos dos hombres de los de Gaete, que se habian escapado, y habiendo sabido dellos lo que pasaba, se volvió á gran priesa, aunque ya le tenian tomados los pasos por donde habian entrado. Y le siguieron los indios mas de veinte leguas, dándole grande guerra por delante y por la retaguardia, que no le dejaban caminar sino de noche; y así llegó á la ciudad de los Reyes, donde tambien vino el capitan Diego de Aguero con cierta gente que se habian escapado á uña de caballo, porque en sus mismos pueblos los indios los habian querido matar. Y porque tuvo nueva el Marqués que tras Diego de Aguero venia gran copia de indios de guerra, envió á un Pedro de Lerma con mas de setenta de caballo y con muchos indios amigos, que salieron al reencuentro á la gente del Inga, con los cuales pelearon gran parte del dia, hasta que en un peñol los indios se hicieron fuertes y los españoles los cercaron por todas partes, y aquel dia quebraron los dientes al capitan Lerma y hirieron otros muchos españoles, aunque no mataron mas de uno de caballo. Y los cristianos los pusieron en tal aprieto, que si el Marqués no los mandara recoger, aquel dia se diera fin á la guerra, porque los indios estaban muy apretados en aquella pequeña sierra, y no tenian lugar de pelear. Y así, cuando los españoles se retrajeron, dieron muchas gracias al Señor porque los habia escapado, haciéndole oracion y sacrificio. Y levantando de allí el real, se fueron á poner sobre una alta sierra que está junto á la ciudad de los Reyes, el rio en medio, peleando á la continua con los españoles. El caudillo destos indios era un señor llamado Tizoyopangui, y con aquel hermano del Inga que el Marqués envió con Gaete. En esta guerra que los indios dieron en la ciudad de los Reyes acaesció que muchos indios, criados de los españoles, que llamaban yanaconas, iban de dia á ganar sueldo de los indios, y de noche venian á cenar y dormir con sus señores.

CAPITULO VI.

De cómo el Marqués envió á pedir socorro á diversas partes, y cómo el capitan Alonso de Albarado le fué á socorrer.

Viendo el Marqués tanta multitud de indios sobre la ciudad de los Reyes, tuvo por cierto que Hernando Pizarro y todos los del Cuzco eran muertos, y que habia sido tan general este levantamiento, que habrian en Chili desbaratado á don Diego y á los que con él iban. Y porque los indios no pensasen que por temor detenian los navíos para huir en ellos, y tambien porque los españoles no tuviesen alguna confianza en poderse salir de la tierra por la mar, y por esto peleasen menos animosamente de lo que debian, envió á Panamá los navíos, y de camino envió al visorey de la Nueva-España y á todos los gobernadores de las Indias, pidiéndoles socorro y dándoles á entender el grande aprieto en que quedaba, significándolo con palabras de no tanto ánimo como solia mostrar en otras cosas; las cuales él puso por persuasion de algunas personas de poco corazon, que se lo aconsejaron. Y asimismo envió á mandar á su teniente de Trujillo que despoblase la ciudad, y que en un navío que para ello les envió embarcasen sus mujeres é hijos y haciendas, y los enviasen á Tierra-Firme, y ellos se viniesen con sus armas y caballos solamente á le ayudar; porque él tenia por cierto que tambien habian de acudir los indios sobre ellos y no estaba en tiempo de los poder socorrer; y así, era mejor que todos se hiciesen un cuerpo, aunque mandó que la venida fuese secreta, creyendo que, no sabiéndola los indios, por ir sobre ellos se dividirian, y ellos así, lo hicieron, aunque, estando para se partir, les llegó el capitan Alonso de Albarado, con toda la gente que traia en el descubrimiento de los Chachapoyas, porque el Marqués les habia enviado á mandar que, dejada la conquista, los viniese á socorrer. Y así, poniendo alguna gente de guerra de la que traia en defensa de la ciudad de Trujillo, él con lo restante se fué á la ciudad de los Reyes en socorro del Marqués. Y como llegó, le hizo su capitan general, en lugar de Pedro de Lerma, que hasta entonces lo habia sido; por el cual desabrimiento Pedro de Lerma hizo el motin que adelante se dirá. Y así, viéndose el Marqués con pujanza de gente, le paresció socorrer á lo mas peligroso, y envió al capitan Alonso de Albarado con trecientos españoles de pié y de caballo, que fué talando y conquistando la tierra. Y á cuatro leguas de la ciudad de Pachacamá tuvo una recia batalla con los indios, los cuales desbarató, y mató muchos dellos, y prosiguió su camino la via del Cuzco. Y adelante, al pasar de un despoblado, padesció gran trabajo, porque se le murieron mas de quinientos indios de servicio, de sed; y si los de caballo no corrieran, y con vasijas llenas de agua volvieran á socorrer los de á pié, créese que todos perecieran, segun estaban fatigados. Y yendo así conquistando, le alcanzó en la provincia de Jauja Gomez de Tordoya, natural de Villanueva de Barcarota, con otros docientos hombres de pié y de caballo que tras él envió. Y con todos quinientos hombres Alonso de Albarado caminó hasta la puente de Lumichaca, donde los cercaron los indios por todas partes, y hubo con ellos batalla, en que los venció, y mató muchos dellos, y de ahí adelante siempre fueron peleando con él hasta la puente de Abancay, donde fué certificado de la prision de Hernando y Gonzalo Pizarro, y de todo lo mas que en el Cuzco habia pasado, y propuso no pasar adelante hasta tener mandado de lo que habia de hacer. Y como don Diego de Almagro supo la venida de Alonso de Albarado, envió á Diego de Albarado con otros siete ó ocho caballeros á notificarles sus provisiones; los cuales en llegando, Alonso de Albarado prendió, y respondió que enviase á notificar aquellas provisiones al Marqués, porque él no era parte para tratar de aquel negocio. Y como don Diego vió que sus mensajeros no volvian, temiendo que Alonso de Albarado por otro camino se iria á entrar en el Cuzco, se volvió á gran priesa, porque ya habia salido tres leguas de la ciudad, y desde á quince dias sacó su gente sobre Alonso de Albarado, porque supo que Pedro de Lerma tenia ordenado un motin para pasársele con mas de ochenta hombres. Y cuando don Diego llegó cerca de Alonso de Albarado, sus corredores prendieron á Pedro Alvarez Holguin, que adelante iba descubriendo el



campo, con una celada que le echó. Y sabiendo Alonso de Albarado la prision, quiso él tambien prender á Pedro de Lerma por la sospecha que dél ya tenia; el cual se le huyó aquella noche, llevando las firmas de todos aquellos con quien dejaba hecho concierto. Y don Diego una noche llegó á la puente, porque supo que Gomez de Tordoya y un hijo del coronel Villalba le estaban aguardando, y mucha parte de su gente envió por el vado, donde supo que los conjurados con Pedro de Lerma guardaban el paso; los cuales se le dieron, y aun los animaban para que pasasen sin miedo, y se supo cómo algunos destos conjurados habian hecho el trato de tan buena gana, que, haciendo la guardia aquella noche, hurtaron mas de cincuenta lanzas á los de Alonso de Albarado y las echaron por el rio abajo. Pues cuando Alonso de Albarado quiso acometer, faltáronle los del motin y otra mucha gente de su ejército que por buscar sus lanzas no acudieron; y así, muy fácilmente don Diego los desbarató, sin muerte de españoles; y allí quebraron los dientes con una pedrada á Rodrigo Orgoños. Y después de saqueado el real y preso Alonso de Albarado, se volvió al Cuzco, haciendo algunos malos tratamientos á los vencidos y quedando tan soberbios, que decian que no habia de quedar en todo el Perú pizarra en que tropezar, y que el Marqués y sus hermanos se habian de ir á gobernar á los manglares, bajo de la línea Equinocial.

CAPITULO VII.

De cómo el Marqués iba en socorro de sus hermanos al Cuzco, y sabido el vencimiento de Alonso de Albarado, se volvió á los Reyes.

Con las victorias que Alonso de Albarado hubo de los indios yendo camino del Cuzco, así en Pachacamá como en Lumichaca (segun arriba está dicho), el Inga y Tizoyopangui tuvieron por bien alzar el real de sobre la ciudad de los Reyes. Y viéndose el Marqués libre y con mucha gente, se partió para el Cuzco en socorro de sus hermanos, llevando consigo mas de sietecientos hombres de pié y de caballo; el cual socorro él pensaba que hacia contra los indios, porque ninguna cosa sabia de la vuelta de don Diego de Almagro ni de lo que dello habia resultado; y mucha parte desta gente le habia enviado don Alonso de Fuen-Mayor, arzobispo y presidente de la isla de Santo Domingo, con Diego de Fuen-Mayor, su hermano, y el licenciado Gaspar de Espinosa habia traido alguna parte della desde Panamá; y asimismo un Diego de Ayala (á quien el Marqués envió á Nicaragua) habia acudido con cierto socorro. Y yendo el Marqués con este ejército por el camino de los llanos, en la provincia de la Nasca, á veinte y cinco leguas de los Reyes, le vinieron nuevas de la vuelta de don Diego y de todas las otras particularidades que después della habian sucedido (segun arriba se ha contado), lo cual sintió con el pesar que era razon; y paresciéndole que su gente iba aderezada, como quien habia de pelear con indios, determinó volverse á la ciudad de los Reyes y proveerse como contra españoles; y así lo hizo, enviando al Cuzco al licenciado Espinosa para que diese algun corte entre él y don Diego, atrayéndole á ello; con que si su majestad sabia lo que habia pasado, y que ellos no estaban conformes, enviaria otro en lugar de ambos, que gozase lo que ellos habian ganado con tanto trabajo; y que cuando otra cosa no pudiese, acabase con don Diego que soltase sus hermanos y él se estuviese en el Cuzco sin bajar de allí abajo, hasta que consultado, su majestad proveyese y mandase lo que cada uno dellos habia de gobernar. Y con esta embajada fué el licenciado Espinosa, aunque ningun medio pudo tomar, y sin concluír el negocio fallesció. Y don Diego bajó con su gente á los llanos, dejando en el Cuzco por su teniente al capitan Gabriel de Rójas, y presos en su poder á Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, y llevando consigo preso á Hernando Pizarro; y así continuó su camino hasta la provincia de Chincha, que es veinte leguas de los Reyes, y allí hizo un pueblo en lugar de posesion de gobernador.

CAPITULO VIII.

De cómo el Marqués hizo gente y se soltaron de la prision Alonso de Albarado y Gonzalo Pizarro, y de lo que pasó con ellos.

Como el Marqués llegó á la ciudad de los Reyes, luego hizo tocar atambores y dió paga á la gente y engrosó su ejército, con título de defenderse de don Diego, que decia venirle ocupando su gobernacion; y en pocos dias juntó mas de sietecientos hombres de pié y de caballo, y entre ellos muchos arcabuceros; porque en la compañía de Diego de Fuen-Mayor habia venido un capitan Pedro de Vergara (á quien arriba tenemos dicho que se encomendó el descubrimiento de los Bracamoros), el cual traia de Flándes, donde era casado, gran copia de arcabuces y de toda la municion dellos; porque hasta entonces no habia tantos en el Perú que se pudiese juntar compañía ni número cierto de arcabuceros. Y á este Vergara y á Nuño de Castro nombró el Marqués por capitanes de arcabuceros, y á Diego de Urbina, natural de Orduña, sobrino del maestre de campo Juan de Urbina, nombró por capitan de piqueros, y de gente de caballo á Diego de Rójas y á Peranzúres y Alonso de Mercadillo, y hizo maestre de campo á Pedro de Valdivia, y sargento mayor á Antonio de Villalva, hijo del coronel Villalva. En este tiempo Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado (que, como dijimos, quedaron presos en el Cuzco) se soltaron, y se vinieron con mas de setenta hombres al Marqués, habiendo prendido á Gabriel de Rójas, teniente de don Diego. Con su venida holgó mucho el Marqués, así por verlos fuera de peligro como porque con ellos tomó grande ánimo toda la gente; y luego hizo á Gonzalo Pizarro capitan general y Alonso de Albarado capitan de gente de á caballo. Y como don Diego supo la soltura de los presos y la gran pujanza de gente que el Marqués tenia, determinó tomar algun partido con él, y aun de moverle él por su parte, enviando á ello con su poder á don Alonso Enriquez y al factor Diego Nuñez de Mercado y al contador Juan de Guzman, para que se viese con don Diego. Y después de haber pasado entre ellos grandes tratos, el Marqués lo dejó todo por via de compromiso en manos de fray Francisco de Bobadilla, provincial en aquellas partes de la órden de la Merced, y lo mismo hizo don Diego. Y fray Francisco, usando de su poder, dió entre ellos sentencia, por la cual mandó que ante todas cosas fuese

suelto Hernando Pizarro y restituida la posesion del Cuzco al Marqués, como primero la tenia, y que se deshiciesen los ejércitos, enviando las compañías, así como estaban hechas, á descubrir la tierra por diversas partes, y que diesen noticia de todo á su majestad para que proveyese lo que fuese servido. Y para que en presencia se viesen y hablasen el Marqués y don Diego, trató que con cada doce de caballo se viniesen á un pueblo que se llamaba Mala, que estaba entre los dos ejércitos; y así, se partieron á las vistas, aunque Gonzalo Pizarro, no se fiando de las treguas ni palabra de don Diego, se partió luego en pos dél con toda la gente, y se fué á poner secretamente junto al pueblo de Mala, y mandó al capitan Castro que con cuarenta arcabuceros se emboscase en un cañaveral que estaba en el camino por donde don Diego habia de pasar, para que si don Diego trajese mas gente de guerra de la concertada, disparase los arcabuces, y él acudiese á la seña dellos.

CAPITULO IX.

De cómo se vieron los gobernadores, y fué suelto Hernando Pizarro.

Cuando don Diego partió de Chincha para ir á Mala con sus doce caballeros, dejó mandado á Rodrigo Orgoños, que era su general, que estuviese á mucho recaudo y tuviese su gente á punto, para que si el Marqués trajese mas gente acudiese él luego, y hiciese de Hernando Pizarro lo mismo que él viese que se hacia dél en las vistas; y así, cuando llegaron á juntarse, se abrazaron ambos amorosamente, y después de haber pasado algunas pláticas sin tocar en el negocio principal, un caballero de los del Marqués se llegó á don Diego al oido, y le dijo: «Váyase vuestra señoría de aquí, que le cumple; porque yo, como su servidor, le aviso dello;» lo cual decia teniendo noticia de la venida de Gonzalo Pizarro. Y como don Diego lo entendió, pidió á gran priesa su caballo. Y como algunos caballeros del Marqués sintieron que se queria ir, le persuadieron que le prendiese, pues lo podia hacer tan fácilmente con los arcabuceros que Nuño de Castro tenia en la emboscada; y el Marqués nunca lo permitió, por haber venido debajo de su palabra, ni creyó que se volviera sin concluir á lo que habia venido. Y como don Diego, al tiempo que se fué, vió la emboscada, tuvo por cierto el aviso que le habian dado; y vuelto á su real, se quejaba del Marqués, diciendo que lo habian querido prender sin querer rescibir las disculpas que para ello el Marqués le daba. Y después desto, por medio é intercesion de Diego de Albarado, don Diego de Almagro soltó á Hernando Pizarro debajo de cierta pleitesía que entre ellos hubo, para que el Marqués le daria navío y puerto seguro para enviar y rescibir despachos de España, y que hasta tanto que nuevo mandado de su majestad viniese, no iria el uno contra el otro. Esta soltura de Hernando Pizarro contradijo mucho Rodrigo Orgoños, porque habia visto algunos malos tratamientos que en la prision se le hicieron, pensando que se querria vengar dellos teniendo poder, y su voto siempre fué que le cortasen la cabeza; pero valió mas el parecer de Diego de Albarado, confiado en el concierto que se habia hecho. Y suelto Hernando Pizarro, don Diego le envió al Marqués acompañado de su hijo y de otros caballeros. Y aun apenas era partido, cuando don Diego se arrepintió de lo hecho, y se cree que lo volviera á la prision; sino que se dió tanta priesa á salir de su poder, que en breve tiempo habia andado la mayor parte del camino, hasta que topó con la gente mas principal del Marqués, que le salia á rescebir.

CAPITULO X.

De cómo el Marqués fué sobre don Diego, y él se retiró hácia el Cuzco.

Ya cuando se hicieron aquellos conciertos el Marqués tenia provision y mandado de su majestad, que habia traido Pedro Anzúres, para que ambos gobernadores se estuviesen en la tierra que cada uno tuviese descubierta, poblada y conquistada al tiempo de la notificacion, aunque fuese en los límites de la gobernacion del otro, hasta tanto que su majestad proveyese en el negocio principal lo que de justicia se debiese hacer. Y con esta provision, después que el Marqués tuvo en su poder á Hernando Pizarro, envió á requerir á don Diego para que se saliese de la tierra y pueblos que él habia descubierto y poblado, como su majestad lo mandaba. Don Diego respondió que él estaba presto de guardar y cumplir la provision y lo que en ella se contenia, que era que cada uno se estuviese en la tierra y pueblos de la forma y manera en que los tomase la notificacion de la provision, y que antes, con la mesma provision, él requeria al Marqués que le dejase estar sin guerra ni contienda alguna, como se estaba á la sazon, con protestacion de obedescer y cumplir otra cualquiera cosa que sobre ello su majestad les enviase á mandar. El Marqués replicó que él tenia primero aquellos pueblos y ciudad y tierra del Cuzco, y la habia descubierto y poblado, y que él le habia desposeido della por fuerza; por tanto, que se saliese de la tierra conforme á lo que su majestad mandaba; donde no, que él le echaria della, pues ya era cumplido el plazo y pleitesía que habian hecho, con el nuevo mandado de su majestad. Y como don Diego esto no quiso hacer, el Marqués fué sobre él con toda su gente; y don Diego se fué retrayendo hácia el Cuzco, y se hizo fuerte en una muy alta sierra que se llama de Guaytara, cortando todos los pasos de aquel áspero camino; y Hernando Pizarro le iba siguiendo con cierta gente, y subió una noche la sierra por un secreto camino, y con los arcabuceros le ganó el pasó, de tal manera, que á don Diego le convino huir; y porque él iba enfermo, se adelantó, dejando en la retaguardia á Rodrigo Orgoños, que muy ordenadamente se fuese retirando. El cual, sabiendo de dos de caballo de los del Marqués, á quien prendió una noche, que le iban siguiendo, apresuró el camino, aunque los mas de su ejército decian que volviese sobre ellos, porque ya sabia que todos los que subian de los llanos á la sierra, los primeros dias se mareaban y estaban sin sentido, como los que comienzan á navegar; lo cual Rodrigo Orgoños no quiso hacer, por no ir contra la órden de su gobernador; aunque se cree que le sucediera bien si lo hiciera, porque la gente del Marqués iba mareada y maltratada de las muchas nieves que habia en la sierra, y recibiria mucho daño; y por ir tales, el Marqués se

volvió con el ejército á los llanos, y don Diego se fué al Cuzco quebrando siempre las puentes, porque creia que le iban siguiendo. Don Diego estuvo en el Cuzco mas de dos meses haciendo gente y otras municiones y aparejos de guerra, y haciendo armas de plata y cobre, y fundiendo artillería y todo lo demás que le era necesario.

CAPITULO XI.

De cómo Hernando Pizarro fué al Cuzco con su ejército y se dió la batalla de las Salinas y prendieron á don Diego de Almagro.

Estando el Marqués con todo su ejército en los llanos, de vuelta de la sierra, halló entre su gente diversos pareceres de lo que debia hacer; y al fin se resumió en que Hernando Pizarro fuese con el ejército que tenia hecho por su teniente á la ciudad del Cuzco, llevando por capitan general á Gonzalo Pizarro, su hermano; y que la ida fuese con título y color de cumplir de justicia á muchos vecinos del Cuzco que con él andaban, que se le habian quejado que don Diego de Almagro les tenia por fuerza entradas y ocupadas sus casas y repartimientos de indios, y otras haciendas que tenian en la ciudad del Cuzco; y así, partió la gente para allá, y el Marqués se volvió á la ciudad de los Reyes; y llegado Hernando Pizarro por sus jornadas á la ciudad una tarde, todos sus capitanes quisieron bajar á dormir al llano aquella noche; mas Hernando Pizarro no quiso sino asentar real en la sierra. Y cuando otro dia amaneció, ya Rodrigo Orgoños estaba en campo aguardando la batalla con toda la gente de don Diego, por capitanes de los de á caballo á Francisco de Chaves y á Juan Tello y Vasco de Guevara. Y por la parte de la sierra tenia con algunos españoles muchos indios de guerra para se ayudar dellos; y dejó presos en dos cabos de la fortaleza del Cuzco todos los amigos y servidores del Marqués y de sus hermanos, que en la ciudad estaban, que eran tantos y el lugar tan angosto, que algunos se ahogaron. Y otro dia de mañana, habiendo oido misa Gonzalo Pizarro y su gente, bajaron al llano, donde ordenaron sus escuadrones, y caminaron hácia la ciudad con intento de se ir á poner en un alto que estaba sobre la fortaleza; porque creian que viendo don Diego la pujanza de gente que tenian, no le osaria dar la batalla; la cual ellos deseaban excusar por todas vias, por el daño que della esperaban. Mas Rodrigo Orgoños estaba en el camino real con toda su gente y artillería, aguardando muy fuera deste pensamiento, creyendo que no le podrian entrar por otra parte, á causa de una ciénaga que allí habia. Mas como Hernando Pizarro lo descubrió, mandó al capitan Mercadillo que con su gente de caballo estuviese por sobresaliente, así para pelear con los indios de guerra si acometiesen, como para socorrer en la mayor priesa de la batalla; y antes que rompiesen se mezcló una pelea entre los indios que iban con Hernando Pizarro y los de don Diego. Los de caballo de Pizarro tentaron la ciénaga, y entre tanto los arcabuceros sobresalientes entraron por ella adelante, y tiraron de tal manera á un escuadron de don Diego, de los de caballo, que le hicieron retraer. Y cuando Pedro de Valdivia, maestre de campo del Marqués, los vió retraer, certificó la victoria por su parte. Y los de don Diego tiraron un tiro, que llevó cinco hombres de los del Marqués. Y cuando Hernando Pizarro y su gente tuvieron pasada la ciénaga y un arroyo que allí habia, fueron muy ordenadamente contra los enemigos, avisando á cada capitan de lo que habia de hacer al tiempo del romper, y esforzando la gente cuanto podia. Y porque vió Hernando Pizarro que los piqueros de don Diego tenian arboladas las picas, mandó á los arcabuceros que tirasen por alto, de manera que dos rueiadas le llevaron mas de cincuenta picas. Y Rodrigo Orgoños, viendo esto, mandó á sus capitanes que rompiesen; y como vió que se detenian, arremetió con su batalla hácia la parte siniestra, donde habia visto que Hernando Pizarro iba muy señalado delante los escuadrones, y Orgoños iba diciendo á voces: «¡Oh Verbo divino! síganme los que quisieren; que yo á morir voy.» Como Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado vieron el través que Orgoños les mostró, rompieron por los enemigos de manera que derribaron mas de cincuenta hombres en el suelo. Y cuando Rodrigo Orgoños acometió le hirieron con un perdigon de arcabuz por la frente, habiéndole pasado la celada; y él con su lanza, después de herido, mató dos hombres y metió un estoque por la boca á un criado de Hernando Pizarro, pensando que era su amo, porque iba muy bien ataviado. Y como ambos ejércitos se mezclaron, pelearon tan fuertemente, que los capitanes y gente del Marqués hicieron volver las espaldas á los de don Diego, matando é hiriendo muchos dellos. Y cuando don Diego los vió huir desde un alto donde los estaba mirando (porque á causa de estar enfermo no entró en la batalla), dijo: «Por nuestro Señor, que pensé que á pelear habiamos venido.» Y teniendo dos caballeros rendido á Rodrigo Orgoños, llegó otro que dél habia recebido cierta injuria, y le cortó la cabeza; y de aquella manera mataron á algunos rendidos, sin que fuesen parte para lo estorbar Hernando Pizarro y los capitanes, aunque lo procuraban con harta diligencia; porque, como los de Alonso de Albarado estaban afrentados de la rota que habian rescibido en la puente de Abancay, procuraban de se vengar como podian; tanto, que llevando uno tendido en las ancas de su caballo al capitan Ruy Díaz, llegó otro, y de un golpe de lanza le mató. Pues viendo don Diego vencida su gente, se fué huyendo á meter en la fortaleza del Cuzco, donde le prendieron Alonso de Albarado y Gonzalo Pizarro, que iban en su seguimiento. Los indios, viendo la batalla fenescida, ellos tambien se dejaron de la suya, yendo los unos y los otros á desnudar los españoles muertos y aun algunos vivos que por sus heridas no se podian defender; porque, como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no hubo quien se lo impidiese; de manera que dejaron en cueros á todos los caidos. Y los españoles, vencedores y vencidos, escaparon tales del reencuentro, que muy fácilmente los indios los pudieran vencer si tuvieran ánimo para dar sobre ellos, como lo tenian concertado. Este reencuentro se dió á 26 de abril de 1538 años.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió después de la batalla de las Salinas, y cómo se vino á España Hernando Pizarro.

Fenescida esta batalla, Hernando Pizarro trabajó mucho de venir en gracia con los capitanes de don Diego que habian quedado vivos, y como no pudo acabarlo, muchos desterró del Cuzco. Y porque vió que no tenia posibilidad de satisfacer los que le habian servido, porque cada uno pensaba que con darle toda la gobernacion no quedaba pagado, acordó de deshacer el ejército, enviando la gente á nuevos descubrimientos, de qué ya se tenia noticia, con lo cual hacia dos cosas: la una remunerar sus amigos, y la otra desterrar sus enemigos. Y así, envió al capitan Pedro de Candía con trecientos hombres suyos y de los de don Diego, para que entrase á cierta conquista de cuya riqueza se tenia mucha fama. Y como por aquella parte Pedro de Candía no pudo entrar por la aspereza de la tierra, se volvió hácia el Collao con toda la gente casi amotinada; porque un Mesa, que habia sido capitan de la artillería del Marqués, habia dicho que, aunque pesase á Hernando Pizarro, pasaria por la tierra del Collao. A lo cual se atrevió por el favor que le daba la gente de don Diego que allí habia, porque nunca acababan de allanar los pensamientos. Y así, Candía envió preso á este Mesa, con el proceso y averiguaciones que contra él hicieron, á Hernando Pizarro. Y como él entendió que mientras don Diego fuese vivo nunca acabaria de quietarse la tierra ni sosegarse la gente, porque en esta probanza y en otras que Hernando Pizarro hizo halló en diversas partes motines de gente conjurada para venir á sacar de la prision á don Diego y alzarse con la ciudad; por todo lo cual le pareció que convenía matar á don Diego, justificando su muerte con las culpas que habia tenido en todas las alteraciones pasadas, de que arriba se ha hecho mencion, diciendo que él habia sido causa y fundamento dellas, por haber al principio entrado con gente de guerra en la ciudad y ocupádola por su propria autoridad, y muerto mucha gente de los que le resistieron, y llegado con ejército y banderas tendidas á la provincia de Chincha (que no habia duda ser de la gobernacion del Marqués); y así, le sentenció á muerte. Y como don Diego oyó la sentencia, hacia y decia muchas lástimas á Hernando Pizarro, trayéndole á la memoria que él habia sido la causa que él y su hermano hubiesen subido en el estado en que estaban, y les habia dado hacienda para ello; y que se acordase cómo le habia él soltado graciosamente de la prision en que le tuvo, no queriendo tomar el consejo de sus capitanes, que le persuadian á que le matase; y que si algun mal tratamiento habia rescebido en la prision, ni él lo habia mandado ni sido sabidor dello; y que considerase que era muy viejo, y que, aunque entonces no le matase, la misma edad y tiempo le condenaria á muerte en breve. Y á esto Hernando Pizarro le respondió que no eran aquellas palabras para que una persona de tanto ánimo como él las dijese ni se mostrase tan pusilánime; y que pues su muerte no se podia excusar, que se conformase con la voluntad de Dios, muriendo como cristiano y como caballero. Y á esto le satisfizo don Diego con que no se maravillase de que él temiese la muerte como hombre y pecador, pues la humanidad de Cristo la habia temido. Y en fin, Hernando Pizarro, en ejecucion de su sentencia, le hizo degollar. Y luego fué al Collao sobre la gente del capitan Candía, é hize justicia de Mesa, que habia sido el inventor del motin; y con los trecientos hombres tornó á enviar al capitan Pedro Anzúres á una entrada, donde pensaron perecer todos de hambre, por las muchas ciénagas y maleza de la tierra; y en tanto quedó conquistando la tierra del Collao, que es una tierra llana y muy poblada de minas de oro, y por ser muy fria no se cria maíz en ella; y los indios comen unas raíces que llaman papas, que son de hechura y aun casi sabor de turmas de tierra; y hay en ella mucho ganado de las ovejas que hemos dicho. Y como Hernaudo Pizarro supo que el Marqués, su hermano, era venido al Cuzco, se vino á ver con él, dejando en su lugar, para que continuase la conquista, á Gonzalo Pizarro, su hermano, que llegó á descubrir hasta la provincia de los Charcas, donde le cercaron muchos indios de guerra que sobre él vinieron, y le pusieron en tanto aprieto, que fué forzado Hernando Pizarro á volverlo á socorrer desde el Cuzco con mucha gente de caballo; y porque mas presto les llegase el socorro, fingió el Marqués que él en persona iba á ello, y salió de la ciudad dos ó tres jornadas. Y como Hernando Pizarro llegó adonde Gonzalo Pizarro estaba, halló que los indios eran ya todos desbaratados. Y anduvieron algunos dias conquistando aquella tierra, donde hubieron muchos reencuentros con los indios, hasta que prendieron á Tizo, capitan dellos; y así, volvieron ambos al Cuzco, donde fueron graciosamente rescebidos del Marqués, el cual dió de comer en la tierra á todos los que hubo lugar, y á los otros envió á ciertas conquistas con los capitanes Vergara y Porcel (que arriba hemos contado), y por otra parte envió al capitan Alonso Mercadillo y al capitan Juan Perez de Guevara. Y al maestre de campo Pedro de Valdivia envió á la tierra de Chili, dónde don Diego se habia vuelto. Y todo esto hecho, y asentada la tierra y derramada la gente, Hernando Pizarro se partió para España á dar cuenta á su majestad de todo lo sucedido, aunque de muchos fué aconsejado que no lo hiciese, porque no sabian cómo se habria tomado la muerte de don Diego. Y cuando vino, aconsejó al Marqués, su hermano, que no se fiase de los de don Diego, que comunmente llamaban los de Chili, ni los dejase juntar, y que cuando viese que de seis arriba estaban juntos, supiese que le trataban la muerte.

CAPITULO XIII.

De lo que acaeció al capitan Valdivia en el viaje de la provincia de Chili y después de llegado.

Pedro de Valdivia llegó con su gente á la provincia de Chili, donde los indios le rescibieron de paz cautelosamente, porque tenian sus sementeras por coger, que aun no estaban de sazon; y después que las cogieron se alzó toda la tierra y dieron sobre algunos españoles que andaban fuera de la poblacion, y mataron catorce dellos. Y Valdivia los fué á socorrer; y andando en esta guerra, se quisieron alzar contra él algunos españoles, que él ahorcó en sabiéndolo, especialmente al capitan

Pedro Sancho de Hos, que habia ido con él casi á título de compañero. Y en tanto que él andaba en el campo, por otra parte vinieron sobre la ciudad mas de siete mil indios de guerra, que pusieron en mucho estrecho á los pocos españoles que para la guarda della habian quedado con los capitanes Francisco de Villagran y Alonso de Monroy, que no tenian mas de treinta hombres de caballo, los cuales salieron al campo y pelearon valerosamente con los indios flecheros desde la mañana hasta que los despartió la noche, que todos quedaron muy cansados y heridos. Y los indios tuvieron por bien de se retirar por las muertes y gran daño que en aquel dia rescibieron. Y de allí adelante toda la mas desta tierra estuvo de guerra por mas de ocho años, y en todos ellos Valdivia y su gente le resistieron sin desamparar la tierra; antes hacia á sus soldados que sembrasen y arasen, y cogian frutos para mantenerse, por no se poder servir de los indios en la labor, y así se sostuvo hasta que volvió al Perú, en tiempo que el licenciado de la Gasca estaba haciendo gente contra Gonzalo Pizarro, en todo lo cual él le sirvió y ayudó, como adelante se dirá.

LIBRO CUARTO.

QUE TRATA DEL VIAJE QUE GONZALO PIZARRO HIZO AL DESCUBRIMIENTO DE LA PROVINCIA DE LA CANELA, Y DE LA MUERTE DEL MARQUÉS.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Gonzalo Pizarro se aderezó para la jornada de la Canela.

Después desto, se tuvo noticia en el Perú que en la tierra de Quito, hácia la parte del oriente, habia un descubrimiento de una tierra muy rica y donde se criaba abundancia de canela, por lo cual se llamó vulgarmente la tierra de la Canela. Y para la conquistar y poblar determinó el Marqués enviar á Gonzalo Pizarro, su hermano; y porque la salida se habia de hacer desde la provincia de Quito, y allí habian de acudir y proveerse de las cosas necesarias, renunció la gobernacion de Quito en Gonzalo Pizarro, en confianza que su majestad le haria merced della; y así, se partió para allá Gonzalo Pizarro con mucha gente que para este descubrimiento llevaba, y en el camino le convino pelear con los indios de la provincia de Guanuco, que le salieron de guerra, y le pusieron en tanto aprieto, que fué necesario que el Marqués enviase en su socorro á Francisco de Chaves; y así llegó Gonzalo Pizarro á Quito. Y en este tiempo el Marqués envió á Gomez de Albarado á conquistar y poblar la provincia de Guanuco, porque della habian ido ciertos caciques llamados los conchucos, con mucha gente de guerra, sobre la ciudad de Trujillo, y mataban cuantos españoles podian, y aun robaban y hacian mucho daño en los mismos indios sus comarcanos, y los que mataban y lo que robaban lo ofrescian todo á un ídolo que consigo traian, que llamaban la Cataquilla. Y así anduvieron hasta que de la ciudad de Trujillo salió Miguel de la Serna, vecino della, con la gente que pudo sacar, y juntándose con Francisco de Chaves, pelearon con los indios hasta que los vencieron y desbarataron.

CAPITULO II.

De cómo Gonzalo Pizarro partió de Quito y llegó á la Canela, y de lo que acaesció en el camino.

Habiendo aderezado Gonzalo Pizarro las cosas necesarias para su viaje, partió de Quito, llevando consigo quinientos españoles bien aderezados, los ciento de caballo con dobladura, y mas de cuatro mil indios amigos, y tres mil cabezas de ovejas y puercos. Y después que pasó una poblacion que se llamaba Inga, llegó á la tierra de los Quixos, que es la última que conquistó Guaynacaba hácia la parte del septentrion, donde los indios le salieron de guerra, y en una noche desaparecieron todos, que nunca mas ninguno pudieron haber. Y después de haber allí reposado algunos dias en las poblaciones de los indios, sobrevino un tan gran terremoto con temblor y tempestad de agua y relámpagos y rayos y grandes truenos, que, abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron mas de quinientas casas; y tanto cresció un rio que allí habia, que no podian pasar á buscar comida, á cuya causa padescieron gran necesidad de hambre. Y después de partidos destas poblaciones, pasó unas cordilleras de sierras altas y frias, donde muchos de los indios de su compañía se quedaron helados. Y á causa de ser aquella tierra falta de comida, no paró hasta una provincia llamada Zumaco, que está en las faldas de un alto volcan, donde, por haber mucha comida, reposó la gente, en tanto que Gonzalo Pizarro, con algunos dellos, entró por aquellas montañas espesas á buscar camino; y como no le halló, se fué á un pueblo que llamaron de la Coca, y de allí envió por toda la gente que habia dejado en Zumaco, y en dos meses que por allí anduvieron, siempre les llovió de dia y de noche, sin que les diese el agua lugar de enjugar la ropa que traian vestida. Y en esta provincia de Zumaco, y en cincuenta leguas al derredor, hay la canela de que llevaban noticia, que son unos grandes árboles con hojas como de laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda que se crian en unos capullos; y aunque esta fruta y las hojas y corteza y raíces del árbol tienen sabor y olor y sustancia de canela, pero la mas perfecta es aquellos capullos que son de hechura (aunque mayores) de los capullos de bellotas de alcornoque; y aunque en toda la tierra hay muchos deste género de árbo-

les silvestres que nascen y fructifican sin ninguna labor, los indios tienen muchos dellos en sus heredades y los labran, y así nasce dellos mas fina canela que de los otros; y tiénenla ellos en mucho, porque la rescatan en las tierras comarcanas por los mantenimientos y ropa y todas las otras cosas que han menester para su sustentacion.

CAPITULO III.

De los pueblos y tierras que pasó Gonzalo Pizarro hasta que llegó á la tierra donde hizo un bergantin.

Pues dejando Gonzalo Pizarro en esta tierra de Zumaco la mayor parte de la gente, se adelantó con los que mas sanos y recios estaban, descubriendo el camino segun los indios le guiaban, y algunas veces por los echar de sus tierras les daban noticias fingidas de lo de adelante, engañándolos, como lo hicieron los de Zumaco, que le dijeron que mas adelante estaba una tierra de gran poblacion y comida, lo cual halló ser falso, porque era tierra mal poblada, y tan estéril, que en ninguna parte della se podia sustentar, hasta que llegó á aquellos pueblos de la Coca, que era junto á un gran rio, donde paró mes y medio, aguardando la gente que en Zumaco habia dejado, porque en esta tierra les vino de paz el señor della. Y de allí caminaron todos juntos el rio abajo, hasta hallar un saltadero que en el rio habia de mas de docientos estados, por donde el agua se derriba con tan gran ruido, que se oia mas de seis leguas, y dende á ciertas jornadas se recogia el agua del rio en una tan pequeña angostura, que no habia de una orilla á otra mas de veinte piés, y era tanta la altura desde las peñas hasta llegar al agua, como la del saltadero que hemos dicho, y de una parte y de otra era peña tajada, y en cincuenta leguas de camino no hallaron por donde pasar sino por allí, que les defendian los indios el paso, hasta que, habiéndolo ganado los arcabuceros, hicieron una puente de madera, por donde seguramente pasaron todos. Y así, fueron caminando por una montaña hasta la tierra que llamaron de Guema, que era algo rasa y de muchas ciénagas y de algunos rios, donde habia tanta falta de comida, que no comia la gente sino frutas silvestres, hasta que llegaron á otra tierra donde habia alguna comida y era medianamente poblada. Y los indios andaban vestidos de algodon, y en todas las otras tierras que habian pasado andaban en cueros, ó por el demasiado calor que á la continua habia, ó porque no alcanzan ropa; solamente traian atados los prepucios con unas cuerdas de algodon por entre las piernas (que se iban á atar á unas cintas que traen ceñidas por los lomos), y las mujeres traian pañetes, sin otro ningun vestido. Y allí hizo Gonzalo Pizarro un bergantin para pasar á la otra parte del rio á buscar comida y para llevar por el rio abajo la ropa y otros fardajes y á los enfermos, y aun para caminar él por el rio, porque en las mas partes, á causa de ser la tierra tan anegada, que aun con machetes y hachas no podian hacer el camino. Y en hacer este bergantin pasaron muy gran trabajo, porque hubieron de cimentar fraguas para el herraje, en lo cual se aprovecharon de las herraduras de los caballos muertos, porque ya no habia otro hierro, y hicieron hornos para el carbon. Y en todos estos trabajos hacia Gonzalo Pizarro que trabajasen desde el mayor hasta el menor, y él por su persona era el primero que echaba mano de la hacha y del martillo; y en lugar de brea se aprovecharon de una goma que allí distilan los árboles, y por estopa usaron de las mantas viejas de los indios y de las camisas de los españoles, que estaban podridas de las muchas aguas, contribuyendo cada uno segun podia. Y así, finalmente, dieron cabo en la obra y echaron el bergantin al agua, metiendo en él todo el fardaje; y juntamente con él hicieron ciertas canoas, que llevaban con el bergantin.

CAPITULO IV.

De cómo Francisco de Orellana se alzó y fué con el bergantin, y de los trabajos que sucedieron á causa desto.

Gonzalo Pizarro cuando tuvo hecho el bergantin pensó que todo su trabajo era acabado, y que con él descubriria toda la tierra; y así, continuó su camino, llevando el ejército por tierra, por las grandes ciénagas y atolladares que habia por la orilla del rio y espesuras de montes y cañaverales, haciendo el camino á fuerza de brazos con espadas y machetes y hachas, y cuando no podian caminar por la una parte del rio se pasaban á la otra en el bergantin; y siempre caminaban con tal órden, que los de tierra y los del rio todos dormian juntos. Y cuando Gonzalo Pizarro vió que mas de docientas leguas habian caminado el rio abajo, y que no hallaban que comer sino frutas silvestres y algunas raíces, mandó á un capitan suyo, llamado Francisco de Orellana, que con cincuenta hombres se adelantase por el rio á buscar comida, con órden que si la hallaba cargase della el bergantin, dejando la ropa que llevaba á las juntas de dos grandes rios que tenia noticia que estaban ochenta leguas de allí, y que le dejase dos canoas en unos rios que atravesaban, para que en ellas pasase la gente. Pues partido Orellana, era tan grande la corriente, que en breve tiempo llegó á las juntas de los rios, sin hallar ningun mantenimiento; y considerando que lo que en tres dias habia andado, no lo podia subir en un año, segun la furia del agua, acordó de se dejar ir el rio abajo, donde la ventura le guiase, aunque se tuviera por medio mas conveniente esperar allí. Y así, se fué sin dejar las dos canoas, casi amotinado y alzado; porque muchos de los que con él iban le requirieron que no excediese de la órden de su general, especialmente fray Gaspar de Carvajal, de la órden de los predicadores, que porque insistia mas que los otros en ello, le trató muy mal de obra y palabra. Y así siguió su camino, haciendo algunas entradas en la tierra, y peleando con los indios que se le defendian, porque salian á él muchas veces en el rio gran número de canoas, y por ir tan apretados en el bergantin no podian pelear con ellos como convenia. Y en cierta tierra donde halló aparejo se detuvo, haciendo otro bergantin, porque los indios le salieron de paz y le proveyeron de comida y de todo lo mas necesario. Y en una provincia mas adelante peleó con los indios y los venció; y allí tuvo dellos noticia que algunas jornadas la tierra adentro habia una tierra en que no vivian sino mujeres, y ellas se defendian de los comarcanos y peleaban; y con esta no-

ticia, sin hallar en toda la tierra oro ni plata, ni rastro della, caminó por la corriente del rio hasta salir por él á la mar del Norte, trecientas y veinte y cinco leguas de la isla de Cubagua; y este rio se llama el Marañon, porque el primero que descubrió la navegacion dél fué un capitan llamado Marañon. Nasce en el Perú, en las faldas de las montañas de Quito; corre por camino derecho (contándole por la altura del sol) setecientas leguas, y con las vueltas y rodeos que el rio hace, yéndolas siguiendo, hay dende su nascimiento hasta que entra en la mar mas de mil ochocientas leguas, y en la entrada tiene de ancho quince leguas, y por todo el camino á veces se ensancha tres y cuatro leguas. Y así llegó Orellana á Castilla, donde dió noticia á su majestad deste descubrimiento, echando fama que se habia hecho á su costa é industria, y que habia en él una tierra muy rica donde vivian aquellas mujeres, que comunmente llamaron en todos estos reinos la conquista de las Amazonas; y pidió á su majestad la gobernacion y conquista della, la cual le fué dada; y habiendo hecho mas de quinientos hombres de caballeros y gente muy principal y lucida, se embarcó con ellos en Sevilla; y habiendo malas navegaciones y faltas de comidas, desde las Canarias se le comenzó á desbaratar la gente, y poco adelante se deshizo de todo punto, y él murió en el camino; y así, se derramó la gente por las islas, yéndose á diversas partes, sin que llegasen al rio, de lo cual le quedó gran queja á Gonzalo Pizarro, así porque con irse le puso en tan gran aprieto, por falta de comida y por no tener en qué pasar los rios, como porque llevó en el bergantin mucho oro y plata y esmeraldas, con lo cual tuvo que gastar todo el tiempo que anduvo demandando y aparejando esta conquista.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro volvió á Quito, y de los trabajos que pasó en la vuelta.

Llegando Gonzalo Pizarro con su gente adonde habia mandado á Orellana que le dejase las canoas para pasar ciertos rios que entraban en aquel rio grande, y no las hallando, tuvo gran trabajo en pasar la gente de la otra parte; y le fué forzado hacer nuevas balsas y canoas para ello, en que pasó muy gran trabajo. Y después, llegando á la junta de los dos rios, donde Orellana le habia de esperar, y no le hallando, tuvo nueva de un español (que Orellana habia echado en tierra porque le contradecia el viaje) de todo lo que pasaba, y cómo Orellana, teniendo intencion de hacer el descubrimiento en su propio nombre, y no como teniente de Gonzalo Pizarro, se desistió del cargo que llevaba, y hizo que de nuevo la gente lo hiciese capitan. Y viéndose Gonzalo Pizarro desamparado de toda forma de navegacion, que era la via por donde se proveian de mantenimientos, y no hallando sino muy poco por rescate de cascabeles y espejos, fué tanta la desconfianza en que cayeron, que determinaron volverse á Quito, de donde estaban alejados mas de cuatrocientas leguas de tan mal camino y montañas y despoblados, que no pensaban llegar allá, sino morir de hambre en aquellos montes, donde perecieron mas de cuarenta dellos, sin que hubiese forma de ser socorridos, sino que, pidiendo de comer, se arrimaban á los árboles, y se caian muertos de la mucha flaqueza y desmayo que la hambre les causaba; y así, encomendándose á Dios, se volvieron, dejando el camino por donde habian venido, porque en aquel habia á la continua muy malos pasos y falta de comida; y así, á la ventura buscaron otro que no estaba mejor proveido que el de la venida, y se pudieron sustentar con matar y comer los caballos que les quedaban, y algunos lebreles y otros géneros de perros que llevaban; y tambien se ayudaron de unos bejucos, que son como sarmientos de parra, y tienen sabor de ajos. Y llegó á valer un gato salvaje ó una gallina cincuenta pesos, y un alcatraz de aquellas gallinazas de la mar que arriba hemos contado, diez pesos. Así continuó Gonzalo Pizarro su camino la via de Quito, donde mucho tiempo antes avisó de su tornada, y los vecinos de Quito habian proveido de mucha copia de puercos y ovejas, con que salieron al camino, y algunos pocos caballos y ropas para Gonzalo Pizarro y sus capitanes, el cual socorro los alcanzó mas de cincuenta leguas de Quito, y fué recebido dellos con gran alegría, especialmente la comida. Gonzalo Pizarro y todos los de su compañía venian desnudos en cueros, porque mucho tiempo habia que, con las continuas aguas, se les habian podrido todas las ropas; solamente traian dos pellejos de venados, uno delante y otro atrás, y algunos muslos viejos, y calzadas unas antiparas del mismo venado y unos capeletes de lo mismo; y las espadas venian todas sin vainas y tomadas de orin; y todos á pié, llenos los brazos y piernas de los rasguños de las zarzas y arboledas; y tan desemejados y sin color, que apenas se conocian. Y segun ellos mesmos dijeron, uno de los mantenimientos cuya falta mas tuvieron fué la sal, que en mas de docientas leguas no hallaron rastro della; y así, rescibieron el socorro y comida en la tierra de Quito, besaron la tierra, dando gracias á Dios, que los habia escapado de tan grandes peligros y trabajos; y entraban con tanto deseo en los mantenimientos, que fué necesario ponerles tasa, hasta que poco á poco fuesen habituando los estómagos á tener qué digerir. Y Gonzalo Pizarro y sus capitanes, viendo que en los caballos y ropas que les habian traido no habia mas de para los capitanes, no quisieron mudar traje ni subir á caballo, por guardar en todo igualdad, como buenos soldados; y en la forma que hemos dicho entraron en la ciudad de Quito una mañana, yendo derechos á la iglesia á oir misa y dar gracias á Dios, que de tantos males los habia escapado; y después cada uno se aderezó segun su posibilidad. Esta tierra donde nasce la canela está debajo de la línea Equinocial, en el mismo paraje donde están las islas de Maluco, que crian la canela que comunmente se come en España y en las otras partes orientales.

CAPITULO VI.

De cómo los de Chili trataron la muerte del Marqués.

Cuando Hernando Pizarro tuvo preso en el Cuzco y justició al adelantado don Diego de Almagro, envió á la ciudad de los Reyes un hijo que habia habido en una india, que tambien se llamaba don Diego de Almagro, mancebo virtuoso y de grande ánimo y bien en-

señado; y especialmente se habia ejercitado mucho en cabalgar á caballo, de ambas sillas, lo cual hacia con mucha gracia y destreza; y tambien en escrebir y leer, lo cual hacia mas liberalmente y mejor de lo que requeria su profesion. Deste tenia cargo, como ayo, Juan de Herrada (de quien arriba hemos tratado), y á este le habia dejado encomendado su padre. Y estando con él en la ciudad de los Reyes, se juntaban en su casa, y daban de comer á algunos de su parcialidad que andaban por la tierra desamparados, porque nadie los queria acoger, como á vencidos. Pues viendo esto Juan de Herrada, que Hernando Pizarro era venido á España y Gonzalo Pizarro era ido al descubrimiento de la Canela; y habiendo sido puesto en libertad por el Marqués (porque hasta entonces siempre habia estado en su nombre preso), comenzaron á juntar armas y aderezarse para poner en ejecucion la venganza de la muerte de su padre y tanta destruicion de su gente, cuya memoria conservaban en sus corazones con gran sentimiento y dolor; de manera que, aunque el Marqués muchas veces procuró de hacerlos amigos, nunca lo pudo acabar de forma que quedara satisfecho; lo cual le dió causa de quitarle ciertos indios que tenia, porque no tuviese con que sustentar la gente que se le ayuntaba. Pero todo no aprovechó, porque estaban entre sí tan aliados, que lo que poseian era comun, y cuanto jugaban ó barataban todo lo traian á poder de Juan de Herrada para que dello hubiese despensa comun; y cada dia se iba juntando mas gente y armas; y aunque dello muchas personas avisaron al Marqués, era tan confiado y de buena condicion y conciencia, que respondia que dejasen aquellos cuitados, que harta mala ventura tenian viéndose pobres y vencidos y corridos. Y así, confiado don Diego y su gente en la buena condicion y paciencia del Marqués, le iban perdiendo la vergüenza; tanto, que algunas veces los mas principales pasaban por delante dél sin quitarse las gorras ni hacerle otro acatamiento ninguno; y una noche amanescieron atadas en la picota tres sogas tendidas, la una hácia casa del Marqués, y la otra á la de su teniente, y la otra á la de su secretario; todo lo cual el Marqués disimulaba, excusándolos con que estaban vencidos y que de corridos hacian todas aquellas cosas. Y usando ellos desta disimulacion, se juntaban ya tan sin recelo, que de docientas leguas venian algunos desta parcialidad que andaban desterrados; y acordaron entre sí de matar al Marqués y alzarse con la tierra, como lo hicieron, aunque querian aguardar primero lo que se proveia en España, porque era venido á acusar sobre lo pasado á Hernando Pizarro el capitan Diego de Albarado, á cuya instancia Hernando Pizarro estaba preso y se seguia el negocio contra él. Y como supieron que su majestad habia proveido al licenciado Vaca de Castro que fuese á haber informacion sobre todas las alteraciones pasadas, sin proveer en el negocio con el rigor y aspereza que ellos quisieran, tuvieron intento de hacer lo que después hicieron algunos dellos, aunque todavía querian esperar á saber la intencion de Vaca de Castro; el cual designio no fué general entre todos los desta parcialidad, en que hubo muchos caballeros que, aunque sintieron la muerte del Adelantado, no procuraban vengarla mas de cuanto fuese por términos jurídicos, y sin exceder la voluntad y servicio de su majestad. Y así, se juntaron en la ciudad de los Reyes los mas principales dellos, que fueron Juan de Sayavedra, don Alonso de Montemayor, el contador Juan de Guzman, el tesorero Manuel de Espinar, el factor Diego Nuñez de Mercado, don Cristóbal Ponce de Leon, Juan de Herrada, Pero Lopez de Ayala, y otros algunos; entre los cuales eligieron á don Alonso de Montemayor para que fuese en nombre de todos á dar la buena venida á Vaca de Castro, por ser don Alonso caballero principal y de muy buen entendimiento. Rescebida por él la creencia y otros despachos, se partió en busca de Vaca de Castro en principio del mes de abril del año de 41, y anduvo hasta toparle, y después de haberle dado embajada, sucedió la muerte del Marqués, como adelante se dirá; por lo cual don Alonso y los que no habian sido en ella se quedaron con Vaca de Castro, siguiéndole y acompañándole hasta que venció á don Diego de Almagro el mozo, en la batalla que le dió en el valle de Chupas, donde se halló en acompañamiento del estandarte real el mismo don Alonso y otros que fueron aficionados al Adelantado, posponiendo la aficion que tenian á sus cosas, por seguir la voz de su majestad, en cuyo nombre Vaca de Castro trataba el negocio.

CAPITULO VII.

De cómo fué avisado el Marqués del concierto que estaba hecho para matarle.

Era tan público en la ciudad de los Reyes el concierto que estaba hecho para matar al Marqués, que muchos le avisaron dello. A los cuales él respondia que las cabezas de los otros guardarian la suya; y decia á los que le aconsejaban que trajese gente de guarda, que no queria que paresciese que se guardaba del juez que su majestad enviaba. Y un dia Juan de Herrada se quejó al Marqués, diciendo que era fama que los queria matar. El Marqués le juró que nunca tal intencion habia tenido. Juan de Herrada le dijo que no era mucho que lo creyesen, viéndole comprar muchas lanzas y otras armas. Lo cual oido por el Marqués, los aseguró con amorosas palabras, diciendo que no habia comprado las lanzas para contra ellos. Y luego él mismo cogió unas naranjas, y se las dió á Juan de Herrada, que entonces por ser las primeras se tenian en mucho, y le dijo al oido que viese de lo que tenia necesidad, que él le proveeria. Y Juan de Herrada le besó por ello las manos; y dejando tan seguro y confiado al Marqués, se despidió dél y se fué á su posada, donde con los mas principales de los suyos concertó que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habian hecho el dia de San Juan, como lo tenian concertado. Y el sábado antes el uno dellos lo descubrió en confesion al cura de la iglesia mayor, y él lo fué á decir aquella noche á Antonio Picado, secretario del Marqués, y le rogó que le pusiese con él. Y el secretario le llevó en casa de Francisco Martin, hermano del Marqués, donde estaba cenando con sus hijos; y levantándose de la mesa, le dijo el cura todo lo que pasaba, y el Marqués se alteró algo dello á la sazon; pero dende á poco dijo al secretario que no creia tal cosa, porque pocos dias antes le habia

venido hablar con muy grande humildad Juan de Herrada, y que aquel hombre que habia dado el aviso al cura le debia querer pedir algo, y que por echarle cargo habia inventado aquello. Y con todo, envió á llamar al doctor Juan Velazquez, su teniente, y porque á causa de estar mal dispuesto no pudo venir, el Marqués fué aquella noche á su casa, acompañándole solo su secretario con otros dos ó tres, y una hacha delante. Y como halló al teniente en la cama, le dió cuenta de todo lo que pasaba; y él le aseguró, diciendo que no tuviese su señoría temor, que en tanto que él tuviese aquella vara en la mano no se osaria revolver nadie en toda la tierra; en lo cual no parece haber quebrantado su palabra, porque después huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al Marqués, se echó de una ventana abajo á la huerta, llevando la vara en la boca.

CAPITULO VIII.

De la muerte del Marqués don Francisco Pizarro.

Con todos estos seguros el Marqués andaba tan turbado, que el domingo siguiente no quiso ir á oir misa á la iglesia, y hizo decir misa en casa, hasta proveer lo que convenia á su seguridad. Y cuando el doctor Juan Velazquez y el capitan Francisco de Chaves (que era á la sazon el principal de la tierra, después del Marqués) salieron de misa, se fueron con otros muchos á la casa del Marqués, y después de haberlo visitado los mas vecinos, se fueron á sus casas, y el doctor y Francisco de Chaves se quedaron á comer con el Marqués; y acabado de comer, que seria entre las doce y la una del mediodía, entendiendo que toda la gente de la ciudad estaba sosegada y los criados del Marqués eran idos á comer, Juan Herrada, y otros once ó doce con él, acometieron desde su casa, que seria mas de trecientos pasos de la del Marqués, porque en medio hay todo el largo de la plaza y buena parte de la calle, y desde que salieron desenvainaron las espadas y fueron diciendo á voces: «Muera el tirano traidor, que ha hecho matar al juez que ha enviado el Rey.» La causa que dieron para no ir encubiertos, sino haciendo tan gran ruido, fué para que todos los de la ciudad creyesen que habia gran gente de su parte, pues se atrevian á acometer aquel hecho tan públicamente, pues por presto que viniesen á socorrer, no podian llegar á tiempo que, ó no hubiesen salido con su empresa, ó fuesen muertos. Y así, llegaron á la casa del Marqués, y dejaron uno dellos á la puerta con la espada desnuda (que habia ensangrentado en un carnero que estaba en el patio), dando voces: «Muerto es el tirano, muerto es el tirano.» Lo cual fué causa de que, oyéndolo algunos vecinos que querian acudir, se tornasen á sus casas, creyendo ser verdad lo que aquel hombre decia. Y así, Juan de Herrada arremetió por una escalera arriba con su gente; y el Marqués habia sido avisado de ciertos indios que estaban á su puerta, que mandó á Francisco de Chaves que mientras él entraba á armarse cerrase la puerta de la sala y cuadra; el cual se turbó en tal manera, que sin cerrar ninguna dellas, salió por el escalera, preguntando qué era aquel ruido. Y uno dellos le dió una estocada; y él, viéndose herido, puso mano á la espada, diciendo: «¡Cómo! ¿A los amigos tambien?» Y todos los demás le dieron muchas heridas. Y dejándolo muerto, corrieron hasta la cuadra del Marqués, que mas de doce españoles que allí habia huyeron, saltando por unas ventanas á la huerta, y entre ellos el doctor Juan Velazquez con la vara en la boca, como tenemos dicho, para desembarazar las manos para descolgarse por la ventana. Y el Marqués, que estaba armándose dentro en su cámara, con su hermano Francisco Martin y otros dos caballeros, y dos pajes grandes, llamado el uno Juan de Várgas, hijo de Gomez de Tordoya, y el otro Escandon, viendo los enemigos tan cerca, sin acabarse de atar las correas de las coracinas, con una espada y una adarga acudió á la puerta, donde él y su gente se defendieron tan valientemente, que gran rato pelearon sin poderlos entrar, diciendo á voces el Marqués: «A ellos, hermano, mueran, que traidores son.» Y tanto los de Chili pelearon, que mataron á Francisco Martin, y en su lugar se puso uno de los pajes. Y como los de Chili vieron que se les defendian tanto, que les podria venir socorro, y tomándolos en medio, matarlos fácilmente, determinaron aventurar el negocio con meter delante sí un hombre de los suyos, que mas bien armado estaba, y por embarazarse el Marqués en matar aquel, hubo lugar de entrarle la puerta, y todos cargaron sobre él con tanta furia, que de cansado no podia menear la espada. Y así, le acabaron de matar con una estocada que le dieron por la garganta, y cuando cayó en el suelo pedia á voces confesion; y perdiendo los alientos, hizo una cruz en el suelo y la besó, y así dió el ánima á Dios; muriendo asimismo allí los dos pajes del Marqués, y de parte de los de Chili murieron cuatro, y quedaron otros heridos. Y en sabiendo la nueva en la ciudad, acudieron mas de docientos hombres en favor de don Diego; porque, aunque estaban apercebidos, no se osaban mostrar hasta ver cómo sucedia el hecho. Y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas á todos los que acudian en favor del Marqués. Y como salieron los matadores con las espadas sangrientas, Juan de Herrada hizo subir á caballo á don Diego y ir por la ciudad, diciendo que en el Perú no habia otro gobernador ni rey sobre él. Y después de saquear la casa del Marqués y de su hermano y de Antonio Picado, hizo al cabildo de la ciudad que rescibiese por gobernador á don Diego, so color de la capitulacion que con su majestad se habia hecho al tiempo del descubrimiento, para que don Diego tuviese la gobernacion de la Nueva-Toledo, y después dél, su hijo ó la persona que él nombrase; y mataron algunos vasallos que sabian que eran criados y servidores del Marqués. Y era grande lástima oir los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacian. Al Marqués llevaron unos negros á la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan de Barbaran, vecino de Trujillo (que habia sido criado del Marqués), y su mujer sepultaron á él y á su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero tomado licencia de don Diego para ello. Y fué tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la órden de Santiago, segun el estilo de los caballeros de la órden, porque fueron avisados que los de Chili venian con gran priesa para cortar la cabeza

del Marqués y ponerla en la picota. Y así, Juan Barbarán le enterró, haciendo luego las honras y obsequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dejándolo en la sepultura, fueron á poner en cobro sus hijos, que andaban escondidos y descarriados, quedando los de Chili apoderados de la ciudad. Donde se pueden ver las cosas del mundo y variedades de la fortuna, que en tan breve tiempo un caballero que tan grandes tierras y reinos habia descubierto y gobernado, y poseido tan grandes riquezas, y dado tanta renta y haciendas, como se hallará haber repartido (respecto del tiempo) el mas poderoso príncipe del mundo, viniese á ser muerto sin confesion, ni dejar otra órden en su ánima ni en su descendencia, por mano de doce hombres en medio del dia, y estando en una ciudad donde todos los vecinos eran criados y deudos y soldados suyos, y que á todos les habia dado de comer muy prósperamente, sin que nadie le viniese á socorrer; antes le huyesen y desamparasen criados que tenia en su casa, y que le enterrasen tan ignominiosamente como está dicho, y que de tanta riqueza y prosperidad como habia poseido, en un momento viniese á no haber de toda su hacienda con que comprar la cera de su enterramiento, y que todo esto le sucediese sobre estar avisado por todas las vias que arriba hemos dicho, y otras muchas de los tratos que sobre esto habia. Esta muerte sucedió á 26 dias de junio de 541 años.

CAPITULO IX.

De las costumbres y calidades del marqués don Francisco Pizarro y del adelantado don Diego de Almagro.

Pues toda la historia, y el descubrimiento del Perú, de que trata, tiene orígen de los dos capitanes de que hasta agora hemos hablado, que son el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, es justo escrebir sus costumbres y calidades, comparándolos entre sí, como hace Plutarco cuando escribe los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejanza. Y porque de su linaje está ya dicho arriba lo que se puede saber, en lo demás ambos eran personas animosas y esforzados y grandes sufridores de trabajo, y muy virtuosos y amigos de hacer placer á todos, aunque fuese á su costa. Tuvieron gran semejanza en las inclinaciones, especialmente en el estado de la vida, porque ninguno dellos se casó, aunque cuando murieron el que menos tenia era de edad de sesenta y cinco años. Ambos fueron inclinados á las cosas de la guerra, aunque el Adelantado todavía, faltando la ocasion de las armas, se aplicaba muy de buena gana á las granjerías. Ambos comenzaron la conquista del Perú de mucha edad, en la cual trabajaron, como arriba está dicho y declarado, aunque el Marqués sufrió grandes peligros, y muchos mas que el Adelantado, porque mientras el uno anduvo en la mayor parte del descubrimiento, el otro se quedó en Panamá proveyéndole de lo necesario, como está contado. Ambos eran de grandes ánimos y que siempre pretendieron y concibieron en ellos altos pensamientos, lo cual hacian compadescer con ser muy humanos y amigables á su gente. Igualmente fueron liberales en la obra, aunque en las apariencias llevaba ventaja el Adelantado, porque era muy amigo de que sonase y se publicase lo que daba; lo cual tenia al contrario el Marqués, porque antes se indignaba de que se supiesen sus liberalidades, y procuraba de las encubrir, teniendo mas respeto á proveer la necesidad de aquel á quien daba que á ganar honra con la dádiva. Y así, aconteció saber que á un soldado se le habia muerto un caballo, y bajando él al juego de la pelota de su casa, donde pensó hallarle, llevaba en el seno un tejuelo de oro que pesaba quinientos pesos para dársele de su mano; y no hallándole allí, concertóse entre tanto un partido de pelota, y jugó el Marqués sin desnudarse el sayo, porque no le viesen el tejuelo, ni osó sacarle del seno por espacio de mas de tres horas, hasta que vino el soldado á quien le habia de dar, y secretamente le llamó á una pieza apartada, y se lo dió, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tanto que sufrir el trabajo que habia padecido con su tardanza; y otros muchos ejemplos que se podrian traer desta calidad; y por esta causa, por maravilla el Marqués daba nada que no fuese por su propia mano, casi procurando que no se supiese. Y por esta razon fué siempre tenido por mas largo el Adelantado, porque con dar mucho tenia formas cómo paresciese mas. Pero en cuanto á esta virtud de magnificencia pueden justamente ser igualados; pues (como decia el mismo Marqués) por razon de la compañía que tenian de toda la hacienda, no daba ninguno nada en que el otro no tuviese la mitad; y así, tanto hacia el que lo permitia dar, sabiéndolo, como el que lo daba; baste para comprobacion desto que, con ser ambos en sus vidas de los mas ricos hombres, así de dinero como de rentas, y que mas pudieron dar y retener que ningun príncipe sin corona que en muchos tiempos se haya visto, murieron tan pobres, que no solamente no hay memoria de estados ni haciendas que hayan dejado, pero que apenas se hallase en sus bienes con que enterrarlos, como escriben de Caton y de Sila y de otros capitanes romanos, que fueron enterrados del público. Ambos fueron muy aficionados á hacer por sus criados y gente, y enriquecerlos y acrecentarlos y librarlos de peligro; pero era tanto el exceso que en esto tenia el Marqués, que acontesció, pasando un rio que llaman de la Barranca, la gran corriente llevarle un indio de su servicio de los que llaman yanaconas, y echarse el Marqués á nado tras él, y sacarle asido de los cabellos, y ponerse á peligro, por la gran furia del agua, en que ninguno de todo su ejército, por mancebo y valiente que fuera, se osara poner. Y reprendiéndole su demasiada osadía algunos capitanes, les respondió que no sabian ellos qué cosa era querer bien un criado. Aunque el Marqués gobernó mas tiempo y mas pacíficamente, don Diego fué mucho mas ambicioso y deseoso de tener mando y gobernacion; y el uno y el otro conservaron la antigüedad, y fueron tan aficionados á ella, que casi nunca mudaron traje del que en su mocedad usaban, especialmente el Marqués, que nunca se vistió de ordinario sino un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo y el talle á los medios pechos, y unos zapatos de venado, blancos, y un sombrero blanco, y su espada y puñal al antigua. Y cuando algunas fiestas, por importunacion de sus criados, se ponia una ropa de martas que le envió el marqués del Valle, de la

Nueva-España, en viniendo de misa la arrojaba de sí, quedándose en cuerpo, y trayendo de ordinario unas tobajas al cuello, porque lo mas del dia, en tiempo de paz, empleaba en jugar á la bola ó á la pelota, y para limpiarse el sudor de la cara. Entrambos capitanes fueron pacientísimos de trabajos y de hambre, y particularmente lo mostraba el Marqués en los ejercicios destos juegos que hemos dicho, que habia pocos mancebos que pudiesen durar con él. Era mucho mas inclinado á todo género de juego que el Adelantado; tanto, que algunas veces se estaba jugando á la bola todo el dia, sin tener cuenta con quién jugaba, aunque fuese un marinero ó un molinero, ni permitir que le diesen la bola ni hiciesen otras ceremonias que á su dignidad se debian. Muy pocos negocios le hacian dejar el juego, especialmente cuando perdia, sino eran nuevos alzamientos de indios, que en esto era tan presto, que á la hora se echaba las corazas, y con su lanza y adarga salia corriendo por la ciudad y se iba hácia donde habia la alteracion, sin esperar su gente, que después le alcanzaban, corriendo á toda furia. Eran tan animosos y diestros en la guerra de los indios estos capitanes, que cualquiera dellos solo no dudaba romper por cien indios de guerra. Tuvieron harto buen entendimiento y juicio en todas las cosas que se habian de proveer, así de guerra como de gobernacion, especialmente siendo personas, no solamente no leidas, pero que de todo punto no sabian leer ni aun firmar, que en ellos fué cosa de gran defecto; porque, demás de la falta que les hacia para tratar negocios de tanta calidad, en ninguna cosa de todas sus virtudes é inclinaciones dejaban de parescer personas nobles sino en solo esto, que los sabios antiguos tuvieron por argumento de bajeza de linaje. Fué el Marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimientos de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro. Puédense excusar con lo que excusa Ovidio á Rómulo de ser mal astrólogo, de que mas sabia las cosas de las armas que de las letras. Y tenia mucho cuidado de vencer los comarcanos. Ambos á dos eran tan afables y tan comunes á su gente y ciudad, que se andaban de casa en casa solos, visitando los vecinos, y comiendo con el primero que los convidaba. Fueron igualmente abstinentes y templados, así en comer y beber como en refrenar la sensualidad, especialmente con mujeres de Castilla, porque les parecia que no podian tratar desto sin perjudicar á sus vecinos, cuyas hijas ó mujeres eran. Y aun en cuanto á las mujeres indias del Perú, fué mucho mas templado el Adelantado, porque no se le conoció hijo ni conversacion con ellas; como quiera que el Marqués tuvo amistad con una señora india, hermana de Atabaliba, de la cual dejó un hijo llamado don Gonzalo, que murió de edad de catorce años, y una hija llamada doña Francisca. Y en otra india del Cuzco tuvo un hijo llamado don Francisco; y el Adelantado, aquel hijo de quien dijimos que mató al Marqués, le habia habido en una india de Panamá. Rescibieron entrambos mercedes de su majestad, porque á don Francisco Pizarro (como está dicho) le dió título de marqués y de gobernador de la Nueva-Castilla, y le dió el hábito de Santiago. Y á don Diego de Almagro le dió la gobernacion de la Nueva-Toledo y le hizo adelantado. Particularmente el Marqués fué muy aficionado y temeroso del nombre de sus majestades; tanto, que se abstenia de hacer muchas cosas en que tenia poder, diciendo que no queria que dijese su majestad que se extendia en la tierra. Y muchas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de su silla á alzar los granitos de oro y plata que se caian de lo que faltaba del cincel con que cortaban los quintos reales, diciendo que con la boca, cuando no hubiese otra cosa, se habia de allegar la hacienda real. Vinieron á ser semejantes hasta en las muertes y en el género dellas, pues al Adelantado mató el hermano del Marqués, y al Marqués mató el hijo del Adelantado. Tambien fué el Marqués muy aficionado de acrescentar aquella tierra, labrándola y cultivándola. Hizo unas muy buenas casas en la ciudad de los Reyes; y en el rio della dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenia desocupados, dando industria á los maestros que los hacian. Puso gran diligencia en hacer la iglesia mayor de la ciudad de los Reyes y los monesterios de Santo Domingo y de la Merced, dándoles indios para su sustentacion y para reparo de los edificios.

CAPITULO X.

De cómo don Diego de Almagro hizo gente de guerra y mató algunos caballeros, y cómo Alonso de Albarado alzó bandera por su majestad.

Después de haberse apoderado don Diego de la ciudad y quitado las varas á los alcaldes, y puéstolas de su mano, prendió al doctor Velazquez, teniente del Marqués, y á Antonio Picado, su secretario; y nombró por capitanes á Juan Tello, vecino de Sevilla, y á un Francisco de Chaves y á Sotelo; y á la fama desta gente vinieron cuantos vagabundos y gente perdida andaba por la tierra, por tener facultad de robar y vivir á su placer. Y para hacer paga tomó los quintos reales y las haciendas de los defuntos y los depósitos de los que estaban ausentes; pero después comenzaron á nacer entre ellos disensiones, porque algunos de los principales, movidos con envidia, quisieron matar á Juan de Herrada, viendo que, aunque don Diego tenia el nombre de gobernador y capitan general, él era el que lo hacia y gobernaba todo. Por lo cual, sabido el motin, mataron algunos dellos, especialmente á Francisco de Chaves, y tambien cortaron la cabeza á Antonio de Orihuela, vecino de Salamanca, porque viniendo de Castilla habia dicho que eran tiranos. Luego despachó don Diego mensajeros para todas las ciudades de la gobernacion para que lo recibiesen por gobernador en los cabildos; y aunque en las mas fué rescebido por el miedo que dél se tenia, en los Chachapoyas, donde era teniente Alonso de Albarado, en llegando los mensajeros los prendió, y se alzó é hizo fuerte en la tierra, confiando en la fortaleza della y en cien hombres que tenia, y levantó bandera por su majestad, sin que fuesen parte para hacerle torcer las promesas ni amenazas que don Diego le envió á hacer por sus cartas, á las cuales respondia que no lo recibiria por gobernador hasta que viese para ello expreso

mandado de su majestad; antes esperaba, con la ayuda de Dios y de aquellos caballeros que en su compañía estaban, de vengar la muerte del Marqués y castigar el desacato que á su Majestad se habia hecho en todo lo pasado. Por lo cual luego don Diego despachó al capitan García de Albarado con mucha gente de pié y de caballo, que fuese sobre él, y de camino llegase á la ciudad de San Miguel y tomase las armas y caballos de todos los vecinos del pueblo, y de vuelta hiciese lo mesmo en la ciudad de Trujillo, y con todo el ejército fuese sobre Alonso de Albarado. Y así, partió García de Albarado, yendo por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, donde topó al capitan Alonso Cabrera, que venia huyendo con toda la gente del pueblo de Guanuco á juntarse con los de la ciudad de Trujillo contra don Diego, y le prendió á él y algunos de los suyos. Y en llegando á la ciudad de San Miguel, le cortó la cabeza á él y á Vozmediano, y á Villegas, que con él venia.

CAPITULO XI.

De cómo el Cuzco se alzó por su majestad, y hicieron capitan á Pedro Alvarez Holguin, y de lo que él hizo.

Cuando los mensajeros y provisiones de don Diego llegaron á la ciudad del Cuzco eran alcaldes della Diego de Silva, hijo de Feliciano de Silva, natural de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carvajal, que después fué maestre de campo de Gonzalo Pizarro. Y ellos y los del cabildo determinaron de no le rescibir, aunque tampoco se atrevieron á denegárselo claramente hasta ver si tenia gente ó aparejo para poder llevar adelante la defensa; y así, dieron por expediente en el negocio que don Diego enviase mas bastante poder del que habia enviado, y luego lo rescibirian. Y porque Gomez de Tordoya era hombre tan principal en el cabildo, y no se habia hallado allí porque era ido á caza, le enviaron á hacer saber todo lo que pasaba. Y topando los mensajeros cerca de la ciudad, en sabiendo el suceso, torció la cabeza á un neblí muy preciado que traia en la mano, diciendo que de allí adelante era mas tiempo de pelear que no de cazar, y entró de noche en la ciudad, y secretamente trató con los del cabildo lo que se habia de hacer, y aquella misma noche se salió y fué donde estaba el capitan Castro, y hicieron sobre ello mensajeros á Pedro Anzúres, que era teniente de los Charcas, el cual luego alzó bandera por su majestad. Y asimesmo se partió luego Gomez de Tordoya en seguimiento del capitan Pedro Alvarez Holguin, que con mas de cien hombres era ido á una entrada contra indios, y alcanzándole, le contó todo lo acaescido, y le suplicó se quisiese encargar de tan justa y honrosa empresa, tomando cargo de aquel ejército, y para atraerle mas, se ofreció de ser su soldado y el primero que le obedesciese. Y así, Pedro Alvarez lo aceptó, y alzó bandera por su majestad. Y desde allí convocaron la gente de la ciudad de Arequipa, y todos juntos acudieron al Cuzco, donde ya mucha gente estaba por don Diego; y sabida la venida destos capitanes, se huyeron mas de cincuenta hombres para don Diego, tras los cuales salieron el capitan Castro y Hernando Bachicao con algunos arcabuceros, y dándoles asalto una noche, los prendieron y tornaron al Cuzco, y el cabildo del Cuzco, en conformidad de todos los capitanes extranjeros, rescibieron y nombraron y juraron á Pedro Alvarez Holguin por capitan y justicia mayor del Perú, hasta que su majestad otra cosa mandase. Y luego pregonó guerra contra don Diego, y los vecinos del Cuzco se obligaron á pagar todo lo que Pedro Alvarez gastase de la hacienda real con los soldados si su majestad no lo hubiese por bien gastado; y para ayuda desta guerra, todos los vecinos que allí se hallaron del Cuzco, Charcas y Arequipa ofrescian sus personas y haciendas, y en breve tiempo se juntaron mas de trecientos y cincuenta hombres, los ciento y cincuenta de caballo, y cien arcabuceros y cien piqueros. Y porque Pedro Alvarez tuvo noticia que don Diego tenia mas de ochocientos hombres de guerra, no le osó esperar en el Cuzco, antes se fué por la sierra para juntarse con Alonso de Albarado, que ya sabia que estaba por su majestad, y tambien para que en el camino se le juntasen los amigos y servidores del Marqués que por los montes estaban escondidos. Y caminó siempre llevando su gente en órden, con propósito de dar la batalla á don Diego si le salia al camino. Y cuando salió del Cuzco dejó para guarda y defensa de la ciudad la gente que bastaba, y nombró por maestro de campo á Gomez de Tordoya, y por capitanes de gente de á caballo á Garcilaso de la Vega y á Pedro de Anzúres, y dió cargo de la infantería al capitan Castro, y hizo alférez de estandarte real á Martin de Robres.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego fué en busca de Pedro Alvarez, y por no le alcanzar pasó al Cuzco.

Sabido por don Diego lo que en el Cuzco habia pasado, y cómo Pedro Alvarez habia salido de la ciudad con la gente de guerra que tenia, luego entendió que debia ir por la sierra á juntarse con Alonso de Albarado, pues no tenia cantidad de gente para que se creyese que venia contra él; y así, determinó salirle al camino y defenderle el paso, aunque no lo pudo hacer con la priesa que él quisiera, por esperar á García de Albarado, á quien por la posta habia enviado á llamar, y él se vino á juntar con él, sin detenerse en ir sobre Alonso de Albarado, que entonces era el intento de aquella jornada; y al tiempo que pasó por Trujillo quiso bajar á dar sobre él Alonso de Albarado, si no se lo estorbara el pueblo de Levanto, que es en los Chachapoyas. Pues llegado García de Albarado á la ciudad de los Reyes, luego don Diego se partió contra Pedro Alvarez con trecientos de caballo y cien arcabuceros y ciento y cincuenta piqueros, y antes que saliese echó de la tierra á los hijos del Marqués, y degolló á Antonio Picado después de haberle dado muy bravos tormentos sobre que declarase donde tenia el Marqués sus tesoros. Y en saliendo de la ciudad, antes que llegase dos leguas della, vinieron secretamente unas provisiones del licenciado Vaca de Castro, que enviaba desde la tierra de Quito, dirigidas á fray Tomás de San Martin, provincial de la órden de Santo Domingo, y á Francisco de Barrio-Nuevo, para que entendiesen en la gobernacion de la tierra entre tanto que llegaba. Y secretamente en el monasterio de Santo Domingo se juntó el cabildo de

la ciudad y las obedesció, rescibiendo al licenciado Vaca de Castro por gobernador, y á Hierónimo de Aliaga, escribano mayor de la gobernacion, por su teniente, porque tambien venian para él las provisiones; y acabado de hacer esto, los regidores se fueron huyendo á la ciudad de Trujillo, y otros muchos vecinos con ellos; lo cual no se pudo hacer tan secreto, que aquella noche no lo supiese don Diego, y quiso revolver á saquear la ciudad, y no le dió lugar á ello el miedo que tenia que se le pasase Pedro Alvarez, y tambien porque su gente no se certificase de que habia nuevo gobernador en la tierra, y por esto siempre fué caminando, aunque como se entendió que el Gobernador estaba en la tierra en el real de don Diego, se le huyeron muchos, especialmente el provincial de santo Domingo y Diego de Aguero, y Juan de Sayavedra y Gomez de Albarado y el factor Ilian Suarez de Carvajal; y en este camino, á causa que adoleció Juan de Herrada del mal de que murió, no pudo dejar de detenerse don Diego, de suerte que se le pasó Pedro Alvarez por el valle de Jauja, donde él tenia determinado de aguardalle, aunque todavía le siguió; y estando muy cerca unos de otros, y entendiendo Pedro Alvarez que no tenia gente para defenderse de don Diego, segun la gente que él traia, usó de una astucia con que le engañó desta manera: que encomendó á veinte de caballo que procurasen una noche de dar en la delantera del real de manera que prendiesen los mas que pudiesen, lo cual fué hecho así; y traidos tres hombres presos, ahorcó los dos dellos, y al otro le prometió de soltarle y darle mil pesos de oro porque fuese al real de don Diego y tuviese apercebidos algunos amigos suyos, porque la noche siguiente él acometeria al real por la parte de la mano derecha; y para esto tomaron juramento al soldado y pleitomenaje, fingiendo que hacian dél muy gran confianza, para que no lo descubriria; y así, el mancebo, con codicia de los mil pesos, se partió luego, yendo muy seguro por ser él soldado de don Diego. Y viendo don Diego que á los otros habian ahorcado, y que aquel soltaban sin que hubiese causa conoscida para ello, sospechó lo que pasaba, y sobre esta sospecha le hizo dar tormento; el cual luego declaró todo lo que habia pasado, y creyendo que era verdad se fué á poner con la mas de su gente en aquel través por donde la espía le dijo que Pedro Alvarez habia de acometer; y Pedro Alvarez estaba tan léjos de lo hacer, que á la hora que despachó la espía, siendo de noche y escuro, levantó el real, continuando su camino con la mayor priesa que pudo, dejando los enemigos aguardando, hasta que cayeron en la burla que les habia hecho; y todavía don Diego los siguió á la ligera, y entendiéndolo Pedro Alvarez, hizo una posta á Alonso de Albarado para que le viniese á socorrer, el cual luego salió en favor de Pedro Alvarez con toda su gente y con algunos de los de Trujillo, y anduvo por sus jornadas hasta juntarse con él. Y como don Diego (que ya iba muy léjos) entendió que estaban juntos, dejó de seguirlos, y con su gente se fué al Cuzco, y Pedro Alvarez y Alonso de Albarado enviaron un mensajero la via de Quito, haciendo saber á Vaca de Castro lo que pasaba, aconsejándole que se diese gran priesa, porque ellos le darian la tierra, segun el buen principio llevaba su negocio. En Jauja murió Juan Herrada, y don Diego envió cierta parte del ejército por los llanos para que recogiese la gente que habia en Arequipa; adonde fueron sus capitanes y robaron todo cuanto en la ciudad pudieron haber, y aun cavaron todo el monasterio de Santo Domingo, porque les dijeron que muchos vecinos tenian enterradas allí sus haciendas.

CAPITULO XIII.

De cómo llegó Vaca de Castro á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y le rescibieron por gobernador, y de lo demás que allí hizo.

Ya está dicho arriba la mala navegacion que tuvo Vaca de Castro viniendo de Panamá para el Perú, á causa de perder una ancla con que el navío se amarraba; y cómo arribó al puerto de la Buenaventura, y de allí fué por tierra á la gobernacion de Benalcázar, y entró en el Perú, en el cual camino trabajó y padesció mucho, así por ser los caminos muy largos y faltos de comida, como porque él iba muy enfermo y no estaba habituado á semejantes necesidades; y con todo esto, porque ya se sabia en Popayan la muerte del Marqués y muchas de las cosas sucedidas en el Perú, no dejó de caminar á la continua, porque con su presencia se pusiese mano en el remedio; y es á saber, que aunque el licenciado Vaca de Castro iba principalmente á haber informacion sobre la muerte de don Diego de Almagro, y las demás cosas acaescidas por causa della, sin suspender de la gobernacion al Marqués, allende desto, llevaba una cédula secreta para que si entre tanto que él fuese ó presidiese allá sucediese la muerte del Marqués, tomase en sí la gobernacion y la ejercitase hasta que su majestad proveyese otra cosa. Por virtud de la cual cédula fué rescebido, después de ser llegado á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, trayendo consigo mucha gente que en el Perú habia bajado á rescebirle y acompañarle, y especialmente traia consigo al capitan Lorenzo de Aldana, que era gobernador en Quito por el Marqués, y envió delante al capitan Pedro de Puelles, para que comenzasen á aderezar lo necesario á la guerra; y despachó á Gomez de Rójas, natural de la villa de Cuéllar, con sus poderes para que le rescibiesen en el Cuzco, el cual se dió tan buena maña y diligencia, que antes que don Diego llegase al Cuzco, ya él habia llegado y las habia notificado y estaban rescibidas. Y cuando Vaca de Castro pasó por las espaldas de los Bracamoros, salió á él el capitan Pedro de Vergara, que andaba conquistando aquella provincia (como está dicho), y para venirse con Vaca de Castro despobló el lugar que tenia poblado, donde estaba hecho fuerte para no rescebir á don Diego de Almagro. Llegado Vaca de Castro á la ciudad de Trujillo, halló allí á Gomez de Tordoya, que se habia venido del real por ciertas palabras que habia pasado con Pedro Alvarez, y con él estaba Garcilaso de la Vega y otros caballeros; y cuando Vaca de Castro salió de Trujillo para ir al real de Pedro Alvarez llevaba ya consigo mas de docientos hombres de guerra bien aderezados; y llegado al real, Pedro Alvarez y Alonso de Albarado lo rescibieron alegremente; y presentando la provision real, le entregaron las banderas, y él las tornó á los mesmos que las te-

nian, excepto el estandarte real, que le guardó en sí, é hizo maestre de campo á Pedro Alvarez Holguin, y le envió con todo el campo á Jauja para que le aguardase allí entre tanto que él bajaba á la ciudad de los Reyes para recoger toda la gente y armas y municiones que pudiese llevar della, y para dejar en órden aquella ciudad. Y mandó al capitan Diego de Rójas que con treinta de caballo fuese siempre veinte leguas delante de Pedro Alvarez, corriendo la tierra; y envió á la ciudad de Trujillo por su teniente de gobernador al capitan Diego de Mora, proveyendo con mucha destreza todas las otras cosas necesarias para la empresa que tenia entre las manos, como si toda su vida se hubiera criado en la guerra.

CAPITULO XIV.

De cómo don Diego mató á García de Albarado en el Cuzco, y cómo sacó su gente contra Vaca de Castro.

Ya habemos dicho cómo después que don Diego no pudo alcanzar á Pedro Alvarez, se fué al Cuzco, y cuando llegó, ya Cristóbal de Sotelo, á quien habia enviado delante, tenia tomada la posesion de la ciudad y puesto la justicia de su mano, quitando la que estaba por Vaca de Castro. Y llegado don Diego, se comenzó á pertrecinar de mucha artillería y pólvora, porque en el Perú hay muy buen aparejo para hacer artillería á causa de la abundancia del metal; y tambien habia ciertos maestros levantiscos que la sabian muy bien fundir; y para hacer pólvora hay gran facilidad, por razon del mucho salitre que en las mas partes se halla. Y demás desto, hizo armas para la gente de su real que no las tenia, de pasta de plata y cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes; habiendo corregido, demás desto, todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenia entre su gente era cota y coracinas ó coselete y celadas de la mesma pasta, que los indios hacen diestramente por muestras de las de Milan. Y así pudo aderezar docientos arcabuceros, y ordenó algunos hombres de armas por el buen aparejo que tenia, como quier que hasta entonces en el Perú peleaban los de caballo á la jineta, y pocas ó ninguna vez habia caballos ligeros. Estando en estos términos, sucedieron ciertas diferencias entre los capitanes García de Albarado y Cristóbal de Sotelo, en las cuales Sotelo fué muerto; de que hubiera de suceder muy gran daño en el ejército, porque ambos tenian muchos amigos, y estaba todo el campo dividido; de manera que si don Diego con amorosas palabras no los apaciguara, se mataran unos á otros, caso que entendiendo García de Albarado que don Diego tenia mucha aficion á Sotelo y que habia de procurar de satisfacerse dél, anduvo á recaudo de allí adelante, no solamente para defensa de su persona, pero para matar á don Diego, lo cual quiso poner en obra convidándole un dia á comer, con determinacion de matarle en la comida; y recelándose don Diego dello, fingió estar mal dispuesto después de haber aceptado el convite. Y como aquesto vió García de Albarado, que todo lo necesario tenia puesto á punto, determinó ir bien acompañado de sus amigos á importunar á don Diego que fuese al convite, y en el camino le sucedió que, diciendo él á un Martin Carrillo á lo que iba, le respondió que no fuese, de su parescer, allá; porque entendia que lo habian de matar, y otro soldado le dijo casi lo mismo; lo cual todo no bastó para que dejase de ir. Y don Diego estaba echado sobre una cama, y dentro del aposento tenia ciertos caballeros armados secretamente. Y como García de Albarado entró con su gente en la cámara le dijo: «Levántese vuestra señoría, que no será nada la mala disposicion, é irse ha á holgar un rato, que aunque coma poco, harános cabeza.» Y don Diego dijo que le placia, y pidiendo su capa, se levantó, porque estaba echado en cuerpo con su cota y espada y daga; y, comenzando á salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Albarado, que iba delante de don Diego, Juan Balsa, que tenia la puerta, la cerró, que era de golpe, y se abrazó con García de Albarado, y dijo: «Sed preso.» Y don Diego echó mano á su espada, y le hirió diciendo: «No ha de ser preso, sino muerto.» Y luego salieron Alonso de Sayavedra y Diego Mendez, hermano de Rodrigo Orgoños, y otros de los que estaban en reguardia, y le dieron tantas heridas, que le acabaron de matar; y sabido por la ciudad, comenzó á haber algun alboroto; pero, como don Diego salió á la plaza, apaciguó la gente, caso que se huyeron algunos amigos de García de Albarado. Y luego sacó su gente del Cuzco para ir sobre Vaca de Castro, que ya habia sabido cómo se juntó con Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y venia la via de Jauja en demanda suya; y en toda esta jornada sirvió á don Diego, Paulo, hermano del Inga, á quien el Adelantado, su padre, habia hecho inga, cuya ayuda era de muy gran importancia, porque iba delante del ejército, y con muy pocos indios que llevase, todas las provincias de la tierra proveian de comida y indios para llevar las cargas, y de todo lo demás que era necesario.

CAPITULO XV.

De cómo Vaca de Castro fué desde la ciudad de los Reyes á Jauja, y de lo que hizo allí.

Llegado Vaca de Castro á la ciudad de los Reyes, hizo muchos arcabuces con el buen aparejo de maestros que allí halló, y se aderezó de todo lo necesario, tomando prestados de vecinos y mercaderes mas de setenta mil pesos de oro, porque toda la hacienda real habia tomado y gastado don Diego. Y dejando Vaca de Castro en la ciudad de los Reyes por su teniente á Francisco de Barrio-Nuevo, y por capitan de la mar á Juan Perez de Guevara, se partió con toda la mas gente que pudo para Jauja, dejando órden en la ciudad que si don Diego bajase por otro camino á la ciudad de los Reyes, como se decia, todos los vecinos con sus mujeres y haciendas se acogiesen á los navíos, hasta que él viniese en seguimiento de don Diego. Llegado á Jauja, Pedro Alvarez le estaba aguardando con toda su gente y aderezo de armas y picas, y mucha pólvora que allí se habia hecho. Y Vaca de Castro repartió la gente de caballo que traia en las compañías de Pedro Alvarez y Pedro Anzúres y Garcilaso de la Vega, que eran capitanes de caballo; y la gente de pié, parte della repartió en las compañías de Pedro de Vergara y Nuño de Castro, que eran capitanes de infantería; é hizo otras dos compa-

ñías de nuevo, la una de caballo, que encomendó á Gomez de Albarado, y otra de arcabuceros, que encomendó al bachiller Juan Vélez de Guevara, que, con ser letrado, era muy buen soldado y hombre de tanta industria, que él mismo habia entendido en hacer aquellos arcabuces con que se hizo la gente de su compañía, sin que por esto dejase de entender en las cosas de las letras; porque, así en este tiempo como en las revueltas de Gonzalo Pizarro, de que abajo se tratará, acontesció ser nombrado por alcalde, y hasta mediodía anduvo en hábito de letrado honestamente, y hacia sus audiencias y libraba los negocios, y de mediodía abajo se vestia en hábito de soldado, con calzas y jubon de colores, recamado de oro y muy lucido, y con plumas y cuera, y su arcabuz al hombro, ejercitándose él y su gente en tirar. Desta manera ordenó Vaca de Castro su ejército, en que habia por todos setecientos hombres, los trecientos y setenta de caballo y ciento y setenta arcabuceros; é hizo sargento mayor de todo el campo al capitan Francisco de Carvajal, aquel que después fué maestre de campo de Gonzalo Pizarro, por cuya órden se regia el ejército, porque tenia gran experiencia de la guerra en mas de cuarenta años que habia sido soldado y teniente de capitan en Italia. En este tiempo llegaron á Vaca de Castro mensajeros de Gonzalo Pizarro, que habia salido á Quito del descubrimiento de la Canela (como arriba está contado), haciéndole saber cómo venia en su ayuda con la gente que habia sacado. Y Vaca de Castro le escribió agradesciéndoselo, y mandándole que se estuviese quedo en Quito sin venir al ejército, porque siempre tuvo esperanza de hacer algun concierto con don Diego, y que él vernia de paz; lo cual le paresció que seria parte para estorbar la presuncion de Gonzalo Pizarro, así porque de su parte, con el deseo de la venganza, se estorbarian los conciertos, como porque don Diego no se osaria meter en su poder, sabiendo que Gonzalo Pizarro allí estaba, que necesariamente habia de ser mucha parte en su real por los amigos que tenia. Otros dicen que temió que si Gonzalo Pizarro venia, le alzarian por general, por ser tan bienquisto á la sazon de todos, y queria que paresciese que aquella guerra se hacia mas por via de justicia que de venganza. Y demás desto, envió á mandar á los que tenian cargo de los hijos del Marqués que se estuviesen como estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin venir á la ciudad de los Reyes hasta que otra cosa mandase, colorando esta provision con que estaban mas seguros y pacíficos allá que no en Lima.

CAPITULO XVI.

De cómo Vaca de Castro fué con su ejército desde Jauja á Guamanga, y lo que pasó con don Diego.

Después que Vaca de Castro tuvo ordenada su gente en Jauja, caminó la via de Guamanga, porque le vino nueva cómo don Diego venia á gran priesa á meterse en la villa ó á tomar un paso de un rio, que en cobrar lo uno y lo otro habria gran dificultad si primero se lo ocupaba el enemigo, porque la villa está cercada de unos hondos valles ó quebradas que la fortifican mucho. Y el capitan don Diego de Rójas, que con su gente iba delante á correr el campo, se habia entrado en ella, y porque tambien supo desta venida de don Diego, habia hecho una torre para se defender hasta que Vaca de Castro llegase; y á esta causa partió luego á gran priesa Vaca de Castro para allá, enviando en la delantera al capitan Castro con sus arcabuceros, que fuesen á apoderarse de un mal paso que está cerca de Guamanga, llamado la cuesta de Parco, y cuando Vaca de Castro llegó dos leguas de Guamanga, una tarde tuvo nueva que don Diego entraba aquella noche en la villa; lo cual sintió mucho porque no era llegada toda su gente, ni llegara tan presto si Alonso de Albarado no volviera á la recoger; y junta toda, se partieron luego muy en órden, con haber caminado aquel dia algunos de los postreros cinco leguas, armados y muy apercebidos, y pasaron mucho trabajo por la aspereza del camino y quebradas dél; y pasando por la villa, estuvieron de la otra parte toda la noche en arma, porque no tenian lengua de sus enemigos, hasta que otro dia se aseguró el campo por los corredores, que descubrieron mas de seis leguas. Y sabiendo que don Diego estaba nueve leguas de allí, le escribió don Francisco de Idiaquez, hermano de Alonso de Idiaquez, secretario de su majestad, que de su real habia venido, y le envió á rogar y requerir de parte de su majestad se viniese á meter debajo del estandarte real, y que con esto, y con deshacer el ejército, le perdonaria todo lo pasado, y si de otra manera lo hacia, procederia contra él por todo rigor de justicia, como contra traidor y vasallo desleal á su príncipe; y en tanto que estos mensajaros iban, envió por otra parte un peon muy diestro en la tierra, en hábito de indio, con cartas para muchos caballeros del real de don Diego, y no pudo ir tan secreto, que por un campo nevado no le hallasen el rastro, el cual siguieron hasta que, prendiéndole don Diego, le mandó ahorcar, quejándose mucho de la cautela que con él usaba Vaca de Castro, pues por una parte trataba partidos y por otra le enviaba á amotinar el real; y en presencia de los mensajeros apercibió y ordenó todos sus capitanes y gente para dar la batalla, prometiendo que cualquiera que matase vecino, le daria sus indios y hacienda y mujer; y así, don Diego respondió á Vaca de Castro con el mismo Idiaquez y con Diego de Mercado, que en ninguna manera le obedescerian en tanto que fuese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Alvárez Holguin y Alonso de Albarado y los de su valía, y que no desharia su ejército hasta ver perdon de su majestad, firmado por su real mano, y no con la del cardenal de Sevilla, don fray García de Loaysa, á quien él no conocia por gobernador ni sabia que tuviese poder de su majestad para cosa ninguna de las Indias; y que se engañaba mucho en lo que tenia pensado y le hacian creer, que se le habia de pasar ninguna gente de la suya, sino que muy animosamente le daria la batalla y defenderia la tierra á todo el mundo, como lo veria por experiencia si le aguardaba, porque él se partia luego en su busca.

CAPITULO XVII.

De cómo Vaca de Castro sacó la gente en campo para dar la batalla, y de lo que le acaesció.

Oida Vaca de Castro la embajada de don Diego, y vista su pertinacia, sacó la gente en campo á un llano que

se llama Chupas, saliendo del término de Guamanga, que era muy áspero para pelear, y allí en Chupas estuvo tres dias sin cesar de llover, porque era en medio del invierno, y siempre la gente estaba armada y apercebida, porque tenian cerca los enemigos; y determinó de dar la batalla, pues no se tomaba otro medio. Y porque sintió que mucha de su gente estaba escandalizada desde la batalla de las Salinas, diciendo que su majestad no la habia tenido por buena, pues por haberla dado tenia preso á Hernando Pizarro, le paresció justificar la causa y satisfacer la gente; con que en presencia de todos firmó y pronunció sentencia contra don Diego, dándole por traidor y rebelde, y condenándole á muerte y perdimiento de bienes á él y á todos los que con él venian, y con esta sentencia requirió á todos los capitanes, mandándoles que para lo ejecutar le diesen favor y ayuda. Y otro dia sábado, á hora de misa, dieron al arma los corredores, porque ya los enemigos venian muy cerca y habian dormido dos pequeñas leguas de allí y caminaban desviado por la parte izquierda del real, para unas lomas llanas, por desechar unas ciénagas que estaban delante del real de Vaca de Castro, y llevaban intento de tomar la villa de Guamanga antes que rompiesen la batalla, porque tenian por cierta la victoria, segun la gran pujanza de artillería traian, y llegándo tan cerca, que los corredores se pudieron hablar y aun tirarse con los arcabuces, Vaca de Castro envió al capitan Castro con cincuenta arcabuceros, que con ellos trabase escaramuza en tanto que las banderas subian por unos recuestos que habian de pasar con gran temor, porque si don Diego revolviera les hiciera muy gran daño con la artillería, porque allí descansó toda la infantería; y porque no se detuviesen, y subiese presto la gente á tomar lo alto, Francisco de Carvajal, sargento mayor, ordenó que cada bandera por sí arremetiese la cuesta arriba, sin guardar órden hasta estar en lo alto, porque deteniéndose en el camino no le hiciese daño, y así se hizo; y llegaron á lo alto al tiempo que ya los arcabuceros de Castro habian trabado escaramuza con la retaguardia de don Diego, que todavía no cesó de camínar hasta asentar el real y ponerse en órden para dar la batalla.

CAPITULO XVIII.

De cómo Vaca de Castro movió los escuadrones contra don Diego para dar la batalla.

Después que Vaca de Castro vido toda su gente en lo alto del recuesto, y que no habia mas de una pequeña loma, mandó al sargento mayor que ordenase los escuadrones, y él lo hizo. Y Vaca de Castro los fué requiriendo y les dijo que mirasen quiénes eran y dónde venian y por quién peleaban, y que la fortaleza de aquel reino estaba en sus fuerzas y esfuerzo, y que si fuesen vencidos no podian escapar de la muerte él y ellos, y que si vencían, demás de hacer lo que eran obligados como leales y servidores de su rey, quedarian señores de sus haciendas y repartimientos, y que los que no los tenian, él en nombre de su majestad se los encomendaria, y que para eso queria el Rey la tierra, para la dar á los que lealmente le sirviesen, y que bien veia que á tan nobles caballeros y esforzada gente como allí estaba no habia menester exhortarlos y darles esfuerzo; antes tomarlo él dellos, como lo tomaba, de manera que él iria en la delantera á romper la primera lanza. Y á esto todos le respondieron muy animosamente que así lo harian y que primero quedarian hechos pedazos que se dejasen vencer, porque cada uno tomaba este negocio por suyo; y los capitanes hicieron grande instancia con Vaca de Castro que no fuese en el avanguardia, porque en ninguna manera lo consentirian y que se quedase en la retaguardia con treinta de á caballo, para poder socorrer adonde viese mayor necesidad, y así lo hizo; y viendo que no habia sino hora y media hasta la noche, quisiera que la batalla se dilatara para otro dia; mas el capitan Alonso de Albarado le dijo que si aquella noche no se daba, que se perderia, y que pues ya la gente estaba determinada, que no aguardase á que tomase otro segundo acuerdo. Y así, Vaca de Castro siguió su parescer, temiendo todavía la falta del dia, y dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol. Y estando en esto comenzó á disparar la artillería de don Diego, y porque para acometerle no podia bajar la gente camino derecho sin rescibir mucho daño en la bajada, poniéndose como en terrero, el sargento mayor y Alonso de Albarado buscaron por la parte izquierda una segura entrada que bajaba á un valle, por donde pudieron ir á los enemigos sin que la artillería los cogiese, porque toda pasaba por alto; y los escuadrones bajaron ordenados desta manera: que la parte derecha llevaba Alonso de Albarado que con su compañía guardaba el estandarte real, de que era alférez Cristóbal de Barrientos, natural de Ciudad-Rodrigo y vecino de la ciudad de Trujillo, y á la parte izquierda iban los cuatro capitanes Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Albarado y Garcilaso de la Vega y Pedro Anzúres, llevando cada uno muy en órden sus estandartes y compañías, yendo ellos en la primera hilera; y en medio de ambos escuadrones de á caballo iban los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara con la infantería, y Nuño de Castro con sus arcabuceros salió adelante por sobresaliente, para trabar la escaramuza y recogerse en su tiempo al escuadron. Vaca de Castro quedó en la retaguardia con sus treinta de caballo, algo desviado de la gente; de manera que podia ver dónde habia mas necesidad en la batalla, para socorrer, como lo hizo.

CAPITULO XIX.

De cómo se rompió la batalla de Chupas.

En tanto que la gente de Vaca de Castro iba caminando hácia los enemigos, y á vista dellos siempre le tiraban con la artillería, aunque los tiros pasaban por alto; tanto, que don Diego sospechó que el capitan Candía, que llevaba á cargo el artillería, habia sido sobornado, y que adrede subia al punto; y así, arremetió á él, y él mismo por su mano le mató. Y asentando el un tiro, le metió en el escuadron y mató alguna gente; lo cual viendo el capitan Carvajal, y considerando que la artillería que ellos llevaban no podia andar tanto como la necesidad demandaba, acordaron de dejarla sin aprovecharse della, y alargaron el paso; y á aquella hora don Diego, sus capitanes Juan Balsa y Juan Tello y Diego Mendez, y Malaver y Diego de Hoces, Martin de Bilbao y Juan de Olea, y los demás, tenian su gente de caballo en dos es-

cuadrones, y en medio el de la infantería, y delante el artillería, asestada hácia la parte por donde Vaca de Castro los habia de acometer. Y pasresciéndoles que era flaqueza estar parados, movieron los escuadrones y el artillería hácia la parte donde venia Vaca de Castro, contra voluntad de Pedro Suarez, su sargento mayor, que, como hombre práctico en la guerra, era de parescer contrario; y en viendo mudar el artillería, los juzgó por perdidos, porque donde primero la tenian habia delante campo en que podian jugar y hacer mucho daño á los enemigos hasta que llegasen á ellos; y yéndose metiendo adelante, acortaban el campo y la ocasion que tenian de poder jugar y hacer daño en los contrarios; y así, se fueron á poner junto á la asomada por donde se habia de mostrar Vaca de Castro, de manera que hasta que llegasen muy cerca la artillería no los pudiese coger, por ser mas bajo el sitio por donde venian, y defenderles la tierra que estaba en medio. Y así, Pedro Suarez, sargento mayor, viendo que no tomaban su parescer, arremetiendo con su caballo, se pasó á la parte de Vaca de Castro. En este tiempo Paulo, el hermano del Inga, acometió á la gente de Vaca de Castro por la parte izquierda, con muchos indios de guerra, tirándoles muchas piedras y varas. Mas, como los arbuceros sobresalientes mataron algunos dellos, luego huyeron; y por aquella parte salió Martin Corte, capitan de arcabuceros de don Diego, con su compañía, y trabóse entre él y los del capitan Castro una escaramuza; y así, fueron los escuadrones paso á paso al son de los atambores hasta á asomada, donde estuvieron parados en tanto que disparaban la artillería, que tiraba tan apriesa, que no daba lugar á que rompiesen, y aunque estaba bien cerca della, les pasaba por alto, y si veinte pasos fuera mas adelante, les diera de lleno; pero todavía la infantería de Vaca de Castro rescibió mucho daño, porque estaba en parte mas alta, donde les cogian las pelotas, porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el escuadron, y los capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, y se cerró. En esta sazon el sargento mayor Francisco de Carvajal estorbaba á los capitanes que rompiesen hasta que hubiese disparado el artillería, y subiendo un poco el recuesto los de caballo, los sobresalientes de don Diego mataron á Pedro Alvarez Holguin y á Gomez de Tordoya con dos pelotas, y herian y mataban otros. Y viéndose el capitan Pedro de Vergara herido de un arcabuz, comenzó á dar voces contra los escuadrones de caballo, diciendo que rompiesen antes que paresciese toda la infantería que estaba puesta al terrero; y luego los trompetas hicieron señal de romper, y arremetieron los escuadrones de á caballo de Vaca de Castro contra los de don Diego, que los salieron á rescebir animosamente, y los unos y los otros se encontraron de suerte, que casi todas las lanzas quebraron, quedando muchos muertos y caidos de ambas partes; y dejadas las lanzas, se mezclaron los unos con los otros, hiriéndose muy crudamente con las espadas y con porras y hachas, y aun algunos peleaban con hachas de partir leña, dando á dos manos tales golpes, que donde alcanzaban no bastaba defensa ninguna. Y así pelearon hasta que, desfalleciéndoles los alientos, descansaron un poco. Los capitanes de infantería de Vaca de Castro arremetieron con los de don Diego, metiéndose por la artillería, yendo delante animándolos el capitan Carvajal, y diciéndoles que no hubiesen miedo al artillería, pues no le daba á él, siendo tan gordo como dos dellos; y porque no pensasen que lo hacia en confianza de las armas, se quitó de presto una cota de malla y una celada que llevaba, y la arrojó en el campo; y quedando en un jubon de lienzo, con una partesana arremetió delante contra el artillería, y todos le siguieron; de suerte que la ganaron, matando muchos de los que la guardaban; y arremetieron con los contrarios, haciéndolo tan valerosamente, que la mayor parte de la victoria se les atribuyó. Y cuando esto pasaba la noche escuresció, y casi no se conoscian sino por el apellido, y los de caballo tornaron á su pelea; y ya la victoria se iba mostrando por Vaca de Castro, cuando él con los treinta de caballo arremetió hácia la parte izquierda, donde estaban dos banderas firmes de don Diego, y aun gritando por sí la victoria; caso que todas las otras banderas y gente de don Diego se iban retrayendo de vencida. Y cómo Vaca de Castro rompió en ellas, se trabó de nuevo una pelea, adonde hirieron y derribaron algunos de aquellos treinta, y mataron al capitan Jimenez y á N. de Montalvo, natural de Medina del Campo, y otros caballeros; y como los de Vaca de Castro porfiaron tanto, don Diego y su gente volvieron las espaldas de arrancada, y los de Vaca de Castro fueron hiriendo y matando en ellos, y los del capitan Bilbao y un Cristóbal de Sosa, de la parte de don Diego, fué tanto lo que sintieron ver volver las espaldas á los suyos, que se arrojaron en los enemigos como desésperados, hiriendo á todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soy Fulano, que maté al Marqués;» y así anduvieron hasta que los hicieron pedazos; y muchos de los de don Diego se salvaron con la escuridad de la noche, tomando de algunos muertos la seña, porque los de Vaca de Castro llevaban bandas coloradas y los de don Diego bandas blancas; y así, quedó la victoria conoscidamente por Vaca de Castro, como quier que antes que llegasen á las manos murió mucha mas gente de parte de Vaca de Castro; tanto, que don Diego tuvo por suya la victoria; y á todos los españoles que huyeron por un valle los mataron los indios, y á ciento y cincuenta de caballo de don Diego, que se fueron huyendo á Guamanga, que estaba dos leguas de allí, los desarmaron y prendieron los pocos vecinos que en la villa habian quedado. Y don Diego y Diego Mendez se fueron huyendo al Cuzco, donde los prendió Rodrigo de Salazar, vecino de Toledo, que era su mesmo teniente, y Anton Ruiz de Guevara, que era alcalde ordinario de la ciudad. Y así fenesció el mando y gobernacion de don Diego, que en un dia se vió señor del Perú y en otro le prendió su mesmo alcalde de su propria autoridad. Y esta batalla se dió á 16 dias de septiembre de 1542 años.

CAPITULO XX.

De cómo Vaca de Castro dió gracias á su gente por la victoria que habian habido.

En gran parte de la noche no se pudo acabar de recoger el ejército, porque andaban ocupados en saquear

las tiendas de los de don Diego, donde hallaron mucho oro y plata, y mataron algunos que se habian escondido ó estaban heridos. Mas, después de todos recogidos, pensando que los de don Diego se tornaran á rehacer, estuvo toda la infantería apercebida, y asimesmo la gente de á caballo. A Vaca de Castro se le pasó la mayor parte de la noche en alabar toda la gente y ejército en general, y dando particulares gracias á cada soldado porque tan bien lo habia hecho. En esta batalla hubo muchos capitanes y soldados que grandemente se señalaron, especialmente don Diego, que por salir con aquella empresa, que tan justa le parescia, por ser en venganza de la muerte de su padre, hizo mas que su edad requeria, porque seria de edad de veinte y dos años, y con él algunos de su ejército; y tambien se señalaron muchos de Vaca de Castro por vengar la muerte del Marqués, con quien tanta fe tuvieron, que respecto de hacerlo valientemente ningun peligro dejaba de acometer. Murieron de ambas partes cerca de trescientos hombres, y entre ellos muchos capitanes y personas señaladas, especialmente Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Tordoya, que por mostrar señaladamente sus hechos en aquella batalla iban con unas ropas de terciopelo blanco, llenas de chaperías de oro, sobre las armas, en que fueron luego conoscidos y muertos por los arcabuceros, como está dicho. Y tambien se señalaron Alonso de Albarado y el capitan Carvajal, el cual, sin temer ningun peligro, se metió por el artillería, donde eran tan espesas las pelotas de los arcabuceros que le aguardaban, que parescia imposible dejarle de acertar alguna; y así, menospreciando la muerte, paresce que huyó dél, como suele acaescer en todos los peligros y seguir al que mas la teme, como se vió en aquella batalla, que un mancebo, no osando entrar en ella, de temor, se fué á esconder tras una peña, y saltando un pedazo della del golpe de una pelota, le hizo piezas la cabeza, de que murió. Los principales que se señalaron, así en esta batalla como en los otros negocios donde dependió, fueron el licenciado Carvajal, Francisco de Godoy, Diego de Aguilera, Nicolás de Ribera, Hierónimo de Aliaga, Juan de Barbaran, Miguel de la Serna, Lope de Mendoza, Diego Centeno, Melchior Verdugo, Cristóbal de Barrientos, Gomez de Albarado, Gaspar Rodriguez, don Gomez de Luna, Pedro de Hinojosa, Francisco de Carvajal, don Pedro Puertocarrero, Alonso de Cáceres, Diego Ortiz de Guzman, Sebastian de Merlo, Francisco de Ampuero y otros muchos; demás de los cuales se señalaron algunos de la parcialidad del Adelantado, que, como está dicho, siguieron á Vaca de Castro por tratar en nombre de su majestad este negocio; los principales de los cuales fueron Pedro Alvarez Holguin, don Alonso de Montemayor, Juan de Sayavedra, Martin de Robles, Lorenzo de Aldana, don Cristóbal Ponce de Leon, Pablo de Meneses, Vasco de Guevara, el contador Juan de Guzman, Diego Nuñez de Mercado, Pero Lopez de Ayala, Diego Becerra, Diego Maldonado, Juan García, Diego Gallego, Francisco Gallego, Pero Ortiz, Alonso de Mesa, Dionisio de Bobadilla, Luis García de San-Mames, Garci Gutierrez de Escobar, Márcos de Escobar, Juan de Horbaneja, Diego de Ocampo, y otros muchos; á los cuales, ó á los mas dellos, Vaca de Castro dió de comer al tiempo que repartió la tierra, porque decia que aquellos lo habian merescido señaladamente, pues habian dejado sus particulares pretensiones y aficion por seguir á su majestad y su real voz y servicio.

CAPITULO XXI.

De la justicia que hizo Vaca de Castro de los de don Diego.

Aquella noche de la victoria sobrevino tan grande helada, que muchos de los heridos murieron de frio; porque á solo Gomez de Tordoya, que no era muerto, y á Pedro Anzúres, que estaba herido, se les pudieron dar tiendas porque aun no era llegado el carruaje. Otro dia de mañana Vaca de Castro mandó curar mas de cuatrocientos heridos que habia, é hizo enterrar los muertos y llevar los cuerpos de Pedro Alvarez y Gomez de Tordoya á sepultar á la villa de Guamanga suntuosamente; y aquel mismo dia hizo degollar algunos de los presos que habian sido en la muerte del Marqués; y cuando otro dia fué á Guamanga, el capitan Diego de Rójas habia degollado á Juan Tello y á otros capitanes. Y Vaca de Castro cometió la ejecucion de la justicia de los demás al licenciado de la Gama, el cual ahorcó y degolló cuarenta personas de los mas culpados, y á otros desterró, y á todos los demás perdonó; por manera que serian justiciados hasta sesenta personas. Dióse licencia á todos los vecinos que se fuesen á sus casas, y Vaca de Castro se fué al Cuzco, donde hizo nuevo proceso contra don Diego, y dende algunos dias le degolló; y Diego Mendez se soltó de la cárcel con otros dos de los presos, y se fueron con el Inga á aquellas montañas que llaman los Andes, que por la aspereza de la entrada son inexpugnables. El Inga los rescibió alegremente, mostrando mucho sentimiento de la muerte de don Diego, porque le era muy aficionado, y como tal le envió al camino, cuando supo que pasaba, muchas cotas de malla y coseletes y coracinas, y otras armas de las que habia tomado á la gente que venció y mató de los cristianos cuando iban en socorro de Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro al Cuzco, enviados por el Marqués (como arriba hemos dicho); y siempre trajo indios disfrazados en el campo, que le avisasen del suceso de la batalla.

CAPITULO XXII.

De cómo Vaca de Castro envió á descubrir la tierra por diversas partes.

Vencida la batalla de don Diego, y pacificada la tierra, le paresció á Vaca de Castro que no se podia derramar la gente de guerra, ni habia con qué gratificarlos á todos, si no fuese enviándolos á conquistas y entradas por la tierra; y así, mandó al capitan Vergara que con la gente que habia traido se tornase á su conquista de Bracamoros; y envió al capitan Diego de Rójas y á Felipe Gutierrez, con mas de trecientos hombres, hácia la parte de oriente á descubrir la tierra, que después poblaron, que corresponde al rio de la Plata; y con un Monroy envió un socorro á la provincia de Chili al capitan Pedro de Valdivia; y envió al capitan Juan Perez de Guevara á conquistar la tierra de Mullobamba, que él habia descubierto; y es una tierra mas montuosa que rasa, y nascen de las faldas de las montañas della dos grandes rios que tie-

nen las vertientes á la mar del Norte; el uno es de Marañon (de quien tanto arriba hemos tratado), y el otro el rio de la Plata. Los moradores de aquella tierra son caribes que comen carne humana, y es la tierra tan caliente, que andan desnudos, con solas unas mantas revueltas al cuerpo. Y allí tuvo noticia Juan Perez de otra gran tierra que hay pasadas las últimas cordilleras hácia el septentrion, donde hay ricas minas de oro y se crian camellos y gallinas como las de la Nueva-España, y ovejas algo menores que las del Perú; y todas las sementeras son de regadío, porque llueve poco en la tierra, donde hay un lago que tiene las riberas muy pobladas de gente, y en todos los rios hay unos peces de la hechura y tamaño de grandes perros; y así, comen y muerden á los indios que entran ó pasan cerca de los rios, porque ellos salen tambien por las orillas. Esta tierra tiene al rio Marañon hácia la parte del septentrion, y al oriente la tierra del Brasil, que poseen los portugueses, y al mediodía el rio de la Plata; y tambien dicen que hay allí aquellas mujeres amazonas de que Orellana tuvo noticia; pues habiendo despachado Vaca de Castro sus capitanes á estas conquistas, estuvo en el Cuzco mas de año y medio repartiendo los indios que estaban vacos y poniendo en órden la tierra, é hizo ordenanzas en gran utilidad y conservacion de los indios. En este tiempo se descubrieron en las comarcas del Cuzco las mas ricas minas de oro que en nuestros tiempos se habian visto, especialmente en un rio que se llama Carabaya; tanto, que acontescia á un indio coger en un dia cincuenta pesos. Y toda la tierra estaba muy quieta, y los indios muy amparados y reparados de las grandes fatigas que rescibieron en las guerras pasadas. Y en este tiempo fué Gonzalo Pizarro al Cuzco, porque hasta entonces no se le habia dado licencia para ello. Y después de haber estado allí algunos dias se fué á las Charcas á entender en sus granjerías, hasta que vino el visorey Blasco Nuñez Vela, como en el siguiente libro se declarará.

LIBRO QUINTO.

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON EN EL PERÚ AL VISOREY BLASCO NUÑEZ VELA.

CAPITULO PRIMERO.

De las ordenanzas que su majestad mandó hacer para el gobierno de las Indias, y cómo Blasco Nuñez Vela fué por visorey al Perú para ejecutarlas.

En esta sazon, y algunos tiempos antes, hubo personas religiosas que, paresciéndoles moverse con buen celo, vinieron á informar á su majestad y á los señores de su real consejo de los grandes agravios y crueldades que los españoles generalmente hacian en los indios, así maltratando y matando sus personas, como llevándoles sus haciendas é imponiéndoles demasiados tributos, y echándolos á las minas y en pesquerías de perlas, donde perescian todos; y se iban disminuyendo y apocando de tal manera, que en breve tiempo no quedaria ninguno dellos en la Nueva-España ni en el Perú y en las otras partes donde los habia, como habian perecido en las islas de Santo Domingo y Cuba y San Juan de Puerto-Rico y Jamáica y en otras islas, donde ya no habia memoria de ninguno de los naturales; diciendo, para persuadir esto á su majestad, algunas crueldades que los españoles habian hecho en los indios, y aun añadiendo otras que no se tiene noticia haber acontescido. Y como una de las principales causas de donde se seguia esta destruicion era las cargas que á los indios se hacian llevar, por la poca moderacion que en ello se tenia, y que los que principalmente habian excedido en todas estas cosas eran los gobernadores y sus tenientes, y los oficiales de su majestad, y los obispos y los monesterios y otras personas favorescidas y privilegiadas, que, confiando en que no se habia de hacer justicia contra ellos, habian señaládose en todas estas cosas. Y el que principalmente insistió en esta informacion fué un religioso de la órden de Santo Domingo, llamado fray Bartolomé de las Casas, á quien su majestad proveyó del obispado de Chiapa. Oidas por su majestad todas estas cosas, y queriendo remediarlas, entendiendo que convenia así al descargo de su real consciencia, sobre esta informacion que le fué hecha mandó juntar con los de su consejo de las Indias otros muchos letrados y personas de consciencia, y habiendo tratádose entre ellos, y platicado y mirado con gran diligencia, se hicieron ciertas ordenanzas, con que les paresció que se remediaban todos los daños é inconvenientes que fray Bartolomé habia propuesto, mandando que ningun indio se pudiese echar en las minas ni á la pesquería de las perlas ni se cargasen, salvo en aquellas partes que no se pudiese excusar, y entonces pagándoles su trabajo, y que se tasasen los tributos que habian de dar á los españoles, y que todos los indios que vacasen por muerte de los que á la sazon los tenian, se pusiesen en la corona real, y que quitasen las encomiendas y repartimientos de indios que tenian los obispos de todas las Indias y los monesterios y hospitales, y los que hubiesen sido gobernadores ó sus lugartenientes y los oficiales de su majestad, sin que los pudiesen retener aunque dijesen que querian dejar los oficios. Y particularmente se quitasen los indios en la provincia del Perú á todos aquellos que hubiesen sido culpados en las pasiones y alteraciones de entre don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro;

y que todos estos indios que de una manera ó otra se quitasen, y los tributos dellos se pusiesen en cabeza de su majestad; y con esta última ordenanza era claro que ninguna persona en el Perú podia quedar con indios, pues (como se puede colegir de toda esta historia) ningun español, de grande ni pequeña calidad, habia que no estuviese mas apasionado por una destas dos parcialidades que si sobre ello le fuese su vida y hacienda; lo cual se habia entendido aun hasta los mesmos indios de la tierra, que muchas veces acontescia haber entre ellos grandes batallas y diferencias y otras contiendas particulares á título destas opiniones, que ellos llamaban á los de don Diego los de Chili y á los del Marqués los de Pachacamá. Y entre otras muchas cosas demás de las arriba declaradas, que se proveian por las ordenanzas y parescian convenir para el buen gobierno de aquellas provincias, era una, que porque la provincia del Perú, que era la mas rica y principal cosa de las Indias, estaba sujeta á la audiencia real que residia en la ciudad de Panamá, donde no habia mas de dos oidores y habia muy gran dilacion y mal despacho en los negocios, por estar tan léjos el Perú de Panamá, especialmente porque (como tenemos dicho arriba) la mayor parte del año no podian navegar ni ir al Perú, y á esta causa no se habian remediado desde allí todos los daños é inconvenientes sobredichos, ni se podrian remediar los que adelante succediesen, se proveyó y mandó que la audiencia de Panamá se deshiciese, y se ordenase otra de nuevo en los confines de Guatimala y Nicaragua, de la cual fuese por presidente el licenciado Maldonado, oidor de Méjico, y que á esta audiencia quedase sujeta la provincia de Tierra-Firme, y que en el Perú se proveyese nueva audiencia, y en ella cuatro oidores y un presidente con título de visorey y capitan general, porque se entendió que la importancia de las cosas del Perú lo requeria.

Estas ordenanzas se hicieron y publicaron en la villa de Madrid en el año de 542, y luego se enviaron los traslados dellas á diversas partes de las Indias, de que se rescibió muy gran escándalo entre los conquistadores dellas, especialmente en la provincia del Perú, donde mas general era el daño, pues ningun vecino quedaba sin quitársele toda su hacienda y tener necesidad de buscar de nuevo qué comer; y decian que su majestad no habia sido bien informado en aquella provision, pues si ellos habian seguido estas dos parcialidades, habia sido paresciéndoles que las cabezas dellas eran gobernadores y se lo mandaban en nombre de su majestad, y que no podian dejar de cumplir por fuerza ó por grado sus mandamientos; y así, no era aquella culpa por que debiesen ser despojados de sus haciendas; y que, demás desto, al tiempo que ellos á su costa descubrieron la provincia del Perú, se habia capitulado con ellos que se les habian de dar los indios por sus vidas, y después de muertos habian de quedar á su hijo mayor, ó á sus mujeres no teniendo hijos; y que, en confirmacion desto, pocos dias antes su majestad habia enviado á mandar á todos los conquistadores que dentro de cierto tiempo se casasen, so pena de perdimiento de los indios, y que en cumplimiento dello, los mas se habian casado; y que no era justo que, después que estában viejos y cansados y con mujeres, pensando tener alguna quietud y reposo, se les quitasen sus haciendas, pues no tenian edad ni salud para ir á buscar nuevas tierras y descubrimientos. Y así, acudieron de diversas partes al Cuzco á hacer relacion de todo esto al licenciado Vaca de Castro, que allí estaba, y él les dijo que tenia por cierto que, siendo su majestad informado de la verdad, que lo mandaria remediar; y que para esto convernia que se juntasen los procuradores de todas las ciudades, y se nombrasen algunos dellos que en nombre de todo el reino viniesen á su majestad y á su real consejo á suplicar por estas ordenanzas. Y para que mas cómodamente se pudiesen juntar, él bajaria á la ciudad de los Reyes, porque estuviesen mas en comarca las ciudades de los llanos y las de la sierra para venir á tratar deste negocio; compartiendo el trabajo del camino. Y así, se partió de la ciudad del Cuzco para los Reyes, trayendo consigo procuradores de todas las ciudades de aquellas comarcas, y otros caballeros y gente principal que lo venian acompañando.

CAPITULO II.

De la provision y jornada de Blasco Nuñez Vela, visorey del Perú, y de los oidores y otros oficiales que con él fueron.

En el año de 543, casi por el mismo tiempo que lo contado en el capítulo antes deste pasaba en la provincia del Perú, su majestad, en cumplimiento y ejecucion de la ordenanza que tenemos dicho, proveyó por visorey y presidente de la provincia del Perú á Blasco Nuñez Vela, vecino de la ciudad de Avila, que á la sazon era veedor general de las guardas de Castilla, porque tenia experiencia en lo que dél habia conoscido, y así en este cargo como en otros corregimientos que antes dél habia tenido en las ciudades de Málaga y Cuenca, que era caballero recto y que hacia justicia sin ningun respecto, y que ejecutaba los mandamientos reales con todo rigor, sin ninguna disimulacion; y proveyó por oidores al licenciado Cepeda, natural de la villa de Tordesillas, que á la sazon era oidor en las islas de Canaria, y al doctor Lison de Tejada, natural de la ciudad de Logroño, que era alcalde de los hijosdalgo de la audiencia real de Valladolid, y al licenciado Alvarez, abogado en la mesma audiencia, y al licenciado Pedro Ortiz de Zárate, natural de la ciudad de Orduña, que era alcalde mayor en Segovia; y proveyó asimesmo por contador de cuentas de aquella provincia y de la de Tierra-Firme á Agustin de Zárate, secretario de su real consejo, que es el autor desta historia, porque después del descubrimiento de aquellas provincias no se habia tomado cuentas á los tesoreros y otros administradores de la hacienda real. Y todos se hicieron á la vela en el puerto de Sanlúcar de Barrameda el 1.° dia del mes de noviembre del año de 43, y llegaron al puerto de Nombre de Dios con buena navegacion, y allí se detuvieron, aderezando las cosas necesarias para la navegacion de la mar del Sur, algunos dias. Y el Visorey dió gran priesa en su despacho, y en un navío que hizo aprestar se embarcó y hizo á la vela mediado el mes de hebrero del año de 43, sin querer esperar á llevar en su compañía ninguno de los oidores, aunque le fué pedido, y dello quedaron algo resabiados, demás de haber

pasado entre ellos algunas ocasiones de poca importancia, por donde comenzaban á declarar los unos y los otros sus ánimos. Antes que el Visorey partiese comenzó á ejecutar en aquella provincia (caso que no era de su gobernacion) una de las ordenanzas que llevaba, por donde se mandaba que los indios se volviesen á sus naturalezas, estando fuera dellas por cualquier manera. Y así, comenzó á recoger todos los indios que en aquella provincia habia naturales del Perú, y por el gran comercio estas dos gobernaciones se habian traido muchos, y á costa de sus amos los fletó en su navío, y llegó muy brevemente al Perú; y desembarcando en el puerto de Túmbez, hizo su viaje por tierra, y comenzó á ejecutar las ordenanzas en cada lugar por do pasaba, á unos tasándoles los tributos, y á otros quitándoles de todo punto los indios y poniéndolos en cabeza de su majestad. Y caso que algunas personas particulares, á quien tocaba, y en general las dos ciudades de San Miguel y Trujillo, parescieron ante él suplicando destas ordenanzas, á lo menos haciendo grande instancia en que sobreseyese la ejecucion dellas hasta que, junta toda la audiencia, ellos paresciesen en Lima á seguir su justicia sobre esta suplicacion, pues la ejecucion por una de las mesmas ordenanzas venia cometida al que fuese visorey y oidores juntamente, y no lo podia hacer él solo. Ninguna cosa destas quiso admitir, diciendo que aquellas eran leyes generales y hechas para buena gobernacion, y que por esto no admitia suplicacion; y así, continuó la ejecucion hasta que llegó á la provincia de Guaura, que es diez y ocho leguas de la ciudad de los Reyes.

CAPITULO III.

De lo que pasó en la ciudad de los Reyes sobre el rescebimiento del Visorey.

Después que el Visorey llegó al puerto de Túmbez, envió adelante á gran priesa á notificar al licenciado Vaca de Castro sus poderes, para que se desistiese de la gobernacion; y así por el mensajero que las llevó como por otros que después dél se siguieron, se tuvo noticia en la tierra del rigor con que el Visorey ejecutaba las ordenanzas, y como no admitia ninguna suplicacion dellas; y para indignar mas la gente sobre lo que el Visorey hacia, añadian algunos otros mas rigores y cosas que no le habian pasado á él por pensamiento. Y causaron tanto alboroto estas nuevas en los ánimos de la gente que venia con Vaca de Castro, que unos le decian que no rescibiese al Visorey, sino que suplicasen de las ordenanzas y de la provision que dél se habia hecho, y que no le rescibiesen á la gobernacion, pues él se habia hecho indigno dello no queriendo oir á justicia los vasallos de su majestad, y mostraba tanto rigor en la ejecucion. Otros le decian que si él no aceptaba esta empresa no faltaria en el reino quien la aceptase. Pero con todo esto, Vaca de Castro los apaciguaba, diciendo que tuviesen por cierto que, después de llegados los oidores y asentada la audiencia, siendo informados de la verdad, otorgarian la suplicacion, y que él no podia dejar de obedescer lo que su majestad mandaba. Y en cumplimiento dello, cerca desta provincia de Guadachili, que es á veinte leguas de la ciudad de los Reyes, donde le fueron notificadas las provisiones, él se desistió del cargo de gobernador, aunque primero proveyó á algunas personas ciertos repartimientos de indios que estaban vacos, y parte dellos en su cabeza. Y viendo los principales que con él venian que no queria hacer lo que ellos le importunaban, se volvieron á la ciudad del Cuzco; y aunque el color que daban para la vuelta era que no osarian aguardar al Visorey solo, y que cuando la audiencia estuviese junta volverian; pero con todas estas excusas se entendia bien dellos que iban alterados y no con buenas intenciones, las cuales dende á pocos dias declararon; porque, llegando á la villa de Guamanga con grande alboroto, sacaron de poder de Vasco de Guevara toda la artillería que el licenciado Vaca de Castro allí habia dejado al tiempo que venció á don Diego, y la llevaron á la ciudad del Cuzco, juntando gran copia de indios para ello. Vaca de Castro continuó su camino hasta llegar á los Reyes, donde halló gran confusion en toda la ciudad sobre rescebir el Visorey; porque unos decian que su majestad por las provisiones no mandaba que fuese rescebido si no viniese personalmente; otros decian que en caso que viniese, vistas las ordenanzas que traia y el rigor con que las habia comenzado á ejecutar, sin admitir dellas suplicacion, no convenia dejarle entrar en la tierra. Y con todo esto, Illan Suarez, factor de su majestad y regidor de aquella ciudad, trabajó y negoció tanto para que fuese rescebido, que en fin se obedescieron las provisiones y las pregonaron con toda solemnidad. Y luego fueron muchos vecinos y regidores á rescebir y besar las manos al Visorey á Guaura, y de allí vinieron con él hasta la ciudad de los Reyes, donde fué rescebido con gran fiesta, metiéndole debajo de un palio de brocado y llevando los regidores las varas, vestidos con sus ropas rozagantes de raso carmesí, forradas en damasco blanco, y le llevaron á la iglesia y á su posada. Y entendido por él el alboroto de los que se fueron al Cuzco, luego otro dia mandó prender en la cárcel pública al licenciado Vaca de Castro, teniendo sospecha que habia entendido en aquel motin y sido el orígen dél; y los de la ciudad, caso que no estaban todos bien con Vaca de Castro, fueron á suplicar al Visorey no permitiese que una persona como Vaca de Castro, que era del consejo de su majestad y habia sido su gobernador, fuese echado en cárcel pública; pues, aunque le hubiesen de cortar otro dia la cabeza, se podia tener en prision segura y honesta; y así, le mandó poner en la casa real, con cien mil castellanos de seguridad, en que le fiaron los mesmos vecinos de Lima, y le mandó secrestar sus bienes. Y visto todos estos rigores, la gente andaba desabrida y haciendo corrillos, y saliéndose pocos á pocos de la ciudad la via del Cuzco, adonde el Visorey no estaba rescebido.

CAPITULO IV.

De cómo Gonzalo Pizarro vino al Cuzco y lo nombraron por procurador general de la tierra.

En este tiempo Gonzalo Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, estaba (como dicho es) en sus repartimientos en la provincia de los Charcas con hasta diez ó doce hombres, amigos suyos; y sabidas las

nuevas de la venida del Visorey y la razon della, y las ordenanzas que venia á ejecutar, de que ya habia tenido noticia, determinó de venirse al Cuzco debajo de ocasion de saber nuevas de Castilla y proveer en los despachos que enviaba Hernando Pizarro, su hermano. Y andando recogiendo dineros de sus haciendas, le venian cartas de todas partes, así de los cabildos como de particulares, persuadiéndole cómo á él le convenia tomar esta empresa de suplicar de las ordenanzas y procurar el remedio dellas, así porque era á quien principalmente tocaban, como porque de derecho le pertenescia la gobernacion de aquella provincia; y algunos le ofrescian sus personas y haciendas; otros le escribian que el Visorey habia dicho que le habia de cortar la cabeza; de manera que por diversas vias le procuraban indignar y hacerle venir al Cuzco, para resistir la entrada del Visorey. Visto todo esto, y conformándose con el deseo que él siempre habia tenido de ser gobernador del Perú, recogió ciento y cincuenta mil castellanos de sus haciendas y de las de Hernando Pizarro, y vínose al Cuzco, trayendo consigo hasta veinte personas. Todos le salieron á recebir y mostraron holgarse con su venida, y cada dia llegaba al Cuzco gente que se huia de la ciudad de los Reyes, de lo que el Visorey hacia, añadiendo siempre algo para que mas se alterasen los vecinos. En el cabildo del Cuzco se hicieron muchas juntas, así de los regidores como de todos los vecinos en general, tratando sobre lo que se debia hacer cerca de la venida del Visorey; y algunos decian que se rescibiese, y que en lo tocante á las ordenanzas se enviasen procuradores á su majestad para que las remediase; otros decian que rescibiéndole una vez, y ejecutando él las ordenanzas como lo hacia, les quitaria los indios, y que después de desposeidos dellos, con gran dificultad se les tornarian; y últimamente se determinó que Gonzalo Pizarro fuese elegido por procurador del Cuzco, y que Diego Centeno, que estaba allí con poder de la villa de Plata, le sostituyese, y que desta manera fuese con título de procurador general á la ciudad de los Reyes á suplicar de las ordenanzas en el audiencia real.

Y á los principios hubo diversos paresceres sobre si llevaria gente de guerra consigo, y en fin se determinó que la llevase, dando diversos colores en ello, y el primero era que ya el Visorey habia tocado atambores en los Reyes so color de venir á castigar la ocupacion de la artillería; y tambien que decian que era hombre áspero y riguroso, y que ejecutaba aquellas ordenanzas sin admitir las suplicaciones que dellas ante él se interponian, y sin esperar la audiencia real, á quien tambien venia cometida la ejecucion; y que habia dicho el Visorey muchas veces que traia mandato de su majestad para cortar la cabeza á Gonzalo Pizarro sobre las alteraciones pasadas y muerte de don Diego. Y otros, que mas honestamente trataban este negocio, daban por excusa de la junta de la gente que para ir Gonzalo Pizarro á la ciudad de los Reyes habia de pasar por las tierras donde estaba el Inga alterado y de guerra, y que para defenderse dél habia menester llevar gente; y otros trataban mas claramente el negocio, diciendo que se hacia la gente para defenderse del Visorey, porque era hombre de recia condicion, y que no guardaba términos de justicia ni habia seguridad para seguirla ante él, y con hacer informacion de testigos sobre todas estas razones, no faltaron letrados que fundaban y les hacian entender cómo en todo esto no habia ningun desacato, y que lo podian hacer de derecho, y que una fuerza se puede y debe repeler con otra, y que el juez que procede de hecho puede ser resistido de hecho. Y desta manera se resumieron en que Gonzalo Pizarro alzase banderas y hiciese gente, y muchos de los vecinos del Cuzco se le ofrescian con sus personas y haciendas, y aun algunos hubo que decian que perderian las ánimas en esta demanda. Y así, para en cuanto á la jornada de la suplicacion, se dió á Gonzalo Pizarro título de procurador general de la tierra, y en cuanto á la defensa del Inga, le nombraron por capitan general del ejército, y sobre todo esto se hicieron ciertos autos con que se suele dar color á semejantes negocios; y así, se comenzó á hacer gente, tomando dineros para la paga della de la caja del Rey y de los bienes de difuntos y otros depósitos, con color de empréstido; y enviaron al capitan Francisco de Almendras con cierta gente á guardar los pasos, para que en la ciudad de los Reyes no se pudiese tener noticia destas determinaciones; y por via de indios, Paulo, hermano del Inga, proveyó cómo no pudiese pasar nadie á dar el aviso, y el cabildo del Cuzco escribió al de la villa de Plata, diciéndole los grandes inconvenientes y daños que se seguirian si las ordenanzas se ejecutasen, y lo que habian proveido para el remedio dello, pidiéndoles por merced que, pues tambien aquello se habia hecho con su poder, que tenia el capitan Diego Centeno, lo tuviesen por bien y les favoresciesen cómo se llevase adelante la empresa, y que todos viniesen á ella con sus armas y caballos. Demás desto, Gonzalo Pizarro escrebia cartas particulares á todos los vecinos, induciéndolos á este propósito. A la sazon estaba en la villa de Plata por teniente de gobernador en nombre de Vaca de Castro un vecino della, llamado Luis de Ribera, y por alcalde ordinario otro vecino llamado Antonio Alvarez; los cuales, visto lo que en el Cuzco se habia hecho, luego revocaron el poder á Diego Centeno, y en nombre de cabildo respondieron al regimiento del Cuzco que, aunque su majestad les quitase las haciendas y vidas, habian de obedecer sus provisiones, diciendo que aquella villa siempre le habia servido contra los que habian querido lo contrario, y que así lo entendian hacer agora; diciéndoles tambien que el poder que habia llevado Diego Centeno habia sido para hacer aquello que cumpliese al servicio de su majestad y buena gobernacion de aquellos reinos y conservacion de los naturales; y que visto que en la eleccion de Gonzalo Pizarro ni en todo lo demás que se habia acordado no concurrian ninguna destas razones, no se podia decir hecho por virtud del poder, pues no era conforme á él; aunque esta carta no se escribió con parescer de todos los regidores, porque algunos amigos y aficionados de Gonzalo Pizarro andaban haciendo juntas de gentes y atrayéndoles á su favor, y muchas veces determinaron de matar á Luis de Ribera y Antonio Alvarez, y no lo pudieron ejecutar, por andar ellos siempre muy á recaudo, esperando las provisiones del Visorey, que, por ser tan léjos, no ha-

bian podido llegarles; y mandaron, so graves penas, que ninguna persona saliese de la ciudad, aunque, sin embargo dello, muchos se fueron al Cuzco.

CAPITULO V.

De lo que el Visorey hizo en los Reyes, sabida la alteracion de la tierra.

Siendo entrado y rescebido el Visorey en la ciudad de los Reyes con la solemnidad que hemos dicho, por el mes de mayo del año de 44, nadie le hablaba en la suspension de las ordenanzas; porque, aunque por el cabildo de la ciudad le habia sido interpuesta la suplicacion dellas, dándole muchas razones para que se debiesen suspender, no lo habia querido hacer, caso que les prometia que, después de ejecutadas, él escrebiria á su majestad, informándole cuánto convenia á su servicio y á la conservacion de los naturales que las ordenanzas fuesen revocadas; porque llanamente él confesaba que, así para su majestad como para aquellos reinos, eran perjudiciales, y que si los que las ordenaron tuvieran los negocios presentes, no aconsejaran á su majestad que las hiciera; y que le enviase el reino sus procuradores, y juntamente con ellos él escrebiria á su majestad lo que conviniese, y que él confiaba que lo mandaria remediar; pero que él no podia tratar de suspenderla ejecucion, como lo habia comenzado, porque no traia poder para otra cosa. En este tiempo llegaron los licenciados Cepeda y Alvarez y doctor Tejada, oidores, dejando al licenciado Zárate enfermo en la ciudad de Trujillo. Y luego el Visorey mandó hacer audiencia, y para ello se ordenó un solemne rescibimiento para el sello real, como en audiencia que nuevamente entraba en la tierra, y se rescibió llevándole en una caja sobre un caballo muy bien aderezado, cubierto con un paño de tela de oro, debajo de un palio de brocado, llevando las varas dél los regidores, con ropas rozagantes de terciopelo carmesí, de la forma que en Castilla se rescibe la persona real, llevando de diestro el caballo Juan de Leon, regidor, que iba nombrado por chanciller por el marqués de Camarasa, adelantado de Cazorla, que tenia la merced del sello. Y luego se asentó el audiencia y se comenzaron á librar negocios; y en los primeros dias sucedió uno con que se renovaron las disensiones que se habian comenzado á mostrar entre el Visorey y los oidores, y fué, que llegando el Visorey al tambo de Guaura, donde hemos dicho que estuvo en la determinacion de su rescebimiento, halló escrito en la pared del tambo un mote, cuya sentencia era: «A quien me viniere á echar de mi casa y hacienda, procuraré de echarle del mundo.» Leido por el Visorey, disimuló por entonces, persuadiéndose que lo habia escrito ó hecho escrebir Antonio de Solar, vecino de Medina del Campo, cuya era aquella provincia de Guaura, porque conoció no tenerle buena voluntad en que cuando allí llegó halló despoblado el tambo, sin que hubiese cristiano ni indio en él, y tuvo por cierto que Antonio de Solar lo habia ordenado así; y disimulando por entonces, en llegando á los Reyes, pocos dias después de rescebido, hizo llamar á Solar, y tratando con él á solas sobre el mote, dijo el Visorey que le habia dicho ciertas palabras muy desacatadas; por lo cual mandó cerrar las puertas de palacio, y llamó un capellan suyo que le confesase, queriéndole ahorcar de un pilar de un corredor que salia á la plaza. Solar no se quiso confesar; y duró esta porfía tanto, que se divulgó por la ciudad, y vino el arzobispo de los Reyes, y con él otras personas de calidad, suplicando al Visorey que suspendiese aquella justicia, lo cual no se podia acabar con él; y en fin, concedió de dilatarla por aquel dia, mandando llevar á Solar á la cárcel y echarle muchas prisiones. Y aquel dia, habiéndosele pasado algo la alteracion, le paresció que no era bien ahorcarle; y así, le tuvo en la cárcel por espacio de dos meses, sin hacerle cargo por escrito de su culpa ni formar otro proceso, hasta que, venidos los oidores, yendo un sábado á visitar la cárcel, y estando bien informados y rogados sobre el caso, visitaron á Solar, preguntándole la causa de su prision, y él dijo que no la sabia, ni se halló proceso contra él entre todos los escribanos, ni el alcaide de la cárcel supo decir mas de que el Visorey se le habia enviado preso, mandándole que le echase aquellas prisiones. Y el lúnes siguiente los oidores dijeron al Visorey en el acuerdo que no hallaban causa ni proceso para la prision de Solar, mas de que se decia haberse hecho por su mandado, y que si no habia informacion por donde se justificase la prision, conforme á justicia, no podian hacer menos de soltarle. El Visorey les respondió que él le habia mandado prender, y aun le habia querido ahorcar, así por aquel mote que estaba en su tambo como por ciertos desacatos que en su mesma persona le habia dicho, de lo cual no habia habido testigos, y que él por via de gobernacion, como visorey, le podia prender y aun matar sin que fuese obligado á darles á ellos cuenta por qué lo hacia. Los oidores le respondieron que no habia mas gobernacion de cuanto fuese conforme á justicia y á las leyes del reino. Y así, quedaron diferentes; de manera que el sábado siguiente en la visita de la cárcel los oidores mandaron soltar á Solar, dándole su casa por cárcel, y en otra visita le dieron por libre. Lo cual todo sintió el Visorey mucho, y halló ocasion para vengarse de los oidores en que todos tres se fueron á posar cada uno en casa de un vecino de los mas ricos de la ciudad, y los daban de comer y todas las otras cosas necesarias á ellos y á sus criados; y aunque al principio se habia hecho con permision del Visorey, fué por poco tiempo y mientras buscaban casas en que posar y las aderezaban; y viendo que pasaba adelante, el Visorey les envió á decir que buscasen casas en que posar y no comiesen á costa de los vecinos, pues no sonaria bien delante su majestad, ni ellos lo podian hacer; y que tampoco estaba bien que anduviesen acompañados con los vecinos y negociantes. A todo esto respondian que no hallaban casas en que posar hasta que saliesen los arrendamientos, y que comerian á su costa de ahí adelante. Y cuanto al acompañamiento, que no era cosa prohibida, antes muy conveniente, y que lo usaban en Castilla en todos los consejos de su majestad, porque los negociantes, yendo y viniendo, acordaban sus negocios á los oidores y les informaban sobre ellos. Y así, se quedaron siempre diferentes, y mostrándolo todas las veces que se ofrescia coyuntura; tanto, que un dia el licenciado Alvarez tomó juramen-

te á un procurador sobre que se decia que habia dado á Diego Alvarez de Cueto, cuñado del Visorey, cierta cantidad de pesos de oro porque le hiciese nombrar al oficio por el Visorey; la cual averiguacion él sintió mucho.

CAPITULO VI.

De las cosas que proveyó el Visorey para la guerra.

En todo este tiempo estaba tan cerrado el camino del Cuzco, que ni por via de indios ni de españoles tenia nueva de lo que allá pasaba, salvo saberse que Gonzalo Pizarro habia venido al Cuzco, y que toda la gente que se habia huido de la ciudad de los Reyes y de otras partes, habia acudido allí á la fama de la guerra. Y en esto el Visorey y audiencia despacharon provisiones, mandando á todos los vecinos de la ciudad del Cuzco y de las otras ciudades que rescibiesen á Blasco Nuñez por Visorey, y acudiesen á le servir á la ciudad de los Reyes con sus armas y caballos; y aunque todas las provisiones se perdieron en el camino, aportaron á la villa de la Plata los que para allí se habian despachado. Y por virtud dellas, Luis de Ribera y Antonio Alvarez, juntamente con el cabildo, rescibieron á Blasco Nuñez por visorey con gran solemnidad y alegrías; y en cumplimiento de lo mandado, salieron veinte y cinco de caballo, que se pudieron juntar, muy bien aderezados, y llevando por capitan á Luis de Ribera, se fueron la via de Lima, caminando por despoblados y lugares secretos, porque Gonzalo Pizarro no los enviase á atajar el camino. Y tambien aportaron á poder de algunos vecinos particulares del Cuzco las provisiones que para este efecto les habia enviado, por virtud de las cuales se vinieron algunos dellos á servir al Visorey, como adelante se dirá. Estando en estos términos vinieron nuevas ciertas al Visorey de lo que en el Cuzco pasaba. Lo cual le dió ocasion á que con grande diligencia hiciese acrescentar su ejército con el buen aparejo que halló de dineros, porque el licenciado Vaca de Castro habia hecho embarcar hasta cien mil castellanos que habia traido del Cuzco para enviar á su majestad, los cuales sacó de la mar, y en breve tiempo los gastó en la paga de la gente. Hizo capitan de gente de caballo á don Alonso de Montemayor y á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado; y de infantería á Martin de Robles y á Paulo de Meneses, y de arcabuceros á Gonzalo Diaz de Piñera y á Vela Nuñez, su hermano, capitan general, y á Diego de Urbina, maestre de campo; y sargento mayor á Juan de Aguirre, y entre todos hubo seiscientos hombres de guerra, sin los vecinos, los ciento de caballo y docientos arcabuceros, y los demás piqueros. Hizo hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundicion, de ciertas campanas de la iglesia mayor, que para ello quitó, y con su gente hacia muchos alardes, y daba armas fingidas para ver cómo acudia la gente, porque tenia creido que no andaban de buena voluntad en su servicio; y porque tuvo sospecha que el licenciado Vaca de Castro (á quien ya habia dado la ciudad por cárcel) traia algunos tratos con criados y gente que le era aficionada, un dia, á hora de comer, dió una arma fingida, diciendo que venia Gonzalo Pizarro cerca; y junta la gente en la plaza, envió á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, y prendió á Vaca de Castro, y otros alguaciles prendieron por diversas partes á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejía de Guzman, su yerno, y al capitan Lorenzo de Aldana y á Melchior Ramirez, y Baltasar Ramirez, su hermano; y á todos juntos los hizo llevar á la mar, metiéndolos en un navío de armada, y nombró por capitan á Hierónimo de Zurbano, natural de Bilbao, y dende á pocos dias soltó á Lorenzo de Aldana, y desterró á don Pedro y á Hernan Mejía para Panamá, y á Melchior y Baltasar Ramirez para Nicaragua, y á Vaca de Castro le dejó todavía preso en la misma nao, sin que á los unos ni á los otros jamás diese traslado ni declarase culpa por que procediese contra ellos, ni haber rescebido informacion della.

CAPITULO VII.

De cómo Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna se alzaron con dos navíos en Arequipa, y los trajeron al Visorey.

Cuando se comenzó esta alteracion de la tierra habian subido al puerto de Arequipa dos navíos cargados de mercaderías, los cuales Gonzalo Pizarro hizo detener, y aun los compró con intento de enviar desde el Cuzco, para meter en ellos toda la artillería, así por excusar la gran dificultad que habia de traerla por tierra tan largo camino, como para tomar el puerto de la ciudad de los Reyes y desposeer de los navíos que en ella habia al Visorey, porque entendia (y así es cierto) que el que es señor de la mar en toda aquella costa tiene la tierra por suya y puede hacer en ella todo el daño que quisiere, desembarcando en todos los lugares que hallare desapercebidos y proveyéndose de armas y caballos de los navíos que las llevan al Perú, y no dejando llegar á la tierra ningunos bastimentos y ropa de los que de Castilla se llevan. Y sabiendo esto el Visorey, estaba muy temeroso del suceso, porque no tenia resistencia por mar contra la artillería que esperaba, y acordó, desque lo supo, de buscar el remedio que buenamente pudo; y este fué, que hizo armar una nao de las que estaban en el puerto con ocho tiros de bronce y ciertos versos de hierro, y algunos arcabuces y ballestas, y le puso en el puerto para defensa dél y resistencia de los navíos que esperaba, y nombró por capitan dél al dicho Hierónimo de Zurbano. Y acontesció que, sabido el intento de Gonzalo Pizarro por los capitanes Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna, vecinos de Arequipa, una noche entraron en los navíos que esperaban la venida del artillería, y pagándoselo muy bien al maestre y algunos marineros que dentro se hallaron, se alzaron con ellos; dejando sus casas y indios y haciendas, se vinieron con los navíos á la ciudad de los Reyes, y llegando al puerto, siendo avisado el Visorey de su venida por las atalayas que tenia en una isla, creyendo que venian de guerra, salió al puerto con mucha gente de caballo, donde Hierónimo Zurbano les comenzó á tirar con su artillería, y ellos amainaron las velas y salieron en el batel y le entregaron los navíos, con gran placer suyo y de toda la ciudad, por haberse asegurado del peligro que dellos recelaban.

CAPITULO VIII.

De lo que hizo en este tiempo Gonzalo Pizarro en el Cuzco.

En este tiempo Gonzalo Pizarro estaba en el Cuzco haciendo y pagando la gente con gran diligencia, y proveyendo las otras cosas necesarias para la guerra, y pudo juntar hasta quinientos hombres, de los cuales hizo maestre de campo al capitan Alonso de Toro, y de los de caballo hizo capitan á don Pedro Puertocarrero, y tomó para sí parte dellos debajo de su estandarte; é hizo capitanes de piqueros al capitan Gumiel y al bachiller Juan Vélez de Guevara, y nombró por capitan de arcabuceros á Pedro Cermeño. Llevaba tres estandartes, el uno de las armas reales, en poder de don Pedro Puertocarrero, y el otro de la ciudad del Cuzco, que fué entregado á Antonio Altamirano, regidor de aquella ciudad, natural de Outiveros, á quien después degolló Gonzalo Pizarro por servidor de su majestad, como adelante se dirá. Y otro estandarte de sus armas traia su alférez, y después le entregó al capitan Pedro de Puelles. Nombró por capitan de artillería á Hernando Bachicao, que juntó veinte piezas de campo muy buenas, y las aparejó de pólvora y balas y toda la otra municion necesaria; y teniendo junta su gente en el Cuzco, general y particularmente justificaba ó coloraba la causa de aquella tan injusta empresa con que él y sus hermanos habian descubierto aquella tierra y puéstola debajo del señorío de su majestad á su costa y mision, y enviado della tanto oro y plata á su majestad como era notorio; y que después de la muerte del Marqués, no solamente no habia enviado la gobernacion para su hijo ni para él, como había quedado capitulado, mas aun agora les enviaba á quitar á todos sus haciendas, pues no habia ninguno que por una via ó por otra no se comprendiese debajo de ordenanzas, enviando para la ejecucion dellas á Blasco Nuñez Vela, que tan rigurosamente las ejecutaba, no otorgándoles la suplicacion, y diciéndoles palabras muy injuriosas y ásperas, como de todo esto y de otras muchas cosas ellos eran testigos. Y que, sobre todo, era público que le enviaba á cortar la cabeza sin haber él hecho cosa en deservicio de su majestad, antes servídole tanto como era notorio. Por tanto, que él habia determinado, con parescer de aquella ciudad, de ir á la ciudad de los Reyes y suplicar en el audiencia real de las ordenanzas, y enviar á su majestad procuradores en nombre de todo el reino, informándole de la verdad de lo que pasaba y convenia, y que tenia esperanza que su majestad lo remediaria; y donde no, que después de haber hecho sus diligencias, obedescerian pecho por tierra lo que su majestad mandase. Y que por no estar seguro del Visorey, por las amenazas que les habia hecho y por la gente que contra ellos habian juntado, acordaron que tambien él fuese con ejército para sola su seguridad, sin llevar intento de hacer con él daño alguno no siendo acometido. Por tanto, que les rogaba que tuviesen por bien de ir con él y guardar órden y regla militar, que él y aquellos caballeros les gratificarian su trabajo, pues iban en justa defensa de sus haciendas. Y con estas palabras persuadia aquella gente á que creyesen la justificacion de la junta, y se ofrescieron de ir con él y defenderle hasta la muerte; y así, salió de la ciudad del Cuzco, acompañándole todos los vecinos. Y puesta su gente en órden, aunque hubo algunos dellos entre los cuales estaba ya hecho concierto, que le demandaron aquella noche licencia para volver al Cuzco á aderezar algunas cosas de su viaje. Y otro dia de mañana se juntaron hasta veinte y cinco personas de las principales de la ciudad, que, aunque á los principios habian dado consentimiento en que viniesen á suplicar de las ordenanzas, después, viendo cómo se iba dañando el negocio y encaminándose en deservicio de su majestad y alteracion de la tierra, determinaron de apartarse de Gonzalo Pizarro y irse á servir al Visorey, como se fueron, haciendo muy grandes jornadas por despoblados y caminos apartados, porque sabian que Gonzalo Pizarro los habia de enviar á seguir, como lo hizo. Y los principiantes deste concierto fueron Gabriel de Rójas, Gomez de Rójas, su sobrino, y Garcilaso de la Vega y Pedro del Barco, y Martin de Florencia y Hierónimo de Soria, y Juan de Sayavedra y Hierónimo Costilla, y Gomez de Leon y Luis de Leon, y Pedro Manjares y otros, hasta número de veinte y cinco personas; llevando consigo las provisiones que del audiencia real habian rescebido, en que se les mandaba que, so pena de traidores, acudiesen luego. Y cuando Gonzalo Pizarro otro dia lo supo tuvo tan alterado el ejército, que muchas veces estuvo en determinacion de tornarse á los Charcas con cincuenta de caballo amigos suyos, y hacerse allí fuerte; pero en fin, ninguna cosa halló de menos peligro para su vida que seguir el viaje comenzado y animar su gente, diciendo que si aquellos caballeros se habian ido era por no saber el estado en que estaban los negocios de los Reyes, porque habia rescebido cartas de los principales vecinos della, en que le certificaban que con cincuenta hombres de caballo que él allí llevase concluiria el negocio comenzado sin riesgo ninguno, porque todos estaban de su opinion. Y así, continuó su camino, aunque muy despacio, porque no sufria otra cosa el grande embarazo de la artillería, que la llevaba en hombros de indios, con unos palos atravesados en los tiros, quitados de las cureñas y carretones, y cada tiro llevaban doce indios, que no andaban con él mas de cien pasos, y luego entraban otros doce, y así remudaban trecientos indios que iban diputados para cada cañon, porque, á causa de la aspereza de los caminos, no se podian tirar en los carretones. Y así, iban mas de seis mil indios para solamente llevar el artillería y las municiones della.

CAPITULO IX.

De cómo Gaspar Rodriguez y otros del real de Gonzalo Pizarro se quisieron pasar á servir al Visorey, y enviaron por salvoconducto.

Muchos caballeros y personas particulares venian en compañía de Gonzalo Pizarro (como está dicho en el capítulo precedente); que aunque á los principios fueron de parescer que viniesen á suplicar de las ordenanzas, y para ello ofrescieron sus personas y haciendas, después, visto cómo el negocio se iba enconando, y poco á poco á Gonzalo Pizarro iba usurpando señorío y mando, y que por su autoridad quebró la caja de su majestad, y sacó della los dineros que habia contra

voluntad de los oficiales y justicias, antes que saliesen del Cuzco se arrepintieron de haberse entremetido en estas cosas, que daban de sí muy ciertas señales del mal suceso que habian de tener; y así, siendo el principal del concierto Gaspar Rodriguez de Camporedondo (hermano del capitan Pedro Anzúres, cuyos indios le habian sido encomendados por su muerte), se trató entre algunas personas principales del ejército de dejar á Gonzalo Pizarro, y pasarse á servir al Visorey, aunque por otra parte no lo osaban hacer, diciendo que era de muy áspera condicion, y que no los dejaria de castigar por lo pasado, aunque se viniesen á su servicio; y así, determinaron de hacer lo uno y prevenir en lo otro, enviando por caminos muy secretos y apartados á Baltasar de Loaysa, clérigo natural de la villa de Madrid, con cartas y despachos suyos para el Visorey y audiencia, diciéndoles que si les enviaban perdon de lo pasado, y salvoconducto, se pasarian á su campo, y que pasándose ellos, por ser capitanes y personas tan principales, todos sus amigos y criados se huirian, y así podria ser que se deshiciese el campo de Gonzalo Pizarro. Los principales que escribieron esto fueron Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez, y Arias Maldonado y Francisco Maldonado, y Pedro de Villa-Castin y otros, hasta veinte y cinco personas. Baltasar de Loaysa vino á los Reyes, caminando con gran diligencia, y por procurar de esconderse no topó con Gabriel de Rójas y Garcilaso, y con los demás que hemos dicho que se huyeron del Cuzco. Llegado á los Reyes, muy secretamente dió los despachos al Visorey y audiencia, y ellos le dieron el salvoconduto que pedia, del cual luego en toda la ciudad se tuvo noticia, y muchos vecinos y otras personas que secretamente eran aficionados á Gonzalo Pizarro y á la empresa que traia, por lo que á ellos les importaba, lo sintieron, teniendo por cierto que con la venida de aquellos caballeros se desharia el campo, y así quedaria el Visorey sin ninguna contradicion para ejecutar las ordenanzas.

CAPITULO X.

De cómo Pedro de Puelles, teniente de Guanuco, se pasó á Gonzalo Pizarro, y tras él la gente que el Visorey envió en su seguimiento.

Cuando el Visorey fué rescibido en la ciudad de los Reyes le vino á besar las manos Pedro de Puelles, natural de Sevilla, que era á la sazon teniente de gobernador en la villa de Guanuco por el licenciado Vaca de Castro, y por ser tan antiguo en las Indias era tenido en mucho; y así, el Visorey le dió nuevos poderes para que tornase á ser teniente en Guanuco, mandándole que le tuviese presta la gente de aquella ciudad, para que si cresciese la necesidad, enviándole á llamar, le acudiesen todos los vecinos con sus armas y caballos. Pedro de Puelles lo hizo como el Visorey se lo mandó, y no solamente tuvo aparejada la gente de la ciudad, mas aun detuvo allí ciertos soldados que habian acudido de la provincia de los Chachapoyas, en compañía de Gomez de Solis y de Bonifaz; y estuvo esperando el mandado del Visorey, el cual cuando le paresció tiempo envió á Hierónimo de Villegas, natural de Búrgos, con una carta para Pedro de Puelles, que luego le acudiese con toda la gente; llegado á Guanuco, trataron todos juntos sobre el negocio, paresciéndoles que si se pasaban al Visorey serian parte para que tuviese buen fin su negocio, y que habiendo vencido y desbaratado á Gonzalo Pizarro, ejecutaria las ordenanzas que tan gran daño traian á todos, pues quitando los indios á los que los poseian, no solamente rescebian perjuicio los vecinos cuyos eran, mas tambien los soldados y gente de guerra, pues habia de cesar el mantenimiento que les daban los que tenian los indios. Y así, todos juntos acordaron de pasarse á servir á Gonzalo Pizarro, y se partieron para le alcanzar donde quiera que le topasen. Luego el Visorey fué avisado desta jornada por medio de un capitan indio, llamado Illatopa, que andaba de guerra; y sabido por el Visorey, sintió mucho este mal suceso; y paresciéndole que habia lugar para ir á atajar esta gente en el valle de Jauja, por donde necesariamente habian de pasar, despachó con gran presteza á Vela Nuñez, su hermano, que con hasta cuarenta personas fuesen á la ligera á atajar el paso á Pedro de Puelles y su gente, y con Vela Nuñez envió á Gonzalo Diaz, capitan de arcabuceros, y llevó treinta hombres de su compañía; y porque fuesen mas presto, el Visorey les mandó comprar, de la hacienda real, treinta y cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados; y los otros diez soldados, á cumplimiento de los cuarenta, llevó Vela Nuñez de parientes y amigos suyos; y yendo bien aderezados, se partieron de los Reyes, y siguieron su camino hasta que de Guadachili (que es veinte leguas de la ciudad) diz que llevaban concertado de matar á Vela Nuñez y pasarse á Gonzalo Pizarro. Y yendo ciertos corredores delante cuatro leguas de Guadachili, en la provincia de Pariacaca, toparon á fray Tomás de San Martin, provincial de santo Domingo, á quien el Visorey habia enviado al Cuzco para tratar de medios con Gonzalo Pizarro; y apartándole un soldado, natural de Avila, le dijo los tratos que estaban hechos de aquella gente para que él avisase dellos á Vela Nuñez y se pusiese á recaudo, porque de otra manera, le matarian aquella noche. El Provincial se dió gran priesa á andar, tornando consigo los corredores del campo, porque les dijo que Pedro de Puelles y su gente habia dos dias que eran pasados por Jauja, y que en ninguna manera los podrian alcanzar. Y llegados á Guadachili, dijo lo mesmo á la demás gente, y que era trabajar en vano si procedian en el camino; y secretamente apercibió á Vela Nuñez del peligro en que estaba, para que se pusiese á recaudo; el cual avisó á cuatro ó cinco deudos suyos que con él iban, de lo que pasaba, y en anocheciendo sacaron los caballos como que los iban á dar agua; y guiándolos el Provincial, con la escuridad de la noche escaparon; y en sabiendo que eran idos, un Juan de la Torre y Piedra-Hita, y Jorge Griego y otros soldados del concierto se levantaron á la guardia de la media noche, y dieron sobre toda la gente uno á uno, poniéndoles los arcabuces á los pechos si no determinaban irse con ellos. Y casi todos lo otorgaron, especialmente el capitan Gonzalo Díaz, que aunque se le puso el mesmo temor y le ataron las manos, y hi-

cieron otras aparencias de miedo, se cree que era del concierto, y aun el principal dél, y así se entendió por todos los de la ciudad que lo habia de hacer, porque habia sido yerno de Pedro de Puelles, tras quien le enviaban, y no era de creer que habia de prender á su suegro estando bien con él. Y así, levantándose todos, y subiendo en sus machos, que tan caro habian costado, se fueron á Gonzalo Pizarro, al cual hallaron cerca de Guamanga; y habia dos dias que era llegado Pedro de Puelles con su gente, y halló tan desmayado el campo con la tibieza que ya iban mostrando Gaspar Rodriguez y sus aliados, que si tardara tres dias en llegar se deshiciera la gente; pero Pedro de Puelles les puso tanto ánimo con su socorro y con las palabras que les dijo, que determinaron de seguir el viaje, porque se profirió que si Gonzalo Pizarro y su gente no querian ir, él con los suyos seria parte para prender al Visorey y echarle de la tierra, segun estaba malquisto. Llevaba Pedro de Puelles poco menos de cuarenta de caballo y hasta veinte arcabuceros, y los unos y los otros se acabaron de confirmar en su propósito con la llegada de Gonzalo Díaz y su compañía. Vela Nuñez llegó á los Reyes y hizo saber al Visorey, lo que pasaba, y él lo sintió como era razon, porque veia que sus negocios se iban empeorando cada dia. Otro dia llegó á los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres ó cuatro que no quisieron ir con Gonzalo Díaz. Por lo cualdemás de hacerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los caballos y vestidos; y así, venia Rodrigo Niño con un jubon y con unos muslos viejos, sin medias calzas, con solos sus alpargates, y una caña en la mano, habiendo venido á pié todo el camino. Y el Visorey le rescibió con grande amor, loando su fidelidad y constancia, y diciéndole que mejor parescia en aquel hábito que si viniera vestido de brocado, atenta la causa por que le traia.

CAPITULO XI.

De la gente que salió para prender y tomar los despachos á Baltasar de Loaysa.

Cobrados los despachos, Baltasar de Loaysa se partió con ellos la via del ejército de Gonzalo Pizarro; y entendido en el pueblo que con lo que llevaba muy fácilmente se desharia la gente, y el Visorey gobernaria pacíficamente, y ellos rescebirian sin ningun remedio el daño que esperaban, determinaron algunos vecinos y soldados de ir muy á la ligera en seguimiento de Loaysa, hasta alcanzarle y tomarle los despachos que llevaba. Y habiéndose salido Loaysa un sábado en la tarde del mes de setiembre del año de 45, y con él el capitan Hernando de Zaballos, en sendos machos y sin ninguna otra compañía ni embarazo que los pudiese detener, el domingo siguiente en la noche salieron en su seguimiento hasta veinte y cinco de caballo muy á la ligera, con determinacion de no parar dias ni noches hasta alcanzar á Loaysa. Los principales que concertaron este trato fueron don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y Lorenzo Mejía y Rodrigo de Salazar, y Diego de Carvajal, que llamaban el Galan, y Francisco de Escobedo y Hierónimo de Carvajal, y Pedro Martin de Cecilia y otros, hasta el número que está dicho; los cuales á prima noche comenzaron á caminar, y continuaron su camino con tanta priesa, hasta que menos de cuarenta leguas de la ciudad de los Reyes alcanzaron á Loaysa y á Zavallos, y los hallaron durmiendo en un tambo; y tomándoles las provisiones y despachos que llevaban, los enviaron á Gonzalo Pizarro con un soldado, que fué á la mayor prisa que pudo por ciertos atajos, quedando los mensajeros con Pedro Martin y sus compañeros, que los llevaban presos y á buen recaudo, continuando tambien su camino en demanda del campo de Gonzalo Pizarro; y rescebidas por él las provisiones y despachos que el mensajero le llevó, las comunicó muy en secreto con el capitan Carvajal, á quien pocos dias antes habia hecho su maestre de campo por enfermedad de Alonso de Toro, que salió del Cuzco con aquel cargo. Y asimismo dió parte del negocio á otros capitanes y personas principales de su campo, de los que no habia sido en enviar á pedir el salvoconducto; y algunos por enemistades particulares, y otros por envidias, y otros por codicia de ser mejorados en indios, aconsejaron á Gonzalo Pizarro que le convenia castigar este negocio tan ejemplarmente, que escarmentasen los demás para no inventar semejantes motines y alteraciones; y entre todos los que por el mesmo solvoconducto parescia haber sido participantes en este negocio se resumieron en matar al capitan Gaspar Rodriguez y á Felipe Gutierrez, hijo de Alonso Gutierrez, tesorero de su majestad, vecino de la villa de Madrid, y á un caballero gallego, llamado Arias Maldonado, el cual con Felipe Gutierrez se habia quedado una ó dos jornadas atrás, en la villa de Guamanga, so color de aderezar ciertas cosas para el camino. Y envió Gonzalo Pizarro al capitan Pedro de Puelles, con cierta gente de caballo, que en Guamanga los prendió y cortó las cabezas. Gaspar Rodriguez estaba en el mismo campo por capitan de casi docientos piqueros, y por ser persona tan principal y rico y bienquisto no osaron ejecutar abiertamente en su persona lo que tenian acordado, y usaron desta forma: que después de tener prevenidos Gonzalo Pizarro ciento y cincuenta arcabuceros de la compañía de Cermeño, y dádoles una arma secreta, y encabalgada y puesta á punto la artillería, envió á llamar á todos los capitanes á su toldo, diciendo que les queria comunicar ciertos despachos que habia rescebido de los Reyes. Y viniendo todos, y entre ellos Gaspar Rodriguez, cuando entendió que estaba cercada la tienda, y asestada á ella toda la artillería, él se salió, fingiendo que iba á otro negocio. Y quedando todos los capitanes juntos, se llegó el maestre de campo Carvajal á Gaspar Rodriguez, y con disimulacion le puso la mano en la guarnicion de la espada y se la sacó de la vaina, y le dijo que se confesase con un clérigo que allí llamaron, porque habia de morir luego. Y aunque Gaspar Rodriguez lo rehuso cuanto pudo, y se ofresció á dar grandes disculpas de cualquier culpa que se le imputase, ninguna cosa aprovechó; y así, le cortaron la cabeza. Estas muertes atemorizaron mucho todo el campo, especialmente á los que sabian que eran consortes suyos en la causa por

que los mataban, porque fueron las primeras que Gonzalo Pizarro hizo desde que comenzó su tiranía. Pocos dias después llegaron al campo don Baltasar y sus compañeros, que traian preso á Baltasar de Loaysa y á Hernando de Zavallos, como está dicho. Y el dia que supo Gonzalo Pizarro que habian de entrar en el real, envió al maestre de campo Carvajal por el camino por donde entendió que venian para que en topándolos hiciese dar garrote á Loaysa y Zavallos; y quiso su fortuna que se desviaron del camino real por una senda; de manera que el maestre de campo los erró. Y así, llegados á la presencia de Gonzalo Pizarro, hubo tantos intercesores en su favor, que los perdonó las vidas, y á Loaysa le envió á pié y sin ningun bastimento de su real, y á Hernando de Zaballos trajo consigo, hasta que desde en mas de un año, estando en la provincia de Quito, le encargó que fuese con los mineros que sacaban oro de las minas, por veedor dellos; y porque le dijeron que se habia aprovechado demasiadamente en aquel cargo, juntándose el odio que con él tenia de lo pasado, le hizo ahorcar.

Pues tornando á la órden de la historia, pocas horas después que salieron de la ciudad de los Reyes don Baltasar de Castilla y sus compañeros, que fueron en seguimiento de Loaysa, como está dicho, no pudo ser tan oculto, que no viniese á noticia del capitan Diego de Urbina, maestre de campo del Visorey, que andando rodeando la ciudad y yendo á las posadas de algunos de estos que se huyeron, ni los halló á ellos ni sus armas ni caballos, ni á los indios yanaconas de su servicio. Lo cual le dió sospecha de lo que era; y yendo á la posada del Visorey, que estaba ya acostado, le certificó que los mas de la ciudad se le habian huido, porque él así lo creia. El Visorey se alteró, como era razon, y levantándose de la cama, mandó tocar arma y llamó á sus capitanes, y con gran diligencia les hizo ir discurriendo de casa en casa por toda la ciudad, hasta que averiguó quiénes eran los que faltaban. Y como entre los otros se hallasen ausentes Diego de Carvajal y Hierónimo de Carvajal y Francisco de Escobedo, sobrinos del factor Illan Suarez de Carvajal, de quien él tenia ya concebida sospecha que favorescia á Gonzalo Pizarro y á sus negocios, teniendo por cierto que la ida de sus sobrinos se habia hecho por su mandado, ó á lo menos que no habia podido ser sin que él tuviese noticia dello, porque posaban dentro en su casa, caso que se mandaban por una puerta diferente, apartada de la principal; y para averiguacion desta sospecha envió el Visorey á Vela Nuñez, su hermano, con ciertos arcabuceros, que fuese á traer preso al factor; y hallándole en su cama, le hizo vestir y le llevó á la posada del Visorey, que, por no haber dormido casi en toda la noche, estaba reposando sobre su cama vestido y armado. Y en entrando el factor por la puerta de su cuadra, dicen algunos de los que se hallaron presentes que se levantó en pié el Visorey y le dijo: «¿Así, don traidor, que habeis enviado vuestros sobrinos á servir á Gonzalo Pizarro?» El factor le respondió: «No me llame vuestra señoría traidor; que en verdad no lo soy.» El Visorey diz que replicó: «Juro á Dios que sois traidor al Rey.» A lo cual el factor dijo: «Juro á Dios que soy tan buen servidor del Rey como vuestra señoría.» De lo cual el Visorey se enojó tanto, que arremetió á él, poniendo mano á una daga; y algunos dicen que le hirió con ella por los pechos, aunque él afirmaba no haberle herido, salvo que sus criados y alabarderos, viendo cuán desacatadamente le habia hablado, con ciertas roncas y partesanas y alabardas que allí habia le dieron tantas heridas, que le mataron, sin que pudiese confesarse ni hablar palabra ninguna. Y el Visorey le mandó luego llevar á enterrar, aunque, temiendo que el factor era muy bienquisto, y que si le bajaban por delante de la gente de guerra (porque cada noche le hacian guardia cien soldados en el patio de su casa) podria haber algun escándalo, mandó descolgar el cuerpo por un corredor de la casa, que salia á la plaza, donde le rescibieron ciertos indios y negros, y le enterraron en la iglesia que estaba junto, sin amortajarle, salvo envuelto en una ropa larga de grana que llevaba vestida. Y así, dende á tres dias, cuando los oidores prendieron al Visorey, como abajo se dirá, una de las primeras cosas que hicieron fué averiguar la muerte del factor, comenzando el proceso de que habian sabido que á la media noche le llevaron en casa del Visorey y que nunca mas habia parescido, y le desenterraron y averiguaron las heridas. Sabida esta muerte por el pueblo, causó muy grande escándalo, porque entendian todos cuánto el factor habia favorecido las cosas del Visorey, especialmente en la diligencia que puso para que fuese rescebido en la ciudad de los Reyes, contra el parecer de los mas de los regidores. Estos sucesos acaescieron domingo en la noche, que se contaron 13 dias del mes de septiembre del año de 1544. Y luego, el lúnes de mañana el Visorey envió á don Alonso de Montemayor con hasta treinta de caballo, que fuese en seguimiento de don Baltasar y de los que (como tenemos dicho) fueron en rastro de Loaysa y Zaballos, aunque después de haber andado una jornada ó dos, entendieron que sus contrarios iban tan léjos, que era imposible alcanzallos; y así, se tornaron á la ciudad, y en el camino tuvieron noticia que Hierónimo de Carvajal, uno de los sobrinos del factor, se perdió de la compañía una noche, y no acertando el camino, se escondió en un cañaveral; y buscándole, le llevaron preso al Visorey, aunque, por estar ya preso cuando volvieron, como abajo se dirá, excusó el riesgo que corriera. Después de habérsele pasado la ira y enojo al Visorey, no entendia en otra cosa sino en dar particular cuenta á todos aquellos con quien hablaba de las cosas que le habian movido á tener la sospecha que tuvo del factor, y de cómo habia sucedido su muerte; y para la justificacion dello hizo que el licenciado Alvarez rescibiese cierta informacion sobre las culpas que él imputaba al factor; la principal de las cuales era fundar, como verisímilmente se creia, que habia tenido noticia de la huida de sus sobrinos, y que no podia ser menos, por vivir dentro de su mesma casa, y que en otras muchas cosas que le habia encomendado tocantes á la guerra, no entendia con el calor y diligencia, que le parecia que era razon, fundando siempre el interés que al factor se le seguia de que no se ejecutasen las ordenanzas reales, pues por virtud de una dellas se le

habian de quitar los indios que tenia como á oficial de su majestad; lo cual excusaba mientras la tierra andaba alborotada. Y tambien le culpaba de que, habiéndole dado ciertos despachos que enviase al licenciado Carvajal, su hermano, que al tiempo destas revueltas se halló en el Cuzco, para que le avisase de lo que allá pasaba, no le habia vuelto respuesta, pudiéndolo tambien hacer, por estar en el camino los indios de ambos hermanos y los de su majestad, que estaban á cargo del factor, aunque en lo uno ni en lo otro nunca paresció culpado. Viendo el Visorey cuán mal le habian sucedido todos estos negocios, y que por causa desta muerte la gente mostraba tanta tibieza y descontento, le paresció mudar el designo que hasta allí habia tenido de esperar á Gonzalo Pizarro y pelear con él dentro en la ciudad, para lo cual la habia hecho fortificar con ciertos bastiones y traveses, y determinó de retirarse ochenta leguas atrás, en la ciudad de Trujillo, despoblando aquella de los Reyes, y llevando por mar los hombres viejos y impedidos y las mujeres y haciendas, porque tenia copia de navíos para ello, y por tierra toda la gente de guerra, despoblando de camino todos los llanos y haciendo subir los indios á la sierra. El fin que tuvo en esta determinacion fué parecerle que, llegando Gonzalo Pizarro á los Reyes y viniendo su ejército de tan largo camino con tanta artillería y impedimentos, y hallando despoblada aquella ciudad, sin ninguno de los refrigerios que en ella esperaba hallar, se le desharia el campo, viendo que aun le quedaba tan larga jornada como desde allí á Trujillo, y el camino despoblado y sin ninguna comida. Y demás desto, le movia ver que cada dia se le iba gente de su campo al del enemigo, por creer que estaba ya tan cerca; y así, queriendo ejecutar su determinacion, el mártes siguiente mandó á Diego Alvarez de Cueto que con cierta gente de caballo llevase á la mar los hijos del marqués don Francisco Pizarro y los metiese en un navío, y él se quedase en guarda dellos y del licenciado Vaca de Castro, y por general de la armada, porque temió que don Antonio de Ribera y su mujer, que tenia á cargo á don Gonzalo y sus hermanos, se los esconderian. Lo cual causó muy gran alteracion en el pueblo, y sintieron dello muy mal los oidores, especialmente el licenciado Zárate, que con gran instancia particularmente fué á suplicar al Visorey que sacase á doña Francisca de la mar, por ser ya doncella crecida y hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados. Y ninguna cosa pudo acabar con el Visorey, antes ya claramente él les declaró su intencion cerca de lo que tenia determinado en retirarse; y los halló muy léjos de su parescer, porque le respondieron que su majestad les habia mandado residir en aquella ciudad, que por su voluntad no saldrian della hasta que viesen mandamiento en contrario. Y visto esto por el Visorey, determinó de tomar en su poder el sello real y llevarle consigo á Trujillo, porque los oidores, caso que no le quisiesen seguir, quedasen allí como personas privadas, sin que pudiesen librar ni hacer audiencia. Sabido esto por los oidores, enviaron á llamar al chanciller; y quitándole el sello, le depositaron en poder del licenciado Cepeda, como oidor mas antiguo; lo cual acordaron los tres oidores sin el licenciado Zárate, y á la tarde se juntaron todos cuatro en casa del licenciado Cepeda, y determinaron de hacer un requerimiento al Visorey para que sacase de la mar los hijos del Marqués; y después de asentado el acuerdo en el libro, el licenciado Zárate se fué á su posada, porque estaba mal dispuesto, y los demás oidores quedaron tratando sobre la forma que ternian para su defensa si el Visorey quisiese ejecutar su determinacion, y embarcarlos por fuerza, como se publicaba que lo habia de hacer; y acordaron de despachar una provision, requiriendo y mandando por ella á los vecinos y capitanes y gente de guerra que si el Visorey los quisiese embarcar y sacar de aquella ciudad por fuerza y contra su voluntad, se juntasen con ellos y les diesen favor y ayuda para resistir la ejecucion del tal mandado, como cosa que se hacia de hecho y contra lo que su majestad tenia expresamente mandado por las nuevas leyes y ordenanzas y por las mismas provisiones y títulos de sus oficios; y teniendo despachada la provision, la comunicaron secretamente con el capitan Martin de Robles, rogándole que estuviese apercebido con su gente para que cuando fuese llamado acudiese á los favorescer. Martin de Robles se ofresció de hacerlo, porque estaba diferente con el Visorey, aunque era capitan suyo, y asimismo se ofrescieron á darles el mismo favor otros vecinos y personas principales de aquella ciudad con quien comunicaron su determinacion. Y así, estuvieron todos apercebidos aquella noche, y no pudo ser tan secreto lo que habia pasado, que no se entendiese ó sospechase por el Visorey. Y poco después de anochecido, Martin de Robles fué á la posada del licenciado Cepeda y le dijo que mirase lo que habia comenzado, y que si dilataban el remedio, podria ser que á todos les costase las vidas, porque ya el Visorey habia entendido el negocio. Luego el licenciado Cepeda envió á llamar al licenciado Alvarez y al doctor Tejada, y determinaron de defenderse descubiertamente del Visorey si tentase de prenderlos; y comenzaron á acudir algunos de sus amigos, y otros de la compañía de Martin de Robles que estaban apercebidos; y porque el maestre de campo Diego de Urbina, á quien tocaba la ronda de aquella noche, encontró algunos destos soldados y sospechó lo que podia ser, fué al Visorey y le dijo lo que pasaba y lo que él colegia dello, para que lo remediase. El Visorey respondió que no temiese, porque á la fin eran bachilleres, y no ternian ánimo para cometer cosa ninguna. Y con esto, Diego de Urbina se tornó á su ronda, y topó alguna gente de caballo que acudian en casa de Cepeda; y visto esto, se tornó al Visorey y le dijo lo que pasaba, y le aconsejó con grande instancia que pusiese medio en ello antes que creciese el daño. El Visorey se armó y mandó tocar arma, y salió á la plaza con determinacion de irse en casa del licenciado Cepeda con cien soldados que le hacian la guarda aquella noche y con los criados y gente de su casa, y prender los oidores y castigar el alboroto y apaciguar la ciudad; y puesto en la plaza junto á su puerta, vió cómo no podia tener los soldados que por allí pasaban, que todos se iban hácia la casa de Cepeda, porque la gente de á caballo que andaba por

las calles los encaminaba para allá. Y si el Visorey en aquella sazon ejecutara su determinacion, no tuviera dificultad ni resistencia, porque era mucha mas la gente que él llevaba que la que en casa de Cepeda estaba junta. Lo cual dejó de hacer porque Alonso Palomino, que era alcalde en aquella ciudad, le dijo que toda la gente de guerra estaba en casa de Cepeda y querian venir sobre él; por tanto, que se hiciese fuerte en su posada, pues tenia aparejo, y le faltaba gente con que poder acometer á los oidores. Y él, dando crédito á lo que Alonso Palomino le dijo, se metió en su aposento con los capitanes Vela Nuñez, su hermano, y Paulo de Meneses y Hierónimo de la Serna, y Alonso de Cáceres y Diego de Urbina, y con otros criados y deudos suyos, dejando á la puerta de la calle los cien hombres de la guardia que arriba tenemos dicho, para que no dejasen entrar á nadie. En este tiempo tambien les fué dicho á los oidores que el Visorey estaba en la plaza con determinacion de venir sobre ellos; y caso que tenian muy poca gente, determinaron de salir de casa, porque si el Visorey los cercaba, se les quitaria la posibilidad de juntar consigo mas gente. Y así, se fueron á la plaza, y con la que en el camino se les juntó llevaban ya número de docientos hombres; y para su justificacion hicieron pregonar la provision, la cual, con el gran ruido, fué de pocos entendida; y llegando á la plaza ya que amanescia, se comenzaron á tirar algunos arcabuces desde el corredor del Visorey y ocupar toda la delantera de la plaza. De lo cual se enojaron tanto los soldados que iban con los oidores, que determinaron de entrar la casa por fuerza y matar á todos los que se lo resistiesen. Y los oidores los apaciguaron, y enviaron á fray Gaspar de Carvajal, superior de santo Domingo, y á Antonio de Robles, hermano de Martin de Robles, para que dijesen al Visorey que no querian dél otra cosa sino que no los embarcase por fuerza y contra lo que su majestad mandaba, y que sin ponerse en resistencia, se viniese á la iglesia mayor, donde se metieron á esperarle; porque de otra manera pornia en riesgo á sí y á los que con él estaban. Y yendo estos mensajeros, los cien soldados que estaban á la puerta se pasaron á la parte de los oidores, y viendo la entrada libre, todos los soldados entraron en casa del Visorey y comenzaron á robar los aposentos de sus criados, que estaban en el patio. En este tiempo el licenciado Zárate salió de su posada por irse á juntar con el Visorey, y topando en el camino á los otros oidores, y viendo que no podia pasar, se metió en la iglesia con ellos. Oido por el Visorey lo que le enviaban á decir, y viendo la casa llena de gente de guerra, y que la suya mesma le habia dejado, se vino á la iglesia donde los oidores estaban y se entregó á ellos, los cuales le trajeron en casa del licenciado Cepeda, armado como estaba con una cota y unas coracinas. Y viendo él al licenciado Zárate con los otros oidores, le dijo: «¿Tambien vos, licenciado Zárate, fuistes en prenderme teniendo yo de vos tanta confianza?» Y él le respondió que quien quiera que se lo habia dicho, que mentia; que notorio estaba quien le habia prendido, y si él se habia hallado en ello ó no. Luego se proveyó que el Visorey se embarcase y se fuese á España, porque si llegado Gonzalo Pizarro, le hallase preso, le mataría. Y tambien temian que algunos deudos del factor le habian de matar en venganza de la muerte del factor y que de cualquiera forma se echaria á ellos la culpa del daño. Y tambien les parescia que si le enviaba solo, que tornaria á saltar en tierra y volveria sobre ellos; y andaban tan confusos, que no se entendian y mostraban pesarles de lo hecho. Y hicieron capitan general al licenciado Cepeda, y todos llevaran á la mar al Visorey con determinacion de ponerle en un navío, lo cual no pudieron bien hacer, porque viendo Diego Alvarez de Cueto (que á la sazon estaba por general del armada) la mucha gente que venia, y que traian preso al Visorey, envió á Hierónimo Zurbano, su capitan de la mar, en un batel con ciertos arcabuceros y tiros de artillería, para que con él recogiese todos los bateles de las naos á bordo de la capitana, y él fuese á requerir á los oidores que soltasen al Visorey; lo cual hizo, caso que no le quisieron oir, antes le tiraron ciertos arcabuceros desde tierra, y les respondió con otros desde la mar, y se volvió. Los oidores enviaron en balsas á decir á Cueto que entregase la armada y los hijos del Marqués, y que ellos entregarian al Visorey en un navío; y que si no lo hacian, correria riesgo. La cual embajada llevó, con consentimiento del Visorey, fray Gaspar de Carvajal, que fué en una balsa á ello; y llegado á la nao capitana, dijo á lo que venia á Diego Alvarez de Cueto, en presencia del licenciado Vaca de Castro, que, como tenemos dicho, estaba preso en el mesmo navío; y viendo Cueto el peligro en que quedaba el Visorey, echó en tierra en las mesmas balsas los hijos del Marqués y á don Antonio y á su mujer, no embargante que los oidores por entonces no cumplieron lo que de su parte se habia prometido, amenazando todavía que si no entregaba la armada, cortarian la cabeza al Visorey. Y dado caso que el capitan Vela Nuñez, hermano del Visorey, fué y vino algunas veces, nunca los capitanes lo quisieron hacer. Y con esto, se tornaron los oidores con el Visorey á la ciudad con mucha guarda; y dende á dos dias, porque entendieron que los oidores y los otros capitanes que los seguian buscaban formas para entrar con balsas con gran copia de arcabuceros á tomarles los navíos, y viendo que no habia podido acabar con Hierónimo Zurbano que se los entregase, caso que le enviaron á hacer grandes ofertas sobre ello, porque vieron que era mas parte que Cueto, por tener á su voluntad todos los soldados y marineros, que eran vizcaínos, los capitanes de los navíos se determinaron en salir del puerto de los Reyes y andarse por aquella costa entreteniéndose hasta que viniese despacho ó mandamiento de su majestad sobre lo que debian hacer, considerando que habia en la ciudad y por todo el reino criados y servidores del Visorey, y otras personas que no se habian hallado en su prision y muchos servidores de su majestad que cada dia se les iban recogiendo en los navíos, los cuales estaban medianamente armados y proveidos, porque tenian diez ó doce versos de hierro y cuatro tiros de bronce, con mas de cuarenta quintales de pólvora; y tenian, demás desto, mas de cuatrocientos quintales de bizcocho y quinientas hanegas de maíz y harta carne salada, que era bastimento con que gran tiempo se

pudieran sustentar, especialmente no se les pudiendo prohibir las aguas, porque en cualquier parte de la costa podian surgir, como está dicho; y no tenian mas de hasta veinte y cinco soldados. Y considerando que no tenian copia de marineros para poder gobernar diez navíos que estaban en su poder, y que no les era seguro dejar allí ninguno porque no los siguiesen, otro dia después de la prision del Visorey pusieron fuego á cuatro navíos de los mas pequeños, porque no los podian llevar, y á dos barcos de pescadores que estaban varados en tierra, y con los seis navíos restantes se hicieron á la vela. Los cuatro navíos se quemaron todos, porque no hubo en qué entrar á los remediar. Los dos barcos se salvaron, apagando el fuego dellos, aunque quedaron con algun daño, y los navíos se fueron á surgir puerto de Guaura, que es diez y ocho leguas mas abajo del puerto de los Reyes, para proveerse allí de agua y leña, de que tenian necesidad; y llevaron consigo al licenciado Vaca de Castro, y allí en Guaura determinaron de esperar el suceso de la prision del Visorey. Y entendiendo esto los oidores, y considerando que no se apartarian los navíos mucho de aquel puerto, por dejar preso al Visorey y en tanto riesgo de la vida, determinaron de enviar gente por mar y por tierra para tomar los navíos por cualquier forma que pudiesen; y para esto dieron cargo de reparar y aderezar los dos barcos que estaban en tierra á Diego García de Alfaro, vecino de aquella ciudad, que era muy práctico en las cosas de la mar; y teniéndolos reparados y echados al agua, se metió en ellos con hasta treinta arcabuceros, y se fué la costa abajo, y por tierra enviaron á don Juan de Mendoza y á Ventura Beltran con otra cierta gente. Y habiendo reconoscido los unos y los otros que los navíos estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche, con sus barcas, tras un farallon que estaba en el puerto muy cerca de los navíos, aunque no le podian ver, y los de tierra comenzaron á disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del Visorey ó gente que se queria embarcar, proveyó que Vela Nuñez fuese en tierra con un batel á informarse de lo que pasaba; y llegando á la costa, sin saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente y le comenzó á tirar, apretándole tanto, que se hubo de rendir y entregar el batel. Y desde allí enviaron á hacer saber á Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada matarian al Visorey y á Vela Nuñez. Y temiendo Cueto que se haria así, entregó la armada, contra el parescer de Hierónimo Zurbano, que con un navío, de que era capitan, se hizo á la vela, y se fué á Tierra-Firme, dos dias antes que viniese Diego García, porque le mandó Cueto que con su navío se viniese la costa abajo á recoger á todos los navíos que hallase, porque no los tomasen los oidores. Y ellos, desque la armada se fué de los Reyes, temiendo que los deudos del factor matarian al Visorey (como lo habian intentado de hacer), acordaron de llevarlo á una isla que está dos leguas del puerto, metiéndole á él y á otras veinte personas que le guardasen en unas balsas de espadañas secas, que los indios llaman enea. Y sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar á su majestad al Visorey con cierta informacion que contra él rescibieron, y se concertaron con el licenciado Alvarez, oidor, para que lo llevase en forma de preso, y para su salario le dieron ocho mil castellanos; y haciendo los despachos necesarios, en los cuales no firmó el licenciado Zárate, Alvarez se fué por tierra, y al Visorey llevaron por la mar en uno de los barcos de Diego García, y se le entregaron en Guaura al licenciado Alvarez con tres navíos, y con ellos, sin esperar los despachos del audiencia (que aun no eran llegados), se hizo á la vela, y al licenciado Vaca de Castro tornaron en un navío, preso como antes estaba, al puerto de los Reyes.

CAPITULO XII.

De cierto trato que hubo en Lima para soltar al Visorey, y lo que sobre ello acaesció.

En el tiempo que el Visorey estaba en la isla volvieron á los Reyes don Alonso de Montemayor y los demás que con él habian ido en seguimiento de los que fueron á prender el padre Loaysa, á los cuales los oidores prendieron, y á algunos quitaron las armas; y juntamente con algunos capitanes del Visorey y con los que se habian venido del Cuzco, los pusieron presos en casa del capitan Martin de Robles y de otros vecinos. Y paresciéndoles á estos presos que si el Visorey estuviese suelto y en su libertad seria parte para defender la venida de Gonzalo Pizarro y la opresion y daños que se esperaban con ella, especialmente el deservicio de su majestad y la alteracion de la tierra, se concertaron entre sí de juntarse con mano armada y sacar al Visorey de la isla y ponerle en su libertad y cargo; y si para la efectuacion deste negocio fuese necesario prender á los oidores, y aun (en caso que no se pudiese hacer de otra manera) matarlos y alzar la ciudad por su majestad; y con los medios que para ello tenian dados fuera fácil cosa ejecutar su intento, si no se descubriera por un soldado al licenciado Cepeda, el cual, con sus compañeros prendió los principales deste concierto, que fueron don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Alonso de Cáceres y Alonso de Barrio-Nuevo, y otros algunos. Y haciendo diligencia sobre el negocio, dieron tormento á algunos dellos, que por tener buen ánimo no confesaron, caso que Alonso Barrio-Nuevo confesó alguna parte del negocio, creyendo que con tanto se satisfarian los oidores y no atormentarian á mas. Y por medio desta confesion los oidores condenaron á muerte en vista á Alonso de Barrio-Nuevo, aunque después en revista le cortaron la mano derecha á don Alonso de Montemayor, y á los demás desterraron de la ciudad y tierra. Don Alonso fué padesciendo grandes trabajos hasta juntarse con el Visorey en Túmbez, como abajo se dirá. Después de lo cual, cada dia hacian saber á Gonzalo Pizarro lo que habia pasado, porque creyeron que con ello desharia su gente; de lo cual él estaba muy apartado, porque creia que todo cuanto habia pasado sobre esta prision era ruido hechizo, á efecto de hacerle derramar su campo, y después prenderle y castigarle cuando le viesen solo; y así, caminaba siempre en ordenanza y aun mas recatadamente que antes. Después de hecho á la vela el licenciado Alvarez con el Visorey y sus hermanos, el mismo dia subió á su cámara,

y queriendo reconciliarse con el Visorey de las cosas pasadas, porque él habia sido principal promovedor dellas y el que con mas diligencia entendió en su prision y en el castigo de los que le querian restituir en su libertad y gobernacion; y le dijo que su intencion de poder del licenciado Cepeda, y porque no cayese en el de Gonzalo Pizarro, que tan en breve se esperaba; y para que lo entendiese así dende entonces le entregaba el navío y le ponia en su libertad, y se metió debajo de su mano y querer, y le suplicaba le perdonase el yerro pasado de haber entendido en su prision y en las otras cosas que después habian sucedido, pues tambien lo habia emendado con asegurarle la vida y libertad. Y mandó á diez hombres que consigo llevaba para la guarda del Visorey que hiciesen lo que él les mandase. El Visorey le agradesció lo hecho y le aceptó, y se apoderó del navío y armas, aunque poco después le comenzó á tratar mal de palabra; y así, se fueron la costa abajo hácia la ciudad de Trujillo, donde les sucedió lo que adelante se dirá.

CAPITULO XIII.

De cómo los oidores enviaron una embajada á Gonzalo Pizarro para que deshiciese su campo, y de lo que sobre esto acaesció.

En haciéndose á la vela el licenciado Alvarez, se entendió en los Reyes que iba de concierto con el Visorey, así por algunas muestras que dello dió antes que se embarcase, como porque se fué sin esperar los despachos que los oidores habian de dar, que por no venir en ellos el licenciado Zárate se habian dilatado y se le habian de enviar otro dia. Lo cual los oidores sintieron mucho, sabiendo que Alvarez habia sido inventor de la prision del Visorey y el que mas lo trató y dió la ordenanza para ello, y entre tanto que esperaban á saber el verdadero suceso de aquel hecho, les paresció enviar á Gonzalo Pizarro á le hacer saber lo pasado y á le requerir con la provision real, para que, pues ellos estaban en nombre de su majestad, para proveer lo que conviniese á la administracion de la justicia y buena gobernacion de la tierra, y habian suspendido la ejecucion de las ordenanzas y otorgado la suplicacion dellas, y enviado el Visorey á España, que era mucho mas de lo que ellos siempre dijeron que pretendian; para colorar la alteracion de la tierra le mandaban que luego deshiciese el campo y gente de guerra, y si queria venir á aquella ciudad, viniese de paz y sin forma de ejército; y que si para la seguridad de su persona quisiese traer alguna gente, podia venir con hasta quince ó veinte de caballo, para lo cual se le daba licencia. Despachada esta provision, mandaron á algunos vecinos los oidores que la fuesen á notificar á Gonzalo Pizarro donde quiera que le topasen en el camino; y ninguno hubo que lo quisiese aceptar, así por el peligro que en ello habia como porque decian que Gonzalo Pizarro y sus capitanes les culparian, respondiéndoles que, viniendo ellos á defender las haciendas de todos, les eran contrarios. Y así, viendo esto los oidores, mandaron por un acuerdo á Agustin de Zárate, contador de cuentas de aquel reino, que juntamente con don Antonio de Ribera, vecino de aquella ciudad, fuesen á hacer esta notificacion; y les dieron su carta de creencia, y con ella se partieron hasta llegar al valle de Jauja, donde á la sazon estaba alojado el campo de Gonzalo Pizarro, el cual ya habia sido avisado del mensaje que se le enviaba; y temiendo que si le llegasen á notificar se le amotinaria la gente, por el gran deseo que llevaban de llegar á Lima en forma de ejército, y aun para saquear la ciudad con cualquiera ocasion que hallase; y queriéndolo proveer, envió al camino por donde venian estos mensajeros á Hierónimo de Villegas, su capitan, con hasta treinta arcabuceros á caballo, el cual los topó, y á don Antonio de Ribera le dejó pasar al campo, y á Agustin de Zárate le prendió y tomó las provisiones que llevaba, y le volvió por el camino que habia venido, hasta llegar á la provincia de Pariacaca, donde le tuvo diez dias preso, poniéndole su gente todos los temores que podian á efecto de que no dejase su embajada; y así, estuvo allí hasta que llegó Gonzalo Pizarro con su campo, y le mandó llamar para que le dijese á lo que habia venido. Y porque ya Zárate estaba avisado del riesgo que corria en su vida si trataba de notificar la provision, después de hablado aparte á Gonzalo Pizarro, y díchole lo que se le habia mandado, le metió en un toldo, donde estaban juntos todos sus capitanes, y le mandó que les dijese á ellos todos lo que á él le habia dicho. Y Zárate, entendiendo su intencion, les dijo de parte de los oidores otras algunas cosas tocantes al servicio de su majestad y al bien de la tierra, usando de la creencia que se le habia tomado, especialmente que, pues el Visorey era embarcado, y otorgada la suplicacion de las ordenanzas, pagasen á su majestad lo que el visorey Blasco Nuñez Vela le habia gastado, como se habian ofrescido por sus cartas de lo hacer, y que perdonasen los vecinos del Cuzco que se habian pasado desde su campo á servir al Visorey, pues habian tenido tan justa causa para ello, y que enviasen mensajeros á su majestad para disculparse de todo lo acaescido, y otras cosas desta calidad, á las cuales todas ninguna otra respuesta se le dió sino que dijese á los oidores que convenia al bien de la tierra que hiciesen gobernador della á Gonzalo Pizarro, y que con hacerlo se proveeria luego en todas las cosas que se les habian dicho de su parte; y que si no lo hacian, meterian á saco la ciudad. Y con esta respuesta volvió Zárate á los oidores, aunque algunas veces la rehusó llevar, y á ellos les pesó mucho oir tan abiertamente el intento de Pizarro; porque hasta entonces no habia dicho que pretendia otra cosa sino la ida del Visorey y la suspension de las ordenanzas; y con todo esto, enviaron á decir á los capitanes que ellos habian oido lo que pedian, pero que ellos por aquella via no lo podian conceder ni aun tratar dello, si no parescia quien lo pidiese por escripto y en la forma ordinaria que se suelen pedir otras cosas. Y sabido esto, se adelantaron del camino todos los procuradores de las ciudades que venian en el campo, y juntando consigo los de las otras ciudades que estaban en los Reyes, dieron una peticion en el audiencia, pidiendo lo que habian enviado á decir de palabra. Y los oidores, paresciéndoles que era cosa tan peligrosa, y para que ellos no tenian comision, ni tampoco libertad para dejarlo de hacer, porque ya en aquella sazon estaba Gonzalo Pizarro muy cerca de la ciudad, y les tenia tomados todos los pasos y caminos para que nadie pu-

diese salir della, determinaron dar parte del negocio á las personas de mas autoridad que habia en la ciudad y pedirles su parescer; y sobre ello hicieron un acuerdo, mandando que se notificase á don fray Hierónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y á don fray Juan Solano, arzobispo del Cuzco, y á don Garci Díaz, obispo del Quito, y á fray Tomás de San Martin, provincial de los dominicos, y á Agustin de Zárate y al tesorero, contador y veedor de su majestad, que viesen esto que los procuradores del reino pedian, y les dieron sobre ello su parescer, expresando muy á la larga las razones que á ello les movian; lo cual hacian, no para seguir ni dejar su parescer, porque bien entendian que en los unos ni en los otros no habia libertad para dejar de hacer lo que Gonzalo Pizarro y sus capitanes querian, sino para tener testigos de la opresion en que todos estaban; y entre tanto que se trataba deste negocio, Gonzalo Pizarro llegó un cuarto de legua de la ciudad, y asentó sobre ella su campo y artillería; y como vió que se dilutó aquel dia el despacho de la provision, la noche siguiente envió su maestre de campo con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veinte y ocho personas de los que se habian venido del Cuzco, y de otros de quien tenia queja porque habian favorescido al Visorey; entre los cuales eran Gabriel de Rójas y Garcilaso de la Vega, y Melchor Verdugo y el licenciado Carvajal, y Pedro del Barco y Machin de Florencia, y Alonso de Cáceres y Pedro de Manjares, y Luis de Leon y Antonio Ruiz de Guevara, y otras personas que eran de las principales de la tierra, los cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose della y quitando el alcaide y tomando las llaves, sin ser parte para se lo defender ni contradecir los oidores, aunque lo veian, porque en toda la ciudad no habia cincuenta hombres de guerra, porque todos los soldados del Visorey y de los oidores se habian pasado al real de Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él antes traia tenia número de mil y docientos hombres muy bien armados. Y otro dia de mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo Pizarro á la ciudad, y dijeron á los oidores que luego despachasen la provision; si no, que meterian á fuego y á sangre la ciudad, y serian ellos los primeros por quien comenzasen. Los oidores se excusaron cuanto podian, diciendo que no tenian poder para lo hacer; por lo cual el maestre de campo Carvajal en su presencia sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenia presos, y á los tres dellos, que fueron Pedro del Barco y Machin de Florencia y Juan de Sayavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto de la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte, sobre no haberles dado término de media hora á todos tres para confesarse y ordenar sus ánimas, y especialmente á Pedro del Barco, que fué el último de los tres que ahorcó, le dijo que por haber sido capitan y conquistador, y persona tan principal en la tierra, y aun casi el mas rico della, le queria dar su muerte con una preeminencia señalada, que escogiese en cual de las ramas de aquel árbol queria que le colgasen; y á Luis de Leon salvó la vida un hermano suyo, que venia por soldado de Gonzalo Pizarro, y se lo pidió por especial merced. Y viendo esto los oidores, y que les amenazaba el Maestre de campo que si incontinenti no se les despachaba la provision ahorcaria los demás que estaban presos y entrarian los soldados saqueando, mandaron que las personas á quien se habia comunicado el negocio trajesen sus pareceres; los cuales, sin discrepar ninguno, los dieron luego para que se le diese la provision de gobernacion; la cual los oidores despacharon para que Gonzalo Pizarro fuese gobernador de aquella provincia hasta tanto que su majestad otra cosa mandase, dejando la superioridad de la audiencia y haciendo pleitomenaje de la obedescer y deponer el cargo cada y cuando que por su majestad y por los oidores le fuese mandado, y dando fianzas de hacer residencia y estar á justicia con los que dél hubiese querellosos. Y habiéndose llevado y entregado la provision, entró en la ciudad, ordenado su campo en forma de guerra desta manera: que la avanguardia llevaba el capitan Bachicao con veinte y dos piezas de artillería de campo, con mas de seis mil indios, que traian en hombros los cañones (como está dicho) y las municiones dellos, y íbalos disparando por las calles. Llevaba treinta arcabuceros para la guarda del artillería, y cincuenta artilleros. Luego iba la compañía del capitan Diego Gumiel, en que habia docientos piqueros; y tras ella la compañía del capitan Guevara, en que habia ciento y cincuenta arcabuceros; y tras ella la compañía del capitan Pedro Cermeño, de docientos arcabuceros; y luego se siguió el mismo Gonzalo Pizarro, trayendo delante sí los tres capitanes de infantería que están dichos, como por lacayos. El venia en un muy poderoso caballo, con sola la cota de malla y encima una ropeta de brocado. Y tras él venian tres capitanes de caballo, en medio don Pedro Puertocarrero, con el estandarte de su compañía en la mano, que era de las armas reales; y á la mano derecha Antonio Altamirano con el estandarte del Cuzco, y á la mano izquierda Pedro de Puelles, con el estandarte de las armas de Gonzalo Pizarro. Y tras ellos se seguia toda la gente de caballo armados á punto de guerra. Y en esta órden fué á casa del licenciado Zárate, oidor, donde estaban juntos los demás oidores, porque él habia fingido estar enfermo por no ir á la audiencia á le rescebir; y dejando ordenado su escuadron en la plaza, subió á los oidores y le rescibieron, haciendo su juramento y dando sus fianzas. Y de allí se fué á las casas de cabildo, donde estaban juntos los regidores, y le rescibieron con las solemnidades acostumbradas. Y de allí se fué á su posada, y su maestre de campo aposentó la gente de pié y de caballo por sus cuarteles, en las casas de los vecinos, mandándoles que les diesen de comer. Esta entrada y rescibimiento pasó en fin del mes de octubre del año de 44, cuarenta dias después de la prision del Visorey, y de ahí adelante Gonzalo Pizarro se quedó ejerciendo su cargo en lo que tocaba á la guerra y cosas dependientes della, sin intrometerse en cosa ninguna de justicia, la cual administraban los oidores, que hacian su audiencia en las casas del tesorero Alonso Riquelme. Y luego Gonzalo Pizarro envió al Cuzco por su teniente á Alonso de Toro, y á Pedro de Fuentes á Arequipa, y á Francisco de Almendras á la villa de Plata, y á las otras ciudades á otras personas.

CAPITULO XIV.

Que trata de la edad y condiciones de Gonzalo Pizarro y su maestre de campo, y de lo que hicieron los vecinos de los Charcas que venian á servir al Visorey.

Porque lo mas que de aquí adelante se tratará en esta historia es sobre lo tocante á Gonzalo Pizarro y á su maestre de campo, hasta que fueron vencidos y muertos, converná para mejor inteligencia dello escrebir sus edades y condiciones. Gonzalo Pizarro cuando comenzó á introducirse en esta tirania era hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros; era moreno de rostro, y la barba negra y muy larga. Era inclinado á las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della; era muy buen hombre de caballo de ambas sillas y gran arcabucero; y con ser hombre de bajo entendimiento, declaraba bien sus conceptos, aunque por muy groseras palabras; sabia guardar mal secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que tambien le hizo mucho daño. Dábase demasiadamente á mujeres, así á indias como de Castilla.

El capitan Carvajal era natural de un lugar de tierra de Arévalo, llamado Ragama, de linaje de pecheros. Fué soldado en Italia mucho tiempo, desde el conde Pedro Navarro. Hallóse en la prision del rey de Francia en Pavía, y de allí se vino con él una mujer de buen linaje, llamada doña Catalina de Leyton, y aunque publicaban ser casados, comunmente decian que no lo eran, antes algunos afirmaban que habia sido fraile y aun de evangelio. Venido en España, residió algun tiempo en la encomienda de Heliche por mayordomo della. De allí pasó á la Nueva-España, llevando consigo esta que llamaba su mujer. Proveyóle el Visorey de un corregimiento en aquella provincia, con que se mantuvo algun tiempo, hasta que sucedió en el Perú el alzamiento de los indios, para lo cual le envió el Visorey con las armas y socorro que arriba tenemos dicho, y por llegar en tal coyuntura, el Marqués le dió unos indios en el Cuzco, donde residió hasta que vino el visorey Blasco Nuñez Vela, que estaba á punto de venirse á Castilla con hasta quince mil pesos que habia habido de sus indios, y por no tener en qué embarcarse se quedó en la tierra. Era de edad de ochenta años, segun él decia. Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra, por el grande uso que della tenia. Fué mayor sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas de dia ni de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormia mas de cuanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo del vino; tanto, que cuando no hallaba de lo de Castilla bebia de aquel brebaje de los indios mas que ningun otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condicion; mató mucha gente por causas muy livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenia así para conservacion de la disciplina militar; y á los que mataba era sin tener dellos ninguna piedad, antes diciéndoles donaires y cosas de burla, mostrándose con ellos muy bien criado y comedido, en forma de irrision ó escarnio. Fué muy mal cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra. Era muy codicioso y robó las haciendas á muchos; tanto, que poniéndolos en estrecho de muerte, los rescataba las vidas, y así acabó la suya tan miserablemente y sin esperanza de su salvacion, como adelante se dirá. Pues tornando á la historia, ya dijimos arriba haber salido de la villa de Plata el capitan Luis de Ribera, teniente de gobernador, y Antonio Alvarez, alcalde ordinario, con toda la gente de la villa, en busca del Visorey; los cuales anduvieron por el despoblado mucho tiempo, sin saber nueva ninguna de lo sucedido, y después supieron nuevas de la prision del Visorey y del buen suceso de Gonzalo Pizarro; lo cual sabido después de muchos acuerdos que tomaron Luis de Ribera y Antonio Alvarez, como mas principales en el negocio, no se osaron tornar á la villa de Plata, y metiéronse entre los montes con los indios, y otros se tornaron á la villa y otros se fueron á la ciudad de los Reyes, y fueron perdonados por Gonzalo Pizarro, aunque todos los repartimientos dellos los puso en su cabeza, y mandó que Francisco de Almendras los cobrase para los gastos de la guerra; y llegando Francisco de Almendras á los Charcas, perdonando á algunos de los huidos, se recogieron á la villa, y allí vivian, aunque desposeidos de sus haciendas, algo maltratados de Francisco de Almendras, hasta que sucedió lo que adelante harémos relacion. Tambien dijimos arriba cómo el licenciado Alvarez, después que se hizo á la vela con el Visorey y le puso en su libertad, luego se juntaron entrambos navíos, en los cuales iba su hermano y muchos criados suyos, y otros amigos que tambien echaban de la tierra con el Visorey. Y hecho esto, fueron su camino hasta que aportaron al puerto de Túmbez; y el Visorey con el licenciado Alvarez saltó en tierra, dejando guarda en los navíos, y luego en aquel puerto comenzaron á hacer audiencia y despachar provisiones por todas partes, haciendo relacion de su prision y de la venida de Gonzalo Pizarro y de todo lo mas acontescido, mandando en ellas que todos le acudiesen; las cuales provisiones envió á Quito y á San Miguel y á Puerto-Viejo y Trujillo. Proveyó tambien capitanes que fuesen á todas partes, entre los cuales proveyó á Hierónimo de Pereira para que fuese á los Bracamoros. Y desta manera estaba en aquel puerto, acudiéndole de todas partes gente, y fortalesciéndose lo mejor que podia, enviando á todas partes por bastimentos, mandando que le trujesen los dineros de las cajas del Rey; lo cual tambien se hacia con mucha diligencia, porque de todas partes le acudian con todo lo que habia; aunque en los pueblos adonde enviaba tambien habia discordias, porque algunos se huian á Gonzalo Pizarro á dalle las nuevas de lo que pasaba, otros se metian en los montes, huyendo de sus casas; de manera que así estaba el Visorey en el puerto de Túmbez tratando sus negocios en la forma sobredicha; la cual luego supo Gonzalo Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, y vió muchos mandamientos y provisiones de los que el Visorey hacia; y primeramente proveyó sobre este caso que el capitan Gonzalo Díaz y el capitan Hierónimo Villegas, y el capitan Hernando de Alvarado, que estaba en Trujillo por teniente de Gonzalo Pizarro, fuesen á recoger



toda la gente que hallasen por aquellas partes para que no acudiesen al Visorey, y porque con ella le pudiesen estorbar que no estuviese tan despacio, y dalle algun desasosiego, y aun, segun entonces se entendió, se les mandó que aunque tuviesen copia de gente no le diesen batalla.

CAPITULO XV.

Cómo Gonzalo Pizarro y sus capitanes acordaron de enviar al doctor Tejada á España para dar cuenta á su majestad del estado de los negocios, y cómo el licenciado Vaca de Castro se alzó con un navío en que estaba preso, en que el capitan Bachicao habia de llevar á Tierra-Firme á Tejada, y cómo Bachicao se embarcó con él en ciertos bergantines, y de camino tomó al Visorey su armada, que tenia en Túmbez, y á él y á su gente hizo retirar á Quito, y él se fué á Tierra-Firme.

Muchos dias habia que se trataba de enviar procuradores á su majestad en nombre de Gonzalo Pizarro y de todo el reino para que le diesen cuenta de lo acaecido, porque esto deseaban algunos porque los negocios no fuesen desvergonzados contra su majestad; otros, especialmente el Maestre de campo y el capitan Bachicao, lo contradecian, diciendo que era mejor para cualquier efecto esperar que su majestad enviase á saber cómo no le enviaban dineros de su hacienda, porque entonces se le daria cuenta de todo lo acaecido, cuanto mas que el Visorey se la habria dado muy larga, porque estaba claro que su majestad le daria mas crédito que á lo que ellos le dijesen; estaban ya muy arrepentidos de no haber preso á los oidores y enviádolos á dar cuenta á su majestad de la prision del Visorey. Después de muchos acuerdos que sobre lo arriba dicho se tuvieron, se determinó que el doctor Tejada fuese á España, en nombre de la audiencia, á dar cuenta de la prision del Visorey y dar relacion á su majestad de lo demás acaescido, y que tambien fuese Francisco Maldonado, maestresala de Gonzalo Pizarro, con algunas cartas suyas, sin que llevase otros recaudos ni poderes, considerando que en todo esto se hacian dos cosas: lo uno, cumplirse con lo que decian que enviase procuradores; y la otra, deshacer el audiencia; porque enviando al doctor Tejada, oidor (como lo pretendia hacer), el licenciado Zárate no podia hacer audiencia solo; lo cual comunicaron con Tejada, y él se concertó que dándole seis mil castellanos era contento de ir á hacer la jornada; luego entre él y el licenciado Cepeda ordenaron los despachos, los cuales ellos dos firmaron. Después de hecho todo, se determinó que en un navío que estaba en el puerto, en que el licenciado Vaca de Castro estaba preso, fuese Hernando Bachicao con buena artillería á llevar al doctor Tejada y Francisco Maldonado, y que llevasen sesenta hombres de su guarda y que tomasen todos los navíos que hallasen en la costa; lo cual determinado y puesto á punto, y el doctor Tejada asimismo para embarcarse, el licenciado Vaca de Castro se dió tal maña, que con un deudo suyo, llamado García de Montalvo, que le fué á visitar, sobornó los marineros, á unos por fuerza y á otros con halagos, y se hizo á la vela en el navío. Lo cual, como fué sabido por Gonzalo Pizarro, se alborotó en gran manera, así por haber estorbado aquel viaje, como porque se sospechó que algunas personas hubiesen dado ayuda al licenciado; y luego tocaron arma y empezaron á prender todos cuantos caballeros sospechosos habia en el pueblo, así de los que se habian huido del Cuzco como de los que no habian acudido á Gonzalo Pizarro de otras partes; todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maestre de campo, mandó que se confesase y hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. Él con buen ánimo comenzó á hacer lo que le mandaba, y aunque le daban tanta priesa que acabase, estando el verdugo presente con un cabestro y garrote en la mano, que sin duda se pensó que muriera, y considerando la calidad de su persona, que no era para ponelle en aquellos términos para dejalle vivo, tambien se entendia que, muerto el licenciado Carvajal, habia de haber gran mortandad de los demás que estaban presos, que fuera gran pérdida, por ser la mas principal gente de aquel reino y los que habian acudido al servicio de su majestad. Estando en estos términos el licenciado Carvajal, algunos iban á hablar con Gonzalo Pizarro, diciéndole que mirase la gran parte que el licenciado Carvajal era en la tierra, y que, habiéndolo muerto el Visorey su hermano tan sin culpa como era notorio, pues la mas principal culpa por donde decia haberle muerto era porque el licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, lo cual estaba claro no ser así; pues, como el mismo Gonzalo Pizarro lo sabia por cartas del factor, se habia huido de su campo y venido á servir al Visorey; y que no era justo que le matase, considerando todo esto, y que le habia de servir, aunque no fuese por mas de por vengar la muerte de su hermano; y en cuanto á la huida de Vaca de Castro, ya estaban satisfechos que él ni los otros no habian entendido en ello, sino que tras cada ocasion los prendian y molestaban, sin tener consideracion mas de que era gente sospechosa en el negocio en que andaban. Gonzalo Pizarro en todo esto estaba tan enojado, que á ninguno queria oir, ni le podian sacar mas palabra de que no le hablase nadie en ello. Visto esto, el licenciado Carvajal y sus amigos acordaron llevar el negocio por otra via, y dieron al Maestre de campo un tejuelo de oro de dos mil pesos, y prometiéronle mucho mas muy secretamente, lo cual aceptó; y luego comenzó aflojar en el negocio, y fué y vino á Gonzalo Pizarro; en fin, que el licenciado Carvajal y los demás fueron sueltos; y luego tornaron á aderezar la partida de Hernando Bachicao, y allegó entonces al puerto un bergantin de Arequipa, y con otros que se aderezaron, metiendo en ellos cantidad de artillería de la que Gonzalo Pizarro trajo del Cuzco, Bachicao se partió con el doctor Tejada y Francisco Maldonado y sesenta arcabuceros que se pudieron haber y quisieron ir con él. Y desta manera se fué por la costa sobre aviso que el Visorey estaba en el puerto de Túmbez. Y una mañana llegó al puerto, y luego fué visto por la gente del Visorey y dióse á arma. Y pensando el Visorey que Gonzalo Pizarro venia por la mar con mucha gente, á mas priesa, con ciento y cincuenta hombres que tenia, se fué huyendo la via de Quito, y algunos dellos se le quedaron, que rescibió Bachicao, y tomó dos navíos que halló en el puerto, y fué á Puerto-Viejo y á otras partes, y recogió ciento y cincuenta

hombres en sus navíos; y el Visorey se fué sin parar hasta Quito.

CAPITULO XVI.

Cómo Bachicao llegó á Panamá, y de lo que allí hizo.

Habiéndose entregado Bachicao de la armada (como está dicho), prosiguió su camino para el puerto de Panamá, y pasando por Puerto-Viejo, tomó consigo alguna gente de aquella tierra, y entre ellos á Bartolomé Perez y á Juan Dolmos, vecinos de Puerto-Viejo, y deteniéndose á tomar refrescos en las islas de las Perlas, que están veinte leguas de Panamá, fueron avisados los de la ciudad de su venida, y enviáronle dos vecinos á saber su intento y á requerirle no entrase con gente de guerra en la jurisdiccion. El cual respondió que en caso que él venia con gente de guerra, la traia para su defensa contra el Visorey, y que él no venia á hacer daño ninguno en aquella tierra, sino solamente á traer al doctor Tejada, oidor de su majestad, que con provision de su real audiencia le iba á dar cuenta de todo lo sucedido en el Perú, y que no haria mas de ponerle en tierra y proveerse de lo necesario y volverse; y con esto los aseguró de manera, que no hicieron defensa en su entrada; y llegando al puerto, dos navíos que en él estaban alzaron velas para irse, y al uno dellos alcanzó un bergantin y le hizo volver al puerto, trayendo ahorcados de la entena al maestre y contramaestre dél, lo cual causó muy gran escándalo en la ciudad, porque entendieron cuán diferente intento traia de lo que habia publicado, y porque les paresció ya muy tarde para la defensa, no se pusieron en ella; y así, se quedaron con harto temor, sometidos ellos y sus haciendas á la voluntad de Bachicao, que era tanto y mas cruel que el maestre de campo, y gran renegador y blasfemo, y hombre sin ninguna virtud; y así, entró en la ciudad sin que le osase esperar el capitan Juan de Guzman, que allí estaba haciendo gente por el Visorey, la cual toda se le pasó luego á Bachicao, y él se apoderó de la artillería que allí habia traido Vaca de Castro en el navío con que se huyó, y comenzó á tiranizar en la república, usando de las haciendas de todos á su voluntad, teniendo tan opresa la justicia, que no osaba hacer mas de lo que él queria, y á dos capitanes suyos que concertaron de matarle los prendió y degolló públicamente, é hizo otras justicias con públicos pregones, que decian: «Manda hacer el capitan Hernando Bachicao,» usando llanamente la jurisdiccion. El licenciado Vaca de Castro, que á la sazon estaba en Panamá, en sabiendo su venida, se huyó para Nombre de Dios, y se embarcó en la mar del Norte, y lo mismo hizo Diego Alvarez de Cueto y Hierónimo Zurbano, y tambien se pasaron al Nombre de Dios el doctor Tejada y Francisco Maldonado, y todos juntos se vinieron á España, y el doctor Tejada murió en el camino, en la canal de Bahama. Y en llegando á España Francisco Maldonado y Diego Alvarez de Cueto, se fueron por la posta á Alemaña á dar cuenta á su majestad cada uno de su embajada. El licenciado Vaca de Castro se quedó en la isla Tercera de los Azores, y de allí se vino á Lisboa, y después á la corte, diciendo que no se habia atrevido á venir por Sevilla por no entrar en poder y tierra donde eran tanta parte los hermanos y deudos del capitan Juan Tello, á quien arriba hemos dicho que hizo degollar al tiempo del vencimiento de don Diego de Almagro el mozo; y en llegando á la corte fué detenido en su casa por mandado de los señores del consejo de las Indias, y le pusieron cierta acusacion, y después le tuvieron preso, mientras se trató la causa, en la fortaleza de Arévalo por espacio de mas de cinco años, y después le señalaron una casa en Simancas, y de ahí, con la mudanza de la corte, le señalaron por cárcel la villa de Pinto con sus términos, hasta que se sentenció el negocio.

CAPITULO XVII.

Cómo el Visorey llegó á Quito y juntó su ejército y vino con él, la tierra arriba, la via de San Miguel.

Habiéndose retirado el Visorey con hasta ciento y cincuenta hombres al tiempo que Bachicao le tomó la armada en Túmbez, caminó con ellos hasta que llegó á la ciudad de Quito, donde le rescibieron de buena voluntad, y allí se rehizo de hasta docientos hombres, con los cuales estaba en aquella tierra, por ser muy fértil y abundante de comida, donde determinó aguardar lo que su majestad proveeria, después de sabido de Diego Alvarez de Cueto lo que en la tierra pasaba, teniendo siempre buenas guardas y espías en los caminos para saber lo que Gonzalo Pizarro hacia, caso que desde Quito á los Reyes hay mas de trecientas leguas, como tenemos dicho. Y en este tiempo cuatro soldados de Gonzalo Pizarro, por cierto desabrimiento que dél tuvieron, hurtaron un barco, y con él se fueron huyendo la costa abajo, desde el puerto de los Reyes, remando hasta que le pusieron en buen paraje para ir por tierra á Quito; y llegados, dijeron al Visorey el descontento que los vecinos de los Reyes y de las otras partes tenian con Gonzalo Pizarro, por las grandes molestias que les hacia, trayendo á los unos fuera de sus casas y haciendas, y á los otros echándoles huéspedes y imponiéndoles otras cargas que no podian sufrir, de las cuales estaban tan cansados, que en viendo cualquiera persona que tuviese la voz de su majestad, holgarian de salir (juntándose con él) de tan gran tiranía y opresion. Con lo cual, y con otras muchas cosas que los soldados le dijeron, le encendieron á que saliese de Quito con la gente que tenia, y se viniese la via de la ciudad de San Miguel, llevando por su general un vecino de Quito, llamado Diego de Ocampo, que desde que el Visorey vino á Túmbez le habia acudido y ayudádole con su persona y hacienda en todas las cosas necesarias, en que gastó mas de cuarenta mil pesos que tenia suyos; y en todas estas jornadas seguia al Visorey el licenciado Alvarez, con el cual se hacia audiencia por virtud de una cédula de su majestad que el Visorey llevaba, para que, llegado él á los Reyes, pudiese hacer audiencia con uno ó dos oidores, los primeros que llegasen, hasta que viniesen todos, y lo mesmo en caso que los dos ó tres dellos muriesen. Y para este efecto hizo abrir un sello nuevo, el cual entregó á Juan de Leon, regidor de la ciudad de los Reyes, que por nombramiento del marqués de Camarasa, adelantado de Cazorla, que es chanciller mayor de las Indias, iba

elegido por chanciller de aquella audiencia, y se habia venido huyendo de Gonzalo Pizarro; y así, despachaba sus provisiones para todo lo que le convenia por título de don Cárlos, y selladas con el sello real, firmándolas él y el licenciado Alvarez; de manera que habia dos audiencias en el Perú, una en la ciudad de los Reyes y otra con el Visorey; y acontesció muchas veces venir dos provisiones sobre un mesmo negocio, una en contrario de otra. Cuando el Visorey quiso partir de Quito envió á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, á España, á informar á su majestad de todo lo pasado y á pedirle socorro para tornar á entrar en el Perú y hacer la guerra á Gonzalo Pizarro poderosamente. Cueto pasó en España en la mesma armada en que vinieron el licenciado Vaca de Castro y el doctor Tejada, como tenemos dicho arriba; y así, llegó el Visorey á la ciudad de San Miguel, que es ciento y cincuenta leguas de Quito, con determinacion de residir allí hasta ver mandato de su majestad, teniendo siempre en pié su real nombre y voz, porque le paresció muy conveniente sitio para poder recoger consigo toda la gente que así de España como de las otras partes de las Indias viniesen al Perú; porque, como está dicho, es paso forzoso y que no se pueden excusar de pasar por él viniendo por tierra, especialmente los que traen caballos y otras bestias; y que desta manera iria cada dia engrosando su ejército y cobrando nuevas fuerzas. Allí los mas de los vecinos acogieron al Visorey de buena voluntad, y le hicieron buen hospedaje, proveyéndole de todo lo necesario, segun su posibilidad; y así, iba cada dia recogiendo gente y caballos y armas; tanto, que llegó al pié de quinientos hombres medianamente aderezados, aunque algunos tenian falta de armas defensivas, y hacian cosoletes de hierro y de cueros de vaca secos.

CAPITULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió ciertos capitanes á recoger gente y estar en frontera contra el Visorey.

Al tiempo que Gonzalo Pizarro envió en los bergantines al capitan Bachicao para tomar la armada del Visorey, despachó asimismo dos capitanes suyos, llamados Gonzalo Díaz de Pinera y Jerónimo de Villegas, que fuesen por tierra á recoger la gente de guerra que hallasen en las ciudades de Trujillo y San Miguel, y se estuviesen en frontera contra el Visorey, y ellos con hasta ochenta hombres que pudieron juntar se estuvieron en San Miguel hasta tanto que supieron la venida del Visorey, y no le osando esperar, se metieron la tierra adentro hácia Trujillo, y alojaron en una provincia que se dice Collique, que es cuarenta leguas de San Miguel, y hicieron saber á Gonzalo Pizarro la venida del Visorey, y cómo juntaba gente cada dia y engrosaba su ejército, dando á entender el gran daño que le venia en no remediarlo con tiempo. Y á esta sazon supieron estos capitanes que el Visorey habia enviado un capitan suyo, llamado Juan de Pereira, á la provincia de los Chachapoyas á convocar y juntar todas las gentes que por aquellas partes pudiese haber, caso que en esta tierra residen pocos españoles; y paresciéndoles á estos capitanes de Pizarro que Pereira y los que con él viniesen estarian muy descuidados dellos, determinaron de salirles al camino por donde venian, y una noche les prendieron las centinelas y dieron sobre ellos; y tomándolos durmiendo y sin recelo de enemigos, á Pereira y dos principales que con él venian les cortaron las cabezas, y toda la demás gente, que eran hasta sesenta hombres de caballo, la redujeron al servicio de Gonzalo Pizarro, con temor de la muerte; y así, se tornaron á su aposento; y deste acontescimiento tuvo gran pesar el Visorey, y determinó tomar ocasion en que vengarse; y así, salió muy ocultamente de San Miguel con hasta ciento y cincuenta de caballo, y se fué adonde los capitanes Gonzalo Díaz y Villegas estaban con menos cuidado y guarda de la que debian tener, como personas que pocos dias antes habian hecho tal asalto en la gente de sus contrarios; y así, llegó el Visorey á Collique una noche, y casi sin que fuese sentido, con la mucha turbacion de los capitanes, no tuvieron lugar de ponerse en órden ni dar batalla; antes se huyeron cada uno como mejor pudo, tan derramados, que Gonzalo Díaz casi solo fué á dar en una provincia de indios de guerra, los cuales fueron contra él y lo mataron; y lo mesmo hizo Fernando de Albarado. Y Jerónimo de Villegas juntó después consigo alguna gente y se metió la tierra adentro hácia Trujillo, y el Visorey se fué á San Miguel.

CAPITULO XIX.

Cómo Gonzalo Pizarro salió con su ejército contra el visorey Blasco Nuñez Vela, y de lo que hizo en el camino; y cómo, sabida por el Visorey su venida, se retiró desde San Miguel con su gente á la via de Quito, y Pizarro le siguió mas de cien leguas, y en el alcance le tomó mas de trecientos hombres que se le quedaron rezagados.

Viendo Gonzalo Pizarro que cada dia crescia la fuerza y gente de su enemigo, y especialmente entendiendo el desbarato que en sus capitanes se habia hecho, determinó de ocurrir con toda la presteza posible á deshacer las fuerzas al Visorey, por la certidumbre que tenia de que cada dia se le allegaba gente y armas y caballos que venian de España y de las otras partes de las Indias, que casi necesariamente desembarcaban en el puerto de Túmbez, como es dicho, y tambien temiendo que en esta sazon viniese algun despacho de su majestad en favor del Visorey, lo cual seria parte para quebrar los ánimos á la gente que con él andaba; y así, se determinó de juntar su ejército é ir á desbaratar á los enemigos, y poner el negocio á riesgo de batalla si le quisiesen esperar. Y así, ordenó sus capitanes y hizo paga, y comenzó á enviar adelante á Trujillo los caballos y otros impedimentos, quedando él y los principales de su campo solos para salir la postre. En esta sazon vino un bergantin de Arequipa con mas de cien mil castellanos para Gonzalo Pizarro, y tambien llegó otro navío de Tierra-Firme, de Gonzalo Martel de la Puente, el cual enviaba su mujer para que se fuese á su casa. Y con este buen suceso estaban Gonzalo Pizarro y su gente tan soberbios, que casi decian blasfemias en su opinion, y metieron en los navíos gran número de arcabuces, picas y otras municiones y aderezos de guerra, y se embarcaron en ellos mas de ciento y cincuenta personas principales, llevando consigo, por dar mas autoridad al negocio, al licenciado Cepeda, oidor, y Juan

de Cáceres, contador de su majestad; y con la ida de Cepeda tuvo Gonzalo Pizarro ocasion de deshacer el audiencia, porque no quedaba en la ciudad de los Reyes sino solo el licenciado Zárate, de quien hacia poca cuenta, por estar enfermo, y tener casado á Blas de Soto, su hermano, con una hija suya, el cual casamiento se hizo contra voluntad del licenciado Zárate; y no embargante este deudo y la confianza que era razon que hiciera dél, por consejo de algunos de sus capitanes, por mas se asegurar, llevó consigo el sello real, y desta manera se fué por la mar, dejando por su teniente de gobernador en la ciudad de los Reyes al capitan Lorenzo de Aldana, con hasta ochenta hombres de guardia, con que estuviese segura y pacífica la ciudad, para lo cual bastaban, porque casi todos los vecinos iban la jornada con Gonzalo Pizarro; y embarcado por marzo del año de 45, fué por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, y allí salió en tierra, y tuvo en Trujillo la Pascua de flores, aguardando á que se juntase la gente por quien habia enviado á diversas partes; y viendo que tardaba, por sacar su ejército de poblado, se fué á la provincia de Collique, donde estuvo algunos dias, hasta que vino la gente que esperaba; y hecha su reseña della, halló que llevaba mas de seiscientos hombres de pié y de caballo; y aunque en el número no llevaba gran ventaja al Visorey, pero teníasela cuanto á las armas y otros aparejos de guerra, y en que los que iban con Gonzalo Pizarro eran soldados viejos y muy prácticos en las cosas de la guerra, y se habian hallado en otras batallas, y sabian la tierra y los pasos dificultosos della; y los que estaban con el Visorey, los mas eran recien venidos de Castilla y no habituados en cosas de guerra, y mal armados y con muy ruin pólvora; y allí se puso muy gran diligencia por Gonzalo Pizarro en proveer de comida y cosas necesarias para el real, especialmente cerca de allí habia un despoblado que dura desde la provincia de Motupe hasta la ciudad de San Miguel, en espacio de veinte y dos leguas, que en todas ellas no hay agua ni poblado ni otro refrigerio alguno, sino arenales y mucho calor, y por ser paso tan peligroso era necesario hacerse gran diligencia en proveerse de agua y otras cosas convenientes para el camino; y así, mandó á todos los indios comarcanos que trajesen gran cantidad de cántaros y tinajas, y dejando allí la gente de guerra todas las cargas de vestidos y ropas y camas que no les eran necesarias, proveyó que los indios que habian de llevar aquellas fuesen cargados de agua para el bastimento deste despoblado, así para los caballos y bestias como para sus personas, cargando los indios y poniéndose todos á la ligera, sin llevar ningun servicio, porque el agua no les faltase; y puestos á punto, enviaron veinte y cinco de á caballo delante por el despoblado, que es lugar ordinario por donde se suele pasar, para declararse al Visorey y que las espías le dijesen que venia por allí; y todo el ejército caminó por otra parte tambien despoblada; desta manera caminaron, llevando la comida encima de los caballos; y poco antes que llegase supo el Visorey la venida del ejército y mandó tocar al arma, diciendo que les queria salir al camino y dar batalla; y ya que tuvo la gente junta y fuera de la ciudad, comenzó á caminar por otra parte hasta la cuesta de Caxas, por la cual fué á muy gran priesa, y obra de cuatro horas después que salió supo Gonzalo Pizarro su ida, y sin entrar en la ciudad de San Miguel ni tomar mas bastimentos mandó que guiasen por el camino por donde el Visorey habia huido; y caminaron aquella noche tras él ocho leguas y tomaron alguna gente en el camino; y desta manera le fué dando muchos alcances, tomándole en ellos mucha gente y todo cuanto llevaba en el real, ahorcando algunos que le parescia; y así caminaban por lugares ásperos y sin comida, tomándoles cada dia gente, y echándole cartas con indios para las personas principales del real del Visorey para que le matasen, perdonándoles Gonzalo Pizarro y prometiéndoles muchas mercedes. Y desta manera fueron mas de cincuenta leguas, que ni los caballos los podian llevar ni los hombres los podian seguir, así por el mucho trabajo que llevaban como por la falta de comida que habia; y así, llegaron á Ayabaca, donde se reformaron y dejaron de seguir al Visorey tan apriesa como antes, por dejar concertada su gente, y tambien porque sabian que el Visorey iba ya muy adelante y que en ninguna manera le podian alcanzar, juntamente con algunos avisos que tenian de algunos principales del Visorey, en que prometian á Gonzalo Pizarro de matarlo ó traérselo preso; de lo cual sucedió después que el Visorey mató á muchos caballeros capitanes de los suyos, como adelante parescerá; y allí en Ayabaca se proveyó de todo lo demás necesario, y salió de allí con buena órden por las mismas pisadas que el Visorey habia ido, aunque por el mucho cansancio de algunos y otros, por ir descontentos, no los pudo llevar todos sin quedarse alguna gente; donde le dejarémos al Visorey caminando hácia las provincias de Quito, y Gonzalo Pizarro tras él, por decir lo que acontesció en este tiempo en lo de arriba.

CAPITULO XX.

Cómo en la ciudad de los Reyes hubo cierto motin y alboroto, el cual aplacó Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, sin declararse de todo punto por su majestad, aunque los parciales de Pizarro le tenian por sospechoso.

Casi á ninguno de los soldados del Visorey que se quedaron rezagados y vinieron á poder de Gonzalo Pizarro quiso llevar consigo, así por no fiarse dellos como porque le parescia que llevaba demasiada gente, segun la poca que el enemigo tenia, especialmente yendo siguiendo alcance y por falta de comida, porque el Visorey les alzaba los bastimentos por donde quiera que iba; y á toda esta gente rezagada envió Gonzalo Pizarro la tierra adentro, á Trujillo y á los Reyes y á otras partes, donde cada uno quiso, aunque á algunos principales de quien tenia particular queja los ahorcó. Estos comenzaron á sembrar por los lugares donde iban, nuevas en favor del Visorey y en contradiccion de la tiranía de Gonzalo Pizarro, á la cual muchas personas favorescian, así por parecerles la empresa justa, como porque la gente que reside en aquella provincia son mas amigos de novedades que en otra ninguna parte, en especial los soldados y gente ociosa, porque los vecinos y personas principales siempre pretenden la paz como negocio en que tanto les va, pues con la guerra son moles-

tados y apremiados y los hacen pechar por diversas vias, y si no muestran buen rostro á ello, corren mas riesgo que los otros, porque cualquiera ocasion basta para matarlos el que gobierna, por gratificar con sus haciendas á los que los siguen; pues estas pláticas no podian ser tan secretas, que no viniesen á noticia de los tenientes de Gonzalo Pizarro, los cuales, cada uno en su jurisdicion, los castigaba como les parecia que convenia para el sosiego de su opinion, y especialmente en la ciudad de los Reyes, donde la mas desta gente se acogió, fueron ahorcados muchos por mano de un alcalde ordinario, llamado Pedro Martin de Cecilia, gran favorecedor de Gonzalo Pizarro y de sus cosas, porque Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, estuvo siempre muy recatado para no entremeterse en cosa sobre que pudiese haber después querella de parte contra él; antes estorbaba todo cuanto podia que no se hiciesen muertes ni daños, y así se rigió todo el tiempo que allí estuvo; que, aunque tenia la justicia por Gonzalo Pizarro, nunca quiso hacer cosa tan señalada en su favor, que sus secaces le tuviesen por prendado; antes acogia con buena gracia toda la gente aficionada al Visorey. Por lo cual todos los que desta opinion residian en las otras provincias se acogian á aquella, teniéndola por mas segura; y desto mostraban tener gran queja los apasionados por Gonzalo Pizarro, especialmente un regidor de aquella ciudad, llamado Cristóbal de Búrgos, que Lorenzo de Aldana llegó á reprenderle sobre esto tan abiertamente, que le trató mal de palabra, y aun puso las manos en él y le tuvo preso cierto tiempo; y así, escribian á Gonzalo Pizarro esta sospecha, y aunque él la tuvo por cierta, nunca dejó de hacer dél toda confianza, porque estando tan léjos, no le paresció que seria parte para quitarle el cargo, á causa que tenia consigo mucha gente de guerra y ganada la voluntad á los principales vecinos de aquella ciudad; y así, los dejarémos por contar lo que en este tiempo sucedió en la provincia de los Charcas.

CAPITULO XXI.

De cómo Diego Centeno y otros vecinos de los Charcas mataron al teniente de Gonzalo Pizarro y alzaron bandera por su majestad.

Ya está dicho arriba cómo muchos vecinos de la villa de Plata vinieron á servir al Visorey, llamados por su provision, aunque, sabida en el camino la prision del Visorey, se volvieron á sus casas; de los cuales siempre quedó muy gran queja á Gonzalo Pizarro; y enviándoles por teniente á aquella villa uno de los mayores ministros de su tiranía, llamado Francisco de Almendras, hombre áspero y de mala consciencia, le dió por particular instruccion que se recatase mucho de aquellos que habian venido á servir al Visorey, y que en los negocios que se les ofreciesen les diese á entender la queja que dellos tenia; demás que á los principales dellos les habia quitado indios y les llevaba los tributos dellos para sustentacion de la guerra. Este Francisco de Almendras guardó tan estrechamente lo que sobre este caso se le mandó, que, demás de otros muchos malos tratamientos que hizo á aquellos caballeros, porque supo que uno de los principales de aquella villa, llamado don Gomez de Luna, habia dicho en su casa que no era posible que algun dia no reinase el Rey en aquella tierra, le prendió y puso en la cárcel pública con guardas; y porque los de cabildo de aquella ciudad le rogaron un dia que soltase á don Gomez, ó á lo menos le pusiese en prision conforme á la calidad de su persona, no dándoles sobre ello buena respuesta, hubo alguno dellos que le dijo que si él no le soltaba, ellos le soltarian; el teniente disimuló, y á la media noche fué á la cárcel y dió un garrote á don Gomez, y sacándole luego á la plaza, le hizo cortar la cabeza; lo cual sintieron mucho todos los vecinos, paresciéndoles que á cada uno tocaba aquel agravio; y especialmente lo sintió un vecino de aquella ciudad, llamado Diego Centeno, natural de Ciudad-Rodrigo, por ser muy grande amigo de don Gomez. Y aunque este Diego Centeno, en el primer levantamiento de Gonzalo Pizarro le siguió y vino con él desde el Cuzco á los Reyes, siendo de los principales votos del ejército, como procurador de la provincia de los Charcas, después viendo que la mala intencion de Gonzalo Pizarro se extendia á mucho mas de lo que á los principios habia publicado, con su licencia le volvió á su casa y indios, donde residia al tiempo que acontesció esta muerte de don Gomez, la cual él se determinó vengar por la mejor via que pudo, así por la amistad que tenemos dicha, como porque entendian la poca seguridad que las vidas de todos tenian debajo de la gobernacion de hombre tan cruel y de mala consciencia y condicion como lo era Francisco de Almendras, al cual ante todas cosas determinó matar, y reducir la tierra al servicio de su majestad; lo cual comunicó con los mas principales vecinos de aquella tierra, especialmente con Lope de Mendoza y Alonso Perez de Esquivel, y Alonso de Camargo y Hernan Nuñez de Segura, y con Lope de Mendieta y Juan Ortiz de Zárate, su hermano, y otros de cuyas intenciones tuvo confianza; y hallándolos á todos prestos para emprender este hecho sobre concierto que entre sí hicieron, fueron un domingo de mañana á casa del teniente para le acompañar á la iglesia, como solian, y viéndose juntos, caso que Francisco de Almendras tenia mucha gente de guardia, se llegó á él Diego Centeno como que le queria hablar en algun negocio, y dándole ciertas puñaladas con una daga, le prendieron y públicamente le sacaron á la plaza, y le cortaron la cabeza por traidor, y alzaron bandera por su majestad, sin que hubiese dificultad en apaciguar el pueblo, segun Francisco de Almendras estaba malquisto; y así, todos se redujeron al servicio de su majestad y se pusieron en órden de guerra, con intento de la restauracion de aquel reino; y este era el apellido que traian, y juraron por capitan general desta empresa á Diego Centeno, el cual nombró capitanes de pié y de caballo, y comenzó á juntar gente, haciendo pagas de su hacienda, porque era el mas rico hombre de aquella tierra en aquella sazon, y para ello le ayudaban los otros vecinos. Era Diego Centeno persona de muy buena casta, descendiente de aquel alcaide Hernan Centeno tan nombrado en Castilla; seria en aquel tiempo de edad de treinta y cinco años, hombre gracioso y liberal y de muy buena disposicion y condicion, y muy valiente por su persona. Tenia en aquella

sazon mas de treinta mil castellaños de renta, aunque dende en dos años que se descubrieron las minas de Potosí (como adelante se dirá) llegaron á rentarle sus indios de cien mil castellanos arriba, por caer muy cerca de aquellas minas. Juntó su ejército, comenzó á proveerse de armas y otras cosas necesarias, con gran diligencia, poniendo guardas en los caminos, porque no se supiese lo acaescido hasta estar bien apercebidos, y envió un capitan suyo á las minas de Porco y Arequipa, para recoger la gente que allí estaba, y prender si pudiese á Pedro de Fuentes, que allí era teniente de Gonzalo Pizarro, el cual desque supo lo que en los Charcas habia pasado, por lengua de indios, se huyó y dejó desamparada la ciudad; de manera que Lope de Mendoza entró en ella sin contradicion alguna, y trayendo toda la gente y armas y caballos, y aun los dineros que allí pudo recoger, se volvió á juntar con Diego Centeno en la villa de Plata para dar órden en lo que adelante se habia de hacer.

CAPITULO XXII.

De cómo Diego Centeno acabó de juntar su gente, y del razonamiento que les hizo.

Después de llegado Lope de Mendoza, se hallaron en la villa de Plata con hasta docientos y cincuenta hombres bien aderezados, y después de habelles dado Diego Centeno de lo que tenia cumplidamente, les juntó y trajo á la memoria las cosas pasadas en lo tocante á la empresa que Gonzalo Pizarro tomó, diciéndoles haber salido de la ciudad del Cuzco con título de suplicar de las ordenanzas que su majestad enviaba; y después de haber muerto en el camino al capitan Gaspar Rodriguez y á Filipe Gutierrez y Arias Maldonado, y antes desto, haber tratado con los oidores y con algunos de los vecinos que prendiesen al Visorey, y habelle ellos prendido y embarcado, y cómo en llegando á la ciudad de los Reyes, sin estar recibido en ella, envió su maestre de campo, y delante de los oidores prendió hasta veinte y cinco personas de los mas principales y mas ricos de la tierra, porque habian acudido al Visorey, y de ellos ahorcó á Pedro del Barco y á Machin de Florencia y á Juan de Sayavedra; y cómo habia quitado los oidores, enviándoles á cada uno por su parte, habiéndoles primero compelido con mano armada que le enviasen provision de gobernador. Tambien les dijo haber muerto después muchas personas, sospechando dellos que servirian al Visorey. Y no contento con esto, tomando todo el oro y plata que habia hallado en las cajas de su majestad, echando tributos excesivos por el reino, hasta en cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, repartiéndolos y cobrándolos de los vecinos y moradores; y no contento con esto, haber hecho segunda vez gente contra su majestad en la ciudad de los Reyes, y ido contra el Visorey y alborotado el reino por diversas vias. Tambien les puso delante el haber quitado tantos repartimientos y puéstolos sobre su cabeza, y consentido que públicamente se dijesen palabras en deservicio y perjuicio de su majestad; y otras muchas cosas que serian largas de contar, y juntamente con traelles á la memoria la obligacion que tenian (como vasallos de su majestad) á su corona real y á servir á su rey, y el mal renombre de traidores que cobraban de hacer lo contrario. Y con estas razones, y con otras muchas que les dijo, les inclinó á que de buena voluntad tomasen la empresa y fuesen debajo de su bandera donde quiera que les fuese mandado; y así, todos juntamente se ofrescieron de hacerlo de buena voluntad; con lo cual Diego Centeno envió cierto capitan con mucha parte de la gente que residiese en Chicuito, que son los pueblos del Rey, entre Orcuza y los Charcas, para que estuviese allí en el paso en tanto que él se aderezaba para salir á cumplir el fin de todo su viaje; donde lo dejarémos por decir lo que en este tiempo sucedió en el Cuzco, donde algunos dias antes habian tenido relacion de lo susodicho.

CAPITULO XXIII.

Cómo el capitan Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Gonzalo Pizarro, juntó la gente que pudo para ir contra Diego Centeno, y el razonamiento que les hizo.

No se pudo tener tan secreto en el real de Diego Centeno, ni tantas guardas en el camino, especialmente después de la venida de Lope de Mendoza de Arequipa, que por indios y españoles no se tuviese muy cierta relacion del alzamiento de los Charcas y cantidad de gente que el capitan Diego Centeno tenia hecha, y la suma de arcabuces y caballos y todo lo demás que en la razon se quisiesen informar. Lo cual sabido por el capitan Alonso de Toro, tomándole la nueva fuera del Cuzco con cien hombres, porque estaba cien leguas de allí guardando un paso, creyendo que el Visorey se habia subido por la sierra, por unas cartas que de Gonzalo Pizarro habian tenido sobre ello, se volvió al Cuzco y comenzó á hacer gente; y juntos los vecinos y regidores de la ciudad del Cuzco, les hizo saber las nuevas que habia de los Charcas y el modo con que el capitan Diego Centeno se habia alterado, y diciéndoles primero que pues en el Cuzco habia gente armada y caballos para poder ir contra él, que habia determinado de tomar la empresa, porque le parecia ser justa; y para ello les dijo algunas razones en que se fundaba, especialmente que Diego Centeno habia hecho el alboroto sin título que para ello tuviese, sino de su propia autoridad, pretendiendo en ello mas particular interese que el servicio de su majestad; porque siendo, como era, Gonzalo Pizarro gobernador de aquellos reinos, y estando habido y tenido por tal, teniéndolos pacíficos y quietos, y estando esperando lo que su majestad sobre ello proveia, para obedecello, el levantamiento habia sido injusto, y con muy buen título se podria resistir y castigar. Tambien les trajo á la memoria haberse puesto Gonzalo Pizarro por todos á la demanda de la revocacion de las ordenanzas, y aventurado su persona y bienes por las de todos, pues era notorio que si las ordenanzas se cumplieran y ejecutaran, á ninguno le quedaba hacienda; y que en esto, allende de habelles hecho provecho y serle todos obligados por esta razon, era notorio que no habia ido contra lo que su majestad proveia, ni declarándose contra él en ninguna cosa, pues yendo á suplicar de las ordenanzas, al tiempo que llegó á la ciudad de los Reyes halló que el audiencia habia prendido al Visorey y desterrádole del reino, el cual Gonzalo Pizarro como gobernador tenia,

y que si habia ido contra el Visorey, habia sido por seguir su justicia ante el audiencia real; y para mas les justificar la causa, les ponia delante haber ido con él el licenciado Cepeda, oidor de su majestad, y el mas antiguo de la audiencia, diciéndoles tambien que nadie era parte para tratar si los oidores habian podido dar la gobernacion ó no, pues aquel era caso para que su majestad lo determinase, y que hasta entonces no habian visto cosa en contrario. Con estas cosas que les dijo, y con otras muchas que serian largas de contar, todos lo aprobaron y dijeron que parescia cosa justa, y le ofrecieron sus personas y haciendas; porque á la verdad el capitan Alonso de Toro habia ahorcado algunas personas desatinadamente, y habianle cobrado gran miedo; y demas desto, porque era áspero y desabrido y mal acondicionado, y aun demasiado súbito, por lo cual no le osaban contradecir en ninguna cosa de cuantas proponia. Y visto esto, se hizo un acto por el cabildo, por el cual habiéndose hecho relacion de lo sucedido en los Charcas por medio del capitan Diego Centeno, decian que, no contento con haber muerto al capitan Francisco de Almendras, habia salido con gente armada fuera de los términos de los Charcas. Estos cumplimientos mas se hacian, á la verdad, para satisfacion de la gente comun, y dalles á entender que lo que se hacia llevaba razon, que no porque ellos no entendiesen el negocio; porque, dejados aparte los ayuntamientos públicos y tiempos de necesidades en los cuales procuraban siempre de justificar las causas con razones coloradas, que paresciesen bastantes, fuera de allí, los que eran mas parte en los negocios delante de Gonzalo Pizarro y en su ausencia siempre decian que le habia de dar el Rey la gobernacion; si no, que no habian de obedescer ni admitir á hombre que enviase, porque esto era la voluntad y intencion de Gonzalo Pizarro.

CAPITULO XXIV.

Cómo Alonso de Toro salió del Cuzco con su gente contra Diego Centeno, el cual con la suya se metió la tierra adentro, y Alonso de Toro le siguió hasta la villa de Plata, y de allí se tornó al Cuzco, dejando á Alonso de Mendoza en la villa de Plata con cierta gente.

Después de lo cual, con este título comenzó el capitan Alonso de Toro á hacer gente, y llamándose capitan general, hizo capitanes; y á la verdad, procuró de hacer mas el negocio por rigor que por dineros ni buenos tratamientos, jurando públicamente de hacer ahorcar al que rehusase de ir á la empresa, poniéndolos á algunos al pié de la horca, y dejándolos por ruegos, diciendo palabras injuriosas á otros; de manera que con poca cantidad de dineros (porque, segun paresció por las cuentas, no gastó mas de veinte mil castellanos en el negocio), no dejó caballo en poder de hombre para ir á la jornada, y los vecinos hábiles para la guerra los hacia ir personalmente; de manera que pudo allegar hasta trecientos hombres, con los cuales, medianamente armados y apercebidos, se salió seis leguas del Cuzco á un asiento que se llama Urcos, adonde estuvo tres sémanas, teniendo tan cerrado el camino, que no podia saber nueva de lo que hiciesen sus contrarios, porque todas las parcialidades de los indios ayudaban á Diego Centeno y le guardaban muy bien los caminos, con lo cual cada dia pensaban que estaban sobre ellos, guardándose muy á punto de guerra para lo que sucediese; y si algunos hablaban palabra en contradicion ó perjuicio de los negocios, los castigaba muy ásperamente; de manera que con este miedo todos mostraban muy gran voluntad á seguirle. Y con esto alzó su real, con acuerdo de ir á buscar al enemigo, y poniéndolo por obra, caminó hasta llegar al puerto del Rey. Diego Centeno se retrajo, porque estaba dividida su gente en dos partes, y asentaron su real doce leguas los unos de los otros, y enviáronse mensajeros y rehenes para tratar del negocio; y visto que no tenia medio ni se podian concertar, Alonso de Toro alzó su real para ir á dar la batalla; lo cual sabido por los contrarios, acordaron entre sí que no era bien aventurar el negocio, porque, á no tener buen suceso la jornada, se cobraria grande ánimo en el reino, y era bien que su majestad tuviese en la tierra gente presta para cualquier cosa que sucediese; y con este recaudo se retrajeron poco á poco, poniendo gran diligencia de llevar consigo gran cantidad de carneros cargados de comida y los caciques principales de la provincia. Y así, se metieron por un despoblado de mas de cuarenta leguas, hasta llegar á un sitio que se llama Casabindo, por donde Diego de Rójas entró al rio de la Plata, y Alonso de Toro los fué siguiendo hasta la villa de Plata, que son ciento y ochenta leguas de la ciudad del Cuzco, y entró dentro, y como la vió tan sola, consideró el mal aparejo que tenia para residir allí, por no haber comida, y estar la tierra alzada por la ausencia de los caciques; y así, acordó de no seguirlos mas; y tomando consigo cincuenta hombres, se adelantó para la ciudad del Cuzco, mandando á la otra gente que poco á poco le siguiese, aunque para mayor seguridad dejó en la retaguardia á un capitan suyo, Alonso de Mendoza, con treinta hombres en muy buenos caballos, para que, si acaso sintiese que Diego Centeno volvia, recogiese la gente poco á poco hasta llegar con ella adonde él estaba.

CAPITULO XXV.

De cómo Diego Centeno volvió sobre Alonso de Toro y le tomó mucha gente, y recogió su campo en la villa de la Plata.

La vuelta de Alonso de Toro no pudo ser tan secreta, que por lengua de indios no viniese luego á noticia de Diego Centeno, el cual, vista tan gran novedad, y como Alonso de Toro se volvia tan de priesa y desconcertada su gente, consideró que no podia ser aquello sin que hubiese sentido en los suyos desconfianza ó mala voluntad, y parescióle que, siendo esto así, con facilidad, yendo él sobre ellos, se le pasarian muchos; y así, envió luego al capitan Lope de Mendoza con cincuenta hombres bien encabalgados, á la ligera, el cual llegó en breve tiempo al Collao; y dado caso que el capitan Alonso de Toro y la mas parte de su gente habia ya pasado, atajó hasta cincuenta hombres de los suyos y les tomó algunos caballos y armas, aunque después se los tornó con cada quinientos pesos de oro, porque juraron y prometieron de le servir en la jornada; y algunos que le parescieron demasiadamente sospechosos y amigos de Alonso de Toro, los ahorcó; y de allí se volvió con su gente á la villa de Plata sobre Alonso de Mendoza, el

cual, sabido el suceso, se volvió por otro camino á gran priesa, y dende á poco vino allí Diego Centeno con el resto de su ejército, y se juntaron todos, y asentaron su campo, pertrechándose cada dia mas de todos los aparejos necesarios para la guerra, especialmente de arcabuces, que cada dia se hacian. Y Alonso de Toro llegó al Cuzco con harto temor de que viniesen sobre él; porque si lo hicieran, con gran facilidad se apoderaran de la ciudad; pero Diego Centeno tomó acuerdo de residir de asiento en la villa de Plata, allegando cada dia mas gente y dineros; lo cual podia hacer en abundancia, á causa de la mucha plata que habia en aquella provincia; y así, le dejarémos por contar lo que pasó en esta sazon en los Reyes.

CAPITULO XXVI.

De cierto movimiento que hubo en los Reyes, y cómo le aplacó Lorenzo de Aldana.

En la ciudad de los Reyes se supo luego todo lo que arriba habia sucedido; y como allí estaban juntos muchos soldados, y dellos aficionados al Visorey, ya casi en público trataban de irse á juntar con Diego Centeno; y aun viendo la poca diligencia que Lorenzo de Aldana ponia en castigarlo, se temia que habia de ser él la cabeza, y lo mismo se sospechaba de don Antonio de Ribera, que, aunque era cuñado de Pizarro, y hacia algunas muestras, como los demás, de seguirle, bien se entendia ser servidor de su majestad en lo secreto, como después lo mostró; y con este temor los amigos de Pizarro andaban muy alterados; por manera que este motivo en favor de su majestad la gente lo dejaba de intentar, creyendo que se haria á menos costa y con mejor órden, porque sentian favor en Lorenzo de Aldana, que, segun era bienquisto, sabian que saldria con cualquier cosa en que se pusiese, aunque él estaba tan cerrado, continuando siempre el buen tratamiento que hacia á todos, que ninguno podia tener certidumbre de su determinacion. Y en este tiempo llegaron á los Reyes nuevas de cómo el Visorey se habia retirado con la poca gente que le pudo seguir hasta la provincia de Popayan, y que en el camino habia muerto algunos capitanes y personas señaladas de su campo, especialmente á Rodrigo de Ocampo y á Hierónimo de la Serna, y á Gaspar Gil y á Olivera y á Gomez Estacio; unos porque se querian huir de su campo, otros porque se carteaban con Gonzalo Pizarro y le querian matar, sobre las cuales culpas hizo sus averiguaciones, y por ellas le paresció que se les debia dar aquella pena; con las cuales nuevas se sosegó algo la gente que deseaba servir á su majestad en la ciudad de los Reyes, y los amigos de Gonzalo Pizarro, y que favorescian su opinion y tiranía, tomaron tanto ánimo viendo los buenos sucesos que le avenian, que les paresció que se podian ya declarar con Lorenzo de Aldana, y le dijeron que en aquella ciudad habia personas sospechosas y que no se querian quietar, por lo cual convernia desterrarlos y aun castigarlos de algunas palabras escandalosas que habian dicho. De lo cual se ofrescieron á dar informacion, y le pidieron que hiciese sobre ello las diligencias necesarias. Y él respondió que no habia venido á su noticia tal cosa, porque lo hubiera castigado, y que, sabido quiénes eran, haria lo que conviniese. Y con este acuerdo, poniéndose en órden los principales, prendieron hasta quince personas sospechosas, y entre ellos á Diego Lopez de Zúñiga, y presos, les quisieron dar tormento y hacer dellos justicia por mano del alcalde Pedro Martin, y corrieran todos gran riesgo si Lorenzo de Aldana no acudiera á sacárselos de entre las manos, llevándolos á su posada, so color que en ella estarian mejor guardados. Y allí les dió todo lo que habian menester, y sobre concierto que con ellos hizo, les dió un navío, con que se salieron del Puerto; quedando harto descontentos los regidores porque no habian visto mas castigo en aquel negocio, y que no quiso Lorenzo de Aldana que sobre ello se hiciese ninguna averiguacion, y les quedó gran sospecha de que se hubiese descubierto á los presos y dejase con ellos algun trato, y daban dello noticia á Gonzalo Pizarro por sus cartas, avisándole que proveyese en ello, aunque él nunca quiso hacer novedad ni enviar contra Lorenzo de Aldana, temiendo que no saldria con ello, como arriba está dicho.

CAPITULO XXVII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió contra Diego Centeno al capitan Carvajal, su maestre de campo.

Sabida por Gonzalo Pizarro la alteracion de la provincia de los Charcas y el levantamiento de Diego Centeno y las cosas que le habian sucedido, le paresció que no debia diferir el remedio ni dejar cobrar mas fuerzas al enemigo, porque no le faltaba otra cosa sino deshacer á Diego Centeno para quedar de todo punto señor en el reino pacíficamente; y tratóse entre los principales de su campo la órden que se ternia en la provision; y después de muchos acuerdos, atenta la importancia del negocio, y que Gonzalo Pizarro no podia ir en persona á ello por no tener concluidas las cosas del Visorey, y que lo de arriba requeria brevedad, proveyeron que el capitan Carvajal fuese á hacer esta jornada; y así, fué despachado con las comisiones y poderes de Gonzalo Pizarro que le parescieron necesarias, aunque las principales eran para recoger dineros y hacer gente, en cuya confianza Carvajal aceptó el cargo, porque le paresció negocio en que fácilmente podia ser aprovechado; y así, se partió de Quito con solas veinte personas de su confianza que le acompañaron, aunque en está determinacion hubo otras muchas cosas que ayudaron, porque los principales del campo de Gonzalo Pizarro hicieron en ello gran instancia, los unos por gobernar ellos á solas, y los otros por el gran temor que tenian de la mala y cruel condicion de Francisco de Carvajal, que por cualquier sospecha mataba á quien le parescia que no le estaba muy sujeto, aunque los unos y los otros coloraban estos pareceres con decir que la calidad del negocio requeria la experiencia y consejo de tal persona como el Maestre de campo. Y así, se partió de Quito, y llegó á la ciudad de San Miguel, donde le salieron á rescebir los principales del pueblo; y llevándole á su posada que le tenian señalada, él hizo apear á seis regidores principales del pueblo, diciendo que les queria comunicar una creencia del Gobernador; y estando en su aposento, y cerradas y guardadas las puertas de la

casa con gente de guerra, les dijo la gran queja que dellos tenia Gonzalo Pizarro por haber sido tan contrarios suyos en todas las cosas pasadas, especialmente en haber recogido y favorescido al Visorey, y proveídole con tanto calor de las cosas necesarias á su ejército; por lo cual habia determinado de meter á fuego y á sangre la ciudad y no dejar hombre á vida; pero que después, considerando que los que habian hecho aquel daño eran regidores y gente principal, á quien por fuerza ó de grado habia de seguir la gente plebeya, se habia resumido en que se castigasen los principales sin hacer cuenta de los demás, y aun de aquellos le habia parescido disimular con algunos por causas que á ello le movian; y habia escogido los que allí estaban presentes como á cabezas en quien hacer el castigo, para dar ejemplo á los demás de todo el reino; y así, les mandó que se confesasen, porque todos habian de morir luego; y aunque ellos daban sus disculpas, ninguna cosa aprovechaba; y así, hizo dar garrote á uno dellos, de quien él tenia muy gran queja, porque habia ayudado y dado industria cómo se abriese el sello real con que el Visorey despachaba, porque era práctico en aquella arte; y entre tanto se divulgó por la ciudad lo que pasaba, y las mujeres de los regidores juntaron consigo los clérigos y frailes del lugar, y fueron á la posada de Carvajal, y entrando en ella por una puerta falsa que su gente no habia visto para guardarla, subieron al aposento, y echándose á los piés del Maestre de campo, le pidieron las vidas de sus maridos con grandes lágrimas y sentimiento, y al fin se las hubo de otorgar con condicion que reservó en sí la facultad de castigarles en lo demás á su voluntad; y así lo hizo, porque los desterró de la provincia, y los condenó en privacion de sus indios y en cada cuatro mil pesos para ayuda de la guerra. Y habiéndolo ejecutado todo, se pasó á la ciudad de Trujillo, recogiendo siempre por donde iba toda la gente y los dineros que en cualquier manera podia haber; y allí llevaba determinacion de matar un vecino llamado Melchior Verdugo, porque se habia siempre mostrado por el Visorey, y él, siendo avisado, se habia acogido á la provincia de Caxamalca, que eran los indios de su encomienda; y por la priesa que el Maestre de campo llevaba, no se quiso detener á seguirlo; y echando cierto empréstido y cobrándole, se pasó á la ciudad de los Reyes, juntando siempre la mas gente que podia; á los cuales ninguna paga daba mas de los caballos y armas que robaba donde quiera que los hallaba, usurpando para sí todo el dinero, robando las cajas del Rey y de los defuntos y los depósitos públicos; y en los Reyes se acabó de aparejar con cerca de docientos hombres bien aderezados y con mas de cincuenta mil pesos que hasta entonces se habian recogido; y se partió la via del Cuzco por la sierra, y llegó á la villa de Guamanga, donde tambien echó tributo y le cobró; y siete ú ocho dias después de él partido se descubrió cierta conjuracion que en la ciudad de los Reyes se trataba, sobre lo cual fueron presos hasta quince personas, los principales de los cuales eran un Juan Velazquez, Vela Nuñez, sobrino del Visorey, y otro caballero de su casa, llamado Francisco Jiron, y Francisco Rodriguez, natural de Villalpando; y habiéndoles dado muy crueles tormentos, se averiguó el negocio, y que tenian concertado con Pedro Manjares, vecino de los Charcas, de matar á Lorenzo de Aldana y al alcalde Pedro Martin y á otros amigos de Gonzalo Pizarro, y alzar la ciudad por el Rey, creyendo que la mas gente que iba con el capitan Carvajal, por ir tan descontentos dél, les acudirian, y todos juntos se irian á juntar con el capitan Diego Centeno. Y luego dieron garrote á Jiron y á otro, y á Juan Velazquez por intercesion de muchos le perdonaron la vida y le cortaron la mano derecha, y á los demás dieron tan bravos tormentos, que perpetuamente quedaron mancos. Manjares se huyó, y anduvo mas de un año escondido por los montes, aunque después vino á poder de los capitanes de Gonzalo Pizarro y le ahorcaron; y sospechando todavía Pedro Martin que eran en estos tratos algunos de los que iban en el campo del capitan Carvajal, dió sobre ello tormento á Francisco de Guzman, que era uno de los presos, y no confesando nada, le preguntó Pedro Martin señaladamente si un soldado que iba con Carvajal, llamado Perucho de Aguirre, natural de Talavera, y otros amigos suyos sabian de aquel trato; el cual Guzman, por librarse de los tormentos, dijo que sí; y con tanto, Pedro Martin de Sicilia le condenó, por sentencia pública, que se metiese fraile en el monasterio de la Merced; y así lo ejecutó, y le hizo tomar el hábito, y pidió al escribano ante quien habia pasado aquel proceso cautelosamente, que le diese por fe cómo de la confesion de Guzman resultaban culpados en aquel motin Perucho de Aguirre y los demás que le nombró; y creyendo el escribano que era para otro fin, se le dió; y Pedro Martin le envió por via de indios á Carvajal, que á la sazon llegaba una jornada antes de Guamanga; y en rescibiéndole, sin otra diligencia ni averiguacion ninguna, ahorcó á Perucho de Aguirre y á otros cinco con él en un mismo árbol; caso que, poco después, visto por el escribano el yerro que habia hecho en dar aquel testimonio, le envió el traslado de la confesion que Guzman habia hecho, y la revocacion della, diciendo que lo habia hecho por librarse del tormento, aunque fué de poco fruto, por estar ya ejecutado el castigo; y en las escaleras protestaron que morian sin culpa, y los confesores lo dijeron á voces al Maestre de campo.

CAPITULO XXVIII.

Cómo, sabido por el capitan Carvajal la huida de Diego Centeno, se volvió á los Reyes.

En tanto que estas muertes se hicieron en Guamanga llegaron al capitan Carvajal las nuevas de lo que arriba tenemos dicho, que Diego Centeno, rehusando la batalla con Alonso de Toro, se retrajo por el despoblado á la provincia de Casabindo. Y viendo el Maestre de campo que las cosas iban en tan buenos términos, le paresció que su presencia era excusada; y así por esto como porque entre él y Alonso de Toro habia habido los tiempos pasados algunas diferencias sobre que cuando Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su gente vino por maestre de campo della Alonso de Toro, y por cierta enfermedad que tuvo en el camino dieron el cargo á Francisco de Carvajal, y así se quedó siempre con él; y temió que, hallándole victorioso y con mas gente que

él llevaba, podria ser que se quisiese satisfacer de la queja que dél tenia, determinó volverse á la ciudad de los Reyes, porque tambien de allá le habian escrito algunos vecinos la tibieza con que Lorenzo de Aldana trataba los negocios de Gonzalo Pizarro, y la necesidad que habia de que él viniese á darles calor; y así, se volvió luego, y pocos dias después de llegado le vino la nueva de la vuelta de Diego Centeno sobre Alonso de Toro, con la cual se tornó á apercebir y juntar su gente; y echando nuevas derramas, se partió de los Reyes, habiendo hecho bendecir sus banderas y intitulando su campo: «El felicísimo ejército de la libertad contra el tirano Diego Centeno.» Y despachando mensajeros para el Cuzco por la sierra, él se fué por los llanos la via de Arequipa, y allí sacó mucho dinero, y rescibió cartas, así del cabildo del Cuzco como del capitan Alonso de Toro, por las cuales le pedian con gran instancia que fuese personalmente allá, porque no era razon que, siendo la ciudad del Cuzco la cabeza del reino, saliese el ejército de otra parte sino de allí, prometiéndole de ayudar con mucha gente y armas y caballos, y ir con él muchas personas principales, poniéndole tambien delante que él era vecino de aquella ciudad, y que era justo que le diese aquella preeminencia. Con lo cual y con otras muchas razones le persuadieron á que fuese al Cuzco, aunque en alguna manera temia al capitan Alonso de Toro, porque le referian algunas palabras que en su ausencia habia dicho contra él; y así, se fué al Cuzco. Y cuando Alonso de Toro supo que venia se apercibió de todo lo que le paresció necesario para la jornada que Carvajal queria hacer, aunque siempre mostró gran descontento de que, habiendo él comenzado aquella guerra y trabajado tanto en ella, y habido tan prósperos sucesos, hubiese proveido Gonzalo Pizarro nuevo capitan, á quien él estuviese sujeto, y que este fuese Carvajal, con quien él sabia que tenia enemistades privadas; pero todo lo disimulaba lo mejor que podia, diciendo que no pretendia otra cosa sino el buen suceso de los negocios por quien quiera que los guiase; aunque no podia estar tan recatado sobre ello, que algunas veces no se le soltasen palabras descuidadas, que manifestaban loque en su pecho tenia. Y con saber todas estas cosas los vecinos, esperaban que con la venida de Carvajal habia de haber alguna novedad; y estando en estos términos, llegó nueva cómo Carvajal entraria otro dia en el Cuzco con docientos hombres arcabuceros y de á caballo, y Alonso de Toro puso gran diligencia que todos los que habia en la ciudad se armasen y saliesen á punto de guerra; y así por la gran diligencia que puso en los juntar, y lo mucho que procuraba que fuesen en órden, y lo mucho que sentia si salian della, se creyó que llevaba mala intencion, aunque él no lo habia dicho á nadie; y así, se metió en una emboscada al través del camino por donde Carvajal habia de pasar. Y sabido por Carvajal, ordenó su gente y mandó echar balas en los arcabuces, y Alonso de Toro le salió al través; y viendo que ninguno acometia, se llegaron á juntar; y aunque Carvajal sintió mucho este ademan, lo disimuló hasta llegar al Cuzco, donde fué rescebido. Y poco después una tarde prendió á cuatro vecinos de los principales del pueblo, y incontinenti los ahorcó sin comunicarlo con Alonso de Toro ni dar para ello razon ninguna; y Alonso de Toro disimuló el sentimiento que desto tuvo, porque algunos eran sus amigos. Y con el temor que todos tomaron de una cosa tan súbita y cruel, ninguno rehusó ir con él; y así, sacó de la ciudad hasta cumplimiento de trecientos hombres bien aderezados, y se partió camino del Collao hácia los Charcas, donde estaba Diego Centeno; y aunque le era superior en el número de la gente, todos pensaron que no acabara la jornada, porque los mas iban de mala gana, porque no les daba ninguna paga y les hacia muy malos tratamientos, y era muy desabrido y mal acondicionado y enemigo de buenos, y mal cristiano y blasfemo y cruel; por manera que todos pensaban que la mesma gente le habia de matar, porque sobre todo entendia el mal título que llevaba, y cuán mejor le tenia Diego Centeno, que era caballero virtuoso y liberal y que tenia mucho mas que dar, por la gran riqueza que en los Charcas habia. Y así, le dejarémos caminando por el Collao, por contar lo que en este tiempo sucedió en Quito al visorey Blasco Nuñez Vela.

CAPITULO XXIX.

De lo que pasó Gonzalo Pizarro en seguimiento del Visorey, que se retiró á la provincia de Benalcázar, y Gonzalo Pizarro quedó en Quito en frontera contra él.

Ya tenemos dicho en los capítulos precedentes cómo Gonzalo Pizarro siguió al Visorey desde la ciudad de San Miguel, de donde se retiró, hasta la ciudad de Quito, que son ciento y cincuenta leguas, llevando tan á porfía el alcance, que casi ningun dia se pasó en que no se viesen y hablasen los corredores, y sin que en todo el camino los unos ni los otros quitasen las sillas á los caballos, aunque en este caso estaba mas alerta la gente del Visorey; porque, si algun pequeño rato de la noche reposaban, era vestidos y teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar á poner toldos ni á aderezar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche, mayormente por los arenales, donde no hay árbol ninguno; y la necesidad ha enseñado el remedio, y es, que llevan unas talegas ó costales pequeños, los cuales, en llegando al sitio donde han de hacer noche, hinchen de arena, y cavando un hoyo grande, los meten dentro, y después de atado el caballo, se torna á cubrir el hoyo, pisando y apretando la arena. Demás desto, ambos ejércitos pasaron gran necesidad de comida, en especial de Gonzalo Pizarro, que iba á la postre, porque el Visorey ponia gran diligencia en alzar los indios y caciques, para que el enemigo hallase el camino desproveido; y era tanta la priesa con que se retiraba el Visorey, que llevaba consigo ocho ó diez caballos, los mejores de la tierra que habia podido recoger, llevándolos algunos indios de diestro, y en cansándose el caballo, le desjarretaba y lo dejaba, porque sus contrarios no se aprovechasen dél. En este camino juntó consigo Gonzalo Pizarro al capitan Bachicao, que vino de Tierra-Firme, de la jornada que tenemos dicho, con trecientos y cincuenta hombres y veinte navíos y gran copia de artillería, y tomando la costa mas cercana á Quito, fué á salir al camino á Gonzalo Pizarro. Llegados á Quito, tuvo juntos Gon-

zalo Pizarro en su campo mas de ochocientos hombres, entre los cuales estaban los principales de la tierra, así vecinos como soldados, con tanta prosperidad y quietud, cuanta jamás se vió tener hombre que tiránicamente gobernase, porque aquella provincia es muy abundante de comida; y con haber descubierto muy ricas minas de oro en ella, y haber puesto Gonzalo Pizarro en su cabeza los indios de los principales de la tierra, unos porque se habian ido con el Visorey, y otros porque le habian seguido y favorescido el tiempo que allí residió, sacaba cada dia gran cantidad de oro; tanto, que de solos los indios del tesorero Rodrigo Nuñez de Bonilla sacó en ocho meses cerca de cuarenta mil pesos de oro, con haber otros muy mejores, y tener en su cabeza mas de otros veinte repartimientos tan buenos como él; y allende desto, se apoderó de todos los quintos y dineros pertenescientes á su majestad, y robó las cajas de los difuntos; y allí supo que el Visorey estaba cuarenta leguas de allí en la villa de Pasto, que entra en la gobernacion de Benalcázar, y determinó de irlo á buscar, aunque todo este alcance se hizo sucesivamente, y casi sin que hubiese dilacion entre uno y otro, porque Gonzalo Pizarro se detuvo en Quito muy poco; tanto, que, saliendo contra él de Quito, hubo refriega entre la gente de ambos campos en un sitio que se dice Rio-Caliente. Y sabido el Visorey en Pasto la venida de Gonzalo Pizarro, con gran priesa se salió de la ciudad, y se metió la tierra adentro hasta llegar á la ciudad de Popayan; y habiéndole seguido Pizarro veinte leguas mas adelante de Pasto, determinó de volverse á Quito, porque de allí adelante la tierra era muy despoblada y falta de comida; y así, se tornó á Quito, habiendo seguido el alcance del Visorey tanto tiempo y por tanto espacio de tierra, pues se puede afirmar que le siguió desde la villa de Plata (donde la primera vez salió contra él) hasta la villa del Pasto, en que hay espacio de sietecientas leguas, tan largas, que ocuparian mas de mil leguas de las ordinarias de Castilla. Y vuelto á Quito, estaba tan soberbio con tantas victorias y prósperos sucesos como habia tenido, que comenzaba á decir palabras desacatadas contra su majestad, diciendo que de fuerza ó de grado le habia de dar la gobernacion del Perú, dando razones por dónde era obligado á ello, y cómo, si hiciese lo contrario se lo pensaba resistir; y aunque él lo disimulaba algunas veces, se lo persuadian públicamente sus capitanes y le hacian publicar esta tan desacatada pretension; y así residió algun tiempo en la ciudad de Quito, haciendo cada dia grandes regocijos y fiestas y banquetes, y aun dándose él y los suyos al vicio de mujeres tan desenfrenadamente, que se tuvo por cierto haber hecho matar á un vecino de Quito, cuya mujer él tenia por manceba, dando gran cantidad de dineros al que lo mató, que fué un soldado húngaro, llamado Vincencio Pablo, á quien después los señores del consejo de las Indias mandaron ahorcar en la villa de Valladolid el año de 51. Y así, teniendo tanta gente junta, y que tan buena voluntad le mostraban, unos por fuerza y otros por temor y otros por su voluntad, le parescia imposible haber quien le hiciese contradicion, y que si su majestad algun concierto quisiese con él hacer, habia de ser enviándoselo á pedir y requerir sobre ello, hasta que le sucedió el levantamiento de Diego Centeno, á lo cual envió al capitan Carvajal, como arriba esta dicho.

CAPITULO XXX.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á Pedro Alonso de Hinojosa con su armada á Tierra-Firme.

Desta manera que hemos contado estuvo Gonzalo Pizarro en Quito mucho tiempo, sin saber nuevas del Visorey, ni el designio que tomaba en sus negocios, porque unos decian que se queria ir á España por la via de Cartagena, y otros, que se iria á Tierra-Firme, por tener tomado el paso, y juntar gente y armas para ejecutar lo que su majestad enviase á mandar; y otros, que esperaria este mandato en la mesma tierra de Popayan, que nunca nadie pensó que allí tuviera aparejo de rehacerse de gente para innovar ninguna cosa en los negocios; y para cualquiera de todos estos fines paresció á Gonzalo Pizarro y á sus capitanes cosa conveniente estar apoderado de la provincia de Tierra-Firme, por tener tomado el paso para cualquier suceso que aviniese; y así para esto como para estorbar al Visorey que no fuese á ella, mandó volver la armada que habia traido Hernando Bachicao, y que fuese por general della Pedro Alonso de Hinojosa con hasta docientos y cincuenta hombres, y que de camino fuese costeando la tierra por la Buenaventura y rio de San Juan; y luego se partió, y desde Puerto-Viejo envió un navío, y en él al capitan Rodrigo de Carvajal, que fuese derecho al puerto de Panamá, y diese á ciertos vecinos principales della las cartas que llevaba de Gonzalo Pizarro, por las cuales les rogaba que favoresciesen á sus cosas, y daba color al enviar de la armada con decirles que él habia sabido los robos y desafueros que Bachicao hizo á los vecinos en el tiempo que allí residió, lo cual habia sido muy fuera de su voluntad, porque él, ni lo habia mandado ni habia pretendido otra cosa mas de que llana y pacíficamente llevase á aquella tierra al doctor Tejada y se volviese; y que así, enviaba agora á Pedro Alonso de Hinojosa con dineros para satisfacer á todos los agraviados de sus daños, y que si llevaba alguna forma de ejército, era por asegurarse del Visorey y de ciertos capitanes suyos que le habian dicho que estaban haciendo gente en aquella tierra para irle á favorescer. Con estas cartas llegó Rodrigo de Carvajal en su navío con hasta quince personas cerca de Panamá; y tomando tierra tres leguas antes de la ciudad, donde dicen el Ancon, supo de ciertos estancieros que allí residian cómo estaban en Panamá dos capitanes del Visorey, llamados, el uno Juan de Guzman, y el otro Juan de Illanes, que habian venido con ciertas comisiones suyas para juntar allí gente y armas, y llevarlo en su socorro á la provincia de Benalcázar, donde los esperaba, y que tenian juntos mas de cien soldados y buena cantidad de armas, y cinco ó seis piezas de artillería de campo, y que, aunque habia dias que lo tenian todo apercebido, habian mudado propósito y no habian querido acudir al Visorey, sino residir en aquella ciudad, para defenderla de la gente de Gonzalo Pizarro, que tenian por cierto que habia de enviar á ocuparla; y sabido esto por Rodrigo de Carvajal, no le paresció seguro saltar

en tierra, y envió aquella noche secretamente un soldado suyo para que diese las cartas á quien venian; y el soldado fué á darlas á ciertos vecinos, los cuales dieron noticia dello á la justicia y á los capitanes del Visorey; y habiendo prendido al soldado, y sabida dél la órden de la venida de Hinojosa y su intento, se puso la ciudad en arma, y armando dos bergantines, los enviaron á tomar la nao de Carvajal; el cual, como vió la tardanza de su soldado, sospechó lo que podia ser, y se hizo á la vela la vuelta de las islas de las Perlas, á esperar á Hinojosa que se juntase con él. Y así, los bergantines, no le pudiendo hallar, se volvieron. Y el gobernador de aquella provincia, llamado Pedro de Casaos, natural de Sevilla, fué con gran diligencia á la ciudad de Nombre de Dios, y mandó apercebir toda la gente que en ella estaba; y juntando todas las armas y arcabuces que pudo haber, los llevó consigo á Panamá, y se apercibió de todo lo que le paresció necesario para la resistencia de Hinojosa, en lo cual asimesmo entendian los capitanes del Visorey; y aunque hubo entre Pedro de Casaos y ellos alguna competencia sobre la superioridad, en fin se concluyó que Pedro de Casaos fuese general y ellos tuviesen aparte su gente y bandera; y así, quedaron conformes para la resistencia, caso que antes estaban muy diferentes, porque Pedro de Casaos les prohibia algunos desórdenes que intentaban hacer, y les aconsejaba que se fuesen con su gente á servir al Visorey, pues era aquel el fin para que se habia hecho; y ellos no lo quisieron hacer, antes, como se veian ya poderosos con la gente que tenian junta, se desacataban al Gobernador y no le obedescian en cosa que les mandase.

CAPITULO XXXI.

De la venida de Hinojosa á Panamá, y de los sucesos que tuvo en el camino.

Habiendo enviado Pedro Alonso de Hinojosa al capitan Rodrigo de Carvajal á Panamá, en la forma y para el efecto que tenemos dicho, él se hizo á la vela con diez navíos, y vino costeando la tierra hasta llegar á Buenaventura, que es una pequeña poblacion en la boca del rio de San Juan, por donde suben á la gobernacion de Benalcázar. Su designo fué saber allí nuevas de lo que el Visorey hacia, y si hubiese algunos navíos en aquel puerto, llevárselos, y quitarle todo el aparejo de poderse salir de la tierra por aquella via. Y llegado al puerto, mandó saltar en tierra ciertos soldados, y prendieron ocho ó diez vecinos que habia en aquella poblacion, y inquiriendo dellos lo que sabian del Visorey, halló uno que le dijo cómo el Visorey estaba en Popayan, apercibiéndose de la mas gente y armas que podia, para tornar la tierra adentro del Perú; y que viendo que Juan de Illanes y Juan de Guzman (á quien él habia enviado á Tierra-Firme para lo mismo) se tardaban tanto, determinó de enviar al capitan Vela Nuñez, su hermano, con ciertos caporales de su campo, para que fuese á Panamá, y diese conclusion en la junta de la gente y la trajese consigo, porque el negocio se hiciese con mas autoridad, y para ello le habia dado todos los dineros que pudo juntar de la hacienda real. Y allende dellos, le entregó un hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, que habia tomado en Quito, de edad de once ó doce años, creyendo que habria en Panamá mercaderes que, viéndole maltratado, lo rescatarian por algun interés ó favor de Gonzalo Pizarro; y teniendo por cierto que la armada de Bachicao habia recogido todos los navíos que hallase en aquel puerto, proveyó que los indios hiciesen y labrasen la madera que era necesaria para un bergantin, y que con la brea y estopas que se requeria, lo llevasen en hombros á aquel puerto, para que los calafates y carpinteros en tres ó cuatro dias lo pudiesen echar al agua; y que con este aparejo se habia partido Vela Nuñez de Popayan, hasta llegar una jornada de allí, y que le habia enviado á él delante, para que espiase si tenia el puerto seguro. Sabido esto por Hinojosa, envió dos capitanes suyos con cierta gente, que fueron cada uno por su camino (segun los guió la espía) hasta que los unos toparon con Vela Nuñez y los otros con Rodrigo Mejía, natural de Villacastin, y con Sayavedra, que traian al hijo de Gonzalo Pizarro. Y los unos y los otros traian gran cantidad de dineros, los cuales fueron robados por los soldados de Hinojosa; y llevándolos todos presos á los navíos, se hicieron grandes regocijos por tan próspero suceso como en tan breve tiempo les habia venido; porque, aunque tuvieron en mucho la prision de Vela Nuñez, y estorbarle con ella que no fuese á Panamá, donde, juntándose con su gente, les podia hacer tanta contradicion en su entrada, en mucho mas estimaban haber recobrado al hijo de Gonzalo Pizarro, por el servicio que en ello le hacian, y el cargo que le echarian con tal contentamiento; y así, se hicieron á la vela, llevando á buen recaudo los prisioneros.

CAPITULO XXXII.

De la entrada de Hinojosa en Panamá, y de lo que sobre ello aconteció.

Navegando Hinojosa la via de Panamá, le salió al camino Rodrigo de Carvajal con su navío, y le hizo saber lo que en Panamá le habia acaescido, y cómo la ciudad se habia alborotado con su venida y estaban puestos en resistencia; por tanto, que convenia ir apercebidos; y así, poniéndose en órden de guerra un dia del mes de octubre del año de 45, paresció sobre el puerto de Panamá con once navíos, y en ellos los docientos y cincuenta hombres que tenemos dicho. En la ciudad hubo gran alboroto con su venida, y todos se pusieron á punto de guerra y se recogieron á sus banderas; y llevando por general á Pedro de Casaos, acudieron al puerto á defender la salida. Habia en este campo algo mas de quinientos hombres medianamente apercebidos de armas, aunque los mas dellos eran mercaderes y oficiales y personas tan poco prácticas en la guerra, que ni sabian tirar ni regir los arcabuces que llevaban; y entre ellos habia muchos que ninguna voluntad tenian de romper, porque les parescia que de la venida de la gente del Perú ningun daño les podia resultar, antes muy gran provecho, porque los mercaderes entendian despachar sus mercaderías con mucha ventaja, y los oficiales ser muy aprovechados cada uno en su oficio y trato; y aun los mas caudalosos mercaderes consideraban que tenian sus haciendas y factores y compañeros en el Perú; y que sabida por Gonzalo Pi-

zarro la contradicion que allí le hiciesen, se vengaria dellos tomándoles sus haciendas y maltratando sus compañeros y factores; pero, no embargante esto, pusieron tanta diligencia los que no corrian ninguno destos riesgos en juntar y sacar la gente, que los hicieron salir y poner á punto de defensa; y los que principalmente los gobernaban eran el general Pedro de Casaos, y Arias Dacevedo y Juan Fernandez de Rebollido, y Andrés de Areiza y Juan de Zabala, y Juan de Guzman y Juan de Illanes, y Juan Vendrel y otros algunos principales de Panamá, que pretendian la defensa de la entrada, unos por ser servidores de su majestad, y otros por quedar escarmentados de los agravios que habian rescebido de Bachicao, y temiendo que Hinojosa seguiria el mismo camino. Vista por Hinojosa la resistencia, saltó en tierra en el ancon, dos leguas de Panamá, teniendo por reparo á las espaldas unas peñas que los defendian de la gente de caballo; y marchando la via de Panamá, caminaron por la costa, llevando junto á la tierra los bateles de los navíos con mucha artillería; con que descubrian los enemigos, si los acometiesen por el avanguardia. La gente de Hinojosa era hasta docientos hombres, porque los cincuenta quedaron en guarda de los navíos, con órden que á la hora que viesen romper la batalla ahorcasen á Vela Nuñez y á los otros prisioneros. Pedro de Casaos salió al encuentro con su gente; y estando los unos y los otros á poco mas de tiro de arcabuz, acudieron los clérigos y frailes del lugar, trayendo las cruces cubiertas y otras insignias de gran sentimiento y tristeza, y comenzaron á tratar entre los unos y los otros para que no rompiesen, y tentaron dar medios entre ellos; y para los tratar se pusieron treguas por aquel dia y se dieron rehenes de una parte á otra. Y Hinojosa envió de su parte, para tratar el negocio, á don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y los de Panamá enviaron á don Pedro de Cabrera. De parte de Hinojosa decian que no sabian ellos la causa por que les habian de resistir la entrada, pues no venian á hacerles daño ninguno, antes á satisfacerlos del que de Bachicao habian rescebido, y á comprar por sus dineros las ropas y mantenimientos necesarios; y que traian órden de Gonzalo Pizarro para no hacer daño ni agravio ninguno á nadie, ni pelear sino fuese siendo provocados y compelidos á ello, y que no harian otra cosa mas de proveerse y reparar sus navíos, y volverse; y que el intento de su venida era buscar al Visorey y compelerle que se fuese á España, como habia sido enviado por los oidores, porque andaba inquietando y alterando la tierra; y que pues no le hallaban allí, no tenian para qué reparar ni hacer asiento, como ellos pensaban, y que les rogaban que no les forzasen á romper con ellos, porque hasta venir á esto harian todos los comedimientos posibles por cumplir con la órden que traian de Gonzalo Pizarro; pero que de otra manera, siendo forzados á pelear, habian de hacer su posible para no ser vencidos. De parte de Pedro de Casaos se daban otras razones, por donde fundaban la sinjusticia y mal sonido que traia entrar con forma de ejército en aquella tierra; y aunque Gonzalo Pizarro gobernase jurídicamente, como ellos pretendian, era fuera de su jurisdiccion, donde no tenia color ninguno de entremeterse; y que lo mesmo que él decia, habia dicho Bachicao, y después de apoderado de la tierra, habia hecho los daños y robos que él decia que venia á remediar. Vistas las razones de los unos y de los otros por los comisarios que para los tratos se habian nombrado, dieron forma en los medios, ordenando á su parescer cómo se cumpliese con lo que los unos pedian y se proveyese en lo que los otros temian; y el asiento fué que Hinojosa pudiese saltar en tierra y residir en la ciudad por término de treinta dias; y que para seguridad de lo susodicho pudiese tener cincuenta soldados de los suyos, y que la armada con el resto de la gente se volviese á las islas de las Perlas, y allí llevasen los maestros y materiales necesarios para el reparo della, y que pasados los treinta dias, se volviesen al Perú. Firmadas estas paces, y habiéndose hecho juramento y pleitomenaje sobre la guarda dellas por ambas partes, y dádose rehenes de un cabo á otro, Hinojosa se fué á la ciudad con sus cincuenta hombres, y tomó una casa, donde comenzó á dar de comer á todos los que venian, y á permitir que jugasen y conversasen; con lo cual, dentro de tres dias se le pasaron casi todos los soldados de Juan de Illanes y la demás gente baldía de la tierra, los cuales todos afirmaban que antes de aquello habian asegurado por sus cartas á Hinojosa que el dia de la batalla se le pasarian todos. Y esta fué la principal causa que movió á los capitanes de Panamá que viniesen en hacer los conciertos, por la poca seguridad que tenian de su gente, toda la cual sabian que estaban esperando oportunidad para pasar al Perú, y era cosa muy creible que, hallándola tan aventajada, pues le daban pasaje y sueldo y comida, lo aceptarian; y así, poco á poco de su gente y de la tierra juntó Hinojosa gran copia de soldados. Y viéndose Juan de Illanes y Juan de Guzman desamparados de su gente, y que ninguna cosa de lo capitulado se guardaba, secretamente tomaron un barco, y se fueron huyendo con hasta quince personas que les habian quedado y con cuatro piezas de artillería la via de Cartagena, aunque después Juan de Illanes fué preso por un capitan de Hinojosa, que le siguió por la mar, y prometió de andar en su servicio, como lo hizo, y se halló de su parte en la batalla que allí en el Nombre de Dios se dió á Melchior Verdugo, como adelante se contará; y Hinojosa quedó pacíficamente y sin ninguna contradicion en la tierra, sustentando y acrecentando su ejército, sin consentirles que hiciesen agravio á nadie ni entremeterse en otra cosa fuera dello; y envió á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejía de Guzman, su yerno, que allí habia hallado desterrados por el Visorey (como tenemos dicho), con cierta gente al Nombre de Dios, para que estuviesen en guarda de aquel puerto y tuviesen los avisos que les convenia para su seguridad, así de España como de otras partes.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Melchior Verdugo se alzó en Trujillo por su majestad, y de lo que hizo en seguimiento de su opinion.

En la ciudad de Trujillo habia un conquistador, cuya era la provincia de Caxamalca, llamado Melchior Verdugo, natural de la ciudad de Avila, el cual, desque el visorey Blasco Nuñez Vela vino á la tierra, pretendió

servirle y favorescerle, por ser natural de la mesma ciudad de Avila; y así, fué en su servicio á la ciudad de los Reyes, y estuvo allí hasta aquel dia que arriba tenemos dicho que el Visorey determinó de despoblar aquella ciudad y retirarse á la de Trujillo; mandó á Melchior Verdugo que fuese delante para asegurar la ciudad y tener recogida la gente y armas que en ella hubiese, y para todo ello le dió muy bastantes comisiones; y teniendo ya embarcada Melchior Verdugo su ropa para se ir por mar, el mesmo dia que se habia de hacer á la vela sucedió la prision del Visorey; y como se embarazaron los navíos de la manera que tenemos dicho, cesó su partida; por todo lo cual á Gonzalo Pizarro y sus capitanes les quedó muy gran odio con él; y así, fué Melchior Verdugo uno de los veinte y cinco que prendió el capitan Carvajal la primera noche que entró en los Reyes, cuando ahorcó á Pedro del Barco y á los otros que hemos contado, y por estas causas estuvo muchas veces en peligro de muerte; y aunque después le redujo en su gracia Gonzalo Pizarro, nunca fué tan enteramente, que no le quedase dél sospecha, aunque nunca tuvo espacio ni oportunidad para ejecutar en él lo que hacía en los otros, hasta que el capitan Carvajal se fué de Quito contra Centeno, que en el camino le quisiera haber en su poder, si él no se recogiera á sus indios de Caxamalca, que tenemos dicho; y en pasando Carvajal, se volvió á su casa á Trujillo, teniendo entendido que cada y cuando que Gonzalo Pizarro le pudiese haber ejecutaría en él el enojo que tenia; y así, determinó salir de la tierra, haciendo de camino alguna cosa señalada en contradicion de la opinion de Gonzalo Pizarro; y esperando esta ocasion, comenzó á juntar en su casa la mas gente que podia, y comprar secretamente armas, y á un herrero que tenia dentro en su casa hizo hacer algunos arcabuces y algunas cadenas y grillos y otras prisiones; y estando esperando la oportunidad, sucedió que un navío que bajaba de Lima surgió en el puerto de Trujillo, y luego Melchior Verdugo envió á llamar al maestre y piloto dél so color que queria cargar cierta ropa en él y maíz para enviar á Panamá, y ellos vinieron luego, y metiéndolos en lo interior de sus aposentos, los hizo llevar á una cámara honda y escura que para aquel efecto tenia preparada; y dejándolos allí, se subió á su aposento, y envendándose las piernas, fingió que estaba malo de ciertas verrugas que solia tener en ellas, y desde la ventana de su posada, cerca de la cual se juntaban los alcaldes y otros vecinos cada dia, porque era en una esquina de la plaza, cuando los alcaldes vinieron les rogó que subiesen á su aposento para hacer ciertos autos ante ellos, pues él no podia bajar por su indisposicion; y habiendo subido con el escribano, los metió poco á poco hasta la pieza donde tenia presos al maestre y piloto, y allí les quitó las varas y los echó en una cadena, y se tornó á su aposento, dejando guardada la puerta de la prision con seis arcabuceros; y tornando á la ventana, en viniendo cada vecino le llamaba fingiendo que queria tratar con él algun negocio, y en subiendo le metia en la prision, sin que ninguno de los que venian supiese de los que antes estaban presos; y así, en pocas horas tuvo en su poder hasta veinte personas, que eran los principales de la ciudad, porque á todos los demás habia llevado consigo Gonzalo Pizarro á Quito. Y dejándolos á recaudo, salió con cierta gente por el pueblo, apellidando la voz del Rey, y algunos que se le defendieron los prendió, y entrando á los presos, les dijo la queja que dellos tenia por haber seguido la opinion de Gonzalo Pizarro, y que él habia determinado, por salir de su tiranía, irse de la tierra en busca del Visorey, y llevarle toda la gente y armas que pudiese, y que para los juntar tenia necesidad de dineros; por tanto que ellos le ayudasen cada uno como pudiese, pues era justo que contribuyesen en algo para el servicio de su majestad, pues tantas veces lo habian hecho para el de Gonzalo Pizarro, y que cada uno escribiese lo que podia dar, con presupuesto que lo habia de dar luego; donde no, que los llevaria consigo presos; y así, cada uno se escribió en cierta cantidad, la cual pagaron luego; y concertándose con el maestre, aderezó y proveyó el navío, llevando los presos hasta la mar en carretas con sus prisiones, se embarcó con hasta veinte soldados, habiendo recogido gran copia de dineros, así del empréstido de los vecinos como de la caja del Rey y de su propria hacienda, que era hombre rico. Y salido del puerto, dejando en los carros los presos, se fué por la mar costeando, y topó con un navío en que traian al capitan Bachicao gran cantidad de ropa, de la que él habia robado en Tierra-Firme, el cual lo metió á saco y lo repartió entre sí y sus soldados; y aunque algunas veces quiso ir á la Buenaventura, para entrar por allí en busca del Visorey, no la tuvo por segura jornada, atenta la poca gente que llevaba, porque temió encontrar con el armada de Gonzalo Pizarro; y así, mudando propósito, se fué á la provincia de Nicaragua; y saltando en tierra, dió noticia de su jornada á los gobernadores de la provincia, pidiéndoles socorro para su defensa; y visto el mal aparejo que allí halló para ello, se fué á la audiencia de los confines de Nicaragua, donde pidió al Presidente y oidores la mesma ayuda y favor; y ellos se la prometieron, y enviaron á hacérsela dar al licenciado Ramirez de Alarcon, oidor de aquella audiencia, el cual fué á Nicaragua y apercibió á los vecinos para que estuviesen prestos con sus armas y caballos. Ya en este tiempo se tuvo noticia en Panamá de lo que Verdugo habia hecho en Trujillo, y cómo habia ido la vuelta de Nicaragua; y temiendo Hinojosa no juntase gente y le hiciese alguna contradicion con ella, envió á Juan Alonso Palomino con dos navíos, y en ellos ciento y veinte arcabuceros, y con ellos fué á la costa de Nicaragua, y topando el navío de Verdugo, se apoderó dél; y queriendo saltar en tierra, halló juntos los vecinos de las ciudades de Granada y Leon, que son los principales pueblos de aquella provincia, y con ellos al licenciado Ramirez y al mesmo Verdugo, que le resistieron la entrada. Y viendo Juan Alonso Palomino que los enemigos le eran superiores, así en número de gente como en tener caballos para correr la tierra, determinó estarse quedo en la mar; y allí se detuvo algunos dias, esperando oportunidad para hacer algun salto; y como no la halló, llevando consigo algunos navíos, y quemando los otros que no pudo llevar, se volvió á Panamá; y Melchior Verdugo, teniendo en su compañía hasta cien hombres bien aderezados, y considerando que toda la

fuerza de Hinojosa estaba en Panamá, y que si alguna gente tenia en el Nombre de Dios seria poca, y descuidado que por aquella via le pudiese venir contraste ninguno; y así, determinó de hacer en ellos un asalto, y aderezando tres ó cuatro fragatas, se embarcó en ellas con su gente y se fué por el desaguadero de la laguna de Nicaragua á salir á la mar del Norte, y antes que llegase al Nombre de Dios, en la boca del rio Chagre, tomó de un barco ciertos negros ladinos, de que se informó particularmente de todo lo que en el Nombre de Dios pasaba, y de la gente y capitanes que allí estaban y adónde posaban; y guiándole alguno de los negros, á la media noche saltó en tierra y se fué derecho á la casa de Juan de Zavala, donde posaban los capitanes don Pedro de Cabrera y Hernan Mejía con algunos soldados, los cuales, al ruido de la gente, despertaron y se pusieron en defensa de la casa; y viendo aquello los soldados de Verdugo, pusieron fuego en ella y se quemó, hasta que llegando el fuego á una escalera que defendia Hernan Mejía con algunos soldados, les fué forzado salir rompiendo por medio de los enemigos; y así, salieron con harto peligro, ayudándoles la escuridad de la noche á salvar las vidas, y se fueron á pié camino de Panamá, y estuvieron escondidos en una espesura de montes hasta que tuvieron aparejo para irse á Panamá, donde contaron á Hinojosa todo lo que pasaba; lo cual él sintió mucho, y determinó vengarse, dando color á la venganza con título jurídico; y esto fué, que ciertos vecinos del Nombre de Dios se quejaron al doctor Ribera, que allí era gobernador, encaresciéndole la entrada de Verdugo en su jurisdiccion sin traer título ni provision para ello, y que por su propria autoridad habia cobrado dineros, y tenia presos los alcaldes y asonada y alborotada la ciudad, pidiéndole que él en persona lo fuese á castigar; y ofreciéndose Hinojosa de ir con su gente á le dar favor y ayuda para el castigo, pues terna necesidad de gente de guerra que le favoresciese; y rescibiendo juramento y pleitomenaje de Hinojosa y sus capitanes que no saldrian de su mandado y le obedescerian como su general, y poniendo la gente en órden, se partió de Panamá; lo cual sabido por Melchior Verdugo, asimismo puso en órden su gente y hizo aderezar los vecinos con sus armas; y hecho un escuadron en la plaza de Nombre de Dios, determinó aguardar los enemigos; aunque después, viendo la poca gana que mostraban de pelear los vecinos, y que si la batalla se daba en la plaza se le meterian por las casas y le dejarian en peligro, acordó sacar su gente al campo cerca de la mar, donde hizo traer sus fragatas, y tomando por fuerte ciertos barcos que allí en la playa estaban varados aguardando á Hinojosa, el cual lo acometió, y se comenzó la batalla, y de las primeras rociadas murió alguna gente, y entre ellos personas señaladas. Viendo los vecinos del Nombre de Dios que estaban con Verdugo cómo venia por general de sus contrarios el doctor Ribera, su gobernador, se fueron retrayendo todos á un arcabuzo que estaba junto á ellos, y los soldados de Verdugo, por detener á los vecinos, se desbarataron, por manera que á Verdugo le fué forzado retraerse á sus fragatas, y entrándose por el agua, se metió en una dellas y se acogió á los navíos que estaban en la mar del Norte; y tomando el mayor dellos, lo armó con la artillería de los otros y comenzó á dar batería al pueblo, aunque por estar muy hondo no podian coger las casas desde la mar; y visto aquello, y que faltaban bastimentos, y que la mayor parte de su gente se le habia quedado en tierra, se retiró con sus fragatas y con aquel navío al puerto de Cartagena, para esperar oportunidad para dañar al enemigo. El doctor Ribera y Hinojosa, habiendo pacificado el pueblo del Nombre de Dios, y dejando en el agua mas guarnicion de la que de antes habia, con los mesmos capitanes don Pedro de Cabrera y Hernando Mejía, ellos se volvieron á Panamá, aguardando lo que de España su majestad proveeria.

CAPITULO XXXIV.

De cómo el Visorey se rehizo de gente y vino á Quito, y dió la batalla á Gonzalo Pizarro, en la cual fué vencido y muerto.

Después que el Visorey llegó á Popayan (como está contado), proveyó que se trajese allí todo el hierro que se pudo haber en la provincia, y buscó maestros y hizo aderezar fraguas, y en breve tiempo se forjaron en ellas docientos arcabuces con todos sus aparejos; y demás desto, se pertrechó de armas y de las otras cosas necesarias para la guerra. Y sabido que el gobernador Benalcázar habia enviado un capitan suyo, muy valiente y práctico en las cosas de la guerra, llamado Juan Cabrera, que con ciento y cincuenta hombres conquistase una provincia de indios que estaba de guerra la tierra adentro, despachó mensajeros con cartas, en que le hacia saber muy por extenso todas las cosas que le habian sucedido desde que entró en el Perú, y la tiranía y alzamiento de Gonzalo Pizarro, y cómo le habia echado de la tierra, y que estaba determinado que, en teniendo ejército conveniente para ello, le iria á buscar; por tanto, le rogaba con toda la instancia posible que luego á la hora se viniese con su gente allí á Popayan, adonde estaba, á se juntar con él para que ambos se fuesen la via de Quito en busca del tirano, encaresciéndole el grande y señalado servicio que á su majestad se haria en aquella jornada, y cuán mas fructuosa seria (cuanto al interese) que el descubrimiento en que él andaba, pues sucediéndoles los negocios de suerte que Gonzalo Pizarro fuese deshecho, se habia de repartir la tierra que él y sus secaces poseian, y les prometia de dar de comer en la mejor parte della á él y á su gente; haciéndole asimesmo saber cómo por la otra parte del Perú se habia alzado por su majestad Diego Centeno, y la mucha gente que se le iba juntando cada dia; y que haciéndole contradicion por la otra parte, no podia dejar de rescebir gran detrimento Gonzalo Pizarro, de cuyas tiranías y extorsiones estaban tan cansados los vecinos de la tierra, que con cualquier ocasion se levantarian contra él; y para que de mejor voluntad la gente viniese, le envió comision para que de las cajas de su majestad de Cartago y Ancelma y Cali y Antioquía y otras partes pudiese tomar hasta treinta mil pesos de oro, y hacer con ellos socorro á los soldados; y demás destos recaudos, hizo que el gobernador Benalcázar, como superior suyo y que le habia enviado á la conquista, le escribiese mandándole luego venir. Y rescebidos por Juan Cabrera todos estos

despachos, tomó luego los treinta mil pesos de la comision, y repartiéndolos entre sus soldados, con ellos acudió á Popayan y se juntó con el Visorey, que serian hasta cien soldados medianamente aderezados, y allende desto, el Visorey envió sus despachos al nuevo reino de Granada, al mesmo tenor que los de Juan Cabrera, y otros á la provincia de Cartagena, pidiendo de todas partes socorro; y así, cada dia se le iban juntando gentes; y en este tiempo supo la prision de su hermano Vela Nuñez y el desbarato de Juan de Illanes y de su gente; por manera que ya no esperaba socorro de ninguna parte. Y en esta sazon Gonzalo Pizarro deseaba haber á las manos al Visorey, no teniendo hora de seguridad mientras él fuese vivo y tuviese ejército; y para le incitar á que le viniese á buscar inventó un ardid; y este fué, que echó fama de quererse ir la tierra adentro hácia la provincia de los Charcas, á apaciguar el alzamiento de Centeno, y dejar allí en Quito al capitan Pedro de Puelles con hasta trecientos hombres que estuviesen en frontera contra el Visorey. Y esta fama la puso en ejecucion, escogiendo entre su gente y nombrando los que habian de ir y los que habian de quedar, y dando socorros á los unos y á los otros; así, de hecho se partió, haciendo alardes del campo que iba y del que quedaba, lo cual proveyó que viniese á noticia del Visorey por medio de una espía del Visorey que allí habia enviado para que le avisase de lo que pasaba; la cual se descubrió á Gonzalo Pizarro, y le manifestó la cifra que para esto traia; por lo cual le escribió todas estas nuevas. Y tambien hizo que Pedro de Puelles escribiese á ciertos amigos suyos de Popayan, diciéndoles cómo él quedaba allí con trecientos hombres, con los cuales entendia resistir al Visorey, por mucha gente que trujese; y estas cartas envió de suerte que fuesen tomadas por las guardas del Visorey, y sobre todo esto se enviaron indios que habian estado presentes al tiempo de los alardes, y vieron partir á Gonzalo Pizarro, y contaron la gente que dejó; caso que Gonzalo Pizarro se detuvo dos ó tres jornadas de Quito, fingiendo enfermedad por no pasar adelante. Rescebidos por el Visorey estos avisos, considerando la ventaja que tenia á Pedro de Puelles, y que ya no esperaba ningun socorro de ninguna parte, determinó partirse de Popayan la via de Quito, sin que en todo el camino pudiese saber nueva alguna de Gonzalo Pizarro y de su gente, por el gran recado que tenia puesto por los caminos y atajados todos los pasos, así para cristianos como para indios, caso que él tenia cada dia nuevas de las jornadas que el Visorey hacia, y dónde y cómo llegaba, por via de los indios cañares, que son muy cursados en toda la tierra; y así, cuando le paresció tiempo se vino á Quito á juntar con Pedro de Puelles, y con ambos campos salieron de la ciudad en busca del Visorey, que estaba en Otabalo doce leguas de Quito; de lo cual Gonzalo Pizarro mostraba gran contentamiento, aunque tenia relacion que traia ochocientos hombres, porque siempre se lo decian así, y aun cuanto mas se iba acercando le crescia el número del ejército; pero él tenia gran confianza en los suyos, así por ser los principales de la tierra, como por haber sido victoriosos tantas veces y por ser gente experimentada en las cosas de la guerra, y en todos aquellos dias siempre les decia la razon que tenia para seguir aquella empresa, por haber conquistado la tierra él y sus hermanos; y contándoles las crueldades que el Visorey habia hecho, así en la muerte del factor Illan Suarez como en sus mesmos capitanes; y cómo, después de haber sido desterrado por los oidores, y haberlo enviado á dar cuenta á su majestad, no solamente no habia querido ir, mas aun andaba alterando la tierra y habia hecho gente en jurisdiccion extraña y otras cosas desta calidad, para indignar su gente contra el Visorey; y así, todos se ofrescieron con buen ánimo de ir contra él y darle la batalla, unos por el interés que pretendian en que no se ejecutasen las ordenanzas, y otros su propria venganza, y otros por miedo que tenian al Visorey, por haberse hallado siempre contra él, y los mas por el temor que tenian de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque le habian visto ahorcar mucho número de gentes por mostrar tibieza en su servicio. Y así, mandó ordenar su gente y asentarla por lista en sus compañías, y halló tener ciento y treinta de caballo muy bien aderezados, y docientos arcabuceros y trecientos y cincuenta piqueros, que serian por todos setecientos hombres. Tenia muy gran cantidad de pólvora bien refinada; y desta manera, sabiendo que el Visorey habia asentado el real dos leguas de la ciudad de Quito, junto al rio, salió con toda su gente de la ciudad, llevando por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y á Juan Vélez de Guevara, y por capitan de piqueros á Hernando Bachicao, y por capitanes de caballo á Pedro de Puelles y Gomez de Albarado, y no hubo maestre de campo en esta batalla. Hizo sacar Gonzalo Pizarro su estandarte, debajo del cual iban setenta hombres de caballo; y así, se adelantó á tomar un paso que estaba en el rio, donde pensó desbaratar al Visorey, sábado á 15 de enero del año de 46. Y desta manera estuvieron allí aquella noche, teniendo muy gran recado en su real, y el Visorey tenia asentado el suyo tan cerca dellos, que se llegaron á hablar los corredores de ambas partes, llamándose traidores los unos á los otros, fundando que cada uno sustentaba la voz del Rey; y así estuvieron toda aquella noche aguardando. Y demás de los capitanes que arriba hemos dicho que traia Gonzalo Pizarro, venia con él el licenciado Benito Suarez de Carvajal, hermano del factor Illan Suarez de Carvajal, el cual habia venido de la ciudad del Cuzco desde los principios de la guerra, huyendo de Gonzalo Pizarro, para se juntar con el Visorey; y llegando veinte leguas de los Reyes, supo la muerte de su hermano; y así, se detuvo sin osar entrar en la ciudad hasta que supo que el Visorey era preso y embarcado, y después Gonzalo Pizarro le prendió y tuvo á punto de degollalle, y cuando hubo de ir á la guerra de Quito le redujo en su gracia, y le aceptó ir la jornada en venganza de la muerte del factor, su hermano, llevando consigo hasta treinta personas, todos parientes y criados suyos, por compañía aparte, de que se nombraba capitan.

CAPITULO XXXV.

De cómo rompió la batalla de Quito.

Sabiendo el Visorey en un pueblo que se llama Tuza (que es veinte leguas antes de llegar á Quito) cómo Gonzalo Pizarro estaba allí con ejército de ochocientos hombres, caso que no lo descubrió sino á solos sus capitanes, dió la órden que se habia de tener en pelear. Y cuando llegó al pié de la cuesta donde estaba Pizarro determinó acometerle por la retaguardia, yendo por otro camino diferente del que el enemigo guardaba; lo cual se creia que fuera de grande efecto, porque los arcabuceròs y la fuerza de los de Pizarro estaban sembrados por aquella cuesta hácia el camino por donde creian que habia de venir el Visorey; y en la retaguardia estaba la caballería muy sin recelo de acometimiento, y para este efecto el Visorey se habia alojado tan cerca de los enemigos como está dicho. Y dejando á prima noche su campo y tiendas y perros y indios como antes estaban, con muchos fuegos, por descuidar los enemigos, él con toda la gente se partió muy sin ruido por aquel camino oculto, en que le informaron que habria cuatro leguas, aunque, como habia dias que no se hollaba, estaban en él tan malos pasos, que le amanesció primero que pudiese hacer el efecto que pensó. Y viendo que estaba una leguà de su contrario, y que no podia dar en él sin ser sentido, acordó ir á la ciudad de Quito para juntar consigo algunos servidores de su majestad que habrian buscado ocasiones para no ir con el tirano, y recoger las armas que él allí hubiese dejado; y llegada la gente á la ciudad, supieron estar en el campo Gonzalo Pizarro, que era lo que con tanta diligencia se les habia encubierto. A la mañana los corredores de Pizarro, yendo á correr y no viendo ruido en el real del Visorey, entraron dentro, y sabiendo de los indios lo que pasaba, dieron noticia dello á Pizarro, y poco después supo cómo estaba en Quito, para donde caminó con gran priesa, con intento de darle la batalla do quier que le topase. El Visorey, caso que vió la gran ventaja que el enemigo le tenia, determinó con grande esfuerzo poner el negocio á riesgo de batalla; y así, salió á dársela fuera de la ciudad, y fué marchando con su campo tan animosamente como si tuviera cierta la vitoria. Los capitanes de su campo fueron don Alonso de Montemayor, de la compañía del estandarte real, al cual mandó el Visorey que todos obedesciesen aquel dia. Fueron capitanes de caballo Cepeda y Bazan; fué alférez general Ahumada; fueron de pié Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez Jiron y Pedro de Heredia y Rodrigo Nuñez de Bonilla; fué maestre de campo Juan Cabrera, que peleó á pié. Todos los principales suplicaron al Visorey que no rompiese, como queria, en los delanteros, y que se quedase atrás con quince de caballo, para socorrer en la mayor necesidad; pero al tiempo que los escuadrones se acercaron para romper, él se puso al lado de don Alonso delante del estandarte; y iba en un caballo rucio crescido, llevaba una ropeta de telilla blanca de indios, con unas cuchilladas largas, por donde se descubrian unas coracinas de raso carmesí con franjas de oro. Y viéndose ya junto á los enemigos, dijo á su gente: «Caballeros, bien veo que teneis ánimo para ponérmelo á mí, y en esto haceis lo que debeis á quien sois; y por tanto, no os quiero decir otra cosa, pues sois tan leales á vuestro rey, sino que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa;» y luego arremetieron él y don Alonso y Bazan, que iban una pieza delante el escuadron hácia la parte donde estaba el licenciado Carvajal, el cual les salió al encuentro. Tambien Gonzalo Pizarro se quiso poner en el avanguardia, y los suyos le hicieron poner con siete ó ocho de caballo al un lado del escuadron. Llegó la caballería á romper las lanzas y pelear con hachas y porras y estoques. La caballería del Visorey rescibió gran daño de una manga de arcabuceros. El Visorey derribó del caballo á Montalvo, y á él le encontró Hernando de Torres, y después le dió un golpe en la cabeza con una hacha, que le aturdió y dió con él en tierra, porque él y su caballo andaban tan cansados del trabajo de aquella noche, en que habian siempre caminado sin comer ni dormir, que no hubo mucha dificultad en derriballe. A esta hora la infantería estaba trabada con tantas voces y ruido, que parescia mucha mas gente, y de los primeros golpes fué muerto Juan Cabrera. Sancho Sanchez de Avila acometió al escuadron yendo delante los suyos con un montante en la mano, y hízolo tan valerosamente, que habia rompido hasta la mitad del escuadron; pero, como la gente de Pizarro era mucha mas en número, le rodearon por todas partes, hasta que le mataron á él y á los mas de los suyos. Y aunque todavía la batalla andaba bien reñida entre la infantería, en viendo caido al Visorey, los de su parte aflojaron y fueron vencidos, y mucha parte dellos muertos. Andando en este tiempo el licenciado Carvajal discurriendo por el campo, halló que el capitan Pedro de Puelles queria acabar de matar al Visorey, aunque él estaba ya sin sentido y casi muerto de la caida y de un arcabuzazo que le habian dado. Y Carvajal le hizo cortar la cabeza, diciendo que era en satisfacion de la muerte de su hermano, que diz que era el fin de aquella su jornada, y no por seguir á Pizarro. Hecho esto, Gonzalo Pizarro mandó tocar las trompetas para recoger, porque andaba la gente derramada siguiendo el alcance, en el cual y en la batalla fueron muertos, de la parte del Visorey docientos hombres, poco mas ó menos, y de parte de Pizarro siete. A los muertos hizo enterrar, echando siete ó ocho en cada hoyo. Mandó llevar á Quito los cuerpos del Visorey y Sancho Sanchez, y hízolos enterrar con gran solemnidad, yendo él al enterramiento y poniendo luto por ellos; y dende á pocos dias hizo ahorcar otras diez ó doce personas que se habian escondido por iglesias y otras partes. El licenciado Alvarez salió herido de la batalla, y lo mismo el capitan Benalcázar y don Alonso de Montemayor. Y queriendo Pizarro cortar la cabeza á don Alonso, hubo personas en su campo que rogaron por él, por ser muy bienquisto, haciendo entender á Pizarro que no podia escapar de las heridas, caso que después Gomez de Albarado avisó á él y á Benalcázar cómo tenia acordado de matarlos con ponzoña, por lo cual hacian tener gran recaudo y aviso en las medicinas y mantenimientos que les daban; y por no poder prevenir en esto al licenciado Alvarez, porque posaba en casa del

licenciado Cepeda, se tuvo por cierto que le dieron ponzoña en una almendrada, de que murió. Viendo Pizarro que no habia podido salir con su intento en lo que tocaba á don Alonso, y no teniendo esperanza de traerle á su amistad, acordó desterrarle para Chili, que era mas de mil leguas de allí, y con él á Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero de Quito, y á otros siete ó ocho que siempre habian seguido al Visorey y halládose de su parte en todas las batallas, á los cuales no quiso matar, porque hubo muchos que rogaron por ellos, ni tampoco se fió de tenerlos consigo ni se contentó de desterrarlos del Perú, porque en todas partes le podian hacer daño; y así, acordó de desterrarlos para Chili, y encomendólos á un capitan llamado Antonio de Ulloa, que enviaba á Chili con gente; y habiéndolos llevado mas de cuatrocientas leguas por tierra, y muchos dellos á pié y sin acabar de sanar las heridas, acordaron entre sí de dar sobre el capitan que los llevaba y en su gente, y morir ó alcanzar libertad. Y encomendándose á Dios, acometieron el hecho con tanto ánimo, que les sucedió conforme á su deseo, y prendieron á Antonio de Ulloa y á los mas de los que con él iban; y poniéndolos don Alonso á recado, envió cuatro de los de su compañía al mas cercano puerto, de donde acontesció este hecho, y hallaron un navío, el cual tomaron con la buena maña y órden que sobre ello se dieron, aunque no les faltó contradicion, porque dentro dél habia personas y soldados secaces de Gonzalo Pizarro y de su opinion; y avisando á don Alfonso de lo que pasaba, él y los de su compañía, dejándolos presos en tierra, se acogieron al navío, y comenzaron á navegar sin piloto ni marineros que supiesen la navegacion, y con grandes trabajos fueron á la Nueva-España. Demás desto, envió al capitan Guevara con cierta gente á la villa de Pasto á traer presos algunos de quien tenia enojo, y dellos ahorcó uno, y los demás desterró. Perdonó á Benalcázar con pleitomenaje que le hizo de favorescerle siempre, y dióle cierta gente de la que habia traido, con que se volviese á su gobernacion. Recogió toda la gente del Visorey que pudo haber de los que se escaparon de la batalla, á los cuales propuso la razon que tenia de estar dellos quejoso; pero que él les perdonaba, atento que habian venido allí, los unos engañados y los otros forzados, prometiéndoles que si le seguian y hacian su deber, los ternia en el mismo lugar y reputacion que á los demás que habian andado con él, y les haria igual gratificacion; y así, los mandó quedar en su campo, prohibiendo que nadie los maltratase de obra ni palabra, aunque siempre se tuvo dellos algun recelo. Despachó mensajeros por todas partes, haciendo saber la victoria, para animar los suyos y confirmar su tiranía. Despachó el capitan Alarcon en un navío, que llevase la nueva del vencimiento á Hinojosa, y á la vuelta trajese á Vela Nuñez y á los que con él estaban presos. Algunos paresceres hubo que enviase su armada por las costas de Nueva-España y de Nicaragua á quemar y recoger todos los navíos que allí hubiese, por quitar cualquier aparejo de ser acometido por mar; haciendo después recoger toda la armada á la ciudad de los Reyes, porque viniendo despacho de su majestad á Tierra-Firme, y no hallando allí en qué ni cómo los pasar al Perú, lo tenian por bastante torcedor para hacer los partidos muy á su ventaja; pero, atenta la confianza que tenia Gonzalo Pizarro de Hinojosa y los que con él estaban, y la soberbia que le habia quedado con la vitoria del Visorey, le paresció no mostrar aquella flaqueza, porque entendia poder resistir abiertamente cualquiera contradicion que se le hiciese; y así, se partió Alarcon y hizo su viaje, trayendo los presos, y con ellos al hijo de Gonzalo Pizarro, y cerca de Puerto-Viejo ahorcó á Sayavedra y á Lerma, que eran dos soldados principales entre los presos, por ciertas palabras escandalosas que supo que habian dicho, y tambien quiso ahorcar á Rodrigo Mejía, el cual salvó el hijo de Gonzalo Pizarro, diciendo que aquel le trataba con muy buena crianza y comedimiento. A Vela Nuñez llevó á Quito, donde Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir estuviese muy sobre el aviso, porque cualquiera sospecha le seria muy peligrosa; y así, le traia consigo con alguna libertad, y le llevó cuando se fué á la ciudad de los Reyes. En toda esta jornada siguió y acompañó á Gonzalo Pizarro el licenciado Cepeda, oidor, al cual sacó de la ciudad de los Reyes á efecto de deshacer la audiencia real; porque, de cuatro oidores que habia, el licenciado Alvarez fué con el Visorey, y al doctor Tejada envió á España (como está dicho); y llevando consigo á Cepeda, el licenciado Zárate solo no podia hacer audiencia, cuanto mas que estaba siempre enfermo, y se tenia dél alguna mas confianza que antes, después que Gonzalo Pizarro le tomó casi por fuerza una hija suya y la casó con Blas de Soto, su hermano, aunque á la verdad el licenciado Zárate siempre estuvo muy entero en el servicio de su majestad, caso que hacia algunos cumplimientos con el tirano, necesarios á la opresion del tiempo.

LIBRO SEXTO.

QUE TRATA DE LA IDA DEL LICENCIADO DE LA GASCA AL PERÚ, Y CÓMO VENCIÓ Á GONZALO PIZARRO, Y APACIGUÓ LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo el capitan Carvajal siguió su camino contra Diego Centeno, y le venció en diversas partes.

Ya se hizo relacion en el libro pasado cómo el capitan Carvajal salió del Cuzco con trecientos hombres y con mucho número de caballos y arcabuces y otras armas, y caminó por el Collao la via de la provincia de Paria, donde estaba Diego Centeno con hasta docientos y cincuenta hombres, el cual cuando supo su venida le aguardó con determinacion de darle la batalla. Pues llegado Carvajal dos leguas de Paria, Diego Centeno alzó su real, y se pasó algun trecho de la otra parte de Paria junto al rio, porque le pareció mas conveniente sitio. El capitan Carvajal asentó su campo en el mismo tambo de Paria, una legua del enemigo, y Diego Centeno el dia siguiente envió quince arcabuceros en muy buenos caballos para que representasen la batalla; los cuales corrieron hasta llegar un tiro de piedra de Carvajal, y allí se hablaron los unos á los otros, y los corredores le dijeron que Diego Centeno estaba presto de darles la batalla, en nombre de su majestad, y que si el capitan Carvajal se queria reducir á su real servicio, todos estarian al suyo, y que mirase el mal título que traia. Carvajal estaba delante los suyos riéndose mucho de lo que decian; y luego se comenzaron á decir palabras descomedidas, llamándose traidores los unos á los otros, y soltando los arcabuces, dieron una vuelta al real, y reconoscieron la gente que podia haber; y con tanto, se tornaron. Esto fué viérnes de la Cruz del año de 546. Luego Carvajal alzó su campo y fué marchando hácia sus enemigos, los cuales acordaron alzar su real y irle á asentar aquella noche donde Carvajal no los pudiese alcanzar, con intento de no esperar batalla rompida, sino darles armas y asaltos de noche; porque tenia relacion del descontento que traia la mas de la gente de Carvajal, y que de aquella manera se les pasaria muy á su salvo, y le dejarian el campo sin riesgo de batalla, dudando del suceso della por los muchos arcabuces que Carvajal traia, aunque ellos le tenian gran ventaja en la gente de caballo; aunque esta determinacion no fué del parecer de Diego Centeno, porque él quisiera dar la batalla, salvo que, como todos los vecinos de la villa de la Plata que con él venian fueron de opinion contraria, determinó seguirlos, aunque siempre con presupuesto de no rehusar la batalla viniendo en ocasion; y así, caminó aquel dia y noche quince leguas, siguiendo siempre sus pisadas Carvajal con la misma priesa; y asentó su real cuanto mas cerca pudo de sus contrarios, poniendo aquella noche guardas de gran confianza; y á la media noche vinieron de parte de Diego Centeno ochenta de caballo á darles arma, y les tiraron muchos arcabuces, y Carvajal ordenó su gente y la tuvo toda la noche en escuadron, sin consentir que ninguno se desmandase, porque él tambien temia que se le habian de huir algunos. Y desta manera pasó aquella noche, sin que ninguno se le pasase. Y á la mañana Diego Centeno levantó su real, y caminó aquel dia diez leguas con la misma priesa que solia; y Carvajal le iba siguiendo sin perderle punto, y alcanzó en el camino un hombre que se habia quedado cansado, y le ahorcó, jurando que á todos cuantos topase habia de hacer lo mesmo. Y así, le siguió hasta llegar al mismo asiento de Paria, de donde Diego Centeno se volvió á la via del Collao, siguiéndole siempre Carvajal con mas priesa que se sufre llevar gente de guerra, porque acontesció caminar algunos dias doce ó quince leguas, siempre á vista los unos de los otros, hasta que llegaron á Hayohayo, donde el capitan Carvajal alcanzó doce hombres de Diego Centeno y los ahorcó todos juntos, y pasó adelante; y como las jornadas eran tan demasiadas, á los unos y á los otros se les quedaba gente escondida y cansada. Y viendo Diego Centeno que ya no era parte para resistir á Carvajal, quejándose siempre de sus capitanes y amigos por no le haber dejado dar la batalla cuando él queria; y viendo que ya toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, enderezó la via de la mar á la costa de Arequipa, enviando delante al capitan Rivadeneyra, para que si hallase algun navío por la costa le tomase por dinero ó por engaño, y le trajese á Arequipa, para embarcarse en él en llegando. El cual por gran ventura halló un navío que iba á Chili, y entrando de noche en una balsa, fácilmente le tomó, y iba bien proveido de matalotaje. Diego Centeno llegó en este tiempo á Arequipa, y poco menos de dos dias después llegó Carvajal; y Diego Centeno estaba esperando el navío, y viendo que no venia nueva dél, y que el enemigo se le acercaba y él no se hallaba con mas de ochenta hombres, determinó derramar aquellos, y él con solos dos amigos se fué á los montes y se escondió en una cueva, donde estuvo sin que pudiese ser hallado hasta la venida del licenciado de la Gasca, dándole de comer el cacique cuya era la tierra por su persona, sin descubrirlo á nadie. Carvajal llegó á la costa de Arequipa, y como supo que Centeno era escondido y su gente derramada por diversas partes, envió un capitan con veinte arcabuceros en seguimiento de Lope de Mendoza, que supo que iba cerca de allí con siete ó ocho soldados, con los cuales se dió tanta priesa á andar, que en mas de ochenta leguas que le siguieron no le pudieron dar alcance; y así, se

tornaron los que iban tras él, y él siguió el camino de la entrada del rio de la Plata, donde le acontesció lo que adelante se dirá; y otro dia, entrando Carvajal en Arequipa, paresció por la costa el navío que traia Rivadeneyra, y habiendo sabido Carvajal de algunos soldados que se quedaron á Centeno el fin para que se habia tomado y quién venía en él, supo tambien la seña que estaba concertada para recebir á Diego Centeno; y haciendo poner en una caleta escondidos veinte arcabuceros, hizo hacer la mesma seña del concierto, pensando apoderarse del navío; y creyendo Rivadeneyra que se hacia por mandado de Centeno, mandó ir el batel en tierra, aunque, recelando lo que podia ser, mandó á los que lo llevaban que fuesen muy sobre el aviso, y primero que llegasen á tierra reconociesen si habia algun engaño; y los suyos lo hicieron así, y no quisieron saltar en tierra hasta ver á Diego Centeno; y entendiendo el engaño, se hicieron á la vela y se fueron á la provincia de Nicaragua, dejando escondido á Diego Centeno con sus dos compañeros y algunos de los suyos, que huyeron y se escondieron por los montes, donde fueron muertos á manos de los indios, porque así se lo mandó el capitan Carvajal que lo hiciesen; y así, de todo el campo de Diego Centeno no habia de quién temer, por lo cual Carvajal se determinó de ir á residir á la villa de Plata, así porque supo que Diego Centeno y los que con él andaban habian dejado allí escondidas grandes riquezas y haciendas de granjería, como para hacer sacar y recoger plata de las minas, y para proveer dello á Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra y aprovecharse él particularmente; porque (como hemos dicho) era hombre muy codicioso. Y así, siguió su camino hasta llegar á la villa de Plata, la cual se le dió sin resistencia ninguna, y él se estuvo en ella algun tiempo, procurando juntar dineros de todas partes, hasta que le fué forzado salir della por la razon que en el capítulo siguiente se contará.

CAPITULO II.

De cómo, yendo Lope de Mendoza huyendo de Carvajal, encontró cierta gente que venia del rio de la Plata, y todos juntos volvieron contra Carvajal.

Habiendo Lope de Mendoza escapado del Maestre de campo y de los que por su mandado fueron en su alcance, caminó con cinco ó seis vecinos de la villa de Plata, que el uno se llamaba Alonso de Camargo, y el otro Luis Perdomo, por la costa arriba algun trecho, hasta que, paresciéndoles que todo el reino estaba pacíficamente por Gonzalo Pizarro y que no habia en él lugar seguro para ellos, determinaron meterse la tierra adentro á la gobernacion de Diego de Rójas; y así, caminaron por la via que arriba tenemos dicho que Diego Centeno se fué cuando le hacia la guerra Alonso de Toro, porque creian que nadie les seguiria por allí, y tambien porque en aquel término estaban los indios del mismo Lope de Mendoza y de Diego Centeno, y llevaban confianza que los favorescerian y proveerian de lo necesario. Y desta manera caminando por aquellos despoblados, toparon con Gabriel Bermudez, natural de la villa de Cuellar, que habia ido en compañía del capitan Diego de Rójas cuando fué á la conquista del rio de la Plata; y maravillándose de topar por allí españoles, se llegó á ellos, y habiéndose conoscido, les contó cómo yendo Diego de Rójas y Felipe Gutierrez y Pedro de Heredia á hacer aquel descubrimiento, peleando en el camino con los indios, habian muerto á Diego de Rójas, por cuya muerte habian sucedido grandes diferencias entre Francisco de Mendoza, su succesor, y los demás; de lo cual habia resultado desterrar á Felipe Gutierrez; y cómo, continuando el descubrimiento, hallaron al rio de la Plata y tuvieron noticia de la riqueza de la tierra adentro, y dónde estaban los españoles que por la mar del Norte habian entrado por el rio de la Plata, y cómo hallaron las fortalezas de Sebastian Gaboto y otras cosas maravillosas de la tierra; y que estando con determinacion de pasar adelante, Pedro de Heredia mató á puñaladas á Francisco de Mendoza, por cuya muerte se recrescieron grandes disensiones en el campo, por las cuales, y por haber menos gente de la que requeria tan grande conquista, se concertaron los unos y los otros de volverse al Perú, así para que por su majestad ó el que gobernase la tierra, se les diese capitan con quien fuesen en conformidad, como porque teniéndose noticia de la riqueza de la tierra se les juntaria gente que fuese bastante para hacer la conquista sin dificultad ninguna; y así, se volvian dejando descubiertas seiscientas leguas de la villa de Plata adelante, de tierra muy llana y fácil de caminar y medianamente proveida de comida y aguas. Y pocos dias antes habian sabido de indios que contrataban en los Charcas la revuelta del Perú, aunque no les supieron decir la razon della ni la ocasion donde habia sucedido; por lo cual él venia delante á satisfacerse de todo lo que pasaba, y traia comision de los capitanes y gente principal para ofrescer su ayuda á la parte que tuviese la voz de su majestad, si buenamente se pudiese juntar con él, diciéndoles cuán buenos caballos y abundancia de armas traian. Lo cual oido por Lope de Mendoza, le contó originalmente toda la revuelta del Perú hasta el punto en que estaba, y los sucesos que sobre ello habian habido. Y así, viendo Gabriel Bermudez la oportunidad que habia para efectuar su comision, se ofresció en nombre de todos de volver contra el Maestre de campo; y así, se tornaron hasta encontrar con la gente que cerca de allí venia; y sabido lo que pasaba, rescibiéron todos alegremente á Lope de Mendoza, y se ofrescieron de tomar la empresa en nombre de su majestad contra Gonzalo Pizarro y sus secaces; lo cual Lope de Mendoza les agradesció mucho, encaresciéndoles cuán bien cumplian con quien eran en favorescer la parte de su rey y señor natural, demás de lo cual, era cierto ternian de comer, pues restaurando ellos la tierra á su majestad, les daria la mejor parte della; y así, lo llevó hasta el pueblo de Pocona, que es cuarenta leguas de la villa de Plata, y de allí envió á ciertos lugares ocultos donde él y Diego Centeno habian dejado enterrados mas de cincuenta mil pesos en barras de plata; y traídolos, quiso repartir entre la gente, y los mas dellos no quisieron tomar cosa ninguna, así porque ellos venian ricos, como porque entre la gente de guerra del Perú, en todas las revueltas que están contadas, nunca se ha podido acabar con ningun soldado que resciba sueldo temporal

señaladamente, y algunos que toman dineros es por nombre de socorro para proveerse de armas y caballos. La razon que para esto dan es, que no hay soldado, por ruin que sea, que no piense merescer por su servicio que aquel á quien sirve, saliendo con la empresa, le dé el mejor repartimiento de la tierra, segun son grandes las esperanzas que la riqueza de la tierra hace concebir á los hombres. Y así, se quedó Lope de Mendoza con la gente del rio de la Plata, que eran ciento y cincuenta hombres, todos de caballo, bien armados, donde se puede considerar la gran desgracia de Diego Centeno, que si no se escondiera y siguiera su camino por donde Lope de Mendoza, como era creible que lo habia de hacer, como lo habia hecho antes, era cierto que tuvieran los negocios otros sucesos del que adelante se contará que les avino.

CAPITULO III.

Cómo Carvajal fué contra Lope de Mendoza y su gente, y peleó con ellos y los venció, y mató los principales.

Yendo Carvajal por sus jornadas desde Arequipa á la villa de Plata (como hemos contado), con determinacion de residir allí, porque ya habia sabido el suceso de la muerte del Visorey, porque Gonzalo Pizarro se lo habia escrito; y como no tenía ya contradicion en todo el reino, llegando á Paria, le vinieron nuevas de la gente que salia del rio de la Plata, y cómo se habia juntado con Lope de Mendoza; y tuvo relacion cómo no estaban conformes ni venian juntos, sino en cuadrillas, sin obedescer la mayor parte dellos á capitan ni superior alguno; y así, le paresció que todo su buen suceso consistia en darles algun asalto con mucha brevedad antes que tuviesen lugar de conformarse y meterse debajo de banderas conoscidas; y así, en dos dias aderezó su gente lo mejor que pudo, y allí se le juntaron los veinte arcabuceros que volvian del alcance de Lope de Mendoza, y con todos juntos se partió haciendo muy demasiadas jornadas, animando su gente, y ofresciéndose que les daria la victoria en las manos sin peligro de un solo hombre de los suyos, certificándoles que tenia cartas de ofrescimientos de los principales capitanes de la entrada, y que todo el trabajo consistia en llegar adonde estaba el enemigo; y en los que sentia menos ánimo los amenazaba; y así caminó, recogiendo otros treinta hombres en el camino, con los cuales hizo número de docientos y cincuenta, hasta llegar al asiento de Pocona, que está ochenta leguas de Paria. Y un dia, á hora de las cuatro de la tarde, paresció por encima de una cuesta en buena órden con sus banderas. Y en aquella sazon estaba Lope de Mendoza repartiendo barras de plata á quien las queria; y luego que vió á Carvajal (del cual ya tenia nuevas por via de sus corredores) apercibió la gente; y considerando que toda su fuerza consistia en los de caballo, por ser personas señaladas y de muy buenas armas y caballos, los sacó á un llano á vista del pueblo, dejando en él toda su ropa y mas de veinte mil pesos que tenia por repartir, diciendo que brevemente cobrarian aquello y lo que sus contrarios traian. Y abajando Carvajal, asentó su campo en el mismo lugar donde Lope de Mendoza habia levantado el suyo, que era una plaza muy grande, cercada de paredes altas, y sus portillos hechos en algunas partes de la plaza, y allí se quedó aquella noche, porque le paresció que, aunque fuese acometido, tenia buen fuerte para no ser ofendido; aunque luego que entró la gente, teniendo noticia que Lope de Mendoza y los suyos, habiendo dejado su ropa en el pueblo, se ocuparon en irlo á robar tan desordenadamente, que no quedaron en la plaza ochenta hombres con las banderas; tanto, que si Lope de Mendoza les acometiera entonces, con gran facilidad los desbaratara, y hubiera sido de gran efecto la industria de dejar la ropa, por cuyo medio se han alcanzado muchas victorias. A esta sazon Carvajal salió á la plaza, y como vió la gente tan dividida, mandó tocar un arma falsa, con la cual se juntó la mayor parte, aunque era tanta la codicia de robar, que hasta gran parte de la noche no los pudo recoger á todos. En este tiempo habia algunos tratos entre la gente de Carvajal para le matar, porque vian los malos tratamientos que les hacia en las guerras pasadas después de las victorias. El principal deste trato era un Pedro de Avendaño, secretario suyo, de quien él hacia mucha confianza, y para lo poder efectuar envió un indio ladino á Lope de Mendoza, avisándole del concierto, para que aquella noche acometiese con su gente para que hubiese lugar de efectuarse. Lope de Mendoza apercibió su gente para dar el asalto después de puesta la luna; caso que estaba determinado de retraerse cuatro ó cinco leguas á tomar un buen llano donde se diese la batalla; y así, viendo que hacia obscuro, por evitar alguna parte del peligro de los arcabuces, se fué con su gente en órden á la parte donde estaban los contrarios, y envió sus corredores delante, los cuales prendieron uno de los de Carvajal, y dél se informaron de todo lo que les convino, y llegaron á los portillos de la plaza grande, donde estaba puesta guardia de arcabuceros y piqueros, y comenzaron á combatir con gran diligencia y ánimo, sin perder un punto los de dentro en la defensa; y era tanto el ruido de los arcabuces, y las voces que de ambas partes se daban, que no se entendian los unos ni los otros con la escuridad de la noche. El Maestre de campo andaba discurriendo por todas partes, animando su gente y proveyendo en lo necesario. Y en esto Pedro de Avendaño tomó consigo un arcabucero, con quien estaba concertado, y mostrándole á Carvajal, le hizo tirar, y le dió en soslayo por una nalga; porque, como no tenia lumbre, no acertó á darle mas en lleno. Y como Carvajal se sintió herido, y entendió que le habian tirado los de su parte, disimuló; y tomando consigo á Avendaño, de quien él ningun recelo tenia, se retrajo entre unas paredes, y tomando una capa parda vieja y un sombrero, por manera que no lo pudiesen conoscer, se tornó allí donde se daba el combate; y Pedro de Avendaño le tornó á mostrar á otro arcabucero, el cual lo tiró y no le acertó; y en esto los de fuera daban grandes voces, preguntando si era muerto Carvajal; y como no les respondieron, y veian que se defendian los portillos sin dar muestra de poderlos entrar, se retiró Lope de Mendoza y los suyos, y Carvajal quedó en el cercado, hallándose muertos de ambas partes hasta catorce personas, sin otros que quedaron heridos. Carvajal disimuló su herida y se la curó, de suerte que no vino á no-

ticia de la gente por entonces. En esta hora salió del campo de Carvajal un soldado llamado Palencia, y se fué donde Lope de Mendoza estaba, y le dijo todo lo acaescido, y le dió aviso cómo el capitan Carvajal dejaba su ropa cinco ó seis leguas de allí, en que habia cantidad de oro y plata, y algunos caballos y arcabuces y pólvora; y luego se partió Lope de Mendoza con su gente antes que amanesciese, adonde el soldado le guió, y llegó donde estaba la ropa sin ser sentido; y como era de noche y hacia muy escuro, se le perdieron y quedaron rezagados mas de sesenta hombres; y él y los que consigo llevaba robaron el real sin que hubiese resistencia, dando en él al cuarto del alba. Y viendo Lope de Mendoza que no tenia gente para poder esperar ni resistir á Carvajal, se determinó retirar por aquel despoblado con los que le pudieron seguir, que fueron hasta cincuenta hombres, porque todos los demás se le habian quedado; y así, llegaron á un rio, dos leguas y media de Pocona. Sabido por Carvajal lo que pasaba, levantó su real y los fué siguiendo por sus mismas pisadas, y dióse tanta priesa, que los alcanzó en el rio donde habian alojado, y unos estaban durmiendo y otros comiendo por la gran fatiga y trabajo que habian tenido aquella noche; y con solos cincuenta hombres que le pudieron seguir por la aspereza del camino, les dió el asalto á hora de mediodía; y creyendo los de Lope de Mendoza que venia sobre ellos todo el campo, se derramaron y pusieron en huida cada uno por su parte, y allí fue preso Lope de Mendoza y Pedro de Heredia, y luego les cortaron las cabezas con otros seis ó siete mas principales del campo; y recogiendo todo el fardaje, así lo que ellos traian como lo que habian tomado, se tornó á Pocona, prometiendo de no hacer mal á todos los que habian quedado vivos de los de la entrada, antes les hizo restituir las armas y caballos, y lo demás que les habia sido tomado; y dejando á muy pocos dellos en su compañía, á los demás envió cada uno por sí á Gonzalo Pizarro, y él se partió con su campo, llevando consigo á Alonso de Camargo y Luis Perdomo, que son los que hemos dicho que huyeron con Lope de Mendoza, y los otorgó las vidas porque le descubrieron cierta plata que Diego Centeno dejó enterrada en el asiento de Paria; y hallando mas de cincuenta mil castellanos, se fué con todo ello y con su gente á la villa de Plata, con determinacion de residir allí algun tiempo, y puso los alcaldes y regidores de su mano, y despachó mensajeros á todo el reino, dando noticia de su buen suceso, y quedó entendiendo con gran diligencia en juntar dineros de todas partes, so color de enviar socorros á Gonzalo Pizarro, aunque la mayor parte dejaba para sí.

CAPITULO IV.

De cómo se descubrieron las minas de Potosí, y se apoderó dellas el capitan Carvajal.

Habiendo sido la fortuna tan próspera al capitan Carvajal en todos los sucesos que hemos contado, que ya no le quedaba contradicion ninguna en aquellas partes, le ofresció con que paresciese que le habia puesto en la cumbre de la prosperidad, y esto fué, que dende á pocos dias andando unos indios yanaconas de Juan de Villaroel, vecino de la villa de Plata, diez y ocho leguas della, toparon un cerro muy alto asentado en un llano, y conocieron en él señales de plata, y comenzando á fundir la vena, hallaron tanta riqueza, que do quiera que ensayaban sacaban toda ó la mayor parte de plata fina, y donde menos les salia eran ochenta marcos por quintal, que es la mayor riqueza que se ha visto ni leido de ninguna mina seguida. Y dándose noticia desto en la villa de Plata, fué la justicia al término, y comenzó á repartir por minas y estacarlas entre vecinos de la villa, tomando cada uno como mejor podia; y fueron tantos los indios yanaconas que allí fueron á labrar, que en breve tiempo se pobló aquel asiento de mas de siete mil indios, los cuales entendieron tan bien el negocio, que por concierto daban á sus señores dos marcos de plata, cada uno en cada semana, con tanta facilidad, que era mucho mas lo que retenian para sí que lo que daban; y la vena es de tal calidad, que no sufre fundirse con fuelles ni cendradas, como se hace en las otras minas, salvo que se funde en las guairas, que son unos hornillos pequeños encendidos con carbon y estiércol de ovejas, con la fuerza del aire, sin otro instrumento ninguno, y llamáronse las minas de Potosí, porque así se nombraba aquel término; y era tanta la facilidad y el provecho con que los indios labraban, que, con dar el concierto que está dicho, hay indio que tiene tres ó cuatro mil pesos suyos, sin poderlos echar de allí cuando una vez entran, porque cesan todos los peligros que en la labor de las otras minas suele haber por causa del trabajo de los fuelles y del humo del carbon y de la misma vena que se funde. Y luego se comenzaron á proveer las minas de los mantenimientos necesarios, aunque no pudieron ser tantos, segun la mucha gente acudia, que, creciendo la necesidad, no llegase á valer una hanega de maíz veinte castellanos, y otro tanto el trigo, y un costal de coca treinta pesos, y aun después llegó á encarecerse mucho mas, y por la gran riqueza que se halló se despoblaron todas las otras minas de la comarca, especialmente la de Porco, donde Hernando Pizarrro tenia una suerte, de que se sacó gran riqueza; y tambien los mineros que andaban sacando oro en Carabaya y otros rios lo dejaron todo y acudieron allí, porque hallaban, sin comparacion, muy mayor provecho; y los que entienden en aquel trato hallan grandes señales de la perpetuidad y continuacion de la mina. Con este tan buen suceso comenzó Carvajal á juntar dineros, en lo cual se dió tan buena maña, que con poner en su cabeza todos los indios yanaconas de los vecinos muertos y huidos que le habian sido contrarios, y con hacer llevar mas de diez mil carneros cargados de comida, de los indios de su majestad y otras partes, en breve tiempo juntó mas de setecientos mil pesos, sin dar parte ninguna dellos á los soldados que le habian seguido, de lo cual se comenzaron tanto á desabrir, que trataron de lo matar, y las cabezas del concierto eran Luis Perdomo y Alonso de Camargo y Diego de Balmaseda y Diego de Lujan; y estando juntos mas de treinta personas con determinacion de ejecutar el concierto poco mas de un mes después que Carvajal llegó á la villa de Plata, por cierto impedimento que los sucedió lo difirieron para otro dia; y no se sabe por qué forma llegó á su noticia, y sobre ello

hizo cuartos á Luis Perdomo y á Camargo y á Orbaneja y á Balmaseda y á otros diez ó doce personas de los principales, y á otros desterró; y con hacer tan crueles justicias en este caso de motines, andaba tan temerosa la gente, que no habia quien osase tratar de allí adelante cosa desta calidad, porque en sintiendo, no solamente determinacion, pero la mas liviana sospecha, no daba menos pena que la muerte; y así, un hermano no se osaba fiar de otro; con lo cual se puede satisfacer á la culpa que muchas personas principales destos reinos han imputado á los servidores de su majestad por no haber muerto á Carvajal, aunque no fuera por mas de sacar sus personas de tan dura y peligrosa servidumbre, porque nunca motin se hizo contra él de que no tuviese noticia; y así, cuatro ó cinco que averiguó costaron las vidas á mas de cincuenta personas; y con tanto, la gente andaba tan acobardada por el gran peligro de los movedores y por el gran premio que daba á los descubridores, que se tenia por mas seguro contemporizar con el tirano hasta que sucediese alguna oportunidad ó coyuntura conveniente; y así, tornó á quedar pacífico, enviando nuevas muy á menudo á Gonzalo Pizarro de los sucesos, y con ellas mucha cantidad de plata, así de su hacienda como de los quintos reales que tomaba, y de las rentas de los indios de aquellos á quien justiciaba, los cuales ponia en su cabeza para ayuda de la sustentacion de la guerra.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro vino á la ciudad de los Reyes desde Quito, y lo que allí hizo.

Desbaratado y muerto el Visorey en la ciudad de Quito en la forma que tenemos contada, Gonzalo Pizarro comenzó á despedir mucha de la gente de guerra, enviando á unos con el adelantado Benalcázar (á quien perdonó y redujo en su gracia), y á otros con el capitan Ulloa, que de parte de Pedro Valdivia vino de Chili á pedir socorro de gente para conquistar la tierra, y á otros envió á otras partes; y así, se quedó con hasta quinientos hombres, donde estaba holgando y festejando desde 18 de enero del año de 46, en que se dió la batalla del Visorey, hasta mediado el mes de julio de aquel año. Las razones de tan gran detenimiento se sentian diversamente: unos decian que lo hacian por saber con mas brevedad lo que de España se proveia; otros por el gran provecho que se habia de las minas de oro que allí se descubrieron, y á algunos les paresció que lo detenian los amores de aquella mujer de quien arriba tenemos dicho, cuyo marido mató por mano de aquel Vincencio Pablo, que fué justiciado por ello en Valladolid; la cual después quedó preñada, y su padre mató un hijo que ella parió, y por ello el Pedro de Puelles ahorcó al mismo padre. Finalmente Gonzalo Pizarro determinó su partida para los Reyes para residir allí algun tiempo. Y decíase haberlo hecho por la sospecha que tenia del capitan Lorenzo Aldana, su teniente, que, segun estaba bienquisto, para cualquier cosa que intentara fuera parte. Y tambien se recelaba del capitan Carvajal, que se ensoberbesceria con tantas victorias, viéndose tan apartado dél; y así, se partió de Quito, dejando por teniente y capitan general á Pedro de Puelles con hasta trecientos hombres, por la gran confianza que dél tenia, pues demás de haber socorrido á tan buen tiempo cuando venia del Cuzco, que no yendo se le deshiciera su campo, habia metido otras muchas prendas que prometian gran seguridad, paresciéndole que si su majestad enviase alguna gente por la gobernacion de Benalcázar, seria parte Pedro de Puelles para resistirles la entrada. En todo el camino se trataba ya Gonzalo Pizarro como hombre pacífico y seguro, y que le parescia que no podia haber contradicion en sus negocios, y que su majestad haria con él partidos muy aventajados; y sus criados y gente le obedescian y acataban tanto, que creían haber de vivir perpetuamente por su mano, teniendo por firmes las cédulas de indios que daba, y él y sus principales fingian y publicaban que rescibian muchas cartas de los grandes de Castilla, en que le loaban y aprobaban lo hecho, justificándolo con que no se le guardaban privilegios y cédulas, ofresciéndole favor para su conservacion, aunque entre la gente entendida siempre se conosció ser falsa esta invencion y sin ningun fundamento de verdad. Llegando á la ciudad de San Miguel, y sabiendo que en los términos della habia muchos indios de guerra, mandó que para la conquista dellos se hiciese una nueva poblacion en la provincia de Carochamba, para hacer desde allí las entradas, y dejó por cabeza al capitan Mercadillo con ciento y treinta hombres, repartiendo entre ellos la poblacion; y despachó al capitan Porcel, que con sesenta hombres continuase su conquista de los Bracamoros; y aunque daba á entender que lo hacia por el beneficio de la tierra, su intento principal era tener junta aquella gente para cuando la hubiese menester. Y demás desto, envió al licenciado Carvajal con ciertos soldados, que fuese por mar en los navíos que habia traido de Nicaragua el capitan Juan Alonso Palomino, de vuelta del seguimiento de Verdugo, mandándole que de camino proveyese las cosas necesarias para la seguridad de la costa; y se vino á juntar con Gonzalo Pizarro en la ciudad de Trujillo, y ambos juntos con hasta docientos hombres se fueron á la ciudad de los Reyes por tierra, y en la entrada hubo diversas opiniones sobre las ceremonias con que se haria; porque sus capitanes decian que le habian de salir á rescebir con palio, como á rey, y otros, que mas comedidamente lo trataban, aconsejaban que se derrocasen ciertos solares, y se hiciese calle nueva para la entrada, porque quedase memoria de su victoria, de la manera que se hacia á los que triunfaban en Roma. Gonzalo Pizarro siguió en esto el parescer del licenciado Carvajal, como lo hacia en todas las cosas de su importancia, y entró á caballo, llevando sus capitanes delante de sí, á pié y con sus caballos de diestro, llevándolo en medio el arzobispo de los Reyes y el obispo del Cuzco y el obispo de Quito y el obispo de Bogotá, que habia venido por la via de Cartagena á rescebir la consagracion al Perú; acompañándole asimismo Lorenzo de Aldana, su teniente, con todo el cabildo de la ciudad y los vecinos della, sin faltar ninguno, teniendo para este acto las calles muy bien aderezadas y enramadas, y repicándose las campanas de la iglesia y monesterios, llevando delante mucha música de trompetas y atabales y menestriles; y con

esta solemnidad fué á la iglesia mayor, y de allí á su casa, donde en adelante se comenzó á tratar con mucha mas estima que hasta allí, por la mucha impresion que habia hecho la soberbia en su bajo entendimiento. Traia guarda de ochenta alabarderos y otros muchos de caballo que le acompañaban, y ya en su presencia ninguno se sentaba, y á muy pocos quitaba la gorra; con las cuales ceremonias y con otros malos tratamientos de palabra, y con no dar pagas á la gente de guerra, todos andaban descontentos, y así lo quedaron hasta que vieron ocasion de mostrarlo, como adelante se dirá.

CAPITULO VI.

De cómo el licenciado de la Gasca fué proveido por su majestad para la pacificacion del Perú, y cómo se embarcó y llegó á Tierra-Firme.

Teniendo su majestad relacion de las cosas del Perú en Alemaña, donde á la sazon residia con su corte, entendiendo y desarraigando las herejías de Lutero y otros heresiarcas, y reducir los secaces dellos á la union y obediencia de la Iglesia romana; y habiéndose informado personalmente de Diego Alvarez de Cueto, cuñado del Visorey, y de Francisco Maldonado, criado de Gonzalo Pizarro, que fueron á darle cuenta de lo sucescido, caso que de la muerte y vencimiento del Visorey no sabia ni podia saber á la sazon, comenzó á tratar sobre el remedio de todo lo sucedido, aunque en la provision hubo alguna dilacion, por estar su majestad ausente de Castilla, y algunas veces impedido con enfermedades; y la resolucion fué enviar al Perú al licenciado Pedro de la Gasca, que á la sazon era del consejo de la santa y general Inquisicion, de cuyas letras y prudencia se tenian grandes experiencias en diversos negocios, especialmente en la preparacion que hizo en el reino de Valencia pocos años antes contra la armada de turcos y moros que se esperaba, y en otras cosas tocantes á los nuevamente convertidos de aquel reino, que sucedieron durante el tiempo que allí residió, entendiendo en el despacho de ciertos negocios tocantes al Santo Oficio, que por su majestad le fueron cometidos. El título que llevó fué de presidente de la audiencia real del Perú, con plenario poder para todo lo que tocase á la gobernacion de la tierra y á la pacificacion de las alteraciones della, y comision de poder para perdonar todos los delitos y casos sucedidos ó que sucediesen durante su estada. Y llevó consigo por oidores al licenciado Andrés de Cianca y al licenciado Rentería; y demás de todo esto, llevó las cédulas y recaudos necesarios en caso que conviniese hacer gente de guerra, aunque estos fueron secretos, porque no publicaba ni trataba sino de los perdones y de los otros medios pacíficos que entendia tener; y con tanto, se hizo á la vela, sin llevar mas gente de sus criados, por el mes de mayo del año de 46. Y llegando á Santa Marta, tuvo nueva cómo Melchor Verdugo habia sido vencido y desbaratado por la gente de Hinojosa, y que, con los que quedaron, le estaba aguardando en el puerto de Cartagena; y él determinó pasar al Nombre de Dios sin verse con él, considerando que si le llevaba consigo causaria gran escándalo en la gente de Hinojosa por el grande odio que con él tenian, y podria ser que no le rescibiesen; y así, fué á surgir al Nombre de Dios, donde Hinojosa habia dejado á Hernan Mejía de Guzman con ciento y ochenta hombres, que guardase la tierra con Melchor Verdugo. El Presidente hizo saltar en tierra al mariscal Alonso de Albarado, que desde Castilla habia ido con él, y habló á Hernan Mejía, y le dió noticia de la venida del Presidente, diciéndole quién era y á lo que venia, y después de largas pláticas, se despidieron sin haberse declarado el uno al otro sus ánimos, porque ambos estaban sospechosos. Alonso de Albarado se tornó á la mar, y Hernan Mejía envió á suplicar al Presidente que saltase en tierra, y así lo hizo; y Hernan Mejía le salió á rescebir en una fragata con veinte arcabuceros, dejando su escuadron hecho en la marina; y saltó en el batel del Presidente y le trajo hasta tierra, donde le hizo hacer muy gran salva y rescibimiento. Y habiéndole hablado aparte el Presidente y dichole la razon de su venida, Hernan Mejía le descubrió su voluntad, y le dijo la intencion que tenia de servir á su majestad, y el mucho tiempo que habia que deseaba su venida para poner en ejecucion su ánimo, y cómo, por gran ventura, se habian aparejado los tiempos de manera que él lo pudiese hacer sin contradicion de nadie, por haber sido su venida á tiempo que la mas gente de Gonzalo Pizarro estaba toda junta en aquella ciudad y él solo por capitan della, porque Hinojosa y los otros capitanes eran idos á Panamá; y que si queria que llanamente se alzase bandera por su majestad, lo haria, y podian ir á Panamá y tomar la armada, lo cual seria fácil de hacer por las razones que le dijo, y que creia que, sabidas las particularidades de su venida, Hinojosa y sus capitanes no le harian contradicion por ciertas conjeturas que él tenia para ello. De todo esto le dió gracias el Presidente, diciéndole que el negocio se debria ordenar de otra manera, porque la intencion de su majestad era pacificar la tierra sin riesgo ninguno, y que á este fin él enderezaria la ejecucion, y queria darlo á entender á todos así, porque, habida consideracion al principio y causa de la alteracion de la tierra, y que decian haber sucedido por el rigor con que el Visorey habia entrado en ella, era justo dar noticia del remedio que su majestad en todo mandaba poner, y que esperaba que, sabida enteramente la seguridad que habria en el negocio, no habria quien no holgase de servir á su majestad y cumplir su mandamiento, antes que cobrar renombre de traidor, y que hasta que esto les diese á entender, no convenia que hiciese ningun alboroto ni novedad. Hernan Mejía obedesció su mandado, aunque le advirtió que la gente estaba allí debajo de su bandera y el negocio se podia hacer sin ningun riesgo, y que idos á Panamá y puesta en poder de Hinojosa, no habia tanta seguridad del buen suceso. Y tomada por resolucion la órden del Presidente, se guardó el secreto della entre los dos hasta su tiempo, como adelante se dirá.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Hinojosa sabida la venida del Presidente, y el rescibimiento que Hernan Mejía le habia hecho.

Pedro Alonso de Hinojosa, general por Gonzalo Pizarro en Panamá, sabido el rescibimiento que Hernan

Mejía habia hecho al Presidente, lo sintió mucho, así porque él no sabia los despachos que traia, como por haberse hecho sin darle parte; y así, le escribió algo ásperamente sobre ello, y algunos amigos de Hernan Mejía le avisaron que no viniese á Panamá, porque Hinojosa estaba desabrido contra él; y no embargante todo esto, habiéndolo comunicado con el Presidente, y porque no se diese lugar á que se arraigase en los ánimos de los soldados algun mal concepto de la venida del Presidente, se acordó que Hernan Mejía se partiese luego á Panamá á comunicar con Hinojosa el negocio, pospuestos los temores de que le certificaban, confiando en la gran amistad que con Hinojosa tenia, y en que conoscia su condicion; y así, fué y trató con él la causa del rescebimiento, desculpándose con que para cualquier camino que se hubiese de seguir perjudicaba poco lo que él habia hecho; y así, Hinojosa quedó satisfecho, y Hernan Mejía se tornó al Nombre de Dios, y el Presidente se fué á Panamá, donde se trató el negocio de su venida con Hinojosa y con todos sus capitanes, con tanta prudencia y secreto, que sin que supiese uno de otro, los tuvo ganadas las voluntades de tal suerte, que ya se atrevia á hablar públicamente á todos persuadiéndoles su opinion y intento, y proveyendo á muchos soldados de lo que habian menester, teniendo por principal medio para su buen suceso el gran comedimiento y crianza con que hablaba y trataba á todos, que es la cosa de que mas se ceban los soldados de aquella tierra, y esto hacia compadecer con no perder punto de su dignidad y autoridad; y en todos estos tratos y medios fué gran parte y ayuda la persona del mariscal Alonso de Albarado, así por los muchos amigos que allí tenia, como porque, viendo los que no lo eran que una persona tan antigua en las Indias y que tan grande obligacion y amistad habia tenido al Marqués y á sus hermanos, contradecia agora su opinion, parescíales causa bastante para reprobar ellos la opinion de Gonzalo Pizarro, aunque hasta aquel punto Pedro Alonso de Hinojosa no se habia del todo allegado ni declarado por el Presidente, antes habia enviado á hacer saber á Gonzalo Pizarro la venida del Presidente; y hubo algunos de sus capitanes y gente principal que antes que el Presidente llegase á Panamá escribieron á Gonzalo Pizarro que no les parescia convenir que el Presidente entrase en el Perú, aunque después con los medios que tenemos dicho mudaron el parescer; y el Presidente comenzó á visitar tan á menudo y granjear á Hinojosa, que le permitió que enviase una persona de las que traia de Castilla con cartas á Gonzalo Pizarro, en que le diese noticia de su venida y del intento que traia, escribiéndole sobre ello la carta que en el siguiente capítulo se porná, y enviándole otra que su majestad escribió al mismo Gonzalo Pizarro, y con estos despachos se embarcó Pedro Hernandez Paniagua, natural de la ciudad de Placencia, y llegado al Perú, le acontescieron diversos sucesos que abajo serán contados; los cuales dejarémos, por decir lo que hizo Gonzalo Pizarro, sabida la venida del Presidente.

La carta que su majestad escribió á Gonzalo Pizarro decia desta manera.

El Rey.—Gonzalo Pizarro, por vuestras letras y por otras relaciones he entendido las alteraciones y cosas acaescidas en esas provincias del Perú después que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorey dellas, y los oidores de la audiencia real que con él fueron, á causa de haber querido poner en ejecucion las nuevas leyes y ordenanzas por nos hechas para el buen gobierno de esas partes y buen tratamiento de los naturales dellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos ni los que os han seguido no habeis tenido intencion á nos deservir, sino á excusar la aspereza y rigor que el dicho visorey queria usar, sin admitir suplicacion alguna; y así, estando bien informado de todo, y habiendo oido á Francisco Maldonado lo que de vuestra parte y de los vecinos desas provincias nos quiso decir, habemos acordado de enviar á ellas por nuestro presidente al licenciado de la Gasca, del nuestro consejo de la santa y general Inquisicion, al cual habemos dado comision y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios nuestro Señor y ennoblescimiento desas provincias, y al beneficio de los pobladores vasallos nuestros que las han ido á poblar, y de los naturales dellas; por ende yo os encargo y mando que todo lo que de nuestra parte el dicho licenciado os mandare, lo hagais y cumplais como si por nos os fuese mandado, y le dad todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hubiere para hacer y cumplir lo que por nos le ha sido cometido, segun y por la órden y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare, y de vos confiamos; que yo tengo y terné memoria de vuestros servicios y de lo que el marqués don Francisco Pizarro, vuestro hermano, nos sirvió, para que sus hijos y hermanos resciban merced.—De Venelo, á 26 dias del mes hebrero de 1546 años.—*Yo el Rey*.—Por mandado de su majestad, *Francisco de Eraso.*

La carta que el Presidente escribió á Gonzalo Pizarro decia desta manera.

Ilustre Señor: Creyendo que mi partida á esa tierra hubiera sido mas breve, no he enviado á vuesamerced la carta del Emperador nuestro señor, que con esta va, ni he escrito yo de mi llegada á esta tierra, paresciendo que no cumplia con el acato que á la de su majestad se debe sino dándola por mi mano, y que no se sufria que carta mia fuese antes de la de su majestad; pero viendo que habia dilacion en mi ida, y porque me dicen que vuesamerced junta los pueblos en esa ciudad de Lima para hablar en los negocios pasados, me paresció que con mensajero propio la debia enviar; y así, envio solo á llevar la de su majestad y esta á Pedro Hernandez Paniagua, por ser persona de la calidad que requiere la carta de su majestad, y tan principal en aquella tierra de vuesamerced y uno de los que mucho son entre sus amigos y servidores; y lo demás que yo en esta puedo decir es, que España se alteró sobre cómo se debrian tomar las alteraciones que en esas partes ha habido después que el visorey Blasco Nuñez, que Dios perdone,

entró en ellas; y después de bien mirados y entendidos por su majestad los pareceres que en esto hubo, le paresció que en las alteraciones no habia habido hasta agora cosa por que se debiese pensar que se habian causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los desa provincia del rigor y aspereza contra el derecho que estaba debajo de la suplicacion, que para su majestad tenian dellas interpuesta, y para poder tener tiempo en que su rey los oyese sobre su suplicacion antes de la ejecucion; y así parescia por la carta que vuesamerced á su majestad escribió, haciéndole relacion de cómo habia aceptado el cargo de gobernador por habérselo encargado el audiencia en nombre y debajo del sello de su majestad, y diciendo que en aquello serviria, y que de no lo aceptar seria deservido, y que por esto lo habia aceptado hasta tanto que su majestad otra cosa mandase, lo cual vuesamerced, como bueno y leal vasallo, obedeceria y cumpliria. Y así, entendido esto por su majestad, me mandó venir á pacificar esta tierra con la revocacion de las ordenanzas de que para ante él se habia suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido y de ordenar y tomar el parecer de los pueblos en lo que mas conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra, y beneficio de los pobladores y vecinos della, y para remediar y emplear los españoles á quien no se pudiesen dar repartimientos, enviándolos á nuevos descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no tuvieren de comer en lo descubierto lo tengan en lo que se descubriere, y ganen honra y riqueza, como lo hicieron los conquistadores de lo descubierto y conquistado. A vuesamerced suplico mande mirar esta cosa con ánimo de cristiano y de caballero y hijodalgo y de prudente, y con el amor y voluntad que debe y siempre ha mostrado tener al bien desa tierra y de los que en ella viven, con ánimo de cristiano, dando gracias á Dios y á nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociacion tan grave y pesada como es en la que vuesamerced se metió y hasta agora ha tratado se haya entendido por su majestad y por los demás de España, no por género de rebelacion ni infidelidad contra su rey, sino por defensa de su justicia derecha, que debajo de la suplicacion que para su príncipe se habia interpuesto tenian, y que pues su rey, como católico y justo, ha dado á vuesamerced y á los desa tierra lo que suyo era y pretendian en su suplicacion, deshaciéndoles el agravio que por ella decian habérseles hecho con las ordenanzas, vuesamerced dé llanamente á su rey lo suyo, que es la obediencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda. Pues no solo en esto cumplirá con la natural obligacion de fidelidad que como vasallo á su rey tiene, pero aun tambien con lo que debe á Dios, que en ley de natura y de escritura y de gracia siempre mandó que se diese á cada uno lo suyo, especial á los reyes la obediencia, so pena de no poderse salvar el que con este mandamiento no cumpliere, y lo considere asimismo con ánimo de caballero hijodalgo, pues sabe que este ilustre nombre le dejaron y ganaron sus antepasados con ser buenos á la corona real, adelantándose mas en servirla que otros que no merecieron quedar con nombre de hijosdalgo; y que seria cosa grave que le perdiese vuesamerced por no ser cuales fueron los suyos, y pusiese nota y obscuridad en lo bueno de su linaje, degenerando dél. Y pues, después del alma, ninguna cosa es entre los hombres mas preciosa (especialmente entre los buenos) que la honra, se ha de estimar la pérdida della por mayor que de otra cosa ninguna, fuera la del alma, por una persona como vuesamerced, que tan obligado á mirar por ella la dejaron sus mayores y le obligan sus deudos, cuya honra, juntamente con la de vuesamerced, rescibiria quiebra, no haciendo él lo que con su rey debe, porque el que á Dios en la fe ó al Rey en la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, mas aun escurece y deshace la de su linaje y deudos. Y asimismo lo considere con ánimo y consideracion de prudente, conosciendo la grandeza de su rey y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su príncipe, y que ya que por no haber andado en su corte ni en sus ejércitos no haya visto su poder y determinacion que suele mostrar contra los que le enojan, vuelva sobre lo que dél ha oido, y considere quién es el Gran Turco, y cómo vino en persona con trecientos y tantos mil hombres de guerra y otra muy gran muchedumbre de gastadores á dar la batalla, y que cuando se halló cerca de su majestad junto á Viena entendió bien que no era parte para darla, y que se perderia si la diese; y se vió en tan gran necesidad, que olvidada su autoridad, le fué forzado retirarse, y para poderlo hacer tuvo necesidad de perder tantos mil hombres de caballo que delante echó, para que, ocupado en ellos su majestad, no viese ni supiese cómo se retraia él con la otra parte de su ejército. He representado esto, porque entiendo que muchas veces se mira y tiene en mucho lo que se ve aunque sea poco, y lo que no se ha visto ni experimentado, por no se advertir, no se entiende ni tiene en lo que es, aunque sea mucho; y deseo con ánimo de buen prójimo que vuesamerced y cualquier otros de los que en esa tierra están no se engañasen, teniendo en algo lo que pueden en respecto de quien es el poder de su majestad, que es tanto, que cuando se hubiese de venir á allanar esa tierra, no por el camino de clemencia y benignidad que Dios y su majestad han sido servidos se tenga en pacificarla, sino por rigor, habria mas necesidad que no se metiese en esa tierra mas gente de la que para ello fuese menester, por no la destruir, que no de procurar que fuese la que bastase. Y tambien debe vuesamerced considerar cuán otra seria la negociacion de aquí adelante de lo que ha sido hasta agora, porque en lo pasado los que á vuesamerced se allegaban le eran buenos por el enemigo con quien lo habia, y por la causa que trataba contra el enemigo, que era Blasco Nuñez, á quien cada uno de los que á vuesamerced seguian tenia por propio enemigo, por tener creido que Blasco Nuñez, no solo la hacienda, pero la vida, deseaba quitar á todos los que le eran contrarios; y cualquiera que se ayudase de vuesamerced para defenderse de su enemigo era forzado que le fuese bueno en aquella cosa y por la causa que trataba, porque cualquiera de los vecinos del Perú que con vuesamerced se juntó, no fué por defender lo de vuesamerced, sino su propio derecho, y en tanto que para defender su cosa propia uno se ayudase de vuesamerced, forzado es que le habia de ser bueno, no por ser bueno á vuesa-

merced, sinó á su propia negociacion; pero de aquí adelante, como á los del Perú se asegura la vida por el perdon, y la hacienda por la revocacion de las ordenanzas, y en lugar de un enemigo comun á los del Perú, se ponga el mas natural amigo que los españoles tenemos, que es nuestro rey, al cual tenemos natural obligacion de amar y guardar lealtad, porque nacimos en ella y la heredamos de nuestros padres y abuelos y antepasados de mas de mil y trecientos años á esta parte, que guardamos esto amor y lealtad á nuestros reyes. Y ha vuesamerced de tener entendido y pensar que en el estado que ya las cosas tienen y han de tener, de ninguno se podria fiar, antes de su propio hermano se habria de recatar, y pensar que habria de poner en vuesamerced las manos; porque, como el padre y el hermano y cualquier otro tenga mas obligacion á mirar por su ánima y consciencia que no á la vida y voluntad de su hijo y hermano ni amigo, viendo su hermano que negando la obediencia á su rey perdia el alma, no solo en esto no le seguiria, pero le seria contrario, como lo vimos en las comunidades de España; considerando en cuánta mas obligacion era á su honra y á la de su linajo que no á seguir el querer de vuesamerced, y dar á entender á su rey y á todo el mundo que su fidelidad y bondad bastaba para limpiar cualquier mancilla que en su linaje se hubiese puesto; y se puede pensar que con muy mayor rigor procuraria satisfacerse de vuesamerced, como estos dias aconteció á dos hermanos españoles, los cuales el uno estaba en Roma, y entendiendo allí cómo el otro, que residia en Sajonia, era luterano, vivia muy afrentado, paresciéndole que su hermano deshonraba á él y á su linaje; queriendo remediar esto, se partió de Roma y fué hasta Sajonia con determinacion de convertir á su hermano, y cuando no pudiese, matarle, y así lo hizo; que, después de haber procurado mucho quince ó veinte dias que con él estuvo que se convirtiese y quitase la infamia que en su linaje tenia puesta, y no lo pudiendo acabar, lo mató, sin que le estorbase el deudo ni amor de hermano, ni el temor de perder la vida matando aquel por ser luterano en pueblo y tierra donde todos lo eran, porque entre buenos este apetito que á la honra se tiene es tan grande, que vence á todo deudo y al deseo de vivir, especialmente conosciendo su hermano, que, no solo á su alma y honra, mas á la conservacion de la vida y hacienda tenia mas obligacion, que no seguir la voluntad de vuesamerced, mayormente no siendo esta ordenada como debia; y conosciendo que siguiéndola, no solo perderia el alma y honra, mas al fin habria de venir á perder la persona y la hacienda; y finalmente, quien mas á vuesamerced hubiese seguido, teniéndose por ello por mas culpado, y entendiendo que para volver en gracia de su rey, y que no solo le perdonase, pero aun le hiciese mercedes, le convenia señalarse, seria el que primero y con mas diligencia procurase faltar á vuesamerced y hacer plato de su persona; de manera que seria negociacion la que vuesamerced tomase, queriendo llevar este desasosiego adelante, en que los mas amigos le serian mas peligrosos, y que ninguna palabra ni sacramento ante Dios ni el mundo ternia fuerza, pues darla seria feo en ley de cristiano, y guardarla mucho mas; y no solo los amigos, mas aun la hacienda, en tal caso le dañaria, pues por codicia della le harian con mas instancia contradicion los que pensasen qué les podria caber parte della. Y considere cómo el dia que su majestad ó el que sus voces tuviere perdonare á los del Perú, si viniese á méritos de exceptar alguno, cuán solo y en peligro quedaria el tal exceptado, quedando los otros perdonados y desagraviados. Y asimismo le suplico mire y considere esta cosa con el amor que debe y ha mostrado tener al bien desa tierra y vecinos della, porque con dar fin á los desasosiegos y alteraciones que hay y ha habido, dejará vuesamerced encargados á todos los vecinos della por haberles ayudado en que contra el derecho de sus suplicaciones no se ejecutasen las ordenanzas, y su majestad haya sido servido de mandarles oir y desagraviar, como lo ha hecho; y á llevar vuesamerced este desasosiego adelante, no solo pierde todo el mérito que cerca de los vecinos en lo pasado paresce haber ganado, pues queriendo que dure el desasosiego después de haberse conseguido lo que conviene al bien dellos, daria á entender que, no por el bien dellos, sino por su propia pretendencia, se puso en lo pasado; pero aun les haria tan gran daño, que con muy gran razon le ternian por enemigo, viendo que los queria tener en continua fatiga y inquietud y peligro de sus vidas y gastos de sus haciendas, y que no los queria dejar gozar dellas con el sosiego de que tienen necesidad para granjearlas y gozarlas y aprovecharse dellas, conforme á la merced que su rey les hace; y aun paresce que no con menos causa, sino con mayor, le podrian tener por tal, cual tuvieron á Blasco Nuñez, pues si él les queria quitar las vidas y haciendas, quien quisiere tenerlos en continuo desasosiego y fuera de la obediencia de su príncipe, parescéria quererles hacer perder las almas y honras y vidas y haciendas. Y tambien es de considerar la causa que se daria, yendo á esa tierra gente en el número que irá, de destruir á ella y á las haciendas que los vecinos della tienen, en gran cargo de consciencia de los que á esto diesen ocasion, y no solo se haria este daño y daria vuesamerced causa de ser desamado de los vecinos y mercaderes, y de las otras personas que en esa tierra tienen oficios y granjerías, de que se hacen ricos; pero aun á las gentes baldías y que no tienen repartimientos y otros tratos de que vivir se haria gran daño, porque, ocupándolos en estas disensiones y desventuras, no solo pierden la vida los que dellos en ellas mueren, pero aun los que quedan; pues habiendo venido tantas leguas desterrados de sus naturalezas y á tan diferentes climas y tan destempladas regiones, con tanto riesgo de la salud, no gastan sus vidas en aquello para que vinieron, que fué ganar con que vuelvan á sus tierras ricos y remediados, ó vivan en estas honrados; lo cual no se puede hacer sino yendo á nuevos descubrimientos, pues no caben todos en lo descubierto. Lo cual no se hace entre tanto que gastan su tiempo en el ejercicio que traen, que es de tan corto provecho, que si quisiesen volver á España, muchos dellos han de buscar para el flete y matalotaje. A vuesamerced suplico que, aunque me haya extendido á representar mas cosas de las que son necesarias para que vuesamerced, como quien es, haga en esta negociacion lo que debe á cristiano y caballero hijodalgo y á su mu-

cha prudencia y al amor que á los vecinos desta tierra y á las cosas della tiene, no se resciba ni atribuya lo que he dicho á desconfianza que yo tengo de la bondad cristiandad y fidelidad de vuesamerced, porque cierto, yo no tengo sino entera confianza, por haber siempre oido que todas estas partes caben en vuesamerced, sino que se eche al deseo y amor con que amo, como buen prójimo y servidor de vuesamerced, á los que en esa tierra están, y deseo su bien y acrescentamiento, y aborrezco y temo su mal y peligro; y lo resciba como quien vuesamerced es, de mí como de hombre que ninguna cosa en esta jornada pretende, sino servir á Dios, procurando la paz que su benditísimo Hijo tanto nos encomendó, y á mi rey, cumpliendo su mandado; y cumplir con la obligacion que como prójimo á vuesamerced y á todos los desa tierra tengo, procurándoles que vivan con estado tan seguro para las almas, honras, vidas y haciendas como es la paz, pues fuera desto, ninguna cosa que buena sea para esta vida ni para la otra puede haber. Y con este celo y amor he sido en esta negociacion el mejor solicitador que vuesas mercedes todos han tenido, y determiné de poner mi persona en trabajo para sacar dél las de vuesas mercedes, y mi vida en peligro por quitar dellos las suyas, paresciéndome que si acabase esta jornada volveria á España alegre, y cuando no, consolado de haber hecho lo que en mí era para cumplir con Dios en la deuda de cristiano, y con mi rey en la de vasallo, y con vuesas mercedes en la de prójimo y natural suyo; que si Dios en este trabajo me llevase, me llevaria sirviendo á él y á mi príncipe, y procurando de hacer bien y quitar de mal á mis prójimos; y pues tanta fe y amor debe vuesamerced y todos los desa tierra, justo es que se advierta en lo que digo, que solo en esto quiero de vuesas mercedes el pago de lo que me deben. Y tambien suplico á vuesamerced cuan afectuosamente puedo que lo que en esta he dicho lo comunique con personas celosas del servicio de Dios, pues el parescer y consejo destos es el seguro y sano, y el que se debe seguir sin sospecha que se dé por interese propio ni otro mal respeto. Nuestro Señor, por su infinita bondad, alumbre á vuesamerced y á todos los demás para que acierten á hacer en este negocio lo que conviene á sus almas, honras, vidas y haciendas; y guarde en su santo servicio la ilustre persona de vuesamerced.—De Panamá, á 26 de septiembre de 546 años.—Servidor de vuesamerced, que sus manos besa.—El licenciado, *Pedro Gasca*.—En el sobrescrito desta carta decia: «Al ilustre señor Gonzalo Pizarro, en la ciudad de los Reyes.»

CAPITULO VIII.

De lo que proveyó y hizo Gonzalo Pizarro en la ciudad de los Reyes y en toda la provincia del Perú, sabida la venida del Presidente.

Llegado Gonzalo Pizarro á la ciudad de los Reyes, donde era su teniente Lorenzo de Aldana (como hemos dicho), le vinieron las primeras nuevas que Pedro Alonso de Hinojosa habia despachado cuando supo la venida del Presidente, con la cual rescibió gran turbacion; y comunicándolo con sus capitanes y gente principal, hubo entre ellos diversos paresceres, porque unos decian que pública ó encubiertamente le enviase á matar, otros que le trajesen al Perú, porque venido seria fácil cosa hacerle conceder todo lo que ellos quisiesen, y que cuando esto no hubiese lugar le podrian entretener largo tiempo con decir que querian juntar todas las ciudades del reino en los Reyes, y llamar allí los procuradores de todas partes para que tratasen de recibirle, y que por haber tanta distancia de unos lugares á otros se podia dilatar esta junta mas de dos años, y que entre tanto el Presidente podia estar en la isla de Puna con soldados de confianza que le guardasen, y así excusaria de no avisar á su majestad de desobediencia ninguna, teniéndole siempre suspenso con que la junta se hacia para rescebirle, y que no se podian juntar con mas brevedad; y los que mas mansamente aconsejaban era, que le tornasen á enviar á España; y ante todas cosas, se resumió entre ellos que se enviasen procuradores á su majestad para negociar las cosas de aquel reino y darle cuenta de las nuevamente succedidas, especialmente para justificar el rompimiento y muerte del Visorey, echándole siempre la culpa, por haber sido agresor y venídolos á buscar; y tambien para suplicar á su majestad proveyese á Gonzalo Pizarro por gobernador de aquella provincia, y que estos procuradores, para este efecto, llevasen poderes especiales de las ciudades, y que de camino se informasen con diligencia en la ciudad de Panamá de los poderes que traia el Presidente, y le requiriesen que no entrase en la tierra hasta que, informado por ellos su majestad, enviase segunda jusion sobre lo que fuese servido proveer; y que si con todo esto, el Presidente quisiese pasar le llevasen á buen recaudo á los Reyes; unos decian que le matasen en el camino, otros que le diesen un bocado en Panamá y matasen á Alonso de Albarado y otras cosas semejantes, que por haber pasado en sus ayuntamientos secretos no se certifican. Demás desto, se acordó que se escribiese una carta con estos mensajeros al Presidente por los principales vecinos de aquella ciudad, tratando contra la determinacion que traia con palabras muy desacatadas y atrevidas. Después de haber pasado diversas determinaciones sobre señalar las personas que habian de venir á España por mensajeros, se resumieron en que viniese don fray Hierónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y Lorenzo de Aldana y fray Tomás de San Martin, provincial de la órden de santo Domingo; aunque al Provincial le tenian por sospechoso en su opinion, por haber hecho y dicho, así en sermones públicos como en pláticas y conversaciones privadas, muchas cosas en que lo manifestaba, tuvieron por cosa conveniente fiarse dél y de los demás á quien tenian en la misma posesion, por dar autoridad á su embajada, y porque no se hallaran otros en la tierra que se atrevieran á ir á la presencia real sin escrúpulo de haber ofendido gravemente en las alteraciones pasadas, y tenian el castigo dello si acá viniesen. Y tambien se consideró en esta eleccion que, caso que estos mensajeros declarasen en España sus ánimos contra ellos, si por ventura eran tales como sospechaban, tenian por cosa conveniente echarlos de la tierra con este título, porque estando presentes, si venia el negocio en riesgo, serian para hacerles mucho daño, por ser personas tan principales y calificadas. Juntamente con ellos Gonzalo Pizar-

ro envió á Gomez de Solís, su maestresala. Unos decian que para llevar ciertos dineros y provision á Hinojosa y su gente, y otros para que viniese á España juntamente con los procuradores. Demás de los cuales, rogaron al obispo de Santa Marta que viniese á España con la misma embajada, y proveyeron á los unos y á los otros de dineros para hacer la jornada; y Lorenzo de Aldana se embarcó luego á gran priesa, entre tanto que los demás se aprestaban, llevando mandado de Gonzalo Pizarro para que con toda brevedad le avisase del suceso, paresciéndole que saliendo como salió Lorenzo de Aldana del puerto de los Reyes por el mes de octubre, á mas tardar le venia el aviso por Navidad, entrante el año de 47, y proveyó por tierra muchas postas, así de cristianos como de indios, para que en llegando la nueva á la costa del Perú se le llevase con mucha brevedad. Pocos dias después se embarcaron los obispos, y llegaron á Panamá sin haber en su viaje ninguna contradicion. Ya hemos dicho cómo Vela Nuñez, hermano del Visorey, andaba en el campo de Gonzalo Pizarro en prision tan libre, que le dejaban ir á caza y pasear por el pueblo á mula y sin armas, habiéndosele hecho grandes apercebimientos sobre el sosiego y quietud de sus pensamientos. Y en este tiempo le succedió una ocasion que le trajo á perder la vida, en esta forma: que un soldado llamado Juan de la Torre, natural de Madrid, de quien arriba hemos hecho mencion, que se pasó del Visorey á Gonzalo Pizarro con Gonzalo Díaz y su gente cuando los enviaron á prender á Pedro de Puelles y á los vecinos de Guanuco, por cierta industria que tuvo, descubrió en el valle de Hica un cierto hoyo donde los indios ofrescian oro y plata, de tiempos muy antiguos, á un ídolo que ellos llamaban Guaca; y afírmase haber sacado de allí mas de sesenta mil pesos en oro, sin mucha copia de esmeraldas y turquesas; todo lo cual entregó al guardian de San Francisco para que se lo guardase, y un dia le dijo en confesion que deseaba venir á España á gozar de aquella prosperidad que su buena ventura le habia encaminado; pero que, considerando haber sido tan parcial á Gonzalo Pizarro y haber ofendido á su majestad en casos tan señalados, no se atrevia á venir hasta hacer á su majestad servicios con que tuviese por bien de olvidar lo pasado; lo cual tenia pensado emprender desta manera: que se alzaria con uno de los navíos que habia en el puerto y se iria con todo su dinero á Nicaragua, y allí juntaria gente y armaria un navío ó dos para salir de corso contra Gonzalo Pizarro y su armada, y saltaria en tierra y haria sus correrías en los lugares que hallase desembarazados, y que para todo esto, por no tener él edad ni autoridad, le convenia buscar una persona en que concurriesen las calidades necesarias á la empresa, que fuese capitan y cabeza della, y que ninguno se le ofrescia que mas justa causa tuviese para ello que Vela Nuñez, por ser caballero tan práctico en la guerra y que era obligado á desear la venganza del Visorey, su hermano, y de tantos deudos y amigos como Gonzalo Pizarro le habia muerto; y que él le entregaria su persona y hacienda, y seria el primero que le obedesciese, y que él hablase algunos criados del Visorey que habia en aquella ciudad para llevallos consigo; y rogó al Guardian que todo esto lo comunicase con Vela Nuñez, y así lo hizo; y porque Vela Nuñez temió alguna encubierta, Juan de la Torre le satisfizo en presencia del Guardian, jurando la verdad de su determinacion sobre una ara consagrada; con lo cual Vela Nuñez aceptó el partido; y en comenzando á tratar con algunos criados del Visorey, no se sabe por qué via se descubrió; de forma que Gonzalo Pizarro le prendió, y habiéndose hecho contra él proceso, le hizo degollar públicamente, diciendo el pregon: «Por traidor al Rey.» Causó esta muerte grande y general lástima en todo el reino, por ser Vela Nuñez muy virtuoso caballero y bienquisto de todos. Por este mismo tiempo sucedió que Alonso de Toro, teniente de gobernador del Cuzco, fué muerto á puñaladas por su mismo suegro sobre ciertas palabras que con él hubo, lo cual sintió mucho Gonzalo Pizarro por la falta que le habia de hacer, y por su muerte nombró por teniente del Cuzco á Alonso de Hinojosa, al cual ya habia elegido el cabildo; y en su tiempo sucedió cierto motin en el Cuzco, por el cual fueron muertos Lope Sanchez de Valenzuela y Diego Perez Becerra, promovedores dél, y otros fueron desterrados por el mismo Hinojosa y por Pedro de Villacastin, alcalde ordinario, que entendieron en la pacificacion de la ciudad.

CAPITULO IX.

De lo que sucedió en Panamá con la llegada de los embajadores.

Siendo señaladas las personas que habian de venir á Castilla á los negocios de la tierra, Gonzalo Pizarro despachó luego á Lorenzo de Aldana, que era uno dellos, y le dió los despachos necesarios, y se tuvo noticia que así él como algunos de sus capitanes habian escrito cartas muy desacatadas, caso que nunca parescieron, y se creyó que, como Lorenzo de Aldana llevaba buena intencion, las rompió y no quiso indignar los negocios mostrándolas. Llegado á Panamá, se aposentó con Hinojosa, porque tenian muy antigua amistad y algun deudo, y luego fué á besar las manos al Presidente, tratando de cosas generales en aquella visitacion, sin tocar en el negocio principal, sin descubrirse en aquellos dos dias; lo cual hizo como hombre recatado para entender las intenciones de los capitanes; y teniéndolas entendidas, se declaró con el Presidente y se ofresció al servicio de su majestad, y en su confianza se acordó que ya se tratase descubiertamente el negocio con Hinojosa; y tomándole aparte Hernan Mejía, le trajo á la memoria todas las cosas pasadas, y cómo estaban en términos de ponerse todo remedio con la venida del Presidente, favoresciéndole y sirviéndole conforme á la obligacion que tenian á su majestad, y que si se les pasaba aquella ocasion, podria ser que en muchos tiempos no la cobrasen; á todo lo cual Hinojosa respondió que él era muy servidor del Presidente y le habia dado á entender la intencion que tenia, y que si su majestad, habiendo oído lo que Gonzalo Pizarro pedia, no fuese servido de lo proveer, en tal caso él cumpliria la voluntad de su rey y señor, sin poder caer en nota de traidor; porque á la verdad Hinojosa (como hombre poco práctico en negocios de lo de la guerra) creia que todo lo pasado llevaba buen título, y que las suplicaciones que se interponian se podian hacer de derecho, y en seguimiento dellas to-

das las diligencias necesarias. Y no faltaban letrados que lo fundaban y sustentaban; y así, estuvo siempre muy recatado para no exceder en su cargo, fuera del intento principal, sin matar ni castigar hombre ninguno ni tomar á nadie su hacienda, como otros capitanes hacian. Hernando Mejía, entendido el engaño en que estaba, se declaró mas con él, diciéndole que, sabida la voluntad de su majestad, que venia cometida al Presidente, no habia para qué esperar otra nueva declaracion ni respuesta, y que le hacia saber que toda la gente estaba determinada de hacer lo que el Presidente mandase, y que él seria el primero; por tanto, que no se dejase engañar, colorando el mal camino en que andaban con paresceres de letrados que eran de la misma liga, pues no habia nadie que no entendiese la verdad del negocio. Hinojosa le pidió término para responderle otro dia; y así, le envió á llamar y se determinó de hacer lo que le aconsejaba, y juntos se fueron á la posada del Presidente, donde Hinojosa se ofresció á su servicio en nombre de su majestad, y le entregó la obediencia, y allí fueron llamados todos los capitanes, y juntos hicieron pleitomenaje de obedescer al Presidente y tener secreto de lo que pasaba hasta que les fuese mandado otra cosa; y así se hizo, sin que los soldados supiesen descubiertamente lo que pasaba, aunque algunos lo entendian por conjecturas, porque vian que el Presidente proveia en todos los negocios y que los capitanes iban y venian á su casa muy á menudo, y le trataban en público y en secreto como á superior. Y viendo el Presidente los inconvenientes que podian suceder de la dilacion, determinó despachar al mismo Lorenzo de Aldana, que con tres ó cuatro navíos, y en ellos hasta trecientos hombres, fuese á correr la costa del Perú y á tomar el puerto de la ciudad de los Reyes para recoger los servidores de su majestad; porque, sabido por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, no tuviese lugar de proveerse de espacio ni de matar á los que él tenia por sospechosos en favor de su majestad como muchas veces entre sus capitanes se trataba; y así, con gran presteza fueron despachados cuatro navíos, yendo por general dellos Lorenzo de Aldana y por capitanes Hernando Mejía y Juan Alonso Palomino y Juan de Illanes. Y para esto se hizo reseña general, y públicamente en ella se entregaron las banderas al Presidente, y él las tornó á los mismos capitanes que las tenian, nombrándolos de nuevo por su majestad, y dejando por general de todo el ejército á Hinojosa, como antes lo era; y embarcaron los trescientos hombres, y se dió paga á los que dellos fué necesario, y se hicieron á la vela, llevando consigo al provincial de santo Domingo, por ser persona tan señalada, que con sola su autoridad bastaba para que todas las personas dudosas le diesen crédito. Asimismo llevaban muchos traslados de las provisiones reales y del perdon, con órden que si fuese posible no tocasen en tierra ni fuesen sentidos hasta que llegasen al puerto de los Reyes, por lo mucho que importaba tomar de sobresalto á Gonzalo Pizarro, aunque esto no se pudo hacer por la causa que adelante se dirá. Y á esta sazon llegó el arzobispo de los Reyes y Gomez de Solís, que holgaron de todo lo sucedido y se profirieron al favor y servicio del Presidente, el cual envió á don Juan de Mendoza á la Nueva-España con cartas para el visorey don Antonio de Mendoza, para que le socorriese con toda la gente que se pudiese juntar en aquella provincia, y á don Baltasar de Castilla para Guatimala y Nicaragua para lo mismo, y á otras personas á Santo Domingo, para que de todas partes le viniese el socorro que fuese posible, creyendo que habia de ser necesario.

CAPITULO X.

De lo que sucedió á Pedro Hernandez Paniagua en su mensaje, y de lo que Gonzalo Pizarro proveyó sabida la entrega de la armada.

Pedro Hernandez Paniagua (á quien tenemos dicho que el Presidente despachó con cartas para Gonzalo Pizarro) llegó al Perú al tiempo que esperaba nuevas de lo que en Panamá habia sucedido con la ida de Lorenzo de Aldana, que fué mediado el mes de enero del año de 47; y tomando tierra en Túmbez, llegó á San Miguel, y un Villalobos, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, le prendió y tomó los despachos, y á muy gran priesa los envió á los Reyes por via de Diego de Mora, que tambien era teniente en Trujillo. Visto todo por Gonzalo Pizarro, despachó una persona de confianza que trajese consigo á Paniagua, avisándole que no le dejase hablar con nadie por el camino; el cual fué y le trajo, y dadas sus creencias y despachos á Gonzalo Pizarro en presencia de todos los capitanes, le mandó que dijese todo lo que se le habia mandado, demás de las cartas, certificándole que por cosa de las que allí pasase no rescibiria daño ni perjuicio ninguno. Y apercibiéndole con esto que si fuera de allí trataba con ninguna persona en público ni en secreto sobre cosa tocante al Presidente, cualquier indicio bastaria para le cortar la cabeza; y luego Paniagua declaró osadamente su embajada; y dicha, le mandaron salir, y hubo algunos votos para que lo matasen, porque decian que trataba con algunos de quien se fiaba las cosas de su opinion; y con todo esto, Gonzalo Pizarro no mostró á ninguno de sus capitanes la carta que el Presidente le escribió ni la que de su majestad le dieron. Todos sus parciales le decian que no convenia que el Presidente entrase en el Perú, y algunos en su presencia decian contra su majestad y contra él palabras muy desacatadas, porque desto mostraba holgarse Gonzalo Pizarro; y luego escribió á la villa de Plata al capitan Carvajal para que con brevedad se viniese á los Reyes, y trajese todo el oro y plata y arcabuces y otras armas que tenia; lo cual se proveyó, no tanto porque se entendiese que seria necesario para defensa ni aparejo ninguno de guerra (pues ni se sabia ni se podia saber la entrega del armada, ni lo demás sucedido en Panamá), como por remediar las grandes quejas que habia del capitan Carvajal en toda la tierra, por las muertes y robos que á cada paso hacia. Unos decian que era para castigarle en su persona, y otros por tomarle mas de ciento y cincuenta mil pesos suyos que habia robado en aquella conquista. En este tiempo se trataban las cosas en Lima tan estrechamente, que nadie se osaba fiar de otro ni decir palabra que tocase á los negocios; porque cualquiera ocasion, por liviana que fuese, bastaba para ser muertos. Y ya Gonzalo Pizarro andaba tan recatado,

que, estando enfermo el licenciado Zárate (cuya intencion habia sentido en muchos negocios ser contra él), aunque tuvo su hija casada con su hermano, le hizo dar unos polvos para remedio de su enfermedad, con los cuales, segun se tuvo por cierto y lo dijeron después algunos criados de Gonzalo Pizarro, le mató; como quiera que sea, mostró haberse holgado con su muerte; luego Pedro Hernandez Paniagua comenzó á negociar su vuelta por medio del licenciado Carvajal, contra opinion de los otros capitanes, que no quisieran que saliera de allí, lo cual fuera para él gran peligro, especialmente si no fuera partido cuando llegó la nueva de la entrega del armada, que, aunque entonces no se sabia en los Reyes, se tenia dello muy mal concepto, por la mucha tardanza que habia en venir nuevas de Panamá; y con sola esta sospecha, Gonzalo Pizarro escribió á Pedro de Puelles, que estaba por él en Quito, y á todos los otros sus capitánes, apercibiéndoles que no se descuidásen, y tuviesen á punto su gente. Y á esta sazon llegó el capitan Carvajal de los Charcas con ciento y cincuenta soldados y trecientos arcabuces y mas de trecientos mil pesos; y el dia que entró en los Reyes se le hizo un muy solemne rescibimiento, saliendo en él Gonzalo Pizarro y todos los de la ciudad, sin faltar ninguno, con mucha música y fiesta. Y en aquel tiempo vinieron nuevas de Puerto-Viejo cómo habian visto los cuatro navíos, y que en reconosciendo la tierra, habian vuelto de otro bordo á la mar, sin tomar puerto ni proveerse de cosa ninguna, como los otros navíos lo solian hacer ordinariamente; lo cual se tuvo por mala señal, y que eran de guerra.

CAPITULO XI.

Cómo la armada del Presidente llegó al puerto de Trujillo, y la rescibieron Diego de Mora y otros, reduciéndose al servicio de su majestad.

Desde que Gonzalo Pizarro tuvo las nuevas de los navíos que tenemos dichos, pasó algun tiempo que no se pudo certificar mas de la verdad, ó porque ellos se apartaban de tierra cuanto podian, ó porque Diego de Mora, teniente de Gonzalo Pizarro en Trujillo, retenia las cartas que sobre ello se escrebian. Con lo cual ninguno en los Reyes podia atinar qué cosa fuese, aunque se puso con esto Gonzalo Pizarro en gran cuidado; y de dia y de noche le hacian guardia los vecinos y los soldados, como cada uno podia, mostrando contentamiento, como si de voluntad lo hicieran. Y á este tiempo Lorenzo de Aldana llegó con los navíos al puerto que llaman de Mal-Abrigo, que es cinco ó seis leguas antes de Trujillo. Y como Diego de Mora habia sabido la venida destos navíos por el mensajero que trajo la nueva dellos de Puerto-Viejo, aunque no entendia certificadamente quién venia en ellos ni para qué efecto, con otros muchos vecinos de la ciudad de Trujillo se embarcó en un navío que estaba en su puerto, llevando muchos bastimentos de armas y comida, con designo de ir á buscar los navíos, y juntarse con ellos á do quier que los hallase; porque, de cualquier opinion que fuese, lo podia hacer muy á su salvo, pues siendo de Gonzalo Pizarro, podia decir que salia á saber nuevas y llevarles bastimentos, y siendo de su majestad, cumplia mejor su voluntad juntándose sus capitanes con ellos. Y así, quiso su ventura que el mismo dia que salieron del puerto los toparon, y sabida la verdad de la jornada, con gran placer de todos se juntaron y redujeron en uno; y habiendo proveido Diego de Mora á toda la armada del refresco necesario, aquella noche se vinieron al puerto, y sin saltar en tierra, se ordenó que Diego de Mora, con toda aquella gente, se fuese á la provincia de Caxamalca, para que allí con mas seguridad pudiesen esperar el tiempo en que fuese necesaria su ayuda, y en el entre tanto recoger la gente que por allí acudiese; y despacharon mensajeros con cartas y provisiones para los Chachapoyas y á Guanuco y á Quito y á las entradas de Mercadillo y Porcel, para que todos acudiesen al servicio de su majestad. Estas nuevas de lo sucedido en Trujillo llegaron con mucha brevedad á noticia de Gonzalo Pizarro, por medio de un fraile de la Merced, que siempre se habia seguido y favorescido, diciendo solamente la salida de Diego de Mora y de los vecinos, sin afirmar ni poder saber que se habian juntado con la armada. Por lo cual Gonzalo Pizarro creyó que se iban á Panamá á juntar con el Presidente, por lo cual proveyó con brevedad por teniente de aquella ciudad de Trujillo al licenciado García de Leon, que hasta entonces habia traido consigo, y le envió en un navío con hasta quince ó veinte soldados, á los cuales proveyó de los indios de todos aquellos que se habian ido con Diego de Mora, y juntamente envió al comendador de la Merced de aquella ciudad para que en aquel mismo navío tomase consigo las mujeres de los huidos, y las llevase á Panamá á sus maridos para se las entregar; y las que habia viudas enviaba señaladas personas con que se casasen; y si no quisiesen, las llevasen con las otras á Panamá; y aunque para tan desordenada provision se daban diversas razones y colores, la verdadera era quererse apoderar Gonzalo Pizarro, no solamente de los indios de los huidos, pero tambien de sus casas y granjerías, sin que estuviesen presentes las mujeres, que lo habian de defender por la mejor via que pudiesen, ó á lo menos les habian de dar dellos alimentos y las cosas necesarias. Pues saliendo el licenciado Leon con el navío, dende á pocos dias toparon con el armada; y juntándose con ella, se redujeron al servicio de su majestad, unos porque deseaban esta ocasion mucho tiempo habia, otros porque no pudieron hacer menos sin que Lorenzo de Aldana los justiciase; y enviaron al comendador de la Merced, por tierra, á los Reyes, á hacer saber á Gonzalo Pizarro la razon de su venida, y para que hablase so este color á las personas particulares en quien conosciese buena intencion, avisándolos que se saliesen al puerto, porque siempre acudirian los bateles á recoger gente. Sabido esto por Gonzalo Pizarro, mandó recoger al Comendador, y que no hablase ni tratase en público ni en secreto con ninguna persona, mostrando siempre muy gran queja de Lorenzo de Aldana por la burla que le habia hecho, y diciendo que si él siguiera la voluntad de los principales de su campo le hubiera muerto mucho tiempo habia; y todos públicamente le decian que él tenia la culpa por no lo haber hecho. Y sabida tan á la clara la venida de la armada, y la necesidad que tenian de prepararse

para la guerra, que esperaban que entre tanto que la armada subia desde Trujillo á los Reyes, que aunque la distancia no es mas de ochenta leguas, la navegacion dellas es de la dilacion que tenemos dicho. Gonzalo Pizarro comenzó á poner en órden y juntar su gente y meterla debajo de banderas, porque hasta entonces la seguridad que pensaba tener le habia hecho descuidar; y así, nombró nuevos capitanes y les repartió la gente desta manera: señaló por capitanes de gente de caballo al licenciado Carvajal y al licenciado Cepeda, porque le paresció que estos estaban muy prendados en su favor. Y señaló por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y Juan Vélez de Guevara y á Juan de la Torre, y por capitanes de piqueros á Hernando Bachicao y á Martin de Robles y á Martin de Almendras, y proveyóse que Francisco de Carvajal fuese maestre de campo, como hasta allí lo habia sido, y que tuviese para su guardia cien arcabuceros de los que él habia traido de los Charcas, que todos estaban bien encabalgados. Tocáronse atambores para este efecto, y diéronse pregones para que todos los estantes y habitantes de la ciudad, de cualquier suerte que fuesen, se recogiesen á las banderas y fuesen á rescebir paga, so pena de muerte. Y repartiéronse las pagas entre los capitanes desta manera: á los dos capitanes de caballos se dieron cincuenta mil castellanos para que hiciesen cada uno cincuenta de caballo; demás de los cuales, se pusieron debajo de sus estandartes muchos mercaderes y personas pacíficas, que, aunque se entendia que no habian de pelear, se concertó con ellos que se librasen con dar cada uno unas armas y un caballo, y así las dieron; y otros que no las tenian lo reducian á dineros. A Martin de Robles se dieron veinte y cinco mil castellanos para ciento y treinta piqueros que recogió, á Hernando Bachicao se dieron otros veinte mil castellanos para ciento y doce piqueros, á Juan Vélez de Guevara se dieron otros veinte y cinco mil castellanos para ciento y cuarenta arcabuceros, y otro tanto á Juan de Acosta para otros tantos arcabuceros, y á Juan de la Torre se dieron doce mil castellanos para cincuenta arcabuceros con que hacia guardia ordinaria á Gonzalo Pizarro, y á Martin de Almendras se dieron otros doce mil castellanos para cuarenta y cinco piqueros. Nombróse por alférez general del estandarte Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco, con ochenta de caballo que le guardaban, y diéronsele doce mil castellanos para socorro de algunas necesidades, porque la gente de ninguna paga ni socorro tenia necesidad, por ser todos vecinos y los mas ricos de la tierra. Luego sacaron todos sus banderas y hicieron reseña de la gente. El licenciado Cepeda sacó en su estandarte á Nuestra Señora, el licenciado Carvajal puso á Santiago, el capitan Carvajal sacó la misma bandera que trajo en la guerra de los Charcas; el capitan Guevara sacó unos corazones con una cifra dentro en ellos que decia «Pizarro», el capitan Bachicao sacó una cifra, que era una G grande revuelta en una P, que decia «Gonzalo Pizarro», con una corona de rey encima; y así los otros de diferentes maneras, y en solo el estandarte habia las insignias reales. Luego repartieron su guardia y velaron la ciudad de noche con mucha diligencia; Gonzalo Pizarro entendia por su parte en dar socorros á muchos soldados que no estaban debajo de bandera, y á otros que estaban daba ventajas, demás de lo que habian rescebido, da á mil y á dos mil castellanos, segun los méritos él conoscia de cada uno. Hizo reseña general, y salió él á pié con la infantería. Juntáronse entre todos mil hombres tan bien armados y aderezados como se han visto en Italia en la mayor prosperidad, porque ninguno habia, demás de las armas, que no llevase calzas y jubon de seda, y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, y especialmente por frascos y cajas de arcabuces. Habia mucha cantidad de pólvora; trató luego que todos los soldados se encabalgasen, y para este efecto compró todas las yeguas y machos y caballos que pudo haber, y muchos tomó sin paga. Gastóse en toda la costa número de mas de quinientos mil castellanos. Despachó á Martin Silveira para que fuese á la villa de Plata á traer la gente y dineros que allí habia. Envió á Antonio de Robles al Cuzco para traer la gente que allí tenia Alonso de Hinojosa, su teniente; escribió á Lúcas Martin, teniente de Arequipa, que luego viniese con la gente de aquella villa; envió á mandar á Pedro de Puelles, teniente de Quito, que acudiese con la gente de aquella provincia; despachó para que los capitanes Mercadillo y Porcel, dejadas las entradas en que entendian, trajesen toda la gente á Lima, y lo mismo el capitan Saavedra, que era teniente de Guamanga; y desta manera fueron mensajeros á todas partes, convocando la gente y enviando instrucciones para los capitanes de la forma en que la habian de traer, mandando en suma que no dejasen en todas sus jurisdiciones armas ni caballo ni otro ningun aparejo que diese ocasion á la gente de acudir al Presidente, justificando con todos su causa por las mas coloradas razones que él podia, diciéndoles cómo habiendo él enviado al capitan Lorenzo de Aldana en nombre suyo y de todo el reino á informar á su majestad de todo lo sucedido en la tierra, se habia confederado con el Presidente, y venia contra él con su misma armada, con que se le habia alzado, la cual le costó mas de ochenta mil castellanos; y que, enviando su majestad al Presidente para que entendiese en la quietud y sosiego del reino, de su propria autoridad habia hecho gente, y venia con toda la que habia podido juntar á castigar los que habian excedido en los negocios pasados; y que pues todos habian entendido en ellos, mirasen que tanto le iba á cada uno dellos como á él, pues no habia habido nadie que no le tocase, y que el perdon que decian que traia para los que le favoresciesen, era fingido, porque ya que alguno hubiese, decia que perdonaba lo pasado, lo cual no comprendia la batalla y muerte del Visorey, pues sucedió después de la partida del Presidente; y hasta que su majestad, informado de todo, proveyese de nuevo, él se determinaba resistir la entrada al Presidente, cuanto mas que él estaba informado de muchas personas que se lo habian escrito de España, que su majestad no enviaba al Presidente para quitarle la gobernacion, salvo á que presidiese en la audiencia real, y que estaba él muy cierto dello, porque Francisco Maldonado, á quien él habia enviado á su ma-

jestad, se lo habia escrito; y que lo mismo habia dado á entender el mismo Presidente en la carta que le escribió con Pedro Hernandez Paniagua, sino que después sus mismos capitanes le habian engañado y héchole entrar en la tierra con mano armada; de lo cual seria su majestad muy deservido cuando lo supiese; y pretendia fundar por estas y otras razones que el Presidente habia cometido gran delito en detener los mensajeros, y que por ello se le podia hacer justamente la guerra.

CAPITULO XII.

Cómo se acordó que el licenciado Carvajal fuese á correr la costa con cierta gente, y después no lo enviaron por tenelle por sospechoso.

En este tiempo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo y otros que le aconsejaban, determinaron buscar nueva forma para justificar su causa con los soldados y con el pueblo, y esta fué, que llamando todos los letrados que habia en aquella ciudad de los Reyes, les propuso el delito que decian haber cometido el Presidente en el detenimiento de los navíos, y entrar en la tierra con gente de guerra, contra la comision y mandato que de su majestad traía, persuadiéndoles que seria justo y conforme á justicia hacer proceso contra el Presidente y contra sus capitanes y los demás que le seguian; y los letrados, no osando contradecir la voluntad de Gonzalo Pizarro, concedieron en ella; y así, se hizo el proceso, y dende á pocos dias ordenó una sentencia, cuya sustancia era: que, vistos los delictos que resultaban de aquella informacion contra el licenciado de la Gasca y sus capitanes, hallaba que le debia condenar y condenaba á que le fuese cortada la cabeza, y Lorenzo de Aldana y Hinojosa fuesen hechos cuartos; y desta manera condenaron á cada capitan en el género de muerte que le parecia; la cual sentencia hizo firmar al licenciado Cepeda, oidor, y enviándolo á firmar á los otros letrados, uno dellos, llamado el licenciado Polo Hondegardo, natural de Valladolid, fué á Gonzalo Pizarro, y le dijo que no convenia pronunciarse aquella sentencia, porque podria ser que sus capitanes que ayudaban al Presidente se quisiesen después reducir, lo cual no osarian hacer si supiesen que estaban tan cruelmente condenados, y que, demás desto, el Presidente era clérigo de misa, y que incurrian en pena de excomunion mayor los que firmasen tal sentencia. Y con estas razones se sobreseyó y no se acabó de despachar. En este tiempo tuvo Gonzalo Pizarro noticia cómo los navíos de Lorenzo de Aldana eran salidos de Trujillo y venian la costa arriba, y luego proveyó que Juan de Acosta fuese con cincuenta arcabuceros de caballo á correr la costa y estorbarles que no tomasen agua en los puertos; y así, fué hasta la ciudad de Trujillo, donde estuvo un solo dia, temiendo que Diego de Mora vernia sobre él desde Caxamalca, y tambien porque supo que los navíos estaban en el puerto de Santa; y determinó ir allá, y de su venida tuvo noticia Lorenzo de Aldana por ciertos españoles que en balsas le dieron aviso dello; y hizo una emboscada de ciento y cincuenta arcabuceros, que estaban escondidos en unos cañaverales por donde Juan de Acosta habia de pasar, de lo cual él iba bien descuidado si no topara ciertas espías de la armada, y queriéndolos ahorcar, le descubrieron la celada y le avisaron que si, dejando aquel camino, tomaba el de la mar, toparia algunos marineros que estaban tomando agua, y los envió presos á Gonzalo Pizarro; y aunque los de la emboscada lo sintieron, no fueron parte para quitarles la presa, por estar á pié, y sus contrarios á caballo, y ser la tierra muy arenosa; y con tanto, se tornó Juan de Acosta al puerto de Guaura y esperó allí lo que Gonzalo Pizarro mandaba, el cual rescibió muy bien los presos, y les restituyó sus armas y los mandó dar de vestir y posadas, y los asentó á cada uno en la compañía que quiso, y dellos tuvo entera relacion de la gente que venia en la armada y de todo lo demás sucedido en Panamá, y de los socorros por que el Presidente habia enviado á diversas partes de las Indias; y dellos tambien supo cómo Lorenzo de Aldana habia echado en tierra á fray Pedro de Ulloa, fraile dominico, en hábito de lego, para que publicase por todas partes el perdon; y enviándolo á buscar, le hallaron; y traido á Gonzalo Pizarro, le hizo meter en una sima que tenia hecha junto al alberca de su huerta, donde habia abundancia de sapos y culebras, hasta que con la ocasion de la venida del armada se soltó, como adelante se dirá. Y luego se determinó que el licenciado Carvajal fuese con trecientos arcabuceros de caballo y con la gente de Acosta la costa abajo hasta llegar á Caxamalca y deshacer á Diego de Mora. El licenciado se aderezó para ello, y teniendo toda su gente apercebida para se partir, otro dia de mañana el maestre de campo Carvajal habló á Gonzalo Pizarro, y le dijo que en ninguna manera le convenia que el licenciado Carvajal hiciese aquella jornada, porque no tenia dél entera confianza, y que si hasta entonces le habia seguido era para efecto de vengarse del Visorey, lo cual ya estaba hecho, para que se acordase que todos sus hermanos eran criados de su majestad, especialmente el obispo de Lugo, que le servia en cargos tan preeminentes, y que no creyese que se atreveria á tener la opinion contraria de todos ellos, cuanto mas que debia tener memoria cómo le tuvo preso sin causa ninguna y puesto en términos que lo hicieron confesar y hacer testamento para le matar. Con las cuales razones hizo mudar de parescer á Gonzalo Pizarro, y en su lugar envió al mismo Juan de Acosta, con docientos y ochenta hombres, que fuese á hacer lo que estaba cometido al licenciado Carvajal; y llegado camino de Trujillo á la Barranca, que es veinte y cuatro leguas de los Reyes, no pasó de allí por lo que adelante se dirá. En este tiempo el capitan Saavedra, teniente de Guanuco, rescibió cartas de Lorenzo de Aldana, en que le persuadia se redujese al servicio de su majestad; y determinado hacerlo así, so color de juntar su gente para acudir con ella á Gonzalo Pizarro (porque, como está dicho, le habia enviado á llamar con Hernando Alonso, vecino de aquella villa), y salió con ellos, diciéndoles su voluntad de ir á servir á su majestad, y todos se ofrescieron á lo seguir, excepto tres ó cuatro, que se le huyeron y fueron á dar noticia de lo que pasaba á Gonzalo Pizarro, y él envió treinta soldados con un capitan que destruyese y talase el pueblo; y cuando ellos llegaron, los indios de la tierra se habian alzado por mandado de sus amigos, y estaban de guerra, y defendieron

la entrada á los españoles, los cuales se tornaron á los Reyes, recogiendo las yeguas y ganados que pudieron haber. El capitan Saavedra, con hasta cuarenta de caballo que le quisieron seguir, llegó á Caxamalca, y se juntó con Diego de Mora y con los demás que estaban allí en servicio de su majestad.

CAPITULO XIII.

De cómo Antonio de Robles fué al Cuzco por teniente, y Diego Centeno salió de la Cueva y juntó gente, y fué sobre él y le mató, y tomó la ciudad.

Llegado Antonio de Robles al Cuzco, á quien, como arriba tenemos dicho, Gonzalo Pizarro enviaba por capitan general á aquella ciudad, Alonso de Hinojosa, que hasta allí lo habia sido, le entregó la jurisdiccion y el ejército, aunque no pudo dejar de recebir desabrimiento dello, segun se creyó; Antonio de Robles comenzó á recoger toda la gente y dineros que pudo, y saliendo con ella hasta Xaquixaguana, que son cuatro leguas del Cuzco, tuvo allí nuevas cómo, después de haber estado Diego Centeno por mas de un año escondido en una cueva (como arriba está dicho), tuvo allí noticia de la venida del Presidente y de las cosas mas señaladas que en la tierra pasaban, por lo cual salió luego y comenzó á recoger alguna gente de los que con él habian andado, que estaban escondidos en arcabuzos por huir de la furia de Gonzalo Pizarro y de su maestre de campo; y así, se le juntaron hasta cuarenta hombres, y algunos dellos en los caballos que habian quedado, y los demás á pié y no tan bien armados como era necesario, y determinó dar un asalto en el Cuzco con tanto ánimo como si llevara quinientos hombres. Los principales que con él iban eran Luis de Ribera y Alonso Perez de Esquivel y Diego Alvarez y Francisco Negral y Pedro Ortiz de Zárate y Domingo Ruiz, clérigo (á quien comunmente llamaban el padre vizcaíno), y desta manera caminó hasta llegar cerca del Cuzco. Túvose por cierto que algunos principales de la ciudad, por salir de la sujecion de Antonio de Robles, que era hombre de baja suerte y entendimiento y de poca edad, escribieron á Diego Centeno que viniese á esta empresa, que ellos le harian espaldas cómo tuviese buen suceso; y otros afirmaban que el mismo Hinojosa, sentido de lo que Gonzalo Pizarro con él habia hecho, le envió á ofrescer su favor; y débese creer lo uno ó lo otro, porque, á no ser así, fuera gran temeridad la de Diego Centeno, acometer á tomar una ciudad en que por lo menos habia quinientos soldados á punto de guerra, sin los vecinos, que los mas dellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas por falta de lanzas ó picas. Como quier que fuese sabido por Antonio de Robles la venida de Centeno, se tornó al Cuzco y se comenzó á apercebir, y cuando supo que estaba una jornada de allí, se puso en arma, juntando un escuadron de trecientos hombres en la entrada de la plaza, y envió á correr el campo á Francisco de Aguirre, hermano de Perucho de Aguirre, á quien dijimos haber ahorcado el capitan Carvajal, y él se fué á topar con Diego Centeno, y allí se juntó con él, dándole relacion de todo lo que pasaba, y en la noche, que fué víspera de Corpus Christi del año de 47, le metió por otra calle diferente, por donde estaba hecho el escuadron, y dieron en él por un lado con tanto ánimo como quien iban determinados de vencer ó morir; y como era de noche y el ruido muy grande, no se entendian los unos ni los otros; tanto, que entre los del Cuzco se mataban ellos mismos, por no tener espacio de preguntar el nombre. A Diego Centeno le sucedió bien para este efecto un ardid de que usó, que fué quitar los frenos y sillas á los caballos que llevaba, y echarlos por la calle donde estaba hecho el escuadron, con indios tras ellos que los amenazasen; y como iban corriendo á toda furia, primero desbarataron y rompieron por la gente, que tuviesen lugar de matarlos ni aun de entender si venia alguno encima dellos. Lo cual paresció mucho á lo que hizo aquel capitan de Cartago, que estando cercado en un valle, buscó salida echando los toros delante y vacas que tenia, con haces de paja encendida atados á los cuernos; finalmente, que Diego Centeno y los suyos pelearon con tanto ánimo, que los del Cuzco se desbarataron y huyeron, quedando Centeno con tanta gloria, que pocas veces se ha visto tan pequeño número de gente vencer á tantos, especialmente dentro de su propria ciudad, que peleaban (como suelen decir los historiadores) por sus fuegos y altares. Túvose por cierto que los que primero huyeron fué alguna gente de Alonso de Hinojosa, á quien él lo habia así mandado; pero ni ellos lo dicen, por no confesar su cobardía, ni Centeno lo admite, por no disminuir la victoria. Luego fué Diego Centeno elegido por capitan general del Cuzco en nombre de su majestad, y otro dia cortó la cabeza á Antonio de Robles públicamente, y repartió entre la gente hasta cien mil pesos que allí halló, de Gonzalo Pizarro haciéndolos todo buen tratamiento. Nombró por capitanes de infantería á Pedro de los Rios y á Juan de Vargas, hermano de Garcilaso, y de gente de caballo al capitan Negral, y hizo su maestre de campo á Luis de Ribera. Y así, salió del Cuzco con hasta cuatrocientos hombres la via de la villa de Plata, con intencion de requerir á Alonso de Mendoza, que allí tenia la tierra por Gonzalo Pizarro, que se redujese al servicio de su majestad; donde no, tomar la villa por fuerza de armas. En esta sazon Lúcas Martin, á quien Gonzalo Pizarro envió á Arequipa por la gente que allí habia, salió para le llevar ciento y treinta hombres á la ciudad de los Reyes, y cuatro leguas de Arequipa su misma gente le prendió, y tomando por capitan á Hierónimo de Villegas, siguieron su camino hasta juntarse con Diego Centeno, que estaba en el Collao, aguardando los conciertos que era ido á tratar Pedro Gonzalez de Zárate, maestreescuela del Cuzco, y halló que era ya llegado á los Charcas Juan de Silveira, sargento mayor de Gonzalo Pizarro, á quien tenemos dicho que envió por la gente de aquella provincia, habiendo ahorcado cinco ó seis hombres en el camino de los que habian seguido á Diego Centeno, y tenia juntos hasta trecientos hombres, y lo que dellos sucedió se dirá adelante.

CAPITULO XIV.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á llamar á Juan de Acosta para que fuese sobre Diego Centeno al Cuzco, y degolló á Antonio Altamirano y á Lorenzo Mejía, y el juramento que hizo hacer á los vecinos de los Reyes.

Llegando á Gonzalo Pizarro las nuevas de todo lo sucedido en el Cuzco, y el alzamiento de Centeno y muerte de Antonio de Robles, y viendo por algunas conjecturas que para ello tenia, que la gente de San Miguel habia alzado bandera por su majestad, y que los capitanes Mercadillo y Porcel se habian juntado con Diego de Mora en Paxamalca, por manera que no le quedaba sino solamente la gente que tenia en los Reyes y la de Pedro de Puelles, que estaba en Quito, de quien él tenia seguridad no le faltaria, determinó enviar sobre Diego Centeno al capitan Juan de Acosta con la gente que tenia y con la que mas fuese menester, con determinacion de seguirle con todo el resto de su campo, que eran novecientos hombres, y entre ellos los vecinos mas principales de la provincia, y con ellos allanar la tierra de arriba, y después hacer la guerra á todos los demás, y cuando se viese muy apretado irse al descubrimiento del rio de la Plata ó al de Chili, ó á otros muchos que tenian las entradas por la parte superior de la tierra; y esto se entendia por diversas muestras que para ello daba, aunque no mostró tan poco ánimo que lo dijese á nadie; y así, envió á llamar á Juan de Acosta; y como su gente vió tan gran novedad, se alborotaron, y huyeron siete ó ocho dellos, llevando por cabeza á Hierónimo de Soria, vecino del Cuzco, y se hueran muchos mas si no los previniera cortando la cabeza á Lorenzo Mejía, yerno del conde de la Gomera, y á otro soldado de quien tuvo sospecha que se queria ir, y á otros trajo presos á los Reyes; y pocos dias antes que llegase, paresciéndole á Gonzalo Pizarro que Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco y alférez general de su campo, andaba tibio en los negocios, sin que dél supiese contradicion ni sospecha señalada le hizo dar garrote una noche y después le ahorcó públicamente en el Rollo, repartiendo todos sus bienes, porque era de los mas ricos de la tierra; y dió el estandarte real á don Antonio de Ribera, que poco antes habia venido de Guamanga con hasta treinta hombres y algunas armas y bestias que habia recogido de los vecinos que allí quedaron. Pues viendo Gonzalo Pizarro que sus negocios se empeoraban cada dia, y que no le quedaba ya mas fuerza de la que tenia en los Reyes, con no tener pocos dias antes contradicion en todo el reino, y que si venian á noticia de la gente que le quedaba las provisiones y el perdon y revocacion de ordenanzas que traia el Presidente (lo cual hasta entonces no habia querido mostrar á nadie), todos le dejarian, determinó buscar la mejor forma que pudo para asegurarse dellos; y esto fué, que hizo juntar todos los vecinos y personas señaladas en su posada, y les hizo proponer el gran cargo en que todos le eran por haberse puesto en tantas guerras y trabajos por defenderles sus haciendas, que tenian y poseian por mano del marqués don Francisco Pizarro, su hermano, y que mirasen cuán justificada tenian su causa con haber enviado mensajeros á dar cuenta á su majestad de todo lo sucedido en la tierra para esperar la provision después de ser informado de todo; los cuales mensajeros habia detenido el Presidente en Panamá, y se habia concertado con sus capitanes y tomádole su armada, que le habia costado muy gran cantidad de pesos de oro; lo cual hacia por su particular interese, pues estaba notorio que si trajera provision ó órden de su majestad para hacer guerra, se la enviara con Pedro Hernandez Paniagua; y que, no contento con todo aquello, le entraba en su jurisdicion y le hacia guerra y echaba por el reino cartas muy perjudiciales, como era notorio. Por lo cual él tenia determinado resistir la entrada, lo cual á cada uno de todos convenia como á él; pues estaba claro que gobernando la tierra por rigor de justicia, habia de tomar cuenta de tantas batallas y muertes y robos como habían sucedido; y conforme á esto, tanto interés le iba á cada uno dellos como á él mismo; y que hasta entonces habian tratado de la defensa de las haciendas, y que de allí adelante se trataba de las honras y personas y haciendas, y que á él le habia parescido hacerlos juntar donde estaban, para que, entendido el negocio y su determinacion, cada uno le diese su parescer sobre lo que pretendia hacer, libremente, porque él les prometia como caballero hijodalgo, y si menester era, lo juraba solemnemente, que no les vernia daño en sus personas ni en sus bienes por cualquier determinacion que tomasen, salvo dejallos ir libremente donde quisiesen, y que á quien paresciese seguirle se lo dijese claro, porque se lo habia de prometer y firmar de su nombre, y que les apercibia que mirase cada uno lo que prometia, porque el que quebrantase su palabra habiéndosela dado, ó le viese tibio en los negocios hasta la conclusion de la guerra contra quien quiera que la hiciese, le cortaria la cabeza, y que bastaria muy poca sospecha para ello. Luego todos le dijeron juntamente que le seguirian y harian todo lo que les mandase con toda su posibilidad, y que pornian en ello sus personas y haciendas y vidas; otros, pasando mas adelante, decian que perderian las ánimas por su servicio, y todos daban grandes razones para fundar la justificacion de la guerra, encaresciendo la merced que Gonzalo Pizarro les hacia en tomar á su cargo esta empresa; y otros decian otras vanidades y lisonjas, no dignas de escrebirse, por contentar y asegurar al tirano. Y luego Gonzalo Pizarro sacó escrita en un papel mas á la larga esta proposicion, y hizo que el licenciado Cepeda jurase al pié della de la cumplir, y obedescer á Gonzalo Pizarro en todo cuanto le mandase, y se lo mandó firmar, y tras él firmaron todos los demás. Y hecho esto, se acordó que Juan de Acosta se partiese la via del Cuzco por la sierra con trecientos hombres, de los cuales fué por maestre de campo Paez de Soto-Mayor, y por capitan de gente de á caballo Martin Dolmos, y por capitan de arcabuceros Diego de Gumiel, y de piqueros Martin de Almendras, y dieron el estandarte á Martin de Alarcon; y desta manera prosiguió su camino la via del Cuzco contra Diego Centeno.

CAPITULO XV.

De cómo Juan de Acosta acabó de sacar su gente para el Cuzco, y de lo que Gonzalo Pizarro hizo en la llegada de los navíos del Presidente al puerto de los Reyes.

Teniendo Juan de Acosta su gente en órden y apercebida de todo lo necesario, la sacó de la ciudad de los Reyes, y caminó la via del Cuzco por el camino de la sierra, y en este tiempo Gonzalo Pizarro tuvo nuevas que la armada de Lorenzo de Aldana habia parecido quince leguas del puerto de los Reyes; y después de haber consultado el negocio con sus capitanes, se acordó que Gonzalo Pizarro sacase de la ciudad toda la gente y se fuese á poner cerca de la mar con ella, temiendo que si una vez llegasen los navíos al puerto, habria tan grande turbacion en la ciudad por la priesa de lo que se habia de proveer, que ternian lugar los que quisiesen de irse á embarcar, ó que faltaria tiempo para compeler á que saliesen los que estuviesen sin determinarse; y así se hizo, dándose muchos pregones para que ninguno, de cualquier oficio ó edad que fuese, se quedase en la ciudad, so pena de muerte, apercibiendo que habia de cortar la cabeza á quien se quisiese quedar; y que para este efecto iria él delante, y dejaria en la ciudad al Maestre de campo con cien arcabuceros para ejecutar la pena de los pregones. Anduba la gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender ni tenian ánimo para huir; y algunos que hallaron mejor aparejo se escondieron por los cañaverales y cuevas, enterrando sus haciendas. Y habiendo Gonzalo Pizarro de salir otro dia con la gente que pudiese llevar, se descubrieron en el puerto de los Reyes tres velas, con lo cual se alborotó la gente y se comenzó á tocar arma, y Gonzalo Pizarro salió de la ciudad con todos los que pudo llevar, y asentó su real en medio del camino; por manera que estaba una legua de la mar y otra de la ciudad, por hacer rostro á que los de la mar no saltasen en tierra, y impedir que los suyos no se fuesen á embarcar, y tambien porque no paresciese que desamparaba la ciudad, y porque antes que se apartase della queria saber la intencion de Lorenzo de Aldana, y tentar si por negociacion ó cautela se podia tomar la armada, pues no habia otro remedio para resistirles que no tomasen puerto; porque uno de los capitanes de Gonzalo Pizarro habia echado á fondo cinco navíos que estaban surtos en el puerto en contradicion de los principales del real; y con esta determinacion se juntó toda la gente de pié y de caballo en la plaza de los Reyes, y Gonzalo Pizarro salió con sus banderas tendidas con hasta quinientos y cincuenta hombres, y fué á asentar su real en el asiento ya dicho, y proveyó que ocho de caballo se estuviesen en celada junto á la mar, para que ningun soldado de los navíos que hubiese saltado en tierra pudiese tomar ni echar cartas ni hacer otra diligencia; y así estuvieron hasta otro dia, que Gonzalo Pizarro proveyó que Juan Hernandez, vecino de los Reyes, fuese en una balsa á los navíos y dijese á Lorenzo de Aldana que le enviase un caballero de los suyos, y que él se quedaria en rehenes, para tratar la razon de la venida. Y como Juan Hernandez paresció solo en la costa, luego de la armada enviaron á Juan Alonso Palomino en un batel, que le rescibió y le llevó á la nao capitana, donde entendido por Lorenzo de Aldana lo que queria, envió al capitan Peña, dejando en su poder á Juan Hernandez; y Gonzalo Pizarro mandó que Peña no entrase en el real hasta de noche, porque no pudiese hablar con nadie; y entrando en su toldo, le dió el poder del Presidente y el perdon general que su majestad hacia, y la revocacion de las ordenanzas; y dijo de palabra lo mucho que aquel reino ganaba en obedescer lo que su majestad enviaba á mandar, y que su real voluntad no era que él gobernase, y que para ello enviaba al Presidente con poderes tan bastantes, sabiendo lo sucedido en la tierra. A lo cual le respondió que prometia de hacer cuartos á todos cuantos venian en el armada, y castigar al Presidente por su atrevimiento; encaresciéndole la gran traicion que le habia hecho en detener sus procuradores, y tambien la de Lorenzo de Aldana en venir contra él, habiéndole él enviado y dado dineros con que fuese á España. Y dicho esto y otras muchas cosas, todos los capitanes se salieron fuera, y Gonzalo Pizarro se quedó solo con el capitan Peña; y después de haber tratado con él muy á la larga sobre la justificacion de sus negocios, le prometió cien mil castellanos si diese forma cómo pudiese tomar el galeon de la armada, en quien estaba toda la fuerza della. Peña le respondió que no era él persona que por ningun interés habia de hacer semejante traicion, ni él le deberia cometer sobre ello; y así, aquella noche le entregaron á don Antonio de Ribera para que durmiese en su toldo, sin dejarle hablar con persona ninguna; y á la mañana se tornó á la armada, y vino Juan Fernandez en tierra, con determinacion y promesa de servir á su majestad en todo lo que pudiese. Y paresciéndole á Lorenzo de Aldana que todo su buen suceso consistia en traer á noticia de los soldados el perdon de su majestad, se dió órden cómo se hiciese por mandado de Juan Fernandez, con una cautela tan avisada como peligrosa, y esta fué, que Lorenzo de Aldana le dió todos sus despachos duplicados, y cartas para algunas personas señaladas del campo; y escondiendo las unas en los borceguíes, trajo las otras á Gonzalo Pizarro, y tomándole aparte, le dijo cómo Lorenzo de Aldana le habia persuadido que publicase el perdon en el campo, y que él le habia tomado con todos los otros despachos, así para entretener á Lorenzo de Aldana con esperanza que él lo habia de hacer, como para traerle los despachos y que los viese; dando á entender Juan Fernandez que no sabia que hasta entonces hubiesen venido á noticia de Gonzalo Pizarro, ni él lo habia dicho jamás. Gonzalo Pizarro le agradesció mucho su buen aviso, concibiendo dél gran crédito, y luego tomó todos los despachos, haciendo grandes amenazas y juramentos de castigar muy ásperamente á quien los habia enviado, como lo habia hecho á los demás que hasta entonces le habian ofendido; y luego Juan Fernandez, debajo desta seguridad, pudo dar algunas de las cartas que traia, y otras hizo perdidizas, por manera que vinieron á noticia y poder de sus dueños; y así estuvo Gonzalo en el real miércoles y juéves siguiente, sin acontescer otra novedad.

CAPITULO XVI.

Cómo se huyeron algunas personas del real de Gonzalo Pizarro, y de lo que enviando en pos dellos acontesció.

Cuando Gonzalo Pizarro salió de los Reyes para ir á asentar el real en el campo, dejó por alcalde de aquella ciudad á Pedro Martin de Cicilia, que le habia seguido desde el principio con gran aficion. Era este Pedro Martin hombre viejo, de edad de setenta años, pero muy robusto, recio, cruel y poco temeroso de Dios; villano, natural del lugar de Don Benito, tierra de Medellin. A este dejó por órden que á cualquiera que hallase haberse quedado en la ciudad ó que se viniese del real, no mostrando licencia suya, luego sin ninguna dilacion le ahorcase; lo cual él guardó tan precisamente, que á un hombre que topó, aun no aguardó á horcarle, sino que él por su propia mano le dió de puñaladas; y traia tras sí al verdugo cargado de cabestros, jurando que ninguno toparia á quien no ahorcase; y algunos venian del real con licencia de Gonzalo Pizarro á proveerse de lo necesario. En este tiempo vinieron con esta licencia á la ciudad ciertos vecinos á proveerse de lo que habian menester, los principales de los cuales eran Nicolás de Ribera, regidor y vecino de los Reyes, y Vasco de Guevara y Hernan Bravo de Lagunas, y Francisco de Ampuero y Diego Tinoco, y Alonso Ramirez de Sosa y Francisco de Barrio-Nuevo, y Martin de Meneses y Diego de Escobar, y otros algunos salieron con sus armas y caballos la via de Trujillo, y luego que fueron vistos por las espías dieron mandado á Gonzalo Pizarro, y él proveyó que el capitan Juan de la Torre los siguiese con algunos arcabuceros á caballo; el cual los siguió por espacio de ocho leguas, hasta que topó con Vasco de Guevara y Francisco Ampuero, que se habian quedado en la retaguardia para dar aviso á los delanteros de lo que sucediese; y ellos, viéndose en aprieto, se defendieron ánimosamente, y por ser de noche no los pudieron herir los arcabuceros, y al fin huyeron. Y como Juan de la Torre y los suyos traian los caballos cansados de lo mucho que habian corrido en su seguimiento, no los pudieron alcanzar. Y así, Juan de la Torre se volvió, considerando que aunque alcanzase juntos á los huidos, seria él poca parte para dañarlos, y que eran personas de calidad, que antes se dejarian matar que venir en su poder; y volviéndose al real, topó á Hernan Bravo de Lagunas, que, por no salir junto con los demás ó por otra causa, se quedó rezagado, y llevándole á Gonzalo Pizarro, le mandó ahorcar. Y sabiendo de la prision doña Inés Bravo, mujer de Nicolás de Ribera, uno de los huidos, que era su prima hermana, llevando consigo á su padre, se fué al real de Gonzalo Pizarro, donde se hincó de rodillas delante dél y le pidió con muchas lágrimas la vida de Hernan Bravo; y aunque al principio le fué denegada, después cargaron tanto los capitanes de Gonzalo Pizarro en el negocio, y ella hizo tan grande instancia, que al fin le fué otorgado por ser ella de las mas hermosas y honradas mujeres de la tierra. Hácese mencion deste paso, así porque lo meresció el ánimo desta señora, como para apuntar que, entre todos los que hicieron alguna cosa contra Gonzalo Pizarro durante su tiranía, ninguno quedó sin castigo, sabiéndolo él, sino solo este Hernan Bravo. Y acontesció sobre el perdon otro paso digno de ser referido: que un capitan del mismo Gonzalo Pizarro, llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto á él al tiempo que concedió la vida á Hernan Bravo, le besó en el carrillo, diciendo á grandes voces: «¡Oh príncipe del mundo, mal haya quien te negare hasta la muerte!» Como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernan Bravo y otros algunos se huyeron; lo cual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecia que aun no habia tenido tiempo Hernan Bravo para respirar del trance en que se habia visto, teniendo la soga á la garganta. Con la huida desta gente se causó gran alboroto en el real, porque entre ellos habia personas que habian seguido á Gonzalo Pizarro desde el principio y metido con él grandes prendas, y en que nunca se puso sospecha que le habian de faltar; y con esto Gonzalo Pizarro estaba tan alterado, que no habia nadie que se osase parar delante; y mandó á las guardas que al que tomasen fuera del real le alanceasen luego; y aquella misma noche el capitan Martin de Robles envió avisar á Diego Maldonado, regidor del Cuzco (llamado comunmente el Rico), que Gonzalo Pizarro le queria matar, y que así lo habia consultado con sus capitanes; lo cual él tuvo por cierto, así porque fué uno de los que se pasaron á servir al Visorey desde el Cuzco, como porque, después de perdonado sobre esto, yendo con Gonzalo Pizarro á Quito á la guerra del Visorey, le dió un muy recio tormento sobre sospecha que habia sido en escribir una carta que se echó á los piés de Gonzalo Pizarro, en que se le decian muchas verdades de que á él le pesó, como quiera que después parescieron los que entendieron en aquel negocio; y tambien por haber muy estrecha amistad entre él y Antonio Altamirano, á quien Gonzalo Pizarro habia justiciado, como está dicho; y con esta credulidad, sin esperar á que le ensillasen caballo (caso que los tenian muy buenos), y sin decirlo á ningun criado suyo, se salió luego de su toldo con sola su capa y espada, con ser hombre de edad, y caminó á pié toda la noche hasta llegar á unos cañaverales, donde se pudo esconder, junto á la mar, tres leguas de donde estaban los navíos; y temiendo que por la mañana le irian á buscar, se descubrió á un indio con quien topó, y le hizo hacer una balsa de solo un haz de pajas, y puesto en ella con el indio, que remaba con un palo, se fué á los navíos con muy gran peligro de su vida, porque cuando llegó ya iba casi deshecha la paja y á punto de ahogarse. Luego por la mañana Martin de Robles fué al toldo de Diego Maldonado, y como no le halló, se fué á Gonzalo Pizarro y le dijo cómo Diego Maldonado era huido, y que le parescia que, pues via la diminucion de su campo, debia alzar de allí el real y caminar hácia donde tenia intento de ir, sin dar licencia á persona alguna para que fuese á la ciudad, porque todos se huirian; y por evitar que la gente de la compañía de Martin de Robles no se la pidiese, él queria ir con algunos dellos que estaban desproveidos á la ciudad, para que en su presencia se proveyese de lo necesario, sin perderlos de vista; y que de camino pensaba ir á sacar del monasterio de Santo Domingo á Diego Maldonado, porque le habian dicho que estaba allí retraido, y se le traeria para que, justician-

dole públicamente, nadie se atreviese á huir. A Gonzalo de Pizarro le pareció que Martin de Robles decia bien, y confiándose dél por las muchas prendas que había metido en aquellos negocios, le mandó que así lo hiciese; y tomando ante todas cosas los caballos de Diego Maldonado y los suyos propios, llevó consigo á todos los de su compañía de quien él se fiaba, y en llegando á la ciudad de los Reyes, se salió con hasta treinta de caballo la via de Trujillo, públicamente, diciendo que iba en busca del Presidente, y que Gonzalo Pizarro era tirano, y que todos debian ir á servir á su majestad.

Luego llegaron estas nuevas al campo, donde fué tanto el alboroto que hubo, que parecia imposible aquel dia no huirse todos ó matar á Gonzalo Pizarro, el cual lo apaciguó lo mejor que pudo, mostrando tener en poco todos los que se le habian huido, y determinó levantar el real otro dia por la mañana, y aquella noche huyó Lope Martin, vecino del Cuzco, saliendo á vista de todo el real, y por la mañana mandó Gonzalo Pizarro que la gente caminase hasta una acequia dos leguas de allí, y puso muchas guardias y corredores para que nadie se pudiese huir, paresciéndole que toda la dificultad estaba en sacar la gente doce leguas de la ciudad de los Reyes; y mandó al licenciado Carvajal que estuviese en vela toda la noche para que nadie se fuese, y cuando sintió que la gente estaba sosegada, el licenciado Carvajal se fué la vuelta de la ciudad de los Reyes, y de ahí camino de Trujillo, yendo con él Polo Hondegardo y Márcos de Retamoso, su alférez, y Pedro Suarez de Escobedo y Francisco de Miranda y Hernando de Várgas, y otros muchos de su compañía. Y pocas horas después se fué el capitan Gabriel de Rójas, á quien Gonzalo Pizarro había dado el estandarte, por dejar á don Antonio de Ribera (de quien él mucho se fiaba) en guarda de la ciudad; y con Gabriel de Rójas se huyeron Gabriel Bermudez y Gomez de Rójas, sus sobrinos, y otras muchas personas de calidad, sin que nadie lo sintiese, porque estaba desembarazado el cuartel donde velaba el licenciado Carvajal. Sabido á la mañana por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, lo sintió como era razon, especialmente la ausencia del licenciado Carvajal; haciendo grandes conjeturas sobre qué podria haber sido la causa de su desabrimiento, y culpábase á sí por haberle quitado la jornada adonde envió á Juan de Acosta, creyendo quedar sentido desde entonces; y arrepentíase mucho por no haberle casado con doña Francisca Pizarro, su sobrina, hija del Marqués, como lo trató algunas veces, porque con esto le obligaria á nunca dejarle; y los soldados comenzaron á desmayar con la ida del licenciado Carvajal, considerando que, pues él se iba, sabiendo todos los secretos de Gonzalo Pizarro y habiendo metido tantas prendas en su favor, especialmente sobre la muerte del Visorey, y dejando en el campo mas de quince mil pesos en caballos y oro y plata, que luego fueron repartidos, que debia estar muy de quiebra el negocio de Pizarro, así en la fuerza como en la justificacion, y los mas determinaban irse; y llegó á tanta rotura el negocio, que otro dia, yendo marchando el campo, á vista de todos y del mismo Gonzalo Pizarro pusieron las piernas á los caballos dos soldados, el uno llamado Juan Lopez y el otro Villadan, dando voces y apellidando la voz de su majestad, y que muriese Gonzalo Pizarro, que era tirano; lo cual hicieron confiados en llevar buenos caballos; y era tanto lo que ya se recelaba Gonzalo Pizarro de todos, que á nadie consintió que los siguiese, temiéndose que todos se le huirian; y así, se dió gran priesa á caminar por los llanos la via de Arequipa, huyéndosele en el camino muchos soldados y arcabuceros, caso que en tres ó cuatro dias ahorcó hasta diez ó doce personas señaladas, de quien tuvo sospecha que se querian ir, sin dejarlos confesar. Y llegó á términos, que ya no llevaba mas de docientos hombres, recelándose siempre no le diesen alguna arma fingida con que se le acabase de pasar toda la gente; y así llegó á la provincia de la Nasca, que son cincuenta leguas de los Reyes.

CAPITULO XVII.

Cómo la ciudad de los Reyes se alzó por su majestad, y lo que sobre esto sucedió.

Habiendo caminado Gonzalo Pizarro con su campo en la forma que tenemos contado, don Antonio de Ribera y el alcalde Martin Pizarro y Antonio de Leon y otros algunos vecinos, que por viejos y enfermos se habian quedado en la ciudad con licencia que hubieron de Gonzalo Pizarro para ello, dándole sus armas y caballos, sacaron el pendon de la ciudad de los Reyes, y juntando consigo la gente que pudieron, públicamente en la plaza alzaron la ciudad por su majestad, y pregonaron públicamente las provisiones del Presidente, que de la mar les enviaron; y luego lo hicieron saber á Lorenzo de Aldana, el cual se estaba en la mar con todo buen recado, recogiendo todos los que se iban á juntar. Y para este efecto tenia en la costa al capitan Juan Alonso Palomino con cincuenta hombres, y los bateles á punto para recogerse, siendo necesario; porque siempre temió que Gonzalo Pizarro revolveria sobre la ciudad, sabiendo lo que en ella pasaba; y para ser avisado dello proveyó doce de caballo de los que se habian huido del campo, que estuviesen en el camino para venir luego á toda furia con cualquiera novedad que hubiese, y mandó que el capitan Alonso de Cáceres estuviese en la ciudad de los Reyes recogiendo la gente; proveyó que Juan de Illanes subiese en una fragata la costa arriba hasta echar en tierra en lugar seguro un fraile y un soldado que llevasen al capitan Diego Centeno los despachos del Presidente, y le hiciesen relacion de todo lo que en tierra pasaba, y lo mismo en la ciudad de Arequipa; y envió por tierra mensajeros, personas prácticas, que fuesen á Arequipa con ciertas cartas particulares para diversas personas, y pasando mas adelante, llevasen otras al capitan Alonso de Mendoza y Juan de Silveira; proveyó por medio de los indios de Jauja, que son del mismo Lorenzo de Aldana, cómo se echasen en el real de Juan de Acosta cartas para muchas personas y traslados del perdon, por manera que en todo el reino se tuviese por noticia de la clemencia de que su majestad usaba en aquel reino. Casi todas estas provisiones sucedieron bien, y resultó dellas el provecho de que adelante se hará relacion. En todo este tiempo Lorenzo de Aldana no salió de la mar, teniendo consigo los ciento y cincuenta hombres que trajo en la

armada, salvo que desde allí proveia lo necesario. Y tuvo noticia cómo se enviaban avisos á Gonzalo Pizarro de todo lo que pasaba, y cada dia iban y venian corredores para estorbarlo y tomar lengua de lo que se hacia en el campo. Y un dia trajeron relacion que Gonzalo Pizarro volvia con su gente, lo cual les puso en gran rebato, y paresció después haber sido divulgada esta nueva por el mismo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo á efecto de entretener y embarazar la gente de Lorenzo de Aldana para que no fuesen tras él, de lo cual él tenia gran temor, porque llevaba tan poca confianza de los suyos, que cualquier rebato le paresció que seria parte para huírsele todos; y luego en sabiéndolo, visto que no tenian fuerza para resistir al enemigo, los que tenian caballos se fueron la via de Trujillo, y otros se acogieron á las naos y se escondieron por los cañaverales y lugares secretos que hallaban, hasta que después supieron de cierto que Gonzalo Pizarro iba prosiguien lo su camino, y aun muy de priesa; y luego todos se recogieron á la ciudad, y cada dia venia gente huida, y se tenia nuevas de lo que pasaba en el real, y la última fué que Gonzalo Pizarro llevaba gran temor que su misma gente le habia de matar, y ponia grandes guardas en su seguridad y para que no se huyese nadie, y llevaba tendida la bandera de sus armas solamente; porque, desde el dia que se huyeron el licenciado Carvajal y Gabriel de Rójas, no consintieron traer armas reales. Iba matando cada dia y haciendo nuevas crueldades, de lo cual todo Lorenzo de Aldana daba noticia al Presidente por mar y por tierra, avisándole cuánto convenia apresurar su venida, por ir tan de caida el enemigo, que con cualquier novedad se desharia. Y sabido por Lorenzo de Aldana que Gonzalo Pizarro iba ya ochenta leguas desviado de la ciudad de los Reyes, á 9 de septiembre de 547 saltó en tierra con todos sus capitanes y gente de la ciudad, y le salieron á rescebir con gran solemnidad los capitanes y gente de guerra que habia allí puestos en órden; dejó el armada á cargo de Juan Fernandez, alcalde ordinario de la ciudad, con las solemnidades que se requerian; y él repartió la gente por sus compañías, apercibiéndose de todos los pertrechos y armas necesarias; donde le dejarémos por contar lo que en este tiempo sucedió en el real de Juan de Acosta.

CAPITULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á mandar á Juan de Acosta que se fuese á juntar con él, y de la gente que se le huyó, y el castigo que sobre ello hizo, y cómo fué al Cuzco, y de ahí á Arequipa, donde se juntó con Gonzalo Pizarro.

Juan de Acosta salió de la ciudad de los Reyes (como tenemos contado), caminando por la sierra la via del Cuzco con trecientos hombres bien aderezados, hasta que en el camino supo la venida de Gonzalo Pizarro de los Reyes, y luego envió á fray Pedro, fraile de la Merced, para que le enviase á mandar con él lo que convenia hacer, y con el mismo fraile Gonzalo Pizarro le envió órden para que viniese á juntarse con él por cierta parte que le paresció conveniente; y llegado fray Pedro á Juan de Acosta, le dió el recado que llevaba juntamente con un Gonzalo Muñoz, y le hicieron relacion de todo lo que habia pasado en el real de Gonzalo Pizarro, y de la mucha gente que se le habia huido; de lo cual todo no tenia noticia Juan de Acosta, y aunque lo sabian algunos soldados por cartas que los indios habian echado en el campo, no lo osaban comunicar unos con otros; y encargaron los mensajeros á Juan de Acosta que tuviese secreto hasta juntarse con Gonzalo Pizarro; y así, comenzó á publicar nuevas que dijo haberle traido fray Pedro, fingiendo sucesos prósperos de Gonzalo Pizarro y de la gente que se le juntaba, y que habia enviado personas de quien él se fiaba, para que, fingiendo que se huian y iban descontentos, se alzasen con la armada de Lorenzo Aldana; pero no pudo encubrirse tanto la verdad, que no viniese noticia de Paez de Sotomayor, maestre de campo, y del capitan Martin Dolmos; y sabido por ellos, determinaron cada uno por sí de matar á Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro hasta que por ciertos términos vinieron á entenderse; y comunicando entre ellos, dieron parte á algunos soldados de quien se fiaban, y á la hora concertada que habian de ejecutar su determinacion supo Sotomayor que Juan de Acosta estaba en su toldo hablando en secreto con dos capitanes suyos, llamado el uno Diego Gil y el otro Martin de Almendras, y que tenia doblada gente de guardia que solia; lo cual le dió ocasion de creer que hubiese venido su concierto á noticia de Juan de Acosta, por haberse comunicado con tantos; y temiéndose de lo que podria suceder, se puso á caballo con sus armas, y avisó á mucha priesa á todos los del concierto y los hizo cabalgar, y á vista de todos salieron del real hasta treinta y cinco personas, los principales de los cuales eran Paez de Sotomayor y Martin Dolmos y Martin de Alarcon, alférez general, y Hernando de Albarado y Alonso Rengel y Antonio de Avila y García Gutierrez y Martin Monje, y todas las demás personas señaladas y prácticas en la tierra, y así caminaron la via de Guamango. Y viéndoles ir Juan de Acosta, envió tras ellos sesenta arcabuceros de caballo, los cuales, no pudiéndoles alcanzar, se volvieron, y Juan de Acosta hizo informacion, y ahorcó algunos que entendió que sabian del negocio, y otros prendió y con otros disimuló; y desta manera caminó la via del Cuzco, matando siempre en el campo algunos de quien tenia sospecha y á otros que se querian huir; y llegado al Cuzco, quitó las varas de la justicia que estaban puestas por Diego Centeno, y dejó allí por alcalde á Juan Vazquez de Tapia con el recado que le paresció necesario, y continuó su camino la via de Arequipa para se juntar con Gonzalo Pizarro, y entre tanto se le huyeron otros treinta hombres dos á dos y tres á tres, segun les daba lugar la ocasion, y todos se vinieron á la ciudad de los Reyes á juntar con Lorenzo de Aldana. Llegado Juan de Acosta doce leguas del Cuzco, se le huyó Martin de Almendras con veinte hombres de los mejores que él llevaba, y tornando al Cuzco con ellos y con la gente que allí quedó, fué parte para quitar las varas á los alcaldes á quien las habia dado Juan de Acosta, y envió preso al uno dellos á la ciudad de los Reyes, y puso alcaldes por su majestad. Y viendo Juan de Acosta cuánto se le disminuia cada dia su gente, tuvo por el mejor remedio alargar las jornadas y ir tan de priesa, que se entendia bien que lo hacia mas por ase-

gurar su vida que no porque cumpliese á la negociacion; y así, llegó á Arequipa con solos cien hombres, de trecientos que habia sacado de los Reyes; y halló allí á Gonzalo Pizarro con docientos y cincuenta, con haber tenido pocos dias antes en la ciudad de los Reyes, sin otros muchos que tenia derramados por el reino con diversos capitanes, mil y quinientos hombres; y estaba indeterminable en lo que haria, porque para esperar no le parecia bastante fuerza, y para huir ó esconderse era demasiada. Y así, quedará por contar lo que Diego Centeno hizo después que salió del Cuzco.

CAPITULO XIX.

De cómo Diego Centeno se juntó con el capitan Mendoza, y lo que sobre ello sucedió.

Estando Diego Centeno en el Collao esperando la respuesta de la embajada que habia enviado al capitan Alonso de Mendoza con Pedro Gonzalez de Zárate, maestreescuela del Cuzco, y habiendo rescebido los despachos del Presidente, los cuales Lorenzo de Aldana le habia encaminado, tuvo nuevas de todo lo que en la ciudad de los Reyes habia sucedido, y de la huida de Gonzalo Pizarro, y cómo se le habia juntado Juan de Acosta, y lo uno y lo otro envió de nuevo á hacer saber á Alonso de Mendoza con Luis García de San Mames, vecino del Cuzco, declarándole particularmente los poderes y despachos que el Presidente traia, y cómo, vistos aquellos, y que la voluntad de su majestad era que Gonzalo Pizarro no gobernase en el Perú, los mas caballeros y personas señaladas que con él andaban le habian desamparado, trayéndole á memoria las grandes tiranías y robos y muertes que Gonzalo Pizarro habia hecho, y sobre todo, haberse declarado contra su rey y señor natural, no obedesciendo sus provisiones ni admitiendo la persona que enviaba á gobernar; y que mirase que lo que hasta entonces se habia hecho podia tener algun color, y de allí adelante ninguna cubierta se le podia dar sin caer en gran infamia y renombre de traidor siguiendo á Gonzalo Pizarro y á su dañada intencion, y no habia para qué traer á memoria ni tener cuenta con las diferencias pasadas que habian acontescido en tiempo del capitan Carvajal y Alonso de Toro, porque todos los rencores y pasiones privadas se habian de olvidar por hacer un tan señalado servicio á su majestad como se esperaba. Y con esta embajada, y con la buena intencion que ya don Alonso de Mendoza traia de seguir el nombre de su majestad (aunque no venia determinado á qué parte habia de acudir), luego alzó bandera por su majestad, y se hicieron capitulaciones entre él y Diego Centeno en tal manera, que cada uno se quedase por general de su gente. Y con esta confederacion salió Alonso de Mendoza de la villa de Plata con su gente, y por sus jornadas se vino á juntar con Diego Centeno; en la cual junta de la una y de la otra parte se hicieron grandes alegrías. Viéndose con tanta pujanza, que tenian mas de mil hombres, acordaron ir á buscar á Pizarro y tomarle cierto paso para que no se pudiese huir, porque no les convenia pasar adelante porque habia falta de comida y por otros inconvenientes. Y en esta sazon acontesció que ya casi todos los lugares del Perú, de la ciudad de los Reyes para abajo, habian alzado banderas por su majestad, porque el capitan Juan Dolmos, que era teniente de Puerto-Viejo por Gonzalo Pizarro, al tiempo que vió pasar los navíos de Lorenzo de Aldana por el puerto de Manta, que es el puerto de aquella provincia, por una parte envió dello relacion á Gonzalo Pizarro con gran priesa, diciéndole que le parescia mal no haber surgido en el puerto, y que temia no viniesen de guerra, y por otra parte envió una balsa con ciertos indios á saber de los capitanes de los navíos la razon de su venida, los cuales fueron y trajeron la relacion de todo con cartas de Lorenzo de Aldana aconsejándole lo que habia de hacer, las cuales Juan Dolmos envió al pueblo de Santiago de Guayaquil (que comunmente llaman la Culata), á Gomez Estacio, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, haciéndole saber que su majestad no era servido que Gonzalo Pizarro gobernase, y que enviaba á ello al Presidente; por tanto, que le parescia que todos le debian acudir. Estacio le respondió que cuando viniese personalmente la persona que su majestad enviaba él acudiria; pero que entre tanto no entendia hacer novedad, sino que cada uno se estuviese en su gobernacion. Oido esto, Juan Dolmos fué con siete ó ocho amigos á ver á Gomez Estacio, so color de tratar con él en presencia el negocio; y estando un dia descuidado, le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad en ambos pueblos. Llegadas estas nuevas á la ciudad de Quito, y sabido por Pedro de Puelles, que allí era gobernador, la entrega de la armada y lo demás que habia sucedido, se comenzó á poner á recado, y Juan Dolmos le envió al capitan Diego de Urbina, persuadiéndole que se redujese al servicio de su majestad; Pedro de Puelles le respondió que, certificándose él que su majestad mandaba que Gonzalo Pizarro no gobernase, y viendo presente la persona que enviaba para ello, estaba presto de le acudir; y pocos dias después de ser vuelto Diego de Urbina con esta respuesta, Rodrigo de Salazar, natural de Toledo, de quien Pedro de Puelles hacia gran confianza, concertándose con ciertos soldados amigos suyos, una mañana le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad; y sacando de la ciudad trecientos hombres de guerra, se vino la vuelta del puerto de Túmbez en busca del Presidente; por manera que ya no habia en toda la provincia lugar ninguno que no tuviese la voz de su majestad antes que el Presidente llegase á la tierra.

LIBRO SÉTIMO.

QUE TRATA DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE Á LA PROVINCIA DEL PERÚ, Y DE LO QUE HIZO HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DEJAR PACÍFICA LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el Presidente llegó al puerto de Túmbez, y de allí prosiguió su camino por la sierra contra Gonzalo Pizarro.

En este tiempo el Presidente se embarcó en Panamá con el resto de su ejército, habiéndose proveido con gran diligencia de todo lo necesario para su armada, así de comida como de armas y otras cosas necesarias, y llevando consigo hasta quinientos hombres, aportó con buen tiempo al puerto de Túmbez, quedándosele un solo navío, de que iba por capitan don Pedro de Cabrera, que por no ser tan buen velero, no pudo tomar la costa del Perú y decayó al puerto de la Buenaventura, y después por tierra alcanzó al Presidente, á quien, en saltando en tierra, todos escribieron ófresciéndose á su servicio, y dándole cada uno los avisos y medios que le parescian mas convenientes para el buen suceso del negocio; y á todo respondia el Presidente con mucha gracia; y de todas partes le acudia tanta gente, que le paresció bastante, sin que de otras provincias le viniese ningun socorro; y así, proveyó luego navíos á la Nueva-España y Guatimala y Nicaragua y Santo Domingo, dando relacion del estado de los negocios, y cómo no habia necesidad que viniesen los socorros que él habia enviado á pedir creyendo que serian necesarios. Y hecho esto, proveyó que Pedro Alonso de Hinojosa, su general, caminase con la gente hasta juntarse con los capitanes y ejército que residia en Caxamalca, para que de todos se hiciese un cuerpo; y Pablo de Meneses fué con el armada por mar, y el Presidente, con la gente que le paresció necesaria, continuó su camino por los llanos hasta llegar á la ciudad de Trujillo, donde de todas partes halló nuevas de lo sucedido; y teniendo intento de no entrar en la ciudad de los Reyes hasta dar fin en su jornada, determinó que toda la gente del reino que estaba por su majestad se fuese á juntar con él al valle de Jauja, que era sitio conveniente para desde él esperar y acometer los enemigos, y donde habia abundancia de comida. Y así, envió á mandar á Lorenzo de Aldana y á todos los que con él estaban en los Reyes, que se fuesen á Jauja, donde los esperaria; y él se subió por la sierra, y juntándose con su campo, de que ya estaba poderado su general Hinojosa, caminó con mas de mil hombres que en él habia la via de Jauja con gran placer y contentamiento de todos, esperando verse presto libres de la tiranía de Pizarro, porque aun los mas principales que le siguieron en los principios de su tiranía estaban tan escandalizados de ver muertos mas de quinientos hombres principales á horca y cuchillo, que no tenian una hora de seguridad en sus vidas.

CAPITULO II.

De lo que hizo Pizarro sabida la junta de Diego Centeno y Alonso de Mendoza.

Ya se dijo arriba cómo llegando Gonzalo Pizarro á la villa de Arequipa, la halló despoblada, porque toda la gente della se fué á juntar con el capitan Diego Centeno después de la última entrada que hizo en el Cuzco, y allí procuró Gonzalo Pizarro de saber nuevas de todo lo que pasaba, y supo cómo Diego Centeno estaba en el Collao, cerca de la laguna de Titicaca, y se habia confederado y juntado con Alonso de Mendoza, por manera que con toda la gente del Cuzco y de los Charcas y Arequipa le estaban guardando el paso con cerca de mil hombres; y así, se detuvo Gonzalo Pizarro cerca de veinte dias, esperando al capitan Juan de Acosta con la gente que traia, hasta que llegó con ciento y ochenta hombres, porque los demás se le huyeron en el camino, y otros muchos ahorcó. Y llegado Gonzalo Pizarro, hizo reseña de toda su gente, y halló que tenia quinientos hombres, y escribió al capitan Diego Centeno dándole relacion de todo lo sucedido, encareciéndole las buenas obras que le habia hecho, especialmente cómo al tiempo que mató á Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez le halló á él en la misma culpa y le perdonó, contra parecer de todos sus capitanes; y que él le haria todo el partido que quisiese porque se viniese á juntar con él, y que le perdonaria lo pasado, atento que Lope de Mendoza y otros que habian sido la causa dello habian pagado su yerro. Y con estos despachos envió á un Francisco Voso, el cual los dió á Diego Centeno y se ofresció á servirle, y le avisó cómo Diego Alvarez, su alférez, se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar porque ya en aquella sazon el mismo Diego Alvarez lo habia descubierto á Diego Centeno, diciendo que lo habia hecho por otros fines; y así, Diego Centeno respondió á las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole sus ofrescimientos, y reconosciendo las buenas obras que dél habia recebido, y diciendo lo que pensaria satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que su majestad hacia á él y á todos en perdonarles lo pasado, y que si quisiese venir á juntarse con él y reducirse al servicio de su majestad le seria buen intercesor con el Pre-

sidente para que le hiciese los mejores y mas honrados partidos que hubiese lugar, sin que peligrase su persona ni hacienda; certificándole que si el negocio tocara á otro cualquiera que no fuera su majestad, ningun mejor amigo ni ayudador hallara que á él; y otras cosas y cumplimientos desta calidad; y con este despacho Francisco Voso se volvió al real de Gonzalo Pizarro, y le salió al camino el capitan Carvajal, y se informó de todo lo que habia pasado, y le mandó que no dijese que tenia Diego Centeno mas de setecientos hombres; y llevándole al real, sabida por Gonzalo Pizarro la determinacion de Diego Centeno, sin querer leer las cartas, las quemó públicamente, y luego determinó partirse con toda su gente la via de los Charcas; unos decian que con voluntad de excusar la batalla si Diego Centeno le dejaba pasar, y otros afirmaban que siempre llevó determinacion de romper con él; y así, se fué derecho adonde estaban Diego Centeno y Alonso de Mendoza, llevando siempre el avanguardia el capitan Carvajal, que ahorcó mas de veinte hombres que topó en el camino, y entre ellos un clérigo de misa llamado Pantaleon, porque habia llevado ciertas cartas de Diego Centeno, al cual ahorcó con un breviario al cuello y unas escribanías al pescuezo; y así caminaron hasta que juéves, que se contaron 19 de octubre del año 47, se toparon los corredores de ambos campos y se hablaron, y volvió cada uno á dar nueva á su general, y Gonzalo Pizarro envió de nuevo un capellan suyo á requerir á Diego Centeno que lo dejase pasar y no lo necesitase á dar batalla, protestándole todo el daño que en ella sucediese; al cual capellan el obispo del Cuzco, que estaba en el campo de Diego Centeno, mandó prender y llevar á su toldo. Y Diego Centeno proveyó que su campo durmiese aquella noche en escuadron, caso que él habia mas de un mes que estaba muy malo de calenturas y sangrado seis veces; de forma que ninguno pensó que escapara, y por esta causa se quedó en el toldo, y aquella noche se determinó en el real de Gonzalo Pizarro que Juan de Acosta fuese con veinte hombres muy encubiertamente rodeando hasta meterse en los toldos de Diego Centeno, de donde estaba algo desviado el escuadron, porque ya tenian noticia de Diego Centeno que estaba mal dispuesto y se quedaba en la cama; y así, se hizo con tanto tiempo, que tomó los centinelas primero que fuese sentido; y llegando á los toldos, unos negros que los vieron dieron arma, y Juan de Acosta entonces mandó disparar los arcabuces, lo cual puso tan grande alboroto en el real, que muchos del escuadron acudieron á los toldos, y otros de la gente de Valdivia huyeron, dejando las picas; y al fin, Juan de Acosta se escapó sin perder ninguno de los suyos, y se tornó al real. Otro dia de mañana salieron los corredores de entrambas partes, y los reales se pusieron á vista. El capitan Diego Centeno llevaba poco menos de mil hombres, y entre ellos docientos de caballo y ciento y cincuenta arcabuceros, y los demás piqueros. Iba por maestre de campo Luis de Ribera, y por capitanes de caballo Pedro de los Rios y Hierónimo de Villegas y Pedro de Ulloa, y por alférez general Diego Alvarez, y por capitanes de infantería Juan de Várgas y Francisco Retamoso, y el capitan Negral y el capitan Pantoja y Diego Lopez de Zúñiga; y por sargento mayor á Luis García de San Mames. Gonzalo Pizarro llevó por maestre de campo á Francisco de Carvajal, y por capitanes de gente de caballo al licenciado Cepeda y Juan Vélez de Guevara, y por capitanes de infantería á Juan de Acosta y á Hernando Bachicao y á Juan de la Torre. Llevaba trecientos arcabuceros muy diestros y ochenta de caballo, y los demás, hasta cumplimiento de quinientos hombres, eran piqueros.

CAPITULO III.

Del rompimiento de la batalla que se dió entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno y sus campos, que comunmente se llama la de Guarina.

Desta manera se fué juntando el un ejército al otro con buena órden, con gran música que Gonzalo Pizarro llevaba de trompetas y ministriles altos, hasta que habia seiscientos pasos de distancia, y entonces el capitan Carvajal mandó hacer alto á su gente, y la de Diego Centeno marchó otros cien pasos adelante, y tambien hizo alto. Y luego del real de Gonzalo Pizarro salieron cuarenta arcabuceros sobresalientes, y se sacaron del cuerpo del ejército dos mangas de cada cuarenta arcabuceros á la una banda y á la otra; Gonzalo Pizarro se puso entre la infantería y la gente de caballo. Del real de Diego Centeno salieron treinta arcabuceros sobresalientes, y empezaron á escaramuzar los unos con los otros. Y viendo Carvajal que el campo de Diego Centeno estaba parado, pretendiendo sacarle de paso, mandó que su gente marchase diez pasos adelante con grande espacio; lo cual viendo los de Diego Centeno, hubo algunos dellos que dijeron que ganaban con ellos honra sus enemigos; y comenzaron todos á marchar, y el campo de Gonzalo Pizarro se paró. Y viendo venir los contrarios al capitan Carvajal, mandó disparar algunos pocos arcabuces para provocar al enemigo que disparase de golpe, como lo hizo; y la infantería de Centeno comenzó á marchar á paso largo caladas las picas y á disparar segunda vez los arcabuceros sin hacer ningun daño, porque habia trecientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningun arcabucero suyo disparase hasta que tuvo los contrarios poco mas de cien pasos de sí, que mandó disparar la artillería; y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rociada mataron mas de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes; de suerte que se comenzó á abrir el escuadron, y de la segunda vez se desbarató de todo punto y comenzaron á huir sin órden, sin que aprovechasen las voces que el capitan Retamoso daba desde el suelo, donde estaba herido con dos arcabuces; y viendo la gente de caballo el desbarate de la infantería, arremetió con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño, y mataron el caballo á Gonzalo Pizarro, y á él derribaron en el suelo, sin hacerle otro daño; y Pedro de los Rios y Pedro Ulloa, que estaban determinados de arremeter con su gente á la infantería, rodearon al ejército por tomar por un lado el escuadron, y dieron en una de las mangas de los arcabuceros, donde rescibieron mucho daño, que de los primeros tiros fué muerto Pedro de los Rios y algunos de los suyos. Y viendo los que quedaron en pié desbaratada la infantería, y casi

tambien la gente de caballo, huyeron todos, cada uno por do mejor podia. Pizarro caminó con buena órden hasta los toldos de Centeno, matando en el camino cuantos toparon; y tambien de la gente de Centeno que huyó dieron muchos en el real de Gonzalo Pizarro, el cual hallaron tan solo, que seguramente podian tomar los caballos y mulas que allí habian dejado los soldados de la infantería, y huir en ellos, robando el oro y plata que allí hallaron. El capitan Hernando Bachicao, al tiempo que los de caballo rompieron, viendo los suyos desbaratados, huyó hácia la parte de Diego Centeno, creyendo que estaria por él la victoria; lo cual no pudo ser tan secreto, que no lo supiese el capitan Carvajal, y topando con él, le ahorcó, llamándole compadre, porque en la verdad lo era, y otras palabras de burla. Diego Centeno, al tiempo que se dió la batalla, estaba fuera de ella en una hamaca, que lo llevaban seis indios muy enfermo y casi sin ningun sentido, y en el rompimiento se escapó por la buena diligencia que sus amigos en ello pusieron. Y así se fenecció este recuentro tan sangriento, que de parte de Diego Centeno murieron mas de trescientos y cincuenta hombres, con treinta que el capitan Carvajal justició después del vencimiento, y entre ellos á fray Gonzalo, fraile de la Merced, que era sacerdote, y otros principales. Murió el maestre de campo Luis de Ribera y los capitanes Retamoso y Diego Lopez de Zúñiga, y Negral y Pantoja, y Diego Alvarez y otros muchos soldados. De parte de Gonzalo Pizarro murieron hasta cien hombres. El capitan Carvajal, con ciertos de caballo, fué algunas jornadas la via del Cuzco en seguimiento de los que huian, especialmente si podia alcanzar al obispo del Cuzco, de quien tenia muy gran queja porque habia ido con Diego Centeno y halládose personalmente en la batalla; y no lo pudiendo alcanzar, ahorcó á muchos que topó en el camino, y entre ellos á un hermano del obispo y á un fraile de santo Domingo, su compañero; y así, se volvió, y Gonzalo Pizarro repartió la tierra entre sus soldados, prometiéndoles que todo habia de ser para ellos; y mandó recoger y curar los heridos y enterrar algunos de los muertos; y proveyó que Dionisio de Bobadilla fuese con alguna gente á la villa de Plata y á las minas á coger todo el oro y plata que hallase, y Diego de Carvajal, á quien llamaban el Galan, fué á Arequipa á lo mismo; y Juan de la Torre fué al Cuzco, donde fueron justiciados Juan Vazquez de Tapia, que era alcalde ordinario, y el licenciado Martel. Y tambien mandó que todos los que hubiesen sido soldados de Diego Centeno se viniesen á sentar por lista en sus banderas, so pena de muerte, y perdonólos todo lo pasado, sino fué á las personas que habian hecho cosas señaladas en servicio de su majestad; envió á Pedro de Bustincia con cierta gente que fuese á tomar los caciques de Andaguailas y otros comarcanos para que proveyesen de comida el campo; y pocos dias después Gonzalo Pizarro se vino al Cuzco con mas de cuatrocientos hombres, donde se comenzó á apercebir de todo lo necesario, habiendo él y su gente cobrado grande ánimo y soberbia con el vencimiento de la batalla de Guarina por haber sido con tanta ventaja y muertes de sus contrarios, siendo el número de la gente desigual.

CAPITULO IV.

Cómo el Presidente juntó su gente en el valle de Jauja, y de lo demás que allí proveyó.

Ya se ha contado arriba cómo el Presidente, no queriendo entrar en la ciudad de los Reyes, caminó por la sierra la via del valle de Jauja, llevando consigo la gente que habia traido de Tierra-Firme y la que los capitanes Diego de Mora y Gomez de Albarado y Juan de Saavedra y Porcel y los demás tenian junta en Caxamalca, y enviando á mandar al capitan Salazar, que estaba en Quito, que caminase con la suya hasta se juntar con él; proveyendo, demás desto, que el capitan Lorenzo de Aldana con la gente de su armada y de la ciudad de los Reyes saliese en su rastro. Desta manera llegó al valle de Jauja con hasta cien hombres, y fué el primero que entró en él, y comenzó á percebirse de todas las cosas necesarias, así de municiones como de mantenimientos, de que hay abundancia en aquella tierra (como hemos dicho), y el mismo dia que llegó se juntaron con él el licenciado Carvajal y Gabriel de Rójas, y luego vinieron Hernan Mejía de Guzman y Juan Alonso Palomino con sus compañías, dejando en los Reyes por justicia mayor al capitan Lorenzo de Aldana con la gente de su compañía, por la necesidad que habia de tener seguro aquel pueblo y puerto para todos los fines; y así, en poco tiempo se juntaron en aquel valle mas de mil y quinientos hombres; y el Presidente ponia gran diligencia en juntar fraguas y herreros, y hacer nuevos arcabuces y aderezar los que estaban hechos, y cortar picas y proveerse de todos géneros de armas; en lo cual entendia con tanta destreza como si toda su vida se hubiera criado en ello, poniendo gran solicitud en visitar el campo y las obras que en él se hacian, y en curar los soldados enfermos; tanto, que parecia cosa imposible bastar un solo hombre á tantas cosas; con lo cual cobró en poco tiempo el amor de toda la gente. Y en este tiempo le vinieron nuevas del desbarato de Diego Centeno, lo cual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo, y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto, que muchas veces habian sido de parescer que el Presidente no juntase ejército, porque solo el de Diego Centeno bastaba á desbaratar á Gonzalo Pizarro. Y luego proveyó que los capitanes Lope Martin y Mercadillo fuesen con cincuenta hombres á la villa de Guamanga, que está treinta leguas mas adelante, para tomar los caminos y saber lo que hacia el enemigo y recoger la gente que se viniese huyendo del Cuzco; y avínoles tambien que, teniendo noticia Lope Martin que Pedro de Bustincia estaba en Andaguairas haciendo lo que arriba tenemos dicho, se adelantó con quince arcabuceros, y dió una noche sobre él, y le prendió y ahorcó algunos de los que con él iban, y tornóse á Guamanga, y juntó consigo todos los caciques de la comarca; y tuvieron formas para avisar por todas partes de la venida del Presidente, el cual en Jauja comenzó á ordenar su campo, y proveyó que el mariscal Alonso de Albarado fuese á la ciudad de los Reyes á traer la gente que allí habia, y algunas piezas de artillería de las de la armada, y ropa y dineros para algunos soldados; lo



cual todo se efectuó en breve tiempo, y fué ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, segun y de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El mariscal Alonso de Albarado fué nombrado por maestre de campo, y el licenciado Benito de Carvajal por alférez general, y Pedro de Villavicencio por sargento mayor. Y por capitanes de gente de caballo don Pedro de Cabrera y Gomez de Albarado, y Juan de Saavedra y Diego de Mora, y Francisco Hernandez y Rodrigo de Salazar y Alonso de Mendoza; por capitanes de infantería á don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernan Mejía de Guzman y Juan Alonso de Palomino, Gomez de Solís, Francisco Mosquera, don Hernando de Cárdenas, el adelantado Andagoya, Francisco Dolmos, Gomez Dárias, el capitan Porcel, el capitan Pardaver, el capitan Serna. Nombró por capitan de artillería á Gabriel de Rójas. Tenia consigo al arzobispo de los Reyes y á los obispos del Cuzco y Quito, y al provincial de santo Domingo, fray Tomás de San Martin, y al provincial de la órden de la Merced, y á otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la última reseña que mandó hacer halló que tenia setecientos arcabuceros y quinientos piqueros y cuatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó á Xaquixaguana se recogieron hasta llegar á número de mil y novecientos hombres; y así, salió el campo de Jauja á 29 de diciembre del año de 47, caminando en buena órden la via del Cuzco, para tentar por dónde habria menos peligro de pasar el rio de Avancay.

CAPITULO V.

De cómo llegó Pedro de Valdivia al real del Presidente, y con él otros capitanes.

Habiendo salido el Presidente del valle de Jauja, llegó á su campo el capitan Pedro de Valdivia, que, como arriba está dicho, era gobernador en la provincia de Chili, y habia venido de allá por mar, para desembarcar en la ciudad de los Reyes, para llevar gente y municion y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venian, porque traian muy gran abundancia de dineros, y se fué en rastro del Presidente hasta se juntar con él, lo cual se tuvo á buena dicha, porque aunque con el Presidente estaba gente y capitanes muy experimentados, ninguno habia en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardides del capitan Francisco de Carvajal, por cuyo gobierno y industria se habian vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Guarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenia; por lo cual todo el campo del Presidente estaban atemorizados, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia. Tambien llegó en aquella coyuntura el capitan Diego Centeno, con mas de treinta de á caballo que con él escaparon de la rota de Guarina; y así, continuaron su camino padeciendo gran necesidad de comida, hasta llegar á Andaguairas, donde el Presidente se detuvo mucha parte del invierno, que fué de muchas y mas recias aguas, que de dia ni de noche no cesaba de llover; tanto, que los toldos se pudrian por no haber lugar de enjugarse, y por estar el maíz que comian tierno con la mucha humedad, adolescieron muchos, y algunos murieron del flujo del vientre, caso que el Presidente tenia especial cuidado de hacer curar los enfermos por medio de fray Francisco de la Rocha, fraile de la órden de la Santísima Trinidad, que tenia cargo y por copia mas de cuatrocientos dellos, y los proveia de médicos y medecinas, como si estuvieran en un lugar muy bueno y bien proveido y poblado, y por su buena diligencia convalescieron casi todos; y allí estuvo el campo hasta que llegaron Valdivia y Centeno, como está dicho, en cuya venida se hicieron grandes fiestas y juegos de cañas y corrieron sortija, y de ahí adelante Valdivia comenzó á entender en los negocios de la guerra, juntamente con el mariscal Alonso de Albarado y el general Hinojosa; y cuando se reconosció la primavera y comenzaron á cesar las aguas, partió el campo de Andaguairas, y fué asentar en la puente de Avancay, que está veinte leguas del Cuzco, donde estuvo aguardando hasta que en el rio de Apurimá, que es doce leguas del Cuzco, se hiciesen puentes para poder pasar. Los enemigos tenian quedradas todas las puentes de aquel rio, de forma que parescia imposible poderle pasar si no rodeaban mas de setenta leguas; y así, paresció de menos inconveniente procurar de hacer las puentes; y para desvelar el Presidente los enemigos, y que no supiesen dónde habian de acudir á resistir los reparos, mandó traer materiales á tres lugares para reedificar las puentes, la una que estaba en el camino real, y la otra en el valle de Cotabamba, que era doce leguas mas arriba, y la otra en unos pueblos de don Pedro Portocarrero, que era mucho mas arriba, donde el mismo don Pedro estaba guardando el paso con cierta gente; y hacíanse desta parte del rio las maromas y criznejas de que tenemos dicho arriba, en el primer libro, que se cuajan las puentes del Perú, para que cuando estuviese el campo junto, las ayudasen á echar sobre las vigas y estantes, porque de otra manera Gonzalo Pizarro y su gente defendieran el reparo; y por no saber adónde acudir á la defensa estuvieron confusos, sin tener guarnicion en ninguna parte, sino espías que viniesen á dar aviso dónde se comenzaba la obra para acudir luego allí á la defensa; y túvose tan secreto el lugar por donde habian de pasar, que ninguno del campo lo supo sino el Presidente y los que con él entraban en el consejo de la guerra. Y después que los materiales estuvieron hechos y aparejados, caminó el campo la via de Cotabamba, que era por donde se habia de pasar el rio, aunque en el camino habia tan males pasos y sierras nevadas, que algunos capitanes lo contradecian, teniendo por mas seguro ir á pasar cincuenta leguas mas arriba, aunque el capitan Lope Martin, que guardaba el paso, decia que por allí en Cotabamba era mas seguro el paso. Y en esta diferencia el Presidente envió á dar vista á los capitanes Valdivia y Gabriel de Rójas y Diego de Mora y Francisco Hernandez Aldana; y traida la relacion de lo que habia, y cómo era lo menos peligroso pasar por allí, se dió gran priesa el campo; y cuando Lo-

po Martin supo que llegaba cerca, con algunos españoles y indios que consigo tenía comenzó á echar las criznejas de la otra parte, y cuando tuvieron atadas tres dellas, llegaron las espías de Gonzalo Pizarro, y sin tener resistencia cortaron las dos. Cuando esta nueva llegó al Presidente y á todo el campo, hubo gran pesar dello, porque se tuvo por cierto que los de Pizarro defenderian el paso; y así, el Presidente, llevando consigo al Arzobispo y á su general y á Alonso de Albarado y á Valdivia y á ciertos capitanes de infantería, se adelantó á gran priesa hasta llegar á la puente, y dióse órden cómo pasaron en balsas ciertos capitanes de infantería con harto peligro, así de la furia del agua como de los enemigos que se creia estar aguardando de la otra parte; y uno de los primeros que pasaron fué el licenciado Polo Hondegardo, y tras él comenzaron á pasar soldados y otra gente de escuadron; en lo cual se puso tanta diligencia, que aquel dia pasaron mas de cuatrocientos hombres, llevando los caballos á nado, encima dellos atadas sus armas y arcabuces, caso que se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, y luego daban en unas peñas donde se hacian pedazos sin darles lugar el ímpetu del rio á que pudiesen nadar, y en comenzando á pasar la gente, las espías de Pizarro le fueron á dar mandado dello, y él envió al capitan Juan de Acosta con hasta docientos arcabuceros de caballo, para que matasen á todos cuantos hubiesen pasado el rio, excepto los que nuevamente hubiesen ido de Castilla. Lo cual entendiendo los pocos que á la sazon habian pasado, tomaron un recuesto y hicieron subir en los caballos que consigo tenian indios y negros, porque casi todos los caballos eran ya pasados, por hallarse mas desembarazados á la mañana; y dándoles las lanzas, hicieron un buen escuadron, cubriendo las haces de las primeras hileras con los españoles; y así, cuando Juan de Acosta envió á reconoscer la gente creyó que habia número tan desigual, que no los osó acometer y se volvió por mas gente; y entre tanto el Presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de aderezar, en lo cual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo en no ponerse tan cerca, que pudiese estorbar la pasada, porque solos cien hombres que pusiera en cada paso fuera parte para defenderlo.

CAPITULO VI.

De lo que el Presidente hizo después de pasado el rio hasta dar la batalla.

Habiendo pasado otro dia siguiente todo el resto del ejército del Presidente, sin faltar ninguno, se ordenó que don Juan de Sandoval fuese á descubrir el campo; y viniendo con relacion que Gonzalo Pizarro ni su gente no parescian en tres leguas que habia corrido, el Presidente mandó que el general Hinojosa y Pedro de Valdivia fuesen con ciertas banderas á tomar lo alto de la montaña, que habia mas de legua y media de subida, porque si Gonzalo Pizarro se adelantaba en hacerlo les pudiera hacer gran daño primero que subiesen; y así, subieron. Y en este tiempo Juan de Acosta habia enviado á hacer saber á Gonzalo Pizarro lo que pasaba, para que le proveyese de trecientos arcabuceros, que bastarian para desbaratar aquella gente que ya habia pasado el rio, antes que todos acabasen de pasar; y al tiempo que Juan de Acosta se volvia, se le huyó un Juan Nuñez de Prado, de Badajoz, y dió aviso de todo lo que pasaba y del socorro que Juan de Acosta esperaba; y creyendo que Gonzalo Pizarro le acudiria con todo su campo, el Presidente, con mas de novecientos hombres de pié y de caballo que ya tenia en la cumbre de la montaña, estuvo en arma toda la noche; y como otro dia le llegó á Juan de Acosta el socorro, los corredores del Presidente le vinieron á dar mandado dello, y él proveyó que el Mariscal tornase al rio para hacer subir el artillería y recoger y traer consigo toda la gente; y como antes que el Mariscal volviese asomaron las banderas de Pizarro, el Presidente, con solos novecientos hombres que con él estaban, se puso en órden de batalla para dársela en ocasion; y después cesó de su intento viendo que no esperarian la batalla, porque no venian sino solos trecientos arcabuceros de socorro para Juan de Acosta, el cual se retiró viendo la pujanza de sus contrarios, y lo hizo saber á Gonzalo Pizarro; y el Presidente estuvo allí dos ó tres dias hasta que la gente y artillería acabó de subir aquella gran cuesta, y allí le envió Gonzalo Pizarro á requerir con un clérigo que deshiciese el ejército y no hiciese guerra hasta tener nuevo mandado de su majestad; al cual clérigo prendió el obispo del Cuzco; y antes desto habia enviado otro, que de su parte ganase las voluntades del general Hinojosa y de Alonso de Albarado; y este lo hizo con mas prudencia, que no quiso volver, antes dejó concertado con un hermano suyo que se huyese tras él, como lo hizo. El Presidente escribió desde allí á Gonzalo Pizarro, como lo habia hecho en todo el camino, persuadiéndole que se redujese á la obediencia de su majestad, y enviándole traslado del perdon, y ordinariamente cuando los corredores salian llevaban despachos y cartas para Gonzalo Pizarro, y las daban á sus corredores para que ellos se las entregasen. Y como Gonzalo Pizarro supo que el Presidente habia pasado el rio con su campo y tomado el alto de la sierra, salió del Cuzco con novecientos hombres de pié y de caballo, los quinientos y cincuenta arcabuceros, y con seis piezas de artillería, y vino á sentar el real en Xaquixaguana, que era cinco leguas del Cuzco, en un llano al pié del camino, por donde el real del Presidente habia de bajar de la sierra; y asentó su campo en lugar tan fuerte, que no le podian acometer sino por una pequeña angostura que delante sí tenia; porque á la una parte tenia el rio y la ciénaga, y por la otra la montaña, y por las espaldas una honda cava quebrada; y desde allí, aquellos dos ó tres dias antes que la batalla se diese, salian siempre ciento ó docientos hombres á trabar escaramuza con otros tantos que salian del campo del Presidente, que iba marchando hasta hallar lugar seguro donde alojarse; y cuando llegó tan cerca, que los de Pizarro, que estaban en lo bajo, podian bien ver sus contrarios, que pasaban por lo alto para alojarse mas adelante ó en el paraje que ellos estaban, Gonzalo Pizarro temió que su gente desfalleceria viendo tanta ventaja en sus contrarios; por lo cual los mandó poner detrás un cerro que junto á su campo estaba, fingiendo que lo hacia porque, viendo

el Presidente el buen aparejo y calidad de la gente que él tenia, no dejase de dar la batalla. Y en habiendo pasado el Presidente y asentado su campo en un llano á la vista de los enemigos, Gonzalo Pizarro sacó toda su gente por sus escuadrones, sacadas sus mangas de arcabuceros y en órden para dar la batalla, y comenzó á disparar el artillería y arcabucería para que el Presidente le viese y oyese; y aquel dia de entrambos campos hubo espías y corredores, que se topaban unos con otros por la gran niebla que sobrevino. Y el Presidente, caso que vió al enemigo á punto para dar ó esperar la batalla, la quisiera dilatar, creyendo que muchos de sus contrarios se le pasarian habiendo para ello tiempo; pero no le daba lugar el sitio de su alojamiento, por la falta de comida que en él habia, y por el gran hielo y frio, sin que hubiese alguna leña para remediarlo, de suerte que no lo podian sufrir; y aun tambien les faltaba el agua; de todo lo cual ninguna falta padecia el campo de Gonzalo Pizarro, porque tenian por fuerte el rio y les venia abundancia del Cuzco, y el sitio era muy templado; porque, caso que estaban muy cerca del Presidente, los unos estaban en la sierra y los otros en el valle, como tenemos dicho. Y es tan notable la diferencia que en esto hay en el Perú, que acontesce cada dia hallarse gente en la cumbre de una sierra, donde es tanto el frio y hielo y nieve que cae, que no se puede sufrir; y los que están en el valle, con menos de dos leguas de distancia, buscan remedios contra la demasiada calor. Y con todo esto, Gonzalo Pizarro y su maestre de campo acordaron aquella noche subir secretamente por tres partes á dar en el campo del Presidente; lo que después dejaron de hacer porque se les huyó un soldado llamado Nava, y creyeron que aquel daria noticia del concierto, como lo hizo. Y este Nava y Juan Nuñez de Prado aconsejaron al Presidente que dilatase lo posible el dar de la batalla, porque la gente que andaba con Gonzalo Pizarro de los que escaparon de la rota de Diego Centeno tenian voluntad de le venir á servir en hallando oportunidad. Y así, estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padesciendo muy gran frio, que no podian tener las lanzas en las manos; y aguardando que amanesciese, y mostrándose el dia á gran priesa, comenzaron á tocar las trompetas y atambores, porque muchos arcabuceros de Gonzalo Pizarro iban buscando camino por una loma para dar en el real, á los cuales salieron al encuentro los capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino con trecientos arcabuceros, y con ellos Pedro de Valdivia y el mariscal Alonso de Albarado, que fueron dándoles tanta priesa hasta que los hicieron volver. Y entre tanto que pasaba esta escaramuza, el Presidente con todo el resto del ejército bajó por detrás de aquella loma encubierto, hácia la parte del Cuzco, caso que para desvelar el enemigo hizo muestra que bajaba por aquella loma donde pasaba la escaramuza, con el capitan Pardaver, con treinta arcabuceros y alguna gente de caballo; y cuando Pedro de Valdivia y el Mariscal llegaron al cabo de la loma, llamaron al capitan Gabriel de Rójas para que llevase allí el artillería; el cual la hizo asentar y disparar, prometiendo á los artilleros que por cada pelota que metiesen en el escuadron de Pizarro les daria quinientos pesos de oro; y se los pagó después á uno que dió en el toldo de Gonzalo Pizarro, que era muy señalado, y le mató dentro un paje; por lo cual les hicieron abatir todas las tiendas, porque les servian de terreros. En este tiempo, de la parte de Gonzalo Pizarro jugaba tambien el artillería, y él tenia sus escuadrones en órden. De caballo iban por capitanes el mismo Gonzalo Pizarro y el licenciado Cepeda y Juan de Acosta, y de infantería el maestre de campo Carvajal y Juan de la Torre, y Diego Guillen y Juan Vélez de Guevara, y Francisco Maldonado y Sebastian de Vergara, y Pedro de Soria por capitanes de artillería; y todos los indios que seguian á Gonzalo Pizarro, que eran muchos, se salieron del escuadron y se pusieron en la ladera de la cuesta.

CAPITULO VII.

De cómo se dió la batalla de Xaquixaguana, y de lo que en ella acaesció.

En tanto que la artillería de ambos campos disparaba, acabó de bajar al llano todo el campo de su majestad, yendo la gente sin órden, con la mayor priesa que podia, trotando á pié y los caballos de diestro, así porque la aspereza de la tierra no sufria otra cosa, como por excusar el peligro de la artillería que no diese en el escuadron, porque jugaba al descubierto; y así como iban bajando se iban poniendo en órden con sus banderas. Hiciéronse dos escuadrones de caballo y dos de infantería. Del de caballo, que iba á la parte siniestra, eran capitanes Juan de Sayavedra y Diego de Mora, y Rodrigo de Salazar y Francisco Hernandez Aldana. En el escuadron de la parte derecha iba el estandarte real, de que era alférez Benito Suarez de Carvajal, y en su guardia iban los capitanes don Pedro de Cabrera y Alonso Mercadillo y Gomez de Albarado. Estos dos escuadrones de caballo llevaban en medio la infantería, aunque iba algo delantera. Eran capitanes el licenciado Ramirez, oidor de los confines, y don Baltasar de Castilla y Gomez de Solís, y don Hernando de Cárdenas y Pablo de Meneses, y Cristóbal Mosquera y Miguel de la Serna, y Diego de Urbina y Hierónimo de Aliaga, y Martin de Robles y Gomez Darias y Francisco Dolmos, y sin estos escuadrones, iba á la parte diestra, algo mas delantero, el capitan Alonso de Mendoza con su compañía de caballo, por sobresaliente, y con él iba el capitan Centeno con harto deseo de vengar la rota que le sucedió en Guarina. Fué sargento mayor deste campo Pedro de Villavicencio, natural de Jerez de la Frontera. Iba poniendo en órden la gente Pedro Alonso de Hinojosa, como general della, y con él iba el licenciado Cianca, porque el Presidente y el arzobispo de los Reyes iban algo delanteros hácia la montaña, por donde bajaba el mariscal Alonso de Albarado y Pedro de Valdivia con el artillería y con los trecientos arcabuceros, de que eran capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino, los cuales, en bajando á lo llano, hicieron de su gente dos mangas. Hernan Mejía sacó la suya por la parte derecha hácia el rio, y con él se puso el capitan Pardaver, y hácia la parte izquierda de la montaña sacó su manga Juan Alonso Palomino, y cuando el artillería iba bajando se pasó del campo de Gonzalo Pizarro al

del Presidente el licenciado Cepeda, oidor que habia sido del audiencia real, y Garcilaso de la Vega y Alonso de Piedrahita y otros muchos caballeros y soldados, en alcance de los cuales salió Pedro Martin de Cicilia con cierta gente, y hirió algunos y alanceó el caballo de Cepeda, y á él le hirió de suerte, que si no fuera socorrido por mandado del Presidente, peligrara. Entre tanto Gonzalo Pizarro se estaba parado en su campo, creyendo que los enemigos se le habian de ir á meter en las manos, como lo hicieron en Guarina. El general Hinojosa caminó con su campo paso á paso hasta se poner en un sitio bajo, á tiro de arcabuz de sus enemigos, donde el artillería no le podia coger, que toda pasaba por alto, aunque habian abajado mucho los carretones. En este tiempo las mangas de arcabuceros de ambos campos disparaban con gran diligencia, y el Mariscal y Pedro de Valdivia andaban sobresalientes haciendo dar priesa á sus arcabuceros. El Presidente y el Arzobispo, que iban en delantera, fatigaban los artilleros que tirasen á gran priesa, haciendo mudar los tiros como era necesario. Y viendo Diego Centeno y Alonso de Mendoza que hácia la parte donde ellos estaban se huian muchos de Gonzalo Pizarro, y él mandaba seguirles el alcance, donde peligraban algunos, parecióles salir con su gente hasta el rio para hacer reparo á los que se huian, los cuales rogaban mucho al General no rompiese ni moviese los escuadrones, porque sin ningun riesgo los desbaratarian y se les pasaria la gente; y en este tiempo acontesció que, como una manga del escuadron de Pizarro, en que habia treinta arcabuceros, se halló tan cerca de sus contrarios, se pasaron al campo de su majestad, y por enviar tras ellos se comenzaron á desbaratar los escuadrones, huyendo unos hácia el Cuzco y otros hácia el Presidente, y algunos de sus capitanes ni tuvieron ánimo para huir ni para pelear; y viendo esto Gonzalo Pizarro, dijo: «Pues todos se van al Rey, yo tambien;» aunque fué público que el capitan Juan de Acosta dijo á Gonzalo Pizarro: «Señor, demos en ellos; muramos como romanos.» A lo cual dicen que respondió Gonzalo Pizarro: «Mejor es morir como cristianos.» Y viendo cerca de sí al sargento mayor Villavicencio, le llamó, y sabiendo quién era, dijo que se le rendia, y le entregó un estoque que traia en el ristre, porque habia quebrado su lanza en su misma gente que se le huia. Y así, fué llevado al Presidente y pasó con él ciertas razones; y paresciéndole aquellas desacatadas, le entregó á Diego Centeno que le guardase; y luego fueron presos todos los capitanes, y el maestre de campo Carvajal huyó, y pensando aquella noche esconderse en unos cañaverales, se le metió el caballo en una ciénaga, donde sus mismos soldados le prendieron y le trajeron preso al Presidente.

CAPITULO VIII.

Del alcance que siguió el Presidente á Gonzalo Pizarro y á su campo, y la justicia que hizo en ellos.

Como el Presidente desde el alto donde estaba vió huir hácia el Cuzco algunos de la retaguardia del enemigo, daba voces á la gente de caballo que arremetiese, diciendo que los enemigos iban de huida, y con todo, ninguno salió del escuadron hasta que se tocó la seña del romper, porque estaban muy avisados dello; y visto ya claro que todos iban huyendo y desbaratados, les siguieron el alcance, hiriendo y matando ó prendiendo á los que alcanzaban. Fueron presos Gonzalo Pizarro y su maestre de campo Carvajal, y Juan de Acosta y Guevara y Juan Perez de Vergara; murió allí el capitan Soria. Los soldados arremetieron á saquear el campo, donde hallaron mucho oro y plata, y caballos y mulas y acémilas, donde quedaron muchos ricos, á quien cupieron á cinco y á seis mil pesos de oro. Y era tanta la riqueza que allí se halló, que topando un soldado con una acémila cargada, le cortó los lazos, y dejando la carga, se fué con el acémila; y antes que él se apartase veinte pasos llegaron otros soldados mas diestros, y desliando la carga, hallaron que toda era de oro y plata, aunque iba envuelta en mantas de indios por disimular lo que habia, y les valió mas de cinco mil ducados. Aquel dia reposó allí el campo, porque iban muy fatigados de tantos dias como habia que no se quitaban las armas. El Presidente proveyó que los capitanes Hernan Mejía y Martin de Robles fuesen con su gente al Cuzco á estorbar que muchos de los soldados que hácia allá habian ido no saqueasen la ciudad ni matasen gente, porque era tiempo en que cada uno procuraba vengar sus enemistades particulares so título de la victoria, y para que estos capitanes prendiesen los soldados de Pizarro que se hubiesen huido. Otro dia siguiente el Presidente cometió el castigo de los presos al licenciado Cianca, oidor, y á Alonso de Albarado como maestre de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por sola su confesion, atenta la notoriedad del hecho, y le condenaron á que le fuese cortada la cabeza, la cual fuese puesta en una ventana que para ello se hiciese en el rollo público de la ciudad de los Reyes, cubierta con una red de hierro y un rétulo encima que dijese: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra su majestad, y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Xaquixaguana.» Demás desto, le mandaron confiscar sus bienes y derribarle y sembrarle de sal las casas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo letrero; lo cual se ejecutó aquel mismo dia, muriendo como buen cristiano. Así en el tiempo de su prision como en la ejecucion de su muerte le hizo el capitan Diego Centeno, que le tenia á cargo, tratar muy honradamente, sin permitir que ninguno le dijese palabra deshonesta; y al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traia, que era muy rica y de mucho valor, porque tenia una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, y un chapeo de la misma forma; y aun porque no le desnudase hasta que le llevasen á enterrar rescató Centeno al verdugo todo el valor de la ropa, y otro dia le hizo llevar á enterrar al Cuzco muy honradamente, y la cabeza se llevó á los Reyes, donde se puso segun la forma de la sentencia. Fué descuartizado aquel dia el Maestre de campo y ahorcados ocho ó nueve capitanes de Gonzalo Pizarro, aunque tambien después, como iban prendiendo los demás principales los justiciaban. Luego se fué al Cuzco con todo su campo, y envió al capitan Alonso de Mendoza con cierta gente á la provincia de los Char-

cas á prender algunos á quien habia enviado allá Gonzalo Pizarro por dineros, y otros que se habian huido; y entendiendo que toda la mas de la gente habia de acudir á las minas de Potosí, que son en aquella provincia de los Charcas, como al lugar mas rico de la tierra, envió por gobernador y capitan general al licenciado Polo Hondegardo, y para que tambien castigase los que allí hallase culpados, así por haber favorecido á Pizarro como por no haber acudido á servir al Presidente al tiempo que pudieron. Y juntamente con él envió al capitan Gabriel de Rójas para que tuviese cargo en aquella provincia de recoger los quintos y tributos de su majestad, y las condenaciones que el Gobernador hiciese. De lo cual todo en breve tiempo el licenciado Polo recogió y envió un millon y docientos mil castellanos, teniendo á su cargo lo uno y lo otro, porque pocos dias después de llegado Gabriel de Rójas, falleció. Entre tanto el Presidente se estuvo en el Cuzco, ejecutando cada dia nuevas justicias, segun las culpas hallaba en los presos, á unos descuartizando y ahorcando, y á otros azotándolos y echándolos á galeras, y proveyendo otras cosas necesarias y concernientes á la pacificacion y quietud de la tierra; y usando del poder y comision que de su majestad tenia, perdonó á todos los que se hallaron en aquel valle de Xaquixaguana y acompañamiento del estandarte real de todas las culpas que les pudiesen ser imputadas durante la rebelion de Pizarro en cuanto á lo criminal, reservando el derecho á las partes en cuanto á los bienes y causas civiles, segun se contenia en su comision. Esta batalla, de que tanta mencion quedará en aquella provincia perpetuamente, se desbarató lúnes de Cuasimodo, que fué á 9 de abril del año de 48.

CAPITULO IX.

Del repartimiento que el Presidente hizo de la tierra después de la victoria.

La victoria habida, y deshecha la tiranía de Pizarro, y castigados los que della resultaron culpados (en la forma que está dicho en el capítulo precedente), se proponia otra muy gran dificultad y de mucha importancia para el sosiego de la tierra, que era derramar tanta gente de guerra como estaba junta, porque no sucediesen otros inconvenientes como los pasados, aunque para hacerlo era necesario mucha prudencia y tiento; y siendo el número de la gente mas de dos mil y quinientos, y los repartimientos ciento y cincuenta, estaba claro que no podia cumplir con ellos con todos los demandadores, y que habian de quedar casi todos descontentos; y después de haberse tratado de la forma que en el derramamiento deste ejército se ternia, por ser materia tan peligrosa y que no sufria dilacion, se acordó que el Presidente y el Arzobispo se saliesen del Cuzco á la provincia de Apurimá, que es doce leguas, á hacer el repartimiento, llevando consigo solo el secretario por poderlo hacer con mas libertad y evitar las importunidades de la gente. Y así se acabó, dando de comer á los capitanes y gente mas señalada, segun los méritos y servicios de cada uno, mejorando á unos y dando de nuevo á otros; y valió la renta que estaba vaca y se repartió mas de un millon de pesos de oro, porque (como se puede colegir desta historia) todos los principales repartimientos de la tierra estaban vacos, porque Pizarro habia muerto so color de justicia ó en batallas á los que los tenian encomendados por su majestad, y el Presidente habia justiciado á muchos á quien los habia dado Pizarro, aunque todos los principales tenia en su cabeza para los gastos de la guerra; y á estas personas á quien dió las encomiendas impuso pensiones de á tres y cuatro mil ducados en dinero, mas ó menos, segun la renta principal, para repartirlos entre los soldados, á quien no habia otra cosa que dar, para que se apercibiesen de armas y caballos y otras cosas, y enviarlos por diversas partes á descubrir la tierra; y aun con todos estos cumplimientos que hizo, le paresció al Presidente que seria mas conveniente y menos preligroso irse él á la ciudad de los Reyes, y el Arzobispo volviese en su lugar al Cuzco á publicar el repartimiento y dar los dineros segun la órden que para ello traia; y así se efectuó, aunque no dejó de haber grandes quejas de soldados, fundando cada uno cómo tenia mas méritos para conseguir los indios que aquellos á quien se habian encomendado; y no bastaron los cumplimientos y promesas que sobre esto hizo el Arzobispo y los otros capitanes, para que no hubiese motines y alteraciones entre la gente, los cuales concertaban de prender al Arzobispo y á los otros principales, y enviar al licenciado Cianca por embajador al Presidente para que revocase el repartimiento hecho, y hiciese otro de nuevo desagraviándolos; donde no, que se alzarian con la tierra; y por la buena órden que en esto se tuvo, vino á noticia del licenciado Cianca, que allí habia quedado por justicia mayor, y prendió y castigó los promovedores del motin; y con esto quedó todo en paz.

CAPITULO X.

De cómo el Presidente envió á prender á Pedro de Valdivia, y de los gastos que hizo en la guerra desde que llegó á Tierra-Firme hasta que la fenesció.

Antes que el Presidente saliese en la ciudad del Cuzco, por gratificar lo mucho que Pedro de Valdivia le habia servido en esta guerra, le conformó y dió de nuevo la gobernacion de la provincia de Chili, que hasta entonces habia administrado, y para juntar gente y proveerse de armas y caballos y otras cosas necesarias, Pedro de Valdivia se fué á la ciudad de los Reyes, por haber allí para ello mejor comodo; y después que la hubo aderezado y juntado consigo la gente que pudo, lo embarcó todo, y las naos se hicieron á la vela, y él quedó para irse por tierra hasta Arequipa. Y en este tiempo dieron noticia al Presidente cómo entre la gente que Valdivia llevaba consigo habia recogido ciertos caballeros soldados que sobre los negocios de Pizarro habian sido desterrados del Perú, y algunos para las galeras; sobre lo cual envió al general Pedro de Hinojosa para le prender, y como le alcanzó, le rogó mucho que se volviese con él al Presidente; y él no lo quiso hacer, confiado en la gente que llevaba; y creyendo que por causa della Hinojosa no se atreveria á intentar contra su voluntad, se descuidó de suerte, que que con seis arcabuceros que él llevaba acometió á prenderle, y él, visto que no podia

hacer otra cosa, se fué con él al Presidente, donde, después que le satisfizo de la culpa que se le ponia, le hizo quedar los presos que consigo llevaba, y alcanzó licencia para continuar su jornada; y así, dió licencia á todos los demás vecinos que cada uno se fuese á su casa á descansar y restaurarse de sus gastos pasados, y algunos capitanes envió á descubrir, y él con los que le seguian se fué á la ciudad de los Reyes, dejando por gobernador de la ciudad del Cuzco al licenciado Carvajal. En este tiempo llegaron á la villa de Plata ciento y cincuenta españoles que venian, con Domingo de Irala, del rio de la Plata, y subieron tanto por él, hasta que llegaron al descubrimiento de Diego de Rójas, y de allí determinaron ir al Perú para pedir gobernador al Presidente; y vista su demanda, les dió por gobernador al capitan Diego Centeno, que con ellos y con la demás gente que pudiesen juntar volviese á hacer el descubrimiento y conquista, aunque después él no pudo ir, porque, teniendo casi aderezada la jornada, falleció; y el Presidente nombró en su lugar otro capitan que fuese á esta conquista del rio de la Plata; este rio nace de las cordilleras nevadas que están en el Perú, entre la ciudad de los Reyes y el Cuzco, donde salen cuatro rios, nombrados de las primeras provincias por donde pasan, uno se llama Apurimá, otro Vilcas y otro Avancay y otro Jauja, que sale de una laguna de la provincia que se llama Bombon, que es la mas llana y mas alta tierra del Perú, á cuya causa siempre en ella graniza. La orilla desta gran laguna está bien poblada de indios, y dentro en ella hay muchas isletas llenas de juncos y espadañas y otras yerbas, donde los indios crian sus ganados. En la expedicion desta guerra de Gonzalo Pizarro que arriba está contado gastó el Presidente mucha suma de dineros, así en hacer pago y socorros á soldados, como en darles armas y caballos y bastimentos y fletes y matalotaje y artillería, y municiones para ella; y con hacerse todo á la mayor ventaja que fué posible, desde que llegó á Tierra-Firme hasta la victoria se gastaron mas de novecientos mil castellanos, la mayor parte de los cuales tomó prestados de mercaderes y otras personas, porque los quintos reales todos los habia tomado y gastado Gonzalo Pizarro. Y así, después de pacificada la tierra, el Presidente comenzó á recoger todos los dineros que pudo, así de los quintos reales como de los bienes confiscados y de las condenaciones de personas, y de lo restante ajuntó mas de millon y medio de ducados de diversas partes de aquella provincia, aunque la principal parte se trajo de la provincia de los Charcas (como arriba lo hemos contado), y todo lo recogió en la ciudad de los Reyes. Puso gran diligencia en proveer que, conforme á las ordenanzas, no se cargasen los indios, así porque de los trabajos de las cargas habia perecido gran número dellos, como porque con el aparejo que con estos hallaban los españoles para caminar, no asentaban en ningun pueblo, y se andaban ociosos de unas partes á otras, sin aplicarse á oficios ni á otro género de trabajo; y demás desto, después de tener el Presidente asentada la audiencia real en la ciudad de los Reyes, comenzó á entender en hacer la tasacion de los tributos que los indios habian de dar á los españoles, porque hasta entonces nunca se habia hecho, por causa de las guerras y revoluciones que en aquella provincia hubo desde que se descubrió, sino que cada español tomaba de su cacique el tributo que le daba, y otros que no se habian tan templadamente les pedian mucho mas de lo que les podian dar, y se lo sacaban por fuerza; y algunos que en esto tenian mas disolucion, los sacaban con tormentos y muertes de algunos indios, confiados en que por causa de las guerras no se podria saber, ó si se supiese, no serian dello castigados. Y la tasacion se comenzó á hacer en conformidad de los indios y de los mas españoles, informándose el Presidente y oidores de los frutos que producia la provincia que se tasaba, ó si habia en ella minas de oro ó de plata ó abundancia de ganado, haciendo la tasacion teniendo respecto á todo esto y á otras particularidades que se requerian.

CAPITULO XI.

De cómo el Presidente, dejando asentadas las cosas del Perú, se embarcó para España, y de lo que en el camino le aconteció.

Viendo el Presidente que los negocios del Perú estaban tan llanos y asentados como hemos contado, y que los soldados y gente de guerra estaban derramados, habiéndose enviado los mas á la provincia de Chili y á la de Diego de Rójas y á otros descubrimientos y entradas debajo de sus capitanes, y los demás que quedaron en el Perú se habian aplicado á ganar de comer cada uno en el oficio que sabia, y otros tratando en el negocio de las minas; y considerando asimismo que la audiencia real y los gobernadores por ella nombrados hacian justicia sin impedimento ni embarazo alguno, determinó venirse á estos reinos usando de la licencia que de su majestad habia llevado para que cada y cuando que le paresciese se pudiese venir; y lo que principalmente le movió fué traer consigo tanta cantidad de dineros como arriba tenemos dicho que tenia juntos de la hacienda real, paresciéndole que ni ella estaba segura en parte donde no habia fuerza ni seguridad para guardarse, y que so color de robarle (si á tales términos viniera) se podian levantar nuevas alteraciones en la tierra; y así, después que la tuvo embarcada, y aparejadas todas las otras cosas necesarias para su navegacion, sin dar parte á nadie hasta entonces de su deliberacion, envió á llamar al cabildo de la ciudad de los Reyes, y les propuso lo que tenia determinado; y aunque ellos le hicieron un requerimiento proponiéndole los inconvenientes que podian suceder de venirse hasta que su majestad proveyese nuevo presidente ó virey en la tierra, él respondió satisfaciéndoles á todo; y así, se fué á embarcar, y desde la nao hizo segundo repartimiento de todos los indios que habian vacado después que se habia hecho el primer repartimiento cerca del Cuzco, que eran muchos y muy señalados, porque habian fallecido en este medio tiempo Diego Centeno y Gabriel de Rójas y el licenciado Carvajal y otras algunas personas principales y señaladas en la tierra, aunque por ser tantos los que pretendian ser proveidos y mejorados, y que no se podia cumplir con todos, le paresció no esperar á oir las quejas de los que se habian de tener por agraviados. Y así, hechas las cédulas de las encomiendas, las dejó señaladas en

poder del secretario de la audiencia, con órden que no las abriese hasta que hubiese ocho dias que él estuviese hecho á la vela. Y así, comenzó á navegar por el mes de diciembre de 1509 años, trayendo consigo al provincial de la órden de santo Domingo y á Hierónimo de Aliaga, que fueron nombrados por procuradores de la provincia para negociar con su majestad las cosas della. Y asimismo vinieron en su acompañamiento otros muchos caballeros y personas principales, que venian á residir de asiento en estos reinos con sus haciendas, y todos llegaron con buen viaje al puerto de Panamá; donde desembarcaron, y dándose toda la priesa posible en pasar la hacienda de su majestad y la de los particulares al Nombre de Dios, ellos tambien se vinieron para aparejar las cosas necesarias para la navegacion de la mar del Norte, teniendo todos al Presidente el mismo respecto y obediencia que le tenian en el Perú, tratándolos él muy humana y comedidamente y dando de comer á todos los que querian ir á su mesa, caso que esto se hacia á costa de su majestad, porque al tiempo que el Presidente fué proveido á este cargo, considerando que los otros gobernadores habian sido notados de alguna codicia, por el aparejo que en la tierra hay de ser aprovechados, y tambien siendo advertido que ningun salario se le podia señalar en España, segun lo que hasta entonces se usaba, que fuese competente para tratar su persona y casa, segun los muchos gastos y carestía de las cosas que en la tierra hay, no quiso aceptar ningun salario señalado, salvo que pudiese gastar de la hacienda real todo lo que le paresciese necesario para su costa y mantenimiento y gastos de su casa y criados, llevando cédulas y recaudos para ello. Lo cual él guardaba tan estrechamente, que todo cuanto se gastaba y compraba en su casa, así de mantenimientos como de otras cosas, se hacia por ante escribano que para ello estaba diputado, y con fe dél se tomaba lo necesario de la hacienda real.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió á Hernando y á Pedro de Contréras, que se hallaron en Nicaragua y vinieron en seguimiento del Presidente.

En el tiempo que Pedro Arias Dávila gobernó y descubrió la provincia de Nicaragua casó una de sus hijas, llamada doña María de Peñalosa, con Rodrigo de Contréras, natural de la ciudad de Segovia, persona principal y hacendado en ella; y por muerte de Pedro Arias quedó la gobernacion de la provincia á Rodrigo de Contréras, á quien su majestad proveyó della por nombramiento de Pedro Arias, su suegro, atento sus servicios y méritos; el cual la gobernó algunos años, hasta tanto que fué proveida nueva audiencia que residiese en la ciudad de Gracias á Dios, que se llama de los confines de Guatimala; y los oidores, no solamente quitaron el cargo á Rodrigo de Contréras, pero, ejecutando una de las ordenanzas de que arriba está tratado, por haber sido gobernador, le privaron de los indios que él y su mujer tenian, y de todos los que habia encomendado á sus hijos en el tiempo que le duró el oficio, sobre lo cual se vino á estos reinos, pidiendo remedio del agravio que pretendia habérsele hecho, representando para ello los servicios de su suegro y los suyos propios; y su majestad y los señores del consejo de las Indias determinaron que se guardase la ordenanza, y confirmaron lo que estaba hecho por los oidores. Sabido esto por Hernando de Contréras y Pedro de Contréras, hijos de Rodrigo de Contréras, sintiéndose mucho del despacho que su padre traia en lo que habia venido á negociar, como mancebos livianos, determinaron de alzarse en la tierra, confiados en el aparejo que hallaron en un Juan Bermejo y en otros soldados sus compañeros, que habian venido del Perú, parte dellos descontentos porque el Presidente no les habia dado de comer, remunerándoles lo que le habian servido en la guerra de Gonzalo Pizarro, y otros que habian seguido al mismo Pizarro, y por el Presidente habian sido desterrados del Perú. Y estos animaron los dos hermanos para que emprendiesen este negocio, certificándoles que si con docientos ó trecientos hombres de guerra que allí se podian juntar aportasen al Perú, pues tenian navíos y buen aparejo para la navegacion, se les juntaria la mayor parte de la gente que allá estaba descontenta, por no les haber gratificado el licenciado de la Gasca sus servicios; y con esta determinacion comenzaron á juntar gente y arma secretamente, y cuando se sintieron poderosos para resistir la justicia comenzaron á ejecutar su propósito; y paresciéndoles que el obispo de aquella provincia habia sido muy contrario á su padre en todos los negocios que se habian ofrecido, comenzaron por la venganza de su persona, y un dia entraron ciertos soldados de su compañía adonde estaba el Obispo jugando al ajedrez, y le mataron y alzaron bandera, intitulándose el ejército de la libertad; y tomando los navíos que hubieron menester, se embarcaron en la mar del Sur con determinacion de esperar la venida del Presidente, y prenderle y robarle en el camino, porque ya sabian que se aparejaba para venirse á Tierra-Firme con toda la hacienda de su majestad, aunque primero les paresció que debrian ir á Panamá, así para certificarse del estado de los negocios, como porque desde allí estarian en tan buen paraje, y aun mejor, para navegar la vuelta del Perú, que desde Nicaragua; y habiéndose embarcado cerca de trecientos hombres, se vinieron al puerto de Panamá, y antes que surgiesen en él se certificaron de ciertos estancieros que prendieron de todo lo que pasaba; y como el Presidente era ya llegado con toda la hacienda real, y con la de otros particulares que traia, paresciéndoles que su buena dicha les habia traido la presa á las manos, esperaron que anocheciese, y surgieron en el puerto muy secretamente y sin ningun ruido, creyendo que el Presidente estaba en la ciudad, y que sin ningun riesgo ni defensa podrian efectuar su intento; aunque, como ya está dicho, habia tres dias que, después de enviada casi toda la hacienda real, el Presidente y los de su compañía habian pasádose al Nombre de Dios, porque, á estar allí, se tiene por cierto que corriera gran peligro él y toda la hacienda, por estar tan seguro y sin recelo de semejante acontecimiento. Y como supieron estos hermanos la ausencia del Presidente, acudieron ante todas cosas á la casa de Martin Ruiz de Marchena, en cuyo poder, como tesorero de su majes-

tad, estaba la caja de las tres llaves; y prendiéndole á él, le robaron hasta cuatrocientos mil pesos que allí habian quedado en plata baja de su majestad, por no haber bastado las recuas de la tierra para lo llevar; y llevaron á Marchena y á Juan de Larez y otros vecinos á la plaza, diciendo que los habian de ahorcar si no les descubrian donde estaban las armas y el dinero de la tierra, y ningun temor bastó para que se lo descubriesen; y habiendo puesto en sus navíos todo el oro y plata y otras haciendas que robaron, les paresció que todo su buen suceso consistia en ir con brevedad al Nombre de Dios, y tomar de sobresalto al Presidente antes que fuese avisado ni se pudiese apercebir para la defensa; y así, determinaron salir de la ciudad para hacer la jornada, y que Juan Bermejo se quedase con cien hombres en campo, junto á la ciudad de Panamá, asentando el real en un recuesto, á efecto de que pudiese hacer espaldas á la gente que iba al Nombre de Dios, y recoger la presa que de allá enviasen, y prender y matar á los que de allá creian que vernian huyendo y desbaratados, así de la gente del Presidente como de los mercaderes y vecinos de la tierra; y Pedro de Contréras, su hermano, con el resto de su campo, caminase para el Nombre de Dios, pareciéndoles que bastaba aquello para tomarlo de sobresalto, aunque les sucedió muy de otra manera que ellos lo tenian figurado; porque á la hora que Marchena sintió el negocio despachó dos negros muy diestros en la tierra, el uno por tierra y el otro por el rio Chagre, por donde habia ido el Presidente en barcos; porque este rio de Chagre nace de unas cordilleras de sierra que hay entre Panamá y el Nombre de Dios, aguas vertientes á la mar del Sur, y paresciendo que corre hácia ella, se vuelve después por unas quebradas á meterse en la mar del Norte por espacio de catorce leguas, por manera que para poderse navegar de una mar á otra faltan solamente de romperse aquellas cuatro ó cinco leguas, aunque, por ser de sierras y tierra muy áspera y doblada, se tiene por imposible (como lo fué) romper tanto menos cantidad de tierra como hay en el Peloponeso, entre el mar Egeo y el Jonio, donde agora se llama la Morea; caso que fué tentado por tantos emperadores con la costa y trabajo que cuentan los historiadores; y así, desde Panamá van por tierra cinco leguas, hasta una venta que llaman las Cruces, y allí se embarcan por el rio y van á salir á la mar del Norte, á cinco ó seis leguas del Nombre de Dios. Pues el mensajero que fué por el rio alcanzó al Presidente antes que llegase al Nombre de Dios, y siendo avisado de lo que pasaba, lo comunicó con el provincial y con los otros capitanes que iban en su compañía, sin mostrar ninguna alteracion de las que parescia requerir el negocio, aunque sintió mucho que saliendo á la mar le calmó el viento de manera, que no pudo navegar, y tomó por remedio enviar al capitan Hernan Nuñez de Segura con ciertos negros que le guiasen por tierra hasta el Nombre de Dios, para apercebir la gente del pueblo y poner en recado la hacienda real y la de los particulares. Segura caminó á pié por donde las guias le llevaban, aunque con muy gran trabajo, por causa de los muchos rios, algunos de los cuales, por ser tan crecidos, hubo de pasar á nado, y por la dificultad de los arcabucos y anegadizos que hay, porque no es camino cursado ni por donde pasa nadie en muchos tiempos. Pues llegado al Nombre de Dios, halló que ya se sabia allá el suceso por medio del otro mensajero que habia dado el mandado por tierra; y así, estaban ya apercibidos lo mejor que pudieron, sacando en tierra mucha gente de los navíos que habia en el puerto, que eran nueve ó diez. Y ya en esta sazon llegó por mar el Presidente, y con buena industria se habia acabado de poner en órden la gente, y salieron con el mejor apercebimiento que les fué posible del Nombre de Dios, la vuelta de Panamá por tierra, yendo por cabeza el Presidente, y en su lugar Sancho de Clavijo, gobernador por su majestad de aquella provincia, que acaso habia venido en su acompañamiento desde Panamá por el rio de Chagre.

CAPITULO XIII.

Cómo Hernando y Pedro de Contréras fueron vencidos y desbaratados por la gente de Panamá.

Habiendo robado estos dos hermanos la ciudad de Panamá, y muerto alguna poca gente que se les puso en resistencia, se acordó (como arriba está dicho) que Pedro de Contréras se quedase en la mar en guarda de los navíos y de la presa que se habia hecho, y para recoger lo que se le enviase, dejándole alguna parte de la gente que paresció ser necesaria; y que Juan Bermejo con la mitad de su campo asentase el real en una estancia junto á Panamá para el efecto que está dicho; y que Hernando de Contréras con el resto del ejército, se fuese al Nombre de Dios; y así se ejecutó todo; y en viendo Martin Ruiz de Marchena y Juan de Larez, regidor del Nombre de Dios, que se habia dividido la gente de estos hermanos, parescióles que serian parte para desbaratar á Juan Bermejo y á los que con él quedaban; y así, poniendo en ello diligencia, con mas brevedad de la que parescia posible recogieron toda la gente de la ciudad, que andaba huida por el monte, y los negros de las recuas y estancias, y armándolos lo mejor que pudieron, y dejando en la ciudad alguna guarda, y tomadas las calles con baluartes de tierra y fagina, porque no saliesen los de las naos á hacer nuevos daños ó á socorrer á los suyos, ellos salieron en campo contra Juan Bermejo y su gente, y pelearon los unos y los otros hasta que Juan Bermejo fué desbaratado, y muertos y presos todos los suyos. Y luego determinó Marchena de irse derecho al Nombre de Dios, sospechando lo que fué, que, teniendo noticia Hernando de Contréras en el camino que no solamente los del Nombre de Dios estaban apercibidos para la defensa, sabida la entrada de Panamá, pero que venian contra él en campo, se habia de retirar para juntarse con Juan Bermejo, y ver si se sentian fuertes para la defensa; y si no, embarcarse con la presa. Pues tornándose Hernando de Contréras á Panamá desde el medio camino, y sabido por algunos negros que tomó la victoria que se habia habido contra Juan Bermejo y los suyos, y que ejecutando la victoria venia contra él, se desbarató, y mandó á los suyos que cada uno se fuese por donde mejor les pareciese hasta llegar á la mar, porque allí les tenia su hermano los bateles en la playa para recoger-

los en la armada; y así lo hicieron, y él con algunos de los suyos se desvió del camino real, temiendo encontrar con Marchena; y como en aquella tierra hay tantas espesuras y rios y arroyos, y él estaba poco diestro en los pasos, se ahogó en un rio, y algunos de los suyos fueron presos, y otros nunca mas se supo dellos. Los que escaparon desta rota vivos y de la de Juan Bermejo fueron llevados presos á Panamá, y teniéndolos atados en la plaza, un alguacil los mató á puñaladas con una daga. Sabido por Pedro de Contréras, que estaba en la mar, el desastrado fin de su gente, paresciéndole que no ternia tiempo para hacerse á la vela, se metió en un batel él y algunos de los suyos, desamparando las naos y todo cuanto en ellas estaba; y navegó costa á costa hasta saltar en una provincia que se llama Nata, donde nunca mas se ha sabido qué se hizo, aunque se cree que dió en indios de guerra, que por allí hay muchos, y le mataron. Siendo avisado el Presidente de todos estos sucesos, se volvió con toda su gente al Nombre de Dios, dando gracias á nuestro Señor por la señalada merced que le habia hecho en librarle de un peligro tan no pensado, y que no se habia podido prevenir con diligencia ni por otro medio alguno, salvo que á llegar cinco ó seis dias antes esta gente le prendieran, y se apoderaban sin riesgo ni peligro alguno de la mayor presa que nunca cosarios habian hecho. Pacificado este alboroto, el Presidente se embarcó, poniendo en órden y á punto de guerra los navíos en que traia la hacienda de su majestad, y llegó en salvamento á estos reinos sin que le acontesciese desgracia ninguna, sino fué que un navío que traia á cargo Juan Gomez de Añaya con cierta parte de la hacienda de su majestad, se apartó de la compañía y arribó al puerto del Nombre de Dios, aunque después llegó en salvamento á estos reinos. En entrando el Presidente con su flota por la barra de Sanlúcar, despachó por la posta al capitan Lope Martin que fuese á Alemaña, á dar noticia á su majestad de su venida, la cual le fué muy agradable nueva, y que puso grande admiracion y espanto en todas aquellas provincias donde dello se tuvo noticia, por haber tan buen suceso como nuestro Señor encaminó en la buena ventura de su majestad en negocios que tan dificultosa parecia que habian de tener la salida. Venido el Presidente á Valladolid, dende á pocos dias fué proveido del obispado de Palencia, que vacó por muerte de don Luis Cabeza de Vaca, y su majestad le envió á mandar que se partiese luego para su corte, para tomar dél relacion particular de todos los negocios en que habia tratado; y él lo cumplió luego, y se partió de Valladolid, llevando en su compañía al provincial de santo Domingo y al capitan Hierónimo de Aliaga, que vinieron por procuradores de la provincia del Perú, y á otros muchos caballeros y personas señaladas, que pretendian recebir de su majestad mercedes y remuneracion de lo que le habian servido en la pacificacion del Perú, y con todos ellos se embarcó el Obispo en Barcelona, en las galeras que le estaban esperando, y llevó en ellas quinientos mil escudos labrados en reales, que su majestad le envió á mandar que llevase. Y poco antes desto su majestad proveyó por visorey del Perú á don Antonio de Mendoza, que lo era en la Nueva-España, y en su lugar envió á don Luis de Velasco, veedor general de las guardias de Castilla.

FIN DE LA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ, POR AGUSTIN DE ZÁRATE,

Y DEL TOMO SEGUNDO DE HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

INDICE.

